confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

N.º 1934 Eº 4



Intriga... emoción... suspenso...

EL DESENLACE

• FOTONOVELA


"EL DESENLACE"

VISTA DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
- 5 JUL 1971
DEPOSITO LEGAL

EL DESENLACE
(extracto)

Porque la sangre, en virtud
[de ser la vida,
es la que hace expiación.
LEVITICO, Capítulo 17, Versículo II.

EDESIO ALVARADO, ESCRITOR CHILENO NACIDO EN CALBUCO EN 1926, ES UNA DE LAS FIGURAS MAS BRILLANTES DE LA LITERATURA ACTUAL DE NUESTRO PAIS. **CONFIDENCIAS** SE COMPLACE EN PRESENTAR SU OBRA MAESTRA: "EL DESENLACE", QUE OBTUVO EN 1966 UN PREMIO LATINOAMERICANO DE CARACTER IMPORTANTE.

SABEMOS QUE NUESTROS LECTORES HARAN FAVORITA ESTA HISTORIA DE AMOR, SUFRIMIENTO, TRABAJO Y SUSPENSO.

■ EL SOBRESALTO de los perros hizo que el hombre se levantara de su asiento. Alguien andaba afuera. ¿El sargento? ¿Un colono? Nadie más podía ser a esa altura de la noche a menos que se tratara de cuatreros. El hombre caminó hacia la puerta y, de paso, se echó el revólver al bolsillo.

Al abrir, la luz interior proyectó su figura imprecisa sobre el césped mojado. Pero eso fue todo. Un fogonazo rasgó la oscuridad, un disparo hizo pedazos la quietud y el hombre cayó boca abajo ante el umbral de su casa. Los perros lo rodearon aullando mientras el galope de un caballo se perdía a lo lejos como un túnel ciego, velozmente cubierto por el estrépito del río.

La mujer gritó en su dormitorio, pero aquel grito era ya tardío, excesivo. Cuando ella salió a la noche y se puso de rodillas junto a su marido muerto, tuvo la sensación de que estaban de más el llanto, la extraversión del dolor. Porque cuanto era necesario sentir y pensar de ahí en adelante para seguir el rastro del crimen estaba encerrado en la memoria, y el resto, lo reciente, se lo sugería el propio sonido del disparo. Con eso bastaba. Con eso y la noche y el tiempo acumulado y lo que había sucedido a través de esos años estáticos como en el interior de una violenta, implacable crisálida que ahora, al fin, era rota por el escopetazo del asesino.

La mujer miró hacia la tiniebla, en dirección al río. Sólo podía escuchar, dejar que pasaran los instantes. Con el remezón del pánico su mente se había vaciado, y su expectación, antes de que se restableciera toda coherencia, le sugería únicamente ideas incongruentes, superpuestas. Pero la mujer ya pensaba en su determinación. Se decía que el victimario no llegaría lejos. Involuntariamente se aferraba a la creencia campesina de que cuando los asesinados caen boca abajo, cara a la madre tierra, los hechores no escapan, quedan en las cercanías de su crimen rondando, aventurando, sujetos a su culpa, hasta que los coge la venganza.

Además, estaba lo que ella misma sabía. Lo que forzaría al asesino a aproximarse.

"Te mataré aunque pasen veinte años..." Aquella frase no había sido dicha por un hombre sólo para expeler adecuadamente su furia, o proferida en una intimidad que hubiera podido hacerla ineficaz. Fue lanzada en medio de un atónito, inerte gentío para que se tomara nota de ella y los destinatarios supieran que el tiempo no les prestaría refugio, ya que toda posibilidad de omisión quedaba destruida por la misma convicción y el carácter de sentencia con que fuera enunciada.

No habían pasado veinte años, pero sí doce. Lo estuvieron haciendo engañosa, subrepticiamente. La mujer se estremeció como si hubiera querido desprenderse, con un recurso físico, de su errónea consideración del tiempo. Desprevenida, había creído hasta ahí que los años transcurrían en una cerrada e irreversible infinitud, y que eran capaces de arrastrar una inmensa acumulación de olvido. Y de súbito comprendía que todo no era sino la conexión de un diminuto, débil día con otro diminuto, débil día, y que bastaba un disparo en medio de la noche para que el aparencial olvido se esfumara, y cuanto había quedado sin cumplirse regresara en procura de su consumación.

Pero la mujer alimentaba otra certeza. Quién aparecía, al cabo de esos años, para que los designios truncos se cumplieran no se contendría en el asesinato de su marido. Iba a plantear al final la restitución de lo que estimaba usurpado. Y eso era lo que ella se proponía enfrentar con la determinación que le estaba naciendo allí, junto al cuerpo caído.

No pensó en recurrir a los carabineros del retén. Ellos eran ajenos a la naturaleza de su trance, y el juzgado más próximo se encontraba a centenares de kilómetros, ahora casi infranqueables para ella. Por otra parte, no existían pruebas para acusar a



nadie. La escopeta del asesino no iba a dejar rastros visibles para los demás. Estaba el fondo del río para hacerla desaparecer, y la mano que la había disparado se internaría en el valle o en los cerros tal como llegara, subitánea, a la espera de la hora planeada por su dueño.

Ella sola tendría que resolverlo todo. Se daría tiempo y coraje para cobrar el precio del crimen. Pero primero estaba la tarea de enterrar al hombre muerto. Los muertos debían volver cuanto antes a la tierra, porque llegaba el momento en que parecían sobrar y sólo obstaculizaban las determinaciones de los vivos. Después asumiría sus deberes, aprendería a tolerar su nueva soledad, a cautelar sus bienes. Nadie podía ayudarla en la resolución de aquello. Sumergida en la inmensidad de Aysén, lejos de su madre aferrada a la vejez y al rencor, debía afrontar una vez más el peso de su lucha por prevalecer, con la misma energía del hombre desaparecido.

La mujer se puso de pie y llamó con voz queda, mecánica, como si el sonido no tuviera que recorrer gran espacio.

—Pedroza, Pedroza.

En efecto, la voz no tuvo que viajar mucho. La india estaba ahí, a pocos pasos, agazapada en la sombra. Había acudido al producirse el disparo, manteniéndose silenciosa mientras contemplaba a su patrona. Se estremecía como una bestia fatigada.

—Qué —respondió sin entonación.

—¿No ha llegado Calixto?

—Todavía no, y a esta hora ya no vendrá, asomará mañana.

—Entonces tú me ayudarás. Hay que entrar a Gonzalo, vestirlo, velarlo... Mañana Calixto hará un cajón en cuanto llegue y enterraremos el cuerpo en la tarde.

—Bueno, doña.

Resultaba sumamente difícil mover el cadáver. Este ya se había desangrado por el feroz orificio del pecho, pero cuando las mujeres lo volvieron cara al cielo retinto, advirtieron que parte de las municiones le había roto el cuello, por lo que la cabeza amenazaba con desprenderse del tronco.

—Agárrelo usted de las piernas, yo haré fuerza acá arriba —dijo Pedroza.

—Por qué pesarán tanto — reflexionó la mujer.

—Es la misma muerte que se les pone dentro, doña Laure — repuso la india.

Afirmando la cabeza del muerto contra su falda tensa y alzando el cadáver por las axilas, Pedroza dio la señal de avanzar. Ambas mujeres lograron suspender el cuerpo durante un momento y conducirlo un trecho. Luego tuvieron que detenerse jadeantes, pero siendo aquélla la única manera de operar, resolvieron proseguir hasta penetrar con el cuerpo en la casa.

Pero los perros las entorpecían. Los dos pastores alemanes se agitaban enloquecidos. Con la pelambre erizada, husmeaban el sitio donde su amo había caído. Emitían lamentos, y de pronto se quedaban estáticos, vueltos en dirección al río, mostrando los dientes a la tiniebla, para regresar después junto al cadáver y alborotar a su alrededor como si hubieran querido rescatarlo de manos de Laurencia y Pedroza, que los ahuyentaban sin resultado.

Traspasado el umbral, ambas mujeres prosiguieron accionando, y Laurencia se preguntaba por qué aún no podía llorar, aunque tal fuera su determinación. Con el escopetazo ella también había sido alcanzada, herida en la raíz, y, sin embargo, al contemplar a su marido sin vida bajo la luz espesa y vibrátil de las lámparas, sólo sentía la necesidad de permanecer indemne, circunscrita a una zona de prescindencia emocional, esforzándose por dejar deliberadamente la intensidad del sufrimiento para más adelante, después de que hubiera cumplido con las exigencias planteadas por el crimen.

Tal vez su estado se explicaba por la antelación con que ella había percibido el sentido final, la naturaleza de aquel desenlace, desde que comenzara a advertir, en los últimos tiempos, que allá, en lo profundo de Aysén, su vida y la de Gonzalo iban a ser circundadas de nuevo por la violencia, como doce años antes, arriba en La Frontera. Ella no comunicó su aprensión a Gonzalo. Tampoco hubiera podido prevenirle. Los visos del odio no se habían hecho ahora advertibles a través de gritos de la noche, de amenazas, ni el vino prestó a las palabras o a los actos su enajenada certidumbre para que dos hombres intentaran destruirse. Fueron simples indicios, signos vagos, dispersos, a los que sólo ella podía dar significación: la presencia de un conocido en el bar de un hotel, ciertas referencias de los carabineros y los Payahuala, los disparos de una escopeta nueva escuchados recientemente en los cerros.

Nadie más que ella permanecía alerta, sensibilizada por el peligro, adecuándose progresivamente a la eclosión que —estaba segura— se iba a producir. No pudo imaginarse el extremo preciso, el vértice de furia a que tal asedio alcanzaría, pero cuando desde su dormitorio escuchó el estampido y lo identificó con los de la escopeta nueva que disparaba en los montes vecinos, supo dónde había concluido todo y por qué su dolor debía ser pospuesto.

Pedroza la sacó de su estupor.

—Vístalo usted —le dijo—, yo limpiaré la sangre del piso y buscaré las cosas para velarlo.

Laurencia se dirigió al dormitorio, y, rígida, sonambular, se puso a registrar un gran ropero de mañío adosado a una esquina de la pieza. Una antigua acritud

a naftalina la envolvió, pero también fue sensibilizada su memoria por el halo del tiempo desprendido súbitamente de las ropas y la madera, trasmisor en ese instante de una intimidad específica, empozada ahí, en el uso, en la preservación de esos objetos, inmóvil, pero viva, que iba a despertar en la mujer cuanto ella suponía extinguido, necesariamente agotado por los años de la esperanza y la porfía. No obstante, la mujer deshizo aquella sugestión y buscó, ahora lúcida, urgentemente, una chaqueta y un pañolón de gaucho que su marido acostumbraba usar.

Cuando regresó a la sala que les servía de comedor y cuarto de estar, la india ya había limpiado el piso y acomodaba un diván para tender y velar al muerto. Laurencia, pretendiendo emplear una celeridad eficaz, se dispuso a vestir a su marido, pero al contemplar de nuevo el boquete del pecho sintió que su decisión se desleía en una expansión de angustia, que pronto le alcanzó la boca. Pedroza la miró y le dijo:

—Yo haré eso, doña. Usted busque las velas, las sábanas, algunos trapos negros. Lo único que no tendrá ahora son flores.

—No tendrá nada de lo que él quería —musitó Laurencia.

—Qué cosas.

—Oh, tantas cosas.

Las mujeres no volvieron a hablar hasta que gran parte de su tarea estuvo concluida. Laurencia encontró dos viejos candelabros de bronce y dos palmatorias enlozadas, y dispuso las luces en torno del muerto. Pedroza le introdujo a éste la chaqueta y acomodó el pañolón en su cuello de modo que el orificio del pecho y la garganta acribillada quedaran ocultos. Después de extender las sábanas sobre el cuerpo, ambas mujeres se miraron como instándose a proseguir en actividad o a quebrar el silencio que de pronto habíase endurecido al extremo que parecía pesar sobre sus movimientos, volviéndolos distanciados y cortantes. La india se figuraba que su ama soltaría al fin el llanto, y Laurencia temía que Pedroza comenzara con los tardos rezos monocordes que la exasperaban.

Ella la instó a decir:

—Parece que más no podemos hacer.

—Qué más —repuso la india—, ahorita hay que esperar la amanecida.

—Tú puedes acostarte, si quieres.

—Se le ocurre, doña, cocinaré esos patos que él alcanzó a cazar ayer, todavía están en salmuera, alguien tiene que comérselos.

—Bueno, harán falta. Gracias, Pedroza.

—Yo vengo a acompañarla.

La india fue a la cocina y Laurencia quedó de nuevo frente a su marido muerto. El cuerpo bien proporcionado de Gonzalo Solar, sumido en la blancura de las sábanas, aparentaba más pequeño que cuando yacía boca abajo sobre el césped, frente a la puerta de su casa, o que antes, cuando su dueño se erguía sobre la superficie de la tierra y avanzaba hacia el sur, siempre hacia el sur.

Pero de ahí que Gonzalo Solar estaba muerto, a los treinta y seis años de edad, con dos velas a cada lado, desprovisto de pompas y de flores, bajo el techo de la casa que levantara con sus propias manos y donde hablara hasta la saciedad de sus proyectos, sin que uno solo de ellos fructificara, puesto que después de toda su porfía y su lucha desaparecía lejos de los objetos y de los escenarios de sus sueños, carente de hijos, de futuro, olvidado por su familia, malbaratada su pasión, casi extinguida su esperanza, y esto no porque el disparo le hubiese cortado el acceso a su destino, sino porque ya era así de antes, desde que la sola y simple concatenación de los actos humanos comenzará a determinar que él, con parte aún de su coraje y la unidad de una mujer, debía llegar al final ahí, a ese valle perdido junto a un afluente del río Baker, a doscientos quince kilómetros, en línea recta, al sur de la ciudad de Aysén, para aferrarse a la tierra inmemorial y acabar por saber que el hombre no tiene derecho sino a la muerte que logra construir con su vida.

De súbito Laurencia se sintió aplastada por la percepción de su pequeñez, y llegó a pensar que una voz ahí mismo, a su lado, un ruido cualquiera, más aullidos de los perros, un golpe, otro disparo, sonarían con tal falta de proporción y sentido, que seguramente habrían de originar una sucesión de actos insanos, los que iban a desatar el pánico latente, depositado en ella desde que la ensordeciera el escopetazo.

El miedo. Aquello era miedo. Pero Laurencia estaba tan habituada a la certidumbre de su inocuidad, que, al comienzo de sus manifestaciones, se desconcertó, creyendo más bien que se alucinaba. Sólo cuando estuvo segura de que el miedo iba a dominarla, cobró movimiento y pasó a la cocina. Allí hizo preguntas a Pedroza y ésta le dijo que los patos ya se estaban cociendo.

—Hace frío adentro —prosiguió la india—, llevaré el brasero.

—No, el calor le haría daño al cuerpo.

—Entonces, doña...

—Nos quedaremos aquí, bastará con la estufa.

—Justamente, no tiene que pasarse frío adentro, ahora va a precisar toda su salud.

—Así es, Pedroza.

—Y total, él sabe que lo estamos acompañando y sintiendo.

—Cierto, Pedroza. Gracias.

—Le cebaré un mate para que entre en calor.

—Ahora no. Más tarde.

En eso los perros empujaron la puerta trasera llenando la habitación de noche y sobresalto. Continuaban alterados, con los ojos repletos de una luz vitrificada y verde, buscando en los rincones y entre los muebles el objeto de su desazón. De pronto se aproximaron a la puerta comunicante con la pieza del muerto y comenzaron a arañar las junturas. Laurencia se interpuso entre los animales y la entrada, y gritó a Pedroza:

—Llévalos, llévalos... Anda a encadenarlos.

La india obedeció y Laurencia se mantuvo inmóvil esperándola, colmada repentinamente de frío y alarma. A poco Pedroza regresó a sus quehaceres y a vigilar la cacerola con los patos. Laurencia se aproximó a la estufa y sostuvo sobre ella sus manos heladas hasta que recuperaron la circulación. Luego se instaló en la silla junto a la ventana del fondo, cuyo visillo de tocuyo blanco aún continuaba descorrido. Por el rectángulo negro parecía irrumpir, más que el mero sonido, el fragor mismo del río, su volumen, siendo tan real su sensación, que Laurencia se estremeció, a pesar de la radiación del fuego.

La mujer clavaba la vista en los vidrios entenebrecidos y hacía lo posible ahora por eludir toda concomitancia con recuerdos, asociaciones, dispersiones que pudieran atemorizarla o lacerarla. Quería prolongar en lo posible su estado de aparente inmunidad emocional, y por ello pensaba en objetos, actos precisos a los que debía prestar atención al otro día, para el funeral. Pero esa especie de erosión de la infinita, nocturna energía que la empequeñeciera y aterrorizara, y aquella inmersión en el torrente de la existencia material a que la arrastrara el estrépito del viento y del río ya habían socavado su resistencia, subvirtiendo la base de su memoria, y Laurencia se daba cuenta de que se empeñaría en vano contra la réplica del tiempo y la obligada, indefectible reestructuración a que debía someter los días de su vida en todas las horas que permaneciera ante sí misma.

Después de unos instantes, en los que no dejó de mirar el boquerón de la ventana, la mujer pensó que, al fin de cuentas, ésa era también una manera de mantenerse inmediatamente ajena a su conflicto, y se entregó a la incitación del río, a aquella subversión de la memoria.

—oOo—

(El pequeño pueblo de La Frontera parecía letárgico, vacío de hombres y mujeres que pudieran ser consumidos por el frenesí, acicateados por la esperanza, carcomidos por el hastío o el rencor, camino de su afirmación o su derrota.

Ellas llegaron odiándolo todo de antemano: el caserío, sus habitantes, el tiempo descompuesto. Fueron empujadas por la necesidad y la ruina, y desde su establecimiento en el último bien que el padre pudo proporcionarles, no hicieron sino permanecer a la espera de algo que las arrancara de esa existencia que ellas no buscaron, pero que debieron aceptar cuando las posibilidades de la familia se hundieron para siempre.

Ella y su madre habían sido llevadas allí por Daniel Benavente, a la búsqueda de una herencia olvidada, despreciada incluso, por su medianía, en los tiempos grandes de la familia, antes de la elección presidencial que daría a Benavente una intendencia, con lo cual su rango, sus negocios iban a asumir el nivel esperado tantos años.

Aquel brioso Daniel Benavente. En las horas empozadas del pueblo, Laurencia readquiría la noción de su esencial pero desequilibrado frenesí. La infancia, la adolescencia de la hija estaban cruzadas por la visión de la casa de X..., con sus ventanales blancos, sus lámparas, su enorme salón concurrido, donde el padre, regidor de la ciudad, administraba su prestigio de cacique político y su fama de "loco", que le abrieron puertas y le facilitaran oportunidades en sus transacciones de bienes raíces, hasta el punto de inducirle a abandonar su carrera.

—Ya verán ustedes al "loco" Benavente —decía en las bulliciosas sobremesas—. Esperen a que ganemos la presidencial. Está todo arreglado. Don Arturo me prometió la intendencia, y con eso no necesito más. En un par de meses monto mi candidatura a senador, y de ahí no me ataja nadie. Ganando la presidencial no hay para qué preocuparse de las parlamentarias. Los votos vendrán por las buenas o por las malas.

Y mirando a su mujer, añadía:

—Ya verás, Ana Luisa, llegaremos lejos. Tendrán todo lo que soñabas cuando te casaste con un simple profesor de liceo que acababa de recibir una herencia.

Doña Ana Luisa recelaba.

—Cuanto más apueste, más ganaré en la jugada —respondía él—. Los otros ponen menos, pero menos podrán pedir después... Y yo necesito ser intendente, Ana Luisa. Eso nos llevará al Senado, al poder, al mundo de las oportunidades que esperamos con todo derecho.

Pero aquella hora no llegó.

Laurencia no podía olvidar la noche en que viera llorar a su padre por primera vez, cuando éste, pegado al receptor, escuchó que su candidato había perdido, y que, en consecuencia, su ambición de poder se derrumbaba y que la estabilidad de sus bienes corría peligro. Laurencia no vio llorar a su madre porque, con las primera noticias, doña Ana Luisa se había retirado a su dormitorio, y sólo regresó al salón cuando pudo recuperar la calma, aunque ya cierta de que sus temores se cumplían.

En eso llegaron otros amigos y partidarios consternados. Durante largo rato estuvieron bebiendo coñac entre reconvenciones amargas y explosiones de ira. Súbitamente se escucharon en la calle gritos y cantos. Eran los vencedores.

—¿Qué nos pasará si la chusma se alza? —preguntó una voz.

—No sé —repuso Benavente—, pero Ana Luisa tenía razón. Hay muy pocos votos de diferencia entre los candidatos y algo puede pasar en Santiago. Don Arturo sabe lo que hace, no va a dejarnos en la estacada.

Hasta muy tarde estuvo Benavente guardando noticias, mientras aceitaba su pistola española y una vieja carabina conservada en la casa. Pero ni esa noche ni más tarde se produjo el vuelco. Benavente había perdido en la jugada y sus bienes se veían comprometidos en la derrota. Sobre sus sueños, sobre sus negocios comenzó a desplazarse la inseguridad. Ya no habría intendencia, acceso al Senado. El poder se acababa y el mundo de las grandes oportuni-



dades quedaba fuera de su alcance.

Y Laurencia vio llorar a su padre una segunda vez.

Habían transcurrido dos años y cuatro meses de aquella noche de la derrota, tiempo en que los negocios de Daniel Benavente disminuyeron de frecuencia y cuantía en la medida que a éste no le era posible mover las viejas influencias ahora en manos de adversarios o desconocidos oscuros. Y no obstante aquello y que el dinero de los votos perdidos jamás regresó, Benavente había gastado la última porción de sus recursos y de su desbaratada energía en su campaña a diputado.

Daniel Benavente no resultó elegido. La jugada final había fallado. Aquella noche doña Ana Luisa no tuvo fuerzas para encarecer serenidad a su marido. También ocultó sus lágrimas, porque nadie los acompañaba y sólo estaban, en la habitación que parecía inmensa, la madre triste y la hija atónita, quien comprendía dificultosamente que el tiempo del esplendor y del alarde se acababa.

No fue, sin embargo, la suya una quiebra veloz. Pareció un lento empozarse en las dificultades, un desplazamiento progresivo frente a la consideración de sus amigos y asociados, quienes, si bien continuaban acogiéndolo en sus casas, en las asambleas, en el club, comenzaron a escatimarle el aval en los negocios, sus garantías en los bancos, hasta que Benavente debió echar mano de su saldo efectivo para tratar de mantener siquiera la apariencia de la vida habitual.

Benavente aseguró que todo sería un paréntesis, pero éste no llegó a cerrarse. Laurencia y su madre debieron ir desprendiéndose de cuanto les había significado orgullo, seguridad, indicios de opulencia, y se vieron circunscritas a una existencia cada vez más distanciada de la antigua ambición.

Porque ningún azar llegó a producirse. Lo que llegó fue el tiempo de responder a las deudas y malas transacciones, y Benavente tuvo que vender sus bienes, la casa, justo cuando Laurencia, a los dieciocho años, terminaba su primer curso de Leyes y aún podía soñar con la seguridad. Pero ella no tuvo opción. Ni escapatoria. La carrera quedó trunca, apenas con la esperanza de poder continuarla cuando el padre resurgiera con el dinero de las ventas.

Entonces fue cuando Daniel Benavente recurrió a su última oportunidad de paz, la casita rosa que sus padres le dejaron en un pueblo maderero de La Frontera, y que, con su solidez, su huerta y su hálito tenaz a tiempo pasado y tranquilo, significaba el refugio, aunque la entrada a ella equivaliera a la extinción.

Las mujeres llegaron alimentando frustración, amargura. Doña Ana Luisa asumió pronto una postura de resentido desdén por los demás, y Laurencia comenzó a manifestar una especie de precoz discordia con todo, acaso para encubrir la incredulidad con que miraba ahora las posibilidades de su vida.

El padre no pudo ser ahí el "loco" Benavente. Se acababa su antigua habilidad, se desgobernaba su ímpetu restante, y él sobrevivía aparentemente impávido, dentro de algo así como una cavidad larvaria propia, construida con sus hábitos, con su empecinamiento, y desde la cual no advertía o no quería advertir el paso de los acontecimientos. No proyectaba empresa alguna, y apenas se hizo de amistades renacieron sus desfigurados sueños. En el sombreado comedor de la casita, lleno siempre de la fragancia húmeda del aire, comenzó a repetir:

—Mirando bien las cosas, todavía podemos salir adelante. El partido tiene dos senadores en esta provincia, y ellos son amigos míos. Yo puedo conseguir que me incluyan en la lista de diputados. ¿Qué mejor candidato pueden encontrar por estos lados? Lo único malo es que las elecciones están casi encima. Pero viajando a Santiago podría arreglarlo. Claro, si viajara...

Sólo que una noche Laurencia rompió a llorar ante él y le pidió que la arrancara a tiempo de su inutilidad, y otra noche doña Ana Luisa, con voz repleta de rencor, se puso a representarle la degradada índole de sus años postreros, en medio de los sucios deberes de la cocina, de los patios, trajín que nunca le fuera necesario desempeñar, y que ahora, a una edad en que todo parecía tardío, sobrante, le resultaba como el papel de una anciana de asilo baldeando galerías o cuartuchos.

Pero sólo Laurencia había regresado con algo. Los senadores amigos de su padre se interesaron por ella, le buscaron una oportunidad, presionaron. "Regrese tranquila —le dijo uno de ellos—. Será nombrada maestra interina en su pueblo. Después podrá hacer cursos, ascender. La ayudaremos. Todavía manejamos parte del gobierno..." En cambio, Daniel Benavente comprobó que hasta en su partido retrocedía. Otros llenaban las convenciones, otros ocupaban las candidaturas. Para él no hubo sino unas representaciones de seguros que darían apenas para sobrevivir.

Su papel de maestra salvó a Laurencia por un tiempo de la prematura descomposición de su carácter, pero a Daniel Benavente el paso de los días lo llenaba de exasperación inútil, y poco a poco fue habituándose, y luego complaciéndose, en un estado de pueril animosidad, que comenzó a practicar en familia a través de pequeños subterfugios, con murrias que procuraba hacer elocuentes, con irritadas negativas de dar dinero para los gastos domésticos, hasta que terminaba por salir y dirigirse al club del pueblo o a la cantina de la ca-

AÑO XXXIX — N.º 1.934
6 de julio de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO:

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE
Cap. 1º 2- 3

CUENTOS:

Y SIN EMBARGO
Esa frase quedó inconclusa, aunque los he comprendido 9

VIVIR
Hay que tomar las cosas de la mejor manera posible, de lo contrario no habrá paz en nuestras vidas 25

FOTONOVELA:

NO ME PIDAS QUE COMPARTAMOS NUESTRAS VIDAS 17

CONFIDENCIAS DEL CIELO 28-29

ENTRE NOSOTRAS 30-31

EL GIGANTE EGOISTA
Cuento de la semana 32-33







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

lle mayor, donde en medio de unos cuantos partidarios bebidos denostaba al régimen y proclamaba la necesidad de regresar al orden antiguo.

Ya no bebía coñac Daniel Benavente. Nadie lo apodaba "el loco". Era apenas el viejo Benavente. Un viejo simpático y fantasioso que se embriagaba con facilidad, encandilado por su propio parloteo, y a quien era frecuente ver de vuelta a su casa entonando canciones militares, del brazo de uno o dos amigos ocupados en mantenerlo erguido.

Laurencia y su madre debían resignarse a esta progresión senil, y a las sobremesas, ahora amargas, cuando Daniel Benavente, con la ebriedad aflorante, comenzaba a rememorar el esplendor pasado, la vida en X..., sus sueños políticos, las recepciones en la casa vendida, hasta que una pena iracunda le sobrecogía, haciéndole tirar lejos sus anteojos, el diario, su propia copa, a veces, mientras en medio de accesos ahogados gritaba:

—¿Creen que el "loco" Benavente está acabado, eh? Pero se equivocan. Seré diputado el 49. O si no, volveré a hacer clases, volveré a subir, a ser dirigente, y entonces nos iremos de este pueblo maldito.

Daniel Benavente se dio a la manía de excursionar a caballo la región. "Voy a preparar mi campaña", decía. Pero aquello era más bien un escape a la inercia, a su propio desvarío, y aunque no reclutara partidarios, obtenía que los madereros, los hacendados, uno que otro correligionario de buena fe, le invitaran a sus casas, acaso para escapar también ellos a la rutina escuchando la cháchara de Benavente, sus historias sobre política, lo que a veces pagaban tomándole un seguro contra incendios o dándole sumas para su candidatura fantasma.

El había viajado a la capital de la provincia para hablar con uno de sus amigos senadores. Acaso éste le prometió la candidatura. Daniel Benavente volvió al pueblo rehecho en su insania y multiplicó sus giras, hizo proclamaciones, hasta que un día el deseo secreto de no sentirlo en la casa que experimentaban Laurencia y su madre pareció cum-

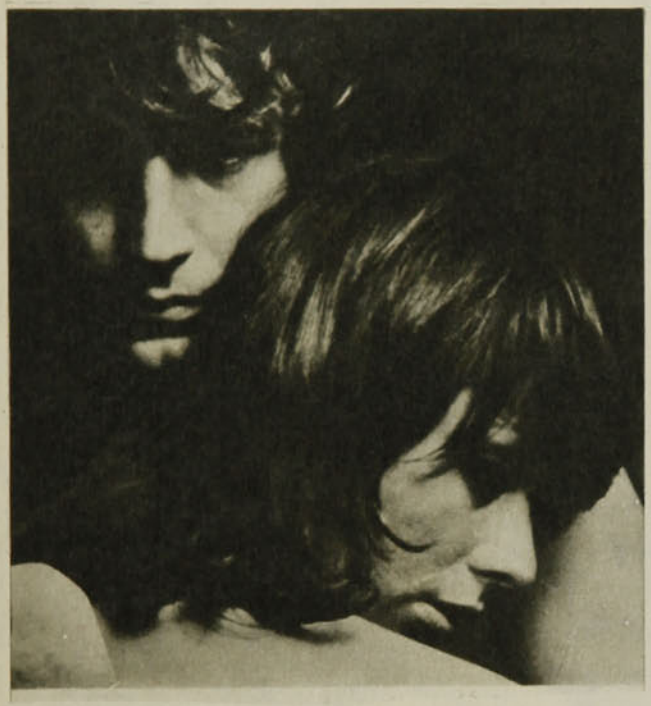
(Continúa en la página 35)



Y, SIN EMBARGO...

La angustia aún me sobreviene en las noches. Estoy durmiendo, no soñando, mi mente está temporalmente en paz y comienza... Despierto con una urgencia que me hace susurrar: ▶

Y, SIN EMBARGO...



—Por favor, mi amor. . —Y con frenesí me acerco a él y sólo encuentro vacío. Estoy sola.

Entonces viene la angustia y empiezo a llorar. Los progresos que he hecho, el coraje que he encontrado al enfrentar los días, el nuevo empleo, los nuevos amigos que llenan mi vida..., nada tiene sentido.

Angustiada me levanto y camino por la pieza; enciendo cigarrillo tras cigarrillo hasta que se termina el paquete. Y cuando termina la noche y la claridad empieza a barrer las sombras, mi desesperación se atenúa un poco. Pero quedan siempre pendientes las respuestas respecto a mi futuro y no las puedo contestar.

——ooOoo——

■ ■ HACE DOS

años, mi vida se centraba casi exclusivamente en Margarita, mi hija de diecinueve años. Sus visitas los fines de semana a casa —compartía un departamento en el centro con dos amigas— eran la alegría de mi vida. Sin ella, la vieja casa de las afueras de la ciudad me parecía enorme, silenciosa. A menudo pensé en venderla, convencida de que le sacaría un buen precio. Pero era nuestro hogar, el de Margarita y mío, y seguía aferrándome a la esperanza de que ella dejara su empleo y viviera conmigo. Siempre fue una chica impulsiva, tomaba las cosas con gran entusiasmo y después las abandonaba. Por eso no me sorprendió cuando dejó los estudios el verano pasado y se empleó como recepcionista en una compañía petrolera.

—Quiero conocer gente nueva, mamá. Todo lo que tendré que hacer será sentarme tras un escritorio y sonreír y me pagarán por eso.

Lo hizo durante un tiempo, pero pronto se hastió. Por eso se aferró a la oportunidad de adquirir un entrenamiento especial que ofrecía su compañía a los empleados más calificados.

—Tendré que vivir en el centro, mamá, porque las clases serán hasta muy tarde. ¿Te importaría eso mucho? ¿Te sentirías muy sola aquí?

Tuve que hacer acopio de valentía para sonreír y contestarle:

—Claro que me sentiré sola, pero... no vivo tan lejos como para que tú no puedas venirte a pasar conmigo los fines de semana y yo ir a verte. Y si tú quieres eso, yo también lo quiero.

Sus preocupados ojos me dijeron que no estaba muy convencida. Sabía que con sólo una palabra la haría desistir de su proyecto. Pero me las arreglé para disimular mi pena y dos semanas después se mudó a un departamento con dos chicas de su oficina.

La añoré terriblemente. Sin embargo, la veía contenta y feliz de su nueva libertad y deseaba cumplir la promesa que hice la primera vez que la tomé en mis brazos: no arruinar con reglamentos su vida como mi madre arruinó la mía.

■ ■ YO FUI

hija de padres viejos y crecí sin amor. No recuerdo muy bien a mi padre..., sólo el sonido de su voz atronando a mamá porque ella alegaba que llegaba a casa oliente a cerveza. Cuando yo tenía unos tres años, simplemente se mandó cambiar un día, dejando a mi madre en la miserable casa que teníamos en un barrio muy pobre.

Mamá comenzó a arrendar piezas y la mayoría de los pensionistas hacían turno para cuidarme mientras ella recolectaba la renta, hacía reparar las cañerías o la instalación eléctrica. Siempre se negaba a arrendar una pieza a gente con niños, y la calle no era sitio para que jugara una niñita. Por eso, naturalmente, jamás tuve amigas.

Como la casa se deterioraba con los años, fue económicamente imposible para mi madre seguir arreglándola. Cuando finalmente se decidió a venderla, nadie se interesó por ella, salvo un hombre que poseía otra casa igual de vieja en el barrio. Recuerdo el día en que, al llegar del colegio, los oí discutir respecto al pedido de mi madre para que nos dejara vivir sin pagar arriendo y ella correría a cambio con la casa..., y cómo don Rafael me miró cuando nos presentaron, su rostro de piel áspera, suavizado en una supuesta sonrisa de amistad.

En realidad era más un rictus que una sonrisa, porque, cosa sorprendente, don Rafael se sintió atraído por mí. Mamá hizo lo imposible porque ese verano nos juntáramos luego que me gradué del colegio, asegurándome que un matrimonio con un hombre veinte años mayor que yo no solamente me daría toda una vida de seguridad, sino que también sería un futuro para ella.

No se me ocurrió discutir ni rebelarme. Mamá

-Ansié correr y esconderme, pero ni siquiera tenía coraje para eso.

había regulado mi vida tanto tiempo que me pareció una cosa natural que también me eligiera un marido. De ese modo, seis meses después, o sea, justo luego que cumplí dieciocho años, me casé con Rafael.

▪▪ MI VIDA

en realidad no cambió, excepto que Rafael me llevó a un departamento que era un poco menos triste que la casa donde me crié. Pasaba sus días en lo que hizo mi madre, recolectando la renta, y haciendo reparaciones en el inmueble. No pedía mucho de mí: sólo estuviera dispuesta a agradarlo cuando quería sexo. No era egoísta ni desconsiderado, sólo torpe y sin imaginación. Por eso creo me extraña encontrar de cuando en cuando satisfacción en brazos de mi marido. Pero luego del nacimiento de Margarita, todo cambió. Más que nadie fui yo quien cambió. Mi plácida aceptancia a las decisiones de los otros respecto a cómo debería vivir, se transformó en una fuerte determinación de no hacer con mi hija lo que había hecho conmigo mi madre. Ella tendría una existencia llena de amor y felicidad, con amigos y con todo lo que a mí me había faltado.

Ante mi insistencia, Rafael de mala gana vendió una de las casas para financiar otra ubicada en las afueras de la ciudad. Ahí me perdí en la dicha de ver jugar a mi hijita con sus amigas mientras nosotras las madres conversábamos al sol. Ahí yo cocinaba y cosía y le daba un hogar de verdad a mi pequeña, y a el marido que llegaba todos los días a comer, silencioso y distraído, con los problemas que dejaba en la ciudad. A veces me daba Rafael una pena terrible; simplemente, él no sabía reír o gozar con el placer de ser padre. No nos daba nada de sí a ninguna de nosotras dos y por eso, cuando murió de un ataque al corazón cuando Margarita tenía nueve años, no había por qué echarlo de menos. Mi único arrepentimiento fue no haberle podido decir jamás lo que le había agradecido los cuidados que siempre tuvo por mi madre.

Vendí la casa de la ciudad y me empleé con una firma de corredores de propiedades. Felizmente me pude arreglar un horario libre y de ese modo podía atender a mi hija cuando llegaba del colegio con sus amigas. Nuestro hogar se transformó en su sitio de reunión y, poco a poco, las bicicletas y los patines se fueron cambiando por motos y cacharros cuando Margarita fue más grande. Ella daba bailoteos y parrilladas y yo jamás le negaba las alegrías propias de la juventud. Creo que si no hubiera sido por su carácter tan especial, yo habría terminado por transformarla en una chica mimada, pero no fue así. ¡Y, de pronto, de la noche a la mañana creció y se marchó de la casa!

▪▪ AL PRINCIPIO

iba a verme todos los fines de semana, y salía con sus antiguas amistades del barrio y todos los miércoles yo iba a la ciudad y asistíamos a un cine y comíamos juntas. A menudo le llevaba algún guiso para que lo compartiera con sus amigas de departamento. Hice eso hasta una tarde en que comprobé con horror que yo estaba interfiriendo.

Llegué al departamento de Margarita con unas cortinas que le había hecho para su dormitorio. En un momento, Laura le gritó:

—Te llaman por teléfono, Margarita. Es Mauricio. ¡Apúrate!

—No puedo verlo hoy. Dile que mamá está aquí —contestó Margarita y noté una pequeña desilusión en sus ojos. Comprendí entonces que ella me reservaba los miércoles, a pesar de que para ello tuviera que renunciar a un panorama más seductor. Supe también que los fines de semana por deber iba a mi casa, y probablemente también sacrificaba otras entretenciones. Debido a eso la comencé a animar para que no me visitara tan seguido.

—Este fin de semana tengo que mostrar unas casas, mi linda —le daba como disculpa.

—Bueno, si vas a estar ocupada, mamá, creo no iré a verte. Te telefonearé entonces el lunes a tu oficina. ¿Te parece bien?

No existían tales quehaceres. Yo no tenía amigas y por primera vez comencé a lamentarlo. Mientras estuvo Rafael vivo, siempre me vi con matrimonios muy viejos y después que murió estuve demasiado ocupada criando a Margarita como para hacerme de un grupo de gente de mi edad. Además, nadie se interesaba mucho por convidar a una mujer casi cuarentona a fiestas donde eran sólo parejas casadas. Pero a mí me resultaba intolerable quedarme sola en la casa. Me parecía tonto molestarme en preparar comidas sólo para mí y por eso prefería quedarme y comer algo en el centro.

Iba a un restaurante tranquilo y familiar. Porque había un bar adyacente al comedor y porque no me gustaba que me vieran comer sola es que siempre lo hacía en el mostrador.

Al principio, comía y me iba. Después cuando comencé a conocer a las chicas que me servían me quedaba a conversar un rato con ellas frente a una segunda taza de café.

Otro de los parroquianos habituales era un hombre alto, de unos treinta años, cuyos ojos siempre encontraba fijos en mí cada vez que miraba al espejo sobre el mostrador.

A veces acudía con un amigo e iban primero al bar y entonces se ubicaban en una mesa. Pero, por lo general, comía en el mesón. Y una tarde en que, por casualidad, salimos juntos del restaurante le sonreí porque me sujetó la puerta y él comentó:

—Está bonita la noche, ¿no es así?

—Está adorable —contesté en una voz tan baja como la suya. En seguida, agregué en un impulso—: Anunciaron lluvia, pero jamás se puede creer en esos pronósticos del tiempo.

—Ojalá sea así. Mañana tendré que dedicarme a buscar un departamento y será desagradable si llueve.

También impulsivamente le pasé una tarjeta mía.

—Resulta que yo trabajo en una firma de corredores. Tal vez nosotros le podremos ofrecer algo.

Miró la tarjeta a la luz de un farol.

—Eva..., corredor de propiedades —leyó antes de deslizarla a su bolsillo—. Yo me llamo Oscar Gacitúa, señorita..., y me gustaría me encontrara un departamento de soltero con una bonita vista.

¿Había puesto demasiado énfasis en la palabra soltero o yo lo imaginé? No obstante siguió mirándonme con tanto interés que me sentí obligada a decir:

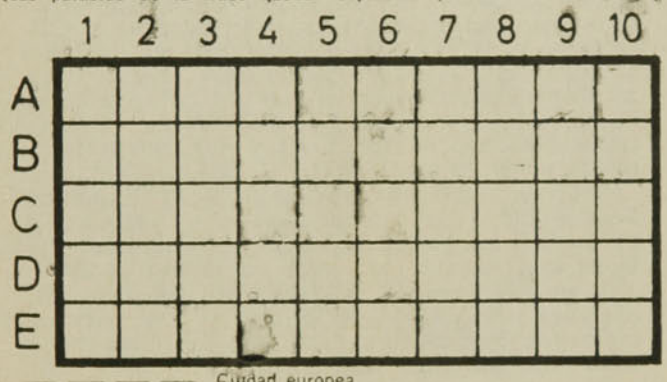
—No soy soltera..., soy viuda.

Conversamos un momento respecto a cómo quería el departamento. Me contó entonces que lo habían trasladado a la sucursal de su oficina en nuestra ciudad y que intentaba quedarse en ella por un tiempo. Pero bajo esa charla intrascendente yo percibía algo que me hacía

• DIVIRTAMONOS PENSANDO

En este pasatiempo hay que encontrar las palabras desde la letra A hasta la H. En seguida, se traslada letra por letra al cuadro correspondiente arriba y se obtiene un pensamiento sabio y conocido.

(Las palabras de la frase quedan separadas por cuadros en blanco)



A ___ ___ ___ ___ Ciudad europea
A-7 C-6 E-5 C-2

B ___ ___ ___ ___ Mono
E-8 B-3 B-8 B-1

C. ___ ___ ___ ___ Parte del tronco de un árbol unida a las raíces
C-7 A-1 A-9 D-10 por debajo de tierra

D ___ ___ ___ ___ ___ Canto religioso
D-1 C-10 D-8 A-5 B-4

E ___ ___ ___ ___ ___ Latido de las arterias
B-2 C-8 C-5 C-3 E-9

F ___ ___ ___ ___ ___ El que lleva a cabo una acción heroica
B-6 D-7 A-10 E-2 B-9

G ___ ___ ___ ___ ___ ___ Cierta piedra, compacta y de buen pu-
E-1 B-7 C-9 C-1 A-6 A-2 limento

H ___ ___ ___ ___ ___ ___ ___ Inspección
E-3 D-5 D-3 D-4 E-6 E-7 A-4

SOLUCION

A: Roma. B: Mico. C: Cepa. D: Salmo. E: Pulso. F: Héroe. G: Mármol. H: Requisa.
Conjunto: "El amor propio hace más locuras que el amor mismo".

contener el aliento. Me encontré tratando de descubrir cuál sería su edad precisa y, por primera vez en mi vida, me sentí consciente de mi apariencia preguntándome si yo me vería tan joven y atrayente como me lo imaginaba.

▪▪ PARA MI CITA

con Oscar al día siguiente me puse un vestido de lana azul y en cuanto llegué a la oficina dije que iría a mostrar unos departamentos. Y, en seguida, esperé y esperé. Al no verlo llegar a las once me regañé a mí misma por haber sido tan tonta. Un completo extraño me había pedido le buscara un departamento y yo me había hecho ilusiones como una adolescente.

Como a las cuatro, mientras hablaba por teléfono con Margarita, entró Oscar y todo de nuevo estuvo bien. Se disculpó por no haber asistido con puntualidad a la cita por motivos de negocios.

Le había elegido tres departamentos que me parecieron buenos para él. El que me parecía mejor y que también prefirió Oscar, era uno muy acogedor ubicado en un segundo piso. La ventana del living daba a un parque con árboles y estaba amueblado, faltándole sólo una cocina y el refrigerador. Conseguí que los dueños suministraran ambas cosas.

El miércoles, Oscar se mudó al departamento y fue a mi oficina a dejar el cheque por el arriendo.

—Te portaste grandiosa, Eva —declaró—. ¿Qué tal si comemos juntos esta noche? Debemos celebrar.

Un voz interior me aconsejó no aceptar, pero no pude hacerlo, ya que mi casa vacía y solitaria me resultaba intolerable.

—Está bien —me oí decir. Y ése fue el comienzo.

Oscar me llevó a un lindo restaurante en las afueras, donde había música y se bailaba. Yo casi nunca bailaba, pero en brazos de Oscar me sentí como flotando en las nubes, y recuperando las alegrías que no tuve en mi vida.

—¿Te estás divirtiendo, Eva? Te noto muy callada.

Su rostro estaba tan junto al mío que sentí su aliento contra mi mejilla. ¡Me gustaba Oscar! Pero, por algún motivo, no podía hablar con naturalidad con él. Me sentía torpe y con la lengua trabada como una colegiala.

—Me encanta la música —dije cuando comenzaron a tocar canciones románticas—. Son mis piezas favoritas.

Sus brazos me apretaron y yo me sentí contenta.

—Yo pedí ésta —murmuró contra mi pelo—. ¿Recuerdas cuán popular era hace diez años? —Lanzó una carcajada—. Yo entonces tenía diecinueve y estaba en mi primer año de universidad. Debiste haber bailado entonces conmigo, Eva. Lo hacía como si mis dos piernas fueran izquierdas.

Una sensación de frustración me golpeó muy adentro. Si tenía diecinueve años hacía diez, no era sólo unos pocos años menor que yo, como había supuesto. Era nueve años menor.

—Se está haciendo tarde, Oscar —dije finalmente—. Creo debemos irnos. —Antes de que pudiera protestar, volví a la mesa y noté su cara de pregunta mientras le pagaba al mozo y me llevaba afuera.

Y durante el trayecto a mi casa le hablé de mi matrimonio siendo tan joven, de la edad de Margarita, todo lo necesario para que él se diera cuenta de la enormidad de años que había entre nosotros.

Su silencio me dijo que estaba tan desilusionado como yo. Cuando finalmente llegamos a mi puerta, me di vuelta y dije:

—Adiós, y gracias de nuevo.

Y, SIN EMBARGO...

Movió violentamente la cabeza. En seguida, dijo:

—No, no dejaré que tú mates esto. —Antes que pudiera contestar me remeció de los hombros—. En el minuto mismo que te vi algo se produjo. Tú también lo sentiste, sé que fue así, y ahora me estás dando el eterno sermón de la mujer madura y el muchacho joven.

—Es cierto —protesté débilmente, pero él me acercó a sí, siempre moviendo la cabeza.

—Eres la mujer más adorable y encantadora que haya conocido. No te dejaré ir, Eva. —En seguida estuve en sus brazos y sentí sus apasionados labios en los míos—. Esto es muy nuestro, Eva, y no tienes derecho a arruinarlo.

En contestación, atraje su cara a la mía, y nos besamos de nuevo.

—Te veré mañana a la hora de almuerzo —dijo con voz ronca y se marchó.

Me quedé largo rato inmóvil, llena de contradictorias emociones. Y la mitad de esa noche yací despierta, preguntándome cómo algo tan emocionante como Oscar me había sucedido. Preguntándome también qué podría yo hacer.

A LA MAÑANA

siguiente me telefoneó Margarita.

—Mamá. Te llamé y llamé anoche. ¿Dónde estabas? —preguntó con voz tan alarmada que tuve que reír.

—Salí a comer con un cliente, mi linda. Siento que te hayas asustado.

Entonces para que ella supiera que había alguien interesado en mí le hablé vagamente de Oscar.

—Me alegro de que hayas salido con un hombre sin trabas, mamá. Mereces divertirte un poco.

Me di cuenta entonces, con el corazón acongojado, de que ella presumía que ese hombre sin trabas sería uno de mi edad, o mayor, no alguien de veintinueve años.

Toda la mañana me sentí deprimida, esfumada la emoción de la noche anterior debido a la realidad de nuestras diferencias de edad. A pesar de lo que Oscar había dicho, siempre existiría. Decidí que le diría que no lo iba a ver de nuevo. No había objeto continuar lo nuestro y él tendría que encontrarme razón.

Pero no sabía cuán obstinado y persistente podría ser Oscar, o cuán desvalida sería yo ante nuestra creciente atracción física. Era como si cada vez que estábamos juntos en las semanas que siguieron, nos rodeara una extraña magia, tan irresistible que no nos podíamos separar. Y si no estábamos juntos en su departamento, estábamos en mi casa o hablándonos por teléfono.

Toda mi vida se centraba alrededor de Oscar. Iba a acostarme con el sabor de sus besos en mis labios y despertaba con el anhelo de volverlo a ver.

Pero, en el fondo de mí, temía al día en que no quisiera verme, al darse cuenta de lo que Oscar creía ahora amor era sólo un entusiasmo. Estaba tan preparada para eso que cuando Oscar me decía que debía alejarse de la ciudad por unos pocos días por una razón u otra yo pensaba: "No me llamará cuando vuelva". Pero al regresar demostraba grandes ansias de verme.

No había visto a Margarita durante este tormentoso carrusel. Ella estaba muy ocupada cambiándose a un departamento donde viviría sola y yo pasaba la mayoría de mis fines de semana con Oscar. El miércoles antes de salir a vacaciones me invitó a comer.

—¡Mamá, te ves grandiosa! Has adelgazado y tu pelo..., me encanta tu peinado. —Sus ojos brillaban de alegría—. Debe ser que te has enamorado de ese hombre, ¿no es verdad?

Reí nerviosa y fui con ella a la cocina.

—Deja de exagerar —la regañé—. Nos vemos ocasionalmente, pero...

—...Y ahora estás radiante. Nunca antes lo habías estado así.

Me sentí enrojecer mientras seguía mirándome, esperando que yo admitiría los sentimientos que yo no me atrevía a admitirme a mí misma. No quería confiarme aún a Margarita. Tenía miedo de que ella me supusiera tonta por enamorarme de un hombre tanto menor que yo.

—Yo te aliñaré la ensalada —dije finalmente—. Esas chuletas ya deben estar listas.

—Están, pero tal vez quieras tomarte un aperitivo primero.

Asentí, agradecida ante la idea de cambiar de tema. Pero durante la comida Margarita volvió a lo mismo, insistiendo en querer conocer a Oscar hasta que, finalmente, decidí que se lo presentaría ese domingo. Ansiaba desesperadamente decirle que Oscar no era el hombre maduro que ella imaginaba. Que lo juzgara ella misma, y ojalá nuestra diferencia de edad no fuera demasiado obvia para mi hija.

EL DOMINGO

cuando llegó Oscar con una botella de vino, mi corazón saltó de emoción. Con su ropa deportiva se veía casi como un niño. ¿Por qué no se había puesto un traje oscuro para que se viera más maduro? Y, un momento más tarde, cuando llegó Margarita e hice las presentaciones, la reacción de mi hija me hizo casi morir de vergüenza.

En las tensas horas que siguieron, noté que me abandonaba la serenidad. Seguramente Oscar había notado el brutal contraste entre yo y mi hija adulta. Y Margarita..., ¿no eran su risa y su conversación un poco forzadas, como disimulando la impresión que le había producido conocer al presunto novio de su madre?

Ansié correr y esconderme, así de tonta me sentía, pero eso era imposible. Ni siquiera tenía coraje para eso.

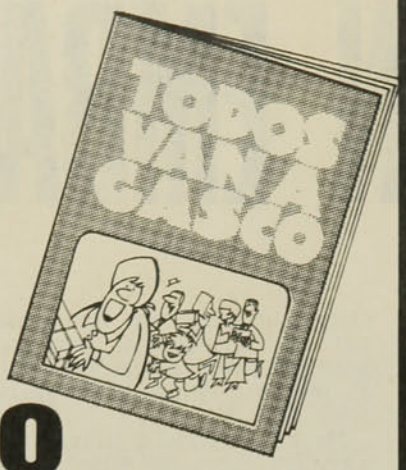
Mientras Oscar y Margarita se tomaban un café y yo lavaba la loza mi hija gritó:

—Mamá, ¿no podría eso esperar? ¡Has estado sólo trabajando todo el tiempo!

Oí a Oscar hacer un comentario con voz igualmente impaciente y ambos entraron a la coci-

EL PROXIMO MARTES

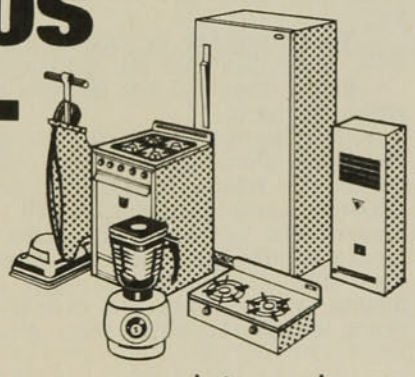
confidencias



TRAE ESTE FOLLETO

PARA QUE UD. GANE ¡GRATIS!

UNO DE LOS FABULOSOS PREMIOS GASCO.



Desprenda este folleto que vendrá en el próximo número de "CONFIDENCIAS" y guárdelo muy bien.

Con sólo éso, SIN COMPRAS NI ENVIOS, Ud. ya estará participando en el sensacional sorteo GASCO y podrá ganar ¡GRATIS! refrigeradores, cocinas, enceradoras, jugueras, anafes o califonts "Junkers".

NO SE PIERDA "CONFIDENCIAS" LA PROXIMA SEMANA Y DESPRENDA DE SU INTERIOR EL FOLLETO NUMERADO!
(En el mismo folleto encontrará Ud. más detalles de este fantástico sorteo).

ESTE ATENTA, GUARDE EL FOLLETO... Y BUENA SUERTE!

* Sólo en la edición de Santiago.

na. Sudorosa y miserable me volví del lavaplatos, tan a la defensiva que Margarita tuvo que sonreír.

—Este Oscar tuyo es muy cómico, mamá. Y quería que supieras que lo apruebo sin reservas.

Con eso, se puso de puntillas y le besó la mejilla y cuando Oscar hizo un gesto por sobre el hombro de mi hija se me llenaron los ojos de lágrimas. Fue un momento que sabía nunca olvidaría. Pensé que el corazón me estallaría de alivio y felicidad.

Más tarde, cuando Oscar y yo nos quedamos solos, él me apretó en sus brazos susurrando:

—Ahora, ¿te casarás conmigo, Eva?

Asentí, apartando de mi mente todas las dudas y el miedo de que ese amor no fuera a durar.

■ ■ UNA SEMANA

después, mientras Margarita estaba de vacaciones, Oscar y yo nos casamos. Después volvimos a mi casa..., ahora a nuestro hogar. Oscar era mío. En la oscuridad del dormitorio temblé en los brazos hambrientos de mi marido, devolviendo sus besos y sus caricias, para luego alcanzar una plenitud difícil de imaginar.

Más tarde, Oscar dijo:

—Eva, eres sencillamente maravillosa.

Esperé que la gente con quienes trabajaba se sorprendieran de mi súbito matrimonio y tal vez lo desaprobaran. Pero en realidad no me importaba mucho su opinión. Mi marido era menor que yo, pero yo me veía joven y bien. El brillo que Margarita había notado en mí era como una llama interior. Mi mente sólo se dedicaba a contar las horas que me faltaban para llegar a casa y a brazos de mi marido.

A veces, cuando Oscar debía trabajar hasta las diez o a veces hasta más tarde, yo me revolcaba impaciente esperando escuchar el ruido de su llave en la cerradura.

—Eva, no debes esperarme en pie —me regañó una vez—. ¿Por qué no te has acostado?

Me rodeó con sus brazos y yo puse mi cabeza contra su pecho.

—Porque no puedo dormir más que en tus brazos, ¿no sabes eso?

Cuidaba con esmero su descanso. En los fines de semana me levantaba en silencio y hacía mis quehaceres con cuidado para no perturbar su sueño. Pronto descubrí que a Oscar le gustaba la vida social y comenzamos a hacerla, ya sea en nuestro hogar o en casa de sus amigos. Pero mis momentos más preciosos eran cuando estábamos solos, en el mundo de nuestras cuatro paredes.

Por cierto que Margarita era una parte vital de ese mundo y solía llegar a casa inesperadamente ya fuera sola o con una amiga. Entonces el hogar se llenaba de risas y de música y en ocasiones con Oscar nos íbamos a acostar y las dejábamos divirtiéndose solas.

■ ■ PERO UNA NOCHE

me desperté con dolor de cabeza debido a la música estridente que Oscar y Margarita tocaban. Fui donde ellos, pero no se inmutaron cuando comenté que era tarde y debíamos trabajar al día siguiente. "¿Qué le pasa a mi hija? —pensé enojada—. Jamás acepta trasnochar en día domingo."

Mauricio estaba medio dormido en un sillón con una botella de cerveza semivacía a su lado. Esperé que no se durmiera mientras iba a dejar a Margarita. Estaba por sugerir prepararles un café cuando sucedió algo que me dejó de una pieza.

Margarita, con el pelo sobre la cara, hurgaba

En la oscuridad del dormitorio temblé en los brazos hambrientos de mi marido, devolviendo sus besos y sus caricias, para luego alcanzar una plenitud difícil de imaginar.

entre los discos. De pronto dijo, con voz algo jadeante:

—¡Aquí está, Oscar! Por favor, ponlo. Siempre ha sido también mi favorito.

De inmediato se enlazaron y comenzaron a bailar, mientras una canción romántica flotaba en la pieza. Me sentí temblar de celos.

—Despierta, Mauricio, acuérdate que Margarita tiene que trabajar mañana —lancé con dureza.

Mi hija rió sorprendida y se alejó de Oscar, diciendo:

—Ojalá a Mauricio le gustara bailar, pero sólo lo hace si ha bebido cerveza. Buenas noches, mamá, perdón por haberme quedado hasta tan tarde. —Le dio un beso a Oscar en la mejilla y él le revolvió el pelo y sentí vergüenza de mí misma. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Podia haber malicia en un gesto de afecto intercambiado entre mi marido y mi hija?

Esa noche, luego que Oscar se durmió permanecí invadida de nuevos miedos. ¿Era esa marejada de celos mi castigo por haberme casado con un hombre tanto más joven que yo? Si era así, no era más que culpa mía, no de Oscar ni de Margarita. Sentí tanta vergüenza que ansié llorar. Felizmente no había dejado traslucir mis sentimientos, porque si hubiera sido así ambos habrían sentido, y con razón, asco hacia mí.

Al fin de semana siguiente, en que Margarita fue a la nieve, Oscar se demostró inquieto y aburrido.

—Salgamos a comer fuera o hagamos algo, Eva. Esta casa está horriblemente silenciosa.

¿Silenciosa sin Margarita?, me pregunté desdichada. Pero en el momento siguiente, cuando me abrazó, desechè tal idea y dije:

—Dame unos minutos para vestirme, mi amor. En seguida iremos a nuestra hostería. ¿La recuerdas?

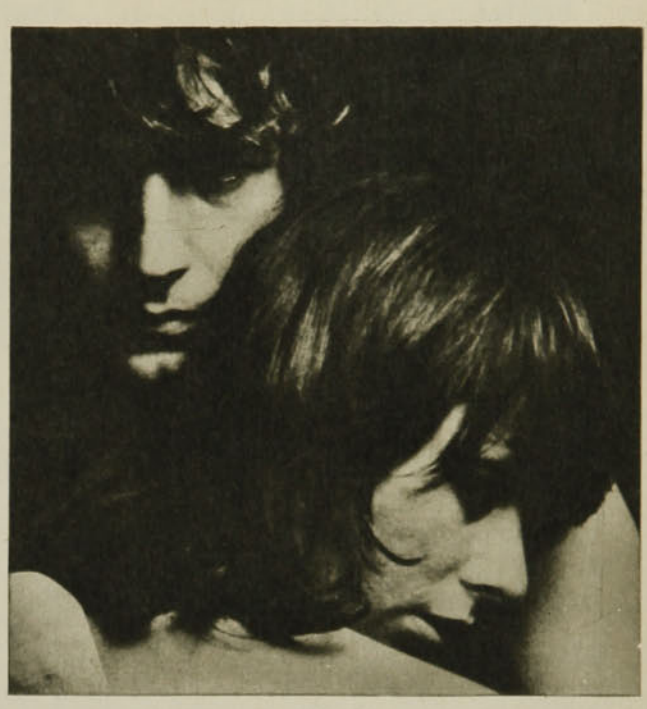
Pero no hubo comida en una hostería esa noche ni en muchas que siguieron. Unos minutos más tarde sonó el teléfono y Oscar me anunció que Margarita se había caído y quebrado un tobillo. Y porque el doctor había dicho que tendría que estar enyesada dos meses, Oscar la iría a buscar para traerla a casa.

Cuatro horas después, entró Oscar con Margarita en brazos. El rostro de mi hija era blanco como una sábana.

POCOS DIAS

más tarde, la brillante risa de Margarita nos dijo que ya se sentía bien. Yo había pedido permiso en la oficina y me quedaba con ella todo el día, para regalonearla igual que cuando pequeña. Oscar también se esmeraba; la bajaba en brazos por las mañanas y en las tardes jugaban a las cartas o escuchaban música.

Cuando finalmente pudo caminar, volví a mi trabajo y cuando no podía acompañar a Margarita a almorzar lo hacía Oscar. Un día terminé un negocio con un cliente a las tres y decidí ir a a mi hogar. Me sorprendió ver aún el auto de Oscar, y cuando entré los sorprendí en una acalorada discusión ante la mesa, con sus platos ya fríos y olvidados.



Mientras permanecía en el umbral, volvieron las cabezas lentamente, como si no quisieran regresar de un mundo que era sólo de ellos. Oscar miró su reloj y dijo:

—Dios mío, ¿dónde se voló la tarde?

Margarita lanzó una carcajada.

—¿A quién le importa? Arreglamos el mundo, ¿no es así?

El la miró y su voz sonó ronca cuando dijo:

—Así es, ¿a quién le importa? No habría perdido por nada del mundo esta conversación. Eres una chica notable, Margarita.

Ella lo miró y Oscar se puso muy serio.

—Tal vez es porque sucede que estoy de acuerdo con todo lo que dices, todo lo que piensas y en general en cómo eres, Oscar —murmuró suavemente.

Por espacio de un latido se mantuvieron mirándose a los ojos y entonces yo lancé con dureza:

—Bueno, si esta reunión de admiración mutua ha terminado les ruego me dejen quitar la mesa y ponerla para la comida, si es que no les importa.

Oscar me sorprendió al contestar:

—Me importa, porque no pienso comer aquí Comeremos los dos fuera. Mauricio vendrá con pizza sólo para dos y nosotros estaremos de más.

Lo encontré maravilloso. Y mentalmente me hice el propósito de aprender algo de política para tener tema de discusión con Oscar. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar que sabía poco respecto a las opiniones de mi marido y era mi deber informarme. Sólo me había preocupado de estar cerca de él, pero en medio de tanta felicidad me olvidé de ser también su compañera.

Esa noche, en el restaurante sólo habló Oscar y fue respecto a lo inteligente y adorable que era Margarita. Y cuando sugerí más tarde que fuéramos al cine, mi marido decidió que volviéramos a casa, porque tal vez Margarita estuviera cansada y él tendría que llevarla a su cama.

Y resultó que estaba cansada y llegamos justo cuando Mauricio estaba por irse. Cuando se despidió me pareció el muchacho molesto, como si Margarita le hubiera estado hablando todo el tiempo de otra persona.

Por eso fue que, aunque sin querer confesarlo ni a mí misma, me sentí contenta cuando Margarita pudo volver a su departamento y a su trabajo. Ahora las tardes y las noches eran de nuevo mías y podía dar y recibir amor con entero abandono, sin la incómoda sensación de tener a mi hija en una pieza cerca. Comencé entonces a hablar de un viaje de vacaciones para sustituir la luna de miel que no tuvimos. Oscar miró los folletos que le llevé, pero cuando lo presioné respecto a fecha, dijo que no podría ser antes de un mes o dos, no hasta dejar todos sus asuntos de trabajo en orden. Nuestro matrimonio para mí era una eterna luna de miel y por eso no insistí en el tema.

■■ MARGARITA FUE

de vez en cuando a casa durante el mes siguiente, pero ya no hablaba de Mauricio y parecía más seria de lo usual. Supuse que estaba deprimida por su ruptura con el muchacho y esperé que se confiara a mí. Pero no dijo nada. Después sus visitas cesaron e imaginé que estaba de nuevo metida en el carrusel de la vida social. O tal vez había conocido a otro chico, se había enamorado y tal vez planeaba casarse. Llamaba muy poco por teléfono y eso me dio aún más seguridad de que estaba enamorada.

—Pero ¿por qué no lo traes para acá? —pregunté una mañana a Oscar a la hora del desayuno—. No es algo de Margarita estar interesada en un chico y no contármelo.

Oscar abruptamente hizo un lado su taza y se puso de pie.

—Ella no anda con nadie en especial, Eva, y debes dejar de preocuparte.

Lo miré sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tú misma dijiste que si tal chico existiera te lo habría contado —espetó—. Cuando se te mete una idea en la cabeza no hay quién te la saque.

—¡Oscar! —lo miré espantada—. No tienes para qué gritarme. ¿Qué te pasa esta mañana?

—Me duele la cabeza. Perdóname, Eva —murmuró dándose vuelta—. Te veré más tarde. Tal vez podamos almorzar juntos. —Llegó hasta la puerta y desde allí dijo—: Te quiero. Te quiero mucho —en seguida se marchó.

Permanecí sentada largo rato, obsesionada con la expresión de tristeza que me pareció ver en el rostro de mi marido. Un sexto sentido me decía que algo andaba mal. No podía sacudir de mí la premonición que amenazaba con destruir mi vida. Y esa tarde, cuando me llamó Margarita para comunicarme que había dejado el empleo y se iría a vivir a Viña, más me asusté.

Por teléfono no le pude sonsacar nada más, excepto que estaba aburrida y que deseaba cambiar de ambiente; además parecía determinada a no hablar de sus planes futuros conmigo ni con nadie.

—Ahora podrás hacer tu vida libremente, mamá —dijo finalmente—. Y yo también hacer la mía. ¿No puedes entender eso?

Más tarde cuando le comenté el asunto a Oscar, respondió:

—Si ella ha hecho su decisión no nos queda más que dejarla en paz, Eva.

Pero yo insistí en que fuéramos a verla y Margarita en cuanto nos vio se puso a llorar. Eso realmente me asustó.

—Me gustaría que antes pasaras una temporada con nosotros, mi linda —rogué mientras me sentaba con ella en el sofá—. Yo puedo pedir permiso en la oficina y tomarnos los tres juntos unas pequeñas vacaciones.

—¡Por favor, mamá, no! —cortó—. ¡Ya tengo todo planeado y sé lo que quiero hacer! —Miró a Oscar, quien, con gesto torvo, miraba por la ventana—. No me voy al fin del mundo y no debes preocuparte por mí. —Su voz tembló al agregar—: ¡Por favor, Oscar!

Fue en ese instante que vi el sufrimiento en los ojos de mi marido al mirar a mi hija y lo supe. Creo lo sabía desde hacía tiempo en mi corazón, pero no había querido admitirlo: mi marido y mi hija se amaban.

■■ ESA AMARGA

verdad me cercó mientras veía cómo se miraban. "Es por eso que Margarita no ha ido a casa —pensé—. Y también por eso que se va a Viña. No puede soportar estar cerca de Oscar." Y entonces recordé sus palabras: "Ahora podrás hacer tu vida libremente, mamá. Y yo también la mía". Y ella encontraría otra vida. A los diecinueve años se tiene todo un futuro por delante y se puede volver a enamorar. Pero yo esperé mucho tiempo para conseguir la dicha que hoy poseía. Oscar me amaba, lo había repetido una y otra vez. Con el tiempo olvidaría a Margarita. Yo lo ayudaría a olvidarla...

Me obligué a mirarlos de nuevo..., primero a Margarita, después a Oscar... y sentí lástima por ellos, y también alivio, porque no era demasiado tarde para ninguno de nosotros tres.

—¿Por qué estamos sentados aquí con aspecto miserable? —preguntó mi hija con forzada alegría—. ¡Nos tomaremos un trago!

Intentó ponerse de pie, pero Oscar dijo:

—No te muevas, yo iré a buscarlo —y caminó al mueble donde Margarita guardaba los licores. No preguntó dónde estaban. Lo sabía, porque obviamente no era primera vez que visitaba ese departamento.

Fue un error, un horrible error que lo comprendió inmediatamente y se quedó como enraizado, con la botella en la mano, mirándome con angustia y desesperación.

El resto son sólo fragmentos. Vinieron los sollozos de Margarita y vi lágrimas en los ojos de Oscar.

—No ha sido culpa suya —gimoteó mi hija—. Yo fui la que empecé...

—¡Eso no es cierto! —cortó Oscar—. No fue ella, Eva, fui yo. Fue algo que en realidad simplemente sucedió. Nosotros... —Su voz se quebró—. Hace ya un mes que no nos vemos... y juramos no volver a hacerlo. ¡Y cumpliremos nuestro juramento!

Cerré los ojos contra la agonía de sus rostros, demasiado ofuscada como para pensar, para sentir..., mientras ellos esperaban que yo dijera algo, pero ¿qué? ¿Qué podía decir yo?

Sólo que nuestras vidas en este momento están truncas, pero tengo la esperanza de que mi hija que es joven algún día pueda encontrar la felicidad.

♥♥

NO ME PIDAS QUE COMPARTAMOS NUESTRAS VIDAS



producciones SEXARTEX


SALUD POR LA MARCELA
SALUD POR LA MARCELA


MARCELITA, HAS TRIUNFADO EN TUS ESTUDIOS, AHORA TRIUNFA EN TU PROFESION. TE DESEO QUE LLEGUES MUY ALTO EN LA VIDA.


GRACIAS MAMÁ. PERO SE TE OLVIDÓ LO MAS IMPORTANTE, TRIUNFAR COMO MUJER.


BUENO, ¿Y DONDE VAS A TRABAJAR ?


TENER UN TITULO ES UNA COSA Y ENCONTRAR TRABAJO ES OTRA. UD. SABE QUE HAY MUCHA COMPETENCIA Y TODAVIA NO HE TENIDO SUERTE.

PASABAN LOS DIAS Y MARCELA NO ENCONTRABA TRABAJO. MIENTRAS TANTO ELLA SEGUIA AYUDANDO EN EL NEGOCITO DE SU PADRE.

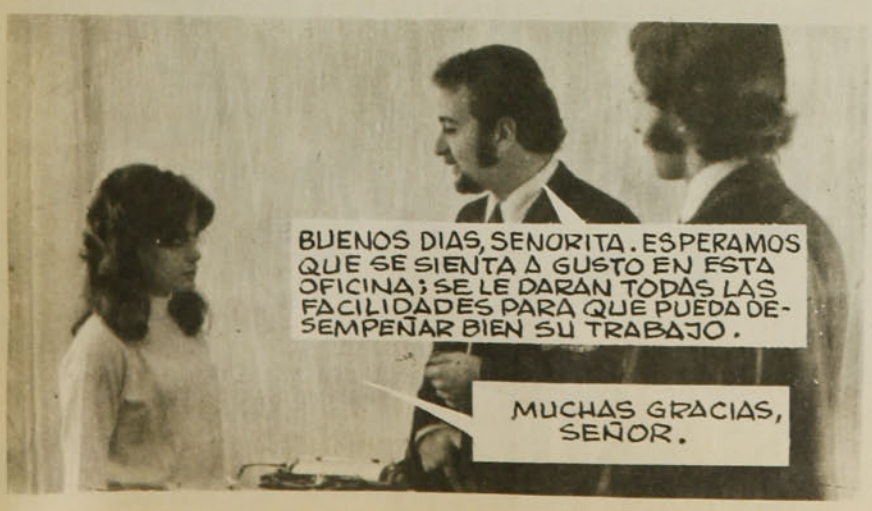








AL FIN MARCELA CONSIGUE UN PUESTO EN AQUELLA FIRMA. Y EL PRIMER DIA DE TRABAJO...



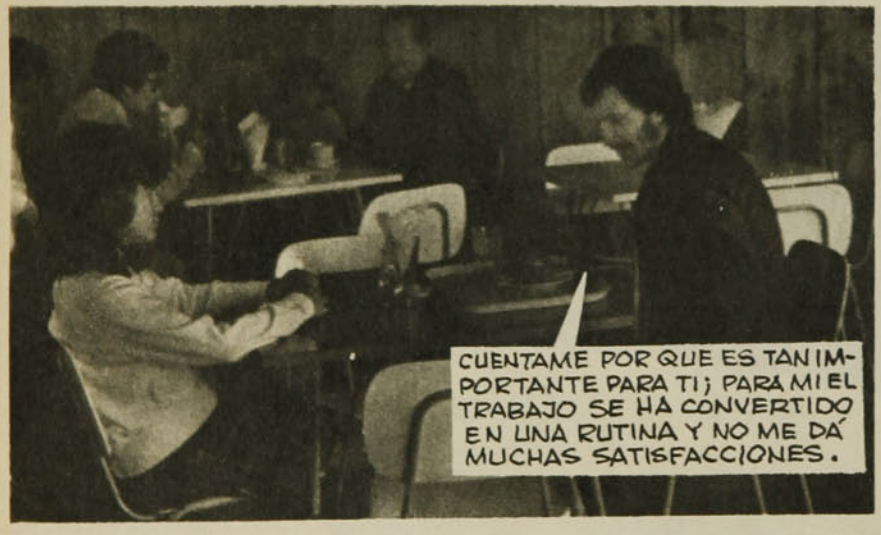



¿ES LA PRIMERA VEZ QUE TRABAJA ?
SI. ESTOY MUY ASUSTADA.


NO TE PREOCUPES POR ESO; PUEDES CONTAR CONMIGO PARA TODO LO QUE NECESITES...


TE CONFIESO QUE ESTABA MUY MOLESTO CON LA IDEA QUE FUERAN A CONTRATAR OTRO CONTADOR, PERO AHORA ME ALEGRO DE QUE NO ME HUBIERAN HECHO CASO...


¡UF, ESTOY RENDIDA! PERO FELIZ DE TODAS MANERAS. ¡HACE TANTO TIEMPO QUE SOÑABA CON ESTO!
A LA HORA DEL ALMUERZO EN EL CASINO.


CUENTAME POR QUE ES TAN IMPORTANTE PARA TI; PARA MI EL TRABAJO SE HA CONVERTIDO EN UNA RUTINA Y NO ME DÁ MUCHAS SATISFACCIONES.


QUIZAS LO IMPORTANTE NO SEA EL TRABAJO EN SI, SINO TODO LO QUE PERMITE. HE LLEVADO UNA VIDA EN QUE SOLO ESTUDIABA Y TRABAJABA EN LA TIENDA DE MI PAPÁ...


...AHORA ESPERO PODER HACER MI VIDA PROPIA, DESARROLLAR MIS HABILIDADES Y APROVECHAR MI JUVENTUD.

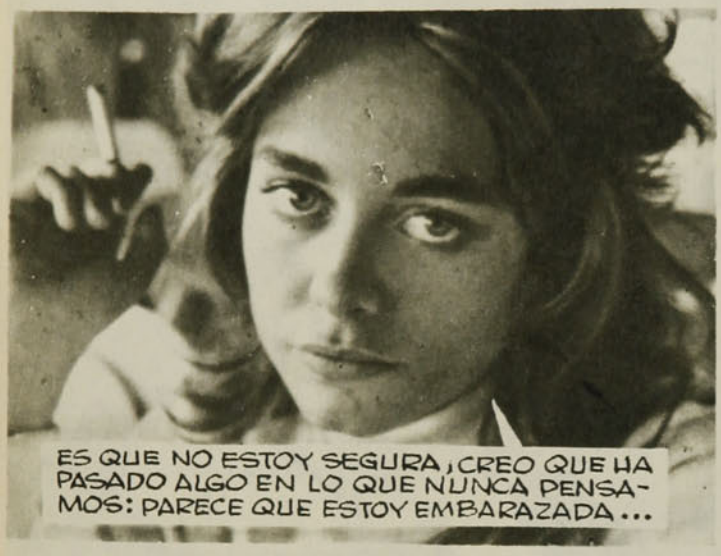

NO CREO QUE TE SEA DIFICIL, PORQUE ERES MUY BONITA Y SIMPÁTICA.

DESDE EL PRIMER MOMENTO NACIÓ UNA ESPONTÁNEA SIMPATÍA ENTRE ROBERTO Y MARCELA QUE FUE ACENTUÁNDOSE DÍA A DÍA.




¿QUÉ PASA, MARCELA? TE NOTO DESANIMADA.
NO, NO ES NADA. ES QUE HEMOS SALIDO TANTO AHORA ÚLTIMO QUE ESTOY UN POCO CANSADA. CREO QUE VAMOS A TENER QUE MODERARNOS UN POCO.


NO CREO QUE SEA RAZON SUFICIENTE, ESTAS MUY PALIDA. CUENTAME.

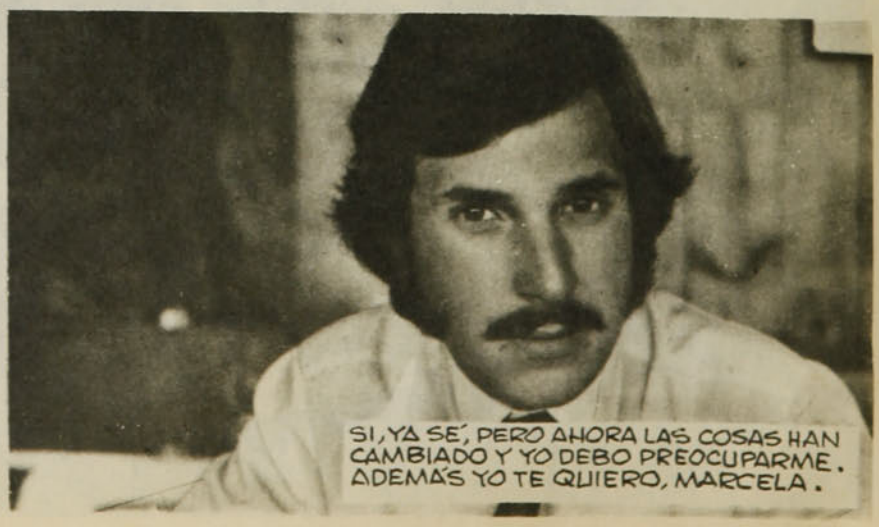

ES QUE NO ESTOY SEGURA, CREO QUE HA PASADO ALGO EN LO QUE NUNCA PENSAMOS: PARECE QUE ESTOY EMBARAZADA...


¿ESTÁS SEGURA?
CASI. PERO HOY PIENSO IR A VER UN MÉDICO.


CLARO, CLARO, ME PARECE MEJOR. ¿QUIERES QUE TE ACOMPAÑE?


¡ME ENCANTARIA! ¡ESTOY TAN ASUSTADA!
NO TE PREOCUPES, MI AMOR, TODO TIENE ARREGLO. MIS INTENCIONES CON RESPECTO A TÍ SON SERIAS. ME PARECE QUE UN NIÑO ES RAZON SUFICIENTE PARA CASARNOS.


NO SÉ, ME PARECE TAN APRESURADO TODO ESTO, NUNCA ANTES HABÍAMOS PENSADO EN MATRIMONIO, Y AHORA TU ME LO DICES SOLO POR LO DEL NIÑO...


SI, YA SÉ, PERO AHORA LAS COSAS HAN CAMBIADO Y YO DEBO PREOCUPARME. ADEMÁS YO TE QUIERO, MARCELA.

¡ADEMÁS ME QUIERES! ME LO DICES COMO SI ESO NO FUERA LO MAS IMPORTANTE, COMO SI UNO SE CASARA POR UNA GUAGUA O POR EL "QUE DIRAN". Y, ESTE AMOR DEL QUE HABLAS, EXISTE REALMENTE?

PERO MARCELA ¿QUÉ TE PASA? PARECE QUE ESTÁS MUY NERVIOSA Y TODO TE PARECE NEGATIVO. ACUERDATE COMO HASTA AYER NOS DIVERTÍAMOS Y ÉRAMOS FELICES. ANÍMATE, MARCELA.

NO SÉ POR QUÉ LA IDEA DE CASARME CON ROBERTO NO ME PARECE TAN FELIZ COMO HUBIERA PENSADO; PERO, POR OTRO LADO, EL DOCTOR ME CONFIRMÓ LO DE LA GUAGUA.

ESA NOCHE MARCELA NO PUDO PEGAR LOS OJOS...

NO SE PONGA TRISTE, MARCELA; VENGA PARA ACÁ Y PENSEMOS EN NUESTRO MATRIMONIO.

TENGO ALGO QUE HABLAR CONTIGO, ROBERTO. ES QUE ESTO DE LA GUAGUA ME HA HECHO PONER LOS PIES NUEVAMENTE EN LA TIERRA, Y RECAPACITAR...

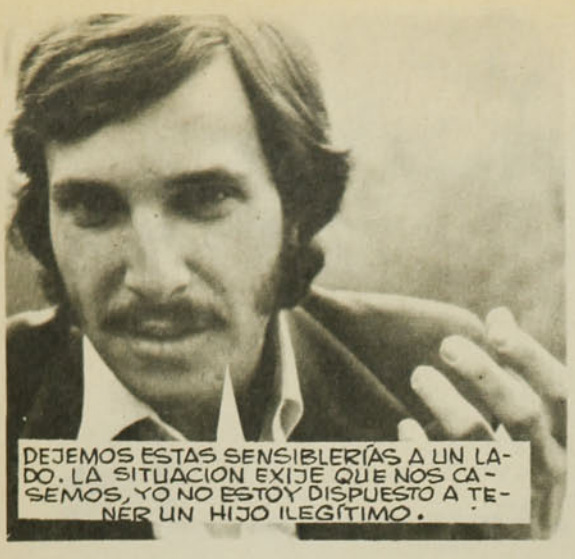
...SOBRE TODO LO QUE HA SIDO MI VIDA DESDE QUE TE CONOCÍ. NO SE SI ES A TI A QUIEN QUIERO O A LA VIDA QUE LLEVO CONTIGO: ME HAS ENSEÑADO A DIVERTIRME, A SENTIR COMO MUJER, TENER EMOCIONES Y VIVIR INTENSAMENTE.

ESO QUIERE DECIR QUE SOY CAPÁZ DE DARTE LA FELICIDAD, MARCELA.

NO... AHORA QUE TE VEO COMO POSIBLE MARIDO ME DOY CUENTA DE QUE NO TE CONOZCO VERDADERAMENTE; VIVIMOS COMO UN PAR DE NIÑOS INCONSIENTES, PERDIDOS EN UN MUNDO DE FANTASIA, SIN MEDIR NUESTROS ACTOS Y SUS CONSECUENCIAS.

PERO SI ESTOY DISPUESTO A RESPONSABILIZARME DE LAS "CONSECUENCIAS"; VERDADERAMENTE NO ENTIENDO COMO PUEDES HABER CAMBIADO TANTO.

NO HE CAMBIADO, ROBERTO, SOLO HE VUELTO A SER LA QUE ERA ANTES.





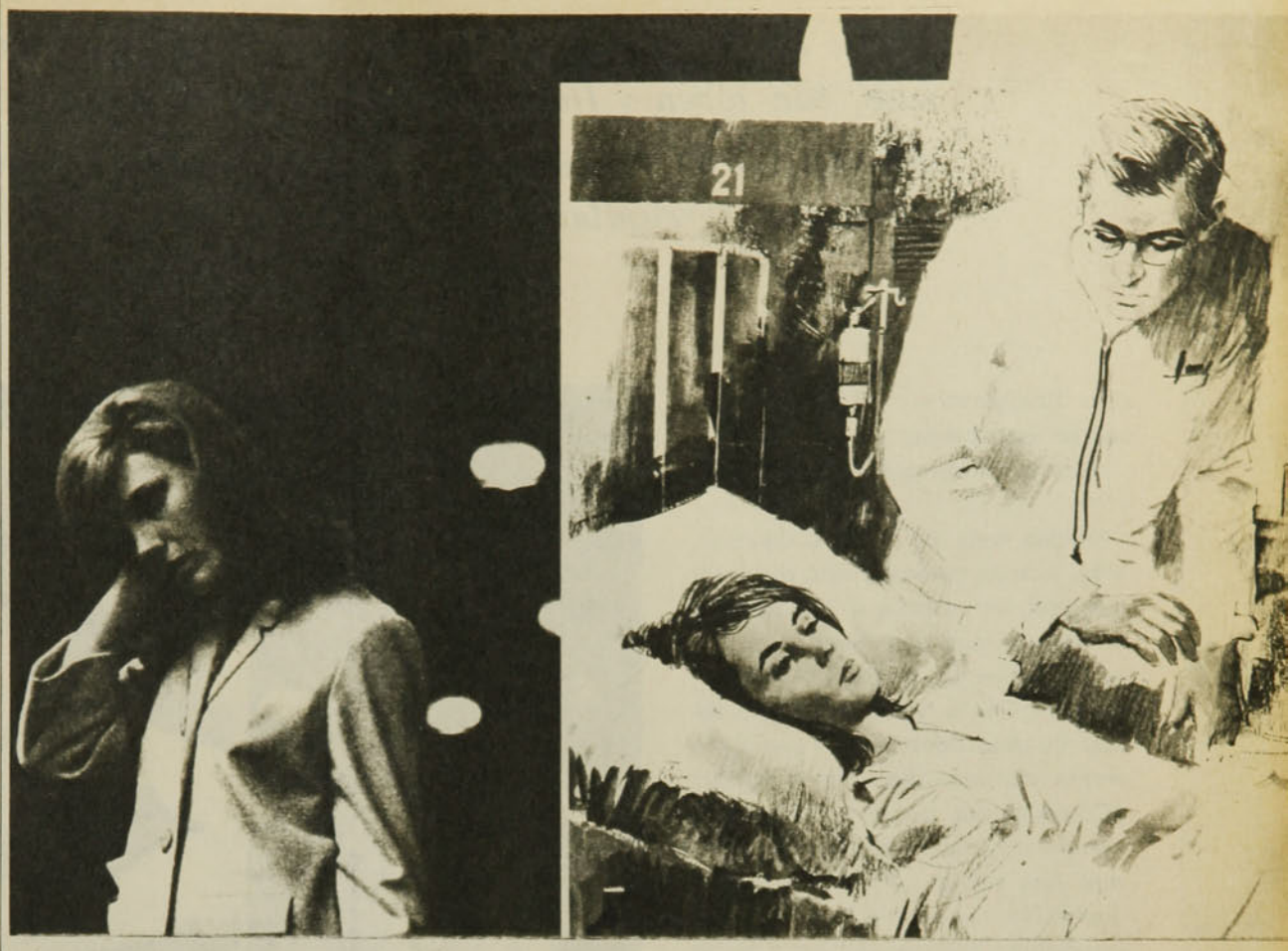








Y ASÍ MARCELA ENFRENTÓ LA VIDA CON VALENTIA, DECIDIDA A CONSTRUIRLA SOBRE BASES SÓLIDAS.



VIVIR

• • •

Hay que tomar las cosas de la mejor manera posible, de lo contrario no habrá paz en nuestras vidas.

• • •

Salimos de la oficina del doctor y empezamos a caminar por los jardines del hospital. Era como moverse en un mal sueño, esa clase de pesadilla de la que se despierta gritando y transpirando. . ., y también agradecida porque se sabe que no es más que un sueño. Pero esto no era un sueño.

Caminé ciega, apenas consciente de que Rubén sostenía mi brazo. La presión de su mano me dijo que deseaba consolarme.

—María José es nuestra hija —

"¿Por qué? ¿Por qué le había tenido que suceder eso a nuestra hija, tan joven y llena de vida?"

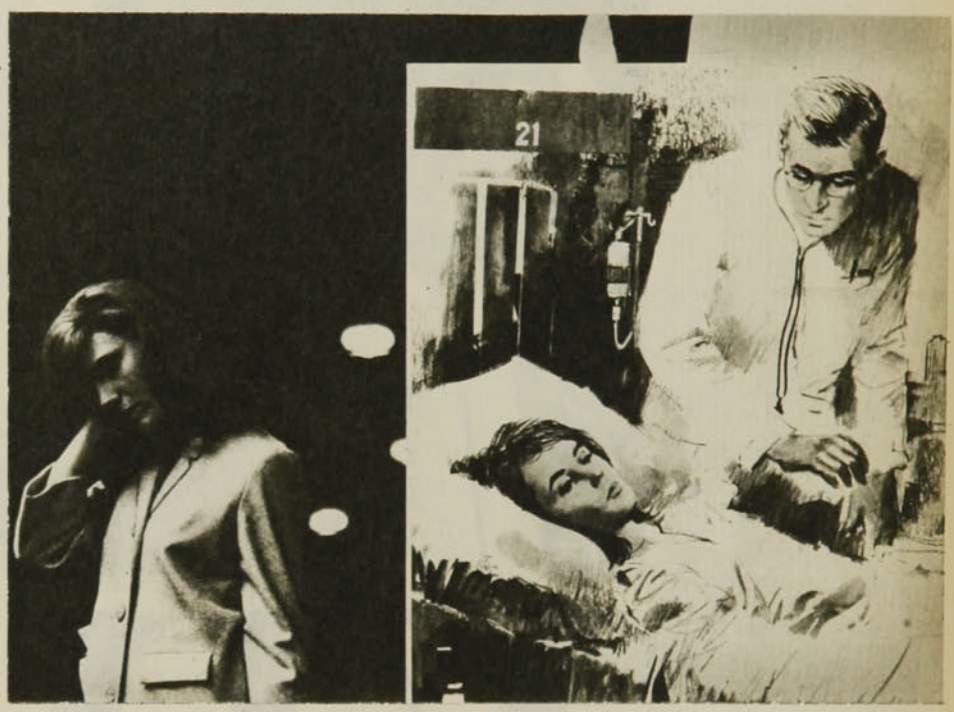
El castillo de naipes que había empezado a levantar para mí empezó a derrumbarse en ese mismo instante.

dijo finalmente— y debemos resolver este problema juntos.

Cuando llegamos al auto agregó:

—Son más de las dos, Maruja, y no hemos comido nada desde el desayuno. Vayamos a alguna parte a comernos unos sandwiches.

Sentí que lo odiaba en ese momento. ¿Cómo podía pensar en comer cuando nuestra hija yacía enferma en una pieza del hospital? ¿Cómo podía pensar en algo sabiendo que no había cura para el mal que había atacado a María José? Nunca estaría bien de nuevo, había dicho el doctor. Ciertas drogas podrían ayudar, pero no curarla por completo... Lo mejor que podíamos esperar era detener la enfermedad, y así nuestra hija podría seguir viviendo como una inválida. Todo su futuro tan brillante y promisorio sólo unas semanas antes estaba ahora completamente arruinado.



•• Ese verano

María José cumplió los dieciséis años. Fueron unas vacaciones maravillosas. Nadó, gozó, fue a fiestas. Y de pronto, sucedió.

Se despertó una mañana visiblemente enferma. Tenía hinchados los ganglios del cuello y pensé que tendría paperas. Pero estaba equivocada, muy equivocada. Estaba demasiado enferma como para que fueran unas simples paperas.

El médico de la familia quiso llevarla al hospital para hacerle una serie de exámenes. María José no retenía nada en el estómago, y según le hacían examen tras examen, mi terror aumentaba. Finalmente el doctor nos aconsejó que lleváramos a la niña a Santiago.

—Allí tienen mejor equipo para hacer los exámenes que nos faltan —explicó.

Muerta de aprensión, le pregunté:

—¿Qué, qué es lo que usted cree que tiene? ¿Qué le pasa a María José?

Movió la cabeza.

—No puedo decirle nada, porque no lo sé. Los exámenes que hemos hecho hasta ahora sólo demuestran que existe alguna deficiencia en la sangre. Pero no tenemos los medios para practicar estudios más profundos, como los hay en la capital.

•• A la mañana siguiente

María José fue trasladada a Santiago en ambulancia. Estaba demasiado enferma como para llevarla en auto. Héctor, nuestro hijo menor, se quedó con mi suegra.

Rubén pidió unos días de permiso en la oficina y nos instalamos en un hotel, cerca del hospital, para esperar que los médicos estudiaran su caso. Al fin recibimos el veredicto: lupus eritematoso, una rara enfermedad que ataca los tejidos del cuerpo. Nadie sabe cómo se inicia ni cómo puede ser curada. La cortisona ayuda en parte, pero no puede restaurar los tejidos ya dañados. Y los riñones de María José estaban ya afectados. También se le habían descubierto signos de artritis.

¿Por qué?, me preguntaba una

y otra vez mientras nos alejábamos del hospital. ¿Por qué le había tenido que suceder eso a nuestra hija, tan joven y llena de vida? Mi pensamiento se proyectó hacia el futuro y vi a nuestra hija enferma y débil, incapaz de hacer las cosas que siempre le gustaron, condenada para toda una vida de dolor y de impedimento.

Entramos a una fuente de soda y mi marido ordenó una taza de café y unos sandwiches. Cuando el mozo se hubo retirado, Rubén, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Escucha, Maruja, tenemos que meternos en la cabeza que la mejor manera de ayudar a nuestra hija es aceptar su enfermedad y adaptarnos a ella. Y María José también puede hacerlo.

Llegó nuestra orden. Tomé unos sorbos de café, pero no pude probar la comida. De pronto, mirando a Rubén, lancé al fin las horribles palabras que roían mi corazón:

—La muerte habría sido más fácil de soportar. Como..., como Jorgito Arias.

Jorge Arias había sido compañero de nuestra hija en el colegio, y había resultado muerto instantáneamente en un accidente automovilístico sólo pocos días antes que María José se enfermera. La madre de Jorge era amiga mía de muchos años.

Por un momento se produjo entre nosotros un tenso silencio. Después, con voz cansada, Rubén habló:

—Jorge se ha ido, Maruja. Pero cada día que nuestra hija esté viva, la tendremos con nosotros; además, hay esperanzas. ¿Cómo sabes si de pronto se descubre una droga o un procedimiento que ataque esta enfermedad?

—De nada serviría ya a la niña —gemí—. Es demasiado tarde para ayudarla. Demasiado tarde.

—La vida es siempre preciosa, pase lo que pasare. Jamás olvides eso.

• • Al día siguiente

los médicos decidieron que María José debía permanecer otra semana en el hospital, después podríamos llevarla de vuelta a casa. Ella sabía que estaba muy enferma, pero ignoraba que no había cura para su mal. Empezaba a sentirse mejor, la cortisona había detenido el progreso de la enfermedad, al menos por el momento. El médico que estaba a cargo de nuestra hija nos explicó que, una vez en casa, podía hacer lo que ella quisiera.

—Si se siente con ánimo como para ir al colegio, aunque sea sólo por unas horas, déjela ir. Es importante que su vida sea lo más normal posible.

Era cierto que la niña parecía más respuesta, y, cuando decidimos volver a casa, ella viajó en el auto con nosotros. Rubén charló alegremente durante el trayecto, pero yo no pude encontrar nada que decir.

Cuando bajamos del auto, María José se veía terriblemente delgada a pesar que su cara estaba más llena que de costumbre; resultado de la cortisona, según nos había explicado el médico. Sus piernas, como palillos, daban pena.

Ya dentro de la casa di un suspiro de alivio. No quería que la gente viera a María José: ni los amigos ni los vecinos. Deseaba ocultarla del mundo. Y si me pedía que la dejara ir al colegio, no la autorizaría. Conocía a varios excelentes profesores que hacían clases particulares, y me las arreglaría para que se educara en su hogar en cuanto empezara el período escolar. No podía soportar siquiera la idea de que mi hija fuera el centro de la curiosidad, de las burlas o de la compasión de sus compañeros.

Pero cuando le conté mis proyectos protestó:

—¡Pero, mamá, yo me siento con ánimo para ir al colegio, al menos medio día! Los médicos dijeron que podía, si deseaba hacerlo.

—Los médicos no saben nada —corté—. Yo soy tu madre y puedo decir, mejor que nadie, lo que puedes o lo que no puedes hacer.

Vi desilusión en su cara. Pero era preferible que sintiera un poco de frustración en ese momento a ser herida después. Porque, además de ser sólo un objeto de compasión en el colegio, se vería excluida de todas las actividades a que con tanto afán se dedicaba.

• • La semana antes

de que las clases empezaran, Rubén me rogó que recapacitara y que cambiara de opinión, pero no lo escuché. Era evidente que su actitud hacia la enfermedad de la niña era muy diferente a la mía.

Cuando María José vio el nuevo uniforme de su hermano, al día siguiente, dijo:

—¡Qué ganas de ir al colegio! Mamá, por favor, ¿por qué no me dejas ir? Aunque sólo sea un ra-

VIVIR

tito; ¡sería tan entretenido ver a los chiquillos!

—Sí, déjala ir, mamá —alegó su hermano.

Pero me negué a considerar su pedido. Esa noche Rubén volvió a insistirme para que dejara ir a la niña al colegio.

—La estás enjaulando como si fuera un ser repulsivo que hay que mantener oculto.

Pero tampoco quise escucharlo. Estaba haciendo las cosas por el bien de María José. ¿Es que no podían comprenderlo?

Dos días después me encontré con Elsa, la mamá de Jorge, en el supermercado. Pasé a su lado sin hablarla, pero ella me llamó.

—¡Maruja, hola! ¿Cómo estás?

Su aspecto era sereno, nadie diría que era una mujer que acababa de perder un hijo. De pronto su cara se ensombreció.

—¿Y cómo está María José? Supe que estaba enferma.

Estaba decidida a proteger a mi hija contra la compasión de los demás:

—Está mejor, mucho mejor.

—¿Podrá asistir de nuevo al colegio?

—No todavía. Nosotros..., yo creo que por el momento es mejor que estudie en casa, hasta que se reponga bien.

Vi una expresión de sincero alivio en los ojos de Elsa. Se alegraba verdaderamente de saber que María José se repondría.

—¿Y cómo estás tú, Elsa? —le pregunté—. He pensado mucho en ti y en tu hijo estos días, pero créeme que no he tenido ni un momento libre como para ir a verte.

—Estoy bastante bien, bastante bien. Fue terrible al principio, cuando creí que no podría soportar la muerte de Jorge y seguir viviendo. Pero después pensé que

confidencias

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (22 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día jueves. Color palorrosa. Número 5.	Día miércoles. Color lila. Número 4.	Día sábado. Color perla. Número 8.
TU CORAZON	Buenas relaciones con el ser amado. Las desavenencias que han tenido se han debido más que nada a tu mal carácter.	Muchas posibilidades de matrimonio, pero no vivas en función de que ésa es la única meta de tu vida. Las casadas tendrán armonía familiar.	Esta semana estará llena de emociones. El encuentro con una persona amiga te hará reaccionar con respecto al ser que amas.
TU TRABAJO	Ese cambio que tanto esperabas se realiza. Sé precavida en las relaciones con los compañeros de trabajo.	Estarás muy ocupada en un cambio de planes. Ese trabajo extra que has pensado hacer te servirá mucho para tus finanzas.	Período de gran iniciativa. Debes pensar bien antes de realizar algún trabajo nuevo. Puedes suscitar envidias entre tus compañeros.
TU SALUD	No tendrás problemas con tu salud y, además, mejorará un pariente que te tenía preocupada.	Posible fatiga por el exceso de esfuerzo. Te convendrá hacer largas caminatas al aire libre. Desintoxícate.	Buena salud durante la semana. Es posible que tengas algunas jaquecas. Si persisten, anda donde un oculista.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día martes. Color ámbar. Número 7.	Día domingo. Color azulino. Número 5.	Día jueves. Color lacre. Número 6.
TU CORAZON	Tendrás una semana muy entretenida al lado de tus amistades. Aprovecha de pasear y divertirte. No desperdicies esta racha.	Si tienes planes de casamiento, es mejor que lo pienses muy bien antes de tomar cualquier iniciativa. Te llegará una carta.	Debes tratar de encontrarte a ti misma. La persona que te interesa está pendiente de tus actos para tomar una decisión.
TU TRABAJO	Pon más esmero e interés en tu trabajo, y no estés siempre comparando la suerte de los demás. Sé más metódica en lo que haces.	Eres demasiado capaz de surgir en trabajo. Esa constante idea de cambiar oficio no te conduce a nada, sino que a perder tiempo.	Esa entrada extra de la que te hablaron puede serte beneficiosa. Organízate y con seguridad tendrás tiempo para aceptarla.
TU SALUD	Posible enfriamiento puede afectar tu garganta. Trata de abrigarte bien y evita los cambios bruscos de temperatura.	Buena salud en general. Trata en todo caso de no abusar de los aliños, ya que tu estómago se resiente con esas cosas.	No tomes remedios a tu antojo. Los malestares que sientes se deben a que tomas píldoras sin estar segura si es lo que necesitas.



CANCER	LEO	VIRGO
Día jueves. Color tiziano. Número 1.	Día viernes. Color castaño. Número 8.	Día sábado. Color jade. Número 3.
Debes prestar más atención a los cariños que te hacen. Eres demasiado fría con la gente que verdaderamente te quiere.	Gran período para los enamorados. Todas esas desavenencias pasadas terminarán. Trata de ser más comprensiva.	Período de gran desorientación. Es preferible que te alejes un poco de la gente que te rodea y trata de meditar.
Grandes posibilidades de viaje. Cualquier cambio quedará bajo tu decisión, así que piensa bien las cosas que vas a hacer.	Tendrás un trabajo muy interesante. Quizá no sea tal cual como lo habías soñado, pero en todo caso te convendrá mucho.	Estás como nunca con una gran inspiración. Aprovéchala, ya que te puede servir. No hagas caso de las burlas y enredos.
Ese problema que te aquejaba hacía años vuelve a aparecer. Trata de ir al doctor, ya que a tiempo todo tiene solución.	La salud está buena. Si continúas tu ritmo actual de vida equilibrada tendrás muchas menos posibilidades de enfermarte.	Aquel mal que te estaba aquejando desde hace tanto tiempo no es otra cosa que nervios. Trata de tomar las cosas con más calma.

del cielo



SEMANA DEL 6 AL 12 DE JULIO

CAPRICORNIO	ACUARIO	PISCIS
Día martes. Color ébano. Número 1.	Día viernes. Color armiño. Número 6.	Día sábado. Color calipso. Número 8.
Debes escuchar el consejo de tus padres respecto a esa persona que te interesa. No te fíes demasiado de sus encantos.	Te esperan momentos muy felices, especialmente el sábado. Tu amado te dará una gran sorpresa, aprovecha tus buenas relaciones.	Si tienes calma y paciencia, aquello que has esperado con tantas ansias te resultará. Gran popularidad entre tus amigos.
El trabajo parece ser muy interesante, pero no te esfuerces demasiado. Debes tratar de hacer cosas más livianas.	Te propondrán un difícil trabajo, pero con tu capacidad superarás todo obstáculo. No te dejes estar.	Se van a desarrollar cambios muy importantes en tu trabajo. No lo descuides, pues estás siendo muy observada.
Cuidado con tu estómago, te puede jugar una mala pasada. Si no vigilas tu alimentación y sigues un régimen podrá ir empeorando.	El exceso de esfuerzo físico te tiene muy agotada. Trata cuando estés sola en casa de descansar, aunque sean unos minutos en el día.	Debes cuidar tu digestión y no comer en excesos. Trata de reducir algunos kilos si quieres sentirte liviana y ágil.

habría sido cien veces peor que hubiera quedado mutilado o postrado para siempre, sin poder vivir como a él le gustaba. Ahora he aceptado las cosas.

De pronto sus palabras me hicieron ver la realidad. Elsa estaba equivocada, un hijo impedido o enfermo era mil veces mejor que un hijo muerto. ¿No le había dicho yo antes a mi marido esas mismas palabras que ahora oía de boca de mi amiga? ¿Que la muerte era preferible a lo que María José tenía que soportar?

El castillo de naipes que había empezado a levantar para mí comenzó a derrumbarse en ese mismo instante. Había sido una ciega al desear, aun por un momento, la muerte de mi hija. Como Rubén, me sentía de pronto llena de gratitud por el hecho de que mi María José aún estuviera viva. Elsa ni siquiera tenía ese consuelo, porque su hijo se había ido para siempre.

Cada una de nosotras debe tomar las cosas por su lado mejor. De otro modo, no habría paz en nuestras almas. Ya no me importó que mi hija no pudiera llevar la clase de vida que habíamos soñado para ella, ¡siempre que pudiera seguir viviendo! Y debía hacer el mejor uso del tiempo que Dios le concediera.

De pronto comprendí que tenía muchas cosas que hacer. Debía apresurarme. Tenía muchas cosas que comprar y el tiempo era escaso.

Cuando las clases comenzaron, tres días después, la ropa de María José estaba lista. Tal vez sólo pudiera asistir al colegio por medio día o por unas horas. Pero, mientras pudiera, mi hija gozaría de una vida plena y activa. ♥♥

entre nosotras

** *¿Por qué sientes las rodillas débiles cuando te emocionas?*

El miedo puede hacerte sentir las rodillas como jalea debido a la extraordinaria tensión causada por la adrenalina extra que segregan ciertas glándulas. En realidad, las rodillas no están débiles, y no te dejarán caer. Pregúntale a cualquier persona que por primera vez ha tenido que enfrentar a un público y se ha sentido dominada por el miedo, convencida de que nunca podría mover un músculo. Esto se debe a que la adrenalina, que en un principio los hizo sentir tan débiles, en realidad los fortaleció.



** La escena es bastante frecuente. Todos los días vemos borrachos en las calles; a veces les hacemos el quite, decimos: "Pobre hombre", o nos da rabia.

El alcoholismo es una de las enfermedades más comunes en nuestro país; tiene varias causas. El chileno de clase baja toma porque no se puede adaptar a la sociedad en que vive; "para olvidar", para olvidar que no tiene trabajo, para olvidar que tiene diez chiquillos que se mueren de hambre y de frío, para olvidar que su mujer tiene treinta años y está a punto de morirse por la mala vida, para olvidar que su hermano es un asesino, para olvidar que está vivo. Y una vez que empieza a tomar el hombre se convierte rápidamente en un alcohólico, porque está mal alimentado y probablemente desnutrido, y de ahí para adelante comienza a depender del alcohol hasta que finalmente muere cirrótico.

La solución al alcoholismo no es sencilla ni mucho menos, ya que es un problema de toda la sociedad. Pero en la medida en que cada persona tenga un lugar en ella y una función que cumplir, es muy posible que el problema del alcoholismo encuentre mucho más fácil solución.

*** ¿Por qué se producen las ojeras?*

El resultado del cansancio o de una mala salud produce esas manchas violáceas debajo de los ojos. ¿Qué pasa exactamente? Por supuesto que la piel no cambia de color y las manchas desaparecen cuando la persona se siente mejor. Pero los fisiólogos sólo pueden conjeturar sobre las causas de estas extrañas manchas. Puede ser simplemente que cuando una persona está rebosando de buena salud, las sombras que están permanentemente debajo de los ojos no se alcanzan a percibir.

** Ya nos estamos acostumbrando a ver a las liceanas en pantalones. Hasta hace algunos años todos nos habríamos escandalizado si hubiéramos visto a alguna muchacha ponerse pantalones para ir al colegio; sólo a las más pequeñitas les estaba permitido. Las mayores debían aguantar el frío, especialmente este último tiempo en que habían decidido por unanimidad adoptar la minifalda como uniforme. Las autoridades del Ministerio de Educación decidieron modernizarse y ponerse prácticas y las muchachas entendieron que era la mejor solución, pues, adoptaron los pantalones de inmediato.







** El problema educacional es uno de los problemas más serios que ha tenido que afrontar el Gobierno Popular, que en pocos meses ha debido habilitar escuelas para miles de niños que nunca habían recibido educación.

El problema mayor era el de los locales, ya que era prácticamente imposible construir tantas escuelas en tan poco tiempo. Pero a alguien se le ocurrió la solución perfecta: aprovechar los buses desechados por la ETC y convertirlos en salas de clases.

La idea fue aceptada de inmediato, se vaciaron los buses, se pintaron de colores alegres, se les pusieron instalaciones eléctricas para que pudieran servir también de escuelas nocturnas para los adultos, se les equiparon con butacas y pizarrones y quedaron convertidos en prácticas salas de clases.

En la foto, vemos la escuela de la Población "26 de Julio", en Las Barrancas, donde se han instalado varios buses-aulas para los niños de las 800 familias que allí viven. Los mismos pobladores han adecuado el espacio en que se instaló la "escuela" con trabajos voluntarios.

el GIGANTE egoísta

OSCAR WILDE



EL CUENTO de la semana.

TODAS las tardes, cuando salían de la escuela, acostumbraban los niños ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un hermoso e inmenso jardín, tapizado de hierba verde y suave. Aquí y allá, entre el césped, crecían flores brillantes como estrellas, y había doce naranjos que durante la primavera florecían en delicados azahares perfumados, y en el otoño se cargaban de rico fruto. Los pájaros se posaban en los árboles, y cantaban tan dulcemente, que los niños suspendían a menudo sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —gritábanse unos a otros.

Un día, el Gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el Ogro de Cornualles, y permanecido con él durante siete años. Al cabo de los siete años había dicho ya todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y determinó volver a su castillo. Al llegar, vio a los niños jugando en el jardín.

—¿Qué hacéis aquí? —vociferó ásperamente. Y los niños escaparon corriendo.

—Mi jardín es mi jardín —dijo el Gigante—; todo el mundo debe comprenderlo, y a nadie permitiré que juegue en él.

Al efecto, levantó una tapia elevadísima, y puso un cartelón que decía:

SE PROHIBE LA ENTRADA
BAJO LAS PENAS
CONSIGUIENTES.

Era un Gigante muy egoísta...

Los pobres niños no tenían ya sitio en que jugar. Trataron de hacerlo en la carretera; pero la carretera era muy polvorienta y sembrada de duros guijarros, y no les gustó. Con frecuencia rondaban en torno de la tapia, al salir de clase, y hablaban del hermoso jardín que había detrás.

—¡Qué felices éramos entonces! —se decían unos a otros.

Cuando llegó la Primavera, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sólo en el jardín del Gigante egoísta reinaba aún el Invierno. Los pájaros, como no había niños, se cuidaban de cantar, y los árboles olvidaron florecer. Una vez, una hermosa flor sacó la cabeza de entre la hierba; pero, en cuanto vio el cartel, se sintió tan triste a causa de los niños, que volvió a meterse en tierra y se durmió de nuevo. Los únicos que estaban a gusto eran la Nieve y la Escarcha.

—La Primavera olvidó este jardín —decían—; así que viviremos en él todo el año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó de plata los árboles. Luego invitaron al Viento del Norte a que pasara una temporada con ellos. Y el Viento del Norte vino. Llegó envuelto en pieles, y estuvo rugiendo todo el día a través del jardín, y derribando las chimeneas.

—¡Qué paraje tan delicioso! —dijo—; tenemos que decir al Granizo que nos haga una visita.

Y el Granizo vino. Todos los días, por espacio de tres horas, tamborileaba sobre los tejados del castillo hasta que hubo roto la mayor parte de las pizarras, después de lo cual se ponía a dar vueltas alrededor corriendo todo lo de prisa que podía. Iba vestido de gris y su aliento era como hielo.

—No comprendo por qué la Primavera tarda tanto en llegar —decía el Gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su frío jardín blanco—; espero que el tiempo cambiará pronto.

Pero la Primavera no vino jamás; ni el Verano tampoco. El Otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es demasiado egoísta —decía.

Así, siempre fue allí Invierno, y el Viento del Norte y el Granizo y la Escarcha y la Nieve de continuo danzaban en medio de los árboles.

Una mañana estaba todavía el Gigante en la cama cuando oyó una música sumamente agradable. Tan dulcemente sonaba a sus oídos, que pensó debía ser el rey de los músicos que pasaba. En realidad, no era más que un jilguerillo que cantaba frente a la ventana; pero hacía tanto tiempo que no oía cantar a un pájaro en su jardín, que le pareció la música más melodiosa del mundo. Entonces el Granizo suspendió su danza, y el Viento del Norte cesó de rugir, y un delicado aroma entró por las maderas abiertas.



EL CUENTO de la semana.

—Me parece que, al fin, llegó la Primavera —se dijo el Gigante; y saltando de la cama corrió a la ventana.

¿Qué fue lo que vio?

Vio un maravilloso espectáculo. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían subido a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles se sentían tan contentos de tenerlos nuevamente entre sí, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros volaban piando con deleite en torno de ellos, y reían. Realmente, era un hermoso espectáculo Sólo en un rincón reinaba todavía el Invierno. Era el más apartado rincón del jardín, y un niño se encontraba en él. Era tan pequeño que no podía llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas en torno, llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él.

—¡Sube, chiquitín! —decía el árbol, y bajaba sus ramas, todo lo que le era posible; pero el niño era demasiado pequeño.

Y el Gigante sintió derretírsele el corazón mientras miraba.

—¡Cuán egoista he sido! —exclamó—; ahora sé por qué la Primavera no quería venir aquí. Yo subiré a ese pobre chiquitín al árbol, y después derribaré el muro, y mi jardín será para siempre el lugar de recreo de los niños.

Y, realmente, estaba muy arrepentido de lo que había hecho.

Bajó, pues, la escalera, abrió sigilosamente la puerta de la fachada, y entró en el jardín. Pero cuando los niños le vieron, se asustaron de tal modo que echaron a correr, y el jardín quedó de nuevo en invierno. Sólo el pequeñín no huyó, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Y el Gigante llegó hasta él, y cogiéndole dulcemente entre sus manos lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en él, y el pequeñín echó los brazos al cuello del Gigante y le besó. Y los demás niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo, y con ellos volvió la Primavera.

—El jardín es vuestro desde ahora, hijos míos —dijo el Gigante, y empuñando una gran hacha derribó el muro. Y al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, encontraron al Gigante jugando con los niños en el más hermoso jardín que habían visto nunca.

Todo el día estuvieron jugando, y al anochecer vinieron a decir adiós al Gigante.

—¿Pero dónde está vuestro compañerito —preguntó éste—, el niño que subí al árbol?

El Gigante le quería más que a los otros, porque le había besado.

—No sabemos —contestaron los niños—; se ha ido.

—Decidle que venga mañana —dijo el Gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían dónde vivía, y que nunca le habían visto antes; y el Gigante quedó muy triste.

Todas las tardes, al salir de la escuela, los niños venían a jugar con el Gigante. Pero al pequeñín que el Gigante prefería no se le volvió a ver. El Gigante era muy bueno con todos los niños, pero, sin embargo, echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

—¡Cuánto me gustaría verle! —repetía.

Pasaron los años, y el Gigante envejeció y sus fuerzas flaquearon. Ya no podía jugar; sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —decía—, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana, mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno, pues sabía que era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

De pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, y miró...

Ciertamente que era maravilloso lo que veía. En el rincón más apartado del jardín había un árbol totalmente cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas y frutos de plata pendían de ellas, y debajo estaba de pie el chiquitín a quien tanto había querido.

Lleno de alegría, bajó corriendo el Gigante las escaleras, y entró en el jardín. Y, cuando llegó junto al niño, su rostro enrojeció de cólera, y dijo:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Porque en la palma de las manos del niño había las huellas de dos clavos, y las huellas de dos clavos había en sus piecesitos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—; dímelo, para coger mi espada y darle muerte.

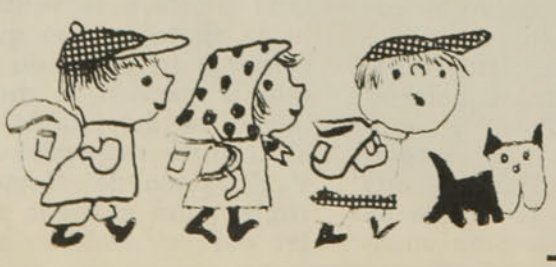
—¡No! —respondió el niño—; éstas son las heridas del Amor.

—¿Quién eres tú? —dijo el Gigante; y un extraño temor se apoderó de él, y cayó de rodillas ante el pequeñín.

Y el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

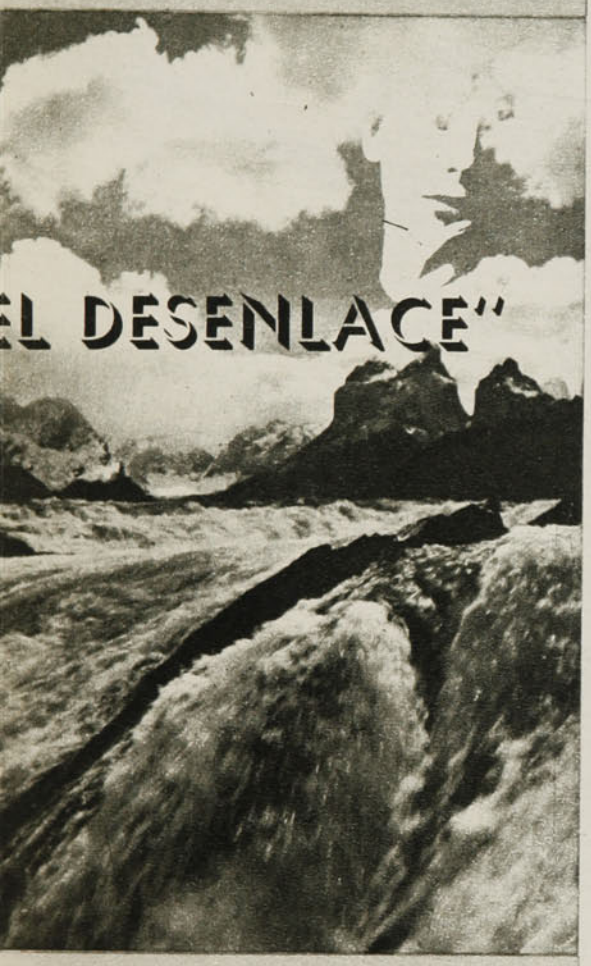
—Tú me dejaste una vez jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron muerto al Gigante, debajo del árbol, todo cubierto de flores blancas. ♠♠





EL DESENLACE
(Continuación de la Pág. 8)



plirse con exceso, cuando varios campesinos asomaron ante la puerta con una angarilla sobre la cual conducían el cuerpo del viejo.

—Don Daniel venía medio borracho —dijo alguien—. Al pasar los riachuelos del cruce, se cayó del caballo y parece que se quebró una pierna. Estuvo mucho tiempo tendido en el agua, entonces pasamos nosotros y lo sacamos.

Benavente permaneció en cama varios días, lidiando con el dolor y la temperatura, pero aún así encontraba cierto despiadado regocijo en oponerse a todo, al médico, a los remedios, a los cuidados de su mujer y de su hija, y gritaba que nadie sabía nada, que se levantaría porque siempre había sido sano y aún era joven para resistir un chapuzón, hasta que una tarde cayó pesadamente al suelo y quedó allí, en el frío, junto al bacín volcado, mientras acudía su mujer y se le declaraba la neumonía que ya no fue posible detener.

Al otro atardecer murió Daniel Benavente en un pueblo que odiaba y en medio del abandono que temía, contando únicamente con su mujer y su hija, quienes, pasadas las horas de la confusión, comprobaron que la irrupción de la muerte no las hería en la medida que ellas habían supuesto, sino que más bien las sensibilizaba en un sentido inverso, vaciándolas gradualmente de todo dolor infructuoso y reemplazando este contenido de su emoción por todos los elementos que la frustración y el desengaño habían depositado en ellas desde que se cercioraron del fracaso de Daniel Benavente.

Sólo con el vacío súbito las mujeres se percataron de que habían pasado más de tres años allí, sumergidas en una inmovilidad vegetativa, sin que nada les hubiera acontecido, permaneciendo casi fuera de la vida, envejeciéndose, degradándose ante sí mismas en su función de seres sin utilidad ni expectativa.

Doña Ana Luisa se vio poseída por sentimientos complejos, sorprendentes, en los que predominaba un resentimiento sin dirección y sin posibilidad ya de compensación, por haber quedado enterrada en ese lugar de mala muerte, entre extraños, condenada a la insuficiencia, a una edad en que nadie podría ayudarla. Hacía mucho que sus padres estaban enterrados, repartidas las herencias, y ella se veía ahora impedida de recurrir a sus parientes, puesto que al casar con Daniel Benavente los había menospreciado y olvidado, considerándose en la misma promisoria opción de sus amigas pudientes que, por ese tiempo, se casaron también y que, como ella, estaban viejas actualmente, pero seguras, cumplidos sus anhelos, a salvo aquel orgullo juvenil que, en su caso, no era ya sino el vestigio de una fuerza descompuesta que la contaminaba más y más al comprender ella que debía dejar sus huesos en esa oscura tierra desdeñada.

Para Laurencia, la decadencia y muerte de su padre encerraban una significación crucial, admonitoria. Ella había quedado sin profesión, sin independencia, lo que truncó el sentido casi único de su esperanza, en la época en que la fe en el padre colmaba su visión de las cosas. Después, había debido aceptar la radicación en ese pueblo, su puesto de maestra sin vocación, la inanidad del tiempo, con lo que cuanto prevalecía en ella de ardor, de brío y el desarrollo propio de su juventud se vieron abocados a la más pobre, rectilínea perspectiva, que era la negación de todo lo que ella se fraguara al ingresar a la universidad.

Ahora ella no tenía sino la sujeción de ese destino, a la pequeña casa rosa, a la continuidad de los años. Pensaba sin entusiasmo que, más tarde, un traslado podría llevarla a una ciudad, a otra circunstancia. O acaso su madre pretendería que la acompañara siempre. Y en ambos casos todo sería igual, se vería empujada como a un atajo por la exigencia de su estabilidad final, y un día cualquiera habría de casarse con el menos basto de los hombres que hubiera logrado conocer. Y su vida entera sería así, global, esencialmente errónea, perdida toda posibilidad de grandeza, de libre alegría, de valor.

De ahí que en la muerte del padre hubiera visto también una admonición. No soñar en vano. No confiar sino en la inmediata y concreta medida de las cosas. Esperar poco o nada de su juventud, de su vida.

Pero en eso había aparecido Danilo, el maderero...)

(CONTINUARA)

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

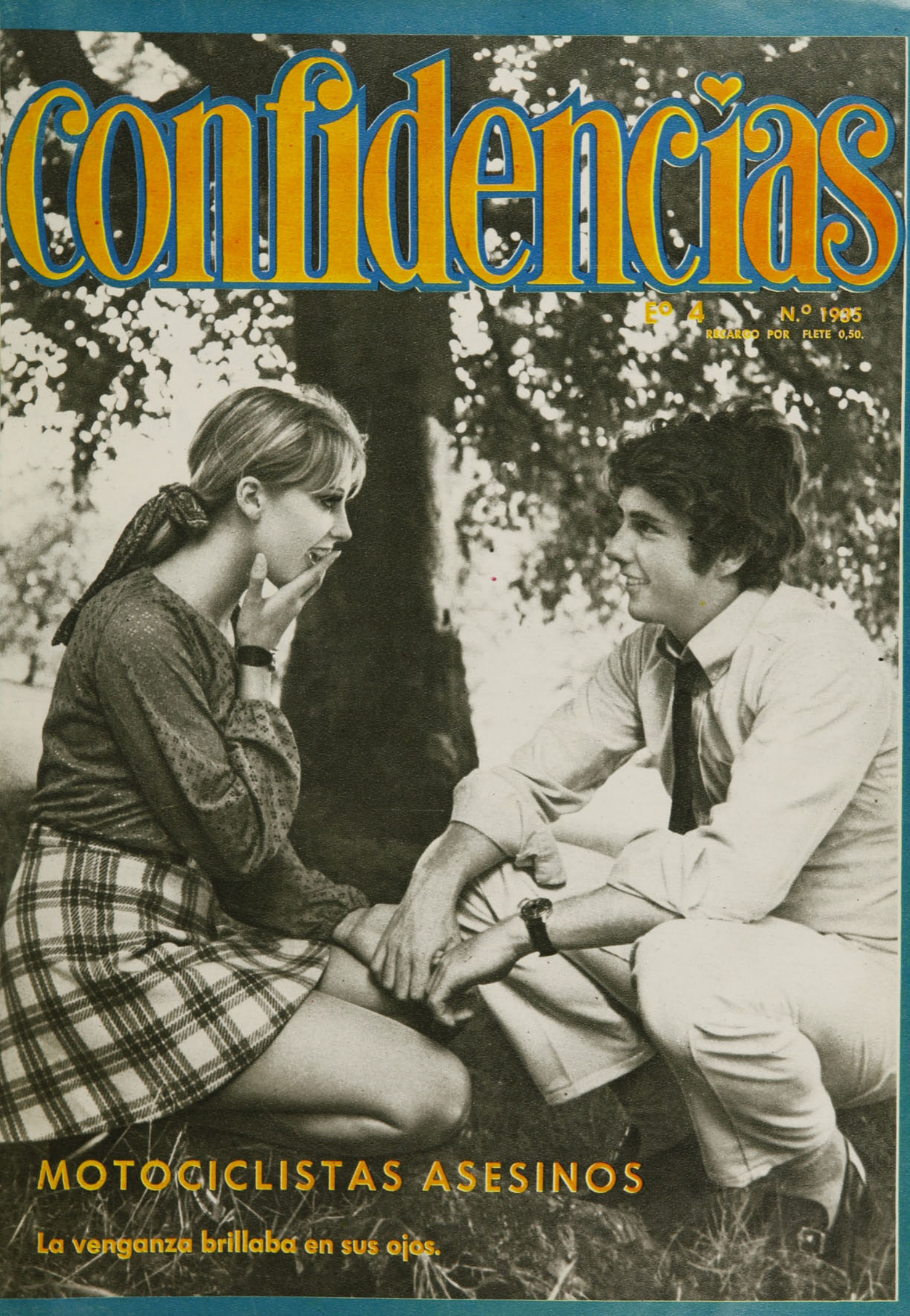
revista

vivir mejor

es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

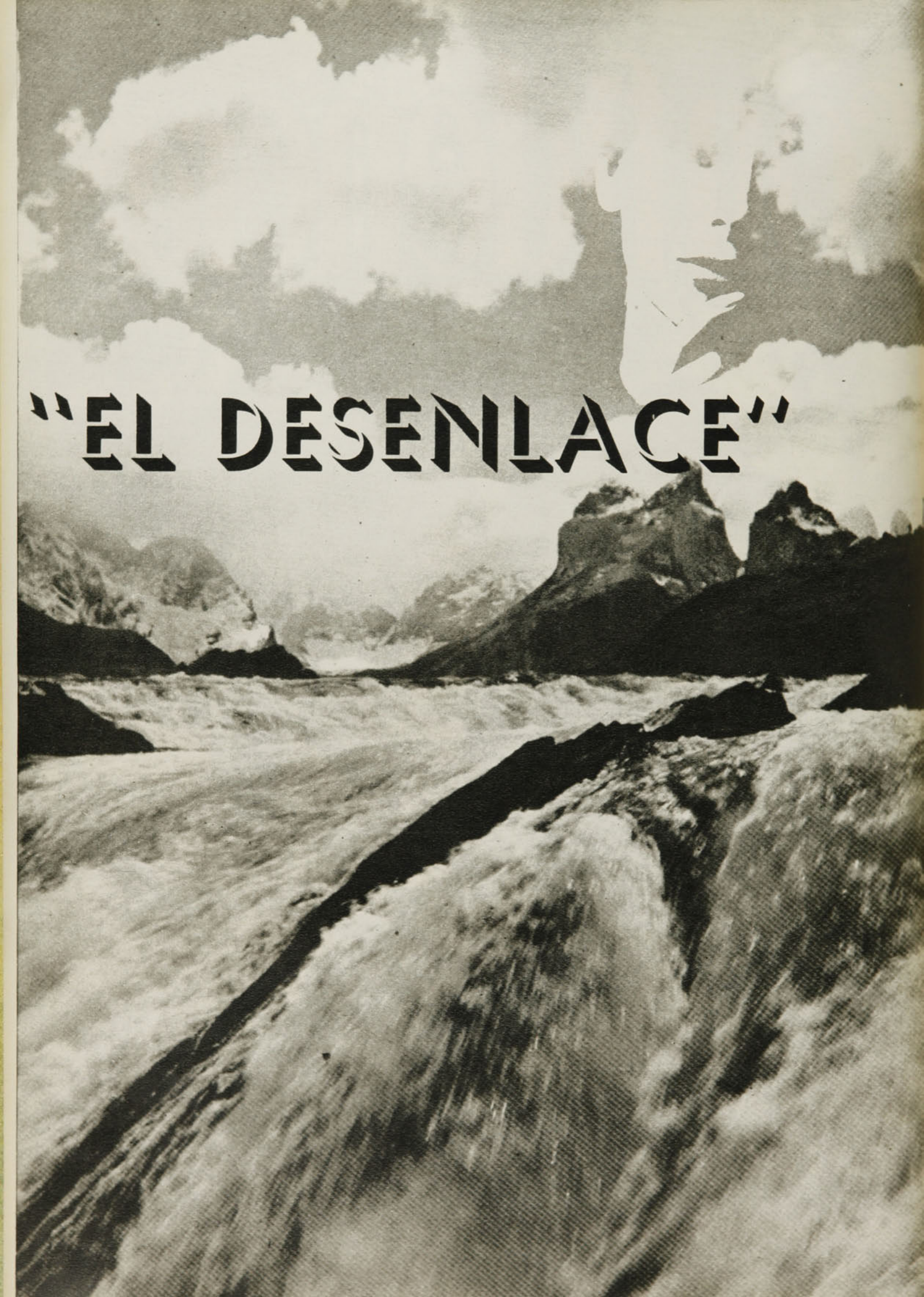
confidencias

Eº 4 N.º 1985
RECARGO POR FLETE 0,50.



MOTOCICLISTAS ASESINOS

La venganza brillaba en sus ojos.


"EL DESENLACE"

VISITACION DE BIBLIOTECA E IMPRENTA
12 JUL. 1971
DEPOSITO LEGAL

EL DESENLACE
Edesio Alvarado
CAPITULO II

FUE un ronquido de la india lo que arrancó a Laurencia de su ensimismamiento. La mujer ignoraba cuánto había transcurrido desde que se pusiera a contemplar la sombra y a escuchar el bullir del río a través de la ventana. Abandonó su asiento sin despertar a Pedroza y, al dirigirse a la pieza del muerto, cogió de un aparador un paquete de velas. Los cirios de los candelabros y las palmatorias estaban por consumirse. Laurencia los cambió y se detuvo a contemplar el rostro calizo de Gonzalo. Este había envejecido, la barba le crecía y el dominio de la muerte se propagaba sobre sus rasgos y se profundizaba bajo su piel, haciendo aflorar los tonos violáceos de la destrucción al fondo de sus órbitas y en torno de su boca.

Entonces la mujer descubrió que algo se había modificado en su ánimo.

DESDE que cesaran sus movimientos de reacción ante el asesinato y dejara el cadáver a la espera del paso de la noche, había estado temiendo que su predisposición al dolor la arrastrara a una crisis. Pero ahora que ella misma se incitaba con la contemplación del muerto, advertía que otras sensaciones pasaban a anteponerse, como por ejemplo la sugestión de que la perspectiva de un idéntico destino la asociaba singularmente con su madre, y de que la muerte de Gonzalo era una réplica del fin de su padre.

Al desaparecer sin gloria Daniel Benavente, Laurencia se había propuesto no dejarse llevar nunca por cálculos ilusorios o por las exigencias de una incesante necesidad de resarcimiento, y no obstante, impelida más tarde por el frenesí vital de Gonzalo, su existencia no llegó a ser sino eso, una acometida continua por salir adelante a cualquier precio, sin dejar tiempo ni oportunidad a la estabilización de los reveses, aun en circunstancias de que las etapas de su lucha disminuían progresivamente de nivel y de alcance, hasta reducirse a una enfática pero limitada supervivencia en esa tierra extrema del Sur, donde, fuera de vengar un crimen y y luego envejer, ella no tenía oportunidad alguna de perdurar, consumidas ya su juventud y su constancia, lo mismo que Ana Luisa Marín, cuando a la muerte de su marido quedara condenada a extinguirse en un pueblo de La Frontera.

Algo perpleja, aunque aquietada en parte por reaccionar así, Laurencia regresó a la cocina para despertar a Pedroza. Esta se puso en movimiento, reavivó el fuego de la estufa y preparó los utensilios del mate; los patos, que Pedroza había retirado de la lumbre antes de dormirse, estaban casi fríos, pero así quiso probarlos Laurencia y comenzó a desmenuzarlos con prolijidad. Ella sabía que le faltaba el apetito, que era capaz de soportar la madrugada sin alimentarse, pero necesitaba accionar, centralizar en algo su organismo, porque no quería embotarse del todo en la memoria, temerosa de que ello la cansara más que la vigilia.

Después del primer mate probó la carne olorosa a bosques, a hierbabuena. Pero no le supo lo mismo que otras veces, que antes, cuando Gonzalo volvía de caza con las sartas de pájaros, y los desplumaban entre todos, bebiendo y aprontándose para la cena del otro día. Casi siempre Gonzalo recorría grandes extensiones a caballo y pasaba a invitar a los vecinos menos distantes y a los carabineros del retén de Confluencia, con lo que las habitaciones se poblaban de voces distintas y regocijadas, creando un ámbito de comunicación y unidad que allí se hacía indispensable como compensación de la inmensidad vacía.

En ocasiones, Laurencia acompañaba a su marido. Había aprendido a disparar diversas armas y poseía un punto certero. Cada vez que daba en el blanco, Gonzalo la aplaudía.

Pero era como si la india siguiera sus pensamientos.

—Claro —dijo Pedroza de pronto—, estos patos no tienen el mismo gusto de los otros.

—No, por supuesto que no —repuso Laurencia maquinalmente, antes de poder sorprenderse.

—Se acuerda cuando los dos salían juntos a cazar —prosiguió Pedroza—, volvían mojaditos, embarrados, y yo tenía que armar una salmuera para que hicieran descansar los pies.

Cómo no acordarse. Aquellas salidas representaban para Laurencia inmersiones en un mundo virgen que le devolvían algo de su júbilo antiguo, su ánimo de vivir y batallar, y le procuraban una especie de cura balsámica respecto de lo que en el pasado quedara insatisfecho, trunco. Apegada a Gonzalo, asimilando su vitalidad, ella se introducía en el territorio inmemorial, en el humus recóndito; se rodeaba del poderío de la madera, del agua primordial, para sentir el frenesí del río, la paz de las lagunas y compartir la secreta comunidad de los animales y los pájaros, experimentando una proximidad real a la libertad y la alegría.

—Me acuerdo que a veces se pasaban las noches por los montes —continuó la india como para sí—, nosotros nos quedábamos pensando que algo malo les había pasado, una caída, un tiro loco, pero al otro día asomaban contentitos, con su montón de animales muertos.

Quién, fuera de Laurencia y Gonzalo, era capaz de imaginarse lo que constituía aquello.

Cómo podían hacerse comunicables esas noches.

Laurencia quiso hablar y, por primera vez en la noche, se le obstruyó la garganta. Hizo ademán de pararse, pero sólo pidió otro mate a Pedroza. Esta se lo puso en las manos mientras discurría:

—Qué habría sido de nosotros con Calixto sin ustedes, doña Laure, un par de viejos solos, pero nos recogieron, nos dieron trabajo.

—Tú y Calixto nos han servido bien.

—Encima de eso estamos adeudados con ustedes, nos dieron buen trato, medicinas, me perdonará, doña Laure, pero yo



pienso ponerme un poco de luto por el finao.

—Luto..., luto... ¿Hará falta aquí?

—Y cómo no, si el luto no es para los otros, es para nuestra misma conformidad, acá adentro.

Laurencia sorbió dos mates sin replicar, escuchando a la india sus consideraciones sobre la muerte. La idea del luto la ocupaba, y cuanto mayor se hacía el fúnebre parloteo de Pedroza, más se convencía de la necesidad de buscar algunas prendas negras y cambiarse antes de la llegada de Calixto. Súbitamente se levantó para dirigirse a su dormitorio mientras la india la seguía con una lámpara. Los pasos de ambas resonaron extrañamente en la casa aquietada y dieron comienzo a su sucesión de crujidos que irían aumentando hacia el amanecer.

De nuevo Laurencia abrió el ropero, y aunque quiso eludir los efectos del hálito tenaz conservado ahí dentro, no alcanzó a cumplir su intento. Esta vez fue la india quien pensó, pero en voz alta:

—Qué olor a lo antiguo guardan siempre los trapos.

—Cierto, Pedroza —susurró Laurencia.

—Hay que ver como es, tocante a mí, cada vez que abro mi baúl, me da por acordarme de mis crías, ahí dejaron algunos trapos viejos que no quiero botar.

—Qué será de ellos —dijo Laurencia sin interés.

—Qué será, nunca voy a saber más si su suerte estuvo con Dios o con el diablo.

—¿Cuántos años llevas ya sin cartas?

—Cómo voy a poder llevar la cuenta, y para qué, cuándo será el día que una carta llegue por estos lados, usted sabe.

Las manos de Laurencia se movían, separaban las ropas como ajenas a su dueña, quien pretendía ocuparse nada más que del diálogo. Pero Pedroza calló y hubo de transcurrir un instante vacío, pedunculer, para que la india dijera:

—Ahí tiene su falda negra, su blusa, con eso le anda para el luto.

Laurencia detuvo su accionar y examinó ambas prendas, las únicas aptas. Alguna vez las había comprado porque sí, sin pensar en la muerte de nadie. Tal verificación la ensimismó de nuevo, porque se puso a cavilar en lo poco que los vivos tenían presentes sus muertos y de qué manera pretendían mantener a toda costa la apariencia de que fueran inmunes, mientras se consumían entregados a su soberbia o a su afán, recurriendo a mitos o a ficciones, para tener que acabarse de pronto, desaparecer más vana y pobremente cuanto menos pensaron morir.

Laurencia recordó a su padre, a sus parientes, la vida en la ciudad. Nadie se preocupaba de la muerte, al extremo de no cuidarse siquiera de comprar un puñado de tierra de cementerio, y cuando llegaba el fin, todos se compungían y desesperaban como si aquello sucediera por primera vez. A ella le había ocurrido igual que a esa gente remota y aborrecida. A pesar de su aprensión reciente, de su certidumbre en la violencia, nunca llegó a aceptar la posibilidad de tal muerte para Gonzalo, y ahora estaba ahí, con sólo dos prendas negras y una india, salvándose de la desesperación únicamente porque afrentaba el hecho en un mundo distinto, con la cabeza necesariamente llena de otras cosas, y porque alguna vez, a costa de su padre, la experiencia de la muerte le había parecido menos dolorosa de lo calculado.

Pero qué podía hacer ya, sino cambiarse, prepararse para el día del funeral cada vez más próximo. Laurencia comenzó a mudarse, contemplándose en el espejo de su pequeño peinador.

Laurencia estaba por terminar cuando la india exclamó:

—Yo voy a afanarme en lo mismito.

Y se alejó por el pasadizo rumbo a la mediagua que, al fondo del patio, servía de habitación a los Payahuala. Laurencia quedó sola en la casa. Sola con Gonzalo, como cuando recién llegaron al valle, sin conocidos ni adictos, y pasaban las primeras noches dominados por un incierto terror a la inmensidad, conscientes de encontrarse a merced de las desnudas, libres fuerzas de la desintegración.

La mujer temió mirar otra vez la luna trémula del espejo, y abandonó el dormitorio. Lenta, intimidada ahora, se fue aproximando al cuerpo de Gonzalo como si todavía pudiera entrar en algún tipo de comunicación con él. Pero esta vez lo advirtió definitivamente lejano y ajeno.

Un crujido general de la casa extrajo a la mujer de su inmovilidad. Advirtió ella que las maderas se enfriaban, que el amanecer estaba próximo. Cambió otra vez las velas consumidas, y se dirigía a la cocina cuando escuchó un lamento proveniente de la mediagua. Suponiendo de qué se trataba, salió al patio. Y volvía Pedroza a la cocina, y al toparse con ella ahí, bajo un ámbito que no era compacto ni retinto, Laurencia le dijo:

—Qué te pasa... No llores así.

—Es que a todo cristiano muerto hay que sentirlo —contestó Pedroza enjugándose.

—Hay muchas maneras de sentir.

—Pero llorando uno se alivia.

Laurencia no repuso, extrañada de que la india hiciera algo que a ella competía, y sin propósito alguno, acaso para despejarse, cruzó el patio a oscuras y se detuvo junto a un cerco, mirando hacia el este. Arriba, al fondo, una delgada faja del espacio había empalidecido, más allá del lago Cochrane,

detrás de los cordones andinos Esmeralda y Chacabuco.

Era el amanecer. Una ola de sonidos comenzó a rodear de pronto a Laurencia. Las bestias salían de la vigilia o del sopor. Los pájaros australes estaban a punto de iniciar el tardo, hambriento vuelo. Una rata cruzó muy cerca de la mujer, rozándole un extremo del gran chal con que estaba cubierta. Los gallos livorneses del corral principiaron a cantar. Decrecía la receptibilidad del aire, se apagaban las ráfagas dispersas y el resonar del río volvía a ajustarse a su volumen diurno.

Todo indujo a Laurencia al movimiento. De regreso a la cocina pidió otros mates a la india, que reavivaba el fuego. Después, para no permanecer inmóvil, ayudó en la limpieza. Condujo agua, renovó la provisión de lumas para la estufa. Quería esperar afuera hasta que estuviera completamente de día. No deseaba estar en la pieza del muerto mientras aclaraba. Sabía que adentro, en esos instantes, un tamiz ceniciento lo recubría todo, dándoles a las cosas una tonalidad que se hacía insufrible cuando el aire encerrado en las habitaciones tomaba el aspecto de una sucia lechada de cal, antes de que la claridad diferenciara la superficie de los cuerpos.

Ahora Laurencia se lavaba junto al pozo, imaginándose aquel interior. Las luces de las velas parecerían ya simples pedacitos de vidrio amarillo incrustados en la esperma, y la cara de Gonzalo, su piel, sus rasgos, no semejarían sino una caricatura sin unidad, un conjunto de fragmentos independientes y antagónicos reunidos al azar, pugnando de nuevo por desarticularse. Sería imposible contemplar así ese rostro que había significado para ella la expresión dinámica, inteligente de la vida. Laurencia llamó a la india para que la ayudara a soltar los animales.

La mujer fue a desatar los pastores que, al encontrarse libres, corrieron circularmente, sacudiéndose, y luego rodearon la casa. Ella sabía que iban a la puerta frontera, al lugar donde cayera Gonzalo y quedaban charcos de su sangre.

—Ya es hora de entrar —llamó.

—Bien, doña, no hay pan, haré tortillas —repuso la india adelantándose.

La cocina acogía, nada denotaba en ella algo anormal. El fuego y después el aroma de la levadura restituyeron tanto la sugestión de paz, que de pronto se hizo extremadamente duro pensar en la muerte dentro de la casa. Concisas, breves lágrimas irrigaron los párpados de Laurencia, y ésta pensaba ya que ahora nada las detendría, cuando los perros irrumpieron. Volvían engrifados, oliscando siempre, reiterando sus vueltas en torno de algo que no localizaban, mientras gruñían débilmente como a la espera de la orden de seguir un rastro.

—Echalos —ordenó Laurencia.

—Lo extrañan, lo extrañan —dijo la india—, tendrán que volver a la cadena.

Pero ni siquiera fue necesario echarlos. La pareja salió súbitamente, corriendo y ladrando, para perderse en dirección del camino trasero.

—Calixto, quién más podrá ser —supuso Pedroza, ya en el patio.

Laurencia la siguió hasta el umbral, y por momentos, mientras las mujeres aguardaban, sólo se oyó el crepitar de la leña ardiendo. Al fin, densos, sin eco, sonaron los cascos de un caballo, y a poco apareció frente a las trancas la figura montada de Calixto Payahuala.

—Buenas —dijo al ver a las dos mujeres—, y qué hay, madrugaron. —Y agregó, antes de poder fijarse en nada—: Se me hizo noche donde los Araos y de amanecida me vine en galope, allá dicen que los animales no se han visto, habrá que buscarlos río arriba.

En seguida desmontó, introdujo el caballo al patio y sólo cuando estuvo a un par de metros de la casa comenzó a advertir que algo tremendo había ocurrido en su ausencia. Fue la ropa negra de las mujeres el indicio, pero, más que eso, sus rostros llenos aún de noche, sus ojos detenidos no en él sino en un hecho malo que ellas habían presenciado, aquello que ambas querían decirle y que no llegaba a salir de sus labios, constituyeron para Calixto las pruebas de que la fatalidad había caído sobre la casa, y cuando no vio a Gonzalo en el patio o en el umbral ni lo sintió trajinar en las piezas, casi pudo saber lo suficiente.

—Y el patrón —preguntó.

—Está adentro —le dijo Pedroza.

—Está muerto —completó Laurencia.

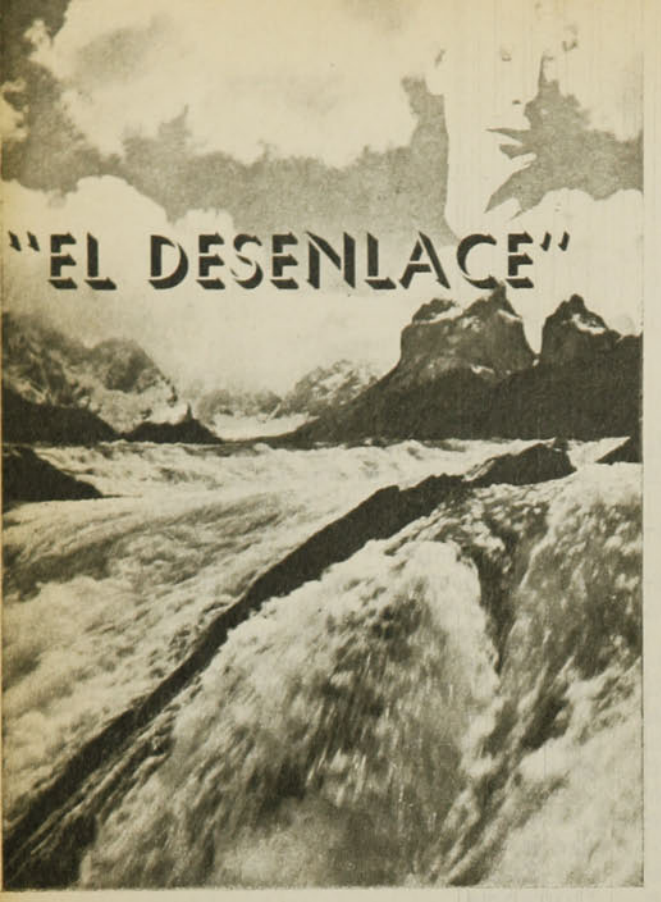
Algo quiso decir el indio, pero las mujeres se volvieron para entrar a la casa y él las siguió hacia donde le guiaban, sombrero en mano y encogido como si todavía cabalgara. Cuando llegaron, Pedroza ahogó un grito y se apretó las mejillas con las manos, en tanto que Laurencia, para no bajar la mirada, no quitaba los ojos de Calixto. Antes de decirle nada, dejó que se enfrentara al muerto, que su primera reacción decreciera.

No la pena, sino el asombro subió a los ojos apagados del indio. Por su pelo, casi sin canas, parecía cruzar un soplo que los erizaba levemente. Su frente se expandió, retrocedieron sus orejas y su rostro rugoso y atezado se acható más, como si lo hubiese aplastado contra un vidrio. Luego movió la cabeza y endureció el cuello rechazando una idea, y si la aflicción comenzaba a llenarle, sólo lo demostró rasguñándose el mentón y tragando saliva. Aún entonces no hizo pregunta alguna y únicamente cuando miró a su mujer con la convicción de que ella se lo contaría todo, Laurencia le dijo:

—Lo mataron anoche, no sabemos quién... Tú le harás el cajón con la mejor madera que haya. Lo enterraremos en la tarde.

—oOo—

EL cuerpo de Gonzalo estaba ya dentro del cajón de ciprés que Calixto Payahuala le había construido. El sol de la tarde caía sobre la madera olorosa y brillante, contrastándola aún más del césped oscuro sobre



el que descansaba, y produciendo en Laurencia la sensación de que aumentaba el volumen aparente del bulto o de que existía la interferencia de una fuerza capaz de aligerar su peso, lo mismo que en el funcionamiento de un acróstico.

Pedroza permanecía en la casa cerrando ventanas y puertas, y Calixto aún no asomaba con la carreta que debía conducir el cajón. Laurencia esperaba, no impaciente, sino más bien urgida por su remoción, que la mantenía en un estado vibratorio, como a un coloide, desde que Calixto comenzara a cortar las tablas para el ataúd.

Sobrevino después la labor de retirar a Gonzalo de su túmulo para depositarlo en el ataúd. Pedroza y Calixto no dejaron intervenir a Laurencia, pero retenida ahí por una especie de malsana necesidad, ésta había presenciado todo, hasta que de nuevo resonaron los golpes del martillo, y ella tuvo que alejarse, salir al sendero de acceso al camino, para interponer entre los ecos y su receptibilidad la esencial, genésica intensidad circundante y así poder sobreponerse.

Frente al río, Laurencia supo cuándo dejaba de tener para siempre a Gonzalo y la hora en que comenzaba su soledad irreversible. Y aunque el disparo del asesino le parecía entonces lejano, como si una serie de acontecimientos hubiera ocurrido después, no dejó de imaginar que en alguna parte, quizás al fondo de las aguas, estaba oculta la escopeta y que en esas montañas de enfrente rondaba la mano que había destruido la unidad de la vida.

Cuando la mujer pudo advertir el silencio que rodeaba la casa, volvió sobre sus pasos, para encontrarse con el ataúd sobre el césped, lo que la desconcertó al extremo de figurarse que los Payahuala la habían abandonado. Al reaccionar, se dio cuenta de que Pedroza trajinaba en la casa. La llamó a gritos:

—Estoy cerrando, en tantito lo enterramos —le dijo la india—, Calixto fue a buscar la carreta.

A Laurencia no le había quedado más que esperar junto al cajón, fijos los ojos en las tablas recién pulidas, fascinada por su luminosidad y por los efectos relativos a su peso y volumen, que ella creía percibir como en medio de una refracción. Continuaba sujeta a esa ficción cuando asomó Calixto con la carreta maderera, larga y angosta, donde había resuelto transportar el ataúd hasta el lugar fijado para la sepultura.

—Mejor será que hoy la arrastre la "Mariposa" —aclaró—, no le anda a esto con los bueyes.

Laurencia asintió en silencio, considerando la forma inesperada en que la yegua overa de Gonzalo pasearía a su amo por vez última a través de esas tierras donde él no había logrado encontrar cuanto buscara. Calixto llamó a su mujer y entre ambos forcejearon hasta subir el ataúd a la carreta, deslizándolo por un tablón colocado entre el suelo y el extremo posterior del vehículo. A ratos parecía que el cajón iba a precipitarse a tierra. Entonces Laurencia volvía la cabeza comprimiéndose, preparándose a soportar el golpe. Por fin todo estuvo dispuesto. El indio colocó el tablón junto al ataúd y sobre éste puso la cruz de alerce que también había hecho. Finalmente unció la yegua a la lanza de la carreta.

Sin darse cuenta cuándo, Laurencia se puso en movimiento. Pedroza iba a su lado manoseando un rosario. Calixto, adelante, guiaba la yegua hacia el montículo elegido para el entierro, desde el cual se dominaban el codo del río y la mole del cerro Redondo, en cuya dirección Laurencia había escuchado los estampidos de la escopeta nueva.

El roce de las ruedas entre el pasto y luego sobre la grava del camino sirvió de apoyo a la atención de la mujer, que no quería pensar y miraba con fijeza la cubierta resplandeciente del cajón y la cruz rojiza puesta sobre él.

La mujer tampoco pudo precisar el momento en que el cortejo hizo alto. De pronto se vio ante la fosa que los Payahuala habían cavado a primera hora, en la blanda tierra embebida. Usando de nuevo el tablón inclinado, los indios bajaron de la carreta el ataúd, y cuando éste quedó junto al hoyo, que parecía desmesuradamente hondo y ávido, Calixto se dirigió a Laurencia:

—Diga no más, a usted le toca, doña.

Laurencia quiso asentir, decir "Bueno, bájenlo", pero no pudo modular las palabras. Se encontró inmovilizada por la exigencia de aquel lancinante, extremo minuto, y no hizo sino mirar alternativamente a sus sirvientes. Estos, como si conocieran todo lo necesario, recurrieron por tercera vez al tablón. Lo afirmaron oblicuamente entre un borde de la fosa y el ángulo opuesto del fondo, y nuevamente deslizaron sobre su extensión el ataúd. Luego procedieron a retirar el madero, y con un golpe definitivo, seco, el cajón quedó depositado.

Aún resplandecía, pareciéndole a Laurencia que no iba a dejar de hacerlo, cual si encerrara algo de indestructible, de incólume, que lo preservaría allá abajo. Como los indios permanecieran quietos, contemplándola, la mujer comprendió lo que debía hacer. Agachándose igual que si la hubiera quebrado una ráfaga, arrojó un puñado de la húmeda tierra sobre el ataúd. Los terrones produjeron un sonido breve aunque recóndito, y al romperse sobre el brillo del ciprés, semejaron arañas. Calixto empuñó una pala, pero Pedroza se interpuso y dijo:

—Habrá que rezarle algo, en toda la noche ni intento hicimos.

Acto seguido, con voz uniforme, oleaginosa, enunció un misterio doloroso y se puso a computar las avemarías en las cuentas del rosario. A poco, con paladas regulares, inflexibles, Calixto comenzó a arrojar la tierra sobre el cajón. La entonación de la india hizo que Laurencia recordara la voz del párroco del pueblo, arriba en La Frontera, durante el funeral del padre desaparecido. Ahora desaparecía Gonzalo. Allá, al fondo de la fosa, la tierra sepultaba más y más el ataúd. Desaparecía, desaparecía. Así debía ser después de todo. Los muertos tenían que desaparecer y ser reemplazados por los vivos.

(...Danilo no surgió de pronto. Su figura se fue completando a los ojos de la profesora a través de los trajines del pueblo, a lo largo de la calle mayor, en las aglomeraciones del andén o de la oficina de correos. Al comienzo ella le tomó por un ingeniero de caminos o algo similar. Su porte, su cabello cobrizo, la cazadora y las botas alpinas que llevaba, pero sobre todo el brillo ferruginoso de sus ojos, lo diferenciaban en seguida.

Laurencia lo veía siempre solo o hablando cuando más con el jefe de estación, el comisario o el telegrafista. A ella le parecía que el hombre buscaba deliberadamente el aislamiento, y sabía que él la observaba, que se volvía a mirarla. Se estableció, así, una especie de correspondencia tácita, en la que ambos se estudiaban. Pero nada ocurrió. Transcurrieron los días indivisos, creció el otoño que constreñía la vida, que amenguaba las faenas de la madera, de la tierra, y obligaba a la gente a recogerse en el pueblo, dentro de otro tipo de comunidad.

De pronto Laurencia advirtió que el desconocido cruzaba con frecuencia ante la casa y que, a la salida de clases, solía estacionarse en la plazoleta contigua a la escuela. La directora reparó en ello, y entonces Laurencia supo que tenía ante sí un hecho nuevo, imposible de eludir en esa existencia cerrada. Al comienzo se sintió algo perpleja. Quiso dejarlo todo al paso de los días. Pero el modo de vida del pueblo determinó las cosas. Los viejos hábitos del otoño despertaron. Se dio comienzo a las presuntuosas fiestas pueblerinas, a las celebraciones de oropel que se hacen más que nada para sobrellevar el tiempo estacionario.

El baile de los maestros tenía en tal sentido un prestigio especial. Colectaba fondos para las escuelas, pero equivalía al carnaval lugareño. Llevaba una orquesta de la ciudad, hacía farándulas, sacaba de su modorra al vecindario y entonces, en las modestas pérgolas, bajo los falsos faroles chinescos, se reunían las familias, la colonia de funcionarios, los propietarios rurales. Fue el comienzo de la escisión con la madre. Nunca gustó doña Ana Luisa que Laurencia tomara parte en él, que conviviera con esa gente y entablara relaciones molestas. Pero desde el comienzo la hija comprendió que no podía obviar el medio obligado de su oficio y que, por último, era absurdo llevar hasta ese extremo el antiguo encono, válido sólo para ellas. Ayudada encubiertamente por el padre, Laurencia no aceptó el razonamiento de doña Ana Luisa, quien, en cada oportunidad, se quedaba sola en casa, sintiéndose víctima de la deslealtad y sospechando que eso no era sino el comienzo de algo que la obligaría a sucesivos repliegues dentro de su aislamiento y rencor.

El año en que murió Daniel Benavente, doña Ana Luisa pudo comprobarlo.

—No vayas esta vez —pidió a su hija—. La muerte de tu padre está fresca. Dirán que te burlas de nuestro luto. Además, qué obtienes del roce con esos pobretes. No encontrarás ahí un marido que sea capaz de sacarnos de esto.

Pero Laurencia no sólo deseaba, al fin de cuentas, hacer de su oposición un elemento de independencia. Algo más la inducía; acaso la presencia del desconocido, la posibilidad de encontrarlo en el baile, aunque ignorara qué esperaba de ello.

Laurencia no se equivocó. En el baile estaba el desconocido, con otros de fuera. A la primera oportunidad, él la saludó de lejos. Ella tuvo que contestar. Poco después el hombre avanzó con actitud confiada, posesiva, y la invitó a bailar. El apenas hablaba, decía frases convencionales. Por su acento prieto, áspero, Laurencia advirtió su ascendencia. "Danilo, Danilo...", un nombre apropiado para él. Y Rendic, un apellido que explicaba lo demás.

Pronto integraron un grupo, pero en la pareja ya había surgido cierta independencia. Continuaron bailando, y entonces Laurencia se enteró de que Danilo no era ingeniero, sino que trabajaba en una compañía maderera al fondo del valle, casi sobre las estribaciones de la cordillera. Bebieron. El se fue exaltando. Ella hablaba poco, atendía más bien, tratando de formarse una idea del hombre.

Inesperadamente, él se encontró confidenciando parte de su intimidad. Se puso a contar cosas de su familia, de las viejas ropas de inmigrante de su padre, de las estrecheces de éste en una tierra extraña, hasta terminar anclado en Punta Arenas. De pronto se detuvo sorprendido de sí mismo, y dijo:

—Las cosas que le cuento. Yo no soy así con los demás. Qué le puede interesar a usted todo esto.

Pero aquello fue suficiente para que Laurencia atisbara en él, y de cierta manera quedara ligada a su contingencia. Cuando terminó el baile, ya aclaraba cordillera abajo. Danilo acompañó a Laurencia de regreso a la casa, donde doña Ana Luisa permanecía sin dormir, amarga, rígida en su lecho. Al despedirse, y con su específica parquedad, Danilo pidió a Laurencia volver a verla. Ella no se opuso, pero una vez acostada, advirtió que no se sentía conmovida ni exaltada. En verdad, se predisponía a esa relación sólo porque, en el instante, la consideraba una réplica a su inanidad.

En las tardes, a la salida de la escuela, Laurencia y Danilo se encontraban. El hombre ex-

AÑO XXXIX - N.º 1.935
13 de julio de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO:

PAG.

SERIAL

EL DESENLACE
Cap. 2.º 2-3

CUENTOS:

DE REGRESO
Cuento de la semana 10-11

FOTONOVELA

"ENTRE DOS MUNDOS" 14-15

MOTOCICLISTAS ASESINOS
¿Por qué no me cuentas la verdadera razón que tienes para hacer este viaje? 23

ENTRE NOSOTRAS 30-31







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

hibia a veces su necesidad de comunicación, pareciendo espontáneo, hasta ingenuo.

—Usted inspira seguridad —decía a Laurencia—, toma las cosas en serio.

Un día ella le preguntó por su carencia de amistades.

—Cierto, no tengo amigos aquí —repuso él—. Tampoco en otra parte. Me cuesta tenerlos. Hay ocasiones en que los creo hasta innecesarios. Mi temperamento es demasiado directo y violento, y si bebo es peor. Entonces soy capaz de cometer verdaderas barbaridades. Esto me viene en la sangre, sin duda. Mi padre era así, y su vagabundeo por el mundo lo puso peor. Mis antepasados, por su parte, fueron guerrilleros o desertores en las campañas balcánicas. Muchos murieron perseguidos o baleados.

Como Laurencia no hallara qué responder, él prosiguió:

—En este pueblo evito las amistades, por eso. Aquí, caída la tarde, la gente no hace otra cosa que emborracharse y discutir de política o de negocios enrevesados. Y yo no quiero liarme a golpes con nadie por cualquier estupidez. Prefiero beber en la montaña con los hombres a mi cargo y con los otros madereros. Allá, si alguien tiene rabia, se desahoga disparándole a la noche y jurando a su gusto.

Ella pudo calar en el hombre. Le vio de pronto huérfano de afectos, lleno de la incipiente desesperación de quien ha quemado su sangre sin provecho y sin entender aún la sutil pero indomeñable mecánica de la ternura. La mujer lo miró desde otra proyección, como a un prisionero de una vida áspera y riesgosa, necesitado de algo que pudiera significar la contrapartida.

Se originó la zona afectiva. Ambos fueron encontrando equivalencias. Lo demás quedó entregado a la sucesión de los encuentros, en medio del crepúsculo o de la soledad aldeana. Laurencia, que no había tenido una experiencia frontal, madura, con un hombre, dejó la iniciativa a Danilo, pero éste carecía de todo hábito y le cohibían la formación superior y los vestigios de



clase que atisbaba en la maestra. No obstante, el hombre sabía que estaba frente a su oportunidad. Procedió con obstinación, en línea recta.

—Quiero conocer a tu madre, visitarla —dijo un día a Laurencia.

Cuando doña Ana Luisa lo supo, quedó fría, impasible, y osciló un largo rato entre su resentimiento y el cálculo acerca de que aquel hombre pudiera representar el escape. Al fin, repuso a su hija:

—Qué quieres que te diga. Tú ya estás aparte de mí, hasta contra mí, porque sabes que ninguna de estas cosas me gusta. Nada saco, pues, con aconsejarte. No son los consejos los que se siguen, sino los impulsos. Tú estás ahora en eso... Después de todo, alguna vez tenía que pasarte.

Pero Laurencia sabía a qué atenerse. Danilo hizo su entrada en la casa, y doña Ana Luisa lo recibió con una actitud impersonal. No obstante, los demás vieron en ello la concertación de un noviazgo, posiblemente vio lo mismo Danilo, aun cuando nada quedara explícito. De todos modos, Laurencia comprendió adónde iba el proceso y, determinada por la poquedad de su circunstancia, se avino a él, con algo de entelada apetencia. Pero estaba lejos de sentirse sensibilizada. Cuando el hombre comenzó a besarla, de un modo casi casual, ella quedó a la espera de un procedimiento que fuera más allá de sus experimentaciones de estudiante, y al no producirse, un atisbo de insatisfacción se le fijó, replegándola. Laurencia no temía a la posición. "La virginidad hace mal desde la adolescencia", afirmaban sus compañeras de Universidad, y ella les encontraba razón, no habiéndolas imitado sólo porque nadie la había erotizado aún al grado necesario.

Danilo tampoco lo obtuvo. Cuando cierto anochecer, de regreso de una excursión por el valle, el hombre creyó concitados el lugar y el instante, y buscó en la mujer la consumación de dominio, ella tuvo que negarse, no por falta de predisposición o porque, reteniéndose, hubiera pretendido instigar al hombre a un compromiso, sino debido a que nada la arrastraba a ello, necesariamente ahí, con él. Pero Danilo lo interpretó a su manera.

—Bien —jadeó con rabia y con una especie de satisfacción cándida—, esto se hará como marido y mujer... Nos casaremos. Mañana te pediré a tu madre.

Tiempo después, Laurencia aún no se avenía a su calidad de hembra adjudicada. Se encontraba ajena a una situación que jamás imaginara así. Por otra parte, Danilo daba todo por resuelto. Ella era una pertenencia ya y cuanto quedaba por delante debía ser supeditado a la obtención de utilidades en la madera, para abordar otras empresas que, de una vez y para siempre, permitieran al hijo de inmigrantes resarcirse de los antiguos dolores, privaciones y éxodos que llevaba en la sangre.

Ella estaba ahí, pues, sólo como objeto de valorización y beneficio. Danilo ya no se esforzaba por ahondar la comunicación. Había puesto fin a sus confidencias, acaso arrepentido de ellas o desprovisto de algo más por decir. En ocasiones se hacía ostensible en él una exigua, incongruente visión de las cosas, que defendía con cierta aversión boba cuando hablaba de "las tonterías de los libros". En el fondo, se avenía más con doña Ana Luisa, quien ahora soñaba frenéticamente con el casamiento. "Cuando Danilo nos saque de aquí...", decía por las noches, como a la espera de una resurrección. Laurencia temía a veces a su suerte, pero recordaba la ruina de la familia, y más que nada por su madre, aceptaba aquella coyuntura, fiel a su exigencia de no dejarse engañar por los sueños, hecha a la muerte de Daniel Benavente.

Con la llegada de la primavera, Danilo anunció su vuelta a la montaña y su propósito de casarse a fines del siguiente verano. Doña Ana Luisa le despidió lo mejor que pudo. Ese día hubo vino en el almuerzo, desacostumbrado entusiasmo de Danilo. Laurencia le observaba y, por momentos, le parecía el desconocido de la noche del baile. El hablaba sobre sus proyectos de industrializar madera, de una gran casa en la ciudad. Brindó por ello varias veces y obtuvo que doña Ana Luisa se levantara en un momento y le echara los brazos al cuello, diciéndole: "Hijo mío, hijo mío..."

Danilo propuso entonces a Laurencia:

—Nunca te he mostrado los montes donde trabajo. Vamos a mirarlos de lejos. Tengo el camión afuera. A buena velocidad estaremos de regreso antes de la noche.

Por el camino, mientras él conducía, la mujer pensaba que así podía haber sido todo desde el baile. Miraba el perfil bien cortado de Danilo, su frente abierta, su mentón rompiente. Y se preguntaba si al fondo de aquel hombre no existiría acaso una corriente profunda que ella aún no era capaz de encontrar. Se allegó a su hombro. Danilo sostuvo su mirada y le sonrió como si la contemplara de muy lejos. Laurencia se llenó de sorpresa y puso los ojos más allá del camino, cogida por la perspectiva de las montañas que la marcha del camión hacía crecer como una progresiva, latente esperanza. Se detuvieron junto a una quebrada. Luego ascendieron por unas lomas, desde cuyas cimas se divisaba una superficie bruñida por el sol de la tarde, como un cuajarón de estaño sobre el dominio verde.

(Continúa en la tapa 3)


DE REGRESO
Jorge Ibáñez (chileno)

▪▪ El perro

echado sobre un choapino oscuro, a la entrada de la pieza, dio un desganado bostezo que fue como un largo rezongo soñoliento, y terminó juntando insensiblemente sus pestañas. Emilio hacía intentos de componer las piezas deshechas de su pistola de juegos, colocadas sobre uno de los extremos de la mesa. Mientras, sus padres se miraban con manifiesta incomodidad.

—Oye, Emilio, vamos a tener que irnos donde tu abuelita. ¿Te acuerdas? Y apenas tenemos para pagar el flete de estas cosas de la casa. Debemos llevarlas forzosamente. Es todo lo que tenemos. Sólo lo más necesario. Ya ves tú: las ollas, ésas de fierro que por el Sur cuestan un platal; las camas..., y así... Sólo lo más necesario...

Los ojos de Emilio se detuvieron en el rostro de su padre, ligeramente sorprendidos. ¿Por qué ese tono tan desconocido en él, para repetirle una cosa que ya sabía? Sin embargo, su propio corazón se agitó en palpitaciones bruscas al presentir la mirada humilde del perro que ahora le aguaitaba pestañeando, con leves movimientos de su larga cola negra.

—¿Y Tani, papá? ¿Nos llevamos a Tani?

La voz ruda de Miguel recitó como disculpándose.

—¿Cómo quieres? La Compañía sólo nos da pasajes hasta Pueblo Hundido; tú sabes lo cerca que está eso. De ahí tenemos que pagar todo nosotros, hasta San Javier. Y Tani es tan grande que no podemos llevarlo a escondidas...

El perro se había aproximado al centro de la pieza, ya despierto a las primeras frases de la conversación. Todo negro, las orejas erectas y sus ojos café claros, vivos. Al principio era tan prieto como ahora; cuando lo dejaron sobre el piso había ensayado sus primeros ladridos. Con el hocico y las patas delanteras apegadas al suelo y el trasero levantado en una perfecta actitud desafiante lanzaba al aire sus guauguaus infantiles. Ahora estaba convertido en un perro grande. Un hermoso animal de ojos inteligentes.

Ana interrumpió el remiendo de una camisa usada:

—Sí, Emilio, vamos a tener que dejarlo. Yo no quisiera... Ni tu papá tampoco. Pero estamos obligados.

Ahora oyó las palabras de su madre igual que sentencia definitiva y cruel. ¿Cómo no iba a recordar el perro de los Angulo, cuando ella misma le dio comida unas dos veces, antes que desapareciera en busca de sus dueños? ¿Cómo no iba a saber su madre cuál era la suerte de los animales abandonados ahí en la pampa?

Recordaba el Sur muy vagamente. El Sur del cual hablaban sus padres era una cosa de ensueño: grandes manchones verdes, con pájaros diferentes a los gorriones pardos de la plaza y arroyos llenos de transparencia corriendo bajo los árboles opulentos de ramaje sombroso. También algo musical, indefinible, lejano.

Desde que habían comenzado los rumores del "paro" de algunas Oficinas Salitreras, sus padres hablaron del regreso. "Santa Luisa" ya estaba funcionando a media máquina. La partida era un hecho inevitable.

Nunca pensó en una separación de Tani. Ni le parecía posible. Sólo a fuerza de repetirse mentalmente las palabras de sus padres, la realidad se le fue presentando con pavorosa certidumbre. Dejarlo..., dejarlo en "Santa Lucía", dejárselo a alguien. ¿A quién? La Oficina, desde hacía dos meses, se despoblaba como herida irrestañable. ¿Dejárselo a quién? La pregunta rebotaba con amargura en su cerebro de niño. ¡Si alguien lo quisiera!... ¿Por qué no, cuando Tani era uno de los perros más bonitos de la Oficina? Ni siquiera los Jefes tenían uno semejante. Pero dar a Tani, dejarlo, significaba separarle algo de su propio cuerpo. El, en el lugar de Tani, moriría de pena... Y, sin duda, era triste morir de pena.

Los juegos de la tarde cesaron. Sus padres no hablaban sino lo imprescindible. Y en su imaginación veía, a cada instante, la figura del perro recorriendo los sitios habituales que frecuentaba en su compañía. ¡Cómo se angustiarían los ojos buenos y humildes de Tani ante la inutilidad de su búsqueda!

Esa semana

les habían anunciado la paralización total de la Oficina y su desarme próximo.

Emilio encontró en el camino a dos hombres que regresaban. Las chaquetas al hombro y el lonchero prendido de sus manos. Uno de ellos iba chiflando alegremente un aire popular. Tani se acercó a husmearlo y después fue a colocarse de nuevo al lado del muchacho que marchaba con un envoltorio bajo el brazo. El animal olisqueaba inquieto. Dio unos trotes delante. Esperó para apartarse de nuevo en un corretear alegre, dando pequeños gruñidos de contento, como balbuciente silabeo de niño. En seguida volvió a caminar al lado de Emilio, iniciando un trotecillo suave, siempre en actitud de olfatear algo deleitoso. De tiempo en tiempo hacía pequeñas detenciones para mirar al muchacho en su desconocida seriedad.

Llegaron al extremo más alto de los ripios, cuando el sol comenzaba a perderse para el lado de la costa.

Emilio descansó sobre unos costrones. No pensaba; su cerebro procuraba mantener con fuerza una idea poderosa y angustiante. Llamó a Tani.

—A ver, mi perrito...

Las dos orejas inteligentes enfrentaron sus rodillas y la nariz, habitualmente húmeda del perro, tocó sus dedos, mientras le miraba con pestañeos nerviosos. Le acarició la cabeza, dejando que la lengua tibia recorriera sus manos.

—Tú no sabes, hombre, no podemos llevarte para donde nos vamos..., no tenemos plata...

Cortó

el cordelillo blanco que ataba el paquete. Tenía los labios secos. Sus manos trémulas trabajaban

▶▶



DE REGRESO

Dejarlo..., dejarlo en "Santa Lucía", dejárselo a alguien. ¿A quién? La pregunta rebotaba con amargura en su cerebro de niño.

desatinadamente. Su respirar se hizo anhelante. En la ventanilla de la nariz se atropellaba el aire.

Tani, entretanto, se movía inquieto. La cara inteligente tomaba posiciones variadas y sus orejas ya las enderezaba, ya dejábalas caer como hojas mustias.

—Tani..., mi perrito...

Escuchó su propia voz sonar tristemente cariñosa, entre sollozos. Sin quererlo sus manos trataron de acariciar la negra cabeza del animal. Pero Tani, excitado por el olor a la carne que golpeaba sus narices, evitó el mimo para concentrar su atención en el paquete medio desenvuelto.

Una especie de agotamiento físico empezó a cundir por su organismo, a la vez que el desánimo destruía lentamente su primitiva intención. "¿Y si lo dejara no más? ¿O si tratara de que Juan Campos o Mario Cabrera se quedaran con él?". Pero no..., ya había pensado antes en eso mismo, muchas veces. También tendrían que partir como ellos; todos tendrían que irse. Lo sabía demasiado bien...

—¡Tani..., toma!...

A varios pasos cayó el paquete a medio abrir. El perro estuvo sobre él con rapidez. Los papeles de la envoltura le molestaban, pero ayudado por sus extremidades delanteras logró desprender el trozo de carne, dejándolo libre de impedimentos. Apegó su cuerpo en la tierra y dio las primeras masticadas.

Los ojos llorosos del muchachito se abrieron desmesurados. Su corazón le golpeaba el pecho con retumbones trágicos; piolines de angustia le fueron ciñendo apretadamente el cuello; deseos enormes de huir, de desaparecer, bullían de su cerebro mortificado.

Hacia la izquierda los ripios cortaban a pique; veinte metros más abajo se amontonaban rieles retorcidos, fierros viejos abandonados, bateas metálicas dispersas. Suficientes para matarse. Al lado contrario partía el camino ancho hacia el campamento. Correr para uno de los lados; no importaba a cuál, porque allí, a pocos pasos suyos, estaba Tani devorando con prisa su propia muerte. ¡No quería ver las convulsiones del cuerpo ni los ojos vidriosos de su perro envenenado! Se iría por la huella. ¿Y si Tani lo alcanzara en el camino, agonizante?

Se vio de pronto en el desamparo de la pampa con el perro echando espumarajos blancos por la boca. No podría disculparse ante sus ojos acusadores y humildes, ya irremediablemente, destinado a una muerte próxima. Sin remedio posible, Tani, Tani, su perro, su amigo..., ¡su hermano!

—¿Tani?...

El grito, demasiado fuerte y ronco para su garganta de niño, salió hiriéndole el cuello y la resonancia quedó vibrando en el espacio, como un despavorido llamamiento de angustia.

El animal levantó sorprendido la cabeza y al sospechar la actitud del niño, se paró cogiendo en el hocico el trozo de carne, con intención de rehuirle.

—¡Suelta eso, cochino!

Sus dos manos se apoderaron del trozo todavía conservado casi enteramente. Tani, saboreando aún el regustar de la presa, lo miró desorientado: sus orejas gachas y el rabo oculto; pero cuando vio que el trozo de carne era lanzado al aire, yendo a perderse al fondo del ripio, corrió con agilidad hasta el borde. Después, miró hacia atrás, con timidez, al muchachito que le observaba con sus ojos inmóviles. Se le acercó pestañeando, humilde la cola entre sus piernas.

—Tani... Tanichito..., mi perro..., yo quería matarlo...

Las lágrimas brotaron con sollozos inconsolables. Se dejó caer al suelo costroso y sus brazos cubrieron el cuerpo del perro, acariciándolo.

—Yo quería matarlo a mi perrito..., mi perrito lindo...

El llanto seguía desbordándose de sus párpados enrojecidos.

—Mi perrito... Yo me quedo con usté aquí, ahora, ¿no?

Tani le lamía la cara, húmeda de llanto.

Regresaron

en silencio. El cielo pasaba del intenso azul del día al azul pálido de la tarde y únicamente los cerros, para el lado de la cordillera, conservaban una greca de luz perfilando sus delineamientos. El muchacho cabizbajo, sollozando todavía, y el perro al lado suyo, sin sus juegos, sin sus carreras nerviosas de alegría, relamiéndose solo.

Desde arriba se divisaban las bateas del yodo, llenas del "agua vieja" y, haciendo curvas, el camino hacia Catalina, hacia el Sur, y la huella paralela a la línea de los carritos ripiadores prolongándose, descendiendo a la población.

Vetas naranjas y carmesíes muy suaves por el cielo, hacia Taltal; y granujienta de cerros salitreros, con un inmenso barbecho estéril, la pampa oscureciéndose...

En las canchas el salitre yacía en montones blancos, cubriendo todas las amplias extensiones del piso de cemento.

Emilio pasó orillando la Pulpería, cerrada a esa hora, y siguió por la plaza, donde ya empezaba a concentrarse gente para escuchar tal vez la última retreta de la banda, bajo los raquíticos pimientos de hojas minúsculas y racimadas. Recibió con simpatía el olorcillo picante que exhalaban, pensando que eran otros de los condenados a quedarse en la pampa en una agonía de sed y calor.

Encontró

a su madre en la puerta. Había observado repentinamente un cambio notable en sus facciones, al mismo tiempo que oyó en el comedor el silbido alegre de su padre. ¡Como en los buenos días! Pero si la vaga esperanza, que retornaba por momentos, servía para eliminar las recientes sensaciones de los ripios. ¡Cuánto anhelaba que aquello de dejar a Tani o matarlo, que era lo mismo para él, fuera una mentira, un sueño!...

Enrique clavaba cajones, tarareando alegremente. Su cara aparecía sin el ceño pertinaz de la preocupación. En los dos, en Ana también, había una decidida expresión de tranquilidad. ¿Cómo era posible que ellos no pensaran en Tani?

El perro estaba cerca de Enrique, moviendo su cola amistosa. Hasta entonces su padre había procurado ignorar su cercanía; pero ahora, inclinado, golpeaba sus rodillas, llamándole.

—¡Tani! ¿Qué dice el perro?...

El animal se movió alegremente, jugueteando a su alrededor. Los párpados de Emilio se abrieron y una súbita conmoción de felicidad le hizo detenerse.

—¿Que llevamos a Tani, papá, lo llevamos?

La vocecita anhelosa salió titubeando de su garganta dolorida, mientras sus ojos no se apartaban de los labios, de las actitudes del padre, esperando ansiosamente.

—No, Emilio. Tani no se va; ni nosotros tampoco.

La pequeña llama de esperanza pestañeó por un segundo. Ana sonreía. Enrique continuó:

—Nos vamos a la Chacabuco la otra semana. Ya dejé todo arreglado. A este niño —agregó tomando de las orejas a Tani— no nos cuesta nada llevarlo.

El corazón de Emilio pareció expandirse. Conocía de nombre la Oficina Chacabuco, pero sabía que era mucho más grande que Santa Luisa. Les sonrió a sus padres y acarició a Tani, mientras sus ojos lagrimearon su íntima felicidad.

• CONSEJOS UTILES



NO dejes en el refrigerador las alcachofas que comerás mañana; permanecerán frescas si las tratas como a las flores. Sumerge los tallos en un recipiente más bien alto y lleno de agua azucarada. Recuerda que si las dejas más de un día, debes cortarles los tallos, un centímetro cada vez, y debes cambiarles también el agua azucarada.



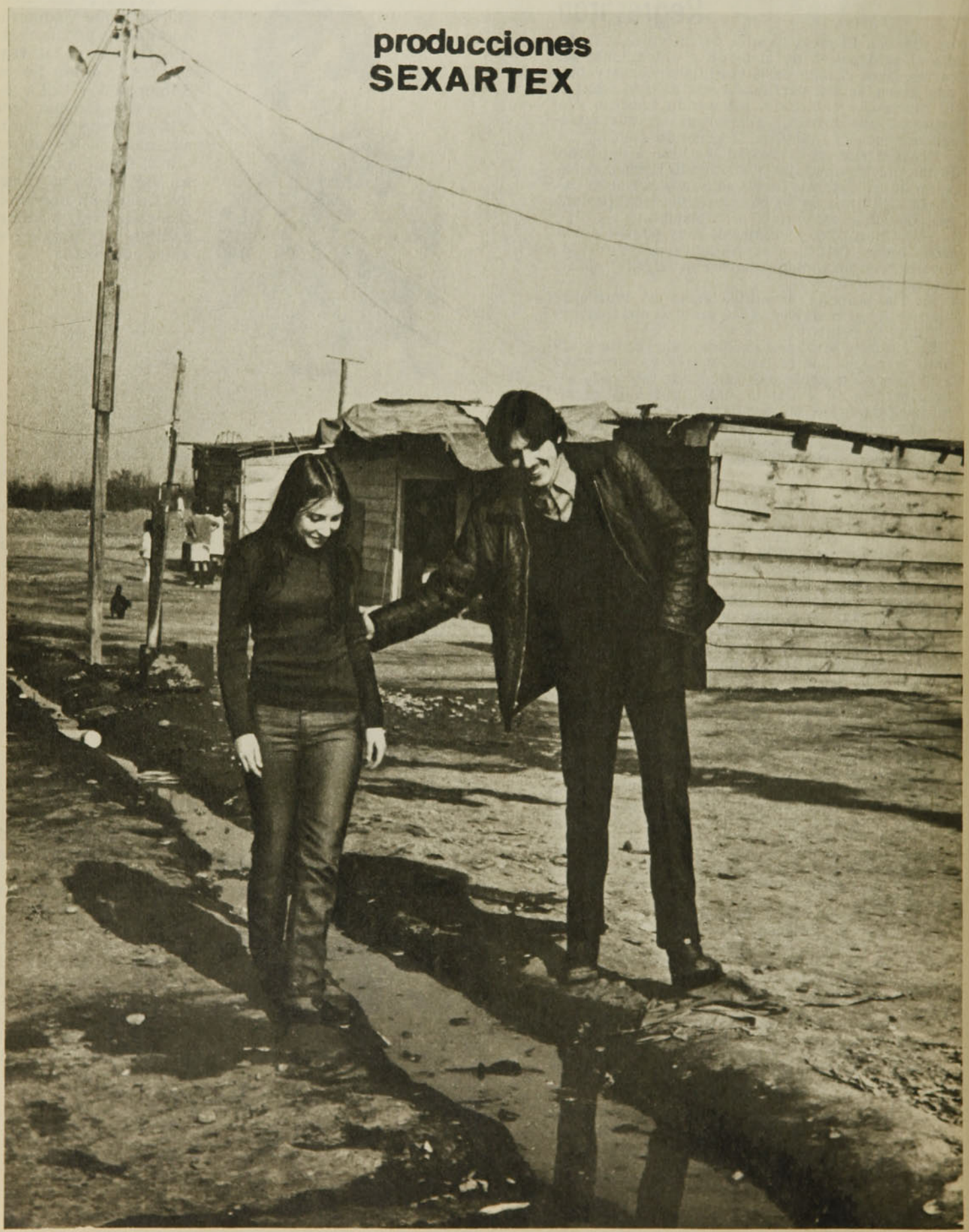
SI la crema de huevos tiene grumos por exceso de cocimiento, podrás dejarla otra vez aterciopelada poniéndola en una botella que agitarás enérgicamente.



¿EL guiso te quedó demasiado salado?

Se podrá remediar agregando durante el cocimiento dos terrones de azúcar y una bolsita hecha en algún género delgado conteniendo dos papas cortadas en daditos. Al cocerse, las papas absorberán el exceso de sal.

"ENTRE DOS MUNDOS"




ENTONCES EL VIERNES NOS ENCONTRAREMOS EN SAN DIEGO CON ALAMEDA, VAMOS A IR AL POLICLÍNICO DE UNA POBLACIÓN.

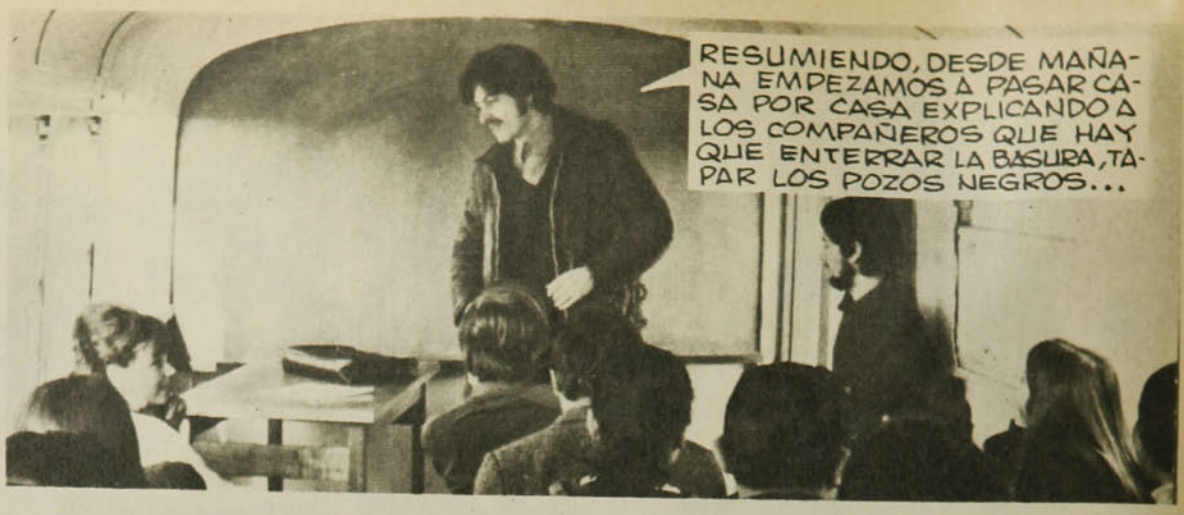

MUCHAS VECES SE METE A LAS POBLACIONES GENTE QUE UTILIZA LOS PROBLEMAS PARA METER LA POLÍTICA, POR ESO NOSOTROS TENEMOS QUE TENER CLARO QUE VAMOS SOLO A AYUDAR.

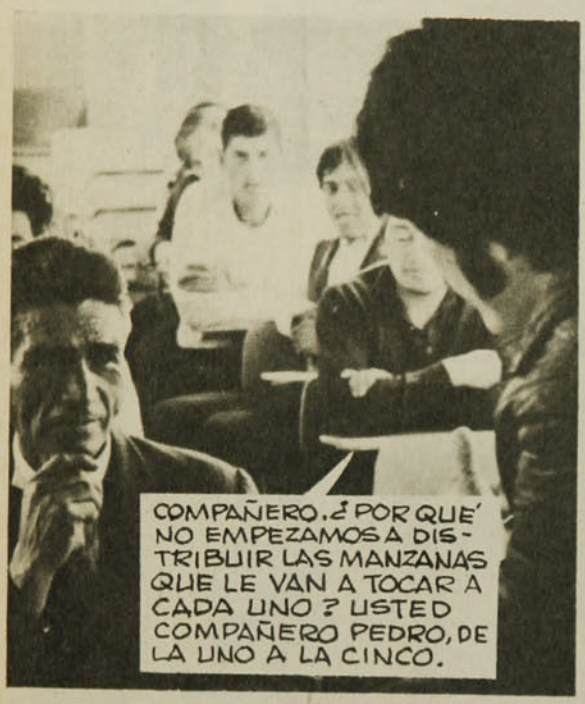

¿TÚ ERES EL CURA QUE ME DIJO PEPE? QUE BUENO QUE VINIERON HOY DÍA PORQUE VAMOS A PLANIFICAR UNA CAMPAÑA DE SANIDAD, CON LOS COMPAÑEROS DE LA JUNTA DE VECINOS.


SI QUIEREN DEJEN SUS COSAS AHÍ ADENTRO, VAMOS A EMPEZAR AL TIRO.

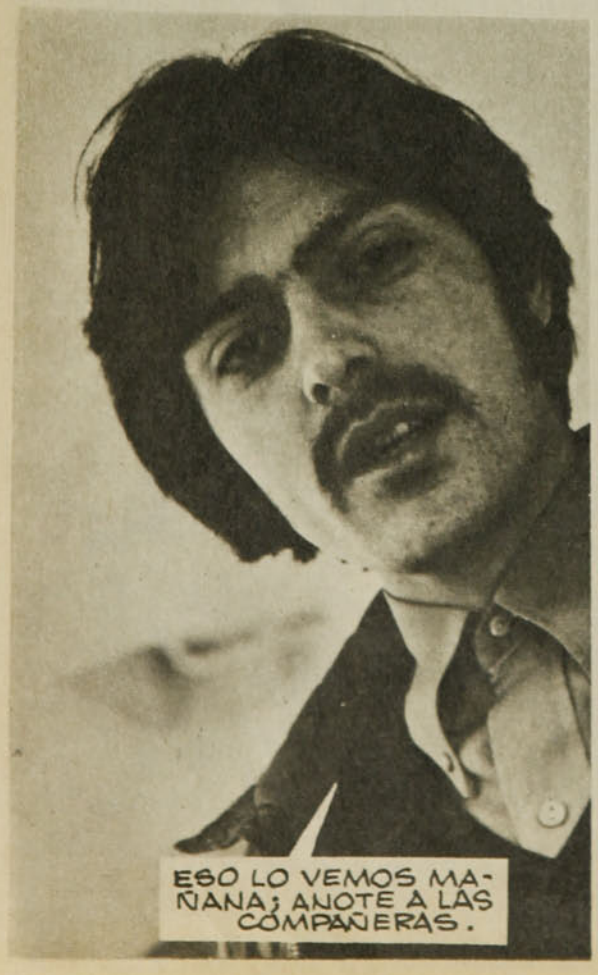

¡QUE RARO ESE CHIQUILLO, NO ME GUSTÓ NADA, SE CREE LA MUERTE.

EN LA REUNIÓN NO CAMBIÓ NUESTRA OPINIÓN DE PANCHO, HABLABA CASI TODO EL RATO Y PARECIA SABERLO TODO.












BUENO SI ES TAN TRÁGICO ESPERARME UN POCO, ANDA CON OTRA NIÑA, A MI NO ME IMPORTA. ¿SABES PREFIERO QUE LO CONVERSEMOS MAÑANA. CHAO.


¿Y A DONDE VA EN ESA FACHA NIÑITA?
A UNA POBLACIÓN.


¡DÍA SÁBADO! ¿Y NO VÁ A VENIR RODRIGO?
NO, NO NOS VAMOS A VER HOY. CHAO.


CREÍA QUE NO IBAN A VENIR. HOY EMPECEMOS AL TIRO; TÚ TE VIENES CONMIGO Y TÚ TE VAS CON EL PEPE.


¿COMO TE LLAMAS?
MARIA CECILIA PADILLA.
AQUÍ ERES CECILIA NO MÁS; YO ME LLAMO PANCHO.


NO SÉ COMO SE ME VOLÓ LA TARDE, PERO LA VERDAD ES QUE FUÉ TODO MUY INTERESANTE.










¿NOS FALTA MUCHO? YA VÁ A OSCURECER Y NO ME GUSTA LLEGAR DE NOCHE SOLA A MI CASA.
FALTA MAS DE UNA HORA PERO SI QUIERES TE VAS Y SIGO YO SOLO.


VAMONOS MARIA CECILIA, YO ME TENGO QUE ENCONTRAR CON CRISTIAN A LAS 7,30.

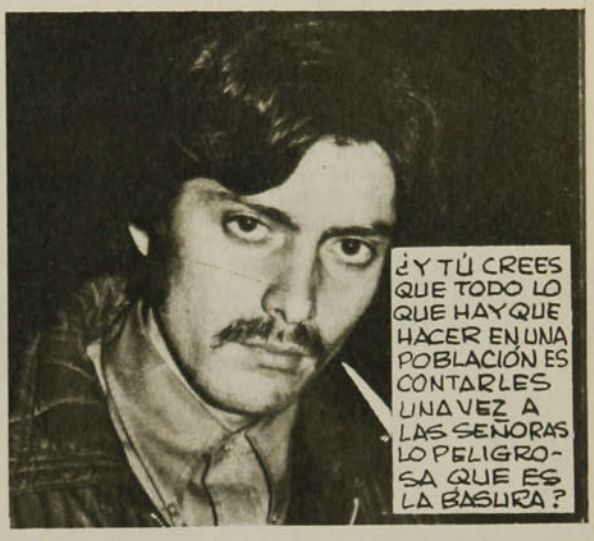

ANDATE SOLA, YO ME VOY A QUEDAR.


¿TU HACIA QUE LADO VAS? ¿TE IMPORTARIA IR A DEJARME ?











ESA NOCHE



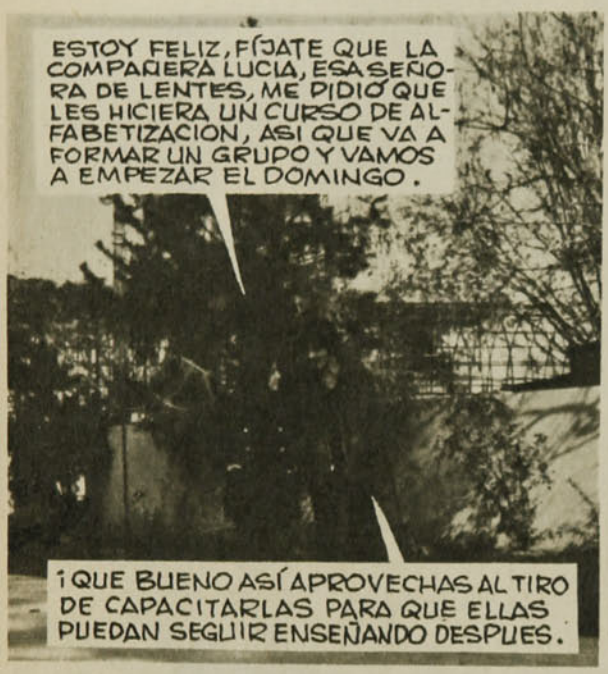
AL DIA SIGUIENTE PARTÍ TEMPRANO A LA POBLACIÓN.





DESPUÉS YA NO DEJÉ DE IR Y SEGUÍ TRABAJANDO CON PANCHO.



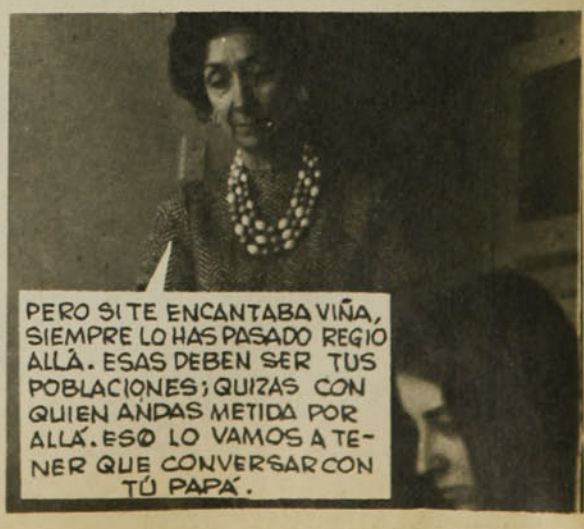












¿COMO TE FUE EN LOS EXAMENES?

TODAVÍA NO SÉ LOS RESULTADOS, PERO CREO QUE MUY BIEN.

ME ALEGRO. SABES TE ECHÉ MUCHO DE MENOS EN ESTOS DIAS CREO QUE ME HE ACOSTUMBRADO A TENERTE CERCA.

YO TAMBIEN TE ECHÉ DE MENOS, TE VOY A CONFESAR QUE DE REPENTE NO SABIA LO QUE...







NO MAMÁ, YA ESTÁ DECIDIDO, NO ME VOY A IR A VIÑA CON USTEDES. ME VOY A QUEDAR AQUÍ CON MI PAPÁ Y A LO MEJOR LOS FINES DE SEMANA LO ACOMPAÑO A VERLOS.

A MI NO ME PARECE BIEN MARÍA CECILIA, PERO SÉ QUE A USTED ESO NO LE IMPORTA.

ASÍ PASÉ EL VERANO YENDO CASI TODOS LOS FINES DE SEMANA A VIÑA CON MI PAPÁ. ME DÍ CUENTA DE QUE YO NO TENÍA NADA QUE VER CON ESE MUNDO. PENSAR QUE HACE DOS AÑOS QUE VIVIMOS JUNTOS. HA SIDO TODO TAN BONITO QUE TODAVIA NO ME CONVENZO QUE SEA VERDAD.



FIN

¡ahora... el 9 !

juventud optimismo y música

en el canal 9



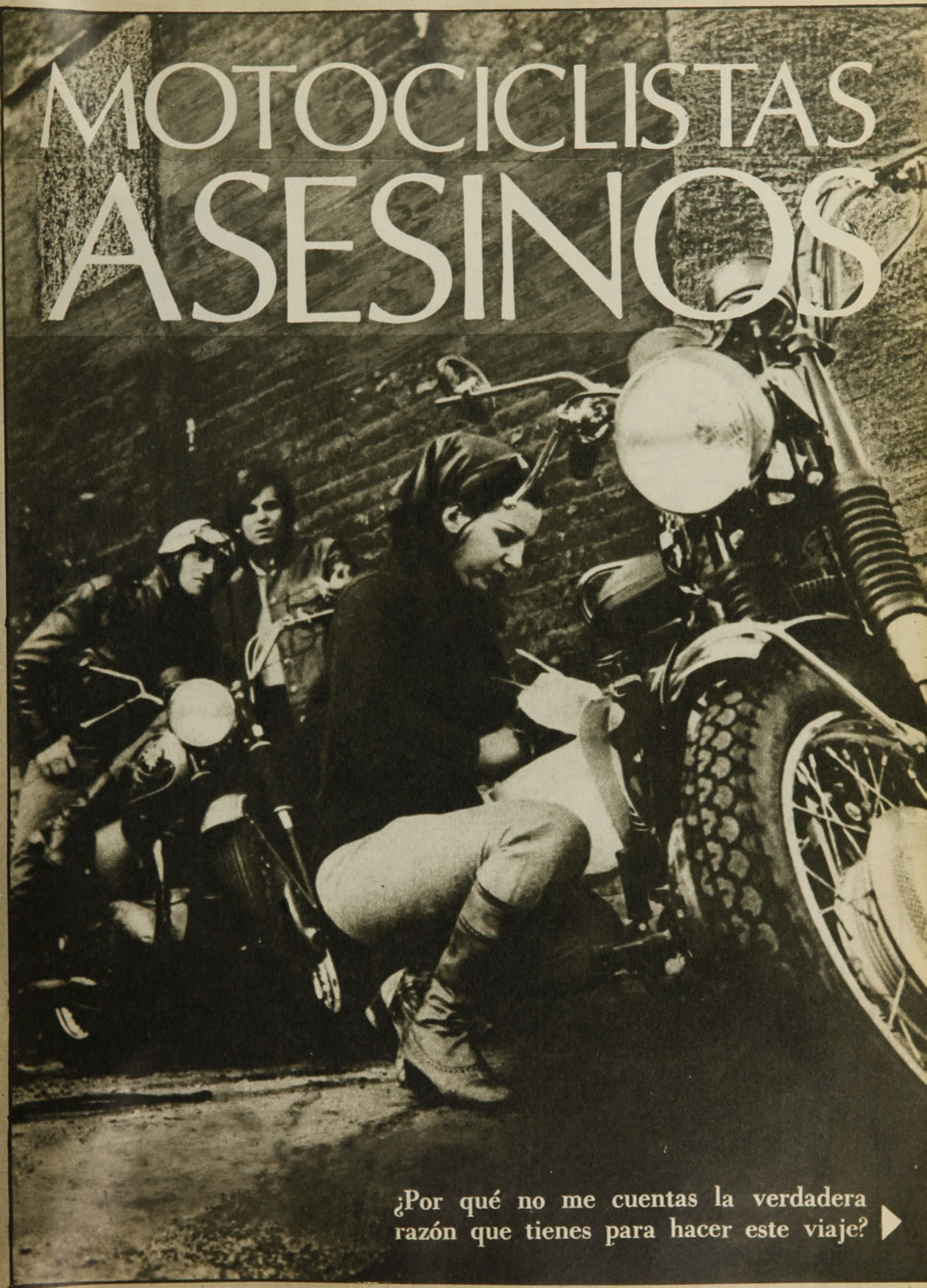




SÍ. EL 9 PROGRAMÓ PARA UD

CRUZ Y DEL SOLAR

MOTOCICLISTAS ASESINOS



¿Por qué no me cuentas la verdadera razón que tienes para hacer este viaje?

La venganza brillaba en sus ojos.

• • •

Era esa época del año en que aún no es invierno, pero tampoco es otoño. Todo, especialmente en ese pueblo, se veía gris, sucio y desnudo; no había hojas en los árboles, el pasto tenía un color mortecino y, al fondo de todo, se recortaba el edificio de la cárcel. Desde el pequeño café donde estaba instalado parecía un viejo castillo, pero sin el romanticismo de lo añejo. Yo llevaba sólo dos días en ese pueblo, y ya lo odiaba. Estuve allí. Sin dinero tuve que dormir en un banco y tenía la espalda adolorida. Y no podía olvidar mi época de estudiante de medicina . . . , antes de abandonar esa carrera. Describir los efectos que producía la intemperie en los sistemas respiratorio y circulatorio. . .

Sí, eso lo podía hacer muy bien. Pero esa etapa estaba concluida. Vivir en un cuarto atestado, jamás tener una comida decente, usar ropa divertidamente vieja . . . , eso había pasado.

—Hey, muchacho —dijo el dueño del café, con voz baja—. Esa mujer que hay allá quiere pagarle una comida. —Sonrió—. Tal vez también esté dispuesta a entibiarle la cama.

Sentí que la sangre se agolpaba a mi cara. Cada vez que una mujer me quería invitar a algo me sentía muy incómodo. Probablemente debido a Mónica. A su discurso de despedida de la Universidad, dos semanas antes.

—Las últimas diez veces yo he pagado mi propia comida, Rodolfo. Y al menos en dos ocasiones he pagado la tuya. Estoy enferma de eso . . . , de donde yo vengo una chica no le paga las cuentas a un muchacho. Te estás transformando en un fresco, ¿sabías eso? Toda esa habladuría de llegar a ser médico . . . tal vez otras chicas estén dispuestas a esperarte años y años, pero no yo.

No me di vuelta. Sabía que la mujer estaba allí, porque también estaba el día antes, como esperando a alguien. Pero sin duda no parecía ser su espera como la mía. El día antes puso una moneda en el tocadiscos, leyó el diario, como si no tuviera otra parte donde ir. Y, en el intertanto, yo me helaba afuera y mi dinero estaba casi desaparecido.

—¿Qué contesta, muchacho? ¿Quiere que le prepare un guiso a cuenta de ella?

Me di vuelta en el piso y la miré. Me sonrió y algo dentro de mí, una fibra sensible de soledad, fue tocada. No era bonita, pero en ese momento, mientras me disponía a ser rudo con ella, me debilité . . . , se veía hermosa. Tenía el pelo retinto y una boca grande y sensual.

Me levanté del piso y caminé donde ella. Se mantuvo sonriendo, pero no había otra expresión en su rostro que no fuera amistad.

—Espero no haberte insultado —dijo—. Pero te he visto por aquí y no comes nada. ¿Vienes recién saliendo de la cárcel? Sé que todos los hombres que recién salen de allí vienen para acá, o al menos la mayoría de ellos.

—También he oído eso. —Sus ojos, noté, eran grisáceos, con manchitas doradas. Me encontré preguntándome qué edad tendría. ¿Treinta tal vez? Probablemente más que eso porque había pequeñas arrugas alrededor de sus ojos.

—¿No vienes entonces saliendo de la cárcel? —Pareció desilusionada.

—No, voy de viaje al norte. Al menos eso hacía. Tendré que buscarme un empleo por un tiempo.

Asintió.

—Pensé que podía ser eso. No pareces un ex convicto.

Me senté en el piso a su lado y con el poco dinero que me quedaba la invité a tomar café. Lo



gasté con gusto, gozando de su voz cálida y ronca, feliz de estar sentado junto a una mujer hermosa. Tal vez nunca quise en verdad a Mónica.

Pero no podía olvidar las cosas que me dijo, cosas que me impresionaron tanto como para abandonar los estudios.

Llevábamos unos diez minutos sentados allí cuando ella me pidió un favor, favor que estaba dispuesta a pagarlo. Después de todo, dijo, si yo no le permitía pagarme una comida, ¿por qué no me ganaba algún dinero fácil y con él me alimentaba?

—Estoy más o menos buscando a un hombre —explicó—. Su nombre es Carlos Fernández. En cualquier momento saldrá de

MOTOCICLISTAS ASESINOS

•• El hombre se abalanzó sobre nosotros y se le disparó el arma. Murió en el suelo.

•• Era curioso, pero los tres teníamos sed de venganza.

la cárcel. O tal vez ya lo ha hecho. ¿Podrías buscarlo por mí y decirme dónde está?

—No conozco a nadie aquí. No puedo aceptar tu dinero por . . .

Puso su mano sobre la mía.

—Trátalo, ¿quieres? —Me pasó un billete—. Llámame al hotel, es el único que hay en este pueblo.

Con un poco de vergüenza pedí comida y comencé a indagar. Entraron varios hombres y les pregunté si conocían a Carlos Fernández, pero no logré nada. Más tarde alguien mencionó que había salido de la cárcel dos días antes y se había comprado una motocicleta.

Al día siguiente me encaminé al café. Al llegar, lo primero que vi fue una moto ubicada junto a la bomba de bencina y que le chorreaba aceite. Se veía bastante destartalada, como si hubiera sido chocada.

Me acerqué y vi a un muchacho flaco tratando de arreglarla. De pronto se incorporó, encendió un cigarrillo y le dio una patada a la rueda delantera.

—He estado dentro de ese hoyo durante ocho años y ahora que estoy fuera lo primero que me sucede es que rompo mi máquina. —Hizo un gesto hacia ella—. ¿Te interesa comprar lo que queda de ella?

Me agaché y miré la cadena.

—No, pero creo poder arreglarla.

Al cabo de diez minutos me había dicho su nombre y yo le conté de la mujer que andaba preguntando por él. Vi que se animó ante la idea de que una dama se preocupara de su persona. Tendría unos veinticinco o veintiséis años, y no era feo, aunque flaco y desastrado. Se veía rudo y lo era. Y amargado. Quería, dijo, irse lo más de prisa posible lejos de esa cárcel. Estaba fuera bajo palabra, pero, a pesar de todo, pensaba mandarse cambiar.

Mientras trabajaba en la moto el muchacho entró y llamó a la mujer al hotel.

—Dice llamarse Raquel Pérez —anunció con una voz tan anhelante que me molestó—. Vendrá para acá. Asegura que me tiene un trabajo . . . , y otro también para ti. ¿La conoces?

—No. —Me subí a la moto para ver si partía—. Pensé que tú la conocías. ¿Qué clase de trabajo?

Sonrió.

—Cuando uno ha estado encerrado tanto tiempo sin ver a una mujer ni recibir una visita, no pregunta si una dama le ofrece un trabajo. Especialmente si es buena moza.

Estaba aún trabajando en la moto cuando llegó Raquel en un taxi. Se bajó, me saludó con un gesto y una sonrisa, pero demostró más que nada estar interesada por Carlos. Entraron al restaurante y cuando vi que les servían dos guisos de carne, supuse que la cuenta la pagaría ella. Finalmente me limpié las manos y cogí mi maleta. Si tenía suerte, podría seguir viaje con uno de los camioneros que entraban a almorzar. Y conseguir un empleo en alguna ciudad cercana. Algo respecto a ese Carlos me impulsaba a marcharme. Iba hacia el camino cuando oí a Carlos llamándome por mi nombre. Me detuve, esperé y él se precipitó hacia mí. Su delgado rostro parecía ansioso.

—Hey, ¿a dónde vas? —Me cogió de un brazo—. No te vayas. Ella nos ofrece un trato fantástico . . . , como para que no lo creas. ¿Qué te parecería viajar en una moto nueva? ¿Y cuando llegues a tu destino recibir un fajo de billetes por escoltarla hasta su destino?

—¿Escoltarla? ¿En una moto? —Me volví hacia el camino—. Contéstale que ya se han inventado los aviones.

De nuevo me cogió del brazo.

—¡Quiere hacer el viaje así, por diversión! Lo desea efectuar en moto pero tiene miedo de ir sola. Por eso paga por nuestra compañía . . . , para que nadie la moleste en el camino o por si se le echa a perder la máquina. —Sonrió—. En todo caso, eso es lo que ella dijo. Si deseas saber lo que yo pienso . . . , creo que tiene otras ideas respecto a mí. Y tal vez a ti también te toque algo, muchacho. —Me dio un codazo en las costillas—. Vamos a oír sus planes. Por lo menos puedes hacer eso, ¿no es cierto?

Ella estaba sentada en un piso y en cuanto la vi supe que yo haría todo lo que Raquel quisiera. No sospechaba por qué quería ir hasta un pueblo cerca de Arica en moto. Yo, de todos modos, iba hacia el norte, sin razón especial, sólo por alejarme de Mónica. Ahora me ofrecían transporte y comida gratis, más dinero cuando termináramos el viaje.

Y habría hecho ese viaje, incluso a pie. De una cosa estaba seguro: no quería que Raquel fuera a ninguna parte en compañía de ese tal Carlos.

Salimos poco después. Ibamos hacia la ciudad más cercana para comprar una moto para mí (con Raquel instalada en el asiento detrás de mí), cuando ella me contó por qué quería hacer ese viaje.

—Mi marido está allá. Esa es la razón por la cual hago este viaje.

Asentí. Así es que era casada. Pero, por cierto, una mujer como esa tenía que ser casada. No pude dejar de observar el movimiento de sus caderas cuando se bajó para entrar en la tienda. Mi chica, mi ex polola, Mónica, tiene las caderas angostas, como las de un chico. Habíamos crecido prácticamente juntos, sólo que yo en la parte pobre de la ciudad y ella en la de los privilegiados.

Mirar el cuerpo de Raquel era algo muy distinto, su busto y sus caderas eran los de una mujer de verdad, no infantiles, como los de Mónica. Elegí una moto lo suficientemente buena como para que resistiera un viaje largo. Afuera, una vez que Raquel la pagó, la noté asustada.

—¿Sabías que jamás me he subido en uno de estos monstruos?

Me di vuelta y la miré por sobre mi hombro. Su cara estaba muy junto a la mía. Me forcé a pensar: "Es demasiado mayor para ti, tú eres sólo un muchacho. Tienes veintitrés años; ella debe tener treinta y tres y debes sacártela de la mente".

—¿Por qué no me cuentas la verdadera razón que tienes para hacer este viaje? —pregunté torvamente—. ¿Con dos hombres que no conoces? De mí no sabes absolutamente nada y Carlos recién acaba de salir de la cárcel.

Bajó los ojos como si quisiera que yo no descubriera en ellos la verdad.

—Ya lo expliqué. Quiero volver con mi marido.

No pude dejar de sonreír.

—¿En moto?

Se encogió de hombros.

confidencias

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día viernes. Color púrpura. Número 7.	Día jueves. Color petróleo. Número 6.	Día domingo. Color marfil. Número 0.
TU CORAZON	Tendencia al egoísmo y a la introversión. Las relaciones con esa persona resultan un tanto difíciles debido a tu indiferencia.	Días serenos y agradables. No te preocuparán inquietudes sentimentales y encontrarás en tu familia calor y afecto.	Tu carácter excesivamente práctico tiende siempre a relacionar lo sentimental con lo material. No vas por buen camino: reflexiona.
TU TRABAJO	Semana monótona sin acontecimientos apreciables. Disminución del ritmo de trabajo. No te dejes estar.	Es necesario que demuestres más interés y entusiasmo en tu trabajo. Esa apatía que has mostrado este último tiempo puede ser funesta.	Será preferible que por ahora postergues la realización de cualquier proyecto. Espera un momento más propicio.
TU SALUD	Circulación muy deficiente. Fricciónate vigorosamente las piernas y pies antes de acostarte. Haz mucho ejercicio.	El estado general de tu salud no es del todo satisfactorio. Ese cansancio y falta de vitalidad pueden tener su origen en alguna enfermedad.	Peligro de contagio. Evita el contacto o la cercanía con personas enfermas. Tu organismo está muy vulnerable.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día miércoles. Color beige. Número 9.	Día lunes. Color violeta. Número 7.	Día viernes. Color fucsia. Número 8.
TU CORAZON	Será preciso una aclaración de posiciones, pero no olvides actuar con mucho tacto para no herir susceptibilidades.	Todas las nacidas bajo este signo irradiarán una atracción especial durante estos días. Exitos entre amigos y personas nuevas.	Usa de toda tu diplomacia para servir de intermediaria entre dos personas que te son muy queridas y que tú sola puedes reconciliar.
TU TRABAJO	Semana propicia para hacer trámites e iniciar papeleos de tipo financiero. Los problemas de dinero se te solucionarán fácilmente.	Ideas brillantes y clara inspiración que te llevará a realizar excelentes inversiones o negocios.	Evita las discusiones, aunque estés segura de tus argumentos, en el lugar donde trabajas cuando el problema es ajeno al trabajo.
TU SALUD	Fragilidad renal que requerirá de gran cuidado. Evita los trabajos violentos y, sobre todo, cuídate del frío.	Con el frío se te reseca la piel. No te descuides y aplica cuando puedas una delgada capa de crema para proteger tu cutis.	Evita trasnochar y racionaliza la distribución de tu trabajo para no cansarte en exceso.

(de junio al de julio) CANCER	(23 de julio al 22 de agosto) LEO	(23 de agosto al 22 de septiembre) VIRGO
Día viernes. Color verdeagua. Número 3.	Día sábado. Color marrón. Número 0.	Día domingo. Color oro. Número 5.
Las mayores de veinticinco años verán consolidarse los lazos afectivos hacia una unión definitiva.	Periodo lleno de contrastes. Nacerán dudas que pueden llegar a comprometer las relaciones con la persona amada.	Todo está resultando según tus planes, pero no por eso debes forzar los acontecimientos: podrías echarlo todo a perder.
Interesantes ingresos y ganancias para los que trabajan en el comercio. Las horas de la mañana serán las más fructíferas.	Muy buen momento para tomar algún curso que te pueda perfeccionar en tu trabajo. No desperdicies tu deseo de superación.	Posibles dificultades económicas. La solución de tus problemas puede venir de una persona influyente que te apoya.
Disminuye o suprime de tu alimentación las sustancias irritantes y los platos excesivamente grasosos o ricos en calorías.	Dedica más atención a tu apariencia física. Nadie te dice que dediques un largo rato frente al espejo, pero sí algunos minutos.	Resfríos y bronquitis. Debes preocuparte, ya que tienes tendencia al asma. Durante el invierno toma algún tónico para prevenirte.

el cielo



SEMANA DEL 13 AL 19 DE JULIO

CAPRICORNIO (de diciembre 19 de enero)	ACUARIO (20 de enero al 18 de febrero)	PISCIS (19 de febrero al 20 de marzo)
Día miércoles. Color aguamarina. Número 3.	Día sábado. Color plata. Número 8.	Día domingo. Color azabache. Número 0.
Demostraciones de afecto y simpatía que contribuirán a darte más aplomo y confianza en ti misma.	Resultará difícil conseguir una completa armonía, no sólo entre enamorados, sino en el seno de la familia. Peleas entre padres e hijos.	Influencias positivas y ambiente favorable a los encuentros sentimentales. Aprende a descubrir las intenciones de los que te invitan.
Si quieres triunfar en tu profesión, debes poner más entusiasmo y energía en lo que haces. La apatía es tu peor enemigo.	Mantén siempre vivos la esperanza y el entusiasmo. Tu situación tiene que cambiar hacia una mejor posición.	Es posible que sean puestas a prueba tu capacidad y tu lealtad. Da lo mejor que haya en ti sin escatimar esfuerzos.
Una sensación de inquietud e intranquilidad constantes pueden ser los síntomas de una alteración nerviosa que debes vigilar.	Tu aparato digestivo muestra una cierta fragilidad. Digestiones pesadas y frecuente acidez. Consulta un médico si esto continúa.	Leve disminución de peso y mejor estado general. Sigue llevando una vida activa y ordenada. No comas a deshora golosinas.

—Un auto me costaría más dinero del que tengo. Y puesto que Carlos tiene un medio de transporte, esto es lo más barato, ¿verdad?

La razón por qué hacía el viaje era Carlos. Pero ¿por qué si no lo conocía? Estaba seguro que él tampoco la conocía a ella, porque si no habría alardeado.

Partimos

los tres: Raquel sentada tras de mí, en la moto nueva. Carlos iba adelante por el angosto camino, en la vieja máquina, que yo le había arreglado. En la tarde nos detuvimos en un restaurante para comer y dormir. Había unas pequeñas cabinas y mientras Carlos bebía cerveza noté que Raquel le hacía preguntas. Se había cambiado los jeans por un vestido de jersey. Sus ojos se veían casi tan verdes como el tono de la tela.

—. . . me trasladaron después que hubo allí la revuelta en la cárcel. Debes haber leído respecto a eso —le decía. Sonrió. Decidí que no era un chico malo y le tuve lástima porque parecía ansioso por impresionar a Raquel. Y bajo la sonrisa educada de ella sentía que había algo diferente—. Alegaron que yo había sido uno de los que atacaron a los policías. Nos mantuvimos como rehenes hasta que nos firmaron un papel prometiendo mejor comida, cuidados médicos y otras cosas.

—Recuerdo eso —murmuró suavemente Raquel mientras bebía un refresco—. Uno de los policías fue muerto, ¿no es así?

—Eso dijeron ellos, pero no fue así. El hombre se abalanzó sobre nosotros y se le disparó el arma. Murió en el suelo. Hice traer un médico pero ya estaba muerto. Yo hice lo imposible por salvarlo. ¿Crees que él habría hecho algo por mí? ¡Ni pensarlo!

—Lo recuerdo —contestó Raquel semisonriendo—. Sí, el policía fue asesinado.



—Muchas gracias, señora, mi hígado está perfecto... ¿Y cómo está el suyo?



—Con este champú su abrigo de visón quedará muy limpio.



—¡Mamá, es que cuando abrazabas a papá le producía el mismo efecto!

—No asesinado —explicó Carlos con paciencia—. Fue un accidente. Pero, a pesar de eso, me cambiaron. —Le sonrió a Raquel como un perro enamorado—. Fue una suerte porque gracias a ese traslado he podido conocerte.

Me sentí cohibido por él, tanto que eché una disculpa y me fui a mi cabina. Pensé que dormiría como un muerto, pero no fue así. Finalmente me levanté y fui a sentarme al lado afuera.

Cuando vi a Raquel, no me sorprendí. También estaba sentada en la oscuridad.

—Hey, ¿te importa si me uno a ti?

—Si prometes no hablar en voz alta. Ya he tenido bastante de Carlos para un día. —Su voz sonó más enojada de lo necesario.

—No es como de adrede —dije—. Le tengo lástima, me parece un buen muchacho.

Por lo que me había contado me identificaba un poco con él. Ambos proveníamos de familias muy pobres. La única diferencia entre ambos era que yo traté de ser un profesional y Carlos, aunque siendo un adolescente, se dedicó al raterío.

Oí a Raquel lanzar un suspiro.

—Es un asesino —susurró suavemente—. No me importa lo que diga respecto a que llamó a un médico y trató de salvarlo, porque es un asesino despiadado y que mató a sangre fría.

La miré un segundo, tratando de entenderla.

—¿Por qué entonces lo has invitado para que te acompañe?

Se puso de pie.

—Creo que lo mejor es que nos vayamos a dormir. Yo ya estoy demasiado vieja como para andarme zangoloteando todo el día arriba de una moto.

También me puse de pie. A la luz de la luna, Raquel se veía bonita y suave.

—No digas eso —pedí con voz pastosa—. No digas que eres vieja. Eres muy hermosa. —Me sentí tonto, un tonto muchacho que por haber peleado con su chica tenía los sueños destrozados—. Imagino que tu marido te dice eso —agregué tratando de que mi voz sonara liviana.

—Mi marido está muerto, Rodolfo.

Me di vuelta y la miré.

—¡Muerto! ¡Dijiste que viajábamos porque él te espera! Dijiste...

—No dije eso. Dije en el pueblo donde estaba y lo está: enterrado allí.

Puse una mano en su hombro.

—Si te pregunté por qué no tomabas un avión creo que me habrías contestado...

—Así es —murmuró semisonriendo—. Te habría dicho que me da miedo volar. Buenas noches, Rodolfo.

Cuando volví al comedor para decirle a Carlos que revisara su moto, aún bebía cerveza. Me senté frente a él y me obligué a hacerle una pregunta:

—¿Has matado alguna vez a alguien, Carlos? No es que a mí me importe; es pura curiosidad.

Sus ojos, claros a pesar del alcohol, me miraron.

—Jamás he matado a nadie. No podría hacer eso, muchacho. Matar, no. Muchas otras cosas, tal vez, pero matar, no.

Le creí. Pero era claro que Raquel no le creía. Y, por alguna razón, el asunto me preocupó.

Viajamos durante todo el día siguiente. Los caminos estaban húmedos. Unas pocas veces, Carlos detuvo su moto, alegando que estaba cansado, pero Raquel lo obligó a continuar.

Para hacer las cosas peores no encontramos alojamiento esa noche. Nos cobijamos en un bosque, lejos del camino. Llevábamos sacos de dormir y nos acomodamos dentro de ellos. Luego de un rato, Carlos se salió del suyo, yo hice lo mismo y fui donde él.

—¿Estás preocupado por Raquel, muchacho? —Me sonrió—. ¿Temes que la ataque del mismo modo como maté a ese policía? Tal vez eso piensa tu mente de chico que va a la Universidad.

—Yo no fui siempre un uni-

versitario. Antes de eso era un pobre diablo. Tal vez por eso sé lo que piensa otro miserable como fui yo.

Nunca antes lo había visto perder el control. Pero se enfureció y su ira me habría atemorizado un poco si no hubiera experimentado lo que sentía por Raquel.

—Mira, muchacho, ésa es una mujer bonita y eres tú quien está junto a ella todo el tiempo. Tal vez ella viaja contigo y no conmigo porque a las mujeres les gustan los médicos.

—Yo no soy médico. Te conté que había abandonado los estudios. No soy : . .

—Está bien. Eres casi médico entonces. Tal vez ella tenga varios casilleros en su mente: uno para un diablo que recién sale de la cárcel, un individuo sin educación y sin dinero, y otro que es casi un médico atrayente. Y no viaja conmigo porque se figura que yo soy un asesino y tú un pobre e incomprendido chico al cual ella pueda influenciar.

Casi lo abofeteé. Me contuve, pero estaba tan indignado que me di media vuelta y me metí dentro de mi saco de dormir.

Porque, en el fondo, él tenía algo de razón. Raquel me creía un chico bueno y a Carlos uno malo, eso era casi obvio. Pero si pensaba eso de Carlos, ¿por qué lo había buscado especialmente para que la escoltara en una moto? Al fin y al cabo, no era una niña emocional, era una mujer hecha y derecha.

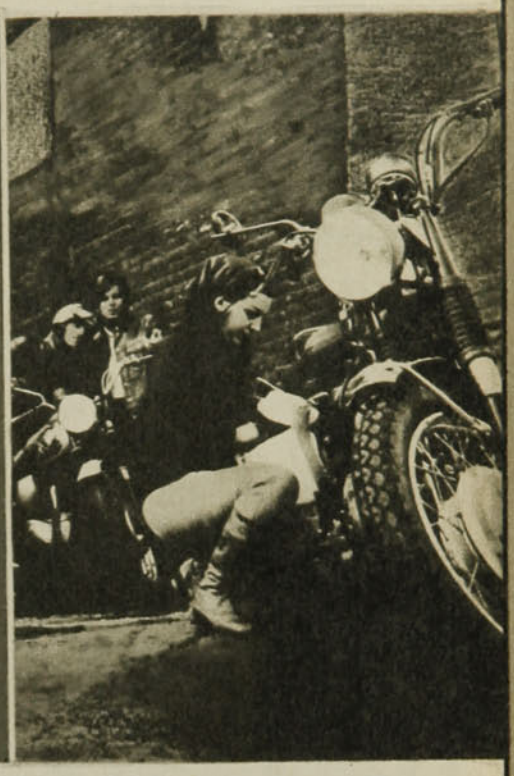
De pronto me incorporé, con el corazón como loco, al darme cuenta del asunto. Me impresioné tanto que casi fui a averiguárselo a Raquel, pero me contuve. Finalmente me dormí, y soñé que tenía ambos pies cogidos en una enorme telaraña.

A la mañana

siguiente brillaba el sol. Vi que Raquel y Carlos discutían. Ella parecía molesta y él insolente. Cuando me divisó fue hacia mí.

MOTOCICLISTAS ASESINOS

•• Raquel se quería vengar para castigar y vaciar su odio en el hombre que creía había asesinado a su marido.



—La dama viajará hoy conmigo, joven universitario. En el asiento de atrás de mi moto. Hasta un muchacho que jamás ha ido a un colegio, fuera de uno para chicos malos, de cuando en cuando necesita un cambio.

Eso en ese momento no me preocupaba.

—Escucha —dije en voz baja—. ¿Cómo se llamaba ese policía? ¿Con el cual peleabas y se le disparó el arma? ¿Cuál era su nombre?

Cerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque . . . , porque creo en ti —contesté rápidamente—. Creo que no lo mataste. Pero no así Raquel. Y. . .

Se encogió de hombros.

—No imagino me crea. Como te dije, ella me toma por un individuo malo. Sin embargo, cosa curiosa . . . , cuando le dije que no seguía adelante si ella no viajaba conmigo, aceptó. Seguro que no deseaba hacerlo, supone que un diablo como yo no debe ser muy fragante por falta de baño. Pero aceptó. Entonces, ¿cuál es el problema, muchacho?

Lo miré un segundo.

—El problema es que ella cree que tú mataste a su marido.

Sus ojos se dilataron.

—¿Sugieres que era casada con . . . ?

—Sí, estoy seguro de eso. Y cree que tú lo mataste. Es por eso que planeó este viaje. Contigo, porque tiene deudas que arreglar contigo; conmigo, porque, como tú dices, me supone un chico bueno que vigilará que tú no le hagas nada. —Respiré profundo—. ¿Quieres un consejo, Carlos?

Miraba a Raquel. Ella estaba junto a las motos, lista para partir. Usaba unos jeans muy ajustados y una blusa blanca: ambas cosas se apegaban a su cuerpo como una segunda piel.

—Así es que así son las cosas —me pareció que su voz tembló levemente.

—¿Te cuento algo? Yo pensé que era porque yo le gustaba. Sí, creí que le gustaba. Y ella lo único que tiene en mente es

Hace un par de semanas se nos llovió Chile... y además se nos nevó. Me imagino que todos reaccionamos igual ese día; al principio encontramos que era maravilloso esto de que nevara en pleno Santiago; del año pasado que no sucedía algo así y no podemos negar que el espectáculo era hermoso, con todos los árboles coronados de blanco, algunos niños haciendo muñecos y bolas de nieve y todas esas cosas que sólo hemos visto en películas. Pero de a poquito la alegría se fue pasando y la hermosa imagen blanca se fue derritiendo y hoy día sólo queda un reçuerdo amargo de muertos, enfermos, casas destruidas y poblaciones inundadas. A pesar del tiempo que ha pasado no podemos dejar de pensar en las familias que aún no pueden reconstruir sus mejoras o reponer las cosas que perdieron en la inundación y más aún en las familias que perdieron a alguien querido sólo por no contar con una casa sólida capaz de resistir un temporal de viento o una lluvia fuerte, y con un techo lo suficientemente fuerte como para resistir el peso de una nevada.







● ● DETRAS DE UNA HERMOSA NEVADA

UNA SOLUCION A LARGO PLAZO

No podemos cerrar los ojos. La vagancia infantil es un problema y un problema de los serios, que aunque se ha tratado de solucionar ha sido imposible suprimir de nuestra sociedad. Son muchos los pequeños que han sido abandonados por sus padres cuando tenían escasa edad, o los que pudiéndose dar cuenta del infierno que era su hogar, prefirieron huir de él. Carabineros ha tratado de dar una solución a través de los hogares de menores, sin embargo la mejor solución sería evitar que el problema se produjese, ya que por mucho que Carabineros recoja a los niños vagos y les dé un hogar y una educación, eso no evita que en otros hogares se abandone a nuevos niños y que día a día, reaparezcan en las calles más pequeños a pata pelada y que tiritando de frío piden una limosna.

Quizás la clave está a largo plazo, en tratar de transformar nuestra sociedad en una en que no existan ni alcohólicos, ni desadaptados, ni cesantes eternos, ni delincuentes, ni hogares mal constituidos, que son la cuna de la vagancia.

entre nosotras



¿POR QUE NO AL CINE CHILENO?

Hace poco se estrenó en Santiago una nueva película chilena casi con el mismo bombo con que se han estrenado todas las anteriores y es posible que también tenga el mismo destino: algunas semanas en cines de centro, luego un recorrido por los cines de barrio y en un par de meses pasa a depósito. Es triste pensar que cuando en nuestro país se hace buen cine el público no se interesa por él. Existe una especie de resistencia por ver nuestro cine, mientras se hacen largas colas para ver algunas películas realmente malas que se traen del extranjero.

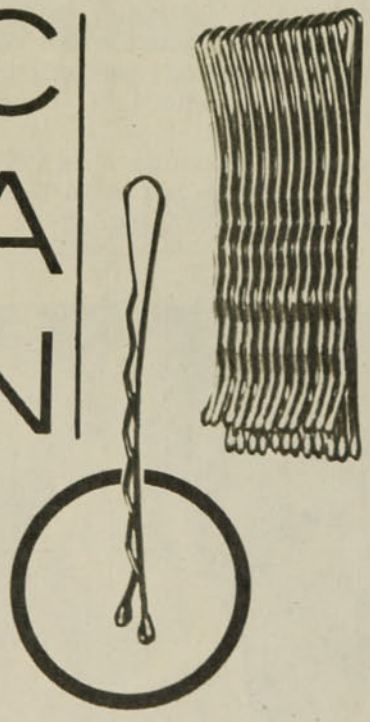
Y eso que fuera de nuestro país el cine chileno es bien acogido, ha habido premios y menciones en festivales, además de muy buena crítica y aceptación por parte del público; y mientras tanto, ¿qué tenemos nosotros contra el cine chileno?

La foto corresponde a la película "Morir un Poco", dirigida por Alvaro Kovacevic, y que se estrenó en Santiago hace tres años.





Se fabrica ya en Chile
EL PINCHE
SUPER
CAN CAN



el nuevo pinche americano, que tiene en la punta una protección de plástico para su cuero cabelludo.
SUPER CAN CAN, un pinche que proteje su cabello y que ya está en venta en todas las casas del ramo.

Eyquem y Benoit Ltda.

Tenderini 85 - Of. 21 - Fono 36069

vengarse. Imagina que asesiné a su viejo y ansia arreglar cuentas conmigo.

—Te pregunté si querías un consejo —cogí su brazo cuando quiso alejarse de mí—. Creo que debes darte media vuelta y regresar. No te busques problemas . . .

Pareció no oírme. Sus ojos se opacaron. Me hizo acordar de un médico que iba a operar a un perro para un experimento delante de todos los alumnos. El perro creía que el médico le iba a hacer cariño y, en vez de eso, le enterró una aguja en su cuello. Me sentí enfermo al observar los ojos de ese animal. Y así se veían ahora los de Carlos.

Raquel viajó

ese día con Carlos. Una vez, mientras hacíamos una peligrosa curva, a ella se le cayó su mochila. Me detuve y también lo hizo Carlos, más adelante. Comencé a bajar el cerro para recuperar lo perdido, pero ella lo alcanzó antes que yo, haciendo la subida y la bajada corriendo. Carlos caminó hacia mí con pereza. Sólo sus ojos, llenos de pena, demostraban lo que sentía.

—Esa rapidez de ella hace preguntarse a uno qué guardará allí.

—Carlos, ¿por qué no te devuelves? Aún no has quebrantado tu salida bajo palabra. Todavía puedes . . .

Me miró con los ojos llameantes de orgullo.

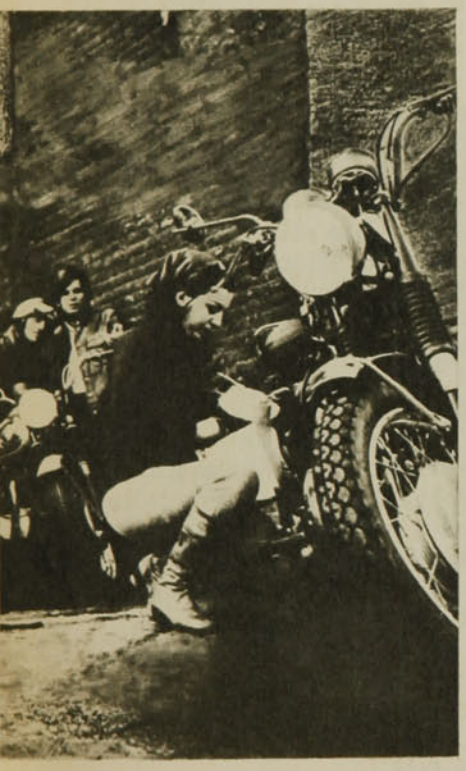
—¿Por qué no vuelves tú a la Universidad? Me contaste que te enfureciste porque tu chica dijo estar cansada por tu modo de vivir: la de un pobre diablo. Y eso te hizo pensar que no valía la pena ser médico. Bueno, igual me sucede a mí. Decidí que no valía la pena tener que presentarme cada cierto tiempo a la cárcel, y vivir como una rata en su agujero. Es una especie de revancha, Rodolfo. A veces, se desea vengarse en alguien. —Encendió un cigarrillo y caminó de vuelta a su moto—.

Creo que Raquel te puede hablar más de la venganza que yo. Sabe mucho más de eso. ¿Listo para partir? —le sonrió a Raquel.

Ella no lo oyó. Tenía la cara roja con la carrera. ¿Qué ocultaba en la mochila? Naturalmente algo que no quería que nosotros viéramos.

Llegamos a la línea que daba la bienvenida a la provincia. Oí a Carlos lanzar un grito de rebeldía. Nos detuvimos para almorzar y por primera vez él le habló con franqueza de sexo a Raquel.

—... en la arena —dijo bebiendo una cerveza y con los ojos fijos en la cara de ella—. Ahora que llegamos aquí, debemos divertirnos un poco. Tú conoces muy bien todo esto, ¿verdad, Raquel? Ella podrá elegir una playa buena..., una playa



donde nadie pueda ver a un hombre,y a una mujer...

Abruptamente me levanté de la mesa. Sentía el odio que Raquel experimentaba por Carlos y eso me alteraba. Pedí cerveza y cuando terminé el segundo vaso pensé en Mónica. Venganza. Carlos tenía razón. Era curioso, pero los tres teníamos sed de venganza; yo para demostrarle a Mónica lo que me habían hecho sus palabras; Carlos para demostrarle a las autoridades presidiarias que "no se dejaría atrapar" y Raquel... para castigar y vaciar su odio en el hombre que creía había asesinado a su marido.

Ella debía tener un plan. Pero, ¿cuál? Si Carlos lo sospechaba, o lo preocupaba, no lo demostraba. Estaba allí conversando tranquilamente con ella, no borracho, sino con más libertad por la influencia del alcohol.

—Una mujer así, si un hombre conoce una mujer así, a quien él le importe, puede llegar a cambiar. Un hombre puede tratar de hacer algo decente de su vida por una mujer así. Ella debió amar mucho a su marido para darse todas estas molestias sólo para mirarme a la cara. Si me mirara de modo distinto... —Se encogió de hombros—. Pero me cree un asesino y supongo tiene planes respecto a mí.

Nunca habíamos hablado de eso antes, pero creo que ambos lo sabíamos.

—No estás seguro con ella, Carlos.

Lanzó una carcajada.

—Escucha, muchacho, he compartido celdas con criminales profesionales. Esa mujercita no me atemoriza. Y aunque tuviera una pistola en su mochila, vale la pena exponerse, a cambio de sentir su contacto en mi espalda, su brazo en mi cintura...

Cuando llegué a mi pieza pedí comunicación con Mónica. Como dije, debió deberse al alcohol. Le había pedido un adelanto a Raquel del dinero que me pagaría al final del viaje y pude pedir el llamado de persona a persona. A los pocos instantes la voz infantil, de pajarito asustado de Mónica, estuvo en el hilo. Le expliqué que era yo, y de pronto se puso a llorar. Eso me sorprendió tanto que me quedé con el fono en la mano, aun sabiendo que me costaría un montón de dinero.

—Estoy en la ciudad del sol —dije finalmente—. En un hotel elegante y con un buen empleo...

—Rodolfo, perdóname. Cuando te fuiste así, fue como si yo me viera por primera vez en mi vida. —Su llanto se había convertido en sollozos—. Imagino que no quería amarte, pero ahora sé que sólo te deseo a ti.

—¿Qué?

—Dije que te amaba. Te pedí perdón. Y aunque me odies, deseo vuelvas a la Universidad. Rodolfo, serás un gran médico, y no lo puedes lanzar todo por la borda por una tonta como yo.

Cerré los ojos.

—Adiós —murmuré—. Adiós, Mónica. —No quería oírle nada más. No deseaba ni escucharle gritar que yo era miserable muchacho salido de un barrio pobre ni tampoco escucharle decir que me amaba y pedirme perdón.

Dormía cuando golpearon a mi puerta. A tropezones me bajó de la cama, abrí y ahí estaba Carlos. Vestido, listo para salir.

—La patrona quiere que partamos inmediatamente. No te preocupes por las consecuencias del alcohol, eso se te pasará.

Raquel viajó

con Carlos y yo un poco más atrás. Mantuve los ojos fijos en ella, no sé por qué. Cada vez que se movía o colocaba una mano en su mochila, apretaba el acelerador. Al atardecer nos detuvimos en un almacén, compramos algo de comer y decidimos cenar en la playa. Hice una fogata y Carlos comenzó a asar el trozo de carne. Más allá en la oscuridad, Raquel nadaba. De

• Ñoquis a la romana

Este es un guiso muy económico y que puede sacarte de apuros si llega una visita de improviso... y es delicioso.

◆PREPARACION PARA 4 O 5 PERSONAS: 200 g. de sémola, 1 litro de leche, ½ litro de agua, 3 huevos, 40 g. de mantequilla, sal y queso rallado.

◆PREPARACION:

1.— Hacer hervir la leche con el agua. Salar. Echar a esto la sémola en forma de lluvia, revolviendo enérgicamente. Dejar cocer durante 10 minutos.

2.— Retirar del fuego. Agregar 1 huevo para ligar la pasta, la cual se trabajará un rato para que quede bien homogénea. Extender hasta dejarla de 2 a 3 cm. de alto y dejarla secar.

3.— Derretir 20 g. de mantequilla en una fuente para el horno. Cortar con la ayuda de una tapita pequeñas redondelas de pasta. Disponer dos capas de ñoquis en el fondo de la fuente.

4.— Rociar con un huevo batido. Disponer el resto de los ñoquis en la fuente. Rociar de nuevo con el último huevo batido.

5.— Agregar unos trocitos de mantequilla. Espolvorear queso rallado y poner la fuente al horno fuerte durante 10 a 15 minutos para que se dore.

pronto Carlos se incorporó y empezó a sacarse la ropa. Usando sólo los jeans corrió hasta la orilla del mar. Ambos escuchábamos a Raquel chapotear en las olas y cuando miré de nuevo, Carlos había desaparecido. Hasta ese momento no había pensado en nada. En seguida, de pronto, la vi semidesnuda y a él también semidesnudo..., y ella lo odiaba, y él la odiaba.

Corrí hasta la orilla, tratando desesperadamente de ver, pero no podía. Oía chapoteos y ruidos ahogados y pensé: "El la está matando. O tal vez ella lo esté matando..., quizá ella sea mejor nadadora".

Comencé a buscar la mochila. Si ella se salía del agua y se subía a una roca, Carlos sería un blanco fácil dentro del agua cuando la luna emergiera de detrás de las nubes...

Toda clase de siniestros pensamientos cruzaron mi mente y tan pronto para mí Raquel sería la asesina o lo sería Carlos.

Me quité los zapatos y la camisa y nadé rápidamente en la oscuridad. Lo hice en círculo, buscándolos, escuchando, pero no había ni un ruido. Cuando los oí, les grité y me dirigí hacia una enorme roca de donde estaba cierto venía el ruido. No sé qué esperaba encontrar, pero sí estaba seguro que habría solamente uno vivo.

Al principio me pareció había sólo uno. En seguida distinguí que ella había puesto su enorme toalla sobre ambos y que Carlos la sujetaba para que no se deslizara roca abajo. La besaba..., pero no con pasión. Su ternura me sorprendió. Raquel se apretó a él y comenzó a llorar y Carlos la acunó como si fuera una guagua. Tenía el pelo empapado y ella se lo echaba hacia atrás, murmurándole suavemente:

—¡...matarte, Carlos! Pero en seguida empecé a enamorarme de ti y me odié a mí misma por eso y me sentí tan desorientada...

—Ya no estaremos desorientados —contestó Carlos—. No lo estaremos de ahora en adelante.

Nadé lentamente hacia la fogata. Ellos tenían ahora algo por delante. En algún momento, durante el viaje, habían encontrado algo maravilloso. Se habían enamorado y ese amor había esfumado el odio y la amargura y la necesidad de venganza, al igual que el estómago expulsa hacia afuera un veneno.

"La gente se sana —pensé—. No sólo de una enfermedad física, sino de una, que hasta entonces, creyó una tara moral. Carlos de ahora en adelante será un hombre distinto a causa de Raquel".

Y de pronto

pensé en Mónica. Ella me había pedido que la perdonara. Podía continuar mi viaje lleno de aventuras y sorpresas o volver a mi pieza miserable, a usar ropa raída y cómica y seguir luchando por no morirme de hambre, pero conseguir después mi anhelado título de médico.

Me puse de pie. Mi propia voz me asustó:

—¡Hey, Raquel..., Carlos!

Caminaron hacia mí por las rocas. Ella seguía envuelta en la enorme toalla; los ojos de Carlos brillaban alegres. En realidad, ya se veía un hombre distinto.

—Rodolfo, nosotros..., Raquel y yo..., casi no puedo creer que ella se haya fijado en un individuo como yo, pero nosotros...

—Lo imagino todo. Escuchen, éste es el final del viaje para mí. Me devolveré. Quiero ser médico, salir de la pobreza y, con el tiempo, ayudar a los demás.

Al día siguiente tomé un bus y ya en su pisadera los saludé con la mano: a Raquel y a Carlos.

Y haciendo el balance general de ese viaje, creo que ha sido el más maravilloso que jamás pudieron hacer tres personas juntas.

♥♥

EL DESENLACE

(Viene de la pág. 9)



—Allá —dijo Danilo—, al otro lado del lago, en la base del cerro Chañilcura, trabajaremos esta temporada. Ahí está la madera que nos dará la felicidad. Porque seremos felices, Laurencia. Pero comenzando por donde se debe, por la seguridad del dinero.

El siguió explayándose. Hablaba otra vez de sus planes, dándoles una proyección más sugestiva, aunque siempre aferrada a la necesidad del beneficio, del desquite. Laurencia le atendía y dudaba. A ratos, creía posible que él tuviera razón en su utilitarismo. Porque ahí estaba lo factible, lo definitivo, el rescate del pueblo, y de la ruina. Pero a qué precio. Laurencia sufría. Sus sueños de muchacha sobrevivían a pesar de todo, de sí misma. Sus expectativas de juventud estaban vigentes. Su estructura de mujer le exigía un nivel superior, la participación de la inteligencia y la pasión en lo que debía ser su fruto.

Danilo la enfrentó de improviso. La hizo recostarse sobre el pasto tibio, pero mantuvo sobre ella una mirada extraña, como si sopesara alguna posibilidad o solventara una duda. En ese momento, Laurencia tuvo la percepción precisa de lo que podría ser su intimidad con aquel hombre, la mecánica, frígida noche del matrimonio, y en calidad de última prueba, para establecer si en definitiva prevalecería aquello o si era posible lograr antes la imprescindible, erógena mutualidad que preservara siquiera la costumbre, se decidió por lo que Danilo quería.

Durante todo el acto ella estuvo alerta. Percibió el instante en que la duda se fue de los ojos del hombre, y sólo entonces éste se desbordó, pero no en la avenida del ardor cogobernado ahí, participado, sino en una desordenada, casi salvaje instancia que era exclusiva a él, intransferible. Aún Laurencia permanecía asombrada cuando él dijo:

—Gracias, gracias... Este es en realidad nuestro casamiento.

E inesperadamente, como a propósito de algo muy importante, él agregó:

—Eres buena, Laurencia. Estabas como debía ser. Como mi mujer debía estar...

"Así que era eso —pensó Laurencia—; de ahí su mirada de duda. Este imbécil estaba preocupado de mi virginidad"... Y para medirlo más le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te preocupa tanto eso?

Desconcertada, incrédula, Laurencia escuchó:

—¿Sabes? Esto también debe venirme en la sangre. Allá, en la tierra de mis padres, la pureza de la mujer es la condición esencial del matrimonio. Una costumbre muy antigua te explicará mejor su importancia... En la noche del casamiento se hace la prueba de la sábana. Al final de la fiesta, los novios son encerrados en un dormitorio por sus familiares, quienes esperan afuera a que la pareja se conozca como marido y mujer. Pasado esto, el novio debe salir a mostrar a todos la prueba de la virginidad de la novia...

—¿La prueba de la virginidad?

—Claro, una mancha de sangre en la sábana. Cuando no hay mancha que mostrar, el marido puede repudiar a su mujer... Se han dado casos en que los padres de la novia castigaron a su hija ahí mismo, desnuda y a palos... Tú..., tú habrías salido bien de la prueba...

Danilo se detuvo, con una especie de estólida sonrisa, aguardando la reacción de Laurencia. Pero ésta, tendida aún, con la mirada suelta en el aire azul, ya no escuchaba. Se había replegado, atónita, quemada por la cólera. "A qué esperé esto —pensaba, sintiendo que se pondría a llorar—. Por qué no me di a cualquiera de mis enamorados de la Universidad. Al menos, en eso habría habido placer, belleza"...

Regresaron en silencio. Laurencia quedó en el pueblo a la espera del fin del verano. Había conocido a un hombre, era novia, tendría un matrimonio. Pero se encontraba irremediablemente vacía de Danilo, sin un ápice de él y llena en cambio de sí misma, intacta, lo mismo que antes de su visita a las montañas, o más exactamente, que antes de la noche del baile, cuando estaba a solas con su expectativa.

Pero Gonzalo Solar llegó entonces al pueblo...)

(CONTINUARA)

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista **vivir mejor** es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

Eº 4 N.º 1936



¡NUNCA DEBI NACER!

Desde pequeña tuve que luchar para conseguir las cosas buenas de la vida


"EL DESENLACE"

EL DESENLACE
(extracto)
Edesio Alvarado
CAPITULO III

VISITA DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
12 JUL. 1971
DEPOSITO LEGAL

LAURENCIA pestañeó. Era Calixto que estaba golpeando con la pala sobre la cruz de alerce para dejarla incrustada en la tierra. Ya había llenado del todo la fosa y apelmazado sobre ella el terraplén sobrante. Pedroza terminaba de rezar.

—Ya está —dijo Calixto—, mañana subiré piedras pulidas del río para cuadrar la sepultura.

—Cemento —musitó Laurencia—, conseguiremos cemento. Le haremos algo que no se borre nunca.

—Y le pondremos flores, conforme vaya habiendo —agregó Pedroza.

—Sí, le traeremos flores.

Pero Laurencia no hizo ademán de moverse. Permaneció allí, fija como la cruz, que parecía un madero a fuego lento, entre la tierra negra removida y el césped sombreado ya por el declinar de la luz. Avanzaba el crepúsculo, y contra sus primeros tonos sonrosados se recortaba la silueta de una mujer, alta, esbelta, crispada, semejante a un álamo. Su cabellera color pasa se agitaba en la brisa, y sus ojos, muy abiertos ahora y no dirigidos a parte alguna, recibían el sol oblicuamente, por lo que brillaban de modo inusitado, cual si ellos hubiesen estado también ardiendo y consumiéndose.

En el dormitorio, cuando ya se hizo de noche y comenzó a advertirse no un inmenso vacío sino la regular, continua sucesión de movimientos y sonidos que constituían la integración a la paz, al sosiego, Laurencia tuvo la primera evidencia de su soledad.

A esa hora regresaba Gonzalo. Ella le sentía entrar, hacer crujir el pasadizo, llamar, saludarla. Instantes más tarde, sus botas enfangadas caían al piso, sus pies desnudos iban de un lado a otro adhiriéndose a las tablas como ventosas. Después sonaban el lavatorio, el agua derramada en él, las abluciones del hombre, hasta que nuevos pasos de éste, más ligeros, dados ahora con calzado seco, se dirigían a la cocina, donde runruneaba un rato la conversación con los Payahuala, chocaban utensilios, se sucedía el tintineo del servicio, interrumpiéndose este encadenamiento sólo cuando la mesa del comedor estaba dispuesta y la voz de Gonzalo, cansada ya pero apetente, la llamaba a ella para la compañía, para la reiterada, lata conversación que en él cobraría brío a medida que bebiera y fumara y se pusiera a dar zancadas por la sala, prestándose él mismo convicción, objetándose, sin pensar en que su mujer pudiera aburrirse o irritarse.

Pero ahora, aun con el aburrimiento, la irritación, la cháchara uniforme, nada de ello ocurriría más. Nunca más. Este nunca más, Laurencia se lo dijo sin ningún melodramatismo, y, no obstante, sólo hasta aquellas dos palabras banales llenó su voluntad. Entonces sí que ella encontró vacía la casa, específica, materialmente vacía, y enorme y sola y absurda allí, en ese lugar del mundo, donde ahora parecía edificada para otros y no para una pareja humana ya inexistente, no para ella misma, que había quedado abandonada en aquella desolación, sí, abandonada, como lo aceptaba y lo sufría por primera vez desde el disparo, sin importarle ya llorar a gritos sobre la ancha cama.

Pedroza llegó corriendo, mas al verla sólo pudo cubrir su cuerpo con un chal. Después se echó a los pies del catre para unirse a los llantos de su ama. Afuera los perros se pusieron frenéticos, pero Calixto los ahuyentó del patio, y se alejaron aullando en dirección al río.

AL recobrar la lucidez, Laurencia pudo comenzar a representarse la neta crueldad encerrada en el asesinato. La capacidad de saña y de locura necesarias para empujar a un hombre a ese acto. Pero todo era explicable en sus raíces, Laurencia lo sabía. Lo sabían también quienes escucharan en el pueblo de La Frontera: "Te mataré aunque pasen veinte años"... La sentencia volvió a golpear la memoria de Laurencia, la hizo evaluar radicalmente lo ganado en un tiempo, lo que había perdido la noche anterior, y ya no tuvo duda de que en adelante el odio, sólo un odio primordial, incuestionable, la preservaría y la sostendría hasta la venganza.

El rastro. Lo vital era el rastro. Y la manera cómo éste debía ensamblar con los hechos próximos, con los propósitos del asesino y con la vida de ella misma, para que al fin todo no fuera sino una sola trama en cuyo centro estuviera el desenlace necesario.

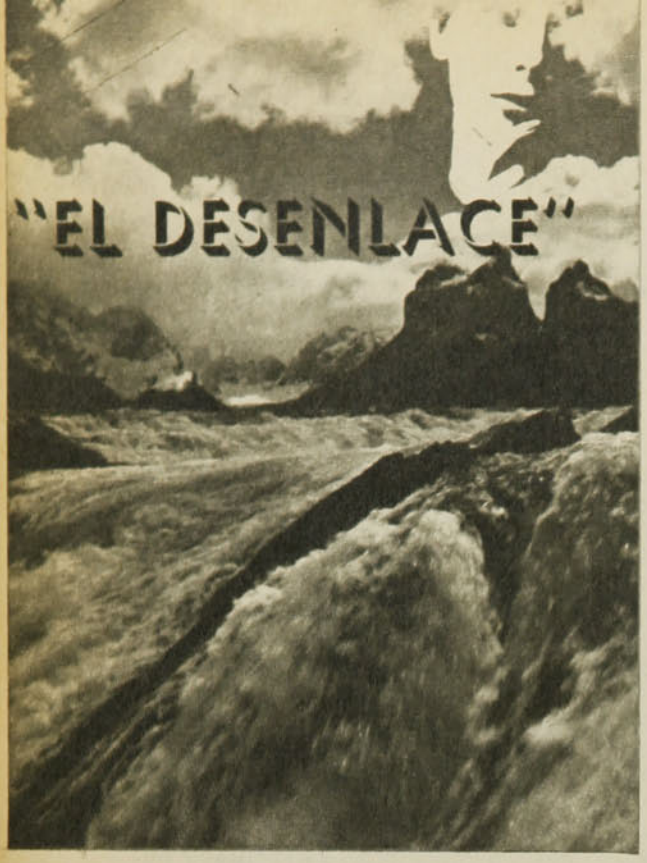
A LOS quince días los carabineros aparecieron por la casa. Antes únicamente lo habían hecho los colonos más próximos, para dar el pésame. Los Araos, la gente de Baldomero Lacunza. Laurencia esperaba a los carabineros, pero le era imposible suponer que iría a salir de su visita. Ella los divisó mucho antes de que desembocaran en el sendero de gravilla que unía el camino con las viviendas. Eran el sargento Galindo y el cabo Aynol, la pareja del retén de Confluencia. Sus caballos venían sudados, trepidantes, chorreando agua. Las botas de los policías, las puntas de sus mantas también estaban empapadas.

—Por Dios, señora —gritó Galindo desde lejos—, casi dejamos el pellejo al pasar el río.

—Adelante, entren —saludó Laurencia, abandonando su puerta—. Un trago de aguardiente les vendrá bien.

—No es por el aguardiente que estamos aquí, señora, pero igual se lo agradecemos —repuso el sargento, deteniendo la marcha.

Los policías desmontaron, librándose de sus carabinas terciadas. La mujer los contempló un segundo, y de pronto se dijo que en esos dos hombres podría radicar su última ayuda. Sabía que eran brutales, no obstante estuvo tentada de franquearse con ellos, de urdir con su ayuda otro tipo de venganza, rápido, expedito. Pero luego pensó que ello quitaría eficacia, significación a la tarea que se propusie-



ra y, en consecuencia, al resto de su vida. Cuando la pareja le estrechó la mano, ya había reaccionado.

—Adelante, adelante —repitió.

—Le vamos a estropear el piso —repuso Galindo—. Mire cómo estamos.

—No importa. No es la primera vez que llegan así.

Ya adentro, Laurencia ordenó a Pedroza servir aguardiente y mates.

—No vendrán de pasada —dedujo mirando a Galindo.

—No, no venimos de pasada —contestó el sargento, recargando las palabras.

—Pedroza les secará las mantas —dijo Laurencia como si no hubiera advertido la inflexión.

—Para qué, cuando a la vuelta vamos a quedar lo mismo —objetó Aynol.

—Tienes razón —repuso el sargento—. Con los deshielos el Baker viene tremendo. Hasta este brazo se ha puesto peligroso. Total, agua invierno y verano. Qué vida.

bo.

—Es para joderse —dijo el ca-

—Bien, al mal tiempo buena cara —rió Laurencia—. Un trago lo arreglará todo.

—Salud, señora.

Los carabineros bebieron con gestos de inteligencia. Al terminar, Galindo se encaró con Laurencia:

—Bueno, señora, primero el deber, después el gusto... Díganos ahora por qué no ha ido a dar cuenta.

—¿Dar cuenta? La pérdida de unos animales no vale la pena. Luego aparecerán...

—¡Animales! Quién le dice... Bueno, al diablo con los rodeos, yo le hablo del hecho, señora, del hecho... Pero primero tenga el pésame.

—Pésame —dijo Aynol.

—Gracias.

—Señora —prosiguió el sargento—, por más aventados que estemos, aquí todo se sabe, hasta esos secretos de dos que no son de Dios y que se guardan más para mal que para bien.

—Yo no tengo secretos. Mi marido murió y le dimos sepultura nosotros mismos, en lo nuestro, conforme aquí se estila. Cuando pueda ir al pueblo inscribiré la defunción.

—Pero, doña Laurencia, ése fue un crimen... Hay que hacer una pesquisa.

—¿Y cómo supieron que fue un crimen?... Nadie de acá ha ido al retén.

—Ah, señora, tendríamos que estar todos muertos para que las cosas no se supieran... Usted habrá podido decir a sus amigos que a don Gonzalo se le escapó un tiro. Pero a nosotros siempre hay un pajarito que nos cuenta la verdad. Su indio Calixto o quizás quién se habrá ido de lengua... Señora, por donde pasa un cristiano, siempre hay otro que pasa. De ahí que, por más desierto que parezca un rincón de la tierra, en alguna parte hay ojos que ven, oídos que escuchan y que al fin van a parar al retén con el cuento.

—Para eso estamos, señora — intervino Aynol.

—Y para ayudar a la gente honrada, doña Laurencia —añadió Galindo—, para ayudarla a usted en este apuro.

—Gracias, pero quién puede ayudarme. No es por capricho que no quiero hacer nada. Además, para una investigación se necesitan indicios, pruebas...

—¡Pruebas! —bufó Galindo—. Déjenos las pruebas a nosotros. Para eso nos pagan, para conseguirlas cuando hace falta.

—En este caso no hay...

—Con una corazonada nos sobra —interrumpió el cabo.

—Cierto, con una corazonada —dijo Galindo—. En cuanto tenemos una, somos capaces de mandar confeso al juzgado a cualquiera. Nadie nos aguanta una noche.

—Pero ahora no disponemos ni de un testigo —señaló Laurencia, llenando de nuevo los vasos.

Galindo espetó:

—¡Los testigos los sacamos de debajo de la tierra si andan escasos!

—Siempre hay algunos pajarracos ganosos de hacernos favores —adujo Aynol.

—Pero todo eso se aparta bastante de la justicia —objetó Laurencia.

—Señora —le dijo Galindo, enfatizando—, a nosotros nos han metido en la cabeza lo que la gente que manda entiende por la ley, por la justicia, y aunque sea a palos y a tiros, tenemos que hacerlas andar aquí... Usted entiende también así la ley, pero en esta tierra tremenda, donde los cristianos viven desparramados en leguas y leguas, sin ver un alma y sin más ayuda que su coraje, teniendo que lidiar con cuatreros, contrabandistas y prófugos de la peor calaña, no es lo mismo que en las ciudades, con abogados, papel sellado y códigos aquí y allá.

—Conozco bien esta tierra.

—Por eso mismo, pues, señora... Imagínese, si aquí uno no se pone malo y no anda avisando con el golpe, ¿qué pasa? Pues, que todos esos facinerosos se enciman y nos joden.

—Aun así uno anda arriesgando el pellejo —agregó Aynol—, qué más sería con guante blanco, como dicen.

—Cierto —prosiguió Galindo —, en cualquier recoveco del monte o de un ventisquero, un desgraciado nos aforra un tiro... Claro, el hecho se pilla, pero ¿qué diablos sacó uno si ya está enterrado? Por eso es que debemos ser como luma, no dejar pasar una, ¿entiende?... Alguien mató a su marido, doña Laurencia, y tenemos que actuar. Algún rastro habrá dejado, si no es para adelante, será para atrás...

—¿Cómo es eso?... ¿Para atrás?

—Mire, señora, hay veces, como ahora, que el hechor no deja ningún rastro del crimen para adelante o, como le dijera, desde la hora en que lo cometió, y no se le puede pillar por ahí siguiéndole las huellas como las patas de un perro en el barro. Pero del crimen para atrás siempre, siempre hay huellas, ¿sabe usted?... En alguna parte, en algún tiempo se conocieron y anduvieron metidos juntos en algo el hechor y su víctima. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué fue lo que hicieron? ¿Eran parientes? ¿Socios? ¿Rivales?... Siempre hay algo, una mujer, una herencia, un lío de platas, el vino, siempre hay algo...

—No se le va una a usted, sargento —dijo Laurencia.

—¿Y qué quiere que haga uno aquí sino estrujar el seso para hacer las cosas bien?... A ver si así lo jefes se acuerdan de sacarme ascendido de este entierro. Ya está bueno. Ya está bueno...

En ese instante apareció Calixto con un gran brasero de bronce. Le seguía Pedroza con los utensilios del mate. Laurencia instó:

—Ahí está la botella, para que les vayan poniendo malicia a los mates.

El fuego, el aguardiente, la conversación, habían creado una atmósfera cordial, estimulante. Pedroza, echada en el suelo junto al brasero, se puso a cebar los mates, indicando a Calixto que fuera a la cocina a secar las mantas. Afuera el río sonaba sostenidamente, como si su caudal creciera por segundos, sin lograr no obstante invadir la habitación de sensaciones opuestas al calor, a la intimidad. Sólo el sargento parecía atento a su murmullo, pero en realidad pensaba en el sentido de sus últimas palabras.

—Ya estaría bueno irse de aquí —insistió—; no nos damos ni cuenta cómo pasan los años.

—Esta tierra no nos deja irnos a tiempo —dijo Laurencia en voz baja.

—Así es —siguió Galindo—. Los que llegan hasta aquí sin plata en el bolsillo siempre vienen empujados por un mal paso o por algún sueño tonto... Unos quieren convertirse en mineros, otros en grandes ganaderos, pero todos piensan en hacerse ricos en poco tiempo y en regresar a quizás dónde a arreglar sus líos, sus fracasos, sus peleas de familia.

—Usted lo ha dicho, sueños tontos... —repitió maquinalmente Laurencia.

—Pero ¿qué es lo que pasa después? —El sargento seguía hablando como si no hubiera escuchado—. Que uno se va hundiendo aquí sin tener dónde sujetarse. Todo es demasiado grande, estas tierras, las distancias, las noches, las ideas que se les meten en la cabeza a los demás, y cada cual se siente chiquitito, aplastado como un mal bicho, hasta que se le pasa el tiempo de irse y deja sus huesos en estas soledades, donde ninguna madre hubiera querido parirnos. Don Gonzalo, que era medio dado a escribir, sabía pintar bien esto que nos pasa aquí. Se lo escuché algunas veces.

—Sí, él lo sabía bien —dijo Laurencia.

—A pesar de ser un hombre del Norte y un soñador, como dicen, él llegó a entender a esta tierra.

Laurencia advertía en él deseos de expansión, que ella no intentaba reprimirle y así averiguar qué era lo que, en definitiva, los carabineros sabían del crimen.

—Claro que don Gonzalo era un soñador —continuó de pronto Galindo—, pero también era un hombre valiente y de empeño, de los que hacen falta. Para nosotros fue un verdadero apoyo que él tuviera parcelas aquí cuando llegamos. Todo el mundo le sacó el sombrero por corajudo.

—Había que hacer de tripas corazón. En la noche nos moríamos de miedo a la soledad, a los cuatreros.

—Pero una pareja como ustedes, buena para el caballo, para disparar, es una ayuda en todas partes. Las batidas que les dimos a los cuatreros gracias a don Gonzalo. Algunos se la juraron por eso... Al principio la gente andaba acobardada, y yo, que estaba recién llegado, poco podía hacer. Pero don Gonzalo supo alentar a los demás colonos y entre todos logramos limpiar bastante la región... ¿Se acuerda de Silverio, ese bandido que asaltó la casa del colono Subiabre y le violó la mujer? Fue don Gonzalo el que lo pilló.

—Y el maldito prometió desquitarse alguna vez —dijo Aynol.

—Algunas noches yo tuve que quedarme sola aquí, encerrada en la casa, con la escopeta, el rifle, los perros y Pedroza.

—¿Se acuerda cuando se nos enfermó éste? —dijo Galindo por Aynol—. Usted tuvo buen corazón de cuidarlo aquí al agravarse. Con razón él en todas partes tenía amigos. Hasta ese bandido de Navarro era su amigo. Dicen que don Gonzalo lo protegía.

—Navarro no es un bandido corriente, tampoco es sanguinario.

—Yo no sé, pero tengo que cobrarle algunas. Dos o tres veces lo he agarrado y me he cansado de darle porque no suelta una.

—¿Y de qué lo acusan ahora?

—De muchas cosas. Hay ganaderos que no me dejan tranquilo por él.

—A lo mejor, él paga la culpa de otros.

—Esa es la disculpa de todos los delincuentes que conozco.

—No es el caso de Navarro. A mí me consta. Por ejemplo...

Laurencia se detuvo. Pero ya Galindo la había notado. Rió éste, entregándole el mate a Pedroza.

—Ah —dijo—, la traicionó la lengua, señora. Yo sé por qué calló. No quiere hablar de Navarro cuando estuvo aquí baleado y fue escondido por ustedes. ¿Se acuerda?... Lo veníamos persiguiendo casi desde Puerto Bertrand. Navarro no podía aguantar mucho más, porque yo le había pegado un balazo en un cuadril. Sin embargo, al llegar a estos lados se me hizo humo como si lo hu-

biera tragado un pantano. Cuando yo les pregunté, ustedes negaron, pero nadie me saca de la cabeza que estaba aquí... ¡Ah, si estos indios Payahuala hablaran!

—Jesús, Jesusito..., si nosotros no sabemos nada de eso, de ningunita otra cosa —exclamó Pedroza, casi saltando del piso.

—Si no me importa ya, mujer —rió el sargento—; la vida para mí es la misma de jodida con Navarro suelto o preso... Pero a usted le digo, doña Laurencia, que al sargento Galindo cuesta hacerlo leso. Usted se calló denantes porque iba a decir: "Me consta que mientras Navarro estuvo aquí escondido, curándose la herida, no cometió ninguna de las fechorías que le colgaban", ¿verdad?

—Usted ve debajo de las piedras...

—Ya le dije que no me importa el asunto. Total, don Gonzalo era libre de escoger a sus amigos. De todos modos, celebro haberlo conocido... ¿Quiere que le diga? Yo estaba creído de que saldría adelante. No era nada disparatado lo que él pensaba, ¿sabe? A mucha gente entendida yo le he escuchado decir que por acá, con un poco de paciencia y otro de suerte, se pueden encontrar minerales. Dicen que hay cobre, arenas auríferas. Otros hablan hasta de petróleo, claro que ése es un problema aparte. Pero, créame, en encontrando algo, don Gonzalo se habría hecho rico... Yo pensaba que saldría adelante.

(...Y porque pensé que saldría adelante, le seguí. Por eso volví a vivir de sueños, a pesar de que a la muerte de mi padre juré no soñar más con nada... Pero yo le creí a Gonzalo. Más que eso, puse sus palabras, sus alegatos apasionados, por encima del razonamiento. Hice cuanto me indicó... ¿Qué fue lo primero? Ah, sí, que no me sintiera vieja, que le devolviera su papel a la esperanza, que no me dejara acobardar por el entusiasmo... "Media vida del hombre es puro sueño, por más reales que sus planes parezcan", me decía. Alcanzamos al fin una existencia distinta, no vegetamos en un pueblucho sino que vinimos a extinguirnos a una tierra irrefrenada y salvaje, y Gonzalo probó en su persona que muchas veces la vida y la muerte dependen de un arma... Acaso mi propia vida dependa en adelante de un arma, de mi entereza para manejarla... Estoy sola, ya no me engaño más. Debo convencerme de que estoy sola).

—UN soñador era don Gonzalo —repetía en ese instante Galindo—, y a pesar de todo, logró cosas que muchos otros no tienen... Perdóneme, señora, pero tuvo una mujer como usted y esta casa, donde se puede pasar un rato de buena amistad... Dígame, ¿podría yo soñar con algo parecido? Ocho años llevo aquí, y el frío del retén, el clima perro, el olor a la bosta, el peligro por todas partes, en el río, en los ventisqueros, en las noches tremendas, eso es todo lo que tengo...

—Y yo —interrumpió Aynol—, sepan que dejé a mi mujer medio tísica en Chiloé, creo no volveré a verla con vida.

—Algo parecido puede pasarme —repuso Galindo—. Yo me allegué por estos lados detrás de las gratificaciones de zona, pero así como voy, cuando me trasladen o jubile, el reumatismo no me va a dejar dar paso. Hasta me puedo morir aquí, sin cumplir ni un solo deseo.

—Nunca me ha hablado de sus deseos —le dijo Laurencia, sintiéndose interesada como pocas veces en la suerte de ese hombre.

—Y qué otros van a ser —bufó Galindo como en una queja—, los de un cristiano avejentado que desea hacer algo lindo antes de morir.

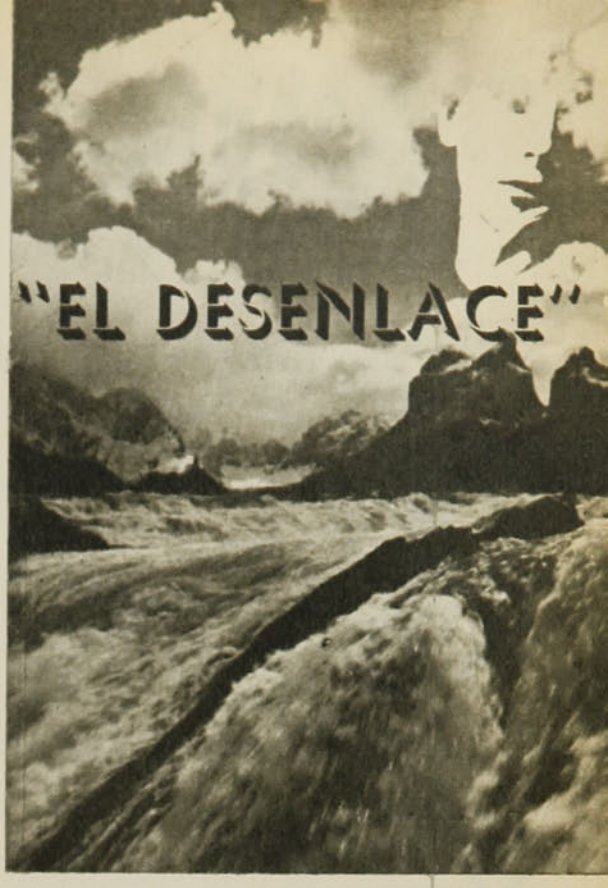
Repentinamente el sargento aflojó el cuerpo, lo mismo que si se hubiese despojado de todo interés en vivir, y sorbiendo un trago largo, se dispuso a seguir:

—Tanto nos insultan, tanto nos odian por estos trapos verdes y por lo que debemos hacer a veces, que nosotros mismos llegamos a creer que no tenemos nada bueno dentro. Nos llevamos apaleando civiles, persiguiendo desgraciados por cerros, caminos y playas, llenando y vaciando calabozos, con el arma al alcance de la mano y con la idea, metida entre ceja y ceja, de que los demás no valen un pucho y de que ni en este ni en el otro mundo tendremos castigo... Pero de repente nos enteramos de que estamos viejos, o recibimos golpes, se muere alguien en la familia maldiciéndonos, los hijos crecen y nos miran mal, o qué sé yo, y entonces nos damos cuenta de que somos tan pobres diablos como los demás y que siempre hemos querido hacer lo mismo que ellos, tratar de vivir tranquilos, arreglarnos una vejez en paz... ¿Sabe, señora, lo que quiero? Volver a tiempo a mi tierra de Valdivia adentro; allá descansan los huesos de mis viejos y de mi mujer... Tengo derecho, ¿no? Todo cristiano, por malo que haya sido, tiene derecho a un poquito de contento, antes de morirse, ¿no?

—Justo, justo, yo quisiera no más subir acá arribita, a Curaco de Vélez... Pero, claro, antes de que a la pobre se la coman los bichos —suspiró Aynol, incrédulo.

Laurencia se puso a contemplar las figuras súbitamente maltrechas de los carabineros. Experimentaba compasión por ambos, cierta inadecuada, descompuesta ternura, y para no dejarles oportunidad reinició la conversación, pero dándole un sesgo diverso. Sentíase predispuesta a ayudar a los carabineros, y no encontraba nada mejor que darles una pequeña luz en lo del crimen. Por otra parte, la mujer temía que, si continuaba negándose a la pesquisa, Galindo terminara por advertir lo antinatural de su actitud y sospechara de ella cerrándole todo acceso a su investigación. Tomó pie en el estado de ánimo del sargento e hizo virar el sentido de sus palabras.

—Pero en todo caso —dijo—



usted tiene mejores esperanzas que yo, sargento. Qué posibilidades de una vejez en paz puedo esperar yo, ahora que mataron a Gonzalo.

—Por Dios, señora —tronó Galindo, reponiéndose y pateando en el piso—, ¡esa barbaridad no puede quedar sin castigo!... Ah, si usted quisiera ayudarnos, en un abrir y cerrar de ojos le echaríamos mano a ese facineroso.

—Un soplo suyo y listo el pescado —agregó Aynol.

—Algo sabe usted, señora, algo tiene que saber. No me venga con cuentos —sentenció el sargento, encarándola de nuevo.

—Como usted dice, algo sé. Al menos es lo que creo —repuso Laurencia.

Los carabineros la miraron recobrando su expectación, al acecho de que Laurencia continuara. Ya no mateaban, sólo bebían. La mujer prosiguió:

—Es algo relacionado con el arma.

—¡Eso es, el arma! —interrumpió Galindo—. Si usted, cuando menos, nos hubiera avisado antes de enterrar el cuerpo, ya sabríamos con qué arma dispararon.

—No hace falta desenterrar a Gonzalo. Yo sé eso; le dispararon ahí, en la puerta de la casa a unos cinco metros, con una escopeta.

—¡Con una escopeta lo hizo el muy bestia! —dijo el cabo.

—Sí, con una escopeta nueva.

—Una escopeta nueva... ¿Y cómo sabe usted eso? —saltó Galindo.

—Bueno, una escopeta nueva es un modo de decir. Me refiero a que se trata de una escopeta desconocida, no escuchada antes por aquí. De eso estoy segura. No cuesta mucho distinguir los disparos de las distintas armas que hay por estos lados.

—Hum —repuso Galindo—, eso es cierto. Cuestión de tiempo y oído... ¿Pero está segura de que ése es el único dato que nos tiene?

—El único, sargento. A no ser que le interese saber que Gonzalo cayó boca abajo.

—¡Boca abajo! —exclamó Aynol, entre asombrado y satisfecho. Y tras unos segundos, como si pretendiera escuchar una comunicación en el aire delgado de la tarde o en el balbuceo del río, añadió—: ¡Entonces el hechor no irá lejos... No enterará el año sin que la pague.

—Así cree la gente —dijo Laurencia—. Pero eso es todo.

—Todo... No es nada —espetó Galindo—. Una creencia india y una escopeta desconocida. Una escopeta que puede estar enterrada en cualquier cerro de éstos o hundida en el Baker. ¡Como para ponerse a buscar, carajo! ¡Como para dragar el río más correntoso del país!

—Pero algo estamos aclarando, mi sargento —intervino Aynol—; parece que el hechor no es cuatrero ni pájaro conocido por nosotros.

—Bueno, en eso llevas razón. Por ahora tenemos limpios estos lados. Su buen par de meses que no le echamos el ojo a ningún facineroso. A menos que sea brujo... ¿Y por qué no ese Navarro? Esos no saben de agradecimiento. Por plata o por otros apetitos son capaces de cualquier cochinada.

—No, Navarro nunca —afirmó Laurencia.

—Esas seguridades son suyas nada más, señora. Yo desconfío por parejo.

Galindo se levantó, imitándole el cabo. Pero ambos quedaron en medio de la habitación a la espera de algo, como si lo más importante no se hubiese dicho. Pedroza fue a buscar las mantas y Laurencia volvió a llenar las copas.

—No se vayan todavía —dijo—, las tardes son largas...

—Y más para usted —respondió Galindo—. Sepa que por nuestro gusto no nos moveríamos. Pero debemos volver temprano. El cabo Alipio está solo y tengo que sacarle una muela. Dos noches que no duerme... A propósito, ¿tiene usted un poco de yodo? Si no, voy a tener que ponerle creolina.

—Sí, tengo. Y también una botella de aguardiente, para el frío del retén.

—Gracias, no se moleste.

Pero ya Laurencia había salido. Pedroza apareció entonces con las mantas. Cuando Laurencia estuvo de regreso los carabineros alcanzaban la puerta. Aynol recibió las botellas y las puso en su morral. Galindo dijo, todavía:

—Bueno, señora, con lo que nos declaró ya hay para hacer andar la pesquisa. Pero quiera o no, tendrá que firmar algunos papeles y presentarse al juez para formalizar esto... Con un asesinato yo no puedo hacer la vista gorda, ni por usted, ¿me entiende? En este maldito oficio parece que mandamos mucho, pero nosotros somos los más jodidos con tanta ley. Por una porquería cualquiera me puedo quedar sin mis deseos de viejo, mi jubilación, mis gallinas, mi chicha...

—Lo comprendo muy bien, sargento.

—Algo más, doña Laurencia, cualquiera otra novedad tiene que hacérmela saber. Está obligada, ahora, ¿sabe?... Si no, la pueden tratar de encubridora.

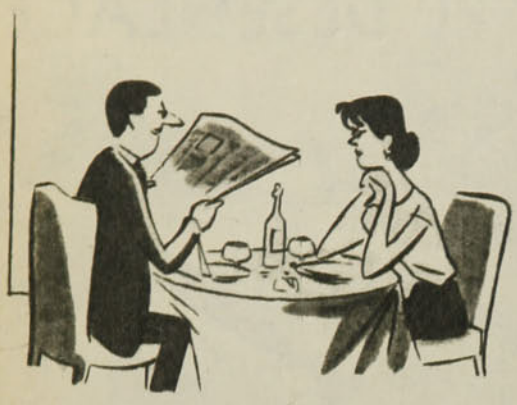
—Me imagino esos riesgos.

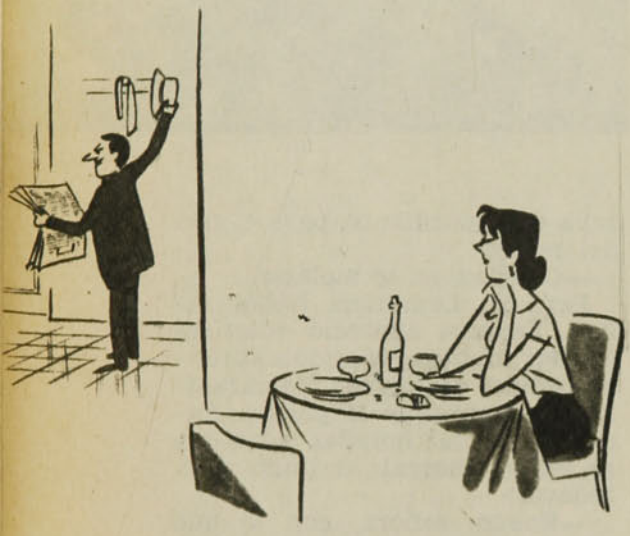
—Tiene que imaginárselos... Bien, nos vamos.

Ya habían dado unos pasos en dirección a los caballos, cuando el sargento volvió para agregar:

—Usted sabe más, señora, y no me lo dice. De eso estoy seguro. Nadie mata así por minucias. Dios o el diablo sabrá por

Caprichos del corazón









qué calla. Pero yo sé que algún día se franqueará conmigo, ¿no es cierto? Algún día, cuando todo esto haya pasado y nos importe menos. Yo le ayudaré en lo que sea, soy su amigo, no lo olvide. Hasta la vista y gracias.

—Hasta la vista. Qué agradecen.

—Hasta otra, doña —dejó añadido Aynol—, y no se apure, acuérdese de que el finao cayó boca abajo. El hechor tiene que pagarlo pronto. Todos tienen que pagar por lo que hacen, está escrito en el Libro.

LOS carabineros fueron a sus cabalgaduras. Acomodaron sus armas, montaron y con las manos hicieron un último gesto de adiós. Desde el umbral en que cayera su marido, Laurencia se quedó contemplándolos, invadida por un sentimiento reciente. No eran la congoja, la ansiedad. Ni el miedo ni el nuevo sentido de la desolación que comenzaba a herirla. Era una adición, más bien polivalencia de todos los elementos desencadenados o superpuestos. La mujer hubiera querido llamar a esos hombres, pedirles que permanecieran a su lado, porque le hacía falta algo sin expresión aún, que no era propiamente la presencia de Gonzalo ni la sensación de ayuda o de defensa.

Pero se contuvo. La tarde ya había tomado su máxima altura y ahora declinaba. El viento noroeste era el dominante y comenzaba a arrastrarse, a rastrillar el espacio acumulando nimbos pardos y anunciando el cambio al mal tiempo. Pero aún brillaban retazos de sol. En esos instantes las ancas espasmódicas de los caballos distantes parecían metálicas. El sudor y el delgado vaho que aislaba sus siluetas del conjunto les prestaba un matiz de bronce muy pálido, desrealizador del aspecto de las bestias. Pronto, sin embargo, jinetes y caballos fueron sólo manchas de escoria vieja en el camino, tragadas por los últimos resuellos del día. La mujer sintió crecer su aprensión, su pánico incierto. Y quizás qué habría temido si ella hubiera podido escuchar a los carabineros, ya invisibles. Aynol hablaba:

—Macanuda hembra, ¿verdad, mi sargento?... Buena moza, corajuda. Yo, palabra, le tengo más cariño que a mi mamita. Nos da cosas, nos convida. Hasta me cuidó como una cría cuando me apesté. ¡Por Diosito, las tiene todas!

—Carajo, por una mujer así cualquiera es capaz de cometer la peor barbaridad.

—Mi sargento, aquí en confianza, yo no sé, pero si me tocara agarrar al desgraciado que le mató al marido, no se me daría nada enfriarlo a lo callado.

—¿Y tú crees, viejo Aynol, que yo no haría lo mismo?

—Palabra, mi sargento, da no sé qué joderse en agarrar a un degenerado de ésos para que después cualquier leguleyo de los pueblos lo libre de ajustarle las cuentas como se debe.

—Tú, que sabes leer el Testamento, puedes decir las cosas justas. Yo tengo visto eso muchas veces en esta perra vida nuestra.

—Y da rabia, ¿no es cierto?

—Claro que da rabia. Uno se queda con las ganas, como si le quitaran una mujer de la cama o un buen plato de la mesa.

—En el caso de doña Laurencia y tratándose de lo que se trata, yo me aseguraría, palabra. Yo le daría el bajo a ese bandido.

El sargento no respondió. Se hizo un vacío en el aire ya convulso, dentro del cual lo único audible era el trote de los caballos. Los segundos siguieron creciendo así, cóncavos, vítreos, hasta que Galindo rompió con voz arrastrada.

—Tienes razón. Eso sería lo mejor... Claro, siempre que pudiera pasar, siempre que nadie llegara a saber...

Galindo volvió a callar. Sonriendo, pero con los ojos inertes, agregó luego:

—¿Y quién lo llegaría a saber aquí, verdad, viejo Aynol?

—Cierto, mi sargento... ¿Quién lo llegaría a saber aquí?

(CONTINUARA)

CRUZ Y DEL SOLAR

¡ahora... el 9!

juventud optimismo y música

en el canal 9







SÍ. EL 9 PROGRAMÓ PARA UD

AÑO XXXIX - N.º 1.936
20 de julio de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO:

	PAG.
SERIAL	
EL DESENLACE. Cap. 3	2-8
CUENTOS:	
NUNCA DEBI NACER Desde pequeña tuve que luchar para conseguir las cosas buenas de la vida	10-18
FOTONOVELA: ASI ES QUE LOS NIÑOS NO VENIMOS EN LA CIGÜEÑA	19-25
LA AMADA Y EL MAR (Manuel Miranda) ..... (El cuento de la semana)	26-27
ENTRE NOSOTRAS	28-29
LA MUERTE PIADOSA Historia Vivida	30-35
CONFIDENCIAS DEL CIELO	32-33

¡ASI ES QUE LOS NIÑOS NO VENIMOS EN LA CIGUEÑA!







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

● —Leonardo rompió nuestro noviazgo por lo que tú hiciste.

● Desde pequeña tuve que luchar para conseguir las cosas buenas de la vida.

● Cuando papá

llegó al hogar para madres solteras no parecía muy contento. Ignorándome casi, cogió mi maleta. Suspiré y me encogí de hombros. La directora del establecimiento me brindó una sonrisa maternal.

—Buena suerte, Julia —murmuró.

Impulsivamente besé su mejilla húmeda.

—Gracias por todo —contesté, sintiendo que lágrimas que no creía jamás pudieran venir de mí, quemaban mis ojos. Me refiero a ¿quién ha oído de que alguien llore por irse a su casa luego de haber tenido una guagua en hogar para madres solteras y haberla dado en adopción?—. Adiós —me las arreglé para gritar alegremente y corrí al auto para que ella no me viera llorar. Si estaba triste era porque esa mujer fue la única que honradamente se interesó por mí, y la idea de dejarla me entristecía.

Abrí la puerta del auto y me deslicé en el asiento. Papá se unió a mí un momento más tarde.

—¿Estás lista? —preguntó.

¿Estaba yo lista? Lista ¿para qué? ¿Para ir a casa y ver eso en los ojos de todos? ¡Julia ha vuelto después de tener un hijo ilegítimo!

Tenía que decir algo o gritaría.

—Gracias por venir a buscar a tu descarriada hija. Para mí habría sido un viaje largo transportando esa maleta.

—Eres mi hija —contestó pesadamente.

—Magnífico —comenté e inmediatamente después de decir la palabra me arrepentí por mi descaro. Pero me sentía muy deprimida.

Luego de tres meses regresaba a mi hogar. ¡Hogar! ¡Hurra! pensé con sarcasmo. Durante esos meses nadie me visitó. Ni mamá, ni mi hermana, Susana, ni mi padre... Porque yo estaba en desgracia. ¡Diecisiete años y embarazada! Y por Quico, el hijo del borracho del pueblo.

Quico..., mi amor, mi héroe, mi ídolo.

¡NUNCA DEBÍ NACER!



Cuando le anuncié que tendríamos una guagua se marchó y nadie supo más de él. Gracias a eso, al menos no tenía ahora que preocuparme de ese chico. Se había ido. Pero yo debía seguir mis estudios y eso me hacía temblar porque todo el mundo sabía lo que me sucedió. Mi adorado Quico se encargó de eso. Se lo contó a todos, como si fuera un chiste muy divertido que él hubiera embarazado a Julia y ella hubiera tenido que alejarse. Este era el muchacho a quien yo ponía a la altura de la luna y de las estrellas. Además, uno de los amigos de Quico se lo contó a otro amigo, y ése a otro, y así siguió corriendo la bola hasta llegar a oídos de Leonardo, quien se casaría con mi hermana Susana en cuanto ella terminara las humanidades. Y, naturalmente, Leonardo se lo contó de inmediato a mi hermana y ella se lo pasó a mamá y mi madre a papá. Y un sábado, al llegar a casa, estaba toda mi familia aguardándome en el living igual que tres jueces. Mamá, con los ojos enrojecidos de llorar, se acercó a mí y me exigió la verdad.

—Julia, ¿estás embarazada? —preguntó.

Miré a mi familia. Esos tres pares de ojos me parecieron enormes y como bocas de cañones. Primero pensé mentir. Después de todo, si me suicidaba nunca sabrían la verdad. Sin embargo me constaba que yo no sería capaz de cometer esa cobardía y contesté:

—¿Se refieren al bulto que me cayó del cielo? Creo que sí. En todo caso, mis períodos se han detenido. —De inmediato me odié por ser tan descarada. Pero las costumbres son difíciles de romper y hasta entonces me había parecido que ésa era la única forma de ocultar mis verdaderos sentimientos y simular que nada me importaba un comino.

—¿Cómo pudiste? —gimió Susana.

La miré y forcé una sonrisa en mis labios tensos.

—En realidad, Susana, es algo fácil. Todo lo que tienes que hacer es...

Mamá de improviso me abofeteó la cara.

—¡Cállate! ¡Debería darte vergüenza! —Su rostro estaba rojo de ira.

Puse una mano en mi mejilla y, a pesar de mí misma, sentí que se me humedecían los ojos... no por la palmada, aunque había sido bastante violenta, sino porque nadie trataba de ver el asunto desde mi ángulo. No quería llorar frente a mi familia y por eso corrí a mi pieza y me encerré en ella.

● Me lancé sobre la cama y me puse a llorar como loca. Sabía que mi familia estaría en conferencia para decidir qué harían con esa hija fea que los había enlodado. Aunque yo viviera mil años jamás sería bonita. Mi boca era inmen- ▶



●—Por poco dinero me ofrezco para romper cualquier noviazgo... sólo necesito a...

Mamá me miró acusadoramente; en seguida se dio vuelta y empecé a temblar por dentro.

sa, mis ojos eran como dos bolas sobresalientes y mi pelo era opaco aunque lo escobillara hasta cansarme. Había nacido fea y me moriría fea.

Si hubiera nacido fea en una familia de gente fea, tal vez habría sido lógico. Pero mamá era alta, con estatura de reina y muy rubia; a los dieciocho años había ganado un concurso de belleza. Y tan pronto Susana se presentara a un concurso, también lo ganaría, porque era exactamente igual a mamá.

Y papá era alto, moreno y muy buen mozo.

En cambio yo era fea, baja y regordeta. Y supongo que por eso le permití a Quico que me hiciera el amor..., para poder conservarlo. ¡Qué estúpida! Debí saber que eso no resultaría. Y había otra cosa. Mi hermosa hermana pertenecía a todos los clubes y grupos de estudiantes y yo a ninguno. Mamá siempre me preguntaba que por qué yo no era como Susana. ¿Qué podía contestarle? Podría haberme teñido el pelo, supongo, pero con eso no me habría convertido en una chica popular. No era ése mi tipo.

Mientras iba en silencio junto a mi padre deseé estar muerta. De pronto papá se aclaró la garganta y extendió una mano en dirección a los campos.

—Las cosechas serán buenas este año —señaló.

Era un lindo día de otoño. Miré por la ventanilla del auto, sintiéndome perdida y solitaria. Abruptamente me volví hacia mi padre.

—Papá, lo siento...

No me miró ni me contestó inmediatamente. Con seguridad no se sentía aún capaz de perdonarme. Esperé.

—Todos lo sentimos —dijo finalmente—. Ha sido duro para tu madre y también para Susana.

"Yo tampoco he estado de fiesta", pensé. En seguida rememoré esos largos y solitarios meses en que engordaba y engordaba y me hacía más y más pesada. Yo había sufrido mucho más que todos ellos. Y, para hacer peor las cosas, justo antes de irme al hogar Susana me contó que sus mejores amigas la habían dejado de ver por lo que yo había hecho. Y mamá comentó:

—Jamás podremos levantar nuestras cabezas de nuevo ante la gente.

Mamá y Susana sólo consideraron su desgracia... ¡y jamás me permitieron que yo la olvidara! Pensé en eso mientras miraba por la ventanilla del auto.

El lunes tendría que enfrentarme en el colegio con todos los chicos y chicas con quienes prácticamente había crecido. Eso me aterraba.

—Julia, sé que para ti también ha sido duro —dijo mi padre—. Pero, por favor, no vuelvas a meterte en otro problema, ¿quieres?

—El ser humano ha nacido para meterse en problemas, al igual que las chispas suben en cuanto se forman —contesté con descaro. En seguida me pregunté dónde había leído eso. Había pasado horas leyendo y mi mente retenía las cosas más extrañas. Y ésa era una de ellas.

Papá frunció el ceño.

—¿No puedes ponerte jamás seria? —preguntó con voz enojada y desesperada.

—Perdón —murmuré—. Simplemente se me salió.

Dobló y condujo el auto por la calle donde estaba el colegio. La idea de ir al colegio el lunes me apretó el estómago. Debía matricularme. ¿Que si la secretaria del director me preguntaba dónde había estado? ¿Qué le contestaría? Y ¿qué le diría si el director, sabiéndolo, me mencionaba el asunto?

Cerré los ojos y me pareció verlo con sus cejas grises y gruesas, su cabeza calva y sus delgados labios siempre apretados. Me destrozaría no tanto por lo que dijera sino por lo que dejara de decir.

Nadie nos salió a recibir cuando papá y yo llegamos a casa. Sacó mi valija de la maleta del auto y entró.

Mamá salió de la cocina. Aun con delantal se veía como una reina y muy hermosa. Me sonrió con fría suavidad.

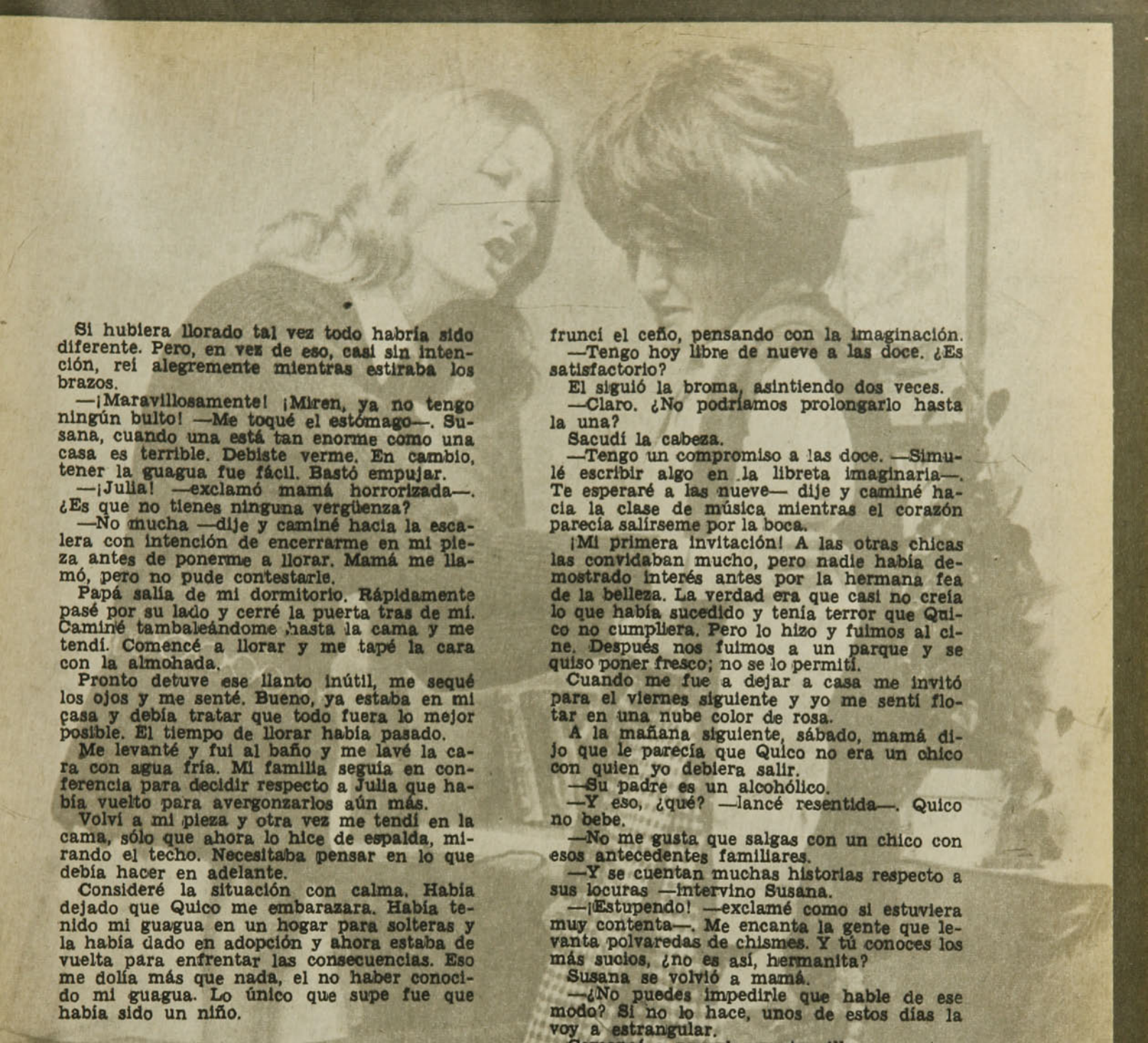
—Julia, ¿tuviste un buen viaje? —murmuró besándome en la mejilla. Una sonrisa generosa y suave, pero fría. Comencé a llorar interiormente porque ansiaba que mi madre me abrazara, asegurando que me amaba y que me había perdonado.

—Fue un viaje bueno —respondí.

Susana apareció en la puerta del living, luciendo muy bonita.

—Hola, Julia. —No sonrió y noté que había estado llorando. Había resultado el recibimiento que yo esperaba. **La madre soltera vuelve a casa para avergonzar a su familia.**

—¿Cómo te sientes? —inquirió mamá. Estábamos aún de pie en el living. Papá pasó con la maleta camino a mi pieza.



Si hubiera llorado tal vez todo habría sido diferente. Pero, en vez de eso, casi sin intención, reí alegremente mientras estiraba los brazos.

—¡Maravillosamente! ¡Miren, ya no tengo ningún bulto! —Me toqué el estómago—. Susana, cuando una está tan enorme como una casa es terrible. Debiste verme. En cambio, tener la guagua fue fácil. Bastó empujar.

—¡Julia! —exclamó mamá horrorizada—. ¿Es que no tienes ninguna vergüenza?

—No mucha —dije y caminé hacia la escalera con intención de encerrarme en mi pieza antes de ponerme a llorar. Mamá me llamó, pero no pude contestarle.

Papá salía de mi dormitorio. Rápidamente pasé por su lado y cerré la puerta tras de mí. Caminé tambaleándome hasta la cama y me tendí. Comencé a llorar y me tapé la cara con la almohada.

Pronto detuve ese llanto inútil, me sequé los ojos y me senté. Bueno, ya estaba en mi casa y debía tratar que todo fuera lo mejor posible. El tiempo de llorar había pasado.

Me levanté y fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Mi familia seguía en conferencia para decidir respecto a Julia que había vuelto para avergonzarlos aún más.

Volví a mi pieza y otra vez me tendí en la cama, sólo que ahora lo hice de espalda, mirando el techo. Necesitaba pensar en lo que debía hacer en adelante.

Consideré la situación con calma. Había dejado que Quico me embarazara. Había tenido mi guagua en un hogar para solteras y la había dado en adopción y ahora estaba de vuelta para enfrentar las consecuencias. Eso me dolía más que nada, el no haber conocido mi guagua. Lo único que supe fue que había sido un niño.

● Me pregunté

si alguna vez Quico pensó en mí y en la guagua. Probablemente no. Rememoré la primera vez que me invitó a salir. Estaba en sexto año de humanidades y no pertenecía al grupo de los in. No lo admitían por ser demasiado rudo.

Pero cuando me detuvo en un pasillo entre la clase de botánica y la de música y me invitó a salir no pude creerlo.

—¿Qué tal si vamos al cine, Julia? —preguntó sonriendo y luciendo con esa sonrisa sus hermosos, parejos y blancos dientes y el hoyuelo coquetón de su mejilla izquierda.

Y yo, con mi rapidez de pensamientos, contesté:

—¿Cuándo? Tú sabes, por el momento estoy repleta de compromisos.

Sus ojos se agrandaron con cómica sorpresa mientras yo simulaba tener una libreta en mi mano. Di vuelta hojas imaginarias, luego de haberme mojado el dedo con saliva.

—¿Qué tal esta noche? Hoy es viernes.

Torcí mi enorme boca hacia un lado y fruncí el ceño, pensando con la imaginación.

—Tengo hoy libre de nueve a las doce. ¿Es satisfactorio?

El siguió la broma, asintiendo dos veces.

—Claro. ¿No podríamos prolongarlo hasta la una?

Sacudí la cabeza.

—Tengo un compromiso a las doce. —Simulé escribir algo en la libreta imaginaria—. Te esperaré a las nueve— dije y caminé hacia la clase de música mientras el corazón parecía salírseme por la boca.

¡Mi primera invitación! A las otras chicas las convidaban mucho, pero nadie había demostrado interés antes por la hermana fea de la belleza. La verdad era que casi no creía lo que había sucedido y tenía terror que Quico no cumpliera. Pero lo hizo y fuimos al cine. Después nos fuimos a un parque y se quiso poner fresco; no se lo permití.

Cuando me fue a dejar a casa me invitó para el viernes siguiente y yo me sentí flotar en una nube color de rosa.

A la mañana siguiente, sábado, mamá dijo que le parecía que Quico no era un chico con quien yo debiera salir.

—Su padre es un alcohólico.

—Y eso, ¿qué? —lancé resentida—. Quico no bebe.

—No me gusta que salgas con un chico con esos antecedentes familiares.

—Y se cuentan muchas historias respecto a sus locuras —intervino Susana.

—¡Estupendo! —exclamé como si estuviera muy contenta—. Me encanta la gente que levanta polvaredas de chismes. Y tú conoces los más sucios, ¿no es así, hermanita?

Susana se volvió a mamá.

—¿No puedes impedirle que hable de ese modo? Si no lo hace, unos de estos días la voy a estrangular.

Comencé a ponerle mantequilla a una tostada.

—Mira, Susana, tú tienes amigos por montones —comenté seria—. Este es para mí el primero y se ha comportado muy bien conmigo.

● El viernes

me parecía a siglos de distancia, pero sobreviví durante la semana y cuando llegó la hora volvimos a ir al cine. Esta vez se había conseguido prestado un auto. Cuando lo estacionó tuvimos una pelea, porque me di cuenta que Quico quería algo más que besos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, exasperado—. Tú lo quieres tanto como yo.

—Tal vez es a eso a lo que temo —contesté mimosa, pero no queriendo serlo. Entonces él tocó mi cuello y sentí como si mil agujas traspasaran mi cuerpo. Comprendí que debía apartarlo de mi lado, pero no lo hice, porque lo que experimenté me gustó.

—Julia, estoy loco por ti —susurró.

—Me alegro. Yo también te encuentro un ser especial.

▶

Quico me invitó entonces para el día siguiente.

—Iremos a bailar —propuso, pero insistió en que fuéramos a una hostería bastante retirada de nuestra ciudad.

Mamá vaciló en dejarme ir. La distancia que había hasta la hostería le pareció excesiva.

—Por favor, mamá —supliqué—. Estoy recién comenzando a divertirme.

Al final accedió.

Quico apareció con terno, cuello y corbata y yo también me había vestido para la ocasión. Nos divertimos muchísimo. Era un buen bailarín y decidí que era el chico más encantador que vivía en este mundo.

Hacía frío cuando nos estacionamos afuera luego de bailar. En el auto conversamos un rato. Pronto las manos de Quico comenzaron a vagabundear por mi cuerpo. Lo sentí, a pesar de que mi respiración era irregular. Lo próximo que supe era que me besaba salvajemente. Me sentía como loca, pero logré detenerlo.

—¡Basta, Quico! —dije incorporándome. El chico me gustaba, pero no quería ir con él demasiado lejos. De mala gana me fue a dejar a mi casa.

Es curioso como el tener pololo nos cambia las cosas. Es como si una dejara de estar afuera para quedar dentro. Y yo con Quico pololeábamos o, por lo menos, eso creía yo.

Durante las semanas siguientes no pensé nada más que en Quico. Estaba tan loca por él que vivía como en un sueño. Y entonces no apareció un viernes y me sentí histérica. No había dicho nada de salir conmigo, pero yo había tomado como seguro que lo haríamos. A las nueve y media telefoneé a su casa, pero nadie contestó. Pensé que tal vez había muerto en algún accidente. Vagué desesperada por la casa mientras cuadros horribles pasaban por mi mente. Por último me fui a acostar, pero no pude dormir. Cuando oí a Susana llegar a la una fui hasta la puerta de su dormitorio. Había una sonrisa horrible en sus hermosos labios.

—En el cine estaba Quico con Mirella —anunció con sarcasmo.

Simplemente quise morirme. Volví a mi cama y lloré hasta que se me agotaron las lágrimas y en seguida comencé a planear qué le diría a Quico cuando lo viera y, segundo, cómo lo podría recuperar, ya que no me sentía capaz de perderlo.

Esa noche decidí que el único modo de conservarlo era dejándolo que me hiciera el amor, a pesar de saber que eso era malo. Sabía que podría embarazarme, pero no me importó.

El lunes, Mirella me sonrió con ironía y piedad. Y yo le contesté con una de mis "a mí qué me importa" sonrisas.

Y cuando me encontré con Quico, él actuó como si no hubiese sucedido nada.

—¿Qué tal si salimos el viernes? —propuso.

—Es muy encantador de tu parte que quieras compartirte conmigo.

El estaba ya acostumbrado a mi modo de hablar, creo porque se limitó a sonreír, asintiendo.

—Te veré el viernes.

●Llegó

el viernes y, como siempre, fuimos al cine y después estacionó el auto. De inmediato Quico se lanzó al ataque. En vez de detenerlo, permanecí quieta. En seguida, cuando me empezó a besar y a acariciar, ardí de deseo y ansié que continuara amándome. Y después ya no hubo nada que nos detuviera.

Después de eso nos hicimos el amor cada vez que salíamos. No debió sorprenderme el estar embarazada, pero me asustó.

Al principio creí que la falta de mis períodos era una simple irregularidad. En cuanto a los malestares mañaneros, me dije a mí misma que eran nervios. Pero después ya no me cupo duda de que estaba embarazada.

Se lo anuncié a Quico. Estaba de nuevo en el auto y él, me había estado besando.

—Estoy loco por ti —susurró.

—Eso me parece regio —contesté—. Pienso que así debe ser cuando se está esperando una guagua...

Fue como encenderle un cohete.

—¡Una guagua!

—Sí. Te sorprende, ¿no es así? Al fin y al cabo es así como se fabrican las guaguas.

Quico lanzó un graznido.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Supongo que tú podrás elegir, pero yo voy a tener una guagua.

—Tal vez puedas deshacerte de ella.

—¿Cómo? ¿Conoces a alguien que pueda ayudarme, Quico?

—He oído hablar de un individuo que se dedica a eso. Sólo que cobra muy caro. Yo no tengo mucho dinero.

—Podemos casarnos. La gente lo hace, tú lo sabes.

—¡Yo no puedo hacerme cargo de una esposa! —exclamó.

No decidimos nada esa noche. Conversaríamos al día siguiente, sábado, sobre el asunto.

Y el sábado, luego que le contó a todo el mundo su hazaña, mi gran héroe se mandó cambiar y desapareció como humo. Y yo pude terminar mi año de colegio porque no se me notaba el embarazo. Pero después la gente comenzó a chismorrear.

Mis pensamientos volvieron al presente. Ahora era una chica en desgracia y con sólo dieciocho años. Los había cumplido en el hogar. Estábamos en abril y hacía un mes que habían empezado las clases. El lunes volvería a ellas. Aunque todo el mundo conocía mi historia yo no pensaba humillarme ante nadie.

Me bajé de la cama y comencé a desempacar mi maleta y a guardar mi ropa en los cajones. En seguida me cambié el vestido por uno limpio. Eran casi las cinco. Bajé, interrumpiendo la conferencia familiar.



¡NUNCA DEBI NACER!

—Bueno, ¿qué han decidido? —pregunte alegremente—. ¿Quieren que me haga monja?

—Julia, ¿es que no puedes nunca hablar en serio? —preguntó mamá, impaciente—. ¿Necesitas estar todo el tiempo haciendo chistes?

—¿Quieres que solloce y me coma las uñas? ¿Crees que sacaría algo con eso?

—Siéntate —ordenó papá. Tenía frente a él una botella de cerveza y por el color de sus mejillas supe que no era la primera que había abierto.

—Sí, papá —contesté con ironía.

—Julia, has traído desgracia a toda la familia... —comenzó a decir y se calló.

—Apuesto a que eso lo leíste en algún libro. Escucha, papá, chicas embarazadas no son casos muy raros. —Miré a Susana—. Tal vez un día veamos a mi hermanita más gorda que un zapallo.

Susana se puso de pie, furiosa.

—¡No tengo que oír este tipo de cosas, mamá!

—Bueno, pero tú has llegado a todo, ¿no es así? —pregunté.

Hubo sólo una pequeña vacilación en mi hermana antes de decir:

—¡Por cierto que no!

—No sabes lo que te estás perdiendo —lancé sin descaro.

—Julia, ¡debía darte vergüenza! —exclamó mi madre. Estaba próxima a las lágrimas.

Yo estaba ya cansada.

—No tienes que preocuparte de nada en lo concerniente a mí —dije con amargura—. Además, ya nadie querrá salir conmigo. Con los años me iré secando y convirtiendo en una solterona. Por lo tanto, descansen.

—Oh Julia —murmuró mamá suavemente y vi lágrimas en sus ojos.

"Eso es bueno", pensé. "Tal vez ahora comprenda lo que yo siento."

El domingo, después del desayuno, me preparé para ir a la iglesia como lo hacía desde los seis años. Incluso en el hogar fui siempre a misa.

Susana me vio arreglándome.

—¡Tú no irás a la iglesia! —gritó.

Sin una palabra volví a mi pieza y cerré la puerta. Y le eché llave. Mamá vino a decirme que Susana me mandaba pedir perdón y que, por cierto, podía ir a la iglesia. No le contesté. Papá golpeó y me ordenó que le abriera. Tampoco le contesté. Se fueron a la iglesia sin mí, probablemente aliviados. Me quedé en casa y lloré y lloré.

● El lunes

en la mañana, al ir al colegio, me encontré con Enriqueta.

—Hola, Julia —me saludó—. ¡Bien venida! —Ella había sido mi mejor amiga.

—Hola, Enriqueta. ¿Crees que podrás soportar que te vean conmigo?

—Antes éramos muy amigas y espero que sigamos siéndolo.

Tuve que pestañear seguido para contener las lágrimas.

—Bravo, Enriqueta. Si tú lo quieres así, yo también lo quiero.

Seguimos caminando. Ninguna de las dos habló durante un rato y, en seguida, dije:

—Vamos, Enriqueta, pregunta no más. Te mueres de ganas de hacerlo.

No contestó inmediatamente.

—Bueno, no niego mi curiosidad. ¿Cómo fue eso?

Pensé como había sido y decidí describirlo lo peor posible.

—Una tiene que empujar y empujar y, de pronto, la guagua nace.

Enriqueta enrojeció.

—No me refiero a eso...

—Bueno, si te refieres al sexo es mejor que lo averigües por ti misma —lancé con mi eterno descaro. "¿Buenas amigas?", pensé. "Entonces, lo que necesito son enemigas".

Ese día me pareció eterno, pero miré a todo el mundo a los ojos y cuando alguien esquivaba la vista, ése no era yo. Si algo yo tenía era orgullo. Debo admitir, sin embargo, que los profesores simularon que yo era otra alumna más que llegaba a clases. Incluso el director hizo lo posible por ser amable, diciendo que estaba contento de volver a verme.

Esa tarde volví a la vieja rutina de poner la mesa. Durante la comida todos se demostraron muy educados, hasta que Susana anunció que había roto su compromiso con Leonardo.

—No éramos el uno para el otro.

La miré de soslayo y sentí que me ardía la cara. ¡Sus palabras eran para culparme!

—Tal vez haya sido para mejor —murmuró mamá—. De este modo podrás entrar a la universidad y allí conocerás montones de muchachos mejores.

Esa fue la única conversación durante toda la comida.

Después que ayudé a lavar la loza fui al living. Susana me miró por sobre la revista que leía.

—Espero estés contenta con tu buen trabajo —dijo, sarcástica.

—Claro que sí —contesté mimosa—. Por poco dinero me ofrezco para romper cualquier noviazgo..., sólo necesito...

—¡Cállate! —lanzó y se puso de pie. Entonces, cogiéndome de los brazos, me remeció—. Leonardo rompió nuestro noviazgo por lo que tú hiciste. Te odio, te odio.

Sentí que iba a llorar y no quería que ella me viera. Me solté y fui a mi pieza. Pero no lloré. Estaba demasiado furiosa. Sabía que no podría resistir mucho más. Era una tortura. De pronto hice una decisión. Volví al living y allí estaban los tres.

—Tengo dieciocho años —lancé desde el umbral.

Los tres miraron asustados.

—Tienes dieciocho años —repitió papá.

—Dejaré el colegio y me buscaré un empleo.

—¿Haciendo qué? —inquirió mi padre cortante.

—De secretaria, tal vez —contesté con convicción—. Puedo encontrar algo. Pero primero tomaré cursos de secretariado.

—Aquí en esta ciudad no hay esas cosas. Esto es poco más que un pueblucho —lanzó Susana.

—Puede irse a vivir donde su tía Corina —decidió mamá.

• Y eso sucedió.

Dos semanas después me fui a vivir con Corina, una hermana viuda de papá. Me matriculé en un curso de secretariado y para pagarlo me empleé en la confitería de un cine.

No conocía muy bien a tía Corina porque papá y ella nunca fueron unidos, pero me gustó en cuanto la vi. Trabajaba en una oficina de corretaje de propiedades y, por el modo como se vestía, nadie habría adivinado que tenía cuarenta y cinco años. Lo primero que hizo cuando llegué fue comprarme ropa nueva.

—No tienes para qué verte como un saco de papas —comentó mirándome con ojos críticos pero amistosos—. ¿Quién diablos te enseñó a maquillarte así?

—Nadie, tía Corina. Creo que lo hago por talento natural —agregué bromeando.

—Tienes bonito cuerpo y te mueves bien. Aparentemente, el tener una guagua no ha malogrado tu figura.

Las faldas que eligió para mí eran realmente encachadas. Y me enseñó a maquillarme de modo de sacarle partido a mi enorme boca. Me llevó donde su peluquera y antes que pudiera objetar me vi transformada en una persona nueva. Cuando me miré al espejo pensé que debería presentarme a mi misma porque era un ser totalmente distinto.

Pronto me vi muy ocupada con mis cursos para aprender luego taquigrafía y dactilografía. Incluso traté de convencerme a mi misma que era muy feliz. Tía Corina era buena conmigo —cuando se acordaba—, pero ambas estábamos muy ocupadas y no nos veíamos en todo el día. Ella incluso trabajaba los sábados.

Mi curso era de tres meses y cuando me gradué no me acompañó nadie a recibir mi título. Deseé estuviera alguien porque me saqué la mejor nota en dactilografía. Pero tía Cora tenía que mostrarle a un cliente una casa. Y después tenía una invitación. Supuse que papá, mamá y Susana también estaban muy ocupados. Por eso, cuando recibí mi cartón en vez de sentirme contenta deseé llorar.

Para después casi todas las chicas tenían invitaciones y había planeadas varias fiestas. Yo no tenía ningún convite. Estaba libre porque había dejado mi empleo y decidí volver al departamento de tía Cora y mirar los avisos pidiendo secretarias. Estaba acostada cuando llegó la tía y, en la oscuridad, me lamentaba por mi vida solitaria. Quico jamás me había amado. Papá y mamá..., ellos no podían querer a una hija que no era como Susana. Pero yo tenía mi orgullo y no dejaba trasparentar mi resentimiento. Así nadie me compadecía. ¡Jamás le daría a nadie oportunidad para hacerlo!

De pronto sonó el teléfono y encendí la luz. ¿Quién podía llamar a esa hora? Era casi la una. Me bajé de la cama y corrí a atenderlo. Oí la voz de mamá y estaba llorando.

—Soy Julia, mamá. ¿Qué pasa?

—Susana ha muerto.

—¿Cómo, mamá? ¿Qué pasó?

—Se... suicidó. ¿Podrías volver a casa, Julia?

Justo en ese momento oí que tía Corina ponía su llave en la cerradura.

—Tía Corina, Susana ha muerto... —tartamudeé en cuanto entró—. ¿Podría llevarme a casa?

Los ojos de la tía se agrandaron mientras asentía.

—Mamá, me voy inmediatamente —dije en el fono—. Tía Corina irá a dejarme.

Me vestí lo más rápido que pude y le contesté a tía Corina que no podía darle detalles de lo sucedido porque no los sabía.

• El viaje

demoró cuarenta y cinco minutos. Había luces en la casa cuando llegamos. Abrí la puerta del auto y corrí a mi hogar. Mamá estaba de pie en el living. Abrió sus brazos y yo me cobijé en ellos y lloramos. Papá salió hasta el auto a buscar las maletas. En seguida hice que mamá se sentara a mi lado en el sofá. Durante todo el trayecto me estuve preguntando por qué Susana habría hecho algo semejante. En el fondo de mi alma estaba convencida que lo había hecho por culpa mía. No se lo pregunté a mamá, me limité a tenerla abrazada mientras ella lloraba.

Entró tía Corina y luego de acariciar a mamá se sentó a su otro lado en el sofá. Papá llegó con las maletas y las subió a los al-



tos. Un minuto después bajó y se sentó en el living. Lo miré y me pareció más viejo desde la última vez que lo vi.

Los sollozos de mamá fueron apagándose y se secó los ojos. No se veía como una reina. Simplemente se veía como una mujer que había llorado.

Tía Corina se hizo cargo de la situación, igual como se hacía siempre cargo de todo. Miró a mi padre directo a los ojos.

—¿Cómo lo hizo ella? —preguntó abruptamente.

—Saltó al río desde el puente —contestó pesadamente papá—. Unas personas que iban en un auto la vieron subirse a la baranda y lanzarse.

Supe a qué río se refería. Susana no era buena nadadora y, además, el puente estaba ubicado tan alto que no habría sacado nada con serlo.

—¿Cómo llegó hasta allá? —preguntó tía Corina.

—Me imagino que haciendo dedo —replicó mi padre.

—¿Dejó alguna carta o algo? —dijo la tía a mamá.

Mi madre movió la cabeza y cerró los ojos.

—¿Por qué hizo eso? —inquirió tía Corina—. Debió tener alguna razón.

Mamá me miró acusadoramente, en seguida se dio vuelta y yo empecé a temblar por dentro. Mi hermosa hermana no pudo resistir la desgracia que yo le causé al tener un hijo ilegítimo. Simple.

Tía Corina, al notar la mirada de mamá, estalló:

—¡Tonterías! ¡No culpes a Julia por esto! ¡Susana no se habría lanzado de un puente por una razón como ésa!

—¿Y por cuál otra? —preguntó mi madre con cansancio.

—¿Para qué me pediste, mamá, que volviera? —pregunté con un hilo de voz—. Si yo soy la culpable...

—¡No te estoy culpando! ¡Tú eres hija nuestra!

Me pareció que no tenía mucho sentido lo que estaba diciendo, pero la gente no habla en forma coherente cuando ha sucedido una gran desgracia.

Tía Corina de pronto se puso de pie, y dijo a papá:

—Vamos a la otra pieza para que me cuentes lo sucedido.

● Me quedé con mamá sintiéndome terrible porque me culpaban por todo. Más tarde tía Corina me contó lo que le había dicho papá y no fue mucho. Susana había estado últimamente actuando de modo extraño. En seguida había hecho eso. Su cuerpo había sido rescatado y llevado a la morgue. En el puente fue hallada su cartera y en ella su identificación y llamaron a mi padre y eso era todo. Todo en pocas horas.

Naturalmente que la policía había venido a hacer preguntas. Pero nadie sabía nada fuera de eso. Susana tenía un pololo desde que cortó con Leonardo para marcharse a otra ciudad.

Finalmente, tía Corina nos mandó a todos a acostarnos, pero yací despierta largo rato. No podía evitar culparme porque Susana se había sentido tan avergonzada cuando volví del hogar.

Me dormí. Al día siguiente desperté tarde y bajé. Tía Corina estaba leyendo el diario mientras bebía una taza de café negro. Me miró al verme entrar.

—Sírvete un café y siéntate —ordenó.

Cuando me senté, puso el diario frente a mí. Ahí estaba, en la primera página, una foto de Susana luciendo radiante y adorable. Los titulares decían que una belleza local se había suicidado. Comencé a leer. En seguida, a medio camino, me detuve:

"El médico que examinó el cuerpo anunció que la chica tenía un embarazo de tres meses."

Dejé el diario y me cubrí la cara con las manos.

—¡Oh no! —susurré.

—¡Ese maldito diario! —exclamó furiosa tía Corina—. ¡No debieron publicar eso!

La escuché a medias porque pensaba en Susana. La recordaba cuando le pregunté si se había sobrepasado en los límites con algún chico. En seguida le dije que tal vez algún día se embarazaría. Fue como si una película atroz se diera en la pantalla de mi mente.

—¡No quise decirle eso! —murmuré—. ¡Sólo lo hice por broma!

—¿No quisiste decirle qué? —inquirió tía Corina.

—Me refiero a cuando le dije a Susana que tal vez se embarazaría algún día.

—¡Había con sensatez! No puedes culparte porque Susana se embarazó. —Tía Corina me quitó el diario—. Ella era demasiado bonita, demasiado perfecta. El tener un hijo ilegítimo no podía formar parte de su propia imagen. No pudo soportarlo.

Pensé en eso, sentada con mi taza de café caliente cogida con ambas manos, preguntándome por qué nunca pensé seriamente en suicidarme cuando me embaracé. También rememoré mi resentimiento por no ser bonita como mamá y Susana. Y ahora, de pronto, comprendía que tenía sus ventajas el no ser hermosa. Las cosas buenas de la vida no llegaban a mí en una bandeja de plata, desde pequeña tuve que aprender a luchar por conseguirlas. Y eso me dio valor para enfrentar mi desgracia y mi embarazo.

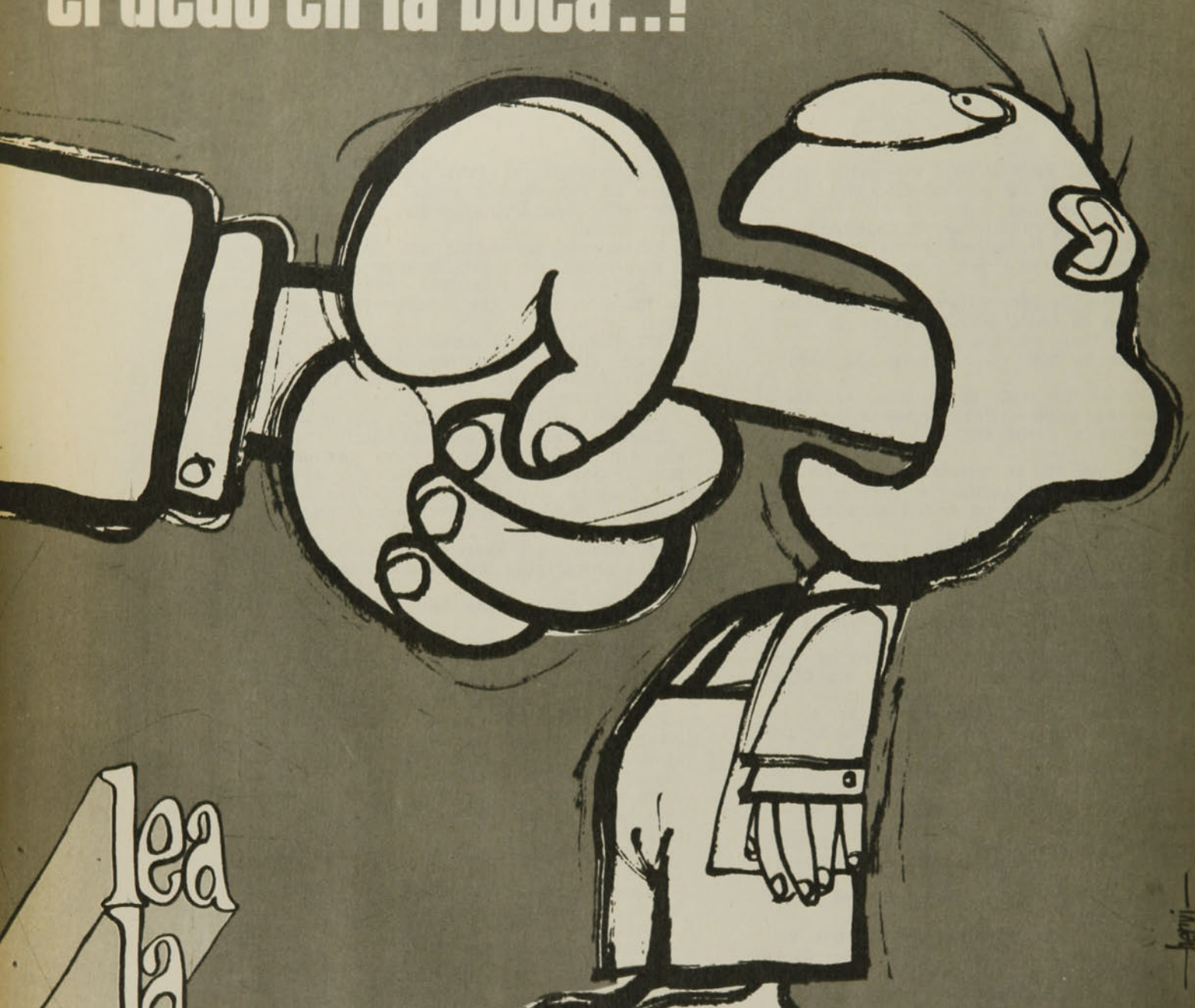
Tía Corina debió estar pensando lo mismo porque dijo:

—Debes estar agradecida de no ser bonita, Julia. Susana lo era y jamás aprendió a cuidarse a sí misma. Nunca poseyó tu valentía hacia la vida.

Creo que en ese mismo momento yo crecí por lo menos en diez años. De ahora en adelante debía ser aún más fuerte que antes y sabía que lo sería.

♥♥

¡que no le metan el dedo en la boca...!



lea la

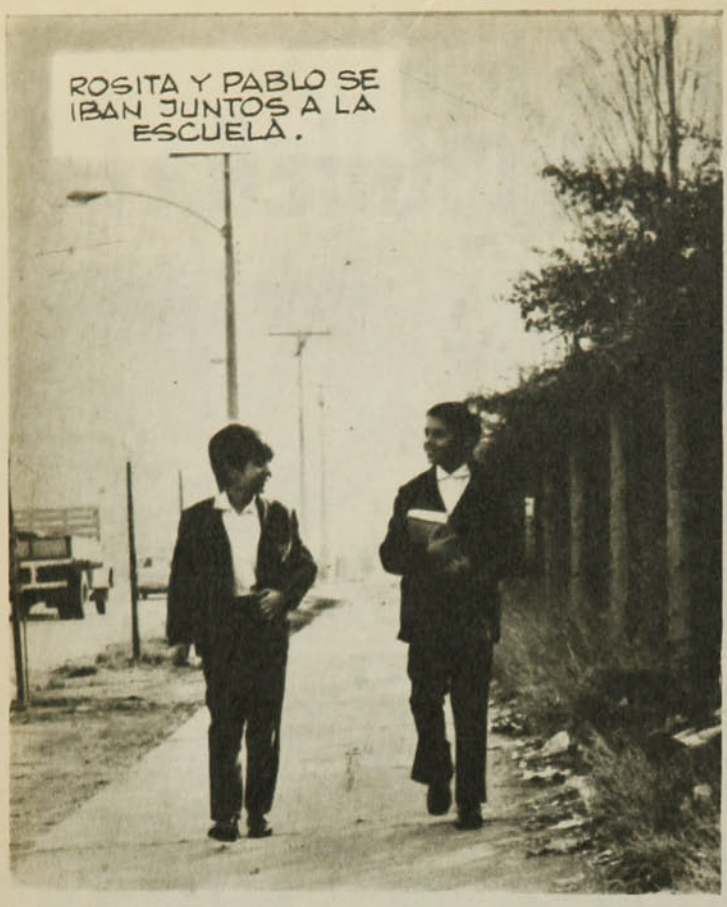
FiRME

revista de información popular

APARECE LOS MIERCOLES

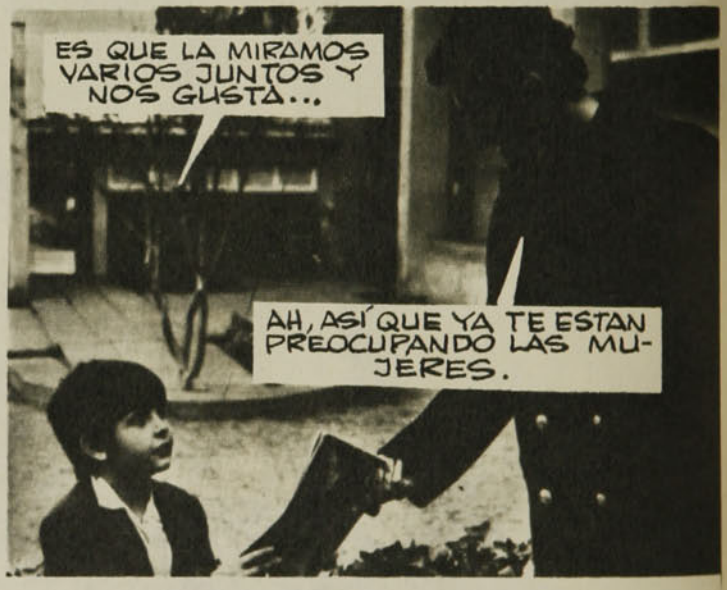
¡ASI ES QUE LOS NIÑOS NO VENIMOS EN LA CIGÜEÑA!

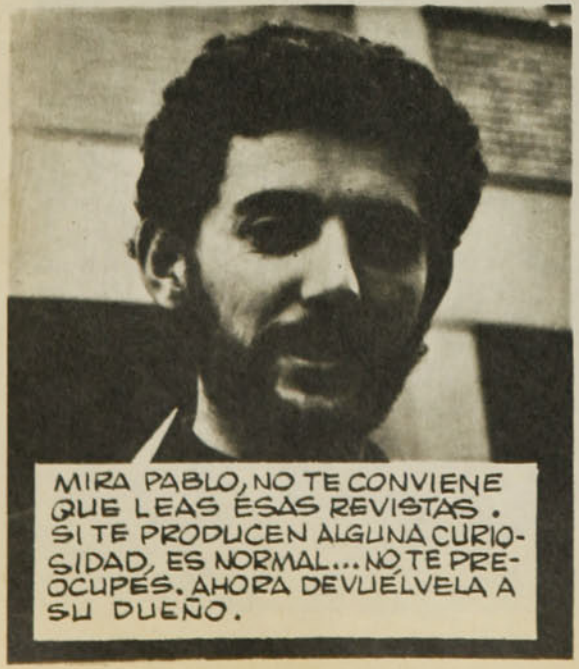


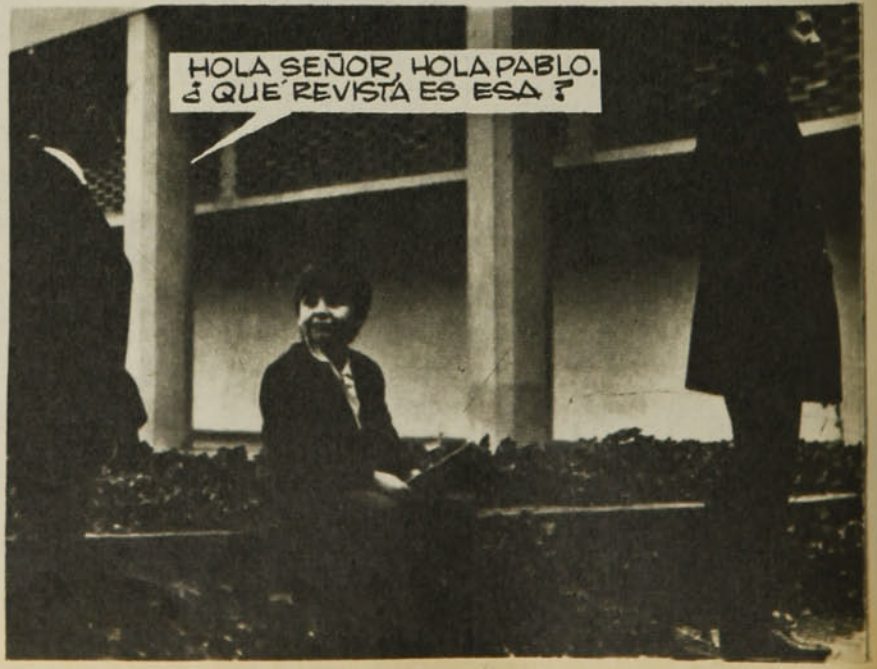

ROSITA Y PABLO SE IBAN JUNTOS A LA ESCUELA.


Y SIEMPRE JUGABAN LOS DOS.
DIEZ, VEINTE, TREINTA...


¿QUÉ REVISTA ES ESA PABLO?...
NO, ES DE UN AMIGO...
DÉJAME VERLA...


ES QUE LA MIRAMOS VARIOS JUNTOS Y NOS GUSTA...
AH, ASÍ QUE YA TE ESTAN PREOCUPANDO LAS MUJERES.

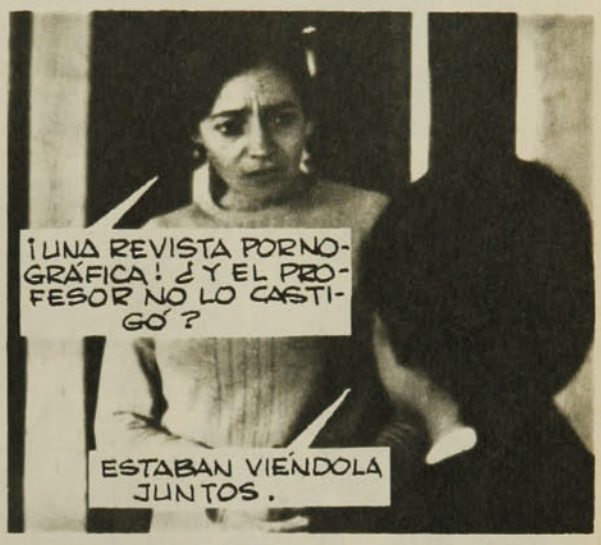

MIRA PABLO, NO TE CONVIENE QUE LEAS ESAS REVISTAS. SI TE PRODUCEN ALGUNA CURIOSIDAD, ES NORMAL... NO TE PREOCUPES. AHORA DEVUÉLVELA A SU DUEÑO.


HOLA SEÑOR, HOLA PABLO. ¿QUÉ REVISTA ES ESA?


¡MUÉSTRAMELA PABLO!
ROSITA QUEDÓ INTRIGADA POR LA REVISTA. Y PREGUNTÓ A PABLO HASTA QUE SE LA MOSTRÓ.


¿Y POR ESTO TANTO MISTERIO?


HOLA MI AMOR ¿SE VINO CON PABLO HOY TAMBIEN?
SÍ MAMÁ, PERO ESTOY PICADA CON ÉL PORQUE NO ME QUERIA MOSTRAR UNA REVISTA DE MONAS PILUCHAS QUE TIENE.


¡UNA REVISTA PORNOGRÁFICA! ¿Y EL PROFESOR NO LO CASTIGÓ?
ESTABAN VIENDOLA JUNTOS.


ESTO ES EL COLMO JUAN, VOY A DENUNCIAR A ESE DESCRITERIADO.
PODRIAMOS CITAR AL CENTRO DE PADRES PARA TRATAR EL CASO.


TENEMOS QUE EXPULSAR A ESE PROFESOR IRRESPONSABLE, DE LA ESCUELA.


HOLA, POR QUÉ NO QUIERES JUGAR CONMIGO, AHORA?
ES QUE MI MAMÁ NO ME DEJA.




TE HE NOTADO MUY TRISTE ESTOS ÚLTIMOS DÍAS ¿ QUE TE PASA ?
ES QUE LA ROSITA NO ME QUIERE NI VER Y MIS PAPÁS ME RETAN A CADA RATO POR LAS REVISTAS...

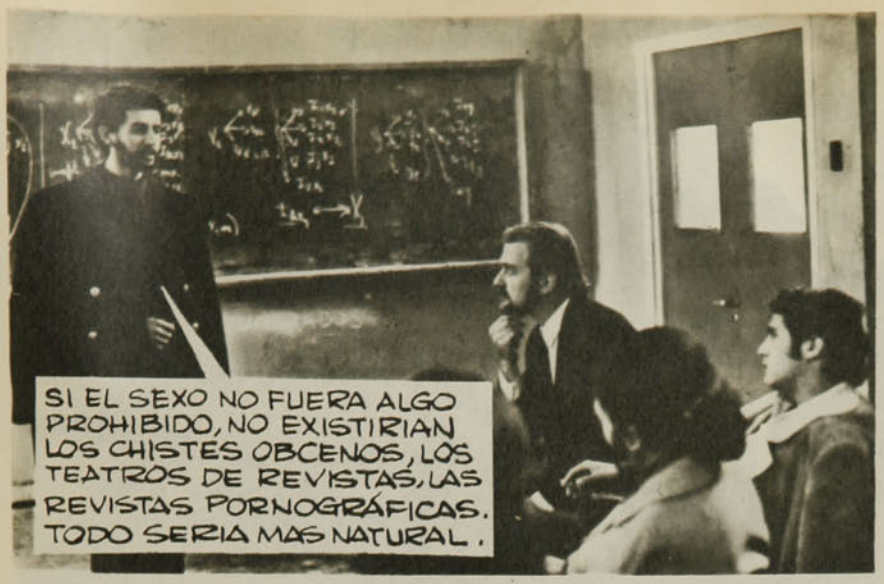

A MI TAMBIEN ME TIENEN FREGADO POR LO MISMO, MAÑANA HAY UNA REUNION DEL CENTRO DE PADRES PARA VER ESE ASUNTO.


ESE ES EL PROBLEMA, NOSOTROS COMO PADRES NO PODEMOS TOLERAR QUE SE ENTROMETAN EN LA FORMACION SEXUAL DE NUESTROS NIÑOS.

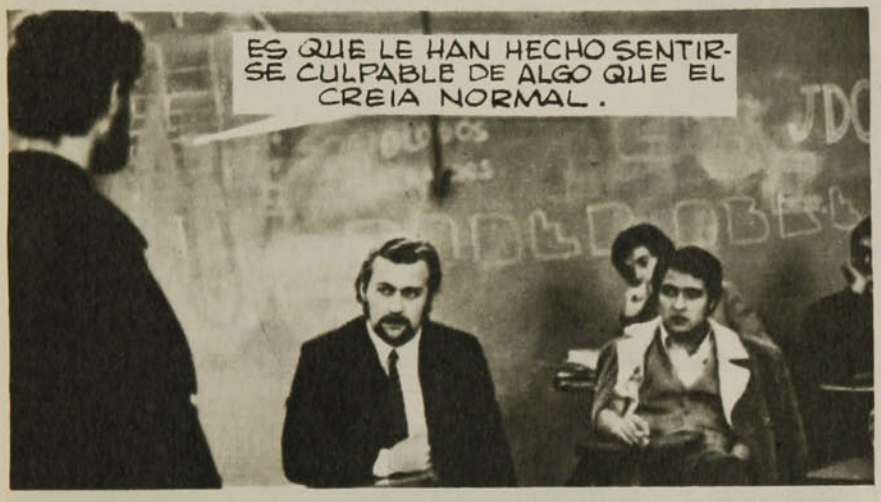

YO QUISIERA PREGUNTARLES A USTEDES COMO PADRES, SI SE HAN PREOCUPADO REALMENTE DE LA EDUCACION SEXUAL DE SUS HIJOS, O SIEMPRE LO HAN MIRADO COMO ALGO MALO, SUCIO...
ESE ES ASUNTO NUESTRO.


SI SE HUBIERAN PREOCUPADO, LOS NIÑOS NO NECESITARIAN ANDAR LEYENDO REVISTAS OBCENAS.


Y LA CULPA NO ES SOLO DE USTEDES, LOS PADRES DE USTEDES TAMPOCO SE PREOCUPARON.
¿ Y CÓMO SABE USTED ?







ASÍ PASÓ LA HORA, Y CUANDO, LA REUNIÓN TERMINÓ...










POR FIN DON PABLO SE DECIDIÓ A HABLAR CON SU HIJO.
¿ASÍ QUE LOS NIÑOS NO VENIMOS EN LA CIGUEÑA?


OJALÁ QUE ESTÉ LA ROSITA.


HOLA PABLO, PASA EN SILENCIO ESTOY CANSADA.
1961


TU SABES QUE LA ROSITA NO QUIERE JUNTARSE CONTIGO, DESDE QUE TE DIÓ POR ANDAR CON ESAS REVISTAS.


AHORA YA NO NECESITO ESO, MI PAPÁ ME EXPLICÓ MUCHAS COSAS...
¡POR DIOS LOS NIÑOS DE HOY!



EL CUENTO de la semana.

LA AMAD

Manuel Miranda (chileno)

Desde la lancha en que viajan los pasajeros, los cerros ocres se balancean desorbitadamente. Está fuerte la marejada.

Las mujeres se asustan; el equipaje se barquinea atemorizado; los remeros maldicen y el remo tropieza en las olas irregulares: no es fácil avanzar, y, en lugar de acercarse al barco que espera fuera de la bahía, el gran lanchón se desliza, misteriosamente, rumbo a la isla guanera del Alacrán.

El mar es como una masa lanzada al máximo de aceleración que choca contra la pobrecita lancha. Los hombres se empeñan en los remos y semejan una hilera de galeotes menudos que quisieran navegar en medio del océano. Los pasajeros detienen sus charlas, dejan de mirar el mar, de pensar en el peligro, y hacen un esfuerzo violento con la cabeza, como si así ayudaran al golpe del remo.

Sólo una pareja, sentada en proa, parece no darse cuenta de nada. Miran el mar revuelto y verdoso, sienten el latigazo del viento y después se buscan uno en los ojos del otro, y se quedan quietos de embeleso. Están cogidos de la mano, con los dedos curvos y doblados, formando como un enrejado de mimbre blanco y oloroso. Se miran con elegancia, con tenacidad. Se ven bellísimos.

Son dos actores de una compañía recién disuelta. La platea vacía, las rencillas y las recriminaciones habían arruinado la empresa. El director repartió las últimas monedas que quedaban entre las actrices y desapareció de la escena. Hubo alaridos, vociferaciones, y, al final, cada actor salió por su lado, huyó de noche de su hotel, pidió dinero prestado y se embarcó hacia Santiago.

La pareja fue la última en irse. Vivían demasiado abstraídos en su amor para preocuparse de exterioridades. Pero Juan era un hombre de recursos, de modo que en una noche consiguió juntar dinero en un bar y a la madrugada se arrancaron del hotel.

La gélida camanchaca los persiguió con sus pies ligeros y tuvieron que refugiarse en un bartucho de puerto.

En una mesa casposa, mientras él paladeaba un vaso de ginebra, y ella devoraba un bife jugoso, siguieron mirándose, y el amor les decoró el ambiente de limpieza espléndida.

Juntos, apegados los cuerpos, vecinos de un ancho brasero de latón; el amor y el deseo los taraceaba, los maceraba, los hacía vibrantes y vitales. Juan le cogió el cuello blanco, carnoso, tibio, y la besó como si quisiera marcarla con un hierro al rojo. Semejante a un oleaje caprichoso sus deseos se le subían a la enmarañada cabellera y se le desataban por las manos pálidas. Deseos de coger a Blanca, de estrecharla, de frotarla suave y ásperamente. Ansias de morder sus muslos ingenuos, sus hombros carnosos, la línea curva y estrecha de su cintura blanca.

—¿Qué piensas, por qué me miras como si tus ojos tuviesen fuego? —dijo ella.

—Blanca, ¿te acuerdas de lo que pasó cuando saltaste por la ventana?

—¡Tontín, quédate quieto; acuérdate que tenemos que tomar el barco en dos horas más!

Ella le cogió los rizos y se los tiró, mientras lo reconvenía. A cada palabra, le tiraba un poco más fuerte.

—Malandrín, gato fogoso, tú no tienes temperancia para nada.

El la miraba con sus grandes ojos pardos y expresivos y la deseaba más. Esa mujer que, desnuda, estaba a la medida de su lujuria; hablando, estaba justa para su vicioso amor por la retórica.

Blanca continuó acariciándole el cabello ensortijado, y él se entretuvo en recordar los momentos pasados. Había saltado por la ventana de guillotina y estaba en el tejado; ayudó a Blanca, y, cuando ella cruzó la valla, su falda resbaló sobre su piel dorada y dejó al desnudo la línea firme y suave de sus piernas. La atrajo hacia sí y el amor se hizo una sola fiebre en ellos. Volvieron a entrar, se despojaron de los arreos inútiles para el amor y se dieron íntegros a la pasión desatada bajo la luna leve. Juan sonrió y se dejó acariciar por las manos tímidas y balbuceantes, como gotas de lluvia.

El barco crece, y en el ánimo de los pasajeros, la idea del peligro reemplaza a la de la fatiga.

El lanchón se sobresalta frente al paredón desteñido. La gente se encoge asustada porque parece que van a estrellarse. La panza enorme, rojiza y anaranjada del barco, respira bufando; sube y baja con movimiento intrépido y anhelante. Abajo, en el hoyo, sobre el ponto chúcaro y espumoso, los hombrecitos se asustaron. Los enamorados sonrieron y humedecieron sus dedos en el agua esquiva. Blanca sintió deseos de hacerle cariño en el vientre al poderoso mamífero. Quiso pasarle sus dedos con la timidez con que se acaricia el pelaje del puma enjaulado.

Ellos estaban bien, enfundados en sus abrigos forrados, con cuello de piel —último resto de su antigua opulencia—. No sentían frío. El mundo se hacía y deshacía para sus miradas.

El lanchón logró colocarse junto a la escalerilla real y se amarró flojamente a ella.

Había que saltar, permanecer un instante bajo el agua procelosa.

—¡Que embarquen primero las mujeres! —dijo un remero.

Así se comenzó.

La primera señora, una mujercita suave y tímida, se sonrojó cuando se aprestó en la borda para saltar

A y el MAR

a la escalerilla. Le impresionó que todos se ocupasen de ella.

El lanchón subió hasta la altura de la escalera, y la señora se elevó, siendo cogida por unos marineros que la aguardaban en el otro extremo. Subió por la empinada escalerilla, y los hombres le miraron con avidez las hermosas pantorrillas.

Le tocó el turno a una hermosa rubia. Se abrió paso con el hábito de su cabellera espléndida y les sonrió a todos. Su pequeño y esmirriado marido la llevó hasta la borda. Otros brazos también la tomaron para impulsarla a saltar. El lanchón trepó suavemente hasta el nivel de la escalerilla.

—¡Ya, salta, arriba!

Pero el miedo aprensó a la señora, y en lugar de saltar, se lanzó sobre su marido y comenzó a sollozar, recriminándolo. Se la convenció, después de mucho. Nuevo intento de salto, y nueva crisis de temor, gritos, juramentos.

Pasó espeso el tiempo, y todos comenzaron a angustiarse. Las mujeres que quedaban se pusieron a llorar y comenzaron a decir que preferían regresar al puerto. Entonces, Juan, en un arresto de independencia, le espetó violentamente a la señora:

—Mire, si no salta, la lanzaremos al agua. No sea neurasténica. Hágalo, como si cruzara una acequia.

Y Juan saltó desde lo alto, sin esperar, sobre la escalera real y volvió a saltar, y así, varias veces, cual si fuese un trapecista.

La dama rubia se sonrió y prometió saltar. Todos esperaron ansiosos que el lanchón estuviese a nivel. La primera vez, el ascenso fue demasiado rápido y el lanchón subió mucho. A la segunda oportunidad, su diminuto marido la empujó levemente y la señora resbaló al mar. Se mojó apenas, pero lanzó horripilantes gritos de angustia. Medio ciega por los sollozos, fue cogida por Juan y saltaron ambos a la escalerilla. Cuando la mujer se vio en el barco comenzó a reír como un perro.

Sentados

en la proa, sobre sus maletas, junto a los trescientos chilenos que viajaban en cubierta, junto a los bultos, los animales, los cajones con muebles, viajaba silenciosa la pareja de enamorados. Silenciosos, pero no amargados; sin un centavo, pero no humillados; sin camarotes, pero señoriales, dichosos, plenos de satisfacción. El atardecer maduro y abierto bañaba de luz rojiza los mástiles, las cubiertas, la misma agua espumosa, el capricho del tiempo permitía que ahora, después de la ventisca desordenada y de las nubes bajas, un sol redondo y fulgente enterrara sus espuelas luminosas en el agua.

Algunos no atendían a la belleza del mar, porque debían cuidar sus estómagos, demasiado terrestres y encalambrinados.

Blanca y Juan —el amor, por suerte— no sintieron molestia alguna. Estrechamente unidos, cubiertos con sus gruesos abrigos y sus mantas se aprestaban para pasar allí la noche.

¿Qué importaba que no tuviesen literas, ni mozos que cuidaran de ellos; qué importaba si sus cabezas tenían que esconderse entre las mantas para evitar el agudo viento de medianoche?

En abigarrada confusión, la gente y los animales se preparaban para dormir. Todo se confundía: los niños pequeños ya dormidos y las grandes jaulas donde agonizaban las gallinas de plumaje rojo; los cerdos lustrosos y rosados y los muchachitos vestidos de blanco que pertenecían, al parecer, a un orfanato.

La oscuridad hizo que la gente se estrechara más. Algunos pampinos tenían temor. Una vieja señora hablaba de monstruos marinos y miraba con pavor la orilla vecina. Se dormía con la cara hacia el cielo y los pies hacia el mar.

—Si hay tempestad —comentó alguien— la pacotilla y nosotros lo pasaremos mal.

Se durmieron. El viento, el frío, el vaivén suave del barco, el cansancio hicieron que todos se durmieran plácidamente.

Estrellas brillantes de noche fría, abrían sus ojos azulados sobre esta población nómade. Dormían con los rostros cubiertos y los cuerpos doblados en diez recovecos.

Los enamorados, unidos, anudados, piel a piel, respiro a respiro, se dejaban llevar por la lenta danza.

A veces, en los bamboleos, la proa se quejaba adolorida, aullaba sombríamente como parturienta.

El amor florecía tibio en los jóvenes. El, hermoso y ágil, hacía papeles de galán delicado, o de marqués, en las comedias que estrenaban; ella, hermosa y de formas excitantes, hacía papeles románticos: la modistilla fatal o la enfermera casta que se casaría con el nieto del millonario. Otras veces ascendían en la escala social. ¿No habría sido él, acaso, el más hermoso cardenal que se presentara en escena?, y ella, ¿no habría servido maravillosamente, para representar a la dama de honor de la reina?

Soñaban. Sus cabezas se llenaban de fantasía, de comedia modernista. Vivían felices.

Juan se dio vuelta y siguió durmiendo. Sintió, entre sueños, la caricia suave de la piel de su amada, rozándolo, después, la tibieza de su aliento. Se dejó acariciar. Fue sintiendo que la respiración era demasiado espesa, demasiado fuerte. Entre neblinas pensó en cubrirla, quizás se hubiese resfriado. Violentamente sintió la humedad de sus labios sobre la mejilla. Casi a punto de despertar, se sobresaltó, eran labios demasiado gruesos y ásperos. Y entonces despertó oprimido, asustado. Junto a él, un chancho rosado, de líquido hocico, dormitaba inquieto. La amada, al otro lado, dormía doblada sobre sus piernas. ♥♥

El porqué del asunto

Una dama entra furiosa a la panadería y dice:

—Acabo de mandar a mi hijo a comprar un kilo de galletas y me mandaron sólo setecientos gramos. ¿Me puede explicar el porqué?

—Pregúnteselo a su hijo —responde lacónicamente el panadero.





Diariamente llegan a los hospitales decenas de mujeres que se han provocado abortos con ramas de perejil, palillos, sondas improvisadas o con cualquier otro sistema igualmente peligroso. Una vez producida la hemorragia, llegan al hospital donde los médicos generalmente logran salvarles la vida, pero no siempre pueden garantizar que vuelvan a tener hijos. Muchas otras no alcanzan a llegar al hospital y mueren en el intento de abortar la guagua que no desean.

Otras mujeres buscan el "dato" de alguna partera que por doscientos o trescientos escudos hace la "intervención"; con suerte el aborto resulta; si falla, siempre está el recurso de correr al hospital y la esperanza de que los familiares no hablen si la paciente muere.

Las mujeres con más recursos van a clínicas privadas donde los médicos llegan a cobrar dos mil escudos por la intervención que no dura más de 20 minutos. En este caso la mujer puede salir caminando y continuar haciendo su vida normal, sin problemas. Sin embargo, a pesar de todo, siempre disminuyen en un 25% las posibilidades de un embarazo normal posterior.

Un diputado chileno, Héctor Campos, presentó al Parlamento un proyecto de legalización del aborto en nuestro país. Por supuesto no es ésa la mejor solución, el ideal sería poder educar sexualmente a la población de manera que supiera los peligros de esta práctica tan generalizada, que conociera los modos de controlar la natalidad y que se hiciera responsable de los hijos que decide traer al mundo. Pero mientras no se eduque a la gente, ¿no sería mejor que todas las mujeres tuvieran, por lo menos, la oportunidad de sobrevivir cuando malamente deciden hacerse un aborto?

entre nosotras

●● En Pakistán no hay grandes yacimientos de petróleo ni de otros minerales valiosos, y su importancia económica no es muy grande; al parecer ése es el motivo de que el mundo prácticamente no sepa de los centenares de miles de muertos que está dejando la guerra civil, o más bien dicho la matanza que ha ordenado el gobierno de ese país.

La guerra comenzó por las intenciones separatistas de la región bengalí, que es una de las más densamente pobladas y a la vez la más atrasada y postergada de la república pakistana. Luego de vencer el gobierno central a los rebeldes bengalíes, comenzó una campaña de "rehabilitación" de la zona que había sido arrasada por la guerra. Pero con gran sorpresa, los periodistas invitados a reportear la operación notaron que se trataba más bien de una "operación limpieza", en que los soldados pakistanos asesinaban sistemáticamente a todos los bengalíes; su identificación es bastante sencilla, ya que los rebeldes son budistas, mientras los pakistanos son musulmanes y por lo tanto están circuncidados. De modo que los soldados comprueban la circuncisión y si no la hay, proceden a ejecutar al budista.

Y nosotros, mientas tanto, sólo recibimos escuetamente la noticia de que en Pakistán hubo una guerra y de que en ella, como en todas las guerras, hubo muertos; nada más, pues a las agencias informativas internacionales no les interesa que este problema llegue a conocimiento del mundo, ya que en Pakistán no hay intereses económicos en juego.





●● Dicen que "la moda no incomoda", y debe ser así, ya que las jóvenes chilenas, al igual que las del resto del mundo occidental, han adoptado las midis, maxis, hot pants y otras curiosidades que a los modistas se les ocurrió inventar con el pretexto de la elegancia.

Sin embargo, yo no creo que el dicho sea cierto, me imagino que no debe ser muy cómodo subir a un micro con maxifalda o pasar una lluvia con mini. El coqueto sombrerito de la muchacha de la foto tampoco debe ser muy cómodo cuando hay viento. Sin embargo, nunca faltan pretextos; las piernas se ven más largas con mini; la figura, más estilizada con maxi, los sombreros dan un aire deportivo y hasta, por qué no, hay que agradar al sexo opuesto. El motivo lo encuentran la casa de modas, la agencia de publicidad, las modelos, los diseñadores, pero casi nunca el público, ni las mujeres que usan las nuevas "creaciones" ni los varones que se supone deberían gozarlas. Todos ellos sólo acatan el dictamen de los sabios de la moda, pero quizás si fuéramos nosotras las que debiéramos decidir, andaríamos con cómodas túnicas largas y abrigadoras en invierno; cortas y delgadas, en verano.

Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestras lectoras:

LA MUERTE PIADOSA



por ELISA (Santiago)

● DI dos vueltas a la llave al cerrar la puerta. Sólo porque tenía la costumbre de asegurarla bien, ¿para qué dos vueltas, ahora? Nadie desearía entrar al departamento vacío y ¿qué podría encontrar allí un posible ladrón? Sólo las paredes desnudas, con espacios más oscuros allí donde estuvo arrimado un mueble o un cuadro colgado; y por todas partes un olor a encierro, un perfume húmedo de flores ajadas, ese olor pegajoso que quedó flotando en el aire después que se lo llevaron. Nada más. Nuestras sombras tal vez permanecerían un tiempo, sin que nadie las advirtiera.

Se atascó la cerradura, como tantas veces nos ocurrió. El siempre tenía la intención de aceitar la chapa y nunca lo hizo. Lo hará otro, seguramente el próximo arrendatario. A mí, ya no tenía que importarme.

Bajé a tientas por la escalera oscura, asegurándome bien del pasamanos para no resbalar. El mayordomo de este ruinoso edificio es un viejo maniático por economizar las luces, supongo que por cuenta del propietario o porque así es su naturaleza. Cuando se quema una ampolleta demora meses en reponerla con serio peligro para los arrendatarios. ¡Cuántas veces estuve a punto de caer cuando bajaba corriendo, a deshora, por algún remedio a la farmacia! Y, por supuesto, el ascensor estaba "fuera de servicio" como siempre, igual que las luces en la escalera.

Distraía mis pensamientos con estos detalles sin importancia, disfrazando otra idea fija que acechaba ahí en el fondo de la conciencia, dispuesta a saltar en cualquier momento como una fiera y clavar en la carne las garras de la angustia.

Al fin alcancé la calle. Las seis horas de una tarde hostil. Amarillo y gris por todas partes. Amarillentas las hojas caídas de los árboles y pisoteadas mil veces en el suelo; pálido y friolento amarillo de un último resabio de sol otoñal y que no alcanzó a entibiar los muros desconchados de nuestra calle modesta. Y en el cielo se perseguían las nubes grises precursoras de la lluvia.

Me encaminé hasta la esquina, al paradero de los buses. La viejecita que vende los diarios en su puesto frente al almacén levantó la vista del tejido y me miró un rato por encima de los lentes. Después aseguró una horquilla en su moño y volvió a la labor interrumpida.

No tenía dinero para pagarme un taxi. La verdad es que no tenía dinero para nada y para mantenerme sería imprescindible que encontrara pronto un empleo. Pero pensaría en eso mañana u otro día. Ahora estaba demasiado triste y me sentía muy sola.

No quería pensar en él y tampoco quería olvidarlo, ni hubiera podido. ¿Cómo, con esa terrible pesadumbre? El bus demoraba en llegar y la espera me dio tiempo de mirarlo todo bien,

todo el panorama de siempre, reparando en cada sombra sobre el empedrado desigual. Paisaje conocido a lo largo de tantos años de recorrer el mismo camino, pero que quería grabar bien en mi memoria para no olvidarlo nunca. Porque no regresaría otra vez.

A la distancia divisé el bus que se acercaba y abrí la cartera para tener el dinero del pasaje a mano. Mis manos tropezaron entonces con la libretita con tapas de hule. Subí y me ubiqué junto a una ventanilla. Hasta la casa de mi hermano demoraría unos tres cuartos de hora.

Con la libretita entre las manos como si fuese un devocionario, contemplaba sin verlos los árboles en la avenida, las calles y las casas del trayecto. Entretanto, trataba de poner orden en mis pensamientos.

●EL DIA anterior después del funeral, mi hermano Germán se puso en el acto a la tarea de disponer mi vida. No debería quedarme en el departamento, decidió; lo mejor sería irme por el momento a casa de ellos. Mi cuñada apoyó la invitación asegurándome afectuosamente que estarían encantados. Después, dijo, con más calma, buscaríamos una buena residencial donde yo arrendaría una pieza y organizaría mi vida de mujer sola. Entretanto, Germán haría las diligencias y trámites para que empezaran a pagarme la pensión de viudez en la caja de previsión de mi marido muerto. Adrián le había entregado los papeles indispensables poniéndolo al corriente de todo, pero sabíamos que la pensión sería muy exigua y que era indispensable que comenzara a buscar un empleo. Pero más adelante, por supuesto. Por ahora sólo tenía que descansar y tratar de olvidar. Mi buen hermano se encargó de todos los ingratos detalles del funeral para que yo no tuviera que ocuparme de otra cosa sino de llorar mi duelo.

Ya en casa hizo una lista de los muebles que irían a remate, ya que me quedaría sólo con lo indispensable para amoblar mi dormitorio. Y hoy en la mañana había venido un camión a retirarlo todo, excepto un cajón con papeles personales de Adrián que yo revisaría para ver lo que era preciso destruir o guardar.

● ● No fue otra mi intención al pedirte que vinieras conmigo, sino distraerte...

Así son las cosas cuando alguien muere. De toda una existencia queda sólo un cajón con papeles, fotografías amarillentas, documentos que ya no tenían significado, pero que es preciso revisar uno por uno.

Había pasado todas las horas de esa tarde arrodillada junto a ese cajón, examinando con cuidado los papeles que contenía. Aparte de algunas facturas todavía impagas que aparté con la vaga idea de que algún día había que cancelarlas, no parecía haber nada importante.

—Mi marido fue siempre de escasos recursos, no contaba sino con su trabajo de reportero en el periódico hasta que se enfermó. No éramos propietarios de nada, no había escrituras ni valores. Ni cartas. No era aficionado a escribirlas ni menos a guardar las que recibía. Antes, hacía tiempo, solía guardar recortes de reportajes interesantes, sobre todos aquellos de los que era autor y los pegaba sobre las hojas de un viejo libro de contabilidad. Pero unos meses antes estuvo hojeándolo y luego me pidió que lo arrojara a la basura.

—¿De qué sirven ahora estos recuerdos? —me dijo—. ¡Bota esto a la basura! No tienen ningún valor, ni siquiera sentimental.

Algunas fotografías descoloridas estaban en el fondo del cajón, junto a una libreta. Las miré una por una, antes de romperlas. Nosotros dos, jóvenes y risueños, saliendo de la iglesia cuando nos casamos. Yo, sentada en una roca en la playa, con un traje de baño pasado de moda y una sombrilla. Un grupo en traje de noche, en una fiesta. Pero "ésos" ya no éramos nosotros y nadie nos habría reconocido. Los que habíamos sido, con el gesto inmóvil eternizado en un trozo de cartulina, ya no estábamos en ninguna parte. El... se había ido para siempre y yo era absolutamente otra mujer distinta. Cuando quisiera recordar no me haría falta recurrir a las fotografías y me bastaría con invocar el pasado que jamás, por más que tratara, se borraría de mi memoria. Arrojé las fotos al basurero y cogí la libreta.

Era una libretita simple, pequeña, con tapas de hule negro. Sabía que para Adrián era una especie de ayuda memoria donde anotaba cosas que debía hacer. La abrí al azar, leyendo:

"14 de junio: Ver la obra en El Comedia. Comentar escenografía y ver a López para conseguir entrevista con el director. Retirar cheque préstamo auxilio en la caja. A las cinco, hora con el radiólogo. Consultar biblioteca "Literatura Universal... ¿Tomo? Giraudoux. Conseguir el crédito para las cortinas nuevas de Elisa. Pagar la cuenta de la luz."

¡Cuántas cosas había tenido que hacer Adrián ese 14 de junio del año pasado! Y entre una y otra diligencia, esa visita al radiólogo, que resultó tan decisiva. Ese 14 de junio comenzó algo que sólo había terminado ayer. O había comenzado mucho antes, sólo que ni él ni nadie lo sabía.

Volví varias páginas sin leer, presumiendo que entre ésas sólo podría encontrar detalles sobrecogedores. No soy masoquista y quería, sinceramente, que cicatrizaran de una vez las heridas aún abiertas en mi corazón. Fijé la vista en otras líneas; éstas tenían más carácter de diario íntimo que de agenda.

"Domingo, 22 de enero: Elisa ha salido a pasar la tarde en casa de su hermano que está de cumpleaños. Primera salida que hace en muchos meses, la pobre chiquilla. ¡Qué mala suerte la suya, tener que pasarse encerrada entre estas cuatro paredes con un enfermo fastidioso e incurable! ¡Con este calor insoportable! ¿No es lo mejor terminar de una vez y no seguir mortificándola? Pero no, no tengo valor, *sé* positivamente que no lo tengo. Y ella me cuida con tanta dedicación y cariño. Sé que me quiere pero, a veces..., ¿no deseará también ella que todo termine pronto, para librarse de mí? Todavía es joven podrá rehacer su vida... Me he fijado en cómo la mira Lucho Almazán cuando viene a visitarme trayéndome noticias de los

muchachos del periódico y... ¿no está viniendo él con demasiada frecuencia? ¿Y no se preocupa ella con más cuidado de su arreglo personal últimamente? Después de estar sentada pacientemente a mi lado por más de una hora para hacerme tragar medio vaso de leche, me acomoda la cama y parte a acicalarse todos los días cuando dan las siete, la hora en que calcula que él *podría* llegar. Y ¿no se asoma a cada rato a la ventana y descorre las cortinas? ¿Qué puede estar mirando sino ver si se acerca el auto destartalado del Lucho? Y cuando cae la noche y él no ha llegado, anda por la casa con un aire más cansado y parece que se le cayeran las comisuras de los labios con un gesto desencantado. En cambio, esas tardes en que Almazán aparece ella se esponja, canturrea en la cocina mientras le prepara un café, se sienta entre nosotros con su tejido y conversa con él. Más que yo, que después de diez minutos de charla me siento exhausto. Y son ellos los que se hablan contándose cosas, frente a mí, por supuesto y mirándome con deferencia a cada momento para preguntar esto o aquello, que yo respondo con un movimiento de cabeza. ¡Pobre Elisa! ¡Si supiera que es tan transparente para mí!"

Suspendí la lectura sintiendo un nudo en la garganta y un desconsuelo..., un desconsuelo que era inútil desahogar con lágrimas. ¿Era posible? ¿Había captado tantas cosas desde el primer momento? Pero... ¡si yo misma no sabía! Con los calmantes que él ingería y se le inyectaban constantemente, tendido en esa cama con el rostro extenuado, con esa barba crecida que lo hacía parecerse a un Nazareno... ¿Quién iba a imaginar que no dejaba de observarme, que todos mis gestos le parecían sospechosos?

Porque, a fin de cuentas, nunca hubo demasiado para sospechar. Pero en su estado hipersensible, cada gesto, cada palabra, debe haber tenido un significado que él agigantaba dejándose llevar por interpretaciones antojadizas. ¿Que Alzamán me cortejaba? Puede que sí, pero en todo caso en forma muy discreta, sin insinuaciones directas ni palabras de halago. Era sólo algo que flotaba en el aire, algo



(21 de marzo al 20 de abril)

ARIES

TU SUERTE	Día lunes. Color azul. Número 6.
TU CORAZON	Sorpresas inesperadas que te salen al encuentro en el transcurso de un viaje o actividad social. No las dejes pasar tan fácilmente.
TU TRABAJO	Nuevos contactos que te aportan cambios relativamente favorables en tu situación laboral. Es importante tu iniciativa personal.
TU SALUD	Leves síntomas de cansancio que no pasarán de ser molestias pasajeras. Estas son fácilmente remediables con una buena distracción.



(21 de abril al 21 de mayo)

TAURO

TU SUERTE	Día domingo. Color amarillo. Número 5.
TU CORAZON	A pesar de tu aparente indiferencia no puedes ocultar tu buena disposición para amar. No seas desconfiada en el plano afectivo.
TU TRABAJO	Aprovecha la oportunidad en el momento en que se te brinda, para evitar después posteriores lamentaciones inútiles.
TU SALUD	Si persisten tus dolores de cabeza no te dejes estar. Modera la actividad intelectual para darle un descanso a tu mente.



(22 de mayo al 21 de junio)

GEMINIS

TU SUERTE	Día miércoles. Color verde. Número 9.
TU CORAZON	Buena semana. Debes cuidar tal vez tu tendencia a distraer pequeños detalles que pueden defraudar un tanto al ser amado.
TU TRABAJO	Sientes una tendencia al ocio que no puede aportarte nada positivo. Vuelve a tu trabajo con energías si quieres surgir.
TU SALUD	Estado de depresión general sin causa aparente. Es recomendable ejercicio y bastante vida al aire libre para remediar este problema.

confidencias

TU SUERTE	Día sábado. Color morado. Número 8.
TU CORAZON	Atraviesas en este momento un excelente período en el plano sentimental, que puede tener influencias serias en tu vida. Ten calma.
TU TRABAJO	Puedes ser optimista en cuanto a tu trabajo. No vaciles en tomar iniciativas de envergadura para el futuro.
TU SALUD	Los dolores que crees son neurálgicos provienen casi, sin duda, de tu dentadura. Consulta al dentista, quien te diagnosticará.



(23 de septiembre al 22 de octubre)

LIBRA

TU SUERTE	Día jueves. Color rosado. Número 6.
TU CORAZON	No permitas que te gane el desaliento. La amistad es un campo que brinda insospechadas oportunidades de pasar gratos momentos.
TU TRABAJO	Semana difícil. Controla el exceso de susceptibilidad, y trata de mostrarte fuerte frente a los obstáculos. Ya vendrán días mejores.
TU SALUD	Hace días que te aqueja un malestar general. Este se debe seguramente a una mala digestión, la que puede tener muchas causas.



(23 de octubre al 22 de noviembre)

ESCORPION

TU SUERTE	Día lunes. Color celeste. Número 7.
TU CORAZON	Tu entusiasmo y dinamismo confieren a tu personalidad un brillo especial en esta semana. Estarás rodeada de cariño.
TU TRABAJO	Debes organizar tus actividades si quieres conseguir un rendimiento satisfactorio. Tus méritos son reconocidos en forma tangible
TU SALUD	No estropees tu equilibrio nervioso con excesos que sólo producen desgaste en el organismo. No duermas menos de lo que debes.



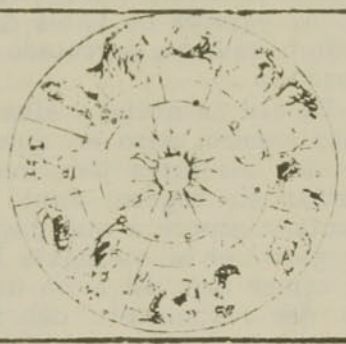
(23 de noviembre al 21 de dicbre.)

SAGITARIO



de junio al 2 de julio) CANCER	(23 de julio al 22 de agosto) LEO	(23 de agosto al 22 de septiembre) VIRGO
Día lunes. Color café. Número 2.	Día martes. Color naranja. Número 9.	Día miércoles. Color gris. Número 4.
Pequeños problemas disminuirán la armonía afectiva en el transcurso de esta semana. Debes combinar la flexibilidad con la iniciativa.	No has sabido aprovechar los encuentros interesantes, o tal vez no has tenido oportunidad de hacerlo. Compás de espera sentimental.	No desesperes si no logras inmediatamente el éxito esperado en tus proyectos sentimentales. Con optimismo se consigue más de lo que crees.
Modera tu actividad y sé más metódica en tu trabajo. Recuerda que el atolondramiento resulta por lo general negativo.	Numerosas posibilidades financieras que te ocasionarán grandes alegrías. Seguramente podrás ponerte al día en tus deudas.	Retraso leve en las tareas domésticas, pero que podría traer consecuencias desagradables. Pon más interés en las actividades cotidianas.
Careces de dinamismo. Tu ausencia de energías se debe a tu constante estado nervioso. Tienes que superarte.	Condiciones físicas muy favorables te permiten desarrollar actividades que demandan esfuerzos extras. Cuida tu estado nervioso.	Fatiga muscular. Debes procurarte algún reposo o en su defecto evitar todo esfuerzo excesivo para tu organismo.

del cielo



SEMANA DEL 20 AL 26 DE JULIO

CAPRICORNIO (de diciembre 19 de enero)	ACUARIO (20 de enero al 18 de febrero)	PISCIS (19 de febrero al 20 de marzo)
Día sábado. Color blanco. Número 2.	Día martes. Color negro. Número 7.	Día miércoles. Color rojo. Número 9.
Una intervención amistosa de alguien que sólo busca tu felicidad, te será de gran utilidad. Debes permitir a los demás brindarte esa ayuda.	Recibirás proposiciones muy agradables y halagadoras. Pero cuídate con dejarte llevar por aventuras de las que te puedes arrepentir.	Defiende tu independencia pero sin aislarte demasiado. Período de tranquilidad y estabilidad afectiva.
Posible decepción. No tomes decisiones precipitadas durante este período sin haber tomado el suficiente tiempo para reflexionar.	Confía en tu intuición y deja a un lado los consejos superficiales. Muy buenas perspectivas a mediados de semana.	Dedícate con más esmero a tu trabajo, y no lo tomes tan a la ligera. Está bien que quieras ganar más dinero, pero no descuides tu hogar.
Cuida tus riñones. Evita el exceso de condimentos en la comida. Si persiste algún malestar consulta a un especialista.	El exceso de cigarrillo puede atacar tus bronquios. Si no lo puedes dejar para siempre por lo menos disminuye la cuota diaria.	La vida sedentaria no es aconsejable para un buen físico. Camina lo que más puedas y procura no llevarte todo el día sentada.







que me decía que yo le gustaba y que la frecuencia de sus visitas a Adrián era más por verme a mí que a su amigo enfermo.

● SOLO hubo esa vez, la única que podía reprocharme y en todo caso no demasiado; esa tarde cuando después de haberse marchado Almazán, Adrián tuvo un acceso terrible de dolores y tuve que correr a la farmacia a comprar más morfina para inyectarle. A dos cuadras de mi casa estaba estacionado el viejo auto de Lucho y él inclinado sobre el motor destapado, investigaba la causa de la *panne*. Al divisarme, bajó la cubierta sobre el motor y con un gesto desalentado me habló, diciendo:

—¡No hay caso! Tendré que ir a buscar al mecánico. ¿Dónde vas con tanta prisa?

Le expliqué, sin detenerme, que debía ir a la farmacia y quiso acompañarme. Mientras esperábamos que me despacharan, hablamos de Adrián y de la angustiosa situación en que se encontraba, debatiéndose entre dolores inútilmente, esperando la muerte. Los médicos no daban esperanzas. ¿Quién podía ofrecerlas frente a un cáncer pulmonar? Sólo era cuestión de tiempo y todos lo sabíamos. Felizmente los calmantes lo mantenían todavía pero cuando los dolores eran tan fuertes como ahora tan atroces, exigían la morfina. Al salir de la botica, me dijo:

—Bueno, Elisa, ahora te digo adiós. Tienes que apresurarte y yo también, para hacer arreglar este cacharro diabólico. Pero..., espera..., me gustaría hablarte. ¿No podrías bajar unos minutos, un poco más tarde, digamos en una hora más? Te esperaré en la placita, justo frente a la botica. ¿Podrás venir?

No sé por qué asentí. Tal vez sólo porque no tenía tiempo para discutir. O por curiosidad. ¿De qué quería hablarme él? Por un momento fugaz pensé que pudiera ser de amor, pero rechacé la idea, ¡qué absurdo, en momentos como estos! Y además, ¿qué podía hacerle pensar en mí como una posibilidad?

Subí corriendo a casa. Ya arriba le inyecté su morfina a Adrián. Un momento después se adormecía, calmados sus dolores. Me incliné a decirle junto al oído:

LA MUERTE PIADOSA

—Debo volver a la farmacia, Adrián; no llevé suficiente dinero y dije que volvería a cancelar. Sólo tardaré unos minutos. ¿Seguro que estarás bien?

Asintió sin hablar, cerrando los ojos y volví a salir rápidamente: Almazán me esperaba en la placita. El mecánico había arreglado el desperfecto de su auto y lo había estacionado en la esquina.

—Sube, Elisa.

—¿De qué querías hablarme?

—De nada en particular... ¿Decepcionada?

—Solamente extrañada.

—Quería decirte lo mucho que me conmueve tu dedicación de esposa, al lado de tu marido enfermo. Tu paciencia infinita, sin jamás una queja, sin hacer alardes. Te admiro mucho, Elisa, pero vengo observándote y no puedo dejar de ver que estás desmejorada, pálida. Necesitas un poco de distracción y tienes que cuidarte, ahorrar tus fuerzas. No ignoras que te esperan aún momentos peores... No fue otra mi intención al pedirte que vinieras conmigo, sino distraerte algo. Daremos una vuelta por el parque y hablaremos, de cualquier cosa menos de enfermedades y de Adrián. Relájate, descansa, pretende que nada de lo que está ocurriendo en tu casa es cierto, sino un mal sueño, aunque sea sólo por unos momentos, ¿quieres?

—Te agradezco, Lucho, pero realmente exageras. A veces estoy fatigada, ya comprenderás, por la tensión y el continuo ajetreo, de la mañana a la noche. Pero estoy bien, te lo aseguro. Y respecto a mi dedicación, no tengo de qué alardear, sólo cumplo con mi deber. Por otra parte, sabes lo mucho que quiero a Adrián y cómo me parte el alma verlo sufriendo, condenado a morir. En lo único que pienso es en aliviarlo y...

—¿No quedamos en que no hablaríamos de enfermedades ni de Adrián? —me interrumpió—. ¡Estás de asueto! ¡Mira, qué lindo está el parque! ¿Nos bajamos a caminar un poco?

Bajamos. Dimos una vuelta en torno a la laguna y él compró avellanas a un vendedor ambulante. Consumimos el contenido del cartucho mientras caminábamos hablando de mil cosas: de mi empleo al que había tenido que renunciar para cuidar a Adrián; del único viaje que habíamos hecho, recién casados, a Buenos Aires. El me habló de su mujer, de la que vivía separado hacía muchos años, de la rutina diaria del periódico.

De pronto me di cuenta de que había pasado casi una hora afuera y le indiqué que debía regresar enseguida. Tal vez Adrián había despertado, me necesitaría y extrañaría mi ausencia.

No hizo nada por detenerme, pero en el trayecto de regreso su mano libre se apoderó de la mía. Al llegar a la placita recordé que debía comprar más alcohol y le pedí que me dejara allí. Antes de bajar, me atrajo hacia él y me besó con dulzura.

Eso fue todo. Ninguna otra cosa tenía ya que reprocharme, salvo un beso recibido sin violencia, aceptado sin prometer nada.

Al regresar al departamento Adrián reposaba con los ojos cerrados y la respiración tranquila. Al parecer no había despertado ni se había percatado de mi ausencia.

Ya era de noche y afuera estaba oscuro, pero no quise encender las luces para no perturbar su reposo. Junto a la ventana esperé a que despertara para ver si conseguía hacerle comer algo. El aviso luminoso del restaurante del frente iluminaba la habitación con fogonazos verdes y azules en forma intermitente. Y yo, con la frente pegada a los cristales, rememoraba los minutos recién pasados y reflexionaba. En mi vida, mis días y noches tristes de esposa-enfermera-criada para todo servicio. Pensaba en otros tiempos, cuando hacíamos juntos proyectos para el futuro, cuando no imaginábamos que para nosotros no habría futuro. No tuvimos hijos. ¿Qué sería de mí cuando él se fuera? Mi soledad sería absoluta. Pero sólo tenía treinta años... ¿no sería posible que tuviera otra oportunidad?

Me aparté de la ventana, avergonzada, reprochándome estos pensamientos mezquinos...

● AQUELLO había sucedido hacia tres meses. Después de esa salida con Lucho Almazán él pasó sin venir a la casa un par de semanas y Adrián se preguntaba qué le estaría sucediendo cuando apareció de nuevo. Se condujo igual que siempre, cortés, amistoso, cordial, pero evitaba encontrar mi mirada. Presumí que se arrepentía de su impulso de aquella noche.

Por mi parte, me comporté como si nada hubiera ocurrido y no me costó ningún esfuerzo porque en realidad aquel efímero episodio carecía de importancia y a nada me había comprometido. Sin embargo, ahora, leyendo las palabras escritas por Adrián ¡cómo hubiera deseado que nada, ni eso tan insignificante, hubiera ocurrido nunca!

Suspiré y di vueltas varias páginas, sin leerlas. La letra se hacía cada vez más insegura, los rasgos eran casi infantiles; efecto de las drogas, seguramente. ¿Cuándo escribía él? ¿Lo haría cuando yo salía por las mañanas a las compras? Mantenía siempre la libreta y el lápiz en el cajón del velador. Mis ojos se detuvieron en la última página escrita y leí:

"Marzo 19. Estoy seguro de estar en lo cierto. Ella salió esta noche, después de inyectarme. Cree que no me di cuenta, porque no dije nada y cuando regresó fingí que dormía. Para ir y volver de la farmacia no le hacía falta más de un cuarto de hora ¡y permaneció afuera por más de una hora entera! Seguro que lo convinieron todo esta tarde, cuando estuvo Almazán. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Almazán, mi sucesor! Bueno, debo decir que no me sorprende demasiado, son cosas que pasan. Pero es curioso, a pesar de saber que mis horas están contadas, no puedo menos que sentir



rabia y celos. Mi cuerpo se pudre lentamente, pero en mi mentalidad humana persisten todas las debilidades. Quisiera..., ¿qué es lo que quisiera?, ¿luchar contra ese rival sano y robusto por lo que es mío? Ridículo, fuera de toda cuestión. ¡Oh, si pudiera llevármela conmigo allá para donde yo voy, ignoro dónde sea! Pero no, no, no debo pensar así, no quiero aceptar estos deseos egoístas. Ella es todavía joven y linda. ¿Por qué no habría de encontrar la felicidad al lado de Almazán? Es mejor no preocuparme más, ya faltará poco para dejarla libre..., no soy sino un guiñapo humano. ¿A qué seguir mortificándola? Mientras más pronto tenga su libertad, mejor será. Hay que terminar de una vez, de una sola vez, para siempre. Hay que acelerar esto. Ella..."

Adrián no había escrito nada más. Yo seguía arrodillada en el suelo junto al cajón, anonadada por esta revelación. Recordé que más o menos desde esa misma fecha él había comenzado a empeorar. ¿O fingía? Estaba necesitando morfina casi diariamente. Cuando el médico vino a visitarlo lo acompañé hasta la puerta y él movió la cabeza, palmoteándome un hombro y diciendo:

—Paciencia, señora, paciencia. No hay nada más que podamos hacer, el mal sigue su curso. Puede seguir con los calmantes, pero trate de espaciar la morfina.

—¿Espaciarla? ¡Pero si él me la exige, de tal manera...!

Se encogió de hombros.

—Bueno, si es así... entonces inyéctelo cuando se la pida. En realidad no tiene objeto hacerlo sufrir inútilmente. Sí. Sigamos igual pero no aumente la dosis sin mi indicación. Le extenderé una nueva receta.

Y fue entonces precisamente cuando Adrián comenzó a suplicarme que le aumentara las dosis.

—Te suplico, Elisa, ¡no quiero seguir sufriendo! Es cuestión de piedad, solamente eso, ¡un poco de piedad! ¿Para qué seguir prolongando esta agonía cuando sé, cuando sabemos, que sólo es cuestión de un poco más de tiempo? Hoy, mañana o pasado, la próxima semana, ¿qué más da? Aumenta la dosis, nadie se dará cuenta, nadie lo sabrá nunca, de eso puedes estar segura. ¡Y me harás un beneficio tan grande! ¡Un secreto sólo entre tú y yo! ¡Por favor, Elisa, si me quieres, dame una dosis mortal!

Rechacé horrorizada sus sugerencias y traté de calmarlo en todas las formas posibles. Pero aquello que me proponía, no, jamás, jamás me atrevería a tomar en mis manos la responsabilidad de anticipar su muerte.

Sin embargo, "jamás" parece ser una palabra que no debe decirse ni siquiera pensarse, en relación con nuestras acciones. Ser la espectadora de sus sufrimientos sin poder aliviarlos era cada vez más intolerable. Y él seguía insistiendo cada día y varias veces al día. Si entonces hubiera sabido lo que él escribía en su libretita, habría comprendido que sólo deseaba acelerar su fin para dejarme libre y darme una oportunidad para rehacer mi vida, como él se imaginaba. Tal vez sus dolores ni siquiera eran tan grandes como quería hacerme creer. Pero de ese modo consiguió lo que quería. Que yo consintiera en hacer lo que me estaba pidiendo.

Pero entonces no lo sabía y consentí. Así de simple. Estas mismas manos que sostienen la libreta sostuvieron la jeringa, y clavaron. Convencida de estar realizando un acto de piedad consentí, aún a riesgo de la condenación del cielo; ya que de la condenación humana no hubo nada que temer. El médico firmó el certificado de defunción sin vacilar, sin sospechar nada. ¿Cómo podía despertar suspicacias algo que se esperaba que ocurriera en cualquier momento?

Sin embargo, ¡fue una equivocación tan grande! El ahora descansa en paz, pero yo... ¿cómo voy a encontrarla? Creo que tendré que aprender a vivir con este secreto, esta pesadumbre en el corazón, para siempre. O tal vez con el tiempo lo olvide todo..., ¿quién puede decirlo?

Faltaban pocos minutos para que tuviera que bajar del bus. Volví a guardar la libretita en la cartera. ¿No debí destruirla, como todo lo demás? Era como llevar conmigo el documento acusatorio, "la prueba del delito" como dicen en los tribunales, esos tribunales que me condenarían irremediablemente, si pudieran saber. La muerte por piedad, la "eutanasia" como la llaman, no está aceptada por la ley y soy culpable. Pero en fin, ¿no da lo mismo? Si no han de hacerme justicia las leyes de los hombres, mi conciencia se encargará de hacerlo, y a perpetuidad.

Bueno, la destruiré sin duda, mañana, pasado mañana, otro día. Ahora no, estoy demasiado cansada y me siento muy sola. Y estoy muy triste. ♥♥

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista

vivir mejor

es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

E° 4 N.° 1937



EL CASO ESTA CERRADO

era un delito sin testigo de cargo, sin acusación, sin demanda...

• FOTONOVELA

quimantu


"EL DESENLACE"

EL DESENLACE

Edesio Alvarado

CAPITULO IV

DIRECCION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
27 SET 1971
DEPOSITO LEGAL

LA VISITA de los carabineros dejó a Laurencia enfrentada a una situación nueva. No se trataba de una modificación en cuanto a su estado de ánimo o a su objetivo de llegar hasta la consecuencia final del crimen. Era más bien una compulsión ejercida por los acontecimientos puestos en marcha. La mujer comprendía, ahora, que no estaba tan sola como lo había supuesto la noche del asesinato, al plantearse la necesidad del desquite. No se equivocaba el sargento: "Por más desierto que parezca un rincón de la tierra, en alguna parte hay ojos que ven, oídos que escuchan"... Ella no estaba sola ni libre, como no estaba solo ni libre el asesino. "Nadie está solo al ejecutar sus actos ocultos"... De nuevo Gonzalo tenía razón.

Se había roto el secreto del crimen y su irradiación se propagaba a través de una serie de vínculos deliberados o fortuitos que terminaban por constituir una red, la misma con que ella pretendiera envolver al asesino. Y ambos estaban ahora dentro de la red, lo que obligaba a Laurencia a acelerar su búsqueda, a terminar con su espera socavadora. No obstante, aún no veía cómo, y ciertas veces el nivel de su impulso aflojaba, su decisión decaía. Acaso sería mejor dejar que los carabineros se encargaran de todo. Si ella hablaba con Galindo, la pesquisa resultaría fulminante. Y si luego la histora era relatada ante un juez, el asesino no tendría escapatoria. ¿Por qué no dejar que la red lo estrangulara sola? ¿Por qué no quedar fuera de ella, aunque después tuviera que permanecer así como ahora, inerte, casi inanimada, sin otra idea activa que esa de la muerte?

Había días en que la mujer montaba a caballo y salía más allá de sus tierras. Quizás deseaba medir la fuerza del azar colocándose calculadamente en su cauce, a ver si era arrastrada a la intersección donde se topara con el asesino. Pero cuando contemplaba aquella inmensidad sin atajo de Aysén, las moles lúgubres de los cerros que la rodeaban como centinelas, los ventisqueros ensimismados en su inmemorialidad, la avalancha del río Baker, el descuartizamiento de los últimos Andes, ante el cual toda noción de existencia se borraba y un ser humano no significaba más que una espora o un liquen bajo el silencio petrificado, sin dimensión, la mujer sentía que su convicción resultaba excesiva, que era superfluo todo acto contingente, toda perecedora porfía, y aún, que ella misma estaba de más, desamparada ahí, inútil, sin posible esperanza, siendo mejor, menos nauseabunda, la aceptación pasiva de su resto de vida.

Pero, temprano, al despertar, y en la noche, al reintegrarse a la quietud, todo era distinto.

Por las noches la reacción era más honda, casi orgánica. El vacío de Gonzalo le constituía ya un dolor somático que, en la soledad concreta de la sombra y advertido continuamente en los fenómenos, la comprimía hasta el desespero al evidenciarle una y otra vez la magnitud de su desastre y la esterilidad a que estaba condenada —un anticipado no ser— si ella no llegaba a cumplir su represalia.

Laurencia estaba siendo obligada así por su expectación ante la conducta del asesino, a ejercer una vigilia sin dirección, como en redondo, que, fuera de afligirla, la extenuaba. Esto ocurría cuando se retiraba a su habitación para introducirse entre las sábanas como a las aguas inmovilizadas de un lago. Tomaba algún viejo libro de Gonzalo, una novela. Pretendía leer, pero el contenido de las páginas no franqueaba su mente ocupada por la tensión rotatoria que buscaba aprehender algo determinado del silencio —bajo el cual hasta callaba el río— y sólo conseguía aplastarle el cerebro, en medio del campanilleo de la gran distancia.

A Laurencia le era necesario provocar sonidos, carraspear, botar el libro al piso, abrir el cajón del velador, manosear el revólver, para resignarse al fin a apagar la palmatoria y sumirse en la sombra como en una boca. Ella apelaba a su valor, siempre útil, siempre activo, pero tardaba horas en dormirse. No le servía el recurso de fatigarse durante el día. Tampoco dentro de sí encontraba otro medio para aminorar su sensación de inermia.

Por eso tuvo que recurrir a los perros. "Arcángel" y "Luzbel" vigilaban en los patios. Gonzalo había desarrollado la capacidad de su instinto, su ferocidad latente, y ambos cuidaban la casa mejor qe una persona. Laurencia determinó una noche llevarse a "Arcángel" con ella, dejando a "Luzbel" en la puerta trasera. La compañía de "Arcángel" era eficaz. No sólo su específico, vibrante, volumen llenaba la pieza. Laurencia no se había percatado hasta entonces del extremo entendimiento, de toda la seguridad que contenía la mirada del perro. Cuando "Arcángel" le clavaba los ojos y con movimientos de las orejas, párpados y nariz trataba de expresarse, Laurencia se convencía de que lograba entablar con el animal una comunicación capaz de impedir el crecimiento de la soledad. Estirado en el piso, con el hocico entre las patas delanteras, expandiendo y contrayendo los ijares, el perro erguía de pronto la cabeza, oliscaba, tendía las orejas hacia la lejanía ululante. ¿Quién era? ¿El asesino?... Quienquiera que fuese, el perro significaba la barrera, la detención del espanto.

Cierta noche, camino ya del amanecer, mientras Laurencia leía, "Arcángel" comenzó a alterarse. Se puso a gruñir, pero no con alarma. Luego de lanzar dos ladridos apagados, fue hacia la ventana. La mujer se enervó, cogió el revólver y no pudo hacer más, salvo esperar. Hasta que unos golpes en el vidrio la paralogizaron mientras "Arcángel" dentro y "Luzbel" al lado afuera daban muestras de alegría. "Enemigo no es —pensó Laurencia—. No habría golpeado habiendo luz. Los perros no se portarían así... Quién pue..."

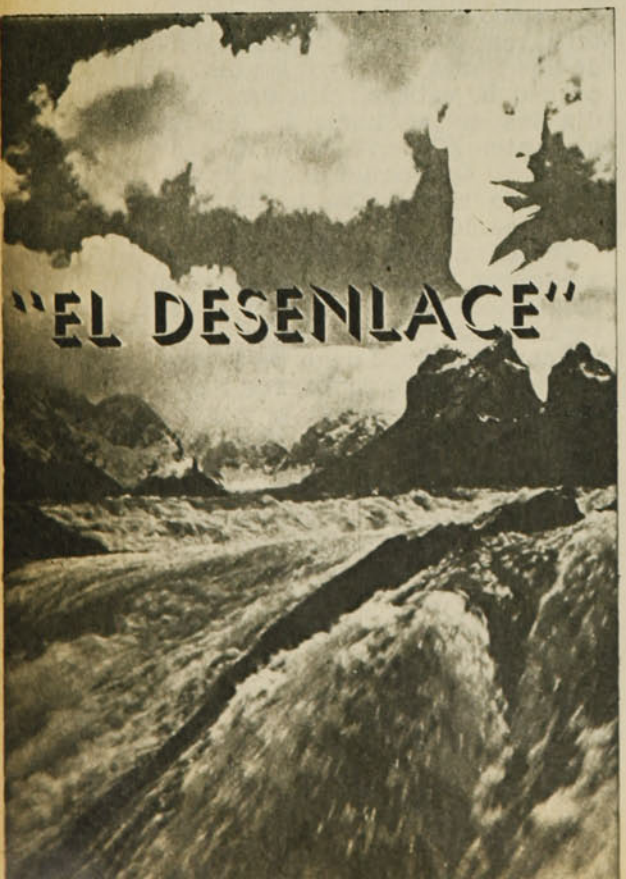
—¡Navarro! —gritó contenidamente, echándose de la cama,

mientras otros golpes y ladridos rompían por completo el cerco de la noche.

Era el cuatrero. Al levantar el visillo, Laurencia pudo ver bajo el destello de la vela el rostro vulpino del hombre. Este le hizo gestos para que apagase y abriera la ventana. Laurencia obedeció, pero su mente ya había sido impresionada, como una placa fotográfica, por los rasgos de Navarro.

El hombre estaba mucho más viejo. Su piel parecía de corcho y una cicatriz cetrina le partía una ceja descomponiendo el equilibrio de sus facciones, aguzándolas más y prestando a sus pupilas una fijeza mayor que acababa por desazonar. Su expresión despedía vestigios de fuerza, de vital dureza, pero algo en ella inducía a presagiar una trágica, final evidencia. Ese era Navarro, el contramaestre sin origen ni edad conocidos, que nunca pudo entenderse con su mundo, que había participado en el motín de un barco frente a Las Malvinas y que había derivado en bandolero a través de la Patagonia, para alcanzar más tarde el lago Buenos Aires y aposentarse, por último, en el territorio de Aysén, donde, además, era benefactor de indios y de pobres, y amigo de las personas independientes y valerosas.

—Chiit —dijo en cuanto Laurencia abrió—, que no me sientan los Payahuala. Ese Calixto puede abrir la boca después, cuando se emborrache.



—Navarro, Navarro —susurró Laurencia—, si Galindo te pillara.

—Los carabineros no me importan, señora. Yo vengo por usted. Dígame quién fue y le saco el alma de un tajo.

—¿Cómo sabes tú?

—Yo caigo del lago Cochrane. Por Herradura, Lago Esmeralda, Lago Juncal, todos saben. Los carabineros andan pasando el peine.

—Navarro, entra. Puedes dormir en la otra pieza.

—No, estaré un rato no más. Para dormir habrá tiempo cuando muera. Yo quiero que usted me dé ahora el nombre del bandido para ir a matarlo.

—No te metas en esto. Tú ya tienes bastante con los carabineros.

—Un crimen más que me cuelguen no me hará nada...

Navarro calló un instante, como meditando. Laurencia esperó a que continuara. Más tarde, al borde ya del desenlace, ella recordaría esas palabras.

—Pero yo quiero servirla a usted, vengar a Gonzalo —prosiguió el hombre—. Me acuerdo de lo mano abierta, lo gaucho que era él. Cómo voy a olvidarme de cuando me escondió esa vez que me perseguía Galindo. Les debo mi libertad de entonces, tal vez la vida... ¡Y ahora es el momento de pagarlo, carajo!

—Pero si ya nos pagaste, Navarro. Acuérdate de las cajas de balas, del whisky que nos has conseguido, de los cachorros que nos regalaste.

—Los perros... Cuánto han crecido. No me engañó el inglés del lago Buenos Aires. "Son policiales de raza", me dijo. "Arcángel", "Luzbel", los nombres raros que les puso Gonzalo... Pero así era él para todo, raro, fuera de lo común.

—Así era para todo, Navarro.

—Pero ambos congeniamos de la partida.

—Nosotros andábamos cazando, mejor dicho, conociendo el Baker, y nos topamos contigo, ¿recuerdas?... Al verte llegar, Gonzalo me dijo: "Tiene cara de hombre valiente, pero peligroso. Cuidado, yo le hablaré. Tú encañónalo disimuladamente con el rifle"...

—Y yo me acerqué quejándome de un dolor de muelas. Esa es una trampa, pero aquella vez mi dolor era cierto, palabra.

—Se te notaba. Vinimos a la casa y te dimos aspirinas.

—Y aquí nos pusimos a tomar, de eso me acuerdo bien. Entonces Gonzalo se largó a hablar de sus proyectos, mejor dicho, de sus fantasías. Contó que a él le habría gustado ser de esos antiguos buscadores de oro en California o algo así, en una vida libre, natural, sin hacerles el quite a las peripecias... Eso, ¿sabe?, eran mis mismos sueños de muchacho. Con sus palabras Gonzalo me tocó en lo vivo. Por eso creo que nos entendimos tan de repente.

—Te fuiste hasta el otro día. Nos regalaste las primeras pieles.

—Y ustedes me dieron víveres y remedios. ¿Le cuento ahora? Yo andaba entonces rondando para semblantearlos y saber si valía la pena o no asaltarlos. Pero esa noche los conocí bien, la vi a usted tan joven y bonita y a él tan animoso, que me dió no sé qué. De un rato para otro decidí que no les haría nada, que seríamos amigos. Se lo merecían por lo corajudos y generosos. Parece que lo único malo fue que vinieron a instalarse aquí un poco tarde. Esos sueños de Gonzalo tenían derecho a otro fin. Pero todos le querían, ¿verdad? Especialmente la gente pobre, los cristianos en apuros... ¿Sabe, señora? Del lago acá, esa gente me ha hecho jurar que yo los vengaría a ustedes, que despacharía al maldito...

—Navarro, te digo que no tienes por qué meterte en esto. Ya quedó en manos de Galindo, de la justicia.

—La justicia de Galindo anda muy lejos del código, señora. Además, ¿qué garantía tiene usted de que él pille al hechor? Galindo sólo se emplea a fondo cuando su interés o su odio está de por medio. Ese es mi caso, por ejemplo. El me busca hasta debajo de la escarcha porque cree que, apañándome, contentará a los colonos ricos de Chile Chico abajo, y entonces ya no

correrá peligro de que lo saquen de aquí sin un miserable ascenso.

—Sí, Galindo te odia. Por lo mismo, no debes darle más motivos.

—Ya le dije que otro cargo encima no me hace ni cosquillas, y total, Galindo me lo echará de cualquier modo. Además, yo no estoy fuera de esto. Muy cuatrero puede ser uno, pero si no es capaz de sentir gratitud y demostrarla, entonces sí que resulta un pobre tipo, un redondo canalla... Y yo no quiero serlo. Ya estoy viejo, cualquier día me van a balear los carabineros o algún traidor suelto por ahí. Yo también deseo que mi vejez o mi muerte sirva de algo, y haciendo esto por Gonzalo y por usted lo conseguiré. Como quien dice, es el último deseo de un rematado.

—Tienes un corazón muy grande, Navarro. Me han entrado ganas de llorar.

—Llore no más, doña Laurencia; afloje el alma, eso hace bien. Hágalo siempre que pueda. Y cuando quiera darse valor recuerde lo que le dice este delincuente: si necesita que se haga justicia, de la mano que caiga es lo que menos importa.

—De la mano que caiga...

—Sí, de la que sea. Porque en este caso la obligación de la justicia es doble, por lo bueno que era Gonzalo y por todo lo malo que tiene que ser el hijo de perra culpable de esto. ¡Carajo, cómo algo así va a quedar sin venganza!

—Venganza, venganza... Sinceramente, Navarro, no puedo dejar de desearla.

—Entonces, dígame, señora, ¿es cierto que no sabe quién mató a Gonzalo?

La mujer, encajonada entre la instancia de Navarro y la predisposición a la sinceridad que le habían despertado sus palabras, semejantes a pequeñas descargas salidas del centro de la sombra, estuvo a punto de confiarse al hombre que inesperadamente surgía para servirle de última carta. Pero una vez más la retuvo su determinación inicial, y sólo repitió a Navarro lo adelantado al sargento.

El cuatrero meditó un instante. La mujer no podía verlo, sólo escuchaba su jadeo, el que ella sentía armonizar con el resuello de los perros y hálito expelido por la vegetación, por las aguas nocturnas, por la vastedad terrestre, como si constituyeran el ritmo de una fuerza que pretendía empujarla adelante, hacia el desenlace que ahora Navarro también se había fijado.

—No importa —murmuró el hombre de pronto—, con esto me basta. Yo conozco mejor que los carabineros estas tierras. Buscaré, rastrearé. Algo de zorro y de lobo tengo, dice la gente. Ahora lo voy a probar. Daré con él no más. Daré con él, es fácil. Hay caras nuevas entre los colonos de las parcelas que el Fisco entregó al último. No cuesta nada estudiar a los hombres cuando no saben que uno los vigila. Además, siempre hay un dato que alguien suelta, un rastro que asoma en un recodo... Y usted, sabe, señora, nadie engaña a Navarro. Ni los enemigos ni los amigos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque usted tampoco me engaña. Al asesino lo conoce tan bien como su mano. Esta muerte es muy rara, ¿sabe?... No fue por robo ni cosa de loco. Esto es cosa del odio, de una deuda que viene de atrás, cuando ustedes estaban en el Norte.

—Por Dios, Navarro, pronto me va a dar el nombre...

—El nombre del bicho ése no me importa, lo averiguaré. Y cuando aparezca por ahí con las tripas a disposición de los gallinazos, va a importar mucho menos... ¿Contra quién podrá cargar Galindo entonces? ¿Contra mí, que en las apariencias nada tengo que ver en esto? ¿Contra usted, que no puede tener cara de sospechosa? Tampoco quedarán pruebas, y yo me guardaré el secreto que usted no me quiere decir... Ahora me voy, señora, pero sepa que yo la cuidaré, que estaré rondando por aquí hasta que el asunto quede terminado. Si me necesita para algo, póngame una seña en la sepultura de Gonzalo, un ramo de verde en la cruz de alerce, por ejemplo. Esa misma noche me tendrá acá, tal como hoy.

—¿Y no quieres llevarte nada? ¿Una botella de algo, dinero?

—Cuanto menos cosas lleve encima, menos peligro hay de que se me caigan o de que otros me las vean y averigüen mis pasos. Y vaya a saberse si a usted misma no le pueden hacer más falta. De aquí a la frontera tengo buenos amigos y nada más preciso... Si hay temporales, vendré a dormir a la pesebrera.

—Muchas gracias, Navarro. Buena suerte... Cuando pase todo, tienes que venir.

—Sí, cuando pase todo...

El cuerpo invisible se alejó. La manta produjo un roce apagado en la pared, y el silencio volvió a llenar el aire como un gas, tragando al cuatrero, a los perros, al río.

La mujer permaneció inmóvil pero estremecida. La visita de Navarro la había sacudido a un grado extremo, al restituirle de golpe su tiempo crucial con Gonzalo, e intuía que esto le iba a producir una reacción diversa a todo lo anterior, que sería determinante del resto de su trance. En el instante, sólo tomaba en cuenta las palabras de Navarro: "Llore no más, doña Laurencia; afloje el alma, eso hace bien"... Hasta que se puso a llorar. Era la segunda vez, desde la muerte de Gonzalo, que lo hacía teniendo conciencia de la significación de su llanto. La mujer sabía que al final iba a quedar limpia, descongestionada, pero también martillaban en su memoria otras palabras del cuatrero: "No importa de qué mano caiga la justicia... No importa de qué mano"...

Navarro había dado razón, fuerza a su impulso. Además, la visita del hombre aclaraba las cosas. Ahora sí que los acontecimientos se precipitaban. ¡Ya no era el mero husmeo del rastro. Era una cacería donde tres manos buscaban por su lado ejecutar su propia, intransferible justicia. La red se cerraría más pronto de lo supuesto, y entonces, ¿podría ser que ella, la principal interesada, la agredida, quedara fuera de la red, inutilizada en lo que más podía incumbirle?

Ahora, enfrentada a su propia

y desvelada lucidez, a la noche directa que la hacía escrutarse sin tregua ni escrúpulo, se dio cuenta de que ninguna vacilación podía excusarla ya de lo que entrañaba el deber de vindicación de Laurencia Benavente. Tenía que mantenerse en el rastro, prevenirse para la acción, adelantarse a Galindo y a Navarro.

Porque Laurencia Benavente era una gran mujer, una entera mujer, al decir de todos, y esa mujer, sin quebrarse, sin descomponerse, se había hecho un propósito junto al cuerpo de su marido muerto, transformándolo en una sentencia cada despertar y cada noche. "Gonzalo, Gonzalo, por ti tengo que hacerlo"..., se decía Laurencia, llena de un sentimiento inédito, y entonces comprendió el carácter que iba a tener la reacción cuya génesis la había alertado al despedirse Navarro. Sabiendo pues que eran inútiles, excluyó en definitiva toda prescindencia en su emoción, todo amortiguador en su memoria.

"Oh, Gonzalo, Gonzalo"..., alcanzó a repetirse antes del torrente.

(..."Gonzalo, Gonzalo, dime, quién soy yo ahora. Créeme, no me reconozco. ¿Cómo es posible que yo, una muchacha que conoció todas las satisfacciones de la juventud, del dinero, esté convertida en una mujer amargada y ruda, entregada a su suerte en una tierra sin misericordia, rodeada día y noche por la muerte, pensando y escuchando sólo propósitos de muerte?... Cómo me han cambiado unos pocos años aquí, en esta existencia. "La existencia determina la conciencia", decías tú, y es cierto. Pero qué cambio, qué alternativa puedo esperar ahora. Aquí estoy, sola, condenada a esta vida, poniéndome vieja, sin otro objeto que el de vengar tu muerte... Y cuando esto suceda, ¿qué? ¿Podrá tener sentido lo que me resta por vivir?... Ah, Gonzalo, tú me trajiste a esta tierra, pero de nada te culpo, tampoco me arrepiento. Lo hicimos juntos. Lo hice yo voluntaria, deliberadamente, tal como hice cuánto me pedías... Así fue lo nuestro. Me enamoré de ti y asunto concluido. Te lo repito, no me arrepiento. Presiento, en cambio, que de cualquier otro camino que hubiera tomado después de la ruina de mi padre, me habría arrepentido más tarde. Contigo no pasó eso, no pudo pasar. Te debo tanto, Gonzalo. Te debo mi plenitud genética. No tuvimos hijos, es cierto, pero ése fue un asunto aparte. En compensación, contigo desperté, conocí el frenesí. ¿Te acuerdas cuando me leías a Wolfe, "el frenesí, el frenesí"?... Ah, Gonzalo, si yo te hubiera conocido antes, en la Universidad, por ejemplo, me habría enamorado instantáneamente de ti, me habría entregado como loca, sin recato, y si ya entonces hubieras proyectado huir conmigo a una tierra desconocida, te habría seguido tal como lo hice más tarde. Tiene poco sentido esto, pero quiero significarte esa adhesión casi visceral que experimenté por ti desde un comienzo... Eramos complementarios, armonizábamos dentro de nuestras diferencias, "producíamos la unidad de los contrarios", como solías explicar. Cuando tú llegaste al pueblo, yo me encontraba tan vacía. Con la ruina y la muerte de mi padre, y luego con la frustración maniática de mi madre, yo estaba cerrada, no quería sueños, no confiaba siquiera en las posibilidades legítimas de mi juventud. Esperaba sólo una oportunidad práctica, una transacción con un hombre que me sacara del pueblo, de la amargura de mi madre, por quien a veces llegaba a sentir atisbos de odio. Qué porvenir, ¿verdad?... Y en eso llegaste tú, con esa vitalidad y ese desparpajo que aventabas a tu paso. Gonzalo, yo te lo dije muchas veces, y no por usar la frase, créemelo, nunca había conocido un hombre así. Ahora creo que pocas mujeres lo habrán conocido. Eras singular, insólito a veces. Si en verdad hubieras tenido talento literario, habrías salido adelante, estoy segura. ¿Recuerdas lo que me dijiste, apenas en nuestra segunda conversación?... "¿Y qué hace en este pueblo muerto, entre esta gente bovina? Usted no es de aquí, no lo será nunca. Tampoco es profesora, no siente el oficio. Usted pertenece a otro medio. Váyase a un lugar donde valga la pena vivir... ¿Por qué no sueña? O, mejor dicho, ¿por qué no se atreve a hacerlo? ¿Qué le han hecho?...". Me dejaste boquiabierta. Y no bien me reponía, ya estabas poco menos que obligándome a contarte mi vida, mi pequeña vida. Curioso, no me sentí confusa ni tonta contigo. Luego comenzaste a confiarte tú, cuando yo te pregunté: "¿Y usted, qué hace aquí? Si yo no parezco maestra, menos parece usted contratista de caminos"... Y siendo tan diverso tú, encontré, sin embargo, una afinidad entre nosotros que me pareció simbólica. Tu familia, como la mía, estaba dispersa, te era indiferente. Tu carrera, como la mía, se había truncado. Y de qué manera. Cuando me contaste la historia de esa mujer erotizada que te hizo abandonar tus estudios de ingeniería química en C..., me pareció falsa, absurda. "Es increíble", te dije... "¿Le parece increíble? —me contestaste. Y agregaste—: Nada d e b e parecernos increíble, nada absurdo o a r t i f i c i o s o. El azar maneja una dialéctica tan endemoniada que las cosas llegan a parecernos extraordinarias sólo porque nos coge desprevenidos la velocidad con que se desarrolla un proceso determinado. Esto parece latoso, pero en el fondo resulta apasionante. Yo sólo quiero decirle que las consecuencias del azar las he experimentado en carne propia, casi a conciencia"... "Las consecuencias del azar", cuánta razón tenías, Gonzalo. De qué manera las fuimos sufriendo después en nosotros. ¿Sabes? Yo, podría repetirte casi a la letra tus conversaciones de entonces. Todo lo recuerdo, tu expresión, tu énfasis. Cómo podría olvidar tu aventura de la Universidad, por ejemplo. Oh, Gonzalo, no es ilusión, no. En este momento es tu voz la que me llega como aquella vez ante el camino, mientras yo callaba, perpleja, sin saber si te burlabas de mí o convertías en sarcasmo tus viejos dolores: "Laurencia, escuche mi historia, una historia como



debe ser, hasta con moraleja: "Erase un estudiante de ingeniería que —únicamente por azar— fue a vivir a una pensión donde la dueña, una mujer delgada, mayor que él, una mujer que sin duda no le esperaba, una rara mujer que estaba a solas, a ciegas junto a su corazón, se puso a mirarle, a recitarle versos de Whitman y Neruda, a contarle aventuras estrafalarias, hasta que una tarde le besó las manos y le dijo: "Estoy como de rodillas ante usted"... "¿Y su marido?", le repuso el estudiante... "Mi marido está lejos, en el Norte. Odio sus ojos mudos, su mirada blanca"... Entonces la mujer y el estudiante se aferraron de una manera que nadie imagina. ¿Qué sintió el estudiante? Creyó acaso aquél el gran amor, el sueño, el fantasma que perturbó su adolescencia. Dejó los compases, la trigonometría. Hizo cuanto le pedía la mujer a raíz de lo cual los demás, se dieron cuenta, el hijo de ella, la mucama, que moría de celos, ya que el romance desembocó en una mecánica sexual que era practicada noche y día, en cualquier parte, con diversos pretextos y en las más extrañas circunstancias. Era la perdición. Los pensionistas huyeron de la casa, ante lo cual el estudiante la repletó de amigos, con quienes celebraba francachelas en torno de una timba... ¿Qué podía esperarse sino el rayo? De pronto el marido regresó, no del Norte, sino de la cárcel, con lo que todo se convirtió en un caos. Hablaron el hijo, la mucama, ciertas tías, y aún así aquel hombre jugaba póquer por las noches, prestaba dinero al estudiante, mostraba ostensiblemente el bulto de un revólver, hasta que la mujer decidió huir, esconderse en un hotel de la estación, adonde el estudiante llegaba despistando al marido. Una noche ella le dijo: "En Santiago seremos felices", y al otro día ambos partieron dejando todo impago y aquel marido así inmolado, con un enorme palmo de narices... En justicia, ella amaba la vida, le gustaban la música, las cenas a lo largo de la noche. Andaba buscando cómo revivir, con lo que fuera, un beso, un verso, un disparate que la salvara de las horas inútiles. El callaba entretanto, aprendía, seguro de que más tarde la hoja se daría vuelta. A él le habían puesto una mujer al alcance de la mano, y, ay, hizo del amor el centro de todo, como si después no fuera a haber nada sino la boca hambrienta de ella, nada sino sus muslos locos y esos sueños banales de ser artista, literata, de decir grandes cosas, de no morir así, de muerte propia... Hablaban. Aprendían en un teatro universitario que nacía, y sólo cuando regresaban a su cuarto, al erotismo del amanecer, comprendían que algo se iba sin remedio, mientras él le besaba los senos diciéndole con enorme certeza: "Marina, te voy a querer siempre"... y, oh, Dios, ella lloraba ante un espejo porque sabía mucho más... Pero vaya a comprenderse qué es la vida. Faltó el dinero. Se pasaban las tardes en disputas. Ella lo celaba. El descubrió al marido en una esquina. Un aire de agonía se acercaba. Se pegaban con mutua aceptación. Era la cara de la moneda que él no conocía. Ella lo insultaba. Lo amenazaba con matarse. Así fue que una noche, una de esas noches de la muerta esperanza, cuando ella, la extravagante, la sexual, le decía, como siempre: "Oh, Gonzalo, sólo contigo en el mundo"..., él decidió abandonarla. Ella le disparó un zapato. El salió. Cerró de golpe. Un estampido llameó a quemarropa sobre su corazón. Y no volvió a verla nunca más"...

"TU relato me dejó atónita. Nunca había escuchado un lenguaje así, tan desarticulado y, sin embargo, tan ajustado a esa sucesión de distorsiones.

"...Verá usted, Laurencia, lo que siguió no fue tan insólito, como complicado. Constituyó el tiempo del "parpadeo", como le llamábamos a una época sin trabajo, casi sin dinero, de un continuo amanecerse, beber, discutir sobre arte, y literatura, entre algunos escritores y pintores en cierne. Yo logré sólo escribir tres cuentos. Uno de ellos ganó un concurso, otro lo publicó un diario y el tercero fue incluido en una antología de esas llamadas de "nuevos valores". Y aparte de eso, nada, nada hasta ahora mismo. ¿Ve? Estoy igual que mi antigua amante de la pensión. Ojalá que no envejezca como ella, delirando tan lastimosamente... Usted también me ha dicho que tampoco parezco lo que soy. Se trata de esto, precisamente. En el fondo, y por alambicado que resulte decirlo, aún quisiera ser escritor. Creo que tengo algo que decir. Los años me han enriquecido y mi oficio me permite una vida independiente, disímil. Teniendo caminos, conozco este país desde el Lluta al canal de Chacao, y trato a los hombres de la más diversa condición. Trabajo con seres duros, temibles a veces. He visto a un palero partirle en dos, como una sandía, la cabeza a otro por una simple discusión, pero también he visto a mis obreros asistir a un compañero accidentado con devoción casi femenina. Creo que puedo decir con alguna propiedad que sé en buena parte por qué los hombres se odian y por qué se rebelan y luchan y son perseguidos... Y aquí me tiene, haciendo un camino en este pueblo, al que llegué por azar, y en el que, también por azar, me he encontrado con usted"...

"GONZALO, si antes me habías dejado atónita, ahora me encontraba insignificante a tu lado. Hasta ahí me conside-

raba culta, pero contigo me di cuenta de mi limitación. "Tengo que ser otra —me dije— si quiero interesar a este hombre". ¿Y qué era por entonces Danilo? Sólo una desvaída figura en las montañas, una voz distante cuyo timbre me fastidiaba. Tú nada sabías de él, naturalmente. Pero yo me percataba de que ese matrimonio era imposible. Ya me estaba resolviendo al todo por el todo frente a Danilo y mi madre... Ah, mi madre, pobre mujer acobardada. Ella sí que temblaba por la suerte de mi noviazgo con Danilo. De algún modo se daba cuenta de las cosas y le aterraba la posibilidad de que Danilo viajara al pueblo o que alguno de sus hombres le llevara el cuento. Una noche me lo dijo, pero no autoritaria, no soberbia, como antes. Lo hizo, casi rogándome, adivinando tal vez mi decisión. A mí ya nada podía importarme. Estaba dispuesta a mandar todo al diablo por ti. ¿Y te lo probé, no es cierto? Te lo probé cuando entraste a la casa... "Otra vez el azar", dijiste, y en verdad fue un azar el incendio del hotel del pueblo... Ah, Gonzalo, si tú hubieras visto a mi madre cuando le sugerí que te arrendáramos un dormitorio, te habrías arrepentido de inmediato. Primero, se puso furiosa. Me habló de la familia, del pasado, del honor, es decir, de cuanto en mí ya había muerto. Luego me amenazó con el propio Danilo, y por fin, rompió a llorar calculadoramente. Pero yo me impuse. Después de todo, con mi sueldo vivíamos, y así se lo repetí hasta que logré herirla de veras. Seguramente comprendió que su sueño con Danilo se había perdido y que, a lo mejor, tú bien podías resultar otra esperanza. Le gustó tu apellido, y luego tú mismo le agradaste, cuando ya la casa estaba llena de tu presencia.

"¿Cuándo comencé a entregarme a ti? Qué extraño, lejos de recordarlo nítidamente, no lo establezco con precisión. Fue como el tutearnos. Los hechos íntimos de ese tiempo siempre se me han presentado como dentro de una nebulosa ardiente, rodeada de cierto hálito de irrealidad. Percibo sí vivamente ese aire de clandestinidad, de ardor adolescente que se desprendía de nuestras relaciones. Tú no averiguaste por mi virginidad. Nunca aludiste a eso. No sabes cómo te lo he agradecido siempre... Hasta que sobrevino esa noche en que mi madre me sorprendió saliendo de tu dormitorio, casi al amanecer. Eso sí que está vivo, en la superficie de mi memoria. Tú no te enteraste inmediatamente, porque mi madre quedó muda, esperó la mañana, y en el pequeño salón de cortinas fucsias, entre sus actos transparentes, bajo los retratos de nuestros muertos, me enfrentó, pero sin la furia que yo esperaba, sin el antiguo orgullo, más bien con una expectación ingenua y lastimera, como esperando que yo me arrepintiera, que echara pie atrás contigo, y todo se deshiciera antes del regreso de Danilo. El odio hacia mí, su decepción, su amargura sólo estaban en los resabios de su acento y en el fondo de sus ojos... "Una vez te dije —comenzó— que no se siguen los consejos, sino los impulsos, y nuevamente enfrentamos esa situación. Pero ahora es más grave. La vida en esta casa no puede ser ya la misma. Yo no podría soportarla. Lo que tienes que decidir es definitivo. En tus manos está la suerte de mi vejez. Si yo estuviera en tu lugar, pensaría que con la misericordia de Dios todo puede arreglarse, olvidarse"... Pero yo la interrumpí. De un golpe, le dije: "Tú sabes, mamá, lo que tengo decidido. Has logrado verlo anoche. Con Danilo nada es posible arreglar ya, no quiero arreglar nada, y si la vida aquí no puede ser la misma, me iré sencillamente. Esta casa es tuya. Yo arreglaré las cosas para que nada te falte"... Ella calló, después dijo que no volvería a hablarme y se encerró en su dormitorio. Entonces recurrí a ti. Con qué aplomo lo consideraste todo, como si lo hubieras estado esperando. Y aquella escena con mi madre sirvió, por otra parte, para que toda tu capacidad de soñar se liberara... "Nos casaremos —dijiste—, nos iremos de aquí. ¿Sabes? Yo siempre he soñado con el Sur, con Aysén. Ser minero allá, colonizar, llevar una existencia donde a lo mejor pueda escribir. Por otro lado, sé bastante de minas, y con mi padre o amigos de él llegaría a disponer de cierto dinero y relaciones para asociarme. Tengo allá un amigo que puede aconsejarme. Le escribiré. Por último, de hambre no moriremos. Lucharemos, daremos utilidad a lo que nos queda de juventud y de esperanza. No podemos envejecer así no más. La edad no sólo degenera los tejidos, los órganos. Degenera también los sentimientos. Nada más que una vida verdaderamente libre puede precavernos de esta corrupción"... Entonces se apoderó de mí un frenesí, barrió con mis prevenciones y, contenta de poder abandonar una profesión que no sentía, me dejé llevar por ti. Pero todo se precipitaba. Alguien había alertado a Danilo, y éste llegó al pueblo, se presentó en la casa. Al regresar de la escuela me di cuenta. Estaba con mi madre en el dormitorio de ésta. Ella siguió encerrada y yo tuve que encararlo a solas. También de un solo párrafo se lo dije todo. El empalideció y luego, poco a poco, un efluvio de sangre le ascendió del cuello hasta la raíz del pelo. Cuando pudo recuperar la voz, me dijo: "Las mujeres que hacen esto tienen un nombre. En la tierra de mis padres usted habría tenido otra suerte"... Sin agregar más, se fue. Yo temí una agresión en contra tuya. Por eso te rogué calma cuando tuve que enterarte de todo. Y una vez más me sorprendiste. Simplemente te echaste un revólver al bolsillo y me dijiste: "A nuestra novela le faltaba este elemento. Veamos cómo salimos del asunto. Todavía estoy muy joven para ir a la cárcel o al cementerio"... En cambio, Danilo me decepcionó, si así puede decirse. Yo esperaba un desafío suyo, una provocación. Pero no te enfrentó y se dio al pobre recurso de emborracharse y vociferar por las noches en los burdeles o las calles apartadas. Así llegó el día de nuestro casamiento. ¿Recuerdas?... Todo el pueblo sabía lo nuestro y más de cien personas rondaban por el Registro Civil. Hasta que salimos de allí y un grito de loco se sintió en la calle. Era Danilo. Danilo ebrio y furioso que me insultaba. Yo tuve miedo, perdí mi dominio, entré al Civil. Y ahí, cuando tú lo enfrentabas, él disparó. Una, dos, tres veces... Oh, Gonzalo, yo adentro lloraba, gritaba, te creía muerto. Gracias a Dios, él erró. Pero tú no. Al repelerlo, le heriste el hombro y le volaste dos dedos... "Desgraciado —te gritó cuando ya los carabineros lo cogían—, me pagarás esto!... ¡Te mataré aunque pasen veinte años!"...).

(Continuará)



EL CASO ESTA CERRADO

•••

Era un delito sin testigos de cargo, sin acusación, sin demanda...

▶

AÑO XXXIX - N.º 1.937
27 de julio de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE (Cap. IV) 2-8

CUENTOS:

EL CASO ESTA CERRADO
Era un delito sin testigo de cargo, sin acusación, sin demanda 9-16

FOTONOVELA:
La última oportunidad 17-24

EL CUENTO DE LA SEMANA:
LOS PRIMEROS BESOS (Gorki) 25-29

Confidencias del Cielo 28-29

DE MADRE A HIPPIE
Fui capaz de hacer grandes locuras para recuperar a mi hijo 30-35

ENTRE NOSOTRAS 34-35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.

Tarifa Reducida N.º 8.876.

● El doctor

Ospina viene a verme todas las mañanas después del desayuno. Si yo fuera su esposa, seguramente la gente del hospital nos permitiría desayunar juntos. Pero no soy la esposa de Renato Ospina. Estoy casada con otro hombre.

En lo que al mundo se refiere, no soy más que la enfermera ayudanta del doctor Ospina. Pero no quiero lamentarme de esto. Nunca lo hice y ahora ¿para qué?

Sólo sigo simulando ante el mundo, lo mismo que Renato, que sus visitas son meramente amistosas o profesionales y que el único interés que él tiene en mí es el de un médico por su enfermera..., una enfermera que está gravemente enferma.

Cuando entra a mi pieza, hablamos sobre sus pacientes:

—El anciano de la sala siete se está poniendo tan mañoso y exigente —me decía, por ejemplo, sonriendo—, que puedo apostar a que se siente mejor.

O bien:

—Y la señora Martin, del pensionado, ha comenzado a maquillarse otra vez. También es un buen síntoma.

Otras veces me trae saludos de algunos enfermos que me conocen y consultas de Sara Lagos, que tomó mi cargo como enfermera auxiliar en su oficina.

Ni siquiera fingimos creer que Sara se encuentra allí transitoriamente. Ya que hemos sido siempre tan sinceros mutuamente, no vamos a ser deshonestos ahora, cuando estoy tan cerca de la muerte.

Así es. Hace dos meses, después que el médico-jefe del Servicio de Broncopulmonares me sometió a toda clase de exámenes y pruebas de laboratorio y luego de haber sostenido él con Renato una larga conferencia privada sobre los resultados, fue el mismo Renato el que quiso hablarme con toda franqueza.

—¿Por qué esperaste tanto para consultar al médico? —me preguntó en un tono entre encolerizado y desesperado—. Tienes que haber sabido que algo andaba mal desde hace tiempo y, sin embargo, no se lo dijiste a nadie. ¿Qué demonios pretendías conseguir?

—La verdad es que no me imaginé estar enferma, Renato —expliqué—. Lo único que sentía era esa sensación inconfortable aquí en el pecho..., eso fue todo. Pensé que desaparecería sola.

En ese momento aún ignoraba el resultado de los exámenes. Pero la mirada que vi en los ojos de Renato me estaba diciendo que debería esperar lo peor. Oh, yo conocía bien esa mirada, la había visto antes, esa mirada de exasperación que él tenía cuando estaba perdiendo un paciente al que no podía tolerar perder. Esa expresión de frustración, ira e impotencia contra un enemigo invisible que derrotaba todos sus esfuerzos en su batalla contra la muerte.

Aspiré profundamente, confiando en mantener la firmeza en mi voz; no quería revelar el miedo que estaba sintiendo.

—Entonces..., parece como que es cáncer. ¿No es eso, Renato?

Bruscamente la ira desapareció de sus ojos.

—Sí —respondió en voz baja, con profunda pena.

Cogió mi mano entre las suyas y se cubrió con ella los ojos.

—Oh, querida mía, perdóname por haberte gritado como lo hice recién. Parece que cada

vez que debo entrentarme con algo que no puedo tolerar, me desquito gritándote. Perdóname, Valeria.

Sentí la humedad de las lágrimas en la palma de mi mano. Las lágrimas de Renato.

—No estés triste. No importa que me grites. Al menos significa que te importo. Al menos sé que este pilar del hospital, el importante doctor Renato Ospina, me ama. Hay tantas personas que viven hasta los noventa y a nadie le interesan. De modo que, ya ves, yo soy... afortunada.

Al poco tiempo el especialista doctor Rudolphi me hizo ingresar a Cirugía. Después, Renato fue franco conmigo acerca de eso también. El tumor era inoperable. Pero yo estaba preparada para eso y pude aceptarlo serenamente, al menos en apariencia.

Fue el doctor Rudolphi quien se encargó de decírselo a Francisco, mi marido, y a mi hija Belinda.

Por eso Renato Ospina viene cada mañana hasta mi cabecera, trayéndome cortos mensajes alentadores. Se sienta al lado de mi cama y hablamos tranquilamente. Como solíamos hacerlo después que nos hacíamos el amor. Nos entendemos el uno al otro perfectamente. Nos amamos.

Ahora seguimos entendiéndonos, aunque no nos hagamos el amor. Cuando él se va, me quedo yaciendo sola en esta cama de hospital, con este tumor maligno que crece y crece, apoderándose de mis pulmones. Y lo sigo con el corazón y los pensamientos.

Por la tarde vendrá mi hija y traerá tal vez a Francisco, para acompañarme hasta que me quede dormida.

Pero ahora estoy sola; sola, para pensar y recordar el pasado. No me quitan lucidez las drogas que me dan para el dolor. Y tal vez sean esas drogas las que me hacen sentirme resignada con la muerte que me espera, aunque no con tener que renunciar a aquellos que amo. Y seguramente es también la droga la que me hace recordarlo todo de manera tan vívida que es como si estuviera viviendo de nuevo cada momento...

● El joven

doctor Renato Ospina iba en camino de convertirse en un importante especialista en cardiología cuando yo entré como estudiante de enfermería a hacer mi práctica en el Hospital Clínico Universitario. Casi todas mis jóvenes compañeras solían enamorarse más o menos en serio de cada uno de los doctores que encontraban atractivos; y el doctor Ospina tenía algo más que una cuota regular de admiradoras, aunque nunca se permitía bromas del estilo que solían hacer los demás médicos. "Siempre es tan serio", se quejaba conmigo una de las muchachas, "siempre tan profesional". Y aunque era amable y simpático, estábamos todas seguras de que nunca se había fijado en cuál de las estudiantes estaba ayudándole y que no sabía ni siquiera cómo nos llamábamos. Pero él esperaba de nosotras la mejor de las colaboraciones y todas procurábamos estar a la altura de sus expectativas.

Al principio yo solía pensar que él tenía un carácter apacible. Por eso me sobresalté terriblemente el día que poco menos me ladró, cuando me encontraba haciendo las anotaciones en las fichas médicas a mediodía.

—¿Es demasiado pedir que las fichas se encuentren en su lugar cuando entro a hacer mi visita a las salas? —gritó ásperamente, arrebatándome la ficha que tenía en la mano.

•• "Y usted, ¿qué sabe? Oh, no diga nada, no siga... ¿Para qué ha venido aquí? ¿Por qué no me deja solo?"

Nunca había visto a otro doctor exhibiendo tal manifestación de cólera injustificada, y me asusté. Garabateó una observación en la ficha y la arrojó después con violencia sobre el escritorio. Volviéndose sin añadir otra palabra, se retiró pisando fuerte hacia el ascensor.

Lo seguí con la vista terriblemente nerviosa, porque obviamente estaba furioso conmigo. Este



no era nuestro sereno doctor Ospina; no lo habría creído capaz de demostrarse tan violento por una insignificancia.

—No te incomodes —me dijo la señora Sardi, nuestra enfermera jefa.

Se había acercado a mi escritorio a tiempo para ver la escena.

—El no está enojado contigo —añadió.

—Oh, yo creo que estaba furioso, y si no conmigo, ¿con quién?

—Está encolerizado contra el destino, con los designios del cielo, que nadie puede cambiar —respondió ella—. Ya ves, uno de sus pacientes acaba de morir. En la opinión del doctor Ospina, era demasiado joven para morir, pero... era una de esas personas que no responden al tratamiento. El lo ensayó todo para salvarlo y, como habrás notado, a él no le gusta ser derrotado. Y en todo caso, siente como si en cierto modo fuese el culpable.

Suspiró.

—En cuanto a ti, Valeria, no te preocupes. Estoy segura de que el doctor se disculpará mañana.

La señora Sardi miró mis manos.

—Pero, criatura, si estás temblando. ¿Qué tal si te vas al casino y tomas una taza de café? Cuando termines con las fichas, por supuesto.

—Ya estoy terminando —dije—. Y me gustaría salir un rato del servicio. Gracias.

Estaba sacando un cigarrillo del bolsillo interior de mi delantal blanco, mientras empujaba

EL CASO ESTA CERRADO



la puerta de vaivén del casino del personal. Me detuve bruscamente. El doctor Ospina estaba ahí, sentado frente a una mesa justo a la entrada. Retrocedí en el acto, pero demasiado tarde, ya me había visto. Se levantó con cierta torpeza y apartó una silla para que yo me sentara a su lado.

Hubiera preferido que me dejara sola. Lo único que deseaba era fumar mi cigarrillo, beber mi taza de café y calmarme. Pero no había caso de rehusar, por lo cual me senté dócilmente.

—Continúe encendiéndolo —indicó, señalando mis dedos que temblaban sosteniendo el cigarrillo—. Y aprovecharé para que encienda el mío.

Estaba todavía tan nerviosa que en lugar de encender su cigarrillo le quemé la mano con el fósforo. Se hizo atrás rápidamente, dejando caer el fósforo encendido dentro de su café. Silenciosamente lo miró flotar. Yo miraba, sintiéndome torpe y desdichada. ¿Iría a regañarme de nuevo?

Súbitamente sonrió.

—Está bien —dijo—. Ahora estamos a mano. Ninguno de los dos tiene que disculparse. Voy a traer más café para ambos, si me promete que no derramará el suyo encima de mí.

Mientras se alejaba pude encender mi cigarrillo con calma. Y cuando volvió a sentarse frente a mí, ensayé una sonrisa temblona.

—En realidad, todavía le debo una disculpa —dijo—. Si prefiere ir a la raíz de las cosas, se podría decir que la quemadura fue por culpa mía. La dejé nerviosa antes, cuando le grité.

Contempló la pequeña mancha roja en su mano.

—No debí encolerizarme ni desquitarme con usted. Lo siento.

—Está bien. La señora Sardi me dijo que estaba enojado con el destino y no conmigo. Yo fui sólo el chivo expiatorio.

Me miró en forma especulativa.

—No lo habría pensado en esa forma. Supongo que tiene razón. A veces siento que la capacidad cerebral y la dosis de habilidad que Dios me ha concedido son sólo para probar mi débil condición humana; sólo para hacerme *creer* que puedo ayudar a mis pacientes. Y después, EL se sienta allá arriba, observándome luchar contra la muerte y riéndose de mis inútiles esfuerzos. Como un luchador profesional buscándole pelea a un chico de tres años.

Sus palabras me chocaron y seguramente lo revelé en mi cara.

—Sé que debo parecerle blasfemo —continuó—. Pero a veces no puedo evitarlo. ¿Sabe una cosa? Nunca le he dicho a nadie esto. Creerían que era infantil o que luchaba contra molinos de viento, supongo.

No estoy segura de lo que sentí exactamente en esos momentos. Tal vez una mezcla de temor y de orgullo, o tal vez el comienzo del amor. ¡Pensar que un respetable médico pudiera hablarme a mí, una simple estudiante de enfermería, sobre sus íntimas maneras de sentir! Sentimientos que nunca había revelado a nadie tan completamente. ¡Era la cosa más fabulosa que me había sucedido! Pero ya se estaba haciendo tarde y sabía que la señora Sardi no dejaría de reprocharme si me atrasaba en regresar al servicio.

—He pasado demasiado rato tomando café —dije bruscamente.

Deseé poder pensar algo divertido o fascinante para agregar antes de dejarlo, pero no se me ocurrió nada. Sólo me restó desear que me invitara a comer con él para cuando saliéramos del turno, como siempre hacen los doctores con sus enfermeras en las películas. Pero no lo hizo.

Mientras subía en el ascensor, me dije: "Por supuesto que no se interesa en ti, pavita. Aunque haya conversado contigo y te haya hecho confidencias sobre lo que siente por su trabajo, no significa nada. Sólo estaba alterado y quiso desahogarse un poco. Y probablemente, lo aburriste a morir. Porque de no ser así te habría invitado a salir, ¿no?"

Otro día la señora Sardi mencionó casualmente al doctor Ospina y aproveché la oportunidad para saber algo más sobre él.

—Seguramente que su esposa debe tener problemas para soportar sus arranques de malhumor —dije inocentemente.

En realidad trataba de averiguar si él *tenía* una esposa.

—Oh, no —respondió la señora Sardi—. La señora Ospina es una mujer muy eficiente, capaz de barajar cualquiera situación. Yo lo conozco a él desde que entró como interno al hospital y jamás lo he visto enojarse con ella.

Así es que estaba casado. Bueno, había que esperarlo. Para cuando un médico se ha establecido sólidamente y está en vías de convertirse en una celebridad, ha sobrepasado de los treinta y está generalmente casado.

—¿Tienen niños? —pregunté.

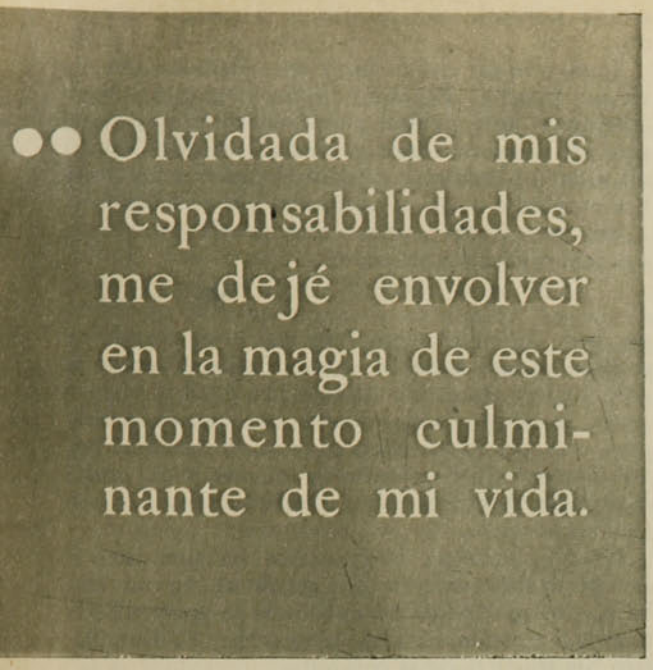
—Sólo una niña, Isabelita. Es adorable, rubia, de ojos oscuros. Tiene dos años y el doctor Ospina está loco por ella.

Suficiente. El doctor Ospina era un casado feliz y tenía una hija. Fuera de mi alcance.

"Olvídalo —me dije a mí misma—. Recuerda que tienes un perfecto enamorado que te quiere y se muere de ganas de casarse." Francisco. Un hombre serio y responsable, ampliamente aprobado por mi padre. No era ingenioso ni brillante, sino más bien del tipo callado, concentrado en su trabajo de técnico en aeronáutica. En estos tiempos modernos, una carrera tan indispensable como la del mejor doctor en medicina.

Cuando salí de mi turno esa tarde, vi en la vitrina de un negocio un bonito llavero. En su placa tenía la siguiente inscripción: "Señor, dame fuerza para cambiar lo que puede cam-

●● Olvidada de mis responsabilidades, me dejé envolver en la magia de este momento culminante de mi vida.



biarse; resignación para aceptar lo que no puede cambiarse; y sabiduría para saber distinguir la diferencia".

Siguiendo un impulso entré a comprar el llavero y coloqué en él las pocas llaves que tenía que llevar conmigo. La de mi casa y la del casillero que me correspondía en el vestuario de las enfermeras. Leería su inscripción con frecuencia, para no permitirme soñar con lo imposible. Con esta resolución pretendía poner punto final a algo que ni siquiera había comenzado.

En los meses que siguieron no hicimos ningún esfuerzo por vernos, aunque nos encontrábamos casualmente en los corredores, en el ascensor, en el casino.

En una ocasión entré a una gran tienda del centro y lo encontré comprando un regalo de cumpleaños para su hijita. Le ayudé a escoger un delicioso elefantito de felpa de enormes orejas. Salimos juntos de la tienda y él compró sandwiches en un local de la esquina. Los comimos mientras caminábamos por el parque que teníamos que atravesar para llegar al hospital.

—Creo que el tiempo se está poniendo muy atrevido —comentó cuando el viento levantó mi falda plisada y yo no pude bajármela, con ambas manos ocupadas con mi cartera y el sandwich.

Sonreía, divertido, al ver mi confusión y mirando mis piernas. Era la primera vez que lo veía con ánimo alegre y juguetón, y por un momento pensé en lo emocionante que habría sido si repentinamente me hubiera abrazado y hubiésemos prolongado este paseo entre los árboles. Pero todo tiene que terminar y finalmente nos despedimos, partiendo cada uno a sus obligaciones.

No quería permitirme soñar despierta, pero de un modo u otro siempre mis pensamientos giraban alrededor de él. En el fondo de mi corazón sabía que lo amaba, pero ¿no era inútil? En cambio, el futuro me esperaba para organizar un hogar con Francisco. Tal vez nunca podría quererlo apasionadamente, pero me dije que muchas mujeres se casan en tales condiciones y son capaces de formar un hogar y una familia felices. Y mi afecto por él era sincero, aunque apacible. De eso estaba segura.

● -Te haré feliz

—le dije en nuestra noche de bodas, aunque me había decepcionado su manera brusca de iniciarme en la vida conyugal.

—Hemos comenzado bien —respondió con un guiño malicioso—. Nunca comprendí que no quisieras que empezáramos antes. ¡Figúrate, todo el tiempo que hemos perdido esperando, por haber sido tú tan porfiada!

Volví la cara para ocultar lo herida que me sentía con sus palabras. Estaba orgullosa de haber llegado virgen a sus brazos y estimaba que él también debería estar feliz por eso, en vez de lamentarlo. Pero no valía la pena discutir sobre el punto y desde el primer momento debería aprender a vivir siguiendo las pautas que él indicara. Así, pues, dije con ligereza:

—No importa. Ya verás cómo será cada vez mejor.

Algunos meses después de casados, pregunté a mi marido:

—Francisco, ¿por qué no quieres que abandone el empleo en el hospital para que así podamos iniciar pronto una familia? ¿Para qué esperar?

—Te diré por qué —respondió—. Un niño será muy bien venido en algún futuro próximo. Pero antes, quiero disfrutarte para mí solo.

Al comienzo vivimos con mi padre viudo, porque no quise dejarlo solo. Pero yo deseaba intensamente tener hijos, dedicarme a cuidar de mi propio hogar, mi marido y mis niños.

Imaginaba que así podría dejar de lado los sueños, que a mi pesar no conseguía alejar de mí, respecto al doctor Ospina. Suponía que todas las mujeres debían tener en algún secreto rincón privado de su ser un sueño romántico en que el héroe era un hombre inalcanzable. Pero cada vez que me dejaba vencer por estos sueños, me reprochaba a mí misma. Aquello estaba bien para adolescentes tal vez, pero en una joven casada estaba muy mal, sintiendo que en cierto modo eso me hacía desleal.

"Si tuviera un hijo —pensaba yo—, mi vida estaría completa y no desearía nada más". Pero Francisco no quería saber nada de esto.

—En un tiempo más —insistía en responder a todas mis argumentaciones.

Cuando papá murió, fue para mí un gran golpe. Francisco trató de consolarme y compartió mi pena, porque quería sinceramente a mi viejo.

—Ahora —me dijo un día— compraremos una casa para nosotros. Y para que no estés tan sola, bueno, si tú quieres...

Nos mudamos a una casa propia. Una casa primorosa, en las afueras de la ciudad, con su pequeño jardín y toda clase de comodidades. Yo renuncié a mi empleo en el hospital y cuando nació Belinda, me sentí colmada de felicidad.

—¿No es preciosa? —pregunté a mi esposo, alzando a la niña.

—No ha nacido en el mundo ninguna criatura más bella que nuestra Belinda —respondió—. Y ningún matrimonio ha sido tan perfecto y feliz como el nuestro, Valeria.

Suspiré, con la profunda satisfacción de saber que había sido capaz de hacer feliz al hombre que me había elegido para compartir su vida. Francisco no percibía que faltara nada en nuestra felicidad conyugal y yo había cumplido lo que me propusiera al casarme con él. Hacerlo dichoso. Y él lo era totalmente, ignorando que en un rincón muy secreto de mi corazón seguía acariciando locos sueños de amor hacia otro hombre. Entonces me hice a mí misma otra promesa: jamás, pasara lo que pasara,

EL CASO ESTA CERRADO

permitiría que nada destruyera la felicidad de Francisco.

● Pero

ni los cuidados de mi hogar y de Belinda eran suficientes para llenar mi vida. Tenía nostalgias de mi trabajo y deseaba regresar al hospital. ¿Qué peligro podía haber para mí? El doctor Ospina no representaba ninguno, sin sospechar ni remotamente mis sentimientos hacia él. Y tal vez no tuviera siquiera oportunidad de verlo a menudo. Quizá me asignarían a otro servicio.

Mi marido aceptó la idea entusiasmado y un día regresé al hospital, entrando al servicio de obstetricia. Todos me recibieron con alegría y me sentí dichosa trabajando con la sensación de ser útil a personas que me necesitaban. La atmósfera de hospital era *mi* ambiente; al parecer, yo había nacido para ser enfermera. Y era una de las buenas.

Encontré al doctor Ospina muchas veces, pero esos encuentros no agitaron mi corazón como había supuesto en mis horas de ensoñación lejos de él. Al parecer se trataba sólo de un romántico entusiasmo que de algún modo había superado.

Cuando él solicitó que me transfirieran a su servicio y además a su consulta privada, no perdí tiempo en reflexionar si me convenía aceptar. El cambio significaba mejor horario y mucho mayor salario. ¿Quién habría dudado?

Yo realizaba eficientemente mis labores y así el doctor Ospina podía concentrarse en sus pacientes. Lo ayudaba en sus consultas particulares y en sus trabajos de investigación, vigilaba a sus enfermos en las salas y cooperaba con él en todos sus desempeños profesionales. Finalizada la jornada de trabajo, solía sentarse a conversar conmigo sobre sus pacientes o sus proyectos. Tenía mucho que decirme y yo lo escuchaba encantada, sintiendo que éramos grandes amigos y formábamos un equipo perfecto. Hablar con él en esta forma, compartir ideas y preocupaciones comunes era mejor que tomar un café o un trago para sacudirse las tensiones del día.

"Lo he conseguido —pensaba yo luego, cuando me iba de regreso a casa—. He logrado sublimar mis sentimientos, transformándolos en la más bella de las amistades". En nuestras relaciones médico-enfermera no tenían lugar las emociones que sólo son buenas para complicarlo todo.

Creo que no hubo nadie más dichosa que yo en ese tiempo. Tenía un bello hogar, un buen marido al que amaba tiernamente y respetaba, una hijita encantadora y un trabajo que llenaba mi vida intelectual y espiritual junto a un hombre excelente a quien admiraba sin restricciones. ¿Qué más podía desear una mujer como yo, sin demasiadas ambiciones?

● Pero...

no hay felicidad completa en este mundo y cuando parece haberla, es tan fugaz. Cuando se cree haber alcanzado cuanto es posible desear surge lo imprevisto, aquello que nunca pensamos que pueda sucedernos y todo cambia, envolviendo la dicha alcanzada en una densa nube oscura de mortificación y desdicha. Eso nos sucedió a nosotros.

Un día trajeron a Francisco en una ambulancia. Había sufrido un accidente en su trabajo, precipitándose a tierra desde gran altura mientras examinaba una instalación. El diagnóstico fue fractura de la columna.

De aquellos horribles días quisiera no poder acordarme. Después de largos meses en los que Francisco se debatió entre la vida y la muerte para quedar luego sumido en la desesperación de verse condenado a la invalidez de la silla de ruedas, la vida volvió a recuperar cierta rutina angustiosa; había que acostumbrarse al nuevo estado de cosas.

Al principio de la enfermedad de mi esposo solicité una licencia de tres meses para poder cuidarlo en casa. Terminado el plazo quise renunciar definitivamente para ocuparme de él, de mi hija y de mi casa en forma constante. Pero con Francisco inválido los ingresos disminuyeron notablemente y el dinero del seguro sirvió para pagar el saldo que debíamos por la casa y lo demás se lo llevaron los gastos de la enfermedad. Se convirtió entonces en una necesidad apremiante que yo conservara mi trabajo y contribuyera con mi salario al bienestar de mi hogar.

Francisco, confinado a su silla de ruedas, poco a poco resignado, no vivía ocioso. Rodeado de libros de consulta, pasaba los días dedicado a escribir trabajos de investigación. Contraté para el servicio doméstico a una excelente mujer, Rosario, para que cuidara de él y de nuestra hija pequeña. Al año siguiente coloqué a Belinda en el kindergarten. Y yo volví al hospital y a mi trabajo junto al doctor Ospina.

Una tarde, cuando estábamos a punto de cerrar el consultorio, sonó el teléfono. Era la señora Sardi, llamando desde el hospital.

—¿Está todavía ahí el doctor Ospina? —preguntó ansiosamente.

Renato tomó el receptor, escuchando atentamente a la señora Sardi y a continuación hizo algunas rápidas preguntas.

—Está bien —dijo finalmente—. Comience a aplicar oxígeno de nuevo, déle un cuarto de gránulo de morfina y siga con el suero endovenoso. Voy para allá.

Dejó caer bruscamente el aparato en la horquilla.

—Vamos, Valeria. El señor Ruminot está sufriendo tremendos dolores al pecho. A estas horas están cortos de personal en el hospital y necesitaré su ayuda.

—Debo telefonear a casa —respondí.

Llamé a Rosario para avisar que llegaría tar-

de y dar instrucciones para el cuidado de Belinda y de Francisco.

Había un trecho muy corto que recorrer en auto hasta el hospital. Renato guiaba con los labios apretados y el ceño fruncido. Sabía que su preocupación era intensa. El señor Ruminot era un paciente que le interesaba en forma especial.

Un hombre todavía joven, industrial acomodado, fue traído al pensionado del hospital casi en estado de coma hacía unos veinte días, afectado de una trombosis coronaria. Renato Ospina y otro cirujano practicaron una intervención a corazón abierto y yo les ayudé como arsenalera. La recuperación del señor Ruminot había sido espectacular y milagrosa. Renato fue muy felicitado. Ahora estaba preparando un relato y exposición al respecto para presentarlos a la reunión del Colegio Médico. Significaba para él un éxito grandioso, pero, más que nada, la satisfacción indescriptible que sólo los médicos pueden conocer, de ganarles una batalla a la enfermedad y a la muerte, devolviendo a la vida activa a un hombre todavía útil a la sociedad. Este retroceso imprevisto en su período postoperatorio era desmoralizante. Renato había pensaba en enviarlo a su casa, de alta, en los próximos días. ¿Y ahora...?

Encontramos muy mal al señor Ruminot y la señora Sardi intercambió conmigo una mirada que me decía claramente que no veía esperanzas. Pero Renato se puso febrilmente a la tarea de salvarlo, empleando para ello todos los recursos a su alcance y toda su experiencia.

Trabajamos casi toda la noche. Yo no tenía que perder de vista al señor Ruminot y tomaba constantemente su pulso, vigilando la reacción de sus pupilas. Renato daba sus órdenes lacónicas a la señora Sardi y a mí con voz enérgica, en la que vibraba una nota de impaciente ira y en ocasiones se limitaba a hacer un gesto que debíamos interpretar para saber si necesitaba más suero o más adrenalina.

Como a las doce de la noche me avisaron que había un llamado para mí. Corrí a la cabina telefónica del pensionado y escuché a Rosario preguntando por encargo de mi esposo si demoraría aún mucho más en llegar, porque estaba preocupado. Expliqué lo que estaba ocurriendo y pedí a Rosario que diera a mi marido su tableta para dormir y lo tranquilizara. Como ya era demasiado tarde para llegar sola, añadí, seguramente dormiría en el hospital.

Cuando regresé al pabellón de oxigenoterapia donde atendíamos al señor Ruminot, encontré que los acontecimientos se habían precipitado. El cuerpo del señor Ruminot estaba totalmente cubierto con una sábana sobre la camilla y la señora Sardi recogía los materiales y ponía un poco de orden. Renato me daba la espalda, con los brazos cruzados, de pie frente a la ventana. La batalla había terminado y el doctor Ospina la había perdido. No había nada más que hacer.

—Doctor Ospina... —murmuré tímidamente.

No me respondió ni se volvió a mirarme. La señora Sardi me hizo una señal de que guardara silencio y saliera con ella de la sala.

—Ya sabes cómo lo ponen estas cosas, Valeria. Hay que dejar que se tranquilice solo. Debe estar preguntándose dónde estuvo su error, qué fue lo que no hizo bien para que pudiera escapársele la vida de ese paciente. Siempre es así, tomando sobre sus hombros la responsabilidad de todo, sin acordarse que está Dios allá arriba, disponiendo en qué momento debe llevarse la vida de alguno de nosotros. Pero... ya se le pasará. No pretendas consolarlo, nadie puede hacerlo. Lo conozco y ya lo he visto antes pasar por esto. Vamos, ayúdame a guardar estos medicamentos. Hay mucho que hacer. Trasladaremos en el acto la camilla del señor Ruminot a su habitación y luego me ocuparé de avisar a sus familiares y los trámites administrativos. Y... hablando de otra cosa, ¿te quedarás a dormir aquí o piensas volver a tu casa? Ya es tan tarde...

—Sí, señora Sardi, me quedaré aquí, ya avisé a mi casa. ¿Puedo ocupar una cama en el dormitorio de las enfermeras de guardia?

—Por supuesto, no faltaba más. Creo que hay dos literas libres. Anda. Ya sabes el camino.

—Antes le ayudaré a trasladar la camilla —dije.

Después, dejando a la señora Sardi en el dispensario, me dirigí por el pasillo hacia el ascensor, para bajar al dormitorio de las enfermeras. Oprimí el botón para el servicio automático y mientras llegaba el ascensor, pensé en Renato.

¿Podía dejarlo ahí solo con su pesadumbre, pensando y cavilando sobre algo que ya no tenía remedio? ¿Le molestaría demasiado que interviniera y entrara a interrumpir sus amargas meditaciones?

Cuando el ascensor llegó no entré en él. Di media vuelta y regresé por el pasillo. Entré al pabellón de oxigenoterapia y vi que el doctor Ospina seguía allí en la misma posición en que lo había dejado.

—¿Doctor...? —murmuré.

Se volvió a mirarme y vi que sus ojos estaban ribeteados de rojo. ¿Habría estado llorando? Su cara estaba terriblemente demacrada...

—Valeria —dijo con voz temblorosa—. Venga..., vamos a mi oficina.

Lo seguí. De una gaveta de su archivador sacó una botella de coñac y un par de vasos y sirvió, llenándolos hasta el borde.

—Tenga, beba. Ambos lo necesitamos.

Acepté el licor, aunque no tenía el menor deseo de beber nada. Renato Ospina me inspiraba en esos momentos una tremenda ternura y hubiera deseado saber qué palabras decir exactamente, que pudieran consolar su dolor de médico frustrado y borrar de su espíritu esa sensación de culpabilidad que le provocaba su exagerado sentido de la responsabilidad profesional. Pero no se me ocurrió nada que decir. El bebió un sorbo y luego se quedó contemplando el vaso que sostenía en la mano, en silencio.

—Doctor... —empecé de nuevo—. Yo creo que usted no debe... realmente... lo que ha sucedido...

Dejó bruscamente el vaso sobre el escritorio, derramando un poco de su contenido.

—Y usted, ¿qué sabe? Oh, no diga nada, no siga... ¿Para qué ha venido aquí? ¿Por qué no me deja solo?

Me quedé callada, sin saber qué replicar. ¿No recordaba que él me había pedido recién que lo siguiera? Giré, para salir. Se levantó y vino tras de mí.

—¡Espere, Valeria!

Me volví bruscamente, chocando contra él. Abrió los brazos y yo me precipité entre ellos, casi sin darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Estuvimos abrazados un instante muy breve. Pero lo suficiente para que yo supiera que era en el tibio amparo de esos brazos donde siempre había ansiado estar.

—Perdón, Valeria —murmuró Renato, apartándose enseguida.

—Yo... quisiera consolarlo. No debe dejarse dominar por esos sentimientos negativos que a nada conducen. Como dice la señora Sardi, es inútil tratar de ir contra la voluntad del cielo. Dios quiso llevárselo al señor Ruminot. ¿Qué más podía hacer usted? Ya cumplió su cometido, hizo por él el máximo esfuerzo humano que estaba dentro de sus posibilidades. ¿De qué puede culparse? No creo que haya omitido nada.

—No, tampoco yo lo creo. Lo he repasado mentalmente todo. Es cierto, no podía hacer más, pero ¿qué quiere que le haga? Es tan difícil aceptar la idea de que es tan poco lo que podemos hacer. Creemos haber conquistado tanto, cada día estudiamos más, nos perfeccionamos, hacemos nuevos descubrimientos, y el resultado... ¡es éste!

Extendió las manos, con gesto desalentado.

—Pero, doctor, piense tan sólo en esto: ¿qué ocurriría si fuese posible salvarlos a todos? Ah, no sería posible. El orden de la humanidad no puede ser cambiado y fue designado con la más infinita sabiduría.

—No sabía que fuese tan filósofa ni que tuviera tan arraigados conceptos respecto al destino de la humanidad. Pero tiene razón y no crea que yo no lo haya pensado. Sólo que no puedo evitar sentir el peso del fracaso. Debo conformarme, procuraré hacerlo. Gracias, Valeria, por haberme reconfortado.

Ambos nos quedamos silenciosos un instante y luego hice un movimiento para retirarme, pero Renato cogió mi mano, diciendo:

—¿Dónde piensa ir? ¿Seguro que no regresará a esta hora a su casa? A menos que yo vaya a dejarla...

—Oh, no se moleste. Ya he dispuesto dormir aquí y avisé a mi casa.

No había soltado mi mano y me atrajo hacia él. Sin fuerzas para resistir me dejé llevar, comprendiendo que nunca había dejado de quererlo. Enseguida estuvimos ambos unidos en un estrecho abrazo y nuestras bocas se juntaron en un beso apasionado. Olvidada de todas mis responsabilidades de esposa y madre, me dejé envolver en la magia de este momento culminante de mi vida, en que toda la arrolladora emoción del amor se adueñaba de mis sentidos y mi ser con fuerza irresistible.

● Esa fue la noche en que me convertí en adúltera. ¡Ah, cómo odio la palabra! Así de fácil. En un momento había sido la mujer recta, sin una mancha en su conciencia y al minuto siguiente... La palabra odiosa es evocadora de sucios transportes y pecados abominables. Pero nuestro amor no fue así, estoy segura. No hubo en él nada sucio ni a causa o consecuencias de él hicimos sufrir a nadie. Sólo sufrimos nosotros dos, por no podernos amar en libertad y frente al mundo.

Después del torbellino emocional de las primeras caricias y el mutuo descubrimiento, Renato me dijo:

—Valeria, amor mío, ¿qué haremos ahora? ¿Qué podremos hacer con nuestras vidas? Te amo tanto..., creo que te he querido siempre, pero jamás quise acercarme a ti antes, ya sabes que no soy libre. Y tampoco tú lo eres... Oh, ¿por qué no nos conocimos antes?

Una extraña lucidez me hizo responderle:

—Creo que tenemos que aceptar las cosas como se presentan para nosotros, Renato. Yo nada te pido, ni pretendo que destruyas tu matrimonio... ¿Quieres a tu mujer?

—Me ha hecho feliz y..., sí, la quiero. Tengo en mi corazón un lugar especial para ella, aunque estoy apasionadamente enamorado de ti. Tenemos que ser sinceros, Valeria, eso es y será primordial entre nosotros. Quiero a Dora, la aprecio; es una buena compañera, eficiente, cooperadora, y es la madre de mi hija. No quisiera lastimarla nunca, ni se lo merece.

—No tendrás que hacerlo. No por mí, al menos. Tampoco yo lastimaría a mi esposo. También lo quiero como tú a Dora y jamás me perdonaría que tuviera que sufrir por mi culpa.

—Ni Dora ni él tendrán que sufrir nunca por nosotros, por este amor que nos une y que no hemos tenido la fuerza de resistir.

—Así será. Nosotros..., tú y yo, Renato, tendremos nuestro propio matrimonio secreto, que no herirá a nadie. Te lo prometo.

—Nuestro amor secreto... ¡Oh, Valeria, te amo, te necesito tanto!

● Y ése fue el principio de un gran amor del que nadie supo nunca nada y que nos unió por tan largo tiempo. A intervalos distanciados, cuando podíamos hacerlo en la absoluta seguridad de no ser espiados ni descubiertos, y sólo por unas pocas horas, preciosas horas robadas, nos entregábamos al éxtasis de nuestro amor. Nadie supo nada, nadie lo sospechó siquiera, estoy segura.

El doctor Renato Ospina y su abnegada y leal enfermera Valeria fueron siempre respetados y jamás dieron lugar a la maledicencia. Su mujer y mi esposo no tuvieron motivos para dudar de nosotros. Y yo siempre quise a Francisco, cuidándolo con sincero afecto. He sido una buena madre para Belinda y creo haberla educado bien con sanos principios, enseñándola a distinguir entre el bien y el mal y a actuar en la vida sobre la base más importante para la convivencia humana: no lastimar jamás a nadie, aun a costa del sacrificio de la propia felicidad.

No hace mucho tiempo, poco antes de que supiera lo de mi enfermedad, ayudé a Belinda a escoger su traje de novia. Y estuve orgullosa en la iglesia al lado de Francisco, admirando la belleza de nuestra hija cuando se casaba con el hombre que escogió para compartir su vida, uno que conoció desde que iban juntos al colegio. Espero que sea muy feliz. Ella tendrá que cuidar de su padre cuando yo me vaya, hasta que para él llegue también la hora. Sé que lo hará bien. Es una hija abnegada.

● Pienso mucho en Renato y en Francisco mientras espero que venga la muerte a llevarme, en mi cama de hospital. Sé que la mayoría de la gente consideraría mis relaciones con Renato como un pecado mortal, si lo supieran.

Yo no sé si más tarde, cuando falte poco tiempo para que deba dejar este mundo, yo también lamentaré esta falta y desearé poder irme con el alma limpia a enfrentarme con lo que quiera que pueda esperarme más allá. No sé si más tarde, pero ahora no. Estoy tranquila y espero sin sobresaltos, en la seguridad de que a nadie robé nada y siempre protegí la felicidad de aquellos que la merecían y yo quería.

Si es cierto que existe un tribunal divino, allá me han de juzgar. Por mi parte, me declaro absuelta. Y mi conciencia está en paz. ♥

"LA ULTIMA OPORTUNIDAD"

producciones sexartex



MARTA Y RAUL DISFRUTAN DE LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SUS VACACIONES DE INVIERNO.





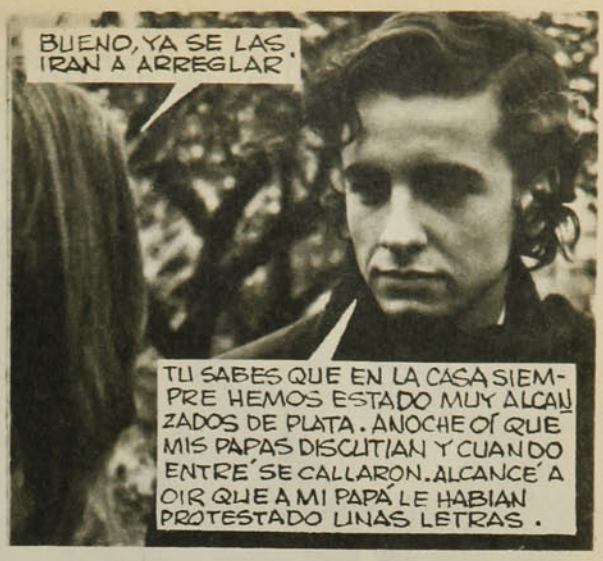




UNA SEMANA DESPUÉS...




¿DE QUÉ?
NADA TODAVIA, PERO TENGO UN PRESENTIMIENTO.

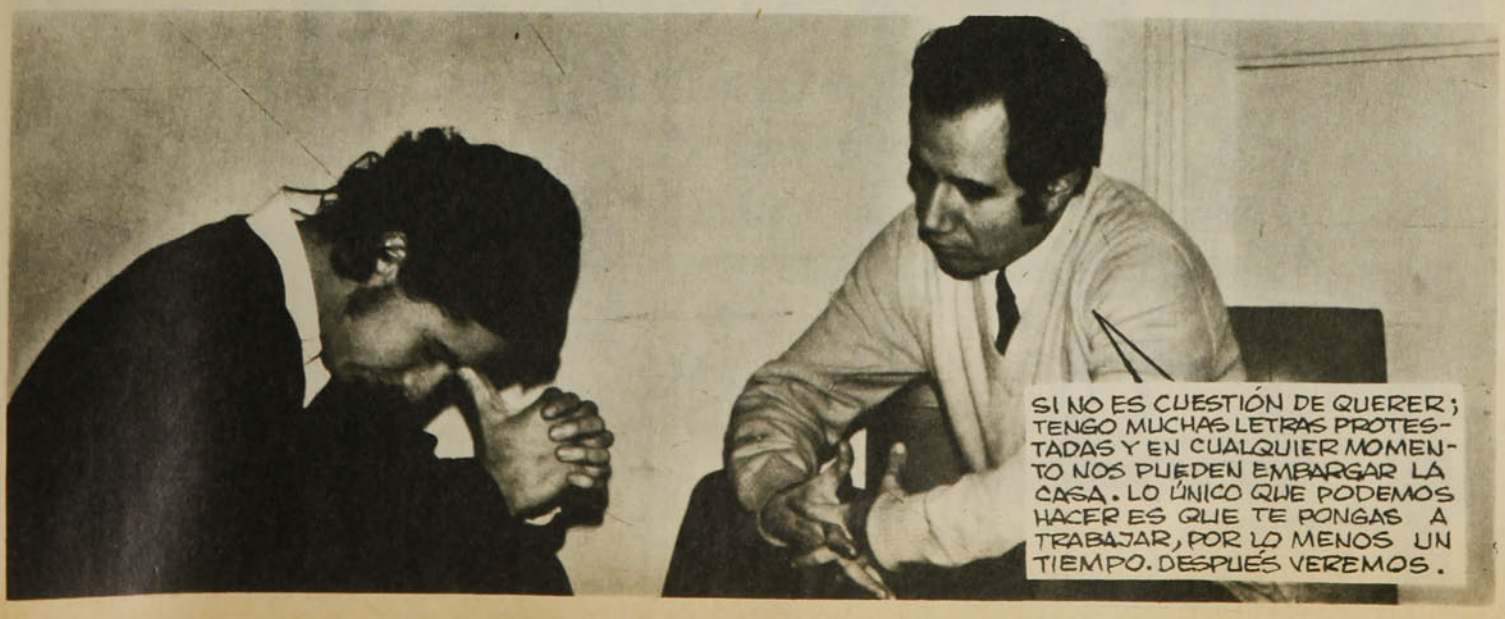

BUENO, YA SE LAS IRAN A ARREGLAR.
TU SABES QUE EN LA CASA SIEMPRE HEMOS ESTADO MUY ALCANZADOS DE PLATA. ANOCHE OÍ QUE MIS PAPAS DISCUTIAN Y CUANDO ENTRÉ SE CALLARON. ALCANCÉ A OIR QUE A MI PAPÁ LE HABIAN PROTESTADO UNAS LETRAS.


PERO TÚ ESTABAS FELIZ.
QUIZAS, PORQUE NO ES LA PRIMERA VEZ. ACUÉRDATE CUANDO ME QUISIERON SACAR DEL COLEGIO PARA QUE TRABAJARA.

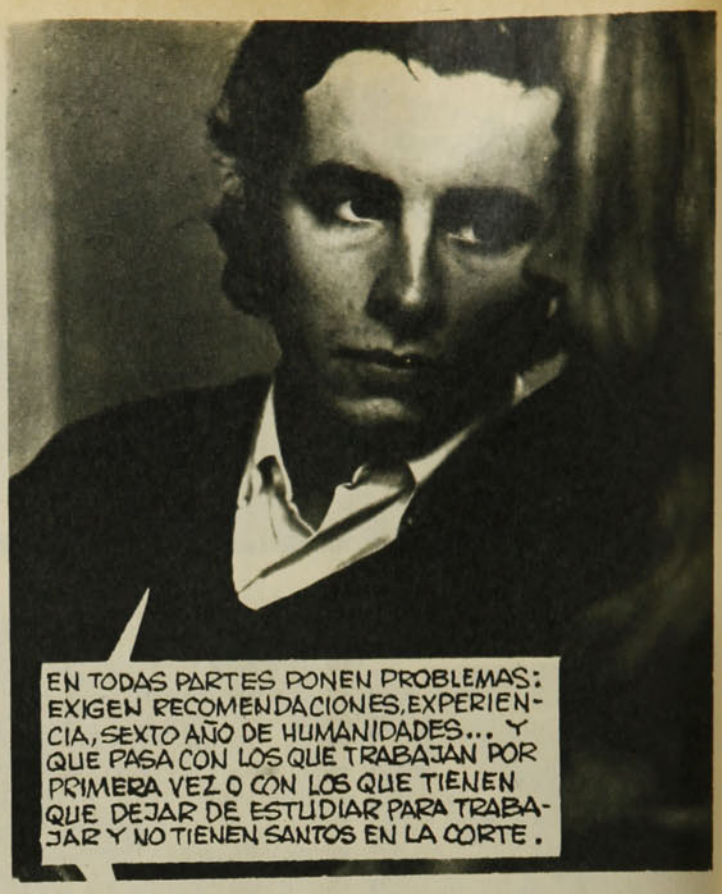

SI, PERO AHORA ES DISTINTO. SI ME SACAN NO VOY A PODER LLEGAR A SER TECNICO ELECTRÓNICO Y TU SABES LO QUE ESO ME IMPORTA.

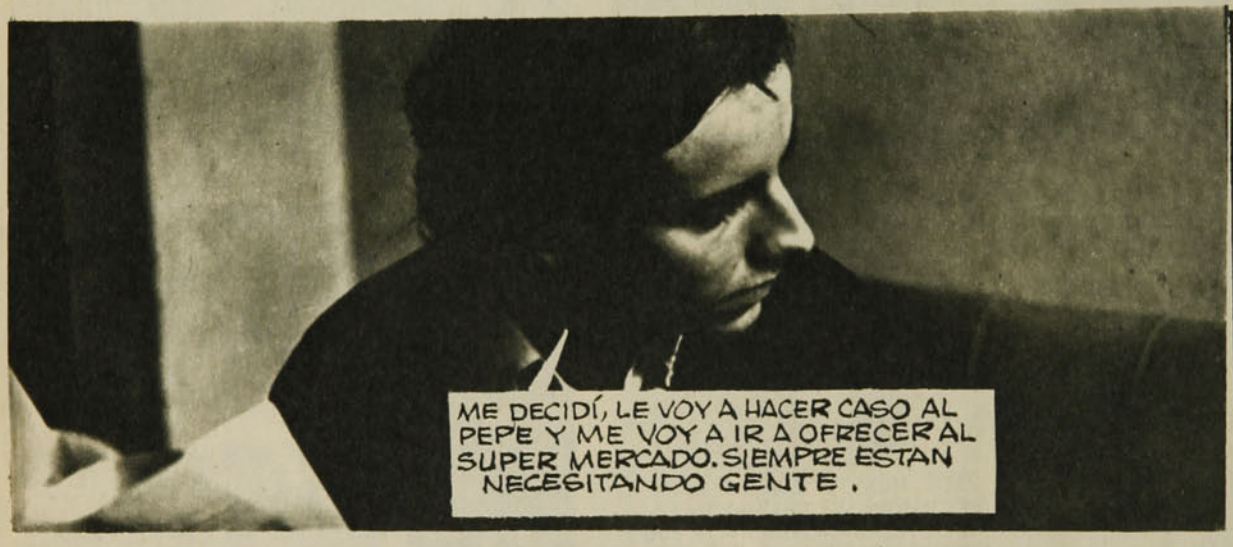

AL OTRO DIA, EL PADRE DE RAUL LE HABLÓ A ESTE DIRECTAMENTE.
RAUL, HEMOS TOMADO UNA DECISION. NO TENEMOS PLATA COMO PARA SEGUIRTE EDUCANDO Y MANTENIENDO; ERES GRANDE Y TENDRAS QUE COOPERAR CON LA CASA PARA QUE TUS HERMANOS PUEDAN TENER UNA EDUCACIÓN COMO TÚ.


PERO, PAPÁ, TÚ SIEMPRE ME DIJISTE QUE SIGUIERA UNA PROFESION QUE ME GUSTARA Y QUE FUERA ÚTIL. TU SABES QUE YA HE PENSADO EN UNA, Y SI ME RECIBO VOY A PODER AYUDARLOS MUCHO MAS DE LO QUE LOS PORRIA AYUDAR AHORA; ADEMÁS QUE ME SENTIRÍA MAS FELIZ.


SI NO ES CUESTIÓN DE QUERER; TENGO MUCHAS LETRAS PROTESTADAS Y EN CUALQUIER MOMENTO NOS PUEDEN EMBARGAR LA CASA. LO ÚNICO QUE PODEMOS HACER ES QUE TE PONGAS A TRABAJAR, POR LO MENOS UN TIEMPO. DESPUÉS VEREMOS.







Y ASÍ RAUL COMENZÓ A TRABAJAR









EFECTIVAMENTE, RAUL NO PERDIÓ LAS ESPERANZAS, Y ENCONTRÓ UN LICEO VESPERTINO QUE QUEDABA CERCA DE SU TRABAJO Y QUE ERA CASI GRATUITO.





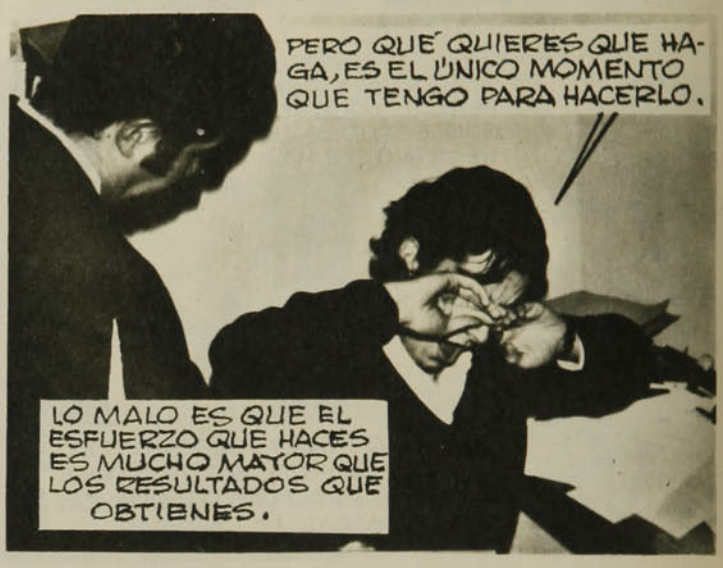






A LA MAÑANA SIGUIENTE.







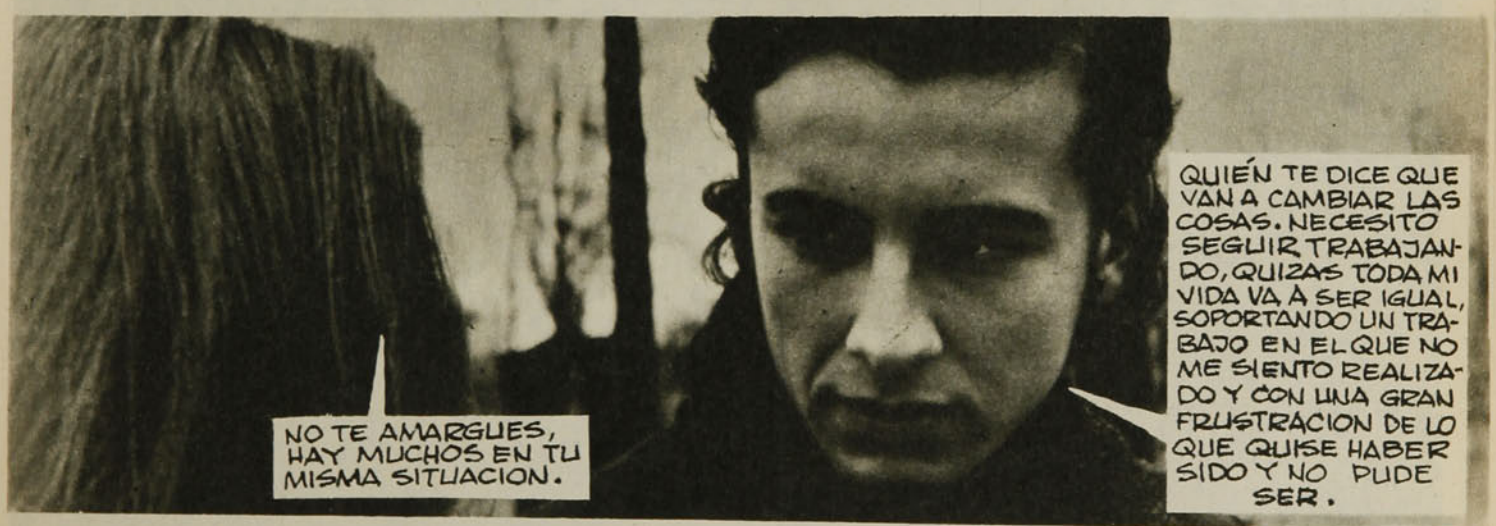
ASÍ PASÓ EL TIEMPO, RAUL TUVO QUE DEJAR DE ESTUDIAR Y SE ACORDÓ NUEVAMENTE DE MARTA, ABSORBIDO POR EXCESO DE TRABAJO, NO LA VEIA DESDE HACÍA TIEMPO.



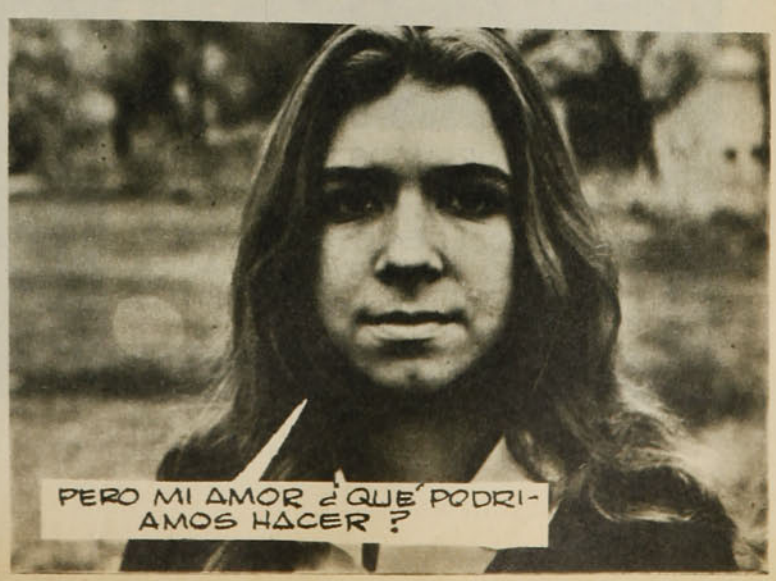

CREO QUE ERA LO ÚNICO QUE PODÍAS HACER, TE ESTABAS MATANDO.
YA FREGUÉ, NO HAY CASO, ERA LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE SALIR ADELANTE CON MI IDEA.


PERDER UNA BATALLA NO ES PERDER LA GUERRA.
PERO YA SON TANTAS LAS BATALLAS PERDIDAS, Y LO QUE MAS ME DÁ RABIA ES QUE NO ES POR CULPA MIA SINO PORQUE SIEMPRE HE SIDO OBLIGADO POR LAS CIRCUNSTANCIAS.


NO TE PONGAS ASI; TIENES TODA LA VIDA POR DELANTE.


NO TE AMARGUES, HAY MUCHOS EN TU MISMA SITUACION.
QUIÉN TE DICE QUE VAN A CAMBIAR LAS COSAS. NECESITO SEGUIR TRABAJANDO, QUIZAS TODA MI VIDA VA A SER IGUAL, SOPORTANDO UN TRABAJO EN EL QUE NO ME SIENTO REALIZADO Y CON UNA GRAN FRUSTRACION DE LO QUE QUISE HABER SIDO Y NO PUDE SER.


TAMBIEN HAY MUCHOS QUE HAN LOGRADO LO QUE HAN QUERIDO. LO QUE PASA ES QUE ESTA SOCIEDAD LES DÁ A UNOS POSIBILIDADES PARA ALCANZAR LO QUE DESEAN, Y A OTROS SE LAS NIEGA.


PERO MI AMOR ¿QUÉ PODRIAMOS HACER?


¿QUÉ PODRIAMOS HACER? ¿PUEDE UD. CONTESTARLE A MARTA Y A RAUL? ¿QUÉ HARIA UD. EN ESTE CASO DESESPERADO? PIÉNSELO Y ESCRÍBALES A: REVISTA "CONFIDENCIAS" CASILLA 10,155 - SANTIAGO.

EL CUENTO de la semana.

LOS PRIMEROS BESOS

MAXIMO GORKI (ruso)

En cierta ocasión, durante el otoño, me encontré en un trance de los más difíciles: estaba sin un céntimo y sin hogar en una ciudad que visitaba por primera vez y donde no conocía a nadie.

Después de haber vendido en los primeros días todas las prendas de ropa de que podía disponer, dejé aquella ciudad y fui a un lugar llamado Ustié. Había allí desembarcaderos y, en los meses dedicados a la navegación, gran bullicio y mucho trabajo; pero corrían entonces los últimos días de octubre y todo estaba desierto y silencioso.

Andando sin rumbo fijo por la húmeda arena, que examinaba con obstinación anhelando hallar los restos de cualquier substancia comestible, rondaba solitario entre las barcas abandonadas y vacías, y junto a esos grandes arcones que sirven de mostrador en los aguaduchos, donde los revendedores exponen sus artículos, pensaba en la satisfacción que tendría si pudiese darme un hartazgo.

Cuando se llega a cierto estado de cultura, el hambre del alma puede satisfacerse mucho antes que la del cuerpo. Caminando a lo largo de las calles, nos vemos rodeados de edificios de un exterior agradable y de los cuales se puede casi jurar que deben tener un interior bien dispuesto y mejor amueblado. Esto suele despertar en el espíritu pensamientos consoladores acerca de la arquitectura y de la higiene, y de otras muchas cosas delicadas y distinguidas. Se encuentran también personas vestidas de un modo confortable y perfectamente abrigadas. Son gentes finas que se alejan pronto de nosotros, poco deseosas de convencerse de la triste certidumbre de nuestra pobreza. Pueden creerme: el alma del hambriento se alimenta siempre mucho mejor y de un modo más sano que la del lleno; y ésta es una tesis de la cual puede deducirse una conclusión muy curiosa en favor de los que están hartos...

Caía la lluvia junto con el crepúsculo, y el viento soplaba del norte en fuertes y rápidas ráfagas. Silbaba en torno de los mostradores y de las tiendas vacías, chocaba contra las ventanas de hoteles y posadas y hacía espumajear bajo sus golpes las ondas del río, que se estrellaban con fragor, pues la arena de la orilla erguía muy altas sus crestas y se perdían unas tras otras a lo lejos, saltando unas por encima de las otras.

Dijérase que el río se daba cuenta de la proximidad del invierno y huía sin saber adónde, temeroso de sufrir la esclavitud de los témpanos en que podía sumirlo esta noche de ventiscas. El cielo aparecía pesado y sombrío: caían de él, sin descanso, gotitas de lluvia apenas visibles, y la elegía que anhelaba la naturaleza acentuábanla los dos sauces blancos, rugosos y disformes, al pie de los cuales yacía un buque tumbado con la quilla al aire.

EL CUENTO de la semana.

Era un buque agujereado por la parte inferior, y los sauces no pasaban de ser unos arbolillos destruidos por el viento... En torno, todo parecía silencioso y muerto, y del mismo cielo hacía como que lloraba... Hubiérase dicho que me rodeaba un desierto sombrío, que aquello era la agonía universal y que yo era el único sobreviviente, a quien la muerte esperaba también.

¡Y tenía entonces dieciocho años, esa hermosa edad!

Andaba y andaba sobre la arena helada y húmeda, mientras mis dientes ejecutaban trinos en honor del frío y del hambre.

De pronto, cuando buscaba en vano algo para comer, al llegar detrás de uno de los arcones vi, acurrucada en el suelo, una silueta vestida con traje de mujer que la lluvia mojaba moldeándolo sobre los hombros. Me detuve junto a ella y miré lo que hacía. Y resultó que con sus manos abría un agujero en la arena, procurando forzar el fondo del arcón.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté, agachándome a su lado.

Lanzó una corta exclamación y se puso rápidamente de pie.

Ahora que estaba mirándome con sus ojos grises muy abiertos y miedosos, vi que era una joven de mi edad, de rostro grato, pero adornado, por desgracia, con tres magulladuras. La desfiguraban por completo, aun cuando estuvieran dispuestas con cierto arte: dos de dimensiones parecidas surcaban sus pómulos, y la otra, mayor, le laceraba la frente sobre el entrecejo. En aquella simetría descubríase el trabajo de un artista muy experto en la especialidad de estropear fisonomías.

La joven me miró, y poco a poco desapareció el temor de su mirada... Luego sacudió la arena que le quedaba en las manos, arregló el pañuelito de indiana que llevaba en la cabeza y, estremeciéndose de frío, me dijo:

—Supongo que también tienes hambre... Ahonda, entonces. Yo tengo las manos cansadas. Aquí dentro —señaló el arcón con un gesto— debe haber pan, y tal vez embutidos... Es un aguaducho que se abre todos los días.

Empecé a escarbar el suelo. En cuanto a ella, después de haberme examinado con atención, se sentó a mi vera y me fue ayudando como podía.

Trabajábamos en silencio. No puedo decir ahora si me acordé en aquel momento del Código Penal, de los principios morales y de otras zarandajas que, al decir de las gentes instruidas, debe uno recordar en tales ocasiones. Como quiero decir siempre la verdad, o aproximarme a ella cuanto me sea posible, debo confesar que estaba tan absorto en mi empresa de zapar el arcón, que olvidaba todo lo demás, excepción hecha de lo que podía contener el arcón...

Avanzaba la noche. La obscuridad, húmeda y penetrante, se espesaba en torno nuestro. Las ondas parecían hacer todavía más ruido, y la lluvia golpeaba con más fuerza y más aprisa las maderas del mostrador.

No lejos de allí resonaba el sonido cascado de la carraca de un vigilante nocturno.

—Falta saber si el cofre tiene fondo o no —dijo en voz baja mi compañera.

No entendí bien lo que decía, y seguí en mi faena.

—¡Te pregunto si el arcón tiene o no fondo! Si lo tiene, nos cansamos en balde. Abrimos un agujero, y después quizás encontremos unas maderas duras como el fierro. ¿Cómo las arrancaremos? Tanto valdría romper el candado... Me parece que no es de los más fuertes.

Rara vez las buenas ideas visitan la cabeza de las mujeres; pero, como ven, esta regla también tienen excepciones. Siempre apreció las buenas ideas, y procuré aprovecharlas en lo posible. Después de dar con el candado, lo retorcí y lo arranqué, al mismo tiempo que los anillos de la cadena que lo sujetaba. Mi colaboradora se inclinó y se deslizó como una culebra en el arcón, por el agujero que acababa de abrirse. Desde dentro lanzó un grito de alegría:

—¡Bravo, muchacho!

Un elogio de mujer me ha halagado siempre más que un largo ditirambo pronunciado por un hombre, aunque éste fuera elocuente, como todos los oradores antiguos y modernos reunidos.

Pero entonces tenía menos humor que hoy y sin fijarme en el piropo de mi amiga, le pregunté con ansiedad:

—¿Encuentras algo?

Con voz monótona empezó a detallarme sus descubrimientos:

—Un cesto con botellas... Sacos vacíos... Un paraguas... Un cubo de hierro...

Nada de aquello era comestible. Sentía extinguirse mi esperanza. Pero de repente exclamó con voz de triunfo:

—¡Eh! ¡Ah! ¡Aquí está!

—¿Qué? ¿Cómo?

—El pan... Un pan redondo... Eso sí que mojado. ¡Atención!

Rodó el pan a mis pies, y luego le siguió mi amiga. Había partido ya un trozo, lo había llevado a la boca y lo mascaba.

—¡Bueno, dame! Debemos marcharnos de aquí... ¿Adónde vamos?

Miraba a todos lados como si viera entre las tinieblas. Se oían ruidos, hacía frío, llovía y llovía...

—Mira, allá abajo hay una barca volcada... ¿Vamos allí?...

—¡Vamos!

Nos dirigimos hacia aquel lado. Por el camino partíamos el pan y nos llenábamos la boca.

Aumentaba la lluvia, rugía el río. Un silbido irónico y prolongado, que salía no se sabe de dónde, llegaba hasta nosotros. Parecía que un ser potente y misterioso silbaba como para burlarse de la naturaleza entera, de los hombres y de sus instituciones, de aquel triste crepúsculo de otoño y aun de nosotros, que éramos sus héroes.

Se desgarraba angustiada el alma al oír aquellos estertores; pero a pesar de todo comía con glotonería. En esto me imitaba la muchacha, que caminaba a mi izquierda con breves pasitos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, sin saber a punto fijo por qué.

—¡Natacha! —contestó brevemente, mascando con ruido.

Me fijé en ella un instante y el corazón se me oprimió. Luego escruté entre las sombras, y me pareció que el rostro malévolo de mi suerte sonreía, burlón y enigmático...

SOBRE la madera de la barca la lluvia golpeaba sin cesar, y aquel ruido sordo engendraba los más tristes pensamientos. Silbaba el viento, penetrando por los agujeros del fondo y por los eslabones de una cadenita, que resonaban y se entrechoca-

ban con un timbre inquieto y quejumbroso.

Las ondas del río saltaban sobre la arena y murmuraban sin cesar, como si contaran algo insoportablemente ingrato y adusto, de lo cual estuviesen asqueadas, algo que hubieran querido olvidar y de lo que, sin embargo, hablaban a pesar suyo. El ruido de la lluvia se mezclaba a su chapoteo, y sobre la barca se cernía como un suspiro: el suspiro anhelante, pesado y sin fin de la tierra cansada por esos cambios perpetuos del estío y del otoño. Y las ráfagas zumbaban por la orilla, y la corriente espumosa se fatigaba cantando sus lúgubres baladas.

La instalación bajo la barca no era muy cómoda que digamos. Reinaba allí gran humedad, había poco espacio, y por el fondo agujereado caían gotas de agua y penetraba el viento con intermitencias. Estábamos sentados, silenciosos y temblando de frío. Recuerdo que Natacha apoyaba la espalda en la banda de la barca y estaba acurrucada, hecha un ovillo. Tocando las rodillas con la barba y rodeándolas con los brazos, miraba obstinadamente al río; tenía los ojos muy abiertos, y parecían aún más grandes a causa de las magulladuras que les rodeaban. No se movía, y aquella inmovilidad y aquel silencio me inspiraban cierto temor hacia la pequeña... Hubiera querido hablarla, pero no sabía cómo entablar la conversación.

Ella fue quien empezó:

—¡Maldita vida! —pronunció distintamente marcando las palabras con acento de profunda sinceridad.

Pero no era aquello una lamentación. Había demasiada indiferencia en sus palabras para que fueran una queja. Sencillamente era que había reflexionado como podía, había reflexionado y llegado a tal conclusión, que expresó en voz alta, y que yo no podía desaprobar, so pena de contradecirme. Por tal motivo me callé. Y ella, como si no advirtiera mi presencia, permanecía sin moverse.

—Lo mejor será reventar en seguida —repuso en voz baja y pensativa esta vez.

Pero tampoco ahora advertí alguna nota quejumbrosa. Se veía que, después de haber pensado en la vida, se había examinado a sí misma y, tranquilamente, deducía que no era capaz de otra cosa que de reventar, para defenderse contra las ironías del destino.

Yo sentía que me descorazonaba ante aquella claridad de razonamiento, y comprendí que, de continuar callando, me echaría a llorar... Aquello hubiera sido vergonzoso delante de una mujer, sobre todo cuando ella no estaba afligida. Resolví trabar conversación.

—¿Quién te ha pegado así? —le pregunté, no hallando nada más delicado y gracioso que decirle.

—¡Pachka! —respondió con voz alta y tranquila.

—¿Y quién es Pachka?

—Mi amante..., un panadero.

—¿Te pega a menudo?

—Siempre que está borracho. ¡Muy a menudo!...

Y de pronto, aproximándose a mí, empezó a hablarme de ella y de Pachka y de las relaciones que les unían.

Ella era una de esas muchachas que se "pasean", y él un panadero de bigotazos rojos que tocaba a maravillas el acordeón.

Iba a su casa, y le gustaba mucho, porque era alegre y muy limpio. Llevaba chaqueta de quince rublos y unas botas soberbias. Por todas aquellas razones se había enamoriscado, y se convirtió en su amante. Pero en cuanto fue su querida, el del acordeón sólo se cuidó de sacarle todo el dinero que le daban los otros amigos. Luego empezó a pegarle —esto lo habría soportado de buena gana—, pero llegaba hasta a "divertirse" con otras muchachas en sus narices.

—¿No es humillante para mí? No soy tan fea, no lo soy más que las otras. ¡El miserable lo hace, pues, para burlarse de mí!... Anteayer fui a pasearme, llego a su casa y veo a Dunka, que estaba borracha. El lo estaba también. Yo le dije: "¡Infame, cobarde!". Me dio una paliza, una soberana paliza. Me dio puntapiés... Me arrancó los cabellos... Y menos mal si se contentara con esto... Pero me rompió todo el vestido..., las sayas..., el corpiño, un corpiño nuevito, que me costó cinco rublos. Me arrancó el pañuelo de la cabeza... ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?... Nunca me atreveré a volver a mi casa de esta manera —y Natacha sollozó con una voz angustiada y desgarradora.

RUGIA el viento cada vez con más furor y mis dientes volvían a castañetear. También ella temblaba de frío.

—¡Qué malos bichos son todos los hombres!... —dijo, allegándose lo bastante para que yo viera el brillo de sus ojos en la obscuridad—. Quisiera aplastarlos a todos, hacerlos trizas... Si uno de ustedes muriera a mis pies, le escupiría el rostro y no le compadecería... Nos importunan de continuo con sus ruegos, mueven la cola como los perros, y si una mujer es tan tonta que se entregue, ¡ya está fregada! ¡En seguida la pisotean!... ¡Cuán canallas e infames son!

Sus injurias eran muy variadas, pero sus improperios carecían de fuerza. No notaba en ellos ninguna malevolencia, ningún odio contra esos "infames", contra esos "hombres canallas". El tono tranquilo de su discurso no estaba de acuerdo con su contenido, y la voz era siempre desprovista de notas. Pero aquello me conmovía más que todos los verdaderos discursos, más que todos los libros pesimistas, así fuesen los más elocuentes y convincentes. Me conmovía más, porque la agonía de un moribundo produce siempre una impresión más natural y profunda que una descripción de la muerte, por muy exacta y artística que sea.

Experimentaba un malestar que quizás se debía más a la temperatura que a las palabras de mi compañera. Me puse a gemir y a castañetear los dientes.

Casi en el mismo instante sentí dos manecitas heladas que se posaban sobre mí. Una me tocaba el cuello y la otra la cara... Pronto una voz dulce, afectuosa y llena de ansiedad murmuraba esta pregunta junto a mi oído:

—¿Qué tienes?

Habría jurado que era la voz de otra persona, nunca la de aquella Natacha que un momento antes declaraba que los hombres son unos canallas y que deseaba su exterminio.

Me habló de prisa precipitando las palabras:

—¿Qué te pasa?... ¿Tienes frío?... Estás helado. ¡Qué raro eres! Se queda sentado y se calla como un pajarito... ¿Por qué no decías que tenías frío? Ea, tiéndete en el suelo, y yo me tenderé también... ¡Eso es! Ahora, abrázame... ¡Más fuerte! Bueno. Ahora ya debes sentir más calor. Después nos pondremos espalda contra espalda. Así pasaremos la noche.

Calló un momento, y después continuó:

—Dime lo que te ha ocurrido... ¿Te emborrachas acaso? ¿Te han echado a la calle?... No temas: todo se arreglará.

Trataba de consolarme y de infundirme valor.

¡Maldito sea tres veces! ¿Pudiera imaginarse algo tan irónico?

¡Pensar que en aquel tiempo me ocupaba seriamente de los destinos de la humanidad! Soñaba revoluciones políticas, una reorganización de la máquina social; leía muchos autores, tan profundos, tan diabólicamente difíciles, que de fijo ni ellos mismos comprendían sus pensamientos.

EN aquel tiempo trataba de prepararme a mí mismo para ser "una fuerza activa de la sociedad". Antojábaseme, a veces, que había realizado en parte la tarea; por lo menos, la idea que me formaba de mí mismo llegaba hasta el reconocimiento de mi derecho exclusivo a la existencia, fuera de personaje indispensable a la humanidad, muy a propósito para representar un papel histórico.

Y he aquí que una prostituta me daba calor con su cuerpo; tenía que estar reconocido a una miserable criatura magullada, envilecida y menospreciada, a quien nadie daba un sitio entre las gentes; y aquella mujer me había socorrido antes que pensara yo mismo en ayudarla, lo cual, por otra parte, no hubiera podido hacer yo, aunque lo hubiera deseado...



Taller de joyas
FREYHOFER

Ofrece grandes créditos en joyas,
relojes,
pulseras y anillos de brillantes.
ARREGLOS Y TRANSFORMACIONES.
Modernizamos sus joyas
GRABADOS EN GENERAL

Tenderini 85 - Of. 22 - Tel. 396461.

confidencias

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día martes. Color ámbar. Número 8.	Día lunes. Color jade. Número 7.	Día jueves. Color castaño. Número 1.
TU CORAZON	Te verás rodeada de compromisos, los que tendrás que saber seleccionar. No todas las personas que te halagan tienen buenas intenciones.	Trata de comunicarte y de ser espontánea con aquellas personas a quienes quieres. Es necesario que seas capaz de intercambiar ideas.	Tendencia a la melancolía y al aislamiento. Sin embargo, es un error tu afán de soledad. Busca consuelo y apoyo en los demás.
TU TRABAJO	Si te haces respetar y cumples con eficiencia lo que debes ejecutar, no puedes considerar a ningún trabajo como denigrante.	Todo lo que se relaciona con tu trabajo te produce una sensación de insatisfacción. Detente a pensar cuál podría ser la causa.	Semana tranquila en el lugar en que trabajas. Aprovecha esa calma para conocer más a tus compañeros y ayudarles si lo necesitan.
TU SALUD	Tu nerviosismo y preocupaciones se deben a que das demasiada importancia a todas las cosas, y no eres capaz de desligarte de ellas.	Tu alimentación debe ser planificada de manera más equilibrada. Antes de ir de compras anota las cosas que son vitales al organismo.	Nervios algo alterados que infieren directamente sobre tu sistema digestivo. Trata de reposar después de las comidas.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día domingo. Color palorrosa. Número 0.	Día viernes. Color calipso. Número 8.	Día martes. Color armiño. Número 9.
TU CORAZON	Es posible que se reavive un amor ya casi olvidado. El amor y la felicidad estarán muy cerca de ti esta semana. Aprovéchalos.	Tu ánimo estará muy bien dispuesto para conciliar rencores y peleas. En tu hogar reinarán armonía y compañerismo entre padres e hijos.	No des crédito a los comentarios y habladurías. Sólo decide después de haber verificado tus propios elementos de juicio.
TU TRABAJO	La efectividad de tus esfuerzos se pierde al estar haciendo en este momento demasiadas cosas. Es mejor que hagas menos, pero bien.	Trata de ahorrar todo lo que te sea posible. Puede llegar el momento en que este pequeño fondo te ayude en horas desesperadas.	No dejes que los asuntos sentimentales afecten la concentración en tu trabajo o tu rendimiento. Son problemas independientes.
TU SALUD	Cuida tu apariencia. No te olvides que no sólo te debes arreglar para ti, sino que también para agradar a quienes te rodean.	Riesgo de intoxicación por alimentos conservados o en mal estado. Trata de vigilar cuidadosamente que la alimentación no esté añeja.	Erupciones cutáneas de tipo alérgico. Evita los mariscos o pescados en conserva y suprime el maquillaje por un tiempo.



de junio al
de julio)

CANCER

Día
martes.
Color
tiziano.
Número
4.

Frena tu carácter impulsivo para no suscitar discusiones, que si bien pueden ser intrascendentes, te pueden acarrear serios problemas.

Tienes posibilidad de cambiar de trabajo. No tomes ninguna decisión drástica sin antes analizar con calma si te conviene o no.

Lucha contra la depresión que por momentos te invade. Distráete y busca la compañía de personas animosas y alegres.



(23 de julio al
22 de agosto)

LEO

Día
miércoles.
Color
perla.
Número
1.

Necesitarás la aprobación de tu familia para seguir adelante con un proyecto sentimental algo arriesgado. Reflexiona antes de decidirte.

No permitas que tus ideas personales o tus opiniones sobre ciertas personas interfieran en el cumplimiento de tu trabajo.

Te quejas de que has subido últimamente de peso, pero te olvidas de que haces una vida sumamente sedentaria y prácticamente no te mueves.



(23 de agosto al
22 de septiembre)

VIRGO

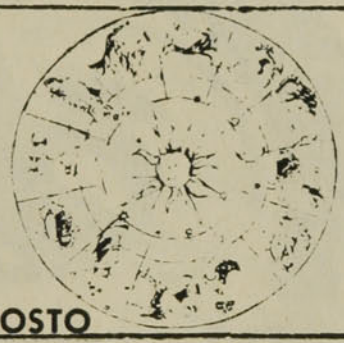
Día
jueves.
Color
lila.
Número
6.

Gran actividad social. Nuevas amistades y compromisos que ocuparán gran parte de tu tiempo, pero cuidado con olvidar tu familia.

Cuida los detalles en todo lo que hagas, especialmente en las actividades que se relacionan con los quehaceres de tu hogar.

Continuamente te estás resfriando. No lo tomes a la risa y pon algo de tu parte para cortarlos, si no quieres algún día lamentarte.

del cielo



MANA DEL 27 DE JULIO AL 2 DE AGOSTO

Día
domingo.
Color
ébano.
Número
4.

Piensa en el porvenir y trata de solidificar tus lazos afectivos. Tu encanto e intuición serán tus mejores armas.

Tendrás oportunidad de realizar un corto pero provechoso viaje. Los nuevos contactos que hagas te pueden ayudar en un futuro cercano.

Molestias a los ojos, cansancio e irritación que debes tomar en serio. Evita leer con luz artificial y no fuerces la vista.

Día
miércoles.
Color
lacre.
Número
9.

El destino puede ayudarte en tu vida amorosa aportándote esa felicidad que creías inalcanzable. Confía y ten fe.

Las perspectivas son buenas, pero aún deberás esperar un momento más adecuado para llevar a la práctica tus planes.

Molestias en tu dentadura. No permitas que por negligencia o temor estos trastornos puedan llegar a ser serios.

Día
jueves.
Color
azulino.
Número
1.

Se producirá un cambio en tus sentimientos. No seas demasiado intransigente con los que tienes cerca de ti. Todos tenemos defectos.

Te sentirás llena de entusiasmo y energía para llevar a cabo lo que te habías propuesto hacer. No te eches atrás. Continúa activa.

Vigila tu silueta, la que últimamente has dejado un poco de lado. Sólo necesitas privarte de unas pocas cosas y hacer ejercicio.

CAPRICORNIO

de diciembre
de enero)



ACUARIO

(20 de enero al
18 de febrero)



PISCIS

(19 de febrero al
20 de marzo)



Estaba pronto a creer que había estado soñando y que todo aquello era una pesadilla angustiosa; pero, ¡ay!, no podía forjarme ilusiones, porque las frías gotas de lluvia caían sobre mí, mientras que contra mi pecho se apretaba apasionadamente una mujer, y sobre mi rostro sentía el suyo cálido y pequeño.

El viento rugía y gemía, la lluvia azotaba la barca, las ondas murmuraban, y los dos, estrechamente enlazados, temblábamos aún de frío. Aquello era una cosa cierta, y estoy seguro de que nadie tuvo un sueño tan penoso, tan angustiado como esta realidad.

Natacha me consolaba: me hablaba con voz dulce y cariñosa, como sólo las mujeres saben hablar, y sus palabras cándidas y tiernas encendieron en mí como una llama y algo se fundió en mi corazón.

Entonces cayeron de mis ojos lágrimas que extirparon de mí mucha amargura, muchas tristezas, muchas manchas y odios que se habían acumulado como abrojos hasta esa noche.

Natacha repetía sin cesar:

—¡Basta, basta! ¡Te lo suplico, alma mía, no llores más!... ¡Basta! Dios vendrá en tu socorro; hallarás colocación..., serás dichoso, serás...

Y me besaba muchas veces..., muchas veces..., sin detenerse, como enloquecida...

Eran los primeros besos de mujer que la vida me ofrecía, y eran los mejores y más puros, porque los que los siguieron me han costado muy caros y nada bueno me han traído.

—¡Ea! ¡Cesa de gemir! ¡Qué tonto! ¡Ya te hallaré algo mañana si no sabes adónde ir!

Oía como en sueños su cuchicheo suave y persuasivo.

Hasta la mañana permanecimos uno en brazos del otro.

Cuando llegó el día, salimos de debajo de la barca y fuimos hasta la ciudad. Después nos despedimos como viejos amigos, y no nos hemos vuelto a encontrar, aun cuando durante seis meses, por lo menos, he buscado por todas partes, he revuelto todos los antros y tugurios para dar con aquella gentil y querida Natacha.

Si ha muerto ya, ¡qué dicha para ella! ¡Paz a su alma!

Y si vive aún, ojalá reine la serenidad en su corazón. Y que nunca se despierte en ella el sentimiento de su caída..., porque sería un padecimiento más. inútil y superfluo en el mundo. ♥♥

•• Fui capaz de hacer grandes locuras para recuperar a mi hijo.



•• OTRO SABADO turbulento, pensé, mientras le preparaba tostadas a mi marido. Entre otras cosas debía juntarme con mi cuñada Marina para almorzar y discutir los detalles de un festival donde Sara y Rosita, mis dos hijastras, tomarían parte.

—Debes descansar los sábados, Diana —dijo Iván, mordisqueando una tostada—. Trabajas demasiado durante toda la semana. —Me miró preocupado—. ¿Te has tomado tus vitaminas como me lo prometiste?

—No necesito vitaminas. No estoy enferma. —Me incliné hacia él y lo besé, sintiendo una oleada de emoción cuando su cara sin afeitar tocó mi piel. Me había tratado antes de hacer el amor, pero lo rechacé: tenía demasiadas cosas que hacer y el amor se podía posponer.

Necesitaba ser una esposa perfecta por razones que solamente yo conocía. Y ahora para resarcir a Iván de mi anterior rechazo, le daba un buen desayuno, besándole la punta de la oreja durante el proceso.

—No hagas eso si no estás dispuesta a volver conmigo al dormitorio, Diana.

Vi el deseo en sus ojos y sentí remordimientos. Pero también lo sentía si no tenía la casa perfecta, la ropa totalmente planchada, ésto para citar sólo algunos ejemplos.

—Esta noche te compensaré —prometí—. Ahora tengo millones de cosas que hacer y debo encontrarme con Marina a la una.

—Claro —rezongó Iván cogiendo el diario—. El amor puede esperar puesto que tú tienes cosas muy importantes que hacer.

¡Me sentí terrible! Pero antes que pudiera decir nada, Sara y Rosita entraron a tomar desayuno.

Desde el comienzo de mi matrimonio con Iván me esmeré porque me quisiera su familia. Pronto se dieron cuenta que yo era una mujer trabajadora y a menudo recurrían a mí si necesitaban ayuda, incluso para organizar un festival.

Cuando se terminó el desayuno, Iván se preparó para llevar a las niñitas a casa de su madre, donde se quedarían hasta el día siguiente. Y en la tarde, él jugaría tenis, como lo hacía todos los sábados.

Luego de despedirlos con un beso me puse a preparar con adelanto la comida. Justo después de poner el guiso en el horno, me miré en el vidrio de la ventana. Tenía un mechón de pelo caído sobre una mejilla. Mi rostro estaba demacrado. Supuse que estaría demacrado durante todos los sábados del resto de mi vida, porque fue un sábado cuando entregué un pedazo de mi alma.

Fue un día de otoño como éste y yo iba en un bus, alejándome de mi hogar para siempre. Me volví en el asiento para poder ver la casa de Benjamín con su enorme árbol en medio del césped. Se me partía el corazón porque dentro de esa casa dormía mi hijo y probablemente jamás lo volvería a ver.

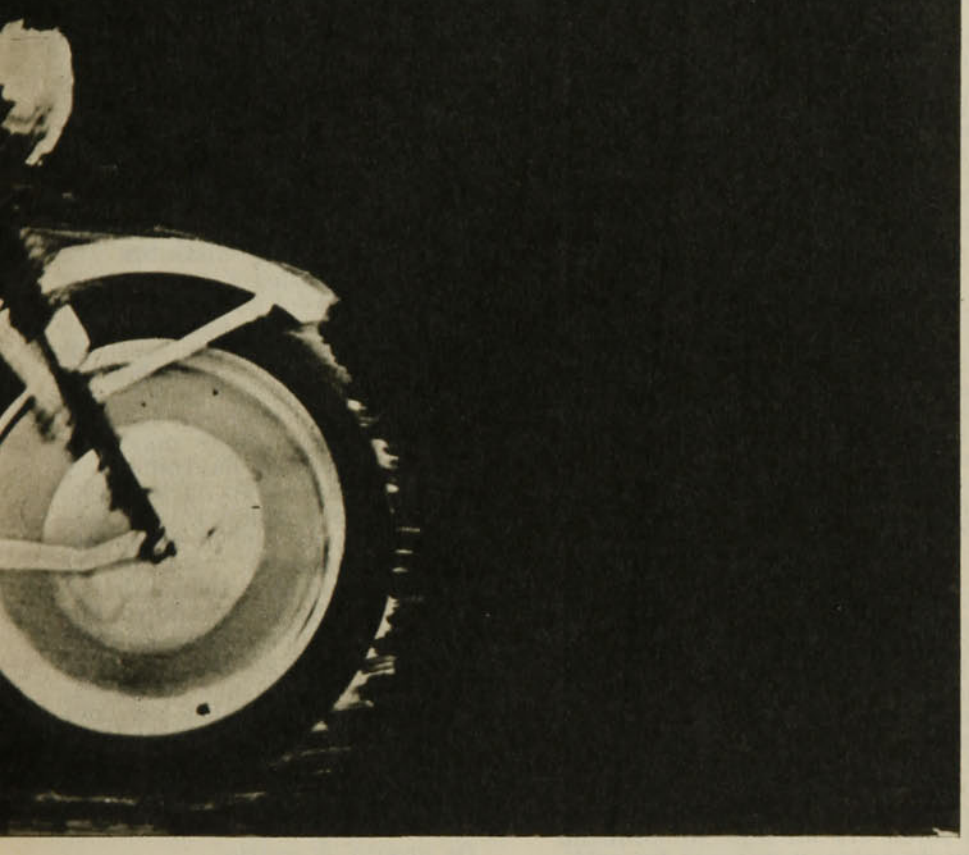
•• TENIA DIECISIETE AÑOS, cuando conocí a Benjamín y un año después me propuso matrimonio. Para escapar de la tiranía de mi padre y de su dominio luego de la muerte de mamá, acaecida diez años antes, entré en el estrecho mundo de Benjamín. Mi marido tenía casi veinte años más que yo y era de carácter sombrío. Cada vez que quería ir a un cine o comer en el centro, se negaba porque lo consideraba un derroche inútil de dinero.

Creo no podía culparlo de que siempre quisiera quedarse en casa. Sus padres habían muerto cuando tenía diecinueve años y tuvo que emplearse para mantenerse él y sus hermanas. Aunque lo admiraba por ser tan trabajador, yo era joven y necesitaba un poco de diversiones. Especialmente porque mi padre, al igual que Benjamín, pensaba que divertirse era pecado. Y debido a eso mi matrimonio no cambió en mucho mi existencia.

Pasaron los años y a pesar de haberle dado a Benjamín un hijo, Miguel, nunca quise a mi marido, quien me trataba como a una niña y no como a una esposa. Ni siquiera confiaba en mí en cuanto a educar al niño y por eso siempre estuvo a cargo de mis cuñadas.

Llevábamos diez años de casados y Miguel tenía nueve cuando fui a una fiesta que cambió mi vida. Por

MADRE A HIPPIE



la falta de costumbre de tomar alcohol, me embriagué. Y de pronto me encontré frente a mi propia casa besándome con un hombre que había conocido horas antes. Un hombre que me juraba que yo era bonita, que me prometía amor y felicidad.

Nos besábamos apasionadamente cuando apareció Benjamín.

—¡Desaparezca de mi vista o lo mataré! —gritó al muchacho, quien huyó a todo correr. Si no lo hubiera hecho tan de prisa, estoy segura que Benjamín lo habría matado.

En seguida, mi marido me arrastró dentro de la casa. Tuve miedo que me matara, pero lo que hizo fue aún peor que eso.

—¡Me parece tener en casa dos niños en vez de uno! —gritó. En su furia parecía aún más alto y fornido de lo que era—. Creí que algún día ibas a crecer, pero me equivoqué. ¡Te marcharás de aquí, Diana! Mi hijo necesita de una madre de verdad y tú eso no serás nunca.

Me asusté aunque sabía que siempre la madre consigue la custodia de su hijo. Pero un instinto dentro de mí me decía que este caso sería diferente. Benjamín era un hombre fuerte, inteligente y porfiado. ¡Y ganaría!

Le pedí perdón, pero no quiso oírme. Le ofrecí enmendarme y no me creyó. En realidad, yo me había portado como una niña, permitiendo que mis cuñadas criaran a mi hijo. Había sido pasiva, dejando que otros tomaran las decisiones. Y para complicar las cosas tuve que admitir que Benjamín, a pesar de su carácter sombrío, había sido un buen padre. El pasaba con Miguel mucho más que yo y había ganado su cariño.

Pero también sabía que si Benjamín me hubiera tratado con más ternura y comprensión yo habría sido una mejor madre y esposa. Y si no me hubiera sentido tan desdichada y sola no me habría dejado besar por ese hombre. Pero ¿merecía perder a mi hijo por la locura de un momento?

Finalmente, cuando comprendí que Benjamín pediría la nulidad, pensé un plan desesperado. Sabía que amaba a Miguel y que ansiaba su felicidad, y basada en eso le sugerí que fuera el niño quien eligiera con quién deseaba vivir. Los lazos que unen a una madre con un hijo, pensé, eran demasiado profundos. Pero me equivoqué. Miguel eligió vivir con su padre.

En cuanto me instalé en Santiago le mandé a Benjamín mi dirección por si Miguel me necesitaba. Y me empleé como secretaria en una oficina pública. Y, para alejar la pena de mi corazón, me ofrecía a hacer siempre trabajos extra.

•• PASARON CINCO AÑOS, cinco años sin saber nada de Benjamín, excepto la notificación de un abogado diciendo que la nulidad había sido concedida. Y nunca supe tampoco nada de mi hijo. Y muchas veces me pregunté cómo había podido permitir que mi marido me lo arrebatara tan cruelmente.

Entonces conocí a Iván.

El pensar en Iván me trajo al presente. Saqué el guiso del horno y lo puse en el refrigerador. Iba a medio camino hacia mi pieza para arreglarme cuando sonó el teléfono. Casi no lo atendí, pero eso es algo prácticamente imposible de hacer.

—¿Es la casa de la señora Diana Brockman? —preguntó una voz de hombre.

Brockman era el apellido de Benjamín. Nadie de mis amistades, fuera de Iván, sabía que yo fui casada antes.

—No —respondí preguntándome quién sería. No era la voz de Benjamín. ¿Sería alguien de mi ciudad natal para darme malas noticias de Miguel?—. Pero mi nombre es Diana —agregué.

—Habla Miguel —dijo la voz profunda—. Tu hijo.

Había visualizado a Miguel muchas veces. Ahora tenía diecinueve años..., lo suponía alto y rubio.

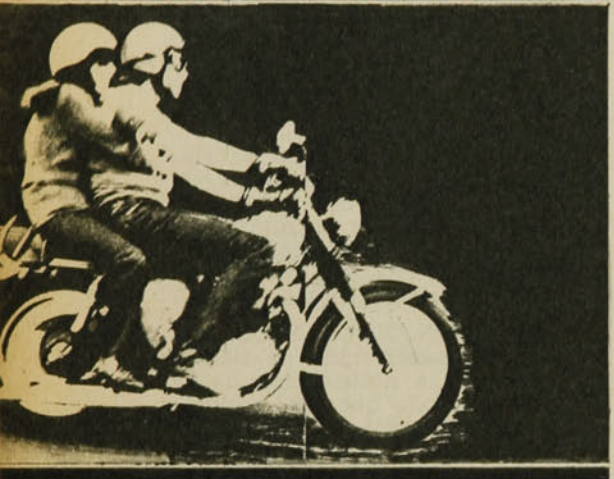
—Quiero verte —dijo rompiendo mis pensamientos. Contrariamente a mis temores, no parecía enojado, ni resentido, ni irónico. Más bien apurado y curioso.

Cerré los ojos.

—Miguel..., no sé qué decirte. —Las lágrimas acudieron a mis ojos —. He esperado y deseado tanto...

—Estoy en Santiago —cortó Miguel—. Vengo de Punta Arenas y he

DE MADRE A HIPPIE



••Si lo dejaba irse, sólo lo perdería por segunda vez y no podría soportar eso. Manejaba con gran rapidez y el viento parecía bambolear la moto...

decidido recorrer todo Chile. —No venía entonces de la casa de su padre—. Viví dos años en Punta Arenas —agregó—. Me aburrí de la vida en el pueblucho donde nací. ¿Puedo verte?

¡Me preguntaba si podía verme!

—Me encantaría —dije finalmente—. Te invito a almorzar.

—Magnífico. No demoraré en llegar. Supe tu dirección por una carta que hace muchos años le escribiste a papá. Yo la anoté. Pero jamás pensé verte de nuevo. Pero resulta que mi moto se echó a perder aquí cerca. Coincidencias, ¿verdad?

—Sí —murmuré, tratando de calmar mi alocado corazón—. Una gran coincidencia. —Pero sabía que no lo era. Cuando me volví a casar le mandé mi nueva dirección a Benjamín, esta vez también el apellido de mi marido, para no sentirme cortada de mi hijo. Y durante todas las noches en los últimos años recé para volver a ver a Miguel. Esta era la respuesta a mis plegarias.

Saqué el guiso del refrigerador y lo puse de nuevo en el horno, sin importarme qué le daría de comer a Iván en la noche. Incluso me olvidé de mi compromiso con Marina. En seguida subí de prisa a cambiarme. Luego de alguna deliberación elegí ponerme una blusa blanca y una falda azul. Con manos temblorosas escobillé mi largo pelo y lo amarré sobre mi nuca, pensando que a Miguel eso no le chocaría. Tal vez Benjamín no le había hablado mal de mí. Mi ex marido siempre fue un hombre incapaz de perdonar, pero no cruel.

Volví a la cocina tratando de pensar qué debía hacer y, de pronto oí el atronar de una moto. Curiosa, me acerqué a la ventana. El chico de piernas largas que se bajaba de la poderosa máquina no podía ser Miguel. Sus ojos bajo el casco lucían muy azules y cuando salí hacia la vereda, esos ojos se encontraron con los míos. ¡Y me sonrió! Me había sonreído, sin odio ni amargura.

—Hola —dijo, gritando por sobre el ruido del motor—. ¿Vengo tarde?

Murmuré algo. No recuerdo qué. En seguida, Miguel se quitó el casco.

Lo miré en silencio durante algunos segundos. Nunca había visto antes a un hippie, excepto en la televisión. Miguel usaba barba y su pelo rubio le llegaba casi hasta los hombros. No se veía muy limpio, pero en ese momento no importó me hubiera visitado vestido con harapos. Nada me importaba fuera de tenerlo conmigo y ver que ese hombre joven era mi hijo, mi pequeño niño de antes, y que por fin estábamos juntos.

Entramos a la casa y conversamos banalidades, mientras comíamos. Yo le hablé de mi vida ocupada, de mis actividades. Lo hice naturalmente, como si Miguel y yo nunca hubiésemos estado separados. Y en ese momento ansiaba abrazarlo y darle toda mi ternura de madre.

—Veo que has cambiado —dijo.

Noté que no me decía mamá o madre.

—¿Cambiado?

Asintió.

—Con todas esas actividades y los quehaceres domésticos.

¿A qué quería llegar? Traté de hablar, pero tenía un nudo en la garganta. Y de pronto sentí miedo.

Miguel me miró de fijo.

—Papá me contó que una vez te emborrachaste e hiciste la grande. Entonces él te ordenó que desaparecieras y lo hiciste.

Sentí que la sangre se me agolpaba en la cara.

—Miguel, yo era muy desdichada en esa casa, casada con tu padre. Sé que no puedes comprender lo que hice, pero fue la única vez que me comporté mal. Estaba bebida y conocí a ese muchacho y no pude contenerme. —Unas lágrimas se deslizaron de mis ojos—. Pero te quería, Miguel, a pesar de que actué como una madre inmadura. —Me forcé a mirarlo de frente—. ¿Puedes tratar de entender lo que quiero decirte?

—Claro —contestó con desenfado—. Ese pueblucho es una lata. Yo no lo toleré más y por eso volé. No quiero desacreditar a mi padre, pero cuando crecí me di cuenta que éramos pájaros muy distintos. El me enseñó deportes y se preocupó de mí mientras fui chico, pero ahora..., bueno, lo único que le importa es economizar dinero. ¡Es un viejo avaro! Y tú..., tú odiabas vivir allí y si hiciste eso aquella noche debe haber sido por aburrimiento. Es como fumar marihuana. Después que se ha fumado el tedio se desvanece. Yo no te culpo.

Me sentí sorprendida ante su largo discurso, pero creo oí solamente sus últimas palabras. "Yo no te culpo". En resumen, Benjamín no había ganado, había ganado yo. Miguel estaba conmigo, explicándome cuán parecidos éramos.

—Miguel, quisiera que te quedaras un tiempo aquí para que conversemos. Ansío saber todo de ti, de tu viaje y de tus proyectos. —Reí nerviosa porque anhelaba retenerlo—. ¡Incluso deseo que me cuentes de tu moto!

De pronto, él sonrió.

—¿Te gustaría dar una vuelta en ella?

Tuve una visión de mis vecinos al verme montada en una moto, pero eso no me importó.

—¡Me encantaría!

Subí a cambiarme de nuevo, luego de indicarle a Miguel dónde podía encontrar una cerveza. El me había pedido una y yo le dije que sí, que la tomara.

Luego que me puse mis pantalones para jardinear, me miré al espejo. En seguida, en un impulso me solté el pelo y lo dejé caer hasta mis hombros. Cuando bajé corriendo la escalera me sentía de nuevo una adolescente.

Mi hijo salió del comedor con una botella de cerveza en la mano y sus ojos azules se agrandaron de sorpresa.

—Hey, ¿qué te hiciste? Te ves colosal.

Reí.

—Y me siento colosal. ¡Vamos!

Y salimos montados en la moto, yo a horcajadas detrás de Miguel. Pasamos como un rayo por la avenida, mientras mi pelo se agitaba al viento.

—Tengo un amigo en El Arrayán —gritó Miguel, volviendo la cabeza hacia mí—. El y otros se concentran allí, junto al río, con sus motos. ¿Quieres ir conmigo hasta allá, o te vuelvo a dejar a tu casa?

—Quiero ir contigo.

"Debería tener una po'ola —pensé—. Y afeitarse. Y bañarse. Y tal vez necesite dinero". Benjamín fue siempre muy parco para el dinero y sólo entregaba lo que creía estrictamente necesario. Lo más probable era que Miguel no tuviera ni un centavo en los bolsillos.

•• HABIA UN GRUPO de chicos junto al río, tal como lo dijo Miguel. Me dijo que se llamaban "Los Rebeldes" y se dedicaban a hacer carreras en moto. A mí me pareció un grupo abigarrado y peligroso, pero mi hijo se sentía como en su casa con ellos. Al momento siguiente, Miguel y yo estábamos a la sombra de un árbol, conversando con unos flacuchentos adolescentes. Pensé que todos se veían iguales, aunque tal vez se imaginaban únicos y muy individuales. Todos usaban barba, como mi hijo, el pelo muy largo y las chiquillas vestían unos ajustadísimos jeans y botas, anillos en todos los dedos y nada de maquillaje. Por el hecho de yo ser la madre de Miguel me encontraron "colosal".

—E'los creyeron que eras una adolescente —gritó Miguel cuando veníamos de vuelta—. ¡Eso es choro!

Traté de demostrar que no sentía miedo mientras cruzábamos el puente. Miguel manejaba con gran rapidez y el viento parecía bambolear la moto.

—¿Qué era choro, Miguel?

Me miró sonriendo.

—El tener una madre hippie. ¡Eso!

Decidí en ese mismo instante que si quería complacerlo, que si quería tener a mi hijo por un tiempo a mi lado, debía yo ser justamente eso: una hippie.

No me acordé de mi cuñada hasta cuando, al llegar a casa, oí sonar la campanilla del teléfono. Marina parecía más molesta que preocupada.

—¡Olvidaste tu compromiso, Diana! —Su voz se alzó—. Te estuve esperando en el restaurante. ¿Qué te ha pasado?

—Tuve algo que hacer —dije y cuando Miguel me cerró un ojo, sonreí—. Fui en moto a conocer a "Los Rebeldes".

Colgué un momento después el fono y con seguridad mi cuñada creyó que yo me había vue'to loca.

Minutos después telefoneé a Iván para contarle que Miguel estaba en casa.

—¡Me parece grandioso! ¿Dices que seguirá viaje al norte? ¿Va a algún colegio a estudiar algo?

Puse mi mano alrededor del fono para que Miguel no pudiera oírme. Estaba en la cocina, abriendo otra botella de cerveza.

—Iván, Miguel no estudia. Está haciendo un viaje con otros amigos. —Tragué fuerte—. Con un grupo de hippies.

—¿Insinúas que tu hijo es uno de e'los? —preguntó Iván luego de un corto silencio.

—Sí. Temo que sí. Pero es tan libre, Iván. Es decir, libre interiormente, generoso y comprensivo. ¡Imagínate que su padre le contó por qué se separó de mí y lo entendió! Además, comenta que Benjamín es sólo un viejo avaro.

A pesar de la conversación, no preparé lo suficiente a mi marido con respecto a mi hijo. Obviamente le impresionó mucho su aspecto. Y, durante la comida, noté que ambos hombres eran como el agua y el aceite.

Cuando terminamos de comer, traté de simular que nada me preocupaba.

—Estoy ansiosa porque conozcas a tus medias hermanas, Miguel. Ahora están en casa de mi suegra. —Vi un brillo de advertencia en los ojos de Iván—. Ellas no saben de tu existencia, pero estoy segura que te adorarán.

Miguel se despeinó su sucia barba.

—Los niños me gustan. Pero las suegras..., no sé. Todas esas viejas son como gatos salvajes, igualitas a las de mi pueblucho.

Más tarde, en nuestro dormitorio, Iván y yo conversamos.

—No quiero que las niñitas se impresionen cuando las traiga mañana de vuelta a casa —dijo Iván —. No me interpretes mal..., estoy contento porque tú y tu hijo se hayan puesto en contacto, pero... no sé, pero tú me pareces ahora distinta. Tu pelo, esos pantalones viejos...

—Me veo como una hippie —contesté mirándome al espejo—. Tal vez lo soy. Tal vez siempre lo he sido en el corazón. —Me volví a Iván—. Todos mis errores tú los conoces. Sabías que tenía un hijo. Y estoy segura que te das cuenta que aún lo amo.

—Claro que sé todo eso. —Me encogió de los hombros—. Pero ahora tienes una vida nueva con Sara, Rosita y yo...

Me solté.

—No entiendes —murmuré con voz temblorosa—. Yo me alejé de Miguel. Fue como abandonarlo.

ESA NOCHE, a pesar de dormir en la misma cama, lo hicimos como un par de extraños. Estaba segura que Iván no entendía mis sentimientos. Pero me dije a mí misma que eso no me importaba. Ahora yo debía estar junto a mi hijo. Le había fallado cuando era pequeño y debía resarcirlo en todo cuanto estuviera en mi mano.

La semana siguiente pasó como en una neblina. Las niñitas volvieron el domingo, pero no comentaron mucho respecto a Miguel. Se limitaban a observarlo, a él y a sus amigos "Los Rebeldes". Desde el principio le dije a mi hijo que podía convidar a nuestro hogar a sus amigos y de inmediato no menos de diecisiete motociclistas invadieron la casa.

El lunes, cuando mi marido volvió de su trabajo, encontró el living lleno de adolescentes sentados adormiladamente en el suelo, escuchando discos con música atronadora. Yo le había dado dinero a Miguel para que se comprara 'o que necesitase, pero, en vez de adquirir ropa nueva, volvió con los brazos cargados con discos. Aunque Iván no dijo nada, me di cuenta que la cosa no le gustaba mucho.

Tengo que admitir que había veces que esos chicos ruidosos e imprudentes también a mí me incomodaban. Excepto mi hijo, por supuesto. Algunos de ellos se dirigían directamente al refrigerador y lo vaciaban. Y la casa pasaba llena de humo.

Traté de adquirir mi antigua rutina, pero no era fácil.

E' lunes siguiente, cuando recién había acostado a las niñitas, oí a mi marido gritar, furioso, en el living.

Mi marido rara vez alza la voz y me sentí asustada. Corrí abajo y me detuve, petrificada. ¡Le gritaba a Miguel! Los otros chicos, ocho, como moscardones enloquecidos, corrían hacia la puerta. Mi hijo los siguió.

Me helé de pánico. En seguida corrí tras mi hijo y lo cogí de un brazo.

—¡Espera! ¡No te vayas! —Miré frenética a Iván. Mi marido permaneció inmutable—. Sea lo que sea que haya pasado, yo lo arreg'aré. ¡Por favor, hijito, no te vayas!

—Yo los eché —dijo Iván con voz helada—. Incluyendo a Miguel.

¡Bien pueden ir a otra parte a fumar esa cochinada!

Miguel se encogió de hombros.

—Se enfureció porque yo le di una chupada al cigarrillo de uno de los cabros. Está bien, nos iremos a fumar a otra parte.

Miré de Miguel a Iván.

—¿A qué te refieres? —Entonces lo supe—. ¿Marihuana? ¿Era eso lo que...?

—Eso era —lanzó mi marido disgustado—. Debería llamar a la policía.

Oí que unos chicos murmuraban entre dientes algo.

—¡La policía! Iván..., él es mi hijo. Tú no puedes...

—Está fumando una droga peligrosa, Diana. Y bajo mi techo. ¡No puedes culparme por echarlos! ¡Tengo dos niñitas en mi casa! No puedo permitir que cosas como éstas sucedan aquí.

—No puedes tener a tus hijas y a mi hijo bajo un mismo techo, ¿es eso lo que insinúas? —Me volví a Miguel—. Espérame, por favor. Me iré contigo. —Aspiré profundo—. Dame un poco de tiempo para echar algo de ropa a una maleta.

Miguel se afirmó perezosamente contra la puerta y miró triunfante a mi marido.

—Te esperaré donde "Los Rebeldes". Allá encontraremos donde alojarnos. Hay un viejo que nos dará techo gratis, con la condición que de cuando en cuando lo lleve a dar una vuelta en moto. —Mi hijo habló con voz tensa y con rapidez. ¿Sentía vergüenza de llevarme hasta allá? Tal vez yo no debía seguirlo. Pero si lo dejaba irse, lo perdería por segunda vez y no podría soportar eso.

Luego que se marcharon los chicos subí a empacar. Iván me siguió y aun sin darme vuelta supe que estaba en el umbral, observándome.

—Te pido que no te vayas, Diana. Sara y Rosita te necesitan.

Eché algunos suéters en la maleta. No medias. Sólo jeans, suéters, blusas, zapatos de taco bajo y ropa interior.

—Las niñitas te tienen a ti —respondí cortante—. Y a tu madre. Mi hijo no tiene a nadie.

Iván se acercó y cogiéndome por los hombros, casi con rudeza, me obligó a girar y mirarlo.

—¡Tu hijo no necesita a nadie! ¡Lo único que necesita son esas inmundicias que fuma! Tú no puedes hundirte en ese medio, Diana.

Aspiré profundo.

—El está en ese medio porque vivió con un padre que no se podía comunicar con un hijo crecido y porque nunca tuvo en realidad madre. Si Miguel está desorientado es por culpa mía. Y no puedo de nuevo volverle la espalda. Me voy y tú no puedes detenerme.

Pedí un taxi. Iván estaba en la cocina cuando salí. Ni siquiera nos despedimos. Quise besar a las niñitas, pero no lo hice. Sólo quería pensar en mi hijo.

Tuve que caminar hasta donde estaban "Los Rebeldes", porque el taxista dijo que él no se acercaba a los hippies.

Para mi sorpresa, el lugar se veía vacío. Una rama crujía con el viento, pero ése era el único ruido. Dejando mi maleta en el suelo llamé a Miguel.

Entonces lo vi. Estaba lejos y de inmediato caminó hacia mí. Yo corrí a encontrarlo, y la maleta golpeaba contra mis piernas.

—¿Dónde están los otros, Miguel?

Me miró deprimido.

—Se fueron —dijo lentamente—. Se arrancaron cuando el hombre se cayó de mi moto. Les dio miedo y volaron.

Contuve el aliento de terror.

—¿Alguien se cayó de tu moto? ¿Dónde? —miré a mi alrededor.

Mostró hacia su izquierda.

—No vayas allá. Está muerto, pobre diablo. Es el viejo de que te hablé. De cuando en cuando lo llevaba a andar en moto...

Miguel no había querido matar a ese hombre como yo tampoco quise beber y traicionar a mi marido. Y ahora mi hijo podía hacer lo que hice yo: huir. Pero para mi hijo la vida sería atroz porque había buscado refugio en las drogas e incluso yo sabía a qué lo podía conducir eso. Lo había leído en los diarios.

—Llamaré a la policía —dije—. Puedes huir si así lo quieres, pero espero no lo hagas.

Sabía que le estaba pidiendo un gran sacrificio. Le estaba pidiendo que arrostrara las consecuencias de su comportamiento. Esperé.

En silencio, Miguel se perdió en medio de la noche y no volví a saber nunca más nada de él. ♥

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

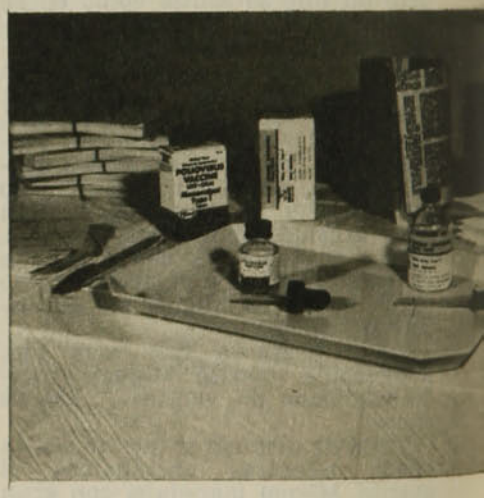
Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.

entre nosotras

● La escasez de atención médica se ve agravada en la mayoría de los casos por la falta de remedios y lo caro que resultan éstos para los bolsillos modestos. Sin embargo, la solución al problema de los remedios se pensó: se trataba de crear un "Formulario Nacional" fabricado por un laboratorio estatal que por no perseguir fines de lucro pudiera vender sus productos mucho más baratos; y la idea se llevó a la práctica: Laboratorio Chile produce los remedios del "Formulario Nacional" y todas las farmacias tienen la obligación de venderlos.

Todo parece perfecto; sin embargo, el público no compra los remedios del Formulario, a pesar de que le convendría hacerlo; las causas pueden ser varias: la poca difusión que tienen esos productos; lo raro de sus nombres, ya que se utilizan los nombres químicos; así una vulgar aspirina se llama ácido acetilsalicílico; al



público le cuesta retener estos nombres y continúa solicitando los productos conocidos, aunque le resulten mucho más caros. Otra causa, indudablemente, son los farmacéuticos, a quienes les conviene mucho más vender los productos de laboratorios comerciales, pues les dejan mayor ganancia, de modo que no es raro que uno entre a una farmacia a pedir un producto del Formulario y se encuentre con que el dueño le dice "que ese producto no es muy bueno, que es mejor este otro... aunque cueste un poco más caro"; el poco más caro es hasta diez veces más y el producto es en realidad el mismo, puede que con un envase más bonito, pero en esencia lo mismo.

De manera que tenemos que ponernos firmes y empezar a acostumbrarnos a comprar los remedios que se fabrican para beneficio nuestro y no para beneficio del dueño del laboratorio, y exigir a los farmacéuticos que nos vendan los más baratos... aunque a ellos no les convenga.







En la foto vemos a dos guaguas. La niñita desnutrida (es peruana) tiene 7 meses; la niña normal tiene 3. Sobran los comentarios.

●● Hace unos días estaba en el consultorio médico de una población, cuando llegó la asistente social con un niñito de la mano. El pequeño no media más de un metro, estaba sucio, muy flaco y guatón. No hablaba casi nada y estaba muy serio; sólo nos dijo su nombre, Pepe, y se quedó dócilmente, primero conmigo y después solo en la sala de control, esperando que alguien hiciera algo con él.

—Pobrecito —comentó la asistente social afuera—, ¿saben qué edad tiene?, nueve años.

Me dio un escalofrío, por su tamaño no parecía tener más de tres o cuatro años.

—Es desnutrido —me explicaron y, desgraciadamente, ya no tiene remedio; la cabeza le quedó definitivamente chica y no tiene ninguna posibilidad de desarrollo normal.

Yo había oído hablar muchas veces de la desnutrición, de la importancia que tienen los controles médicos periódicos y la buena alimentación de los niños, pero es bien distinto conocer un día a un niñito tan chico, y tener que resignarse a pensar que nunca podrá ser normal.

●● *FABRICANTES DE GUERRAS*

Son pocos los que creen cuando se dice que las guerras sólo responden a intereses económicos y que son fabricadas por los gobernantes. Sin embargo, hace poco se ha tenido una comprobación imposible de refutar. Por primera vez han salido a la luz pública las pruebas de la fabricación de una guerra que por supuesto no es la primera artificialmente creada.

El mundo supo en agosto de 1964 que barcos de guerra de la República Democrática de Vietnam habían "agredido" a dos destructores de la Séptima Flota norteamericana en el Golfo de Tonkín. Como consecuencia, el Congreso norteamericano dio al entonces Presidente Lyndon B. Johnson los poderes para utilizar las fuerzas armadas de Estados Unidos en el sudeste asiático.

Los 20.000 soldados norteamericanos que había entonces en Vietnam como "asesores" militares fueron reforzados bruscamente por medio millón más; luego comenzaron los bombardeos a Vietnam del Norte y con ellos la trágica guerra que todos conocemos.

El pretexto: un bombardeo inexistente; el motivo: los grandes intereses económicos que se beneficiaban con una guerra de esa magnitud. ¿Y los millones de muertos? Al parecer, eso no cuenta para los fabricantes de guerras.





una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista

vivir mejor

es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

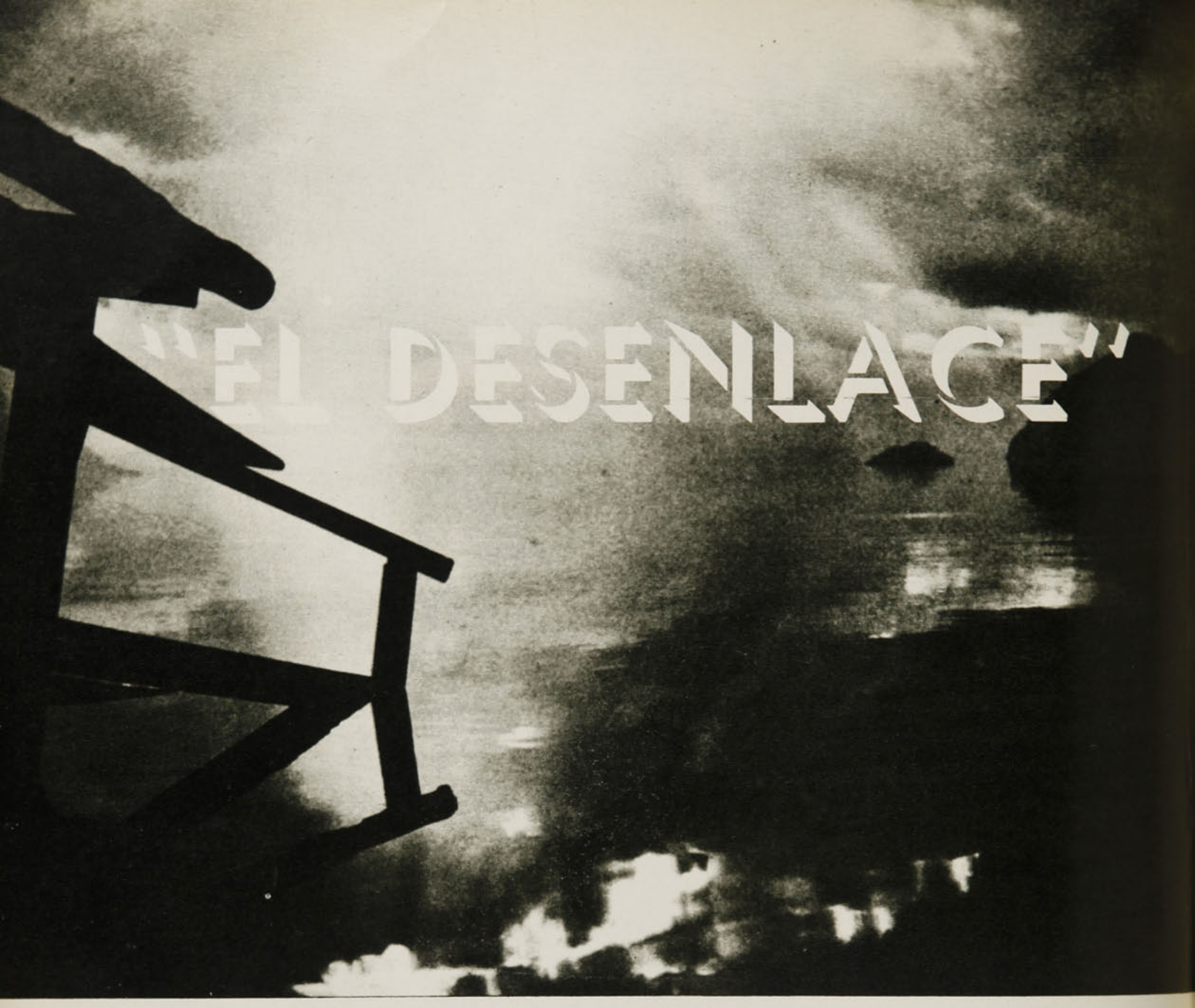
• Eº 4 • N.º 1938



LA GATA

¿Por qué fue condenada a muerte por una corte francesa?

quimantú



EL DESENLACE
(extracto)
Edesio Alvarado
CAPITULO V

LA india Pedroza entró al dormitorio.

—Virgencita, Virgencita —exclamó—, qué hace ahí, doña Laure, en camisón y con la ventana abierta... Seguro que le da un pasmo. Vuélvase mejor a su cama.

Entonces Laurencia se dio cuenta de que había amanecido y de que el viento de Aysén volvía a castigar sus tierras.

—oOo—

Doce años. Doce, de los veinte. Después de la amenaza de Danilo, Laurencia no se preocupó de contabilizar el tiempo, de analizar su nuevo contenido. Otras cosas la ocuparon, las consecuencias judiciales de la reyerta, la ruptura con su madre, la partida a Aysén. Después la vida en el valle la absorbió. Sólo hacía unos meses que la sentencia de Danilo había vuelto a atribularla. La figura ya esfumada del yugoslavo se le presentó súbitamente, y desde ese día tuvo ella la convicción de que el hombre había aparecido para cumplir su promesa. Luego, cada noticia acerca de él la convencía más, hasta que los acontecimientos se acumularon y Gonzalo fue asesinado en la puerta de su casa. Ahora la mujer esperaba que llegara Danilo. Lo hacía persuadida de que, si el crimen encerraba alguna lógica, él la buscaría.

En realidad Laurencia no contaba con pruebas directas, específicas para su conjetura. Sólo una seguridad vital la sostenía. Una global, cerrada hipótesis elaborada con elementos de la visión, de las palabras y del sonido, pero que encajaba como una machimbría en lo que últimamente sucedía.

Había visto a Danilo. Ocurrió en un viaje a Aysén, hecho con Gonzalo. Ambos andaban de compras. Entraron a un hotel, y de improviso ella divisó a Da-

E. IMPRENTAS
- 2 AGO 1971
DEPOSITO LEGAL

nilo de espaldas, acodado en el mesón del bar. Su cabello cobrizo le pareció la llamarada de otro disparo, y retrocedió arrastrando a su marido fuera de ahí, antes de que Gonzalo pudiera reconocerlo. Ella obtuvo luego que regresaran rápidamente a la colonia, y así Gonzalo nunca supo que Danilo había reaparecido.

Más tarde, quizás un mes antes del asesinato, por alusiones vagas de Calixto y de los carabineros, Laurencia comenzó a tener referencias de un yugoslavo colorín que arrendaba tierras al norte del cerro Redondo. "Un gringo muy borracho —dijo Calixto—. Dicen que es yugoslavo. Esto se va a llenar de yugoslavos, como Punta Arenas y Tierra del Fuego"... Gonzalo también había escuchado aquello, pero no alcanzó a asociar al colorín borracho con Danilo, o si lo hizo, nada dijo a Laurencia. Y después fue que comenzaron a escucharse por los montes vecinos los estampidos de una escopeta no usada antes ahí. Al parecer la probaban, la preparaban. Laurencia percibió efectos premonitorios en esos disparos. La sensación de peligro la cercó de golpe y desde ese instante sólo pudo aguardar, estar al acecho.

Danilo llegaría. Llegaría. Laurencia nada dijo a Gonzalo, sin embargo. Después de todo, ella podía estar equivocada. ¿Si la presencia de Danilo en Aysén era casual? ¿Si su interés en trabajar parcelas era legítimo? Convenía prolongar la expectativa. Pero el asesinato de Gonzalo barrió toda duda. E hizo luz sobre otros ángulos. Estaba claro que Danilo no había acudido sólo para matar a Gonzalo. Eso era parte de su desquite. La otra era ella. Ella misma. A los ojos de Danilo, su casamiento con Gonzalo tuvo que aparecer como una usurpación. Y ahora, despejado el camino, liquidada toda resistencia ostensible, el hombre venía a restituirse lo usurpado. Ella no podía explicarse en otra forma los hechos. Y ya era tiempo para cuanto él planeara. Danilo llegaría. Llegaría. Nada arrancaba a Laurencia de su certidumbre.

La mujer no fue defraudada.

—oOo—

A los tres meses, una tarde de abril titilante a lluvia suspendida, cubierta por un sol demasiado blanco y quebradizo, los perros volvieron a ladrar desacostumbradamente. La mujer, en su dormitorio, sospechó que no eran los carabineros y se encaminó a la entrada, dejando a mano el Colt negro de Gonzalo. Pero cuando llegó al umbral y pudo reconocer a la figura enmantada y expectante que, sitiada por los perros, aún se mantenía sobre el caballo, supo que no le sería necesario interceptarla, saludarla, desearle siquiera unas buenas tardes.

A pesar de sentir que todo su comportamiento preconcebido se entorpecía, fue capaz de obrar consecuentemente con su designio. Le repugnaba lo que hacía, cuanto debería hacer en adelante, pero le era necesario conservar a toda costa en sus manos la oportunidad, la iniciativa. Aquietó a los perros y se dispuso a recibir al visitante como lo ensayara ya noventa noches, con la mente no ahí, sino en la hora que ella se había prefijado. El hombre desmontó y fue acercándose a la casa con un ademán de cierta seguridad incipiente, como si alguna cláusula previa lo hubiese estado permitiendo.

Quedaron finalmente contemplándose. Ella le observaba con prolijidad, con impertinencia. El hombre había sido estragado por los años, por el alcohol, por la reprimida y vieja furia. Se le veía feo, y su hombro izquierdo caído le daba un aire desvencijado, corvino.

—Cómo le va —dijo él simplemente—. ¿Cómo está ahora?... No he podido desentenderme de su desgracia. La he sentido mucho... Su marido era..., era una gran persona, según averigüé por ahí.

—Adelante —musitó ella, desentendiéndose, sin mirarle a los ojos.

—¿No me pregunta nada? Son muchos los años que...

—¿Siempre en La Frontera?

—Siempre no. Después..., después he hecho muchas cosas. Ultimamente he andado por aquí.

—¿Ultimamente?

—Sí, unos tres, cuatro meses. Trataba de arrendar tierras. Ahora..., ahora he pedido una concesión en los nuevos loteos del gobierno, acá cerca, detrás de los cerros. No me costará mucho. En Punta Arenas tengo parientes amigos del intendente, y mi padre trabajó en las estancias de un ganadero que ahora es diputado. Ellos influirán. Seremos vecinos... Qué casualidad, ¿verdad?

"La casualidad", se dijo la mujer. "El azar determina mitad de la vida y la muerte... La conciencia apenas puede a veces penetrar en su trama", afirmaba Gonzalo...

—¿Ha hablado? —preguntó inquieto el hombre.

—No. Pase, pase.

Ya adentro, el hombre cobró un poco más de aplomo. Hizo ademán de sacarse la manta, sin llegar a hacerlo. A pesar de todo, continuaba fuera de la casa. Pero exploró.

—Tome, Laurencia —le dijo, alargándole un paquete—, es..., es un regalo mío. Se lo compré a un contrabandista en Puerto Ibáñez, después que supe su desgracia.

—¿Y cómo supo?

—¿Cómo? Dónde será que un crimen no se sepa. Los carabineros han andado averiguando. Hasta a mí ha tratado de sonsacarme ese sargento Galindo.

—¿Ya lo ha interrogado?

—Sí. Pero es difícil pillar al asesino aquí. Cualquiera pudo ser. Gonzalo se hizo de más de un enemigo, me han contado. Hubo uno que hasta lo amenazó, dicen. Un violador... Y ahí tiene a esos cuatreros. Ahora anda un tal Navarro.

—Navarro no ha sido. Era amigo de Gonzalo.

—No confíe. Con esa gente nunca se sabe... ¿Pero los carabineros no sospechan de nadie? ¿Qué le han dicho?

—Nada. Ellos no tienen sospechas todavía.

—¿Y usted?

—Yo no sospecho. Estoy segura.

—Cómo. ¿Acaso Gonzalo reconoció a su asesino? ¿Le dijo algo antes de morir?

—Quizás.

—Entonces..., denuncie al culpable.

—Este no es un asunto de la justicia. Se trata de algo entre el asesino y yo.

—Es otra usted. La vida la ha cambiado.

—Y la muerte también.

—Usted antes era apenas...

—Dígame —cortó ella, mirándole por primera vez de frente—, ¿estaba usted en Aysén a

comienzos de diciembre?

—Claro, recién llegado... Andaba...

—¿Andaba comprando algo?... ¿Una escopeta acaso?

—¿Una escopeta?... ¿Para qué?... Oh, usted está sospechando que yo..., ¡que yo maté a Gonzalo!

—Ya le dije que no sospecho.

—Laurencia, por Dios, tranquilícese... Cómo puede... Sepa que yo no tengo ninguna escopeta. Claro, necesito una, pero precisamente ahora...

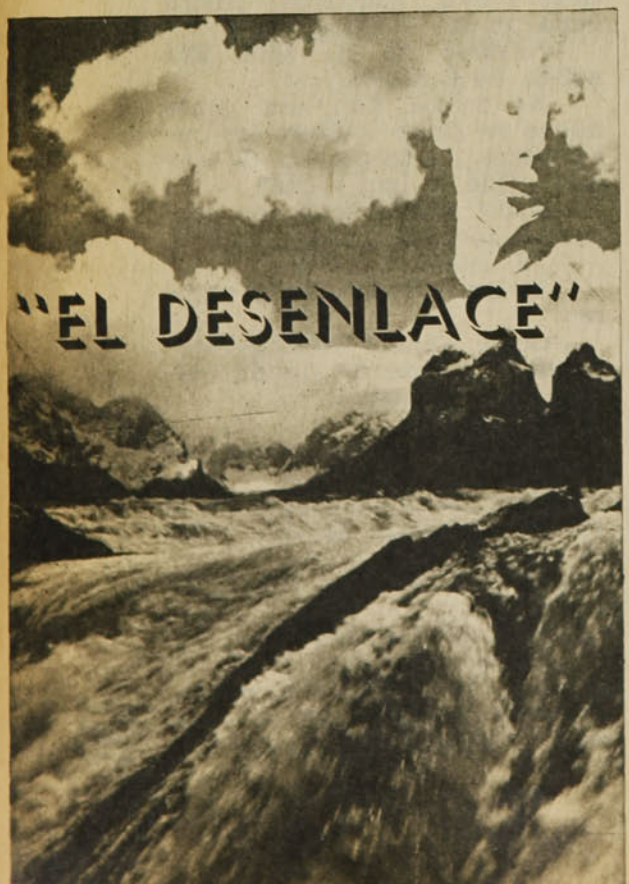
"Ahora no... Después que la botó al río", pensaba ella vertiginosamente.

—Laurencia, Laurencia, ¿qué está creyendo? —gritó el hombre, avanzando—. Sáquese esa maldita idea de la cabeza. En doce años... Pero, por favor, déjeme explicarle. Déjeme contarle toda mi verdad. A eso vine... Y me ha costado mucho, ¿sabe? Hasta que no resistí más. Verá, no es como le dije antes. No es por casualidad que he llegado a Aysén.

—Es algo deliberado entonces, un plan.

—Sí, es algo deliberado, pero escuche...

El hombre se detuvo. Miró como buscando un asiento. Laurencia no se lo ofreció, pero luego lo hizo. Comprendió que debía replegarse, que no convenía hostilizar, prevenir a Danilo. Con su alusión a la escopeta había ido demasiado lejos. El podría encontrar ahora natural su



desborde, pero luego, a solas, recapacitaría. Acaso temiera, alejándose de ella. Era necesario rodearlo, circunscribirlo a una zona equilibrada entre la atracción y el rechazo, como si sólo la amenaza de antaño y no el crimen estuviera de por medio. Laurencia llamó a Pedroza para que sirviera algo. El hombre tuvo ahí oportunidad de sentarse, pero ni aun entonces se sacó la manta. Iba a proseguir cuando la india apareció con aguardiente.

—En vida de Gonzalo conseguíamos whisky —dijo Laurencia.

—Oh, esto también viene bien —repuso él, tratando de sonreírle, buscándole los ojos.

Pero la mujer continuaba inmóvil, pendiente al parecer de la ventana, del murmullo del río. El hombre comprendió que ella sólo le dejaría hablar, que estaba cerrada a lo demás, tapiada por su idea. Pero Danilo no tenía más remedio que seguir.

—Verá —dijo—, hace tiempo me enteré de que ustedes estaban aquí. Eso sí que fue casualidad. Un día, sin tener qué hacer, me puse a mirar una colección de diarios oficiales viejos en la notaría de Punta Arenas. Ahí los vi figurando en la lista de colonos. Era la primera noticia que tenía de ustedes desde..., en todos estos años. De entonces la idea de verlos, de verla a usted, no me dejó. ¿Por qué eso? Cómo voy a saberlo yo mismo. El hecho fue que me puse a dar vueltas por estos lados... Con qué fin, dirá usted. Tampoco lo sé bien. Quería..., habría querido hablarles, entenderme con Gonzalo, palabra. Pedirle perdón.

—¡Pedirle perdón!

—Sí, claro, ¿por qué no? Pedirle perdón por lo de... hace doce años. Ya había averiguado por él. Sabía que era un hombre..., un buen hombre.

—Pero su amenaza...

—Mi amenaza... ¿Cree usted que se puede vivir doce años odiando inútilmente? La furia, el odio también se enfrían con el tiempo. Y más en mi caso. Uno llega a saber que la vida es tan poca cosa, tan pobre, que debemos pasarla lo mejor posible, sin amarguras, sin rencor.

—No le creo.

—Laurencia, por Dios, usted me obliga a no guardarme nada. Sepa que todo lo he hecho por usted, por verla, por acercarme a su persona. ¿Que acaso era inútil? Bueno, qué iba a hacerle. No he podido olvidarla un día, ¿sabe?... He andado dando tumbos de un oficio a otro, me puse a vivir con una maldita mestiza, me he emborrachado como un loco. ¿Por qué? Por usted sencillamente. Tal vez si nosotros..., si no hubiera pasado nada de eso allá arriba en Cautín, frente al lago Villarrica, pienso que me habría resignado a perderla... Perdone mi vulgaridad, pero usted iba a ser mi mujer, llegó a serlo, Laurencia. Algo mío en todo sentido. Y yo nunca había tenido nada, salvo proyectos en la cabeza, ideas de revancha por las eternas lamentaciones de inmigrante de mi padre.

—Nada de eso tiene sentido ahora.

—Lo sé, lo sé, para usted no. Pero tengo que decírselo todo a fin de que no siga pensando mal y olvide mi amenaza.

—De todos modos, Gonzalo murió asesinado... Y su muerte resultó muy oportuna para usted.

—Otra casualidad tremenda. Créame, yo no sabía bien qué hacer, pero cuando me noticiaron lo del crimen, determiné quedarme aquí, instalarme cerca... Todo esto resulta muy raro, sobre todo explicarlo, pero así fue. Qué voy a hacerle... Pensé en lo sola que se había quedado y en que algún día..., alguna vez podría necesitar ayuda...

—¡Su ayuda!

—Sí, ¿por qué no? Sabe que por usted daría una mano. Además conozco estos trabajos. Con ese par de indios viejos no lo puede hacer todo.

—Nunca le he temido a la soledad.

—Porque antes le tenía a él. Pero ahora será distinto. La soledad le mostrará otra cara. Llegará el día en que le tema más que a nada. Vea mi caso. Yo le temo a la soledad como un niño, y no me avergüenzo de decirlo... Por favor, Laurencia, ¡déjeme recuperar su amistad, déjeme serle útil ahora que está sola!

La mujer volvió a mirarle abierta, explícitamente. El hom-

bre creyó que el conducto comenzaba a establecerse y agregó:

—Yo quería proponerle algo, para empezar... Pero, por Dios, no seamos más unos extraños, Laurencia. No se arrepentirá...

La mujer percibió, diferenciada, la presencia de una onda excluyente que los mantenía a ambos separados de los demás, sujetos a una reciprocidad creciente, algo así como a merced de un poder en unas u otras manos, dependiendo todo del propósito de cada cual. Como para aquilatar mejor la sensación, ella se alejó del hombre aproximándose a la ventana, y entonces el tartajeo del río la envolvió por una nueva vez, pero ahora no para dominarla o substraerla, sino para alertarla, para hacerla sagaz, a fin de que supiera utilizar ese poder. Laurencia nada quería aceptar del hombre, pero comprendió que para apurar el desenlace debía sacrificar otra decimal porción de su postura de mujer herida y acosada.

—Qué iba a proponerme —dijo.

—Tengo, allá en mi parcela, a un hombre de confianza y no tan viejo como su indio. Es Remigio. Si quiere se lo mando para que la ayude aunque sea por este invierno. Para la primavera me lo devuelve.

La mujer le sirvió más aguardiente. Cuando él creía que ya no iba a haber contestación ella repuso:

—¿No será que quiera vigilarme de cerca?

—Por Dios, Laurencia —protestó el hombre—, no siga pensando así. Ya le he hablado. Además usted necesita que la ayuden, créame. Bien sabe todo lo que hay que hacer para mover esto. Las tierras son buenas. Lo único malo para ustedes fue que los sueños de Gonzalo volvieron a fallar. No hay vetas mineras acá.

—Sí hay —exclamó súbitamente iluminada la mujer, graduándolo, empujándolo más dentro de la onda recíproca en la que se disputaban el dominio.

—Cómo —dijo el hombre, interesado, aprehendido—. ¿Acaso él encontró vetas?

—Sí. Encontró.

—Y le dijo dónde...

—Sí. Me lo dijo.

El hombre sorbió su aguardiente con excesiva, rígida lentitud, y levantándose, se dirigió a la ventana para ocultar el reverbero, la iridiscencia que —él estaba seguro— se le había originado en las pupilas. La mujer alcanzó a fijarse en la falta de los dos dedos en su mano derecha y después no quiso mirar a parte alguna. La onda se tensaba, ya repercutía. Laurencia, como si también hubiese querido evadir algo, una tenue, dubitativa mueca, cierta insegura posición, accionó, bebió su copa. Al fin el hombre dijo:

—La felicito. Me..., me alegro por usted... Pero, cómo decirle, esto me da más la razón. Usted necesita de alguien que le ayude a negociar esas vetas o a trabajarlas. Usted no tiene hijos y...

—Aún puedo casarme.

—Oh, por supuesto, aún puede, aún puede. Quién no querría... Pero, Laurencia. Laurencia, ¿no me va a contestar?... Déme, le ruego, la oportunidad de ayudarla. Le repito, no se arrepentirá. Además nos necesitaremos mutuamente. Esa tierra es tremenda. Usted la conoce.

La mujer buscó de nuevo la voz del río. Fue al otro extremo de la ventana y miró hacia afuera. Bruscamente se imaginó que desde las aguas y entre su centelleo rápido y cortado emergía otro brillo más sólido, el cañón de una escopeta aventada a su fondo. Entonces comprendió que el hombre, sin saberlo, tenía razón. Ella no se arrepentiría de cuanto estaba aceptando, y en atención a su designio, verdaderamente nada podría hacer en adelante sin él, ajena a él. Por eso respondió:

—Bueno, seamos amigos... Mande a su Remigio.

—Y yo..., ¿podré venir?

—Sí. Usted podrá venir.

—oOo—

LA cara del yugoslavo no se apartaba de la mente de Galindo. Y sólo por su idea el sargento hacía ese viaje endiablado. La mañana de fines de mayo estaba encapotada, el noroeste acumulaba nimbos gigantescos sobre las moles del Arenales y del Arco, y de un momento a otro el agua caería como a baldazos. Galindo, mientras regulaba el trote, mordía impacientemente su barboquejo y hablaba a gritos al cabo Aynol, que iba a su lado soportando el roce de las ráfagas lo mismo que un cormorán enfermo.

—A ese colorín me lo tengo entre ceja y ceja. Algo se lleva en esto, algo se lleva. A mi edad, el olfato no me va a fallar.

—Bien le digo —contestó el cabo—, esas visitas y atenciones a doña Laurencia no son así no más. Qué tramará el badulaque.

Callaron. Ahora el viento les daba de frente, los ahogaba cuando abrían la boca, y hasta los caballos experimentaban dificultad para respirar y mirar. De muy lejos la pareja pudo sentir el ladrido de los perros. Pero el sargento no habló hasta que llegaron a la tranquera.

—Ella debe habernos visto ya. De seguro nos espera con algo caliente... Ah, yo solito me tomaría un litro de aguardiente. Hay algunos grados bajo cero.

—Qué vida jodida —quejóse el cabo—. Yo me pregunto por qué ella no vende todo y se larga al Norte. Allá podría casarse todavía. Pero no, ella prefiere quedarse, como si estuviera al aguaite de que pase algo. No sé, no sé... Es raro como doña Laurencia se ha tomado las cosas. Me da mala espina.

—Tienes razón, Aynol. Su actitud es rara. Parece como si no sufriera, no ha dado cuenta a la justicia, no quiere que investiguemos... Y es cierto, urde algo. A mí no me hace leso. Además está de por medio el colorín. Pero ya sabré averiguarlo. A eso vinimos.

—¿Cree, mi sargento, que ella aguantará lo que le vamos a ofrecer?

—No sé, pero eso ya lo tenemos bien ventilado y decidido... Y que Dios y todos sus santos nos perdonen.

Los carabineros entraron resoplando. Adentro fulguraba el brasero de bronce y, efectivamente, los esperaban con aguardiente y mate. Pedroza partía unas tortillas recién sacadas de la arena caliente. Los hombres se despojaron de las gorras y mantas quejándose del tiempo.

—Qué sacrificio andar afuera con este día —dijo Laurencia.

—Y pensar que usted podría impedirlo si quisiera —repuso Galindo—. Díganos el nombre del granuja y se acaba todo.

—Mire que andamos medio con la cola entre las piernas —añadió Aynol—. Todavía no lo agarramos, y eso que don Gonzalo cayó boca abajo. Claro que todavía falta bastante para enterar el año.

—Todo lo que hay aquí es para servirse. No esperen a que les invite —dijo Laurencia, queriendo desviar la conversación. Pero sabía que algo nuevo, competitivo, motivaba a los carabineros.

—Gracias —exclamó Galindo—; de estas tortillas sí que me llevaré algunas.

—Las que quiera, y aguardiente también.

—No me haga la pata, mire que, de todos modos, hoy tenemos que sacar algo claro de nuestro asunto. Ya está bueno.

—La justicia tiene que hacerse, doña —intervino Aynol—; como sea tiene que hacerse, es la ley, la de los hombres y la otra. Así lo dice el Libro.

—¿Qué libro, Aynol?

—El Testamento, señora.

—¿Y cómo es que sabe tanto de él, Aynol? Nunca me lo ha dicho.

—Mi padre se hizo pastor, doña. Anduvo enseñando el Libro por todo Chiloé. Pasó años entre los últimos loberos. El Libro tiene razón, señora. Haga caso.

—¿Y cómo?

—El dice en una parte: "El mismo vengador de la sangre dará muerte al homicida; dondequiera que lo encontrare, le dará muerte"... Ni para usted que fueran los versos.

—Oh, desconocía eso.

—¿Ve, señora? —agregó Galindo—. No es cosa nuestra no más; Dios también quiere hacer justicia. Pero en este asunto los vengadores debemos ser nosotros. Pastelero a tus pasteles.

Laurencia no respondió de inmediato. Mientras los hombres masticaban, volvió a sopesar su posición. Le parecía que otra fuerza afloraba, modificándola, pero no sabía de dónde. Sólo pudo exclamar, aún evasiva:

—Me prestará su libro, Aynol. Tiene que traérmelo.

Entonces habló Galindo, levantándose:

—Doña Laurencia, estamos aquí para decirle algo muy embromado...

La mujer tuvo vagos temores e hizo señas a Pedroza para que saliera. El sargento pudo seguir:

—Esto, señora, lo hemos cabeceado mucho. Yo estaba de su lado desde un principio, aunque no veía claro todo el aunto. Pero este Aynol terminó por convencerme con esas cosas del Testamento. Y para que sea cierto que usted tenga justicia, no hay más que un atajo... Usted sabe, doña Laurencia, que por mostrarle nuestro aprecio le daríamos cualquier mano, la que fuera... Ese maldito que mató a su marido no puede arrancarse así no más. Dénos usted el dato y nosotros lo apañamos, palabra. No se quedará riendo, no vendrá con abogados ni con cuentos... Somos sus amigos, doña Laurencia. Cosas buenas no hemos hecho muchas en la vida, y esto sí que va a ser una cosa buena para usted, para todos. Déjenos hacerla. Fuera de los tres nadie más sabrá. Usted nos dice ahora quién es y nosotros nos encargamos de..., pues, de él, palabra. Ese bandido a nadie hace falta.

—Ustedes... No, no.

—¿Por qué no?... Después de todo, no es para asustarse tanto, y menos aquí. Gente muerta aparece en el mundo todos los días. A un bandido como ése le pueden pasar muchas cosas malas. Lo mata un enemigo o se le dispara su propio revólver... ¿Sabe? Un revólver se dispara fácilmente para cualquier lado, hasta contra su dueño. Así les pasa a los suicidas, por ejemplo. Y éstos son los muertos menos complicados que hay. Se matan y listo. Pueden matarse por muchas cosas, por el trago, por una mujer, por locos, o por las tres cosas juntas... ¿Ve qué es fácil?

—Pero la culpa, el remordimiento... —dijo Laurencia por argüir algo.

—¿La culpa?... ¿El remordimiento? —exclamó Aynol con una sonrisa endurecida bajo sus ojos tristes—. ¿Qué nos puede remorder a dos policías viejos como nosotros?... Si no hacemos esto, si la dejamos a usted solita, indefensa frente a su enemigo, eso sí que nos va a remorder... Y qué tanta lástima con ese bandido. Sepa que el Libro dice también: "Cada hombre morirá por su propio pecado..."

Laurencia quedó atónita. Conocía a los carabineros, su afecto, sabía de lo que eran capaces, pero nada de eso hubiera podido esperar de ellos. Ni la proposición de Galindo ni las palabras de la Biblia. El sargento era un apoyo, y a grado extremo. Pero su oferta denotaba un plan acabado, una determinación madurada por ambos hombres a un punto del cual ya no podían volverse. En otras circunstancias, ese gesto la habría hecho llorar, tal como el de Navarro. Ahora aquello suponía otras cosas, un apremio.

Pero, en pleno desconcierto, aún experimentaría otra sorpresa.

—Dígame, señora —le espetó de pronto el sargento—, ¿cuáles son sus asuntos con ese yugoslavo colorín?... Perdónenos que nos metamos en esto, pero también es nuestro deber vigilar. Mal bicho ese, doña Laurencia. No entendemos por qué una persona como usted da tanta confianza a un recién llegado que, en este peladero y todo, ya se ha hecho una buena fama de borracho y pendenciero...

—Galindo, las cosas mías no tienen por qué...

—Señora, no es broma lo que le digo. Ese colorín se va a convertir en un indeseable. No es buena amistad para una viuda sola, joven y con tierras...

—Sargento, yo no soy una colegiala. Sé defenderme, enfrentar a cualquiera.

—Claro, don Gonzalo también era así, y ya vio... Pero el colorín ese tendrá que entendérselas conmigo. Ya caerá en mis manos por algo, y entonces sí que no hallará las horas de largarse.

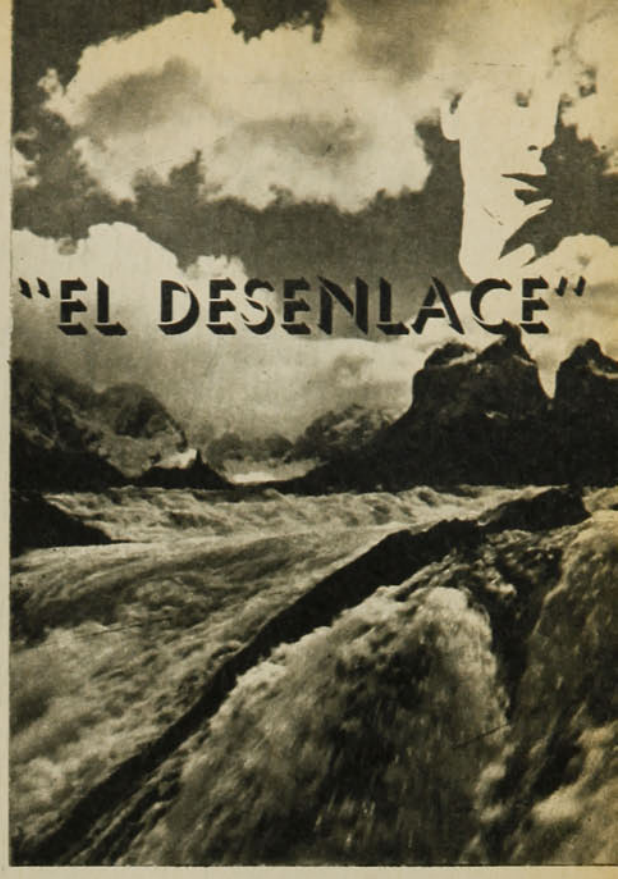
—Sargento, yo respondo por él.

—¿Cómo puede responder por él si hace no más un par de meses que lo trata?

—No, somos viejos amigos... Es decir, en el Norte...

—¿Qué dijo? ¿Viejos amigos?

El respingo de Galindo fue suficiente para que Laurencia comprendiera que se había delatado. Y que con ello dejaba a Danilo en manos de los carabineros. Pero nada podía hacer ya, salvo decir vaguedades, inventar una larga y complicada his-



toria sobre sus anteriores relaciones con el yugoslavo, la que Galindo demostraba a las claras no creer, y cuya efectividad éste podía poner a prueba en cuanto lo quisiera. Hasta que comprendió algo más: las preguntas sobre Danilo, sus amenazas habían sido una trampa para el sargento. Es decir, Galindo ya desconfiaba de ella, sospechaba, y eso la obligaría a alterar el grado y la velocidad de sus planes.

Laurencia hablaba, repetía cosas, pero en el fondo deseaba quedar sola ahora, darse una oportunidad de meditar, de rectificar los puntos articulares de su trama. Una instancia igual parecía dominar al sargento. En cuanto Laurencia calló, hizo señas al cabo para retirarse. Apenas si esperó las tortillas, y afuera, una vez que Laurencia ya no pudo oírle, gritó a Aynol:

—¿No te decía?... Ese pájaro es. El no más tiene que ser.

—Está claro como el agua, mi sargento.

Las cabalgaduras se pusieron en movimiento. Ahora el viento golpeaba a los carabineros por la espalda, haciendo aletear sus mantas como a dos desmesurados pajarracos. Pero de todos modos tenían que seguir hablando a gritos. El viento les arrancaba la voz de la boca, deshaciéndola en su velocidad lo mismo que a un puñado de harina.

—Me costará un viaje a Aysén —decía Galindo—, pero haré que averigüen con la prefectura de Cautín qué clase de tratos tenía el yugoslavo con el matrimonio Solar o con doña Laurencia cuando soltera.

—Ya veo por dónde van las cosas, mi sargento —respondió Aynol—. ...Así, en cuanto tengamos la evidencia, lo agarramos. Ya me figuro interrogándolo. Tendrá que soltarme la pepa en la primera noche.

—¿Estás loco? ¿Para qué lo vamos a detener y encima dejar constancia? Hay que andarse con cuidado... Pruebas, lo que se llama pruebas, no hay. Eso no es nada, dirás tú. Pero acuérdate de que ese bicho colorín ha hablado por ahí que es amigo del intendente de Magallanes y de un diputado no sé cuánto. A otro colono lo amenazó con ellos... ¿Te das cuenta? Una metida de pata, y esos "amigos" nos joden.

—Entonces estamos con las manos amarradas.

—¿Por qué? ¿Acaso te olvidaste de lo que hemos estado discutiendo? ¿De lo que tú mismo has venido cargoseando?... ¿O crees que fue para la broma cuando le dijimos a ella que podíamos liquidar sin riesgo al asesino?

—No. Tampoco yo bromeo. Es que no se me había ocurrido que agarrándolo y dándole primero complicábamos la cosa... Quiere decir que, ahora que estamos metidos, tenemos que echarle para adelante hasta el fin.

—Claro, qué otra cosa podemos hacer. Hay que impedir que ese desgraciado, encima de matar a Gonzalo, se quede con la viuda y las tierras.

—Y de nosotros no más depende. Palabra, mi sargento, me comería la vergüenza si no socorriéramos a la pobrecita. Algo bueno tenemos que dejar hecho antes de morirnos.

—Chócala, viejo... Y además ese yugoslavo borracho y loco es un pájaro que bien puede llegar a suicidarse, ¿no te parece?

—Me parece, mi sargento.

—Y, por último, ¿a quién temer, viejo Aynol? Nosotros mismos descubriremos el cadáver...

"CUANDO descubran el cadáver no encontrarán una sola huella. Será mi último trabajo, el mejor... Capaz que hasta crean que fue un suicidio... Ya es tiempo de que regrese a puerto. Quiero morir bajo mi techo, en tierra firme, como quien dice. La sangre, el cariño tiran más ahora que antes. Si muriera por aquí, lejos de lo mío, no tendría ningún sentido todo lo que he corrido y sufrido...", meditaba Navarro junto a las aguas del lago Chacabuco, mirando hacia los cerros del cordón Esmeralda, con el deseo vivo de cubrir la distancia y trasponer la frontera. Todo le empujaba: la imagen de su hija, la antelación del fin, su vago aunque aposentado temor. Pero aún no podía moverse. Su promesa le tenía sujeto. Y no sólo ella, sino su misma convicción, la necesidad de ayudar a Laurencia.

Vengar la muerte de Gonzalo no lo juzgaba Navarro un delito. Creía firmemente que ése debía ser el papel suyo, una suerte de providencial, intransferible función. Consideraba que en todo el territorio no existía una persona en mejor situación que él para despachar sin asco ni esfuerzo al asesino de su amigo, y que en ello estaba acaso su último acto de generosidad. Durante su vida había ayudado a mucha gente, gente en apuros o más allá de la ley. Ahora iba a exponer la libertad ganada, la vida restante. Pero se trataba de una sola mujer en esa inmensidad, una mujer que él veneraba. Y la sangre de un infeliz más no alcanzaba ni a manchar la tierra que pisaba.

Navarro sintió frío. Le daba ya la sombra, pero no quería hacer una fogata para no delatarse. Desistió más bien de moverse. Aparentemente sólo miraba las aguas del lago que, a esas horas, en la última claridad de la tarde, aura muerta, pasada, tenían una solidez de parálisis que las transfiguraba. A Navarro le parecía que sobre ellas se iban reproduciendo las imágenes de su pensamiento.

—oOo—

(...EL dato de la escopeta me sirvió. Por ahí seguí la pista hasta que llegué al yugoslavo colorín... Por los montes de cerro Redondo era que se escu-

AÑO XXXIX - N.º 1.938
3 de agosto de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

—EL DESENLACE 2-8

CUENTOS:

—UNA DECISION INMINENTE
Cuando la idea se fijó en mi mente, la llevé a cabo con amorosa obstinación 9-14

—FOTONOVELA: No soy virgen ... 15-21

—LA GATA - Kurt Singer
(El cuento de la semana - espionaje) 22-27

—CONFIDENCIAS DEL CIELO 26-27

—ENTRE NOSOTRAS 28-29

—LA HISTORIA SE REPITE
No quería que mi hija siguiera el mismo camino que yo 30-35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

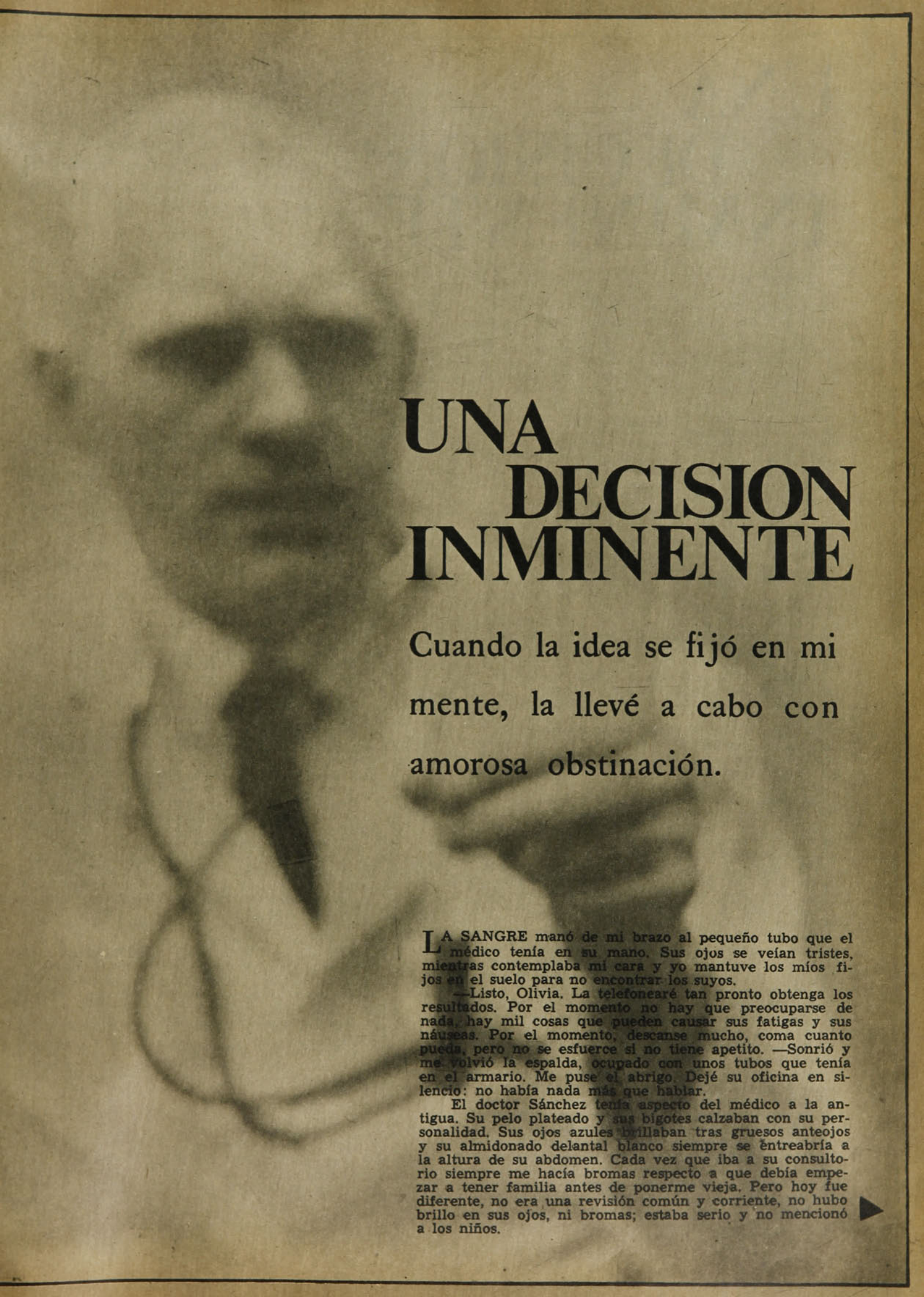
Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

chaba la escopeta nueva. La gente de allá me mostró al hombre. Nadie lo pudo ver con el arma en la mano, pero dicen que ninguno fuera de él ha debido ser. A él no más se le ha visto rondar por ahí desde que llegó. Les creo. Les tengo fe ciega a esos zorros viejos del monte. Quién más va a ser, pienso yo también. Los otros enemigos de Gonzalo no habrían sido capaces de tanto. Quizás Silverio, el que violó a la mujer de Subiabre. Pero ése debe estar en presidio todavía. Esa vez le dieron diez años y apenas van ocho. El colorín no más tiene que ser. Yo me aseguraré bien, sobre todo en lo de la escopeta, aunque tenga que meterme a su dormitorio. Si no se la encuentro, es seña fija que la escondió, y si hizo esto, quiere decir que él es el hechor y que después trató de borrar las huellas. Debe haber tirado el arma al río, o puede que en este mismo lago. Eso está claro. Lo que no está claro es el motivo. Siempre hay motivo para todo, más para matar. Tiene que ser un motivo muy grande, muy feo, digo yo... Pero lo averiguaré igual. Navarro conoce el alma de la gente. Doña Laurencia tendrá que contarme el motivo. Es como verlo que se trata de algo antiguo, ya se lo dije. Pero ella me lo contará. La haré caer, le urdiré una maña en la conversación. Con alguna cosa del yugoslavo picará. Le diré que cuando ese sabandija se cura, le da por cachiporrearse con ella, que la viudita aquí, que las parcelas allá. Ella se irá de lengua, estoy seguro. Y ahí sí que el desgraciado no tendrá remedio. Aunque ella no lo quiera, yo cumpliré no más. A veces la gente no sabe lo que le conviene. Todo sea por ella, por Gonzalo, amigos como pocos, amigos como un cuatrero casi nunca puede darse el lujo de tener... Qué raro, ahora, como a destiempo, me baja toda la fuerza del sentir. ¿Será culpa de esta tarde tan tristona? ¿De esta lejanía donde ya no me hallo? ¿O de las ganas de ver a mi hija que me han entrado? Vaya a saberse... Lo único cierto es que me compadezco como nunca de doña Laurencia, de la suerte que puede correr, del fin tan injusto de Gonzalo. Pensar que ambos eran tan empeñosos cuando llegaron aquí...")

(CONTINUARA)



UNA DECISION INMINENTE

Cuando la idea se fijó en mi mente, la llevé a cabo con amorosa obstinación.

LA SANGRE manó de mi brazo al pequeño tubo que el médico tenía en su mano. Sus ojos se veían tristes, mientras contemplaba mi cara y yo mantuve los míos fijos en el suelo para no encontrar los suyos.

—Listo, Olivia. La telefonearé tan pronto obtenga los resultados. Por el momento no hay que preocuparse de nada, hay mil cosas que pueden causar sus fatigas y sus náuseas. Por el momento, descanse mucho, coma cuanto pueda, pero no se esfuerce si no tiene apetito. —Sonrió y me volvió la espalda, ocupado con unos tubos que tenía en el armario. Me puse el abrigo. Dejé su oficina en silencio: no había nada más que hablar.

El doctor Sánchez tenía aspecto del médico a la antigua. Su pelo plateado y sus bigotes calzaban con su personalidad. Sus ojos azules brillaban tras gruesos anteojos y su almidonado delantal blanco siempre se entreabría a la altura de su abdomen. Cada vez que iba a su consultorio siempre me hacía bromas respecto a que debía empezar a tener familia antes de ponerme vieja. Pero hoy fue diferente, no era una revisión común y corriente, no hubo brillo en sus ojos, ni bromas; estaba serio y no mencionó a los niños.

UNA DECISION INMINENTE

• La sangre manó de mi brazo al pequeño tubo que el médico tenía en su mano. No le contesté. No me moví, creo que incluso dejé de respirar.

Temblé mientras los recuerdos volvían a mí. Todo había empezado unos meses antes. Comencé a sentirme cansada y no me preocupé mucho hasta que noté que perdía peso. Al principio les eché la culpa a los nervios y un resfrío y, en seguida, imaginé que podría estar embarazada. Por eso fui donde el médico, pero, en vez de oír la feliz noticia que tanto ansiaba, me mandó a un hospital para practicarme unos análisis.

No le conté nada de esto a Ramiro, mi marido, porque quería estar segura de lo de la guagua antes de darle esperanzas. Pero no existía tal hijo y tuve que hacerme más análisis.

Estaba el día muy frío cuando me senté en esa pieza del hospital y el médico nombró por primera vez la palabra leucemia.

No le contesté. No me moví, creo que incluso dejé de respirar. ¿Cómo se lo diría a Ramiro? No, tenía que haber un error, consultaría otro médico y él negaría ese diagnóstico. Esperaría.

No se lo conté a mi marido. Simulé que si no lo admitía para mí misma todo pasaría.

Consulté otro médico y el diagnóstico fue idéntico. No habría milagro, nada cambiaría; todo era real, una atroz pesadilla.

No sé cuánto demoré en llegar a casa ese día. Deben haber sido horas porque el sol se había ocultado tras los desnudos árboles cuando por fin llegué.

Ramiro estaba en casa, hurgando en la cocina. Me quité el abrigo y entré al living.

Mi marido levantó la vista de la ensalada que estaba preparando.

—Hola, tesoro. Pensaba sorprenderte y tener la comida empezada cuando tú llegaras, pero creo que soy muy lento. ¿Dónde fuiste hoy? —Sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al notar la palidez de mi rostro.

Dejando de lado una lechuga fue hasta mí.

—¿Qué te pasa? Te ves muy pálida.

Las palabras que jamás creí posibles de pronunciar brotaron de mis labios.

—Me estoy muriendo —murmuré, vacía. Pude haber dicho, fui de compras, o tengo hambre, pero en vez de eso fue—: Me estoy muriendo.

Ramiro apretó mis hombros con rudeza.

—¿De qué demonios estás hablando? Deja de bromear y cuéntame lo que sucede.

Era extraño verlo tan alarmado. Siempre era sereno y seguro de sí mismo. Era como si miráramos una película en la televisión: los actores diciendo sus párrafos y moviéndose, sin conexión con nosotros, con nuestras vidas.

Es difícil entender la muerte a cualquiera edad, y es aún más dificultoso cuando se es joven y se tienen planes para una larga y feliz vida por delante. No podía explicarle algo a Ramiro que ni yo misma entendía. Telefoneó al médico y habló con él, pero cuando colgó supe que aún no comprendía el significado de lo que nos estaba sucediendo. Era como si una nube negra se cerniera a la distancia, y se fuera acercando dispuesta a destruir nuestro amor y felicidad, y nadie pudiera sujetarla.

Durante horas nos mantuvimos abrazados, tratando de bloquearnos del mundo y lloramos hasta que no nos quedaron lágrimas.

—Olivia, lucharemos contra esto. No cejaremos hasta encontrar a alguien que te sane. —Acarició mi pelo—. No puedo perderte; sin ti sólo sería un hombre a medias, con una vida incompleta. Consultaremos al mejor médico del mundo si es preciso.

Asentí, pero en mi corazón sabía que no había esperanza, ninguna curación.

Fiel a su palabra, al día siguiente me llevó a otra clínica y allí me hicieron análisis durante tres días. Todos fueron muy buenos conmigo, pero, al final, los resultados fueron los mismos y el viaje, por lo tanto, perdido.

Todo perdido. Esas palabras me obsesionaban. Era un caso sin remedio. Los médicos trataron de animarme diciéndome que mi enfermedad estaba temporalmente estacionada. No estaba peor, pero tampoco mejor. Mi cuerpo podía mantenerse igual durante semanas e incluso durante un par de años. No había modo de saber cuánto tiempo me quedaba, lo único cierto era que tenía leucemia e iba a morir.

• Las semanas siguientes

fueron pavorosas. Nos sentíamos desorientados e incómodos. Ninguno de los dos sabía de qué hablar y ya no simulábamos calma ni naturalidad. Pasábamos las tardes sentados frente al televisor, sin oír lo que decían ni entender los programas. En seguida, nos acostábamos y nos abrazábamos, preguntándonos cuántas noches más nos quedarían juntos.

Sabía que no podríamos seguir por mucho tiempo así. Yo me debilitaba, no por la enfermedad, sino por el llanto constante y por la tensión emocional. Pensé precipitar el final tomando una gran dosis de pastillas para dormir, pero no podía hacerle eso a Ramiro; además, no quería renunciar ni a un solo día de estar a su lado.

Una mañana sonó el timbre y cuando abrí la puerta me encontré con un niño que llevaba un canasto con gatitos.

Me sonrió tímidamente.

—¿Le gustaría un gatito para sus niños? Tengo muchos y mamá dice que no puedo volver a casa hasta que no los regale todos. Apuesto a que a sus hijos les gustará tener uno.

Acaricié uno gris.

—Son preciosos, pero no tenemos hijos.

—¿Por qué no, señora?

Miré sus ojos inocentes y no pude pensar una respuesta. ¿Por qué no? Habíamos hablado de tener niños pero decidimos postergar la familia hasta tener pagada la casa, lo cual sería dentro de un año más. Pero ahora ya no había mucho tiempo, si queríamos un niño debíamos tenerlo pronto.

—Señora, ¿se siente bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente y, ¿sabes una cosa? He cambiado de decisión y me quedaré con un gatito.

Su rostro se iluminó.

—Oiga, gracias. ¿Va a tener entonces niños? —preguntó alegremente.

Reí.

—Me quedaré con ese del pelo rojizo.

El niño cogió la bolita peluda y me la pasó.

—Este es Colorín. Por favor, cuídelo mucho. Adiós —dijo por sobre su hombro—. Debe tener hambre pues aún no ha almorzado.

—Lo alimentaré. Gracias.

Apretando el gatito contra mi pecho lo llevé a la cocina y le di leche. El animalito se soltó de mí y se puso a lamer la leche.

—Hola, Colorín. Tú no lo sabes, pero cambiarás nuestras vidas. —Reí para mí misma. ¿Por qué no lo habíamos pensado antes? ¡Una guagua! Eso resolvería muchas cosas, le daría a Ramiro una razón para vivir, porque ese niño sería parte de mí. Nos daría un motivo para hacer planes, para soñar en vez de sólo marcar el tiempo.

Hice mis quehaceres y, a la hora que estaba Ramiro por volver, me arreglé prolijamente.

• En cuanto

lo oí llegar corrí a recibirlo con un beso. Se sorprendió de verme tan alegre.

—Tengo una sorpresa para ti..., un gato.

Me miró sorprendido.

—¿Desde cuándo?

—Desde que esta mañana vino un niñito y me lo regaló. Su nombre es Colorín.

—Grandioso. ¿Es eso todo? Pareces demasiado alegre para tratarse sólo de un gato.

—No, no es todo. Ramiro, quiero pedirte algo muy importante y, por favor, no me digas que no.

—Te daré todo lo que quieras. ¿Qué es?

—Quiero una guagua.

—¿Qué? —lanzó, impresionado.

—Lo resolverá todo. ¡Por favor, Ramiro! Es importante para mí, es importante para ambos. Será como una segunda oportunidad para vivir.

Se sentó.

—No sé, puede ser demasiado para ti. No sé qué contestarte.

—Contesta que sí. Quiero un hijo más que nada en el mundo.

—Hablaremos primero con el médico. Si él dice que bueno, lo veremos.

—Está bien. Ahora ven a conocer al nuevo miembro de la familia.

No tocamos el tema hasta el día siguiente cuando concertamos una cita con el médico.

Me senté ante su escritorio, mientras el doctor movía la cabeza.

—Es poco usual. No puedo decir ni sí ni no; todo lo que puedo hacer es explicarle los hechos y no hacer juicios morales. Hecho uno: puede usted no quedar embarazada. Hecho dos: puede usted morir antes que nazca la guagua. Hecho tres: morirá sin verla crecer. Todo esto es duro, pero prefiero que conozca la completa verdad.

—Lo único que quiero saber es si la guagua, a pesar de mi enfermedad, será un niño normal.

—No puedo garantizarlo, pero todas las probabilidades son que sea normal, puesto que su enfermedad está estacionaria.

—Entonces no hay una oposición valedera. —Me puse el abrigo.

—Yo no puedo decir por usted. Buena suerte. —Sacudió la cabeza.

Por el modo como me miró supe que lo consideraba una locura y Ramiro tampoco parecía muy entusiasmado con la idea, pero a mí, en cambio, me daba nuevas fuerzas y un propósito para vivir.

• Nos acostábamos y abrazábamos, preguntándonos cuántas noches más nos quedarían juntos.

Dejé de tomar la píldora y vigilar el calendario.

Fue desilusionante cuando pasó un mes y nada sucedió, como tampoco en el segundo. En el tercero tuve un retraso y de inmediato supe que tendría un niño. Y en el hospital confirmaron mis sospechas.

Telefoneé a Ramiro a la oficina y le pedí que volviera temprano a casa. Quiso saber si me sentía mal, pero le aseguré que no. Sólo quería conversar con él.

Antes de saludarlo le lancé:

—Estoy esperando un hijo—. No habría querido decírselo así, había practicado mil modos de darle la noticia, pero mi emoción me obligó a ser simplemente natural.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Bueno, no sé qué decirte —sonrió—. Así es que tendremos una guagua. ¿Te sientes feliz?

—Sí. Ahora todo andará bien.

Los dos estuvimos alegres durante la comida, pero, a pesar de eso, supe que Ramiro no estaba seguro de que hubiera hecho lo correcto. En el fondo de mí había un pequeño miedo que debía ocultar a mi marido.

Estaba barriendo la alfombra cuando sucedió. ¡Un soplo de vida palpitó dentro de mi cuerpo moribundo! Me puse las manos sobre mi abdomen y sentí moverse a mi guagua. Parte de mí no se marchitaba, parte de mí estaba creciendo y un día sería una guagua viva, sonriente.

Lágrimas de felicidad rodaron por mi cara y comencé a reír de alivio y de felicidad. ¡La guagua estaba viva! Mis sueños serían realidad, y no había dudas que yo había hecho lo correcto.

• Me costó esperar

que Ramiro llegara a casa para contárselo. Cuando oyó la noticia la expresión de cansancio desapareció de sus ojos y sonrió por primera vez en semanas. Toda la tarde esperé que la guagua se moviera de nuevo para que él la sintiera, pero nada sucedió. Supe que se sintió desilusionado, pero cuando estábamos por acostarnos se produjo de nuevo.

Ramiro puso delicadamente sus manos sobre mi abdomen y sintió moverse a su hijo.

—Es un milagro —susurró, aferrándose contra mi pecho—. Mi amor, te adoro. Me parece que en este momento fuera Navidad y tú me dieras el regalo más maravilloso del mundo. No quiero pensar en el mañana ni en cuánto te necesito y te quiero.

Le besé la mejilla. Tenía razón, no debíamos pensar en nada fuera de esa noche, sólo el presente contaba.

Al día siguiente, mientras lavaba la loza del desayuno, sentí una gran urgencia por salir de compras. Llamé un taxi, aunque era tonto no esperar la tarde para que me acompañara Ramiro.

Primero fui a una tienda de ropa de guaguas. Acaricié con mis manos las prendas suaves y diminutas. Me llevé a la cara un chal gozando de su lana tibia y acariciadora. Una empleada se acercó a atenderme.

UNA DECISION INMINENTE



—Se nota que esta debe ser su primera guagua —comentó, sonriendo.

—Sí. —Suspiré, sabiendo que mis ojos debían estar húmedos—. Todo tendrá que ser perfecto para ella pues ésta es una guagua muy especial.

—Todas las madres dicen lo mismo. Tenemos muchas cosas lindas. ¿La ayudo a elegir?

—Quiero un chal azul pues será un niño. Tiene que ser un niño.

—No debe desilusionarse si es una niñita. Ellas son también muy encantadoras . . .

—Sí, supongo que sí, pero éste debe ser un niño.

—Espero que así sea, pero no se desanime. Si tiene una niña después tendrá un niño.

Sentí una gran tristeza. No, para mí no habría una segunda oportunidad, éste sería el único hijo que tendría. Y como no quería que nada malograra mi día, me limité a comprar el chal y me alejé de la muchacha en busca de otras cosas en una sección diferente.

Mientras abría en casa los paquetes, me sentía más y más excitada. Los pequeños zapatitos pronto estarían cubriendo los pies de mi hijo y él estaría envuelto en el chal celeste. No sé cuánto tiempo estuve con mis tesoros sobre mi falda, acariciando sus cintas y botones. En ese momento la vida me parecía muy hermosa y la muerte muy lejana.

En la tarde le mostré mis compras a Ramiro.

—Yo creí que las guaguas sólo necesitaban pañales —comentó riendo—. A propósito, ¿qué nombre le piensas poner?

—Quiero que se llame Ramiro.

—A eso me opongo terminantemente. El llevará mi apellido y con eso es bastante. No quiero que sea una copia a carbón mía, deseo que crezca para ser algo mejor que yo. —Me miró tiernamente—. Y que cuando se case encuentre a una mujer igual a ti.

Sonreí.

—Aún no ha nacido y tú ya te preparas para ser abuelo.

—¡Y tú abuela! —Hizo un gesto ante sus propias palabras—. Dios mío, Olivia. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo podré hacerle frente a la vida sin ti? —Me apretó contra su pecho.

—No, no. No debes sentir así. Si tenemos miedo del mañana, no vale la pena vivir el día de hoy. Cada minuto es precioso y lo dilapidaremos si tenemos miedo de lo que nos decimos el uno al otro. —Lo besé en la frente—. Hagamos planes como si fuera a vivir para siempre. Soy tan feliz porque tendré esta guagua y es un milagro. Este niño es nuestra oportunidad de seguir viviendo, suceda lo que suceda. Te amo con todo el corazón y te daré este hijo para que vivas para él después que . . . —Cerró mi boca con la suya y desde esa vez no volvimos a hablar de un final próximo.

Ramiro pintó la pieza de alojados de celeste con el cielo blanco y yo colgué cortinas blancas con monitos azules. Compramos de segunda mano una cómoda-mudador, una cuna nueva y, en un impulso, Ramiro trajo a casa un enorme oso de felpa.

—Servirá para que llene la cuna hasta que nazca el niño —explicó, riendo.

Pasé muchas horas en esa pieza durante el día, arreglando cajones y tocando las pequeñas prendas para convencerme de que eran reales y no un sueño. O me sentaba en la silla mecedora junto a la ventana y pensaba cómo sería la guagua y me preguntaba si resultaría ser una niñita. Pronto tendríamos que elegir un nombre.

En ocasiones, con Ramiro, mirábamos la cunita, en silencio, compartiendo un contentamiento que no necesitaba de palabras.

Seguí subiendo de peso y aunque algunos días me sentía muy débil y cansada, otros eran buenos y eso equiparaba los malos.

• El verano pasó tan rápidamente, que noté la llegada del invierno solamente un día que vi que habían cambiado de color las hojas de los árboles. Soplaba un viento frío que movía las ramas y me pareció que nunca el otoño había llegado tan temprano. ¡De pronto sentí un gran dolor! Sentí que no podía respirar y que me desmayaría, pero pasó tan de súbito como vino.

Me levanté y fui al teléfono a llamar a Ramiro.

—Tesoro, que bueno que me hayas llamado. —Parecía muy alegre.

—Mi amor —dije, tratando de sacar el aliento—. Probablemente no es nada, pero tengo miedo. ¿Podrías venirte a casa?

—Salgo para allá inmediatamente. Tiéndete y no te preocupes.

Colgué y me tendí en el sofá. Pronto llegaría Ramiro y todo estaría bien. Seguramente era sólo miedo mío.

Debió venirse como loco porque apareció diez minutos después de mi llamado.

—¿Qué pasa? ¿Llamaste al médico? —Estaba alarmado.

—Tuve un dolor muy fuerte y como ya se me pasó creo que fue solamente susto.

Su mano tocó mi frente.

—Tienes fiebre, estás traspirando. Llamaré de inmediato al médico.

Justo en ese momento me atravesó otro dolor y lancé un gemido. Me sentí mareada y lo próximo que supe fue que estaba en una camilla en el hospital y que Ramiro apretaba mi mano.

—¿Estás bien? —sonrió pálidamente.

—¡No quiero perder la guagua! —Traté de sentarme.

—No la perderás. Sólo parece que tiene apuro por nacer. —Trató de reír.

—¡Es demasiado luego! ¡Faltan aún tres semanas! —Las lágrimas rodaron por mi cara. Me mordí el labio para no sollozar—. Dios mío, protege a mi hijo, no permitas que muera —susurré.

Un enfermero me entró a una pieza y pronto apareció el doctor acompañado de una enfermera. Me sentí tranquila al verlo. Nadie habló hasta que terminó de examinarme, en seguida se sacó el fonendoscopio de sus oídos.

—La guagua está perfectamente. Nacerá un poco antes, pero no hay nada de qué preocuparse.

Supe que no me mentía y me calmé.

—¿Viviré para verlo?

—Por cierto. —Me acarició la mano y salió.

¡Un soplo de vida palpitó dentro de mi cuerpo moribundo!

• Las horas siguientes

parecieron arrastrarse sin que sucediera nada, pero, de cuando en cuando, se asomaba por la puerta una enfermera para preguntarme cómo estaba.

A las ocho de la noche los dolores empezaron de nuevo, esta vez más violentos y más seguidos. Traté de no gritar, pero no pude contenerme. Veía uniformes blancos moverse a mi alrededor, pero no lograba enfocar las caras.

Llamé a mi marido, pero nadie puso atención a mis gritos.

Me desmayé y varias veces recuperé el conocimiento, mientras la pieza parecía girar al agudizarse los dolores y volvía a caer en la inconsciencia.

Sentí que me limpiaban la cara con un paño con agua helada cuando recuperé el conocimiento. Era Ramiro. Sonreía y me besó en la frente. Por un instante no recordé lo que había sucedido y me creí en mi hogar.

—Buenos días. —Mi voz sonó pastosa porque tenía la lengua pesada.

—¡Es un niño! —Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada mientras las lágrimas corrían por su cara—. Es un niño, Olivia. ¡Francisco Javier ha nacido y tú te portaste grandiosa! —Me abrazó y al instante siguiente ambos reíamos y llorábamos. Nuestra alegría era tan grande que era de creer que éramos el primer matrimonio que tenía en este mundo un hijo.

—Estuve tan preocupado —susurró Ramiro en mi oído—. Y ahora me siento tan orgulloso de ti.

—¿Cuándo podré verlo?

—Llamaré a la enfermera. —Caminó hasta la puerta y se devolvió a darme un beso—. Es muy lindo, con la carita roja y arrugada, como deben tenerla todas las guaguas. —Y salió.

"Gracias, Dios mío, por darnos una guagua y por permitirme vivir lo suficiente como para conocerla. No puedo pedirte ningún otro favor", recé en silencio.

La enfermera trajo a nuestro hijo y me permitieron tomarlo. Yo había pedido amamantarlo, pero el médico me lo prohibió, pues sería demasiado esfuerzo para mí.

Ramiro nos miraba con el rostro resplandeciente. Creo que el nacimiento de un hijo es el momento de más suprema felicidad y de orgullo en la vida de un hombre y lo ha sido desde el principio del mundo.

Aunque nació prematuro no hubo que ponerlo en incubadora y, al final de esa semana, los tres volvimos a casa, ahora convertidos en una familia.

Ramiro sacó el oso de sobre la cuna y cuidadosamente acostó en ella a nuestro hijo. Casi no salimos de esa pieza en todo el día, excepto para comer o preparar mamaderas. Cualquier pequeño movimiento del niño era una gran alegría para nosotros y a cada momento acariciábamos sus diminutos deditos.

Cansados con tantas emociones, esa noche nos acostamos temprano.

• Un mes después

fui donde el médico para mi examen de rutina.

—Usted sabe que es sólo cuestión de tiempo —me dijo lentamente.

—Sí. Lo sé. —Mi voz sonó tensa. Los últimos exámenes habían demostrado un pequeño retroceso.

—Olivia, no puedo darle falsas esperanzas; éste puede ser el comienzo del final o tener otro estagnamiento y mantenerse así por meses. Pero, en realidad, me es imposible asegurarle nada.

—¿Cuáles serán los síntomas si es el comienzo del final?

—En su caso serán graduales y pasarán semanas o tal vez meses en que no haya ninguno y entonces, de pronto, aparecerán. Cada día dormirá más y más, tendrá dolores de cabeza, vómitos y se sentirá muy débil. Y finalmente se quedará dormida para no despertar jamás.

—¿Me podré quedar en mi casa?

—Sí.

—No se lo diga a Ramiro.

—¿Lo cree mejor así?

—Sí. Quiero que él piense que mi enfermedad se mantiene estacionaria.

—La decisión es suya. Pero quiero que sepa que cuenta conmigo en todo momento y que podrá llamarme cuando quiera.

—Gracias. Lo recordaré.

Tomé a la guagua y me fui a casa. El niño se estaba poniendo muy pesado para mis fuerzas. Pronto tendría que comprarle un cochecito.

Miré las vidrieras mientras caminaba por la calle. Comenzaban a ponerles adornos navideños y decoraciones alegres.

Mañana, como era sábado, le pediría a Ramiro que fuéramos a comprarle regalos a la guagua y también para nosotros. En nuestro living pondríamos un enorme árbol de Navidad y decoraríamos toda la casa para que esa Pascua fuera un recuerdo eterno.

No, no le contaría nada a Ramiro; sabría llevar sola el fardo de mi pena. Tenía que hacerle creer que nada en nuestra vida había cambiado.

No sería fácil, pero de algún modo sacaría coraje para llevar a cabo hasta el final mi empresa. En cambio me vería recompensada, pues tendría hasta el término ya cercano de mi existencia más amor y felicidad de lo que mucha gente consigue en largos años de vida. Había gozado del amor de un hombre maravilloso y del milagro de ser madre.

Tal vez el médico podía tener razón y mi enfermedad quedara otra vez estacionaria; quizá tendría meses en vez de días por delante. Nadie sabe cuándo le llegará su hora de despedirse de este mundo.

Y tal vez por eso el secreto para ser feliz es: vivir intensamente cada momento de la vida, igual que si fuera el único que nos queda por delante. ♥♥



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

E° 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

NO SOY VIRGEN

produce
sexta
experiencia



ME IBA A CASAR CON JAVIER MUY PRONTO, YA HABIAMOS COMENZADO LOS PREPARATIVOS...

Y EN UN MES MÁS, MI AMOR, SERÁS LA FLAMANTE SEÑORA ÁLVAREZ.

¡PENSABA QUE NUNCA IBA A LLEGAR ESE DÍA! PERO LUEGO DE BUSCAR DEPARTAMENTO Y ELEGIR MUEBLES... ME PARECE MUCHO MÁS POSIBLE.

¡TE PROPONGO UNA COSA! ¡VÁMONOS AL TIRO DE LUNA DE MIEL! TOTAL, UN MES ANTES, UN MES DESPUES ES IGUAL. ¡CONOZCO UN LUGAR MARAVILLOSO!

¡ESTÁS LOCO, JAVIER! ESO LO HEMOS DISCUTIDO MUCHAS VECES. DESPUÉS DE TODO ESTE TIEMPO. ¿QUÉ TE IMPORTA ESPERAR UN POCO? TÚ CONOCES MI OPINIÓN SOBRE ESO.

SÍ, PERO...

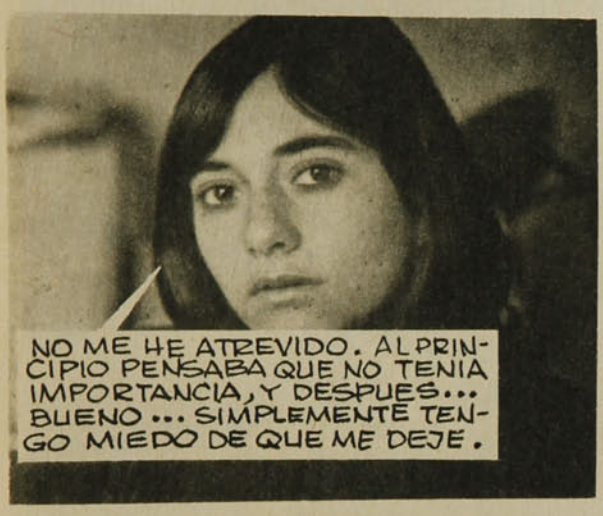
¡BUENO, SI TE PARECE TAN MAL, NO TE PREOCUPES, NO ME VOY A MORIR! SOLO PENSÉ QUE TE GUSTARÍA LA IDEA...

ESA NOCHE, SE LO CONTÉ TODO A JUANITA, ELLA ERA MI MEJOR AMIGA Y POR LO TANTO, LA ÚNICA QUE CONOCÍA MIS SECRETOS...

ME HABRÍA ENCANTADO, PERO ME DIÓ PÁNICO PENSAR QUE SE PODÍA DAR CUENTA.







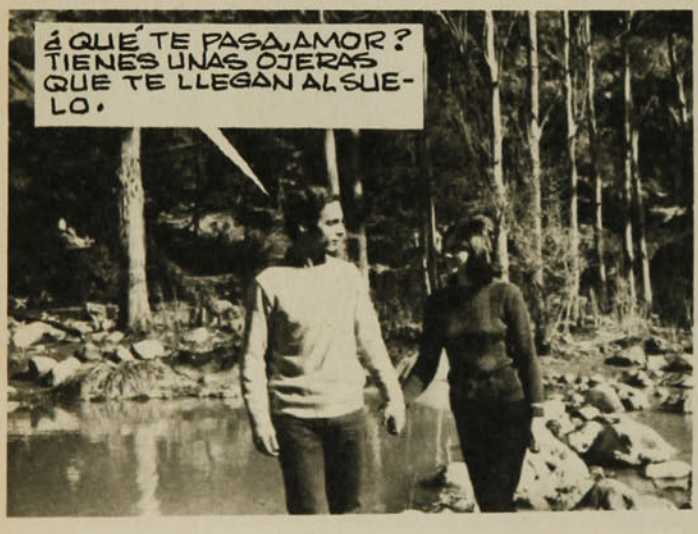






JUANITA TENÍA RAZÓN, LO MEJOR QUE PODÍA HACER ERA CONTÁRSELO TODO A JAVIER. LA VERDAD ES QUE NO ESTABA ARREPENTIDA DE LO QUE HABÍA HECHO, PERO SABÍA QUE TODO EL MUNDO ME LO REPROCHARÍA Y QUIZÁS, TAMBIÉN ÉL...


EL DOMINGO SIGUIENTE FUIMOS A PASEAR AL ARRAYÁN, Y POR FIN ME DECIDÍ A CONTARSELO...


¿QUÉ TE PASA, AMOR? TIENES UNAS OJERAS QUE TE LLEGAN AL SUELO.


ES QUE NO DORMÍ CASI NADA ANOCHE. ESTABA PREOCUPADA PORQUE TENGO ALGO QUE DECIRTE Y NO SÉ COMO HACERLO.
¡ME EXTRAÑA, TERE! YO CREÍA QUE ENTRE NOSOTROS NO HABÍA VERGÜENZA Y QUE TODO SE DECÍA DE FRENTE.


PERO SE TRATA DE ALGO MUY GRAVE.


¡CON MAYOR RAZÓN! CUALQUIER PROBLEMA QUE TENGAS, DEBEMOS SOLUCIONARLO ENTRE LOS DOS.


¿SABES POR QUÉ NO QUISE QUE NOS FUÉRAMOS DE LUNA DE MIEL ANTES DE CASARNOS?
ME IMAGINO QUE PORQUE TIENES UN MONTÓN DE PREJUICIOS EN TU CABECITA.


¡NO, NO FUE' POR ESO!
ENTONCES, ¿POR QUÉ?


PORQUE TENIA MIEDO QUE TE DIERAS CUENTA DE QUE NO SOY VIRGEN.


SIGUE, TE ESCUCHO...


YA TE HABLÉ DE JORGE, ¿TE ACUERDAS? BUENO, CON EL HICIMOS EL AMOR... PERO DESPUÉS DECIDIMOS NO CASARNOS. ¡TRATA DE ENTENDERME JAVIER! YO ESTABA CONVENCIDA DE QUE LO QUERIA!


ESO LO PUEDO ENTENDER, TERESA. LO QUE NO ENTIENDO ES QUE NO ME LO HAYAS DICHO ANTES.
TENIA MIEDO DE QUE TE MOLESTARA.


NO TE VOY A DECIR QUE ME HACE FELIZ, PERO CREO QUE ENTIENDO POR QUE LO HICISTE Y NO TE LO PUEDO REPROCHAR.


¿COMO PODRÍA EXIGIRTE LO QUE YO NO TE PUEDO DAR?


PERO... TODAVIA TE ENCUENTRO CARA DE PREOCUPADO.
¡ESTOY PREOCUPADO, TERE! NUNCA ME IMAGINE QUE TENIAS TAN POCA CONFIANZA EN MI, QUE CONOCIENDOME PODIAS TENER MIEDO DE CONTARME UNA COSA ASÍ.


¡TIENES RAZON, FUI UNA TONTA!


PROMÉTEME QUE NO VA A PASAR MAS, QUE DE AQUÍ EN ADELANTE LO VAMOS A COMPARTIR TODO, ESPECIALMENTE LOS PROBLEMAS QUE SE PUEDAN PRESENTAR. ¡SI NO, LAS COSAS NO VAN A FUNCIONAR!


TE ADORO...

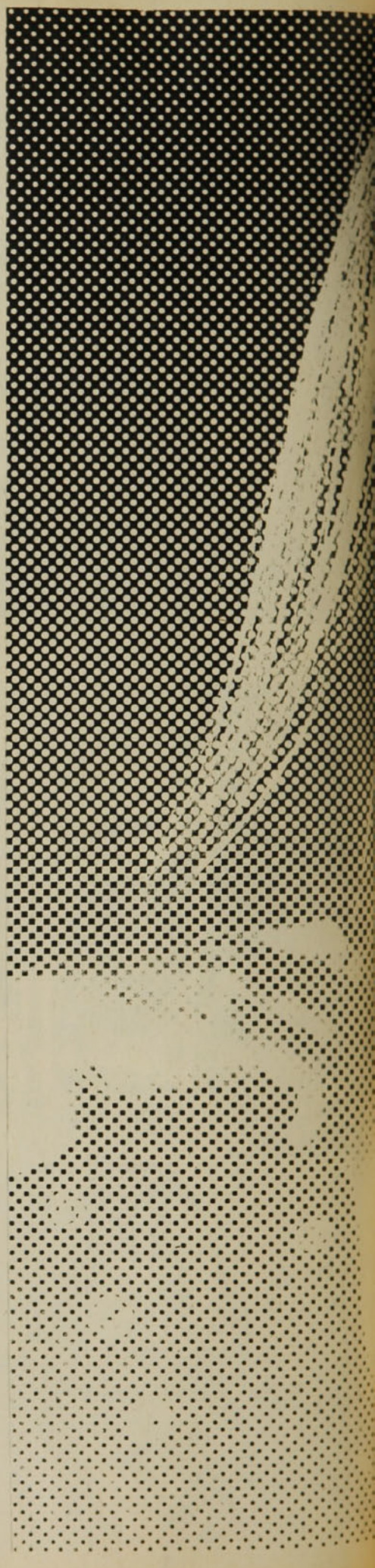




EL CUENTO de la semana.

KURT SINGER—JANE SHERROD

LA GATA



Mucha gente de Francia recuerda todavía la noticia que apareció en los tableros de boletines de París, el 8 de enero de 1949:

"Micheline Mathilde Carré, de 40 años de edad, es condenada a muerte por la Decimocuarta Corte Criminal".

Esta mujer fue conocida con el alias de "La Chatte" —La Gata—. Era una delicada morena, extraordinariamente bella, con dientes bonitos y ojos maravillosos. La Gata fue una de las más grandes espías de Europa. El teniente coronel Achard, que desempeñó un papel vital en la Inteligencia Francesa durante la Segunda Guerra Mundial, dijo en el juicio:

"Madame Carré realizó notables servicios por el ejército francés. Durante los años en que trabajó para nosotros, pudo informarnos de muchos de los planes de campaña del ejército alemán".

Entonces, ¿por qué fue condenada a muerte por una corte francesa?

En 1939, vivía en un pequeño villorrio del sur de Argelia una mujer de treinta años, llamada Micheline Carré. Estaba casada con un oficial del ejército francés. Su jornal era bajo y Micheline trabajaba en la escuela para ayudarlo en las finanzas.

La pequeña y linda Madame Carré peinaba su cabello castaño con un fleco sobre su tersa frente. Sus ojos cafés miraban bajo espesas y bien formadas cejas. Era graciosa y encantadora. No se sabe si Micheline era feliz en Argelia, pero en el momento en que estalló la guerra, ella decidió ir a París.

Francia estaba haciendo un llamado a las mujeres para que se uniesen a los cuerpos de enfermeras y Micheline se alistó inmediatamente. Cuando tuvo el billete y su permiso de viaje en el bolsillo, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ahora —dijo— es cuando comenzará la vida.

¿Cómo lo sabemos? Porque Micheline Carré llevaba un diario. Escribía algo en él todos los días. Su pequeño libro se convirtió en una "confesión", en una notable historia.

Antes de abandonar Argelia, dijo adiós a su esposo en Argel. Escribió en su diario:

"Argel es gris y yo estoy nerviosa. Entregué mi equipaje a dos árabes, quienes me condujeron al hotel Terminus, donde había reservado un cuarto. Pero cuando me quise bañar, vi un insecto que corría dentro de la bañera. Y después encontré que las chinches hormigueaban en el piso".

Mientras aguardaba la salida de su barco, Micheline vagó por los suburbios, que le parecieron la única parte interesante de la ciudad. Una noche obscura, se sentó a descansar en una banca en el pintoresco barrio árabe de Argel. Un joven francés, vestido con el uniforme de un regimiento francés de paracaidistas, se acercó y se sentó junto a ella. En la obscuridad, la confundió con una muchacha árabe. Más tarde, ella escribió en su diario:

"Era extraordinariamente encantador, un pequeño fragmento de París. Estaba contento porque regresaba a Francia. No le expliqué quién era yo, sino que hablé con él como si fuese una muchacha árabe. ¡Qué frases tan tiernas y encantadoras murmuró a mi oído mientras estuvimos sentados ahí! Me invitó a ir a un café con él. Cuando me vio a la luz de una lámpara y descubrió que no era una muchacha árabe, se confundió horriblemente. Yo sentí haberlo confundido y lo invité a desayunar conmigo al día siguiente. Mis relaciones con él fueron maravillosas y encantadoras".

Las tropas de paracaidistas partie-



ron hacia el continente en el mismo barco que tomó Micheline. Ella anotó en su diario:

"El paracaidista estuvo conmigo durante todo el viaje".

En París, ella se alojó en un hotel, en el centro de la ciudad, donde escribió:

"¡Qué país y qué ciudad!, no es posible que los nazis conquisten París. Los edificios históricos, el río Sena y sus murallas, Notre-Dame y el Dôme des Invalides..., yo soy parte de estas cosas. Los bulevares son vida. Camino por las calles, me siento en el café y observo a la gente. ¡Qué sensaciones vienen a mí! Soy feliz. Estoy en el cielo. Y haré mi parte, para que la maldad no triunfe sobre la bondad".

• Al día siguiente

se presentó a su servicio. Durante el período de entrenamiento en un hospital de París, fue considerada confiable y trabajadora, una mujer que se preocupaba devotamente por los heridos. Cuando Francia se desplomó, ella se sintió terriblemente conmovida. Como hizo media Francia en aquellos días, huyó de los nazis. Estableció un puesto de primeros auxilios de la Cruz Roja en Beauvais y luego se trasladó a Toulouse.

Nuevamente, por su propia iniciativa, Micheline organizó un centro de auxilio para los heridos. Sugirió a los oficiales franceses que establecieron un campamento para hombres que se habían separado de sus unidades. Mientras ayudaba en esa tarea, conoció a un hombre que parecía necesitar más que otros su ayuda. Era un oficial del Estado Mayor polaco que ayudaba al ejército francés. Había combatido contra los alemanes, había sido hecho prisionero y había escapado. Finalmente, con aspecto lastimoso, hambriento, cansado y enfermo, cayó en manos de Micheline Carré. Ella lo atendió hasta hacerlo recobrar la salud y le inyectó nuevo valor.

Se llamaba Roman Czerniawski, un nombre que ella no podía pronunciar. Lo llamó "Armand" y él le decía cariñosamente "mi gata", por sus graciosos movimientos. Sus relaciones fueron algo más que un romance. Armand delineó su plan para establecer un movimiento de resistencia en Francia, para espiar a los alemanes y para combatirlos. La Gata aceptó de buena gana ayudarlo.

Primero, tenían que hallar ciertos oficiales importantes del ejército francés. Algunos estaban en la zona no ocupada y algunos vivían secretamente en la zona ocupada. Francia estaba todavía en una vorágine. Millones de personas estaban en movimiento sobre los caminos y la frontera española estaba abarrotada de franceses que deseaban escapar.

El coronel polaco no podía viajar libremente y no se atrevía a aparecer en Francia ocupada. La Gata tendría que hacer el trabajo de contacto. Ella localizó y reunió a los hombres con quienes iban a trabajar ellos. El "Interallié" se convirtió pronto en el grupo más activo del movimiento de resistencia francés. El coronel Marcel Achard se unió a él.

Achard era una persona importante. Los otros miembros del grupo, con la excepción del coronel polaco, eran todos bisoños en el espionaje. Achard tenía contactos a través de España y Portugal con los británicos. Micheline lo consideraba como un dios.

Achard comprendió que había un gran problema: ¿permanecerían los nazis en la frontera española o tenían un convenio con el Generalísimo

EL CUENTO de la semana.



LA GATA

Antes que la sentencia fuese pronunciada, La Gata perdió el control de sí misma.

Franco para atravesar España y atacar Gibraltar? Armand encargó a La Gata que lo averiguase. Ella partió hacia Bordeaux, luego a Bayone y Biarritz, en Francia meridional. Ahí, cerca de la frontera franco-española, estaba estacionada una unidad alemana de tanques, preparada evidentemente para una campaña. También estaban siendo ensamblados en Bordeaux unidades aéreas. Los oficiales de esta unidad aparecían en el Café París, de Biarritz.

La Gata escribió un relato de esto en su diario:

"Un oficial nazi entró y me preguntó:

—¿Puedo sentarme a su mesa, Madame? Necesito alguna información respecto a la ciudad.

—¡Sí! —le contesté—. También me gustaría hacerle una pregunta.

—Hágala, por favor.

—Usted viste el uniforme de la Luftwaffe y, sin embargo, no parece piloto. No reconozco su insignia...

—Soy lo que ustedes llamarían en Francia un coronel en los cuerpos de comando. Todos los suministros para la Luftwaffe en Bordeaux están a mi cargo."

El oficial ordenó champaña y bebieron juntos. Ella añadió en su diario:

"Me cuidé de mantener la cabeza despejada".

● La Gata

informó a Armand que los alemanes se estaban preparando para marchar a través de España. Permaneció en la región y se mantuvo informada de los preparativos alemanes. Cuando observó que los nazis hacían más lento su trabajo, fue la primera en comunicar la significativa noticia de que el enemigo había abandonado sus planes de atacar Gibraltar.

Cuando su misión terminó, Micheline volvió al lado de Armand. Estaba completamente feliz.

"¡Cómo amo a Armand! Lo llamo Mi Todo y le digo: General, a sus órdenes. El mundo entero y la victoria sobre el mundo parece estar en nuestras manos. La vida es como volar por el aire. Tengo una fe ilimitada en él."

El coronel Achard tenía su grupo trabajando en toda Francia y La Gata trabajaba con ellos. Su éxito era tremendo. En los servicios de inteligencia británico y americano, los agentes de Achard eran altamente respetados.

Los nombres de los miembros más importantes del grupo estaban anotados en los archivos aliados. Los británicos sabían del coronel Roman Czerniawski, alias Armand; de Micheline, alias La Gata; y de otros trabajadores secretos, incluyendo al aristócrata francés Pierre de Vomecourt.

Durante este período, el grupo y los ingleses acordaron los lugares donde debían entregarse las armas para la Resistencia, que eran transportadas por aire. También se designaron puertos seguros a lo largo de la costa, para los envíos por mar. El grupo sacaba gente furtivamente a través de la frontera española y hacia Suiza, ocultaba fugitivos de los campos de prisioneros de los nazis y, en general, realizaba un juego en el que el premio era el triunfo de Francia.

Un día

Armand y La Gata decidieron que necesitaban a alguien que los ayudase con las tareas menores, tales como ir a cafés y restaurantes para recoger fragmentos de información dejados escapar descuidadamente por los nazis. La Gata encontró dicha persona en Luneville. Su nombre era Renée Borni. Como ella iba a trabajar cerca de Armand, La Gata procuró que la nueva ayudante no fuese de su tipo.

Renée, rebautizada con el nombre de Violette, era también una mujer atractiva y La Gata se angustió al descubrir que Armand estaba enamorado de su nueva agente.

Además, La Gata tenía un extraño presentimiento cuando miraba a Violette. Había algo malo en aquella mujer, algo más que el hecho de que fuese atractiva para Armand.

En París, donde permanecían temporalmente, Micheline pidió a Armand que enviase a Violette al campo, a algún puesto sin importancia. Armand sonrió:

—Estás celosa —se burló.

—No es eso —protestó Micheline—. Presiento que el desastre está cercano.

—Querrás decir, tienes un presentimiento de odio —dijo Armand, riendo.

Fue Renée Borni, alias Violette, quien destruyó el grupo de resistencia.

Habían ordenado a Violette que recolectase algunos datos menores. Encontró en la estación de Garde du Nord a un oficial alemán no comisionado, que le habló. Ella lo interrogó cautelosamente. No había notado a un hombre que estaba sentado detrás del soldado, leyendo un periódico francés. No había observado que el mismo hombre la había seguido al salir del café. Tampoco sospechó que era vigilada durante los días siguientes. Varios civiles se turnaron para seguirla. Fue vista con Armand y con La Gata. Fueron descubiertos su apartamiento y su cuartel general. El 18 de noviembre de 1941, Armand y Violette fueron arrestados por el Abwehr, servicio alemán de contrainteligencia.

Micheline Carré fue capturada unas cuantas horas después. La policía militar nazi la puso en una prisión militar. El silencio de su celda era enloquecedor. No sabía nada de los otros. ¿Había sido arrestado también Armand? ¿Quién más había sido capturado? ¿Era sólo ella del grupo? Estremecida, pensó en la tortura que la aguardaba.

● Llegó la noche

La Gata decidió en la obscuridad de su celda que la muerte era cierta. Tembló al pensar en la forma que tomaría probablemente. La luz del techo se encendió repentinamente. La puerta se abrió y entró un hombre con uniforme nazi.

La Gata permaneció sentada en un banquillo bajo. Lo miró con ojos atemorizados.

Reconoció al hombre como un sargento. En ropa de civil, no habría parecido alemán. Las acciones del hombre también la tomaron por sor-

presa. Se detuvo a la puerta, recargándose contra la pared. Miró a Micheline Carré con ojos fijos.

La Gata se sintió intranquila. Se levantó.

—Monsieur —dijo—, ¿por qué fui arrestada?

El no contestó inmediatamente.

Después de un prolongado silencio, el alemán habló:

—¿Ha vivido usted en Argelia?

—Sí, en Argelia.

—París es una ciudad maravillosa, ¿verdad?

Ella lo miró horrorizada.

—¿Tiene miedo? —preguntó él—. ¿De qué tiene miedo? No le haré daño. Usted es una mujer inteligente. ¿Sabe que parece Juana de Arco?

Después ella anotó en su diario:

"Esa fue la parte más espantosa de todo. El hombre que entró a mi celda era humano".

Aquella persona "humana" la interrogó respecto a sus actividades en el movimiento de resistencia. Le habló de Argelia, Francia y París. Hablaba con voz gentil, sin acento. La Gata se asombró al descubrir que estaba teniendo una conversación amable y placentera con su captor.

El hizo una broma cruel.

—Aquí es un lugar incómodo. ¿Vamos a otro lado?

Entonces ella descubrió que todavía estaba en su celda. Bajó la mirada, encogiéndose de hombros. Cuando levantó los ojos, el sargento había desaparecido.

La luz de la celda se apagó. Posteriormente, ella escribió:

"De una distancia infinita, irreal, me pareció oír la música del Réquiem de Mozart. Era como si realmente fuese tocada".

Pronto una llave sonó en la cerradura. La luz se encendió nuevamente. Frente a la puerta aparecieron guardias armados. Un cabo le ordenó que lo siguiese. Corredores desnudos. Barras. Una oficina. El cabo firmó un papel. Una puerta y otra más. Una puerta con barrotes se abrió. Y luego...

De pie en medio de la oficina estaba el sargento que la había visitado en su celda. Pero qué extraño aspecto tenía. Vestía ropas civiles, guantes elegantes, una corbata de seda y una boina vasca. Tenía un cigarrillo en la boca y parecía a todo el mundo un elegante francés del Boulevard des Italiens.

El caballero de la boina vasca la condujo a un enorme automóvil y le indicó que subiese a él.

—En el asiento posterior, por favor. Y deje bajadas las cortinas.

El se deslizó en el asiento del chofer. Ella observó inmediatamente el desusadamente grande espejo retrovisor. El podía vigilarla continuamente. El carro arrancó, la puerta se abrió y ella estuvo nuevamente en París. El carro se dirigió a los suburbios. Ahí estaba la Maison Lafitte. La podía ver claramente a través del parabrisas.

La Gata se estremeció nuevamente de miedo. El enorme palacio pertenecía al famoso actor francés Harry Baur. Los alemanes habían confiscado el edificio y lo estaban usando como cuartel general de su servicio de contraespionaje. Si la llevaban ahí, era que sabían todo. Ningún espía de poca importancia era llevado a aquella casa.

Una vez en el interior, Micheline se sintió más confundida que nunca. No era como el centro de contrainteligencia alemán. Los criados amables, el elegante salón de dibujo. Fue dejada sola.

La Gata se sentó en una silla cómoda y miró a través de la ventana hacia el parque en tinieblas. De muy lejos llegaban los ruidos de la gran ciudad. Nadie parecía notar su presencia.

La puerta se abrió repentinamente. El hombre que había guiado el carro le indicó que lo siguiera. La condujo a través del vestíbulo, a una sala con muebles lujosos. Ella miró por una puerta y vio un espejo, con una lámpara encendida enfrente. El cuarto era una alcoba.

¿Qué sucedió aquella noche?

Su diario no lo dice. Más tarde, la corte francesa trató de descubrirlo. El juez preguntó:

—Cuéntenos la historia exactamente como sucedió. ¿Fue usted a la villa de Harry Baur?

—He dicho exactamente lo que sucedió —respondió ella—, pero lo relataré otra vez. Después de catorce meses de lucha y trabajo incesante para el movimiento de resistencia, fui arrestada y llevada a la villa de Harry Baur, la Maison Lafitte. Estaba en poder de los nazis. El sargento Hugo Bleicher no me dejó sola un momento.

—Entonces, ¿usted supo el nombre del sargento?

—El se hacía llamar Hugo Bleicher.

—¿Su jerarquía militar era realmente de sargento?

—No lo sé.

—¿Hugo Bleicher era su verdadero nombre?

—¿Cómo puedo saberlo, su señoría?

—Está bien. Usted era la prisionera de Bleicher. ¿Le permitió que le hiciera el amor la primera noche?

—¿Puede ponerse en mi lugar, su señoría?

—Responda a mi pregunta.

—¿Debo relatarle todo realmente, su sejoría?

—Sí.

—Bleicher me dijo: "Si eres buena conmigo, estarás libre esta noche".

—¿No le chocó a usted, la viuda de un oficial del ejército francés, ser "buena" con un sargento nazi?

—Muy bien, su señoría, me chocó.

"Nunca podré hallar palabras para expresar mi profundo e interminable pesar, o para describir mis temores."

—¿Qué más sucedió esa noche?

Silencio.

—Quiero saber qué más sucedió esa noche.

Silencio.

—Todos queremos saber lo que sucedió. Eso es lo que debe explicar. Durante catorce meses, usted estuvo en gran peligro, trabajando por su grupo de resistencia. Y después de una sola noche usted olvidó todo su pasado, se olvidó de Francia y de usted misma. Aquella noche, ocho horas después, usted delató a ese sargento Hugo Bleicher, a los treinta y cinco luchadores más importantes del movimiento francés de resistencia. Díganos, ¿qué sucedió aquella noche?

El juez miró fijamente a La Gata por todo un minuto.

● **A la mañana siguiente** de "aquella noche", La Gata y Hugo Bleicher, vistiendo ropas civiles, subieron a un pequeño automóvil, con placas francesas; atravesaron París y se detuvieron ante una casa, donde estaban ocultos varios miembros de la resistencia. Nadie notó que varios carros más, también conducidos por civiles, se detuvieron frente a la casa. Un hombre salió y compró un periódico. Otro compró cigarrillos.

La Gata subió las escaleras y llamó a una puerta, usando una señal. La puerta se abrió inmediatamente. Rocchini y Frank estaban ahí. Ambos eran miembros prominentes del grupo. Se sorprendieron al ver al hombre desconocido que estaba junto a La Gata.

—Debemos hacer algo —murmuró La Gata—. Armand ha sido arrestado.

Los dos hombres abrieron la boca.

—No se preocupen por él —explicó La Gata, señalando a Bleicher—. Ustedes no lo conocen, pero él es uno de los nuestros.

Hablaron de Armand por varios minutos. Después, La Gata dijo a Bleicher:

—Baja y echa a andar el carro. No debemos perder tiempo.

Después de que Bleicher salió, se oyó que golpeaban nuevamente la puerta. Micheline la abrió. Los nazis sacaron sus pistolas y gritaron:

—¡Manos arriba!

Este se convirtió en el plan común. Durante las ocho horas siguientes, fue usado una y otra vez, hasta que fueron arrestados treinta y cinco jefes de la resistencia francesa.

Durante dos meses, La Gata siguió las órdenes de Bleicher. Ella sabía to-

▶

do y reveló todo lo que sabía. Muchos de sus compañeros de la resistencia fueron capturados. El hombre que más deseaba capturar Bleicher era el coronel Achard.

Pero La Gata nunca traicionó a Achard. El coronel declaró ante la Corte:

—Ella sabía dónde me ocultaba, pero no lo dijo.

La Gata se excusó con Bleicher. Dijo que no sabía dónde estaba Achard y él le creyó. Ella le ofreció buscar a otro hombre muy importante, a Pierre de Vomecourt. Bleicher se entusiasmó al oír el nombre. Después, se volvió pensativo. Reconoció que había aún mayores posibilidades que la de arrestar a Pierre de Vomecourt.

La Gata fue enviada a su antiguo cuartel general. El plan de Bleicher había sido impecable. Los hombres capturados no habían tenido tiempo de dar aviso. La resistencia no sabía nada del complot y recibió a La Gata con los brazos abiertos.

● Durante los dos meses siguientes, La Gata trabajó nuevamente con los franceses. Nadie tenía la sospecha más ligera de ella. Ninguno de los hombres ni las mujeres del movimiento de resistencia soñaban que su leal y valerosa camarada, Micheline Carré, era una traidora. Ella reorganizó el trabajo del grupo y les dio inspiración con su valor.

Pero todas las noches La Gata era llevada secretamente a la villa de Baur. Ahí ella delataba los planes franceses hechos durante el día. Informó que la preocupación principal de la gente de la resistencia era cómo mantener el contacto con Inglaterra. Todos los hombres de enlace franceses habían sido arrestados.

Cuando Bleicher oyó eso, ordenó a La Gata que pidiese a Pierre de Vomecourt que viniera a París. Le explicó que Vomecourt tendría que ser enviado a Inglaterra por el movimiento de resistencia. Ella debía convencer a sus camaradas de que Vomecourt era la persona más capaz para esa misión.

A la noche siguiente, Bleicher dijo a La Gata que tenía una sorpresa para ella.

—Cuando llegues a casa, encontrarás a Violette ahí. Ella realmente nunca fue arrestada, pues está trabajando con nosotros. Violette mantendrá la boca cerrada. Cuídala. Su misión es permanecer con el movimiento de resistencia.

La Gata cumplió con las órdenes. Encontró a Pierre de Vomecourt en "Pam-Pam", un café de los Campos Elíseos. Le hizo su proposición y él, un patriota serio y sincero, aceptó. Trataría de llegar a Inglaterra. Una vez ahí, informaría a sus amigos ingleses lo que había estado sucediendo y conseguiría ayuda.

El viaje, opinó Micheline, sería difícil. Los senderos secretos para atravesar la frontera de España habían sido descubiertos por los nazis. Ellos conocían los lugares de la costa donde los miembros de la resistencia eran sacados al mar y embarcados hacia Inglaterra. Pero ella trataría de encontrar un camino.

confidencias

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día domingo. Color esmeralda. Número 9.	Día sábado. Color marengo. Número 8.	Día martes. Color bronce. Número 2.
TU CORAZON	No aparece aún muy claro tu panorama sentimental, y parte de la causa es tu propia desorientación. Reflexiona y trata de definirte.	Vida conyugal bastante armoniosa, aunque tu compañero se mostrará inquieto y nervioso. Fin de semana muy agradable.	No te encierres en ti misma rechazando la amistad que sinceramente te ofrecen. Hoy en día la convivencia es indispensable.
TU TRABAJO	Da un poco más de ti misma a los que te rodean. Piensa que todo debe estar compensado en esta vida y no siempre se puede recibir.	Es preciso que prestes más atención e interés a tu trabajo que, en este momento, se ha convertido en algo rutinario y sin originalidad.	Un aspecto positivo de Mercurio protegerá los trámites relacionados con documentos, títulos o negociaciones por escrito.
TU SALUD	Buen estado general. Pareces estar más tranquila y tu organismo, fuera de pequeños trastornos digestivos, responde perfectamente.	Debes poner remedio drásticamente a tu gran tendencia al aumento de peso. Emplea cualquier sistema, pero con perseverancia e inteligencia.	Estado general bastante bueno, turbado sólo por ocasionales dolores de cabeza y síntomas de cansancio.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día viernes. Color turquesa. Número 1.	Día miércoles. Color diamante. Número 9.	Día domingo. Color carbón. Número 0.
TU CORAZON	Encontrarás en la amistad de una persona el consuelo y el apoyo para la crisis sentimental por la que estás atravesando.	Serás el centro de atracción en grupos y reuniones sociales. Actúa con naturalidad y déjate ver tal como eres.	Es posible que te sea difícil reconocer el camino apropiado a seguir, pero debes confiar en tu intuición y pedir consejo.
TU TRABAJO	Es posible que lleguen a ti rumores poco agradables sobre cierta persona; sin embargo, deberás ser extremadamente discreta.	Algunos obstáculos pueden entorpecer la marcha de tus asuntos económicos, haciendo más lento el desarrollo de tus planes.	El apoyo de algunos miembros de tu familia puede solucionarte un problema económico de cierta importancia.
TU SALUD	Desequilibrio en tu sistema digestivo que deberás someter a juicio de un especialista, debido a su prolongada duración.	Debes estar consciente de tus posibilidades y de tus limitaciones físicas. No te comprometas a cosas que no puedes hacer.	Evita el contacto con personas enfermas. Existe un gran riesgo de contagio. Toda precaución será poca.



22 de junio al
22 de julio)

CANCER

Día
domingo.
Color
plomo.
Número
5.

Aprende a valorizar el verdadero cariño, profundo y sincero y no te dejes deslumbrar por las demostraciones externas.

Escoge mejor a tus asociados y a las personas con quienes debes tener relaciones comerciales. Es muy importante.

rritaciones o erupciones cutáneas bastante desagradables. Podrían tener in origen alérgico o nervioso.



(23 de julio al
22 de agosto)

LEO

Día
lunes.
Color
granate.
Número
2.

Tus asuntos sentimentales van por muy buen camino. Ten paciencia y no apresures las cosas, pues podrías echar todo a perder.

A pesar del ambiente de incertidumbre e inseguridad que rodea al medio en que te desenvuelves, tu situación es muy estable.

Riesgo de pasarte las noches en vela, ya que te encuentras en una gran tensión. La única solución es relajarte o cambiar de escenario.



(23 de agosto al
22 de septiembre)

VIRGO

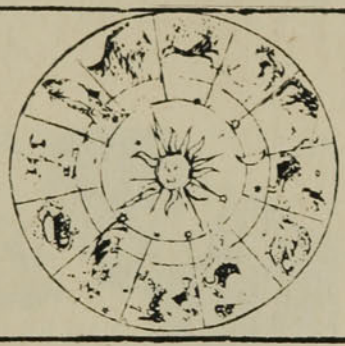
Día
martes.
Color
magenta.
Número
7.

Una súbita inspiración puede hacerte ver claramente cuál es el camino que te conviene seguir. No deseches los consejos.

Ofertas interesantes que deberás estudiar hasta los últimos detalles. Pueden resultar engañosas.

Ocasionales trastornos hepáticos debido a abusos en la alimentación. Trata de no ceder a la tentación de alimentos indigestos.

del cielo



EMANA DEL 3 AL 9 DE AGOSTO

Día
viernes.
Color
rubí.
Número
5.

lo comprometas tu porenir cediendo a caprichos el momento. Aprende a econocer los sentimientos ealmente honrados y profundos.

u situación económica arece haber llegado a na especie de estancaiento, pero sólo será ansitorio. Pon en marcha nuevos planes.

l fuego se constituirá en elemento peligroso para en estos días. Evita su ntacto desde cualquier aspecto.

Día
lunes.
Color
zafiro.
Número
0.

Peligrosa atracción puede ejercer sobre ti una persona que no te conviene desde ningún punto de vista.

Un problema inesperado aparecerá en tu trabajo que te hará poner en duda tu capacidad. Confía en ti que será algo pasajero.

Deberás prestar más atención a tu vista, que últimamente ha estado preocupándote. Ataja el problema cuando todavía sea tiempo.

Día
martes.
Color
topacio.
Número
2.

Grandes alegrías relacionadas con tu vida conyugal. Las solteras también tendrán momentos agradables en el plano sentimental.

Toda idea o trabajo original será apreciado en su justo valor. No temas introducir innovaciones en tus actividades.

Fragilidad renal, posible consecuencia de un gran cansancio. Mucha prudencia. Aumenta tus horas de reposo.

CAPRICORNIO

de diciembre
19 de enero)



ACUARIO

(20 de enero al
18 de febrero)



PISCIS

(19 de febrero al
20 de marzo)



Unos cuantos días después de esta conversación en el "Pam-Pam", La Gata vio nuevamente a sus amigos de la resistencia. Dijo que había hallado un camino para llegar a Inglaterra. Explicó que tendría que acompañar a Pierre de Vomecourt, pues ella podía ayudarle a viajar sin peligros.

Los otros estuvieron de acuerdo. Esta era su hábil Gata, heroína de la resistencia. Pensaban que ella merecía su fama. Era la más hábil, la mejor de todos ellos, la más valiente.

Bleicher cuidó de que La Gata y Pierre pudiesen salir de Francia a salvo. Hizo todavía más. Gestionó que La Gata y Pierre de Vomecourt consiguieran empleos en el Ministerio de Guerra, en Londres.

La Gata trabajó ahí durante nueve meses. Enviaba toda su información a través de las rutas que había establecido el movimiento de resistencia. Violette recibía sus mensajes e informaba de ellos a Bleicher.

● Pero después

llegó el día negro de la vida de La Gata. Pierre, el servicio británico de contrainteligencia y Scotland Yard la habían desenmascarado. La Gata fue arrestada en julio de 1942. Los británicos la tuvieron prisionera hasta el fin de la guerra.

Mientras estaba en la prisión, escribió un párrafo en su diario, dirigido a sus antiguos camaradas de la resistencia francesa:

"Oh, cuánto he resistido. Nunca podré hallar palabras para expresar mi profundo e interminable pesar o para describir mis temores. Pero no estoy sola. También ustedes, los que aún viven, no dormirán esta noche; estarán conmigo. Ustedes los muertos y yo ¡viviremos con nuestras propias leyes en un mundo que he encontrado para mí!"

En enero de 1949 afrontó seriamente a los jueces franceses.

El fiscal habló:

—Durante dos meses practicó la peor clase de las traiciones. Su diario, del cual hemos leído algunas partes, la describe como lo que es: un cerebro sin corazón. Ustedes tendrán que juzgar esto. Y reconocerán que sólo hay una pena posible: la pena de muerte.

El defensor contestó:

—Admito su culpabilidad. Pero debéis considerar que esta mujer se enfrentó a una alternativa de vida o muerte. No olvidéis que desde el principio de la resistencia ella fue una heroína. ¿Condenaríais a muerte a aquello que, al principio, mostró la semilla de la fe y posteriormente sobreestimaría su propia fuerza?

Pero antes que la sentencia fuese pronunciada. La Gata perdió el control de sí misma. Gritó a la Corte:

—Espero el veredicto sin temor. Pero no puedo menos que recordar que, mientras se pide en esta corte la pena de muerte para mí, Hugo Bleicher está viviendo libre..., ¡en Hamburgo!

"Condenada a muerte", fue el veredicto de la corte.

Unos cuantos meses después, el Presidente de la República de Francia conmutó la sentencia de Micheline Carré por la de prisión perpetua.

♥♥

Un viajero pide pieza en un hotel de provincia.

—¿A qué hora desea lo despierte mañana? —pregunta solícito el empleado.

—No se preocupe, tengo por costumbre despertarme a las seis de la mañana —replica el viajero.

El empleado, luego de pensar un rato, solicita:

—Entonces, ¿por qué no me hace el favor de despertar a la camarera?

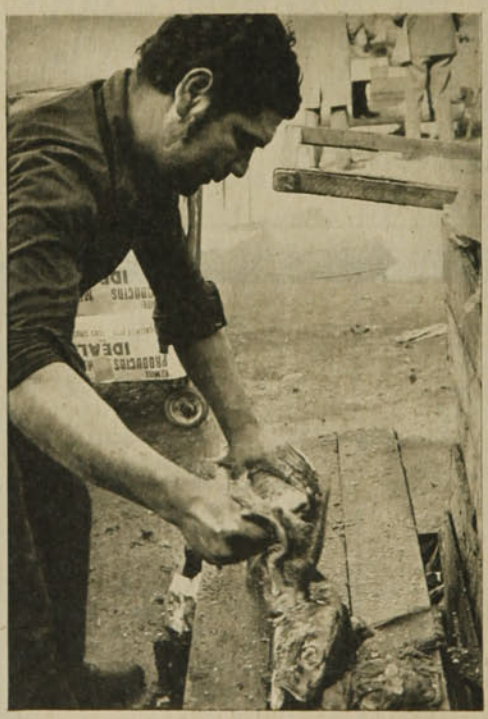






● HAY LUGARES de Santiago donde abundan el movimiento y la gente. Uno de esos lugares es el barrio de la Estación Mapocho, donde además de la Estación están el Mercado, la Vega, la Pérgola de las Flores, los paraderos de varias líneas de micros y buses urbanos y que viajan fuera de Santiago. Eso hace que a cualquier hora del día el barrio sea un hervidero de gente . . . , y como donde hay gente se puede hacer negocio, en los puestos callejeros del barrio se puede comprar desde ropa interior hasta una corona de flores.

Los distintos puestos han ido apareciendo de a poco, y hoy encontramos gente que se gana la vida en los oficios o negocios más disímiles. Están los vendedores de diarios y revistas, los de bebidas, los de golosinas; los lustrabotas, los fotógrafos de cajón, los vendedores de pescado frito, las floristas, los puestos de mote con huesillos, los carretones con aceitunas, los maniseros, etc.





entre nosotras

En general, se trata de personas que no tienen otro modo de ganarse la vida, y que así pueden subsistir prestando algún tipo de servicios, aunque sin saber qué pasará mañana o el día que no puedan salir a trabajar.

● LAS FLORISTAS de la Pérgola son las que están en mejor situación; están organizadas, tienen permisos municipales y la mayoría llevan muchos años en eso. "Ya ni me acuerdo de cuándo, pero hace mucho tiempo, desde que estábamos en San Francisco, pues", es la respuesta de casi todas. Las más jóvenes han heredado el puesto de sus madres o tías, pero desde niñitas ayudaban y conocen bien el oficio.

Para ellas la mejor época, desde el punto de vista económico, es el invierno, porque las flores son más caras; por la misma corona que en el verano cobran E° 50, en el invierno cobran E° 150, claro que a ellas también les cuestan más las flores, porque se las tienen que comprar a un intermediario que las trae desde Quillota; en verano, las compran directamente en las parcelas de los alrededores de Santiago.

● PARA LOS FOTOGRAFOS, en cambio, la mejor época es el verano, con el sol viene más gente a pasear y, además, vienen del campo a visitar y se quieren retratar; en los días feos, en cambio, no se saca ni una foto.

En la plazoleta que hay alrededor del monumento a Prat hay cuatro fotógrafos con sus máquinas de cajón y sus delantales blancos (eran cinco pero uno murió hace poco); todos llevan muchos años en el oficio y generalmente lo han aprendido de algún compañero más viejo que con simpatía les enseñó las "mañas" de la máquina.

El precio es standard, E° 15 una foto, que en pocos minutos está lista; y la ganancia del fotógrafo es muy variable, va desde ni un solo peso en los días sin sol hasta los cien escudos que se pueden hacer en un buen domingo de verano.

● UNA DE las comerciantes más antiguas del sector es doña Rosa Cerda, la " mami", como le dicen todos cariñosamente; ella tiene su puesto de diarios desde 1932, en la orilla sur del río. Cuando llegó estaban sólo la estación de trenes y los paraderos de los micros a Renca y los buses a Maipú, no había pavimento ni se veía toda la gente que se ve ahora. Sin embargo, para ella el negocio andaba mejor, se vendían hasta 500 diarios en un día. Mientras ahora apenas se llega a 150 y a no más de E° 20 diarios cuando la cosa está buena.

Y para ganarse esos E° 20 diarios, doña Rosa Cerda trabaja duro; ella tiene 62 años y a las 5 de la mañana se tiene que levantar para ir a buscar los diarios, después tiene abierto el quiosco hasta las 11 de la noche; eso es todos los días del año. La "mami' tiene prácticamente su casa en su quiosco, allí cocina, lee, descansa y pasa la mayor parte del día; cuando tenía niños chicos, también los traía y los crió en su quiosco, a la orilla del río, metidos dentro de un cajón que hacía las veces de corral.





la HISTORIA se REPITE

• • •

No quería que mi hija siguiera el mismo camino que yo.

• • •

CONTEMPLABA a mi hija Daniela preparándose para salir, mirándose en el espejo mientras aplicaba en sus ojos el delineador. La encontré linda, con sus rasgos finos y esa piel de durazno. Solamente que la mirada de sus ojos era demasiado seria. Sin embargo, era una chiquilla sensata y cuando reía su expresión era casi infantil. Sólo que reía muy poco.

Pensé con angustia que se arreglaba con tanto cuidado para salir con Vicente Torres, pero, ¿cómo podía decirle que consideraba que se equivocaba en su elección? Habría sido preciso entrar en tantas explicaciones, insinuar que yo misma había cometido un error y ¿cómo iba a entenderlo ella, cuando su padre había sido el mejor de los padres y para mí el más excelente de los maridos?

Lo que no podía decirle era que con todas sus cualidades, con todas sus bondades de carácter, mi marido Daniel había sido terriblemente aburridor. Era exactamente el hombre capaz de dar a su mujer el máximo de seguridad, confort y una vida sin preocupaciones, pero..., ¿es eso todo lo que espera una mujer en la vida? Me inclino a creer que no. Habría preferido un poco menos de seguridad pero algo más de la emoción de lo inesperado. Es decir, para dejar de andar con rodeos, lo que habría podido encontrar junto a Juan Cristóbal.

De lo que veo a mi alrededor, creo que las demás mujeres no comparten generalmente mis ideas en tal sentido y dan a la seguridad una importancia vital cuando se trata de matrimonio; sin embargo, muchas veces es el amor el que triunfa por encima de las consideraciones prácticas. Y ése fue el error que cometí, al casarme estando enamorada de otro hombre.

No sé cómo pude hacerlo. Muchas veces he reflexionado sobre esto, llegando a la conclusión de que fue sólo una de esas cosas que tiene la vida, uno de esos errores que tontamente se cometen para lamentarlos después siempre. Por eso me interesaba que no lo cometiera también mi hija. Porque, no sé por qué, pero siempre la historia tiende a repetirse.

Juan Cristóbal significaba para mí la sal de la vida. Nos conocimos desde que íbamos al colegio y desde entonces estábamos siempre juntos. Después él entró a la Universidad a estudiar Pedagogía en Castellano, pero lo que más le interesaba era pintar y escribir. Tenía dotes artísticas y una imaginación inagotable, pero no se encauzaba por ninguna senda definitiva y cuando se lo reprochaba solía decirme:

—¿Qué puedo hacer, preciosa? A veces veo con la imaginación el cuadro que deseo pintar y en mi mente empieza a girar un carrusel de colores. Significa que debo tomar los pinceles y crear.

—Pero jamás terminas ningún cuadro.

—Ahí está la dificultad. Lo que mi imaginación ve con tanta claridad no consigo trasladarlo a la tela. ¡Entonces renuncio!

—Tal vez no tienes talento para pintar y te imaginas tenerlo.

—Puede ser.

—¿Por qué no te inscribes en Bellas Artes?

—No creo en el arte como disciplina. No puede ser guiado, ¿entiendes?, sino espontáneo, sin trabas.

—Ya veo. ¿Y qué me dices de lo que escribes? ¿Cuándo piensas publicar algo?

—Ah, eso es otra cosa. Por eso me inscribí en castellano. Ahí no sólo basta con la inspiración sino que es preciso cuidar la forma. **Saber** escribir.

—Entiendo, pero, ¿por qué no das algún paso que te abra el camino? ¿Participar en los concursos? ¿Publicar en algún diario o revista?

—Bueno, no pretendo ser periodista. Muchos comienzan a darse a conocer así, pero... yo todavía no estoy maduro. Cuando publique algo tendrá que ser algo grandioso, perfecto. Tengo muchas cosas comenzadas pero hay que pulirlas, volverlas a pulir, en fin...

Siempre era lo mismo con Juan Cristóbal y había que aceptarlo así. Consideraba con tristeza que jamás cambiaría, ¡pero lo amaba tanto! Porque él tenía una cualidad especial, sabía iluminar todas las cosas y me comunicaba esa manera suya de mirarlo todo como a través de un caleidoscopio de maravilla y color.

Una caminata bajo la lluvia a su lado, daban ganas de ponerse a cantar, porque

Al menos ella no tendría que lamentar aquellas cosas que yo perdí.



una poza de agua donde se reflejaba un árbol de ramas desnudas le traía a él recuerdos de un París en otoño (donde no había estado nunca todavía)... Una visita al mercado persa o a una librería de libros usados era fuente inagotable de descubrimientos. Recuerdo vivamente un fin de semana que fuimos con un grupo de compañeros al puerto. El tiempo estaba borrascoso, pero aquello fue todo un banquete de sensaciones magníficas. El viento y el mar, los buques amarrados a los muelles, los chillidos de las gaviotas despertaron en él al viajero en potencia. Y se puso a inventar versos donde contaba que él era un pirata, danzando conmigo sobre la arena húmeda bailes antillanos y cantando canciones marineras, acompañándose de un acordeón imaginario.

Así era Juan Cristóbal. ¡Imposible aburrirse nunca a su lado!

—¡Tengo que poner todo esto en un cuadro, Paulina! —exclamaba—. ¡Tengo que decirlo en versos, tengo que ponerle música!

¿Y nuestras caminatas por el parque? En tardes otoñales en que el viento arremolinaba las hojas a nuestros pies, éstas eran para él inquietas odaliscas vestidas de oro y plata que el viento, un ogro mofletudo y gruñón, hacía danzar a latigazos. Y en primavera, cuando..., pero, basta, ¿a qué seguir recordando?

Todo eso era lo que él representaba para mí. Tenía algo así como un toque de Midas para convertir no en oro todo lo que tocaba sino en belleza todo lo que veía.

Pero un día reñimos. Uno de esos altercados sin importancia, que no tienen razón de ser. Porque él no llegó una tarde a una cita y yo, despechada, acepté la invitación que una amiga me hiciera para ir a un fiesta que se prolongó hasta la madrugada. Porque al día siguiente yo esperaba una excusa y Juan Cristóbal a su vez una explicación de mi parte, por haber salido a divertirme sin él. Y bueno, porque él y yo esperábamos que el otro hiciera algo y ninguno se decidió a dar el primer paso, fue que comencé a aceptar las atenciones que desde hacía tiempo me dedicaba el buen amigo de mi familia Daniel Arteche, dueño de una floreciente empresa comercial.

Y porque me divisó varias veces en compañía de Daniel fue que Juan Cristóbal prefirió terminar sus estudios en la Universidad del Norte y se marchó. Fue el principio del fin y al final de ese año Daniel y yo nos casamos, con gran satisfacción de mis padres que no veían con buenos ojos mis amoríos con "ese bohemio" de Juan Cristóbal. Recuerdo haber reflexionado bastante antes de dar aquel paso, considerando que en mi corazón seguía aleteando el superamor por Juan Cristóbal. Sin embargo, a su lado, ¿qué podía esperarme aparte de una fiesta continuada de amor y una vida en tecnicolor... en la imaginación? Porque la realidad de los ingratos detalles domésticos y pecuniarios no entraban en los cálculos que él tenía para el futuro. En cambio, con Daniel, el serio y responsable Daniel, jamás habría motivo de preocupaciones. Por otra parte, ¿no era mi amor por Juan Cristóbal sólo el inevitable e ilusorio devaneo amoroso de la juventud que nadie deja de tener en su inventario? Con el tiempo lo olvidaría por completo y pasaría a ser solamente el capítulo dorado de mis recuerdos. Entretanto procuraría amar a mi esposo como se lo merecía y ser para él la mejor de las mujeres.

DE REGRESO de la luna de miel encontré en el centro a Lucía, una ex compañera de colegio. Después de felicitarme por mi reciente boda me dijo:

—¿A que no adivinas quién ha regresado la semana pasada?

Lo adiviné en el acto y en el pecho me aleteó una loca y absurda excitación. Sin esperar respuesta, Lucía continuó:

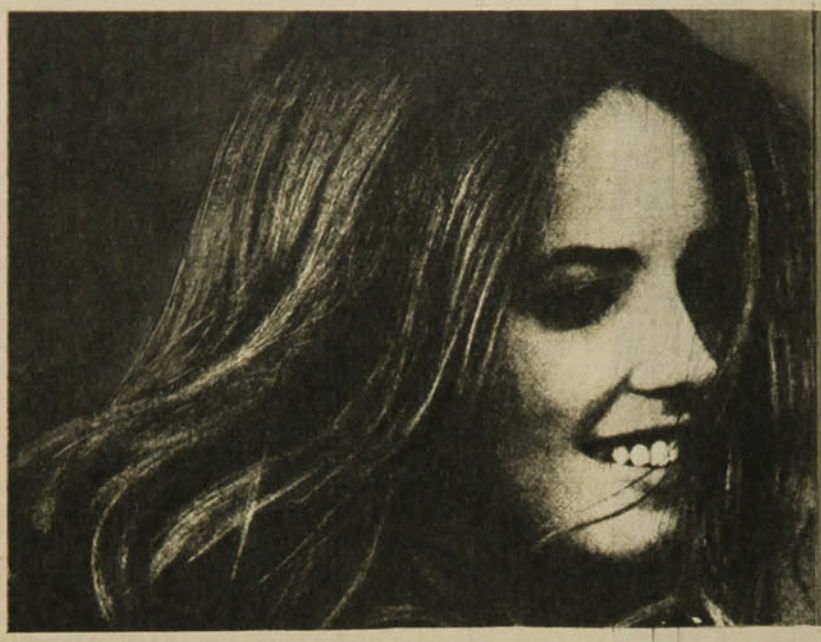
—¡Juan Cristóbal, por supuesto! ¡Tu antiguo amor!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está él?

—Regio, como siempre. Se ha conseguido una beca en París, ¡por fin! Ya sabes que toda su ilusión era ir allá algún día. ¡Pues ahora se pasará tres años estudiando literatura en la Sorbona! ¿Qué te parece?

—¡Cuánto me alegro por él!

Después de algunas trivialidades me



la HISTORIA se REPITE

despedí de Lucía y lo primero que hice al volver la esquina fue entrar a una fuente de soda y pedir prestado el teléfono. Tenía que llamar a Juan Cristóbal, explicarle..., ¿qué cosa? Bueno, ya veríamos. Marqué su número y respondió él mismo. Al principio no supimos qué decirnos y él luego ensayó ser sarcástico:

—Te felicito por tu matrimonio..., y deseo que seas muy feliz.

—Yo...

Me interrumpí, incapaz de seguir hablando. Juan Cristóbal y yo no podíamos ser como todo el mundo. Nosotros éramos distintos y absolutamente sinceros.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Estás todavía allí? Paulina..., oh, cómo pudiste.

—No lo sé.

Y de pronto me encontré gritando en el teléfono, sin importarme las expresiones atónitas de los clientes del negocio:

—¡No lo sé, Juan Cristóbal! ¡No tengo la menor idea! Lo único que sé con seguridad es que nunca podré ser feliz si no estoy contigo.

Palabras extraordinarias en una recién casada, pero que expresaban lo que yo sentía en ese momento y así lo comprendió él.

—Temo que... ya sea demasiado tarde para nosotros. Lo que has hecho tú sabrás por qué lo hiciste, pero ya no hay nada que podamos cambiar. Yo... me voy en el avión de este sábado y estaré lejos mucho tiempo. Paulina, quiero que sepas esto: te quiero, y si alguna vez eres libre, te estaré esperando.

—Muy lindas palabras para decirlas ahora. Pero el tiempo pasará y tú... conocerás a otras, ya verás. Y te olvidarás de mí.

—Te digo lo que ahora siento. Si sucede de otra forma, no puedo decirlo. Pero ten esto presente: si un día eres libre y aún me quieres, yo vendré por ti.

—¡Lo que yo quiero es verte ahora, Juan Cristóbal! ¡En este mismo momento!

—También yo, pero no nos veremos. No, mientras estés casada con otro hombre.

—Entonces..., es ¿adiós?

—Es adiós.

Eso fue todo. Salí de la fuente de soda viéndolo todo a través de una cortina de lágrimas. Y supe en ese momento que a mi lado había pasado una vez la dicha, me había sonreído tendiéndome la mano..., y yo la había dejado pasar.

Tardé en regresar a casa y pasé largo rato paseándome por el parque, cavilando. Aquello de que Juan Cristóbal me esperaría para volver algún día cuando fuese libre, tenía sabor a folletín del siglo pasado. Y bien sabía que las cosas en la vida no suceden como en las novelas. Decidí alejar a Juan Cristóbal de mis pensamientos para siempre y regresé a mi hogar.

Durante los veintidós años que estuvimos casados, fui para Daniel la esposa que él esperaba. Cuando nació nuestra hija Daniela me pareció haber encontrado finalmente algo muy parecido a la felicidad. Daniel era un esposo delicado, afectuoso, aunque su carácter era descolorido y opaco. Pero me consolaba pensando que no puede tenerse todo en la vida. En cuanto a la seguridad que esperé encontrar, él no me defraudó. Muy pronto su pequeño negocio prosperó aun más llegando a ser últimamente una gran empresa importadora de elementos de ferretería, la primera en toda la ciudad. Cada año teníamos más comodidad y lujo y gozábamos de una excelente posición económica y social.

Su brazo derecho en la empresa era Vicente Torres, un joven ingeniero serio, res-

ponsable, de un carácter apacible y callado, tan parecido al suyo que era como si hubiera sido su propio hijo. Cuando Vicente comenzó a manifestar interés en nuestra Daniela, mi marido reventaba de satisfacción.

—¿Sabes, Paulina? Este es el hombre ideal para nuestra hija. ¡No podría haber deseado nada mejor! El le podrá ofrecer seguridad para toda su vida y conoce el manejo de la empresa mejor que yo mismo. ¡Qué tranquilo me moriría yo si supiera que todo el negocio que he levantado va a quedar en sus manos! ¿Crees tú que la niña le corresponde?

—Pues..., qué quieres que te diga. Ha estado saliendo mucho con Darío Fernández y...

—¿Ese joven que estudia agronomía sin tener fundo?

—Bueno, es de muy buena familia y estudia agronomía por darles gusto a sus padres que todavía tienen sueños de terratenientes. Pero a Darío lo que más le gusta es la música.

—¡Bah, la música! En lo que a mí se refiere, bien puede irse con su música a otra parte.

Tomando en cuenta la poca imaginación de Daniel, esta salida bien podría ser considerada un chiste ingenioso. Pero dado mi temperamento dramático, me sentí inclinada a defender la posición de Darío.

—Desde luego que la música en este caso él la cultiva como una afición, nada más. Terminará su carrera y supongo que podrá trabajar en lo que sea. Es un chiquillo inteligente. Y por último, creo que compartirás mi opinión de que hay que dejar que Daniela elija, ¿no es cierto? Será ella la que se case y no nosotros.

—Claro, claro, mujer. Pero no hay que dar demasiadas alas a uno que no vale la pena. En cambio con Vicente...

—Tendrá la vida asegurada, ya lo sé.

—¿Y eso no te parece que haya que tomarlo en cuenta? Cuando yo muera..., y no estará lejos el día...

Daniel había dado en referirse a su muerte próxima sin tener el menor síntoma de enfermedad. ¿Premonición tal vez? Pudo ser, porque sano y vigoroso como era, un día sufrió un infarto estando en una reunión en su oficina y la muerte se lo llevó en cuestión de horas.

Lamenté sinceramente su desaparición. Nunca llegué a sentir por él la loca adoración que me inspirara Juan Cristóbal, pero sí, a lo largo de una unión de más de veintidós años, había aprendido a amarlo apaciblemente y apreciaba toda la serenidad que me había dado. Ahora, sola, a los cuarenta y dos años, sentía que toda mi seguridad vacilaba. La soledad, habiendo vivido una vida entera bajo las alas protectoras del amor sólido y honesto del mejor de los hombres, era dura de sobrellevar.

Daniela, que adoró siempre a su padre, soportó muy mal la desgracia. Perdió momentáneamente el apetito y el interés por las cosas que antes le gustaban. Pero pasados algunos meses comenzó poco a poco a salir y asistir a sus cursos de idiomas y Cruz Roja. Sin embargo, no volvió a reunirse con Darío Fernández. Más bien lo evitaba y no asistía a los conciertos donde podía encontrarlo. En cambio, observé que comenzaba a aceptar las atenciones de Vicente Torres, y con el pretexto de ponerse al día en los negocios de su padre, en los cuales pensaba intervenir más adelante, se pasaba tardes enteras en las oficinas de la empresa.

Para mí era transparente el cambio operado en ella. Consciente de la renuencia de Daniel frente al joven Fernández, a quien consideraba un inútil, y de sus preferencias para posible yerno por Vicente Torres, en su inmenso amor de hija deseaba una vez desaparecido su padre, darle gusto y casarse con el hombre que él hubiese querido.

Y yo pensaba en ellos, los tres jóvenes frente a circunstancias parecidas a las de otro trío de veintidós años antes, en que la muchacha era yo. Deseaba pues que no se repitiera la historia, quería que mi Daniela se decidiera por el amor y no por la seguridad. Como todas las madres que desean ver realizado en sus hijas aquello que constituyó su frustración.

PENSABA, abatida, que tal vez esa noche, cuando Daniela regresara del coctel adonde había ido con Vicente, me contaría que se había comprometido para casarse con él. ¡Nunca resultan las cosas como se desean!, pensaba amargamente. En ese momento sonó la campanilla del teléfono y acudí a contestar.

—¿Paulina...? —dijo una voz.

No respondí en el acto. ¡Esa voz la habría reconocido entre miles, a pesar del largo tiempo transcurrido desde la última vez que la escuchara! Pero ¡no era posible!, pensé, incrédula. Debía de estar equivocada.

—¿Paulina?... —repitió la voz.

—Sí —respondí—. ¿Quién habla?

—Un fantasma del pasado. ¿No me reconoces?

—¿Juan Cristóbal? —murmuré, vacilante.

—¡El mismo! ¿Te he sorprendido demasiado?

—Realmente..., no esperaba...

—Por supuesto, no esperabas. Nunca supiste esperar. En cambio yo he esperado todos estos años para volver a encontrarte..., libre y dispuesta a recomenzar conmigo algo que quedó trunco. Te lo había prometido, ¿recuerdas?

Lo recordaba. Pero nunca habría creído posible que él volviera alguna vez, dispuesto a resucitar un pasado muerto. Aquella había sido una de esas promesas que se lleva el viento. En un instante los viejos recuerdos desfilaron por mi memoria y luego las preguntas se me atropellaron.

—Pero, ¿eres tú, de verdad? ¿De dónde has salido? ¿Dónde te encuentras? ¿Cuándo has llegado? ¿Qué estuviste haciendo todos estos años? Cuéntame, quiero saber.

Lo escuché reír suavemente.

—Despacio, Paulina, despacio. Eres la misma vehemente de siempre. Habrá tiempo para todo. Y respondiendo a tus pre-

guntas brevemente, te diré que vengo llegando recién, me encuentro en el Sheraton y todos estos años he estado vagando por el mundo, un poco por todas partes. Después de París, Londres, y algún tiempo recorriendo España. Y luego, Venezuela, Colombia y por último de regreso en Chile, donde espero quedarme. ¿Me encuentras un acento raro?

—Un poquito, sí, no mucho. Pero cuéntame de ti. En todos estos años ¿nunca te casaste?

—Sí, con una francesa que prefirió abandonar un día a este esposo andariego que nunca quería quedarse mucho tiempo en ninguna parte.

—¿Y... niños?

—Ninguno.

—¿Dónde está ella ahora?

—Pues, supongo que con su nuevo marido, un ingeniero francés que no la hace trotar por el mundo y le ofreció la seguridad en su país natal. Parece que siempre fue mi sino ser abandonado por mujeres que prefirieron la seguridad.

Pasé por alto la indirecta y continué preguntando. Quería saberlo todo de él. ¿Seguiría siendo el mismo de siempre? Creí volver a ver el rostro delgado, el mechón castaño y rebelde sobre la frente, los ojos risueños..., ¡Juan Cristóbal! Súbitamente me sentí rejuvenecida creyendo ser la muchacha de hacía veintidós años y en mi corazón aleteaba la misma loca, absurda alegría de aquellos verdes años.

—Pero, dime, Juan Cristóbal, ¿qué fue de tus proyectos? Resultó al fin... esa pintura maestra, ese libro sensacional. Nada he oído decir.

—Imposible, porque nunca he dado nada que decir. La crisálida no llegó a ser mariposa, Paulina. El escritor no pasó de ser mediocre y el pintor no llegó a exhibir un cuadro. Pero... ¡soy todo un señor Catedrático de la Lengua Española, Doctor en Filosofía, laureado en las principales universidades europeas! ¿No te parece que es algo?

—¡Ya lo creo! ¿Y... qué se siente cuando se es tan importante?

—Pues..., unas ganas terribles de volver a ser el muchacho de antes, para vivir de nuevo y poder disponer las cosas de otra manera.

Algo en el tono de su voz pareció revivir al Juan Cristóbal de antes, que tanto había querido y al que todavía guardaba un sitio secreto en el corazón.

—Juan Cristóbal, tenemos tantas cosas de qué hablar. ¿Por qué no vienes a tomar una taza de té conmigo?

—¿A tu casa? ¿Crees que debiera? Pues yo no creo, mira, me parece verte recibiéndome en tu casa, que estoy seguro tiene muebles de estilo; y tú vestida como corresponde a una dama de tu posición, el infaltable collarcito de perlas finas y todo eso, escanciando elegantemente el té que trajo una empleada de delantal almidonado... ¡No, mil veces no! Sabes cómo detesto todo lo que es tradicional. Paulina, me gustaría más que diéramos un paseo, tal vez por el parque, para rememorar viejos tiempos.

—Está bien. ¿Mañana?

—Perfecto. A las cinco te espero frente a Bellas Artes. Ah, y por favor nada de pieles, anillos ni perfumes. Ponte un par de pantalones viejos, un suéter ajustado..., ¡por favor!

NOS DESPEDIMOS. Yo, con la deliciosa sensación de encontrarme viviendo la más fantástica de las novelas y con una cosquilla en la boca del estómago ante la idea de volver a verlo en unas pocas horas más.

Subí al dormitorio y me miré al espejo. Sonreí. Ni que hubiera estado mirándome Juan Cristóbal. Llevaba un vestidito negro y el "infaltable" collarcito de perlas finas.

Un par de pantalones viejos y un suéter, había dicho él. ¡Qué locura! Veintidós años no pasan en vano y yo había ganado a lo largo de ellos mis buenos quince kilos; por cierto que mi figura no era adecuada para lucir pantalones y suéter ajustados. Como tampoco mi edad, ni mi duelo. ¿Había olvidado él que era viuda hacía sólo seis meses? Tendría que desilusionarlo. Escogí una falda de tweed y un chaquetón de gamuza. Zapatos de taco bajo. ¿Y el pelo? Antes lo había llevado largo y suelto sobre los hombros o recogido en cola de caballo. Ahora tenía una melena corta, teñida de color rubio ceniza.

Mi alegría comenzó a desvanecerse, pensando en que sería una reunión inútil. Yo había cambiado y seguramente él también. Imposible volver a revivir la juventud perdida. Nadie ha podido conseguirlo nunca.

Decidí bruscamente que no iría a la cita. El no reconocería en la señora un poco gorda a la muchacha de antes. La que él recordaba era una parecida a la Daniela de ahora. ¿Daniela? Mis pensamientos volvieron a mi hija.

No era posible que tuviera que pasar por lo mismo que yo había pasado. Que si no fue una tragedia tampoco tuvo nada de maravilla, como pudo haber sido. Esa misma noche le hablaría, decidí. Y se me ocurrió una idea que me pareció excelente. Le contaría toda esta historia mía, en el fondo tan trivial, de tan pocos acontecimientos, construida por pequeños episodios de escasa importancia y, sin embargo, tan decisivos en el curso de una existencia.

Y luego terminaría con el episodio final. La oportunidad que se me había ofrecido de recuperar la magia perdida, después de todos estos años; la imposibilidad de realizarla y la necesidad de tener que dejarla pasar, una vez más, esta bendita oportunidad. Tener que renunciar a ella con esta sensación de helada tristeza. Ella comprendería entonces, mi Danielita, y volvería sus ojos hacia Darío Fernández, el que yo sabía que era el que ella amaba. Era una chiquilla sensata mi Daniela y comprendería. Y si no comprendía, bueno, significaría que me había equivocado respecto a ella y que en su espíritu prevalece realmente la mitad Daniel sobre la mitad Paulina.

ESA NOCHE apenas pude dormir esperando a Daniela y pensando en Juan Cris-



la HISTORIA se REPITE

tóbal. En esa cita a la que mañana no acudiría.

Pensaba en la esposa francesa. ¡Cómo me habría gustado haber estado en su lugar y haber ido cogida de la mano de Juan Cristóbal recorriendo las calles mal empedradas de la orilla izquierda del Sena en París! O ver con él las puestas de sol desde una playa en Italia. Caminando por las calles a pie, lentamente, sin urgencia ninguna, junto a él y mirándolo todo a través de la magia que sólo Juan Cristóbal podía darle.

Eran más de las once cuando sentí entrar a Daniela y se asomó a la puerta de mi dormitorio para ver si dormía.

—Te esperaba, hija. ¿Cómo estuvo ese cocte!?

—Un poco aburrido. La misma gente estirada de siempre. Nos vinimos porque Vicente tiene mañana temprano una reunión. Mamá, quisiera decirte...

Se me encogió el corazón. ¿Iba a decirme que ella y Vicente se habían comprometido?

—¿Sí, Daniela?

—Bueno, sucede que... yo sé que Vicente me ama y quisiera corresponderle, pero... lo que pasa es que no me acostumbro a la idea de convertirme en una de esas buenas señoras convencionales como las que encontramos esta noche en el cocte!. No tengo nada que reprocharles, por supuesto, ¡sólo que son tan poco interesantes! ¿Cómo te lo dijera? No tienen espíritu, eso es, y ¡no quiero ser como ellas! Sus vidas están como calcadas en un programa y ellas de ahí no se salen. He tratado, mamá, te aseguro que he tratado de aceptar a Vicente porque sé que es lo que el papacito hubiera deseado, pero es que no puedo, ¿entiendes? No sé si me explico, pero lo que yo quisiera para mi vida futura es...

—¡Vivir! —la interrumpí.

Su rostro se iluminó.

—Exactamente eso. Vivir y realizarme como mujer. Por otra parte, no es preciso que yo me preocupe por la seguridad, ¿no? El papá se ocupó ya de eso y a mí no me faltará nunca nada. A nosotras, quiero decir.

—No, mientras Vicente siga frente a la empresa.

—Pero, ¿quién se lo impide? No necesita casarse conmigo para seguir allí.

—Por supuesto que no, mi linda. Ya encontrará quien lo comprenda y acepte tal como es. Muchas estarían encantadas, creo yo. Lo que debes hacer es desilusionarlo pronto, Daniela. No sigas alentándolo más.

—No lo haré. Y mañana mismo vuelvo a llamar a Darío..., si es que no está demasiado ofendido conmigo.

—Espero que no lo esté, Daniela.

Se inclinó a besarme.

—Buenas noches, mamita. Que duermas bien. Me siento mucho mejor después de haber tomado esta decisión.

Y YO TAMBIEN me sentía mucho mejor, con una saludable sensación de triunfo. ¡A fin de cuentas había prevalecido en Daniela su mitad Paulina! Al menos ella no tendría que lamentar aquellas pequeñas cosas que yo lamentaba haber perdido y que sirven para iluminar la vida.

No le sucedería lo que a mí, que le pidieron después de veintidós años que volviera a ser joven. Porque eso, ¡definitivamente, no puede ser. ♥

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista **vivir mejor** es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

N.º 1939 Eº 4

quimantú



NADA MAS QUE UN BESO

Nunca un momento de loca ligereza pudo desencadenar peor tragedia.



EL DESENLACE
(extracto)
Edesio Alvarado
CAPITULO VI

ELLOS llegaron solos. Verdaderamente solos. Gonzalo hubo de cancelar sus contratos y ella partió sin nada. Sin profesión. Sin madre. Con doña Ana Luisa casi no hubo palabras. Después del incidente con su hija, ella no había abierto la boca sino para lo indispensable. Cuando Laurencia le comunicó su casamiento, nada dijo. Y nada dijo al enterarse de que se quedaría sola. Pero Laurencia, antes de partir, quiso restaurar el vínculo roto.

—Mamá —le habló—, es posible que no nos veamos en muchos años.

—Tranquilízate. Yo quedaré aquí, en lo mío.

—Pero, mamá, comprende del todo... Bien puede que en este tiempo...

—Sí, ya sé... Bien puede que me muera.

—Nosotros, allá en Aysén, tendremos una casa y...

—No te preocupes. Esa tierra no es para viejos. Los viejos deben morirse, y de eso nadie tiene la culpa.

—Mamá, nosotros queremos...

—Lo que yo quiero es dejar mis huesos aquí, en lo que recibí de tu padre. Por eso es mejor que, desde esta despedida, me consideres muerta.

Así desaparece la madre. Y Laurencia y Gonzalo reconstituyen la pareja humana lanzada a su contingencia de vivir y morir. Los sueños de Gonzalo no carecen de base. Las relaciones de su padre, el dinero de que se podría disponer permiten pensar en la formación de una pequeña compañía de prospecciones mineras capaz de vender pertenencias a sociedades más grandes o de interesar a otros capitales en su explotación. Además en Aysén está Arrizaga, el ex seminarista y antiguo socio, que fuera el primero en entusiasmar a Gonzalo con aquellas tierras.

Ella hizo que Gonzalo no quisiera pensar en otro lugar donde establecerse. Y estaba la otra

DEPOSITO LEGAL

razón. Con el hallazgo de Laurencia, él había experimentado una especie de renacimiento. El desarrollo del frenesí terminó por ser mutuo, haciendo que Gonzalo se sintiera no sólo capaz de prevalecer en una tierra extraña, sino especialmente llamado por ella para lograr allí su ambición de escribir. Escribir una novela, relatos, lo que fuera, pero escribir, con tal de darles significación a las experiencias de su vida y expurgar de sí la vieja y casi desesperanzada pugna por crear.

El viaje más allá de La Frontera fue para Laurencia una sucesión de asombro. Pero al desembocar en el Reloncaví y contemplar un mar que así no conocía, ávido, endurecido, descompaginado por la remota ira, y al sufrir la agresión del viento ronco, apelmazado, y el efecto de las distancias definitivamente sueltas, tuvo el presagio de que, en alguna forma, la aguardaba el sacrificio.

Al principio ninguno de los dos tuvo tiempo de meditar. Conocieron la gente indispensable, recibieron invitaciones de poca importancia, y Arrizaga, el viejo amigo de Gonzalo, les sirvió en lo que supuso necesario. No era mucho lo que el hombre podía hacer. Gonzalo lo encontró disminuido, impresa en él la derrota, sin rastros de la antigua confianza y hasta del candor que irradiaba. "Ya te explicaré —dijo el ex seminarista a Gonzalo, notando su reacción—. Esta tierra, como todas, trata bien y mal, pero cuando trata mal lo hace de veras..."

La pareja tardó en aclimatarse. No por el frío, no por el viento, la escarcha o la lluvia, sino por una interacción de los más diversos elementos, dentro o fuera de la percepción sensorial. Ya de noche, en el lecho, como a la espera de un peligro, Laurencia y Gonzalo se comunicaban su estupor.

Una modificación semejante sufrían con el espacio. No les fue asequible de inmediato. El asombro, la contemplación de un mundo casi intacto, la alucinación nocturna, los habían supuesto, preparándose para ellos, pero les costó penetrar en la casi ficticia secuencia de la luz y la sombra. La vista inmediata, casi al tacto, de la distancia libre, de la cordillera agónica, de las aguas, de las piedras, les parecía por momentos artificial, y cuando el sol caía sobre el blanco casi rosa, sobre el verde casi negro, sobre el azul casi púrpura, los colores se les antojaban pintados en cartón piedra, dando la impresión de que debajo, alrededor, más allá, sólo estaba el vacío, y haciendo creer que la sensación de la lejanía, del espacio, era mentira, y que únicamente existía el tiempo, túnel silbante donde desaparecerían.

Sujetos a esta proyección general y simultáneamente acumulada, Laurencia y Gonzalo se daban cuenta de que la mutación exigida en su actuar y sentir les representaría un precio considerable.

—No importa —decía Gonzalo—. Todos deben pagar algo en la vida. Toda seguridad, toda apariencia de felicidad, todo logro tiene su precio. Unos pagan con su dolor o con su sangre. Otros, con su libertad o con su orgullo. Nosotros pagaremos con el desprendimiento de nuestras costumbres inútiles, de nuestros vicios cómodos, de nuestros sentimientos superfluos, hasta de nuestras esperanzas accesorias... No creas que esto es muy doloroso. Es más bien corrosivo. Al comienzo la ausencia nos parece implacable, imposible el olvido. Pero el olvido se produce de todas maneras. No es como la muerte, según el gusto de los poetas baratos; sin embargo, no hay elemento que no penetre, esencia que no afecte, modificándolos, recombinándolos, y de pronto parientes, seres queridos, recuerdos tenidos por indelebles, y aun el amor o el respeto por nosotros mismos han desaparecido en su forma originaria, precisamente en lo que más nos importaba o nos dolía...

Pero apenas se puso a adelantar en su empresa, Gonzalo cayó en cuenta de que su sola decisión no bastaba. Al parecer, ellos habían llegado tarde a esa tierra. Todo hacía advertir que la época heroica de la colonización estaba muerta, muertos los pioneros, agónico el sentimiento de libertad irrestricta que los maravillara y encendiera. Esta era una sensación frontal, inequívoca, que Arrizaga fue el primero en reafirmar apenas pudieron conversar largamente con él, en la sobremesa del hotel, mientras bebían pisco.

—¿Qué te dio por venir a meterte acá? —comenzó Arrizaga, con una serie de visajes en su cara de adolescente—. Cuando me escribiste, yo creía que traías algo en la mano, en el bolsillo. Pero dejar tus contratos por nada... ¡es una locura, hermanito, un disparate!

—¿Qué? ¿Acaso no se puede surgir aquí?

—¿Surgir?... Se puede surgir como en cualquier otra parte, pero con dinero, con influencias, con poder. ¿Qué te has creído? ¿Que la vida puede ser todavía aquí como en esas películas de cowboys?... Ah, hermanito, siempre tú y tus sueños. Igual que yo, ¿recuerdas? ¿Estábamos dónde?... Ah, sí, en la provincia de Osorno, nivelando el camino a San Juan de la Costa. Entonces fue cuando te expliqué mis planes: venir a Aysén, encontrar vetas mineras, hacerme rico, ¡ja, ja!... Salud, hermanito, salud. ¿Sabes qué me pasó? Me vine igual que tú ahora, con mucha energía y poca plata. Otro tonto me había entusiasmado antes. Claro que yo todavía tuve suerte, me hice el vivo y pude declarar algunas pertenencias. Pero no conseguí explotarlas, tuve que venderlas, me arruiné y se acabó la película... Mira, tengo tu misma edad, ¿y cuánto más viejo parezco?... Ah, hermanito, hasta hace unos veinticinco años se podía lograr la gracia de ser descubridor de minas y terminar rico. Pero ahora no. Ya era tarde cuando me vine. Hoy, para ti, eso es cosa de la historia. ¡Estamos en 1950!

—Pero cómo, ¿acaso no es posible constituir una compañía modesta para empezar? Yo traigo algo de dinero y...

—Mira, hermanito, tú eres culto, mucho más que yo, y sabes que la plata llama a la plata, y que ni aquí ni en la quebrada del ají se puede echar a andar un buen negocio si antes no se ha hecho otro buen negocio. Y lo que vale para lo gran-



de vale ahora para lo chico... Pero mira, se acabó el pisco. Pide otra copa. Mejor, otra botella... Esta conferencia de la mala suerte va a ser larga...

Sólo cuando Arrizaga dejó de hablar, Laurencia y Gonzalo comenzaron a reparar en que el desaliño del antiguo seminarista no era casual, que su excesiva irrigación facial no se debía sólo al frío. Arrizaga era un alcohólico, y hasta su precoz, ingenua mirada, tenía el sesgo del desorden. Bebida una nueva copa, Arrizaga se encontró más sosegado.

—Porque quiero explicarte lo que pasa aquí... Y me parece que no me resulta. Un ejemplo será sencillo, mi ejemplo... Te conté que había declarado unas pertenencias. Lo hice con un socio que ahora está tan pobre como yo. Existía cobre ahí, existía. Pero lo supimos después, je, je... Salud, hermanito. Salud por la broma. Fue una buena broma.

—¿Una broma?... ¿Cómo?

—Sí, una broma... Escucha: nosotros sabíamos que había cobre, pero el ingeniero de minas nos dijo que no. El ingeniero es muy amigo de las sociedades anónimas. Recibe regalos, whisky, invitaciones. El nos dijo que no había material. Entonces decidimos investigar por nuestra cuenta, profundizar la exploración. Para eso necesitábamos dinero y, claro, lo pedimos a los bancos. Pero los créditos se dan a los que tienen dinero, y en todo el sur no hubo un banco que nos diera créditos... Para no quedarnos en el aire o comiéndonos las piedras, al fin de cuentas, tuvimos que vender esas pertenencias a precio de huevo. De repente un abogado se interesó por ellas...

—¿Por qué dices que fue una broma?

—Porque después de un tiempo "más o menos prudencial", el famoso abogado vendía las pertenencias a una sociedad anónima. Y entonces, escúchame, entonces sí que el ingeniero de minas encontró vetas en ellas. ¡Y qué vetas! Todavía las están trabajando. Ja, ja, ¿buena broma, no?... Salud.

Arrizaga calló un instante, sin dejar de beber. A cada rato se le notaban más los síntomas del consuetudinario. Un tic que le afectaba el maxilar inferior hacíale cabecear de súbito, una risa rígida le corría bajo la epidermis de una oreja a otra y sus ojos abandonaban su débil luminosidad gramínea para despedir entrecortadas ondas vítreas.

—¿Qué? —preguntó a Gonzalo—. ¿Acaso no me crees? ¿Piensa que me las estoy dando de agitador contigo?... Este es mi caso, palabra, y el de muchos.

—Te creo —repuso Gonzalo—, es lo mismo de siempre. Sólo que jamás me imaginé ese proceso tan adelantado aquí... Pero cuéntame, ¿cómo te las has arreglado para sobrevivir?

—Ni yo mismo lo sé. Hago de todo un poco. Hasta trabajo con el abogado que me estafó. Soy una especie de procurador suyo y hago de tinterillo. Tengo labia, ¿sabes?... Además, me ayudo con el analfabetismo y el periodismo.

—¿Cómo diablos es eso?

—Muy fácil. Hay mucha gente del interior o de la costa que no sabe leer ni escribir. Les leo la correspondencia de sus hijos, de sus parientes que han emigrado, y a su vez les redacto sus cartas, sus escritos a la autoridad... No sabes cuánta es la necesidad de esos hombres que muchas veces no saben por qué son ciudadanos de este país. Yo les cobro tarifas modestas y, de cuando en cuando, me las arreglo para ponerles parrafitos en los diarios del sur. Sin que nadie lo sepa, eso me significa huevitos, gallinitas y hasta chanchos y corderos que después vendo por ahí... Licores también caen, y éstos son indispensables aquí. Pero no te engañes, yo no tomo para olvidar nada, ¿sabes? No tengo un pasado glorioso, un amor que llorar. Tampoco lo hago para evadirme... Es otra cosa, algo más sutil y poderoso. Ya te explicaré, ya lo irás comprendiendo tú mismo... Pero, salud, salud, hermanito. No te preocupes mucho por lo que yo digo. Ya saldremos del paso... Porque saldremos del paso, ¿sabes? ¡Aunque sea muriéndonos aquí, olvidados de Dios!

Ese día fue imposible continuar conversando con Arrizaga. La ebriedad lo dominó al poco rato, y el hombre sólo era capaz de ir yuxtaponiendo trozos de una perorata llena de enfática amargura, la que afectó sobre todo a Laurencia, fijándole aún más la aprensión que la dominara al percibir la naturaleza agresiva de la zona.

Para cuando volvieron a hablar, en el mismo comedor del hotel, Gonzalo tenía ya cierta

noción inquieta acerca de la situación. La idea de que llegaba tarde a esas tierras, de que ya no podría ser un colonizador a la vieja, heroica usanza, y de que con ello una parte de su empresa estaba en peligro, se le había acendrado. Ciertamente sería posible existir ahí, luchar, prevalecer, pero no ya dentro de la gestión que él pretendiera atribuirse.

Las tierras altas —las tierras de la minería— se encontraban adjudicadas, y cuanto Arrizaga le adelantara correspondía a la verdad. Sociedades con gran respaldo explotaban las mejores pertenencias, y las otras esperaban su turno en manos de intermediarios o de propietarios sin recursos. El acceso a la propiedad minera era teóricamente factible, pero la imposibilidad casi absoluta en la práctica. El crédito para el capital mediano o pequeño estaba copado, y en los mismos días en que Gonzalo estudiaba el terreno, una de las compañías mineras más fuertes tambaleaba porque había estallado un conflicto entre los directorios de dos bancos de la capital.

¿Qué podía hacer Gonzalo Solar, con su juventud, su precario dinero y su sueño inconducente? Sólo ahora Gonzalo medía lo desmesurado de los planes entrevistos con Laurencia allá arriba en La Frontera. Es decir, recién estaba capacitado por el contraste, por la réplica de lo real, para aplicar no su frenesí a su frenesí, no su sueño a su sueño, sino la fuerza de su esperanza a la resistencia de su valor, su emoción a la intensidad de sus convicciones, si era que de aquella confrontación quería obtener un nuevo, eficiente sentido.

Gonzalo no se atrevía aún a establecer nada; por eso no objetó a Arrizaga cuando éste, despachada ya media botella de pisco, se puso a hablarle con cierta exaltación presuntuosa, como si se hubiera tratado de una recitación de la cual esperaba salir airoso.

—A ver, dime, ¿quién está detrás de tu dinero? Tu padre y algunos amigos, dices. ¿Y qué significa eso? ¿Representan ellos a algún banco, a un grupo de la Bolsa, siquiera a un senador, a un ministro que quiera invertir prudentemente?... A nadie representan, ¿no es cierto? Entonces, ya te lo dije, nada tienes que hacer aquí. Ese dinero es poco para lo que intentas. No se trata de que las empresas sean acá enormes. Pero el quid está en la máquina de que te he hablado... Y ya te habrás dado cuenta de que ella está completa y funcionando a entero gusto de sus dueños.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Entonces haz una cosa buena, hermanito. Lárgate a tiempo, llévate a tu linda y valiente mujer, vuelve a los contratos, y cuando estés establecido, acuérdate de este viejo amigo y búscame un huequito... Sácame de aquí, hermanito, y seré tu ordenanza, tu esclavo.

"Claro que resulta distinto si es que quieres quedarte por otra cosa, por olvidar algo, por dejar atrás una vida que ya no te satisfacía o que odiabas. Eso sí que lo puedes obtener aquí... Pero de todos modos y resuelvas lo que resuelvas, acuérdate siempre de lo que te voy a decir. Primero, para lo que viniste ya no tienes lugar; segundo, en cualquier otra parte podrás prosperar con menos sacrificio que aquí; tercero, pero si te vas ahora, el resto de tu vida lo pasarás lamentándote de no haber hecho siquiera una tentativa para que esta tierra te cobije... Porque, a pesar de todo, ella es como una mujer agradecida. Si te decides a conquistarla, se te entregará de una vez y para siempre, con fidelidad, con fecundidad... Y no hay hombre de verdad que viva o muera disconforme de ella.

—Tú hablando así...

—¿Por qué no?... Lo que pasa es que yo no he sido nunca de esos hombres y no sirvo de ejemplo para nadie. Pero mis palabras tienen el valor del testimonio desinteresado de quien sabe que nada puede ya librarlo de una vida y de una muerte inútiles... Y ahora, salud. Los he arengado bastante y esto merece unas buenas copas. Además es necesario calentar la sangre cuando esta mala amiga de la melancolía nos enfría por dentro.

"Una vida y una muerte inútiles..." La frase fulguraba en el pensamiento de Gonzalo, quien miró a Laurencia advirtiendo en sus ojos una interrogación dirigida a él, pero emitida desde un pie de certidumbre, de un cálculo ya hecho y aceptado mientras Arrizaga pronunciaba su admonición sombría.

Entonces Gonzalo recordó que esa mujer había revivido con él y por él, y que había viajado hasta allí precisamente para escapar de una vida inútil, ocurriéndole otro tanto a él respecto a ella, dentro de una reciprocidad indestructible, apta para cualquier riesgo, propensa a toda aceptación. Además, estaba su porfía de escribir, exigiéndole ahora una clarificación, o era una vocación o un desatino. Y por último, sabía que Arrizaga razonaba bien: si no era capaz de una tentativa, lo lamentaría el resto de su vida, y más que eso, tal omisión terminaría por envenenarle.

Hubo un asentimiento mudo en Laurencia cuando él replicó a Arrizaga:

—De todas maneras nos quedaremos. Intentaremos algo. No sólo hemos venido por las minas.

—Entonces comienza por el principio —repuso el ex seminarista, quien volvía a embriagarse, pero más metódica, circunspectamente que la vez anterior—. Busca primero lo seguro, unas buenas tierras para la ganadería, por ejemplo. Eso sí puedes obtenerlo con tu dinero... Mira, dicen que allá abajo, más al sur del lago Buenos Aires, cerca del Baker, hay unas tierras óptimas que el Fisco va a entregar a la colonización ahora. Esas pueden servirte. Y has de saber, además, que hay muchos técnicos y simples entendidos que aseguran que por ahí abundan los vestigios auríferos y que en los cordones cercanos bien puede haber cobre... ¿Qué me dices? Yo averiguaré todo lo necesario, y en esto sí que puede ayudarte tu padre. Imagínate que des con una veta de oro.

—Una veta de oro —murmuraron Laurencia y Gonzalo.

—¿Por qué no? Aquí se han visto cosas increíbles...

—Haces que uno se entusiasme de nuevo...

—Lo que yo deseo, hermanito, es que salgas adelante. Y en esto soy harto egoísta porque pienso que así, al menos, tendré una casa amiga para cualquier apuro. Una casa que no sea una pieza húmeda, llena de invierno, pobre, indiferenciada, sino un hogar como el que sueñan los huérfanos, con calor, con fraternidad... El único para mí ya.

—Claro que nuestra casa será la tuya. Pero ¿por qué dices la única? ¿Qué fue de tus padres, de tu otra gente?

—Mira, yo entré al Seminario porque éramos muy pobres. En ese tiempo hacerse seminarista significaba una manera barata de educarse, y muchos lo lograron. Chiloé, el sur entero está lleno de prósperos ciudadanos que se sintieron llamados por Dios sólo para ahorrarse los estudios. En cuanto completaban sus humanidades, colgaban la sotana... Otro seminarista fue el que me aconsejó, un tal Añazco, de Castro. Pero yo no sé qué esperaban mis padres de mí, algo muy grande tenía que ser, un hijo obispo, un buen aval ante la justicia eterna, porque cuando también colgué la sotana, lejos de alegrarse por el buen negocio que yo les representaba, me consideraron un réprobo, un heresiarca, y no quisieron verme más.

De esa conversación salió el viaje definitivo. Arrizaga se encargó de las averiguaciones sobre las tierras del Baker. Los trámites fueron hechos; los requisitos, llenados; las armas, equipos y materiales de construcción, comprados; y cierto día, Laurencia y Gonzalo se encontraron listos para viajar. Eran doscientos quince kilómetros hacia el sur, en línea recta, pero que casi se duplicaban con las sinuosidades de los caminos y vías que debieron tomar.

Laurencia y Gonzalo se impresionaron. Desde su llegada, la dimensión, agrevidad e inmediatez del mundo físico los aplastaban, exigiéndoles una sobrecarga de energía. Por ello, la sensación de riesgo, de la fragilidad y perecibilidad de sus personas se les había acrecentado, y toda alusión al tiempo, a un tiempo vago, oscuro en su proyección, comenzaba a parecerles remota, improbable, aunque significara el mes entrante, la estación próxima. Gonzalo, sobre todo, experimentaba sensaciones insospechadas. Desde que sus sueños de La Frontera chocaron con la realidad de Aysén, el recelo a lo inesperado se le agudizaba. No le parecía absurdo sentirse expuesto a la posibilidad de una catástrofe, y por primera vez el azar, de noción meramente especulativa, se le presentaba como un elemento palpable del temor. En las palabras "quizás por cuánto tiempo" percibió un velado aviso de Arrizaga, un "quizás algo les pase", un "acaso nunca", y dio razón al ex seminarista, a quien hizo desde ese día su ayudante.

DICIEMBRE continuaba bueno y se esperaba que siguiera así hasta la entrada del verano. Gonzalo se había apresurado a viajar en noviembre a Aysén, pensando en enero para iniciar su actividad minera; pero ahora cuanto quería era estar ya en sus tierras del Baker para la llegada del Año Nuevo. El viaje de Balmaceda abajo les pareció más rápido, más expedito, a pesar de su extensión mayor y de sus interrupciones. Ya habían subido al máximo, tocado el límite, penetrado al fondo de la vertebración andina. Ahora se sentían menos abismados, más consustanciados con el territorio, hasta más animosos.

De Balmaceda retrocedieron unos dieciocho kilómetros para dirigirse a Puerto Ibáñez. Y fue aquí, junto al apretado, más que eso, aplastado caserío, y ante las aguas vehementes, casi oceánicas del lago Buenos Aires, cuando Laurencia y Gonzalo experimentaron su admiración, su apego hacia los hombres y mujeres que eran capaces de vivir y resistir, de esperar y propagarse allí, en medio de la hostilidad terrestre, y aun de mantener la comunidad de una bandera.

Ahí los nuevos colonos comprendieron la medida y significación de la vida y la lucha de esas agrupaciones humanas, racimos apenas, que ellos veían empecinados en prevalecer, habitando pueblos, villorrios y embarcaderos diseminados en Aysén. Eran un símbolo, un testimonio de la especie, una expresión de su esencial, gregaria ley. Eran el vínculo inteligente de la nacionalidad. Y dentro de poco, ellos mismos, Laurencia Benavente y Gonzalo Solar, participarían de ese símbolo, de ese testimonio, de ese vínculo, y los encarnarían como seres poseedores de pasión y esperanza.

Desde aquel instante, ambos supieron que esa tierra los había atrapado. Allí vivirían. Allí crecerían y perdurarían.

DURANTE unos días hicieron amistades y resolvieron detalles para el transporte de sus enseres. Gracias a Arrizaga encontraron lo primordial: un vendedor de caballos que disponía sólo de dos alazanes mediocres. Pero Gonzalo le compró además un matungo y una carreta bartulera que el hombre usaba.

Todo aquello iba a ser embarcado en un lanchón y llevado por el lago a Puerto Bertrand. Pero entonces Laurencia tuvo una idea.

—Gonzalo —rogó—, ya que vamos así, descubriendo estas tierras para nosotros, hagamos el último tramo a caballo.

—Pero son sobre ciento cincuenta kilómetros —objetó Gonzalo—. Por temprano que saliéramos, tendríamos que pasar la noche en el camino.

—¿Y qué nos puede pasar por eso? Hace el mejor tiempo y vamos aperados de todo. En pasar la noche en el camino está precisamente la sugestión del viaje.

—Yo me atrevo a todo —terció Arrizaga—, pero hasta aquí no más conozco. Lo mejor será preguntarles a los carabineros.

La conversación en la tenencia de Chile Chico los decidió. Allí se enteraron de varias cosas. El primero Ormeño les dijo, dentro de su jocunda obesidad protectora y detrás de sus ojos solapados que parecían sólo superpuestos, en antagonismo con sus rasgos:

—¿Peligro?... Bueno, peligro hay en todas partes, hasta en las ciudades grandes, donde asaltan de día claro, según dicen esas revistas que llegan por acá. Pero, que yo sepa, no andan ahora cuatreros por el camino. Están más abajo, por sus tierras, señor...

—Entonces el peligro...

—No se preocupe, no le harán nada mientras no aprecien sus bienes. Además, allá está el sargento Arizmendi. Tocante al viaje, pueden hacerlo. Compañía no les va a faltar. Aquí andan dos indios de Herradura, marido y mujer, que quieren hacer el camino, y se me ocurre que ustedes, personas honradas por donde se les mire, podrían hacerme el favor de llevarle unas cosas al sargento Arizmendi, del retén de Confluencia. Yo estoy escaso de gente, y, después de todo, conviene hacerse amigo del sargento... y mío también, je, je.

Los viajeros aceptaron y se organizó la partida. Los alazanes los montaron Laurencia y Gonzalo, el matungo fue uncido

a la carreta y ésta se llenó con lo indispensable: frazadas, ollas, víveres, pisco. El resto de las cosas irían en el lanchón. Eran las cinco de la mañana, ya había amanecido de lleno, pero sólo al momento de partir se presentó el matrimonio, Pedroza y Calixto Payahuala, un par de indios añosos que montaban un caballejo apenas más alentado que el matungo. Arrizaga comprendió de un comienzo su papel.

—Déjame subir al carro, carretero —se puso a gritar, encaramándose a la carreta y tomando las riendas.

El primero Ormeño rió con ganas y los acompañó varios kilómetros dándoles consejos. Llegados a un alto recodo, junto a un riacho desde el cual las aguas del lago Buenos Aires, bajo el alumbramiento de la luz, parecían una descarga vítrea de la nieve, el carabinero detuvo su caballo y les dijo:

—Hasta aquí alcanzo yo, miren que Chile Chico no es lo que debe ser sin el primero Ormeño... Y acuérdense, si ven a algún guacho culebra que se les deja caer con malas intenciones vistas y probadas, antes de que lo haga él, dispárenle sin contar ni uno. Dispárenle a dar, ¿oyen? Miren que un muerto cuesta al Fisco mucho menos que un reo.

A mediodía la sensación gravitante aunque ópticamente anómala de la luz culminó, y a objeto de desembarazarse de ella, como concertados, los viajeros decidieron ocuparse de algo, conversar, hacer alto para el almuerzo. Habían cruzado dos riachos más y Gonzalo calculaba haber recorrido, a marcha recatada, unos setenta kilómetros. Elegido el lugar, los Payahuala, callados aún y sin indicación de nadie, comenzaron a moverse. Calixto buscó leña y piedras para la fogata, y Pedroza, casi con signos, pidió a Laurencia víveres y utensilios. De ambos indios emanaba un hálito de aplomo, de competencia, que les obtenía una confianza presta, expedita. Los demás buscaron dónde abrevar los caballos y estirar las piernas, mientras Arrizaga sufría una impuesta abstinencia. Más tarde, los Payahuala llamaron. Tenían estofado. "El mejor que he comido", confesó Laurencia. Los demás asintieron. Pedroza ofreció tortillas.

—Yo misma las amasé anoche para los de la tenencia —dijo—, pero algunas me traje, uno nunca sabe.

Gonzalo aprovechó para entablar la comunicación:

—Ustedes son de Herradura, según contó el primero Ormeño... ¿De qué viven allá? ¿Tienen tierras?

—Sincérate no más con estos cristianos —instó Pedroza a Calixto—, son buenos, se les semblantea.

—Antes, claro, vivíamos en lo nuestro como todos —repuso el indio—, pero de una repentada ya no fue más nuestro, echaron a muchos, pero ellos se fueron después, total lo nuestro fue pasando de mano en mano que era un gusto; en otra repentada aparecieron unos gringos, buscando madera fina venían, claro que hay madera fina, hay para tirar al cielo, pero cómo diablos sacarla, nadie sabe, si la hicieran de oro más barato les vendría resultando, digo yo, total la tierra quedó botada y a nosotros nos permitieron de cuidadores, se dan cuenta, de cuidadores en lo que fue nuestro, y quién nos pagó nunca, "ahí tienen la tierra, trabájenla, aprovechen", nos dejaron dicho los gringos hace años ya, y qué se hace fuera de sembrar algo y hacer mandas para que no lo quemen las heladas, qué más van a hacer aquí dos indios pobres y con años, sin animales, en qué vamos a trabajar para que cunda, con qué plata que suene y que brille, Dios tendría que hacer esa tierra de nuevo...

Gonzalo destapó una botella de pisco, y después de servir a todos, dijo:

—¿Y qué subieron a hacer a Chile Chico? Les queda lejos...

—Vinimos por la carta —contestó Pedroza. Calixto, regustando su pisco, parecía haberse cansado de hablar.

—¿La carta?

—Desde que nuestras crías se fueron, esperamos una carta, pero no llega a aparecer, abundan las veces que hemos venido a demandar noticias a la estafeta de Chile Chico, a la tenencia, pero viajes perdidos.

—¿Y hace mucho tiempo de eso?

—Tiempo preguntan, mucho, mucho, años hace, pero cómo va a llevarle uno la cuenta al tiempo aquí, ellos se fueron a aventurar, en qué iban a afanar también por estos peladeros, estaban crecidos, querían hacer la guardia embarcados, Dios no más sabe si están vivos, dicen que el mar es tan traicionero, pero nosotros, cuando el cuerpo y el tiempo acompañan, subimos a la estafeta por la carta, esa ocurrencia de que nos va a llegar la carta un verano de éstos parece que nos acorta los inviernos, mismísimamente así nos sentimos menos solos.

Laurencia y Gonzalo se miraron. Simultáneamente ambos habían penetrado en otra de las perspectivas que el tiempo involucraba ahí, pero al parecer determinaron posponer su análisis. Laurencia preguntó:

—¿Y qué harán ahora?

—Qué haremos, qué otra cosa sino lo único que nos llevamos haciendo, esperar la carta, esperar este verano, el otro y así.

Algo iba a decir Laurencia, pero calló, y en silencio terminaron todos el almuerzo. Gonzalo sirvió más pisco. Pedroza le hizo una advertencia:

—A ese Calixto no le dé mucho, mire que en alegrándose se bota a flojo y pide y pide no más hasta que lo tumba el sueño.

—A propósito, bien vendría una siestecita —dijo Arrizaga, y sin más buscó un lugar de alto pasto.

Laurencia y Gonzalo se tomaron de la mano y caminaron hacia el noroeste, hasta encontrarse de nuevo con las aguas del lago Buenos Aires. Sólo pudieron contemplarlas desde una colina. La maraña virgen y los pantanos de la orilla impedían alcanzarlas. Mucho rato permaneció silenciosa la pareja, como si hubiese de ejecutar una liturgia. En verdad, se encontraban expectantes, llenos de recelo ante el umbral que la región les significaba.

—Es una belleza extraña, sobrecogedora la de estas aguas —murmuró Laurencia—. ¿Podremos bañarnos alguna vez en ellas?



AÑO XXXIX - N.º 1.939
10 de agosto de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.







EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE (cap. VI) 2-8

CUENTOS:

UNA CARTA DE AMOR DESDE EL MAS ALLA
Ni la eternidad ni el espacio infinito podrían arrebatármelo. 9-14

FOTONOVELA: 15-24

SOBRE TODO, CAMA...
(El cuento de la semana) Reinaldo Lomboy (chileno). 25-27

ENTRE NOSOTRAS 30

NADA MAS QUE UN BESO
Nunca un momento de loca ligereza pudo desencadenar peor tragedia. 28-35

CONFIDENCIAS DEL CIELO 34-35

VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

—"Adánicos y edénicos..." —repuso Gonzalo sonriendo, pero luego se endureció y dijo—: Cuentan que hay veranos en que el calor logra entibiar estos ámbitos. Pero no sé exactamente. En realidad, nada sabemos de nuestra tierra...

Quizás si para no intensificar en Laurencia la sensación de apremio que los imbuía, Gonzalo se puso a desarrollar una vez más sus proyectos, ahora modificados. Después de un largo rato, percatados de la hora, ambos regresaron. Arrizaga y Calixto dormitaban, pero Pedroza tenía todo lavado y embalado en la carreta. Gonzalo dio la orden de partir.

Así avanzaron todos tarde adentro. Parecían un piño de proscritos en busca de paz. Vadearon todavía dos nuevos riachuelos, y de pronto se encontraron circundados por el crepúsculo. Este fue súbito, terminante. Pero no halló desprevenidos a Laurencia ni a Gonzalo. Ambos habían esperado ese crepúsculo, esa noche. Iban a su encuentro desde el comienzo del viaje. El primer crepúsculo y la primera noche pasados enteramente a su merced, cuando dejaban atrás su mundo viejo y les era desconocido el del mañana. Era como entregarse a la energía básica, como abolir todo destino, como renunciar a otro poder. Era una muerte y una génesis.

¿Qué tenía de singular ese crepúsculo de diciembre, cercano al día más largo del año? Todo otro crepúsculo podía mostrar esa cantidad y aun esa calidad de colores. La diferencia estaba en su composición específica, en las magnitudes que mutaban su sentido mientras la luz moría, es decir, mientras trastrocaba el orden visible de su fuerza. La intensidad, la delgadez o la espesura, la velocidad o el golpe del color, su impresión en el interior de cada persona como dentro de una cámara oscura, eran intransferibles, únicas, allá en el espacio desalado, silbante del sur, como intransferible, única, resultaba su inflexión sobre la ansiedad y el frenesí, sobre el dolor y el terror, sobre la plenitud o la esperanza.

(Continuará.)



una carta de amor desde el MAS ALLA

—¡ANOCHE hubo un mensaje para ti!

Sin responder, marqué mi tarjeta en el reloj control. Pero estaba escuchando.

Desde que Enrique perdiera la vida en un accidente de aviación, me sentía más muerta que viva. Sólo Dios sabía lo vacío que estaba mi corazón. Dios y tal vez Pablo Lorca, que me siguió de cerca hasta mi escritorio.

Estábamos en marzo y eran casi las nueve de la mañana. Los demás empleados de la enorme repartición pública donde trabajábamos se arremolinaban a nuestro alrededor. Sola, en medio de mi isla de desesperación, apenas me fijaba en ellos.

—Mónica —dijo Pablo con su voz amable y profunda—. ¿Escuchaste lo que acabo de decir?

—Lo oí, Pablo. Pero no creo en esas cosas. ¡Quisiera que me dejaras sola!

—¿Lo dices en serio? ¿Realmente quieres que te deje sola? ¿No te importa saber cuál era el mensaje?

—¡No!

—Está bien. En tal caso no volveré a molestarte.

Al mirarlo cuando salía de mi oficina sentí como si estuviera perdiendo mi último lazo con Enrique. El y Pablo habían sido amigos y yo sabía que Pablo me apreciaba y sólo trataba de ayudarme.

Justo frente al mío estaba el escritorio de Julia Wilson, mujer de unos cincuenta años. Antes había sido enfermera, pero la constante tensión de cuidar enfermos y moribundos le había provocado un colapso nervioso. Realizaba sus tareas de secretaria con dedicación, pero los malos ratos que había pasado la habían hecho sensible y compasiva ante los problemas de los demás. Ahora mismo podía sentir sobre mí su mirada bondadosa, como si ella sola entre toda la gente que me rodeaba conociera el estado lamentable de mis nervios. Pero no pronunció ninguna palabra, limitándose a hacerme un saludo.



● Esa noche tuve sueños terribles y desperté llorando.

UNA CARTA DE AMOR DESDE EL MAS ALLA

Extendí la mano para coger el primer oficio del montón que esperaba en mi canasto, para empezar las labores del día. Después de dos años en la sección, este trabajo requería sólo parte de mi atención, y mis pensamientos regresaron a las palabras de Pablo: "anoche hubo un mensaje para ti".

¿Y si Pablo estuviese en lo cierto? ¿Si, después de todo, lo que dijo tuviera algún significado? ¿Si Enrique estuviera realmente tratando de ponerse en contacto conmigo desde el más allá?

Mi hermana Silvia diría que estaba loca tan sólo por haber tomado en consideración la idea. Y tal vez estuviera loca. Pero si había algo de cierto en una vida extraterrenal, estaba segura de que Enrique desearía ponerse en contacto conmigo. Habíamos estado tan terriblemente unidos, él y yo, que casi podíamos leernos mutuamente los pensamientos.

Y sin embargo nuestras personalidades eran tan diferentes. El era mucho más espiritual que yo, que me inclinaba a ser práctica. El no quiso que nos casáramos antes de poder ofrecerme seguridad y dicha. Casi como si hubiera presentido que iba a morir en esa forma. La última vez que hablamos de la fecha de nuestro matrimonio, dijo: "Después del próximo viaje. Creo que será el último".

Se refería, naturalmente, a que había presentado su renuncia como piloto de una línea aérea comercial para trabajar en una empresa privada de importaciones, donde le habían ofrecido una espléndida situación. Pero, tales como sucedieron las cosas, sus palabras resultaron proféticas. Entonces me apresuré a decirle:

—¡Nada te sucederá, Enrique! No debemos hablar de ello.

—Claro que no me sucederá nada, ni lo había pensado. Sólo me refería a que no volveré a volar.

Yo era supersticiosa y me imaginaba que si no se hablaba de posibles desgracias era más difícil que sucedieran; por eso, los accidentes de aviación eran un tema tabú entre nosotros.

Transcurrió la mañana y, a la hora de la colación en el casino de empleados, Julia Wilson llegó a sentarse a mi lado cuando yo terminaba mi café.

—Vi que esta mañana hablabas con Pablo. ¿Sobre lo de anoche?

La miré suspicazmente.

—¿Cómo lo supiste?

Ella alisó sus cabellos grises con aire indiferente.

—Yo también estaba allí.

—¿Tú también vas... donde Madame Deladier?

Las mejillas de Julia se encendieron.

—No lo digas en voz alta. No me gustaría que se supiera por ahí, ya sabes cómo suele reírse la gente de este tipo de cosas.

Yo nunca me había reído de las sesiones de espiritismo. La verdad era que ni siquiera me había detenido a pensar en esto hasta que Pablo Lorca mencionó una vez a Madame Deladier y sus sesiones sensacionales.

—¿Alguna vez... te has comunicado con alguien? —pregunté a Julia.

—Con mi padre —respondió con sencillez—. El no aparece en todas las sesiones sino sólo cuando tiene que decirme algo importante.

Pobrecita, pensé, quizá con qué truco la han engañado. Pero en seguida decidí que no debía considerarlo así. Era obvio que esas conversaciones con su padre desde el mundo de los espíritus consolaban a Julia. Yo, al menos, tenía a mi hermana Silvia y a su familia, pero Julia no tenía a nadie.

—¿Crees efectivamente que se trata de tu padre? —le pregunté.

—Estoy segura. Mi padre sabía tocar la armónica, ya sabes, y lo hacía muy bien; participaba en beneficios y ese tipo de cosas.

Asentí. La había oído hablar del talento musical de su padre, una vez en que ella, Pablo y yo almorzábamos juntos.

—Bueno —continuó diciendo—, la segunda vez que fui donde Madame Deladier ella cayó en trance y dijo que un hombre que traía una armónica tenía un mensaje para alguien. ¡Entonces supe que era papá!

—¿Y qué decía el mensaje? —pregunté.

—Que yo debía postergar cierta decisión —dijo Julia—. Y habló además de un perrito que habíamos tenido.

—¿"Pimpinela"?

Me miró asombrada.

—¿Cómo lo sabías?

—Recuerdo habértelo oído mencionar. Nos contaste, a Pablo Lorca y a mí, que ese animalito era muy inteligente y que iba corriendo a buscar su correa cuando alguien decía la palabra "pasear".

—¡Sí! —rió—, siempre lo hacía. Y papá dijo que "Pimpinela" estaba con él.

—¿No tuviste miedo?

—¿Miedo de papá? ¡Bah...! —exclamó ella.

Aunque estaba yendo a las sesiones hacía más de seis meses, el padre de Julia le había hablado sólo en tres ocasiones. De su madre no había sabido nada, pero según Madame, eso podía significar que ella se encontraba en un diferente plano.



● Poco después Madame cayó en trance y la ronca voz del espíritu de enlace preguntó si había alguna Mónica presente.

—Como dice Pablo, hay muchas cosas que no comprendemos —dijo Julia—. Pero no sólo por no comprenderlas puede negarse que existan. Madame Deladier tiene un espíritu guía, uno que le sirve de enlace, ¿sabes?, y a veces este espíritu se muestra servicial y en otras ocasiones muy reacio. ¡Anoche estuvo terrible! Me quedé helada cuando ella nos dijo que preguntaba si había alguna Mónica en la sesión. No había nadie de ese nombre y pensé inmediatamente en ti. "Alguien quiere comunicarse con Mónica", y luego añadió: "Un hombre que viste un uniforme". Pablo me dijo luego que también él pensaba que el mensaje era para ti.

Me quedé un rato más largo que lo debido en el casino, averiguando más sobre las sesiones. Julia me dijo que la noche anterior habían estado presentes doce personas. De estas doce, dos mujeres eran también compañeras de nuestra oficina. Cuando le pregunté quiénes eran, se negó a decirlo.

—Todo esto se hace con absoluta discreción —dijo.

Las sesiones tenían lugar los jueves por la noche y prometí a Julia que pensaría en la posibilidad de asistir a la próxima. Pero, tal como lo esperaba, cuando se lo conté a Silvia, se mostró escéptica y contraria a la idea de que fuera a tal sesión.

—Mónica, antes de que puedas sobreponerte a la muerte de Enrique, lo primero que tienes que conseguir es aceptar la idea de que lo has perdido —dijo mi hermana.

—¡Todo eso no es sino un montón de patrañas y tonterías! —declaró mi cuñado Arturo.

Ellos habían insistido en que fuera a vivir con ellos después que murió Enrique, y por eso yo dejé el departamento donde había vivido sola. Ahora, tres meses después, estaba deseando no haber cedido a su persuasión. Silvia, Arturo y sus dos adorables niños formaban una familia completa y unida y su intimidad me hacía sentirme una intrusa.

—Hay muchas personas que creen en el espiritismo —insistí porfiadamente.

—Sí, hay gente capaz de creer cualquier cosa —se burló Arturo.

La única esperanza que me queda de comunicarme con Enrique es en una sesión, pensé, resentida. Y sin embargo Silvia y Arturo, que tenían tantas cosas, desbarataban esta débil esperanza. Ellos mencionaban rara vez el nombre de Enrique y cuando lo hacían parecían confusos. En ese momento decidí que buscaría un nuevo departamento para mí.

———O———

EN LOS PASILLOS de nuestras oficinas hay un tablero donde se clavan toda clase de avisos, incluso los de arriendos que alguien tiene para ofrecer. Al día siguiente fui a mirarlo para ver si había algo conveniente para mí. Al pasar junto al escritorio de Pablo lo vi conversando en voz baja con Julia. ¿Hablaban de las sesiones? Esperé que me llamaran para reunirme con ellos, pero no lo hicieron. Tal vez, cuando dijo que no volvería a molestarme, Pablo había hablado en serio.

Pablo era un entusiasta convencido del espiritismo y había seguido un curso de parasicología. La primera vez que me invitó a ir donde Madame Deladier lo hizo con gran amabilidad, advirtiéndome, eso sí, que mantuviera el asunto en el terreno confidencial. En nuestra oficina había muchas personas que desearían ir a una sesión sólo por curiosidad. Pero Madame Deladier descubría inmediatamente a tales personas y se encargaba de desalentarlas. Ella se interesaba especialmente en aquellos que habían experimentado alguna pérdida reciente. Era en tales casos, aparentemente, cuando su trabajo de médium era más efectivo. ¿No quería yo acompañarlo alguna vez?, me propuso.

—Me parece que no me intereso —le respondí.

—Muchas personas piensan así al principio —me aseguró—. Volveremos a hablar de ello en otra ocasión, ¿de acuerdo?

Después de eso me habló sobre las sesiones varias veces, aunque nunca me urgió. Pero ahora tal vez había decidido no insistir más y me tocaba a mí dar el próximo paso. Copié del tablero varias direcciones que me convenían, pero esa noche, cuando comuniqué a Silvia mis intenciones de buscar departamento, me desalentó en seguida.

—Creo que es demasiado pronto para que vivas sola. Arturo y yo quisiéramos ver que te encuentras resignada y en tu estado normal antes que nos dejes. En realidad, no estás haciendo nada para sobreponerte, Mónica. Deberías comenzar a salir un poco, no sólo al trabajo, sino socialmente, quiero decir. Han pasado casi cuatro meses y...

Me molestó que Silvia y Arturo me insinuaran que comenzara a salir, lo que tácitamente implicaba ver a otros hombres. Era como si ellos tuvieran que decidir cuánto tiempo debería llorar la pérdida de mi amor.

Esa misma noche recibí un llamado telefónico de la madre de Enrique. Dijo que Betty, la hermana de diecinueve años de Enri-

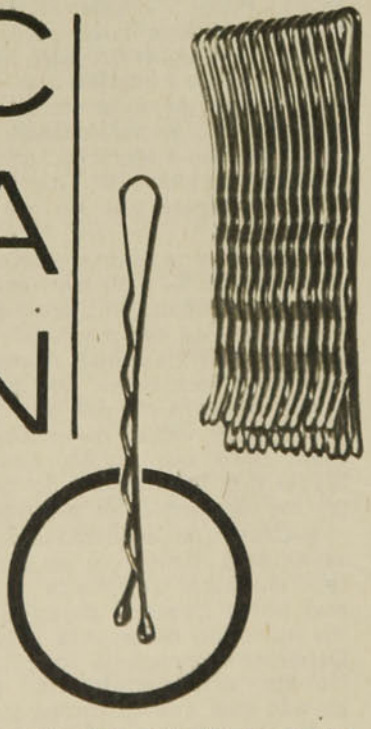


Se fabrica ya en Chile

EL PINCHE

SUPER

C C
A A
N N



el nuevo pinche americano, que tiene en la punta una protección de plástico para su cuero cabelludo.
SUPER CAN CAN, un pinche que proteje su cabello y que ya está en venta en todas las casas del ramo.

Eyquem y Benoit Ltda.

Tenderini 85 - Of. 21 - Fono 36069

que, proyectaba anunciar su compromiso en una cena familiar el miércoles en la noche y le gustaría que yo fuese. Aunque juzgué que la hermana de Enrique, por respeto a su memoria, podría haber esperado un poco más para anunciar su compromiso, acepté la invitación. Sólo porque pensé que a Enrique le habría gustado que aceptara.

—Me alegro de que quieras venir —me dijo la señora—. Patricio Fabres vendrá también y le pediré que pase a buscarte.

No había visto a Patricio, un primo de Enrique, desde el funeral. Y había pasado tanto tiempo desde que saliera con un hombre, que esa noche me sentía terriblemente nerviosa. Afortunadamente, Patricio es de temperamento apacible y callado y mi silencio durante el trayecto no le molestó.

Había varios coches estacionados frente a la casa cuando llegamos. La mayor parte de los invitados eran parientes. Había risas y conversación animada y alegre por todas partes. Un extraño no habría podido decir que alguien de la familia había muerto hacía sólo cuatro meses. Era como si hubiesen olvidado su existencia y lamenté haber venido, alegrándome cuando Patricio se acercó y me ofreció llevarme a casa.

Feliz de escapar del bullicio, me despedí y salí con él, esperando que me llevaría directamente a casa, pero me invitó a tomar una taza de café. Mientras lo bebíamos, me preguntó:

—¿Cómo lo estás pasando, Mónica?

Me encogí de hombros.

—Sigo viviendo —respondí.

—Has sufrido uno de los más duros golpes que puede dar la vida —señaló.

Me alegré de que no tratara de consolarme ni me hablara de la obra cicatrizadora del tiempo.

—La fiesta de esta noche fue una tortura para ti, me doy cuenta. Pero la soportaste. Creo que a Enrique le habría gustado saber que asististe a ella. Hay que seguir adelante, Mónica.

No hablamos mucho en el camino a casa y cuando me besó en la mejilla al despedirse, fue extrañamente consolador.

Esa noche, sin embargo, tuve sueños terribles y desperté llorando. En mis sueños buscaba a Enrique en un lugar lleno de gente desconocida. Iba de uno a otro lado haciendo la misma pregunta: "¿Han visto a Enrique?" Algunos parecían no oírme. Otros apartaban la vista. ¡Tenía que encontrarlo! Si no lo encontraba, sucedería algo terrible. Fue peor que todas las otras pesadillas que tuve después de saber la noticia de su accidente y desperté profundamente desolada. Enrique había muerto y no volvería a verlo de nuevo jamás.

"Anoche hubo un mensaje para ti." Las palabras de Pablo volvieron a mi mente. Entonces supe que tendría que hablarle a la



UNA CARTA DE AMOR DESDE EL MAS ALLA

mañana siguiente, pedirle que me llevara a una sesión, para alcanzar a Enrique a través del velo que separa a los vivos de los muertos.

———O———

CUANDO LE HABLE, Pablo me dijo que había una sesión proyectada para el jueves de la próxima semana y sugirió que asistiera con Julia. Ella estuvo de acuerdo y decidimos comer juntas ese día para ir después a la sesión de Madame Deladier.

El sábado me llamó Patricio Fabres. Daban una película nueva en el cine de nuestro barrio y pensaba que tal vez yo quisiera ir. Acepté ir el domingo y pude ver, en la mirada que intercambiaron Silvia y Arturo, que estaban encantados con el cambio que comenzaban a advertir en mí. La verdad es que sólo la idea de que podría comunicarme con Enrique muy pronto, era lo que me hacía sentirme mejor, pero por supuesto ellos no lo sabían.

Después del cine ese domingo, Patricio y yo fuimos a tomar café al mismo lugar donde habíamos ido aquella otra noche después de la fiesta y él me dijo:

—Espero y deseo que seamos buenos amigos, Mónica. No niego que me siento atraído hacia ti, pero sabiendo por lo que estás pasando, no quiero asustarte con nada formal. Sólo cuando estés dispuesta, si tú lo quieres, más adelante..., pero podemos ser buenos amigos, ¿no crees?

Asentí sin comentarios. Me gustaba Patricio. Comprendía mis estados de ánimo y con él no necesitaba esforzarme ni fingir nada.

———O———

LLEGO LA NOCHE del jueves. Mientras comía con Julia, ella me advirtió que no debería esperar mucho la primera vez.

—Tuve que ir donde Madame Deladier tres veces antes de poder comunicarme con papá —señaló.

Dije que lo entendía, pero secretamente estaba segura de que Enrique se comunicaría conmigo en seguida. ¿No había dejado un mensaje para mí, aun no estando yo presente?

Había catorce personas esa noche en la sesión. Ante mi sorpresa, encontramos a Pablo esperándonos en la puerta. Julia me explicó que él era un gran amigo de Madame y que además estaba dotado de ciertos dones parasicológicos. Sin embargo, él mismo no era médium y no conseguía comunicarse con el más allá.

Nos sentamos todos alrededor de una gran mesa redonda y no se hicieron presentaciones, pero el hecho de saber todos para qué estábamos reunidos allí, creaba entre nosotros un lazo. Había más mujeres que hombres y todas ellas eran bastante mayores que yo, a excepción de una niña que aparentemente no tenía más de quince años.

Madame Deladier se presentó vestida con una amplia túnica y nos saludó con cordialidad mundana. Luego, con un acento ligeramente extranjero, rogó a Pablo que disminuyera las luces y la habitación quedó en penumbra. En el acto se creó una atmósfera de tensa expectación. Un instante después pareció que se estremecía y su rostro cambió notablemente.

—Aquí hay alguien que desea hablar con Olivia —anunció.

¿Pero era ella misma la que hablaba? El ligero acento extranjero había desaparecido y también el tono de su voz era otro. Era ronca, tanto que no podía distinguirse si pertenecía a un varón o una mujer.

—Olivia está aquí —respondió una mujer gordita, de cabello canoso.

—Haroldo quiere comunicarse con Olivia —continuó Madame Deladier, con la misma voz extraña.

—Aquí estoy, Haroldo querido —dijo la señora canosa.

Cuando los labios de Madame Deladier siguieron moviéndose y hablando con la voz de un hombre anciano, me recorrió un escalofrío. Ahora decía:

—Olivia, no debes preocuparte por el asunto que tú sabes. Todo saldrá bien, te lo prometo. Ten fe. Tienes que...

La voz siguió dando consejos vagos y recomendando confianza, y luego el espíritu de Haroldo se marchó. Madame pudo comunicarse con tres espíritus más aquella noche, pero quedé terriblemente decepcionada porque no hubo ningún mensaje para mí. Tampoco se hizo presente el padre de Julia. Olivia dijo que por primera vez, después de cuatro sesiones, había podido comunicarse con su esposo, y al oírla, sentí renacer mi esperanza.

Se encendieron las luces dándose por terminada la sesión y a la salida cada uno de los asistentes tuvo que depositar cien escudos en una bandeja de plata.

Al despedirse de mí, Madame Deladier retuvo mi mano, diciendo:

—No pierda las esperanzas. Tarde o temprano... para aquellos que tienen fe... se produce el contacto.

Y, a pesar de mi decepción, en mi corazón latió la esperanza por primera vez en muchos meses. Tarde o temprano..., pensaba, tendré un mensaje de Enrique.

Patricio Fabres, a quien seguía viendo de vez en cuando, me dijo una noche.

—Tienes el aire misterioso de una niña que oculta un secreto.

—A ti no se te escapa nada —dije.

—Sólo en lo que a ti se refiere.

Casi estuve a punto de contarle mi secreto pero recordé lo que Julia me había dicho sobre no confiar a nadie lo de las sesiones de

espiritismo, porque la incredulidad de los otros hacía vacilar la propia fe.

Seguí yendo a las sesiones y cuando fui a la tercera, estaba segura de que entonces sería *mi* oportunidad. Generalmente asistían los mismos concurrentes cada jueves. A veces desaparecían uno o dos y aparecía un rostro nuevo, asustado y expectante.

Esa noche, Madame Deladier hizo circular una tarjeta con unas pocas palabras de meditación escritas. Para leerla tuve que sacar de mi cartera los lentes. Poco después Madame cayó en trance y la ronca voz del espíritu de enlace preguntó si había alguna Mónica presente.

—Yo soy Mónica —dije con voz temblorosa.

—Aquí hay un hombre joven —dijo la voz—, viste un uniforme...

Esperé en silencio, sintiendo que me recorría un escalofrío. La voz dijo entonces en tono débil, como en una comunicación telefónica mal conectada:

—Mónica..., ¿estás aquí?

—Sí —murmuré—. Aquí estoy, Enrique.

—Hay una carta —dijo la voz.

Sonaba más débil que antes. Miré la cara de Madame. Estaba transfigurada y me estremecí. Ella continuó:

—Lee esa carta, Mónica.

¿Qué carta?, pensé. Y me inclinaba hacia adelante para preguntar cuando un hombre sentado frente a mí tosió violentamente. Madame Deladier dejó escapar un sollozo y luego de unas palabras ininteligibles comenzó a salir de su trance. Alguien encendió las luces y frente a mí estaba Pablo, enjugándose los ojos. El había sido el que tosió.

—Perdón —murmuró.

Pero yo no estaba del todo desilusionada. Al menos Enrique había venido a comunicarse conmigo. Salí de la casa emocionada con esta idea y pensando en lo que el espíritu de Enrique había dicho. ¿A qué carta se refería? Me había escrito muchas cuando salía de viaje, pero ¿cuál era la que tenía que leer? Ya en la puerta, al abrir mi cartera para buscar un pañuelo descubría que había dejado los lentes sobre la mesa de sesiones y volví a entrar apresurada a recogerlos. En el salón encontré a Madame conversando en voz baja con Julia y Pablo animadamente. Recogí mis lentes en silencio y volví a salir.

———O———

ESA NOCHE no necesité pastillas somníferas para conciliar el sueño. Apenas puse la cabeza sobre la almohada, me dormí profundamente. Pero pronto tuve uno de mis horribles sueños y debo de haber gritado porque Silvia se precipitó a mi dormitorio, diciendo:

—¡Despierta, Mónica! ¡Tienes una pesadilla!

—Sí —tartamudeé—. Me pareció que Enrique me llamaba..., debe haber sido por lo de la sesión.

—¿Fuiste a una sesión de espiritismo? Oh Mónica. ¿Cómo podrás sentirte mejor si insistes en torturarte de esa manera?

—Enrique me habló anoche, en la sesión —afirmé.

—¿Qué dijo él?

—Algo sobre una carta. Dijo: "Hay una carta, léela, Mónica".

Silvia se quedó mirándome con una expresión extraña y cogiendo mi mano con afecto dijo:

—Hubo una carta, Mónica. Una carta de Enrique que llegó después que...

La miré, sin poder hablar.

—Mónica, trata de entender. Varios días después de morir Enrique, la mayordoma del edificio donde vivías nos mandó una carta que había llegado. En esos momentos estabas tan agobiada por tu dolor que Arturo y yo no supimos qué hacer con la carta. Nos pareció demasiado cruel dártela entonces y decidimos esperar un poco.

—Comprendo. Lo hicieron para evitarme más sufrimientos y para ayudarme —dije—. Pero ahora quiero esa carta.

Cuando me la trajo, se retiró discretamente cerrando la puerta a su espalda, y yo leí:

"Mi querida Mónica, había escrito Enrique. Para cuando recibas esta carta ya tendrás las noticias. Es porque la entregué al asistente en tierra de la línea aérea en el aeropuerto de Colombia, con instrucciones de remitírtela en caso que algo me sucediera. Muchos han sido los viajes que he realizado, pero no sé por qué, al embarcarme ahora, tengo un mal presentimiento. Puede que sean sólo tonterías. En tal caso, el asistente Mullins tiene orden de destruirla. Pero si no es así y sucede lo peor, quiero que sepas que ésta es una carta de gratitud. Quiero agradecerte por ser la muchacha maravillosa que eres y por todo el amor, por todos los felices momentos que hemos compartido. Deseo, además, que sepas que te quiero inmensamente. Pero si yo no he de volver a tu lado, por favor, tesoro, sigue viviendo por mí y no malgastes tu preciosa vida en el dolor. Cásate, ten hijos, sé feliz y recuerda de mí solamente las horas felices. Hazlo así, amor mío, y dondequiera que yo me encuentre, estaré en paz.

ENRIQUE."

———O———

NO VOLVI a las sesiones de Madame Deladier. Y a veces pienso si sería sólo coincidencia lo que ocurrió en la última sesión, o si se trataba sólo de un truco en el cual, no sé de qué manera, estaban involucrados Julia, Pablo y la misma Madame Deladier. O si, en realidad, Enrique se comunicó conmigo esa noche desde otros mundos. Nunca lo sabré con seguridad, pero en todo caso la lectura de esa carta me dio valor para seguir viviendo.

♥♥

NUESTRO BANCO DEL PARQUE

produce sexta experiencia



ESTE ES EL PARQUE FORESTAL, LUGAR DONDE MUCHOS JOVENES SE CONOCEN...



ESTA ES ELISA. YA LA VAMOS A CONOCER. LA ENCONTRAREMOS HOY, COMO SIEMPRE, ESTUDIANDO.



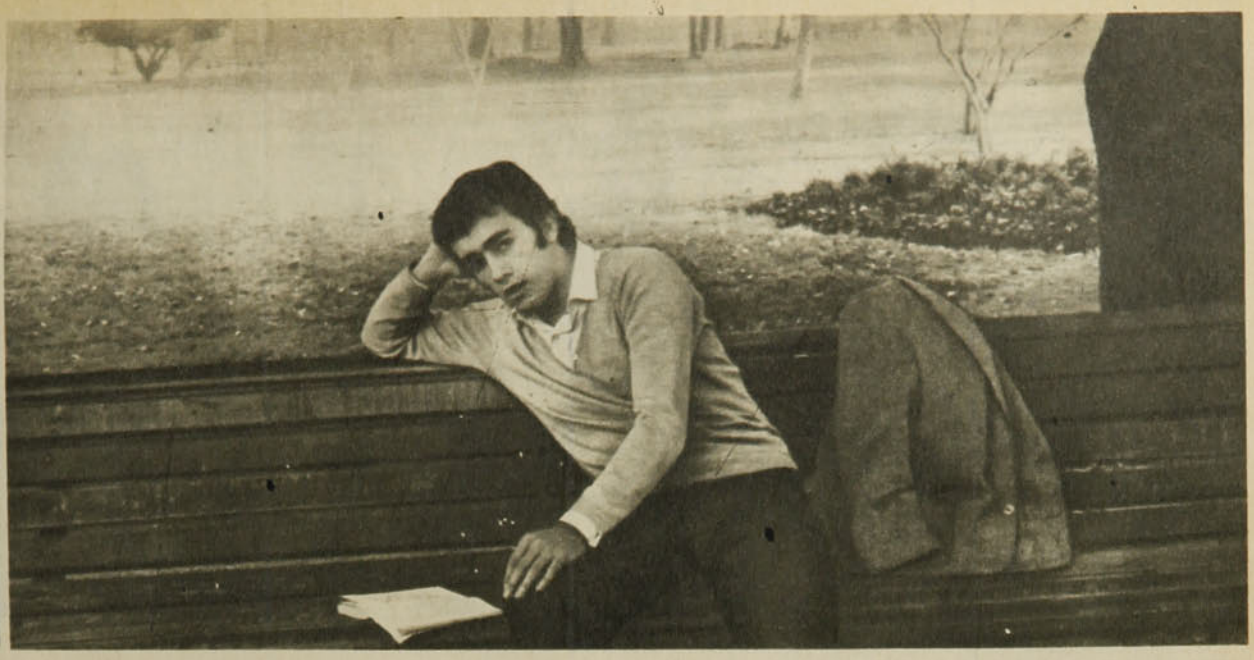
ESTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE LA VAMOS A VER. VA A PARTIR MUY LEJOS...



PODRIAMOS PREGUNTARSELO, PERO MEJOR SE LO PREGUNTAMOS A EL...



EL ES CLAUDIO Y NOS VA A CONTAR MUCHAS COSAS...



















"UN DÍA LLEGÓ MUY TARDE"...




NO, CLAUDIO, OTRA COSA. ME FUÉ A VER MI PAPÁ. TENGO QUE DECIDIR.
¿DECIDIR QUÉ, ELISA?


DECIDIR SI ME QUEDO CON EL O CON MI MAMÁ. PORQUE ELLOS SE SEPARAN.
¡PERO PODIAS HABERME CONTADO ANTES! SI QUIERES, YO LE HABLO A TU PAPÁ.


NO. ADEMÁS ELLOS SEGURAMENTE VAN A DECIDIR POR MÍ. ME PREGUNTAN PARA AVISARME, PERO YO SABIA MUCHO ANTES. ¡CLAUDIO, DESDE HOY TODO VA A SER DISTINTO.


... REALMENTE FUE MUY DISTINTO TODO. COMENCÉ A CONOCER EL MUNDO TERRIBLE EN QUE VIVÍA ELISA. TENIA UN HERMANO Y NOS HICIMOS MUY AMIGOS. ELLA CAMBIÓ MUCHO.


¿PERO POR QUÉ DESCONFIAS? NO CUESTA NADA CONTAR LOS PROBLEMAS. DÍMELOS. ¿NO SOY TU AMIGO?
YO NO TENGO AMIGOS.


¿O SEA QUE YO NO SIGNIFICO NADA PARA TI?
ESO TE LO PREGUNTARIA YO A TI.

¡TU SIGNIFICAS MILES DE COSAS!

YO SOY PARA TI LO MISMO QUE PARA MI MAMÁ Y MI PAPÁ. UN OBJETO POR EL CUAL SE PREOCUPAN. PERO NO UNA PERSONA. USTEDES TIENEN CONMIGO UNA OBLIGACIÓN SOLAMENTE.

¡ELISA, TE ASEGURO QUE NO ES ASÍ LA COSA!

YO SÉ QUE ES ASÍ. MEJOR NO NOS VEAMOS TAN SEGUIDO.

AL MENOS DÉJAME EXPLICARTE ALGUNAS COSAS.

BUENO, ANDA A VERME MAÑANA AL LICEO.

ELLA ME DEJÓ CONFUNDIDO ESA TARDE Y TUVE QUE CONVERSAR EL PROBLEMA CON UN AMIGO...

¿QUÉ PIENSAS TU, VIEJO? CREO QUE ELLA SIMPLEMENTE ESTÁ EN UN ERROR.

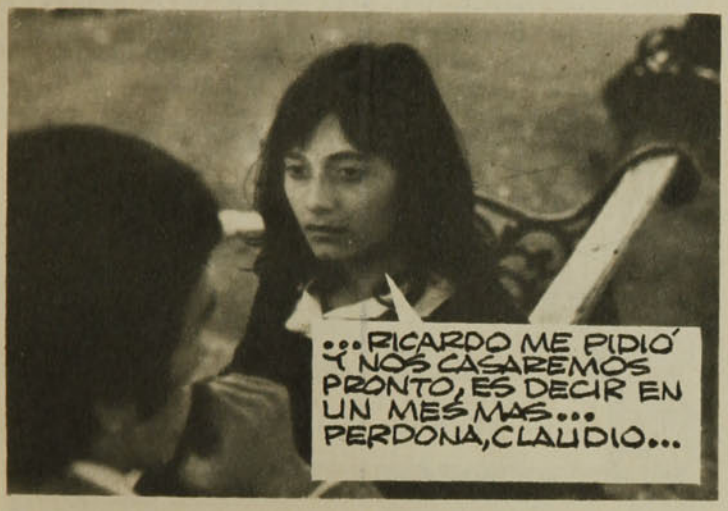
HABLALE Y EXPLÍCALE TODO ESTO. PILE QUE LA QUIERES Y QUE SE YO... QUE SEA TU MUJER, QUE LE COMPRARAS UNA CASA...

PERO, VIEJO, ¿DE DONDE SACO PLATA? YO NO TENGO NI PARA ESTUDIAR.

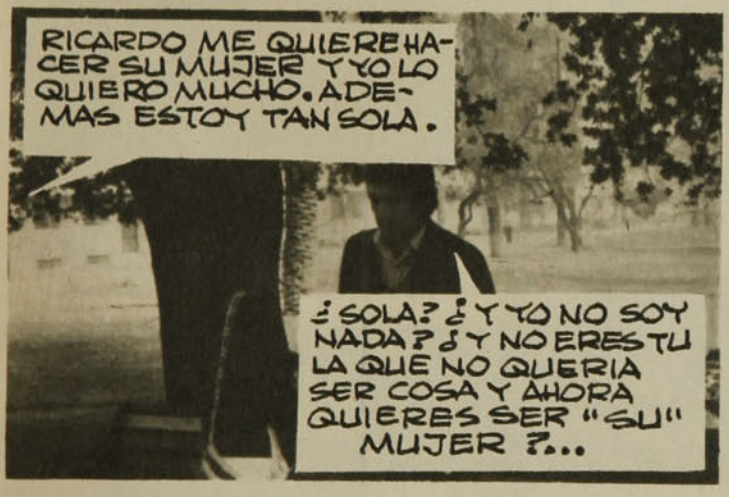
ENTRÉ A TRABAJAR. TENIA QUE HACER UNAS MALDITAS ENCUESTAS, PERO QUERIA QUE ELISA FUERA MI MUJER. ARRENDÉ UN DEPARTAMENTO CHICO Y COMPRÉ ALGUNAS COSAS...


ELISA... ¿QUE HAS PENSADO TODO ESTE TIEMPO?
CONOCÍ A RICARDO.


TENGO UN DEPARTAMENTO QUE ARRENDÉ, QUIERO QUE VIVAMOS JUNTOS. QUIERO QUE SEAS MI MUJER.
NO, CLAUDIO, YA LO HABLAMOS HACE TIEMPO. ADEMAS RICARDO Y YO... BUENO, NO SÉ COMO EXPLICARTE...


...RICARDO ME PIDIÓ Y NOS CASAREMOS PRONTO, ES DECIR EN UN MES MAS... PERDONA, CLAUDIO...


SI QUIERES, HABLA CON RICARDO...


RICARDO ME QUIERE HACER SU MUJER Y YO LO QUIERO MUCHO. ADEMAS ESTOY TAN SOLA.
¿SOLA? ¿Y YO NO SOY NADA? ¿Y NO ERES TU LA QUE NO QUERIA SER COSA Y AHORA QUIERES SER "SU" MUJER?...


¡DEJAME EN PAZ!


QUISE CONOCER A RICARDO, NO PUDE EVITARLO. MI CURIOSIDAD ME IMPULSABA A CONOCER AL QUE SE ESTABA ROBANDO UN PEDAZO DE MI.

HABLAMOS MUCHO RATO. RICARDO ME CAYÓ BIEN, PERO COMENCÉ A SENTIR UN PROFUNDO DESPRECIO POR EL Y SU MODO SOBRADO TODO ERA SU AUTO, SU CASA, SU NIÑA... YO AL LADO DE EL ERA UN SER INFERIOR. ESE DIA SENTÍ QUE ELISA ERA UNA "COSA"...









"ENTENDÍA EN ESE MOMENTO A ELISA Y NO LA ENTENDIA A LA VEZ. NO QUERIA SER UN OBJETO, PERO DE HECHO LO ERA EN MANOS DE RICARDO. DESDE ESE DÍA CAMBIÓ RADICALMENTE MI ACTITUD FRENTE AL PROBLEMA!...



UN DIA LLEGÓ. YO SE LO HABIA PEDIDO...













"A RICARDO LO VEO CUANDO VOY A COBRAR MI BECA EN LA CAJA. EL BANCO SIGUE AHÍ SOLO. YO SIGO ESTUDIANDO Y... BUENO, LO DEMAS YA LO CONOCEN."



EL CUENTO de la semana.

REINALDO LOMBOY (chileno)



SOBRE TODO, CAMA...

—¡Té! ¡Otra vez té!... No hay estómago que resista, ¡maldita sea!

Una cólera sorda le pateaba la bilis y las palabras salían de sus labios mordidas, cortantes. Gotas de saliva le quedaron prendidas en el mentón, reluciendo contra la negrura de la barba sin afeitar.

Sin volver la cabeza, la mujer repuso con voz amarga:

—¿Acaso has traído tú otra cosa?

El desprecio subterráneo que implicaba su tono exacerbó al hombre:

—¿Y dónde demonios quieres que encuentre nada? ¡Cómo tú no sabes más que exigir y esperar que todo te lo den: cama, pan, vestidos! ¡Sobre todo, cama!

En la cama estaba sentado él, los pies colgantes, sin mirar a la mujer, sino sus propios zapatos sin lustre, con la suela roída en la punta de tanto estrellarse contra el asfalto. Los dedos de los pies, agigantados por sabañones, eruptaban en accidentados altos y bajos en el cuero. Le molestaba también la costura burda de sus calcetines zurcidos. Habían acabado por ampollarle el dedo gordo, produciéndole un dolor agudo, palpitante, sutil e intenso como un goce, con cos-

quilleos intermitentes que le recorrían el cuerpo y se localizaban en la nuca, repercutiendo en sus sienes con martillar acelerado.

—¡Sobre todo, cama!

Junto al brasero, la mujer, inclinada sobre el fuego, acusaba nalgas poderosas y muslos firmes. Volvió al hombre su cara morena, enrojecida de soplar las brasas, y al mismo tiempo que colocaba en dos tazas desportilladas unas hojas de té, lavadas ya, prosiguió, despreciativa:

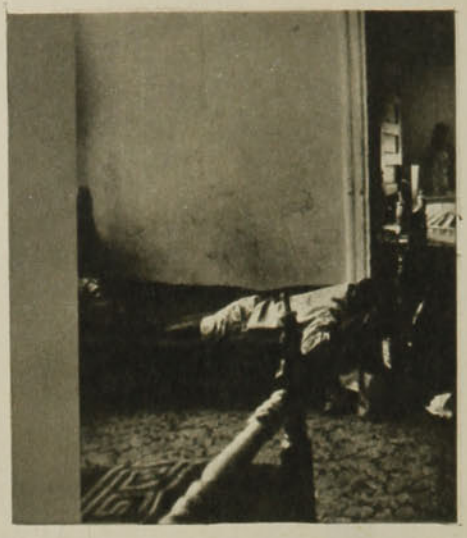
—¡Cómo si yo te exigiera! Conociéndote como te conozco, ¿qué puedo esperar? Pero no quiero hacerme mala sangre... ¡No sirves para nada y eso es todo!

Era inevitable: el latigazo, siempre. La sangre le afluía a la cara, y empequeñecido de repente, en el embotamiento de sus sentidos, clavaba la mirada en el espacio y veía de nuevo su adolescencia sin fuego: ahí estaba María, la primera, fustigándolo con su risa, acentuando sus deseos de hombre con esos dientes fuertes de hembra joven que se mordían los labios para no morderlo a él, torpe, incapaz de otra cosa que del deseo cerebral que no alcanza realización... Y su rabia irrazonada, su furioso deseo de salir pronto, ya, del "Bellavista Hotel, Piezas para Alojados, $ 3 la cama", la cabeza gacha, atrás él; ella adelante. Tratando de no ser visto, mientras la mujer marchaba, incitantes más que nunca las caderas, altanera ante las criadas maliciosas, altanera ante las miradas de los hombres, acaso con deseos secretos y comparaciones denigrantes...

Por eso siempre le estaba golpeando el pecho la timidez. Por eso andaba hurtando las miradas; y por eso, sus palabras no tenían convicción cuando hablaba a los otros, solicitándoles, humilde, trabajo, un trabajo cualquiera.

Pasado ese afluir de la sangre que paralizaba su cerebro, algo estallaba dentro de él, y ya que no de otro modo, asentaba su virilidad con la violencia. Pero sus palabras no eran las del hombre fuerte en sus cóleras de macho; eran la ira que se desfoga en el infantil pataleo, violenta y sin vallas.

—Maldita sea tu desvergüenza, carajo! Todos se ensañan y tú, ahora, también me jodes... ¿Qué sabes hacer tú, qué trabajo sabes hacer, dime, a ver? Fuera de eso, nada... Y no eres capaz de ayuda. Hostilizarme toda la vida... Y yo, toda la vida



SOBRE TODO, CAMA...

amarrado, como un buey, toda la vida amarrado...

Sus propias palabras lo iban enardeciendo... Miraba los muros desnudos y el papel descascarado. Allí, junto a la cama, casi al borde de ella, un trozo rasgado caía de soslayo y fingía la figura de un sátiro burlón. ¡Maldita sea!... Siempre esas imágenes bailando, retorciéndose en su cráneo...

A sus palabras brutales sólo contestaba el ruido del agua en la tetera, el tenue silbido del vapor al escaparse intermitente. La mujer, con un gesto cansado, recogió algunas hebras de pelo caídas sobre los ojos, y luego, tardó el ademán, vertió el líquido hirviente en dos tazas. Esperó. Caídos los brazos, inmóvil, casi de espaldas al hombre, su rostro apenas perfilaba, de soslayo, un carrillo encendido, un seno henchido y la cadera armoniosa bajo el traje de tela oscura, manchado a trechos. ¡Cama, pan, vestidos! ¡Ah!, los tuvo un tiempo, cuando Claudio, su hombre, trabajaba. Hacía muchos años: en esos primeros meses que todavía eran ardor de pasión y bastaba un roce de la mano para que los ojos se abrillantaran y temblara el pecho. ¡Cama, pan, vestidos! Ahora el triste camastro no tenía sábanas. Impensadamente, repitió en alta voz esas tres palabras.

El hombre se sacudió bruscamente. Apoyando los pies en el suelo, se levantó. Los brazos, morenos, de vello escaso, acusaban delgadez enfermiza y pendían de las mangas de la blusa de lana como colgantes de un abismo invertido.

—¡Eso querrías tú, vestidos! ¡Gánatelos, carajo! Aprende a ganártelos...

Y al caer bajo su vista las dos tazas humeantes:

—¡No me vas a engañar el hambre con esa agua mugrienta!... —estalló.

Un manotón violento arrojó el líquido a los pies de la mujer. Unas gotas, cálidas, le tocaron la pierna a través de las medias, con sensación grata. Bruscamente estremecida, violenta al fin también ella, echó atrás el busto y enfrentó al hombre:

—¡Era lo que faltaba! Como nadamos en la abundancia y nada nos falta, gracias a ti, se puede desperdiciar lo único que teníamos para matar el hambre. Lo único que he conseguido yo, no tú, ¡inútil! ¡Y ya verás si sé o no ganarme la vi...!

La interrumpió un golpe seco, súbito, en las mejillas. Por instinto alzó los brazos y el segundo golpe fue a estrellarse contra ellos; pero en la cara tenía ahora rojez más acentuada, picazón, como de mil agujas, mientras en sus oídos resonaban las palabras:

—¡Anda a ganártela ahora mismo, anda, ahora! ¡De la única manera que tú sabes!...

Era inútil: las lágrimas no caían de sus ojos, retenidas por las pestañas y por sus dientes apretados. Bruscamente activa, cogió rápido su abrigo, su cartera sobajeada de tanto llevarla bajo el brazo, y salió al pasillo sin preocuparse de cerrar la puerta tras ella. Se volvió un instante:

—Ya verás, ya verás tú cómo me gano la plata.

Se llevó la visión del hombre, cargadas las espaldas, colgantes los brazos, congestionado el rostro, y de la tetera, que en el fuego seguía borbotando con furia.

En la calle, una neblina menuda le golpeó la cara: otra bofetada, recia y súbita, pero refrescante.

EL taconeo rápido, tac-tac-tac sobre la acera húmeda. Las luces estaban empañadas por la niebla y una cosa sorda le estrangulaba la garganta. "¡Gána-

te la vida...!" Ah, ya verás, ya verás tú, porque ahora tenía el cerebro dándole vueltas vertiginosas. Por eso miraba a los hombres, a todos, llamándolos con el sube y baja de las caderas, poniendo luces de colores en los ojos que al fondo mantenían todavía su cólera. "¡De la única manera que sabes ganártela!..." El frío le apretaba, la castigaba a través del abrigo que conservaba tan bien las huellas de su cuerpo: cruzado, ceñido, una mano lo sujetaba sobre la cintura, pero no bastaba a confortarla. Iba a ganarse la vida, a mirarla de frente y con asco, porque ya sentía asco de todo, de ella y de todos, pero no quería pensar en nada. Pero la humedad empujaba a los hombres: pasaban rápidos, apenas con tiempo suficiente para volverse a mirarla, ahora que ella quería ganarse la vida. "Te arrojaré el dinero a la cara, cobarde..."

Crispadas las manos, apretados los labios, se detuvo en la esquina y apoyó la espalda en la pared, adoptando desenfadada actitud. La vergüenza, la timidez, la indujeron de repente a la exagerada provocación. Por la cólera. Porque le ardía la mejilla en el pensamiento al recordar la bofetada, y porque le dijeron: "Anda a ganarte la vida de la única manera que tú sabes". Y se quedó aguardando.

ABRIO la puerta sin ruido. La luz estaba encendida y una forma confusa aparecía en el lecho, resaltando sobre la almohada un mazo de negros cabellos enmarañados. Apoyada contra la puerta cerrada, la mujer quedó largo rato inmóvil, mirando la cama revuelta, aspirando ese olor a hombre, a aire enrarecido, y viendo dibujarse en los cobertores el cuerpo recogido que alentaba acompasadamente.

Pero ni el ambiente miserable ni el olor ingrato la molestaban. Aquí había tibieza para su cuerpo aterido, refugio de seguridad, reposo al fin. Estaba cansada: sus hombros caídos soportaban apenas el peso de los brazos. Y estaba humillada, doblemente humillada: porque no había sido capaz de ganarse la vida siquiera en esa forma y porque había vislumbrado un abismo de perversión que antes no concebía. ¡Bien merecido se tuvo el viejo sucio con facha de caballero el salivazo que le manchó la barba! Pero aún en su humillación algo brillaba, algo confuso, caótico todavía, pero que se informaba en ella.

Abandonó al fin la puerta. Avanzó quedo. Se despojó del abrigo, dejó la cartera en el velador y se dobló sobre una silla, plegadas las manos en la falda, recogidas y cruzadas las piernas bajo el asiento. El pelo se le aferraba al cráneo, a la frente, alisado por la humedad. A su lado, una respiración de cuerpo rendido: un hombre dormido, inerte, incapaz de apóstrofes violentos. Ahora, en ese instante de su sueño, no podría ya gritarle: "¡Quieres que todo te lo den: cama, pan, vestidos! Sobre todo, cama!"

Repitió las palabras para sí, modulándolas con leve movimiento de los labios. Les encontraba amargo sabor, pero en forma nebulosa advertía que tenían un sentido vital, que en ellas estaba el secreto de esta tragedia suya, del hogar eternamente cruzado de improperios. Ella, él, todo el mundo quería lo mismo: cama, pan, vestidos...

Lentamente comenzó a desvestirse. Sobre la silla, hechos confuso montón, quedaron el abrigo, el vestido azul que un día fue prenda de su orgullo y hoy tantas manchas tenía que ya no era más azul. ¡Y qué reposo quitarse los zapatos húmedos, de suela tan delgada! Inclinada, un pie en el aire para descalzar la media, sintió a sus espaldas al hombre que se agitaba.

Volvióse: lo vio frotarse los ojos, con gesto infantil, ajustarse del mundo de los sueños al de esta realidad de cuatro paredes. Ahora la miraba, fruncido el ceño, recordando. Se sentó en la cama con brusco movimiento, apoyando las manos en el colchón. Adelantó el cuello y sus labios estaban recogidos en mueca entre hostil y desdeñosa. La mujer inclinó la cabeza: bajo la mirada escrutadora del hombre la carne le temblaba y súbita vergüenza envió a su cara un aluvión de sangre. Pero aquí adentro estaba tibio, hacía calor, un calor sofocante: la temperatura bajaba de repente y hacía frío como en esa esquina de la calle donde un viejo con facha de caballero le hizo proposiciones despreciables, ridículas y sus afanes, y sabía de su olor a mujer y la contenía, íntegra, lo mismo que el espejo en cuya superficie manchada por gotas de agua jabonosa se reflejaba su imagen por las mañanas. Bajo la mirada de este hombre que había palpado la geografía de su piel sentía ese calor y ese frío de la primera noche, porque la veía como la habrían visto otros esta noche si hubiera sabido ganarse la vida de esa manera; cómo la habrían recorrido, ciegos, lejos de ella y de su vida y atentos al placer y no al dolor que era suyo y le dolía. Estaba con pudibundez de doncella ante el hombre que era el suyo y no podía decirle que otro le había hecho proposiciones, absurdas ahora al considerarlas en la pieza.

Por eso se irguió, se subió la enagua, estuvo allí oprimiéndose el pecho para sujetarla y sin saber qué palabras decir. La culpa no era de ella, bien lo sabía él...

—No, no ha sido culpa mía — repitió, sin quererlo, en alta voz.

Y aunque el hombre lo sabía y durante las horas de espera, angustiosas, haciendo suposiciones brutales, cada vez más brutales, ensañándose consigo mismo, sintióse responsable, ahora sólo rabia había en él. Cólera verdadera, sin estridencias. En su voz, lenta y reconcentrada, se vislumbraba.

—Entonces, tú ya has estado...

Tuvo miedo de continuar, porque la respuesta lo dejaría solo y derrotado y no tendría a nadie a quien dominar, y eso le hacía falta para no ser enteramente despreciable. Ni a nadie ante quien no avergonzarse de no ser como quisiera..., los golpes, si golpeara, nada podrían devolverle: ni un minuto perdido, ni una sensación por él no experimentada.

—No. No he podido...

Y aunque no explicó por qué no pudo, en su acento de completo abatimiento, de sometimiento incondicional a él, vibraba la verdad. Estaba también en sus manos, en sus ojos, en la forma en que la cintura se fundía con las caderas: eso él lo percibía y encontraba sentido, sin explicárselo. Por eso, cuando ella agregó:

—Para nada sirvo. Y tengo frío. Tengo hambre... —se pasó la mano por el pelo desgreñado, lentamente, abrió la boca en fingido bostezo y dejó deslizarse las manos por el colchón hasta quedar de espaldas.

Sólo entonces, subiéndose la ropa hasta los ojos, murmuró con rabia:

—¡Bien merecida tendrías una pulmonía que te llevara al diablo!

La mujer apagó la luz. Se deslizó en la cama, junto al hombre que tenía un cuerpo tibio y tibias las ropas. Lanzó un suspiro, acercándose a él, y el roce era grato. También era grato estar en la oscuridad sintiendo cómo el calor iba entrando en ella y cómo los ojos, sobre sus lágrimas, se iban cerrando lentamente.

♥♥



NADA MAS QUE UN BESO

● Casi puedo señalar exactamente el minuto preciso cuando empezó mi pesadilla aunque en ese momento no lo sabía. Fue en el instante de conocer al jefe de mi marido, el doctor Guido Ubaldi.

Mi marido y yo estábamos casados desde hacía dos meses y por primera vez me había llevado a una de las fabulosas fiestas en la lujosa mansión de los Ubaldi.

El doctor Guido Ubaldi, de ascendencia italiana, era un destacado médico investigador y Jorge estaba trabajando con él desde que egresara de la Escuela de Medicina; por su dedicación y talento mi esposo se había convertido en su brazo derecho y junto a otros científicos se encontraban abocados al problema de aislar un virus hematológico que probablemente contribuiría a derrotar a la terrible leucemia.

Puedo asegurar que la fama de retraídos de los hombres de ciencia no es efectiva. Al menos no en este caso. Por muy científicos que fuesen todos los médicos del grupo Ubaldi, por cierto que fuera de las horas de trabajo les gustaba pasarlo bien.

Guido Ubaldi y su esposa Edita eran dueños de una gran fortuna; no tenían hijos, pero sí muchos amigos y no había nada que les gustara más que recibirlos en su casa y ofrecer fiestas magníficas.

Cuando Jorge me presentó a su jefe, éste pareció quedar absolutamente fascinado conmigo. Besando versallescamente mi mano y reteniéndola entre las suyas, me miró fijamente con los ojos más azules que yo había visto nunca. Luego dijo a mi marido:

—Jorge Luque..., ¿dónde fuiste a encontrar algo tan exquisito como esto?

Después se volvió a mí, riendo a medias:

—Debería haber una ley que prohibiera a las mujeres ser tan hermosas como usted, Cecilia. ¡Son un peligro público!

Yo tenía sólo diecinueve años y sentía gran timidez frente a estos sofisticados colegas de mi marido. La entusiasta acogida del doctor Ubaldi me emocionó, y me halagó también.

—Creo que usted sólo trata de infundirme confianza en mi primera gran fiesta de sociedad, doctor Ubaldi.

—Llámeme Guy, por favor —rogó riendo.

La sonrisa de mi marido era igualmente amistosa.

—Cecilia, ya te habrás dado cuenta de que Guy no es hombre que pierda tiempo cuando se trata de halagar a las mujeres —me dijo Jorge mientras me conducía hacia el espacioso living ya lleno de gente encantadora y elegante que reía y se divertía alegremente.

Los matrimonios reunidos allí eran en su mayoría médicos con sus esposas, algún personaje político conocido y ricos hombres de negocios que ayudaban a financiar los proyectos científicos del grupo Ubaldi. El doctor Ubaldi, con sus cuarenta y dos años, era el más joven de los tres científicos que dirigían la investigación.

Aunque Jorge me había dicho que Edita, la mujer de Ubaldi, tenía treinta y seis años, apenas pude creerlo cuando la vi. Era muy delgada y llevaba el pelo negro cortado como el de Mia Farrow, no representando más de veinte. Sus ojos oscuros y su sonrisa al saludarme fueron absolutamente acogedores.

—Ven conmigo, preciosa. Te mostraré dónde puedes dejar tu abrigo y empolvarte la nariz.

Me hizo entrar a un tocador de lujo oriental, alfombrado de pared a pared, con espejos que llegaban al suelo y una exquisita mesa tocador de marquetería antigua. Las polveras, peinetas y cepillos eran de auténtico carey y mangos de plata antigua labrada. Mientras yo me contemplaba en el espejo ella tocó mi largo pelo rubio.

—Nunca había visto un pelo como éste —dijo con admiración—. ¡Es pura seda dorada! Y tus pestañas tan largas y espesas. ¿Son auténticas?

—Mamá dice que tengo una doble fila de pestañas —dije, confundida por tanto halago—. Todas las mujeres de mi familia las tienen así.

—Y me imagino que esa silueta fina también es herencia familiar —dijo riendo—. ¿Cuántos años tienes, Cecilia? Si no fueras tan obviamente joven, por supuesto que no me atrevería a preguntarte.

—Diecinueve —respondí, a la defensiva.

Jorge me hacía bromas a menudo respecto a los diez años que nos separaban, diciendo que él tendría que encargarse de completar mi educación. Edita suspiró.

—¡Qué maravilla ser tan joven! ¡Y tan linda, además! Yo me preguntaba cómo sería aquella que logró conquistar al inconmovible Jorge Luque y derretir su duro corazón, pero ahora lo comprendo.

Su sonrisa era franca y afectuosa, inspirándome una viva confianza de inmediato. Ella y Guy parecían ser el tipo de personas que atraen irresistiblemente. Para mí eran la pareja perfecta, extravertidos y alegres, completamente a tono en ese mundo do-

rado en el que siempre había deseado ser aceptada. Y lo había sido ampliamente. Esta primera incursión en el ambiente social de mi marido, al que desde este momento pertenecía por derecho, estaba resultando un éxito.

Más tarde, cuando volvíamos a casa en nuestro coche, dije a Jorge que lo había pasado espléndidamente y que toda la gente que había conocido me parecía estupenda.

—Sobre todo Edita —añadí—. ¡Es muy bella! Y aparenta tener veinte años.

Jorge replicó con cierta sequedad:

—De eso es lo único que tiene que ocuparse: mantenerse bella. No tiene hijos y dispone de todo el lujo que puede comprarse con una fortuna colosal.

● A medida que transcurría el verano vimos muy seguido a los Ubaldi y a los demás colegas y amigos de mi marido. Era un grupo unido y sociable. Siempre había motivos para hacer una fiesta en las casas de unos y otros; hasta nosotros tuvimos que hacer la nuestra; pero los Ubaldi ofrecían una reunión casi cada sábado. A veces me preguntaba de qué manera, en esa vorágine de diversiones, encontraban tiempo para su delicado trabajo que hasta entonces me había imaginado que requería de una dedicación más exclusiva. Jorge me explicó que de lunes a viernes no existía para ellos otro mundo que el de los laboratorios y gérmenes patógenos.

En ocasiones salíamos en grupo de cuatro con los Ubaldi a comer a algún restaurante y lo pasábamos divinamente. Encontrábamos satisfacción en la mutua compañía y conversábamos de todo con gran animación. Recuerdo que una noche en que éramos tres parejas, después del café y frente a nuestros bajativos, hablábamos de religión y temas afines cuando Edita declaró de pronto con asombrosa franqueza y seriedad:

—Lo que yo creo es que la gente paga por sus pecados aquí mismo, en este mundo. Y si no lo hacen, no faltará alguien que se ocupe de hacerles pagar.

Rieron todos nerviosamente y la conversación giró hacia otros temas. Pero más adelante yo iba a tener que recordar sus comentarios, en su total sombrío significado.

Una noche nos encontrábamos en una de esas reuniones en casa de los Ubaldi, tal vez la última de ese verano que ya llegaba a su fin. La temperatura ambiente era deliciosamente templada y aromada por el perfume de las flores del jardín que invadía la terraza y los salones. Apoyada en la balaustrada de la terraza, disfrutaba de la deliciosa sensación de la brisa y el perfume, que excitaban mis sentidos. Jorge y otros tres estaban fanáticamente dedicados a una partida de bridge y los demás reían y bebían ruidosamente en el salón.

Me sobresalté de pronto al sentir una mano apoyarse sobre mi hombro. Levanté la vista y Guido Ubaldi estaba a mi lado. Volví la cara, pero él no retiró su mano; sentí su fuerza y calidez traspasar la seda de mi vestido. El gesto de él pretendía ser casual, indiferente, fraternal. Pero algo como una corriente eléctrica pareció transmitirse a todo mi cuerpo a través del calor de su mano. Hice un movimiento para apartarme y comencé a decir algo respecto a mi intención de volver al salón con los demás, pero él me habló en voz muy baja, junto a mi oído:

—Nunca conocí a nadie parecido a usted, Cecilia. Es como..., como la realidad de un sueño que solía tener en otros tiempos.

—También usted es diferente a todos los hombres que he conocido, Guy —dije, sorprendida yo misma de pronunciar estas palabras—. La verdad es que creo que es un hombre peligroso.

Yo hablaba totalmente en serio, pero él echó atrás la cabeza, riendo.

—Es usted deliciosa, mi pequeño sueño —dijo.

Y súbitamente me estaba abrazando estrechamente y su boca buscaba con ansias la mía. Subyugada por las sensaciones voluptuosas que me inspiraba esa noche de verano, no opuse resistencia y fue un largo beso hambriento que me dejó con el corazón latiendo locamente. Cuando finalmente se apartó, dije con una terrible y angustiosa sensación de culpabilidad:

—Oh, esto estuvo muy mal, sí, muy mal, no debimos...

Guy murmuró:

—¿Qué es lo que estuvo tan mal, chiquilla querida? La vida es corta y los placeres que nos ofrece son escasos. Ahora, dime la verdad, ¿no disfrutaste tú también?

—Eso es precisamente lo que me hace decir que estuvo mal —dije con firmeza—. Soy muy joven, no tengo experiencia, pero quiero ser sincera y decir las cosas tales como son. Disfruté el beso, no sé por qué... No comprendo, estoy asustada y avergonzada. ¿Es que puede haber en mí dos mujeres distintas? Amo a mi marido. Creía ser una mujer honesta y lo que acabo de hacer o permitir que usted haga no es honesto. Nada lo justifica, porque no lo quiero a usted.

—Por supuesto, amas a Jorge —dijo Guy, apaciguante—. Así como yo también quiero a Edita... tanto, que la perdono.

—¿Perdonar a Edita? ¿Por qué?

—Bueno... —suspiró Guy—. Ella tiene su club de bridge, sus té-canastas de beneficencia, sus sesiones en el salón de belleza. Siempre está demasiado ocupada y demasiado fatigada por las noches para ser mi esposa. ¡Yo soy sólo el que está aquí para pagar las cuentas!

No me había figurado que Guido Ubaldi fuese un hombre a quien pudiera negársele nada, y mucho menos el amor de esposa.

—Lo siento —dije—. No tenía idea de que las cosas fuesen así. Ustedes dan la impresión de ser la pareja perfecta.

Me hizo alzar la cabeza y me volvió a besar con excitante violencia. Luego murmuró:

—Eres dulce, Cecilia, tan dulce y buena, además de bella. ¿Por qué no te conocí antes?

—Usted... no lo dice en serio —protesté—. Y ahora, creo que es mejor que entremos antes que Jorge me eche de menos.

—Espera un minuto, no te preocupes de Jorge, está absorto en su juego. Hablemos un poco más de nosotros dos. ¿Por qué me tratas tan ceremoniosamente de usted? Puedes tutearme, al menos cuando estemos a solas. ¿Sabes, pequeña? Has devuelto a mi vida un poco de magia, el objetivo sentimental que le ha estado faltando. Pienso en ti día y noche, como un adolescente enamorado. Tú que tienes tanto amor ¿no puedes darme un poquito?

—Oh Guy, no debe hablarme en esa forma, ¡por favor! ¡Se lo prohíbo!

Se apartó, dejando caer los brazos con desolación.

—Está bien, criatura deliciosa. Pero no me doy por vencido tan fácilmente, ¿sabes? Insistiré. Toda esta felicidad de besarnos está bien, ya lo verás... mientras no hagamos sufrir a terceros.

Tanto cinismo no me cabía en la cabeza. No estaba acostumbrada a este tipo de cosas que aparentemente eran materia corriente en esa sociedad. De ahí en adelante toda esa alegría y el ambiente de amable diversión estarían para mí empañados por esta revelación. Era demasiado ingenua tal vez, pero la inexperiencia de mis diecinueve años lo justificaba. Desde entonces iba a observar con suspicacia a todas esas parejas aparentemente tan unidas y felices como Jorge y yo. Quizás qué inconfesables complicaciones se ocultaban bajo la amable superficie. Sin embargo, no podía ser demasiado rígida en mis apreciaciones sabiendo, como ahora sabía, lo fácil que era dejarse llevar por la excitación de los sentidos en ciertos momentos.

¿No acababa yo misma, casi una recién casada, de permitir que otro hombre me besara? No lo pude resistir ni lo había rechazado con la suficiente firmeza.

Haciéndome el propósito de no reincidir jamás ni permitir ningún avance más a Guy ni a ningún otro, volví a entrar al salón. Al parecer, nadie me había echado de menos ni había observado la ausencia de Guy. Vi que Jorge bailaba con Edita y ella le hablaba con gran vivacidad.

Sin embargo, en el camino de regreso a casa con Jorge, percibí algo en el aire. Era como si mi marido estuviese silenciosamente acusándome por mi

●● Nunca un momento de loca ligereza pudo desencadenar peor tragedia

mal comportamiento. Esa noche cuando regresé del baño con mi más voluptuosa camisa de dormir, lo encontré durmiendo, dándome la espalda o tal vez fingiendo que dormía. Lo besé en el cuello deseándole buenas noches, pero no se volvió ni hicimos el amor.

Permanecí despierta durante horas, repasando los acontecimientos, luchando con mi conciencia. ¿Debería confiarle todo a mi marido? De ese modo indudablemente mi conciencia quedaría descargada, pero a expensas de un gran sufrimiento de mi querido esposo y un duro golpe a su dignidad de hombre. ¿Y después? Perdería para siempre la confianza en mí. ¿Cómo iba a tenerla en una mujer que se deja enamorar y besar por el primer tenorio que le sale al paso?

Afligida por terribles remordimientos y dudas no conseguía pegar los ojos. Finalmente me tranquilicé decidiendo que nada le diría a Jorge. Mi desliz quedaría para siempre en el secreto de mi corazón y no poder aliviar mi conciencia sería mi castigo. A fin de cuentas, el pecado no había sido tan grande ni pasó más allá de unos besos. Tomada esta resolución más o menos acomodaticia, pude finalmente dormir.

En todo caso, pensé que lo más prudente sería no ver tan seguido a los Ubaldi. Pero ¿con qué pretexto íbamos a alejarnos del grupo? Las fiestas continuaron durante el otoño, como igualmente las salidas al teatro y los restaurantes. Trataba de no encontrarme nunca a solas con Guy, consciente de la innegable atracción que ese hombre ejercía sobre mis sentidos.

La primera discusión que tuvimos mi marido y yo fue precisamente por mis ocasionales negativas a participar en estas reuniones.

—Es conveniente para mi carrera cultivar este tipo de amistades —me dijo—. Hasta hace poco te mostrabas encantada con ellos y tú les has caído bien sin lugar a dudas. ¿Qué te ha hecho cambiar de actitud? ¿Hay algo..., ha sucedido algo que yo deba saber?

Me apresuré a asegurarle que nada había sucedido y que mi falta de entusiasmo por asistir a las fiestas se debía en parte a cansancio y en parte a que últimamente no me sentía muy bien.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¿No vas a anunciarme que estás...?

—No, no estoy esperando un hijo, pero ¿qué tendría eso de tan terrible? Supongo que tendremos hijos, ¿no? Es lo natural. Pero, tranquilízate, aún no se anuncia. Ya sé que prefieres que esperemos todavía un tiempo.

—Eso es, preciosa. No quisiera que tuviéramos hijos hasta dentro de un año. Este primer año nos pertenece a los dos. ¡Tú, ocúpate de ser bella y de pasarlo bien!

—¿Como Edita? —pregunté intencionadamente.

—Bueno, no hay que exagerar la nota, pero... créeme que no te entiendo. ¿Qué más podría desear una mujer joven y hermosa que llevar la vida que tú llevas?

Preferí poner punto final a la discusión y no decir todo lo que pensaba de la vida que estábamos llevando. Jorge parecía creer que era necesario todo ese despliegue de actividad social para su carrera; por lo demás, yo sabía lo intensamente que trabajaba durante toda la semana y lo mucho que significaba para él ese paréntesis de diversión de los fines de semana.

De esta manera, no pude poner en práctica mis propósitos de alejarme de Guido Ubaldi.

Al finalizar el otoño fuimos invitados a pasar el fin de semana en el chalet de veraneo que los Ubaldi tenían en el norte, donde todavía hacía calor. Frente a la casa de estilo rústico había una caleta abrigada entre rocas donde el mar entraba formando una poza que era casi una laguna. Todo el día sábado estuvimos navegando en la lanchita a motor de los Ubaldi. Éramos sólo los cuatro y Guy aprovechaba cuanta oportunidad encontraba para rozarme y estrecharse contra mí. Cada uno de estos contactos me producía el efecto de una corriente eléctrica, pero evitaba mirarlo y darme por aludida de estos intencionados acercamientos.



Súbitamente me estaba abrazando estrechamente y su boca buscaba con ansias la mía.

Por otra parte estaba con los nervios de punta, temiendo que Edita o Jorge sorprendieran sus manejos.

Después de comida Edita tenía que escribir unas cartas y Jorge miraba un espectáculo en la televisión. Guy me invitó a dar un paseo y yo vacilaba en aceptar, pero mi marido me instó a salir, diciendo:

—Ve, Cecilia, es una noche maravillosa. Te hará bien un poco de ejercicio.

Apenas nos alejamos un poco de la casa, Guy me dijo con violencia:

—Tengo que estar a solas contigo, Cecilia. Encuéntrate conmigo en la madrugada. Te esperaré en la playa, cerca del bosque de eucaliptos. ¿A las dos de la mañana...?

—Pero... ¿está usted loco? —protesté—. ¿Cómo cree que podría salir a esas horas? ¿Qué le diría a Jorge?

—El estará durmiendo. Te deslizarás de la cama sin hacer ruido. Edita tiene el sueño pesado y en esta época del año no habrá nadie que pueda vernos.

Escuché rumor de risas y volví la cabeza. Edita y Jorge venían, a la distancia; al parecer habían cambiado de idea acerca de sus respectivas ocupaciones y preferían unirse a nuestro paseo. Sacudí la cabeza, aliviada al ver que ya no estaríamos solos.

—No —dije—. No pierda su tiempo esperándome. No vendré.

Por la noche, acostada al lado de mi marido, pensaba en las palabras de Guido Ubaldi, llegando a la conclusión de que su cerebro trabajaba de un modo extraño, alucinante. ¿Cómo pudo ocurrírsele que yo aceptaría su peligrosa invitación? Aunque lo hubiera deseado realmente, jamás habría tenido el valor de levantarme del lecho conyugal a esas horas, para ir al encuentro de otro hombre. ¿Qué esperaba él de mí? Obviamente, que me convirtiera en su amante. El recuerdo de aquel beso que le había permitido en la terraza hacía un tiempo, todavía me quemaba los labios. No podía evitarlo; amaba a mi marido, pero ese hombre me atraía poderosamente.

Hasta ese momento había ignorado ser capaz de albergar tales sentimientos, pero evidentemente era yo una joven mujer de temperamento apasionado... y de voluntad muy débil. Sentí vergüenza y desprecio por mí misma.

Cuando el reloj marcaba las dos de la mañana, me deslicé del lecho como una sonámbula y echándome un grueso abrigo de tweed sobre la camisa de dormir, salí del dormitorio sin hacer ruido. La puerta que daba al jardincito estaba abierta y salí por ella al sendero que corría paralelo a la playa, en dirección al bosque de eucaliptos. Me detuve un momento y alcancé a divisar la mancha clara de la chaqueta de Guy entre los árboles.

De repente el buen juicio se impuso en mí y como si despertara súbitamente de un sueño regresé corriendo a la casa, volviendo a mi cama al lado de mi esposo, estremecida de frío y horror por mí misma. Jorge no se había movido y yo no había estado afuera más de diez minutos. Me estreché contra él y lloré silenciosamente por lo que había estado a punto de hacerle. Me quedé dormida jurándome nunca más volver a dejarme llevar por esos impulsos imperdonables.

El domingo Guido no encontró la oportunidad de hablarme a solas, pero cuando descubría sus ojos azules mirándome, había en ellos un mudo reproche. Pensé que tal vez después de haberme esperado en vano aquella noche dejaría de perseguirme y respiré aliviada.

● Seguimos

encontrándonos en reuniones sociales, pero aparte de perseguirme con miradas apasionadas e insistir en bailar conmigo para estrecharme, Guido no volvió a proponerme ninguna cita clandestina.

La vida seguía su curso normal y nadie, absolutamente nadie, parecía darse cuenta de las asiduidades de Guy para conmigo, hasta el punto que dejé de preocuparme y comencé a tomarlas como un juego natural que a nada malo conducía... mientras siguiera siendo sólo un juego.

Edita seguía siendo conmigo encantadora y amistosa y ni siquiera en broma hacía alusiones a la predilección de su marido por estar siempre a mi lado.

Una mañana que salí de compras

NADA MAS QUE UN BESO

Afligida por terribles remordimientos y dudas no conseguía pegar los ojos.

encontré a Guido sentado al volante de su automóvil, estacionado frente a una casa de modas. Desde allí me llamó para que me acercara.

—Estoy esperando a Edita. ¿No quieres hacerme un poco de compañía? Sube un momento y luego te llevaremos a tu casa.

Acepté y me instalé a su lado. En el acto su mano se apoderó de la mía, presionándola con fuerza.

—Te necesito, Cecilia —dijo en voz baja—. No podemos seguir así. No puedes continuar manteniéndome a distancia. ¡No eres sino una pérfida coqueta! ¡Me voy a volver loco!

—Lo que me pides es imposible —respondí, tuteándolo por primera vez sin saber por qué—. Me alegro de tener esta oportunidad para aclarar las cosas, Guy...

Y en realidad me alegraba, sintiéndome protegida en medio del tráfico y de la multitud y por la inminente llegada de Edita. Proseguí diciendo:

—No tengo intenciones de engañar a Jorge. Debes saber que amo a mi marido y me siento avergonzada de haber permitido que me besaras. Debes comprender, además, que aquello no significó nada y que no tienes que seguir insistiendo. No creo haberte alentado ni dado a entender que estaba dispuesta a nada, ¿no?

—Eres muy joven, preciosa Cecilia, pero no una niña. En cuanto a darme a entender algo..., permíteme decirte que soy un conocedor y sé cuándo una mujer es o no asequible. Ese beso que dices no significó nada, me dio a entender la clase de mujer que eres y lo que es posible esperar de ti.

Ofendida e indignada hice un movimiento para bajarme en el acto del automóvil. ¿Pretendía decir que yo era una mujer fácil?

Se apoderó otra vez de mi mano.

—No he pretendido ofenderte. Sólo quise decir que eres una joven mujer de temperamento de fuego y sé que encontraría en ti la respuesta a todos mis ardores. Con tu belleza y esa disposición para el amor y la entrega, ¿no te das cuenta? Eres la mujer perfecta.

—Pero no debes esperar de mí...

Me interrumpí porque vi que Edita se acercaba, cargada de paquetes. Nos saludamos efusivamente y conversando trivialidades me llevaron hasta mi casa, no sin antes invitarme con mi marido a una gran fiesta en su casa el sábado siguiente.

● Jorge y yo

fuimos ese sábado a la fiesta de los Ubaldi. Era la más fastuosa de todas las que habían dado y la casa estaba llena de invitados que reían, bebían y bailaban disfrutando de la magnífica y generosa hospitalidad de nuestros anfitriones. De pronto Guy se acercó a mí y cogiendo mi mano, dijo:

—Venga, Cecilia. Quiero que vea los trabajos que vamos a hacer en la piscina. Edita quiere hacerla remodelar en forma arriñonada. Además, el jardín de rosas...

Siguió hablando detalles sobre los cambios que pensaban hacer. Al pasar junto a la terraza divisé a mi marido, apoyado en la balaustrada; al vernos levantó las cejas con gesto extrañado, pero en seguida volvió la espalda y entró al salón. Busqué a Edita con la mirada, pero no la vi.

Ya junto a la piscina, seca en esa época del año, Guy me cogió violentamente en sus brazos. Su boca buscaba ansiosamente la mía mientras yo luchaba por desasirme de su abrazo y volvía la cara. Sin embargo, la conocida languidez que me provocaba la cercanía de ese hombre comenzaba a apoderarse de mí nuevamente. Loca de desesperación y angustia, conseguí apartarlo. Se quedó mirándome, dejando caer los brazos.

—Cecilia, ¡sé que me deseas tanto como yo a ti! ¿Por qué te resistes y rehúsas entregarte a esta pasión que no puedes negar?

—Oh Guy, ¿es que no **puedes** entender? —dije, temblando entera—. Tú eres mayor y experimentado, y sabes que tus besos me hacen olvidar cosas importantes como el amor y la fidelidad. Pero yo, en mi inexperiencia, sé sin embargo muy bien adónde nos conduciría todo esto. No pretendo anularme de Jorge. Tu interés me halaga, tu persona me atrae poderosamente, pero es inútil seguir en este terreno peligroso. Tampoco tú te separarías de Edita, ¿no? Ella te quiere.

—¿Qué sabes tú de eso? Tal vez me ame, es cierto, a su manera. Pero es una mujer de una personalidad extraña, ¿sabes? Fingiendo siempre ser tan dulce..., pero es una mujer vengativa y dura y a veces deseo con toda el alma deshacerme de ella.

—Guy, lo siento por ti si eso es verdad —murmuré—. Pero tienes que creerme cuando te digo que quiero a Jorge. ¡Y esto no es fingimiento! Lo amo, ¿oyes? ¡Y **no quiero** volver a hablar nunca más de tales absurdos! ¡Nunca más!

Cuando me volví para regresar corriendo al salón no hizo nada por detenerme. Lo dejé allí junto a la piscina vacía, a la luz de la luna, y regresé a la fiesta. Lo único que deseaba era irme de allí en seguida, regresar a mi casa, sola con mi marido.

Al entrar al salón no vi a Jorge ni a Edita. Quería decir a mi marido que tenía un terrible dolor de cabeza y deseaba que me llevara temprano a casa. Lo busqué entre los grupos de invitados que reían y charlaban.

—¿Han visto a Jorge? —preguntaba—. ¿A Edita?

La esposa de uno de los médicos me respondió que probablemente Edita estuviera en la cocina ocupándose de que trajeran más bandejas con bocadillos.

—A Jorge no lo he visto —añadió.

En ese momento entró Edita desde la cocina, con aspecto agitado, seguida de una camarera cargada con bandejas de jamón y pavo en tajadas. Me acerqué a ella con la intención de hablarle de mi dolor de cabeza, pero entonces divisé a Jorge junto a la puerta del salón, enfrascado en una conversación con un grupo de hombres. Dejé a Edita y me acerqué a mi marido, tocándole discretamente el brazo, pero apenas se dio cuenta de mi presencia. En ese momento mi imaginario dolor de cabeza se estaba convirtiendo en realidad y estaba por insistir ante Jorge cuando escuché ese atroz grito ronco, llegando desde el parque, imponiéndose sobre la charla, que cesó de inmediato, y sobre la música. Después de un instante de asombrada inmovilidad, todos comenzaron a correr desde la terraza en dirección a la piscina... y el grito.

Sentí que la garra del terror me atenazaba la garganta cuando vi a uno de los amigos jóvenes de los Ubaldi bajar por la escalera de la piscina vacía hacia la masa amontonada en el fondo. Había un silencio mortal y después todos empezaron a hablar a la vez.

—¿Qué sucede?

—¿Qué ha pasado? ¿Quién está allá abajo?

—¡Qué horror! ¡Hay un cuerpo estrellado en el fondo!

El cuerpo era el del doctor Guido Ubaldi.

Otro hombre bajó y ayudó al primero a subir a Guy. Lo tendieron cuidadosamente sobre el césped. Después, el primero que había bajado declaró que quiso dar un paseo cerca de la piscina cuando vio el cuerpo en el fondo. El había sido el que gritó.

Apenas escuché sus palabras, mientras miraba la cara de cera de Guido Ubaldi. Sabía que estaba muerto. De todos modos alguien hizo venir a uno de los médicos y después de examinarlo declaró que tenía el cuello roto y se había golpeado gravemente la cabeza en la caída.

En medio del horror de la situación, comprendí que era yo la última persona que lo había visto vivo. Crucé una mirada con mi marido, que me había visto pasar con él en dirección a la piscina, y capté el mensaje mudo de sus ojos, diciéndome que debía mantener la boca cerrada.

Recuerdo el rostro de Edita cuando el médico pronunció su informe. Pálida como la ceniza, pero controlándose con fuerza sobrehumana. Después se volvió y caminó hacia la casa, su delgada figura erguida como siempre.

Todos los invitados se retiraron en silencio, a excepción del doctor Arnaud y su esposa Estefanía, que eran los más antiguos amigos de los Ubaldi, y se quedarían acompañando a Edita durante el resto de la noche.

Cuando llegamos a casa, pensé en tener una explicación con mi esposo.

—Fui con él hasta la piscina —dije—. Estuvimos un rato y luego lo dejé porque me dolía la cabeza y deseaba venirme a casa. Por eso fui a buscarte y...



• LOS NIÑOS NACEN PARA SER FELICES

La frase ya se ha convertido en un slogan y de tanto oírla se nos han cerrado los oídos y no la entendemos. No nos damos cuenta de que en nuestro país hay muchos niños que no son felices. Por muchas razones: porque deben trabajar desde muy pequeños, porque han sido abandonados por sus padres, porque son desnutridos y débiles mentales, porque viven en condiciones insalubres, etc. Y esta poca felicidad de los niños no se debe a que sus padres o madres no quieran atenderlos como ellos se merecen, sino a que no pueden hacerlo, por que deben salir a trabajar y deja a todos sus hijos solos durante el dí o porque no saben cuál es el mejo modo de cuidarlos.

Pero no por saber los motivos nos vamos a quedar tranquilos. Todos debemos luchar porque los niños de Chile sean felices, porque tengan buena alimentación, viviendas y educación; y aunque se trata de un problema global de la sociedad entera que debe cambiar, hay cosas que se pueden hacer de inmediato o dentro de un plazo relativamente corto.

Las guarderías infantiles, por ejemplo, en que los niños queden bien cuidados mientras sus madres salen a trabajar. El ideal es que las guarderías infantiles *sean dirigidas por profesionales que sepan cómo tratar a los niños, el mejor modo de atenderlos y educarlos,* pero cuando eso no es posible, *siempre se puede organizar una guardería en una población, en que las madres que no trabajan se preocupen de cuidar a los niños de las que trabajan fuera de la población.* Es una tarea que debería impulsar todo Centro de Madres.











• A DESBUROCRATIZAR LA BUROCRACIA

Hace algunos días tuve que ir al Gabinete de Identificación, sección pasaportes. Entre la inmensa cantidad de gente que había allí, estaba una señora que debía viajar al día subsiguiente. Cuando entregó todos sus papeles, le contestaron automáticamente: "Retire en tres días". La señora salió y a los pocos minutos se dio cuenta de lo que pasaba: "no puedo retirarlo en tres días". La señora volvió enojada a explicarle a la funcionaria y ésta le contestó que ella no podía hacer nada y la mandó a hablar con la jefa. Y la jefa dio las explicaciones del caso. "Ahora es para todo el mundo igual, señora, todos los pasaportes se demoran tres días", y no hubo más que hablar, no hubo cuñas, ni amigos, ni nada.

• El domingo 11 de julio se firmó el decreto de Nacionalización del Cobre. Para todo el país fue un acontecimiento de gran importancia: la segunda Independencia de Chile. Pero había lugares en que la desgracia del reciente terremoto no permitía recordar ese tipo de acontecimientos, o al menos yo creía que no.

El pueblo de Cabildo (cerca de La Ligua) es uno de los más afectados por el terremoto; la mayoría de sus casas están en el suelo y todos los habitantes están aún hoy ocupados en la reconstrucción. Pero Cabildo es también un pueblo minero y el domingo 11 de julio amaneció embanderado. De las ventanas de cada casa en ruinas salía una bandera. Los habitantes de Cabildo, como los de tantos otros pueblos de Chile, tuvieron tiempo para pensar, a pesar de sus desgracias, en la importancia que tenía la Nacionalización del Cobre y se hicieron tiempo para engalanar sus casas en ese día que a pesar de la desgracia debía ser un día de fiesta. Ellos entendieron que mientras el cobre siguiera siendo de compañías extranjeras, Chile prácticamente no era de los chilenos, porque debía depender, en gran medida, de esas compañías a quienes lo único que interesa es sacar la mayor cantidad de dinero posible, de la manera que sea.

—Ya sé que estuviste allá y regresaste en seguida. Seguramente resbaló y cayó. No estaría bebido, ¿no?

—¡Oh, no! Sabes perfectamente que jamás bebía demasiado.

—Bueno, ha sido un lamentable accidente. En realidad, una pérdida irreparable para la facultad. Era un hombre muy inteligente y lleno de cualidades. El único defecto grave que le conocí era su afición loca por las mujeres... de los demás.

Lo miré asustada. ¿Acaso se había dado cuenta de las maniobras de Ubaldi respecto a mí? Si así era, ¿por qué había callado? Como respondiendo a la pregunta que no pronuncié, dijo:

—Hace tiempo que venía observando sus atenciones para contigo. Supongo que las cosas no pudieron llegar demasiado lejos.

—¡Jorge!

—Tranquilízate, Cecilia. Confío en ti y sé que habrás sabido manejarlo y desalentarlo. Sólo que... a nadie debes mencionarle ese último paseo a la piscina. Al parecer nadie más que yo los vio alejarse hacia allá. De saberse, podría dar pábulo a absurdas suspicacias.

—Comprendo.

● La muerte

del doctor Ubaldi fue atribuida a un desgraciado accidente. Nadie discutió el veredicto y tampoco yo lo puse en duda. El funeral fue grandioso y su muerte fue sinceramente lamentada en todos los círculos.

En cuanto a mí, no me atrevía a bucear demasiado en mis sentimientos. Lamentaba su desaparición, sobre todo por Edita, que había quedado tan sola. Pero yo misma no sabía exactamente si lo sentía o no.

Jamás había pensado en su muerte como una solución a los problemas que él me había creado. Pero sí con el alejamiento, y ahora éste era definitivo. Y yo no había tenido responsabilidad alguna en su accidente. No lo había amado y lo que por él había experimentado era sólo una atracción animal. ¿Cómo podía sentirlo?

Dos días habían transcurrido solamente después del funeral, cuando recibí un llamado telefónico de Edita, invitándome a almorzar con ella. Me intrigó y asombró su invitación y temía enfrentarla, pero difícilmente podía negarme. Ella me inspiraba una gran compasión y también me sentía un poco culpable por haber permitido que su esposo me cortejara.

Edita me había citado en el restaurante del Club de Polo, donde habíamos pasado tan gratos momentos en vida de Guido. Me provocó malestar ver la gran habitación que evocaba la risueña presencia de Guido Ubaldi. Admiré la compostura de Edita y su extraordinario control.

Después de saludarme tan cariñosa como siempre, ordenó los aperitivos. Cuando el mozo los trajo, lo único que hice fue juguetear con mi copa mientras Edita bebía su martini de un sorbo, conversando sobre naderías. Comencé a preguntarme cuál sería la causa de su invitación y mi incomodidad se acrecentaba. Finalmente pidió otra copa para ella y me miró fijamente.

—Cecilia, tengo que decirte algo tan grave que apenas sé cómo empezar.

—¿De qué se trata, Edita? —pregunté, temblando.

—Podría comenzar por decirte que supe todo lo de Guido y tú desde el principio.

Quedé tan aplastada por su declaración que no conseguí responder una palabra. Ella sonrió débilmente.

—¡Oh Cecilia, mi linda, no te mortifiques así! Seguramente sabes que no fuiste la primera, ¿o no? Los enredos extraconyugales fueron la especialidad de Guy, su manera de vivir..., diría, la sal de su vida. Pero debo decir que esta vez se equivocó al escogerte a ti.

—No fue como tú estás pensando —protesté finalmente—. Nosotros..., es decir, Guy y yo..., nunca tuvimos esa clase de relaciones. Yo quiero a mi marido. Reconozco que fui una loca al permitir que Guy me cortejara, pero, te lo juro, Edita, y debes creerme, a lo más que llegamos fue a un par de besos, nada más.

—Puede ser que el flirt de Guido haya sido más inocente esta vez —dijo dubitativamente, suspirando—. Pero... le costó la vida.

—¿Quieres decir... —tartamudeé— que... que habría alguna conexión entre aquello... y el accidente de Guy?

—Exacto —dijo secamente, terminando de beber su segunda copa—. ¡Y no fue un accidente! ¡Tu marido lo mató!

—¡Jorge! ¡Oh, no, no! ¿Qué estás diciendo, Edita? Hubo un certificado médico, ¿no?; un pronunciamiento legal...

—Ya lo sé —afirmó Edita mirándome extrañamente con sus ojos oscuros—. No declaré nada sobre Jorge, no lo acusé, porque sé que no había planeado matarlo. De ese modo, no puede hablarse exactamente de asesinato.

—Pero... ¿cómo puedes saber que él lo hizo? —pregunté débilmente.

Aunque apenas había tocado mi martini, la habitación parecía estar girando a mi alrededor.

—Bien —explicó Edita nerviosamente—, resulta que los vi, a Guy y a ti, cuando iban hacia la piscina y decidí seguirlos un poco después...; ya puedes imaginarte mi sorpresa cuando vi, no a ti sino a tu marido con Guy. Y evidentemente discutían acaloradamente. Alcancé a oír a Jorge echándole en cara sus maniobras para seducirte y no sé qué explicaciones le daría Guy, pero de pronto las manos de Jorge volaron a la garganta de mi esposo y...

Se interrumpió, estremeciéndose, y luego siguió con más calma:

—...es increíble la fuerza que puede tener un hombre exasperado y ofendido. No tenía idea de que Jorge pudiera ser tan violento. Escuché un siniestro chasquido..., ¡era el cuello de Guy, quebrándose! Ni siquiera alcanzó a gritar. Jorge se apartó aterrado y Guy cayó a la piscina estrellándose en el fondo. Así sucedió todo. En seguida Jorge se apresuró a regresar a la casa y yo corrí tras él, pero no hice nada por acusarlo. Preferí primero reflexionar en lo que debía hacer y esperar a ver cómo resultaban las cosas cuando descubrieran el cadáver.

No supe qué decir. Recordé lo que me había costado ubicar a Jorge cuando entré a buscarlo en la casa. Y a Edita, apareciendo desde la cocina. ¿Cómo pudo tener tanta presencia de ánimo?, me pregunté, asombrada. O era una mujer de un equilibrio extraordinario, o estaba en un estado de choque emocional, o tenía el corazón más frío que una piedra. Ahora seguía hablando, con profunda tristeza:

—Guy me ofendió engañándome con gran frecuencia, flirteando y enamorando a otras mujeres, Cecilia, teniendo relaciones ilícitas con ellas cuando las conquistaba. Sin embargo, era mi marido y yo lo quería y lo perdonaba siempre. Pero en este caso no podía culpar demasiado a Jorge por querer proteger su hogar y a su mujer. Sin embargo consideré que era preciso que lo supieras. Y yo me siento mejor por compartir mi terrible secreto.

Preferí primero reflexionar en lo que debía hacer y esperar a ver lo que sucedería cuando descubrieran el cadáver.

Después de nuestra conversación, ninguna de las dos deseaba comer nada. Cuando Edita me llevó a mi casa en su coche parecía lamentar haberme trastornado de esa manera. En todo el trayecto no pronuncié una palabra. Cuando me bajé, me sonrió afectuosamente, diciendo:

—Querida Cecilia, recuerda que el tiempo cierra todas las heridas. ¡Ya te sobrepondrás a esto!

● Pero se

equivocaba. Jorge no había querido confiar en mí en este momento crucial de su vida y guardaba celosamente el secreto de su crimen; no me atreví a comunicarle que yo también lo sabía ahora. La brecha que insensiblemente había empezado a separarnos a mi marido y a mí en los últimos meses, después de esa revelación se amplió considerablemente.

Con frecuencia lo sorprendía observándome. Y yo lo observaba a él para ver si mostraba signos de remordimiento por lo que había hecho a Guy. Miraba sus grandes manos vigorosas pensando que habían sido capaces de romper el cuello de Guy. ¡Esas mismas manos que podían seguir acariciándome!

Vivía presa del pánico, en medio de una pesadilla de dudas y temores que nunca había creído posibles. Por otra parte, era mi propia conciencia la que más me afligía. ¡Pensar que por mi

falta de voluntad para resistir la atracción que Guido Ubaldi ejercía sobre mí, mi marido había llegado hasta el crimen!

Dando vueltas y más vueltas a lo mismo transcurrían mis días en medio de la nerviosidad y el miedo. Conseguía tranquilizarme algo al reflexionar que si bien yo había pecado de ligereza, él, mi esposo, no me había protegido como debió hacerlo. ¿No me había dicho que se había percatado hacía tiempo de las maniobras de Ubaldi? ¿Por qué se resistió entonces a mis esfuerzos por alejarnos de esa sociedad? ¿Porque le convenía a su carrera, como me explicó? En tal caso significaba que había dado más valor a sus ambiciones que a nuestro amor y la estabilidad de nuestro hogar.

Dos meses transcurrieron de esta vida angustiosa. Una noche en que el insomnio fue peor que nunca, me levanté a las cinco de la mañana y fui a la cocina a prepararme una taza de té. Esperando que hirviera el agua, pensaba: "No podemos seguir así mucho tiempo más. Tengo que volver a confiar en él, recuperar nuestra anterior comprensión y cariño o no tiene objeto continuar manteniendo esta caricatura de un matrimonio feliz". De pronto oí que Jorge bajaba.

—Te has levantado terriblemente temprano —dijo en tono extrañamente afectuoso—. ¿No podías dormir?

Asentí, sin hablar. El suspiró profundamente.

—Cecilia, ¿no hay algo que quisieras decirme?

Desoladamente, sacudí la cabeza.

—Creía que eras tú el que tenías que decirme algo.

Sin responder, Jorge enchufó la cafetera eléctrica. En ese momento escuchamos el silbido del muchacho repartidor de diarios y Jorge fue a la puerta a recogerlo. En menos de un minuto estuvo de regreso en la cocina, mirándome con ojos desorbitados.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Que horrible noticia! Edita Ubaldi se mató anoche.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿En qué forma ha muerto?

En seguida comenzó a leer el párrafo en alta voz:

"La señora Edita Ubaldi, viuda del profesor Guido Ubaldi, fallecido accidentalmente hace unos meses, fue víctima de una tragedia anoche en la carretera panamericana. Conducía su automóvil de regreso a su casa cuando el coche resbaló sobre el asfalto húmedo, volcándose. La señora Ubaldi falleció instantáneamente."

—¡Pobre Edita! —murmuré, aturdida—. ¡Lo siento!

Jorge me dirigió una mirada extraña.

—Me sorprende que reacciones así —dijo lentamente—. Yo también lo siento, pero... por otra parte confieso que experimento un gran alivio. Ella era la única persona que sabía la verdad acerca de la muerte de Guy..., y ahora la verdad ha muerto con ella.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas.

—Yo también la conozco, Jorge —dije, temblando.

—¡Desde luego que sí! —señaló con impaciencia—. Pero ahora el secreto queda estrictamente entre nosotros. ¡Oh Cecilia, mi querida Cecilia! Yo sé que no tuviste la intención de empujarlo. Pero él era de aquellos que jamás aceptan un no por respuesta. ¡Comprendo lo desesperada que debes haber estado! Créeme, linda, me culpo mucho más yo mismo por haber esperado que supieras manejarlo. ¿Por qué no te confiaste a mí? He estado esperando cada día una palabra tuya. Había resuelto finalmente aclararlo

confidencias

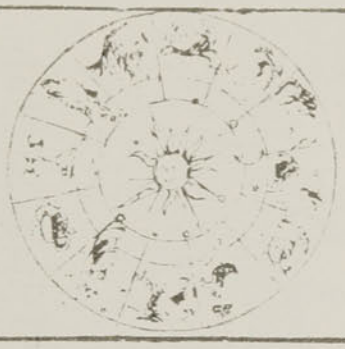
	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día sábado. Color café. Número 0	Día viernes. Color naranja. Número 9.	Día lunes. Color gris. Número 3.
TU CORAZON	Una carta demasiado sincera te hará perder en parte tus ilusiones sentimentales, pero te ayudará a afrontar mejor la realidad.	No alientes con tu comportamiento a esa persona que se interesa por ti. Sabes que cualquier acercamiento sería imposible.	Da a tu matrimonio un nuevo impulso. Enriquece tus sentimientos y rechaza la monotonía del diario vivir. El resultado será bueno.
TU TRABAJO	No te sentirás de ánimo como para aceptar responsabilidades ni compromisos. Pero debes reaccionar, ya que es el momento de actuar en serio.	Existen posibilidades de una nueva actividad que cambiaría por completo tu existencia. Mide primero sus ventajas y desventajas.	No abandones la lucha por imponer tu personalidad. Los problemas de dinero llegan a acobardarte, pero debes enfrentarlos.
TU SALUD	Falta de sueño y estados de inquietud provocados por alteraciones nerviosas. Practica relajación muscular antes de acostarte.	Tu cuerpo necesita más ejercicio. Trata de buscarte unos minutos al día para practicar gimnasia o hacer una caminata.	No comas hasta quedar totalmente satisfecha. La comida debe ser un medio para subsistir sanamente y no el fin de tu vida.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día jueves. Color blanco. Número 2.	Día martes. Color negro. Número 0.	Día sábado. Color rojo. Número 1.
TU CORAZON	¿Estás segura de que es amor lo que te une a esa persona? Reflexiona antes de dar cualquier paso que más tarde podrías lamentar.	Una sensación de tristeza y melancolía te acompañará aún en medio de fiestas y el bullicio. Posiblemente encuentres paz en la soledad.	Un sentimiento de simpatía que parecía superficial se irá profundizando día a día. Deberás decidir a ese respecto. Reflexiona.
TU TRABAJO	No te margines de las nuevas corrientes por temor a expresar tus ideas. Tu opinión puede ser tan valiosa como las de otros.	Revelarás cualidades especiales como mujer de negocios. Ayuda con tu consejo a tus colaboradores que veas en mala situación.	La semana no se presenta favorable en el terreno material. Si tienes que invertir en algo trata de posponerlo hasta la semana que viene.
TU SALUD	Tus nervios siguen siendo el peor enemigo de tu salud. Unas buenas vacaciones pueden ser el remedio adecuado.	Tu dolores de cabeza son consecuencia de tu exceso de trabajo. Nunca hagas más de lo que físicamente puedes aguantar.	Te sientes decaída y con deseos de dormir todo el día. Ese puede ser síntoma de presión baja o anemia. Cuídate.



(22 de junio al 22 de julio) CANCER	(23 de julio al 22 de agosto) LEO	(23 de agosto al 22 de septiembre) VIRGO
Día sábado. Color morado. Número 6.	Día domingo. Color rosado. Número 3.	Día lunes. Color celeste. Número 8.
Recibirás una enorme prueba de amistad y lealtad por parte de una amiga. Corresponde sus sentimientos en la misma medida.	Será la semana de los adioses y las despedidas, pero no debes llorar sobre el recuerdo: el verdadero amor volverá a ti.	No juzgues demasiado severamente a las personas sólo por las apariencias. Investiga sus razones antes de tomar un partido.
Deberás tratar asuntos delicados y desagradables relacionados con bienes materiales. Da muestras de firmeza y decisión.	Busca la colaboración de personas entusiastas para que te proporcionen el impulso que requiere tu carácter apático.	Cuida tus intereses con más entusiasmo. Eso no significa que no sigas siendo generosa con los que en ti buscan ayuda.
Los trastornos hepáticos tienden a desaparecer. Sigue cuidando tu alimentación y evita todo exceso.	Una antigua dolencia puede volver a molestarte en estos días. No te dejes acobardar y empéñate en salir adelante.	Cuidado con el exceso de cigarrillo, sobre todo ahora que te encuentras un poco resfriada. La nicotina es nefasta para los bronquios.

el cielo



SEMANA DEL 10 AL 16 DE AGOSTO

(22 de diciembre al 20 de enero) CAPRICORNIO	(20 de enero al 18 de febrero) ACUARIO	(19 de febrero al 20 de marzo) PISCIS
Día jueves. Color azul. Número 6.	Día domingo. Color amarillo. Número 1.	Día lunes. Color verde. Número 3.
Tensión en familia debido a tu mal carácter. Si quieres mantener la armonía con los tuyos trata de controlarte y ser comprensiva.	Tu juventud y espontaneidad serán los mejores triunfos para la conquista del amor. No abandones nunca tu sinceridad con la gente.	Te estás aventurando en un camino peligroso del que más tarde no sabrás cómo salir. Piensa bien antes de dar otro paso.
Fíjate y administra mejor tu presupuesto. Una serie de pequeños gastos puede llegar a descontrolar tus economías.	Harás bien en reclamar tus derechos si tus méritos no han sido reconocidos con justicia. Pide consejo si no sabes cómo hacerlo.	Haces mal en sospechar de esa persona, creyéndola malintencionada. Confía en ella, te ayuda con total desinterés.
Estado general bastante aceptable. Concentra tu atención en tu figura que denota una marcada tendencia al aumento de pe-	Domina tus arrebatos de carácter que son el peor enemigo de tu salud. Tus insomnios pueden deberse exclusivamente a eso.	Una vida metódica y una alimentación adecuada son la base de una buena salud. No lo olvides bajo ninguna circunstancia.







todo hoy mismo y ahora sucede este accidente... ¡Pobrecita, has estado viviendo todo este último tiempo en un verdadero infierno!

Mientras Jorge hablaba, mi cara debe haber sido una máscara de emociones mezcladas.

—¡Edita te dijo que yo lo había matado! —grité.

—Sí, ella me lo contó todo. Que esa noche los siguió a los dos y te vio luchar con él. Y luego, cómo lo empujaste... Oh mi amor, no debemos volver a recordar toda esta pesadilla. ¡Ven a mis brazos, confía en mí, soy tu marido, te quiero y te protegeré siempre!

Me tomó en sus brazos y me estreché contra él. Luego un llanto histérico mezclado con risa me sacudió. Recordé unas frases que Edita había pronunciado hacía tiempo: "Creo que las personas pagan por sus pecados aquí mismo, en este mundo. Y si no lo hacen, no faltará alguien que se los haga pagar". Al mentirme a mí y a Jorge, Edita se había ocupado de que yo pagara por los míos. Guy me había dicho una vez que era una mujer vengativa.

Apartando a Jorge, lo miré a los ojos y dije:

—Jorge, escúchame. Edita me contó haberte visto a ti luchando con Guy; dijo que había escuchado el sonido de su cuello cuando tú lo apretaste hasta quebrarlo y después vio cómo lo dejaste caer a la piscina. Me dejó convencida de que tú lo mataste.

—Pero, Cecilia, ¿cómo pudiste creerle? Todo el tiempo estuve hablando con Arnaud y los otros en la casa. ¡A cualquiera que le hubieses preguntado te lo habría confirmado!

—Pero ¡no me habría atrevido nunca a preguntar! ¡Oh, Jorge, amor mío, debí haber sabido que jamás habrías podido matar a nadie! He sido tan estúpida, tan ingenua...

—Edita debe haber estado loca para contar tan monstruosas mentiras —comentó sombríamente mi marido.

—Supongo que quiso hacerme pagar porque creía que yo era la última conquista de Guy. Dios sabe cuánto lamento haberle permitido que flirteara conmigo, pero más que nada me he afligido por ti, mi amor. ¡Te quiero mucho más de lo que puedes imaginar!

● En las semanas

siguientes a la trágica muerte de Edita, me pregunté si después de todo no habría sido ella misma la que mató a Guy. Pudo haberse deslizado sin ser vista por la puerta de la cocina y luego regresar rápidamente por el mismo camino sin que nadie se percatara de su momentánea ausencia. O bien se trató efectivamente de un accidente y ella urdió este plan para mortificarme. Nunca se sabrá. Ella se llevó su secreto a la tumba. Tal vez sus sombrías ideas respecto al pecado y su castigo habían resultado ciertas para ella también. Quizás pagó su propia deuda con su vida.

Ahora que todo aquello ha terminado y que Jorge y yo hemos vuelto a encontrar el camino de la felicidad, todo lo acaecido me parece un sombrío sueño.

Lo importante para mí, sin embargo, es haber aprendido las consecuencias que puede acarrear un desliz que cualquiera podría considerar de poca o ninguna importancia. Porque, ¿qué pueden significar sólo unos besos? Sin embargo, el beso que no pude resistir había precipitado la tragedia y nos hizo sufrir a mi esposo y a mí las angustias de un infierno de dudas y temores.

♥♥



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

Eº 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

• Eº 4 • N.º 1940



EL ENIGMA DE MI HOMBRE

En un principio sólo sentí deseos de morir porque la realidad me era demasiado dura para enfrentarla.



EL DESENLACE

Edesio Alvarado

CAPITULO VII

EL GRUPO estaba fatigado. Había recorrido cerca de cien kilómetros ásperos, y sólo ahora Laurencia, Gonzalo y Arrizaga se daban cuenta de que los había sostenido la tensión. De los Payahuala nada era posible suponer. No demostraban cansancio ni complacencia. Se advertía que la conversación no iba a ser larga, y sólo Arrizaga hablaba a intermitencias, instando a Gonzalo por más pisco. Este no lo escatimaba. Quedaba la noche.

La fogata del campamento parecía un resto del crepúsculo y todos la contemplaban presas de cierto innato asombro. Con los rostros ocurría lo que antes con el paisaje bajo la luz plena: daban la impresión de estar pintados, suspendidos en la tiniebla, como máscaras de terracota, tras las cuales no existía sino la noche. Sólo los indios denotaban estar en su elemento. Mientras se comía, y estimulado por el pisco, Calixto se puso a conversar, a exponer su vieja sabiduría, a hablar de las maderas y de las yerbas útiles, de los animales aptos para la caza, de las andanzas de los hombres y de las bestias errantes. A ratos y con creciente frecuencia llegaban del lago extraños graznidos, semejantes al gruñir de cientos de cerdos.

—¿Qué es eso? —preguntó Laurencia—. ¿Acaso chanchos salvajes?

—Todo animal que se larga a los montes se hace salvaje aquí —explicó Calixto—, de ahí salen los baguales, hasta unos perros lobos se vieron una vez por el Baker, pero esos que roncan no son chanchos salvajes, son cuervos de mar que tienen sus nida-

DEPOSITO LEGAL

les en los árboles del lago, miles y miles hay.

—Algunos graznidos parecen voces de gente ahogándose —dijo Arrizaga.

—Algunas son, algunas son —aseguró Calixto—; voces se escuchan de repente, gritos, llamados, ya se acostumbrarán a oírlos, con las ánimas de la noche.

El hálito de irrealidad rodeaba al grupo. Todos lo percibieron. Como para destruirlo, Gonzalo planteó los aspectos prácticos de la situación.

—Pronto nos va a ganar el sueño —dijo—; es necesario que organicemos la vigilancia. Los hombres haremos turnos para cuidar el fuego y montar guardia.

—Para qué ustedes, con nosotros basta y sobra —arguyó Calixto—, la noche es cortita ahora, qué nos hará un par de horitas más menos a mí y a la Peocha; duerman tranquilos, mismamente sabemos disparar esos aparatos.

No fue posible disuadir a los indios. Los demás se recogieron tras la lona, y, conversando cada vez más distanciadamente, se aprestaron a la somnolencia, que aun tardó en llegar.

Entonces ocurrió la derogación de cuanto había acontecido en el crepúsculo. Desaparecieron las referencias del espacio, y de nuevo el tiempo, como una succión o un túnel, y en torno el vacío se erigieron en la única realidad discernible.

Gonzalo no pudo soportarlo.

Laurencia comprendió. Nada había de alucinación, de yerro. Y cuando lo natatorio de la noche los anegó por completo, ambos se abandonaron al terror. Pero no al terror moral, misérrimo, utilitario, sino al terror vital, en estado de origen, inductivo, que, a la llegada del sueño, ya les había hecho aceptar que jamás despertarían.

Pero despertaron, aunque Pedroza hubo de remecerlos. Laurencia y Gonzalo se irguieron con la impresión de que algo tremendo, inesperado, había ocurrido mientras dormían, algo así como un gran cambio de lugar de sus personas o de dirección en las cosas. No lograban explicárselo en sus palabras. Desde su llegada a Aysén ellos habían contemplado ese amanecer, aquella otra, reestructuradora versión de la luz, del color, del movimiento y concatenación de los fenómenos. Pero no era esto lo que los desconcertaba. Era la sensación de encontrarse en un mundo desconocido, y, sin embargo, de pertenecer ya a él, de haber estado ahí antes, de recordarlo en lo profundo del soma.

La pareja se puso de pie y, antes de nada, enfiló hacia el camino. El indio Payahuala fue tras ellos, adivinando lo que harían. Laurencia y Gonzalo caminaban como si por ese suelo hubieran transitado mil veces. Anduvieron un rato, hasta ascender a una altura apropiada, desde donde pudieron contemplar las aguas platinadas y los contornos del lago. Casi a los pies de los viajeros se extendía una pequeña península chata, de vegetación cerrada. Hacia el suroeste, al fondo del límite visible, a unos veinte kilómetros, una lengua de tierra penetraba en el lago. Todo era silencio, salvo el aleteo de los primeros cormoranes vagabundos. Gonzalo, estremecido a su pesar, igual que si hubiera estado presenciando un parto extraño, se volvió a Payahuala, preguntándole:

—¿Falta mucho?

—Bueno, de llegar casi hemos llegado —repuso el indio—, claro que de faltar, algo falta todavía, hay que seguir bajando, llegar al Baker y pasar el río Chacabuco cerca de Confluencia, de ahí se baja algo más, se pasa el Baker y se anda al oeste, no es mucho, no, unas catorce leguas argentinas.

—¿Leguas argentinas?

—Claro, esas de cinco mil y pocos metros.

—Es decir, unos setenta kilómetros...

—Y qué es eso en estos trechos...

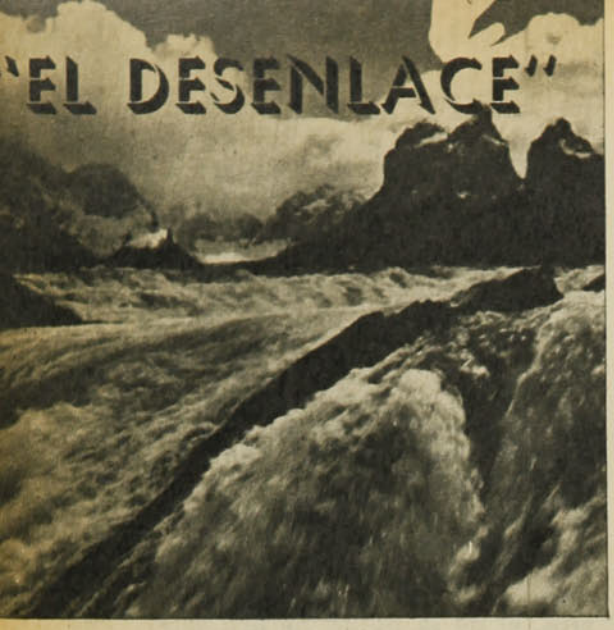
Laurencia y Gonzalo continuaron un rato con los ojos puestos en el suroeste y luego miraron a Payahuala como si esperaran de él una revelación. Entonces el indio comprendió y dijo:

—Ven esa lengüeta allá abajo, detrasito está Puerto Beltrán... Y ven esa sarta de cerros, el de la punta de acá es el Redondo, detrasito d'él quedan las tierras de ustedes...

NUESTRAS tierras le interesan ahora más que yo misma. Si por mí, si por odio mató, su codicia le empujará a hacer el resto. Desde que le mentí con la veta, no tiene otra idea que la de conseguirlo todo como sea... Quiere decir que él mismo va a buscar el momento, su mal momento. Yo lo dejaré enredarse en sus planes. Permitiré que llegue al límite. Y entonces lo haré. No tengo más remedio. No me queda otro camino. De lo contrario, Navarro o el sargento no me dejará cumplir conmigo y con Gonzalo...

Los pensamientos de Laurencia se reiteraban, se sucedían como en un tropismo concéntrico, estimulado de un tiempo a esa parte por el temor a que el sargento descubriera y desarmara aquella trama suya tan difícilmente elaborada. No olvidaba las palabras de Galindo: "Pero el colorín ése tendrá que vérselas conmigo..." Y el sargento se había despedido lleno de sospechas. No creyó su historia sobre su amistad con Danilo en el norte, y averiguaría la verdad. Todo eso complicaba las cosas. Ahora no sólo debía operar con los sentimientos de Danilo para atraerlo a su emboscada. Tenía que elegir cuidadosamente el momento del golpe. No tan inmediato que despertara sospechas, puesto que su contacto aparente con Danilo era reciente, ni tan lejano que permitiera al sargento adelantársele. Además estaba Navarro, quien venía a representar el azar, capaz también de terminar con su lucubración.

Laurencia transcurría regida por esta oscilación. Era lo único



que le importaba. La sensación de culpabilidad ya no la hería. Su impunidad moral y física se mostraba evidente.

La sentencia estaba lanzada sobre Danilo. Si no la cumplía ella, lo iba a hacer el sargento, o Navarro. Galindo había dicho: "Ese maldito que mató a su marido no puede arrancarse así no más. Dénos usted el dato y nosotros lo apañamos..." "Cosas buenas no hemos hecho muchas en la vida, y esto sí que va a ser una cosa buena para usted, para todos..." "Ese bandido a nadie hace falta..." Y el cabo Aynol había remachado: "¿Qué nos puede remorder a dos policías viejos como nosotros?..." "El Libro dice también: "Cada hombre morirá por su propio pecado"..."

Era cierto eso. Tal cita sonaba a una justicia seca, categórica. Y no sólo aquélla, sino todas las terribles palabras de venganza y de sangre contenidas en el Exodo, el Levítico, el Libro de los Jueces y el Deuteronomio. En otro tiempo Laurencia había leído el Antiguo Testamento, pero atendiendo sólo a la belleza y a la fuerza capaces de haber hecho perdurar las viejas voces bíblicas. Se le había escapado lo que era, a la postre, su condición de permanencia, el contenido concreto de la ley mosaica, su sentido humano, como expresión de pueblos sojuzgados por la violencia y por el desesperado sueño de hacer prevalecer su estirpe. Gonzalo le hizo comprender mejor aquellos himnos y salmos crueles. Uno de esos enunciados la laceraba en especial. Era del Libro de los Números: "No marchitéis pues la tierra donde moráis; porque es la sangre lo que más marchita la tierra, y no se puede hacer expiación por la tierra para limpiarla de la sangre que se ha derramado en ella, sino con la sangre de aquel que la derramó..."

Laurencia encontraba en estas palabras la justificación moral de su acto, lo irrecusable de él, pero además ellas eran un símbolo, resumían de modo extrañamente justo el sentido de su vida en esa tierra, su trance actual, su desenlace.

También contaba Navarro. El había dicho: "Quiero que mi vejez o mi muerte sirva de algo, y haciendo esto por Gonzalo y por usted será mi manera de conseguirlo..." Esa similitud de intención con los carabineros no era casual. Resultaba que todos veían en la muerte del asesino una buena acción. Y necesaria, porque la consideraban una suerte de redención de sus vidas implacables y ya maltrechas. ¿Por qué no admitirlo ella así también? Una buena acción. Una acción de la pretérita justicia esencial, de su justicia, la que, por esto mismo, ella no podía transferir. No olvidaba otras palabras de Navarro: "Si necesita que se haga justicia, de la mano que caiga es lo que menos importa..." Pero esa mano debía ser la suya, para que resultara realmente justo. Era lo primero que ella había pensado, segundos después de escuchar el disparo. Y era su conclusión última, ahora que todo estaba sopesado, deducido, y, además, acelerado por factores fuera de su control.

Porque una vez muerto Danilo, ¿qué ocurriría?

Si lo mataba Navarro, el sargento averiguaría. Pero si lo mataba ella, Galindo se lo acharía de todos modos al cuatrero. Nada podía hacer ella en contrario. Nada de utilidad para nadie. Ni aun en el caso de confesarse culpable. Eso no salvaría a Navarro. El sargento no iba a incriminarla y se aferraría a la oportunidad de ajusticiar al bandolero. ¿Quién sería responsable de eso? Ella no, desde luego, sino la vida del propio Navarro, su pasado criminal, el odio que le profesaba el sargento. "Cada hombre morirá por su propio pecado", o como lo decía Gonzalo: "A veces nuestras pasiones nos obligan a pagar por actos que ni siquiera hemos cometido, de la misma manera que si en un pueblo hay un robo, todos acusan al ladrón de la vecindad. Nuestras pasiones nos marcan, y la gente o es estúpida o carece de misericordia, y nos condena disfrazando su estupidez o su crueldad con el buen sentido de la justicia..." Así, condenado Navarro de antemano, la inculpación no significaría para él un mal mayor. El propio cuatrero se consideraba ya un condenado a muerte, un rematado. "Un crimen más que me cuelgan no me hará nada", había dicho, y con ello, sin sospecharlo, la liberaba a ella de responsabilidad.

Ahora bien, si era Galindo quien mataba a Danilo, las cosas no cambiaban. Al hacerlo, el sargento en cierto modo estaba en su derecho, en lo que él consideraba también la justicia, su justicia. Como en la situación de Navarro, su vida anterior le condenaba. Ahí estaban su amenaza de doce años atrás, la persistencia de su furia, su locura compuesta de alcohol y de fracasos, su llegada a esas tierras. Eran los rastros de antes del crimen de que hablara el sargento. Así, pues, ella estaba liberada de culpabilidad moral en todo caso, y por todos los elementos en juego.

Y, por último, se hallaba liberada también del riesgo físico, de la posibilidad de acusación material.

Ultimado Danilo, ¿quién podría culparla? Dónde y cuándo lo hiciera no habría testigos, y ella sabría borrar toda huella. Si la escopeta que mató a Gonzalo estaba en el fondo del río, ahí iría a parar el arma que ella utilizase. Quemaría además las ropas contaminadas por el crimen. El agua y el fuego destruían todo vestigio de sangre. En ella misma, en sus ojos tampoco quedarían rastros. Cobraban validez

las palabras de Navarro: "¿Contra quién podrá cargar Galindo?... ¿Contra usted, que no puede tener cara de sospechosa?..."

El arma era otra vía de escape. Una vía señalada por el propio Galindo al planear ante ella el montaje de un posible suicidio. "Gente muerta aparece en todas partes, todos los días... Un revólver puede dispararse para cualquier lado, incluso contra su mismo dueño. Así les pasa a los suicidas..." Y aun cuando, ya en la instancia final, Galindo sospechara de ella, ¿qué podría temer? El sargento espontáneamente le había asegurado su fidelidad, el secreto: "Por mostrarle nuestro aprecio le daríamos cualquier mano, la que fuera... Yo soy su amigo, doña Laurencia..." "Fuera de los tres, nadie más sabrá..."

De manera que ella lo tenía todo: la justicia, la impunidad, el secreto. Y tenía la obligatoriedad de su represalia.

Sólo subsistía un riesgo: el azar. Que el plan fallara. Que Danilo sospechara y huyera. Que ella fuera sorprendida por algún extraño en la comisión del acto. Pero aún quedaría entonces una salida: el suicidio. ¿Por qué no? En su caso particular era una salida, significaba una solución. Laurencia aún tenía vivos en la memoria los conceptos de Gonzalo. Siempre la habían impresionado por su lucidez, por la posibilidad de que alguna vez le fueran útiles:

"Yo no sé por qué hay gente que le tiene tanta aversión al suicidio, que debiera ser un acto tan racional como el matrimonio o la elección de un oficio. No es raro en un creyente, él teme a la condenación, tiene la idea de que el espíritu de cada hombre es parte de la divinidad, y que, en consecuencia, nadie puede disponer de su vida ni de su muerte. Pero lo extraño es que haya gente "de avanzada" para quien el suicidio también es algo "malo", un acto de locura o de "cobardía burguesa". Puede que en muchos casos suicidarse sea, en verdad, un acto de cobardía, de locura o simplemente una tontería. Pero siempre y necesariamente... ¿Sabes? En el fondo, esa gente pueril que sólo ve "nihilismo" en el suicidio, tiene un criterio atrozmente eclesiástico. Rechaza toda idea de divinidad, de inmortalidad del alma, pero al prohibirle al hombre el uso de su vida y de su muerte, le niega de una u otra manera la propiedad sobre su conciencia, como si ésta dependiera de alguna entidad extrahumana, con lo que se termina por aceptar la naturaleza metafísica que se dice rechazar... Una persona puede suicidarse lúcidamente, en el pleno ejercicio de su derecho como ser inevitablemente perecible. Puede ocurrir que, libre del terror o de la angustia, todo le indique en un momento que su vida ha llegado a su plenitud, y que de ahí en adelante comenzará su decadencia, el tiempo asqueroso de la degradación, del reblandecimiento, de la dependencia dolorosa de los demás. Si esa persona no tiene ataduras mayores, si teme que su decadencia empequeñezca la obra que le ha dado sentido y valor a su vida, puede elegir el suicidio a plena conciencia, sin que por ello sea un cobarde, un loco o un pequeño burgués... No hay que aferrarse a ese sentido idealizado y hasta estúpido que le damos a la esperanza, como si ésta fuera la panacea, la sublimación de todo mal, la rectificación de todo error. La esperanza sólo es admisible cuando es útil, y cuando no, el suicidio viene a ser una opción tan legítima como cualquier otra..."

"Este puede ser mi caso —pensaba Laurencia—. Mi vida ya no va a experimentar ascenso alguno. Fuera del propósito de vengar a Gonzalo, ¿qué me queda? No tengo hijos, ni juventud, ni madre, ni amor. Sólo me espera la degradación. La esperanza, ¿qué utilidad puede tener en estas circunstancias?..."

Pero la mujer reaccionaba luego. Quizás llegara a ser ése su caso; sin embargo, aún no lo era. Todavía estaban por delante su designio, la red que tejía para consumarlo. Y ésta ya no podía recogerse. Había puesto en ello toda su eficacia, su significación. Nada primaba sobre el desenlace.

Ella seguiría alentando las visitas de Danilo, su aproximación, su frecuencia. Le ofrecería reciprocidad. Y con sólo dos elementos le atraería. La mentira de la veta encontrada por Gonzalo obraba con fuerza sobre el hombre. Los ojos de éste habían fulgurado al escucharla, y enviándole a su sirviente Remigio, Danilo esperaba establecer el conducto creciente. Hacia el norte las tierras de ambos venían a ser vecinas. Era seguro que Danilo idearía una comunidad de intereses; primero con los trabajos del ganado, luego con las posibilidades de la veta, y por último, a través de ellos mismos. Ella tendría que ir aceptando gradualmente, pero siempre en equidistancia y en equivalencia, no dominante ni dominada, evidenciando sí su soledad, su necesidad de protección, de amor, hasta que el hombre creyera con propiedad en su victoria, una victoria con altibajos lógicos, una victoria sobre el pasado y el presente, que le permitiría la nueva posesión, la restitución de lo usurpado en La Frontera.

Pero aquello requería de un lugar y de una hora. Y no era posible sino en las tierras de Danilo, en su casa, donde él se sintiera dueño de la iniciativa, del dominio. Ella prometería ir, revelarle entonces el secreto de la veta. Pero tendrían que meditar un móvil y un lapso obvio, congruente. De inmediato era imposible, no sólo por la sospecha, sino porque además Danilo debía habituarse con naturalidad, acondicionarse sin recelo. Pero si aquello debía ocurrir, y ocurrir una noche, ¿qué mejor noche que la de San Juan?

La noche de San Juan es la cuenca profunda del invierno. Es el brocal secreto hacia la maravilla. Es la noche del en-

cantamiento, sin terror y sin ronda de la muerte. A través de la lejanía de la desolación, por encima de sus dolores y sus odios, los hombres, por más dispersos, proscritos, remotos que se encuentren, sienten que sus sueños resucitan y revierten su vigencia, porque a la medianoche, en los minutos en que nace el día 24 de junio, hay una posibilidad de sondear el misterio, de enfrentar el difícil, maltrecho destino. La noche de San Juan es la noche de los símbolos, en el fondo de un espejo, en la boca de un pozo, en las formas de la tinta y del plomo derretido, en el testimonio de unas papas en los rincones de una pieza en tinieblas. Sólo en esos instantes de las vísperas, en medio del fuego mágico, del alcohol y la soledad alucinatoria, es posible descorrer los velos, abrir el frontispicio y saber qué ha de venir: un viaje, un casamiento, la muerte.

Esa era la noche. Sólo faltaban semanas, y dentro de ellas no era probable que el sargento o Navarro se adelantaran. Tampoco ellos querían precipitarse. No precipitarse. Eso era lo primordial. Todo lo demás quedaría apuntando hacia la noche de San Juan.

LAURENCIA escogió una mañana de viento sur y cielos claros para llamar a Remigio.

—Irás donde tu patrón —le dijo—. Lo invitarás, a mi nombre, a un asado a la gaucha para la tarde. Si encuentras a los carabineros, no les digas nada.

Danilo no llegó como la primera vez, con algo de preeminencia, de antelada certeza. Llevaba en sus ojos, en su gesto, la fluctuación, la cautela. Se hubiera dicho que temía a los resultados de su propia maniobra. Si en la ocasión anterior hubo pugna, propósito de predominio en ambos, ahora él sólo aguardaba, sopesaba, predispuesto a la conciliación, al renuncio. Laurencia comprendió cuánto importaba al hombre el progreso de su designio. La tierra, la veta, la mujer usurpada. En ese momento él estaba a un paso de lo que estimaba su éxito, tenía a su alcance la obsesión de doce años, y le espantaba la posibilidad del error, del retroceso. Laurencia supo desde el primer instante que ahí comenzaba de verdad el desplazamiento de su maquinación. El gobierno, la gradación estaban en sus manos.

La mujer y el hombre entraron a la casa. Se acomodaron en la gran sala a la que penetraba la grave voz del río.

—¿Le ha servido Remigio? —preguntó él, como si no hubiera existido su confesión, su énfasis desproporcionado de la primera vez.

—Sí, me ha servido de mucho —repuso ella—. Una persona más en la casa atenúa en algo esta soledad insoportable.

—Yo se lo dije —continuó él—, la soledad es terrible para gente en nuestra situación. Aquí, en este destierro, parece una bestia hambrienta.

—Claro que lo parece, pero eso no es lo peor. Además, está el hecho de que yo sola no puedo mover todo esto. Ya van cuatro meses desde que mataron a Gonzalo y ni siquiera he pensado cómo voy a reorganizar la venta de los animales y la lana. Me hacen falta los contactos de Gonzalo, sus amigos...

—Amigos... ¿Recuerda? También le advertí que este trabajo sería demasiado para usted sola. Pero si es por amigos, Laurencia...

—Ya sé, Danilo, ya sé. Usted me va a ofrecer su amistad, su apoyo, y se lo agradezco.

—No tiene por qué. Quizás si el otro día me excedí un poco en cuanto a esto... A lo mejor la asusté con mis ansias de volver a..., de recobrar su estimación. Pero mi necesidad de sincerarme era mucha. Y la primera ocasión, después de doce años...

—Sí, doce años...

El hombre pareció vacilar. Miró la punta de sus botas, las manos de Laurencia; luego, por segmentos de segundo, sus ojos, y dijo:

—Ahora lo he pensado mejor, y en realidad, claro, a usted le costará mucho pasar por alto todo lo que ha sucedido, mi locura, su vida con Gonzalo, el crimen...

La mujer se tensó. Su predisposición estuvo a punto de atascarse. El hombre advirtió algo, una mutación, un síntoma, pero no pudo acertar en cuanto a su sentido.

—No volveré a molestarla con mi afán, con... lo que usted sabe —prosiguió él—. Sin embargo, todo o casi todo quiere que de alguna manera nos entendamos. Vea usted, somos vecinos. Vecinos de tierras, de intereses y hasta de aspiraciones. Porque usted no se echará a morir, ¿verdad?

—Comprendo, Danilo —interrumpió ella, propensa otra vez, ya relajada—; tenemos que asociarnos en una u otra cosa. Lo contrario sería una insensatez, por más que a mí me pareciera natural.

—Es lo que iba a decir. Ahí tiene, por ejemplo, el problema de los animales y la lana. Yo puedo encargarme de sacarlos del valle y tratar con los compradores. También contrataré hombres para arreglar mis tierras, mis cercos. Yo se los puedo proporcionar. Y tiene usted el asunto ese... de la mina, es decir, de la veta. En él necesita por fuerza una persona entendida, y yo algo pataleo, como dicen. He estado estudiando un poco, ¿sabe?, preparándome para el caso de que..., bueno, de que alguna vez aquí, en mis tierras, encuentre algo, aunque sea plomo, hierro, qué sé yo. Usted comprende, siempre se sueña...

Repentinamente el hombre mudó de entonación, hasta de postura.

—Pero usted —prosiguió—, usted que tuvo la suerte de encontrar una veta, de tenerla ahora en sus manos, no puede dejarla morir. Tiene que inves-



tigarla, que rastrearla. Recuerde que ése fue el sueño de Gonzalo, por eso llegaron aquí, a este destierro, y que pensando en esa veta, Gonzalo...

—Fue asesinado como si...

La mujer supo que iba a romper algo. Pero lo estaba diciendo, y se retuvo. No obstante, el hombre alcanzó a entrar en la suspicacia, en el escrúpulo. Entorpecida, la mujer le examinó los ojos, el rasgo. Súbitamente supuso que dudaba de su idea. Danilo le parecía distinto a cuanto él había sido y era aún. Hasta su acento, conciso, cerrado, de extranjero, se le notaba atenuado por los años del desenfrenado rodar. Incluso el desconcierto le envolvía.

—Perdone —susurró ella.

—Oh, por qué... Lo suyo es... algo natural —dijo él.

Laurencia comprendió lo que debía hacer. Fue adentro a buscar aguardiente. Cuando regresó, el hombre miraba por la ventana hacia el río. Ya se había extinguido en él la alarma. Danilo habló con apetencia:

—Remigio traerá el vino para el asado. No me pregunte cómo lo conseguí, pero fue a precio de oro.

—Se estima su regalo en todo lo que vale —repuso ella—; aquí seguimos batiéndonos con ésto.

—Y qué cosa mejor para este clima. Hasta el alma se entumece aquí. Pero con unos cuantos tragos resucita.

—Pues, resucítela ahora que está en casa amiga.

—Casa amiga... Cómo esperaba oírle decir eso.

Danilo se puso a beber espaciadamente, sin arranque, fuera ya de la aprensión. A medida que lo hacía, su ánimo se afianzaba. Laurencia era su eco, su necesidad. Pronto Danilo volvió a su tema recurrente: la veta, la mina. En detalle, como si fuera a ponerlo en marcha al otro día, se puso a desarrollar el proyecto que en su soledad, en su sombrío frenesí había elaborado. Laurencia lo dejaba hablar, avanzar. A ratos, ella misma complementaba aspectos de su elaboración, con lo que, al llegar la hora del asado, el hombre ya no se cuidaba de calibrar su énfasis ni de solapar su apremio.

En el aire de la tarde cruzaban las ráfagas del sur, breves, impacientes, como su existencia misma. Por momentos la luz adelgazada y escueta se expandía sobre el valle, el río, los cerros, lo mismo que si fuera el anuncio de una nueva, benigna vida. Sobre el pasto, el fuego del asado parecía un cuajarón de cólera, y los dos lados del cordero, clavados oblicuamente en torno de la hoguera mediante largos asadores de fierro, semejaban vestigios humeantes de una asolación. Pero la vaharada de la carne en cocción, su aroma a laurel, a síntesis de savia y sangre, el vigor que exhalaban las figuras súbitamente animadas de los indios Payahuala, de Remigio, Danilo y la propia Laurencia, restituían la profunda, somática fuerza de la vida, que el paisaje parecía querer borrar de la faz de la tierra.

Cuando todos, armados de facones y cuchillos de monte, comenzaron a trinchar la carne palpitante y dorada, Laurencia creía encontrarse en alguna hora grata de su vida, esperanzada, protegida, como si su dolor y su soledad hubieran sido cosa de sueño, y Danilo sentía ya una especie de convicción acerca de su condominio. A ratos, hasta adoptaba cierta postura, substituyente de Gonzalo, aun en cosas que atañían a la intimidad, al hábito material.

Los Payahuala lo miraban con ojos fríos, obstinados, pero él parecía no reparar en ello. Durante todo el tiempo que duró el asado, Danilo estuvo aumentando la altisonancia que ponía en sus planes sobre el trabajo en común. Cuando los Payahuala y Remigio comenzaron a conducir a la casa la carne sobrante y los utensilios del asado, Danilo se puso de pie con su copa en la mano, como para brindar. Pero no hizo sino seguir hablando mientras se movía en torno de la agonizante fogata. Laurencia también se irguió, notando que eso la incomodaba, que la hacía recordar otras zancadas, otra voz de un hombre también con una copa en la mano. De pronto Danilo dijo:

—Sí, hay que llevar a buen fin todo lo que Gonzalo dejó sin terminar... En realidad Gonzalo dejó casi todas sus cosas importantes sin terminar: una familia sin hijos, una veta sin trabajar. Hasta la casa está incompleta. Hay que forrar algunas piezas y falta pintar o barnizar las paredes. De todos modos, la madera es magnífica. El mañío se conserva claro y brillante como el primer día... ¿Se ha dado cuenta usted, Laurencia, de que así su casa da la impresión de que fuera nueva, de que estuviera recién levantada?

Laurencia tuvo un sacudimiento. Fue como un ramalazo engañoso que la arrancó de cuajo hacia otra realidad, hacia la memoria. Mirando el fulgor evocador de las brasas, percibiendo —herida ahora— esa atmósfera de vitalidad resurrecta, sólo pudo decir:

—Sí, parece que estuviera recién levantada...

(CONTINUARA)

AÑO XXXIX - N.º 1.940
17 de agosto de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE (cap. VII) 2-7

CUENTOS:

HISTORIA VIVIDA:
Vuelo Nocturno 8-11

FOTONOVELA 12-21

EL INOCENTE: de Graham Greene
(El cuento de la semana) 22-25

ENTRE NOSOTRAS 26-27

EL ENIGMA DE MI HOMBRE
En un principo sólo sentí deseos de morir, porque la realidad me era demasiado dura para enfrentarla. ... 28-35

CONFIDENCIAS DEL CIELO 32-33





VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

NOCT

La conocí en una esquina iluminada por el cambiante gas neón de un aviso que recomendaba máquinas de escribir. Serían quizás la una o dos de la madrugada y yo regresaba a mi taller con paso rápido, entumecido de frío y lleno de temores imprecisos. Se apoyaba en la pared de falso mármol, indolente, observando con indiferencia el tránsito espaciado y sereno de los automóviles escasos que cruzaban la avenida. Pensé en una prostituta común, pero descarté esa posibilidad al observar su ropa de calidad, su conducta desganada y su aire extranjero. Un vestido furiosamente rojo escarlata, con faldas muy cortas y cara de niñita bien.

Esperando el cambio de luz en el semáforo le di la espalda.

Su voz sonó inesperada; esperaba que me hablase pero no en esa forma. Su garganta emitía una serie de hipos y gruñidos suaves, conexos pero incomprensibles. Se detuvo a medio metro de mi cara, musitando en ese lenguaje esotérico, observando con sus ojos abiertos, inmensamente abiertos, redondos. Se había acercado con el

VUELO
RNO

por PAOLO LONGONE.



evidente propósito de comunicarme algo, tal vez de importancia; su soltura y su naturalidad me anonadaban.

Alcé las manos hasta mis orejas y encogiéndome de hombros le dije:

—No entiendo nada.

Calló, bajó la vista, pero volvió a alzarla de inmediato:

—Hora bien tarde...

—Ya... —le contesté. Parecía estúpido que sólo me hablase para recordarme que eran casi las dos de la mañana. Esperanzado, aguardé alguna revelación trascendental.

Pero permaneció ahí callada mirándome a mí, igualmente silencioso. De pronto sonrió e indicando con el dedo índice su propio cuello dijo:

—Yo, de Suecia...

—¡Ah!

—Sí, yo de Suecia.

—Claro —le contesté—. Suecia, el invierno... Claro, Bergmann y todo eso...

Estalló en una carcajada que me pareció incompatible con su físico, riendo con las manos entrelazadas a la altura del estómago, con un movimiento pendular espalda-pecho. Observaba esta danza con sorpresa y desagrado, puesto que ya me parecía excesivo. Su comportamiento era grotesco, además yo tenía sueño, deseos de tirarme sobre un colchón y descansar.

—No, no... Bergmann no, no... —Hablaba a través de la risa, inadecuadamente alegre.

—Bergmann no. —Haciendo un esfuerzo se puso seria y otra vez indicando su cuello graznó como un ganso—: Yo, Britt Lündsenn.

—¡Ah! Yo... —y ahora señalé mi cuello con el pulgar, notablemente influido por su actitud—, Pablo Pérez.

Sonreía asintiendo, de lo que deduje que había entendido. Comencé a notar su sonrisa, tan franca y pálida, como reclamando implícitamente una franqueza igual de mi parte. Y también sonreí, aunque sintiéndome íntimamente estúpido, en el fondo cohibido frente a una situación que para mí era anormal y quizás hasta sospechosa. Como la sonrisa era un vínculo, tratábamos de mantenerla inmóvil, el uno frente al otro, para no romper ese hilo cristalino que ya nos estaba envolviendo. Volvió a decirme que ella se llamaba Britt Lündsenn y yo Pablo Pérez, a lo que respondí diciéndole que, efectivamente, esos eran nuestros nombres.

Esta vez nos largamos a reír juntos, bailoteando ambos con una alegría fuera de clima, nuestro nerviosismo, o por lo menos el mío, se resolvía en explosiones de hilaridad tropical.

Después hubo un silencio incómodo, los dos asintiendo y restregándonos las manos para que no se congelaran.

Mi cabeza trabajaba. Analizaba la situación y pensaba, buscando qué proponerle, pues me parecía absolutamente necesaria una proposición. Estábamos en Lastarria con Alameda, a pocas cuadras de mi casa. Sólo se veía una cafetería abierta. Podía invitarla a tomar algo en mi habitación, pero era demasiado aventurado; un ofrecimiento de ese tipo se asemejaba demasiado a una insinuación para acostarnos, y estimé que eso podría ahuyentarla. Contando men-

VUELO NOCTURNO



talmente mi dinero la invité a tomar café. Además, justo en ese momento me retorcieron los fuertes dolores de estómago que me habían perseguido durante todo el día.

Como no respondiera, a lo del café, y seguía ahí con la eterna sonrisa y las pupilas dilatadas, le repetí mi invitación.

—¿Kaafé? —preguntó.

—Sí, café, café. —Hice el gesto de quien bebe de un solo trago el contenido de una tacita, incluso después la miré con atención para ver si esto había causado algún efecto. Pero se había tornado muy seria; mordisqueaba los labios de su boca, girando la cabeza en sentido de negación, derecha-izquierda. Mis dolores de estómago me tenían al borde de la desesperación, suspiré por tal motivo.

Ella interpretó esto en otro sentido, graznó que sólo tenía veinte años y no bebía. Volví al ataque explicándole que no se trataba de licor, sino de algo parecido al té pero que tampoco era té. Le describí una taza, hice gran propaganda al aroma del café de grano, auténtico y no sintético, y nuevamente pregunté si deseaba tomar conmigo una tacita en el bar "El Cabildo", ahí enfrente... (lo señalé con mi dedo y ella miró en esa dirección, o tan sólo miró mi dedo apuntando hacia algo, pero no lo que el dedo apuntaba). Aseguré que ahí nadie nos molestaría, no seríamos importunados.

—Este barrio es muy tranquilo y tú me gustas mucho.

Apenas terminé mi discurso comprendí que no había entendido nada. Tal vez yo hablaba demasiado rápido. Ninguno de mis potentes argumentos había servido para seducirla. Aburrido, incómodo y corajudo, la tomé de una mano y la arrastré hacia el bar alemán más próximo. "Así por lo menos se sentirá entre europeos, aunque no sé... ¿Habría habido guerras entre Suecia y Alemania?, lo preguntaré más tarde", pensé.

Oponía a mis ansias un leve forcejeo tenue, casi diría conciliador.

Entramos al local casi desierto con la apariencia de dos adolescentes enamorados, tomados de la mano, provocando miradas de soslayo en una pareja de ancianos bebedores de cerveza que al parecer detestaron mi pelo largo y mis pantalones de lolo.

Tomamos asiento callados, ordené las dos famosas tazas de café a un mozo con aspecto de eunuco. Le ofrecí cigarros. Ella entretanto tejía y destejía el hilado del mantel con manos torpemente nerviosas y juguetonas. Encendí el fósforo y mientras escudriñaba sus facciones, casi le quemo el pelo, turbado ante sus gestos que a su vez también denotaban falta de seguridad.

Le pregunté si llevaba mucho tiempo viviendo en Chile. Asombroso, pero esta vez entendió y respondió:

—Una semana o poquitos más... nuevos días.

Imaginé que eso de nuevos días sería una alusión a una vida nueva, más limpia o sana. Su anterior permanencia en Suecia me parecía fatalmente asociada a hechos deleznables, líos sórdidos, escándalos velados y oscuros. Le aseguré que era feliz o que al menos su rostro parecía feliz.

—¡Ah! —dijo, asintiendo. Su pelo rubio ondeando sobre la mesa.

Cuando llegó el café, ella levantó las manos, abriendo los dedos y separando en lo alto sus brazos exclamó:

—¡Ah, kafé, kafé!

—¡Sí! —le grité—; café de grano. No veo por qué tanto problema.

Ahora estaba yo lleno de gozo, divertido y contento, seguro ya de mis pasos y de mis pretensiones.

Los ancianos bebedores de cerveza nos miraron con cara de perro. En represalia largamos aún más sonoras carcajadas.

Sorpresivamente, le tomé una mano. Ella disimuló, pues noté que disminuía el ímpetu de su risa; incluso llegó a mirar mi mano sobre la suya con un ligero movimiento del ojo izquierdo.

"Debo estar sudando", pensé, y tan cretino temor me absorbió toda la alegría, hasta frenarla casi por completo. A pesar de mis aprensiones, ella no retiró su mano, tomamos el café en silencio, su pelo cayendo sobre esa fuente, sonriendo sus labios ya por puro automatismo.

Me sorprendí al sentir que acariciaba mi mano.

Yo fumaba observando la calle mojada a través de los cristales oscuros, añorando el verano, el sol en el parque, extrañado de estar ahí. A pesar de mis dolores de estómago, encendía un cigarrillo tras otro, tenso. Deseaba terminar con las ambigüedades, es decir, tenía un gran deseo de acostarme con la sueca.

"Una sueca... Es raro estar aquí con una sueca que aparezca de repente. ¿Será ángel o demonio? ¿Será realmente sueca?..., no tiene cara de demonio, pero los ángeles ya no existen..., todos alguna vez han deseado acostarse con una sue-

ca. Son un mito de la cama, qué curioso...", pensé en silencio.

—¿Eres ángel o demonio, sueca? —Apenas cerré la boca me pareció imbécil lo que acababa de decirle.

Pero ella todo se lo tomaba a pechos. Me acarició la palma de la mano sudorosa mientras miraba hacia el techo.

—No sé..., verdad no sé...

Y así nos mantuvimos en silencio largo rato, mirándonos ya con calma y sin poner murallas protectoras en torno a nuestros ojos.

—¿Otro café? —pregunté esperando una negativa y afortunadamente ella dijo no. Pagué al aburrido mozo de plástico que nos había servido y salimos al aire frío. La abracé y rocé su cuello con mi mano. Me miró con algo de irónico en la cara. Me sentí idiota. Pero antes de doblar la esquina se colgó de mis hombros, me besó y con sus uñas parecía perforar mi nuca, mi cerebro mismo.

—Pelo bien largo tú. —Y le contesté con un gruñido vago pues ya mi erotismo se había desbocado. Nos hundíamos en nuestros cuerpos arañando como linces, ahí en la Plaza Italia, me mordía las mejillas y babeaba mi mentón.

Pero tenía una expresión total de miedo y desconcierto. Me sentí como un maleante, aprovechador carajo de una paloma indefensa. Creo que si se hubiera largado a llorar no me hubiese sorprendido. Pero en vez de eso habló de pronto palabras que yo escuchaba sumido en su rostro, en su cuerpo entero. Un problema familiar, era tarde, tan tarde y ella no conocía la ciudad mientras sus padres quizás la aguardaban despiertos en la casa, temiendo quizás qué desgracia. Al mismo tiempo me rasgaba la espalda, acariciaba mis brazos. No llegué a un entendimiento total del asunto, pero al saber sus temores me sentí aún más maleante. Si me acostaba con ella sería un criminal, en realidad ya lo era, por el solo hecho de albergar pensamientos que quizás no eran mutuos.

Su vestido grotescamente rojo, sus faldas mínimas, anudando sus piernas en torno a las mías, pasando su lengua por mis orejas, esos ojos verdes abiertos, esos labios hablando algo.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?... ¿Sí?...

Claro. Eso quería. Apoyó su frente en mi barbilla y sonrió con aspecto de oveja mansa y desubicada.

No sé cómo el chofer del taxi logró descifrar la dirección. Apenas el auto arrancó, ella se echó sobre mi cuerpo y me mordió los labios. Para evitar el dolor la estrujé y la estrujé, palpando con el brazo libre el dinero que me restaba. La falda se le había subido hasta mucho más arriba de los muslos y hundí mi mano en ellos. Me mordió las orejas, la nariz, los dedos. Yo le besaba los senos.

De tanto en tanto se erguía, lanzando miradas al chofer y hacia la calle. De pronto gritó que ahí era, y mientras me deshacía de mis últimos billetes, ella, ya fuera del auto, intentaba encender mi último cigarrillo.

> • • ¿Será ángel o demonio? No tiene cara de demonio, pero los ángeles ya no existen...
>
> • • Apoyó su frente en mi barbilla y sonrió con aspecto de oveja mansa y desubicada.

Estábamos en un barrio elegante, de eso no cabía duda. Arboles lujosos, casas blancas y quietas, automóviles enormes aparcados con gran tranquilidad junto a los jardines. Apenas las luces del taxi desaparecieron, recordé que tendría que volver a mi casa a pie. Ni siquiera sospechaba en qué lugar de Santiago me encontraba.

Ella sacó una llave de algún bolsillo secreto y abriendo la reja se inclinó hacia adentro, observó, dejó la puerta abierta, se acercó a mi lado (yo con una evidente expresión de frustración y ansiedad, todos mis sentimientos mezclados en una batahola furibunda y estruendosa) y con una imbécil sonrisa de castidad me besó la mejilla fugazmente, farfulló algo, entró y cerró la puerta de rejas.

Me quedé con las manos en los bolsillos ardiendo de ira, perdido en esas calles desconocidas.

Caminé rápidamente en cualquier dirección, entumido y sin un cigarrillo, maldiciendo en voz baja a Britt o como se llamase.

De improviso surgió en mi cráneo la idea de que ella aún me estaba esperando, desde algún lugar estratégico. Seguramente planeaba introducirme a su habitación sin que lo notara la respetable familia.

"¡Sí, eso era evidente!", pensé.

Corrí de vuelta, pisando el cuidado césped de los señores, pero la mansión estaba oscura y silenciosa como un mausoleo.

—Soy un cretino —murmuré.

Esperé más de una hora a que ella me llamara desde alguna de esas ventanas misteriosas. No sucedió nada.

El frío me atacaba los riñones. Amanecía.

Me levanté de la cuneta. Muerto de sueño, agotado, despechado pero divertido. No logré reír. De mi boca brotaron unos hipos semejantes a los de la sueca.

Calmadamente, mientras amanecía y se rompía la noche, emprendí el desconocido camino de regreso.

TODO COMENZO UN DIA SOLITARIO

PRODUCE:
SEXARTEX



"TODO COMENZÓ UN DIA SOLITARIO (ASÍ ERAN LA MAYORIA DE MIS DIAS), CUANDO DECIDÍ CONOCER EL CERRO SANTA LUCIA."













"NO SÉ POR QUÉ LA ACOMPAÑÉ. AUNQUE NO ERA BONITA, HABIA ALGO EN ELLA QUE ME AGRADABA. NO SABIA COMO EXPLICARLO."












"A MEDIDA QUE DESCUBRIAMOS LA BELLEZA DEL CERRO, NOS DABAMOS CUENTA DE QUE HABÍA ALGO EN NOSOTROS QUE NOS ACERCABA. TEMPO DESPUES COMPRENDERIAMOS QUE ESE ALGO NO ERA MAS QUE LA INMENSA SOLEDAD EN QUE VIVIAMOS Y LA INCONTENIBLE NECESIDAD DE AMAR QUE CADA UNO DE NOSOTROS LLEVABA DEBAJO DE LA PIEL".


CUENTEME... ¿QUE HACE?
YO TRABAJO EN UNA OFICINA... HOY SALI CANSADO Y DESCUBRÍ ESTE CERRO.

BUENO, AHORA QUE SABE TODA MI VIDA, CUENTEME ALGO DE USTED.

BIEN, Y NO SE EXTRAÑE. SOY CASADA Y TENGO DOS HIJOS.

ME CASÉ MUY JOVEN E ILUSIONADA. DE REPENTE TODO SE ACABÓ. NO NOS QUEREMOS, PERO MI MARIDO SE NIEGA A CONCEDERME LA SEPARACION, YA QUE ESTO DAÑARIA SU PRESTIGIO PROFESIONAL.

¡PERO ES MONSTRUOSO! ¿COMO LO HA TOLERADO?

"AL POCO TIEMPO, UNA TERNURA INMENSA COMENZÓ A VIVIR EN NOSOTROS. TERNURA QUE DIA A DIA CRECIA Y Y SE TRANSFORMABA EN UN AMOR SOLIDO. ERAMOS COMO DOS ADOLESCENTES ENAMORADOS."

¿ME QUIERES?

TU SABES QUE SÍ, PERO ME PREOCUPA ESTA SITUACION TAN CONFUSA.

SI NOS QUEREMOS, DEBEMOS DECIDIRNOS. ¡VENTE CONMIGO!

TU SABES QUE ESO ES IMPOSIBLE.

PERO COMPRENDE QUE ESTA ES UNA SITUACION ABSURDA. EL SE APROVECHA DE TI, TARDE O TEMPRANO TODO TERMINARÁ.

"PESE A QUE ELLA PERSISTIA EN NO AFRONTAR EL PROBLEMA, NOS VEIAMOS CASI TODOS LOS DIAS"...

¿QUÉ PASARÁ QUE NO LLEGA? QUEDÓ DE ESTAR AQUÍ A LAS CINCO Y MEDIA





"NO HABIA SIDO NADA GRAVE, EL HERIDO SE RECUPERABA, PERO ELLA ESTABA MUY ALTERADA"...

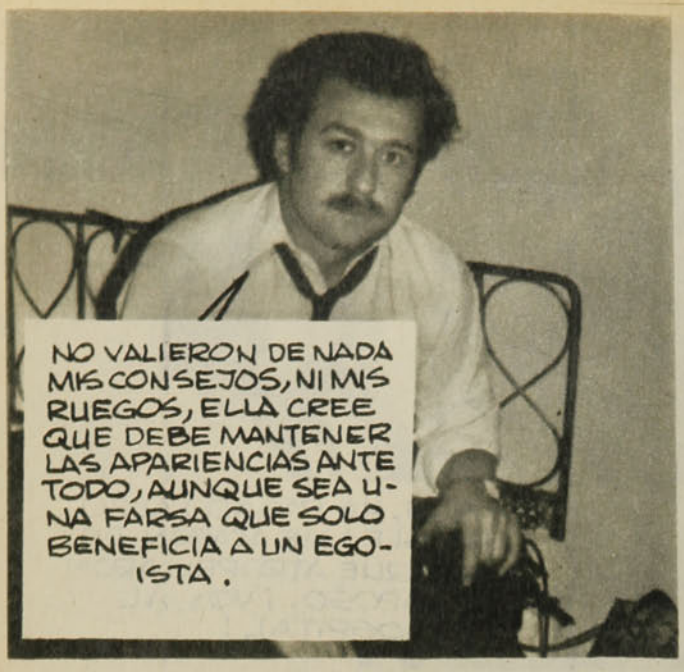
























"DESILUSIONADO, QUISE DEJARLO TODO Y MARCHARME DE LA CIUDAD. SABIENDO QUE ESTARIA SOLA ESE DIA, FUI A VERLA A SU CASA!..


VENGO A DESPEDIRME DE TI, QUIERO OLVIDAR TODO. ME MARCHO DE SANTIAGO


¿A DONDE TE VAS?
¡A LA SERENA. ME CONSEGUÍ UN TRABAJO MEJOR, MAS INTERESANTE.


ME ALEGRO POR TI.

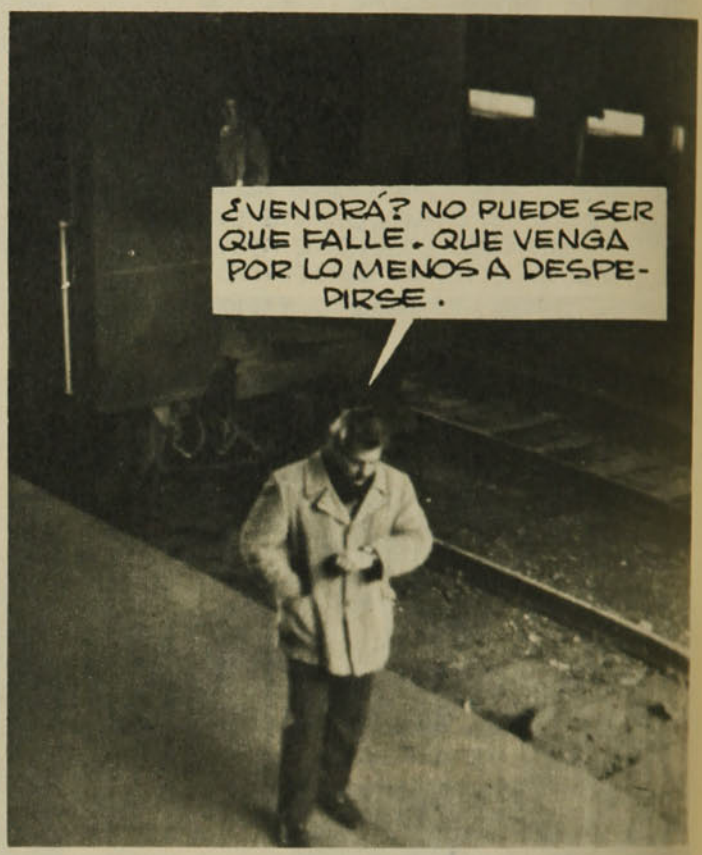

QUIERO PEDIRTE UNA COSA... ¿QUIERES IRTE CONMIGO?
¡NO SÉ... NO SÉ...

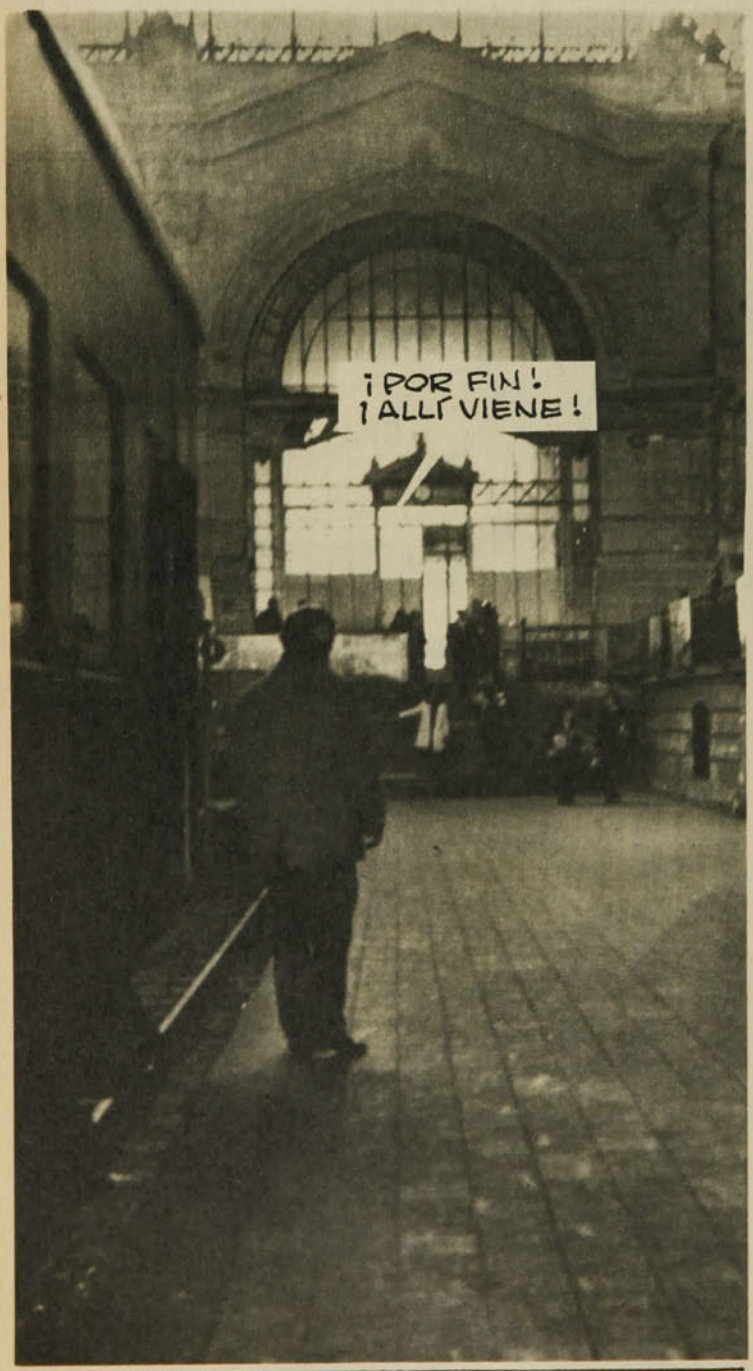

¡DECÍDETE DE UNA VEZ POR TODAS! ¡VÁMONOS!


¡TÚ SABES QUE ESO ES LO QUE MÁS QUIERO...



"LLEGÓ EL DIA EN QUE TUVE QUE PARTIR Y ELLA AÚN NO SE DECIDÍA"...





EN SU ROSTRO SE REFLEJA UNA SEGURIDAD, DESCONOCIDA PARA MI HASTA ENTONCES.

DECIDÍ AFRONTAR LA SITUACION, HABLÉ CON MI MARIDO.





"AHÍ EN LA ESTACIÓN, SE SELLÓ NUESTRO AMOR Y UNA NUEVA Y DESCONOCIDA HISTORIA COMENZABA PARA NOSOTROS.



EL CUENTO de la semana.

EL INOCENTE

GRAHAM GREENE (inglés).

◆ HABIA SIDO un error el llevar allí a Lola, y lo comprendí desde el instante mismo en que descendimos del tren, en la pequeña estación pueblerina. En una tarde de otoño, uno se acuerda más de su niñez que en cualquier otra época del año, y el rostro vivo de mi acompañante y la maletita en la que pretendía llevarlo todo para la noche no combinaban demasiado con el antiguo almacén de granos situado al otro lado del canal, las luces que titilaban sobre la colina y los anuncios de una antigua película. Pero había dicho: "Vámonos al campo", y el nombre de Bishop's Hendron fue el primero que acudió a mi cabeza. Nadie me conocería allí, y no se me había ocurrido que el pueblo fuera a recordarme tantas cosas.

Incluso el viejo mozo de equipajes despertó mis añoranzas.

—Habrá un coche a la entrada —dije a Lola.

Y efectivamente así era, aunque al principio no pude verlo, sumido en la contemplación de dos taxis. "El lugar resurge de nuevo ante mi vista", pensé. Estaba todo muy oscuro, y la leve niebla otoñal y el olor de la hojarasca húmeda y del agua del canal me resultaban altamente familiares.

—¿Por qué has escogido este pueblo? —preguntó Lola—. Me parece muy triste.

Era inútil explicarle que a mí no me causaba semejante impresión y añadir que la arena apilada junto al canal había estado siempre en aquel sitio. Tomé el maletín, muy ligero como dije antes, y con el cual intentábamos más que otra cosa rodearnos de cierta atmósfera de respetabilidad, y nos pusimos en marcha. Atravesamos el puentecillo arqueado y pasamos ante el arruinado hospicio. Cuando tenía cinco años, vi cómo un hombre de mediana edad penetraba en él para suicidarse. Llevaba un cuchillo en la mano, y muchas personas lo perseguían por la escalera.

—Jamás creí que el campo fuese así —dijo Lola.

El hospicio constaba de varias alas de fea construcción, semejantes a grises bloques de piedra, y nada más. Pero para mí era tan familiar como todo lo demás. Durante el camino me pareció estar escuchando deliciosos acordes.

Era preciso decir algo a Lola. No era culpa suya si no se hallaba allí como en su casa. Pasamos ante la escuela y la iglesia, y salimos a la antigua y amplia calle principal. Yo me sentía de nuevo como en mis doce años. De no haber venido, jamás habría podido saber que dicho sentimiento fuese tan fuerte, porque no recordaba aquella época de mi existencia como particularmente feliz o desgraciada. Fueron unos años rutinarios; pero ahora, con el olor de las fogatas y el frío que parecía levantarse de la propia humedad de las piedras, comprendí la causa de que me conmoviera tanto. Lo que yo percibía no era otra cosa sino el olor de la inocencia.

—Hay una posada excelente —dije a Lola—. Nadie nos molestará en ella, ya lo verás. Cenaremos, beberemos un poco y nos acostaremos.

Pero lo peor de todo era que no podía menos de desear hallarme solo. No había vuelto a aquel pueblo desde los días de mi infancia, y ello me había impedido comprobar lo bien que recordaba hasta sus meno-

INOCENTE

res detalles. Cosas que creía olvidadas, como los montones de arena, volvían a mí, acompañados de sufrimiento y de nostalgia. Me hubiera sentido muy feliz aquella noche, deambulando en la noche otoñal, recogiendo sugerencias de esa época de la vida en la que, por desgraciados que nos sintamos, no dejamos de confiar en el mañana. No sería igual volver en otra ocasión, porque entonces se interpondría el recuerdo de Lola y ésta no significaba absolutamente nada para mí. Nos habíamos conocido el día antes en un bar, y nos fuimos mutuamente simpáticos. Lola era una chica simpática, pero no cuadraba en aquellos recuerdos. Debíamos haber ido a Maidenhead. También aquello era campo.

La posada no se hallaba exactamente en el lugar que había supuesto. Llegamos frente al Ayuntamiento. Habían construido un nuevo cine con cúpula morisca, y un café con garaje. Había olvidado también aquella vuelta a la izquierda, por una colina empinada y llena de casitas.

—No creas que la carretera pasaba por ahí, en mis tiempos —dijo.

—¿Tus tiempos? —preguntó Lola.

—¡Ah! Pero, ¿es que no te lo he contado? Nací aquí.

—¡Mira que traerme a tu pueblo! —exclamó Lola—. Creí que imaginabas cosas así tan sólo cuando eras pequeño.

—Sí —repuse, porque no era culpa suya.

Tenía razón. Lola usaba un perfume discreto y un tono de carmín muy bonito. Me estaba costando bastante dinero el haberla invitado. Cinco libras para ella, y además los boletos, las propinas, las bebidas... A pesar de todo, lo habría considerado dinero bien gastado de no encontrarnos en Bishop's Hendron.

◆ ME DETUVE al llegar a la carretera. Algo pugnaba por perfilarse en mi cerebro. Pero jamás habría tomado forma de no haber sido porque, en aquel instante, una bandada de chiquillos descendió corriendo la colina y pasó bajo la brillante claridad de los faroles, gritando alegremente y expeliendo nubecillas de vapor. Todos llevaban bolsas de lona, algunas de ellas bordadas con sus iniciales, lucían sus mejores atavíos y parecían algo orgullosos. Las niñas formaban grupo aparte, como de costumbre, con sus cintas para el pelo y sus zapatos bien lustrosos. Creí percibir el suave tintineo de un piano, y, de improviso, todo volvió a mi mente con rapidez pasmosa. Regresaban de una clase de danza, igual a aquella a la que yo concurría. La casa, pequeña y cuadrada, se hallaba a medio camino de la colina, entre macizos de rododendros. Más que nunca deseé verme libre de la presencia de Lola. No cuadraba en aquello. Pensé que algo faltaba al ambiente, y cierto sentimiento de dolor fue surgiendo desde lo más profundo de mi alma.

Bebimos varias copas en el bar, pero transcurrió más de media hora antes de que nos sirviesen la cena.

—Supongo que no querrás deambular por el pueblo —dije a Lola—. Si no te importa, saldré unos diez minutos para echar un vistazo al lugar.

Estuvo de acuerdo. En el bar había un hombre, quizá maestro de escuela, que no deseaba otra cosa sino invitar a Lola a un trago. Podía notar cómo envidia-

EL INOCENTE

EL INOCENTE

EL INOCENTE

ba mi suerte, cómo me consideraba afortunado por venir de la ciudad acompañado de una joven para pasar la noche en el pueblo.

Ascendí la colina. Las primeras casas eran todas nuevas, y experimenté cierto disgusto al contemplarlas. Ocultaban campos y verjas que debían haber permanecido como antes. Era como un mapa estropeado, cuyas distintas partes se han pegado entre sí, ocultando, al abrirlo, pedazos enteros. Pero a mitad de camino, colina arriba, me encontré de pronto ante la escuela, tal como la conociera en otros tiempos. Quizá incluso continuara regentándola la misma anciana profesora. La presencia de chiquillos exagera la edad de los mayores. En aquellos tiempos debió contar, a lo sumo, treinta y cinco años. Pude escuchar los acordes del piano. A lo que imaginé, seguía la misma rutina de siempre. Los alumnos menores de ocho años, de seis a siete de la tarde. Los de ocho a trece, de siete a ocho. Abrí la verja y penetré en el jardín. Trataba de recordar.

◆ NO SE lo que la hizo volver a mí. Quizá fuese tan sólo el otoño, el frío, las húmedas hojas esparcidas por el suelo, más que el piano, de cuyo interior tantas tonadas diferentes habían salido durante mi niñez. El caso es que, de improviso, recordé a aquella muchachita, con la misma nitidez como si la estuviera contemplando en una fotografía. Era un año mayor que yo; debía tener entonces ocho, y la quise con una intensidad como jamás he vuelto a sentir desde entonces. Nunca he cometido la equivocación de reírme del amor de los niños. Este posee una característica inevitable de separación, porque en ningún caso puede ser consumado. Desde luego, uno inventa historias de incendios, de guerras y de actos heroicos con los que se intenta aparecer valiente ante los ojos de ella, pero jamás se saca a relucir el matrimonio. Uno sabe, sin que nadie se lo diga, que tal cosa no puede ocurrir; pero no por eso se sufre menos. Recordé los juegos de "la gallina ciega" durante fiestas de cumpleaños, cuando vanamente traté de atraparla, disponiendo así de una excusa para estrecharla entre mis brazos; aunque sin conseguirlo jamás, porque siempre se me escabullía de entre las manos.

Durante dos inviernos, gocé de la ocasión una vez por semana. En efecto, tales días podía bailar con ella. Tuve un gran disgusto cuando cierto día me enteré de que iba a pasar a la clase de las mayores. También me quería, estaba seguro, pero jamás tuvimos ocasión de demostrarnos nuestro afecto. Concurría a sus fiestas de cumpleaños, y yo la invitaba a las mías; pero nunca salimos juntos de nuestras clases de baile. Ni creo que se nos ocurriera tan sólo; nos hubiese parecido demasiado extraño. Veíame precisado a marchar en grupo, con mis burlones compañeros, y ella se alejaba, rodeada de aquellas niñas movedizas y chillonas.

Estaba tiritando en aquella fría niebla, y hube de levantarme el cuello del abrigo. El piano tocaba un bailable de una antigua revista. Me pareció haber recorrido un largo trecho tan sólo para encontrar a Lola al final de él. Existe algo en la inocencia que uno no se resigna nunca a perder. En la actualidad, cuando una chica me fastidia, sólo tengo el trabajo de buscarme otra que la substituya. En aquellos tiempos de mi niñez, consideraba lo mejor

EL CUENTO de la semana.

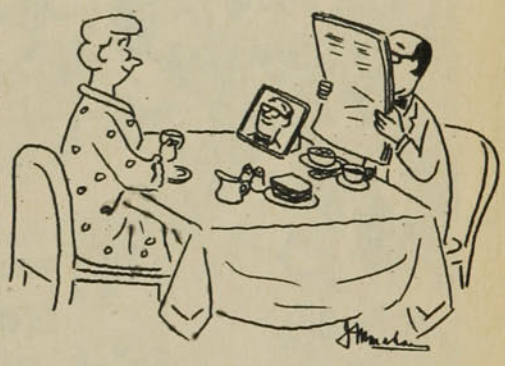
escribir apasionadas frases en un pedazo de papel y correr a esconderlo en algún lugar recóndito... ¡Qué raro! ¡Con qué nitidez me acordaba de todo! Una vez hablé a mi amiguita de aquel escondrijo, y estaba seguro de que, más tarde o más temprano, terminaría por encontrar mis amorosas cartas. Me pregunté en qué habrían consistido. En una edad tan temprana, uno no puede expresar gran cosa. Pero, aunque las frases resultaran insulsas, el dolor de escribirlas no era menor al que se experimenta después, en ocasiones parecidas. Recordé cómo, durante varios días, busqué en el agujero, encontrando siempre el papelito. Luego, las lecciones cesaron, y probablemente al invierno siguiente todo quedó olvidado.

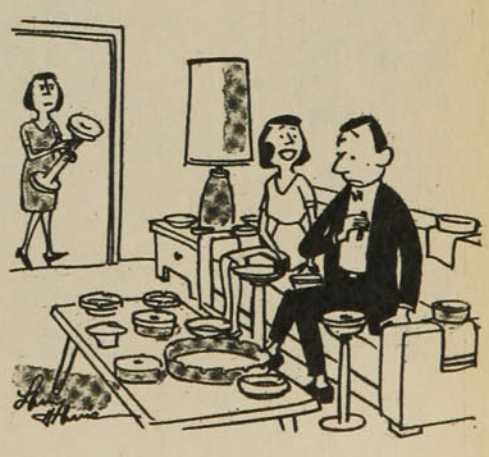
Al trasponer la verja miré hacia el lugar en el que había existido mi escondrijo. En efecto, allí estaba. Introduje un dedo, y oculto en su lugar más íntimo, a salvo de las inclemencias del tiempo, y a pesar de los años transcurridos, el pedacito de papel se conservaba intacto. Lo extraje y procedí a desplegarlo. Luego encendí un fósforo. La llamita produjo una tenue claridad en aquella atmósfera neblinosa y húmeda, y a su luz percibí algo que me dejó petrificado. En el papel aparecía dibujada una escena aterradoramente sexual. No, no podía existir error. Mis iniciales aparecían bien claras, al pie del desmañado dibujo infantil, cuyos personajes eran un hombre y una mujer. Pero aquel descarado croquis despertó en mí menos recuerdos que las nubecillas de vapor que surgían de las bocas de los niños, sus bolsas de lona, las hojas mojadas y los montones de arena. No podía reconocerlo como mío. Igualmente hubiera podido ser trazado por un bribón cualquiera en la pared de un retrete. Todo cuanto mi mente evocaba era la pureza, la intensidad, el sufrimiento de mi amor por la pequeña.

Al principio sentí como si hubiera sido traicionado "Después de todo —me dije—, Lola no se encuentra aquí tan fuera de lugar como pensé al principio." Pero, más tarde, aquella misma noche, cuando Lola se dispuso a dormir, empecé a comprender la profunda inocencia del dibujo. Era sólo ahora, tras treinta años de agitada vida, que aquella tosca pintura me parecía obscena.



—Ahora capto por qué la comida no está lista. El fono aún está caliente.





—María todavía no olvida la quemadura que hiciste en la mesa con tu cigarrillo la última vez que viniste.

● Para que las manzanas peladas o partidas no se pongan café, basta con ponerlas en un azafate con agua fría y salada. Cuando sea la hora de usarlas, lávalas cuidadosamente en agua fresca.

● ¿Te faltan moldes de torta? Con papel de aluminio doble moldea la parte de afuera de un plato, retíralo y calienta la torta en el molde de aluminio que has fabricado.





◆ El viernes 23 de julio, los buses y taxibuses de Santiago y todo el país trabajaron durante 3 horas (de 10 a 13) en solidaridad con los damnificados por el último terremoto. Durante esas tres horas todo el dinero que se recaudara por pasajes más lo que quisiera donar el público sería entregado para ayudar a la familias más necesitadas de las provincias afectadas.

Es un gesto hermoso que no tiene por qué extrañarnos, ya que la solidaridad en los momentos difíles es algo común en nuestro país. Pero lo que sí es de extrañar es que haya personas que no sólo se nieguen a colaborar, sino que además impidan a los demás hacerlo.

Me tocó viajar ese día alrededor de las 11 de la mañana en una liebre recorrido Los Leones; al lado del chofer había uno de sus compañeros con una especie de alcancía que decía a cada uno de los pasajeros que subía que el importe del pasaje era voluntario, pues iría en beneficio de los damnificados. Todos colaboraban cuál más, cuál menos en la medida de sus posibilidades. Todos menos un señor de unos 50 años y bien vestido, quien no sólo se negó a colaborar, sino que además exigió su boleto (que por supuesto no se estaban entregando, debido a la campaña). El chofer le explicó pacientemente que era una campaña de ayuda y que no se le estaba exigiendo que colaborara a él, que sólo debía pagar los 700 pesos de su pasaje; pero el señor se negaba a entender e insistía en que era un robo, una imposición y que a él le tenían que dar su boleto.

Les voy a confesar que más que enojarme me dieron ganas de llorar de rabia al ver que todavía hay gente que se niega a entender que un grupo de trabajadores (en este caso los choferes) cedan voluntariamente las ganancias de tres horas de su trabajo porque sienten el deber moral de ayudar a sus hermanos en desgracia.

entre nosotras





◆ Hace poco mas de dos semanas se realizó en la capilla de la Universidad Católica una misa por el alma de un hombre. El acontecimiento en sí no tiene nada de especial, todos los días se realizan en capillas de todo el mundo misas para rogar por difuntos. Pero ésta era una misa especial, porque se trataba de un hombre especial.

El hombre era Louis Armstrong, trompetista negro norteamericano, idolatrado por todos los amantes del jazz. Y como él era también un jazzista enamorado de su música, se le quiso rendir homenaje del modo que a él más le habría gustado, en una misa con jazz.

En la capilla de la UC se escucharon ese día los hipnotizantes acordes de trompetas, piano, banjo y batería en lugar de los habituales cantos religiosos. Y no por eso fue una misa menos solemne; al contrario, nadie olvidó ni por un momento que estaba en una capilla, pero todos sentimos en cambio que ése era el único modo de rendir un homenaje a Louis Armstrong, además de rezar por él.

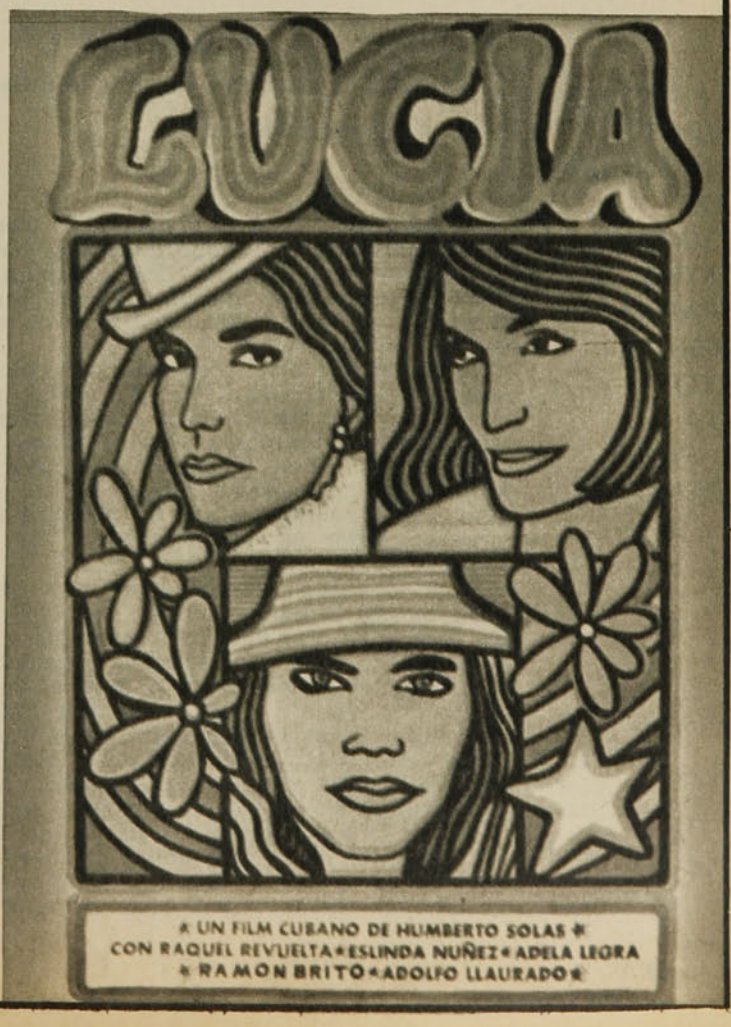
Al trompetista, que murió poco después de cumplir los 71 años, se le conocía con el apodo de "Sachmo", abreviación de Such a Mouth que significa más o menos "qué boca".

◆ Lucía es la mujer cubana, y más que cubana es la mujer latinoamericana de todos los países y de todas las épocas. Es la mujer que lucha contra todos los obstáculos que le pone la vida y el medio en que se desenvuelve, que lucha por ser libre en cualquier circunstancia.

La película cubana "Lucía" nos muestra a esa mujer a través de tres cuentos; la primera Lucía es la que participa, en la medida de sus posibilidades de mujer postergada por la sociedad, en la lucha de su pueblo por liberarse de la colonización española.

La segunda participa en las acciones revolucionarias por derrocar la dictadura de Batista; y la tercera es la mujer campesina de la época de la revolución, que lucha por derrotar la ignorancia y la postergación en la que se ve sumida en parte por el hecho de ser mujer; ella trata de participar en la construcción del socialismo luchando contra los prejuicios machistas alimentados durante años en los campos de Cuba y de Latinoamérica.

"Lucía" es una de las pocas películas cubanas que han llegado a Chile y se está dando en dos cines de Santiago; me parece que es un testimonio que vale la pena ver.





EL ENIGMA DE MI HOMBRE

SU PUÑO SE LEVANTO CON FUERZA Y LE PEGO EN EL ROSTRO A PABLO, QUIEN SE CAYO Y YA NO PUDO LEVANTARSE.

En un principio sólo sentí deseos de morir, porque la realidad me era demasiado dura para enfrentarla.

DESDE QUE TENGO recuerdos, siempre existió Bernardo; un hombre tierno, bondadoso y deseoso de ayudar. Todos sabían que eventualmente algún día me casaría con él. Su existencia en mi vida era tan obvia como para pensar en eso.

Cuando papá murió y con mamá nos hicimos cargo de una chacrita, fue Bernardo quien nos ayudó con las cosechas y los animales hasta que contratamos a un mayordomo. Fue Bernardo Ríos quien me enseñó cómo usar una escopeta, cómo montar a caballo y criar a los animales. Y cuando estuve en el colegio fue Bernardo quien me ayudó a pasar los exámenes.

Luego, dos años después que papá partió, mamá murió repentinamente. Me sentí muy sola, desolada, desvalida. Si no hubiera sido por Bernardo y por su hermana Eugenia, que se encargaron de todo, antes y después del funeral, no sé cómo me las habría arreglado.

El padre de Bernardo administraba una lechería cerca del pueblo. La familia Ríos había sido amiga de mi familia desde hacía muchos años. He oído decir que desde que llegaron por primera vez a las tierras de Talagante. Después que mamá murió, Bernardo me dijo que me quería y deseaba cuidarme, no sólo por un tiempo, sino para siempre. En cuanto a mí, no sabía, me gustaba Bernardo, quizás lo quería, ¿pero cómo podía estar segura? Era yo una persona tan insegura que no sabía si lo que sentía por él era amor o un simple cariño.

Fue maravilloso que Bernardo se preocupara de mí, sentir la fuerza de su presencia, la tranquilidad de pertenecerle y, sin embargo, había algo dentro mío que lo rechazaba. Lo que sentía por él era demasiado calmado, sereno y nunca recuerdo haber experimentado pasión alguna.

Imaginaba que el amor debía ser tormentoso y turbulento, algunas veces incluso cruel, hasta llegar a llorar y reír por sus emociones, pero con Bernardo no me sucedía nada de eso.

Casi un mes después del funeral, me decidí a arreglar la casa y pintarla. Clementina, una mujer que vivía en el pueblo, se vino a vivir conmigo ese invierno. Mientras trabajábamos en la limpieza del hogar, alguien tocó a la puerta.

Ni siquiera tuve la menor sospecha de quién podría ser. Fue grande mi sorpresa al ver frente a la puerta a un hombre alto, más bien moreno y bastante atractivo.

—¿En qué le puedo servir? —pregunté sonriendo.

—Me encantaría que me ayudara. Aunque me doy cuenta de que es usted quien necesita ayuda —dijo al percatarse de que estábamos en plena función de trabajo—. ¿Puedo entrar?

Vacilé un momento.

—Estamos limpiando la casa muy a fondo, así es que todo está muy desordenado.



—No me importa.

Antes de darme cuenta, el extraño se encontraba dentro.

—Nosotros, los vendedores, estamos muy acostumbrados a eso.

—¿Vendedores? Creo que no hay nada que necesitemos comprar. Todo lo que necesitamos para el campo me lo compra un gran amigo, así es que en realidad no quiero nada.

—Nada de eso es lo que le vengo a ofrecer. Lo que yo vendo son televisores, y me doy cuenta de que usted no tiene uno.

Tomé el catálogo que me pasó. Luego por más de media hora no hizo más que tratar de convencerme de las ventajas de los televisores que él vendía. Para decir verdad, apenas le oí. Me senté a contemplar su figura y sentí que mi corazón latía cada vez más acelerado. Sin ninguna razón me sonrojé y no supe qué hacer con mis manos. Había algo en sus ojos, su personalidad me era demasiado atractiva. Tuve ganas de conocerlo mejor, y me sentí muy apenada cuando se tuvo que ir.

Le pedí a Clementina que fuera a prepararnos una taza de té. Mientras volvía a mirar el catálogo atiné a decirle que lo pensaría.

—Me alegro mucho. Eso me dará una segunda oportunidad para volver a verla.

Me sentí enrojecer y me paré de un salto.

—Se lo haré saber —tartamudeé.

Cuando se hubo marchado, me paré junto a la ventana observándolo cómo caminaba hacia la furgoneta. Su manera de mirarme fue muy curiosa, perturbadora, pero al mismo tiempo excitante. Si hubiera sido cualquier otra persona me habría molestado mucho su osadía, pero por el contrario me sentí dichosa con su presencia.

Esa noche me dije mientras me quedaba dormida, que todo había sido una niñería y producto de mi imaginación. Me sentía sola e intranquila. La chacra estaba a unos cuantos kilómetros del pueblo y había veces que pasaban varios días sin que viera a nadie, con excepción de Bernardo y su familia. No podía sacarme de la cabeza la imagen de ese personaje que acababa de conocer.

Pero en realidad era una tontería y para reafirmarlo le dije cuando me llamó que no se molestara en venir a verme.

—Será una pérdida de tiempo si lo hace —le dije tercamente.

Debí haberme sentido satisfecha con esa decisión, pero no fue así. En cierta manera me sentía confundida, como si hubiera perdido algo muy preciado.

ESA MISMA SEMANA hubo una reunión en el club social del pueblo y Bernardo, Eugenia y yo nos fuimos juntos. No tenía ninguna intención de asistir, después de todo, mamá había muerto hacía solo un mes y no tenía ánimos de estar bailando o cantando. Pero era bueno salir de la chacra por una noche y oír diferentes voces.

Estaba sentada en una silla mientras miraba a algunas parejas bailar, cuando de repente alguien se sentó a mi lado. Me di media vuelta y oí su voz.

—No se mueva. Me gusta verla sentada con ese aspecto tan sencillo y natural. ¿Por qué una chica tan joven como usted anda entera vestida de negro?

No le miré su cara mientras me hablaba. Sólo escuchar su voz me bastaba para hacer renacer otra vez dentro de mí esa excitación que días antes había sentido.

—Uso el negro porque ando de luto —dije quietamente.

—Lo siento mucho. —Me acarició las manos demostrando que realmente lo sentía—. Tenía intenciones de volverla a ver antes de salir de viaje. Creo que me voy dentro de uno o dos días más.

—¿Tan pronto?

—Así es que usted también lo siente que me vaya tan pronto.

—¿Siente qué? No entiendo lo que me quiere decir.

—Sí que lo entiende. —Demostrando gran seguridad me tomó el mentón con su mano, obligando que mis ojos lo miraran—. Desde la primera vez que la vi me pareció que la había conocido toda una vida.

Sentí que mi corazón latía cada vez más aceleradamente. Lo observé tratando con desesperación de investigar en su mirada si lo que decía realmente lo pensaba. Pero no existía ni una muestra de mentira en sus ojos.

—Yo tuve esa misma sensación.

Automáticamente se paró y me acercó a él.

—¿Bailemos?

—No —protesté. No me sentía capaz de hacerlo.

—¿Vas a andar de luto por el resto de tu vida? —reclamó.

Como todavía vacilaba me tomó y no tuve posibilidad alguna de soltarme.

—¿Qué te importa lo que la gente piense? Tienes edad suficiente para hacer lo que quieras. Haz lo que creas bien y abanícate del resto del mundo.

La música me fue pescando poco a poco, y sin pensar, me sentí sumida en el baile. ¿Por qué no? Mamá estaría feliz de verme distraer, bailar y divertirme. Este extraño que tenía a mi lado me parecía correcto.

Me sentí totalmente absorbida, rechazando todos los problemas ajenos a ese momento. Si nunca más volvía a ver a ese hombre, por lo menos esa noche me había divertido.

En sus brazos, todo el mundo parecía irreal,



EL ENIGMA DE MI HOMBRE

y la única cosa que importaba era ahora, este momento. Me sentí mucho más cerca a ese extraño de lo que había sentido a Bernardo.

Vi a Bernardo en el mesón tomándose un refresco y sus ojos reflejaban una mirada triste. Se me debe haber notado mi preocupación por mi amigo, porque inmediatamente Pablo me preguntó:

—¿Es ése tu pololo?

—Bernardo es mi amigo. —La música se detuvo y Pablo me tomó del brazo y me condujo al parque que se iluminaba tenuemente con algunos faroles.

—Caminemos. No quiero que tu amigo se nos interponga. ¿Te has dado cuenta, pequeña, que ni siquiera sé tu nombre?

—Laura, Laura Fernández.

—Tienes un bonito nombre. Tan bonito como tú. Es una pena que estés encerrada en tu chacra y no vivas en la ciudad.

—Me gusta el campo.

La música empezó a tocar nuevamente. Me sentía tan atraída por este hombre que ni siquiera me di cuenta qué cantos tocaban.

—Quizás te pueda gustar, pero no comprendo que te sientas feliz estando completamente sola, no viéndote con nadie día tras día.

—En realidad no sé —dije calmadamente —. Algunas veces me siento dichosa y otras veces me siento tan sola que sólo deseo llorar.

—Seguí contándole lo terrible que había sido el duro golpe de la muerte de mamá, la terrible sensación de estar perdida, de no tener un propósito ni una dirección en la vida.

Después me tomó las manos y me miró a la cara.

—No tienes que estar sola, Laura, nunca lo estarás si no lo quieres.

No quise preguntarle qué me quiso decir. No me atreví. Pero se me debe haber reflejado en los ojos lo que pensaba. Se inclinó hacia mí y me besó. Al principio quise esquivarlo, pero casi instantáneamente cerré los ojos y me entregué a sus besos. En ese momento actuaba sinceramente, hacía lo que me nacía desde el fondo del corazón, y de pronto sentí cómo una llama se encendía dentro de mí.

Me atrajo cada vez más hacia sí, me levantó en sus brazos y su boca acarició mi rostro más bien demostrándome cariño que pasión.

No podía creer que este hombre que me había parecido casi inalcanzable, fuera mío. ¿Cómo se podía sentir tanta atracción por un ser? No cabía en mí explicación alguna. Puse mis manos contra su pecho y lo retiré asustada.

—Pablo, no debemos entregarnos el uno al otro de manera tan precipitada.

Se rió y me volvió a apretar contra sí.

—Pero, Laura, ¿por qué luchas contra tus propios sentimientos? Esto es algo real. Cierra tus ojos y bésame.

Nos debemos haber quedado ahí cerca de una hora, sumidos por las caricias y los besos, descubriendo nuestro amor. Había miles de cosas que quería decirle, cosas que quería saber sobre Pablo, pero me daba susto preguntarle. Tenía miedo de que si le hacía muchas preguntas arruinaría todo.

Regresamos donde estaba el resto de la gente bailando. Bernardo cuado me vio no me dijo nada y sólo se atrevió a hablarme cuando llegamos a casa. Sabía muy bien lo que me había sucedido. Lo adiviné por la mirada que había en sus ojos.

—Te sientes demasiado atraída por ese vendedor, ¿no es cierto?

—En realidad, no lo conozco, Bernardo.

—Eso es precisamente lo que quería decirte. En realidad es un poco injusto que los consejos salgan de mí, pero con lo que te quiero, ese hombre no es para ti. Es una persona muy vana, muy enamorado. Un hombre como ése te hará sufrir demasiado, y te quiero mucho como para verte sufrir.

Los ataques de Bernardo hacia Pablo me molestaron mucho.

—Tú tampoco lo conoces, Bernardo, y me parece demasiado injusto que lo juzgues así.

No me contestó. Se dio media vuelta y se marchó, dejándome sola. Lo observé cómo se retiraba de mi casa y sabía muy bien que esa noche lo había herido. Pero no había manera de remediarlo, ya que lo que sentía por Pablo era indiscutible.

● PABLO VINO a verme al campo otra vez antes de ausentarse. Hice que Clementina nos preparara el plato favorito, pero estoy segura de que ninguno de los dos apreció la comida. Tampoco conversamos mucho. Después de cenar lo acompañé a la furgoneta.

—¿Adónde irás después de aquí? —le pregunté con un cierto qué.

—Recorreré toda la zona central que tengo a mi cargo.

—¿Pero dónde vivirás, Pablo?

—Te dije que en la zona central. —Hubo una cierta tirantez en su modo de contestarme—. Además no veo por qué te tienes que meter en mis asuntos privados.

—¡Pablo! —me sentí choqueada y asustada por sus palabras.

Movió su cabeza y me miró y pude darme cuenta de que trataba de dominar su violencia. Luego de un rato recuperó la calma.

—Lo siento, Laura. Si en realidad te interesa saber dónde vivo, te diré que no tengo un lugar fijo, ya que siempre estoy viajando. En Santiago paro donde unos amigos y es donde guardo mis cosas.

Habló muy rápidamente como para ocultar su molestia y yo con mucho interés le seguí paso a paso su conversación. Me sentí demasiado atemorizada al descubrir la violencia que existía dentro suyo. Reconozco que quizás no debí haberle hecho tantas preguntas acerca de su vida.

Cuando se fue prometió escribirme y la primera carta que recibí venía desde Santiago. Era una larga carta, en la que me contaba sobre algunas cosas de la ciudad y de su trabajo, con algunas anécdotas tan simpáticas que me hicieron reír. Me decía lo mucho que me echaba de menos y las ganas que tenía de volver a Talagante para verme. Le contesté inmediatamente a la tienda de televisores de Santiago.

Nuestro intercambio de cartas se fue haciendo más intenso e íntimo, hasta que me convencí de que nuestro conocimiento se hacía más profundo y cada vez nos entendíamos mejor.

Ese invierno, Bernardo me volvió a proponer que nos casáramos.

—Lo siento, Bernardo. Me gustas mucho, bien lo sabes.



● ME ATRAJO CADA VEZ MAS HACIA SI, ME LEVANTO EN SUS BRAZOS Y SU BOCA ACARICIO MI ROSTRO MAS BIEN DEMOSTRANDOME CARIÑO QUE PASION.

—Pero no me quieres.

Me mordí los labios e inmediatamente acudió a mi mente la imagen de Pablo. Si sentía tanta emoción por Pablo y tan poco por Bernardo, quería decir que no lo amaba.

—Lamento tener que decirte que no.

—¿Tienes en tu vida a alguna otra persona? ¿Es acaso ese chiquillo que se llama Pablo?

—Sí, Bernardo, y lo siento mucho por ti.

—Y yo también lo siento mucho, Laura. —Su voz ahora parecía enojada—. Te enredas con el primer extraño que se presenta a tus ojos, una especie de vagabundo que nadie conoce y poco se sabe acerca de su vida.

—Es un problema mío que en nada te concierne a ti, Bernardo —dije cortante.

—Por supuesto que me importa. ¿Cómo sabes quién es, qué vida lleva?, y ni siquiera has averiguado si además de ti tiene a otra mujer.

—Estoy completamente segura de qué clase de persona es y tal cual lo conozco es como lo quiero —contesté rápidamente.

—Ya me dijiste que lo quieres, Laura. Pero te aconsejaría que escribieras a la firma en Santiago y pidieras referencias sobre él. No me gusta nada tu nueva conquista.

—Quieres que averigüe a sus espaldas, como si desconfiara de quien quiero —proseguí y bastante molesta.

—No me refiero a eso. Está muy bien que confíes en él, pero no lo conoces como persona.

—No tengo nada más que conocer sobre él. Veo demasiado claro que es el hombre de mi vida y a quien quiero apasionadamente. Lo quiero y eso me basta. Además, sé que los celos son los que te comen vivo en este momento.

—Quizás es cierto que estoy celoso. Pero es aún más que eso. Sólo quiero tu felicidad. Veo demasiado claro que serás sumamente desgraciada con ese individuo. Tiene demasiada labia y te tiene muy engatusada, pero detrás de todo hay un puro bluff.

—Por favor, Bernardo, terminemos esta discusión que nada servirá para hacerme cambiar de opinión.

No podía olvidar las palabras de mi viejo amigo Bernardo. ¿Qué de verdad podría haber en todo lo que me dijo? ¿Estaba realmente enamorada de Pablo después de las dos veces que lo vi y de las cartas que nos intercambiamos?

Al mismo tiempo, ¿cómo podría comparar lo que sentía por Bernardo y por Pablo? Por Bernardo solo sentía cariño, pero jamás había tenido atracción alguna por él. Veía claro que las cartas de Pablo me hacían vibrar demasiado y por él sentía algo que nunca antes me había pasado con hombre alguno.

Y ESA PRIMAVERA, cuando Pablo regresó a Talagante, nos casamos. Pasamos antes un mes juntos, un mes que nos veíamos cada noche, un mes en que sólo ansiaba estar en sus brazos y recibir sus caricias y sus besos. Un mes con esa realidad me bastaba. Eché a un lado todas mis dudas y sospechas que Bernardo me había metido en la cabeza. Se me olvidaron los arrebatos de mal humor de Pablo y, al final, sólo me acordaba de su ternura.

Fue un matrimonio casi fulminante sin ningún preparativo previo. Estaba demasiado enamorada de Pablo que me enceguecía frente a toda realidad, frente a los consejos de mis amigos e incluso frente a mi sentido común.

Como Pablo no se podía quedar mucho tiempo en Talagante, porque tenía que volver a su trabajo, decidimos casarnos inmediatamente, y los días que le quedaban, pasarlos en el campo como nuestra luna de miel.

Esa primera noche, Pablo se sentó al borde de la cama que antiguamente había sido de mis padres. Se quedó mirándome fijo hasta que finalmente no aguanté más.

—¿Qué te sucede, Pablo?

—Nada. ¿Por qué crees que algo malo me ha de pasar?

—Lo siento. Mi intención no fue molestarte.

—Nunca la gente tiene intención de herir cuando lanza las cosas. —Se levantó y caminó hacia la ventana.

—Pablo, ¿qué te pasa? Me pareces una persona tan extraña, que incluso te diría que me asustas cuado te pones así.

Se dio media vuelta y me miró. Sus brazos recorrieron lentamente mi espalda y sus ojos se veían más negros aún en contraste con su cara cada vez más pálida. Luego lentamente se fue relajando.

—Lo siento, preciosa. No es problema tuyo, sino mío. —Vaciló un segundo y cuando volvió a hablar su voz sonó con amargura—. No debí casarme contigo de manera tan precipitada, cuando dentro de tres semanas debo partir. No tengo ningún derecho a hacerte llevar esa vida.

Me atrajo hacia sí y nos quedamos en silencio durante un largo rato.

—No te preocupes ahora en darme explicaciones. Pensemos que estas tres semanas son nuestras. Aprovechémoslas sin hacernos tantas preguntas.

En la quietud de la noche desperté sobresaltada por un desfile de pensamientos. Me puse a observar a Pablo dormir. Cuando me descubrió despierta me volvió a abrazar.

—Cualquier cosa que suceda, recuerda que te quiero.

Las palabras de Pablo se repetían en mi mente y me resultaron casi absurdas. ¿Qué quería decir con ellas?

—No nos sucederá nada, Pablo, porque nuestro amor es muy grande y cada día se enriquecerá más.

CADA DIA que pasaba me parecía más perfecto, y Pablo me ayudaba en algunos quehaceres de la chacra. Parecíamos dos buenos compañeros que juntos luchaban para salir adelante. Cada vez que me ponía triste, Pablo me repetía que me escribiría cada día y que cada vez que le pagaran me mandaría dinero para mis gastos. Cuando vi que el día de su partida se acercaba, me atreví a insinuarle que me llevara consigo.

—¿Qué te parece que vendiera mi chacra y te acompañara en tus viajes? ¿No encuentras que sería maravilloso para que no te sintieras solo?

—No me vuelvas a repetir más eso, pues me parece absurdo y no vale la pena que ni siquiera lo discutamos. La vida que llevo vendiendo televisores de un lugar a otro no es

confidencias del cielo



SEMANA DEL 17 AL 23 DE AGOSTO

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)	CANCER (22 de junio al 22 de julio)	LEO (23 de julio al 22 de agosto)	VIRGO (23 de agosto al 22 de septiembre)
TU SUERTE	Día jueves. Color oro. Número 1.	Día miércoles. Color beige. Número 0.	Día sábado. Color violeta. Número 4.	Día jueves. Color fucsia. Número 7.	Día viernes. Color aguamarina. Número 4.	Día sábado. Color plata. Número 9.
TU CORAZON	No confíes a ojos cerrados en la primera persona que te diga algo agradable y te ofrezca su amistad. Reflexiona antes de actuar.	Gracias a tu temperamento positivo y práctico podrás sobreponerte a las desilusiones y problemas que se te presenten.	Existe una posibilidad de cambios en tu vida, quizá de mayor alcance del que imaginas. Debes estar preparada.	Tu carácter impulsivo y generoso puede tener una mala interpretación por parte del ser amado. Trata de ser comprensiva.	No es fácil que el hombre de tu vida llegue a golpearte la puerta. Ayuda al destino, frecuenta otros ambientes y amplía tu círculo.	Momentos muy agradables junto a tus amigos. Recibirás testimonios muy positivos de tus seres queridos. Alimenta ese cariño.
TU TRABAJO	El trabajo rutinario está marginándote cada vez más del resto de tus amigos. En los ratos libres lee y trata de cultivar tu intelecto.	Perfecto entendimiento entre tus compañeros. Cuentas con el apoyo moral de personas muy importantes en el lugar donde trabajas.	Los astros protegen tus intereses económicos. Es un buen momento para hacer inversiones o adquisiciones.	No des demasiada importancia a los chismes. Sigue cumpliendo con tus obligaciones y deja que pasen los acontecimientos.	Cultiva tu imaginación y aprovecha de crear cada vez que encuentres una oportunidad. No temas decir lo que piensas y expresar tus ideas.	Ambiente algo tenso por motivos de trabajo. Diferencias de opiniones que deberás manejar con diplomacia. No hables de más.
TU SALUD	Ten cuidado con tus huesos, que esta semana están propensos a fracturarse. Evita todo ejercicio violento o deporte arriesgado.	Molestias a los pies. Cansancio e hinchazón. Procura no pasar mucho de pie o de usar zapatos que te incomoden.	Estado general satisfactorio. Recuperación de las energías y mejor disposición de ánimo.	Sería conveniente que tu alimentación fuera más equilibrada. La carencia de frutas y verduras puede perjudicarte.	El estado de tu cabello deja mucho que desear. Cambia de champú y aplica alguna crema en el enjuague para que no siga resecándose.	Fragilidad renal. Evita los trabajos violentos y descansa todo lo que te sea posible. Suprime los condimentos y toma líquido.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)	CAPRICORNIO (22 de diciembre al 19 de enero)	ACUARIO (20 de enero al 18 de febrero)	PISCIS (19 de febrero al 20 de marzo)
TU SUERTE	Día martes. Color azabache. Número 3.	Día domingo. Color púrpura. Número 1.	Día jueves. Color petróleo. Número 2.	Día martes. Color marfil. Número 7.	Día viernes. Color verdeagua. Número 2.	Día sábado. Color marrón. Número 4.
TU CORAZON	Un hecho inesperado vendrá a sacudir la tranquila rutina de tu vida. Tómalo con calma, que puede ser la oportunidad de tu futuro.	Situaciones extrañas estimulan tu imaginación haciéndote vivir en un mundo de fantasía. Vivir la realidad es más positivo.	Semana agradable en la que reinará la armonía. Excelente momento para terminar con esas situaciones tensas que te preocupaban.	No sigas prolongando unas relaciones que carecen de una base sólida, sólo por temor a herir a esa persona. Piensa en tu felicidad.	Siguen por buen camino tus asuntos sentimentales. Actúa con naturalidad y seguridad en el medio en que te desenvuelves.	Tu carácter estará irritable a la menor molestia. Trata de dominarte o por último posterga cualquier decisión o discusión.
TU TRABAJO	La situación económica de tu familia lentamente va mejorando. No gastes más de lo necesario para que puedas ir ahorrando dinero.	No pases sólo pensando en tus cosas. Por medio de tu trabajo puedes llegar a hacer mucho bien a tus amigos. Si puedes ayúdalos.	Tus cualidades y capacidad pueden merecer un ascenso o un reconocimiento que se traducirá en una mejor rentabilidad.	Período lleno de incertidumbre y contradicciones. No te dejes influenciar por esa situación, manténte a la expectativa.	Días de gran agitación y movimiento, en especial para las dueñas de casa. Confía en ti misma y no te sientas abrumada.	No te desanimes si aún no ves el fruto de tu esfuerzo. Sigue adelante que tarde o temprano se apreciará tu trabajo.
TU SALUD	Sensación de cansancio. Falta de ánimo y de empuje. No permitas que ese estado se apodere de ti. Averigua las causas y sigue luchando.	Sería bueno controlar tu presión arterial, ya que es posible que sea la causa de las molestias que te aquejan.	No descuides tu hígado comiendo de todo sin ninguna medida. Te sentirás con más energías si te alimentas de manera liviana.	Cansancio y dolores musculares. No estarían de más una sobrealimentación e ingerir algunas vitaminas.	Irregularidades en tu sistema digestivo que deberás vigilar. No es normal la reacción de tu organismo. No te descuides.	Es muy necesario que hagas algo de ejercicio diario. El contacto con la naturaleza y una buena caminata son vitales para tu salud.

para ti. Te aconsejaría que no me volvieras a insinuar una cosa tan absurda como ésa.

—Pero no quiero que te vayas de mi lado. Cuando recién te conocí me dijiste que era un crimen que estuviera encerrada en el campo. Incluso me dijiste que debía vivir en la ciudad.

—Lo que te dije en esa época era diferente. Ahora eres mi esposa y encuentro que lo mejor para ti es que te quedes aquí. No te pelees conmigo, Laura. No quiero ofenderte ni negarte nada. Quizás en un tiempo más podamos hacer un viaje juntos. Ahora tienes que confiar en mí y esperar que los negocios anden bien.

No insistí en el asunto por temor a que le diera uno de sus ataques de rabia. Pero secretamente me dije que no siempre actuaría de esa manera.

La próxima vez que vi a Pablo me atreví a volver a insinuarle sobre irme a vivir donde lo mandaran.

—Es demasiado cariño el tuyo querer acompañarme en mi trabajo, pero hay cosas que no comprenderías para nada.

—¿Cómo qué cosas, Pablo? No te entiendo nada lo que algunas veces tratas de decirme.

—Sé muy bien que eres mi mujer, pero te casaste conmigo sabiendo en lo que consistía mi trabajo y que pasarías parte del tiempo sola. No trates de cambiarme ahora.

No dije nada. Las palabras de Pablo fueron como una puñalada. Antes de conocerlo sabía muy bien lo que significaba vivir sola. Pero después de saber lo que era vivir con Pablo todo era muy diferente.

Los primeros meses de matrimonio, Pablo se quedaba conmigo tres o cuatro semanas y luego se iba. Durante uno o dos meses sólo recibía de él sus cartas.

En el verano no me parecía tan terrible llevar esa vida, pero en el invierno todo era diferente. Había días que me sentía tan deprimida y triste como el tiempo. Cuando Pablo llegaba me parecía que la vida entera cambiaba. Tratábamos de vivir al máximo cada día que estábamos juntos.

Pasado un buen tiempo me empecé a acostumbrar a ese ritmo de vida, llegando a hacérseme más tolerable. Cada vez que estaba con Pablo ansiaba quedarme embarazada para así ocupar horas del día con mi hijo. Pero todo era en vano.

Me encontré con Bernardo sólo una vez después de mi matrimonio, y eso fue un día que fui a Talagante, al banco. Iba distraídamente por la calle cuando de repente oí mi nombre. Levanté la mirada y al verlo sentí sonrojarme.

—¡Bernardo! —le dije, muy de adentro.

Me sonrió.

—No te imaginas el gusto que me da el verte.

—A mí también. ¿Te gustaría que nos tomáramos un café en la fuente de soda?

—¿Cómo te ha ido en el trabajo?

—Me ha ido muy bien y tengo mucha confianza en poder triunfar en lo que hago.

Sonrió.

—¿Y cómo te ha ido con Pablo? Me llama la atención que todavía estés en la chacra. Pensé que te habías trasladado a Santiago.

—¿A qué te refieres, Bernardo? Bien sabes que Pablo por su trabajo no se puede instalar por mucho tiempo en una misma parte.

—Sí, pero pensé que lo acompañabas en sus viajes.

No le contesté de inmediato. Ni yo sabía claramente qué respuesta darle. Lo único que tenía claro era que Pablo no quería que lo acompañara. Miré a Bernardo y le sonreí como a un antiguo amigo.

—Quizás algún día lo acompañe, sobre todo cuando se quede largo tiempo en algún lu-



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

E° 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50

•Eº 4 •N.º 1941



UNA SOLTERONA SINIESTRA

Y llegó el día en que también necesité de esa mujer.

quimantu



EL DESENLACE
(extracto)
Edesio Alvarado
CAPITULO VIII

(...*La casa él la levantó, a su idea, con sus propias manos. Entonces sólo había un par de galpones ruinosos, hechos por algún antiguo ovejero. En uno de ellos nos instalamos nosotros y Arrizaga, y en el otro, los Payahuala, a quienes habíamos contratado como sirvientes el mismo día que avistamos las tierras. Gracias a los Payahuala Gonzalo consiguió madera buena, oreada, y con la sola ayuda de Calixto plantó los pilotes de ciprés, puso los grandes durmientes con sus cuñas de luma, y fue levantando pies derechos, cuerdas, tijerales, hasta que la casa comenzó a tener forma. A veces asomaban el sargento Arizmendi, el carabinero Arrieta, y también ayudaban. Para ellos el peso de esta soledad era mayor que para nosotros mismos o que para los otros colonos. Arizmendi lo explicaba a su modo. "Para ustedes esto es distinto —decía—, están aquí en lo suyo, trabajando para mañana, construyendo para sus hijos. Pero nosotros no tenemos nada propio, la familia está lejos, y aunque completemos años, no podemos olvidar que somos gente de paso. Lo peor es que nos cambian a la muerte de un obispo o cuando sale un nuevo presidente. Así uno se figura que ya es de aquí, que ha logrado algo, y no es cierto, el boletín con los traslados nos echa abajo las ilusiones. Nosotros ya estamos en el retén cinco años. Como para aclimatarse, como para pretender estar en lo propio, ¿verdad? Y seguiremos un par de años más aquí, por lo menos hasta 1952, ya lo verán, y siempre sin nada..." Arizmendi no se equivocaba. Hasta 1953 no llegaron el sargento Galindo y el cabo Aynol. Pero antes pasaron esos dos años y meses que, al fin de cuentas, fueron los más plenos y veloces de nuestra vida... Arizmendi y Arrieta se portaron, en verdad, como nuestros primeros amigos. Luego intimamos con los otros colonos, los vecinos, que estaban a quince o veinte kilómetros, y los demás, a quienes por la lejanía veíamos apenas un par de veces en el año. La casa no alcanzó a estar techada ni tinglada para el Año Nuevo de 1951. No hubo la fiesta que imaginó Gonzalo. Pero así se dio la ocasión para que conociéramos mucha gente por dentro. Nos invitaron a las parcelas de Baldomero Lacunza, en Herradura, junto al lago Cochrane. El fue quien nos vendió la madera para la casa... Qué impresión la de aquella noche. Nadie nos tra-*

23 DIC 1971
DEPOSITO LEGAL

tó como extraños. Pero nos asombró el ánimo de esos hombres. Vivían desparramados por el territorio; soportaban toda clase de penurias, el aislamiento, las enfermedades, las catástrofes; les eran comunes los quince o veinte grados bajo cero, la escasez, la nieve, el barro; pasaban por peligros que ni se les ocurría medir; contemplaban de continuo la muerte cara a cara; podían pasar semanas, meses, sin hablar con extraños, y, sin embargo, estaban ahí como si nada de ello les ocurriera, como si lo normal hubiera sido ese calor gregario, y hablaban de las cosas usuales, del porvenir, del tiempo, como si siempre todo fuera a ser así, las horas en común, sin sobresaltos ni dolores, llenas de entusiasmo y de confianza. Todos nos ofrecieron su ayuda, cosas diversas, hasta dinero prestado. Luego, a instancias de las mujeres, nos pusimos a bailar viejos valses y tangos con acordeones y guitarras. Cantamos aires de la tierra. Recuerdo ahora cómo me entristecieron los versos simples y sentimentales de "Corazón de escarcha", entonados por esas personas, como si cualquier día alguna de ellas hubiera de morir, también ventisquero adentro. Después los hombres bebieron, juraron y relataron hechos de coraje y de muerte. Gonzalo recitó poemas del sur y del mar, y de pronto, cuando menos lo esperábamos, el amanecer cayó de golpe...

Durante dos días los Lacunza no nos permitieron regresar. Nos enseñaron el asado a la gaucha, a preparar cimarrones y otros secretos lugareños, y sólo cuando no quedó duda de nuestra incapacidad para seguir comiendo y bebiendo, pudimos partir. A la despedida, Gonzalo prometió otra fiesta para la inauguración de la casa. Dijo esa vez: "Mi casa será la de todos ustedes. Quiero verla llena de gente, siempre alegre, hasta el día en que nos toque morir, rodeado de hijos y de amigos..." Arrizaga pareció renacer con aquella experiencia. Ya de regreso, confesó: "El conocimiento de esta gente ha sido una lección también para mí. Ahora deseo ser un hombre útil, positivo. Déjenme trabajar con ustedes y demostraré que sirvo para esta clase de vida. Después me las arreglaré para conseguir mi parcelita. ¿Saben? Pienso ir a Aysén apenas pueda. Quiero liquidar mis asuntos allá y traer algunas cositas que me hacen falta..." "Anda cuando quieras —le repuso Gonzalo—, y me alegro por tu determinación. Nos ayudaremos, todos necesitamos nacer de nuevo aquí..."

Cuando partió Arrizaga quedamos inexplicablemente tristes. Es extraño cómo la vecindad humana cría raíces en las grandes soledades. Basta un trato breve, o un hecho fortuito, un apuro, una celebración, para que personas que nos eran ajenas quedan apegadas a nosotros como viejas compañeras, dejando, cuando parten, un vacío indefinible. Así nos ocurrió con Arrizaga. Digo nos ocurrió, porque Gonzalo, a pesar de conocerlo de antes, lo sintió como un extraño al encontrarlo en Aysén... Gonzalo propuso terminar la casa durante la ausencia de Arrizaga. El tiempo ayudó, y a fines de enero ya se podía habitar en ella. Piso, tingle y techos se encontraban terminados, y al menos la cocina y dos dormitorios disponían de todo. "Ya podemos inaugurar nuestra casa —dijo un día Gonzalo—; lo único que falta es el regreso de Arrizaga..." Pero Arrizaga no regresó. Lo último que se supo de él fue que lo vieron partir de Chile Chico rumbo a Puerto Ibáñez, en un lanchón de la ruta. Los tripulantes iban borrachos, y Arrizaga mucho más, porque celebraba su próxima conversión en colono. "Volveré —contaron que decía—, volveré para emprender una vida distinta. Nunca es tarde..." El lanchón partió casi de noche, guiado sólo por la claridad del cielo de enero. Arrizaga acaso se durmió sobre cubierta, rodando luego a las aguas, o quizás algún otro borracho lo empujó sin querer. Lo cierto fue que el cuerpo de Arrizaga quedó en el lago y nunca pudo ser encontrado. Cuando Arizmendi nos trajo las noticias, yo rompí a llorar y Gonzalo tuvo un arranque de mutismo durante un par de días. "No habrá inauguración de la casa —dijo por fin—. Ojalá que esto no sea algo premonitorio..." "No tiene por qué serlo", le repuse, pero en el fondo sentí renacer la sensación de antagonismo que la zona me había causado los primeros días. "Desde luego, no tiene por qué serlo —repitió Gonzalo—. La gente se muere simplemente por el hecho de vivir. La hora, la circunstancia no importan..." No obstante, todo esto hizo pesar durante algún tiempo un sentimiento de presagios sombríos. Los mismos Payahuala lo percibían. "No es que se haya fatalizado la casa —alegaba Pedroza—, pero nada bueno anuncia la muerte de don Arrizaga..."

En este período se terminaron las otras piezas, se tendieron los cercos, se hicieron corrales y galpones nuevos. Poco a poco la aprensión nos fue abandonando. Y cierta mañana Gonzalo me dijo: "Vamos, no podemos estar eternamente así. Hasta Dostoievski hace decir a uno de sus personajes: "Todos estamos obligados a amar, antes que nada, la vida". Además ha llegado el momento de ponerle el hombro al trabajo..." Así fue como entramos a vivir un tiempo cuya intensidad no volvió a repetirse. Comenzamos a conocer la zona en profundidad, sus secretos, sus peligros. Recorrimos los cerros situados al norte, los ventisqueros del suroeste; bordeamos el Baker hasta la confluencia con el río de los Nadis, y más abajo, por El Saltón y La Quema, haciéndonos el propósito de recorrerlo un día hasta la desembocadura. Los Lacunza nos acompañaron a explorar los lagos más chicos, el Esmeralda, el Juncal, el Chacabuco, hasta Laguna Larga. Entonces fue cuando yo comencé a adiestrarme en las armas y a adquirir lo que Gonzalo llamaba el verdadero valor, el que nace de la dominación del miedo. Todo me producía miedo: los elementos, los temporales que parecían cepillar la tierra, las tempestades eléctricas, cuya carga de furia es imposible imaginar sin contemplarla. Pero yo estaba aprendiendo a resistir, a tener valor...

Entretanto Gonzalo, a medida que conocía mejor la tierra y la gente, efectuaba otro aprendizaje, el de la sabiduría de la zona, imprescindible para predecir los cambios de clima, para afrontar las enfermedades y sacarles la máxima utilidad a los animales, a los cultivos y al paso de las estaciones. También aprendía otros secretos no menos preciosos, los del hombre, las viejas mañas y trampas para defender

los bienes y la vida, el empleo de la astucia para seguir un rastro, para parar un golpe a traición, la dureza de vista para diferenciar, en un desconocido, su condición de hombre derecho a su mala entraña. Por esa época fue que conocimos a Navarro con su cuento del dolor de muelas. Gonzalo supo descubrir en él su lealtad, su entereza. El tenía esa aptitud especial de algunos para granjearse la confianza de la gente. . .

La casa no fue inaugurada, es cierto, pero a medida que hacíamos amistades o simples relaciones de negocios, nuestras invitaciones o las invitaciones que recibíamos fueron aumentando. En la medida que el tiempo y el estado de los caminos lo permitían, organizábamos reuniones donde se bebía, se bailaba, se discutía sobre animales, se organizaban cacerías y se sucedían las partidas de brisca o de póquer. A veces en esas expansiones sin otro límite que la capacidad de cada cual para comer, beber y trasnochar, brotaba también la violencia. Discusiones y enconos llevaban a los hombres a golpearse y aun a amenazarse con las armas. Pero por lo general eran elementos extraños al valle los que producían esos reventones. Ocasionales compradores de animales, funcionarios que no sabían pisar el terreno o simplemente desconocidos que aparecían con intenciones poco claras daban lugar a groserías con las mujeres, maulas en el juego, trampas en los precios, y producían la chispa. Entonces los hombres del valle, que parecían reposados y hasta lerdos, se llenaban de una furia que no se extinguía sino con la fatiga de golpear, con la imposibilidad de mover un solo músculo. Acaso eran necesarias estas crisis, como escape a la tensión soportada por meses de incomunicación, de riesgos y padecimientos. En tres o cuatro oportunidades Gonzalo también se lió a golpes, y una vez hasta tuvo que inmovilizar a tiros a un tratante de animales y jugador de ventaja que le enfrentó a cuchillo. Pero así se vivía y se le hacía el quite al paso de los meses, de los años. . .



De ahí tomaba pie Gonzalo para derivar a sus proyectos literarios y a sus sueños mineros. Llenaba la casa con su voz mientras me insistía en cómo iba a escribir sobre la vida de esos hombres que habíamos descubierto junto al Baker. Sin transición pasaba a sus afanes por descubrir vetas. Yo escuchaba, admirada de su tesón, de su fe, sin sentir muchas veces de qué manera pasaba gran parte de la noche. Por mucho tiempo me dejé arrastrar por la locura del minero y apoyaba cuanto él sugería. Estaba creída que identificándome con sus sueños me aproximaba al sentido de la felicidad. A pesar de todo, hoy no me arrepiento de ello. . . Gonzalo hizo analizar arenas, tierras, diversas composiciones minerales. Pero todo fue inútil, no había veta alguna, o, por lo menos, no estaba a flor de tierra, esperando que la tocara la mano predestinada de Gonzalo Solar. Los proyectos literarios tampoco adelantaban. Por entonces Gonzalo llenó varios cuadernos con notas y observaciones. Muchas me impresionaban por su agudeza, por su profundidad, lo mismo que sus disquisiciones cuando se exaltaba. Pero, con cualquier pretexto, Gonzalo posponía la hora de comenzar, hasta que su anuncio "Mañana o pasado me pondré a escribir en serio" no llegó a ser sino un tablón flotante al que se aferraba cuando la desesperanza o la bebida, o ambas a la vez, le hacían recurrir a alguna afirmación que pudiera alentarlo. Los trabajos en las parcelas eran lo único concreto, la realidad opaca, sosegada, pero esencial, segura, de la cual dependíamos. En torno nuestro, la lluvia, la nieve, la llegada de los días largos y claros entre noviembre y febrero, los períodos de aislamiento y de contacto con los otros colonos eran elementos que nos permitían percibir el transcurso de los años. . .

Nada alteraba la uniformidad de la vida. A veces una calamidad, la muerte de un conocido daban motivo para que las conversaciones variaran. Y eso era todo. Hasta que un verano algo logró alterar a nuestra desparramada comunidad. Fue la aparición de una partida de cuatreros provenientes de más abajo, de las estancias magallánicas. Nadie se explicó esa incursión, por cuanto las tierras de los ganaderos ricos eran un campo más propicio. Pero Arizmendi aclaró: "Parece que en las estancias ha habido batidas grandes. Allá los corren a escopetazo limpio y cargan los cartuchos con sal gruesa. La llaga en las carnes no cierra nunca..." No obstante, Arizmendi hizo poco más. Gonzalo propuso al sargento y a los colonos vecinos organizar batidas contra los cuatreros. Cada colono tuvo que organizar su propia vigilancia. Nosotros la hicimos con Calixto y los peones que ocupábamos entonces en la temporada de esquila. Ahí fue cuando completé mi aprendizaje de armas y valentía. Aprendí a preparar cartuchos del 16, a cargar y descargar en la oscuridad, a apuntar de noche atendiendo sólo a los ruidos externos, clasificados por el uso consciente del oído. Pero sobre todo aprendí a esperar, a soportar sin impaciencia el paso de un lapso muerto que parece no avanzar sino esperarse más a cada minuto. Gonzalo me prevenía acerca de la naturaleza del peligro de muerte y la necesidad de enfrentarlo con lucidez cuando no hay otra salida. Nada nos ocurrió, sin embargo. Salvo algunos carneos de animales y unos asaltos fallidos cerca de Puerto Bertrand, los cuatreros parecieron retirarse del valle hacia el norte.

Fue entonces cuando llegaron carabineros nuevos al retén: el sargento Galindo y el cabo Aynol. Habían transcurrido más de dos años, acababa de subir otro presidente, y nosotros proseguíamos empozados aquí casi sin darnos cuenta... Con Galindo cambiaron las cosas. Cuando supo el asunto de los cuatreros se entusiasmó con los planes de

Gonzalo y prometió no descansar hasta conseguir otra plaza en el retén. Esto lo obtuvo de una manera nueva para el valle. Cerca de un año estuvo pidiendo a sus superiores la nueva plaza. Cuando se aburrió, Galindo fue casa por casa consiguiendo firmas para una petición colectiva. "O me echan o conseguimos otro paco", dijo. Y así el asunto anduvo. Un año después mandaron al cabo Alipio. Gonzalo ayudó a Galindo en estos trajines, incluso redactó él la petición, y ése fue el comienzo de nuestra amistad con los carabineros, la que se transformó en intimidad cuando atendimos a Aynol. En realidad, nosotros lo salvamos de la muerte. El cabo contrajo una gripe terrible que, en el abandono del retén, le habría producido una bronconeumonía. Pobre Aynol, tan simple, hasta tímido parece. Su agradecimiento es tan grande que haría por mí lo que le pidiera. Lo que le pidiera...

Otra cosa que nos hizo amigos de los carabineros fue el asunto de los cuatreros. Galindo aceptó los planes de Gonzalo y se puso a organizar batidas del valle y los cerros. Nada se obtuvo de buenas a primeras, porque, al parecer, los cuatreros se habían alejado hacia el norte, por las orillas del lago Buenos Aires. "No se apuren —dijo Galindo—; si han tirado para Chile Chico, es seguro que Ormeño los correrá para abajo de nuevo, y los pillaremos entre dos fuegos..." Algo aproximado ocurrió al fin de cuentas. De a uno o en parejas, los cuatreros volvieron a aparecer unos meses después y fue fácil correrlos. Desgraciadamente no se pudieron evitar algunos salteos. El peor de todos fue cometido por Silverio en la casa del colono Subiabre. Silverio asaltó la casa de amanecida y golpeó a Subiabre con su carabina recortada. Creyéndolo muerto, redujo a la mujer y la violó. Cuando la mujer vino como pudo a contárselo a Gonzalo, el sargento no andaba cerca, de manera que Gonzalo afrontó solo el problema. "Si yo voy hasta el retén —dijo—, perderé un tiempo precioso y Silverio se me irá de las manos. Que vaya Calixto a avisar a Galindo. Yo seguiré a Silverio por mi cuenta y tú te encerrarás en la casa con Pedroza y la escopeta. Si no regreso al anochecer, sal de la casa con Pedroza y escóndete entre los matorrales de la quebrada. No salgas de ahí hasta que amanezca. Y si yo no llegara en todo el día, se van todos al retén y no se mueven hasta que Galindo dé conmigo..." Ese fue el día más largo de mi vida, y la noche que siguió, acaso la más agobiante. Sentada junto a la ventana, con la escopeta en el regazo y Pedroza a mis pies rezando su rosario, sentí pasar las horas como una sucesión de pequeños días. Cada una tenía su amanecer, su mediodía, su crepúsculo y su noche. Ahí conocí lo que podían llegar a significar la utilidad y la inutilidad de la esperanza, y experimenté una nueva forma de sufrimiento al imaginar la posibilidad de que Gonzalo no regresara vivo. Cuando se cerró la noche y nadie había llegado, abandonamos la casa con Pedroza, y fuimos a emboscarnos a la quebrada vecina, para evitar que los cuatreros dieran con nosotros si ocurría un salteo. Pero nadie se aproximaba y únicamente la oscuridad, el viento y ese terrible silencio que sólo aquí puede escucharse nos hacían permanecer pegadas a la tierra. También experimenté una nueva versión del miedo —la inmovilizadora, como la definía Gonzalo—, cuando ya cerca del amanecer sentí acercarse unos caballos. Después un disparo atronó la noche. Pero no eran los cuatreros. Escuché al rato a Gonzalo que me llamaba. Traía a Silverio maniatado y había disparado como medida de protección. Dejó al cuatrero amarrado al palenque y nos pusimos a esperar a los carabineros. Estos llegaron cerca del mediodía y se llevaron a Silverio. Al ponerse en marcha, el salteador se encaró con Gonzalo y le dijo: "Que estos pacos me hubieran pillado, pase, pero usted se metió de intruso y eso le costará caro. Lo joderé apenas pueda, palabra..."

Gracias a que el colono Subiabre no murió, condenaron a Silverio a sólo diez años de presidio. Galindo premió a su manera a Gonzalo. En alguna parte obtuvo una potranca overa de mucha clase, la que regaló a Gonzalo diciéndole: "Para que se acuerde de que en Galindo tiene un amigo para todo..."

Así fue como, con el tiempo, nadie más que Navarro quedó aventurando en la zona. Pero éste ejercía un cuatrerismo especial. Se le divisaba muy a lo lejos, y muchas veces actuaba en beneficio de gente pobre o necesitada. Qué extraño hombre Navarro. Es otro hombre que se dejaría matar por la gratitud que nos guarda desde aquella vez cuando lo curamos de la pierna y lo escondimos de Galindo, que lo había baleado... Recuerdo que ése fue el último hecho digno de mención que anotamos en mucho tiempo. Sin que nos diéramos cuenta, manejados por el hábito —"nuestra manera normal de morir", según Gonzalo—, nos fuimos hundiendo en un período lineal, denso sí, pero desprovisto de la exaltación primitiva. La ilusión de la veta no lograba entusiasmarnos como antes a pesar de que Gonzalo y yo misma seguíamos haciendo planes con ella, explorando cerros vecinos y enviando a los peritos paquetes de muestras de minerales. ¿Cuánto tiempo transcurrimos así? No puedo calcularlo, pero sí sé que no me di o no quise darme cuenta del estado en que nos encontrábamos hasta que Gonzalo comenzó a demostrar los signos de su depresión. Pero la suya no iba a ser una depresión corriente. Todo en él tomaba una forma especial, desmesurada a veces. Así es que su crisis también fue especial, desmesurada, tanto que, en lo esencial, jamás volvió a salir de ella...

El primer síntoma visible fue el aumento de su dosis alcohólica. Gonzalo era un buen bebedor; costaba mucho notar su ebriedad y para eso debía ingerir una gran cantidad de licor. Yo me lo figuraba como un tronco flotante, embebiéndose lentamente hasta henchirse. Gonzalo se henchía de exaltación. Se entusiasmaba con el tema que discutía y era capaz de hablar y hablar horas enteras, de amanecerse incluso y de seguir conversando el nuevo día hasta la noche... Pero Gonzalo no era un ebrio, tampoco terminó siéndolo. Después de un exceso pasaba días y semanas sin un trago. Tiempo más tarde, a medida que sus sueños se frustraban y su depresión crecía, la necesidad de beber se le hizo más frecuente. Pero aun entonces no fue una manifestación patológica.

Pronto comprendí yo el sentido de la ebriedad de Gonzalo, la verdadera naturaleza de tal exaltación. No era para evadirse o subvertir la realidad, ni siquiera para fabricarse un disfraz o un subterfugio. No, era algo estrictamente apegado a la realidad, determinado por ella, como su efecto opuesto y necesario, como su reacción mecánica. Esa ebriedad, esa exaltación correspondían a una cautelosa predisposición, al reconocimiento ulterior del fracaso, jugaban el papel de una contrapartida a la acción embotadora de la desesperanza, constituían lo que él mismo definió, sin pensar en sí, como "el tejido absorbente de la derrota, el conmutador del sacrificio..." Todo esto lo comprendí cuando empezó a operar en mí el hastío con una significación nueva, con una sensación de soledad individual verdaderamente inédita, no la gran soledad frente al medio, frente al tiempo, sino la soledad en mi condición privativa de mujer madura sin fruto. Lo cierto fue que me puse a pensar, de un día para otro, en la maternidad, en la continuación de nosotros mismos, dos seres aislados aquí, los que, por cualquier azar, podían desaparecer un día sin rastro. Cuando no pude contenerme hablé de esto a Gonzalo, y entonces me di cuenta de que los hijos habían dejado de preocuparlo vitalmente, lo que era para mí otra manifestación de su cambio. Al comienzo quiso soslayar el asunto con algunas frases sentimentales, pero ante mi insistencia, y contradiciendo mucho de lo que me había expuesto antes, cuando su primitiva pasión de vida le hiciera arrancarme a mi casa, a mi madre, a un noviazgo estéril, me repuso muy seriamente: "Toda continuidad de una familia debe hacerse sobre la base de cierta seguridad material, una seguridad que nosotros aún no tenemos, por lo menos en la medida que a hijos nuestros corresponde. Puede darse el caso de que no salgan como tú o como yo, que resulten unos mediocres, unos cobardes. Si fuera así, sufrirían innecesariamente en el caso de no tener un mundo de cierta seguridad, sin grandes amenazas o exigencias, y ese mundo aún no lo hemos creado..."

El tiempo continuó pasando encerrado en sí mismo, indiviso. Prosperábamos gradualmente, esperando por mi parte el día en que Gonzalo reconociera que ya teníamos lo suficiente como para ofrecerles seguridad a los hijos. Pero hube de desprenderme de mis proyectos cuando me di cuenta de que la crisis de Gonzalo había dado un nuevo paso. Fue cuando me confesó que abandonaría, por mucho tiempo, sus intenciones de escribir. Yo sabía que eso significaba casi lo definitivo, porque la literatura representaba para Gonzalo su gran aspiración, lo que ponía en movimiento todo lo demás... La noche en que me habló de esto, Gonzalo no había bebido. Más bien estaba tranquilo. Después sí se puso a beber hasta la amanecida. Pero cuando comenzó, todo parecía muy meditado en sus palabras. Yo nada le dije esa noche, pero comprendí que tocábamos fondo. Para Gonzalo era el reconocimiento de su incapacidad esencial... Temí entonces un empeoramiento rápido de la situación. No fue así, sin embargo. Gonzalo se defendía conscientemente del avance de su depresión apelando a diversos expedientes, de manera que sus períodos críticos llegaban y se extinguían como oleadas, remeciéndolo, pero sin llegar a hundirlo. Unas veces se abrumaba deliberadamente con el trabajo en las parcelas. En otras ocasiones recurría a Galindo o a Navarro, y con ellos se internaba por días en los montes con el pretexto de cazar algún animal raro o un cuatrero inexistente. En realidad, lo que buscaba era llenarse de actividad, aturdirse en ella, para no atender a su interioridad descompuesta. Con cierta ironía dolorosa me dejaba dicho: "Voy a buscar emociones y "experiencias", como dicen los literatos de mala clase. A ver si de tanto abarrotarme de ellas me nace algún día la necesidad de vomitarlas..." Pero había temporadas en que el clima no dejaba ni asomar las narices fuera de casa. Hasta los animales se acurrucaban apretujados en los corrales, con los ojos agrandados, esperando esa amenaza que parece caer sobre los seres con el temporal o la tempestad eléctrica. Ese era el ámbito propicio para que los estados depresivos de Gonzalo cobraran intensidad. Yo, gradualmente, había llegado al nivel de comprensión que él tenía. Muchas veces con medias frases, con puras insinuaciones, me formaba un juicio cabal de lo que Gonzalo quería decirme. A terceros nuestras conversaciones habrían parecido truncas, inconexas...

Gonzalo callaba a ratos, bebía, y yo me quedaba pensando dolorosamente en su imposibilidad de escribir. El continuaba minutos después, casi siempre con una reacción fija: "Pero tú lo sabes, Laurencia, yo no soy un nihilista ni un agnóstico. Sé que en ese relámpago, en ese minuto cósmico existimos, han existido y existen la especie y todo lo que le es inherente, su evolución, su historia, su conciencia, el amor, el odio, el dolor, la esperanza. Y ha existido y existe la lucha de los hombres. Por eso mismo sé también que tenemos la obligación de darle trascendencia, valor a este minuto, y el deber de tomar partido en esa lucha... Todavía el hombre muere a manos del hombre, sufre dolores, miseria, persecución. Esto puede y debe ser eliminado de la historia, y es la primera obligación que hoy tenemos..." Cómo lamentaba yo en esos momentos que viviéramos enterrados aquí, sin que Gonzalo pudiera desarrollarse. Llegué a creer que yéndonos al norte, a Santiago por ejemplo, Gonzalo podría dar forma literaria a sus pensamientos. Hubo noches en que así se lo dije. Siempre me repuso sonriendo amargamente y explayándose en otro de sus temas recurrentes, el mito de la felicidad: "¿Irnos? ¿Para qué? —me decía—. ¿Acaso no vamos a morirnos aquí como nos corresponde? ¿O es que ésto de la creación literaria se resuelve con una traslación mecánica? ¿O crees, como cualquier poetisa adocenada, que en el logro de ésto radica la posibilidad de felicidad? El hombre parece todavía un topo en un túnel sin término, porque el minuto que gana es el minuto que pierde y cada latido más de su corazón es un latido menos. Por último, hasta su memoria lo engaña, se ve obligado a hacerlo con el subterfugio del olvido, ya que de lo contrario le sería imposible vivir, resistir el peso de su pasado, con todo el sufrimiento, el terror, el error, los

mitos y ficciones acumulados en su evolución... Dime, ¿un ser así puede aspirar legítimamente a ser feliz? ¿La literatura y el arte son capaces de subsanar algo de esto como no sea mixtificando? Entonces, ¿cómo afirmar que sirven para luchar por la felicidad?..." *Cuando llegaba a este nivel de su perorata, Gonzalo ya había bebido bastante, no soportaba estar sentado inmóvil, y se ponía a dar zancadas por la habitación...*

Terminaba siempre Gonzalo mandándolo todo al tacho. Pero yo sabía que ése era un recurso para no seguir descomponiéndose. No recuerdo cuando comencé a sentir cansancio de ese constante perorar. Si Gonzalo hubiese escrito, todo habría sido distinto. Pero no, era sólo un girar en torno de lo mismo, sin fruto y sin perspectiva. Llegó el tiempo en que ni siquiera sus excursiones con Galindo o Navarro le sirvieron de mayor contrapeso, y hubo ocasiones en que desatendió incluso los trabajos de las parcelas. Por otro lado, se fue aislando de la gente, hasta casi no visitarse ya con los demás colonos. Yo dejaba las cosas así, porque últimamente la ebriedad de Gonzalo se había hecho agresiva, peligrosa, y él buscaba con deliberación motivos de disputa o de violencia. Todos hablaban de que la tierra, el clima, la lejanía se lo estaban comiendo. "No es vida para ustedes, deberían irse más al norte. Los de acá no más aguantamos", nos decían. Pero yo sabía cuál era la verdad y que el remedio no estaba en parte alguna... ¿Cuánto duró este nuevo período? Tampoco puedo decirlo. En los últimos meses, acaso con la llegada del buen tiempo, Gonzalo había experimentado cierto alivio. Hablaba de nuevos proyectos de trabajo, volvió a mencionar las vetas y vagos deseos de escribir. Pero eso fue todo, porque en lo práctico y ya con diciembre encima, aún no había buscado los peones necesarios para la esquila. De ahí que estuviéramos tan solos al llegar esa última tarde, cuando él entró y se puso a hacer las mismas cosas de siempre, hasta que se vino la noche, la últimar noche, y él sintió golpear y fue y abrió para caer asesinado ante el umbral de su casa...")

—¿Qué le pasa, Laurencia? Hace un largo rato que está ahí mirando la casa, sin hablar...

Laurencia se dio vuelta con violencia. Ahí permanecía Danilo. De una oleada y como si recién lo advirtiera, ella percibió que lo tenía delante, a su alcance, que podía matarlo allí mismo con el cuchillo que aún conservaba en la mano. Estaban solos en ese momento. Los indios y Remigio bebían en la cocina... Matarlo ahí. Matarlo ahí... Ella podría alegar después defensa propia, una cuchillada casual ante un intento de violación. O le sería fácil conducirlo a la casa, darle de beber más y en seguida dispararle con el revólver de Gonzalo... Matarlo. Matarlo... La última tarde, la noche del escopetazo, Gonzalo asesinado en el umbral. Matarlo. Matarlo.

Laurencia se sintió recorrida una y otra vez por un fluido frío que, al cerrar los ojos, quiso imaginar verde o amarillo. Pero no se movió. Porque al recordar el cuerpo tumbado, reprodujo también su determinación de entonces, su represalia pendiente, y comprendió que todo debía ser como estaba sopesado, concebido, con su desenlace y su finalidad. El hombre veía que ella luchaba, pero no supo aquilatar su sentido. Por eso, cuando ella se aflojó y le miró sonriendo de algún modo, él supuso que había dado otro paso, ganado una nueva posición. Y se aventuró.

—Ya está haciendo frío —dijo—; adentro podríamos bajar el asado con un trago de aguardiente.

—Sí, adentro estaremos mejor —respondió ella.

En la sala, por cuya ventana entraba la voz del río, continuaron hablando, recuperando lo imprescindible de la antigua intimidad. Laurencia no escatimaba el aguardiente. Danilo bebía, pero sin entregarse del todo al flujo alcohólico. Lo serenaba la tensión a que lo sometía su acechanza, su espera aflictiva del momento de avanzar, de acortar decisivamente la distancia de doce años. Volvieron a conversar de las parcelas, perfeccionaron los planes. Hasta Laurencia, con la voz engrosada por la deliberación, pero también por un desasosiego creciente, dijo:

—Bueno, tendremos que tomar la copa del estribo. Ha caído la noche y usted... querrá regresar. Desgraciadamente no puede quedarse aquí.

—Desgraciadamente... ¿Sabe, Laurencia? Despedirme resulta muy difícil para mí.

—Pero debe hacerlo. Usted comprende...

—Supongo que debo comprenderlo. Aunque... a nadie le importaría mucho lo contrario, ¿verdad? No saben que yo estoy aquí; los indios y Remigio están borrachos...

—Pero lo sabríamos nosotros.

—Yo me refiero... Yo digo que podría quedarme aquí, en esta pieza, por ejemplo, acompañándola de lejos, cuidándola...

—No, Danilo. Usted sabe que no puede ser. Yo le corresponderé después... visitando su casa. Usted me ha invitado, ¿recuerda?

—Oh, Laurencia, ¿usted iría a mi casa? ¿Lo dice en serio? ¿No es una mentira de esas para engañar a los niños mañosos?

—Lo digo en serio, Danilo.

—Mañana, entonces, Laurencia, mañana mismo...

—No, muy pronto.

—La otra semana.

—Sería igual. Tiene que haber un motivo para que los demás no comenten.

—Diga usted misma, yo sabré esperar.

—Será... ¿Qué le parece para la noche de San Juan?

—La noche de San Juan... Oh, qué lindo, nada mejor. Brindaremos por nosotros, echaremos suertes.

—Sí, preguntaremos por el futuro.

—Por el nuestro... ¿Podríamos, Laurencia?

—¿Por qué no?... Después de todo somos vecinos, amigos y futuros socios.

—Pero... ¿no se arrepentirá de ir, verdad? ¿No le dará miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque entiendo que estaremos solos... Los dos solos.

—Sí, lo sé, estaremos solos... Pero no me dará miedo, ya verá.

—Entonces, hasta la noche de San Juan...

—Sí, hasta la noche de San Juan...

(Continuará)

AÑO XXXIX - N.º 1941
24 de agosto de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.







EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE
Capítulo VIII 2-7

CUENTOS:

UNA TORMENTA INOLVIDABLE
No sacas nada con taparme. Es imposible entibiar un corazón congelado. 8-12

FOTONOVELA 14-22

EL CUENTO DE LA SEMANA: "EL IDOLO ROTO"
(Rafael Maluenda: chileno) 23-25

UNA SOLTERONA SINIESTRA
Y llegó el día en que también necesité de esa mujer 26-35

CONFIDENCIAS DEL CIELO 28-29

ENTRE NOSOTRAS 32

VALOR DE LA SUBSCRIPCIO

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585



una TORMENTA INOLVIDABLE

•••

No sacas nada con taparme. Es imposible entibiar un corazón congelado.

•••

● Como de costumbre el viejo Daniel se demoró horas en sumar mi pedido de almacén, deteniéndose cada dos segundos para contarme alguna copucha. En realidad mi apuro era porque tenía varios kilómetros que recorrer para llegar a casa.

—Aquí tiene un regalito para la Navidad. Es una torta que hizo mi señora especialmente para usted. —La cara del hombre se iluminó de orgullo mientras hablaba.

—Por Dios, qué cariño más grande. —Me sentí avergonzada porque no tenía nada para ellos. No tenía regalos para Hernán tampoco. Había arrancado la página del calendario, como también había hecho desaparecer esa fecha de mi mente.

—Feliz Navidad —dijo Daniel cariñosamente mientras me ayudaba a cargar la camioneta.

Abrí mi boca para desearle lo mismo, pero no pude. Las palabras se atragantaron en mi garganta, de amargura y de dolor.

Cuando todavía no había recorrido ni la mitad del camino para llegar a casa, la nieve empezó a caer, y a medida que avanzaba, los copos blancos disminuían el movimiento del limpiaparabrisas.

Treinta minutos más tarde me encontraba frente a la casa donde vivía con Hernán. Sentí alivio. La nieve se hacía cada vez más tupida y agradecí haber llegado al hogar a salvo.

—Me tenía muy preocupado el que no llegaras. Llamé a la policía de carretera y me informaron que se avecina una gran tormenta. —Por la cara de Hernán y por las colillas de cigarrillos que había en el cenicero me di cuenta de que estaba muy nervioso.

Aunque estaban las chimeneas prendidas, por minutos sentía más escalofríos. Esta tormenta no podía dejar de recordarme aquella otra tormenta.

—Elena, estás tiritando —y mientras me hablaba se levantó a taparme con un chalón.

"No sacas nada con taparme. Es imposible entibiar un corazón congelado." No me sentí capaz de decir fuerte lo que pensaba. Algo en la mirada de Hernán me hizo callar. También había frío dentro de su alma.

Por un momento me puse a pensar en los antiguos inviernos donde también había tormentas, y quizá mucho peores que ésta. Nada podía inquietarme menos que el hielo en el pavimento o que se cerrara toda visibilidad para manejar. Nuestro

amor con Hernán era tan completo que nada podía importarnos si nos teníamos el uno al otro. Sumí mis pensamientos en aquellos días antes de Navidad.

—Acerquémonos más a la chimenea mientras se calienta el agua para un café —me interrumpió la voz de Hernán—. Hay algo que te está esperando, Elena.

—¿Qué? Supongo que no será un regalo. Tú me prometiste...

—Guardé esa tonta promesa hasta cierto punto no más.

Momentos más tarde, comprendí lo que mi marido me quiso decir. Incluso antes de verlo pude sentir el olor al pino. Una especie de amarga protesta crecía dentro de mí cuando caminé hacia la cocina y vi el arbolito lleno de adornos que Hernán mismo había cortado y arreglado para mí.

—¡Por Dios, Hernán!; ¿por qué lo hiciste?

—No puedes matar la Navidad, Elena. ¡El pasado ya se fue y tienes que olvidarlo!

—Por favor, sácalo, Hernán, y no me tortures.

—No estoy tratando de torturarte. Lo que quiero es ayudarte. Mi único deseo es que los dos nos ayudemos, antes de que sea muy tarde.

Si sus palabras eran una amenaza no me importaba. Para mí la Navidad era una fecha que sólo ansiaba olvidar para siempre. Me solté de los brazos de Hernán y con desesperación corrí hacia el árbol. Mientras sollozaba fui arrancando uno a uno los adornos del árbol hasta dejarlo totalmente destruido.

Hernán no esperó que yo terminara la destrucción. Salió hacia el jardín con el pretexto de alimentar los perros.

—Hasta cuándo vas a seguir rememorando el pasado. No has querido entregarte a mí desde la Navidad pasada. Ha sido un año demasiado largo y solitario, donde debimos haber curado nuestra gran pena amándonos y ayudándonos.

Me quedé paralizada al lado del árbol destruido por mis propias manos. No podía negar que yo no había sido ninguna ayuda para mi marido y me había cerrado completamente como para recibir la suya. Cada vez que trataba de hacerme querer por él recordaba lo que había producido ese amor nuestro tan egoísta. Esa fue la causa de la desaparición de tres vidas...

Al comienzo su amor posesivo me hacía vibrar, como ninguna otra persona antes lo había hecho. Sólo ansiaba estar siempre a su lado, y no me interesaba nada ni nadie más que mi marido.

● Conocí a Hernán

hace tres veranos cuando me fui a trabajar de camarera a un hotelito junto al lago. Siempre fui amante de la vida al aire libre, y como mis padres no tenían muchos recursos financieros, ese empleo me permitió pasar la temporada de verano junto a un lago.

Hernán estaba haciendo camping. Era bastante mayor que yo y perdí la cabeza en cuanto lo conocí.

Al final de aquel verano, cuando pensé que no lo vería más, Hernán se decidió a proponerme matrimonio.

—Te quiero sinceramente, Elena, y sé muy bien que también me quieres. No existe nada que nos separe y viviremos juntos por el resto de nuestras vidas.

Tres meses más tarde la promesa de Hernán se hizo realidad y nos casamos en la iglesita de mi pueblo natal. Después de la luna de miel regresamos al parque nacional donde Hernán era administrador.

Me sentí encantada por esa vida junto a la naturaleza. A pesar de haber perdido a mis padres, a mi hermana mayor y a mis amigos, a pesar de la vida solitaria que llevábamos, me adapté fácilmente. Pasaba mis días muy ocupada cocinando, arreglando la casa, y ayudando a Hernán con la administración del parque.

A los pocos meses de casados tenía algo nuevo en que ocupar mi mente. Estaba embarazada, y la felicidad que sentía junto a Hernán era inconmensurable.

Fue en diciembre cuando tuvimos la primera pelea. Mamá nos había escrito invitándonos a pasar la Pascua con ella y papá. Pero Hernán no pudo encontrar alguien que lo reemplazara. Le rogué me dejara ir sin él prometiéndole que regresaría el día antes de Navidad.

Hernán me negó el permiso.

—Llevas seis meses de embarazo, Elena. El viaje es largo y pesado. Además, tu deber es quedarte conmigo. Ahora yo soy tu familia, y éste es el lugar adonde perteneces.

Rabié, lloré y le eché en cara que era un egoísta. Cuando vi que mis palabras eran en vano, le escribí a mamá diciéndole que no podríamos ir.

El veintitrés de diciembre recibí una llamada de mamá.

—Dentro de una hora saldremos rumbo a tu casa. Llegaremos mañana al mediodía. Como tú no puedes venir a vernos, nosotros iremos donde ti.

Ellos nunca llegaron. Aquella noche una tormenta azotó el sur con fuertes vientos y una espesa nieve. Al amanecer los caminos estaban congelados y eran casi intransitables. El pánico se apoderó de mí. Hernán trató de calmarme diciéndome que mis padres tendrían el buen sentido de no continuar su camino hasta que la tormenta se detuviera.

Estaba equivocado. Obstinados en llegar a nuestra casa la víspera de Navidad, papá patinó en una curva y su auto se desbarrancó por el precipicio. Los dos murieron instantáneamente.

Hernán trató en vano de consolarme, pero innatamente rechacé sus palabras y su amor. Dentro de mí había una amargura incontrolable. Por su culpa y egoísmo mis padres habían muerto.

La mañana de Navidad, cuando los regalos aún no se habían abierto y no habíamos empezado a almorzar, fue el comienzo de otra tragedia. Los dolores del parto los empecé a sentir hasta hacerse casi insoportables. Hernán rápidamente me envolvió con un chalón y partimos en la camioneta rumbo al hospital. Pero a pesar de mis ruegos, a pesar de los esfuerzos del doctor, el caso estaba perdido. Nuestra hijita que pesaba un kilo doscientos murió tres horas después de nacer.

● Hernán hizo lo posible por consolarme. Pero nuevamente sentí desprecio por él, y lo rechacé con una angustia casi histérica. Mi guagua estaba muerta. El la había matado, igual que a mis padres.

No me sentí con fuerzas para acompañar el féretro de mis padres. Mi hermana Laura se ocupó de los papeleos para el entierro. Pero sí fui a la ceremonia que hicieron a mi pequeña hijita. Con los ojos secos, e incapaz de decir palabra alguna, observé como enterraban el cajoncito blanco. El dolor me había golpeado demasiado fuerte como para llorar.

Camino a casa, Hernán me puso un brazo sobre el hombro, pero no podía soportar que me tocara. Sentía mi cuerpo y mi corazón tan congelados como la nieve de afuera.

Al principio Hernán tuvo paciencia conmigo, pero al cabo de algunas semanas no aguantó más mi actitud silenciosa.

—Elena, no podemos seguir viviendo así. Te necesito. Nos necesitamos. Perdimos nuestra hija, pero no podemos perder nuestro matrimonio.

Me obsesionó la idea de que él fuera el culpable de la muerte de mis tres seres queridos y no podía olvidar la tragedia. Hice todo lo posible por borrar el pasado, pero me di cuenta de que dentro de mí había algo más fuerte que me hacía rechazarlo.

A medida que pasaba el tiempo, me fui enfermando más de los nervios. Mi vida junto a Hernán no tenía ningún objeto. No podía negar que me quería, pero tampoco podía negar que su amor era demasiado egoísta. Me sentía completamente dominada por este hombre, de quien un día sentí mucha admiración. Sabía muy bien lo que tenía que hacer, pero dar el paso de separarme era para mí demasiado.

● La Navidad siguiente se acercaba en el calendario y parecía que todo volvía a renacer dentro de mí. Junto con esa fecha se cumplía el plazo que me había puesto para ver si mi vida junto a Hernán podía andar bien. Dentro de mí había una verdadera guerra de ideas que no podía compartir con nadie. No me sentía amiga de Hernán. No le tenía confianza, y es triste reconocerlo, pero más bien le tenía miedo.

El teléfono sonó. En ese momento terminaban mis dudas. Esa noche le diría a Hernán que lo dejaba para siempre.

—Me llamaban de la policía de carretera para informarme que se avecina otra tormenta, y que esté alerta por si tengo que acudir en auxilio de alguien que quede atascado en la nieve.

No le hice ningún comentario al respecto. Me sentía demasiado absorbida con mis planes de dejarlo al día siguiente. Pero esa maldita tormenta echaba por tierra mi proyecto. El viento soplaba con gran furia y los copos blancos se hacían cada vez más espesos. Mientras estaba sumida pensando en lo que haría y lamentando que todo se tuviera que aplazar debido al tiempo, sentimos que golpeaban la puerta casi con desesperación. Di un salto asustada y miré a Hernán. ¿Quién podía ser?

Hernán saltó de la silla y quitó la barra de la puerta, ésta con el viento se abrió de par en par. En ese mismo instante una especie de bulto cayó a sus pies. El hombre trató de sentarse con gran esfuerzo. Sus ojos casi se le salían de pánico.

—¡Gloria, hay que buscar a Gloria!

—¿Dónde está? ¿Quién es Gloria? —preguntó Hernán.

—Mi esposa. Está dentro del auto. Nos quedamos atascados en la nieve y cuando vimos luz en esta casa, rogamos nos pudieran socorrer.

—Sácale las botas, Elena, y dale un poco de coñac —ordenó mi marido.

Obedecí las órdenes de Hernán casi automáticamente, y sin pensar que esta escena abría en mí heridas muy profundas. Como vi que los dedos del hombre estaban totalmente congelados, le hice unos masajes hasta que recobraron vida. Y mientras transcurría esta escena, que para mí era aún como irreal, rogaba que Hernán encontrara a Gloria sana y salva.

Mientras impacientemente esperábamos que llegaran, el desconocido me contó que se dirigían a casa de un hermano.

—No sabíamos que la tormenta iba a azotar tan fuerte en esta región. En principio fue de locos iniciar el viaje, pero queríamos pasar la Navidad en familia.

—Lo comprendo muy bien. —Las palabras me salieron del fondo del alma.

Como me encontraba en un estado de excitación demasiado agudo, y antes de que Hernán golpeara la puerta me encontré delante suyo; traía en sus brazos el cuerpo de una mujer. Cuando la acomodó en el sofá me di cuenta de que Gloria estaba con un embarazo bastante avanzado. Ayudé a mi marido a darle los primeros auxilios e hice un esfuerzo sobrehumano para disimular mi propia tragedia. Estas dos personas, aunque extrañas para mí, necesitaban de mi ayuda y yo no podía negársela.

—¿Para cuándo es su guagua?

—Para fines de enero. Es la primera y esperamos ansiosos su llegada. ¿Tiene usted hijos?

—No, perdí mi única hijita la Navidad pasada —dije vacilante, pero resuelta a no hacer un drama.

—No saben lo que lo siento. Cómo habrán sufrido.

Hubo un largo silencio que fue interrumpido con la mirada que me dio Hernán. Estoy segura de que Gloria se dio cuenta de la tirantez de la situación, porque inmediatamente interrumpió el silencio.

—¿Dónde tienen el árbol de Navidad?

—No tenemos —contesté resueltamente.

—No comprendo, aquí deben estar rodeados de hermosos pinos.

—Mi mujer no quiere que celebremos la Navidad —dijo Hernán secamente.

Esta vez fue Roberto quien trató de suavizar la tensión que reinaba en el ambiente.

—¿Puedo telefonear a mi hermano? Pienso que él y su señora deben estar muy preocupados porque no llegamos.

—Por supuesto —contestó Hernán, pero era en vano, pues con la tormenta el teléfono no funcionaba.

A medida que pasaba la tarde hice lo posible por dominarme y hacer el ambien-



te agradable. Hice un gran esfuerzo para que nuestros huéspedes se sintieran en su casa, pero fue en vano. Nuestra infelicidad se dejaba traslucir con cualquier gesto mío o de Hernán.

Cerca de las nueve de la noche nos fuimos a dormir. Gloria fue la primera en disculparse por acostarse tan temprano, pero tenía un fuerte dolor a la espalda. Ella durmió con Roberto en el living, donde arreglamos los sillones como dos camas.

Al principio me pareció que todo lo que estaba viviendo en esos momentos era sólo un sueño. Sentía cómo si alguien en la casa exhalara pequeños gritos de dolor. Tenían que ser sólo ideas mías. Pero después de un rato de silencio los quejidos se hicieron tan intensos que desperté a Hernán.

—Yo creo que uno de los dos está enfermo.

—Quédate aquí, yo iré a ver qué pasa. —Por la manera lenta de reaccionar no cabía duda de que Hernán estaba aún medio dormido.

Al poco rato vi que Hernán irrumpía en la pieza, y por su cara noté que algo serio sucedía. Como con la tormenta la luz estaba muy tenue, a tientas encendí la lámpara de parafina y me tiré el abrigo sobre los hombros.

—Estamos en serios problemas.

—¿Qué clase de problemas? —la voz me tiritaba y la lámpara apenas la podía sostener—. Por favor, Hernán, qué pasa.

—Gloria está con los dolores del parto y no hay tiempo de ir al hospital.

Me quedé estática y consumida por el pánico. ¿De dónde iba yo a sacar fuerzas para asistir a esa chica en el nacimiento de su hijo?

—No, Hernán, no me pidas que te ayude. —Y un histerismo incontrolable se apoderó de mí.

Quizá debo agradecer que a pesar de lo dominante que siempre fue Hernán conmigo, en ese momento no insistió en que me moviera. No me dijo nada, y a los pocos segundos regresó a la pieza a ver cómo me encontraba.

—No te preocupes, Elena. Tenemos todo preparado, y yo me ocuparé del alumbramiento. Tú puedes seguir descansando y tómate este traguito que te hará bien.

Lo que se produjo en mí fue muy curioso. En el instante que Hernán desapareció con la lámpara sentí una especie de fuerza interior que me decía que mi deber era ayudar a Gloria en ese momento.

Cuando llegué junto a ellos, vi que en la mirada de Hernán había miedo.

—¿Por qué no calientas una tetera con agua? Necesitaremos una buena cantidad de agua caliente.

Regresé de la cocina junto a ellos y no cabía duda de que la pobre Gloria estaba muy asustada.

—Elena, ayúdame. Los dolores que siento son demasiado atroces.

—Ya se pasarán —estaba diciendo esa frase cuando los quejidos se transformaron en gritos.

—Hace sólo cinco minutos que tuvo el último dolor. ¡Por Dios, qué haremos! —dijo Roberto con desesperación.

—No te preocupes, Roberto. Es imposible que adivinemos lo que nos pasara en un momento más. Sólo necesitamos actuar en equipo y tener confianza en que somos capaces de salir adelante. —No sé de dónde me salieron esas palabras.

Como no teníamos en casa anestesia, el parto fue a sangre fría. Cuando tuve a mi hija tampoco me pusieron anestesia, porque el doctor quería darle a mi pequeña todas las posibilidades. Pero también sabía que parte de la agonía de Gloria se debía a la angustia de no saber si su guagua viviría o no.

Me encontraba en la cocina calentando más agua cuando volví a oír los gritos de Gloria. Fue un quejido mucho más agudo que los anteriores.

—Apúrate, Elena —gritó Hernán.

En menos de un segundo me encontraba en el living. Roberto y Hernán afanaban sin cesar ayudando al parto de Gloria.

—¡Por favor, Dios, ayúdame! —gemía la chica.

—Te ayudará. Aguanta un instante más y ya todo habrá pasado.

Y así fue. Me costó convencerme cuando vi asomarse lentamente la cabecita de la guagua. Creo que nunca antes había sentido un pánico igual. Era un susto muy diferente a los múltiples que había experimentado en otras ocasiones.

—Es un hombrecito —gritó Hernán.

Pero la guagua no se movía ni gritaba. Hernán la levantó en sus brazos. La criatura no expelía sonido alguno y su cuerpecito permanecía inmóvil.

Sin pensar en mis movimientos me acerqué a la guagua, y casi con desesperación le grité que respirara.

La escena no debe haber durado más que unos pocos minutos, pero me pareció una eternidad antes de sentir a la criatura moverse y llorar.

—Tenemos un hijo, Roberto —gimió Gloria medio inconsciente por el dolor.

● Lo que siguió

después del parto no lo vi. Me sentía demasiado agobiada por las horas que había vivido. No sólo estaba cansada por la fatiga física. Me sentía agobiada moralmente. Me tendí sobre la cama y en vez de conciliar el sueño empezaron a desfilar ante mí las incertidumbres y las dudas si dejar a Hernán o no.

La puerta del dormitorio se abrió y entró Hernán completamente extenuado.

—¿Te sientes bien, Elena?

No me sentí capaz de decirle en ese momento mis planes de partir. Esa noche era Navidad, y aunque no había comprado nada material para regalarle a Hernán, le daría en secreto una segunda oportunidad.

Sabía muy bien que era difícil que una persona ya madura cambiara su concepción de la vida. Pero cuando vi la parte humana de ese hombre que yacía a mi lado, cuando conocí esa bondad que me había ocultado todos esos años, me sentí incapaz de decirle que lo dejaría para siempre.

El tiempo me ayudaría a ver claro el camino a seguir. Lentamente me fui quedando dormida. ♥♥



LA HISTORIA DE LA MUSICA

en revista

HECHOS MUNDIALES

El desarrollo de una de las más altas creaciones artísticas del hombre.

Los más destacados autores.

Un nuevo reportaje a la historia Universal en revista HECHOS MUNDIALES

NO PASARÁS VERGÜENZA

producciones sexartex



CARLOS EDUARDO Y SUSANA SON ESTUDIANTES DE PEDAGOGIA. HACE DOS MESES QUE COMENZARON UN ROMANCE QUE NO HA DEJADO DE TENER PROBLEMAS...

















UNA VEZ DENTRO DE LA CASA...







A POCOS PASOS DE AHÍ...




LA SEÑORA ISABEL ESTÁ ENFERMA, DON CARLOS, DIJO QUE VAYA, PORQUE QUIERE HABLAR CON USTED.


HOLA, CARLOS EDUARDO, TENEMOS ALGO IMPORTANTE QUE HABLAR.
¿QUÉ HAY, MAMI? ¿COMO TE SIENTES?


¡YO ME SIENTO PERFECTAMENTE BIEN, HIJITO! ¡EL PROBLEMA ES OTRO!


¿PRETENDES QUE YO VAYA A SALUDAR A ESA SEÑORITA?
¡PERO, MAMÁ, NO ME PUEDES HACER ESTO!


¡NO, HIJO! ¡NO ME VENGA CON COSAS! ESA SEÑORITA NO ME VUELVE A PISAR ESTA CASA OTRA VEZ.
MAMÁ, SUSANA ES UNA COMPAÑERA MÍA Y LO NUESTRO NO ES ALGO MUY SERIO QUE DIGAMOS.


¡TANTO MEJOR, HIJO! PORQUE NI YO NI TU PADRE PERMITIREMOS QUE TE METAS CON UNA MUCHACHA CUALQUIERA.
¿QUE HE DICHO?


¿SABES, MAMÁ? ¡NI TÚ NI MI PAPÁ ME VAN A DECIR LO QUE YO TENGO QUE HACER! ¿HASTA CUANDO CREEN QUE LES VOY A SOPORTAR SUS TONTERAS?


¡NO LE VENGAS A CONTESTAR A TU MADRE CARLOS EDUARDO! ¡Y LLEVATE A TU AMIGUITA INMEDIATAMENTE DE AQUÍ!
¡YO LA INVITÉ A TOMAR ONCE Y VOY A HACER LO QUE ME DÉ LA GANA, SEÑORA!

CARLOS EDUARDO ESTABA FURIOSO Y ATEMORIZADO. POCAS VECES SE HABIA ENFRENTADO CON SU MADRE Y SABIA QUE NO LE CONVENÍA...





LA FRIALDAD Y EL RECHAZO EVIDENTE DE LA FAMILIA DE CARLOS EDUARDO HIRIERON PROFUNDAMENTE A SUSANA. SE SENTIA TRISTEMENTE HUMILLADA Y FUERA DE LUGAR...











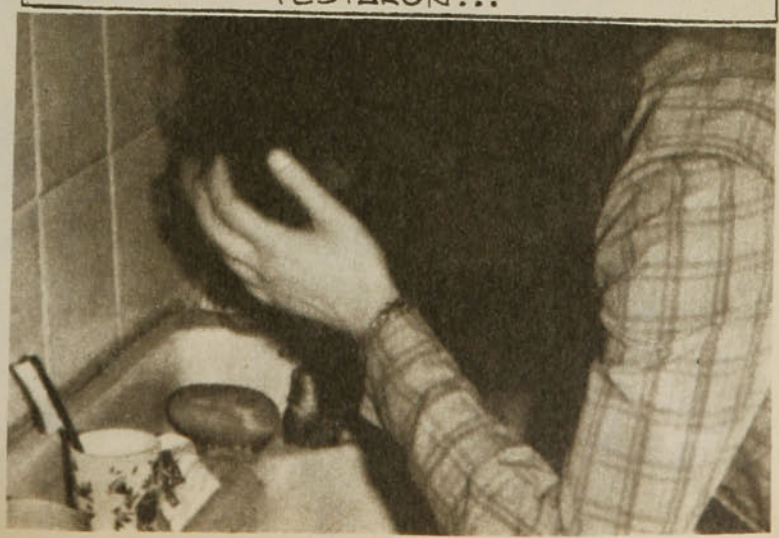








SUSANA SE DESAHOGÓ LLORANDO. SE PREGUNTABA POR QUE LA VIDA ERA TAN INJUSTA CON ELLA. SUS LÁGRIMAS NO LE CONTESTARON...




LIMPIE LA MESA, TERESA, Y DÍGALE A MI MAMI QUE VOY A SALIR.
DICE LA SEÑORA ISABEL QUE NO SALGA, PORQUE TIENE QUE LLEVARLA AL SUPERMERCADO EN EL AUTO.

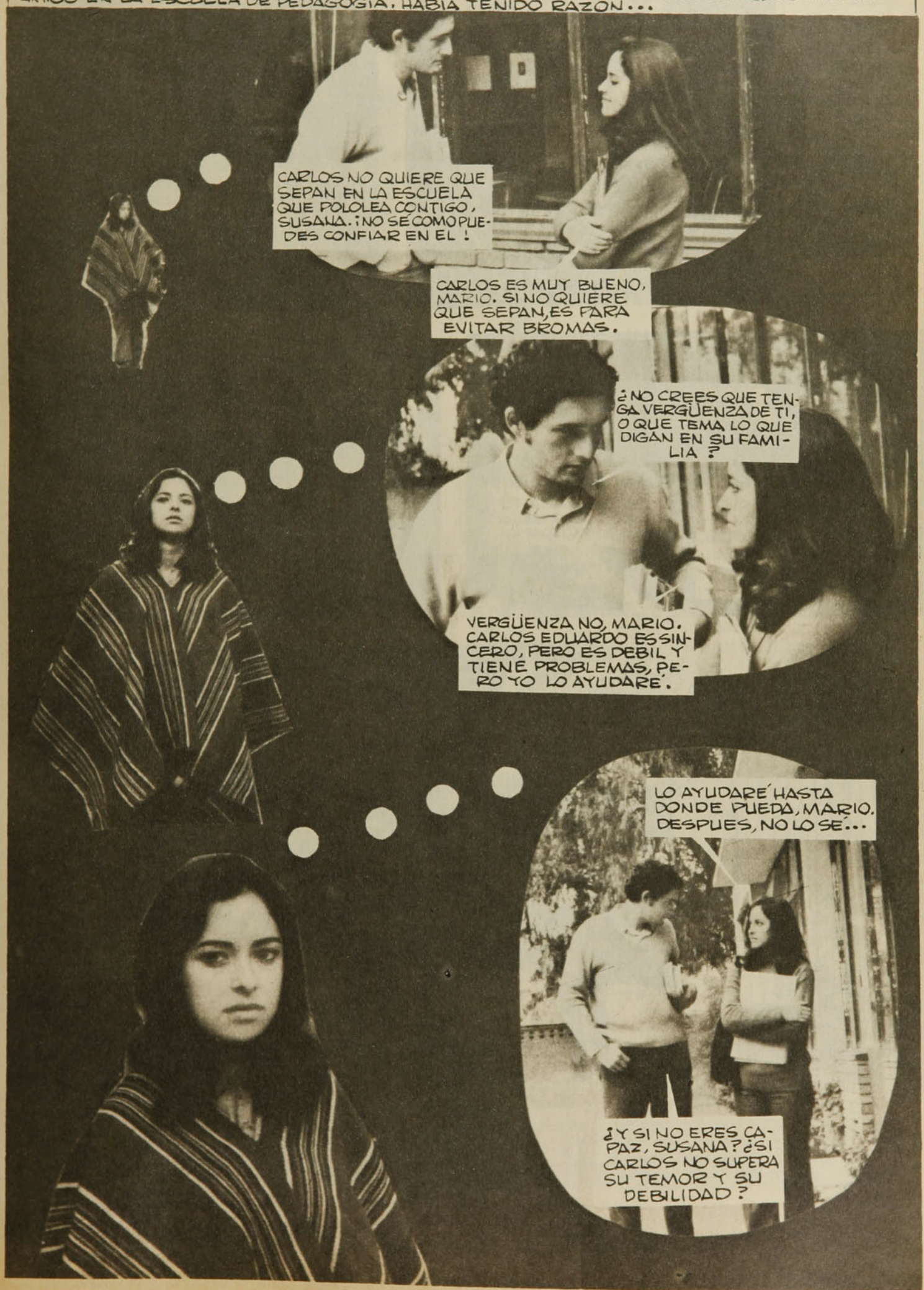

¿Y LUIS ROBERTO NO PUEDE IR?
DON LUIS TIENE QUE HACER.


¡ESTO ES EL COLMO! TODO EL MUNDO ESTÁ EN CONTRA MÍA! YO SOY EL ÚNICO QUE NO TIENE NADA QUE HACER, ¿NO ES CIERTO?


SUSANA, TENGO QUE DEJARTE AQUÍ... MAÑANA NOS ENCONTRAMOS EN LA ESCUELA, ¿QUIERES?
ESTÁ BIEN, CARLOS. ¡ADIOS!


¡YA NO LOS SOPORTO!

CUANDO SUSANA QUEDÓ LIBRE DE LA TENSION QUE HACÍA POCOS MOMENTOS LA OPRIMÍA, SE LE AGOLPARON LOS RECUERDOS EN SU MENTE. ¡QUE INGENUA HABIA SIDO! ¡COMO HABIA DEFENDIDO SU POLOLEO CON CARLOS EDUARDO! DESPUES DE TODO, MARIO, SU MEJOR AMIGO EN LA ESCUELA DE PEDAGOGÍA, HABÍA TENIDO RAZON...



SUSANA EN ESOS POCOS MINUTOS HABIA PODIDO ACLARAR SUS IDEAS. ELLA NO PODIA SEGUIR LUCHANDO JUNTO A ALGUIEN QUE SE NEGABA A LUCHAR. ¿REACCIONARIA A TIEMPO CARLOS EDUARDO?











¿QUÉ SEPARÓ A SUSANA DE CARLOS EDUARDO? ¿HA TENIDO USTED UNA EXPERIENCIA SEMEJANTE? CUENTENOS QUE PIENSA DEL PROBLEMA. ESCRIBANOS A: CASILLA 10155 SANTIAGO REVISTA CONFIDENCIAS.

EL CUENTO de la semana.

EL IDOLO ROTO

RAFAEL MALUENDA
(chileno)

● SU AMOR, su verdadero amor, "el amor" había comenzado para la señora Doralisa Urbistondo después de la trágica muerte de su marido, el violoncelista José de Ballestrini, cuyo nombre en el arte fue el Cav. Giuseppe de Ballestrini, y en la intimidad del hogar, Pepe.

En la vida no fueron felices, no pudieron ser felices. Y no por falta de cariño, sino, tal vez, por exceso de él. En efecto, durante los cinco años de duración de aquel matrimonio —que les unió cuando ella tenía ya treinta y cinco años y él algo más de cuarenta—, la señora Doralisa sólo supo querer y celar al marido, y éste no pudo nunca corresponderle con tan apasionado y cariñoso exclusivismo.

Naturalmente, se sentían desgraciados, se lo confesaban en toda ocasión y se lo reprochaban cotidianamente. Y para colmo de mala ventura, la vida les negó descendencia, como si en sus inescrutables designios hubiera calculado que, para llenar todas las actividades de su matrimonio, les bastaba con aquella mutua y perfecta incomprensión.

Claro está que los cónyuges tuvieron sus días buenos, sus días dichosos y hasta toda una corta temporada de felicidad. Fue ésta a los dos años de maridaje, cuando entre rubores y esquiveces delicados y tiernos, ella le había confesado a su Pepe que estaba encinta. Ante noticia tan inesperada, el italiano se había vuelto obsequioso, afable y atento. Pensaba en toda la ventura luminosa que un bambino trae al hogar. Pero pasó una fecha, llegó otra; los síntomas no se acentuaban, y ella hubo de resignarse a reconocer que su abultamiento no era el efecto sino de una prematura y creciente obesidad.

El celista, desconcertado, se creyó objeto de una burla, de un subterfugio de la esposa para obligarlo a adoptar apasionamientos que no le nacían del corazón. En desquite, se volvió huraño, casi intolerable; apenas si aparecía por su casa. Los choques fueron más frecuentes y vivos, las discusiones revistieron encendida animosidad, y como ya la señora Doralisa no tuvo para qué preocuparse de evitar nerviosas agitaciones, hizo frente al marido, y entre ellos surgió una situación de verdadera lucha que los mantenía en constante desafío: frente a frente.

Por esta época sucedió la desgracia.

Un amanecer se encontró el cuerpo de Ballestrini con un balazo en la nuca, junto a la acera de una callejuela oscura en un barrio ultra Mapocho. Las investigaciones no dieron gran luz sobre la tragedia, nunca se descubrió al hechor, pero en el proceso quedó establecido que el móvil había sido el robo, porque, aunque se le encontró dinero en los bolsillos, las alha-

EL CUENTO de la semana.

jas del celista habían desaparecido.

El triste fin de su marido afectó profundamente a la señora Doralisa; tal vez lo que hizo más honda y dolorosa su amargura fue la forma cruel con que el destino la había separado para siempre de "su Pepe". Las negras tocas de la viudez dieron mayor realce a la palidez del rostro, donde se había como estereotipado un mudo sufrimiento.

El Cav. Ballestrini estuvo bastante relacionado y gozó de un regular prestigio entre la colonia y los artistas, de manera que su sepelio revistió una solemnidad que la señora Doralisa no había presumido. Le dijeron discursos en su tumba, se exaltaron sus virtudes de hombre y sus méritos de artista, se dejó establecido que con su triste fin perdía la colonia italiana un miembro distinguido, el arte un temperamento excepcional y su hogar el sostén que dan un carácter y un corazón llenos de bondad.

Ante las amigas que, en los días siguientes al sepelio, vinieron a darle el pésame y a comentar las elogiosas necrologías dedicadas al difunto, la señora Doralisa gimoteó:

—Es así, así es... No podré consolarme nunca. Me lo han quitado en plena felicidad... Fue un gran carácter y tenía tanto corazón. ¡Sólo yo sé lo que valía! ¡Qué desgracia tan grande!

Se mostró estrictamente inconsolable y concluyó por creer ciegamente en su desconsuelo. Los elogios para el finado le produjeron una satisfacción inesperada, como si al par que con ellos se nimbaba de prestigio al difunto, crecieran también su importancia de viuda, su dolor de esposa inconsolable y su desconsuelo de madre a quien arrebatan la probabilidad de tener un hijo legítimo.

Pasó el invierno recogida en su casa en un aislamiento estricto. No sólo mantenía cerrada la puerta de calle, sino también las puertas de las habitaciones interiores. Se hubiera dicho que —como la violeta silvestre— su dolor buscaba la sombra para exhalarse. Comprendía que debía sobrellevar con toda estrictez y dignidad el luto que le imponía su condición de viuda, de viuda de un hombre casi célebre, del cual "habían hablado los periódicos" y cuyo trágico fin fue objeto de un largo comentario público.

Por aquel entonces, de afuera para adentro, le llegó a doña Doralisa la convicción de que ella no había sabido hacer feliz a su marido. Se juzgó severamente a sí misma. Recordó mil acontecimientos pasados, y con esa generosidad que tan fácilmente los seres obtienen después de muertos, la viuda reconoció que los días de ventura de su matrimonio se le debían al finado, mientras todas o por lo menos casi todas las horas de disgusto debía ella cargarlas a su haber.

El, sin duda, fue algo irascible, pero, ¿no es ello condición casi general de los temperamentos artísticos? El hecho de que el finado soliera llevar una vida algo desarreglada, ¿la había autorizado a ella para abrumarlo con sus celos y sus recriminaciones? Si ella hubiera sido más asequible, más perdonadora, ¿no era indudable que él se habría hecho también más amable y más disciplinado?

¡Y qué amargo le resultaba reconocer sus errores cuando ya su Ballestrini (a partir de la tragedia nunca lo llamó Pepe), se helaba de frío bajo la losa de un sepulcro.

La conciencia de su error irreparable la hizo extremar el rigor de su vida de viuda: ordenó que la servidumbre hablara en voz baja, arbitró medidas para eludir cualquier ruido que en la casa oscura pudiera turbar la especie de místico embeleso en que se pasaba sumida, murmurando oraciones y plegarias y evocando la sombra del muerto.

Las mucamas, que tenían orden de no hablarla sino advirtiéndola dispuesta a oírles, se detenían ante la puerta cerrada de su dormitorio y solían escuchar suspiros y exclamaciones ahogadas por la pena:

—¡Ballestrini, oh! ¡Ballestrini..., perdón!

Al finalizar el invierno pareció sacudir su fakiresca inmovilidad. Creyó entender que con aquel estricto aislamiento no cumplía por entero la severa misión de su viudez. Ella estaba allí orando siempre, es cierto, pero allá en un nicho del cementerio, de seguro que ya nadie se acordaba de llevar flores al que había sido la preocupación de su vida y la gloria de

su viudez. Entonces comenzó una casi cotidiana peregrinación al cementerio, llevando flores para el extinto, o llevándole simplemente el homenaje de su pena y de su recogimiento.

Aquel nicho, colocado en una de las avenidas laterales del cementerio, se le antojaba a la viuda como un altar, un santuario, detrás de cuya plancha de mármol dormía un sueño sagrado el objeto de todo su afán. La desesperaba encontrar sobre la blancura del cierro manchas de polvo, ella misma las limpiaba con mano temblorosa, y con mezcla de temor, de ternura, de orgullo, leía el epitafio inscrito con letras negras:

AQUI YACE EL
CAV. GIUSEPPE DE BALLESTRINI
1881-1926
¡ROGAD POR EL!

Luego, inclinando la cabeza, casi totalmente envuelta en el ampuloso crespón de su gorro negro, murmuraba al despedirse:

—Hasta mañana, dulce amigo... Padrenuestro, que estás... ¡Oh! Ballestrini...

UNA TARDE, al enfilar la avenida de los nichos donde estaba el "suyo", divisó la figura de una mujer vestida de negro, inmóvil y de pie junto al muro de las sepulturas. A su lado una criatura de poco más de tres años jugaba con un manojito de flores. Estaba la mujer tan absorta que no pareció advertir la llegada de la viuda, y aquel ensimismamiento le causó a la señora Doralisa honda simpatía, porque le pareció como un reflejo de su propio modo de ser.

¡Pobrecita!

Pero cuando la señora Ballestrini llegó junto a aquella mujer, reparó que se había detenido precisamente delante de la corrida de nichos verticales donde estaba el de su marido.

La viuda murmuró amablemente:

—Buenas tardes —y dejó en el suelo el paquete de flores.

La otra se dignó entonces mirarla y le respondió:

—Buenas tardes.

Mientras desenvolvía su paquete, la señora Doralisa entabló conversación:

—Parece que somos aquí vecinas; pero usted, sin duda, no llora a un muerto...

—Sí, señora, vengo por un muerto.

—¿Por un muerto?

Le causó sorpresa tal declaración, porque en toda aquella fila vertical de nichos únicamente "el suyo" encerraba el cadáver de un hombre.

—¿Por un muerto? —volvió a preguntar.

Y la otra, volteando la cabeza, con leve gesto, le indicó la plancha de mármol, "su plancha", diciendo:

—Por éste.

La sorpresa le cortó a la viuda la voz. Se alzó trabajosamente y, con dificultad, concluvó por averiguar:

—¿Y qué era suyo?

—¿Ballestrini?

Se hubiera dicho que no encontraba palabras para explicar sus relaciones con el muerto. Al fin, osó declarar:

—Estábamos comprometidos.

Dominándose apenas, con acento incisivo y temblón, la señora Doralisa le advirtió:

—Pero Ballestrini era casado...

Entonces la forastera desconocida se confió con acento apenado:

—Es cierto: casado. Y fue muy infeliz... Pero él a "nuestro lado" era dichoso. ¡Qué fatalidad! Lo mataron cuando íbamos a juntarnos para siempre. El estaba ya cansado de tener que esconder nuestro secreto, y arregló todos los asuntos para irnos a Estados Unidos... Lo habían contratado para no sé qué... ¡Qué fatalidad! Murió el día antes del viaje; murió el jueves y el viernes a las cuatro teníamos que tomar el vapor en Valparaíso... Todavía conservo los pasajes... No quise devolverlos porque son un recuerdo suyo. ¡Pobre Pepe! Con sus manos le había colgado a Pepito este dije de su cadena y me entregó a mí sus alhajitas. Parece que adivinaba su suerte y nos dejó esa noche su herencia...

Afligida por los recuerdos se llevó el pañuelo a los ojos; la criatura viendo llorar a su madre, se puso también a llorar.

De pronto un ruido hizo que la mujer se volviera. La señora Doralisa Urbistondo v. de Ballestrini, con el rostro desencajado, se había desplomado, como herida de muerte, sobre su paquete de flores, al pie del nicho que guardaba los restos sagrados de su ídolo roto...

♥♥

UNA SOLTERONA SINIESTRA..

Y llegó el día en que también necesité de esa mujer.

• Descubrimos por casualidad el terrible secreto de Enriqueta. Cristina y yo no nos buscábamos problemas..., mucho menos en esa casa triste y pavorosa. Le tenía terror a Enriqueta, aun entoces cuando yo nada sabía. Pero éramos jóvenes y siempre buscábamos emociones. Y puesto que Cristina no le temía a nada, generalmente tenía ideas geniales.

Parecía que Cristina y yo hubiéramos sido amigas por años, a pesar de que ese verano contábamos con sólo nueve. Ella vivía en los altos de nuestra enorme casa y puesto que ninguna de las dos teníamos ni hermanas ni hermanos pasábamos todo el tiempo juntas.

Era una tarde de fines de febrero. Nos instalamos en mi patio con ganas de hacer uno de nuestros entierros. A ambas nos encantaba jugar a las "fantasías", y un regalón nuestro —incluso un pájaro muerto o un insecto— jamás dejaba este mundo sin que nosotros le hiciéramos un funeral. Derramábamos lágrimas, poníamos flores y decíamos un sermón ante la pequeña tumba. Pero esa tarde estábamos con mala suerte. Ninguno de nuestros regalones tenía intenciones de morir y no había ni siquiera un grillo a quien enterrar. Además, ninguna de las dos habríamos matado ni el más insignificante insecto sólo por celebrar un servicio fúnebre.

Estaba por ofrecer una muñeca sin brazos que yo tenía cuando Cristina me sorprendió diciendo:

—Si no tenemos nada nuestro que enterrar, desenterremos algo que haya enterrado otra persona.

—¿Quién más entierra? —pregunté, alarmada—. ¿A qué te refieres?

Cristina rodeó sus rodillas con los brazos, me miró con una expresión rara y dijo:

—Anoche, tuve que levantarme al baño. Sucedió que miré por la ventana y vi a Enriqueta en su jardín. Estaba cavando donde comienzan los potreros. Tenía una linterna en la mano y así pude ver todo. Fue horripilante... —Cristina aspiró profundo—. Bueno, Enriqueta cavó hasta tener un hoyo muy profundo. En seguida metió dentro una caja, una como caja de zapatos. Yo me pregunté qué podría ser.

Recuerdo que se me puso la piel



de gallina. Me pareció ver a Enriqueta, fría y hosca, cavando esa improvisada tumba a la luz de una linterna. Siempre esa mujer me recordaba a una bruja. Temblando cogí el brazo de Cristina y murmuré:

—No creo debamos desenterrar lo que ha enterrado otro. Eso no estaría bien. A nosotras no nos gustaría que nadie nos malograra un entierro, ¿no es así?

Pero Cristina sólo se rió de mis temores.

—Vamos, Victoria, no seas como un gato asustado. Yo cavaré si tu quieres y tu dirás el sermón del funeral.

Eso casi me tentó. Decir el sermón era la parte mejor de nuestras ceremonias. Me tendí en el pasto, vacilando, y vi que se movía la cortina de la cocina de la casa del lado. Por un instante los penetrantes ojos de Enriqueta parecieron horadarme. Salté como si me hubieran disparado.

—¡Acabo de ver a Enriqueta observándonos! ¡Vámonos rápido de aquí! —grité cogiendo a Cristina de un brazo. Fuimos hasta una pequeña terraza y me derrumbé en un sillón, jadeaba, pero no de correr. Estaba tensa de miedo, y tenía la sensación de que había algo más en el asunto de lo que imaginaba mi amiga. No quería desenterrar lo que hubiera enterrado Enriqueta Y esperaba que Cristina olvidara éso.

—Averiguaré lo que enterró Enriqueta —anunció Cristina—. Esta noche, cuando esté muy oscuro voy a cavar, aunque deba hacerlo sin tí. Ella sabía que la acompañaría. Siempre yo hacía todo lo que Cristina quería, aunque que fuera malo lo que me pidiera. Pero ella a mí también me retribuía del mismo modo.

Por eso, a las diez de la noche de ese mismo día, dos niñitas — una valiente y la otra con un susto de muerte— nos deslizamos por la oscuridad. Yo llevaba una linterna, pero Cristina no me la dejó usar hasta no llegar al sitio del entierro. En seguida me ordenó que la encendiera para encontrar la tumba.

Cristina hizo a un lado las hojas, pasó sus dedos por la tierra suave y cogió con firmeza la pala.

—¡Aquí está!

Debido a lo tembloroso de mi mano la luz de la linterna no era firme, pero Cristina no pareció notarlo. Me incliné y lancé directo el rayo hacia la caja de zapatos. Por un momento permanecimos quietas, con miedo hasta de respirar, sólo mirándonos la una a la otra.

—Vámonos, Cristina —rogué mientras me castañeteaban los dientes de miedo—. Quiero irme.

—No —replicó con valentía—. Yo terminaré lo que he empezado. Acerca la luz, Victoria...

Sus palabras terminaron en un gemido de horror, Porque dentro de la caja había el diminuto cuerpo de una guagua.

—Una guagua..., una guagua de verdad... pobrecita —sollozó Cristina—. Yo no pude decir ni una palabra. Sólo me quedé allí, paralizada.

Se encendió la luz en la cocina de Enriqueta. Ambas la vimos al mismo tiempo.

—¡Vámonos de aquí! —exclamé—. Si ella nos descubre...

Rápidamente cubrimos el hoyo y corrimos hacia la casa, como si nos siguieran mil demonios. Pero, en nuestro apuro nos olvidamos de echar dentro la caja.

Debíamos volver y enterrarla antes que nos pillara Enriqueta.

Demoramos por lo menos veinte minutos en reunir coraje para volver. Cuando finalmente llegamos al sitio y yo encendí la interna, **la caja blanca no estaba allí.**

—Tal vez deberíamos decirle a Enriqueta que desenterramos la guagua y no la volvimos a enterrar y que alguien se la robó —sugirió Cristina entre sollozos.

Yo no me sentía capaz de enfrentar a Enriqueta.

—No, no. Ella no entendería. ¡Y nos haría algo terrible!

—Pero Enriqueta lo debe saber. Es su guagua —insistió porfiada Cristina.

Se escucharon pasos junto a nosotras, desvié la linterna hacia ellos y la luz cayó directa sobre el rostro furioso de Enriqueta.

—¡Enriqueta lo sabe! —siseó dando un paso y me agarró—. ¡Sé lo que han hecho! Desenterraron mi pobre guagua. ¿Saben lo qué les pasa a los que roban en las tumbas? Van a la cárcel..., a una cárcel fría y húmeda, para siempre.

—Por favor, no nos acuse. Estamos muy arrepentidas, honradamente lo estamos— sollocé.

—Sólo con una condición. ¡Juren no contarle a nadie respecto a lo que vieron!

—No se lo diremos a nadie —prometimos solemnemente.

Nos soltó y cuando quisimos dirigirnos a casa nos cogió de nuevo.

—Otra cosa, preciosas —cloqueó —. Cuéntenme, ¿por qué estaban robando mi tumba? ¡Díganmelo!

Tartamudeando le contamos de nuestros infantiles entierros. Cuando terminamos el relato soltó nuestros temblorosos hombros.

—Gracias, preciosas. Entierren a sus regalones a la luz del día, así nadie las espiará. Y si lo hacen, sólo encontrarán perros o gatos muertos. ¿No es así?

Estábamos demasiado asustadas como para entender por ese entonces sus palabras. Todo lo que ansiábamos era alejarnos de esa solterona horrible. Enriqueta nos dio un pequeño empujón.

—Vayánse, preciosas. Espero no haberlas asustado. Queremos ser amigas, ¿verdad? Queremos guardar nuestro secreto y que nada nos suceda a ninguna de nosotras, ¿cierto? —Pero ya nosotras íbamos lejos y no nos volvimos a contestarle. En cuanto sus manos como alicates nos soltaron, arrancamos.

Al llegar a la casa dije a Cristina:

—Jamás en mi vida volveré a hacer otro entierro. No podría. Siempre estaré viendo a esa pobre guagua en la caja. Oh, fue horrible...

Cristina esta vez pareció estar de acuerdo conmigo.

—No llores, Cristina —la consolé—. Trataremos de olvidar el asunto. No nos acercaremos nunca más a donde Enriqueta. Y no le contaremos a nadie el asunto de la guagua enterrada. Simularemos que sólo fue una horrible pesadilla. El colegio empezará pronto y con los estudios olvidaremos esto. Y esta noche dormirás conmigo. Tu madre no se opondrá a que lo hagas.

● De ahí en adelante tratamos de olvidar la pavorosa experiencia. Nos mantuvimos lejos de Enriqueta. Ni siquiera pasábamos por frente a su casa y si teníamos que hacerlo, caminábamos en puntillas. Sin embargo no podíamos evitar ver todos los animales que tenía ahora Enriqueta: un pequeño perro, conejos, una gata con sus gatitos y varios canarios.

Y tampoco pudimos dejar de notar, con el pasar de los años, cómo esos animales iban desapareciendo uno por uno. Enriqueta daba variadas explicaciones a mi madre y a otros vecinos. Relataba cuentos de envenenamientos, muertes accidentales, enfermedades. Cada dos o tres meses lamentaba una pérdida y hacía un "funeral", ostentoso para que lo vieran los vecinos. La gente empezó a ser amistosa con ella al observar su sorpresiva ternura. Enriqueta se estaba haciendo buena con la edad.

Todos le creían, menos Cristina y yo. Habíamos visto otro entierro con la luz de la linterna y fue hecho en la oscuridad de una noche. No pudimos dejar de preguntarnos qué habría dentro de esa larga caja, que no fuera un perro o un gato como suponían los vecinos sino, por ejemplo, una guagua.

Pero mantuvimos nuestras bocas cerradas y creo no habríamos podido olvidar los incidentes, aunque no pensáramos en ellos muy a menudo. Mientras crecíamos, el colegio y los amigos empezaron a absorbernos. Aún no teníamos suficiente edad como para conocer "los hechos de la vida", y por eso el significado de las extrañas acciones de Enriqueta no lo asimilábamos. Eramos demasiado ingenuas como para sospechar entonces la verdad. Cuando estuvimos en humanidades todo fue diferente.

Un verano sucedió una cosa terrible. La madre de Cristina murió de un sorpresivo ataque al corazón. Al principio, su padre no supo qué hacer, pero finalmente decidió quedarse donde mismo vivían. Mamá le aseguró a la señora Marín, que ella trataría de tomar el sitio de la madre de Cristina. Además, la chica pasaba casi todo el tiempo en nuestra casa. Yo me sentía orgullosa de mamá por ofrecer eso. Cristina también se sintió contenta porque quería a mi madre casi como había amado a la suya.

Ahora que Cristina y yo teníamos catorce años y que, como decía mamá, estábamos desarrollándonos, un día nos llevó a su dormitorio y nos habló de los hechos de la vida. Nunca olvidaré cómo se agrandaron y brillaron los ojos de mi amiga mientras mi madre nos explicaba el misterio de la concep-

confidencias

	ARIES (21 de marzo al 20 de abril)	TAURO (21 de abril al 21 de mayo)	GEMINIS (22 de mayo al 21 de junio)
TU SUERTE	Día miercoles. Color perla. Número 3.	Día martes. Color lila. Número 2.	Día viernes. Color palo rosa. Número 6.
TU CORAZON	No mezcles tus problemas con los sentimientos y no abrumes al ser amado. Conversa de cosas más interesantes y alegres.	Abre tu corazón, y libérate de complejos que hacen de ti una persona enigmática e incomprendida. Recibirás una carta o una visita.	Sé más segura de ti misma y no te amargues la vida por celos infundados. Vales demasiado como mujer para que envidies la suerte ajena.
TU TRABAJO	Las circunstancias te traerán un cambio de orientación y eso hará variar todos sus planes anteriores. No desesperes y ten paciencia.	En los primeros días de la semana tu trabajo será mejor y te sentirás con más energías. Aprovéchalos para rendir lo más que puedas.	Semana buena para los juegos de azar, pero no arriesgues sin usar tu cabeza. Haz tu trabajo con más dedicación para que veas el fruto.
TU SALUD	No te dejes llevar por tus constantes depresiones, porque pueden tener una mala influencia en tu salud. Si quieres juventud ten serenidad.	Tu estado general es bueno, pero tu carácter está muy irritable. Cambia de ambiente, aunque sean unos minutos diarios que te harán bien.	No fuerces tanto tus ojos, que a la larga la vista se va gastando. Haz tu vida normal, pero acuérdate que tu vista también tiene que descansar.

	LIBRA (23 de septiembre al 22 de octubre)	ESCORPION (23 de octubre al 22 de noviembre)	SAGITARIO (23 de noviembre al 21 de dicbre.)
TU SUERTE	Día lunes. Color lacre. Número 5.	Día sábado. Color azulino. Número 3.	Día miércoles. Color ámbar. Número 4.
TU CORAZON	No des la impresión de ser insensible, pues tu aparente frialdad será causa de incomprensiones y rupturas en familia.	Cultiva la amistad y no te alejes de seres que realmente te quieren. No seas demasiado severa en tus juicios y comprende sus intenciones.	Es en familia donde encontrarás la paz y la armonía que tanto anhelas. Tu vida sentimental se mantendrá estacionaria.
TU TRABAJO	Sé prudente y moderada en tus ambiciones. Encontrarás solución a tus problemas, aunque no conseguirás plenamente lo que esperas.	Período difícil que puede afectar la tranquilidad en tu trabajo. No te desanimes, ya que sólo será una situación sin importancia.	Tienes facilidades para realizar nuevas empresas. No te pierdas en detalles y anda siempre al fondo de las cosas.
TU SALUD	Ultimamente te sientes demasiado hinchada y experimentas un decaimiento general. Haz una cura de verduras y frutas y suprime el alcohol.	Ten cuidado con los alimentos que guardas durante algunos días, ya que muchos de ellos sufren descomposición y pueden ser muy dañinos	Busca comidas más digeribles y no des demasiado gusto a los caprichos de tu estómago. Tienes tendencia a la alergia.



22 de junio al
22 de julio)

CANCER

Día miércoles. Color calipso. Número 9.
Habrá discusiones de familia debido a malentendidos. Manténte serena y expresa tus puntos de vista con toda claridad.
Te sientes desorientada respecto a tu trabajo. No desesperes, muéstrate dúctil y dispuesta a seguir el camino que se te presente.
Vigila tu silueta y limita un poco los postres, en general el azúcar. También haz un poco de ejercicio y camina lo más que puedas.



(23 de julio al
22 de agosto)

LEO

Día martes. Color rojo. Número 9.
Tu encanto te llena de admiradores, y con ello te sientes más segura de ti misma, pero ten cuidado y nunca pierdas tu modestia.
No desprecies una oferta que te harán. Al principio no te parecerá interesante, pero si piensas apreciarás sus puntos ventajosos.
Cambia de régimen y sigue una cura para desintoxicar tu organismo. Tu glotonería con los años te puede llevar a la obesidad.

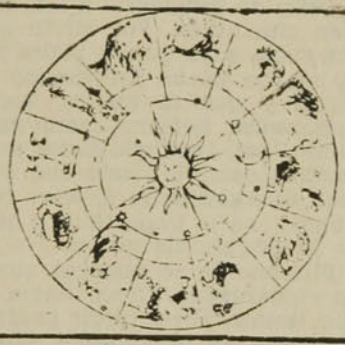


(23 de agosto al
22 de septiembre)

VIRGO

Día viernes. Color ébano. Número 1.
Influencias exteriores pueden alterar tus sentimientos. No seas demasiado dada a las confidencias y aprende a callar algunas cosas.
Sigue adelante con lo que persigues y recibirás una gran sorpresa. No vaciles en pedir consejos a personas más experimentadas.
Las personas que tengan frágiles los riñones deberán cuidarse del frío, ya que cualquier enfriamiento puede perjudicarles la salud.

del cielo



EMANA DEL 24 AL 30 DE AGOSTO

Día lunes. Color jade. Número 9.
La suerte te sonreirá esta semana si eres sincera y comprensiva con el ser amado. No despiertes sus celos.
Esta semana será más bien rutinaria. Los proyectos que tienes no se realizarán muy pronto y deberás tener paciencia y esperar.
Si quieres dormir bien y no a saltos suprime el café, el alcohol y el cigarrillo, sobre todo en la noche.

Día jueves. Color castaño. Número 4.
La amistad será buena consejera. Frecuenta a personas con más experiencia que puedan ayudarte a aclarar tus problemas de dudas.
No retardes los trabajos ni las empresas comenzadas. La negligencia puede ser tu peor enemiga.
Elimina las toxinas por medio de un régimen alimenticio sano y equilibrado. Ganarás en salud y en aspecto.

Día viernes. Color tiziano. Número 6.
No actúes únicamente por lo que dicen o piensan los que te rodean. Debes ser más convincente y segura de ti misma con tus ideas.
Eres muy capaz para llevar a cabo la tarea que te han asignado. No te menosprecies porque al principio no resulta como quisieras.
Estimula las funciones digestivas que pueden ser la causa de tus dolores de cabeza. Si es preciso consulta un médico.

CAPRICORNIO

de diciembre
9 de enero)



ACUARIO

(20 de enero al
18 de febrero)



PISCIS

(19 de febrero al
20 de marzo)



ción. Yo me quedé muy impresionada, pero no tanto como Cristina. Actuó como si estuviera por penetrar en un mundo extraño, maravilloso e inexplorado. Era una chica muy hermosa, con cutis de porcelana y un cuerpo perfecto. Yo jamás sentí celos de ella porque..., bueno, porque era Cristina y la amaba demasiado.

Mamá bajó a preparar la comida una vez terminada la conversación y nos dejó para que discutiéramos el asunto a solas. Yo me sentía un poco asustada, debo admitirlo, y casi empavorecida, pero estábamos dispuestas a enfrentar lo que viniera.

Cristina pareció tan seria que me pregunté si le sucedía algo malo. Cuando se lo inquirí dijo:

—Estaba pensando en Enriqueta y en esa guagua que enterró. Esa guagua aún no había nacido, Victoria, no estaba formada como lo describió tu madre. Y Enriqueta es soltera y se supone que para tener guagua hay que ser casada. No creo fuera de ella.

—Tienes razón. Fue algo raro, ahora estoy más convencida que nunca.

El ser introducida al mundo de los adultos me hizo sentir importante, aunque aún una niña. Y cuando Cristina sugirió que le contáramos lo de Enriqueta a mamá, se me hizo un nudo en el estómago. Sentí hacia esa mujer el mismo miedo que experimenté de pequeña.

—No, no, Cristina. No creo debemos... todavía no —pedí—. Después de todo..., no estamos seguras de nada —agregué vacilante.

Cristina me miro, pensativa.

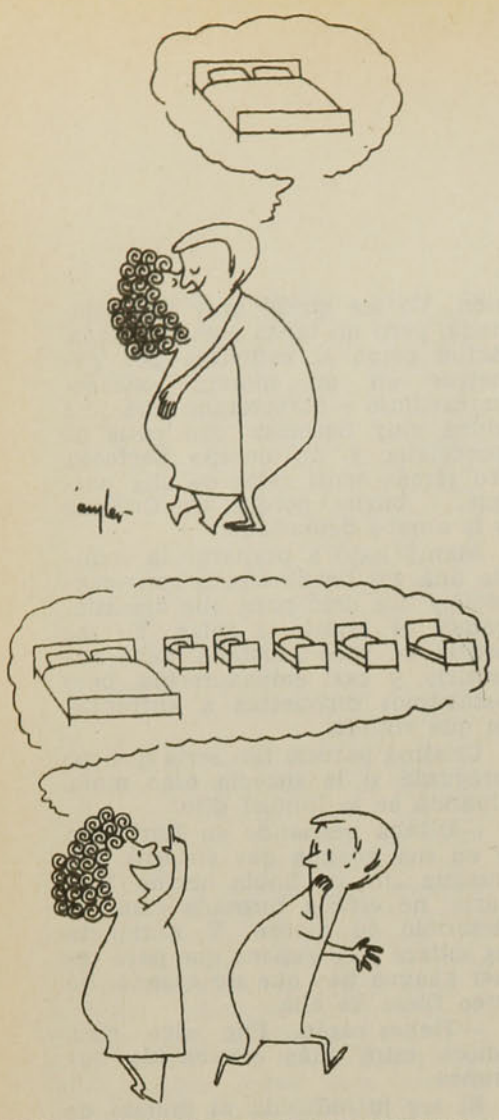
—Creo que tienes razón, Victoria, no tenemos ninguna prueba... a menos que desenterremos una de esa cajas. Y ella ya no las entierra muy a menudo, ¿no es así? No la veo hacerlo desde hace unos cinco o seis meses. Tal vez se ha reformado.

Aliviada, agregué con rapidez:

—Sí, así pienso. Por eso no creo debamos remover el pasado. Después de todo, tal vez no hayan habido más animales en esas cajas.

Cristina cambió de tema.

—Me pregunto cómo será tener una guagua, Victoria... una guagua que sea de una. Tomarla en brazos, alimentarla y cuidarla; sa-



carla a pasear en su cochecito y que la gente la admire.

Yo pude imaginar lo linda que sería la guagua que tendría Cristina. Cuando empezamos a salir jamás hubo miedo de que Cristina pudiera "planchar". Bueno, yo tampoco era fea, pero no podía competir con mi amiga. Mi pelo era castaño y liso; mis ojos verdes como los gatos y mi boca grande. Mi figura estaría bien si conseguía subir unos kilos.

Más tarde, los chicos comenzaron a fascinarse con Cristina. La acosaban hasta que, finalmente, ella tuvo que fijarse en ellos. Entonces comenzamos a salir en cuarteto a fiestas y campeonatos deportivos. Mamá no nos prohibía nada; le gustaba que paseáramos de a cuatro o en grupos. Ella opinaba que el hacerlo en parejas podía ser peligroso. Y sacaba como ejemplo lo que le había sucedido a Luisa.

Luisa no pertenecía a una familia bien cimentada. Por cierto que no era culpa suya que su padre pasara la mayor parte del tiempo en la cárcel y que su madre, según se rumoreaba, bebiera como un pescado. Pero, ¿por qué Luisa se comportaba como lo hacía con los chicos? Siempre salía a solas con alguno y no le importaba a qué hora la trajera de vuelta.

Finalmente se rumoreó que estaba embarazada. Como había salido con tantos chicos nadie podía decir cuál era el responsable. Yo sentí pena por Luisa, a pesar de que ella no parecía en absoluto triste. Continuó haciendo su vida igual que antes y una vez que una chica le preguntó si estaba embarazada lo negó. Pero siguieron los chismorreos.

Entonces llegó la vez que Cristina y yo tuvimos una gran impresión. Estábamos sentadas en los escalones de nuestra casa, mientras se oscurecía, y vimos que una mujer se deslizaba al hogar de Enriqueta. Aunque llevaba la cara tapada, la reconocimos. Era Luisa.

—Cristina, ¿crees tú que...? —me detuve porque nuestra infantil experiencia aún me ponía los pelos de punta. Me aterrorizaba aún la voz áspera de Enriqueta y sus ojos llameantes—. Pensemos lo que pensemos, no nos metamos en esto —agregué—. Si Luisa quiere zafarse de su guagua, es asunto suyo. Tú sabes que es peligroso interferir con Enriqueta.

Cristina se quedó un momento silenciosa y con el ceño fruncido. En seguida, dijo:

—Me pregunto cómo Enriqueta se las habrá arreglado para ocultar sus manejos todos estos años. Alguien más tiene que haberlos notado.

Era extraño, pero Enriqueta debía tener sus métodos para mantener oculto su horrible secreto. Desde luego, sus clientas no lo contarían. Nuestra ciudad no era muy pequeña y eso hacía que la gente no fuera muy intrusa.

Cristina rompió mis pensamientos.

—¿Te das cuenta de que Enriqueta es una criminal? ¡La podrían encarcelar por lo que hace, Victoria!

—Bueno, no me gustaría ser yo quien hiciera eso —dije, temblando.

Tal vez eso mismo opinaba mucha gente de Enriqueta. Nadie deseaba delatarla ni tener amistad con ella. Y aunque nosotros vivíamos al lado, jamás entramos en su casa.

—¿Qué edad tendrá? —inquirió Cristina.

—No tengo la menor idea. Se ve muy vieja, pero siempre a mí me ha parecido de la misma edad que ahora.

—Vamos a preguntárselo a tu mamá..., por divertirnos —dijo Cristina y se puso de pie de un salto.

Entramos y le hicimos la pregunta a mi madre, quien estaba ocupada lavando una ropa.

—Enriqueta no es muy vieja, sólo se ve vieja. No puede tener más de cuarenta y cinco años, puesto que fue al colegio conmigo. Sin embargo, ahora no la conozco más de lo que la conocí entonces. Se vino a vivir a esa casa con su tía cuando yo entré a las humanidades. Cuando llevábamos varios años de salidas del colegio la tía murió y le dejó la casa. Todo el mundo dijo que también le dejó dinero. Y debe vivir de él, porque jamás ha trabajado en nada.

● Esa era nuestra oportunidad para contarle a mamá nuestras sospechas. Cris-



UNA SOLTERONA SINIESTRA..



—Por favor no nos acuse —sollocé.

—Sólo con una condición. ¡Juren no contarle a nadie respecto a lo que vieron!

tina lo debió comprender igual que yo, porque me lanzó una mirada y asintió. Yo podía leer sus pensamientos como un libro abierto, pero preferí ignorar su mirada.

Daría cualquiera cosa por haber hecho lo que Cristina quería de mí. Era nuestra oportunidad para prevenir muchos dolores que se produjeron después, pero no lo hice. Todo porque la horrible Enriqueta me había aterrorizado hasta el extremo de arrebatarme toda sensatez. En todo lo demás yo respetaba el bien y odiaba el mal, pero no podía ni siquiera pensar en esa mujer sin temblar. Debía evitar que Cristina le contara a mamá lo sucedido seis años antes.

Sabiendo lo romántica que era mi amiga, dije:

—Mamá, ¿se interesó alguna vez un hombre en Enriqueta? —Por cierto que sabía que no. ¿Quién se podía interesar en esa horrible bruja?

Pero mi madre me dio una sorpresa.

—Sí, Victoria, aunque parezca extraño, Enriqueta una vez estuvo muy enamorada. Sé que es difícil imaginarla joven y atractiva..., pero cuando tenía unos diecinueve años, tenía un lindo pelo rubio y sus ojos eran grandes y azules. Es cierto que siempre fue un poco rara, pero en ese tiempo eso la hacía parecer misteriosa. La mayoría de los chicos parecían temer de invitarla y Héctor, de quien ella se enamoró, era tan raro como Enriqueta.

—¿Qué sucedió? —preguntó anhelante Cristina.

—¿Quién puede saberlo? Salieron juntos cerca de como un año y cuando todos pensaban que se casarían, él se marchó. Enriqueta desde entonces se puso aún más rara. Creo que jamás sabremos qué sucedió en realidad..., en todo caso no de labios de Enriqueta. Ella nunca habla.

—¿De dónde proviene Enriqueta, mamá? —pregunté—. ¿Sabes algo de eso?

—He oído decir que su padre era médico en un país tropical y que Enriqueta nació allí. Cuando él y su madre murieron ambos de malaria, Enriqueta fue enviada para acá, a casa de tu tía. No sé si la historia es cierta, pero me consta que llegaron para ella enormes cajones con etiquetas raras. En una decía "libros" y probablemente era la biblioteca médica de su padre. Enriqueta siempre fue muy estudiosa y vivía con la nariz metida en algún libro.

—Una trágica historia de amor, un corazón destrozado. ¡Pobre Enriqueta! —suspiró Cristina.

Aproveché la oportunidad para cambiar de tema.

—Vamos a hacer nuestras tareas, Cristina —sugerí.

Cuando estábamos por salir de la pieza, mamá se volvió hacia donde tenía el montón de ropa. De pronto se llevó una mano a la frente y vi que se balanceaba un poco.

—Creo que me iré a la cama aunque es temprano —dijo—. No sé qué me está pasando últimamente. Me mareo y me siento terriblemente cansada.

Alarmada, corrí hacia ella.

—¿Necesitas algo, mamá? —pregunté anhelante. La rodeé con mi brazo y la besé. Cristina le hizo tomar dos aspirinas.

—No sé qué haría sin mis dos hijas —murmuró mamá sonriendo—. Ustedes dos no podrían ser más unidas si fueran hermanas de verdad. Sé que si me pasa algo, se cuidarán la una a la otra. ¡Ese es un gran consuelo!

Cristina y yo fuimos a mi pieza, la cual daba hacia la casa de Enriqueta. Sacamos nuestros libros y empezamos las tareas. Estábamos tan ocupadas que no se nos ocurrió mirar hacia la casa..., no hasta que oímos unos quejidos tan fuertes que no los pudimos ignorar.

Cristina levantó la vista de su libro, se llevó el lápiz a su boca y susurró:

—¿Oíste algo?

Escuché.

—¡Parece un alarido!

Cristina se levantó y abrió la ventana.

—Es alguien gimiendo.

—¿Crees que Enriqueta pueda estar enferma?

Me miró de modo raro.

—Enriqueta no, pero sí... Luisa.

Sentí que se apoderaba de mí el antiguo miedo.

—Sigamos con nuestras tareas, Cristina —rogué—. Ese no es asunto nuestro.

—¿Ni aun si alguien está muriendo o siendo asesinada? —inquirió Cristina.

Sentí vergüenza, pero el miedo

entre nosotras

● Hasta se han filmado películas; el tema de las fugas de cárceles da para mucho, y la aventura de las 38 mujeres tupamaros que escaparon de la Cárcel de Mujeres de Montevideo, es digna de escribirse un libro.



Por la persecución política en Uruguay hay cientos de presos, cuyo único delito es querer a su pueblo en libertad y la construcción de una sociedad mejor; entre ellos habían 42 mujeres que cumplían distintas penas y 38 de ellas lograron escapar por un túnel perfecto, que contaba incluso con ventilación y paredes protectoras para que no se escuchara el ruido de las excavaciones. Las cuatro restantes se quedaron en la cárcel, 2 de ellas por estar próximas a cumplir su condena y las otras dos por estar una embarazada ya de 9 meses y la otra por haber tenido su guagua dos semanas antes de la fuga; estas cuatro mujeres han sido "hábilmente" interrogadas por la policía después del escape de sus compañeras, pero al parecer, no han confesado nada.

Sin embargo, no se trata solamente de un escape sensacional, digno de un libro o de una película; ni de una aventura inolvidable para 38 mujeres; el hecho significa mucho más, significa que los guerrilleros urbanos uruguayos cuentan con el apoyo de su pueblo, pues sin él habría sido imposible organizar una cosa así y tampoco habría sido posible que permanecieran en la clandestinidad durante tanto tiempo.



Hace algunas semanas tuvimos la oportunidad de ver por televisión vía satélite algunas competencias de los Juegos Panamericanos de Cali, y a pesar de que en realidad lo que más se vio fue a los equipos colombianos (dueños de casa), pudimos notar en las nóminas de ganadores, que los participantes chilenos prácticamente estaban ausentes. Se escuchaban a menudo los nombres de deportistas norteamericanos, cubanos, mexicanos, brasileños y argentinos, pero no chilenos, y no habrá faltado quien comentara "es que somos tan malos pa'l deporte"; pero yo creo que no se trata de eso, no es que los chilenos seamos malos para el deporte, o que lo sean los bolivianos, paraguayos, ecuatorianos o tantos otros igualmente ausentes de los primeros lugares; el problema más bien radica en nuestro tan mentado subdesarrollo y en nuestra deficiente educación deportiva. Un pueblo poco sano no puede engendrar buenos deportistas, y un niño que no ha sido entrenado y enseñado desde pequeño, difícilmente puede desarrollar sus cualidades físicas cuando grande.

Al parecer, nuestros educadores olvidaron la importancia que tiene el deporte para la salud de una persona y para su adecuado desarrollo intelectual y es por eso que en Chile son tan frecuentes los "triunfos morales" en los torneos internacionales; podemos tener toda una personalidad de buenos deportistas, pero si no hay una política de proteccionismo para el deporte, difícilmente podremos llegar más allá de estas victorias morales.



Los aficionados al alcohol son incontables en nuestro país e indudablemente constituyen un problema difícil de solucionar, y un problema no menos grave es el de aquellos que desde la ilegalidad incitan a la gente a tomar o al menos le ayudan a hacerlo. Me refiero a los vendedores clandestinos de licor, que sin la patente indispensable y tras la fachada de un almacén o simplemente en el interior de sus casas venden bebidas alcohólicas, generalmente a un precio mayor que el fijado e indiscriminadamente a todo el que tenga con qué pagar, sin importar siquiera que sea menor de edad.

Es verdad que no se puede culpar a los dueños de clandestinos solamente de un problema que es responsabilidad de la sociedad entera, como es el alcoholismo; sin embargo, el daño que causan es inmenso, y la necesidad de hacerles la guerra a los clandestinos es imperiosa.

Cada uno de nosotros debe darse cuenta de que no se trata solamente de un lugar para "echar una canita al aire", y debemos imponernos la obligación de denunciar cada bar clandestino del que tengamos noticia, para contribuir al menos con un granito de arena a la disminución del alcoholismo en nuestro país.

era en realidad, superior a mí.

—¡No vayas para allá, por favor!

—¿No sabes que un aborto es algo peligroso? Cuando alguien se zafa de una guagua puede no tener otra. Se lo diré a tu madre —anunció Cristina con firmeza.

—¡Mamá no se siente bien! —exclamé, desesperada—. No la molestes. Ven y cierra esa ventana.

Cristina volvió, pero no cerró la ventana. Los gemidos se intensificaron convirtiéndose en gritos torturados.

—Luisa debe estar sufriendo horriblemente —comentó Cristina—. No puedo soportar. Iré allá... sola, si tú no quieres acompañarme.

Por ese entonces a mí también los gemidos me tenían alarmada. No podría soportar saber que alguien sufría y no ayudarla. Pero, ¿qué podríamos hacer Cristina y yo contra Enriqueta?

—Mira, sé sensata —pedí—. No sacaremos nada con ir ahora allá. Esperemos a ver si Enriqueta sale de la casa. Entonces trataremos de socorrer a Luisa.

Cristina pensó brevemente.

—Está bien, tal vez tengas razón —respondió dudosa—. Esperaremos. Pero en el minuto mismo que vea posible ayudar iré hasta allá.

—Naturalmente y yo iré contigo. Enriqueta saldrá en cualquier momento.

Un rato después vimos a Enriqueta salir por la puerta de atrás sola, con un paquete bajo el brazo. Miró con rapidez a su alrededor, en seguida desapareció en la oscuridad.

—¡Apúrate, Victoria, es nuestra oportunidad! —me urgió Cristina.

Asentí, demasiado nerviosa como para hablar. Apretando los dientes, bajé con Cristina la escalera y llegamos a la puerta de atrás de Enriqueta. Y sentí el mismo miedo que esa noche cuando hicimos el atroz descubrimiento muchos años antes.

—¡Está cerrada! —susurró Cristina—. Pero en el tejado...

—Tratémoslo —dije, esperando que Cristina no encontrara nada y pudiéramos volver a nuestra casa.

Pero Cristina descubrió una angosta ventana. Años de polvo y mugre la tenían apretada, pero finalmente logramos abrirla y nos escurrimos dentro. Fue horrible entrar a ese ático húmedo y oscuro. Ansié huir de ella, pero Cristina me guió hasta la escalera. Los escalones crujían bajo nuestros pies con cada paso que dábamos, atronando en mis oídos. Cuando dábamos vuelta la perilla de la puerta de la cocina oímos un gemido angustioso. Y entonces supe que debíamos continuar adelante.

Un minuto más tarde estábamos en el dormitorio del segundo piso. Luisa yacía en la cama, tapada hasta la barbilla. Su rostro tenía un color ceniciento y nos costó reconocerla sin su pesado maquillaje de siempre.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó débilmente.

Al ver su rostro contorsionado se me derritió el corazón y estiré mi mano hacia Luisa.

—Debemos salvarte, Luisa.

Por un instante me pareció ver gratitud en sus ojos... en seguida se encogió de hombros y se mordió el labio.

—No necesito de la ayuda de ustedes. No tengo nada, excepto calambres. Enriqueta me ha dado algo para aliviarme. Estaré bien en la mañana. Fue amable que hayan venido, pero no las necesito.

—Pero tú..., nosotras pensamos... ¿No viniste para zafarte de tu guagua? —farfullé.

—¡Cómo te atreves a decir algo tan terrible! No tengo ninguna guagua de quien zafarme. Han estado oyendo esos malvados chismes. ¡Bueno, son sólo un montón de mentiras!

Me costó creer a mis propios oídos. ¡Así es que Luisa no iba a tener después de todo una guagua! Nuestros miedos habían sido injustificados. Mientras bajábamos la escalera, dije a Cristina:

—Después de todo, Enriqueta no es una asesina. Sólo nos imaginamos cosas.

Cristina me miró, sorprendida.

—No seas tonta, Victoria. ¿No te diste cuenta de que Luisa mentía por salvar su cara?

No supe qué pensar. De nuevo me sentí en mi prisión de dudas y de miedos. ¿Había Luisa mentido o dicho la verdad? ¿Era Enriqueta perversa o sólo una criatura rara que no le había hecho jamás daño a nadie? Pero existía esa guagua de la caja... No sabía qué pensar.

Cuando llegamos a la casa, Cristina se desplomó en un sillón.

—Creo que si Luisa quiere mentir, nosotras no podemos hacer nada. Y yo que creía que ella nos probaría lo que sospechamos.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera sacar de mi mente la visión del rostro torturado de Luisa. Traté de aquietar mi conciencia con lo que ella nos aseguró, olvidando cómo se veía.

• El verano siguiente

pasó con rapidez y pronto volvimos al colegio para empezar el quinto de humanidades. Mi única preocupación ahora era mamá. Seguía sufriendo de mareos. Finalmente, cuando la acosamos a preguntas nos contó que se debían al cambio propio de su edad.

Más tarde, mamá nos anunció que nos haría un regalo: una guagua. ¡Iba a tener una guagua a su edad! Desde que podía recordar, ella había ansiado otro hijo. Ahora lo conseguiría, a pesar de que era un poco tarde. Cristina y yo nos sentimos dichosas, pero papá no compartió nuestro entusiasmo. Se daba cuenta de que sería peligroso para mi madre.

Mamá tuvo un niño en enero. La última vez que la vi la llevaban hacia la ambulancia. Todos la seguimos al hospital, pero no la vimos de nuevo. No salió con vida de la sala de partos.

Mamá se había ido para siempre. Yo no podía creerlo. Vagaba como un ser en trance. No era tan valiente como Cristina cuando su madre murió. Tal vez se debía a que adoraba a mi madre. O quizás había nacido cobarde, no lo sé. Sólo sé que cuando ella murió el sol se opacó para mí. Era casi como si yo también hubiese muerto.

Cuando volví al colegio me comencé a sacar malas notas, porque no me preocupaba de estudiar. Si no hubiera sido por Cristina, todo habría sido aun peor para mí. Ella me encubría todo incluso cuando dejaba de hacer tareas por salir con Daniel.

Daniel era uno de los chicos más populares... al menos con las chiquillas. No tenía muy buena fama, pero eso parecía hacerlo aún más deseable a mis ojos. Cada vez que papá ponía el grito en el cielo, porque salía con él, Cristina arregla-

ba las cosas. Creo que me gustaba estar con Daniel, porque me hacía olvidar mis preocupaciones. Tenía una gran personalidad y se sabía imponer con sus palabras.

¿Por qué Daniel se enamoró de mí? Bueno, eso es difícil de explicar. Tal vez porque descubrió la mirada de admiración de mis ojos y eso halagó su ego. O quizá porque yo era débil con él y no contenía sus avances.

En ese tiempo pensé yo, le atraía por mi aspecto. Mi pelo había tomado un tinte cobrizo y mis ojos verdes eran exóticos y ensombrecidos por pesadas y negras pestañas. Mi figura antes flacuchenta se había rellenado y ya no era tímida. Por todo esto no me sorprendió que se enamorara de mí.

Debo haber estado loca o una tonta niña que no sabía controlarse. Y lo peor era que tampoco trataba de controlar a Daniel. No lo detuve cuando me hizo el amor. Debo haber estado tratando de huir de algo..., para haber cometido el peor error de mi vida. Por un tiempo breve, Daniel me hizo olvidar mi tristeza y soledad. Pero lo que comenzó con un simple pololeo se transformó en un amor vulgar. Debí reconocer el peligro a tiempo, pero yo era una chica inexperta y débil.

Seguimos viéndonos durante los dos meses siguientes. Entonces, de pronto, Daniel se cansó de mí. El siempre pasaba de una polola a otra y esta vez lo hizo con mi mejor amiga. Si hubiera sido otra y no Cristina las cosas habrían sido diferentes. Pero con ella no podía culpar a Daniel. Sabía qué chica tan maravillosa era ella. Era demasiado decente como para hacerme esto a mí. Pero finalmente la convencí de que todo había terminado entre Daniel y yo y entonces se resolvió a salir con el chico.

Cuando vi la preciosa pareja que formaban, sentí que había hecho lo correcto. Sabía que Daniel estaba cansado de mí, existiera o no Cristina; no obstante eso, me sentí noble. Me dije a mí misma que las amigas de verdad debían hacer sacrificios la una por la otra.

Comenzaron a popolear y Daniel parecía mucho más enamorado de Cristina que de ninguna otra chica de antes. Entonces yo hice un atroz descubrimiento: estaba embarazada. Con un hijo de Daniel, naturalmente. Creí me volvería loca. Ansié recurrir a mamá, pero ella no estaba ya a mi lado. ¿Y cómo confesarle a mi padre una cosa como esa? Siempre fue a Cristina a quien le conté mis pesares, pero no podía nublar su felicidad. Parecía muy seria en cuanto al chico... más seria de lo que nunca con otro antes.

Me dije a mí misma que habría algún modo de solucionar mi problema. Pensé en cómo mamá había muerto al tener su guagua. Y pensé en Luisa esa noche en casa de Enriqueta. Si ella se había hecho un aborto, casi había muerto en el intento a juzgar por el modo como actuaba y se veía. Mis pensamientos giraban y giraban en círculos. Sabía que, tarde o temprano, tendría que zafarme de la guagua o... tenerla. Y sabía que no sería ninguna ayuda recurrir a Daniel, puesto que no podía obligarlo a que se casara conmigo.

Entonces concebí la loca idea. ¿Por qué no hablar con Luisa? ¡Ella sabía la solución! Y yo le había hecho un favor al no contar que la había visto en casa de Enriqueta. Ahora ella debía devolvérmelo. No me hacía muy feliz hacerle a una chica como ésa mi confidencia, pero no tenía otra solución. Por eso, un día, la invité a tomarse un refresco. No pareció muy complacida, pero finalmente aceptó.

—Luisa, tal vez tú puedas ayudar a una amiga a salirse de un enredo —dije jugando con mi vaso.

Me miró con frialdad.

—¿Qué clase de enredo? —inquirió, sospechosa.

—Bueno, esta amiga... se enredó con un chico. Va a tener una guagua. Y no sabe qué hacer.

—¡Conque así es! —lanzó con sarcasmo—. Pero ¿por qué recurres a mí? ¿Qué tengo yo que ver en el asunto?

—Es que... yo la ayudaría si pudiera, pero no sé cómo hacerlo. Si tú me lo dices, te estaré muy agradecida. Nunca lo olvidaré..., honradamente.

—No me estás engañando, Victoria. Sé de qué se trata, así es que mejor es que desembuches.

Debí saber que no podría ponerle una venda en los ojos. Pero, antes que pudiera decir nada, Luisa habló de nuevo:

—Tu amiga es Cristina, ¿no es así? Ella anda con Daniel, que es un don Juan. Pero ¿por qué debo levantar yo un dedo por ella? Siempre ha sido muy altanera conmigo. Ojalá esto la enseñe a enmendarse.

Me quedé espantada. Iba a protestar, pero entonces ocurrió una cosa horrible. ¿Por qué no dejarla creer eso?, me pregunté a mí misma. Era una forma fácil de escurrirme y por un momento pensé aprovecharla. ¡Casi traicioné a mi mejor amiga por salvar mi pellejo!

Felizmente, logré reponerme.

—¡Estás equivocada, no es Cristina! Ella nunca...

—Vamos, niñita —lanzó Luisa—. Eres una mala mentirosa..., pero una buena amiga. Sólo que te has dirigido a la persona equivocada.

Me levanté de un salto y salí corriendo con los ojos nublados por las lágrimas. No sospechaba dónde ir, pero sí que debía alejarme. Y, de pronto, me tropecé con Cristina.

—¿Qué te pasa, Victoria? —preguntó, preocupada—. Te ves terrible. —Sacudí la cabeza—. Ojalá me dejes ayudarte si te pasa algo. Ultimamente te he notado muy rara.

—Es que echo mucho de menos a mamá.

—Sí, lo sé. Pero tengo la sensación de que hay algo más. No será Daniel, supongo.

Estallé en sollozos sin poderme contener más.

—Cristina, ¿cómo lo supiste?

—Cuéntamelo.

Debí saber que era a Cristina a quien precisaba contarle mis problemas, porque ella me entendería como nadie en el mundo. Y luego que le relaté todo sentí como si me hubiera libertado de un gran peso de sobre mis hombros.

—¿Estás segura de esperar una guagua?

Asentí.

—No he ido donde un médico, pero estoy segura. Oh Cristina, ayúdame..., dime qué puedo hacer.

—Lo principal es conservar la calma. Si unimos nuestras inteligencias, estoy segura de que pensaremos algo. Mientras tanto, prométeme no asustarte ni cometer ninguna tontería.

Al mirar sus ojos francos recuperé el coraje.

—¡Lo prometo! —susurré—. Y, gracias, Cristina. No sé qué haría sin ti.

UNA OLTERONA INIESTRA..



●● Estaba tensa de miedo, y tenía la sensación de que había algo más en el asunto de lo que imaginaba mi amiga.

●● Esa mujer debía tener sus métodos para mantener oculto su horrible secreto.

●● Los gemidos se intensificaron convirtiéndose en gritos torturados.

● Cristina y yo habríamos pensado en algo si el destino no hubiera metido su mano la noche siguiente. Yo estaba en casa sola, sintiéndome muy deprimida. No podía leer ni concentrarme en nada y por eso salí al jardín a dar un paseo. Recuerdo que de pronto sentí náuseas y pretendí entrar a tomar agua. Pero me desmayé.

Cuando desperté, Enriqueta estaba inclinada hacia mí.

—Preciosa, déjame ayudarte. Te desmayaste, pobrecita..., y yo sé por qué. He visto esto demasiado a menudo como para no reconocerlo.

Me hizo poner de pie, pero me sentía tan débil que apenas me pude mantener derecha.

—¿Hay alguien en tu casa, preciosa? —preguntó mientras sostenía mi bamboleante cuerpo.

Sacudí la cabeza.

—No, no hay nadie —contesté, nerviosa.

—Entonces irás conmigo a mi casa, preciosa. Allí te daré algo que te haga sentir bien. Afírmate en mí...

Sin casi saber lo que hacía me dejé guiar hasta su casa. Trató de llevarme a los altos, pero estaba muy débil como para hacerlo y entonces me tendió en el sofá del living. La observé que le echaba llave a la puerta de calle y cerraba las persianas. En seguida me obligó a tomar una bebida detestable. Después de eso no pude levantar ni un dedo: mi cuerpo parecía de plomo.

—Tú no quieres esa guagua, ¿verdad, Victoria? —preguntó Enriqueta—. Bueno, no tienes para qué tenerla, preciosa. ¡Yo me preocuparé de eso! Yo amé a un hombre y él se fue y no se casó conmigo. Nunca tendré una guagua suya. —Hablaba incoherentemente mientras yo yacía indefensa, escuchando.

Y siguió diciendo:

—Nunca tuve la guagua que ansiaba y ninguna otra chica tendrá lo que yo no pude conseguir..., no si está en mis manos ayudarla. Por lo general cobro dinero por hacer esto, pero también, si lo quiero, lo hago como un favor.

Me sentía muy adormilada. Pero antes de dormirme completamente, tuve un momento de claridad y me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Nunca sentí un terror tan grande como en ese instante. Era horrible temerle a alguien y no poder hacer nada por huir del objeto del terror. Sabía que estaba en manos de la espantosa Enriqueta y que lo que me haría estaba mal. ¡Yo iba a ser parte del asesinato de esa vida en formación! Hice un último esfuerzo por detener a Enriqueta..., y, de inmediato me hundí en las tinieblas.

Cuando recuperé el conocimiento ya no estaba en la casa de Enriqueta. Yacía en una cama angosta y todo en la pieza era blanco. El doctor Carson se inclinaba hacia mí.

—No trate de moverse, Victoria. ¡Cristina estaba también allí, bendita ella! Traté de decir su nombre, pero sólo gemidos salieron de mi boca. Me besó suavemente en la frente.

—Vas a mejorar. Demorarás en hacerlo, pero mejorarás y todos te ayudaremos a hacerlo. No te preocupes de nada, Victoria.

Entró una enfermera y le dijo a Cristina que se fuera. Antes de que saliera logré preguntar:

—¿Y Enriqueta?

Los ojos de Cristina relampaguearon.

—La tiene la policía. ¡Jamás volverá a practicar otro aborto! Tuve una larga conversación con Daniel ayer y cortamos. Cuando llegué a casa fui a contártelo, pero no te encontré. Vi luces en casa de Enriqueta y tuve un pálpito. Llamé a tu padre y él a su vez se comunicó con el doctor Carson. Por suerte la pudimos detener a tiempo.

—Victoria, perdió la guagua debido a la impresión que sufrió —dijo el médico—. Pero fue un proceso natural. El otro habría sido un asesinato.

Durante esas semanas en el hospital tuve mucho tiempo para pensar. Y me di cuenta de que Cristina tuvo razón. Si yo hubiera delatado a Enriqueta se habrían evitado muchos sufrimientos. Cerrar los ojos a lo malo por cobardía no es algo excusable. Y ahora sé que la vida no es un juego de niños.

Hay que enfrentar la vida, sea lo que fuere que nos ofrezca. El delito hay que castigarlo y, aunque no le deseo mal a Enriqueta, espero no la dejen seguir cometiendo asesinatos. La vida de un ser humano, por muy pequeño que sea, es algo importante y valioso. ♥♥



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

Eº 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por Quimantú una Empresa de los trabajadores

confidencias

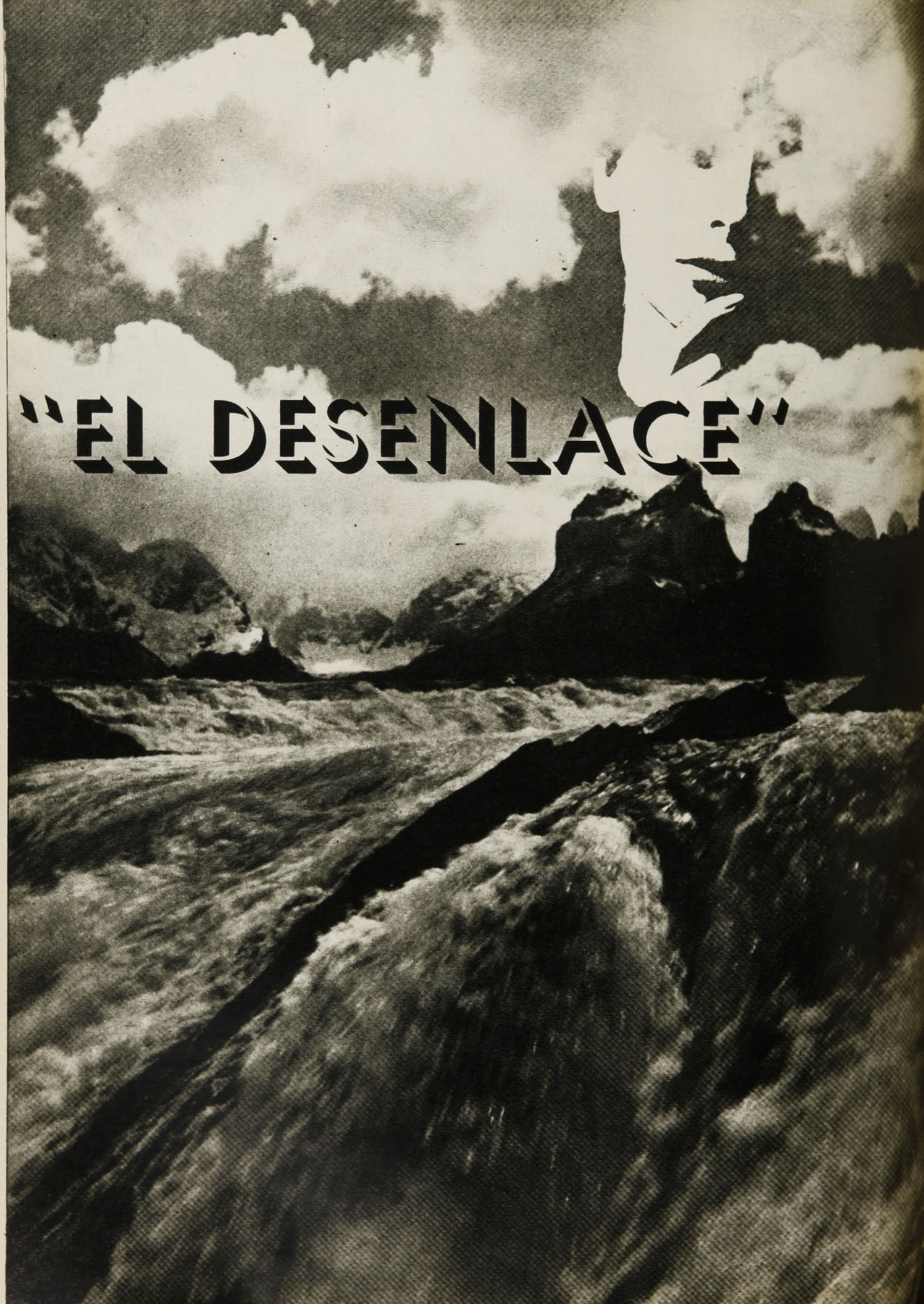
RECARGO POR FLETE 0.50

• Eº 5 • N.º 1942



SECRETARIA PERSONAL

Señal honor cuando se hizo la luz en mí.


"EL DESENLACE"

EL DESENLACE
(extracto)
Edesio Alvarado
CAPITULO IX

DIVISION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
30 AGO 1971
DEPOSITO LEGAL

"LA NOCHE de San Juan. La tendré aquí la noche de San Juan... La tendré. La tendré..." Danilo se revolvía entre las cuatro paredes de su desnudo, inanimado dormitorio de hombre solo, con la frase obsesiva como eje de su mente. Y todo el proceso le parecía increíble. Durante doce años, entre la amargura, el alcohol, las mujeres de mala clase, el desprecio, los oficios miserables, había rumiado aquella esperanza en la restauración de lo perdido, de lo quitado por otro hombre. Y ahora la tenía ahí, no como una probabilidad remota o ficticia, sino como una posibilidad real, casi inmediata. La noche de San Juan. La cita. La reconquista. En unos cuantos días más.

Lo encontró imposible aquella vez, cuando en la notaría de Punta Arenas, entre las páginas de un diario oficial muy viejo, viera por casualidad los nombres de Gonzalo y Laurencia en la lista de colonos destinados a los loteos hechos en el Baker. Volver donde Laurencia, verla, hablarle, conseguir de nuevo su estimación, su cariño, salir de esa vida ruinosa, casi delincuencial en que se había introducido lentamente, acorralado y empujado por la furia y los traspiés, productos más que todo de la falta de serenidad y de seguridad que le acarreara la pérdida de la única mujer lograda. Revivir. Volver a Laurencia. Lindo sueño, terrible sueño. Pero, ¿cómo? La única forma concreta de intentar su realización radicaba en que Gonzalo desapareciera.

Si él desapareciera. Entonces Laurencia quedaría sola en una tierra extraña y despiadada. Necesitaría ayuda, amigos. Y sobre todo, a un hombre. Estaba claro, la desaparición de Gonzalo —de producirse— podría ser su oportunidad. Presentándose después él con una bien urdida historia, ella terminaría por aceptarlo. Naturalmente, en un comienzo ella lo rechazaría. No impunemente estaban de por medio esos años de odio, de ausencia. Y sobre todo estaba su amenaza de matar a Gonzalo. Pero la constancia, la persuasión, la necesidad mutua lograrían su sueño.

Nunca supo Danilo a ciencia cierta cuánto tiempo estuvo sujeto a su obsesión ni cuándo se decidió a hacer el viaje. El deseo de ver a Laurencia, presente allí, en la provincia vecina, lo convirtió en un sonámbulo que se desplazaba a media lucidez. Sólo cuando bebía se rescataba un tanto de ese estado, pero entonces el odio a Gonzalo, la necesidad del desquite, revivida, inmediata, hacían el resto. Hasta que un día partió de Punta Arenas como si viajara en un buque fantasma entre la niebla. Ya en Aysén, Danilo sintió que se desconcertaba, sin saber qué camino tomar. Incluso llegó a pensar en irse sin más, descartando aquella idea desorbitada, virulenta como un absceso. Una mañana se aprestaba a salir del bar del hotel cuando todo se decidió.

Laurencia y Gonzalo estaban también en el hotel. Iban a entrar en el mismo bar. La visión fue para Danilo como un relámpago aturdidor. El hombre sólo acertó a ocultarse, acodándose en el mesón del bar, a la espera de que no lo divisaran. Ese día cambió el cuadro completo. El la había visto. Pudo haberla tocado. Qué bonita estaba Laurencia, madura, límpida, en el mejor tiempo de su vida. Y aquella mujer había sido suya. De Danilo Rendic, el yugoslavo. Cesó el desconcierto. Danilo ya no tuvo sino el deseo, la exigencia de acercarse a ella, de hacerle saber que para él no existían el pasado ni la ausencia ni la furia. Pero estaba Gonzalo. Gonzalo presente. Gonzalo vivo. Danilo llegó al extremo de pensar en hablar derechamente con ambos, en tratar de hacerse perdonar con algún subterfugio. Lo importante era llegar a Laurencia. Después ya se vería.

Durante semanas Danilo estuvo en la duda. Se apoyaba en la bebida, en el nuevo contenido de su obsesión, en su esperanza final. Entonces fue cuando comenzó a informarse sobre Gonzalo y supo de sus reveses en Aysén, de sus proyectos mineros y su obligada marcha a las tierras del Baker. Si algo de su desprecio y de su odio a Gonzalo se había aplacado, volvió con ello. "Es un infeliz —se repetía—; ningún hombre hecho y derecho podría fracasar teniendo una mujer como Laurencia. Yo no habría fracasado con ella. Y si lograra volver con Laurencia, no fracasaría. Esto lo puedo demostrar, en parte al menos... Conseguiré tierras cerca de las suyas, y de alguna manera le haré saber a ella que su sola cercanía es capaz de hacerme otro hombre, un hombre de valor, de provecho. Quizás entonces ella vuelva a considerarme... Pero ahí está ese tonto soñador que la tiene y que no la merece, que no merece siquiera estar a su lado. Ah, si desapareciera. Si muriera..."

Cuando Gonzalo murió, Danilo estuvo a punto de huir. Se dio cuenta de que su lucubración fría, con un asesinato de por medio, cambiaba de raíz. Lo que antes no había pensado lo pensó ahora. La sospecha no tardaría en caer sobre él. Por la bebida y su violencia tenía mala fama en la región. Y si la policía lo investigaba, no tardaría en conocer su pasado, su conexión con Laurencia y Gonzalo en La Frontera, su amenaza de muerte. Pero el mayor peligro era otro: que Laurencia volviera a odiarle, que con ello la perdiera para siempre.

No obstante, Danilo reaccionó adecuadamente. Gonzalo, el principal obstáculo en el camino de su obsesión, estaba liquidado. Eso era lo esencial. El resto podía arreglarse. Aunque lo investigasen, no le encontrarían prueba alguna para poder acusarle. Ni arma ni huellas. Su presencia en Aysén era explicable, y con sólo sospechas no se podía condenar a nadie. Por último, allá en Punta Arenas estaba su amigo intendente, y en Santiago, el estanciero diputado que conociera a su padre. Ambos podían echarle una mano. El hecho era que, al final, la policía, la gente, Laurencia misma tendrían que aceptar su inocencia. Nada arriesgaba él por consiguiente. El asesinato había hecho posible su locura. Y con coraje, con cautela, podía ganar el resto.

Cuando se presentó donde Laurencia con un regalo bajo el brazo, sólo temía a su propia debilidad, a su torpeza. Pero al aceptarle ella, y sobre todo al hablarle de sus tierras, de la veta encontrada por Gonzalo, Danilo supo que su sueño debía crecer, multiplicarse como un milagro. Ella y las tierras. Ella



y la veta... Sí, él estaba en el camino de quedarse con todo y no se detendría sino al final de él. Arrostraría cuanto fuese necesario, la sospecha, los interrogatorios del sargento, los comentarios de los colonos, la desconfianza y la hostilidad de Laurencia. Sí, aquel sueño desmedido que se había originado en Punta Arenas, él, Danilo, el yugoslavo, lo haría real.

Con Laurencia, las tierras conjuntas y la mina, emprendería una vida nueva, una vida amplia. Ya estaba bueno de rodar, de destruirse, de acabarse a sabiendas. Aún olía a piezas sucias, a prostíbulos rancios, a esa maldita mestiza de francés y mapuche con que ligara después de abandonar La Frontera, al derrumbarse sus ambiciones de industrial maderero, de riqueza, de seguridad y de revancha contra las miserias y humillaciones del padre inmigrante. Pero a pesar de esos doce años consumidos como chofer de camiones destartalados, capataz de muelles, piloto de lanchas de contrabandistas y hombre fiel de pequeños piratas de empresas extranjeras, aún creía que no estaba vencido. Lo demostraría con Laurencia. Y era sincero cuando se proponía servirle de apoyo, de compañero, para que la soledad no se la comiera.

Porque tal como lo pensara un día, un día de frenesí, lejos, solo, acorralado, ella había terminado por comprender. Ella lo admitía. Lo necesitaba. Lo llamaba. Ella le aceptó en su casa. Le invitó a compartir su estimación, su intimidad. No hizo amago de rehuir su ofrecimiento de cercanía, de ayuda y de cuánto éste llevaba de implícito. Y, por último, de ella misma había salido la insinuación de visitar su casa. Sola. Llegaría sola. El la esperaba. Ambos estarían ahí, en complicidad, bajo ese silencio, en esa pieza de hombre solitario.

Doce años negros se borraban. Gonzalo estaba muerto. El crimen no caería sobre él. Quedaba impune. Y Laurencia, las tierras, la veta le esperaban en el secreto de la noche de San Juan.

—oOo—

—PARA San Juan yo no voy a estar aquí, señora —decía Navarro en la cocina de Laurencia mientras ésta ataba un paquete—; ya se lo dije un día, me está bajando no sé qué, será la vejez, esto de andar solo en lejanías tan grandes, que hasta el más corajudo teme. Voy a pasar la frontera ahora, antes de que entre más el invierno. Usted sabe, al otro lado tengo a mi hija, y ya está en edad de hacer leseras. Le hace falta la mano del viejo para que agarre el buen camino. Alguien tiene que hacerlo en la familia. Imagínese, ella me cree ovejero acá en Chile... Pero también están el cariño, la pena, qué sé yo. No quiero morir lejos de ella con todo esto adentro. Si voy y la veo, a lo mejor después regreso tranquilo.

—Te comprendo, Navarro, y creo que piensas bien. Además, te agradezco todo lo que has hecho por mí en estos tiempos malos. Me has cuidado, has vigilado la casa...

—¿Y qué tanto? Eso no es ni un pucho. Todavía no he hecho lo principal, y lo sé. Todavía no he despachado al desgraciado que mató a Gonzalo.

—No te preocupes más de eso, Navarro. Tú mismo me dijiste una vez que de la mano que caiga la justicia es lo que menos importa. Ya aparecerá esa mano y se hará justicia.

—Pero yo he dado mi palabra, y Navarro cumple su palabra aunque pasen años. Nadie puede hablar lo contrario.

—Lo sé, Navarro. Pero antes que la muerte está la vida. Primero tienes que ir a ver a tu hija, y es bueno que llegues donde ella con tus manos sin sangre.

—No le falta razón en eso. Y ahora que lo mienta, me digo qué hay si voy al otro lado y, después de un tiempo con mi hija, vuelvo a cumplir mi promesa. Para la primavera podría ser. No me cuesta nada...

—No sé qué decirte, Navarro. A ti es imposible disuadirte. Pero si quieres pensar en eso, ya habrá tiempo, mucho tiempo.

—Sí, dice verdad, siempre hay tiempo para todo, hasta para morir en el rato preciso. Mire, señora, esto no es a propósito de nada, pero dígame, ¿qué hay de ese cabeza de cobre que llaman Danilo?

—¿Danilo?... ¿Qué diablos hay con él?

—Es que aquí se comenta mucho...

—Es un amigo.

—¿Un amigo tal bicho?... Ese yugoslavo es peligroso, dañino. Uno sabe averiguar. El está un tiempo no más aquí y ya se hicieron amigos. Pero ese borrachín poco se porta como amigo.

—¿Por qué dices eso?

—Algo habrá dicho por ahí, cómo sus compinches le hacen bromas con la viudita, con las

tierras de la viudita y qué sé yo.

—¿Eso pasa? No me explico...

—Mejor será que me explique a mí algo. De repente se me va a ir la mano con uno de ésos.

—Mira, Navarro, también sé que a ti es imposible esconderte nada. Eres como el zorro, husmeas todos los rastros. Es cierto que una debe sincerarse alguna vez en la vida con los amigos de verdad, y ahora voy a hacerlo, para que no pienses mal. También lo hago porque te vas, y bueno..., nuestra vida no la tenemos comprada, ¿no es cierto?

—Cierto no más es. Cualquiera vez puede ser la última.

Afuera atardecía. Laurencia arrastró al cuatrero a la ventana y, cogiéndole de un brazo, se puso a contarle su historia. La historia de La Frontera. La historia de ella, de Gonzalo, de Danilo. Navarro escuchaba, y mientras se enteraba, comprendía. Y cuando por primera vez advirtió sobre un esquinero el Colt negro de Gonzalo, no pudo sino pensar: "Ella también sabe quién es el asesino. Todo encaja. Todo encaja como la pata en la trampa. Yo no le he dicho lo que tengo averiguado: que él no tiene escopeta, que seguramente la tiró al río. Tampoco le voy a decir cómo lo tengo pensado hacer. Pero, por lo que está contando, ella sabe que es el yugoslavo. Y tiene miedo la pobre. Ahí está el revólver, al alcance de su mano. Pero entonces, ¿por qué ella lo acepta en su casa? ¿Por qué lo invita y lo defiende...?"

Sólo cuando Laurencia terminó de hablar y dijo: "Ya ves, Navarro, esto es todo lo que ese hombre tiene que ver en el asunto", la luz se hizo de golpe en la mente aguzada del cuatrero:

(..."No será que le está alargando y acortando la soga para..., para matarlo ella misma?... Por eso lo engatusa. Por eso quiere quedarse sola ahora y no le importa que yo le venga a decir que me voy para la Argentina. Carajo, bueno con doña Laurencia. Y yo que quería despistarla para faenarme mejor al yugoslavo... Ahora tendré que apurarme, no puedo dejar que lo haga ella, que se exponga a caer a la justicia. Pobrecita, cuánto estará sufriendo que llegó a pensar en matar... Pero es mejor que crea que me voy ahora, antes"...).

—No te irás, Navarro, sin esto —estaba diciendo Laurencia—; tendrás que aceptarlo porque no es tuyo sino de tu hija. Mi regalo para cuando ella se case... Gonzalo habría hecho lo mismo.

Laurencia le alargaba un fajo de dinero además del paquete. El cuatrero la estuvo contemplando un rato, tragó apretadamente la saliva y dijo al fin:

—No tenía por qué, pero ya que es así lo tomo. Todo porque será la primera vez y la última.

—No tendrá que ser la última... ¿No dices acaso que volverás para la primavera?

—Acuérdese, cualquiera vez puede ser la última.

—Tú tienes respuesta para todo.

—Pero pocas palabras. Ahora, por ejemplo, me tengo que despedir y no hallo qué decirle. Y es tanto, si usted supiera. Pero la lengua se me ha puesto dura, salada.

—Lo sé, Navarro. A mí me pasa lo mismo.

—Bueno, le agradezco por mi hija.

—Yo te agradezco por Gonzalo.

—Era mi deber.

—También el nuestro.

—Cómo pasan diez años.

—Sí, cómo pasan. Viviendo y muriendo.

—Cuídese, doña Laurencia. La gente mala ronda siempre, no sólo el criminal... Gonzalo tuvo otros enemigos.

—Me cuido, Navarro. Tú sabes que soy valiente a fuerza de tener miedo.

—A propósito, ¿qué fue de ese Silverio que se la juró a Gonzalo por haberlo pillado?

—Lo ignoro. Fue condenado a diez años de presidio. Todavía debe estar allá, o quizás haya muerto.

—De todos modos, cuídese... Me da no sé qué dejarla sola. Pero, créame, doña Laurencia, ahora me doy cuenta de algo: pase lo que pase y de cualquier manera, después de que vea a mi hija, trataré de volver por acá. No nos moriremos tan pronto, ¿verdad?

—Estoy segura de eso, Navarro.

—Hasta la primavera.

—Hasta la primavera.

—¿TE FIJAS quien va allá?

—Ese es Navarro, mi sargento. Pillémoslo ahora, caerá chanchito.

—No, viejo Aynol, ahora no. Después habrá tiempo.

Ambos carabineros se encontraban a un par de cuadras de la casa de Laurencia, enramados con sus caballos a un costado del camino. El instinto del sargento les había hecho esconderse y esperar algo fortuito, indefinido, antes de avanzar hacia la casa. Todo porque los perros estaban alertos, movedizos, sospechosos, como guardándoles las espaldas a alguien que se encontraba en el interior. Y la espera había tenido provecho. La presencia de Navarro allí, aun de día, tenía algún significado que por el momento se escapaba al sargento. De todos modos, éste prosiguió:

—Sí, Aynol, ahora tenemos que aclarar con la viuda este asunto del yugoslavo. Ella se verá obligada a hablarnos en derechura porque se dará cuenta de que ya no andamos con tincadas en el lío del crimen. Ya te dije, el problema lo voy a liquidar ahora para San Juan, y tal como lo hemos hablado, sin bulla, sin rocha. No dejaremos ni el humo. La fiesta es una ocasión macanuda, la gente sale a visitas o se encierra a tomar en sus casas. Y así puede pasar cualquier cosa... Nuestra trampa no tiene hoyos, ¿cierto?

—Así es, mi sargento, para San Juan la están dando.

—Sobre todo cuando el pájaro ya está en la jaula... Bien, echémosle.

Los carabineros avanzaron, y Laurencia, que desde una ventana había estado contemplando con aprensión la ida de Navarro, salió a recibirlos aun antes de que desmontaran.

—Nos estaba esperando, ¿eh? —le dijo Galindo apenas pusieron pie en tierra.

Ella saludó y no repuso. Los invitó cuanto antes a pasar, esperando que los carabineros no hubieran visto a Navarro. Como, ya enhebrada la conversación ellos nada aludieron, Laurencia comenzó a tranquilizarse. Pero la presencia de Galindo la alteraba. Algo se traía el sargento.

Nunca llegaba con la intención vacía. En la primera corrida de aguardiente, ella misma le instó de frente:

—¿Y me trae alguna novedad, sargento? ¿Ha olido por ahí al asesino?

—Es lo contrario, señora, lo contrario. Ahora ando como recadero de la paz.

—¿Qué significa eso?

—Ando diciendo por el valle a quien quiera oírme que para San Juan voy a decretar algo así como una amnistía general. No pienso llevar preso a nadie ni hacer pesquisa alguna. El día de las vísperas y al otro el retén estará cerrado, porque nosotros también tenemos derecho a divertirnos ¿no le parece?

—Me parece, sargento, y desde ahora son mis invitados para el día mismo de San Juan. Pasen a almorzar por aquí.

—Gracias, doña Laurencia. Trataremos, trataremos.

—Lo mismo digo —interrumpió Aynol—; como dice el Libro, todo tiene su tiempo, tiempo de sembrar y tiempo de cosechar.

—Un poco de alegría que cosechen después de lo que les toca aguantar es justo —dijo Laurencia.

—Ya lo sabe, señora —prosiguió Galindo—; dígales a su gente, a sus amigos y conocidos, que para la noche de San Juan no habrá policía aquí, puro chipe libre, como dicen.

—Oiga, sargento, me está pareciendo que usted tiene demasiado interés en anunciar que no hará nada para San Juan..., me huele a una mañita.

—¿Una mañita?

—Claro, para que el hombre a quien busca se confíe, ¿no es cierto? Y entonces se asome por ahí y usted lo pille a buen haz.

—Caramba, señora, usted sí que es sapa. Pero ahora se pasó de salto. ¿Para qué necesito yo una faramalla tan grande? Si quiero agarrar al malentraña ese, sencillamente voy, lo pesco del cogote y me lo llevo a culatazo limpio.

—Es que usted tiene su propia justicia, sargento, y sus propios métodos. ¿O es que se olvidó de lo que me dijo tiempo atrás?

—No me olvido. Se lo dije, y le dije también otras cosas: que yo la ayudaría, que nadie sabría nada y que así el asesino de don Gonzalo no se quedaría riendo... Pero usted como si oyera llover. Hasta hoy no ha dicho esta boca es mía.

—Y bien que podría darnos el soplo, doña, lo sabemos —agregó Aynol.

Adivinando que se había formado algo como un nudo ciego en la conversación, Laurencia no repuso, fue a dar órdenes a la cocina y regresó con más aguardiente. No había terminado de servir cuando Galindo espetó:

—Bien pues, doña Laurencia, ya es hora de que nos diga qué hay al fin con ese tal Danilo. Le aconsejamos que se apartara de él, le dijimos que era un pájaro de cuentas, y usted salió con que era su amigo y no nos hizo caso.

Laurencia no respondió de inmediato. Quiso ofrecer otra corrida y sólo entonces dijo, sin mirar a parte alguna, casi sin respirar:

—¿Qué pasa con él? ¿Hay... novedades?

—Ya lo creo que hay novedades —contestó Galindo—; escuché esto: hace un par de meses, y por conducto regular, el sargento que habla del retén de Confluencia, pidió informes a la Prefectura de Cautín sobre un tal Danilo Rendic, sospechoso de muchas cosas. La Prefectura contestó que el tal Rendic era un sujeto de antecedentes penales, quien en cierto pueblo de la provincia agredió a un tal Gonzalo Solar por el simple hecho de que éste le había quitado la novia, doña Laurencia Benavente Marín, casándose posteriormente con ella. El tal Solar repelió la agresión, también a balazos, quebrándole un hombro y volándole dos dedos de una mano al tal Rendic, el que al finalizar los sucesos y cuando era reducido por la fuerza del orden, amenazó a Solar con matarlo aunque pasaran veinte años... Linda historia de celos, ¿verdad, doña Laurencia? Macanudo motivo del Rendic para venir acá, cuando solamente habían pasado doce años, y despachar a don Gonzalo, ¿no es cierto?

Laurencia se había dejado caer en una silla. Seguía sin concentrar la mirada, y ahora no pestañeaba, no se movía, sólo apretaba las manos.

—Oh, usted sabe eso —fue lo único que dijo. Lo demás lo calló porque los tres lo sabían asimismo. Para Danilo los dados estaban tirados por el sargento. Este continuó:

—Claro que lo sé. Y eso le demuestra que al sargento Galindo no se le puede hacer leso, porque cuando todos van, él ya está de vuelta. Y así pasará ahora con este crimen: cuando los demás vayan, yo estaré de vuelta.

Laurencia recuperó la voz:

—No puede hacer nada, sargento, no tiene pruebas.

—Ya sabe que las pruebas corren de nuestra cuenta. Además, todo quedará entre los tres, se lo vuelvo a jurar.

—Pero yo le pido que no le haga nada por ahora, sargento. Usted no conoce a Danilo; es otro, quiere cambiar de vida.

—Ya sabe, es un bicho que a nadie hace falta.

—¿Y si le dijera, sargento, que a mí me hace falta?

—¿A usted? No lo creería nunca. Antes me cortaría un brazo.

—Galindo, una mujer no puede decir todo lo que siente. Yo sólo puedo decirle, en este momento, que Danilo me hace falta para algo que jamás usted podrá sospechar. Alguna vez se lo confesaré, Galindo, cuando se haya borrado todo.

—Usted me está hablando en chino, doña Laurencia, pero tranquilícese. No va a pasar nada ahora. Lo que le dije sobre la noche de San Juan es cierto. Hasta después de la fiesta no moveré un dedo.

—Se lo agradezco, sargento. Usted me encontrará razón cuando le confiese por qué le pido esto.

—No me agradezca nada, mire que es no más el juego del gato con el ratón. De lo único que debe preocuparse es de tenernos un buen almuerzo para el día de San Juan.

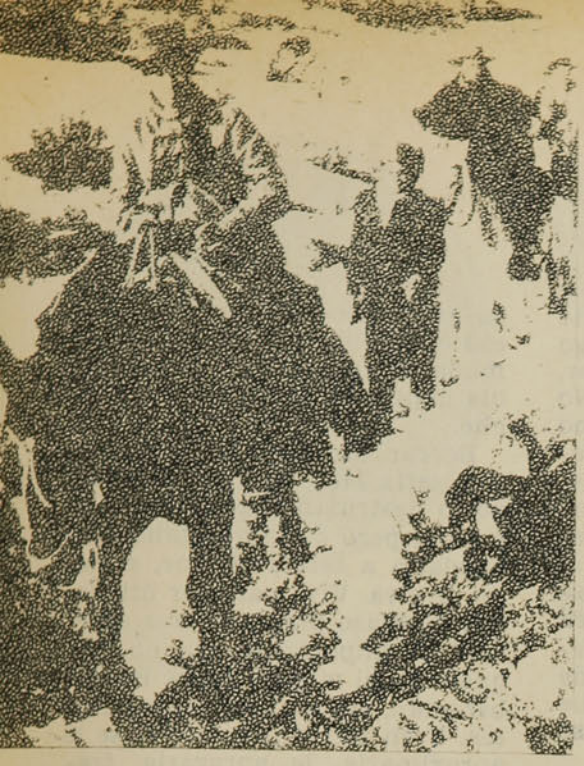
—Y también de cuidarse un poco más —agregó Aynol.

—¿Sí? ¿Y por qué? —preguntó Laurencia.

—¡Bah!, se me olvidaba —repuso el sargento—; nos han informado con mucho retraso que Silverio, el violador de la mujer de Subiabre, está en libertad.

—En libertad...

—Sí, en realidad lo está desde noviembre del año pasado. Lo soltaron antes de cumplir. Usted



sabe, buena conducta, reducción de pena y otras gabelas. Nosotros no lo hemos visto rondar por el valle, pero eso no quiere decir que no pueda escurrirse entre tanto cerro, monte y río. Recuerdo que prometió vengarse de don Gonzalo. Nosotros avivaremos el ojo, pero usted cuídese.

—Gracias, sargento, lo haré aunque ya me estoy cansando de tanta vigilancia, de tanta tensión... ¿Sabe? Incluso tengo pensado para más adelante salir de aquí, irme, vender todo y ganarme la vida como antes, como maestra.

—Haría bien. Se huelen demasiada muerte, demasiado odio por aquí... Y eso no le conviene a usted. Merece algo mejor, siempre lo he dicho.

A Laurencia le pareció que, al dejar de hablar el sargento, algo había cambiado. Acaso la voz del río, que ahora era más sonora. Quizás el crepúsculo, que parecía más hondo y lacerante. Pero el cambio había sobrevenido en cuanto pronunciara aquellas frases sobre su posible partida. Las dijo para disfrazar actos futuros para encubrirse luego de cumplida la represalia. Sin embargo, le habían salido de lo hondo. Como a lo hondo le llegaron las últimas palabras del sargento. Partir. Vivir de nuevo. Merecer otra cosa. Después de todo, ¿sería eso posible?

Laurencia despidió maquinalmente a los carabineros y no supo bien cuándo éstos desaparecieron tragados por la penumbra. Sólo atendía a la voz del río y al resurgimiento en ella de algo distinto y poderoso que la iba a hacer llorar.

Entretanto los carabineros marchaban en silencio, como si el uno esperara del otro una revelación o los hubiera conturbado la actitud algo patética de la mujer. De pronto habló el sargento:

—Qué rara se porta doña Laurencia, viejo Aynol. Ella no podía ignorar que ese Danilo es el culpable. Peor todavía, ella es la única que está en condiciones de saber realmente que él es el asesino porque nosotros le tenemos al yugoslavo el motivo, la oportunidad de matar, pero fuera de eso ni una prueba... ¿Y qué es lo que hace ella? Pues se pone a defenderlo y a protegerlo como si fuera su mamá.

—O su amante, mi sargento.

—Sí, pero no lo es; se le nota en algo, en todo.

—Yo tampoco lo creo, mi sargento. No es de ésas.

—De ahí que me pregunte por qué diablos se porta así, con esa desesperación. ¿Se le nota, verdad? Y una mujer desesperada es capaz de todo.

—Cierto, parece que aguantara algo tremendo. ¿Se fijó en el arma, mi sargento? Ella tiene ahí, a mano, el revólver de su marido.

—Carajo, eso es verdad. Pero no creo que lo tenga para suicidarse. Tampoco es de ésas. A no ser que..., a no ser que, viejo Aynol, ella estuviera haciendo de intento todos estos aspavientos para atraerse a Danilo, a sabiendas de que es el hechor... Ahí, ahí está. Claro que sí... Ella no quiere que el pájaro se le escape, para tenerlo a mano y vengarse después inventando cualquier excusa. Ella es capaz de algo así, tiene agallas suficientes. Además, sabrá ocultar el arma y las huellas y sospecha que nosotros le guardaremos el secreto como sea.

—Claro que tiene agallas para todo eso, mi sargento, pero a mí me palpita otra cosa... ¿Se acuerda de que vimos a Navarro saliendo de la casa? Yo pienso, ¿y si lo hubiera contratado para liquidar a Danilo? Ese cuatrero es capaz de todo por ella, según la misma doña confiesa... Y así la venganza le saldría más aliviada...

—Carajo, eso no lo había pensado... ¡Tienes razón, viejo Aynol! ¡Hay que apurar el tranco!

Instintivamente los carabineros picaron espuelas y desencadenaron el galope noche adentro, mientras los cascos de los caballos desmenuzaban la escarcha naciente.

—oOo—

MIENTRAS la voz del río la envolvía, Laurencia contemplaba la escarcha en la tarde de las vísperas de San Juan. Por una asociación simple, le llegaban a la memoria los sones de "Corazón de escarcha", la canción tradicional que entonaron en casa de Baldomero Lacunza, aquel perdido pero no olvidado Año Nuevo, cuando recién llegaron al valle... ¿Qué podía hacerse legítimamente ahora sino aceptar la tristeza? La mujer, sentía cómo le cruzaba el pecho el cauce de un delgado, sorpresivo dolor, que era acaso la acción simultánea, y ya madura, de todo revés de su vida. Era la integridad de las ausencias, la de la infancia enterrada, la del bienestar perdido, la del padre derrumbado, la de la madre amarga pero necesaria, la de los hijos negados, la del marido infructuoso y destruido, la de ella misma irrealizada y marchita.

Pero no. Ese no era un día para recordar o sentir. Era un día para ejecutar, para cumplir. La víspera de San Juan había llegado, y ella estaba ahí, predestinada por su propia decisión, aguardando en medio de su angustia imprecisa y sabiendo que de nuevo su destino estaba en sus manos y que nada valía para ella sino ese veredicto de instancia suprema. Por eso aquella tarde la mujer se había cerrado a cualquier presencia, a toda comunicación. Ella sabía que esa soledad apagada y verdadera, aquella hora supuestamente inmóvil indicaban precisamente que todo se había puesto en movimiento.

A mediodía, con Remigio, quien ya mostraba visos de ebriedad, ella había recibido el recado de Danilo. El la esperaba, él la llamaba. Desde ese momento las horas comenzaron a pasar con un ritmo subitáneo, galvánico, que descentraba a la mujer, que la paralizaba a veces, por lo cual ella debía resistir, oponiendo a ese ritmo una especie de tarda ensoñación, de irrealidad aparente y tolerada, en la cual fulguraban su esperanza en la liberación, su aserto de que todo terminaría esa noche para bien. Ella obtendría esto recurriendo a la restauración de su antiguo odio, pero también bebiendo más de lo acostumbrado.

Lo había hecho desde el almuerzo, en la cocina, con Pedroza, Calixto y Remigio, quienes ahora se encontraban borrachos y pronto caerían al sopor largo y espeso. La mujer podía considerarse sola en su casa. Nadie sabría cuando ella la abandona-

ra para acudir a la cita. No habría testigos. La inmensidad, aquella ilimitada, partícipe sombra que caía con el rocío y la acechanza que despertaba con la noche pertenecían sólo a la mujer predestinada.

Ella sentía ahora mayor seguridad. Creía que era cosa de la bebida y encontraba que era útil. Su confianza nacía de dos elementos principales: el sargento no iba a hacer nada esa noche, según lo había prometido, y, sobre todo Navarro se marchaba a Argentina sin apurarse en cumplir su promesa. Ella estaba sola en el momento. Sola con su represalia. Después de la víspera, de la cita, nada importaba. Que Navarro volviera. Que el sargento pateara de impotencia. El resto de su vida iba a tener sentido y hasta cierta cantidad de orgullo y de esperanza.

Después de regresar a la cocina y asegurarse de que los indios y Remigio continuarían bebiendo, Laurencia se puso a recorrer las piezas, a registrar los roperos, los baúles. Gastó mucho tiempo en ello y mientras lo hacía, no encontraba la razón que la impeliera. Examinó una por una las cosas de Gonzalo, sus ropas, sus armas, sus libros. Releyó varios párrafos subrayados en ellos y hasta tuvo la ocurrencia de recitar algunos en voz alta. Detrás de ella, la propia voz de Gonzalo hacía coro desde alguna zona de la memoria. Pero la mujer en ese instante no sufría. Más bien lo ejecutaba todo como si se tratara de una despedida solemne o como si ella fuera a someterse a una operación de riesgo.

Luego quiso examinar también sus cosas. Y algo cambió cuando le fue preciso elegir el vestido que debía ponerse para la cita. Entonces el delgado dolor de la tarde le volvió, aunque sin tomarla por sorpresa. Porque ése era el último vestido que había comprado en Aysén, el que según los proyectos inútiles iba a usar para viajar, para salir de allí a las ciudades, a la gente del mundo. Pero la mujer se contuvo. Era necesario que se pusiera ahora ese vestido. Se requería que Danilo la viera bonita, arreglada cuando ella abriera la puerta de la casa desconocida.

Así llegó la hora de marchar. Ella había pensado inicialmente usar la yegua overa. Pero luego decidió ir a pie. Sería mejor, aunque tardara mucho más. No debían quedar huellas tal como no quedaron de la escopeta asesina. Había escarcha, pero se estaba en junio y el barro abundaba. Antes de partir la mujer bebió más aguardiente y fue al patio a encadenar a los perros. Ya los soltaría al regreso. Ahora no debían seguirla. Rígida, patética, en el mismo lugar donde Gonzalo cayera, ella verificó que llevaba todo lo necesario. Y se puso en camino.

La goma de los botines apenas hacía ruido sobre la costra de la ruta. Arriba en lo invisible, la noche ya invernal se agigantaba. No había viento suelto, sin embargo. Por el contrario, reinaba cierta serenidad contenida que sostenía a la mujer, pero que de pronto la abatió. Porque, como una turbonada, se descargó sobre la memoria de Laurencia toda una sucesión de cosas desordenadas, yuxtapuestas.

Con esa serenidad reinante, ella salía a la noche con Gonzalo, ambos subían a los cerros estando de caza, se internaban en la vegetación y en la madera, y allí ella asimilaba la vitalidad del hombre, sentía el frenesí del río, la paz de las lagunas, compartía la comunidad de los animales y los pájaros, se creía alegre, libre, escuchaba el latir del universo, aspiraba el aroma vegetal, mascaba las hojas, se dejaba llenar por los sonidos sin origen, sentía bajo su cuerpo la procreación de la tierra, se saciaba hasta la angustia.

Con esa serenidad en la noche ella llegó al valle, después de haber conocido al mar ancestral, de haber sufrido el gran terror, para participar de la existencia desnuda y salvaje, con el sentido de lo suyo por primera vez y la solidaridad primordial de los colonos, mientras era la compañera, el fuego, la fuerza del hombre que quería crear y perdurar...

Ah, no, que cesara. Que cesara. Bastaba. Bastaba.

La mujer aceleró el paso, deseando poder disponer ahí de más aguardiente y se dispuso a enfrentar su laceración con otra necesidad, con otra tensión. Con su propósito. Con el acto. Con eso que venía. Sí, eso se aproximaba, se aproximaba. Y todo debía salir bien. Terminar esa noche.

Borrar las huellas, las pruebas, sería fácil. El agua y el fuego lo destruían todo. Pobre vestido, si pero qué importaba. Ella quedaría a salvo, impune, saciada. Y viva. Viva para ser útil todavía. Acaso para volver a esperar. Lo importante era no flaquear en el minuto justo. Porque beberían, reirían, echarían suertes. Y en cierto instante él se le aproximaría, la abrazaría, trataría de besarla, de poseerla. Y ella tendría que aceptar, dejar que él la tendiera, esperar aquel minuto y entonces, asimismo, con el cuerpo de él, con su vida, con su locura encima, ella daría el golpe, abriría el orificio por donde entraría la muerte.

Aunque, ¿tendría ella fuerza suficiente con el cuchillo? ¿No sería mejor el revólver, el propio revólver de él para que así se creyera mejor en un suicidio, tal como lo imaginara el sargento...? Sí, el revólver, su revólver.

La mujer se puso a pensar vertiginosamente, con exclusión de lo demás, mientras caminaba y se acuciaba. La hora había llegado. El instante acudía. Ella estaba ya al final del camino, frente a la casa desconocida.

Pero primero tenía que colmarse de odio, recordar, recordar, su noviazgo marchito allá en La Frontera, su entrega pobre, estúpida, aquella vez cerca del lago, los disparos ante el Registro Civil, la amenaza de muerte, su pánico, el escopetazo en la noche, el cuerpo de Gonzalo tumbado en el umbral, su terror, su dolor, su desolación sin salida, al menos que ella ahora dejara de temblar y avanzara hacia la puerta de la casa que ya estaba a su alcance y abriera esa puerta y entrara y saludara y...

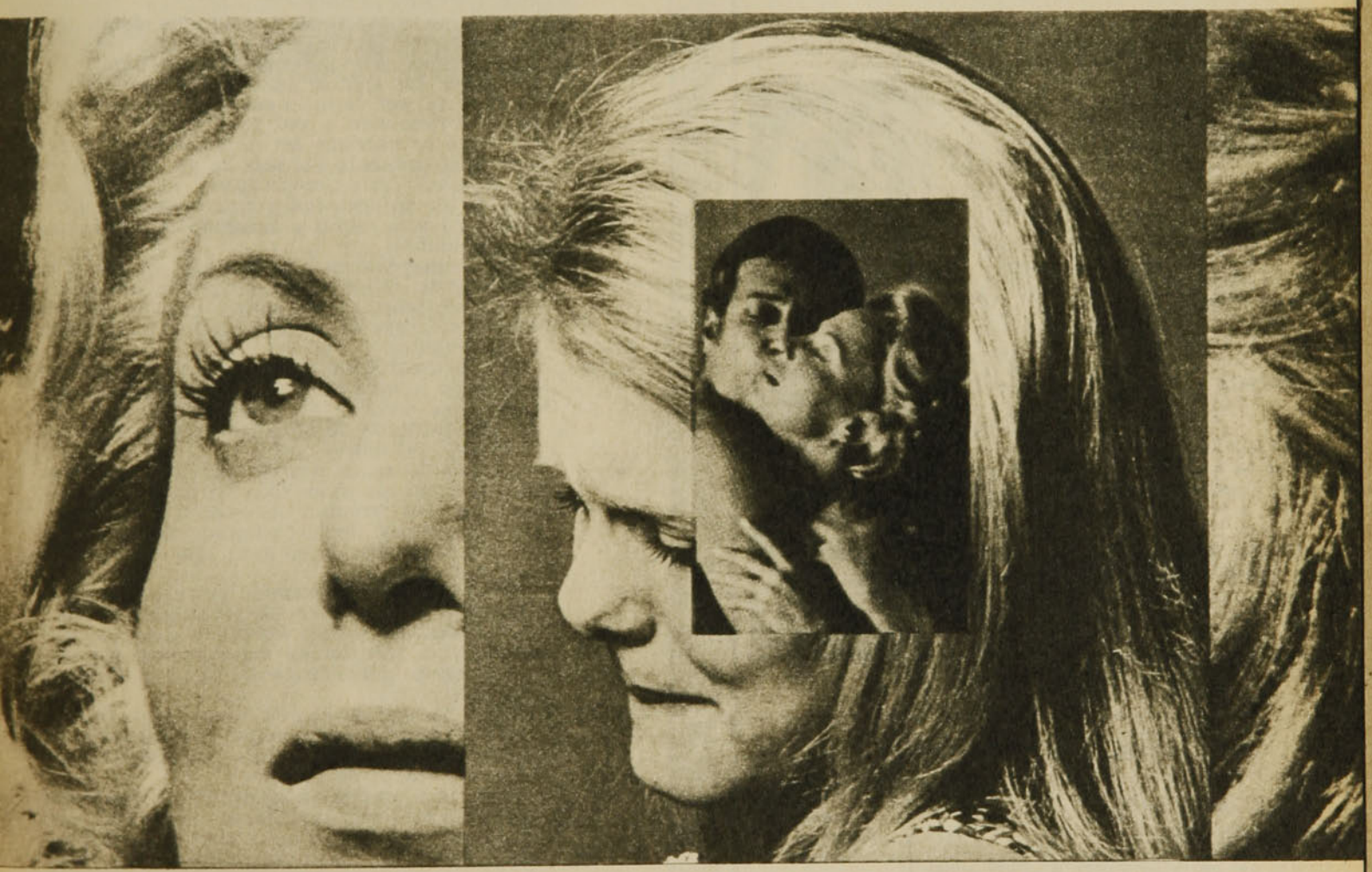
Al cruzar el umbral, Laurencia se detuvo de golpe, se desencajó, casi se hizo un ovillo. Dentro de la habitación, junto a una mesa, entre botellas volcadas y con su revólver en la mano, Danilo estaba muerto.

FIN

Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestros lectores.

DESPUES DE LA TORMENTA

HISTORIA VIVIDA
SOLEDAD.
Santiago.



TU ALMA MEZQUINA NO SUPO COMPRENDER SIQUIERA EL AMOR SINCERO QUE MI ESPOSO TE BRINDO.

Carmen:

Hoy, después de casi seis años que sucedió todo, te escribo. Te extrañas, ¿verdad? ¿Me reconoces?

Yo soy aquella que tú tildaste de "flaca fea", mote que inconscientemente anotaste con tu letra inconfundible en todos los periódicos traídos por mi esposo. Ese, junto a otros calificativos igualmente torpes y vulgares y a tu nombre —tan aborrecido por mí— repetido hasta el cansancio, para que no olvidara que tú estabas presente en nuestras vidas, que te habías introducido como "la usurpadora", que llegaba para arrebatar el padre de dos niños y el marido de una mujer, a quien la vida había maltratado cruelmente.

AÑO XXXIX - N.º 1942
31 de agosto de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101, Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

EL DESENLACE (Fin) 2-8

CUENTOS:

DESPUES DE LA TORMENTA (Historia Vivida) 9-12

FOTONOVELA 13-23

EL CUENTO DE LA SEMANA: (Cuando se apagaron las luces) L. B. Gordon - norteamericano 24-28

SECRETARIA PERSONAL Sentí horror cuando se hizo la luz en mí 29-35

CONFIDENCIAS DEL CIELO 32-33







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

¿Pensaste, acaso, cómo era yo antes? ¿Te detuviste a reflexionar por qué era así? ¿Me creerás si te digo que al casarme era joven y bonita, tal vez más que tú? ¿Que mi esposo para ganarme debió afrontar a otros pretendientes? Te lo cuento sin falsa modestia, a fin de que saques tus propias conclusiones. De haberme conocido entonces, habrías sentido, desde el principio, tu derrota, porque sé bien que no valorizas otros aspectos mucho más importantes: la preparación intelectual, la capacidad profesional, la integridad moral y la abnegación inherente a aquellas madres que viven para sus hijos y no para su propio bienestar y satisfacción.

Debo confesarte que, a pesar del dolor desgarrador que me infligiste, muchas veces te tuve lástima, a ti y también a tus dos hijos, por tener tal madre. Lástima por tu pobreza de espíritu, por tu falso valor de las cosas, por tu superficialidad y por tu crueldad.

Porque se necesita ser despiadada para desear el alejamiento del jefe de un hogar, donde la madre está semiinválida, aquejada por una de las enfermedades más crueles, y utilizando los más sucios y deleznables trucos para conseguirlo.

¿No comprendiste que estaban en juego el futuro y la felicidad de dos niños inocentes que necesitaban a su padre, que lo querían mucho más que tu amor de mujer casquivana y calculadora?

¿No pensaste que, por otra parte, teníamos él y yo un pasado común, en el cual tú no contabas, con muchas horas de miseria y sufrimiento, tratando de abrirnos paso en este duro bregar del diario vivir?

¿Acaso no se te ocurrió suponer que también tuvimos un amor loco en nuestra juventud? De eso tenemos la prueba irrefutable: ¡nuestros hijos! Tú, en cambio, no podías decir lo mismo. Tus hijos eran sólo tuyos. Y no habría más.

La vida común de marido y mujer se ve enriquecida diariamente por múltiples sucesos, gratos algunos, tristes los otros, pero que van significando profundas experiencias. Eso debes saberlo perfectamente, porque también estuviste casada.

¿Quieres que te cuente cómo lo conocí?

Fue en un día 21 de mayo, cuando todos los chilenos celebrábamos las festividades del Combate Naval de Iquique.

Con una amiga inseparable buscábamos afanosamente una residencial donde vivir. Así llegamos por fin a la calle Almirante Barroso, atestada por escuadrones militares. La dueña de la pensión nos atendió muy amablemente y, mientras acordábamos las condiciones, salió a atender nuevos huéspedes. Entre otros dos jóvenes venía él. Mi amiga se asomó para conocerlos.

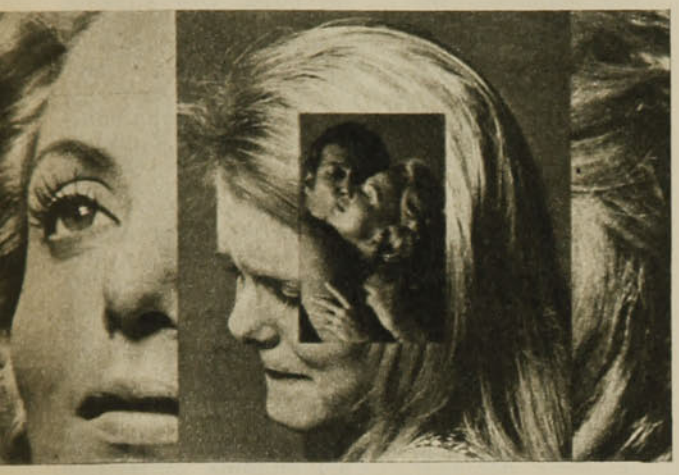
Desde el sofá donde anotaba algunos datos le pregunté con curiosidad:

—¿Cómo son?

—¡Mahometanos, oh! —me contestó ella, regocijadamente, agregando con esa malicia que la caracteriza—: ¡Pero son hombres, linda!

Nos reímos las dos entonces (y más nos reímos ahora al recordarlo, puesto que ambas nos casamos con dos de ellos).

El día de nuestra llegada nos conocimos a la hora de la comida. En cuanto miré sus



amorosos ojos verdes —¿verdad que son los más lindos?— supe que era para mí. Su mirada también me dijo que sentía lo mismo. Y mientras conversábamos, nos dimos cuenta que teníamos mucho en común: ideales políticos y culturales, conceptos claramente definidos acerca de la jerarquía de los valores.

Después, el tiempo nos demostró que había una completa afinidad entre los dos.

¿Sabes tú cuál fue mi artimaña para conquistarlo? Pues, le ofrecí tejerle un suéter. Juntos salimos a comprar lana, que lógicamente fue de mi gusto.

El tejido famoso significó infinidad de "pruebas" para medir el largo de las mangas, el ancho de los hombros, etc., con los consiguientes arrumacos y caricias.

Mi amiga decía cada vez:

—Yo no sé qué va a salir primero: el suéter o el casorio.

Indudablemente que el casorio ganó. Nos casamos en un hermoso día de verano, sencilla y modestamente, como ha sido norma en nuestra vida. Yo iba vestida de celeste, radiante como todas las novias. Nuestra unión se realizó solamente ante el Oficial del Registro Civil, pero no por ello fue menos íntegra y definitiva.

¿Y luego?... Bueno, luego llegó nuestra pequeñita y entonces fuimos dueños absolutos del mundo.

Habíamos hecho una apuesta: si era varón, yo le regalaría una camisa al papi, y él, a su vez, me regalaría un vestido, en caso de ser mujercita.

Al decirme la enfermera, alegremente, que "había tenido una niñita bien linda", le contesté medio adormecida aún:

—¡Qué bueno, me gané un vestido!

Realmente no comprendí entonces lo que había ganado: la dicha sublime de ser madre, que implica alegrías y sufrimientos, renunciaciones y compensaciones, miserias y riquezas; es decir, plenitud de emociones y sentimientos. Creo que tú también aquilatarás los gratos recuerdos de tu maternidad. Sólo que eres más mujer que madre; por eso no pensaste mucho en tus hijos, mientras viviste tu loco idilio.

En cambio, él, pese a ser hombre, antepuso sus hijos a sus pasiones y supo renunciar al brillante porvenir que tú le ofrecías en bandeja. Había lazos indestructibles, que tú no pudiste romper.

¿Crees que habría podido olvidar instantes inefables, como aquellos en que solamente por gustar el placer de tenerla en sus brazos, mecía a su guagua a las cuatro de la mañana? ¿O cuando protectoramente la seguía donde fuera para que no cayera, mientras aprendía a caminar? Cuando tú lo conociste, ¿habrías imaginado que en esa misma época vivía otros momentos más imperecederos, como era la Licenciatura de su hija del Sexto Año Básico, recibiendo orgulloso y emocionado todas las felicitaciones por ser ella la Primera Alumna de su curso?

Contrariamente a éstos, existen los recuerdos de las horas amargas. Aquel día —por ejemplo— cuando consultamos al médico, quien nos informó con su voz impersonal:

—Su enfermedad, señora, es una de las más caprichosas y dolorosas, y de la cual, desgraciadamente, aún no se conoce el origen. ¡Es una artritis reumatoidea!

¡Y yo tenía veintiséis años!

Pero no me amargué ni acobardé. Seguí viviendo y trabajando con el mismo entusiasmo con que siempre lo he hecho, porque de veras amo mi profesión, a pesar que veía cómo paulatinamente el mal hacía estragos en mi cuerpo, deformándome e impidiendo valerme muchas veces por mí misma. Es terriblemente difícil, Carmen, aceptar y resignarse a que la vida se nos vaya lentamente, si no se está resguardada por valores muy sólidos e invulnerables. Es por eso solamente que pude tolerar todos los martirios que trajo consigo mi enfermedad.

Y eso no ha sido lo único. Nuestro hijo, nacido años después, debió soportar tres operaciones a raíz de un defecto físico, motivado por uno de mis remedios. ¿Conoces tú la agonía de estar esperando y muriendo a cada instante, mientras se sabe que el pequeñito del alma está afrontando experiencias que pueden ser fatales? Y allí estábamos los dos, juntos, unidos en silencio por nuestra pena y nuestra angustia indescriptibles. Afortunadamente todas las intervenciones resultaron un éxito completo y, por consiguiente, una dicha indecible para nosotros.

Y hubo más... Mi esposo, en su afán de buscar nuevos derroteros, en una oportunidad se marchó al sur, a un rincón del Pacífico, donde era muy difícil llegar, por lo inaccesible del lugar. Seis meses estuvo allá. En todo ese tiempo tuve noticias suyas solamente una vez, cuatro meses después de su partida. Fue una época de graves privaciones, de angustia económica y espiritual. Tú sabes que generalmente las cosas malas se confabulan para arreciar y golpear. Así fue que también debimos sufrir enfermedades, tales como paratifus, la niña; laringitis obstructiva, el pequeño; y yo, para variar, pulmonía. Como puedes apreciar, un cuadro total de penurias. Todo eso, además, agravado por el hecho de no saber nada de él, si estaba muerto o vivo, sano o enfermo, si habrían resultado sus proyectos o habrían constituido otro fracaso más.

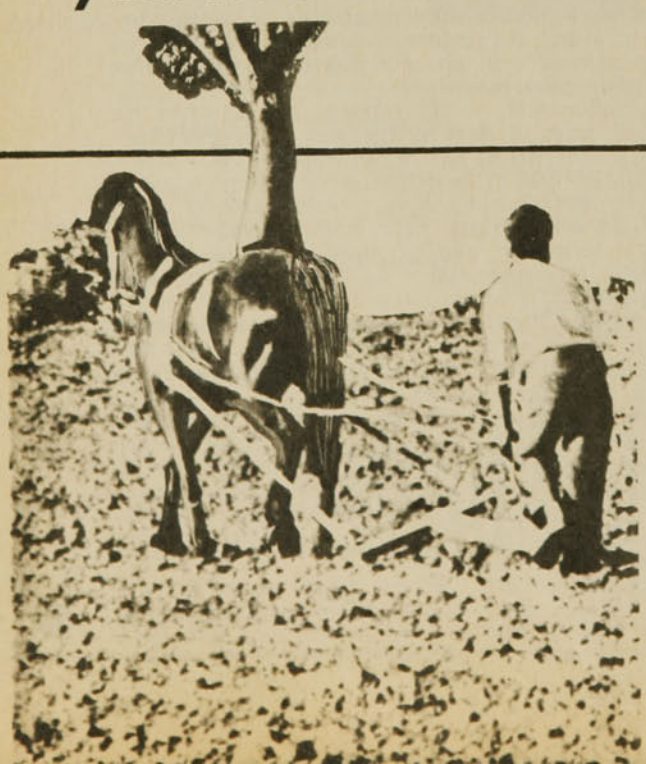
Por fin volvió... Flaco, negro como el carbón, sin un peso, con el sabor acre de la derrota; ¡pero estaba nuevamente con nosotros!

La alegría de trabajar para Chile!

Ahora, que día a día se acelera la Reforma Agraria que permitirá, por fin, alimentar a todo Chile, miles de campesinos trabajan con orgullo y alegría.
Qué satisfacción es saber que todos contribuímos a ello con nuestras Boletas de Compraventas y Servicios, las que proporcionan recursos para hacer realidad los planes de desarrollo agrícola del Gobierno Popular.

¡CON EL APORTE DE TODOS
SE CONSTRUYE EL CHILE NUEVO!

Sorteo Nacional de Boletas de Compraventas y Servicios



¡Qué emociones encontradas estallaron al verlo retornar! La niña se abrazó a su cuello llorando y besándolo; yo..., bueno, mi angustia había concluido. ¡Estaba ahí, a mi lado! ¿Podría importar algo más?

El pequeño abrió asombrado sus ojitos, sin reconocerlo. Su hermanita le decía entre llantos y risas:

—¡El papá, Mononito, el papito llegó!...

—¿El papá? —preguntó, y agregó en su media lengua—: No..., no papá. Oto papá... Papá ana agua.

¡Cierto! Habían transcurrido seis meses, y en la vida de un niño pequeño es mucho tiempo para recordar con claridad.

Por todo esto pienso que estuviste muy equivocada —mi inolvidable enemiga— si creíste que con tus argucias te lo llevarías. ¡Y qué manera de esgrimirlas! No aquilataste bastante lo que valen los hijos, especialmente cuando son dos niños tan inteligentes, alumnos distinguidos, buenos y responsables. Eso constituye el mayor orgullo para cualquier padre o madre.

Por ellos he estado dispuesta siempre a soportar todos los dolores del mundo: mi enfermedad, la pobreza de mi hogar, los proyectos fracasados o la infidelidad de mi esposo, tu maldad. Todo. Como una tigresa he luchado contra todas las adversidades, no dejándome doblegar, imponiéndome optimismo y esperanzas, buscando en mi trabajo el refugio y el consuelo a mis pesares. El es mi paliativo y mi alegría. Me entrego de lleno al ejercicio de mis funciones y mis penas quedan atrás. ¿Sabías que en mi dormitorio tengo en un lugar bien visible el tesoro inapreciable de un "Diploma de Honor", que es un estímulo por mi calidad funcionaria? Esa ha sido una de las pocas satisfacciones que la vida me ha dado. Y mis hijos, por supuesto, la mayor e insuperable de todas.

Claro está que también debo considerar la satisfacción de haber vivido modesta pero decentemente, con la exacta decencia: la del espíritu. Satisfacción por haber criado y educado a mis hijos con el patrimonio insustituible que nos pueden dar los fundamentales valores humanos; bondad, sencillez, modestia, rectitud, estudio, responsabilidad y la alegría sana de buscar la dicha en las cosas simples.

Ante la infidelidad de mi esposo se ha desgarrado una y mil veces mi corazón. He sufrido los tormentos del Averno. Pero —igual que después de la tormenta— nuevamente me he levantado y he tomado los destrozos que ha dejado el vendaval para echar de nuevo el andar, con otra experiencia a cuestas, poniendo ante todo la felicidad de mis hijos.

Tú no podrás entender, tal vez, este sentimiento, porque tu alma mezquina no supo comprender siquiera, el amor sincero que mi esposo te brindó. De verdad te quiso. Hoy te lo puedo decir así, serenamente. Ya eso no me alcanza. Sólo me interesa que siga junto a sus pequeños, dándoles a ellos todo el amor que a mí me quitó. Esa es mi felicidad.

El está junto a nosotros; no se fue ni se irá. Y tú has quedado —me imagino— con el triste convencimiento de saberse "la otra", derrotada por la inocencia y el cariño inconmensurables de los hijos, superiores a todas las riquezas materiales y goces de la vida.

Lección amarga para ti. Comprende, Carmen, que el amor sólo se debe buscar por el camino recto, de modo que en lugar de humillarnos, nos dignifique y nos haga sentir plenamente la satisfacción inmensa de saber dar más que recibir.

Para mí, definitivamente la tormenta ya pasó.

Por eso es que sólo ahora puedo desearte sinceramente, que, como yo, encuentres algún día la verdadera felicidad.

La esposa.

LA MODELO

produce sexta experiencia



CUANDO ESTUDIABA EN EL LICEO, SOÑABA CON SER MODELO, SALIR EN LAS PORTADAS DE LAS REVISTAS, ANDAR VESTIDA A LA MODA, BIEN ACOMPAÑADA; EN FIN, LLEVAR UNA VIDA DE ACCIÓN. HACE YA UN AÑO QUE MIS SUEÑOS SE HICIERON REALIDAD. TODO ESE TIEMPO HE ESTADO TRABAJANDO COMO MODELO EXCLUSIVA EN UNA TIENDA DE MODAS DEL BARRIO ALTO. HACE UN AÑO TAMBIEN TUVE QUE DEJAR DE ESTUDIAR...

















NUNCA HE PODIDO SOPORTAR A LA SEÑORA LUCIA. TODO LO QUE A ELLA LE IMPORTA ES VENDER SUS VESTIDOS. COMO PERSONA, YO NO LE SIGNIFICO NADA. SIEMPRE HE SIDO PARA ELLA ALGO ASI COMO UN MANIQUI QUE LE PRODUCE GANANCIAS.







A RICARDO LE GUSTABA PASARSE EN FIESTAS CONMIGO. CONVERSÁBAMOS MUY POCO ENTRE NOSOTROS. A VECES ME DABA LA IMPRESION DE QUE ME SACABA SOLO A LUCIRME, COMO QUIEN SACA ZAPATOS O CARTERA NUEVA.



¡LO QUE PASA ES QUE ERES UNA CAPRICHOSA Y SIEMPRE QUIERES GANAR! ¿QUÉ TIENEN DE MALO MIS AMIGOS? ¡ESTA TARDE IREMOS, TE GUSTE O NO TE GUSTE! ¿ENTENDIDO?

ASÍ ERA RICARDO, DOMINANTE Y SEGURO DE SI MISMO. QUIZAS POR ESO ME ENAMORÉ DE ÉL. NOS CONOCIMOS A PRINCIPIOS DE AÑO EN UN DESFILE DE MODAS. EL ES DUEÑO DE UNA GRAN TIENDA DE CONFECCIONES. HACE DOS MESES QUE NOS PUSIMOS LAS ARGOLLAS. PENSAMOS CASARNOS A FIN DE AÑO...

DOS DÍAS DESPUÉS, EN LA TIENDA...

¿Y QUÉ LE HA PASADO A MANUEL?

HA TENIDO QUE SALIR FUERA DE SANTIAGO A HACER UN REPORTAJE ASÍ QUE YO HARÉ LAS TOMAS. ¿ESTÁS LISTA?

OJALÁ QUE SALGAN BUENAS LAS FOTOS, ASÍ TU PATRONA VENDERÁ BASTANTE Y POR LO TANTO TU Y YO PODREMOS COMER.

TODAVIA NO ME CONOCE Y YA ME ESTÁ TUTEANDO. ¡QUE SE HABRÁ IMAGINADO!

SONRÍE ASÍ. ¡PERFECTO! UNA FOTO COMÚN POR AQUÍ, UNA SOFISTICADA POR ACÁ. ¡LISTO!

¡NO SIGAS, IDIOTA! ¿DE QUIEN CREES QUE TE VAS A REIR?

LA SANGRE ME SUBÍA A LA CABEZA. NUNCA UN HOMBRE ME HABIA TRATADO ASÍ CON ESA INDIFERENCIA. PERO A PESAR DE MI IRA NO PODIA DESENTENDERME DE EL NI DE SU DULCE INSOLENCIA. NO ATINABA A HACER NADA...

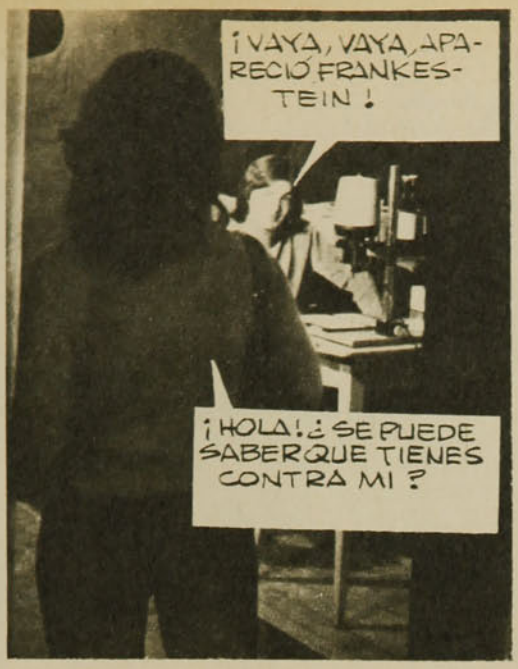
¡LISTO, NIÑITA! ESA CARA TUYA ES PERFECTA PARA VENDERLES TRAPOS A LAS VIEJAS CON PLATA. ¡TE FELICITO!

¿TE HAN DICHO ALGUNA VEZ QUE ERES UN GROSERO Y UN PREPOTENTE?

¡VAYA, VAYA, FRANKESTEIN, AL FIN TE PRONUNCIASTE! SI TIENES ALGO MAS QUE DECIRME, TE ESPERO EN EL LABORATORIO. ESTÁ AQUÍ MISMO EN EL SUBTERRÁNEO. AHÍ NOS ENFRENTAREMOS. ¡CHAO, FRANKIE!

¡ERES UN MOCOSO IDIOTA!

SU IMAGEN ME QUEDÓ DANDO VUELTAS TODO EL DIA EN LA CABEZA. TENIA ALGO QUE LO HACIA DIFERENTE. ESA TARDE NO PUDE EVITAR DE BAJAR AL SUBTERRÁNEO A CONVERSAR CON EL. FUE SUPERIOR A MIS FUERZAS. ESTABA SOLO...











NOS REIMOS Y CONVERSAMOS TODA LA TARDE. ME CONTO QUE EL TAMBIEN HABÍA DEJADO SUS ESTUDIOS Y SU CASA, EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA, PERO SOLO HABÍA ENCONTRADO HASTA AHORA TRABAJO Y MAS TRABAJO. SEGÚN ÉL, TODO EL MUNDO ARTÍSTICO ERA FANTÁSTICO EN APARIENCIA, PERO DETRÁS DE ESO SOLO HABÍA HOMBRES Y MUJERES QUE TRABAJABAN DURAMENTE Y CASI SIEMPRE PARA OTROS, YO NO LE CREIA MUCHO, PERO EN TODO CASO LO PASÁBAMOS FANTÁSTICO.







...Y ASÍ YO Y MANUEL NOS VIMOS OBLIGADOS A TRABAJAR PARA ESTA TIENDA, YA QUE NOS PROPORCIONABA LAS MÁQUINAS Y LOS MATERIALES. NADA DE LO QUE VES AQUÍ ES DE NOSOTROS VIVIMOS SOLO DE NUESTRO TRABAJO.

YO A VECES ME SIENTO UTILIZADA Y...

¡OH, QUE TARDE ES! RICARDO DEBE ESTAR ESPERANDOME, VAMOS A IR A BAILAR. ¡ADIÓS, JUAN CARLOS!

¡CHAO, FRANKESTEIN! NO TE PIERDAS.

¡PESADO!

ESA NOCHE FUÍ A BAILAR CON RICARDO Y SOLO SAQUÉ UNA CONCLUSION: ¡QUE DISTINTO ERA DE JUAN CARLOS! RICARDO PARECIA TAN SEGURO DE SI MISMO, PERO ERA TAN COMO DE OTRO MUNDO. A JUAN CARLOS LO SENTIA MAS CERCA, PORQUE TENIAMOS LA MISMA HISTORIA, LOS MISMOS IDEALES. AMBOS SOÑÁBAMOS UN DÍA TENER LO QUE CARECIAMOS. YO ME ESTABA EMPEZANDO A DAR CUENTA DE QUE LAS COSAS NO DEPENDÍAN SOLAMENTE DEL ESFUERZO DE CADA UNO.

¡DEBO ESTAR LOCA! TENGO QUE SACARME DE LA CABEZA A ESE MALDITO FOTÓGRAFO.

NO, RICARDO, POR FAVOR, AHORA NO.

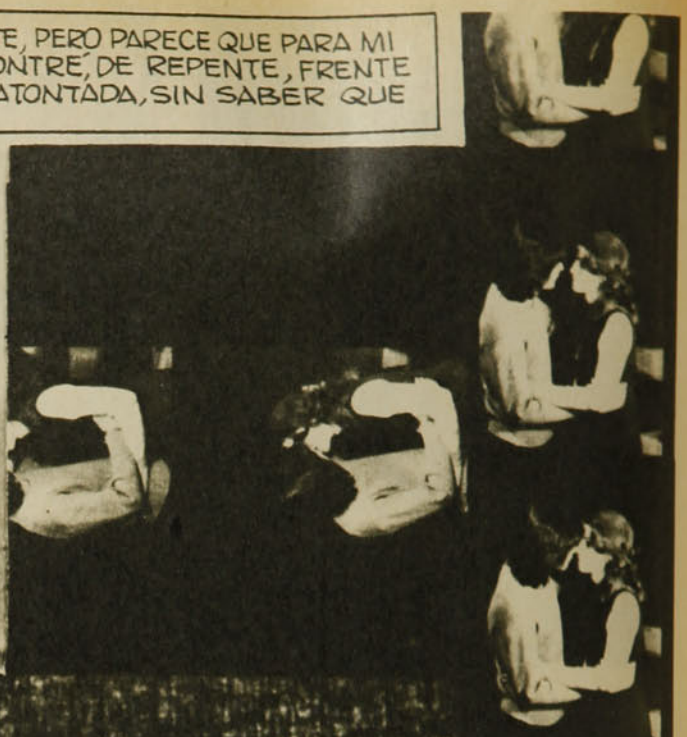
¡NADA! SOLO QUE NO TENGO GANAS.

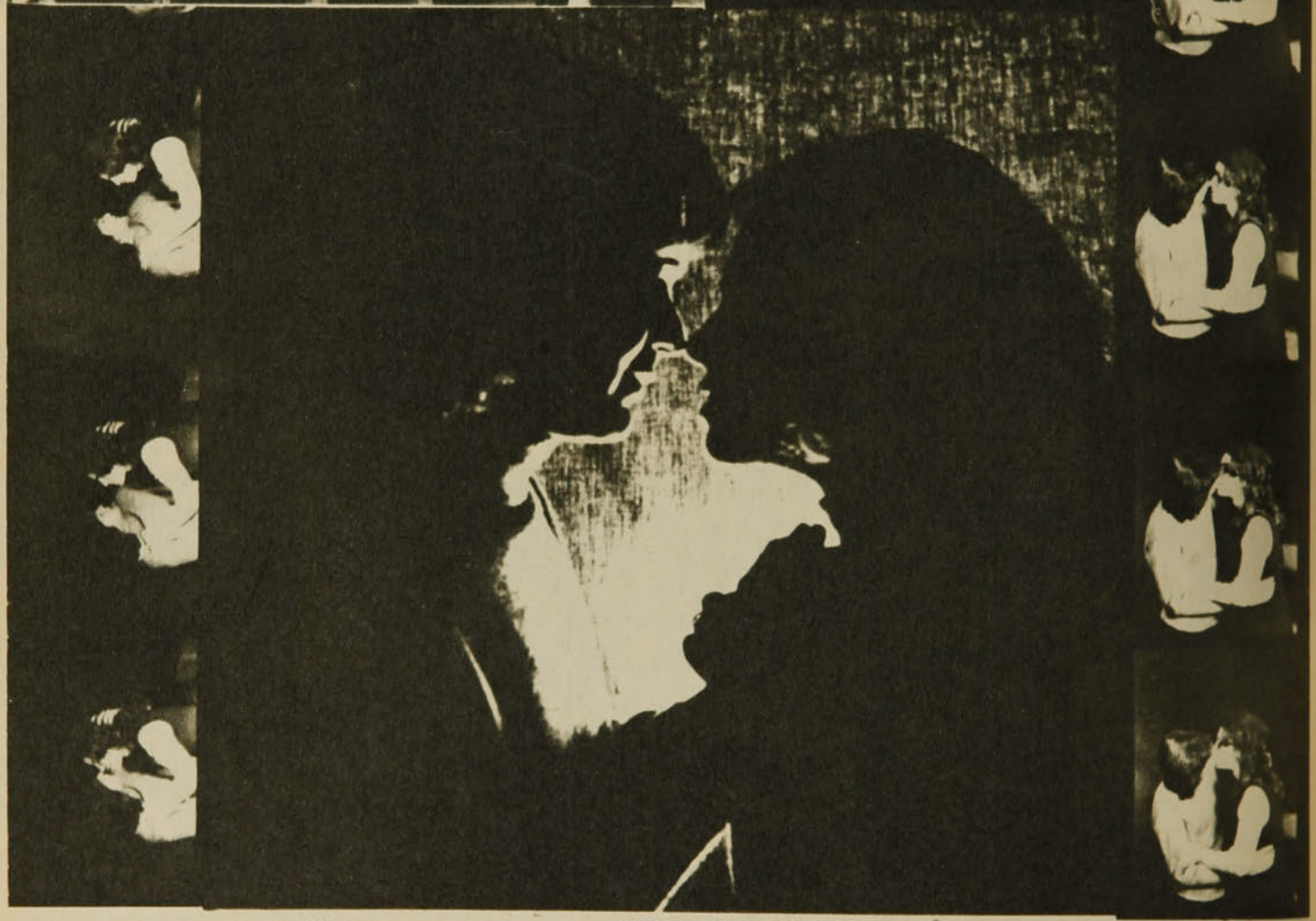
PERO ¿QUÉ TE PASA? ¡ANA MARIA!

ESO NO ES SUFICIENTE ¿O SE TE OLVIDA QUE SOY TU NOVIO, ANA MARÍA?

SER SU NOVIA QUIZAS DEBÍA SER LA RAZÓN SUFICIENTE, PERO PARECE QUE PARA MI CORAZÓN NO LO ERA, PORQUE AL OTRO DÍA ME ENCONTRÉ, DE REPENTE, FRENTE A LA PUERTA DEL LABORATORIO DE JUAN CARLOS, ATONTADA, SIN SABER QUE HACÍA...







TODO SUCEDIÓ MUY RÁPIDO, REÍMOS Y LLORAMOS JUNTOS. UN FUEGO NOS ENVOLVIÓ, DEJÁNDONOS CIEGOS, CIEGOS DE AMOR Y DE PASIÓN.




¡RICARDO! ¿QUÉ HACES AQUÍ?


¡ESO SE LO PREGUNTO YO A USTED, SEÑORITA!
ESTABA VIENDO UNAS FOTOS.


¡MENTIROSA! ¡HACE MEDIA HORA QUE ESTOY DETRAS DE LA PUERTA! ¡HE ESCUCHADO TODO!


¿QUE LE ENCUENTRAS A ESE POBRE DIABLO? ¿QUÉ TIENE ÉL QUE YO NO TENGA? ¿NO TE BASTA CON LO QUE TE HE DADO? ¿O YA QUIERES TENER UN AMANTE? ¡AMBICIOSA!


¡UN MOMENTO, COMPADRE, NO SE SOBREPASE! USTED MANDARÁ ALLÁ AFUERA, PERO AQUÍ NO MANDA NADIE. Y NO ME GUSTA QUE A MIS INVITADOS SE LES PASE LA MANO.


¡TOMA PARA QUE APRENDAS A COMPORTARTE COMO GENTE!
¡AAAAAGH!

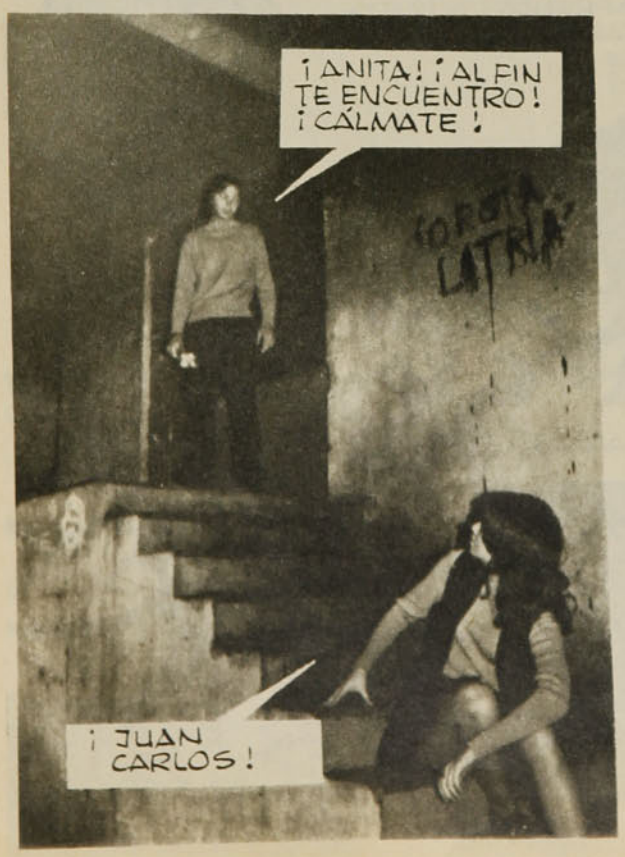




SOLO LA OSCURIDAD, CON SU VOZ DE SILENCIO, LE RESPONDIÓ A JUAN CARLOS...

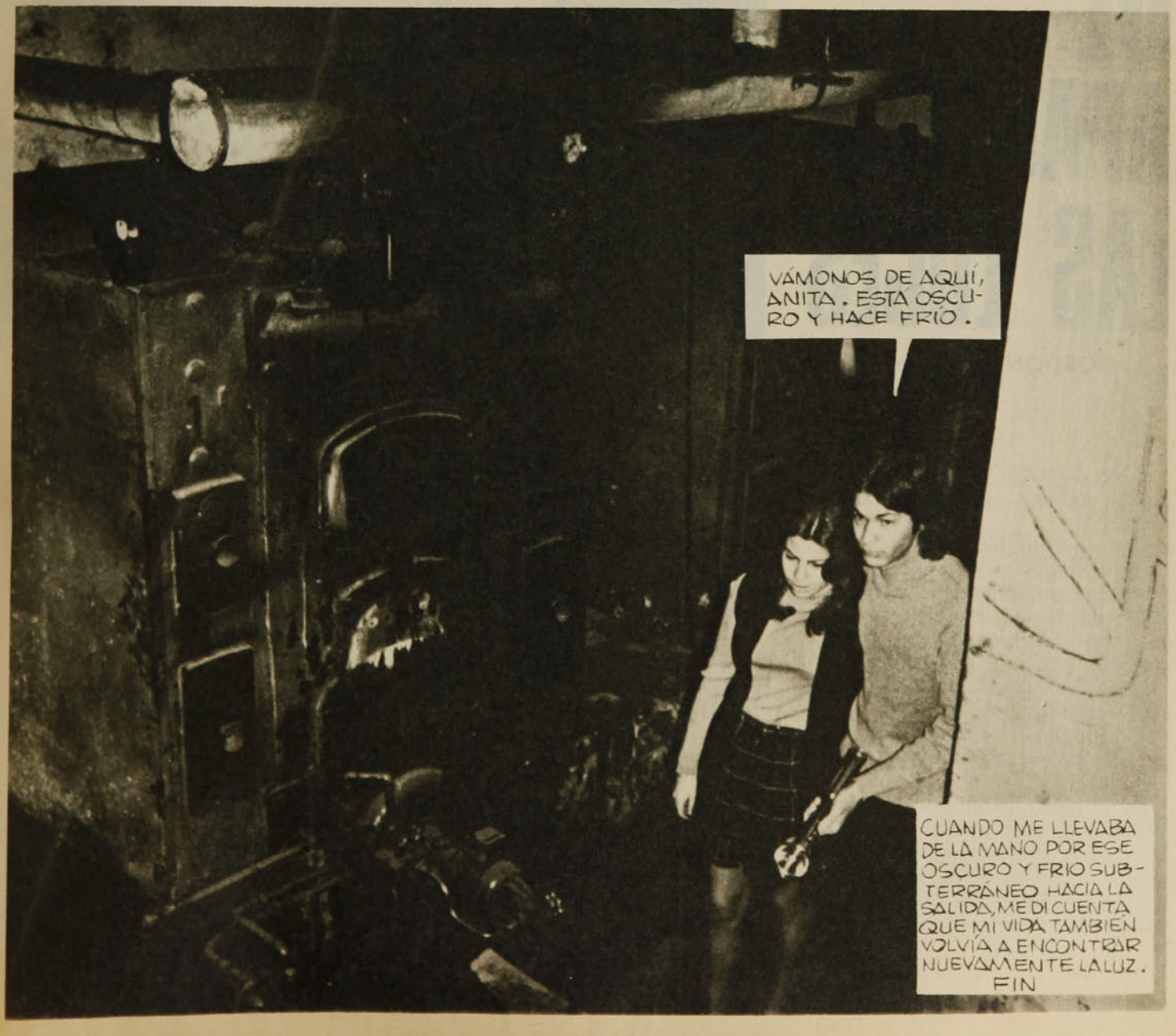
NO SABÍA SI HABÍA HECHO BIEN O MAL. SOLO HABÍA ACTUADO CON MI CORAZÓN. ¿A CUAL QUERRÍA REALMENTE? TODO EN MI ERA CONFUSIÓN HASTA QUE EMPECÉ A ESCUCHAR SOLAMENTE EL LLAMADO DE JUAN CARLOS.










VÁMONOS DE AQUÍ, ANITA. ESTÁ OSCURO Y HACE FRÍO.
CUANDO ME LLEVABA DE LA MANO POR ESE OSCURO Y FRIO SUBTERRÁNEO HACIA LA SALIDA, ME DI CUENTA QUE MI VIDA TAMBIÉN VOLVÍA A ENCONTRAR NUEVAMENTE LA LUZ.
FIN

EL CUENTO de la semana.

CUANDO SE APAGARON LAS LUCES



L. B. GORDON (norteamericano)

UNA NOCHE de aquellas, una de las sombras sería la del asesino.

¿Por qué no había huído?

Alice Molloy acercó un poco más su silla al moribundo fuego. Estaba muy sola, lamentablemente sola, a excepción del chiquillo, su hijo, que dormía en la habitación contigua.

El asesino la había atacado ya dos veces. ¿Por qué no se había marchado muy lejos de aquí? ¿Eran suficientes las precauciones que había tomado?

La pequeña habitación era muy solitaria; el fuego apenas calentaba, los latidos del reloj se acompasaban con los latidos de su corazón; la luz era débil, como si parte de la oscuridad del exterior se hubiese filtrado en la casa.

¿Por qué, por qué había decidido desde hacía años quedarse aquí, a pesar de todo?

Estaba sentada ante el moribundo fuego una mujer menuda, de veintiocho años, todavía atractiva, dirigiendo inquietas miradas a su alrededor con sus ojos castaños, moviendo nerviosamente los palillos con los que estaba haciendo un chaleco para su hijo, Bobby, atenta al menor ruido de pasos que pudieran acercarse a la puerta.

Por milésima vez pensó en Len Cray, el asesino: un hombrón de un metro ochenta de estatura, con un lascivo ojo azul, unos gruesos labios siempre temblorosos de deseo, un pelo negro que caía sobre su estrecha frente, un rostro en el que lo único que no estaba enturbiado por la lascividad era el ojo izquierdo: un ojo de cristal.

Sí, Len Cray había perdido un ojo, y a consecuencia de aquella desgracia Alice se había visto perseguida y atormentada de un modo horrible.

Alice se había enterado más tarde de que Len Cray se había vanagloriado, en un establecimiento público, de haberla conquistado. La odiosa mentira no fue aceptada en silencio por los amigos de Alice. En el curso de la pelea que se entabló, un vaso fue a estrellarse contra el ojo izquierdo de Cray. La encuesta policíaca terminó con un veredicto de "accidente casual", pero Cray había perdido la mitad de su vista, y Alice la paz de su alma.

—Tú has tenido la culpa de esto —la acusó Cray, algún tiempo después—, y has de pagar por ello. ¿te enteras? O te casas conmigo, o



lo pagarás muy caro, Alice Molloy. ¡Escoge!

Estaba más repulsivo que nunca, con el parche negro en el rostro y su único ojo destellando llamas azules.

—No tuve nada que ver con ello —había murmurado Alice, aterrorizada—. Vivo muy tranquila, y no quiero saber nada con las peleas de taberna, ni con usted, Len Cray.

Y, tras pronunciar aquellas palabras, había echado a correr temblando de horror.

EL HOMBRE se detuvo y se palpó los bolsillos. Todo lo que necesitaba estaba allí. Levantando el cuello de su abrigo para protegerse de la niebla, siguió andando, lenta pero inexorablemente. La luz de un farol se reflejó en un ojo inmóvil.

Alice Molloy fijó su mirada en el único agujero rojo del fuego. Estaba recordando el segundo acto de la tragedia de Len Cray.

Cuando había huido de él, supo que se había creado un enemigo para toda la vida: la de él o la de ella. Con la rudeza que era peculiar en él, Cray le había ofrecido un lugar en su existencia. Ella le había rechazado, terminantemente, y después de haberlo hecho se había sentido llena de los más negros temores por las consecuencias que su desprecio podía acarrearle.

No había tardado en acusar el primer golpe.

Alice tenía un perro, César, al cual quería mucho. Era un perro de aguas negro, que la acogía con alegres ladridos cuando regresaba de su trabajo, por la noche. César retozaba con ella en el parque con jadeante entusiasmo, correspondía al cariño de Alice con típico fervor canino, y aún le quedaba tiempo para querer a todos los demás seres.

La escena había quedado profundamente grabada en su mente: los sauces en la orilla del río, el dorado resplandor del sol poniente, la hierba agitándose suavemente bajo la brisa del atardecer, el río deslizándose con una extraña dulzura, como si en sus aguas se reflejaran ya los sueños nocturnos. Allí estaba César cazando estúpidamente presas imaginarias, revolcándose por la hierba y correteando de un lado a otro.

Se había acercado a lamer la mano de su dueña, y luego, en una nueva explosión de entusiasmo, había corrido locamente hasta quedar oculto detrás de un recodo. Alice había oído un extraño aullido, cortado en seco, y sus pies se habían lanzado hacia adelante al tiempo que en su corazón despertaba un doloroso presentimiento.

Cray estaba allí, arrodillado al borde del agua. La hierba estaba aplastada bajo sus rodillas, y en aquel momento estaba sacando algo del agua. Era una masa negra, inerte. Chorreando agua, sus patas se agitaron una o dos veces en los espasmódicos gestos de bienvenida que la muerte dirige a la vida.

—¡Ha ahogado usted a mi perro! —había gritado Alice, mientras Cray se ponía en pie, con una sonrisa burlona, y dejaba caer al suelo el cadáver del animal.

—Ignoraba que no sabía nadar, Alice —dijo en tono de mofa.

—¡Es usted un miserable asesino! —Y Alice se inclinó sobre el cadáver de César.

Cray la había cogido por el brazo, obligándole a ponerse en pie. Alice recordaba claramente el dolor que había sentido ante la brutal presión de los dedos de Cray, y la locura que se reflejó en su único ojo vivo.

—Te lo advertí, ¿no es cierto? Tienes que ser mía. En caso contrario, esto no es nada comparado con lo que va a sucederte.

—Entonces, puede ahogarme a mí también, asesino. Nunca seré suya.

—No estés tan segura de ello...

Su rostro se había ensombrecido, y la presión de sus manos se había hecho más intensa. Pero en aquel momento había intervenido una afortunada casualidad en forma de un grupo de alegres jóvenes que se acercaban, cantando en voz alta. Cray la había soltado y se había marchado.

Alice había recogido el cadáver de César y se había alejado, ante la atónita mirada de los recién llegados.

LA ESPESA NIEBLA se estaba convirtiendo en lluvia, que el viento empujaba contra su rostro. Una fría gota de agua se deslizó por debajo del cuello de su camisa. Su paso se hizo más rápido a medida que se acercaba a su objetivo. Había contado por años, por meses, por semanas, por días, lo que faltaba para el gran momento. Ahora podía contarlo por minutos.

El fuego chisporroteó débilmen-

te. Alice cogió el atizador y hurgó en las cenizas; el fuego pareció reanimarse. El atizador quedó allí, en medio del rojo regazo.

El chaleco estaba a medio hacer. El trabajo resultaba muy pesado bajo aquella media luz, tan débil como la luz nocturna que iluminaba la habitación de su hijo.

El chiquillo no había podido dormir a oscuras desde que vio a Len Cray matar a su padre.

Alice se quedó mirando fijamente un punto indeterminado del espacio. Si el chiquillo pudiera saber, como sabía ella, que Cray estaba libre para atacarles de nuevo, ¿podría acaso dormir, con luz o sin ella?

Una pequeña lengua amarillenta lamió la punta del atizador antes de desvanecerse en el aire. El fuego no estaba muerto del todo.

El tic-tac del reloj acababa de enervar a Alice, cuyos nervios estaban en continua tensión desde que sabía que Len Cray estaba libre.

Desde luego, la puerta de su piso, en la tercera planta de un inmueble, estaba provista de una cerradura de seguridad, y los vecinos del piso contiguo le habían asegurado que correrían en su ayuda si alguna vez golpeaba la pared o gritaba pidiendo socorro, pero...

Alice dirigió una mirada circular a la habitación y se acercó un poco más al fuego. Había vivido atemorizada durante tanto tiempo, que el miedo había acabado por ejercer sobre ella un efecto petrificante. ¿Cuál sería su reacción cuando llegara la verdadera crisis? ¿Quedaría completamente paralizada?

En los cristales de la ventana resonó un suave repiqueteo. Había empezado a llover.

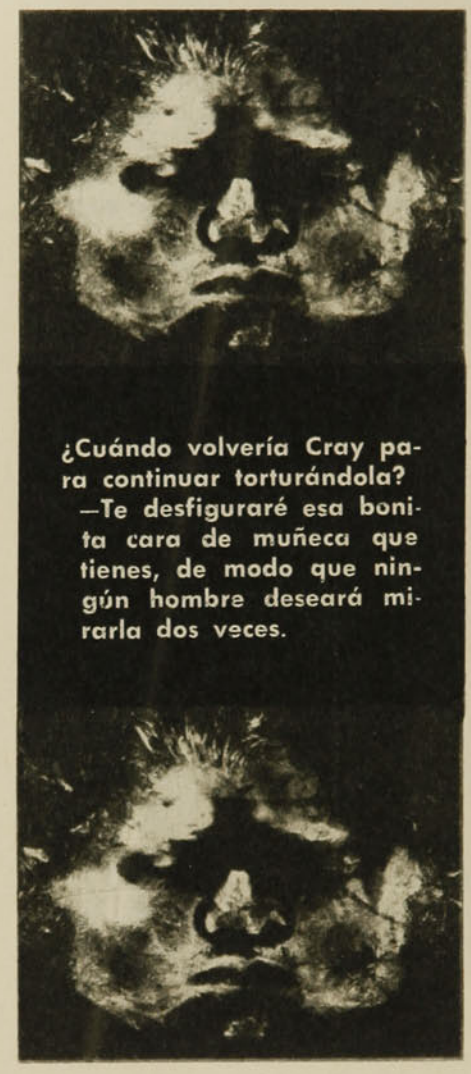
Alice se removió inquieta en su silla.

Hacía más de cuatro años que Cray había matado a su marido, Jim Molloy. ¿Cuándo volvería Cray para continuar torturándola?

Su mirada voló de nuevo hacia las cortinas que cubrían la ventana, como si los colgantes pliegues pudieran ocultar una forma siniestra que se hubiera introducido subrepticiamente en la habitación.

No, le dijo Alice a su palpitante corazón, él no estaba aquí... todavía.

Una fotografía de Jim sonreía tímidamente desde la repisa de la chimenea. Su tímida sonrisa, de hombre apacible, era lo que más había atraído a Alice. Todo lo que había deseado después de hacer frente a las torpes apetencias de Cray, era un refugio apacible, donde pudiera descansar segura.



¿Cuándo volvería Cray para continuar torturándola? —Te desfiguraré esa bonita cara de muñeca que tienes, de modo que ningún hombre deseará mirarla dos veces.

De modo que se había casado con Jim Molloy. Insignificante como ella misma, era sólo un modesto oficinista sin grandes cosas que ofrecer. Pero habían congeniado perfectamente, y cuando un año después llegó Bobby, su dicha había sido completa. Alice había olvidado a Cray, casi, hasta aquella tarde en que Jim había salido a dar un paseo con su hijo.

Se habían marchado entre risas y besos. El chiquillo había sido devuelto a sus brazos agotado de tanto gritar y de tanto llorar. El cadáver de su marido le fue entregado más tarde, con la recomendación de que no debía mirar el destrozado rostro que había pertenecido al apacible Jim.

Días después, cuando Alice fue capaz de pensar, le contaron lo ocurrido. Cray había salido de una taberna, reconoció a Jim, le dijo que debían entrar a echar un trago juntos. Ante la negativa de Jim, Cray le había atacado, cogiéndole por los cabellos y golpeando repetidamente su rostro contra una pared. Luego había huido, dejando a Jim que se desangrara hasta morir, con el lloroso chiquillo desmayado sobre el cadáver de su padre.

Las pruebas aportadas al juicio fueron muy contradictorias, pero Cray fue condenado a cinco años de presidio. Con la rebaja de la pena por buena conducta, había salido de la cárcel hacía cosa de un mes.

¿Volvería a molestarla? ¿Le estaba negada toda esperanza?

Después de la muerte de Jim, Alice no se había mudado de vivienda. Pudo volver a su antiguo trabajo, un excelente empleo, que mejoró con el paso del tiempo. La vida hubiera sido muy prometedora para Alice a no ser por la continua amenaza de Cray planeando cada vez más cerca de ella.

¿Por qué no se había marchado? Tal vez porque Alice estaba convencida de que dondequiera que fuese, allí la seguiría Cray.

¡Podía ocurrir aquella misma noche!

¿Qué iba a hacer él? ¿Qué podría hacer ella? ¿Hasta cuándo tendría que soportar esto?

Las preguntas acudían a su mente en rápida sucesión.

El reloj dio las nueve y media, la hora de cenar un poco y acostarse. Irónicamente, después de haber languidecido toda la noche, el fuego pareció recobrar nuevos bríos.

El primer indicio que tuvo de la presencia de Cray fue la repentina extinción de la luz, coincidiendo con el ¡click! procedente del pasillo exterior, revelador de que una mano había dado vuelta al interruptor general.

La oscuridad envolvió a Alice como las alas de un gigantesco buitre. Lo único visible, ahora, eran los puntos rojos del fuego, semejantes a ojos diabólicos que acecharan a una presa invisible.

Inmediatamente, Alice supo lo que ocurría. Len Cray había conseguido, de algún modo, forzar su principal defensa, la puerta, y ahora avanzaba cautelosamente en la oscuridad, recorriendo los escasos pasos que le separaban de ella.

¡Los vecinos! ¡Debía gritar, golpear la pared!

Alice abrió la boca... y no salió ningún sonido de ella. Su garganta estaba muerta..., tan muerta como sus helados miembros.

Se sentó, como una estatua de hielo, esperando oír el rumor de los pasos de Cray en el pasillo, esperando ver abrirse la puerta de la habitación. A pesar de que la oscuridad era absoluta, el revivido fuego proyectaba ahora un haz de claridad rojiza a través del suelo.

La puerta se abrió lentamente, gimiendo sobre sus goznes, y las sombras quedaron taladradas por la voz de Len Cray:

—De modo que el pajarito está en el nido esperando a su pareja, ¿eh? Has tenido que esperar mucho, mucho tiempo, mi querida Alice, pero aquí estoy. También yo he tenido que esperar mucho tiempo, pero ahora ya no me importa.

Alice fue incapaz de hablar o de moverse mientras la negra masa avanzaba hacia ella. Sobre el pavimento, los pies de Len Cray seguían el reguero carmesí procedente del fuego, un reguero color de sangre, como el reguero que descendía por la pared, en la cual se había estrellado cien veces el rostro de Jim, empujado por las manos de este hombre...

—Veo que tienes el nido ordenado y caliente para recibirme —continuó diciendo Cray, tomando asiento cerca de Alice—. ¡Reconoce que vale la pena haber esperado, Len Cray!

Se inclinó hacia adelante, extendió una enorme mano y tocó a Alice. Esta se echó vivamente hacia atrás.

—¡Vaya! —exclamó Cray—. Veo que todavía no eres la viuda alegre... No importa, conmigo todo va a cambiar. En cuanto hayas conocido a un hombre de veras, te olvidarás para siempre de aquel pánfilo que quité de en medio. Mira, he comprado una botella para celebrarlo.

En silencio, Alice contempló el rostro de Len Cray, iluminado por el resplandor del fuego. Fascinada, detuvo unos instantes la mirada en el ojo artificial, que brillaba fijamente como una estrella lejana, en tanto que el otro ojo, el derecho, ardía como un volcán en erupción.

—¿Te gusta mi aspecto? —se burló Cray, mostrando sus mellados y desiguales dientes al sonreír—. No estoy tan mal como todo eso, Alice, y ya te acostumbrarás a mi cara. Por eso he apagado la luz antes de entrar. No deseaba impresionarte demasiado, y, además, estas cosas resultan más románticas a la luz del fuego...

Alice parecía haber perdido la facultad de hablar. Ni un solo sonido podía surgir de la fría tumba que parecía haberse formado en su interior.

—Parece que no tienes mucho que decir, ¿verdad? —murmuró Cray, ladeando ligeramente su cabeza a fin de poder enfocar mejor a Alice con su único ojo dotado de vista. Visto así, tenía un parecido mayor que nunca con un llameante cráter, con la negra nube de su ceja encima.

—Supongo que te estarás preguntando cómo he podido llegar hasta aquí tan fácilmente, ¿no es así? Voy a decírtelo. Cuando Jim Molloy cayó, después de haberme atacado...

—¡Embustero! —la palabra salió de los labios de Alice como un proyectil.

—¡Puede hablar! —exclamó Cray, con fingido asombro—. Pero, si eso es todo lo que sabe decir, será mejor que cierre el pico. —Esperó, mientras la implícita amenaza contenida en sus últimas palabras envolvía a Alice como una zarpa helada—. Como iba diciendo, cuando Molloy se cayó estaba en las últimas, algunos de los muchachos que rondan siempre por allí le registró los bolsillos y se quedó con algunas cosas, entre ellas una llave que el otro día pude obtener. Verás —bajó la voz—, tuve que contar una historia, diciendo que tú no estabas demasiado disgustada por lo que había ocurrido, y que deseabas que yo tuviera una llave del piso, de modo que pudiera venir a verte. ¡Ah! Veo que he puesto el dedo en la llaga...

Cray había visto cómo Alice se sobresaltaba repentinamente, había oído el súbito cambio de ritmo de su respiración.

—Y cuando salga de aquí esta noche —continuó Cray—, es decir, si me obligas a marcharme, todo el mundo sabrá que tengo una llave del piso de Alice Molloy.

Su risotada llenó la habitación. Alice se mordió los labios. Había cometido un fatal error al olvidarse de cambiar la cerradura de la puerta.

—De modo que aquí estoy, Alice. ¿Qué tienes que decir acerca de ello?

Estaba esperando su respuesta con la avidez de un animal de presa. Alice tragó saliva varias veces.

—Le ruego que se marche y que me deje sola. Es lo único que deseo. Que se marche usted —murmuró, sabiendo que su ruego era inútil, que un tigre feroz sería un ángel compasivo comparado con lo que estaba sentado en la butaca de Jim.

—No seas tonta —gruñó Cray—. Has de ser mía. He tratado de demostrártelo. Si no me aceptas ahora, te desfiguraré esa bonita cara de muñeca que tienes, de modo que ningún hombre deseará mirarla dos veces.

Alice se estremeció. Aquello era la culminación de todo lo que había temido. Sin embargo, aunque Len Cray cumpliera su terrible amenaza y le desfigurara el rostro, Alice lo prefería a consentir en vivir con él.

Una súbita congoja llenó su corazón. Había un hombre por quien Alice empezaba a sentirse interesada, un hombre que había empezado también a fijarse en ella, un hombre apacible, que le recordaba mucho a Jim. Pero... no se atrevía a alentarle, temiendo convertirle en carnaza para la fiera..., para Len Cray.

—¿Me has oído? —apremió Cray.

El fuego ardía ahora alegremente, iluminando el rostro de Len Cray y los rasgos que el pecado había labrado en él.

—Nunca, Len Cray. —¿Era de Alice aquella inaudible y remota voz?—. Nunca accederé a sus deseos... ¡Asesino!

La última palabra sonó como un trallazo.

—¡Estás loca! —exclamó Cray—. ¿Quieres pagarlo el resto de tu vida? ¿Quieres saber lo que voy a hacer? —Alzó la botella—. Voy a beberme el contenido de esta botella; luego la cogeré por el gollete, la romperé y te clavaré en la cara lo que quede en mi mano.

La impresión la sacudió como una descarga eléctrica. Cray era capaz de hacer lo que decía y volver a la cárcel unos cuantos años más, dichoso al saber que había convertido el rostro de Alice en algo que nadie podría contemplar sin sentirse espantado.

¿Qué podía hacer ella?

Se repitió a sí misma la pregunta, desesperadamente, sin encontrar ninguna respuesta.

EL CUENTO de la semana.



En medio de su terror oyó gritar a su hijo. También lo oyó Cray.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Había olvidado que tienes un hijo!

El chiquillo repitió su llamada. Se había despertado y se asustó al encontrarse a oscuras.

—¡Dile que se calle! —ordenó Cray.

Alice llamó a Bobby y le dijo que no ocurría nada y que siguiera durmiendo.

—Desde luego —dijo Cray con una mueca—, no ocurre nada. Y de ti depende que no ocurra.

Parecía a punto de saltar sobre ella.

—¡No! —gritó Alice, aterrorizada—. ¡No!

—Al oír al chiquillo se me ha ocurrido una idea —dijo Cray lentamente—. ¿Qué te parece si entro en esa habitación y charlo unos momentos con tu hijo?

—¡No! —sollozó Alice—. ¡No puede usted hacer eso!

—¿Que no puedo hacerlo? Creo que será el mejor sistema para que te avengas a razones. —Cray empezó a fumar y a beber—. Mira, te concederé un minuto para que accedas a mi propuesta. Si sigues diciendo que no, invertiré otro minuto en decirte lo que voy a hacer, y luego te concederé un tercer minuto para que se grabe bien en tu mente. Vamos a ver —se retrepó en la butaca, convencido de que dominaba por completo la situación—, minuto número uno: ¿qué opinas acerca de la posibilidad de convertirte en la señora Cray?

Hizo una pausa, se llevó la botella a los labios y bebió un largo trago. Alice permaneció en su asiento, completamente paralizada.

¿Gritar? ¿Aporrear la pared? ¡Len Cray saltaría sobre ella con la velocidad del rayo!

Aunque en el curso de cuatro años de espantosas pesadillas había vivido más de una vez una escena como ésta, ahora le parecía increíble que pudiera sucederle a ella, a ella que sólo le había pedido a la vida paz y tranquilidad. Lo que le estaba sucediendo era algo injusto.

El reloj seguía desgranando su monótono tic-tac, el atizador seguía enterrado en el fuego. Debía haberse calentado ya al rojo.

¡El atizador! ¡Un arma!

¿Podría hacerlo? La proximidad de Len Cray la hacía sentirse capaz de todo. Y, sin embargo...

Bobby volvió a gritar. Alice le tranquilizó. Otra vez silencio.

—Bueno, ha pasado el primer minuto —dijo Cray súbitamente—. Vamos ya por el segundo. ¿Te imaginas a tu hijo cayendo por el hueco de la escalera?

Ante los ojos de Alice apareció la visión de sesenta escalones de piedra y el suelo de cemento. Un intenso dolor oprimió su pecho. Su hijo, el único pedazo de amor humano y de esperanza que poseía... destrozado sobre el frío pavimento.

—Todo lo que tengo que decir —continuó Cray, impertérrito— es que el muchacho estaba jugando conmigo en lo alto de la escalera y que se cayó por el hueco. O quizás sería mejor decir que se cayó mientras yo estaba haciéndole el amor a su madre. De cualquier modo que se mire, será mi palabra contra la tuya. Y voy a decirte algo más. Aun suponiendo que me metieran en la cárcel por ello, no dejaría de buscarte a mi salida. ¡Habla de una vez, maldita sea! ¿Qué prefieres? ¿Entenderte conmigo, o ver a tu hijo cayendo por la escalera? En cuanto a ti... bueno, he pensado algo realmente encantador para ti, más tarde. Vamos, habla... ¿Qué decides?

Su voz había enronquecido de pasión, su rostro, con los dos terribles ojos, se inclinó hacia adelante para ver de más cerca el rostro de Alice.

Alice Molloy sintió una sacudida en su interior al verse observada fijamente por el único ojo vivo de Len Cray, que brillaba como un puntito rojo y que parecía haber concentrado toda la locura del hombre.

El poderoso estímulo de la desesperación actuó sobre ella.

Su corazón dejó de latir tumultuosamente y recobró su ritmo normal. Su parálisis se desvaneció, y cada uno de sus músculos se tensó, dispuesto para la acción. Se sintió invadida por una fría certeza de que tenía que intentar aquello o resignarse para siempre a la más miserable de las existencias. Para disipar cualquier sombra de miedo o de vacilación que pudiera quedarle, resonó en sus oídos otro grito de su hijo.

Sus labios se movieron en una muda plegaria, pidiendo la fuerza y la habilidad suficientes para hacer lo que se proponía.

—Está pasando el tiempo... —advirtió Cray.

—Lo estaba... lo estaba pensando —dijo Alice en tono sumiso, sosteniendo en su mano derecha el chaleco a medio hacer e inclinándose hacia el fuego.

—Así está mejor, Alice, me alegro de que empieces a hablar como es debido.

De reojo, Alice vio que Len Cray se relajaba en su butaca, como si acabara de darse cuenta de que la victoria no podía escapársele; vio también que hundía las manos en los bolsillos en busca de cigarrillos y fósforos.

La mano de Alice, envuelta en lana, aferró el atizador.

Las manos de Len Cray estaban ocupadas abriendo la caja de cerillas.

¡Ahora!

Alice corrió, huyendo de los alaridos del hombre, corrió a la habitación de su hijo, lo cogió en brazos, bajó corriendo las escaleras, siguió corriendo en la calle, corrió hasta ver un uniforme azul. Sollozando, sin aliento, empezó a contarle al asombrado policía que algo parecía haber guiado su mano, de modo que el enrojecido atizador hiriera directamente el único ojo sano de Len Cray.

♥♥

"No la dejen morirse", grité con el auricular en la mano.



SECRETARIA PERSONAL

• • •

Sentí horror cuando se hizo la luz en mí.

• • •

● *Cuando* regresé al departamento, después de visitar a mamá el fin de semana, me sentía tan cansada que me fui directamente al dormitorio. Me asombré al ver a mi compañera de pieza, Verónica, ya en la cama. Aún no se oscurecía y ella nunca se acostaba temprano.

Su aspecto era extraño: rígida sobre la cama, el color había desaparecido de su rostro. Iba a colgar el abrigo cuando vi sobre el velador un frasco de píldoras para dormir casi vacío. Debajo había un sobre.

Verónica no tenía costumbre de tomar somníferos, ni tampoco la tenía yo. Me detuve junto a ella, preguntándome si no estaría muerta debido a las píldoras.

Me arrodillé junto a la cama y le tomé un brazo. Estaba completamente lacio. Puse mi otra mano en su corazón para ver si aún latía. Me invadió el pánico cuando no sentí nada.

—Verónica, por favor, no te puedes morir —sollocé mientras pensaba qué hacer.

Aún se sentían en su muñeca tenues pulsaciones, y estaba segura de que no era sólo sugestión mía.

"Debo despertarla", pensé con desesperación. La remecí con cuidado al principio y luego con brusquedad tan angustiosa, que temí haberle roto el cuello por la manera en que se movió su cabeza. Era un peso muerto que volvió a caer en forma lacia hacia atrás cuando la solté.

¿Qué hacer, a quién llamar? Pero, cuando en cierto modo logré calmarme, telefoneé de urgencia al hospital.

No recuerdo cómo me las arreglé para ubicar el número y después que la enfermera me atendió y me hizo calmarme, le dije que mi compañera se había tomado una gran dosis de píldoras para dormir y temía que estuviera muerta.

—Sáquela de la cama y hágala caminar..., trate de que se despierte —me dijo con voz calmada—. Le mandaremos inmediatamente una ambulancia.

Después que le indiqué a la mujer la dirección y colgué el teléfono, me precipité donde mi amiga y traté de que Verónica se parara. Aunque era menuda, me fue imposible moverla, porque estaba completamente rígida. Me encontraba en esta lucha de levantarla cuando llegó la ambulancia.

Uno de los hombres le puso una inyección en el brazo, de algo que no supe qué era. El otro la cubrió con una frazada luego de trasladarla a la camilla.

—No se puede perder tiempo. La llamaremos más tarde para que nos dé el nombre y otros detalles de su amiga —dijo uno de los hombres.

—Iré con ustedes —grité, pero me lo prohibieron—. ¿Está muerta? —pregunté desesperada mientras la llevaban escalera abajo.

—No, aún no está muerta —contestó alguien.

Me asomé a la ventana para mirar cómo se perdía la ambulancia. Luego caminé de un lado a otro de la pieza, preguntándome por qué Verónica había tomado las píldoras y rogando estuvieran a tiempo de salvarla.

Me acerqué a la cama a poner las cosas en orden. Guardé en el cajón el frasco con las pastillas sobrantes. Nuevamente volví a ver el sobre y en el momento que lo abría sonó el teléfono. Rápidamente metí el sobre en mi bolsillo —aún estaba con el abrigo puesto— y me precipité a contestarlo. Pensé podía ser del hospital para darme noticias de Verónica.

—No la dejen morirse —rogué con el auricular en la mano. Sólo cuando oí la voz me di cuenta de que había sido una llamada equivocada.

Colgué el receptor y me senté en el living a llorar. A medida que pasaba el tiempo sentía verdaderas ansias por saber noticias del hospital.

Mientras esperaba me saqué el abrigo y me puse ropa más confortable. Preparé una taza de café, moviéndome nerviosa de un lado a otro, sobresaltándome cuando volvió a sonar la campanilla del teléfono.

Era del hospital y la mujer me comunicó que Verónica se iba a mejorar.

—La trajeron muy a tiempo y se le practicó un lavado estomacal que la reanimó rápidamente.

Del hospital querían les diera una amplia información sobre mi amiga.

—Aquí hay un policía quien debe hacer un amplio informe y para eso quiere hablar con usted.

El hombre me hizo casi las mismas

RESULTADO DEL SORTEO

TODOS VAN A GASCO



Los días 30 de Mayo
y 30 de Julio pasado.
a las 12.00 horas. ante la presencia
del Notario Sr. Andrés Rubio y en las oficinas
del Jefe de Ventas de Comercial Gasco Ltda.
en Santo Domingo 1061. se efectuaron
los sorteos correspondientes a los folletos
aparecidos en las revistas "Rosita" Nº 1164.
"Saber Comer" Nº 75. "Telecran" Nº 93
y "Confidencias" Nº 1935 con el
siguiente resultado:

PREMIOS 1er. SORTEO	Nº PREMIADO
1 COCINA M/56	1140
1 ENCERADORA SINDELEN "CAPRI"	2619
1 JUGUERA SINDELEN 2000	4906
1 ANAFE 2 PLATOS	33525

PREMIOS 2° SORTEO	Nº PREMIADO
1 COCINA M/47	45028
1 ENCERADORA SINDELEN "CAPRI"	59255
1 JUGUERA SINDELITA 2000	39762
1 ANAFE 2 PLATOS	46715

Invitamos a las personas que hayan
sido favorecidas con estos premios. pasar a
retirarlos a Santo Domingo 1061,
premunidos del folleto favorecido.

NOTA: Recordamos que el próximo y último sorteo
se realizará la última semana de Agosto. entre los
folletos incluídos en la Revista "EVA"
del 13 de Agosto. Número Especial.

GASCO
COMERCIAL GASCO LTDA.
Santo Domingo 1061 · Rosas 1064
Sucursales en todos los barrios

Grant Advertising

preguntas que las de la enfermera. Necesitaban saber si Verónica tenía parientes cercanos a quienes notificar, pero yo no sabía de ninguno. Mi amiga nunca me habló de su familia y lo único que conocía de ellos era que vivían en un pueblecito del sur.

—¿No dejó la chica alguna nota? —preguntó el policía.

—No vi ninguna —mentí, recordando el sobre que había metido en mi bolsillo.

—Muchas gracias —respondió el policía, mientras yo trataba de ordenar mis ideas acerca de si le decía lo de la carta o no, pero ya me habían cortado la línea del otro lado.

La carta que estaba dentro del sobre decía:

"Querido Juan:

No puedo seguir soportando esto y como tú dices que no hay otra solución para nosotros, he decidido terminar con todo.

Cariños para siempre,
Verónica."

"Pobre Verónica", sollocé, dejando que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. No podía imaginarme que se quisiera quitar la vida. Me parecía que ella tenía todo lo que yo ansiaba ser. Era la secretaria del gerente de la compañía donde trabajábamos.

Rememoré cuando la conocí en el casino de la oficina. Me estaba tomando un café sola cuando se me acercó y se presentó.

—Qué tal —dijo—. Me llamo Verónica Castro y soy la secretaria de J. B. Tú eres nueva aquí, ¿no es cierto?

Le dije mi nombre, Marcela Herrera, y se sentó y conversamos. Quería saber si me gustaba mi trabajo y si mis padres eran de Santiago.

Cuando me preguntó dónde vivía, le dije que estaba donde unos tíos, pero que me gustaría arrendar un departamento chico.

—Arriendo un departamento que me sale muy caro para mí sola —dijo Verónica—. Durante mucho tiempo lo tuve con una amiga, pero ella se casó y se fue. ¿Te gustaría que lo compartiéramos?

Discutimos la ubicación y el costo. Aunque lo que me tocaba pagar era más de mi presupuesto, decidí aceptar su proposición. Esa tarde, después del trabajo, nos fuimos al departamento que quedaba a unas pocas cuadras del centro y en cuanto lo vi me enamoré de él. La tarde siguiente me encontraba completamente instalada.

Tal como Verónica representaba todo lo que yo quería ser: éxito y refinamiento..., el departamento representaba la clase de lugar donde añoraba vivir. El gran ventanal daba a la cordillera y en la noche se veían las luces de la ciudad.

Me sentí muy agradecida con Verónica, ya que me dijo que pagara menos de la mitad en todos los gastos hasta que me subieran el sueldo. Además, yo quería ahorrar algo de dinero, porque mamá tenía que operarse de várices.

Mi madre tenía un almacén en Osorno, ciudad donde crecí y fui al colegio. Mamá trabajó ahí desde que mi padre murió cuando yo tenía diez años. Laborando duramente me educó muy bien y cuando terminé las humanidades en vez de hacerme trabajar en la tienda me permitió seguir un curso de contabilidad en mi ciudad natal.

Mi ambición era venirme a Santia-

go y trabajar en alguna firma importante y así poder algún día tener un hogar donde recibir a mamá cuando viajara para operarse, como también ayudarla con algunos gastos. Ella me había educado bien y abnegadamente y era mi deber retribuirle.

Verónica era tan generosa en cuanto a los gastos, que muchas veces compraba en el almacén sin cobrarme un peso. Y en repetidas ocasiones me insistió en que usara sus vestidos.

La primera vez que nos encontramos y me contó que era la secretaria de J. B., ni siquiera sospechaba quién era J. B., pero, para no parecer torpe, me hice la lesa. Yo trabajaba en la sección contabilidad de la oficina y cuando sentí más confianza le pregunté a una compañera quién era ese personaje.

—¿Que quién es J. B.? —gritó—. ¿Acaso no sabes que es J. Burgos, el gerente de la sección adquisiciones de la oficina?

En una ocasión, cuando pasaba por nuestra sección, la chica que estaba a mi lado me lo señaló. Era un hombre alto, con el pelo grisáceo en las sienes.

—Todas las chicas se vuelven locas por él —comentó mi compañera.

Llevaba viviendo con Verónica casi dos meses cuando se tomó varias píldoras del frasco. Era amistosa y amable, pero nunca hablaba de sí misma. Pasaba mucho fuera del departamento y nunca me contaba dónde iba o mencionaba donde había estado. De vez en cuando no llegaba en toda la noche, pero a la mañana siguiente la encontraba en la oficina o en el casino tan radiante como si hubiera gozado de largas horas de descanso.

Los fines de semana, cuando Verónica salía fuera de Santiago, yo aprovechaba para ir a visitar a unos tíos que vivían en Puente Alto, o gastaba mis horas libres en lavar y planchar mi ropa. Más de una vez, al regresar el domingo en la noche, encontré en el departamento colillas de cigarrillos tiradas por todas partes. Sin embargo, nunca le pregunté a mi amiga acerca de quién la había visitado. Suponía que me lo contaría cuando quisiera que yo supiera sus cosas. No tenía por qué meterme en su vida.

• Sequé

las lágrimas que corrían por mis mejillas y volví a leer la nota. ¿Juan? ¿Cómo sería ese Juan? Imaginé toda clase de cosas acerca de cómo era ese hombre capaz de inducir al suicidio a Verónica.

Cuando el reloj dio la media noche decidí que lo mejor era dormir. A la mañana siguiente, mientras me arreglaba para ir a la oficina, estallé nuevamente en sollozos, porque el departamento estaba muy solo y tan falto de vida como lo estaba mi amiga Verónica.

Miré la carta de Verónica sobre la silla, la eché en mi bolsillo y me fui a la oficina con la duda de si llamar o no a la policía.

Cuando entré a la oficina me encontré con Vicente y sentí muchas ganas de pedirle consejo acerca de la carta. Pero decidí que no debía ventilar el problema de Verónica con nadie.

Mientras conversaba con Vicente, vi llegar al señor Burgos. "Debo avisarle que Verónica no vendrá hoy a trabajar", pensé. Y cuando me encontré con él junto al ascensor, simplemente le dije:

—Señor Burgos, ¿puedo hablar una palabra con usted?

—Por supuesto, señorita Herrera. ¿De qué se trata?

—Es acerca de Verónica —tartamudeé—. No vendrá hoy a trabajar.

—¿Está enferma? —preguntó interesado—. ¿Es usted la chica que vive con ella?

—Sí, lo soy. Y Verónica está más que enferma. Ingirió una fuerte dosis de píldoras para dormir y está en el hospital.

Su cara se puso roja. De inmediato me tomó del brazo y me llevó lejos del ascensor, donde había otras personas esperándolo.

—¿Está usted segura? ¿Se encuentra ella bien ahora? ¿En qué hospital está?

Contesté mecánicamente sus preguntas y, ausente, él agradeció mi información.

—Señor Burgos, olvidaba decirle otra cosa. Verónica dejó una carta y no sé si entregársela o no a la policía.

—¿Una carta? —lanzó nervioso—. ¿La leyó? ¿Se acuerda qué decía?

—Sí, la leí. Está en el bolsillo de mi abrigo. Voy a buscarla inmediatamente.

—Está bien. Llévemela a mi oficina y no le comente a nadie lo sucedido.

Cuando llegué a su oficina me esperaba en recepción. Me hizo pasar de inmediato y cerró la puerta.

—Muéstreme la carta. —Su mano temblaba cuando tomó la mía. Se sentó pesadamente y la leyó. Yo me sentía tan confundida, que fijé la vista en la foto de una mujer con dos niños. Decía: "A mi marido con todo cariño".

Se demoró mucho rato en leer la carta. En seguida, me miró a los ojos y, preocupado, me preguntó si yo la había leído.

—Sí —contesté asustada, como si confesara un crimen.

—Comprendo —murmuró, volviéndose hacia la ventana. Pasado un rato me miró de nuevo—. Deje esto en mis manos; yo me encargaré del asunto. ¿Le parece bien?

—Creo que es lo mejor —respondí asustada. En seguida me puse de pie y caminé hacia la puerta; él me la abrió.

—No se preocupe de nada, que todo se solucionará —lanzó casi con dulzura.

Cuando bajé a mi piso, Vicente, sin rodeos, me preguntó qué había entre Juan y yo.

—¡Juan! —exclamé.

—No te alteres tanto, sólo te hacía una broma —comentó Vicente.

—¿Es Juan el nombre del señor Burgos?

—Por supuesto. El se llama Juan.

—Debo irme ahora, Vicente. Te veré otro día —y antes que pudiera sujetarme me alejé.

El jefe de la sección de Verónica se llamaba Juan Burgos. ¿Era ése el Juan a quien ella le dirigió la carta? Recordé entonces lo preocupado que se mostró el hombre cuando le pasé el sobre y leyó la carta.

Me sentí terriblemente nerviosa, porque comprendí que lo que debí hacer era entregarle esa carta a la policía. Seguramente, a esta altura del día, Juan la había destruido para no despertar sospechas.



Poco después de volver de almorzar hubo una llamada telefónica para mí. Era el señor Burgos.

—Marcela, ¿por qué no se toma la tarde libre y va al hospital a preguntar por Verónica? Yo hablaré con su jefe y no habrá ningún problema. Mañana en la mañana se viene directamente a mi oficina y me informa de su estado.

—Sí, señor Burgos, haré lo que usted me ordena.

Verónica, en el hospital, todavía se veía pálida y decaída. Había marcadas ojeras bajo sus ojos y en cuanto la enfermera salió de la pieza y nos dejó a solas, estallé en llanto.

—Por Dios, Verónica, ¿por qué hiciste eso?

Verónica se puso a llorar histéricamente y cuando logró serenarse, dijo:

—Siento haberte causado tanto problema, Marcela. Al principio pensé que salir con él ocasionalmente me serviría de diversión. Me prometió obtener la nulidad de su matrimonio, advirtiéndome que el trámite duraría un tiempo más bien largo. Entretanto me convertí en su amante y finalmente me di cuenta de que no tenía ninguna intención de anularlo. No me cupo duda de que me tomaba como objeto de su entretención.

Quise interrumpirla y decirle cómo la entendía, pero siguió desahogándose sin hacerme caso.

—Lo quiero mucho. Es un hombre arrogante y muy egoísta, nadie le importa nada. Me iré, Marcela. Mañana me darán de alta aquí y he arreglado para trasladarme a otra ciudad. Ni siquiera a ti te diré dónde me iré y no quiero que nadie en el mundo lo sepa.

—Le debes importar un poco —comenté—. Me mandó especialmente a que viniera a preguntar por ti.

—No está preocupado por mí —dijo con amargura Verónica—. Está aproblemado porque su mujer pueda

descubrir que el causante de mi deseo de morir es él. ¿Cómo supo Juan que yo estoy en el hospital?

Le expliqué cómo encontré la carta y cómo se la entregué a él.

—No te preocupes —me calmó mi amiga—. No podías adivinar quién era ese Juan. En todo caso, me siento feliz de que haya leído esa carta. Quizá le dé un remezón. Aunque estoy segura de que antes de tres semanas se habrá encontrado a otra mujer a quien engañar.

Me levanté de la silla junto a la cama. Verónica me tomó las manos y las puso sobre su cara.

—Marcela, no te enredes con Juan. Puedes imaginar que no corres ningún peligro, como lo creí yo al principio. Sabe manejar muy bien las situaciones y lo ejecuta todo con gran paciencia, sin forzarte en nada. Pero, por favor, no te metas con él.

Antes de marcharme, Verónica prometió escribirme.

—No te preocupes por mí. El tiempo cura las penas y de repente te das cuenta de que empiezas a vivir una vida nueva.

A la mañana siguiente pasé a la oficina del señor Burgos a informarle sobre el estado de Verónica.

—¿Cuándo cree que Verónica vuelva al trabajo?

—No tiene intenciones de regresar. Me dijo que se iría a otra ciudad, pero no me contó dónde, ni siquiera sé si será fuera de Chile.

Pareció aliviado.

—Gracias, Marcela. No podré olvidarme de sus amabilidades. Estoy seguro de que puedo confiar que esto quedará como secreto sólo entre usted y yo.

Nuevamente se me vino la idea de comunicar el asunto a la policía, pero ¿con qué objeto?

• *Ese viernes*

cuando me pagaron la quincena, encontré que había plata de más en mi sobre. Fui al departamento de personal a indagar de dónde provenía ese dinero y me informaron que la planilla estaba correcta.

—Te acaban de aumentar el sueldo, Marcela. El señor Burgos en persona solicitó tu aumento. ¿Me vas a decir que tú no sabías nada? —comentó el jefe de personal.

No supe qué contestarle. Recibir quinientos escudos más por guardar un secreto me hizo sentir verdaderas náuseas.

Esa misma tarde me convidó a comer Vicente y luego me llevó al cine.

—Pareces a miles de kilómetros de distancia —comentó durante la comida—. No me has oído ni una palabra de lo que te estaba diciendo.

—Lo siento, pero estoy muy cansada

Cuando pagaron la siguiente quincena volví a encontrar dinero de más en mi sobre. Aún no tenía decidido lo que debía hacer. Por otra parte, ese dinero extra me venía muy bien puesto que ahora que Verónica se había marchado debía pagar sola el arriendo del departamento.

Esa misma tarde el señor Burgos me llamó a su oficina. Pensé que me preguntaría si había recibido noticias de Verónica, pero no lo hizo. En cambio, me pidió si quería ser su secretaria.



(21 de marzo al 20 de abril)

ARIES



(21 de abril al 21 de mayo)

TAURO



(22 de mayo al 21 de junio)

GEMINIS

	ARIES	TAURO	GEMINIS
TU SUERTE	Día viernes. Color granate. Número 5.	Día jueves. Color magenta. Número 4.	Día domingo. Color turquesa. Número 8.
TU CORAZON	Un paseo o viaje corto en grata compañía pueden contribuir al nacimiento de un nuevo amor o la afirmación de lazos ya existentes.	Un desinterés por los asuntos relacionados con el amor te llevará a un estado de melancolía, que puede ser muy negativo. Reacciona.	Huye de las aventuras fáciles que sólo te dejan en el vacío. Debes dar más importancia a los valores reales del espíritu.
TU TRABAJO	Será preciso que prestes algo más de interés a tu trabajo. No te dejes arrastrar por fantasías y piensa en tu situación real.	Nuevas posibilidades ofrecerán un desafío a tu espíritu creativo y a tu imaginación. Dedícate con entusiasmo a esa tarea.	Deberás ser especialmente cuidadosa en la selección de tus colaboradores o asociados. Evita los contactos con Cáncer y Escorpión.
TU SALUD	Ahora que los días están alargándose, aprovecha de salir a caminar en las tardes, pues te ayudará a relajarte y a dormir bien.	Estado satisfactorio en general, aunque se aprecian ciertos síntomas de cansancio. Un cambio de aire te sería de gran provecho.	No permitas que la apatía perjudique tu salud. Te dejas dominar demasiado por tus pequeños malestares y tiendes a echarte a morir. Lucha.

confidencias

SEMANA DEL

	LIBRA	ESCORPION	SAGITARIO
TU SUERTE	Día miércoles. Color zafiro. Número 7.	Día lunes. Color topacio. Número 5.	Día viernes. Color esmeralda. Número 6.
TU CORAZON	Todo se muestra favorable para tu futuro sentimental, sólo depende de tu buen criterio el hacerlo fructificar ampliamente.	La situación es interesante. Tu excelente disposición de ánimo tan positivo como tu magnetismo personal te llevarán a tu objetivo.	Muchos de los hechos que en realidad te preocupan carecen de importancia. Trata de serenarte y dar a las cosas su justo valor.
TU TRABAJO	Aprovecha para realizar tus trabajos atrasados durante este período en que te sientes llena de energías.	No precipites tus decisiones. Estudia tus posibilidades de triunfo y haz lo posible por salir de la rutina en que estás metida.	Disminuye en parte tu ritmo de trabajo. Aprovecha de volcarte hacia otros valores en vez de perder tu tiempo dándote vueltas.
TU SALUD	Una alimentación mal equilibrada puede ser la causa de tus trastornos. Si tienes cualquier duda al respecto consulta a un especialista.	No esperes que tus defensas actúen por sí solas. Coopera dando a tu organismo el descanso que se merece, y aprovecha la naturaleza.	Dedica a tu apariencia una mayor atención. El que andes arreglada no significa que tengas que gastar mucho dinero.



(23 de septiembre al 22 de octubre)



(23 de octubre al 22 de noviembre)

(23 de noviembre al 21 de dicbre.)



de junio al
de julio)

CANCER

Día viernes. Color negro. Número 2.
Las dificultades familiares tienden a disminuir gracias a la intervención acertada de una persona de gran visión y diplomacia.
Esta semana de trabajo promete ser realmente fructífera. Sin embargo, no te entusiasmes demasiado gastando sin ninguna medida.
No cometas imprudencias. La única forma de mantener el buen equilibrio de tu organismo será evitar cualquier exceso.



(23 de julio al
22 de agosto)

LEO

Día sábado. Color carbón. Número 8.
Semana muy agradable en general. Recibirás el testimonio de afecto de antiguos amigos y vivirás en un clima de armonía y paz.
No te entusiasmes demasiado con las cosas nuevas. Conviene que te asesores debidamente antes de lanzarte en lo desconocido.
La prudencia será necesaria en todo momento. Semana llena de riesgos, en que si tomas todas las precauciones no habrá problema.

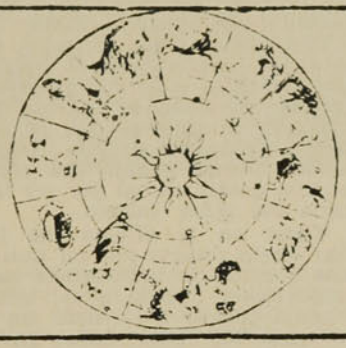


(23 de agosto al
22 de septiembre)

VIRGO

Día domingo. Color rubí. Número 3.
Tus dificultades en el plano sentimental no deberán interferir en tu vida social y familiar. Aprende a dominar tus sentimientos.
Alterna tu trabajo con momentos de agrado espiritual en que puedas desarrollar tus aptitudes artísticas.
Piel demasiado reseca. Emplea una buena crema nutritiva en todo el cuerpo, especialmente en piernas y brazos.

...el cielo



...E AGOSTO AL 6 DE SEPTIEMBRE

Día miércoles. Color marengo. Número 1.
La falta de romanticismo en tus relaciones sentimentales puede resultar ampliamente compensada por un testimonio profundo de lealtad.
Pon atención únicamente a los asuntos primordiales sin preocuparte de los detalles. Mantén en todo momento tu criterio realista.
Aprovecha estos días para desintoxicar tu cuerpo. El aire, las verduras y las frutas de estación son tu mejor aliado.

Día sábado. Color bronce. Número 6.
Lo que has venido esperando puede ser alcanzado en este momento, siempre que dejes a un lado tu obstinación e intransigencia.
No permitas que la ambición eche por tierra los planes que tan bien encaminados estaban hasta el momento. Reacciona.
La intensa actividad y la agitación en que vives son la causa directa de todos los trastornos y molestias que te aquejan.

Día domingo. Color plomo. Número 8.
En estos días deberás preocuparte de frenar tus impulsos. Las cosas pueden estar a tu favor siempre que conserves el dominio sobre ti.
Considerable disminución en el ritmo de tu trabajo. Concédete un descanso si quieres volver a rendir como antes.
No olvides de visitar al dentista, ya que una revisión general es totalmente necesaria si quieres conservar siempre tus dientes

CAPRICORNIO

de diciembre
9 de enero)



ACUARIO

(20 de enero al
18 de febrero)



PISCIS

(19 de febrero al
20 de marzo)



- Sin cesar retornaban los antiguos remordimientos y la angustia. Era como si Giselle, muerta cinco años antes, caminara siempre junto a Judith.

- Desde la próxima semana publicaremos "LA DANZA DEL ESPEJO", una historia de amor y de misterio escrita por Elisabeth Kyle.

—¿Sabe taquigrafía además de escribir a máquina? —preguntó amablemente.

—Sí. Tomé un curso corto en Osorno, paralelo a contabilidad, pero hace mucho tiempo que no practico. No me siento preparada para ser su secretaria.

—No se preocupe por eso. Además, no escribo muchas cartas. Tengo una persona que se encarga de mi correspondencia. Todo lo que requiero es una chica que me concerte entrevistas y de muy buena presencia, como usted, para recibir a los clientes. Estoy seguro que usted es la persona ideal.

Rápidamente pensé que la única solución era arrancar de esa oficina antes de que fuera demasiado tarde para mí.

—Tómese el fin de semana para pensarlo y notifíqueme su decisión el lunes a primera hora. Me parece será una buena oportunidad para usted. Aquí ganará setecientos escudos más mensualmente de lo que gana ahora.

¡Setecientos escudos más! Con eso podría mantenerme sola y ahorrar dinero para la operación de mamá. Incluso la podría traer a vivir conmigo en cuanto ella lo quisiera.

Pero ¿qué esperaba el señor Burgos a cambio? ¿Era que Verónica se transformó en su amante por qué él consideraba eso parte de sus deberes de secretaria o ella se enredó con ese hombre, porque simplemente lo amaba? ¿Qué pensaría Vicente respecto a lo que estaba pasando? Sin duda alguna que lo peor. Creería que el jefe me había elegido para ser su secretaria privada, pero para sus cosas muy privadas.

Esas preguntas me atormentaron todo el fin de semana y para olvidarlas decidí ir a Puente Alto. Cuando llegue donde mis tíos me contaron que habían estado en Osorno y que mamá tenía la pierna mucho más hinchada. El médico no la encontraba nada de bien.

De regreso a casa, decidí llamar de una cabina telefónica a mi madre.

—Mamá, tengo buenas noticias que darte. Le puedes contar a tus amigas de Osorno que dentro de quince días te vendrás a vivir conmigo. Ahora estoy ganando un buen sueldo y nos alcanzará perfectamente el dinero que recibo para las dos. Y en un mes más podrás operarte.

Al principio a mamá le fue difícil comprender cómo en tan poco tiempo había ganado yo tanto dinero, pero al final la convencí de que me habían as-

cendido de puesto y, por consiguiente, de sueldo. No demostró mucho entusiasmo por dejar en forma tan precipitada la ciudad donde había vivido toda su existencia; y no dejé de encontrarle razón. Pero tanto le insistí que logré convencerla.

La primera semana como secretaria del señor Burgos fue muy intensiva, porque pasé la mayor parte del tiempo practicando taquigrafía. Sin embargo, tal como me lo predijo, me dictó muy pocas cartas y a una velocidad tan lenta, que no tuve ningún problema en tomárselas.

La segunda semana sentí que dominaba el puesto y que era perfectamente capaz de salir adelante. Además, el jefe no mostraba ninguna doble intención en su trato conmigo. No obstante, a veces no podía dejar de meditar en el problema en que me podría estar metiendo. Sólo me consolaba la idea de que dentro de poco mamá se vendría a vivir conmigo.

Cuando llegó mamá y empezó a acomodar sus cosas en el departamento, eso no nos resultó fácil a ninguna de las dos. La mayoría de sus muebles eran inmensos y además me evocaban muchos recuerdos sentimentales.

Después de discutir el asunto, decidimos con mamá deshacernos de casi todos esos muebles antiguos, a excepción de un reloj de péndulo que era recuerdo de papá. Además de su valor sentimental tenía un precio como antigüedad.

El solo ver la cara de felicidad de mi madre me hacía olvidar mis preocupaciones por mi trabajo. Cuando terminamos de instalarnos durante un fin de semana y un camión se llevó los muebles sobrantes a otro lugar para después venderlos, nos tiramos rendidas sobre la cama. Me sentía satisfecha con mi comportamiento hacia mamá. Lo único que se interponía en mi felicidad, como un fantasma, era la advertencia de Verónica en cuanto al señor Burgos.

La conducta del señor Burgos, aparentemente, era intachable. Sin embargo, cuando me miraba y me sonreía tenía la sensación que me desnudaba con los ojos.

Un día, luego de prepararle el café como de costumbre, abrí su correspondencia, contesté varias llamadas telefónicas y le recordé sus entrevistas. Me quedó mucho tiempo del día sobrante y él lo aprovechó para acercarse a conversarme.

—Creo sería mucho mejor tenerla a usted como desayuno, en vez de tomar este insípido café.

Me sentí molesta con su comentario y traté de demostrárselo con la mirada, pero no tomó en cuenta mi reacción.

—Debe sentirse muy sola en las noches en su departamento.

—No me siento en absoluto sola —contesté molesta—. Mamá está viviendo conmigo.

No le pareció nada de bien la noticia. Lo noté porque desapareció de su rostro su expresión de arrogancia y de seguridad.

En otra ocasión me preguntó irónicamente cómo estaban mis relaciones con Vicente y si él me cuidaba como yo lo merecía.

—No tiene por qué cuidarme —lancé, enojada—. Sé muy bien lo que debo y lo que no debo hacer.

No sé cómo supo de mi amistad con Vicente y me extrañé de que se hubiera tomado la molestia de averiguarlo. En todo caso mis relaciones con el chico se habían enfriado desde el día que empecé a trabajar para Juan Burgos. Nunca me comentó nada, pero tenía la impresión de que él pensaba que detrás de mi ascenso había una relación secreta con mi jefe.

—Como tenemos que vernos todo el día, por favor, dígame Juan en vez de señor Burgos, Marcela —me pidió una mañana.

Traté de seguir llamándolo señor, pero era tal la furia que le daba que, para ahorrarme caras largas, adopté por decirle Juan. Al pincipio eso me resultó bastante incómodo.

Cada noche me costaba más dormirme. Se me venían a la mente todas las escenas y las conversaciones del día con Juan Burgos e, inconscientemente, hacía un análisis de la situación. A veces me daba la sensación de que le estaba demostrando demasiado interés por sus cosas y eso me deprimía. Su excesiva seguridad para tratarme me hacía suponer que se cría cierto de que yo sería su próxima presa a caer.

Si experimentaba la sensación de que me estaba pescando, ¿por qué no me sentía con valor de renunciar? En realidad, todo lo que me pasaba eran meras suposiciones, porque hasta ahora nunca me había hecho una proposición deshonesta.

Los chicos de la oficina eran muy amables conmigo y muchos de ellos me invitaban con insistencia. Aunque me divertía con ellos, nunca les di libertades de ninguna especie.

Pienso que lo que me tenía más sujeta a la oficina era el buen sueldo que percibía. Además, quería ayudar con la operación de mamá. También me había acostumbrado al departamento y a comprarme ropa buena. Al mismo tiempo sentía una especie de orgullo dentro de mí por ser la secretaria del señor Burgos.

Todos en la oficina me trataban con cierto respeto por mi puesto, menos Vicente. Su indiferencia para conmigo había llegado a tal punto, que cuando pasaba a mi lado me quitaba la cara. Me dolía haber perdido su amistad, pero, al mismo tiempo, me enfurecía su actitud tan infantil y egoísta, según yo. ¿Por qué tenía que pensar que era la amante del señor Burgos, siendo que yo no había hecho nada de qué arrepentirme?

• Lo más terrible

y oscuro fue el descubrimiento que hice de mí misma. A pesar de mis temores por el señor Burgos, sentía que cada día me fascinaba más con él.

Me sorprendía cada mañana frente al espejo con la mente puesta en si le agradaría mi vestido nuevo, en qué peinado hacerme o cómo maquillarme. Y, con el pasar del tiempo, más y más el señor Burgos se transformaba para mí en Juan.

Por fin, un día llevé a mamá al médico, quien fijó la fecha para efectuarle la operación; sería el viernes siguiente.

—Si no se presentan complicaciones, podrá volver a su casa dentro de cuatro o cinco días —le aseguró el doctor a mi madre.

El lunes, antes de la operación de mamá, fui a trabajar con un vestido nuevo. Cuando Juan llegó a la oficina, le llevé su café. Me miró paralizado durante tanto rato, que me sentí enrojecer.

—Te ves fabulosa, chiquilla. Te ves tan atractiva, que me muero de ganas de... besarte.

—Está prohibido besar a la secretaria durante las horas de trabajo —lancé irónicamente. No me volvió a hablar en el resto de la mañana.

Cuando regresé de almorzar había sobre mi máquina una nota. Era la letra de Juan y me decía que estaría fuera de la oficina toda la tarde por negocios. Me aseguraba que después de concretar esos negocios tenía urgencia de dictarme unas cartas y que era totalmente necesario que nos encontráramos en un restaurante esa misma tarde.

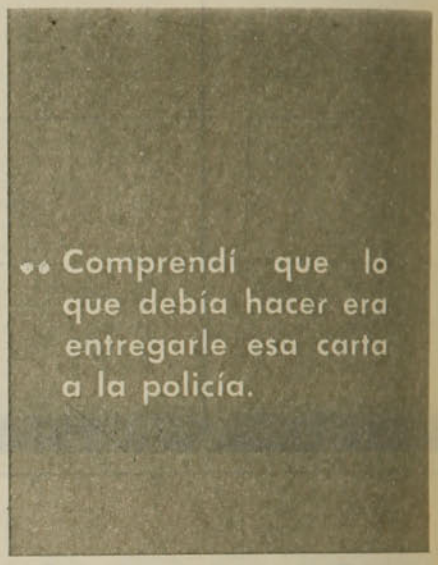
"Te podría dictar esas cartas mañana bien temprano, pero, desgraciadamente, tendré que ir a Valparaíso y esa correspondencia tiene que ser despachada mañana sin falta."

Y me daba libre la mañana del día siguiente.

Me fui a casa a hacer hora y a arreglarme un poco y también a poner mis pensamientos en orden. No le conté nada a mamá, pues podría imaginar que mi alto sueldo se debía al exceso de trabajo que me exigían y se iba a preocupar.

Mientras iba camino a casa decidí no ir al restaurante. Pero, más tarde, mi debilidad fue más fuerte que yo, y no sé cómo me encontré sentada frente a Juan.

Comimos en un restaurante muy tranquilo y cuando tomábamos el café, Juan se echó para atrás a fumar un puro y ordenó un bajativo. Para mí pedí otra taza de café. Luego que el mozo trajo el pedido hizo despejar la mesa y me dictó las cartas. Todas



eran cortas y a ninguna le vi la importancia para tanto apuro.

—Bueno, aún tengo que asistir a otra reunión, así es que te dejaré en un taxi. Asegúrate de que esas cartas salgan mañana en la mañana.

Eso fue todo. Le pagó al conductor del taxi y en pocos minutos me encontré nuevamente en casa, algo desilusionada.

A los pocos días estábamos conversando mientras tomábamos café en la oficina, y me preguntó con interés por mamá. Le expliqué que tenía un problema en las venas y le habían causado muchas molestias aquellos dolores en las piernas.

—¿No crees que debería operarse? —preguntó con interés.

—Sí —contesté con orgullo—. La operarán el viernes.

—Me parece regio —exclamó—. Eso significa que estás sola el fin de semana.

Me sentí enrojecer mientras me hablaba y no sé cómo atiné a decirle que pasaría el mayor tiempo posible acompañándola en el hospital.

Esa tarde, cuando me inclinaba sobre su escritorio para dejarle unas cartas, Juan estiró su mano para tomar un lápiz y me rozó el pecho. Estuve segura que lo hizo intencionalmente y no fue mera casualidad.

—Perdón —murmuró con suavidad y nuestros ojos se encontraron. Volví a mi escritorio con la sensación de que ese hombre me atraía cada día más.

Esa tarde, cuando iba a mi casa, noté que Juan caminaba tras mío. De pronto me dio una palmada cariñosa en la cara y se perdió entre la muchedumbre del centro.



• *Al día siguiente*

actuó como si nada hubiera pasado, hasta que llegué a convencerme de que todo era suposición mía. No hallaba cómo decirle que quería la tarde del viernes libre para acompañar a mamá en la operación. Por fin saqué valor y se lo solicité.

—Por supuesto que te puedes tomar el viernes. Debió habérseme ocurrido antes y habértelo ofrecido. Tómate todo el día si quieres.

Le agradecí y le dije que con sólo la tarde me bastaba.

Cuando me iba el viernes a medio día, me detuvo.

—Marcela, lo siento mucho, pero hay cartas que deben despacharse con mucha urgencia. Pero, no te preocupes. Tómate toda la tarde y de alguna manera nos juntaremos para que las cartas estén listas el lunes a primera hora. Esta noche estaré muy ocupado con unos extranjeros y lo mismo será mañana en la mañana. Creo que la solución es vernos el domingo a cualquier hora de la tarde.

Me mantuve en silencio y Juan continuó hablando:

—Odio tener que hacer estas cosas contigo, pero ésta ha sido una semana demasiado movida. Mi mujer e hijos se irán a la playa y como ella me dejará la comida lista en el refrigerador, te propongo llevarla a tu departamento y así no tendrás que cocinar.

—Bueno, en realidad no sé..., no sé qué hacer —tartamudeé.

—Vamos, Marcela, no te deprimas con la enfermedad de tu madre. Sólo te dictaré unas cartas y si estás de ánimo te puedo llevar a comer al centro. Ahora, ándate al hospital y hasta el domingo a las siete.

Me despedí convencida que lo llamaría del hospital para darle contraorden para que no fuera a mi departamento. Cuando llegué al hospital estaban preparando a mamá para la operación, así es que me olvidé de telefonear a Juan. Y mientras ella estuvo en el pabellón, sólo se me ocurrió rezar por ella, aunque el doctor me había asegurado que no había nada que temer.

Cuando sacaron a mamá de la sala de operaciones sentí náuseas de susto, porque tenía la cara muy pálida y sin vida. Me pareció que pasó un siglo antes de que el médico saliera de su pieza para hablar conmigo.

—La operación fue todo un éxito y estoy seguro de que a su mamá se le terminarán todos sus problemas y dolores en las piernas.

—Sabes, Marcela, tenía mucho susto, pero ahora que todo ha terminado estoy muy feliz y me siento orgullosa que todo esto ha sido posible gracias a tu esfuerzo —comentó mamá.

Más tarde abandoné el hospital y otra vez me vino Juan al pensamiento y su plan de ir el domingo a mi departamento. Pero ya era demasiado tarde para llamarlo, en la oficina no quedaba nadie a esa hora.

Visité el domingo a mamá y la encontré con buen aspecto. Se sentía ansiosa por levantarse y caminar con sus nuevas piernas, aunque sabía que tendría que esperar varias semanas antes de pretender andar normalmente.

Cuando se terminó la hora de visitas, regresé a mi departamento y quise convencerme de que no importaba que Juan viniera a dictarme sus cartas.

Di un salto al sentir la campanilla del teléfono. Cuando levanté el teléfono tenía la esperanza que fuera Juan para avisarme que no iría. El sólo pensar en eso me hizo experimentar desilusión y vacío.

Pero no era Juan, sino Vicente.

—¿Qué tal, Marcela? Me imagino te sorprende que te llame. A pesar de tus líos con tu jefe, quiero invitarte a comer esta noche y después a bailar.

—Me siento feliz de que me hayas llamado, Vicente. Me encantaría comer contigo, pero esta noche me será completamente imposible.

—Bueno, tendré que resignarme entonces a comer solo.

Su voz sonó tan triste que sentí alegría al saber que Vicente era aún mi amigo.

Me senté en el sofá. Parecía que mi cabeza me iba a estallar debido a los distintos pensamientos que giraban en mi mente. Para mis adentros me repetía: "Marcela, no te dejes engañar y caigas en la misma trampa que Verónica". Pero inmediatamente me contestaba que mi amiga carecía de carácter; en cambio yo era capaz de decir no.

Una vez lista y sin saber qué hacer, me puse a vagar por el departamento hasta que finalmente decidí irme a sentar sobre la cama. De pronto vi un tubo debajo del velador y me agaché a recogerlo para guardarlo en el cajón. Era el de píldoras para dormir que Verónica había usado.

Me puse a llorar amargamente. Pobre Verónica y... pobre Marcela. En cuanto logré serenarme un poco fui a la cocina y arrojé el frasco con píldoras a la basura.

Tiritaba y las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Siguiendo un impulso fui a buscar mi abrigo y salí del departamento, corriendo escaleras abajo como si alguien me viniera siguiendo.

Juan esperaba el ascensor en el piso. Casi me estrellé con él. Escondida en la escalera esperé hasta que subiera. En seguida corrí fuera del edificio y me perdí entre la gente.

Corrí dos cuadras y luego seguí caminando, demasiado cansada como para correr más. No sabía a dónde ir ni qué hacer. Pensé entonces en mi amigo Vicente, a quien podría encontrar comiendo en su restaurante favorito.

Lo divisé sentado cerca de la ventana. Aspiré profundo y me dirigí a él.

Esto sucedió hace ya varias semanas y no he vuelto más a la oficina donde trabajaba Juan. A menudo me acuerdo de él, pero me estoy reponiendo. En cambio, Vicente, con su incondicional amistad, ha sido de gran ayuda para mí.

Trabajo hoy en otra oficina y dentro de poco mamá y yo nos trasladaremos a un departamento más barato. Aunque ahora gano menos y pasamos algunos apuros económicos, he logrado recuperar la paz conmigo misma y con mi conciencia. Además, Vicente sigue siendo mi gran amigo y no termino de agradecerle que me haya abierto los ojos para que no cometiera un error al convertirme en una mujer sólo objeto de placer de un hombre que, finalmente, sólo era un don Juan de pacotilla. ♥♥



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

E° 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

confider

4.º 1943 Eº 5

RECARGO POR FLETE 0,50

LA DANZA DEL ESPEJO

Serial de amor y misterio.



quimantu



CAPITULO I

PAXTON era un barrio privilegiado en las afueras de Londres. Había un excelente servicio de trenes hacia el centro de la ciudad y el campo estaba razonablemente cerca. Judith Marlowe, caminando desde su departamentito hacia la casa de su tía abuela, pensaba que no había tenido motivo alguno para marcharse de Paxton, ni siquiera después de su ruptura con Alain Brett. Fue como si, de la noche a la mañana, hubiesen dejado de significar nada el uno para el otro.

Los cinco años pasados desde su compromiso con Alain habían transformado a Judith de la ansiosa adolescente de pelo oscuro que era en una joven atractiva y equilibrada, una muchacha con sus emociones bien controladas; pero Alain, en cambio, había envejecido en los últimos años. Había engordado y tenía los rasgos algo embotados.

Dobló la esquina entrando en la tranquila calle donde vivía Alain con su mujer y su familia. Le quedaba de paso para llegar a casa de la tía Vera. Entonces, ¿por qué no...?

Alain trabajaba en su jardín y le hizo un ademán de saludo que Judith correspondió sin sentir ninguna emoción, excepto preguntarse cómo pudo haber sido tan tonta en otro tiempo.

Por el otro lado el camino hacía un recodo que llevaba a una calle sin salida donde había casas más pequeñas, más modestas, la mayoría de ellas pareadas. La de tía Vera estaba al final. Muy propio de ella apegarse a esta casa porque el barrio era bueno, aun después, cuando disminuyó tanto su fortuna. Si el informe del médico que Matty le había dado a Judith por teléfono era efectivo, la tía Vera pronto estaría a punto de concluir con la casa y todo lo demás.

Matty permanecía con su antigua patrona a pesar del bajo salario, pero nadie se hacía ilusiones respecto a por qué se quedaba. El dinero tenía que ser la razón; un legado.

Matty, huesuda y delgada como un papel, abrió la puerta a Judith y se quedó mirándola con esos ojos duros con que Judith la recordaba desde la infancia.

—Buenas tardes, Matty.

Judith entró al hall y se disponía a seguir hacia el dormitorio de tía Vera cuando la sirvienta la detuvo.

—No es por allí. **Madame** no quiere ir a su cama. No quiere levantarse del sofá del salón. ¡Seguramente piensa que da lo mismo morir acostada en un sofá que en cualquier otra parte!

EL salón estaba más oscuro que de costumbre. La anciana señora Marlowe, en otro tiempo Vera Halvorsen, bailarina del Real Ballet Danés, preferia mantenerlo en penumbra. Las cortinas sobre la única ventana estaban corridas, de modo que sólo una claridad cuidadosamente estudiada penetraba en la sala. De esa manera las capas cada día más espesas de maquillaje que usaba **Madame Vera,** como le gustaba que la llamaran, quedaban más o menos disimuladas, a la vez que pasaba inadvertido el estado ruinoso de los muebles del salón.

—¡Judith, querida niña!

La voz gastada, conservando todavía su marcado acento danés, se endureció suspicazmente cuando añadió:

—Es la mitad de la mañana, ¿cómo es que no estás en tu oficina?

La muerte parecía estar agazapada en ese rincón del salón: en el sofá, entre sus raídos cojines de brocato, en la pequeña figura frágil, parecida a un pájaro, que se apoyaba en los cojines, con su rostro como una máscara, los ojos asustados y los labios delgados como un ojal pintado de rojo.

Judith se inclinó a besar a la tía Vera.

—Ahora estoy tomando mis vacaciones —la informó.

Trataba de hablar con ligereza, implicando que las vacaciones eran algo que se obtenía fácilmente y que éstas no eran un privilegio extraordinario. Pero en seguida estropeó todo el efecto al agregar:

—Me hiciste llamar, ¿recuerdas?

—Lo sé. Hay cosas que deseaba decirte. Giselle ya las sabía o al menos yo se las dije muy a menudo. Pero ella ha muerto.

Sí, Giselle, la nieta de Madame Vera, había muerto. Debían haber pasado unos cinco años desde su muerte.

Aunque el recuerdo de Alain Brett en sí mismo no tenía ya el poder de perturbar a Judith, el haberlo divisado hacía un momento, y ahora la mención de Giselle provocaron en Judith la punzada del antiguo remordimiento. Y sin embargo hasta le era difícil recordar

DEPOSITO LEGAL

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

exactamente como era su prima cuando ambas eran un par de ingenuas jóvenes de dieciocho años.

Pero en seguida iba a recordarlo.

—Matty lo revuelve todo cuando sacude —se quejó su tía abuela—. Por favor, endereza ese marco sobre la chimenea. Me molesta verlo así.

El marco era de plata. Incluía un retrato de la tía Vera, un estudio fotográfico muy artificialmente logrado, firmado por un fotógrafo de Copenhague largo tiempo olvidado. Mostraba una joven bailarina de ballet con los brazos alzados, en puntas de pie, frente a un espejo de elaborado marco.

Judith tomó un momento el retrato en sus manos y luego lo colocó en su posición correcta. Al hacerlo su mirada cayó sobre una vieja instantánea, en un marco mucho más modesto. Se veía ahí a dos niñas: la misma Judith con su pelo oscuro y Giselle a su lado, riendo, muy rubia.

Sí, así había sido Giselle. Regordeta, algo tonta, con sólo la belleza de la juventud, que pronto se marchitaría. Sólo que la de ella no tuvo la oportunidad de marchitarse. Judith apartó la mirada. Haber visto esa mañana a Alain y recordar a Giselle inmediatamente después dolía.

—Esa soy yo, en "La Danza del Espejo" en el ballet "La Ventana" —estaba diciendo la tía Vera con gran complacencia.

Judith comprendió que la había hecho intencionalmente ocuparse del retrato.

—¿Te he contado lo de la función de gala, cuando bailé frente a la Emperatriz de Rusia y la Reina Alejandra?

Sí, muchas veces. Judith nunca estuvo muy segura de si la historia era o no verdadera. Efectivamente Vera Halvorsen había sido alumna de la famosa Escuela de Ballet de Copenhague. También era efectivo que formó parte de la compañía hasta que se casó con un joven inglés y vino a vivir el resto de su vida en Inglaterra, exhibiendo la actitud de la famosa bailarina que ha renunciado a su arte por el amor.

Eso era. Había habido demasiada pose, demasiado teatro. Las niñas, sobre todo en edad escolar, perciben muy pronto cuando se tuerce un poco la verdad. Hasta Giselle había dicho una vez:

—¿Crees que en realidad abuelita fue "prima ballerina" o algo que se le parezca? De todos modos, ella siempre está actuando...

—¿No te olvidarás de esto, Judith? —decía la tía Vera ahora—. ¿Lo de "La Danza del Espejo" ante una emperatriz y una reina?

La vieja voz cascada se había endurecido súbitamente, era casi ansiosa. **¿Por qué?**

—A ellos les gusta este tipo de historias —continuó la voz, como respondiendo la pregunta que Judith no hizo—. Dales algunas buenas fotos... Esa está demasiado estropeada ya.

Ah, sí, por supuesto. Los periodistas. Desde hacía años la tía Vera había vivido con la esperanza de que alguno viniera a entrevistarla. Había hablado incluso de escribir sus memorias. Judith se sintió emocionada. La anciana, mientras que apartaba a la muerte con una mano, parecía estarla llamando con la otra. Porque la muerte significa publicidad.

—Esa fue mi mejor actuación... "La Ventana" —prosiguió la voz desde el sofá—. Margarethe Ralov fue mi "Reflejo" ¿No has visto ese ballet? La "prima ballerina" baila un **solo** frente a un gran espejo..., que es solamente un marco vacío, por supuesto. Otra bailarina repite exactamente sus movimientos, pero a la inversa, al otro lado del marco.

—¿Margarethe Ralov? Creo que he oído hablar de ella. ¿No fue después la "prima ballerina"?

—La Ralov, sí, sí. La celebraron mucho, ¡pero su técnica fue siempre deficiente! En esa época era joven, inmadura. La emperatriz le dio su mano a besar, lo que era más de lo que la Ralov se merecía. ¡Debieron llamarme sólo a mí!

JUDITH recorrió con la vista la habitación, buscando algo que no veía desde hacía años. Algo que a ella y a Giselle se les permitía tener reverentemente entre sus manos cuando eran niñas.

—¿Fue entonces cuando la emperatriz te regaló la cajita pintada?

Judith y Giselle la habían llamado siempre así porque tenía bisagras y se abría. Pero tenía la forma de un huevo, estaba esmaltada y tenía amatistas incrustadas. Pero ellas pensaron que llamar a esa caja un huevo era destruir su encanto.

—Sí, fue entonces, porque era la Pascua de Resurrección. Pero... debes decir también a los hombres de la prensa cómo fue que corté

la danza del espejo

mi carrera al enamorarme de un joven inglés. Cuánta gloria perdida, cuánto...

—¿Dónde está ahora la cajita? —la interrumpió Judith.

—No me interrumpas, eso es tener muy malos modales. Margarethe Ralov tenía muy poca elevación. Si alguien nos hubiera visto bailar lado a lado en vez de frente a frente como en "La Danza del Espejo", lo habría notado inmediatamente. ¡Nunca pude comprender todo el entusiasmo de Copenhague por ella después que yo me retiré!

No cabía duda, ella no quería responder a la pregunta. Tal vez había tenido que vender la caja pintada. Y sin embargo se habría creído que ése sería el último recuerdo del que hubiera aceptado separarse.

Tía Vera había estado muy a mal traer estos últimos años. El dinero de Giselle tal vez pudo ayudar un poco, sin embargo.

Giselle, al quedar huérfana, fue criada en esa casa. El dinero que dejaron sus padres había pagado su mantención y educación. Después de su muerte el capital, que habría debido pertenecer a Giselle al cumplir los veintiún años, pasó a ser de la tía Vera. Pero, naturalmente, el costo de la vida había subido tanto. Y lo más probable era que, después de todo, no quedara gran cosa.

—Recuerda que existe mi álbum de recortes de los periódicos daneses, describiendo mis éxitos y mis más famosas representaciones —continuó murmurando la voz—. Lo encontrarás en el segundo cajón del escritorio. Inge los empastó cuando estuvo conmigo.

¡Como si existiera la posibilidad de que algún periódico inglés se interesara en el reportaje de actuaciones de una danzarina olvidada hacía cincuenta o sesenta años! En cuanto a Inge, la muchacha danesa que había vivido seis meses en la casa invitada por tía Vera en calidad de **au pair***, Judith casi la había olvidado totalmente.

—Había olvidado a Inge —dijo Judith en voz alta.

Aunque ahora, al oír su nombre, creyó ver nuevamente a la muchacha alegre, enérgica, que solía manejar a la más sumisa Giselle llevándola de la nariz.

—¿Qué fue de ella? —preguntó.

—Dio una especie de examen, creo, y después trabajó en una farmacia. Después que se marchó de aquí, por supuesto. Pero no hablemos más de Inge. Tuvo una mala influencia sobre Giselle y no deseo oír mencionar su nombre otra vez.

Nuevamente la voz de tía Vera tuvo esa extraña nota atemorizada. Judith pensó que seguramente debía ser sólo el temblor de la ancianidad.

—Ya he hablado suficiente, Judith. Te agradezco que hayas venido. Ahora ve a pedir a Matty que te sirva una taza de té.

JUDITH se inclinó a besar a su tía con cierto remordimiento. ¿Quizá no había hecho todo lo que debía, a pesar de sus visitas frecuentes, para compensar la ausencia de Giselle? ¿No habría sido lo indicado que ella renunciara a su propio departamento y a la independencia por la que velaba celosamente, para ir a vivir junto a su tía Vera durante sus últimos años? ¿Qué más pudo haber hecho?

Salió del salón, dirigiéndose a la cocina. La radio de Matty estaba sobre la mesa de la cocina haciendo oír instrucciones sobre jardinería con una voz chillona. Al lado de la radio había una gran tetera con el té ya preparado. La sirvienta sacó otra taza y junto con un plato de galletas, la empujó hacia Judith.

—¿Para qué quería ella verla? —preguntó Matty.

"Para asegurarse una publicidad; para verse por última vez frente a un público", pudo haber respondido Judith. Pero lealmente, y combinada esta lealtad al mismo tiempo con el disgusto que desde tantos años le inspiraba Matty, respondió:

—Oh, bueno, yo soy la única pariente que le queda.

—¿No dijo nada respecto a recordarme a mí?

Los ojos calculadores de la mujer la miraron con sagacidad.

—¡Después de todos estos años sin ni siquiera un aumento! Pero seguramente me recordará en su testamento, ¿no es cierto?, aunque haya sido tan avara...

—No debería hablar de ese modo, Matty. Las ancianas a menudo se atemorizan y no quieren gastar, temiendo que el dinero no les dure hasta el final.

—Fue después de la muerte de Giselle que ella se volvió tan mezquina. Cualquiera hubiera creído que iba a quedar mucho mejor de dinero. Después de todo, Giselle tenía lo propio, ¿no? ¿Y a qué otras manos iba a parar ese dinero sino a las de Madame?

—No creo que Giselle tuviera mucho. Sólo lo suficiente para su educación y para mantenerse hasta que pudiera trabajar y ganar. No olvide, Matty, que sus padres murieron muy jóvenes.

Matty dejó oír un resoplido.

—Si Giselle hubiera conseguido casarse con ese piloto danés que la tenía vuelta loca, a Madame no le habría tocado un centavo. ¡Nikki aquí, Nikki allá! La pobre chica se lo pasaba siempre hablando de él.

NIKKI. Judith había olvidado el nombre, pero no Matty. Giselle lo había descrito con embeleso, destilando sus confidencias al oído de su prima. Nikki era esbelto, tenía hombros cuadrados y estaba siempre riendo.

Y Judith había alentado a Giselle; hasta le había prestado el dinero para aquel fatal último viaje. Todo por una o dos palabras, un vistazo del rostro de Alain, con expresión divertida ante la jovialidad de Giselle, tan diferente de su propia juventud llena de intensidad y pasión.

—¿Por qué no invitas a tu primita a venir con nosotros? —le había dicho Alain.

El no sabía nada sobre Nikki, desde luego. Pero si su interés pasajero por Giselle hubiera tenido tiempo para profundizarse, ¡habría podido tan fácilmente robársela a Nikki! Frenética por el descubrimiento, Judith había perdido la cabeza. ¡A causa de su enamoramiento por Alain, que después resultara ser sólo un entusiasmo transitorio, ella había mandado a Giselle a la muerte!

Eso era lo que siempre estaba

***AU PAIR.— Sistema europeo según el cual se recibe como alojadas a niñas extranjeras que desean aprender el idioma, a cambio de pequeños servicios domésticos.**

tratando de olvidar, lo que la había mantenido alejada de los otros hombres. Si había sido capaz de hacer tal cosa por conservar a Alain, a un hombre que pudo convertirse en nada para ella una vez que el ofuscamiento se le pasó..., ¿cómo podía creer que durara su amor por algún otro?

Y ahora, después de cinco años tratando de apartar a Giselle de sus pensamientos, he aquí que el estado de salud de la tía Vera lo había hecho revivir todo otra vez.

Matty estaba sirviendo más té en su taza.

—Inge la alentaba —dijo—. Estoy totalmente segura de que Giselle le escribía al piloto ese y dirigía sus cartas a Inge para que se las hiciera llegar a él. En esa época Inge había regresado a Copenhague. Mantuvieron una correspondencia tupida después que se marchó, y debo decir que Giselle nunca fue una gran escritora de cartas, que yo sepa.

Inge Schall. Sí, ése era el nombre de la muchacha **au pair**, importada por la tía Vera desde su país natal. Volvía otra figura del pasado que Judith había conseguido olvidar durante tantos años.

—Usted se llevaba mejor con Inge que la misma tía Vera, según me parece recordar —dijo Judith.

Matty asintió.

—Me gustaba esa chica, aunque era de esas que parecían llevarle a una la corriente hasta conseguir lo que querían y después... Pero me trataba correctamente, no como a una sirvienta. Me pidió que le escribiera cuando se marchó.

Probablemente deseando saber si la correspondencia clandestina de Giselle había sido descubierta, pensó Judith. Ahora recordaba más claramente la personalidad de la joven Inge Schall. Sí, aparentemente alegre y de buen carácter, nunca estaba dispuesta a hacer nada sin su recompensa.

La tía Vera, de naturaleza fundamentalmente egoísta, muy pronto se dio cuenta de eso. No le había interesado ampliar la visita de Inge más allá de los meses de vacaciones originalmente estipulados.

—Me gustaría saber quién va a recibir sus bienes ahora que Giselle no vive para heredarla... —murmuró Matty.

La voz de Matty llegó a oídos de Judith, arrancándola de sus propios pensamientos.

—Eso es algo sobre lo cual difícilmente nos corresponde a nosotras especular, ¿no cree? —dijo Judith, levantándose apresuradamente de la mesa—. Gracias por el té, Matty —agregó—. Si ella empeora durante la noche y necesita ayuda, puede telefonearme.

La voz que daba en la radio los mejores consejos para cuidar los jardines se interrumpió. En su lugar se escuchó música ligera. El estruendo de la música llenaba la casa cuando Matty abrió la puerta de la cocina para que saliera Judith. La acompañó hasta la reja dejando la puerta entreabierta por si Madame la llamaba.

Judith caminó con rapidez por la calle hasta el paradero de los buses y todas las cosas que se esforzara tanto en olvidar durante los últimos cinco años, parecieron acompañarla a cada paso que daba.

Cuando pasó frente a la casa de Alain lo divisó a punto de subirse a su automóvil. Su linda esposa estaba ya sentada en su sitio al lado del conductor y le hizo a Judith un amistoso saludo desde lejos, con la mano. Mientras lo devolvía, Judith estaba pensando: "Hubo un día en que pude desear asesinarla. Ahora ninguno de esos dos me importa un comino".

Incluso pudo notar, con indiferencia, lo mucho que había engordado Alain. Pero cuando el auto se alejó, la figura de su prima muerta volvió a su lado, rehusando ser olvidada.

EN la casa en sombras la ex danzarina se hundía en sus cojines, inmóvil. Desde la cocina, cuya puerta estaba entreabierta, llegaba a ella el débil rumor de la música. De pronto volvió la cabeza, escuchando.

La sala en penumbras hacía sólo un momento había sido un vacío gris. Ahora pareció ampliarse convirtiéndose en un vasto auditorio. Los colores sombríos y opacos se tornaron en oro y escarlata. Dos figuras estaban sentadas en el palco real, dos princesas de Dinamarca, una de las cuales llegó a ser emperatriz y la otra reina.

Lentamente Madame Vera se desprendió de sus cojines, enderezándose, y las saludó con una reverencia. Avanzó hacia el espejo. Sí, allí estaba Margarethe Ralov, lista, esperando copiar sus movimientos al otro lado del marco. Pero ¡qué agachada, qué huesuda! ¡Seguramente que Margarethe jamás podría hechizar a nadie ahora!

Extendiendo sus brazos en el gesto acostumbrado del triunfo, Vera Halvorsen hizo una señal al "Reflejo", para indicar que iba a comenzar a bailar. En seguida trató de alzarse en la punta de los pies. Súbitamente lanzó un grito aterrorizado en alta voz y cayó al suelo...

AMENOS, desde luego, que la señora Marlowe haya hecho un testamento posterior, la casa y lo que ella contiene le pertenecen. Puede que también quede una pequeña suma, después que se hayan liquidado las deudas.

Eso era algunos días más tarde. El socio principal de la firma de abogados miró apreciativamente a Judith Marlowe desde el otro lado del escritorio. Sabía que ella tenía una posición responsable, como secretaria privada de un importante hombre de negocios en Londres. El trabajo debía representarle un atractivo salario. De todas maneras, la mayoría de las personas se alegrarían al recibir una herencia. Podría haber jurado que a pesar de su actitud indiferente, ella debió sacudirse interiormente ante las noticias.

Al poco rato Judith volvió a hablar con una voz de tono bajo, vacilante.

—Si mi prima Giselle viviera...

—Ella habría heredado, naturalmente. El testamento depositado en nuestras oficinas es uno antiguo. La menciona a usted en los derechos de sucesión.

A pesar de la solemnidad de la ocasión el abogado se permitió dirigirle una semisonrisa.

—Por supuesto, fue confeccionado por mi padre, cuando ustedes dos, su prima y usted, deben haber sido poco más que un par de criaturas. A él le gustaba que sus clientes hicieran previsiones para todas las eventualidades.

—Eventualidades..., ¿como la muerte de Giselle?

La semisonrisa se desvaneció.

—Esa fue una tragedia imprevista... Hay bastantes deudas, me temo. Los ingresos personales de la señora Marlowe se consumieron al mismo tiempo que se encogía el valor de la libra esterlina. El dinero dejado a Giselle por sus padres para su mantención llegó a manos de la señora Marlowe también por legítima sucesión. Ella insistió en invertir el capital, el cual, lamentablemente, perdió.

—¿Perdió?

—En todo caso, no nos pidió consejo para su reinversión. Hemos tenido escaso tiempo para revisar sus

asuntos, pero no encontramos huellas de valores, aparte de aquellos que le dejó su marido.

JUDITH parecía no oír. Permanecía sentada ahí, con el aspecto de estar semiaturdida. El abogado la miró con curiosidad. ¡Nadie en posesión normal de sus facultades tenía por qué mostrarse tan confundido ante su propia buena suerte!

—Naturalmente —continuó el abogado— ella pudo haber liquidado todo el capital con el fin de donarlo para obras de caridad, ya que, en primer lugar, parecía tan reacia a recibirlo.

Judith levantó la mirada rápidamente. Y había de nuevo vida en su voz cuando preguntó:

—¿Quiere decir que la tía Vera no quería aceptarlo? ¡Qué... qué extraño!

—Eso fue lo que pensamos en su oportunidad.

—Me parece que... —Judith trató de sonreír al hablar, para que su observación pareciera indiferente y no pecara de poco amable—. Mi tía abuela no era de esas personas propensas a dejar escapar las cosas. Siempre le oí decir que la caridad debía empezar en casa.

—Entonces probablemente invirtió el dinero en algún negocio arriesgado y lo perdió. Quedó muy poco, temo. Aunque la casa y los muebles algo producirán, desde luego. ¿A menos que esté pensando en vivir usted allá?

Judith negó con un gesto.

—Tengo mi propio departamento aquí en Paxton. Con calefacción central y comodidades modernas. Además está muy cerca de la estación y puedo estar en mi oficina de Londres en una hora.

—Entonces le conviene quedarse donde está. Debe haberle dado a la difunta señora Marlowe una gran satisfaccion tenerla tan cerca.

¿Se la había dado realmente?, se encontró Judith cavilando. Huérfana, igual que su prima Giselle, había arrendado el departamento con dos compañeras de estudio cuando todas dejaron el colegio y encontraron trabajos independientes. En medio de esa independencia ella había compadecido a Giselle por tener que seguir viviendo con su abuela hasta que cumpliera los veintiuno.

Las otras dos muchachas se casaron, dejando el departamento. Pero para entonces Judith se había cambiado a un trabajo mejor pagado y de más responsabilidad. Pudo permitirse, pues, mantener el departamento ella sola. Pero seguía visitando la casa de tía Vera una vez por semana, aun después que Giselle no estaba más ahí. La compasión y la conciéncia la impulsaron a hacerlo, y más recientemente la especie de afecto que se siente por una anciana que, perdida su independencia, ha empezado a requerir apoyo.

—Mi tía Vera fue una persona algo egocéntrica —se encontró diciendo Judith—. Si algunas veces parecía complacida de verme, sospeché que era solamente para tener una audiencia.

—Pero, de todos modos, debe haber significado para ella algo diferente —expresó el abogado.

—¡Me gustaría creer que fue así!

—Solicitaremos la legalización del testamento lo más pronto posible —dijo el abogado—. ¿Se podrá contar con usted para que muestre la casa a un tasador?

—Puedo estar disponible en cualquier momento. Lamentablemente... tal vez no debiera decirlo así... pero hice todos los arreglos necesarios para tomar mis tres semanas de vacaciones de verano a partir de ahora. Pensaba que... tal vez la tía Vera iba a necesitar mi ayuda. No esperaba que falleciera tan pronto.

El abogado volvió a mirarla. La textura de su piel era de una palidez cremosa natural. Pero de todos modos, ahora parecía una palidez enfermiza, como si en vez de un legado acabara de recibir un rudo golpe.

—El tiempo caluroso apenas ha comenzado —le dijo amablemente—. Pero debería tomar unas verdaderas vacaciones en estas tres semanas. ¿No podría disponer que se quedara la sirvienta?

—Tendré que hacerlo. Muy difícilmente podría despedir a Matty después de tantos años.

—Haré que vaya un tasador dentro de un par de días. Entonces podrá desocupar la casa después, cuando haya disfrutado de un cambio de aire.

Judith se levantó para irse. Ahora lo miró asustada, como si sus verdaderos pensamientos hubiesen estado tan lejos que solamente unas pocas de las palabras del abogado la hubieran alcanzado.

—¿Desocupar la casa, dice usted? Sí, supongo que alguien tiene que ocuparse de eso.

El abogado se adelantó a abrirle la puerta.

—Puede ser que encuentre documentos, cuentas u otras cosas, que deba enviarnos a nosotros para ocuparnos de ello. Sería una ayuda si tuviera la bondad de ocuparse primero de éstos.

—¿Documentos?

Algún pensamiento, cierta súbita comprensión, desvaneció de sus ojos la mirada vaga y entonces habló rápidamente y con decisión.

—¿Cuántos años dijo que tenía ese testamento de mi tía? ¿Lo hizo hace muchos años?

—Lo hizo aquí, en estas oficinas aparentemente. El documento está fechado en noviembre de 1955.

—Hace casi quince años.

El abogado notó que Judith era muy delgada. El marco oscuro de la puerta junto a la cual estaba parada parecía un telón de fondo en el cual se destacaba el óvalo de su cara, ¿demasiado pálida, tal vez?

Y entonces Judith le habló con cierto tono de urgencia que le sonó extraño:

—Se sabe de personas ancianas que hacen docenas de testamentos. ¿Cree posible que ella pueda haber hecho otro posteriormente?

—Desde luego que es posible.

Pero el abogado estaba sorprendido ante la sugerencia, viniendo de Judith. No eran muchos los herederos que se mostraban esperanzados ante tal posibilidad. Le hizo recordar la casi repugnancia con que la misma señora Marlowe había recibido la noticia de su herencia, en su oportunidad, cuando muriera Giselle. Había algo curioso en todo eso...

Abrió la puerta para que saliera Judith.

—A eso me refiero cuando le pido que revise los papeles que encuentre en la casa. Por cierto que espero no descubra nada que pudiera complicar... el legado. Pero ¡nunca se sabe!

—De todos modos, buscaré bien.

EL abogado seguía aún reflexionando sobre el tono de Judith al decir esas palabras, mucho después que ella dejó su oficina y caminaba por la calle. Una vez más el espectro de Giselle caminaba a su lado.

Más que eso, en medio del rumor del tráfico en la calle principal de Paxton, le parecía oír claramente la voz de Giselle, una voz petulante de colegiala frustrada, resistiéndose al control: **"¿Por qué no debo ir al extranjero? ¡No soy una niña y quiero encontrar a Nikki!"**

Ahora recordaba vivamente la escena, cada palabra dicha. Había tenido lugar en presencia de ella durante una de sus visitas a la ca-



sa de tía Vera, en las últimas horas de la tarde. Y fue la voz de la tía Vera la que replicó, pero más débilmente, como si las palabras llegaran a la memoria desde una distancia medida por los años.

—¡No seas tonta! ¡Ese hombre no hablaba en serio, en todo caso! Si así hubiera sido ¿por qué no pudo volver de Dinamarca para decirlo? Unos pocos encuentros casuales en Londres son escasamente suficientes para saber si te ama o no.

—¡El me ama! Sí, yo lo sé, él me ama. Pero no puede volver a Inglaterra, ya no está más contratado para hacer este vuelo...

Ahora Judith tenía que cruzar la calle para esquivar el tráfico. Las voces se alejaron, perdiéndose. Giselle había sido, como dijo su abuela, una pequeña tonta. Aunque ella y Judith tenían la misma edad, Judith había sido siempre la más juiciosa.

Cuando las cartas de Nikki se hicieron menos y menos frecuentes, fue evidente que sólo había estado divirtiéndose con Giselle. Judith pudo haber impedido que su enamorada prima siguiera planeando seguirlo a Copenhague para averiguar lo que ocurría.

—Está enfermo, Judith. ¡Estoy segura de que debe estar enfermo! —había dicho Giselle.

Y entonces Judith le prestó a Giselle el dinero para el pasaje y la alentó a huir de la casa de su abuela para correr tras de Nikki. ¿Por qué? Porque quería mantener a Giselle, con su belleza rubia, fuera del camino de Alain Brett. Judith había hecho posible que ella partiera en ese tren, el tren que quedó destrozado en una colisión donde murieron veinte pasajeros.

Incluyendo a Giselle.

Aun después de cinco años, el recuerdo de lo que había hecho solía volver a Judith, cuando yacía despierta en una noche tormentosa o en las poco frecuentes ocasiones en que se sentía sola y no tenía cortejantes.

Especialmente, porque casi inmediatamente después de morir Giselle, Judith había recuperado el buen sentido. Casi de la noche a la mañana Alain Brett no significó más nada para ella. Tampoco tuvo eso nada que ver con la conciencia. Fue sólo como si el sentimiento que creía experimentar hacia Alain se hubiera desvanecido súbitamente sin dejar huellas.

Descubrir esto la había aplastado: comprender que el interés pasajero que Alain había comenzado a revelar por Giselle era sólo un síntoma de lo que les estaba sucediendo a ambos. Un poco más de tiempo, y Judith habría reaccionado con indiferencia ante el interés de Alain por cualquiera otra. Ni se habría molestado en alentar a Giselle a la huida.

Desde entonces Judith había tenido especial cuidado en no permitirse ningún flirteo que progresara más allá de cierto punto. Porque ahora sabía que nada duraba eternamente, ni siquiera lo que en aquella época llamaba amor.

JUDITH se encontró ante la verja del jardín de tía Vera. Al abrirla recordó que ése era el día libre de Matty. Había prometido llegar más temprano para que Matty pudiera salir, pero la conversación en la oficina del abogado se había prolongado más de lo que esperaba.

Matty estaba en la ventana, observando, esperando su llegada, con una expresión de enojo. Tenía puestos el abrigo y el sombrero. Se apresuró en abrir la puerta y hacer entrar a Judith.

—¿En qué se demoró tanto? —preguntó Matty—. Son casi las once. He perdido el bus que siempre tomo.

—Lo siento. El abogado tenía muchas cosas que decirme.

—Ah, otra cosa, señorita Judith. Esta mañana recibí una carta de mi hermana. Quiere que vaya a vivir con ella. Apenas sea conveniente para usted, espero poder marcharme.

Judith asintió y vio que sobre la mesa de la cocina había un manojo de llaves.

—Está bien —dijo—. Muy pronto se le pagará su legado. ¿Son éstas las llaves de la casa?

—Sí, todas están allí, con sus respectivas etiquetas. Usted dijo que iba a limpiar los cajones. ¿Ha pensado en el almuerzo? ¿Quiere comer algo aquí? Queda un poco de carne fría.

—Tal vez salga a comer algo afuera —dijo Judith.

Sus ojos estaban sobre las llaves, llaves grandes que evidentemente pertenecían a las puertas o alacenas.

—¿Dónde están las llaves del escritorio de tía Vera? ¿Lo sabe usted, Matty?

—En su cartera, donde ella siempre las guardaba.

Matty señaló con un gesto la gastada cartera de cuero de cocodrilo que estaba sobre la mesa, al lado del manojo de llaves.

—La de su joyero también está ahí —dijo Matty—. Yo regresaré como a las diez.

—Gracias. Esperaré a que usted llegue.

AÑO XXXIX - N.º 1943
7 de septiembre de 1971

Confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO Cap. I
Serial de Elizabeth Kyle 2-8

CUENTOS:

JUANITA DE VALPARAISO José Luis Lanuza (argentino)
(El cuento de la semana)..... 9-11

FOTONOVELA 12-21

LUNA DE MIEL DE PESADILLA
Me enamoré de un hombre perfecto; me casé con un desconocido.... 22-27

CONDENADO A MUERTE
Ya no sabía qué estaba bien y qué estaba mal 28-34

ENTRE NOSOTRAS 31

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

MATTY le volvía la espalda para marcharse cuando recordó algo.

—Vino un individuo a hacer preguntas hace una media hora. Un reportero, me imagino. A **Madame** le habría gustado saberlo.

Judith escuchó la información con asombro. Nunca habría esperado que la modesta noticia de la muerte de la tía Vera pudiera significar nada para el público británico del momento actual. Además había pasado cerca de una semana desde el funeral. Y seguramente los obituarios se publicaban en el acto o nunca.

Pero también era cierto que los periódicos tenían tanto de qué hablar en los últimos días. Una nueva amenaza de guerra en el Oriente; una crisis política; especulaciones acerca del destino de un vasto imperio periodístico cuyo propietario, mucho más nombrado e importante que una anciana tan largo tiempo olvidada, había muerto también sólo pocos días antes.

De ese modo podía ser comprensible que los deseos de tía Vera hubieran quedado sin complacer, hasta ahora, por falta de espacio.

—¿De qué periódico venía él? —preguntó a Matty.

—Ni pensé en preguntárselo. No hizo más que preguntar y preguntar, como todos ellos. Le dije que era mi día libre y que no tenía tiempo para contestarle. Ni el derecho tampoco, ya que no soy de la familia.

—Me extraña que...

—Puede preguntárselo usted misma. Aseguró que regresaría cuando yo le dije que usted iba a venir.

Después de marcharse Matty, Judith recogió la cartera que contenía un llavero con llaves pequeñas y entró a la habitación donde estaba el escritorio de tía Vera, la pieza que ella había llamado su **salón**. Ahora parecía muy desierto. Matty pudo haber sacudido y acomodado los cojines apilados en el rincón del diván donde siempre estaba echada la tía Vera. Pudo ser solamente la imaginación, pero al mirarlo daba la impresión de que recostada en ellos estaba la figura ahora para siempre invisible...

Judith dio la espalda al diván y comenzó a abrir cada cajón del pequeño escritorio francés.

El abogado tenía razón. Había gran número de cuentas sin pagar, además de una libreta de direcciones y el álbum de recortes de periódico que la anciana había atesorado. Nada de fotografías marchitas y desteñidas, ni viejas cartas ni recuerdos de aquel ensombrecido pasado danés.

Nada de testamentos.

La piececita en torno a Judith pareció cerrarse como una trampa apenas cerró el último cajón. Se quedó sentada frente al escritorio un momento, jugando mecánicamente con el manojo de llaves.

(CONTINUARA)

PROXIMA SEMANA: La misteriosa maleta nueva.

EL CUENTO de la semana.



JUANITA de VALPARAISO

JOSE LUIS LANUZA, argentino

En tierra no era muy tranquila la vida del segundo contramaestre de "El Lucero".

A menudo un golpe, una muchacha o una botella lo dejaba dormido. Al despertarse confundía los puertos de la manera más lamentable.

Se veía de pronto en un cuartucho equívoco asomado a una ventana sobre una callejuela sucia. Se preguntaba:

—¿Dónde estoy?

O al salir de una taberna, mientras veía reflejarse unas luces turbias en el empedrado húmedo, lo asaltaba una duda:

—¿Qué ciudad es ésta?

EL CUENTO de la semana.

JUANITA de VALPARAISO

Casi nunca podía darse una respuesta rápida y se consolaba canturreando una vieja canción de marineros borrachos:

"¿No da lo mismo acaso
un puerto que otro puerto,
y un puerto que un naufragio?"

Gontrán Figueroa, segundo contramaestre de "El Lucero", había recorrido todo el Mediterráneo y todo el Atlántico. Tenía vagos recuerdos de muchos lugares y de muchas cosas.

Por ejemplo, recordaba que una vez en un bar una muchacha que bebía con él se había empeñado en cantar una canción y pedía una guitarra para acompañarse. El iba en busca de una guitarra. Se la pedía al guitarrista que había en el bar. Pero el guitarrista debía estar enojado y rompía su instrumento contra el piano. Lo pisoteaba, saltaba sobre las astillas...

Eso podía haber sucedido en Cádiz o en La Habana, pero también podía haber sucedido nada más que en un sueño.

Era solamente un vago recuerdo.

Otro vago recuerdo le traía la palabra "buraco".

Una mujer blanca, muy rubia, recostada junto a él, le contaba su vida. Se habían conocido en Buenos Aires, pero ella hablaba de su infancia transcurrida..., ¿dónde?..., en otra parte. Cuando ella era pequeña, su madre y su hermana habían sido asesinadas por un negro. Después el negro se escondió en un buraco. O no fue así, sino que el negro escondió los cadáveres en un buraco y se fue. O fueron las mujeres las que mataron al negro y lo escondieron en un buraco.

Lo único seguro era la palabra buraco. Cada vez que la oía, Figueroa se acordaba de aquella mujer muy blanca, muy rubia, que en Buenos Aires le hablaba de su infancia.

¿Y Valparaíso? Figueroa no había estado nunca en Valparaíso, pero ese nombre estaba asociado al de Juanita.

Era un recuerdo persistente Juanita de Valparaíso.

En ocasiones, "El Lucero", que era un barco de carga, llevaba pasajeros a bordo.

Una vez, cuando dirigía "El Lucero" el capitán Villafañe, subieron en Cádiz dos mujeres jóvenes acompañadas por un matrimonio de ancianos.

El capitán Villafañe se pasaba la vida en una dulce embriaguez y solamente el mal tiempo lo sacaba de su camarote. La disciplina no era muy rigurosa bajo su mando.

Gontrán Figueroa, segundo contramaestre, trabó estrecha amistad con una de las dos mujeres. Una muchacha morena de movimientos nerviosos y ojos excesivamente negros, quien después de pocas conversaciones, mantenidas en la toldilla de popa, le confesó:

—Toda mi vida, desde que me conozco, he estado enamorada de alguien. ¡Es tan lindo estar enamorada! Ahora esta dicha te la debo a ti.

Sus besos eran largos, como si los diera con pereza. Se llamaba Raquel.

Los viejos que la acompañaban no se levantaban del sillón de los mareados, donde parecían agonizar de una enfermedad de la que nadie se muere.

La otra muchacha, Juanita, cuidaba de ellos.

No se sabía cómo era Juanita. Ella estaba enterada de la aventura de Raquel. Juanita era la muchacha que pasa inadvertida pero que todo lo comprende.

Al atardecer se recostaba en la barandilla de cubierta y miraba, sin ningún apuro, al sol rojo que se zambullía en el mar.

Algunas noches Figueroa, que iba a encontrarse con Raquel en el sitio habitual, la toldilla de popa, la invitaba:

—Juanita, ¿quiere venir a conversar con nosotros?

Y Juanita contestaba sin disgusto y sin entusiasmo:

—Bueno.

Raquel llegó a reprocharle a Figueroa la frecuencia de esa invitación a Juanita.

—Parece que no estuvieras bien conmigo sola...

El trataba de explicarle:

—Sabes que te quiero como un loco, pero a veces quisiera conversar contigo, contarte cosas... Y tú no me escuchas.

—Te quiero. ¿No te parece bastante?

—Sí. Pero tú no me escuchas. Ella sí. A ella sola no le contaría nada. Yo hablo contigo, ¿me entiendes? Pero es ella la que me escucha.

Juanita era de pocas palabras, como debe ser la muchacha que todo lo comprende.

Figueroa la encontraba todas las tardes recostada en la baran-



dilla de cubierta a la hora en que el sol se zambullía en el agua.

Una vez ella dijo:

—Yo estoy aquí como en mi casa de Valparaíso. En mi pieza tengo una ventanita que da al mar. Me gusta ver hundirse el sol en el agua, por eso me paso las tardes asomada a la ventana.

Los pasajeros bajaron en Buenos Aires para tomar el Internacional.

"El Lucero" no había llegado nunca al océano Pacífico. Figueroa nunca había estado en Valparaíso.

Pero desde entonces Valparaíso fue una palabra con significado.

Era una ciudad con una ventanita que daba al mar y Juanita asomada mientras el sol se hundía en el agua.

Figueroa se había olvidado de que en Valparaíso vivían también Raquel, su novia de a bordo, y muchas otras personas. Valparaíso no era más que una ventanita que daba a un mar en el que se ponía el sol, y una muchacha con un nombre lindo de repetir: Juanita de Valparaíso.

Pensando en Valparaíso, Figueroa hacía otras consideraciones cosmográficas:

—Las muchachas de la costa del Pacífico en América pueden ver ponerse el sol desde sus ventanas, lo mismo que las muchachas de Vigo o de Dakar. En cambio, las de la costa del Atlántico no pueden darse ese gusto. Las pobres muchachas de Pernambuco o de Bahía Blanca se asoman a sus ventanas inútilmente. Lo único que pueden ver algunas tardes es la luna que sale del agua.

Valparaíso era ya una realidad en la mente de Figueroa. En su imaginación adornaba la ventana de Juanita con un tiesto de flores y la iluminaba con las puestas de sol más increíbles.

Una vez la casa armadora de "El Lucero" dio orden de pasar el estrecho de Magallanes y recorrer el litoral chileno haciendo frecuentes escalas.

Chiloé, Concepción, Talcahuano, Valparaíso, Coquimbo, Caldera...

Figueroa se familiarizó con la costa alta de rocas peladas. Probó alcoholes fuertes en todos los bares de los puertos. Sabía que estaba en el país de Juanita y brindaba repetidas veces en medio de los ¡vivas! de los rotos.

—¡Por Juanita de Valparaíso! Chiloé, Concepción, Talcahuano, Valparaíso, Coquimbo...

Una tarde, al salir de uno de esos bares donde había hecho repetidos brindis con chicha, Figueroa se encontró con el carpintero de a bordo, que le dijo:

—Apurémonos, contramaestre. Tenemos que estar en "El Lucero" antes de las 7 si no queremos quedarnos en este país.

—Me gusta la chicha —dijo Figueroa en tono de respuesta.

Caminaban muy echados para atrás por la calle en pendiente que conducía al puerto.

Abajo, al final de la calle, se veía, entre un montón de mástiles y chimeneas, el mar luminoso, en el que el sol empezaba a sumergirse.

De pronto Figueroa se paró frente a una casa y gritó:

—¡Juanita!

Apoyada de codos en la ventana había una muchacha con la mirada perdida en el mar.

—¡Juanita!

La muchacha abrió y cerró la mano saludando.

—¡Juanita! ¡No sabes lo que te he andado buscando!

El sol ya se despedía de la ventana.

—Te juro que me he olvidado completamente de Raquel.

"En cambio, siempre me acuerdo de ti, Juanita.

El carpintero lo tomó de un brazo:

—Vamos a bordo, contramaestre.

Figueroa insistió:

—Ya ves. Tengo que irme, Juanita. Pero volveré. Tú estarás en la ventana, ¿verdad?

La muchacha, sonriente, decía que sí con la cabeza.

—¡Adiós, Juanita!

—Adiós.

Figueroa subió a bordo a tiempo para transmitir la orden de alzar el ancla.

Después se quedó en cubierta, mirando la ciudad que empezaba a prender sus luces.

Pensaba:

—Tal vez vuelva a Valparaíso por esa muchacha.

Inmóvil, con los brazos cruzados sobre la barandilla, no se atrevía a separar la mirada de los puntos luminosos.

—Tendré que volver, Juanita de Valparaíso.

Cada vez se veían más lejanas las luces de Coquimbo, que acababan de abandonar. ♥♥

EL CORAJE DE PERDER

produce sexta experiencia

AGRADECEMOS SINCERAMENTE LA COLABORACIÓN, DE LOS POBLADORES, Y EN ESPECIAL DEL CLUB DEPORTIVO, DE LA POBLACIÓN VICTOR DOMINGO SILVA.



ERAN LAS DOS DE ESA TARDE DE SÁBADO, CUANDO JUAN JIMENEZ SE DIRIGÍA A CASA DE SU NOVIA, DESPUES DE SU TRABAJO EN EL GARAJE DE UN PRIMO SUYO...

TAN ENFRASCADO IBA EN LOS PLANES PARA SU FUTURO CASAMIENTO CON ANITA, QUE NO SE DIÓ CUENTA DE LA PROXIMIDAD DE UNA CAMIONETA QUE SE ACOMODABA A SU PASO...

¡EH, AMIGO JIMENEZ!

HOLA, DON PANCHO...

POCO ENTUSIASMO HABIA EN EL SALUDO DEL MUCHACHO. FRANCISCO ALVEZ NO ERA DE SU AGRADO.

QUIERO HABLAR CON USTED DE UN ASUNTO MUY IMPORTANTE...

LO SIENTO, PERO AHORA NO PUEDO.

SE TRATA DE UN ASUNTO RESPECTO A SU CLUB Y AL MIÓ, AMIGO JIMÉNEZ.

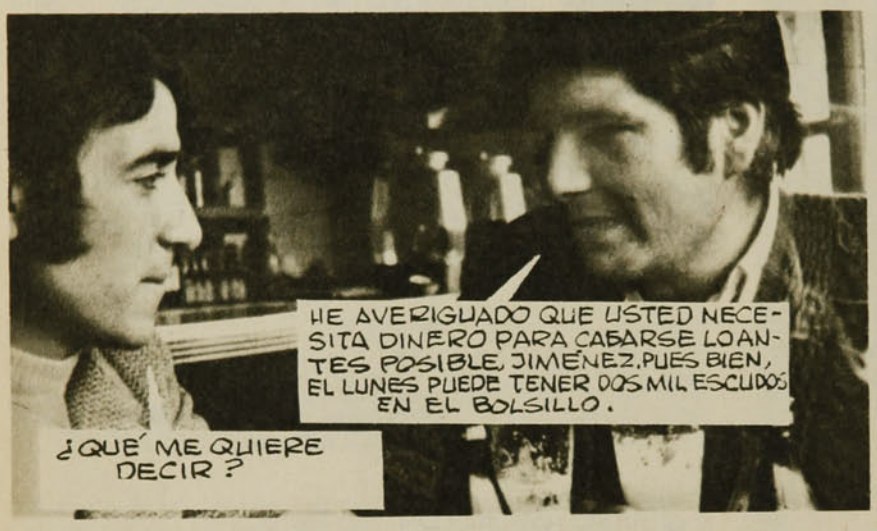
¿QUÉ ASUNTO?

BUENO, ASÍ NO PODEMOS HABLAR. SUBA Y VAMOS A UNA FUENTE DE SODA.

ALGO INTRIGADO, JIMÉNEZ ACEPTÓ...


CUANDO ESTUVIERON EN EL LUGAR, JUAN PENSABA QUE ERA LO QUE DON PANCHO, DIRIGENTE DEL CLUB DE FÚTBOL "LOS BOHEMIOS", SE TRAIA ENTRE MANOS...
QUIERO HABLARLE DEL PARTIDO DEL DOMINGO.


SU CLUB "INDEPENDENCIA UNIDO" DEBE MEDIRSE CON EL MÍO. AHORA BIEN, TENGO UNA INTERESANTE PROPOSICIÓN QUE HACERLE.


HE AVERIGUADO QUE USTED NECESITA DINERO PARA CASARSE LO ANTES POSIBLE, JIMÉNEZ. PUES BIEN, EL LUNES PUEDE TENER DOS MIL ESCUDOS EN EL BOLSILLO.
¿QUÉ ME QUIERE DECIR?


¡QUE "INDEPENDIENTE UNIDO" DEBE PERDER EL DOMINGO CONTRA MI CLUB!


¿USTED CREE QUE YO ME VENDO? LO CONOZCO, DON PANCHO, Y SÉ QUE USTED ESTÁ COMPRANDO A LOS CLUBES QUE JUEGAN CONTRA EL SUYO PARA QUE SE DEJEN PERDER Y ASÍ "LOS BOHEMIOS" PUEDAN LLEGAR A LA DIVISIÓN DE ASCENSO.


POR FAVOR, AMIGO JIMENEZ, NO LO TOME ASÍ. TODO LO QUE USTED DICE PUEDE SER CIERTO, PERO ¿LE VIENEN MAL ESOS DOS MIL ESCUDOS QUE LE OFREZCO?


JIMÉNEZ SINTIÓ DESEOS DE INSULTAR AL HOMBRE PERO NO LO HIZO. EN SU CEREBRO COMENZARON A REPICAR TRES PALABRAS...
¡DOS MIL ESCUDOS!


CON ESE DINERO PUEDE CASARSE EL MARTES SI QUIERE... VUELVA A SENTARSE, AMIGO JIMÉNEZ, Y HABLEMOS DE HOMBRE A HOMBRE.



JUAN FUÉ A BUSCAR A SU NOVIA A SU CASA, COMO ACOSTUMBRABA TODAS LAS TARDES, Y SALIERON A CAMINAR...







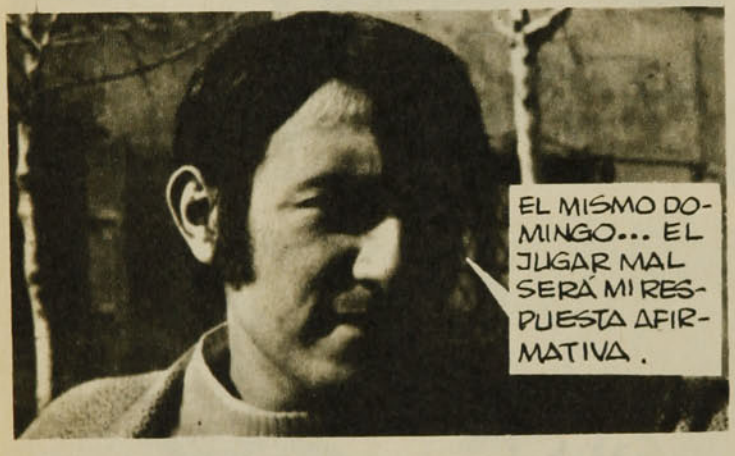







YO PIENSO COMO TU, ANITA. NECESITAMOS ESE DINERO Y... ALVEZ ME LO QUIERE DAR A CAMBIO DE NO JUGAR BIEN EL DOMINGO CONTRA SU CLUB...


PERO ES QUE NO ERES TU SOLO QUIEN JUEGA POR "INDEPENDENCIA UNIDO"...
ESO ES CIERTO, PERO ALVEZ SABE QUE EN MI PUESTO DE ALERO SOY PELIGROSO.


EL MISMO DOMINGO... EL JUGAR MAL SERÁ MI RESPUESTA AFIRMATIVA.


CLARO QUE SIN LA AYUDA DE MIS COMPAÑEROS DE EQUIPO NO PUEDO HACER NADA.
¿CUANDO TIENES QUE CONTESTAR?


SE MIRARON LARGAMENTE...


Y EL NO PUDO DEJAR DE BESARLA. EN ESE BESO IBA SU DECISIÓN...

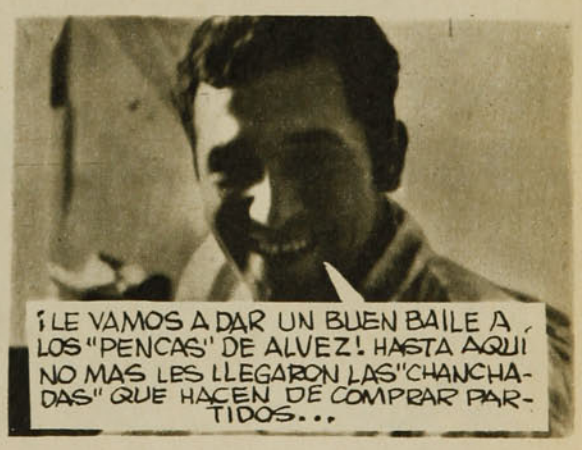
Y ESE DOMINGO POR LA MAÑANA, MOMENTOS ANTES DEL PARTIDO...















PERDONA, HORTA, CREO QUE TE HABLÉ UN POCO GOLPEADO.

¡NO IMPORTA, CABRITO! LO QUE ME PREOCUPA ES QUE ESTAS MUY NERVIOSO. NUNCA TE HABÍA VISTO ASÍ ANTES.

CUANDO LOS EQUIPOS SALIERON A LA CANCHA, JUAN IBA PENSATIVO Y CABIZBAJO, DETRAS DE TODOS SUS COMPAÑEROS, SINTIÉNDOSE CULPABLE DE UN DELITO DE DESLEALTAD QUE AÚN NO HABÍA COMETIDO. ANITA LO RECIBIÓ ALEGRE, PARA NO HACERLO AUN MAS INFELIZ...

¡MIRA, ANITA, AHÍ ESTÁ JUANITO!

¡EEEEH! ¡JUAN! ¡AQUÍ ESTAMOS! ¡MÉTELES CINCO GOLES!

Y COMENZÓ EL TRASCENDENTAL PARTIDO... TRASCENDENTAL PARA DOS JÓVENES ENAMORADOS Y PARA UN COMERCIANTE DEL DEPORTE COMO FRANCISCO ALVEZ...

A LOS TREINTA Y OCHO MINUTOS DEL PRIMER TIEMPO, DESPUES DE UNA DESASTROSA INTERVENCIÓN DE JIMÉNEZ Y SUS COMPAÑEROS, "LOS BOHEMIOS" ANOTARON EL PRIMER TANTO...

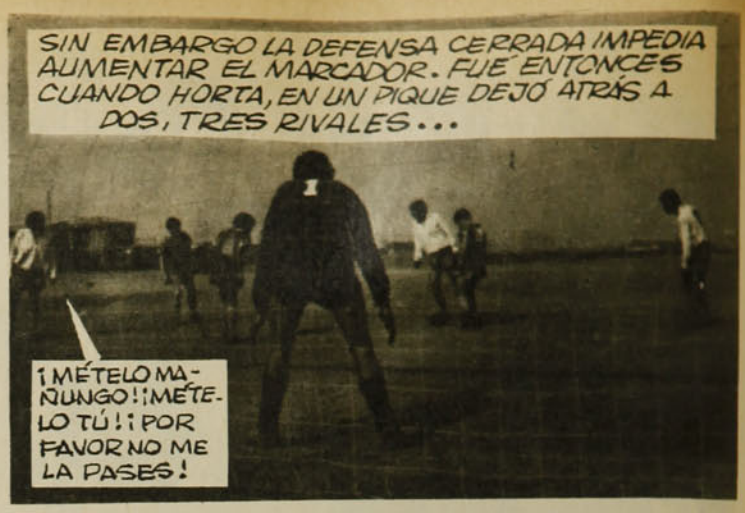

¡ESTÁ CUMPLIENDO JIMÉNEZ!


TERMINÓ EL PRIMER TIEMPO, Y LOS JUGADORES SE RETIRARON A LOS CAMARINES. JIMÉNEZ, CABIZBAJO, SE ALEJÓ DE SUS COMPAÑEROS...
¿QUÉ LE SUCEDERÁ A JUANCHO? NOS ESTÁ PERJUDICANDO.
PARECE QUE LO ESTUVIERA HACIENDO ADREDE.

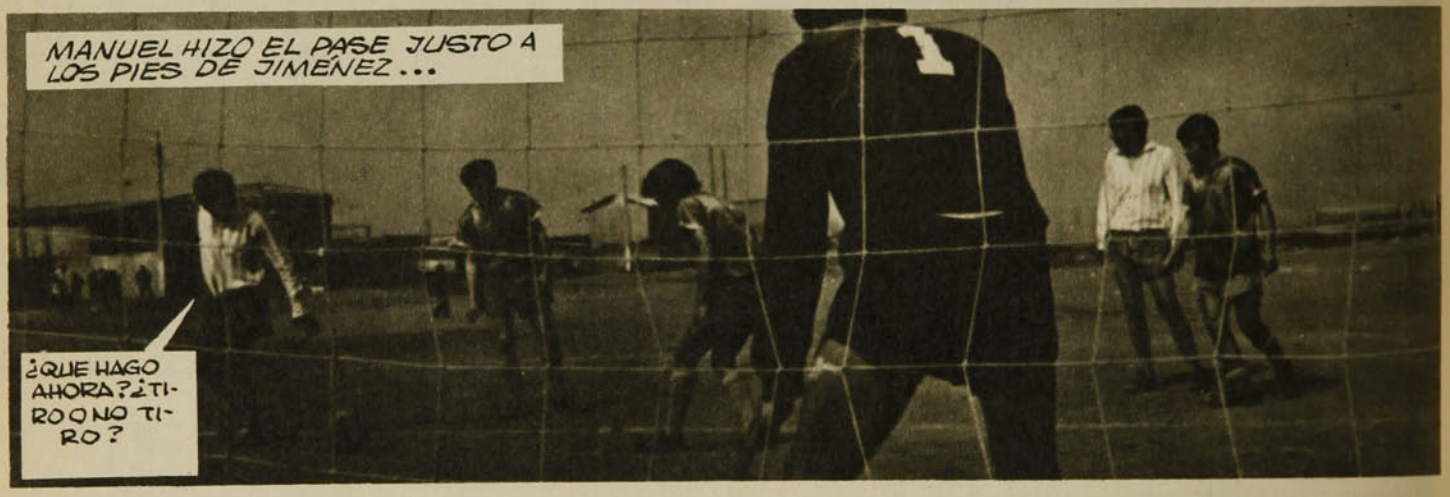

¡NO PUEDO SER ASÍ! ¡ESTOY TRAICIONANDO A MIS COMPAÑEROS!
Oooo
AL INICIARSE EL SEGUNDO TIEMPO, JIMENEZ YA NO ESTABA TAN SEGURO DE LO QUE ESTABA HACIENDO. SU CONCIENCIA NO LO DEJABA EN PAZ...


DE PRONTO, ANTE UN DESCUIDO DE LA DEFENSA DE "LOS BOHEMIOS", UN BUEN PASE DEL ZAGUERO CENTRO FUE TOMADO POR HORTA, Y DE BOLEO, CON UN IMPRESIONANTE TIRO, ENVIÓ LA PELOTA A LA RED...
¡MENOS MAL QUE HORTA SACÓ LA CARA!


Y EL PARTIDO CONTINUÓ. "LOS BOHEMIOS" SE DEFENDIAN ACORRALADOS, MIENTRAS TODO EL EQUIPO DEL "INDEPENDENCIA UNIDO" SE LES VENÍA ENCIMA...


SIN EMBARGO LA DEFENSA CERRADA IMPEDIA AUMENTAR EL MARCADOR. FUÉ ENTONCES CUANDO HORTA, EN UN PIQUE DEJÓ ATRÁS A DOS, TRES RIVALES...
¡MÉTELO MANUNGO! ¡MÉTELO TÚ! ¡POR FAVOR NO ME LA PASES!


SI ESE INFELIZ DESGRACIADO RECIBE EL PASE, ES CAPAZ DE METER OTRO GOL.


MANUEL HIZO EL PASE JUSTO A LOS PIES DE JIMÉNEZ...
¿QUE HAGO AHORA? ¿TIRO O NO TIRO?


Y EL ALERO ANOTÓ LA SEGUNDA CIFRA PARA SU EQUIPO. ACABABA DE PERDER DOS MIL ESCUDOS, PERO GANABA MUCHO MAS... ¡SU PROPIA ESTIMACION!


¡BRAVOOO JUANITO!
¡GOOOOOL! ¡ANITA! ¡ANITA! ¡GOL DE JUANITO!
LA MUCHACHA SE SECÓ A HURTADILLAS UNA LÁGRIMA, MIENTRAS DE LO MÁS HONDO DEJABA ESCAPAR UN GRITO DE ALEGRÍA. ALVEZ DIÓ UN BRINCO EN SU ASIENTO..
CUANDO SONÓ EL PITAZO FINAL, TODOS ABRAZARON A JIMÉNEZ...
YO SABIA QUE PODÍAMOS CONFIAR EN TÍ.


¡ANITA, PERDÓNAME, PERO NO PUDE HACERLO!
¡MI JUAN QUERIDO! ¡NO SABES LO FELIZ QUE ME HACES! ME DÍ CUENTA DE QUE NO PODRÍA ACEPTAR NUESTRA DICHA EN BASE A ESE DINERO.


AHORA TENDREMOS QUE ESPERAR UN AÑO.
¡LO ESPERAREMOS, SIEMPRE UNIDOS Y CON LA CONCIENCIA TRANQUILA!
FIN

Luna de miel de pesadilla

• • •

Me enamoré de un hombre perfecto, me casé con un desconocido.

• Cuando conocí a Horacio me produjo miedo. Fue en una fiesta en casa de mi amiga Beatriz. Tres días antes, Beatriz me dijo:

—No debes faltar a mi fiesta, pues quiero que conozcas a mi primo Horacio. Es sencillamente sensacional y además muy buen mozo.

Luego de todo ese alboroto de Beatriz supuse que Horacio sería un hombre alto, moreno y buen mozo, de modales suaves y vestido con ropa fina. Por eso decidí no faltar a la fiesta. Pero, en cuanto entré al living de mi amiga, me sentí muy sorprendida. Horacio era alto, usaba el pelo largo, enormes bigotes y una chaqueta de cuero.

En cuanto me divisó Beatriz, exclamó:

—¡Qué bueno que hayas venido, Nora! Creo que tú y Horacio se avendrán muy bien.

Miré a Horacio, quien estaba de pie al otro lado de la pieza, y después a Beatriz. Tratando de ser educada, dije a mi amiga:

—Bueno..., estoy segura que es gran chico, pero no es mi tipo.

Ella rió ante mi comentario.

—No seas tonta. No se debe juzgar a la gente por la apariencia.

Me encogí de hombros. Beatriz se fue a conversar con otros invitados, dejándome sola con mis pensamientos. Me sentí tonta parada ahí, frente y lejos de Horacio, rogando porque no me mirara. Con sólo observarlo me daba cuenta que los dos vivíamos en mundos muy diferentes.

Mientras tales pensamientos giraban en mi cabeza, noté que Horacio se acercaba. En pocos segundos estuvo a mi lado, sonriéndome.

—Hola, soy Horacio, el primo de Beatriz.

—Yo soy Nora..., la gran amiga de tu prima.

—Creo que Beatriz tuvo razón en lo que me comentó de ti.

—No te entiendo.

—Ella me contó que tú eras una chica sensacional.

—Oh —dije y advertí que me ponía colorada. ¡Me sentía como perdida y asustada en su presencia! Ansiaba huir y al mismo tiempo permanecer mirando a ese chico por horas. Bajo esa mata de pelo rebelde y esos enormes bigotes, tenía la más tierna de las sonrisas y los ojos grises de mirada más intensa que hubiera visto. Su mirada era penetrante, su contextura fuerte y tenía la piel muy bronceada.



—¿Por qué no nos sentamos en alguna parte, donde podamos conversar? —sugirió—. Es decir, si tú también lo quieres. Si no es así, dilo. No quiero colgarme de ti si quieres ver a otras personas.

—No, sentémonos. Me encantaría conversar —contesté con sinceridad.

Encontramos un sofá en un rincón de la pieza. Una vez entablada la conversación, se esfumó algo de mi torpeza y Horacio resultó un gran charlador. Y con rapidez destruyó mi impresión de que era un hippie. Siempre yo había tenido el criterio muy estrecho en cuanto a la gente: para mí los hippies eran sucios, muchachos irresponsables que volaban con LSD y adoraban las altas velocidades. Pero Horacio no era sucio, su pelo lucía limpio y brillante y sus ropas bien cuidadas. Y ciertamente no era un irresponsable; tenía un buen empleo como técnico eléctrico en una firma importante.

Durante el curso de la conversación salió a relucir el tema de las drogas. Horacio me contó abiertamente que él y sus amigos solían usarlas.

—¿Has alguna vez usado inyecciones?

—¡Por cierto que no! —aseguró—. Jamás he cometido la locura de usar drogas de las cuales uno termina por esclavizarse.

—¿Y qué me dices de la LSD?

Horacio sonrió.



—Es magnífica para ciertas ocasiones. Pero es una droga fuerte y por eso no la uso a menudo. Hay que ser muy cuidadoso con las drogas, porque pueden ser peligrosas. ¿Has fumado alguna vez yerba?

—¡No! —contesté con rapidez. Creo que parecí insultada.

Pero Horacio se limitó a sonreír.

—Fumando mariguana no se siente más que como si se estuviera un poco borracho. Es realmente agradable.

—No, gracias..., eso no me interesa —repliqué, moviendo la cabeza.

—Está bien. Haz las cosas a tu modo. Si no quieres fumar yerba, no lo hagas. Yo tengo sólo una regla básica en la vida: no forzar a la gente hacia nada. Deben hacer lo que quieren mientras con ello no hieran a nadie.

Asentí lentamente. Me pareció algo muy lógico. De pronto sentí remordimientos por el modo cómo había mirado a los hippies. Después de todo, ellos a mí no me hacían ningún daño, sólo hacían lo que ellos deseaban.

El tiempo pasó con increíble rapidez. Para el final de la fiesta sentía que había conocido a una persona sincera y maravillosa. No obstante aún le temía un poco a Horacio...; después de todo, él era tan distinto a mí como nadie en el mundo.

Me preguntó si podía irme a dejar a mi casa y acepté. Tenía un pequeño auto deportivo y los asientos estaban tan juntos que su brazo se rozaba con el mío cada vez que hacía los cambios. Y corrientes frías recorrían mi cuerpo.

● SUS LABIOS SE SEPARARON E HIZO UNA MUECA PARECIDA A LA SONRISA DE UN LOCO.

Cuando llegamos a mi casa, me fue a dejar hasta la puerta para despedirse.

—Sé que sonará a cosa muy típica, pero realmente me gustó conocerte, Nora. Me entretuve mucho contigo.

—Yo también contigo —contesté y sentí que mis mejillas enrojecían.

—No muy a menudo uno conoce a una chica con quien pueda conversar tan libremente.

—Es muy simpático de tu parte decir eso, Horacio.

Por un minuto nos sumimos en un molesto silencio y yo me quedé con los ojos fijos en el suelo. Cuando conseguí el coraje de levantar la vista, encontré las pupilas grises de Horacio. Antes de darme cuenta me vi entre sus brazos y mi cuerpo tembló. En seguida me dio un beso largo y muy tierno. Cuando me soltó me di cuenta, con gran sorpresa, que yo tenía mis brazos anudados a su cuello.

—Nora... —susurró y sus labios besaron de nuevo los míos. En seguida dijo—: Vamos mañana a la playa. A las dos. ¿Bien?

—Bien —respondí y al minuto siguiente Horacio había desaparecido.

De ese momento en adelante me enamoré locamente de él.

Las semanas siguientes fueron maravillosas y llenas de emocionantes momentos. Horacio y yo pasábamos juntos siempre que podíamos y con el pasar del tiempo nos sentíamos más y más unidos.

¡Nunca antes había tenido una amistad así! Antes, yo siempre había separado a los chicos en dos categorías: pololos y amigos. Pero Horacio era ambas cosas para mí: amigo y enamorado. La atracción física entre ambos era enorme, pero también lo era nuestra unión espiritual. Podíamos hablar de todo y eso hacía que nuestra comprensión fuera maravillosa.

● Luego de salir

juntos durante tres meses, Horacio y yo decidimos casarnos. Mis padres, al principio, se sintieron muy alarmados. Aún recuerdo sus caras cuando vieron por primera vez a mi novio, caminando con sus ajustados pantalones, su chaqueta de cuero y su camisa sicodélica.

Antes de que ellos pudieran siquiera abrir sus bocas, dije:

—¡No se puede juzgar a una persona por su apariencia!

Eso había sido lo que me dijo Beatriz el día que conocí a Horacio.

Al final, todo resultó bien. A medida que mis padres iban conociendo a Horacio parecieron olvidar su aspecto. Lo encontraron un buen muchacho y les gustó la idea de que tuviera un buen empleo, ya que cuidaría hasta en eso bien de mí.

En ocasiones me preocupaba por el problema de las drogas. De cuando en cuando me asaltaba un inexplicable miedo de que a Horacio se le pasara la mano. Pero nunca sucedió y tuve que regañarme por desconfiar de él. Jamás lo vi intoxicado y tampoco trató de arrastrarme a su afición. Me alegraba por eso, ya que probaba que Horacio no pretendía que yo me transformara en una hippie luego de casada.

También tuve miedo de que Horacio fuera partidario del amor libre y que pidiera demasiado de mí. Pero en eso también descubrí que lo había mal interpretado. Sólo una vez antes de nuestro matrimonio quiso hacerme el amor. Yo le contesté que prefería esperar hasta casarnos; sonrió y dijo que me comprendía. Y no volvió a tocar nunca más el asunto.

Si hubiera insistido, tal vez me habría entregado a él. Lo quería mucho. Cuando me besaba, temblaba igual a esa noche después de la fiesta de Beatriz. Siempre que apretaba su cuerpo contra el mío sentía una oleada de pasión nunca antes experimentada.

¡Es por eso que durante las últimas semanas antes de casarnos fue cuando yo me sentí más llena de amor! Y Horacio correspondía todas mis expresiones de afecto. Me moría de vergüenza por lo que pensé en la fiesta de Beatriz. ¿Qué importaba que Horacio usara ropas estrafalarias y anduviera con el pelo largo? Tras esa fachada de hippie ocultaba un alma muy hermosa.

Temblaba de alegría mientras Horacio manejaba hacia el sitio donde pasaríamos la luna de miel. Había arrendado una pequeña cabaña junto a un lago y mi corazón latía de dicha al pensar que pasaríamos allí dos semanas gloriosas.

Llegamos a nuestro destino al anochecer. ¡La cabaña era encantadora! Constaba de un enorme dormitorio, una cocinita y un hogareño living con vista hacia el lago.

Horacio había arreglado para que de un restaurant cercano nos mandaran la comida y el vino y cenamos guisos deliciosos alumbrados por velas. Después levanté la mesa y mi marido me siguió hasta la cocina. Mientras yo ponía los platos en el fregadero, se puso tras de mí y me besó la nuca.

—Nora, eres hermosa y yo te adoro —susurró.

Me di vuelta y le eché los brazos al cuello. Y con la cara acurrucada en su hombro le repetí muchas veces que yo también lo amaba.

Luego que nos separamos fui al dormitorio y saqué mi camisa de dormir. En seguida fui al baño a desvertirme. Me di un largo baño de tina sin dejar de pensar cuán feliz era. Soñaba en lo hermoso que sería todo cuando volviera al dormitorio y fuera recibida por la cálida mirada de Horacio.

Pero no sucedió de ese modo. Entré al dormitorio sintiéndome fresca y hermosa, y sucedió algo extraño. ¡Horacio me dejó pasar por su lado!

—Hola, mi amor —susurré suavemente—. Ya estoy de vuelta.

No me contestó. Sus ojos miraban más allá de mí y tenían una expresión lejana.

—¿Cómo pudo entrar aquí ese perro? —preguntó.

—¿Qué perro? —inquirí confundida.

—El perro que está ahí —murmuró señalando la puerta. ¡No había ningún perro!—. Ahora se va —continuó diciendo Horacio con acento extraño—. Pero el gato se mantiene en el alféizar de la ventana. —Sus labios se separaron e hizo una mueca parecida a la sonrisa de un loco—. Qué gato tan lindo. —Lanzó una carcajada y extendió su mano hacia la ventana—. Es todo azul..., no, es azul y amarillo.

Abrí la boca de impresión. ¿Estaba Horacio bromeando? Estudié largamente su





● **Su boca apretó la mía en un beso brutal y por primera vez no le devolví la caricia.**

rostro y mientras él continuaba hablando para sí mismo. Lo cristalino de sus ojos me dio la clave: mi marido estaba drogado. ¡En nuestra noche de bodas!

Le hablé con voz alta y clara para que me entendiera bien:

—Horacio, escúchame. ¿Qué droga tomaste?

Sus ojos me enfocaron.

—Hummm..., ácido —replicó lentamente—. Sí, ácido.

¡LSD! Era una pesadilla..., no podía creer que esto estuviera pasando; jamás imaginé que nuestra noche de bodas se transformaría en un viaje con ácido. ¿Cómo podía haberme hecho esto mi marido en una noche tan importante?

Me sentí herida y furiosa, pero esos sentimientos fueron barridos por un gran terror. Había leído mucho respecto a los efectos del LSD y sabía que cuando alguien tenía un viaje malo, era capaz de cualquier cosa. Mi adorado marido se había transformado en un extraño impredecible y amenazante.

De pronto, Horacio se puso de pie y sus ojos brillaban como acero. Comenzó a caminar hacia mí con movimientos lentos e inestables.

—Todo está girando —dijo más para sí mismo que para mí—. Necesito sujetarme de algo..., de alguien e impedir que todo siga girando.

Tropezó hacia adelante y me cogió, para apoyarse. Traté de empujarlo, pero era muy fuerte. Apretando mis brazos hasta causarme dolor, se tiró sobre la cama y me llevó con él.

Antes de saberlo, sentí su peso sobre mí. Su boca apretó la mía en un beso brutal y por primera vez no le devolví la caricia. Luchaba con todas mis fuerzas por libertarme. Era algo horrible, irreal. Había esperado que esa noche estuviera llena de amor por parte de mi amante marido. ¡En vez de eso me violaba un extraño horrible!

En un momento de descuido levanté un brazo y le di una bofetada en la cara. Mientras se la sobaba, de un salto me bajé de la cama y corrí a encerrarme al baño. Puse el oído contra la puerta para oír qué sucedía. Por más o menos diez minutos oí llorar y hasta sollozar a Horacio. Luego se detuvieron los lamentos y bajo el embrujo de la droga comenzó a cantar. Poco a poco el canto se hizo más y más distante, como si hubiera salido al living. En seguida se hizo el silencio.

● Nunca olvidaré cómo me latía el corazón de miedo y cómo temblaba de pavor mi cuerpo. Me pareció que estuve en el baño una eternidad, tratando de pensar qué hacer. Me pregunté mil veces qué le habría sucedido a Horacio, mientras aguardaba rígida de miedo. ¿Que si se había ido de la cabaña? ¡Tal vez lo tomarían preso! O peor, podía haber decidido ir a nadar al lago y podría ahogarse.

No pude soportar más. Lenta y vacilantemente abrí la puerta del baño. Mis ojos recorrieron el dormitorio, pero Horacio no estaba allí. Mi corazón latía más fuerte que antes mientras de puntillas caminé hasta el living.

Y ahí estaba: desparramado en el sofá. Estaba profundamente dormido y roncaba suavemente. Di un suspiro de alivio. Con Horacio dormido, los dos estaríamos a salvo.

Cerré la puerta del living y fui al dormitorio y pasé toda mi noche de bodas encerrada, tratando de escapar de mi marido. Pero en cuanto me sentí segura afloraron las lágrimas. Sollozando incontroladamente me tendí sobre la cama. Estaba demasiado desorientada como para pensar..., todo lo que podía era llorar y lo hice hasta quedarme dormida.

La mañana amaneció radiante, pero no había hueco para el sol en mi corazón. Mientras los ojos se me llenaban de lágrimas yací en la cama y pensé en mi destrozada felicidad. ¿Cómo podía Horacio haberme hecho eso? Creía conocerlo tan bien, que estaba segura que podía confiar en él. Y el día de mi matrimonio había comprendido mi equivocación.

Aunque estaba herida y amargada, no podía dejar de preocuparme por Horacio. Sabía que el efecto de la droga se le pa-





saría por la mañana..., pero aun así, quería estar segura de que mi marido había concluido su viaje y estaba bien. Me levanté, me sequé los ojos y me puse una bata. Cuando entré al living, estaba sentado en el sofá y tenía la cara cubierta por sus manos.

Me miró con ojos arrepentidos. Evité su mirada.

—Nora —dijo con voz quebrada—. Nora, lo siento tanto. Por favor, déjame explicarte.

—No creo que haya nada que explicar, Horacio —repliqué suavemente, sin mirarlo.

De todos modos continuó hablando:

—Tomé ácido anoche porque..., porque pensé que eso intensificaría las cosas. Imaginé que haría nuestra noche de bodas más hermosa. No me detuve a meditar en las consecuencias que podía tener un viaje malo. Y temo que fue eso lo que sucedió.

Me puse a llorar.

—¡Ni siquiera estás arrepentido de haber tomado LSD anoche! ¡Sólo sientes haber tenido un viaje malo!

—Nora, eso no es cierto. Escúchame...

Pero yo corrí al dormitorio y golpeé la puerta tras de mí, sorda a sus ruegos. En lo concerniente a mí, todo entre nosotros había terminado. Horacio me había mostrado un lado de sí mismo, que yo no conocía y estaba segura de que no podría vivir con la persona nueva que había descubierto en él.

Permanecí en la pieza todo el día, tratando de pensar con lógica. Decidí finalmente que estar casada con Horacio era peligroso, algo demasiado impredecible para mí.

En primer lugar, Horacio sabía lo que yo pensaba de las drogas. Ignorando mi opinión, había usado LSD en nuestra noche de bodas. Si era tan insensible a mis sentimientos en esa ocasión, ¿cómo me trataría más tarde en la vida? Temblé. Además, su viaje me había probado lo irresponsable e infantil que podía ser. ¿Y si se decidía tomar ácido un día antes de irse a su trabajo? ¡Sería despedido inmediatamente! No tendría ningún futuro junto a un hombre así.

Tenía el corazón despedazado por lo que había sucedido. ¿Cómo me había podido fallar de ese modo? Yo lo amaba y ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo para deshacer todo lo sucedido.

¡Pero había una realidad innegable: yo era la esposa legal de Horacio! ¿Qué podría hacer? ¿A dónde dirigirme si lo dejaba? Estaba demasiado aturdida de pena, como para razonar sobre ese problema, hacer planes futuros. No dejé la cabaña ese día, ni al siguiente. Me quedé allí e ignoré completamente a Horacio y traté de no pensar en la alegría que gocé sólo días antes.

Los siguientes seis días fueron miseria para mí. Horacio y yo apenas nos hablábamos. Yo pasaba la mayor parte del tiempo sentada en la cabaña, mientras mi marido iba al lago o caminaba largamente por la playa.

Pero las noches eran aún peores. Horacio dormía en el sofá y yo me acostaba sola en el dormitorio..., sola en la inmensa cama donde pudimos mi marido y yo compartir una gran felicidad.

Horacio trató muchas veces de hablar conmigo respecto a lo acontecido, pero yo le volví la espalda. No podía enfrentarme a él, decirle en voz alta que no había esperanzas para nosotros de una vida juntos.

El matrimonio, decidí, debía anularse. Volvería a mi casa y, de algún modo, trataría de olvidar a Horacio. No obstante no me podía resignar a empacar mis cosas e irme; sentía vergüenza, humillación y tampoco tenía coraje para arrostrar a mi familia. Sabía que no podríamos continuar así mucho más; había que hacer algo.

• Una mañana

exactamente una semana después de nuestro matrimonio, me despertaron unos golpes en la puerta de mi dormitorio.

—¿Quién es? —pregunté aún adormilada.

—Tu marido —fue la respuesta.

—Déjame en paz. Quiero dormir.

Hubo un silencio, y pensé que se había ido. En seguida lo oí decir con voz cansada:

—Déjame entrar, Nora. Necesito hablar contigo.

Sabía que Horacio tenía razón. No podía marcharme, dejar de lado mi matrimonio sin exponerle mis razones a mi marido. Era el momento de tener una discusión final.

—Un minuto —grité. Me bajé de la cama y me puse la bata.

Cuando le abrí la puerta, Horacio entró en la pieza y despreció la silla. Se sentó a la orilla de la cama. Sentía mis mejillas





● LUNA DE MIEL DE PESADILLA

ardiendo y las manos me temblaban incontroladamente.

—Escúchame, Nora. Debes oírme. Sólo quiero que no me interrumpas y sólo cuando termine podrás hablar tú.

—Está bien, Horacio.

Se movió nerviosamente y se echó el pelo atrás con el reverso de la mano.

—Nora, lo que hice la otra noche fue un error y una estupidez. Sin embargo, creo que es algo que se puede aclarar.

Sonreí con amargura.

—No es algo muy sencillo. Debes darte cuenta de que...

—Te pedí que no me interrumpieras.

—Está bien.

—Nora, cuando recién empezaste a ignorarme y a no hablarme supuse que lo hacías por castigarme. E imaginé que cambiarías de actitud luego de un par de días, pero no lo hiciste. Fue entonces que empecé a sentir que te estaba perdiendo.

Mientras Horacio hablaba, yo luchaba por sujetar las lágrimas.

—Nora, te pido olvides eso, porque es nuestra única oportunidad. No sabes cuánto siento la tontería que hice, y te prometo que no lo repetiré. No tengo modo de probarte eso, debido a lo cual te suplico tengas un poco de confianza en mí. —Se detuvo—. Cometí un gran error y sé que con él te lastimé. ¿Pero es un error suficiente motivo como para tirar toda nuestra dicha por la ventana?

Lágrimas de amarguras llenaron mis ojos mientras le contestaba:

—Sí, cometiste un error y algunos errores producen un daño permanente. No puedo confiar en ti luego de lo sucedido. Es demasiado tarde para empezar todo de nuevo.

Horacio se puso de pie.

—Creo que no sacaré nada —lanzó un suspiro—. Te quiero, Nora, y deseo encuentres felicidad donde vayas.

Salió de la pieza. Momentos después miré por la ventana y lo vi corriendo hacia el lago.

Algunas horas después resolví tomar una micro a la ciudad y comencé a empacar mis cosas. Mientras echaba la ropa a la maleta sentí un fuerte golpe en la puerta.

Dos policías estaban en el umbral.

—¿La señora Gálvez? —preguntó uno de ellos.

—¿Qué? Sí, soy la señora Gálvez —sorprendida por haber sido llamada por ese apellido.

—Su marido está herido.

—¿Herido? ¿Qué sugieren? —fruncí el ceño. Aún recuerdo lo que pensé en ese momento. "Probablemente está otra vez dopado", me dije. "Ha tenido un viaje malo y esta vez se ha herido". Pero mi intuición se equivocó.

—Lo golpearon —explicó el policía—. Iba caminando por la playa y tres muchachos comenzaron a gritarlo. Usted sabe, lo llamaron hippie y cosas por el estilo. Creo no le gustó el aspecto de su marido. No obstante, él siguió caminando sin prestarles atención. Pero los chicos no se darían por vencidos. Lo corretearon, empujándolo.

Me puse a llorar.

—¿Dónde está? ¿Está bien?

—Estará bien —comentó el otro policía—. Lo están tratando en el hospital. Dicen que lo darán de alta mañana por la mañana.

—¿Por qué hicieron eso? —sollocé—. ¿Quiénes eran esos muchachos?

—Eran chicos de diecinueve a veinte años. No tenían aspecto de vagos, sino que muchachos correctos. No trataron de robarle a su marido la billetera; sólo ensañarse con él. Creo que la culpa de todo la tuvo su pelo largo.

El otro policía sonrió.

—Yo, personalmente, no estoy contra el pelo largo, pero su marido..., bueno, es todo un excéntrico.

No pude soportar más.

—Por favor, llévenme a verlo.

Me sentí enferma cuando entré a la pieza del hospital y vi a Horacio con el rostro todo magullado. Sin pensarlo dos veces corrí hasta su cama y lo abracé.

—No sabes cuánto lo siento, mi amor. Fui muy dura y poco comprensiva contigo. Debí entenderte como mujer y como amiga y no juzgarte sin oírte.

—No te preocupes —susurró.

—¡Fui injusta contigo, Horacio! No te di oportunidad de defenderte, de probar tu valía. Me porté contigo igual que esos chicos que te atacaron.

—Es el precio que hay que pagar si se tiene un aspecto como el mío. —Horacio sonrió, echándose el pelo hacia atrás.

Lo dieron de alta al día siguiente en el hospital y entonces comenzó nuestra luna de miel. Yo he aprendido una gran lección: la mitad de los problemas del mundo son causados porque la gente juzga a la ligera, se niega a escuchar y jamás trata de entender los puntos de vista ajenos. ♥♥

CONDENADO A MUERTE

Ya no sabía qué estaba bien y qué estaba mal.

DESEE QUE MI HIJO muriera. Esas palabras los impresionarán, lo sé, y están dichas para impresionar. Para impresionar a los miles y tal vez a los cientos de miles de padres que piensan que si tan sólo un niño puede salvarse, si pudiera ser arrancado de las sombras de la muerte a la luz que es la vida, cualquier intento estaría bien.

Eso fue lo que dije al neurocirujano en los desesperados minutos antes que él se pusiera su uniforme y mascarilla para luego acercarse al inconsciente cuerpo de mi hijo, escalpelo en mano, pronto a hacer la primera incisión, la cual, él esperaba, podría sacar a Arturito de la tumba.

Porque era allí donde él había estado. Lo supe con sólo mirarlo tendido en una camilla en la sala de emergencia. Recuerdo el grito corto y agudo que lancé al verlo y recuerdo el brazo fuerte de René rodeando mis hombros mientras Arturito, con la cabeza llena de sangre, su rostro albo, sus ojos cerrados, fue llevado al ascensor que lo conduciría hasta el pabellón de cirugía.

—El corazón de su hijo aún late, pero no está respirando —nos dijo el doctor Bravo—. En un caso de este tipo —un accidente causado por una bala de un rifle— no tenemos modo de saber cuánto tiempo



el cerebro estuvo sin oxígeno y ahora no hay tiempo de practicarle un electroencefalograma. En otras palabras, señor y señora Hanson, aun si la operación resulta técnicamente un éxito, no puedo asegurar cuáles serán los resultados. Ni cuántas de las facultades del niño se recuperen.

Nunca olvidaré ese momento. Nunca olvidaré el olor a éter y a desinfectantes. Nunca olvidaré cómo estaba de brillante ese día de primavera tras la ventana de la desierta sala de emergencia. Nunca olvidaré el ulular de la sirena de una ambulancia que parecía muy lejana, ni el suave crujir del uniforme de una enfermera muy cercana. Sentí la mano de René apretar la mía mientras lo escuchaba decir con voz serena:

—Comprendo, doctor. Sólo le pido que haga todo cuánto pueda... Trate de salvarlo.

Movió en asentimiento su cabeza de pelo plateado y salió mientras nosotros volvíamos a la sala de espera.

—Lo único que pido es que viva —dije a René—. Dios mío, permítele vivir.

ARTURITO, a los doce años, era nuestra guagua, nacido cinco años después que su hermana Carmen, y luego que René y yo casi habíamos



El corazón de su hijo aún late pero no está respirando.

mos renunciado a la esperanza de ser bendecidos con otro hijo. Como para recompensarnos por nuestra espera, era maravillosamente hermoso, incluso como recién nacido. Su pelo era un canastillo de rizos rubios, sus ojos enormes, risueños y azules, eran llenos de alegría y brillo y jamás se quejaba ni molestaba.

—Por qué no tengo yo ese pelo y esos ojos —se quejaba nuestra gordezuela y casi feecita hija, no del todo bromeando—. Realmente, no es justo. Ese chico lo tiene todo. — Y así era.

Sus profesores lo adoraban. Sus notas eran siempre óptimas y todos los años figuraba en el cuadro de honor en el colegio. Así como su hermana era de tímida, Arturito era de chispeante. Mi marido siempre solía comentar bromeando que ese niño era capaz de encantar hasta a los pájaros. Había nacido líder y la vida para él era sólo un juego. Es decir, lo fue hasta esa tarde de un sábado que fue a visitar a su mejor amigo, David, y cogió un rifle calibre 22 que no debió estar cargado. El rifle pertenecía al hermano mayor de David, un experto tirador. Le había enseñado a David cómo manejar el rifle y el niño pensaba a su vez enseñarle a Arturito cómo desarmarlo y volverlo a armar.

La bala le atravesó la mejilla y le salió por la nuca, "chocando", para usar la jerga del cirujano, con los músculos adheridos a la espina dorsal. A su edad, había una pequeña esperanza que finalmente se regenerara el tejido muscular. Eso no era el problema principal, aunque el daño era un problema serio. El problema principal era esperar y ver cuánto se había dañado el cerebro por falta de oxígeno.

Ese fue el veredicto que oímos, seis horas después, sentados en la pequeña oficina del médico en el hospital. Arturito estaba aún inconsciente, por lo que pensábamos que era el efecto de la anestesia. Pasaron casi cuatro días antes de saber que no había recibido anestesia general. La operación se había practicado con sólo anestesia local.

—Entonces, ¿por qué diablos no despierta? —le oí preguntar a René.

—Porque su hijo sufrió un extenso daño cerebral —respondió el médico con calma—. Ahora sabemos que el cerebro estuvo por lo menos seis minutos sin oxígeno... o tal vez más. No podíamos saber eso cuando operamos, como le expliqué a su tiempo. La condición de su hijo es crítica. Hay sólo un cincuenta por ciento de probabilidades de que se recupere.

Mientras permanecía sentada en el pequeño costurero de nuestra anticuada casa, escribiendo estas cosas, atreviéndome por primera vez a arrostrarlas, pude sólo maravillarme por la fuerza que tiene el ser humano para seguir adelante. Para creer. Para pensar que mientras hay vida, hay esperanza y que sólo la muerte troncha toda esperanza. Pero la esperanza también concluye en vida y es entonces cuando llega la muerte verdadera, como llega ahora la muerte para Arturito, para René y para mí. Porque durante las semanas que yació inconsciente, recibiendo transfusiones, recibiendo alimentación intravenosa, sólo rezamos para que llegara el momento en que se moviera, cuando sus cerrados ojos se abrieran y con ellos supiéramos que Dios había decidido por fin devolvernos a nuestro hijo.

En esas semanas René y yo nos sentimos más unidos que nunca, creo, y pensé por ello cómo el verdadero dolor puede unificar a las familias. Cosas por las cuales antes se riñe —cerrar la puerta de un closet, manchas de barro que por descuido quedan en una alfombra, no guardar al perro— ni siquiera se mencionan. El socio de René se hizo cargo completamente del negocio de corretaje de propiedades. Carmen, del cuidado de la casa. Amigos que apenas conocíamos nos telefoneaban ofreciéndonos ayuda, ofreciéndonos dinero. Todos sólo querían acompañarnos, cooperarnos y darnos ánimo.

Y mantuvimos el ánimo mientras las cuentas se acumulaban sobre la mesa del comedor y mientras René decía:

—No importan las deudas. Al diablo el dinero. Tan pronto sepamos que Arturito está fuera de peligro volveré a trabajar duro. Lo haré durante veinte horas al día, si es necesario, y venderé casas por montones y las deudas se pagarán sin casi sentirlo.

POCO MAS de seis semanas después que proclamó eso, una mañana temprano, sentados junto a su cama, vimos un leve estremecimiento en sus pestañas. En seguida, lentamente, muy lentamente, como si ese simple movimiento le causara un esfuerzo doloroso, abrió los ojos. Sus enormes y hermosos ojos azules con largas pestañas se abrieron y nos miraron, sin ver nada, sin entender nada.

—¡Arturito! —exclamé con rapidez—. ¡Arturito, precioso, soy yo, la mami! —Sobre mí, inclinado sobre él, René dijo lleno de esperanzas:

—Hola, hijo, ¿es que no vas a saludar a tu viejo?

Nada. Absolutamente nada, sólo la enfermera junto a su cama diciendo:

—Ya he avisado al doctor. Vendrá inmediatamente...

—Arturito no puede oír... Arturito no puede hablar. Arturito no puede manipular sus músculos como para devolver el apretón de sus manos... Arturito no puede ver...

Como martillazos esas palabras cayeron sobre nosotros.

—No sé —me dijo René esa noche mientras manejaba los cuarenta y tantos kilómetros del hospital a nuestra casa bajo una espesa lluvia—. No sé, Emilia, si sería mejor . . o no sería... Si lo dejara morir...

Recuerdo haberme vuelto a él, pálida de ira, enferma de impresión y angustia mientras decía:

—¿Cómo, en nombre de Dios, puedes decir eso? Al menos está vivo, respira, y con todo lo que hoy saben los médicos... respecto a rehabilitación y progresos, un día estará bien de nuevo. Será el mismo de antes.

Pero no lo fue, aunque no supe eso hasta hace justo tres meses. Hace tres meses, casi desde el día que él se disparó. Hace tres meses, luego que René, Arturito y yo luchamos a través de tantas cosas. Luego de que había recuperado suficiente visión como para poder ver, aunque no leer, nunca leería porque todo se le sesgaba en un ángulo de casi noventa grados. Hace tres meses cuando podía por fin caminar, pero no como debía hacerlo un niño. Caminaba con pasos torpes y arrastrados y eso lo hacía desatarse en frecuentes estallidos de ira y pataletas.

—¿Por qué no puedo caminar? ¿Por qué no puedo hacer nada solo? —gritaba.

Tres meses después que René, Carmen y yo habíamos conseguido dominar nuestros impulsos de reírnos de él cuando hacía infantiles trucos, como ponerse los zapatos del pie cambiado cuando lo llevábamos a una tienda a comprarle un par nuevo. René lo reconvenía, irritado por su infantil comportamiento y sus ojos se llenaban de lágrimas, lágrimas que después rodaban silenciosas por sus mejillas mientras el vendedor apartaba la vista, confundido.

Tres meses después de haberlo llevado en el auto cuatro días en la semana hasta el centro de rehabilitación, ubicado a más de cincuenta kilómetros de distancia, para que trabajara con sus músculos, lo cual le arrancaba más lágrimas de frustración y de ira. Una vez se cobijó en mi falda como la guagua en que se había transformado y dijo sollozando:

—No me obligues a ir, mamá. Por favor, no me obligues.

Pero lo seguimos obligando porque aún había esperanza, o así lo creíamos. No podía leer ni escribir; no podía andar en bicicleta, nadar, ni coger una raqueta de tenis, o correr por el campo, pero estaba, como nos aseguraban, "progresando", y entonces un día la jefa del centro de rehabilitación me dijo alegremente:

—Llévelo de nuevo al colegio mañana en la mañana, al curso de escritura a máquina. Estoy segura de que él tiene suficiente destreza ya como para empezar a aprender a mecanografiar, y eso le dará algo que lo mantendrá ocupado.

No me di cuenta de lo que ese año había producido a René hasta que miré su cara al darle la "buena noticia" esa noche a la hora de comer. Había estado demasiado ocupada siendo la profesora de Arturito, su enfermera, su acompañante, su chofer, como para ponerle mucha atención a mi marido ni a Carmen, quien se había puesto silenciosa y agobiada porque sus planes de entrar en la uni-



entre nosotras







● "NO HAY NESCAFE". "Se acabaron los pollos". "Es imposible encontrar pescado". El desabastecimiento. El tan bullado desabastecimiento. Y todo el mundo comenta, especula, supone: "Si lo habíamos dicho, el país se va a hundir con este gobierno", "si en economía no se puede improvisar", etc.; todos tienen su opinión y generalmente las opiniones están bastante alejadas de la realidad. Atribuyen al Ministerio de Economía, a la CORA, a la política del gobierno, la responsabilidad de un problema que sólo depende de los productores y los distribuidores.

Mientras el gobierno no tenga el control absoluto sobre la producción de alimentos y siga habiendo propietarios privados de la tierra, no se podrán evitar el boicot a la producción, el incendio de campos enteros sembrados o el abandono de otros, y mientras sigan siendo comerciantes preocupados sólo de su lucro personal quienes distribuyen los alimentos, nadie podrá evitar que se especule con ellos.

Y este boicot y especulación sumados al aumento de la demanda debido al alza real de los sueldos de los obreros, producen un problema de desabastecimiento que es extremadamente serio, pero no podemos cerrarnos los ojos frente a él y culpar al gobierno de algo que obedece a las maquinaciones de sectores bien determinados. Debemos asumir cada uno la responsabilidad que nos cabe e integrarnos; por ejemplo, las dueñas de casa a los comités de defensa del consumidor.

● EL OTRO DIA vi en la Alameda un curita con sotana, me sorprendió más que ver que aún existen sacerdotes que no cambian su antiguo hábito, el hecho de que fuera un cura bastante joven. Y no pude dejar de pensar que no se trataba sólo de la sotana, sino de una actitud general de oposición a todo cambio dentro de la Iglesia y de la sociedad en general.

Cuando los sacerdotes cambiaron su hábito por un traje más cómodo y moderno, fue un modo de la Iglesia de adaptarse a un mundo que evolucionaba con rapidez vertiginosa, una manera de hacer a sus sacerdotes hombres más corrientes y de adaptarse, además, a los cambios que se estaban produciendo dentro de la Iglesia: a los curas comprometidos, a los permisos para casarse y al arrastre de personalidades como Camilo Torres o Dom Helder Camara.

Sin embargo, gran parte de la Iglesia insistió en mantenerse fiel a las leyes dictadas y a miles de años y a costumbres que tenían poco que ver con la vida y el pensamiento del siglo XX; en general, los más viejos se resistían a cambiar de vida, pero los sacerdotes jóvenes entraban ya con conceptos distintos acordes a nuestra era y a nuestro país, o al menos yo creía que era así, hasta que vi al curita con sotana.





● DURANTE MAS DE 20 AÑOS, el país más populoso del mundo, China, se mantuvo al margen de las Naciones Unidas y no era reconocido por muchos países occidentales, Estados Unidos entre ellos.

Ante la existencia de las dos China: la de la isla de Formosa, China Nacionalista, que separó del gobierno central después de la Revolución, y la China Popular con Mao Tse-tung a la cabeza; se reconocía sólo la existencia de Taiwán (China Nacionalista) y se dejaba al margen de las relaciones mundiales a los 900 millones de habitantes de China Popular.

Recién a mediados de agosto se votó la aceptación de China Popular a las Naciones Unidas, enmendándose una actitud errada de tantos años. La aceptación dependió en gran medida de los Estados Unidos, país que comenzó su acercamiento con China Popular al comenzar los preparativos de Nixon para visitar ese país a principios de 1972; después de eso Estados Unidos retiró su exigencia de los 2/3 de la votación para aceptar la incorporación de China al organismo internacional y con ello quedó incorporada.

versidad habían sido abandonados. Asistía cinco días en la semana a una escuela comercial y el resto del tiempo trabajaba como vendedora en una florería.

—No lo tomes muy mal, mi linda —le dije—. Tu padre y yo tendremos todas esas cuentas pagadas dentro de un año y Arturito podrá volver al colegio y ya no habrá más apuros de dinero ni cuentas impagas de médicos.

ESA NOCHE, a través de la mesa del comedor, teniendo ante nosotros la apenas suficiente comida como para sobrevivir, miré a René mientras esperaba su reacción ante mi "buena noticia". Su rostro se veía cansado y pálido. Había perdido peso. Pero había algo más. Algo peor. Se veía remoto. Sentí, en un momento de pánico, que ya no conocía a mi propio marido.

—Eso está muy bien, Emilia, muy bien —dijo—. Pero no dejes que Arturito se ilusione de nuevo. Tú sabes lo que pasó la última vez.

—Sí, pero eso fue cuando se convencieron de que no podrían enseñarle a leer. Esto es distinto. Es algo sólo mecánico...

René asintió y me di cuenta cuánto estaba encaneciendo. Y sus ojos azules no miraron los míos cuando dijo:

—Lo sé. Esperemos... —y entonces cogió su pipa y se marchó a su pequeño taller donde trabajaba haciendo en madera pequeñas réplicas de auténticas antigüedades. A la mañana siguiente, Arturito y yo nos subimos al auto y de lo único que pudimos hablar fue del colegio.

—Va a ser regio ver de nuevo a los compañeros —dijo mirando el campo verde—. ¿Crees que me dejarán jugar con ellos?

—Por cierto que te dejarán jugar con ellos, tesoro —murmuré poniendo mi mano en su rodilla.

Pero, por cierto, no lo dejaron, y también yo no debía agigantar tanto mis esperanzas. Jamás podré olvidar la entrevista con la profesora de mecanografía de la Sala Nueve. Para dar a Arturito un poco de sensación de independencia, me mantuve tras la puerta abierta y mi corazón se encogió mientras lo observaba caminar arrastrando los pies a través de la pieza, con una mirada incierta en su rostro.

—¿Eres de esta sala? —preguntó casi irritada la profesora al verlo—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

Observé cómo Arturito luchaba para contestar esas rápidas preguntas. Al principio, debía coordinarlas en su mente, trabajo para él lento y difícil. En seguida debía buscar las palabras puesto que hablar le resultaba aún tarea bastante ardua.

—Vamos, habla, no te quedes sólo parado ahí.

—Tengo permiso —murmuró por fin Arturito y le pasó la hoja del centro de rehabilitación. Ella la cogió, la miró y se la devolvió.

—Oh, sí, me hablaron de ti. Lo siento, pero no puedes quedarte aquí. Ya lo expliqué..., esta sala, este trabajo, es demasiado difícil para alguien con el cerebro dañado.

En ese instante, mis ojos, mi mente y mi corazón se vieron muy ocupados en mirar la expresión de las caras de los otros niños: curiosidad, pena, repulsión. Y mirar el rostro de la profesora donde se veía un gran deseo de deshacerse lo más rápidamente de Arturito. Y la expresión de mi hijo... Su labio superior empezó a temblar, como si vacilara entre lanzar gritos y tener una pataleta o preferir las lágrimas infantiles. Lo vi darse vuelta y dirigirse hacia mí y no le hablé hasta que estuvimos en el auto y él se echó en mis brazos diciendo:

—No puedo hacerlo, mamá. Sé que no puedo...

Lo abracé fuerte.

—Por cierto que puedes. Sólo necesitas estar más tiempo en el centro de rehabilitación. Eso es todo. Otra semana, otro mes...

Pero nuestro coraje y nuestra resistencia estaban destrozados. Ya nadie hacía intentos de reír a las horas de comida. Carmen dejó de estudiar los manuales y catálogos de la universidad. René pasaba su tiempo en la oficina o tallando maderas, y al volante de una camioneta para llevar sus trabajos donde un comerciante que se los vendía. Incluso la mujer del centro de rehabilitación dejó de simular cuando le fui a contar lo sucedido la semana siguiente.

—No estaba segura, pero esperaba... Bueno, lo siento, señora, pero no hay tampoco objeto de que lo traiga más para acá. Después de todo es un centro de rehabilitación público y sólo podemos atender pacientes que puedan recuperarse. De ahora en adelante su hijo deberá recibir una atención realmente especializada.

—¿Qué insinúa con eso de atención especializada? —pregunté con cansancio.

—Continúa igual —dijo, sin enfrentar mis ojos, sino que manteniendo la vista fija en la gruesa carpeta con la historia médica de mi hijo; eso significaba que sus esperanzas de vida o de muerte en vida eran peores que la muerte de verdad—. Lo que usted y su marido deben arrostrar es que el niño ha recobrado todas las facultades que podía recobrar —habló lentamente, espaciando las palabras—. Jamás será capaz de ganarse la vida; nunca de leer, escribir o ir al colegio. Así es que el paso siguiente es encontrar algún tipo de... terapia ocupacional en la cual pueda usar las facultades que tiene.

Murmuré que comprendía y estaba comenzando a hacerlo. Estaba comenzando a ver no la luz sino la oscuridad al final de un túnel. Estaba comenzando, por primera vez en todo ese largo y destrozante año, a sentir amargura, a pensar.

—Y si ellos sospecharon que podía quedar así, ¿por qué no lo dejaron morir?

Silenciosamente me puse de pie y así manejé hasta la casa y esa noche, por primera vez en nuestros casi veinte años de vida matrimonial, René no llegó al hogar. Sentada esperándole para darle ahora la mala noticia, esperando conversar con él el próximo paso a dar, observé primero las manecillas del viejo reloj del abuelo en el living, y después las del de nuestro dormitorio, moverse de las diez a las once, de las once a las doce, de las doce a la una. Había salido temprano esa mañana y mi mente estaba frenética con visiones de un accidente. Teniendo dos empleos, trabajando los fines de semana y todos los días en su oficina de propiedades, haciendo tallados por las noches, estaba exhausto, al igual como lo estaba yo y lo estaba Carmen. Ya no éramos una familia. Pensé todo eso, tendida con los ojos abiertos en la oscuridad. Éramos sólo cuatro seres atrapados en una situación desesperada, cada uno imaginando la forma de salvarnos y de salvar a Arturito. Cuando René no llegó a las diez de la mañana del día siguiente y estaba por llamar a la policía, sonó la campanilla del teléfono y mi marido dijo a través de la línea:

—Perdón, pero tenía tanto sueño que preferí descansar un rato en la berma del camino. Y me quedé totalmente dormido. Cuando vi lo tarde que era decidí venirme directamente a la oficina. Tengo un cliente citado para las once.

Murmuré que comprendía, igual como dije a esa delgada y rubia mujer del centro de rehabilitación.

—¿Vendrás a almorzar? —pregunté después.

—Temo que no. Y no planeo comer. Debo mostrar a alguien una propiedad. Llegaré muy tarde.

Cuando pienso ahora en esas semanas que siguieron, las recuerdo como "la segunda parte de la historia". La primera parte había sido ciertamente subir la repecha, pero René y yo lo habíamos hecho juntos, tomados de la mano, compartiendo nuestras esperanzas y nuestras derrotas. Ahora estábamos solos, cada uno encerrado en su mundo particular, cada uno buscando una salvación individual para sí mismo.

AHORA YO estaba casi enteramente sola con Arturito, con sus lágrimas, sus rabietas, sus enloquecedores trucos infantiles y bromas, sus interminables juegos casi inconexos. Carmen había terminado con sus cursos y había tomado un departamento en Santiago con otras dos amigas, luego de encontrar un empleo allí. René pasaba más y más tiempo fuera de casa y siempre la disculpa era:

—Tenemos que pagar miles de escudos en cuentas de médicos. ¿Cómo quieres que las cancele si no trabajo bastante? Además hay que amortizar la segunda hipoteca

sobre la casa. Y en seguida, como dijo la señorita Gálvez, tendremos no sólo que preocuparnos por asegurar nuestra vejez, sino también la vida entera de Arturito.

Mientras crecía mi soledad se agigantaba mi amargura y ni siquiera me seguí molestando en ir a conversar con mi hermano mayor, quien fue siempre mi confidente. ¿Qué podía saber él, qué podía saber alguien lo que era luchar semana tras semana, mes tras mes, para descubrir finalmente que no había nada por qué luchar? ¿Por qué no nos lo habían dicho, no nos lo previnieron? Bueno, mi sensatez replicaba que nos habían dicho o lo habían tratado, ¿no lo recordaba? En ese instante, antes de llevarlo a la sala de operaciones, ¿no recordaba lo que había dicho el médico y lo que dijimos yo y René? "Simplemente trate de salvarlo...", y eso hicieron. Y cuando René, en su amargura, comentó: "Casi deseo que lo hubieran dejado morir", yo lo odié por eso y durante semanas me negué a ser su mujer.

Bueno, ya no necesitaba negarme a ser su mujer. Cuando se acostaba en la cama matrimonial por las noches, con la espalda vuelta hacia mí, de inmediato se dormía, exhausto. Entonces, una tarde, telefoneó desde su oficina diciendo que había una reunión de los corredores de propiedades y que debía asistir a ella. No volvería antes de las once o doce de la noche.

—No me esperes en pie —pidió.

Pero, por alguna contingencia, se cruzó su línea. Por algún motivo, un recado dejado por alguien no le llegó, porque alrededor de las nueve don Armando, el presidente de la oficina de corredores, llamó para hablar con René.

—Sólo quiero decirle que la reunión no es importante y que puede no asistir si está ocupado.

—No está ocupado, ni siquiera está aquí —repliqué—. Está en reunión... —Hubo una pausa, una pausa larga, y en seguida don Armando dijo:

—Oh, comprendo. Bueno, creo que se presentará más tarde. No se moleste en decirle que le telefoneé. —Colgué el fono y me quedé ahí, oyendo el atronar de la televisión puesta por Arturito y me sentí como se siente en el mundo toda esposa engañada: como una tonta. Todas esas noches de ir a dejar antigüedades en la camioneta, todos esos "viajes de negocios" fuera de la ciudad, todas esas conversaciones por teléfono en voz baja, interrumpidas cuando yo entraba en la pieza... Otra mujer. Por cierto. Pero ¿quién?

Nunca antes había dejado a Arturito solo en la casa, pero entonces lo dejé, explicándole que debía ir a comprar huevos para el desayuno. Lo dejé solo y manejé hasta un restaurante ubicado en las afueras y que era el apropiado para que un hombre casado se viera con una chica. Era muy conocido por ese tipo de reuniones. No sé por qué, pero en cuanto vi el aviso rojo y azul de luz neón y oí la música que emergía por las ventanas abiertas, supe que René estaba ahí, y lo estaba. Su espalda estaba vuelta hacia mí..., su cabeza fina y bien conformada, con pelo muy oscuro. Permanecí observándolo y lo vi hacer un familiar gesto con la mano. En seguida oí un ruido extraño...: su risa. La escuché rica y profunda y sólo en ese momento me di cuenta de cuánto tiempo hacía que no la oía. En ese momento la chica sentada frente a él —una chica muy joven y muy rubia— le dijo algo y René se dio vuelta y me vio. Esperó un instante, en seguida se puso de pie y caminó hacia mí.

Me dijo "hola" y le contesté "hola" y en seguida:

—Pareces que te estás divirtiendo.

¿Esperaba remordimientos, vergüenza? ¿Una mentira? Si eso esperaba tuve una desilusión. Sólo contestó con voz natural:

—Sí, me estoy divirtiendo. —Y después—: Andate a casa y yo te seguiré en un rato más. —Moví la cabeza e insistió—: Dame una media hora de tiempo y en seguida estaré allá.

Manejé a casa lentamente, guardé el auto en el garaje y subí derecho a la pieza de mi hijo. Ahí dije:

—Arturito, es muy importante que te acuestes inmediatamente y que no vuelvas a bajar. Papá vendrá a casa sólo por un rato y tenemos algo importante que conversar.

Me miró asustado.

—¿Es de mí? ¿Tengo que volver al centro?

—No. No es de ti y no tendrás que volver a ninguna parte. Quédate en tu pieza, ¿me oyes?

Asintió, pero su rostro parecía asustado mientras se sentaba en la cama y me observaba cerrar la puerta tras de mí.

¿Tuvo algún presentimiento de lo que iba a suceder? ¿Mi tensión y alejamiento de René y su creciente silencio lo previnieron, como lo sabe un loco, que llegaría el día en que sería alejado de su hogar? No lo sé. Lo único que sé es que mientras bajaba la escalera y cerraba la puerta tras de mí, para entrar al living con sus muebles desvencijados y con el tapiz descolorido y su gastada alfombra, que un sentimiento cercano al odio estaba anidándose dentro de mí hacia ese niño de rostro inexpresivo, llorón, que una vez había sido mi Arturito, y que ahora era sólo un extraño irritante y exigente.

RECIEN me había instalado en el brazo del sillón ante el fuego que moría lentamente en la chimenea y encendido un cigarrillo, cuando oí el ruido del auto afuera y al minuto siguiente se abrió la puerta y René apareció ante ella. Alto, delgado, el rostro torvo y con una mancha de carmín junto a su boca que me dijo mejor que las palabras que a él no le importaba un comino que yo supiera que me había sido infiel. Entró a la pieza, cerró la puerta y se detuvo frente al fuego, con un brazo sobre la repisa de la chimenea.

—Bueno, ¿tienes algo que decirme? —pregunté finalmente.

Levantó los ojos del fuego moribundo y me miró, realmente me miró por primera vez en meses. Me miró como si fuera una extraña que veía por primera vez y me sonrojé ante la fijeza de su mirada. Enrojecí por lo que los ojos de mi mente veían por los de René: una mujer enflaquecida que había dejado encanecer su pelo y no se lo había cuidado durante meses. Una mujer con un deformado vestido café que le faltaban dos botones y que tenía una mancha de comida lanzada por Arturito en una de sus rabietas. Una mujer cuyas enrojecidas manos habían olvidado a la manicura y cuyo rostro desconocía el maquillaje. Sabía que me había descuidado, pero ¿dónde encontrar un minuto de mi tiempo, o dinero, cuando cada instante de mis días estaba dedicado a Arturito y cada centavo de nuestro dinero se consumía en cuentas de tratamiento y de médicos?

—Sí, tengo algo que decir, Emilia —lo escuché murmurar y su voz me pareció que venía de muy lejos—. Tengo mucho que decir en realidad, y voy a dejar de fingir y a empezar a hablar, comenzando por el hecho de que sé que mi hijo casi murió y que siento mucho su accidente y creo que me alegro de que no haya muerto, pero que yo tampoco morí. ¡Dios santo, estoy vivo y quiero vivir y..., sí, también amar!

Me encontré de pie, mirándolo, y éramos como dos extraños de rostros pálidos que se contemplan con los puños apretados.

—Tú quieres vivir —mi voz sonó irónica, burlándose de él, mofándose de sus palabras—. Y ¿qué de mí? ¿No piensas que yo quiera vivir y amar? Y tú dices que te alegras de que esté vivo, pero no te alegras. Ni yo tampoco. Ya no. No cuando veo lo que nos devolvieron de nuestro hijo. Ojalá lo hubieran dejado morir porque en realidad está muerto y porque...

La expresión del rostro de René cambió, alertándome, y me di vuelta y vi a Arturito de pie en el hueco de la puerta a medio abrir, como si quisiera apoyarse en ella. Lo vi allí, con su pobre rostro vacío, asustado y sorprendido al notar que René caminaba hacia él y ponía un brazo sobre sus delgados hombros.

—Vamos, hijo, te ayudaré a subir a tu cuarto.

Miré mis manos y vi que temblaban. Traté de encender un cigarrillo, pero no pude conseguir que la llama del encendedor lo lograra, así es que lo guardé de nuevo mientras René lentamente cerraba la puerta y decía a través de la pieza, a través de años que habíamos vi-

CONDENADO A MUERTE



vido y de otros años que nos faltaban por vivir:

—Bueno, ahora él lo sabe, tal como lo sabemos nosotros, que por casi un año y medio hemos estado alimentándolo y alimentándonos con engaños. Diciendo que había progresos donde no había ninguno; diciendo que el tiempo conseguiría lo que sólo Dios puede lograr: un milagro. —Se sentó en el sillón frente a mí y cuando levantó una mano para alisar un mechón de su pelo, vi que también su mano temblaba—. Emilia, no podemos seguir así. Tienes que elegir entre tú y yo o él.

—¿Qué insinúas? —pero supe el significado de sus palabras aun antes que las pronunciara—. Uno de nosotros tiene que irse. La mujer del centro de rehabilitación tuvo la idea correcta. Arturito necesita cuidados especializados que ni tú ni yo podemos dárselos. También necesita amigos y los únicos amigos que podrá tener son aquellos que por una razón u otra son desdichados como él. Así es que arrostrémoslo..., debemos internarlo. Si no lo hacemos...

No necesitó terminar la frase. René era un hombre, un hombre joven y vigoroso. El ansiaba reír, amar y por un instante, en la quietud de esa pieza, oí de nuevo el ruido profundo y alegre de su risa como la escuché poco antes en el restaurante.

—Está bien, René. Creo que tienes razón. La tensión es demasiada dura para todos nosotros.

De ese modo y por última vez volvimos a la oficina del doctor Bravo en el hospital. De nuevo lo enfrentamos a través de su vetusto escritorio y de nuevo oímos su veredicto.

—Pienso que hacen lo correcto. La medicina y el amor han hecho todo cuanto han podido por ese niño. Ahora él tiene que aprender a vivir con lo que tiene y con lo que es, porque nunca será nada mejor. Oh, tal vez adquiera alguna pequeña destreza para la carpintería o trabajos con herramientas, tareas que no necesiten coordinación muscular, pero en el total de Arturito nunca será más allá de un... vegetable. Lo siento mucho... —Los ruidos callejeros apagaron sus últimas palabras.

En ese minuto de silencio me encontré a mí misma mirando al experto cirujano y recordando ese día, que ahora me parecía a cientos de años luz del actual; ese día cuando René y yo dijimos: "Sólo sálvelo...", y me sorprendí preguntándome si nosotros no hubiéramos estado tan seguros, el médico lo habría dejado ir. Al fin y al cabo, en todo lo importante, nuestro hijo estaba muerto. Había dejado de respirar aunque su corazón aún latía. Había cesado de experimentar dolor. Pero en vez de dejarlo irse, todos habíamos trabajado y rezado para recuperarlo, sólo para que conociera un sufrimiento mucho más terrible que cualquiera que sufriera antes. Como si leyera mis pensamientos, el doctor Bravo estiró sus manos sobre el escritorio, con las palmas hacia abajo e inclinándose hacia nosotros, dijo:

—No tenemos un modo de saber, como se lo dije a su tiempo. No hay manera de saber exactamente cuánto tiempo estuvo el cerebro privado de oxígeno y eso es lo que lo produjo, por supuesto.

—Bueno, hablemos de un colegio —terció René—. ¿Puede recomendarnos alguno?

Nos recomendó un colegio situado en los cerros, a donde Arturito solía ir cuando era capaz de caminar, de manejar su bicicleta, de silbar con su modo especial a los pájaros. Tras altos muros de piedra los edificios son antiguos y acogedores, cubiertos de yedra, y uno puede olvidar el sufrimiento que se cobija tras esas murallas. Los niños más retardados, los con el cerebro más dañado, los que gritan y pelean y los otros que jamás han hablado..., los despreciados por la sociedad. Nacidos así o hechos así, eso no importa..., ninguno de ellos tiene un sitio en el mundo que hay más allá de los muros. Dejamos allí a Arturito y se quedó llorando cuando nos marchamos.

—Estará muy bien —nos aseguró la mujer de aspecto alegre y maternal que nos acompañó hasta la puerta—. Se acostumbrará pronto y será igual que los demás niños.

En seguida, René y yo recogimos los trozos de nuestro matrimonio igual como una dueña de casa recoge con prisa los destrozos diseminados después de una tumultuosa fiesta. Yo de nuevo cuidé mi apariencia, me compré ropa nueva, refresqué mis conocimientos de secretariado y conseguí un empleo en una gran oficina recién instalada. Tapicé los muebles e hice cortinas nuevas para el living. Carmen comenzó a venir a pasar los fines de semana con nosotros. Empezamos a ser de nuevo una familia. Una familia que no rezaba junta, sino que podía reír y amarse.

Y entonces, justo esta mañana, Ana, quien vive en la casa atrás de nosotros, y era una de las pocas que no objetaban que Arturito entrara en su hogar para hacerle bromas o hacerle sus infantiles trucos, vino a hacerme una pequeña visita. Casi nadie sabe el tipo de colegio en donde está nuestro hijo. Hemos dicho que es uno especializado en niños que requieren un tratamiento adecuado. Ana se sentó en nuestro living, revolvió el café en su taza y dijo:

—He leído la cosa más extraña hoy en el diario. Realmente, Emilia, pienso que los médicos se están transformando en canibales. Ahora pretenden remover un corazón que aún late si existe suficiente daño cerebral que indique que una persona nunca quedará..., bueno, bien. Eso me indignó y lo primero que pensé fue en Arturito. Piensa, si a ellos se les hubiera ocurrido arrancarle el corazón... —Se encogió de hombros y la observé. Una linda mujer joven con tres adorables y vivaces hijas, una casa propia, un marido que la amaba. La miré y pensé en Arturito, llorando interminablemente, perdido dentro de ese enorme sillón de cuero mientras nos despedíamos de él en la oficina del colegio. Pensé en los miles de escudos en cuentas que aún debíamos por médicos y hospital; y en René trabajando veinte horas al día y ahora casi enfermo de alivio porque yo tenía un empleo y podía ayudarle. Pensé en Carmen, con su cabeza inclinada sobre los folletos de la universidad para por fin decir: "¿Para qué los miro? Jamás podrán enviarme allá con todo lo que tienen que gastar en Arturito".

Pensé en todo eso y también en Arturito que había nacido sano y hermoso, alegre y encantador y que fue uno de los mejores alumnos de su clase. Y luego de examinar cuidadosamente cada pensamiento y en forma separada, y ya lejos de la agonía de esos dos años recién pasados, finalmente hablé:

—Deseo con todo mi corazón que ellos hubieran hecho eso. Deseo con todo mi corazón que la única parte de Arturito que aún vivía, realmente vivía, hubiera sido aprovechada para dar vida a otra persona. En vez de eso, lo arrancaron de la muerte sólo para sumirlo en otra muerte.

Ana me miró y movió sus labios como para hablar y luego los cerró de nuevo. Al poco rato se levantó, diciendo:

—Bueno, es hora de que me vaya y creo que también es tiempo para que tú partas a tu oficina.

Sí, era hora de irme a la oficina. Hora de dejar esa casa vacía y llena de resonancias y que una vez había sido un hogar lleno de alegría. Hora de terminar esta historia y decir que supongo que la moraleja de ella —aunque no creo que haya moraleja— es: nunca pidan a Dios nada a la ligera, pues El se lo puede conceder. ♥♥

CONFIDENCIAS del cielo

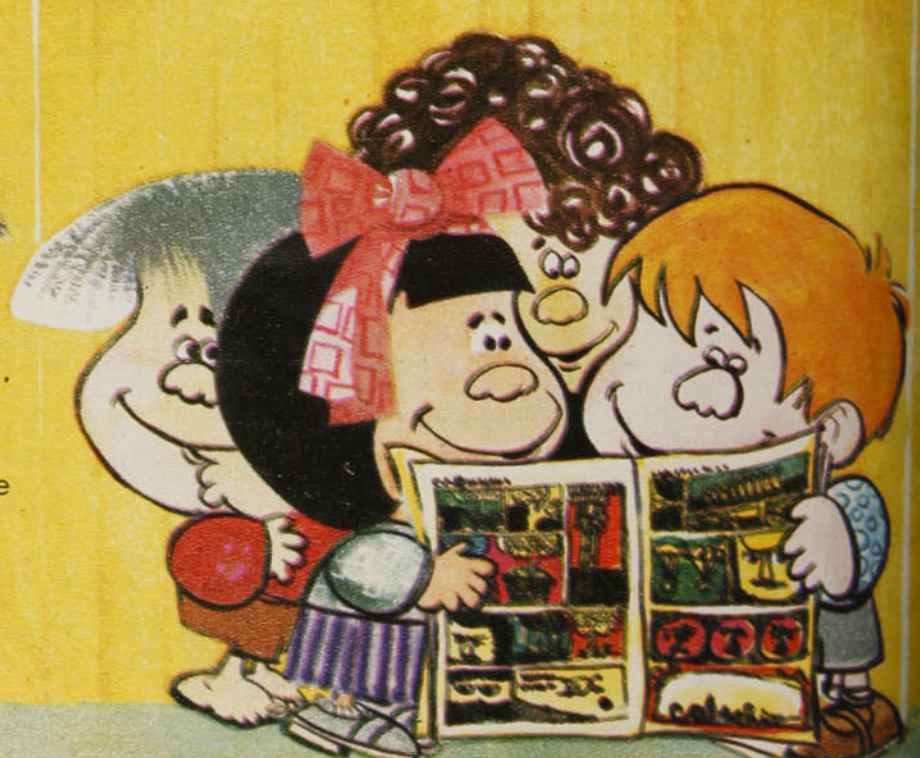
SEMANA DEL 7 AL 13 DE SEPTIEMBRE

ARIES (21 marzo a 20 abril)	**TAURO** (21 abril a 21 mayo)	**GEMINIS** (22 mayo a 21 junio)	**CANCER** (22 junio a 22 julio)
◆ **TU SUERTE:** Día lunes. Color rosado. Número 6.	◆ **TU SUERTE:** Día jueves. Color magenta. Número 4.	◆ **TU SUERTE:** Día domingo. Color turquesa. Número 8.	◆ **TU SUERTE:** Día viernes. Color diamante. Número 1.
TU CORAZON	En familia se creará un clima de tensión a causa de un malentendido. Alguien deberá ceder dominando su carácter.	Elige con cuidado las personas que frecuentas. No olvides que una mala reputación puede perjudicarte en todo sentido.	Hay algo que falta en tu vida sentimental y es la sinceridad contigo misma. Deja de correr tras fantasías y pon los pies en la tierra.	Sería conveniente que te mostraras más paciente y afectuosa con tus parientes, especialmente si son de edad avanzada.
TU TRABAJO	Semana tranquila, de poca actividad. Los días serán rutinarios y hasta posiblemente aburridos. Haz planes para que salgas de ese ritmo.	Un nuevo período está pronto a iniciarse. Sería el momento de estudiar un cambio de sistema de vida y de actividad.	El ritmo de trabajo tiende a disminuir. Aprovecha el tiempo disponible en alguna distracción como la practica de algún deporte.	Usa tu imaginación e iniciativa en lo que se te manda a hacer y no esperes que todo te lo digan. Eres demasiado capaz por ti sola.
TU SALUD	Tu alimentación debe ser completa si quieres tener energías para trabajar. No te prives por completo de ciertas cosas, sino con medida.	Tu organismo tiende a recuperar su equilibrio después de la serie de malestares que has tenido. No cometas imprudencias.	Trastornos digestivos pueden producirte serias molestias. Trata de comer más lentamente y a horas más regulares.	Disminuye o suprime de tus comidas las sustancias demasiado irritantes, como especias, alcohol, café.
LEO (23 julio a 22 agosto)	**VIRGO** (23 agosto a 22 septiembre)	**LIBRA** (23 septiembre a 22 octubre)	**ESCORPION** (23 octubre a 22 noviembre)
◆ **TU SUERTE:** Día jueves. Color armiño. Número 6.	◆ **TU SUERTE:** Día miércoles. Color azul. Número 4.	◆ **TU SUERTE:** Día sábado. Color amarillo. Número 8.	◆ **TU SUERTE:** Día jueves. Color verde. Número 6.
TU CORAZON	El amor tiene por cierto una gran importancia en la vida del hombre, pero piensa que no es su única meta o ideal. Reflexiona.	Por un tiempo manténte en un plano más frío con tus amigas y no les confíes tus preocupaciones y problemas íntimos.	Es posible que tus dudas no sean infundadas, sin embargo debes asegurarte perfectamente antes de tomar cualquier decisión.	La monotonía se verá interrumpida por un acontecimiento realmente insólito. Prepárate para cualquier sorpresa.
TU TRABAJO	Las cosas se presentan favorables. Es el momento de poner en práctica ese plan. Cuidado en la elección de tus colaboradores.	En cuanto a tus problemas de trabajo consulta con alguien que te merezca confianza, pero no permitas que te presionen. Decide tu sola.	No tengas miedo de iniciar pequeños trabajos en tu hogar. Posees cualidades y habilidad manual como para conseguir tu propósito.	Mucha prudencia y diplomacia deberás emplear en estos días, tanto con tus superiores como con las personas que dependen de ti.
TU SALUD	Nervios algo alterados que pueden llegar a ser una amenaza para tu salud si no son atendidos a tiempo.	Riesgo de intoxicación que podría ser causada por pescados o mariscos en mal estado. Mucha prudencia en caso de comerlos.	Tu organismo necesita más actividad para mantenerse en forma. Tu sistema de vida te está transformando en un ser débil y frágil.	No tomes por cualquier dolencia remedios recetados por ti misma. A la larga pueden perjudicar tu salud e incluso no hacerte efecto.
SAGITARIO (23 noviembre a 21 diciembre)	**CAPRICORNIO** (22 diciembre a 19 enero)	**ACUARIO** (20 enero a 18 febrero)	**PISCIS** (19 febrero a 20 marzo)
◆ **TU SUERTE:** Día lunes. Color café. Número 7.	◆ **TU SUERTE:** Día sábado. Color naranja. Número 2.	◆ **TU SUERTE:** Día martes. Color gris. Número 7.	◆ **TU SUERTE:** Día miércoles. Color morado. Número 9.
TU CORAZON	Tu afán de lucirte y parecer superficial puede ser la causa de que no se profundice ese nuevo sentimiento. Sé más natural.	Te sentirás especialmente alegre después de superar un período de ciertas tensiones. Clima de total armonía en familia.	Ten mucho cuidado en lo que a tu comportamiento se refiere. Es posible que estés siendo puesta a prueba. Usa la astucia.	Descubrirás el sistema preciso para que esa persona que tanto te interesa te revele sus sentimientos reales.
TU TRABAJO	Cumple escrupulosamente con tus obligaciones y sé especialmente amable con tus compañeros. Atraviesas una etapa decisiva en tu trabajo.	El trabajo ocupa parte del día en tu vida; no lo consideres como un fardo, sino que tómale cariño y como algo que es tuyo.	Puede desilusionarte el resultado de un proyecto en el que habías puesto tal vez demasiadas esperanzas. No te desalientes.	Tendrás concretas posibilidades de aumentar tus entradas, siempre que reflexiones antes de tomar cualquier determinación.
TU SALUD	Te sientes muy deprimida y a veces no tienes ganas de vivir. Piensa que la vida comienza mañana y que es demasiado maravillosa.	Tienes gran propensión a los resfríos e irritaciones de garganta. Deberás tomar todo tipo de precauciones para evitar contagios.	Por razones de salud y estética deberás controlar en forma más estricta tu alimentación. No cedas a las tentaciones.	Es absolutamente necesario que evites los esfuerzos, y por ningún motivo llegar al agotamiento. Necesitas descanso.

A MI TAMBIEN ME GUSTA LEER LA REVISTA

cabrochico

A TODO COLOR
sus historietas de acción... sus cuentos infantiles dibujados...
Y ME ENTRETENGO
recortando y pegando y por supuesto armando el rompecabezas
MI PAPA LEE
El suplemento dedicado a los adultos.

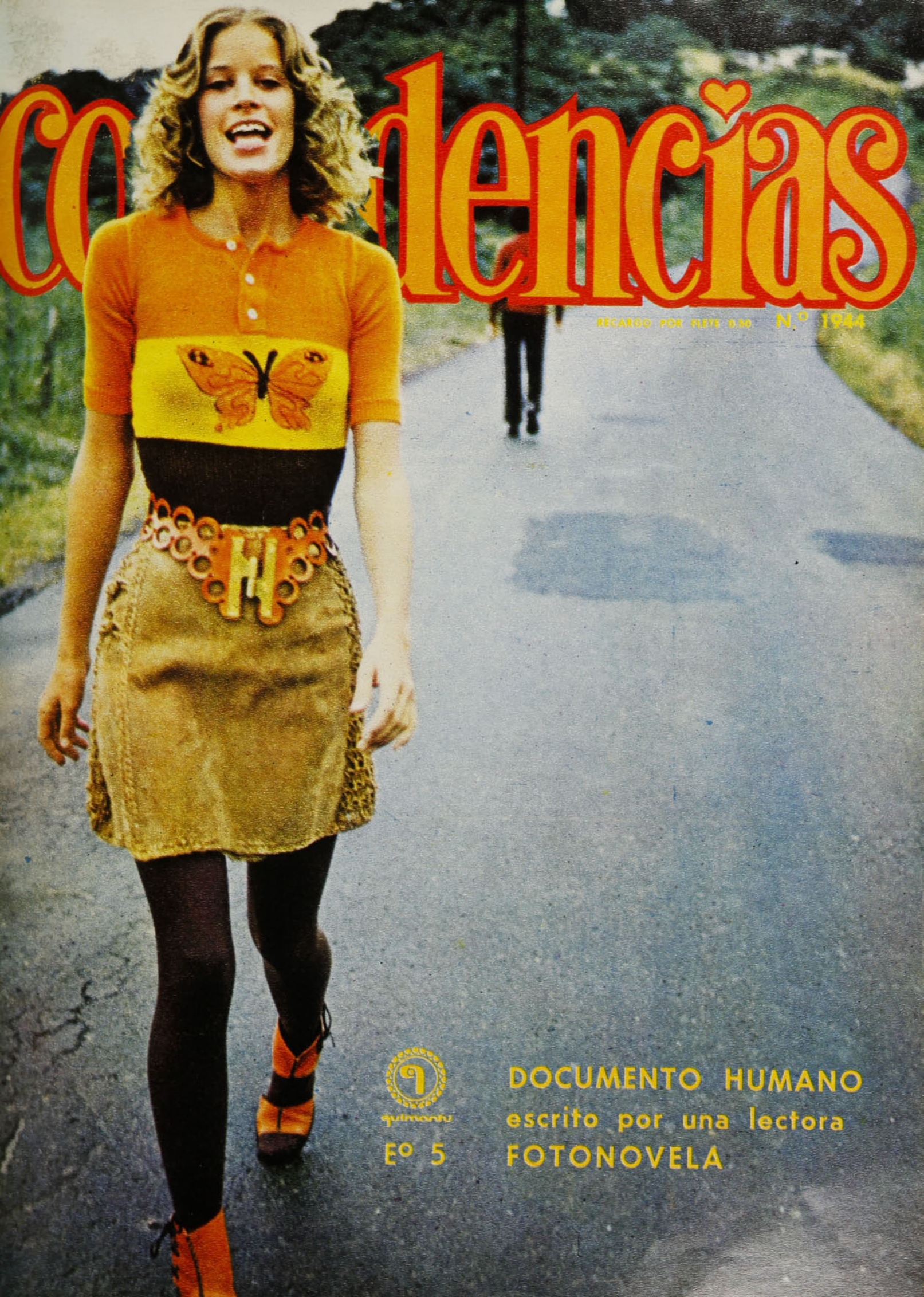


revista
cabrochico

Por fin una revista infantil que de verdad es para los niños.

aparece los viernes
cada 15 días Eº 3.50

producida por quimantú
una Empresa de los trabajadores


co dencias
RECARGO POR FLETE 0.50
N.º 1944
quimantú
Eº 5
DOCUMENTO HUMANO
escrito por una lectora
FOTONOVELA

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

Resumen de lo publicado:

JUDITH MARLOWE se sintió siempre culpable respecto a su prima GISELLE. Cinco años antes, Giselle se había enamorado locamente de un piloto de aviación danés, NIKKI. Por su parte, Judith creía estar enamorada de ALAIN BRETT y cuando Alain pareció interesarse en Giselle, Judith, celosa, alentó a su prima para que huyera a Dinamarca y fuera a encontrar a Nikki. Pero Giselle halló la muerte en un choque de trenes cuando iba al aeropuerto de Londres. Para aumentar los sentimientos de culpabilidad de Judith, el enamoramiento que creía experimentar por Alain se evaporó de la noche a la mañana.

Giselle había vivido con su abuela, que era también la tía abuela de Judith, VERA MARLOWE, de soltera Vera Halvorsen. Después de la muerte de Giselle, Judith visitaba a menudo a la anciana y, esencialmente vanidosa, ésta le hablaba siempre de los años de su juventud, cuando perteneció al Ballet de Dinamarca.

Al morir la tía Vera, Judith heredó su casa y todos los bienes que quedaron después de pagar sus deudas. Pero ella prefería no haber resultado heredera de aquello que debió pertenecer a Giselle. Siguiendo las instrucciones del abogado, registró los documentos del escritorio de su tía, esperando encontrar un nuevo testamento. No había ninguno. Judith, en la vieja casa, se sentía como cogida en una trampa.

CAPITULO II

CON el transcurrir del tiempo Judith consiguió olvidar el daño que había hecho a Giselle, o al menos, sólo lo recordaba a veces, con tristeza y cierta vergüenza. Pero si la herencia que debió ser de Giselle tenía que pertenecerle ahora efectivamente a ella, entonces no podría olvidar en el resto de sus días la responsabilidad que le cabía por la muerte de su prima. Este pensamiento se negaba a abandonarla mientras seguía sentada frente al escritorio de su tía, con un manojo de llaves en la mano.

Cada una de las llaves llevaba marcado su destino con una etiqueta de marfil. En una de éstas leyó la palabra JOYERO. ¡Naturalmente! Debió pensarlo, las bandejas inferiores de un joyero eran el lugar más probablemente elegido para ocultar un documento importante. Al levantarse de un salto para ir al dormitorio de la tía Vera en busca del joyero, Judith sonreía. ¡Cómo se habría sorprendido el abogado si supiera que ella todavía abrigaba la esperanza de perder el legado!

Uno de los cajones del peinador estaba con llave. La llave que lo abría era la única que no llevaba etiqueta. Lo abrió y retiró de su interior el joyero. Contenía el anillo de compromiso de la anciana, un broche de diseño antiguo y algunas otras joyas, pero ningún testamento.

Decidió que sería mejor llevar esas alhajas a la oficina del abogado. ¿Le pertenecerían ahora a ella?, se preguntó Judith. Al parecer no existía otro lugar que pudiera ocultar nada, ni en el dormitorio de la tía Vera o en ninguna otra parte.

Cuando abrió el ropero, salió de su interior olor a ropa guardada. Toda la ropa de la tía Vera había sido lavada con regularidad y meticulosamente guardada. Pero el olor de la muerte ya las había invadido.

Judith decidió vaciar y desocupar el armario y también los cajones del tocador. Pensó que debería buscar un cajón, un baúl viejo o algo así para colocar adentro toda esa ropa. Luego telefonearía a alguna institución de caridad para que vinieran a recogerla.

Al lado de la puerta principal había un cuartito que siempre había servido para guardar maletas. Hacía años que Judith no había entrado en él y ahora no recordaba lo que contenía, pero con seguridad

VISITACION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
13 SET. 1971
DEPOSITO LEGAL

podría encontrar allí una especie de cajón.

La puerta del cuartito estaba cerrada con llave. Tuvo que volver a la cocina y buscar la llave, que se encontraba con las demás sobre la mesa de la cocina. Le costó trabajo hacerla entrar en la cerradura, como si la puerta no hubiera sido abierta en los últimos años. Cuando por fin consiguió abrirla, le dio en la nariz el mismo olor a polvo y a encierro que había respirado en el guardarropa.

El sol de la mañana entraba por la única ventanita del cuarto, con sus vidrios a medias, oscurecidos por el polvo acumulado en ellos. Hacía largo tiempo que nadie había entrado allí ni se había ocupado en limpiar los vidrios. Probablemente nadie necesitó entrar, pensó Judith. Lo único que había en el cuartito era algunos baúles y maletas apiladas unas sobre otras.

JUDITH comenzó a abrir los baúles, retirándolos uno por uno de la muralla. Algunos tenían grabadas sobre la tapa las iniciales de su tío abuelo. Uno o dos tenían aspecto extranjero, como si la tía Vera los hubiera traído cuando llegó por primera vez a Inglaterra. Todos eran sólidos y pesados. Cuando Judith los arrastró, se imaginó que estarían llenos de cosas hasta el tope, pero al abrirlos los encontró vacíos.

Encontró uno un poco más liviano, que pensó poder arrastrar con relativa facilidad hasta el dormitorio de la tía Vera. Estaba algo apartado de la muralla y cuando lo retiró un poco más y lo abrió, vio que contenía un maletín con cerradura de metal, que indudablemente era muy liviano y estaba casi sin uso.

El cierre, de metal ordinario, cedió con facilidad. Este maletín estaba lleno y en realidad aparecía cuidadosamente empacado, como para un viaje. Contenía la ropa interior, los cosméticos y las pertenencias de una muchacha joven.

Era el maletín de Giselle, aquel que había mostrado secretamente a Judith, y que ocultaba bajo su cama. Era de material ordinario y Judith no lo habría reconocido de nuevo; pero ese vestido sí lo reconocía porque había acompañado a Giselle cuando lo compró. Era barato, como el maletín, con grandes cuadros oscuros sobre un fondo pálido y un cinturón de cuero negro colgaba de las presillas de la cintura.

Lo recordó bien ahora porque en esa oportunidad había tratado de disuadir a Giselle para que no lo comprara. Le había dicho que era demasiado llamativo. Suponiendo que alguien la persiguiera de su arrancada para obligarla a regresar... podría ser fácilmente ubicada.

Todo el mundo, pensó ahora sombríamente, hasta la tía Vera, tiene algo que esconder, algo en lo que no se quiere pensar. El maletín debió ser hallado en el lugar del accidente del ferrocarril, y lo habrían remitido a la tía Vera. Evidentemente se salvó del incendio declarado después de la colisión, porque aparecía como nuevo.

Con su aspecto inocente, virginal, la vista de ese maletín debió partir el corazón de la tía Vera. De no ser así, ¿por qué guardarlo bajo llave sin ni siquiera vaciarlo?

Judith se inclinó para guardar nuevamente el vestido a cuadros pensando en cerrarlo y entregarlo todo junto con la demás ropa que pensaba regalar. Al hacerlo palpó algo duro entre los pliegues de la ropa doblada y descubrió la cámara fotográfica de Giselle, y algo más. Debajo de la cámara se encontraba el pasaporte de su prima, al parecer sin uso.

Se enderezó, balanceando el pasaporte en su mano, reflexionando. ¿No era algo que se suponía debía devolverse a la oficina de pasaportes? El timbre dorado con el escudo de armas de la nación se destacó al reflejarse sobre él la luz polvorienta del sol que entraba por la ventana. Abrió mecánicamente al pasaporte, miró la fotografía de Giselle y hojeó distraídamente las páginas siguientes.

Pero no estaban todas en blanco, como se suponía que debían estarlo. Las palabras impresas en una página con tinta azul saltaron a su vista:

"Indrejst den 5 Mai 1965. Rigspolitiet. Denmark."

En el primer momento el significado de las palabras no habló a su conciencia. Y en todo caso desconocía el idioma danés. Pero ahí había una fecha. En realidad, no podía tener importancia, ya que Giselle, por supuesto, nunca pudo llegar a Dinamarca.

Se encontraba viajando a Londres para tomar el avión a Copenhague en el aeropuerto londinense cuando ocurrió el accidente. Uno de los vagones se desrieló incendiándose a continuación y Giselle, atrapada junto a los otros pasajeros en ese vagón, pereció carbonizada.

"Indrejst den 5 Mai 1965. Rigspolitiet, Denmark." Parecía ser una visa de entrada, pero no podía ser. El accidente había tenido lugar ese mismo mes, en mayo de 1965. Judith no pudo recordar la fecha exacta. En ese tiempo ella se encontraba enferma con un fuerte ataque de influenza, lo cual le impidió asistir al funeral. Recordó que todo el mundo le había dicho: "¿Cómo conseguiste pescar una influenza en pleno mes de mayo?"

Abandonando rápidamente el cuartito y llevándose la cámara y el pasaporte, Judith se dirigió al salón. Más adelante decidiría cuál era la manera correcta de proceder respecto al pasaporte. Miró el indicador de la cámara. Había un rollo de película en ella y el marcador señalaba el número cinco. Ya habían sido tomadas cuatro fotografías.

El reloj de la chimenea dio la campanada de la una y Judith se dio cuenta de que tenía hambre.

La carne fría que mencionara Matty al salir, en realidad no la atraía. Además, había algo que deseaba hacer en el centro.

Se lavó las manos, renovó su maquillaje y salió de la casa, llevándose la cámara de Giselle.

EL centro comercial estaba a la vuelta de la esquina. Varias de las tiendas cerraban entre la una y las dos. Habría tenido tiempo para ir a su casa y prepararse algo caliente y reconfortante para comer, por ejemplo, una tortilla. Pero en vez de hacerlo se dirigió al pequeño restaurante italiano que a la tía Vera le había gustado frecuentar.

Judith iba también allí a veces, con sus amigos. El jefe de camareros la saludó con gesto radiante, retiró una silla para ella y recibió su pedido. Judith comió despacio, tomándose su tiempo. Cuando vio en su reloj que eran las dos, pidió la cuenta, salió del restaurante y se encaminó hacia la tienda que vendía artículos fotográficos.

La oficina local de turismo estaba al lado de ésta. Un cartel en su ventana decía: **"¡Venga a Dinamarca!"** Judith lo miró al pasar. ¿Otra coincidencia? ¡Qué idea! Un cartel como ése podía verse en todas partes, mostrando a la sirenita sentada sobre su roca, con la cabeza vuelta hacia el mar.

Sólo que, por primera vez para Judith, la cabeza de bronce pare-

cía volverse para ocultar un secreto.

Empujó la puerta de la tienda vecina y colocó la cámara sobre el mostrador.

—Hay una película dentro de esta cámara. Se tomaron algunas fotografías y creo que el rollo ha estado ahí durante cinco años. Me gustaría desarrollar la película, si es posible.

El dependiente cogió la cámara, preguntando:

—¿Cuánto tiempo dice usted que ha estado colocada la película?

—Alrededor de cinco años.

JUDITH salió de la tienda y comenzó a caminar lentamente de regreso hacia la tranquila calle donde había vivido la tía Vera. Un automóvil de carrocería larga y baja estaba aparcado justo en la esquina. Aparte de esto, todo el sector parecía desierto, sumido en la siesta de mediodía.

Era como la calle de un sueño. Al llegar a la verja de la casa de tía Vera, se sintió realmente aliviada al ver por fin a un ser humano: un hombre estaba en las gradas junto a la puerta de entrada, con su mano en el timbre.

Cuando la sintió acercarse, el hombre dio media vuelta. Era alto, moreno, y representaba unos treinta años. Le dijo:

—¡De modo que ha llegado, por fin!

—¿Qué quiere decir?

—Usted es pariente de la señora Marlowe, ¿verdad? ¿La que está a cargo de la casa? La empleada me dijo que regresara para verla.

Entonces Judith recordó.

—Por supuesto. Ella me dijo que usted vendría. Desea hacerme unas preguntas sobre mi tía abuela, ¿no es eso? Para su periódico.

Judith colocaba la llave en la cerradura mientras hablaba. El no respondió, pero la siguió por el estrecho pasillo hasta el salón de la tía Vera.

—Siéntese —ofreció Judith—. No es mucho lo que puedo decirle acerca de su carrera de bailarina. Renunció a ella, como probablemente debe saber, cuando se casó. Pero hay un álbum de recortes de periódicos.

¿Dónde había dicho la tía Vera que guardaba el álbum? ¿En un cajón de su escritorio? Judith abrió los cajones del escritorio, uno tras otro, consciente de que él estaba ahí, observándola.

—¡Aquí está! —exclamó.

Abrió el álbum mientras hablaba y se lo tendió. Ambos vieron que todos los recortes estaban escritos en danés y que al parecer el nombre de la tía Vera no figuraba en los titulares. Había una o dos fotografías mostrando grupos en los cuales indudablemente ella estaba incluida.



● **El pasaporte completamente nuevo de Giselle estaba en el maletín; Judith lo sacó.**

Judith cerró apresuradamente el álbum y se acercó a la chimenea.

—Aquí tiene una fotografía de ella, mucho mejor, en su papel favorito: El Reflejo en el Espejo, del ballet "La Ventana".

Le tendió la fotografía. El dejó el álbum para recibirla, pero sólo concedió a la fotografía una mirada superficial.

—¿Le gustaría tal vez usarla para ilustrar su artículo? ¿O considera que está demasiado ajada? —preguntó Judith.

—Bueno...

—¿Es usted periodista? —preguntó de pronto Judith.

Porque solamente en este momento se le ocurrió la idea de que Matty pudiera haberse equivocado al atribuir tal profesión al joven.

El la tranquilizó, asintiendo.

—Mi nombre es David Godard.

Sus ojos eran oscuros y su mirada vivaz y de pronto relampaguearon como si celebraran un chiste secreto. Quizás la estaba encontrando demasiado ansiosa por la publicidad. Judith pensó que debería corregir esa impresión, dando a la entrevista un aspecto más formal.

—¿Cuál es el nombre de su periódico? —inquirió.

—Es el "Sun-Express" —respondió él.

Nuevamente estaba ahí ese inexplicable brillo de diversión en sus ojos. Tal vez para ocultarlo, el joven volvió la cabeza y apoyó sus manos sobre el manto de mármol de la chimenea.

—¿Es ésta su nieta, la que murió en un choque de trenes? —preguntó.

Había cogido la instantánea donde aparecían las dos muchachas, Giselle y Judith, y la examinaba dándole la espalda.

—Eso no tiene nada que ver con la carrera artística de mi tía —dijo Judith con firmeza—. Yo... detesto el sensacionalismo.

Se volvió a mirarla, con la pequeña fotografía en la mano.

—Lamento haberla molestado. Por supuesto que no se menciona-

rá la tragedia. Eso se lo prometo.

—Gracias.

Entonces Judith pudo hablar con más serenidad, y pensar también más serenamente.

—¿Cómo supo lo de mi prima? —preguntó—. Creía que a los periódicos sólo les interesaban las noticias recientes.

—Oh, fue muy sencillo. Cuando leí la noticia del fallecimiento de su tía abuela, naturalmente revisé nuestros archivos para buscar algunos hechos que pudieran ser de interés. Se mencionaba su nombre dando evidencias de una identificación.

—Sí, comprendo.

—¿No le molesta, entonces, que le pregunte si era ésta su prima?

—De ningún modo. Sí, ésta es ella.

Señalaba la figura al lado derecho en la instantánea.

—Hoy me sentí algo impresionada, cuando encontré el maletín de viaje de Giselle. Fue cuando entré al cuartito de las maletas, para buscar un cajón que necesitaba. Fue terrible ver sus ropas, hasta su pasaporte...

—Me lo imagino. Lo lamento. ¿Iba ella a visitar a algunos amigos?

—Sí. Es decir...

Judith vaciló un instante, antes de continuar:

—Se había fugado. Creo que la tía Vera ni siquiera supo que ella viajaba en ese tren, hasta que la llamaron para identificarla.

El volvió a colocar la fotografía sobre la chimenea.

—¿Hacia dónde iba huyendo?

—Iba a Dinamarca, a reunirse con el hombre de quien estaba enamorada —dijo Judith.

Pensaba que seguramente ahora no le haría daño a nadie al contarlo. Se preguntó de pronto si debería o no decir más cosas a este desconocido. Pero él parecía simpático y amistoso; inteligente además, y perspicaz. Súbitamente se decidió a confiar en ese muchacho.

Levantando de la mesa el pasaporte de Giselle, se lo tendió.

—Yo le presté a mi prima el dinero para el viaje. Ella me había hecho confidencias. Tuvo que sacar un pasaporte, por supuesto, porque nunca había viajado al extranjero. Y ahora, le ruego..., ¿quiere mirar esto y decirme lo que puede significar?

Estaba abierto en la página que llevaba el timbre de la visa de entrada danesa. El la miró atentamente.

—5 de mayo —dijo—. Y el accidente del tren fue el 12 de mayo. Seis días después.

—¿A qué se debe esto? ¿Lo sabe usted?

Judith lo miraba ávidamente. Todas sus sospechas volvían a despertar.

—Le he dicho que leía todo lo relacionado con **Madame** Vera, hace sólo algunos días. En las bibliotecas de los periódicos archivan este tipo de informaciones, sabe, tratándose de personas más o menos conocidas.

—Sí, desde luego. Comprendo que usted tuvo que informarse bien. Bueno, tal vez la visa fue puesta en el pasaporte por error.

Sabía que lo que estaba diciendo era una tontería; hablaba solamente para disimular la molestia de haber dudado de él. Pero el muchacho desestimó su observación limitándose a decir:

—¿Usted no vio a su prima antes de que se marchara?

—No, estaba enferma. Un ataque de influenza.

—Lo pregunto, porque ella pudo haberse ido antes a Dinamarca, el día cinco, como lo menciona el timbre de la visa.

—¿Y haber regresado después, quiere decir? Naturalmente que pudo hacerlo, mientras yo estuve enferma, pero ¿para qué? A menos que Nikki, el hombre de quien estaba enamorada, no quisiera casarse con ella después de todo. En ese caso no habría tenido dónde ir, excepto regresar acá. Y entonces, posiblemente él haya cambiado más adelante de opinión haciéndola llamar o enviando a buscarla. Todo esto me parece demasiado raro.

DAVID Godard seguía hojeando el pasaporte, como si buscara algo. Luego dijo:

—¿No sería posible que usted ubicara a ese Nikki, para preguntarle?

Judith hizo un gesto negativo.

—¿Después de cinco años? No lo creo. Y además, no conozco su apellido o si alguna vez lo supe, lo olvidé. Ignoro su dirección. Sé que Giselle solía escribirle por intermedio de una muchacha danesa que estuvo alojada un tiempo en casa de tía Vera y después regresó a Copenhague.

—¿Tiene la dirección de esa señorita? ¿Recuerda su nombre?

—Sí, ella se llama Inge Schall. Supongo que su dirección estará en la agenda de tía Vera. ¿Por qué?

David se encogió de hombros.

—¡Oh! —dijo en tono casual—. Valdría la pena que trajera la agenda y la buscáramos. Si su prima Giselle estaba en contacto con ella, seguramente pensaba visitarla al llegar allá.

—Todo eso sería perder el tiempo —dijo Judith con impaciencia—. Giselle ha muerto. ¿Qué importa ahora?

El le devolvió el pasaporte.

—¿No notó ninguna otra cosa que le pareciera rara?

Judith recibió el pasaporte, pero parecía perpleja y no se molestó en abrirlo de nuevo.

—¿En esto? No. Excepto la visa de entrada, que puede haber sido un error.

—En tal caso, se equivocaron dos veces. Porque no hay visa de salida. Busque usted misma.

Tenía razón. Judith ya lo sabía, pero el significado de este detalle se le había escapado hasta entonces.

—Alguien pudo haber destruido la página —sugirió.

—No hay señales de tal cosa.

—¿Entonces, ¿qué significa?

David dijo lentamente:

—Podría significar que su prima Giselle llegó a Dinamarca el 5 de mayo de 1965 y que nunca regresó.

Por un momento, Judith se sintió lo bastante aturdida como para no tomar en serio la sugerencia. Luego dijo:

—¡Qué ridículo! Si su propia abuela identificó el cadáver...

—No deseo ser desagradable, pero cuando los cuerpos están quemados y desfigurados en los accidentes, los parientes muy próximos a menudo se resisten a examinarlos muy de cerca. Prefieren facilitarse la tarea reconociendo ropas u objetos personales; como equipaje, por ejemplo.

Judith pensó en el acto: "¡La maleta!" Indudablemente era la de Giselle, conteniendo todavía su ropa tal como ella la había empacado, pero luciendo un aspecto curiosamente nuevo. Sin el menor daño.

—¿De qué se trata? —inquirió David—. ¿Qué piensa?

Había estado observando su expresión. Judith le contó lo del maletín de viaje, agregando:

—Yo habría creído que la maleta debería estar dañada o al menos abollada por haber sido lanzada lejos, de modo que no la alcanzó el fuego. Pero parece casi nueva.

—¿Tal vez la señora Marlowe compró una nueva para guardar la ropa?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa la tía Vera si ni siquiera pudo pensar en deshacerse de las ropas, o regalarlo todo? Y en todo caso, si lo hubiera hecho, no habría conservado también el pasaporte. No, ella guardó el maletín tal como se lo entregaron, sin ni siquiera abrirlo.

—Sigo pensando en que valdría la pena ir a Dinamarca para tratar de ponerse en contacto con esa amiga de su prima:

—No veo cómo... y además, no tengo tiempo para perder en una búsqueda inútil. Tengo una ocupación, como sabe.

—Pero ahora está de vacaciones, ¿no? La sirvienta me dijo que las había tomado para ocuparse de liquidar esta casa.

—Creo que Matty habla demasiado —dijo Judith, molesta.

—¿Sería impertinente de mi parte preguntar quién es ahora el propietario de esta casa?

—Soy yo. Ahora, temo que...

Judith hizo un movimiento como para levantarse sugiriendo que daba por terminada la entrevista.

—Está bien —dijo él.

También se dirigía hacia la puerta, pero el tono de su voz se había hecho deliberadamente liviano, casi indiferente.

—Estando de vacaciones —insistió— puede disponer de tiempo para ocuparse de las cosas, ¿no es así? Tómese unos pocos días libres, para su propia satisfacción. Vi que hay una agencia de viajes, justo al doblar la esquina.

Súbitamente, Judith perdió el control.

—¡Oh! —gritó—. ¿De qué serviría? Giselle está muerta... ¿Comprende? ¡Ella ha muerto!

Ya en la puerta, David se volvió envolviéndola en una larga mirada. Cuando habló de nuevo, su tono había cambiado.

—Ya que usted lo quiere así... —dijo al salir de la casa.

Judith lo miró alejarse. Ese hombre pensaba. No se parecía a ningún otro de los que había conocido.

JUDITH, con las mejillas ardiendo, regresó rápidamente al escritorio de la tía Vera y buscó en los cajones la agenda de direcciones de la anciana. Su dedo índice recorrió las páginas con la letra "s". Ahí estaba. Inge Schall, c/o Christensen, Nilsgade 113, Copenhague.

La tinta de la escritura estaba desteñida. La dirección había sido anotada varios años antes, probablemente cuando Inge recién llegó a la casa. Y la tía Vera no se había molestado después en comunicarse con ella, ya que en realidad nunca ambas simpatizaron mucho. Con seguridad, Inge ya estaría casada o se habría mudado de dirección desde hacía tiempo.

Una lástima. Sin embargo, era posible ubicar el paradero de las personas partiendo de una dirección antigua. Lo que había dicho ese hombre, David Godard, era cierto. Al menos en el sentido de que si Giselle había estado en Copenhague alguna vez, tendría que haber visto a Inge.

Entonces, si Inge no la había visto en Copenhague, quería decir que Giselle nunca llegó allá. Había muerto en el accidente y Judith seguiría siendo en parte responsable.

Miró su reloj, pero ya era demasiado tarde para ir a la oficina de viajes. Todas las tiendas y negocios debían haber cerrado sus puertas. Continuó revisando y ordenando metódicamente las cosas que había dejado su tía Vera. Cuando terminó de limpiar todos los recovecos del escritorio, se había hecho de noche. Corrió las cortinas de las ventanas y encendió la luz en el porche de entrada, para cuando llegara Matty.

Cuando escuchó el rumor de la llave en la cerradura, salió a recibir a Matty.

—No entré a su pieza, Matty. Pensé que preferiría ver las cosas allí usted misma.

—Indudablemente —respondió la sirvienta.

Matty entró directamente a la cocina y puso la tetera a hervir para preparar una taza de té. Judith la siguió.

—¿Volvió aquel joven para hacer preguntas? —preguntó Matty.

—¿El periodista? Sí, estuvo aquí.

—Si acaso es un periodista. Eso creí yo al principio. Pero ahora estoy recordando su ropa.

—¿Su ropa? —preguntó Judith, extrañada.

—Sí, un terno algo viejo, pero bien cortado, por un sastre de primera clase, diría yo.

Judith trató de disimular una sonrisa. Matty siempre juzgaba a las personas por la clase de ropa que llevaban.

—Quizás sea alguien venido a menos. O uno que tuvo un repentino impulso derrochador —sugirió.

—Y sus zapatos, ¿se fijó? Hechos a mano, si no me equivoco. ¿Quién oyó hablar alguna vez de un reportero que usara calzado hecho a mano?

Matty escanció el agua hirviendo en la tetera del té y mientras se cargaba la infusión, sacó taza y platillo del aparador.

—¿Quiere que le sirva una taza? —ofreció a Judith.

—No, Matty, gracias... Matty, quiero preguntarle algo... ¿Estuvo **Madame** Vera muy afectada cuando le pidieron que identificara a Giselle? ¿Lo recuerda usted bien?

La criada sirvió el té para ella, bebió un sorbo y miró suspicazmente a Judith por sobre el borde de la taza. Luego respondió:

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Por qué quiere saberlo?

—Oh, no sé, se me ocurrió preguntarlo..., debe ser porque estuve ordenando sus papeles y recordando la tragedia. ¿Estuvo la tía Vera completamente segura?

—¿Completamente segura... de qué, señorita Judith?

—De que... efectivamente se trataba de Giselle.

—¡Vaya pregunta! Por supuesto que sí. De no ser así, ella no se habría puesto en el estado que se puso. Vinieron a buscarla aquí, sabe, se la llevaron y volvieron a traerla de regreso. La policía. Cuando volvió, estaba blanca como un papel y temblaba entera. ¡Le aseguro que no estaba haciendo teatro esa vez!

—Matty, escúcheme, por favor. Trate de recordar. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero ¿no había hecho Giselle, por algún motivo, un viaje a Dinamarca... anteriormente, quiero decir... antes de este otro viaje?

La sirvienta la miró, sin comprender.

—¿Cómo pudo llegar allá, si se mató en el camino? —dijo.

Judith trató de dominar su irritación y permanecer tranquila.

—Entonces, Giselle no viajó, de ninguna manera. ¿Estuvo aquí en casa, tranquila, con **Madame**, hasta el día en que se marchó para tomar ese tren?

—Que yo sepa, así fue. ¿Dónde más iba a estar? Pero yo había ido de vacaciones en esa época. Regresé el mismo día del choque de trenes. Había estado visitando a mi hermana.

Matty no sabía entonces, realmente, lo que había sucedido en los últimos días de la vida de Giselle, entre el cinco y el doce de



mayo. Parecía fantásticamente increíble que ella pudiera huir para regresar y otra vez volver a huir. Pero no imposible. Pudo haberlo hecho, sin que Matty lo supiera.

—¿Tiene usted la dirección de Inge Schall, Matty?

Se le había ocurrido que posiblemente Matty conociera una dirección más reciente de la muchacha danesa. Pero Matty hizo un gesto negativo.

—La tuve, por algún tiempo. La verdad es que fui yo la que tuvo que escribirle respecto a la muerte de Giselle. **Madame** no podía, no estaba en condiciones de escribir cartas. Pero hace mucho tiempo que perdí su dirección.

—Según creía, Inge y usted se escribían ocasionalmente.

—Eso fue por corto tiempo, después que ella se fue. **Madame** no se molestó en escribirle. Como usted sabe, ellas no se entendían bien. Demasiado mandonas las dos para simpatizar, digo yo. Pero Inge siempre me trató bien, tengo que reconocerlo. Bueno..., en todo caso yo no creo que usted necesite molestarse en avisarle la muerte de **Madame**. ¡Estoy segura de que a ella no le importa!

Se interrumpió, para mirar con curiosidad a Judith.

—Usted está un poco pálida, creo yo. Y fatigada también. Sería mejor que se fuera a su casa, a acostarse.

—Sí, eso haré. Estuve trabajando bastante hoy día. Buenas noches, Matty.

AFUERA, en la calle, hacía frío. Judith caminó con rapidez por la calle que ahora parecía más desierta que nunca. Ahora que el coche que estuviera estacionado junto a la vereda ya no estaba.

"Ya que usted lo quiere así", había dicho él antes de marcharse. ¿Podría tener razón Matty en sus sospechas respecto al hombre que se hacía llamar David Godard? Había en él algo extraño. Ahora que volvía a pensarlo, repasando todas las cosas que habló durante su visita..., ¿qué era en realidad lo que había venido a averiguar? Apenas hizo una que otra pregunta sobre la carrera artística de la danzarina Vera Halvorsen.

Pero en cambio hizo bastantes preguntas de otro tipo. Y ambos se dejaron llevar e intrigar por la visa de entrada en el pasaporte de Giselle. Eso era todo, seguramente. Para un periodista con una mente ágil y una activa imaginación, ese detalle era seguramente suficiente para estimular su interés.

Judith entró a la calle principal, pasando frente a la agencia de viajes. La ventana de la oficina estaba ahora a oscuras, pero en su imaginación Judith creyó volver a ver el cartel con la sirena sentada en su roca. Pero la sirena ya no miraba hacia el mar. Había girado la cabeza y miraba a Judith.

¡Y el rostro de la sirena era muy parecido al de la rubia Giselle!

EL avión para Copenhague estaba semivacío cuando David Godard subió a bordo, tres días más tarde.

Sentado exactamente detrás de Judith, miró hacia abajo, las capas de nubes algodonosas sobre las cuales parecía apoyarse el avión. En pocos minutos más, justo antes de que comenzaran a descender, se deslizaría en el asiento vacío al lado de Judith. Ella no lo había divisado en el aeropuerto de Londres, porque él había tenido buen cuidado de evitar que lo viera. No debería perderla de vista una vez que llegaran a Copenhague.

Porque solamente a través de ella podría David averiguar lo que deseaba saber. Unicamente por intermedio de ella podría ponerse en contacto con Inge Schall. Se había fijado en la agencia de viajes ubicada en el centro comercial cerca de la casa de la señora Marlowe. Judith Marlowe estaba obligada a pasar frente a ella cada día cuando iba a ordenar la casa de su tía abuela.

El dependiente que atendía la agencia aceptó cooperar haciéndole saber el número de vuelo que ella seguramente iba a reservar. Su intuición le decía que Judith recogería su sugerencia de viajar a Dinamarca, y no lo defraudó.

Ahora comenzaban a perder altura, descendían. El joven abandonó su asiento, ubicándose al lado de Judith. Estaba dormitando. Se despertó alarmada y lo vio, al principio sorprendida y luego enojada. Abrió la boca para decir algo y luego volvió a cerrarla.

—Por una coincidencia —dijo él— yo también voy a Copenhague.

—¿Realmente?

—La vi cuando subió al avión. Y no quise hablarle hasta ahora porque usted podría creer que nuestro segundo encuentro no era casual sino deliberado. Y tal vez preferiría que la dejasen en paz.

Judith no le creyó una palabra.

—De todos modos es algo extraño que ambos quisiéramos volar a Dinamarca en el mismo día. ¿Por qué viaja usted allá? —preguntó Judith.

—Unas vacaciones inesperadas. Probablemente fue usted la que me puso en la cabeza la idea de ir a Copenhague.

—¿Yo?

—Sí, con toda nuestra conversación respecto a **Madame** Vera Marlowe, el ballet danés y todo lo demás. Al menos usted ya tiene amigos..., o una amiga, Inge..., no sé qué más. ¿Encontró finalmente su dirección?

Curioso, pensó Judith, que él recordara aquella superficial mención de Inge. Pero, después de todo, un reportero debe tener buena memoria para ciertas cosas. Movió negativamente la cabeza.

—¡Qué lástima! —dijo él—. Uno puede sentirse perdido en una ciudad grande como Copenhague.

"Aseguren sus cinturones, por favor, y apaguen sus cigarrillos."

la danza del espejo

El rugido de los motores se hizo más intenso. El avión se ladeó, planeando. En medio del bullicio creciente, la oyó decir:

—¿Por qué está tan interesado en Giselle? ¿Para escribir sobre el asunto en su periódico?

David levantó la vista, mirándola con sincero asombro. Judith tomó nota de la mirada, sintiéndose tranquilizada.

—¿Reactualizar un accidente ocurrido cinco años atrás? —dijo David—. ¡Por supuesto que no!

El tren de aterrizaje descendía ahora sobre la losa. Sintieron el ligero golpe cuando el avión tocó tierra y recorrió sobre sus ruedas la larga pista.

—Es Giselle la que le interesa a usted y no mi tía abuela. ¿Por qué? —preguntó Judith.

El no respondió en seguida. Se había levantado para coger el maletín liviano que dejara sobre su asiento. Con éste en la mano, se volvió a Judith.

—Puede ser que le diga por qué, si usted me cuenta sus propios motivos para venir a Dinamarca. Yo sé que tiene algunos.

Mientras hablaba se apartó para permitirle colocarse en la cola de pasajeros que descendía del avión.

La única maleta que Judith traía fue rápidamente despachada en la Aduana. El debió tomar un taxi o subir al bus del aeropuerto para ir al centro de la ciudad, porque no pudo verlo en ninguna parte. Judith subió al bus sintiéndose extrañamente sola.

QUE liso y plano era el paisaje, como un tablero de ajedrez donde los campos labrados se extendían simétricamente a cada lado; los campanarios rojos de las iglesitas aldeanas se levantaban hacia el cielo. A medida que se acercaban a la ciudad los potreros de cultivo se hacían más y más escasos. Ahora se encontraban ya en el centro. El bus se detuvo en el terminal de la empresa aérea.

Tuvo que esperar su turno para descender del bus, que venía repleto de pasajeros. Imposible fue para Judith saber si él había venido viajando en el techo del bus. De no ser así, tuvo que venir en taxi y haber estado esperando que ella llegara.

En todo caso, allí estaba con la portezuela de un taxi abierta para que ella subiera.

—Creía que era mejor conseguir un taxi —explicó——. ¿Adónde quiere que la lleve?

—Gracias. Al Hotel Amalie.

David dio la dirección al conductor. Y en seguida, ante su gran asombro, cerró la puerta del vehículo quedándose afuera, dejándola irse sola. Sin duda, se dijo Judith, él prefería alojar en alguna parte más cerca del centro de la ciudad.

El taxi la llevó hacia la gran plaza con sus modernos edificios altos como rascacielos y un enorme bullicio de tráfico atareado de buses y tranvías. Pasaron junto a un gran canal, atravesaron un puente, cruzaron otra plaza más pequeña, más elegante, en la cual dominaba el teatro Real, con su cúpula y sus estatuas.

Entraron luego en una calle larga, donde había tiendas de aspecto caro y lujoso, con edificios de departamentos. Estos edificios, con sus ornamentados estucos, parecían como si hubiesen sido en otro tiempo grandes mansiones particulares, porque a intervalos la línea estaba quebrada por amplios portales y zaguanes que evidentemente fueron entradas para carruajes. Estos portales estaban ahora convertidos en patios rodeados de caras y pequeñas **boutiques** y departamentos.

El cartel del hotel estaba sobre la vereda de una de estas entradas. Los edificios altos y viejos arrojaban sus sombras sobre el amplio patio.

Un portero entrado en años se acercó a la puerta, llevó el equipaje y Judith lo siguió al interior del hotel. Firmó el registro y después fue llevada por un ascensor anticuado dos pisos más arriba. El portero sacó una llave y la hizo entrar a su habitación. Era espaciosa, confortable, y sus ventanas daban hacia la calle llamada Bredgade. Al otro lado de la calle había un departamento al parecer atractivo y elegante. Tuvo un vistazo de sillas tapizadas en terciopelo y retratos de familia.

Una gaviota se posó fugazmente sobre el alero del tejado opuesto y la sirena de un barco sonó débilmente sobre el bullicio del tráfico.

Judith se apartó de la ventana sentándose frente al escritorio. Había notado el teléfono en una esquina del mueble apenas entró a la pieza. Retiró la guía de teléfonos que estaba bajo el aparato y comenzó a buscar. Había muchos Christensen en la guía, columnas y columnas de ese apellido.

Después de un rato halló el que correspondía a la dirección: 113, Nilsgade. Era una suerte encontrar que al menos ellos no habían cambiado de dirección en cinco años. Generalmente tranquila y controlada, Judith notó que su mano temblaba ligeramente al marcar el número en el dial.

Una voz femenina respondió en danés.

—Discúlpeme, pero... ¿por casualidad hay una señorita Inge Schall viviendo en esa casa? —preguntó Judith.

Hubo una exclamación entrecortada de asombro y luego otro embrollo de palabras danesas. Sólo por si acaso le estuvieran pidiendo que esperara en el fono, Judith no cortó. Entonces habló un hombre en el otro extremo del teléfono, en un inglés cuidadoso y remilgado.

—¿En qué puedo servirla, por favor?

Judith repitió su pregunta.

—Lo siento, pero no. Inge Schall estuvo alojada aquí hace algunos años. Después se fue.

—¿Y usted no conoce su nueva dirección?

—No la tenemos —dijo el hombre—. Adiós.

La comunicación se cortó. Judith colgó el receptor, perpleja al notar la decepción que le habían producido esas palabras. Pero ¿qué otra cosa podía esperar, después de cinco años?

Era mejor considerar esta visita, inesperada como era, sólo como una parte de sus vacaciones anuales y, si era posible, disfrutarlas.

¿O pediría a la policía que ubicara a Inge? Inge había trabajado una vez en una droguería, como ayudante de farmacéutico o vendedora. Tal vez estuviera trabajando ahí todavía, o en otra farmacia. Pero visitar todas las farmacias en una ciudad tan grande como Copenhague sólo para hacer preguntas, era como tratar de encontrar las cuentas perdidas de un collar sobre la arena de una playa.

(CONTINUARA)

PROXIMA SEMANA: El fotógrafo chismoso.

COLABORACION DE NUESTROS LECTORES

"ESTRELLA DE ORO"

Se ufanaba de ser un hombre al que le gustaba sólo lo mejor. Su ropa limpia y su sombrero de cinta ancha, a lo ministro, le daban el aspecto de ser todo un caballero. Usaba guantes y gabán del mismo color. Su abultado vientre hacía juego con su facha de buen burgués arribista.

El día en que llegó al bar acompañado de algunos amigos solicitó vino *del mejor*. El no tomaba cualquier cosa. Rápidamente el mozo le trajo un "Tres Estrellas". Como viera la cara de felicidad de sus ocasionales acompañantes, tímidamente preguntó el precio: dieciocho escudos. Oír tal suma y ponerse pálido fue cosa de segundos. En el tono más suave que pudo encontrar solicitó otra cosa que no tuviera tantas estrellas, pues le recordaban sus tiempos de conscripto en el Buin. Acto seguido el mozo regresó con una botella con una estrella.

—Exquisito el vino. Esto es lo que me gusta tomar. Por lo demás, yo estoy acostumbrado a tomar de este vinito *güeno*.

La conversación varió de tema varias veces mientras escanciaban botella tras botella. Cada vez el viejo lo hallaba mejor.

—Imagínate, si hubiéramos tomado de ese famoso "Tres Estrellas" no tendría cómo pagar su elevado precio. Este es mucho mejor.

Al cabo de un par de horas más o menos solicitó la cuenta en forma ostentosa. La suma subió de los cien escudos.

—Pero ¿cómo, hijo, si yo te pedí de una estrella solamente?

—Así es, señor. Pero usted pidió de lo mejor, ¿no recuerda?

—En efecto, hijo, porque tú sabes que yo bebo solamente una cosa buena.

—Por eso yo le traje Santa Carolina Estrella de Oro, que es el vino de mejor calidad que tenemos y que vale veinticinco escudos la botella...

—¿Qué?... ¿"Estrella de Oro"..., dijiste?... ¿Veinticinco escudos?...

Si no es por sus amigos, que tuvieron que hacer una vaca, el bueno del viejito estaría lavando copas en el bar por causa de gustarle nada más que lo mejor.

A los pocos días nuevamente invitaba a un conocido suyo.

—Vamos, viejo. Te invito a un restaurante donde hacen unos lomitos caballos de buenos...

—Oye, ¿realmente me invitas?...

—Pero, viejo, tú sabes cómo se usa ahora: yo te invito, pero tú pagas la cuenta...

Mario Gutiérrez A.

AÑO XXXIX - N.º 1944
14 de septiembre de 1971

Confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

	PAG.
SERIAL:	
LA DANZA DEL ESPEJO Cap. II ..	2-9
CUENTOS:	
RECORDANDO EL PASADO Historia Vivida	10-14
FOTONOVELA:	15-24
CONFIDENCIAS DEL CIELO	25
HIJO SIN AMOR	26-31
ENTRE NOSOTRAS	30
LA MONJA Y EL ALAMO El cuento de la semana-Marta Jara: chilena	32-35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestros lectores.

RECORDANDO EL PASADO

HISTORIA VIVIDA
por Elena Coyhaique

Cuando llegó el día de clases me arreglé bien para que tú no sintieras vergüenza de mí.

● A veces los sufrimientos, mirados desde lejos, nos parecen suavizados por el tiempo que ha transcurrido.

Escribiré mi vida y lo haré con las palabras más sencillas de mi humilde corazón.

Estoy sentada escribiendo y al mirar por la ventana veo cómo la nieve que cubre los árboles y la tierra se va derritiendo de a poco; veo a los niños como juegan tirándose pelotas de nieve y quisiera volver a la niñez.

Nací y me crié en el campo.

¡Con qué nostalgia recuerdo el campo, donde cada árbol parece esconder un secreto y los pajaritos cantan cuando estamos en plena primavera!

Yo y mis hermanos fuimos inseparables cuando niños. Juntos recorríamos esas pampas, saltando y jugando. Caminábamos sin cansarnos, felices de poder andar sin que nadie nos privara de nuestros juegos, ya que nosotros considerábamos que jugar era andar hacia lugares desconocidos.

Así fue transcurriendo nuestra niñez sin problemas ya que, como éramos niños, no nos dábamos cuenta de los problemas de nuestros padres.

Mis hermanos mayores tuvieron que dejar de lado los juegos y las caminatas largas para ir al colegio. Es decir, a una escuelita cercana a nuestra casa, a donde iban todos los niños del lugar. Mis hermanos no estuvieron conformes con este cambio, lloraron y gritaron, pero todo fue inútil.

Y así mis juegos, que compartía ahora con mis hermanos más chicos, no fueron tan divertidos.

Pronto yo también tuve que dejar los juegos para ir a esa escuelita que mis hermanos decían que era tan pobre que no tenía ni sillas.

El primer día creo que jamás lo olvidaré. Me fue a dejar mi papá y mis hermanos me contaban una y otra cosas de sus compañeros.

Al llegar a la escuela pude comprobar que era cierto lo que decían mis hermanos. Los otros niños eran buenos y la profesora también. Ella me preguntó si sabía hacer la "a" y yo le contesté que sí y ¡cuál no sería mi nerviosismo al ver que montones de ojos extraños me miraban que la hice mal!

Y así fueron transcurriendo los días: ir a la la escuela, hacer las tareas en la tarde en nuestro hogar y ayudarle un poquito a mamá en los quehaceres de la casa, puesto que ahora yo era ya más grande.

Casi sin darnos cuenta se fue el año escolar. Todos pasamos de curso y estábamos felices por lo que habíamos aprendido.

Las vacaciones de verano pasaron rápidamente, como el sol cuando derrite la nieve, y llegó nuevamente la época escolar. A mí me tocaba hacer el segundo año y a mis hermanos el tercero.

Pasaron los años. Ahora los encontraba tristes por los problemas que tenía mi mamá con mi papá, ya que él era muy borracho y no nos daba a nosotros lo suficiente como para arreglarnos bien. Mis hermanos no pudieron seguir estudiando, tuvieron que ir a ayudar a mi papá en el campo. ¡Qué triste fue eso para ellos!

Yo seguí estudiando y terminé con sexto. Un profesor que teníamos me ayudó para que pudiera ir a un colegio a la ciudad y continuar estudiando. Cuando estaba por irme, mi papá fue al pueblo cercano y se gastó toda la plata.

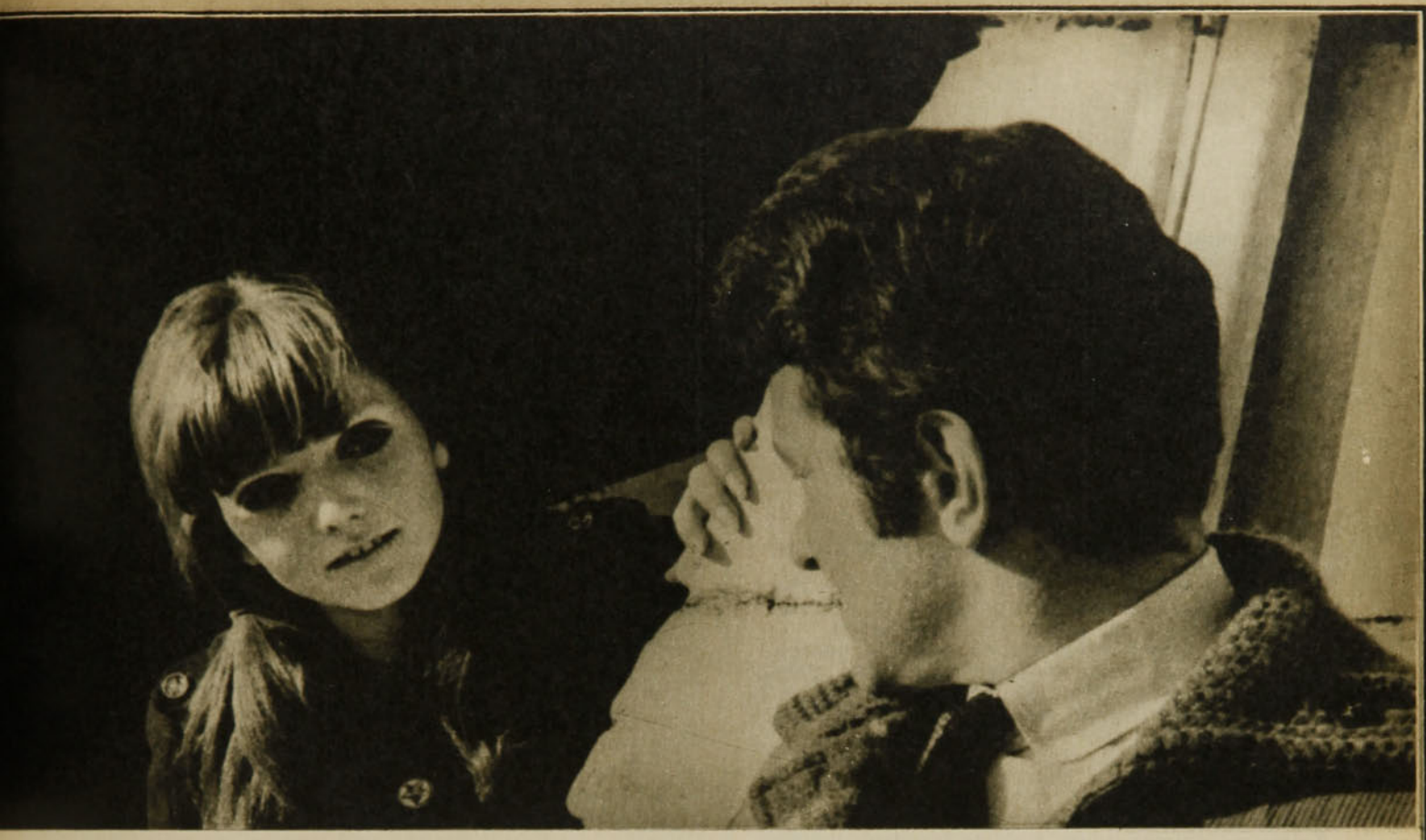
Por primera vez me di cuenta lo que sufría mi madre por esto y me hice la promesa que si seguía estudiando y después trabajaba en algo, la ayudaría para que nada le faltara. ¡Pero nada se cumplió!

No pude estudiar y eso fue para mí una gran tristeza. Sentía un gran odio y rencor hacia mi padre por lo que había hecho y hasta la fecha no puedo olvidarlo.

Tuve que seguir trabajando, pero no perdí las esperanzas de estudiar. Le ayudaba a mamá en todo lo que podía. Recorría el campo, pero no jugando con mis hermanos. Lo recorría con mi perro buscando una oveja o una chiva que se había perdido. A mí me gustaba el campo solamente en verano, no en el invierno, porque había mucho barro en los caminos y los animales sufrían mucho.

¡Qué triste es el invierno con sus lluvias torrenciales!

Pasaron varios años y yo seguí en el campo



sufriendo al ver casi todos los días llegar a mi padre borracho, insultando a mi pobre mamá. Mis hermanos aburridos por esto decidieron irse.

Todavía recuerdo el rostro triste de mi madre y la cara enojada de mi padre. Mis hermanos también estaban tristes porque tenían que abandonar su casa, donde habían sido tan felices cuando niños. La voz de mis hermanos llegó temblorosa a mis oídos.

—Papá, queremos que nos dé permiso para irnos a otra parte a trabajar.

La voz de mi padre sonó enojada y decidida:

—¡Váyanse y no vuelvan más!

Mis hermanos abandonaron el hogar tristes por dejar a mamá sola con papá, que era malo, y con los otros hermanos que eran chicos y sabiendo que yo pronto también la dejaría.

• De vez en cuando

recibía una que otra carta de ellos contando su vida lejos del hogar. Y mi padre, ahora que se habían ido sus hijos, estaba más borracho que nunca.

Yo, al ver que papá no iba a dejar de tomar jamás, decidí irme a trabajar al pueblito más cerca de la casa.

Primero le dije a mamá mi decisión y ella comprendió. Me contestó que estaba bien y me aconsejó que me portara bien. Cuando se lo dije a papá fue como si nada le hubiese hablado, porque según él con irme habría uno menos que alimentar y que vestir y eso era una gran alegría.

Para mí fue una gran pena dejar mi hogar, a mi madre y a mis hermanos. Pero ¡qué hacerle si ése era mi destino!

Empecé a trabajar de empleada doméstica. La señora que vivía al lado de donde yo trabajaba era muy buena y pagaba más, pero tenía tres hijos grandes y yo nunca había tenido amistad con jóvenes mayores y por eso no le acepté, pero al final me convenció y me fui a trabajar para ella.

Sus hijos eran amistosos y me solían conversar de cosas que les pasaban en el liceo, pero yo poco les hacía caso porque me daba vergüenza hablarles.

Pronto me empecé a arreglar con lo poco de mi sueldo y me di cuenta de que cuando iba por la calle los chiquillos me miraban, pero a mí ninguno me gustaba.

Las pocas amigas que tenía me decían que por qué no pololeaba; yo nada les contestaba y si me invitaban a una fiesta nunca les aceptaba.

Un buen día, conversando con una chiquilla sobre educación me dio una idea bastante buena: que trabajara de día y estudiara de noche.

Cuando se lo dije a mi patrona ella me contestó que estaba bien. Al otro día me matriculé y empecé a ir al liceo en la noche. Yo estaba feliz porque estudiando podría ser algo más de lo que era y después ayudar más a mamá.

Ahora los días los encontraba cortos y felices y mi vida de a poco iba cambiando.

Cuando estaba por salir de vacaciones te conocí a ti. Fue en la casa donde yo trabajaba, pues eras íntimo amigo del hijo de mi patrona.

Creo que jamás te podré olvidar por lo que me hiciste.

Esa noche que te conocí cada rasgo de tu cara se me quedó grabado. Después, de a poco, supe que eras huérfano y vivías en una población; que tu madre tuvo que trabajar mucho para ti cuando eras chico y debido a eso murió. Me dio pena porque pensé que unos sufrían de una forma y otros de otra.

No demoramos mucho en hacernos amigos. Yo vivía pensando en ti y comprendí que tú eras el amor de mi vida.

¡Fui una tonta al enamorarme tanto de ti!

Ya no pensaba en mi casa y los sufrimientos de mi madre no me importaban, sólo me importabas tú.

Iba al liceo, pero no entendía lo que me enseñaban los profesores, porque mi mente andaba en otras cosas. Cosas que tú me habías dicho un rato antes.

Pasaron los días y llegaron las vacaciones de invierno. Antes de conocerte las deseaba, pero ahora no quería porque no iba a poder conversar ni pasearme todas las tardes en la plaza contigo. Tuve que quedarme sola en casa. ¡Qué

aburrimiento sin poder hablar contigo! Las horas eran monótonas y tristes haciendo los quehaceres de la casa y cuando te invitaba el hijo de mi patrona a tomar once sabíamos disimularlo.

Pero volveríamos a estar juntos y tomados de la mano nuevamente caminaríamos por la plaza.

Cuando llegó el día de ir a clases, me arreglé bien para que tú no sintieras vergüenza de mí.

Después caminamos por la plaza y nos sentamos en el banco en que lo hacíamos siempre.

• Empezaba

el segundo semestre del año escolar y deseaba salir bien, pero cuando una pololea y se preocupa demasiado de su pololo es su perdición.

Mis amigas me preguntaban qué me pasaba que siempre andaba como preocupada por algo. Los profesores también me preguntaban qué me sucedía ya que iba tan mal en mis estudios, pero a nadie quise contarle mi problema.

Mi madre, cuando solía ir a verme, me preguntaba si me sentía bien, porque día a día yo estaba más delgada.

Yo estaba perdidamente enamorada de ti. Fuiste mi primer amor y no te olvidaré jamás, pero tú no correspondiste al amor que yo te ofrecía; el mío era sincero y honrado, el tuyo era un amor interesado.

Primero fuiste bueno conmigo. Me decías que me querías y deseabas casarte conmigo, pero eso era para que yo te creyera y te amara más.

Hay chiquillas que se quejan porque el amor no ha llegado a sus vidas. A mí no me pasaba eso, pero como no quería que nadie se diera cuenta, trataba de disimularlo saliendo con amigos, pero ninguno me gustaba.

Nos seguimos viendo. Yo te encontraba cada día más distante, parecías pensar algo malo que no me querías decir.

En los estudios iba cada día peor y debido a esto decidí salirme del liceo, pero no decírselo a nadie, sólo te lo comuniqué a ti. Un tiempo deseé tanto estudiar y cuando tuve la posibilidad de hacerlo no supe apreciarla. Ahora me siento arrepentida. Una, sin educación, no puede ser más que una chica que tiene que ganarse la vida como empleada doméstica.

Ahora teníamos más horas libres para conversar, pero para ti eso no era de ninguna importancia. Tú sólo querías tener una ocasión para que yo fuera tuya y después... si te he visto no me acuerdo. ¡Y tuviste la ocasión!

Mi patrona, que había pedido sus vacaciones, decidió ir a pasarlas a Santiago. Yo estaba feliz porque podría pasearme contigo hasta la hora que quisiera.

Casi siempre los deseos malos se cumplen y el tuyo se cumplió.

Mi patrona llevaba como ocho días fuera de la casa cuando llegaste una noche. Me saludaste, pero lo hiciste de un modo especial y yo me sentí muy contenta sin sospechar lo que iba a venir después.

Me dijo Chelo —así llamaban al hijo de mi patrona— que te sirviera café. Arreglé las tazas mientras ustedes tocaban discos.

Tú, con la mirada, me invitaste a bailar en broma. ¡Uf que me puse feliz!

Después de un rato, Chelo y tú salieron a dar una vuelta, prometiendo volver. Yo me fui a acostar después que dejé todo listo y lavado.

Me acosté y a mi almohada le conté lo mucho que te quería, como si ella fuera una persona capaz de comprenderme y darme un consejo de que si estaba bien querer tanto a un hombre como yo te amaba a ti. Soñaba con casarme y tener hijos que se parecieran a ti.

Pensando en ti me quedé dormida y desperté sobresaltada al escuchar tu voz.

Me da vergüenza ahora recordarlo, pero qué hacerle, seguiré escribiendo.

Tú estabas junto a mi cama y, como siempre, me saludaste. Me dio un miedo terrible. Todavía me parece escuchar tu voz:

—Nenita, ¿me puedo acostar contigo? —Hiciste la pregunta como la cosa más natural del mundo.

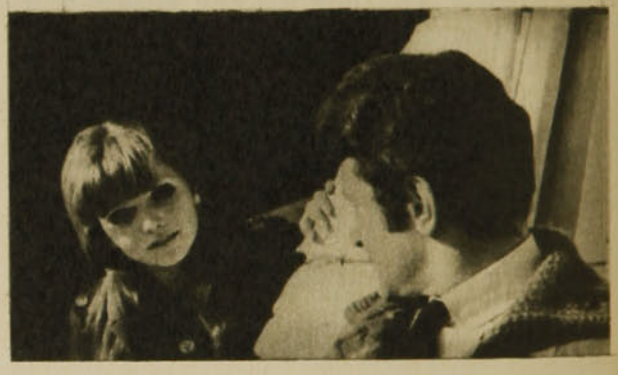
—Jaime, no puedes decir eso aquí, en la casa de mi patrona. Veo que quieres hacer una inmensa estupidez.

—Nenita, te quiero. Te amo, te juro que después me casaré contigo, pero ahora, déjame que me acueste contigo. No tengo dónde dormir.

Se me conmovió el corazón y acepté, pero con la condición de yo dormir en otra parte. No aceptaste esa decisión y dijiste:

—¡Veo que eres fría como la nieve!

No comprendí tus palabras y no sé qué lesera te contesté. Te allegaste a mí y me besaste en la boca. La pasión me envolvió y no tuve noción del tiempo.



Cuando me recuperé me pareció que habían pasado siglos y, al verte en mi cama, sentí una gran vergüenza. Hasta ahora me parece verte: tú no estabas avergonzado y en vista de esto sentí odio hacia ti, odio que aún llevo en el fondo de mi corazón.

Pasados algunos minutos te empecé a retar y a insultar por lo canalla que habías sido, pero a ti no se te dio nada. Parecías como si siempre hubieras hecho eso y esperaras que ésa fuera mi reacción.

Saliste de mi pieza igual como habías entrado. A mí me parecía que eso había sido una pesadilla, que pronto despertaría, pero había sido real y empezaría una nueva vida para mí.

Todos me miraban de un modo extraño. Yo a ti te odiaba y todavía te odio, porque fuiste el culpable, porque destruiste mi vida como quien destruye una casa vieja que no sirve.

• Cuando volvió

la patrona de su viaje no encontró nada extraño en mí. Sólo me preguntó cómo se habían portado sus hijos en su ausencia. Le contesté que se

habían portado bien. No quise decirle que uno de ellos y tú habían sido culpables de mi desgracia, pero que el más culpable eras tú.

Seguí trabajando hasta que cumplí el mes. A ti no te veía y era mejor para mí, ya que así podría olvidar más luego lo que había pasado esa noche

Cuando faltaba poco para terminar el mes te vi. Me saludaste, pero no te contesté. Cruce la calle, pero tú me seguiste y me tomaste del brazo.

—Nenita, ¿me puedes perdonar por lo de esa noche? Te juro que me casaré contigo.

Me dio mucha rabia. ¿Cómo podías hablar de casamiento después que, habiéndote querido tanto, me habías traicionado?

—¡No seas cínico! —fue lo único que te dije. Me rogaste, incluso hasta lloraste, pero algo en mi corazón me previno que no eras sincero.

¡Y así era! Tú sólo querías que yo volviera a ser tuya!

Me salí de esa casa donde había conocido tanta felicidad y tanta desgracia.

Al poco tiempo comprobé que esperaba un hijo y supe que jamás te podría olvidar porque llevaba un hijo tuyo en mis entrañas.

No volví a mi hogar. Me dediqué a hacer una vida libre y sin problemas porque nadie me daría trabajo en mi estado. Nada me importaba; mi casa, mis padres, mis hermanos, todas eran cosas del pasado y lo que importaba era el presente. Casi todas las noches veía caras de hombres extraños que decían amarme y yo me entregaba a ellos por unos pocos pesos.

Así transcurrían los días, monótonos y tristes. Ya mi hijo tenía dos meses de vida dentro de mi vientre, pero yo no quería ahora tenerlo, deseaba matarlo porque veía que todos los caminos donde hubiera una luz estaban cerrados para mí.

Me hice remedios para no tener ese niño, pero tal vez Dios se cruzó en mi camino, pues no pude matarlo y esa guagua fue la salvación para mí.

Cuando estaba por tener mi guagua un hombre bueno se presentó en mi camino donde sólo había oscuridad y prometió cuidarnos, a mí y a mi hijo. Una esperanza renació en mí y me juré seguir una vida buena y honrada.

Una vez que tuve a mi hijo dejé esa ciudad donde conocí el amor que sólo me trajo desgracias y sufrimientos y llevé una vida que jamás pensé en llevar.

Me vine a esta ciudad con mi hijo, dejando atrás a ese hombre tan bueno que un día me ofreció su apoyo cuando yo sólo veía oscuridad. El se había enamorado perdidamente de mí y me juró que me protegería contra todas las cosas malas y que me perdonaba mi pasado, pero no quise aceptarlo porque yo le quería y no deseaba que él sufriera.

Jaime, si alguna vez lees estas líneas, espero pienses en lo que en ellas cuento y no vuelvas a engañar a una chica como yo. En estas líneas va también mi odio y mi desprecio hacia ti. Sé que eres el padre de mi hijo, pero eso no me importa porque tu destruiste muy cruelmente mi vida.

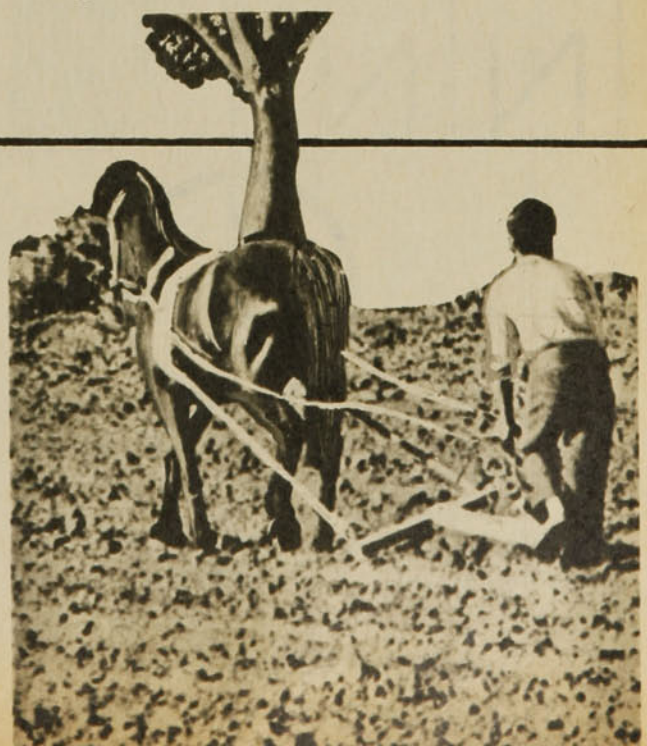
Querida amiga de quince o dieciocho años: espero que si alguna vez llegan estas líneas a tus manos y las lees evites con mi relato que te suceda lo mismo que a mí. Y si te llega a pasar no te desmoralices, confía en alguien que comprenda tu problema, no te vayas abajo como lo hice yo, enfrenta con valor el futuro despreciando las cosas faciles, porque serán tu perdición.

La alegría de trabajar para Chile!

Ahora, que día a día se acelera la Reforma Agraria que permitirá, por fin, alimentar a todo Chile, miles de campesinos trabajan con orgullo y alegría.
Qué satisfacción es saber que todos contribuímos a ello con nuestras Boletas de Compraventas y Servicios, las que proporcionan recursos para hacer realidad los planes de desarrollo agrícola del Gobierno Popular.

¡CON EL APORTE DE TODOS
SE CONSTRUYE EL CHILE NUEVO!

Sorteo Nacional de Boletas de Compraventas y Servicios



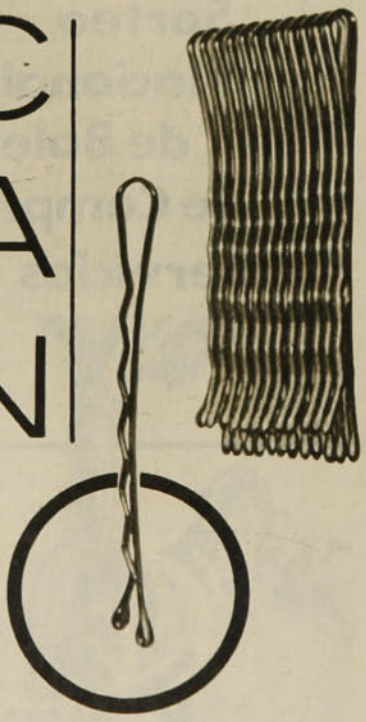


Se fabrica ya en Chile

EL PINCHE

SUPER

C C
A A
N N

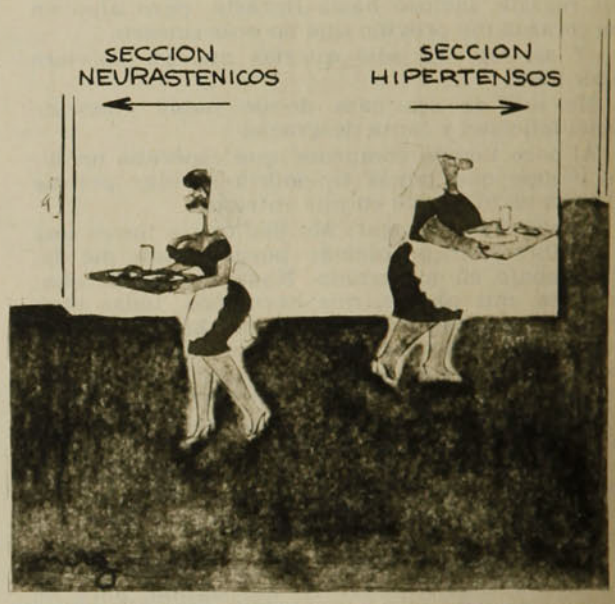


el nuevo pinche americano, que tiene en la punta una protección de plástico para su cuero cabelludo.
SUPER CAN CAN, un pinche que proteje su cabello y que ya está en venta en todas las casas del ramo.

Eyquem y Benoit Ltda.

Tenderini 85 - Of. 21 - Fono 36069







JUNTOS EN LA VIDA

produce sexta experiencia

AGRADECEMOS SINCERAMENTE LA COLABORACION
DEL GRUPO DE TEATRO "ENTEL".



HABIA ENTRADO A TRABAJAR HACÍA APENAS ALGUNOS MESES A LA COMPAÑÍA, Y NO ME QUEJABA DE MI SUERTE...



EL GERENTE, DON PEDRO RIVEROS, ME HABIA NOMBRADO SU SECRETARIA PRIVADA. UN FUTURO PLENO DE POSIBILIDADES PARECÍA AGUARDARME...







LAS CONVERSACIONES ENTRE LA GERENCIA Y EL SINDICATO SE HABÍAN PROLONGADO MÁS ALLÁ DEL TIEMPO PREVISTO, Y NADA HACIA PREVER UNA PRONTA SOLUCIÓN...

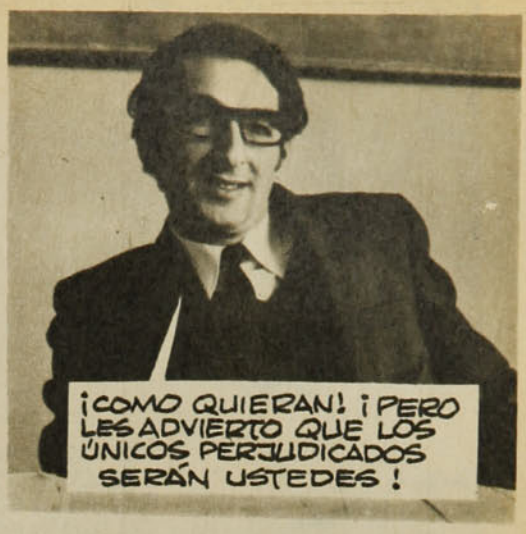
SEGÚN DECÍA DON PEDRO EL CULPABLE DE ESTA SITUACIÓN ERA EL HOMBRE QUE TENÍA FRENTE A MI EN ESOS MOMENTOS...





HABIA ALGO EN ESE HOMBRE QUE ME ATRAÍA PODEROSAMENTE. TAL VEZ ERA EL ARDOR CON QUE DEFENDÍA SUS IDEAS Y LA PASIÓN QUE PONÍA EN SUS PALABRAS...





A LA SALIDA, NO PUDE RESISTIR LA TENTACIÓN DE ABORDARLO...







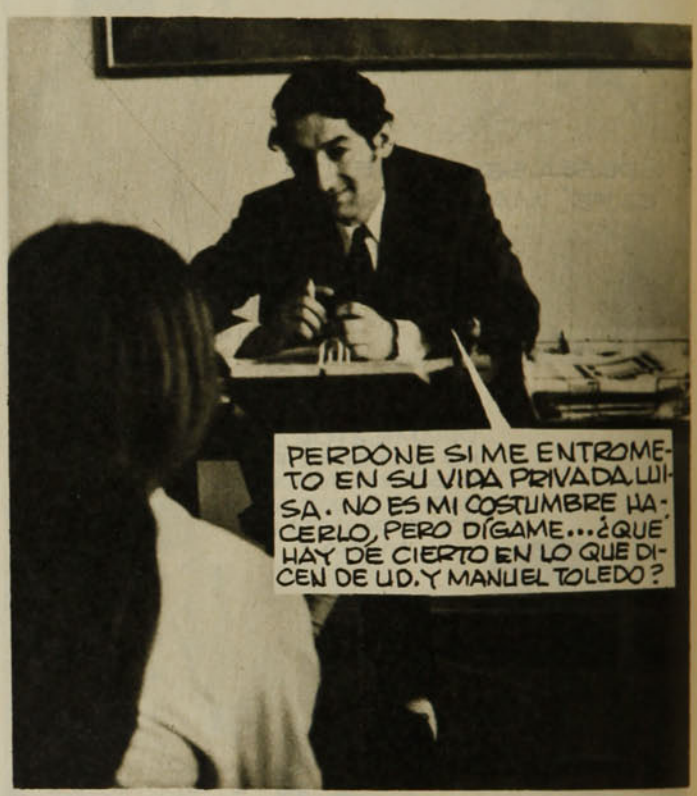


TRANSCURRIERON LOS DÍAS Y LAS VISITAS DE MANUEL ERAN CADA VEZ MAS FRECUENTES APROVECHÁBAMOS CUALQUIER MOMENTO PARA VERNOS Y CONVERSAR. POCO A POCO, IBAMOS COMPRENDIENDO QUE NOS UNÍA UN LAZO MÁS FUERTE QUE LA SIMPLE AMISTAD...

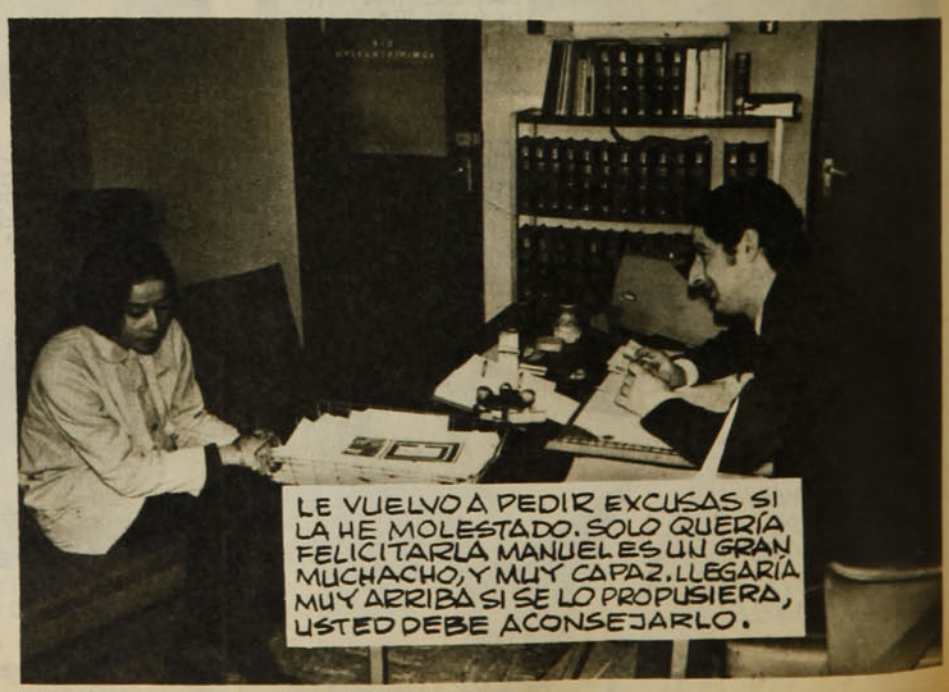



FRANCAMENTE, NO TE ENTIENDO! COMO TÉCNICO PODRÍAS GANAR MEJOR SUELDO, FORMARTE UNA SITUACIÓN, EN FIN...
POR MÁS QUE YO INSISTÍA, MANUEL NO DABA SU BRAZO A TORCER. PARA ÉL SU ACTIVIDAD SINDICAL ERA LO PRIMERO. DÍAS DESPUÉS, DON PEDRO ME LLAMÓ A SU OFICINA...


LUISA, HAGA EL FAVOR DE VENIR.
¡EN SEGUIDA, DON PEDRO!


PERDONE SI ME ENTROMETO EN SU VIDA PRIVADA LUISA. NO ES MI COSTUMBRE HACERLO, PERO DÍGAME... ¿QUE HAY DE CIERTO EN LO QUE DICEN DE UD. Y MANUEL TOLEDO?


¡NO ME IMPORTA LO QUE DIGAN LOS CHISMOSOS SEÑOR! ESE ES ASUNTO NUESTRO SOLAMENTE.


LE VUELVO A PEDIR EXCUSAS SI LA HE MOLESTADO. SOLO QUERÍA FELICITARLA MANUEL ES UN GRAN MUCHACHO, Y MUY CAPAZ. LLEGARÍA MUY ARRIBA SI SE LO PROPUSIERA, USTED DEBE ACONSEJARLO.

ME SENTÍ MUY FELÍZ DE ESCUCHAR DEL PROPIO DON PEDRO, SEVERO PARA ENJUICIAR A LA GENTE, ESA DECLARACIÓN TAN FAVORABLE COMO INESPERADA ACERCA DEL HOMBRE QUE ERA SU MÁS TENAZ ADVERSARIO. CUANDO SE LO CONTÉ A MANUEL...



JUNTO A ÉL, OLVIDABA TODAS LAS PREOCUPACIONES. SU SOLA PRESENCIA ME INFUNDÍA VALOR Y CONFIANZA...



SU VOZ IMPLACABLE Y A VECES MORDAZ, CONMIGO SE VOLVÍA SUAVE Y TIERNA...

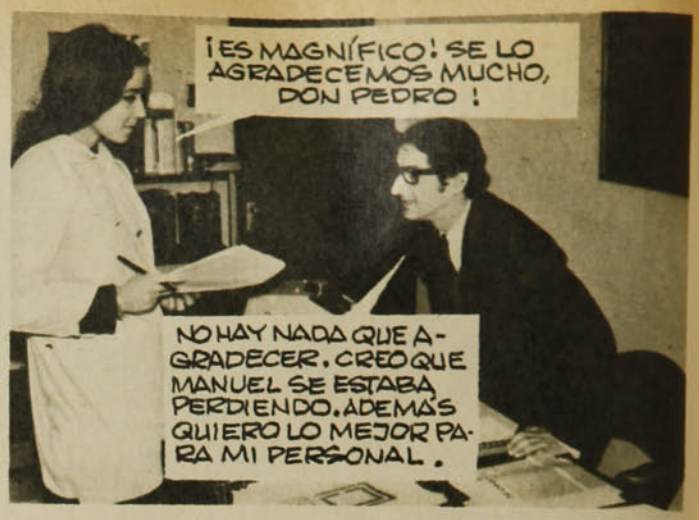




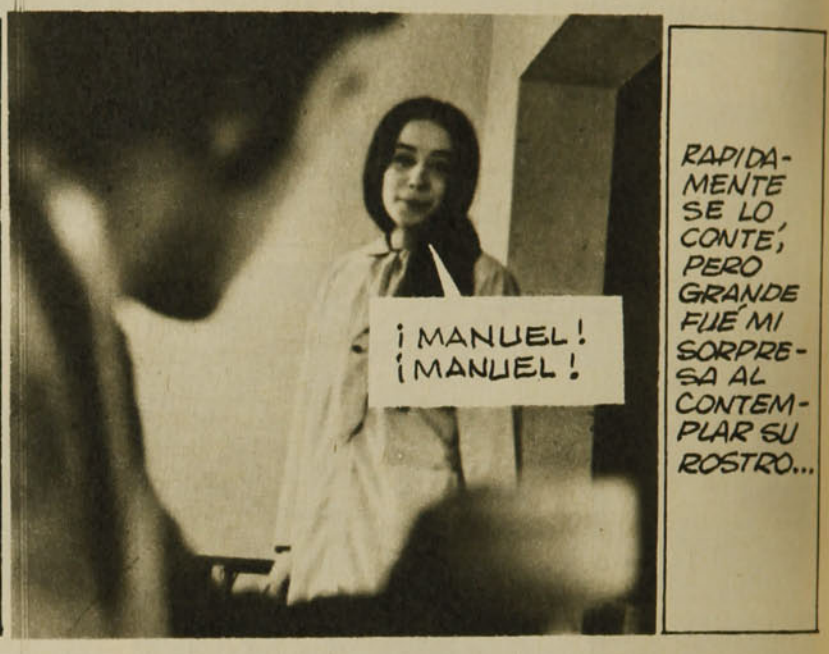
Y ASÍ PASABA EL TIEMPO PARA NOSOTROS, MUY PRONTO NOS CASARÍAMOS, PESE A QUE NO HABÍA LOGRADO CONVENCERLO DE QUE SE PREOCUPARA MAS EN SERIO DE SU FUTURO. UN DÍA...




ES UNA NOTICIA QUE ESTOY SEGURO LE AGRADARÁ MUCHO. VERÁ USTED... SE HA PRODUCIDO UNA VACANTE EN LA PLANTA TÉCNICA, Y CREO QUE MANUEL ES EL HOMBRE PRECISO PARA OCUPARLA.


¡ES MAGNÍFICO! SE LO AGRADECEMOS MUCHO, DON PEDRO!
NO HAY NADA QUE AGRADECER. CREO QUE MANUEL SE ESTABA PERDIENDO. ADEMÁS QUIERO LO MEJOR PARA MI PERSONAL.


PERO ES MEJOR QUE USTED MISMA SE LO COMUNIQUE. VAYA A DECÍRSELO.
LLENA DE FELICIDAD, CORRÍ AL CASINO, DONDE ESTABA ÉL...


¡MANUEL! ¡MANUEL!
RAPIDAMENTE SE LO CONTÉ, PERO GRANDE FUÉ MI SORPRESA AL CONTEMPLAR SU ROSTRO...


¡MI AMOR, NO PARECES CONTENTO CON LA NOTICIA!
¡YO NO PUEDO ACEPTAR ESE CARGO!


¡TÚ Y TUS PRINCIPIOS! ¿CUANDO VAS A DEJAR DE PREOCUPARTE POR LOS DEMÁS Y PENSARAS EN TÍ, EN NOSOTROS?
¡SERÍA UNA DESLEALTAD HACIA MIS COMPAÑEROS!


¡TANTO SACRIFICIO! Y QUE HAS LOGRADO? ¿CREES QUE LOS DEMÁS VAN A AGRADECER TUS DESVELOS?
¡BASTA! ¿O ES QUE NO TE HAS DADO CUENTA DE LO QUE HAY DETRAS DE ESE OFRECIMIENTO?


¿NO COMPRENDES QUE QUIERE VALERSE DE MI PARA DEBILITAR NUESTRA ORGANIZACION, PARA DIVIDIRNOS?
¡LO QUE PASA ES QUE ERES UN AMARGADO, UN RESENTIDO!

¡NO TIENES AMBICIONES DE SURGIR! ¡EN TODO VES LA MALDAD! ¡NO QUIERO VOLVER A VERTE NUNCA MÁS!

¡LUISA, ESPERA!

HABÍAMOS TERMINADO. DESDE AQUEL DÍA NO LO VOLVÍ A VER, PERO NO PODÍA DEJAR DE PENSAR EN ÉL...

ESTA TARDE HAY REUNIÓN. ¿VENDRÁ?

ESA TARDE TUVE UNA SORPRESA...

HE VENIDO A DESPEDIRME, LUISA. ME CONCEDIERON UN TRASLADO A LA PLANTA DEL NORTE. MI TREN SALE EN UNA HORA MÁS. ¡ADIOS!

ATONTADA POR LA SORPRESA, ME DEJÉ CAER SIN FUERZAS SOBRE MI ASIENTO. YA ERA DEMASIADO TARDE PARA ARREPENTIRME DEL ERROR QUE HABÍA COMETIDO...

¡NO LO VOLVERÉ A VER JAMÁS! ¡QUE TONTA HE SIDO!

¡NO SE PUEDEN QUEJAR, HAN OBTENIDO TODO LO QUE HAN PEDIDO!

FIRMAREMOS EL ARREGLO ESTA MISMA TARDE. LUISA LO ESCRIBIRÁ A MÁQUINA.

CITAREMOS A TODOS NUESTROS COMPAÑEROS PARA QUE ESTEN PRESENTES TAMBIÉN.

NI SIQUIERA ESA GRAN NOTICIA ME HIZO OLVIDAR A MANUEL. POR EL CONTRARIO, PARECÍA SENTIRLO MAS CERCA DE MÍ. HICE UN ESFUERZO POR CONCENTRARME EN MI TRABAJO...



ENTONCES FUÉ CUANDO ME FIJÉ EN UN PAPEL QUE SE ENCONTRABA BOTADO EN EL SUELO. SEGURAMENTE SE LE HABÍA CAIDO A DON PEDRO...



AL RECOGERLO, PUDE COMPROBAR QUE SE TRATABA DE UNA CARTA CONFIDENCIAL ENVIADA POR EL ABOGADO DE LA COMPAÑIA...



SIN PODER CREER TODAVÍA LO QUE HABÍA VISTO, CORRÍ HACIA LA CALLE. EN CINCO MINUTOS ME ENCONTRABA EN LA ESTACIÓN, BUSCÁNDOLO...





ENTRETANTO, EN LA COMPAÑÍA TODO ESTABA DISPUESTO PARA LA FIRMA DEL ACTA DE ARREGLO...







REPENTINAMENTE...

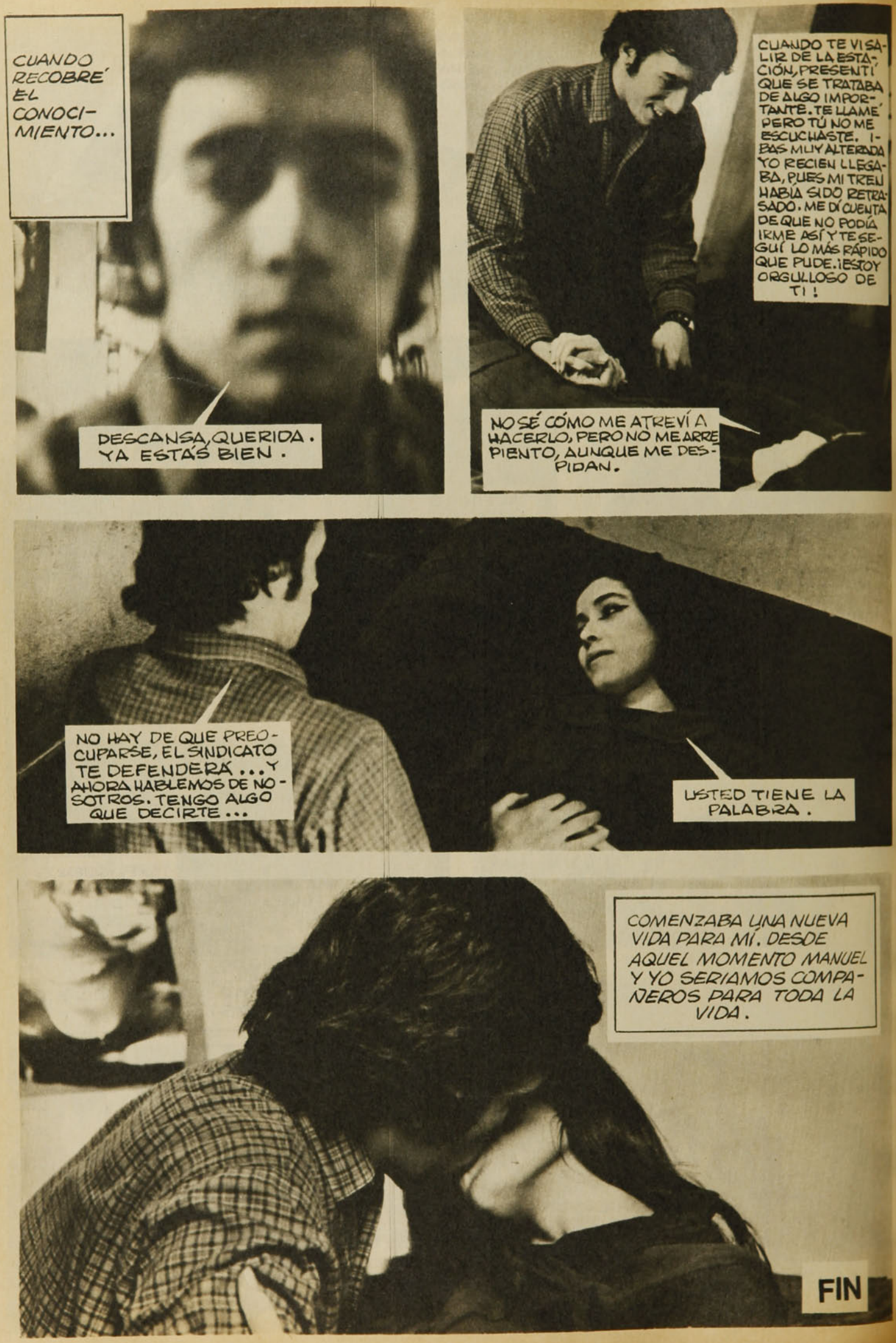






ERA DEMASIADO PARA MÍ. UNA ESPESA NIEBLA CUBRÍA MIS OJOS...




CUANDO RECOBRÉ EL CONOCI-MIENTO...
DESCANSA, QUERIDA. YA ESTÁS BIEN.
CUANDO TE VI SALIR DE LA ESTACIÓN, PRESENTÍ QUE SE TRATABA DE ALGO IMPORTANTE. TE LLAMÉ PERO TÚ NO ME ESCUCHASTE. IBAS MUY ALTERADA YO RECIEN LLEGABA, PUES MI TREN HABÍA SIDO RETRASADO. ME DÍ CUENTA DE QUE NO PODÍA IRME ASÍ Y TE SEGUÍ LO MÁS RÁPIDO QUE PUDE. ¡ESTOY ORGULLOSO DE TI!
NO SÉ CÓMO ME ATREVÍ A HACERLO, PERO NO ME ARREPIENTO, AUNQUE ME DESPIDAN.
NO HAY DE QUE PREOCUPARSE, EL SINDICATO TE DEFENDERÁ... Y AHORA HABLEMOS DE NOSOTROS. TENGO ALGO QUE DECIRTE...
USTED TIENE LA PALABRA.
COMENZABA UNA NUEVA VIDA PARA MÍ. DESDE AQUEL MOMENTO MANUEL Y YO SERIAMOS COMPAÑEROS PARA TODA LA VIDA.
FIN

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 14 AL 20 DE SEPTIEMBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
calipso.
Número
4.

TU CORAZON — No dejes que te atormenten los celos y las dudas, porque la persona amada te brindará la seguridad de un cariño serio y sincero.

TU TRABAJO — No renuncies a una responsabilidad que habías rechazado, porque con tu intervención se abrirán para todos insospechadas perspectivas.

TU SALUD — Cuida tu piel. Hay personas propensas a las alergias primaverales, que pueden resultar muy molestas. Existen homeopatías para ayudarte.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
lunes.
Color
armiño.
Número
3.

TU CORAZON — Algunos momentos de incertidumbre serán superados con fuerza de voluntad. A mediados de semana es el mejor período para tomar iniciativas.

TU TRABAJO — Luego de un período muy intenso retornará la tranquilidad. Gracias a la eficaz ayuda de un colega podrás reducir el exceso de trabajo.

TU SALUD — Supervigila la alimentación para no caer en problemas de tipo digestivo que probablemente se te presenten.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
ébano.
Número
7.

TU CORAZON — Días llenos de agrado. Salidas y paseos en grupo donde reinarán la alegría y la despreocupación. Aprovecha esta circunstancia.

TU TRABAJO — Satisfacciones en el trabajo. Debes dar prueba de habilidad y firmeza con lo que lograrás un éxito inesperado. Pero actúa inmediatamente.

TU SALUD — Estado corporal bueno. Si lo crees oportuno, debes continuar ese tratamiento para regular tu digestión.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
lacre.
Número
0.

TU CORAZON — La independencia y el espíritu práctico no serán suficientes para llevar a cabo la armonía del corazón. Es necesaria la serenidad.

TU TRABAJO — Optimas perspectivas financieras se perfilan para este período, pero se trata de un proyecto a largo plazo. Ten paciencia.

TU SALUD — Dolores articulares producidos por debilidad general o por cansancio. En ese caso es indispensable el reposo.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
azulino.
Número
7.

TU CORAZON — Demuestra que tienes habilidad y dinamismo para desenvolver una delicada situación en la cual se desconfía de tu eficacia.

TU TRABAJO — Período óptimo para el comercio, especialmente para las personas que ejercen profesiones relacionadas con el arte y decoración.

TU SALUD — Cuidado con el hígado. Tu mayor problema es que comes con exceso las comidas que te son pesadas. No las suprimas, pero modérate con ellas.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
ámbar.
Número
2.

TU CORAZON — Una decisión precipitada sería nefasta. La persona amada tendrá la posibilidad de resolver la situación si se lo permites.

TU TRABAJO — Serán necesarios de tu parte la máxima atención y el mayor empeño para llevar a cabo un proyecto largo tiempo estudiado.

TU SALUD — Cierto malestar a los riñones. Debes seguir un ritmo de vida más controlado a base de dietas y reposo.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
domingo.
Color
jade.
Número
6.

TU CORAZON — Período afortunado, especialmente para los nacidos en la segunda década. En general, jornada agradable y positiva sentimentalmente.

TU TRABAJO — Un mejoramiento en el aspecto financiero te permitirá realizar un proyecto largo tiempo esperado.

TU SALUD — Buen estado físico. Aprovecha para practicar algún deporte o actividad física que dé nuevas energías a tu organismo.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
viernes.
Color
celeste.
Número
4.

TU CORAZON — Tendencia a dar excesiva importancia a las opiniones ajenas. Tu manera de actuar puede ser tan buena como la de tus compañeros. Ten confianza.

TU TRABAJO — Tu iniciativa personal no encontrará en este período la debida consideración por parte de los demás. Deja pasar el tiempo.

TU SALUD — Espléndida salud. No hay tensión nerviosa ni problemas físicos que te impidan estar en buena forma. No desordenes tu vida.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
tiziano.
Número
5.

TU CORAZON — Período de serenidad en compañía de la persona amada. Podrás constatar que sus sentimientos con respecto a ti son muy sinceros.

TU TRABAJO — Todo procede según tu deseo. Aprovecha las energías que tienes para rendir en tus obligaciones. Estás a punto de que te asciendan.

TU SALUD — Disturbios gástricos de origen nervioso que no tienen razón de ser. Debes reposar, procurando superar estos problemas.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
domingo.
Color
perla.
Número
0.

TU CORAZON — Las discusiones intrascendentes nada aportan a la felicidad sentimental; por el contrario, ponen en serio peligro la armonía afectiva.

TU TRABAJO — Arriesgar el éxito personal persiguiendo un proyecto que no te ofrece seguridad puede resultarte demasiado caro.

TU SALUD — Dolores a la espalda. Evita permanecer demasiado tiempo en lugares húmedos. Buen estado síquico.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
lila.
Número
6.

TU CORAZON — Encuentro que proporcionará una favorable influencia a tu vida amorosa. Una persona nueva hará cambiar el curso de tus sentimientos.

TU TRABAJO — Período de tranquilidad en tu trabajo debido a tu espíritu de cooperación y buena voluntad. Sigue adelante y triunfarás en lo que hagas.

TU SALUD — Debes tomar algún descanso o variar la actividad diaria. La rutina es lo que te impide la alegría de vivir y perjudica tus nervios.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
palo de rosa.
Número
7.

TU CORAZON — Aclararás tu situación actual si sabes discernir sobre la desorientación en que te encuentras.

TU TRABAJO — Se perfila una nueva actividad, que aunque lejana, te abrirá nuevas perspectivas en el campo material.

TU SALUD — Necesitas un tratamiento a base de vitaminas que te dé más energías, ya que tu exceso de sueño es causado por tu debilidad.



HIJO

• Podía oír a Panchito, mi guagua de seis meses, gritar a todo pulmón desde la cuna en su dormitorio ubicado en los altos. Por un momento estuve tentada de parar lo que estaba haciendo, dejar todo de lado y correr a aquietarlo, pero el instante pasó y continué con los preparativos para la tarde. Era mi turno de recibir a las canasteras en mi casa, y, como el resto de las otras mujeres, quería que todo resultara perfecto. La torta que había preparado era muy especial y los muebles brillaban. Sólo unos detalles más y podría ir a arreglarme.

—A esta casa debes hacerle un aseo a fondo a menudo —dijo Eugenio al volver del jardín, en donde cortaba el pasto.

Me di vuelta y le sonreí.

—Tú sabes que eso no me significa demasiado trabajo. Además a ti te gusta que siempre se vea muy bien.

—Creo que tienes razón. —Se volvió hacia la escalera—. ¿Cuál es el problema de Panchito?

—Creo que trata de decirnos que tiene hambre —contesté.

—¿Quieres que lo alimente yo? —propuso encaminándose hacia la cocina.

—No. Tú anda a arreglarte, pues llegarás atrasado a tu cita con Horacio y los otros. ¿A dónde irán esta vez?

—Creo que, como un cambio, jugaremos cartas. Pero ¿y la guagua? ¿Estás segura de no querer que le dé primero su mamadera?

—No. Yo se la prepararé inmediatamente y se la pasaré. Se la podrá tomar mientras yo me arreglo.

Eugenio subió la escalera. Lo oí entrar a la pieza del niño y decirle algo con voz suave y consoladora. En seguida escuché que le prometía que tendría su mamadera tan pronto su mamá se la tuviera lista.

Terminé lo que estaba haciendo y en seguida fui a la cocina a preparar la mamadera. Demoraría unos pocos minutos en calentarla, pero como estaba corta de tiempo, decidí ahorrar ese proceso y corrí a los altos con la botella fría. En el fondo de mi mente oí a mi suegra decir: "Jamás le des a la guagua una mamadera fría, Leonor. No le hará bien beber su leche helada".

La madre de Eugenio siempre estaba predicando, pero también lo hacía mi propia mamá. Vivían dándome consejos para todo, y especialmente en lo concerniente a Panchito. Felizmente lo hacían por teléfono, pues vivían fuera de Santiago. Si no creo que me habrían vuelto loca con sus advertencias.

Panchito y la cuna estaban empapados y tuve que mudar al niño antes de colocar la mamadera en un conejito que le servía de sostén para que la tomara solo. En seguida

SIN AMOR

corrí a mi dormitorio y me vestí. Eugenio me dio un beso rápido y salió a juntarse con los maridos de mis amigas. Estaba aún arreglándome cuando sonó el timbre. Tenía que ser Josefina. Era mi mejor amiga y siempre llegaba a casa antes que las otras.

—¡Entra! —le grité desde lo alto de la escalera, y segundos después oí que abría la puerta—. Prepárate una bebida. Bajaré en seguida.

—No quiero beber nada por el momento —dijo subiendo la escalera—. En vez de eso iré a ver a tu pequeño tesoro.

—Está bien, pero no lo tomes en brazos. Quiero que se duerma antes que lleguen las otras chicas.

Mientras me peinaba la oía arrullar suavemente a Panchito, y como siempre agradecí lo buena amiga que era Josefina. Ella tenía tiempo para todo. Jugaba a la pelota con sus hijos y siempre estaba pronta para hacer cualquier favor. Era también una regia cocinera y tenía en el vecindario el apelativo de reina de la cocina. Y todos los niños la adoraban. Su único defecto era ser tan buena dueña de casa que no le quedaba tiempo para compartir nuestras actividades sociales.

—Me basta con pertenecer al club de jugadoras de canasta —dijo cuando le sugerí que se uniera a nuestro club de "aficionadas a jardinear".

A veces la invitaba para que fuéramos de compras o al cine, pero jamás aceptaba, pues debía cuidar a algún hijo de una amiga.

Me di un último toque en el pelo y fui a la pieza de la guagua. Josefina tenía a Panchito en brazos.

—¡Creí haberte dicho que no lo tomaras! —exclamé.

—Pero, Leonor, si me estaba pidiendo que lo tomara —contestó—. ¿Y te digo?, lo encuentro más liviano hoy que la semana pasada.

—Bueno, no ha estado comiendo muy bien últimamente. En realidad, a veces me rechaza la mamadera.

—Tal vez lo deberías llevar donde el médico —sugirió Josefina.

—No estimo que sea necesario. Se le pasará. Los niños pasan por etapas, tú sabes. Tu misma me lo dijiste.

—Sí, creo que eso es así. Pero a pesar de todo, es mejor que lo lleves donde el médico.

Lo puso de nuevo en su cuna y bajamos. Poco después llegaron las otras amigas, y el resto de la tarde se deslizó agradablemente. Cuando se iban las chicas, Patricia me preguntó si quería ir a una conferencia al día siguiente. A mí me pareció un gran programa, y acepté. Por el rabillo del ojo vi que Josefina fruncía el ceño, pero se fue antes que pudiera hacerle ninguna pregunta.

Para cuando llegó Eugenio yo ya había despejado los platos y los tenía lavados, y la casa lucía bien arreglada. Yo tenía orgullo de que nuestro hogar estuviera siempre inmaculado. Algunas de mis amigas comentaban que no se explicaban cómo podía hacer yo tantas cosas, especialmente luego que nació Panchito, pero yo poseía mis pequeños secretos.

—Tendré que viajar de nuevo el viernes —anunció Eugenio mientras se acostaba en la cama a mi lado—. Volveré el lunes y entonces me darán dos días libres.

—Me mantendré ocupada —susurré mientras él deslizaba su brazo bajo mi cuello. En seguida me besó los labios.

"Un fin perfecto para una tarde perfecta", pensé antes de perderme en el amor de mi marido.

Eugenio y yo éramos el uno para el otro. Desde el día que nos conocimos, parecimos saber que nos complementábamos. Y no demoramos mucho en casarnos.

• Yo seguí

trabajando durante un año y medio, pero cuando compramos la casa y decidimos iniciar una oficina, dejé mi empleo. Eugenio ganaba buen sueldo y no necesitaba que yo lo ayudara en lo financiero, y, además, yo ansiaba disponer de tiempo para hacerme de amigas en el vecindario nuevo. Nos gustaba invitar y que nos invitaran, y ambos poseíamos muchos y variados intereses.

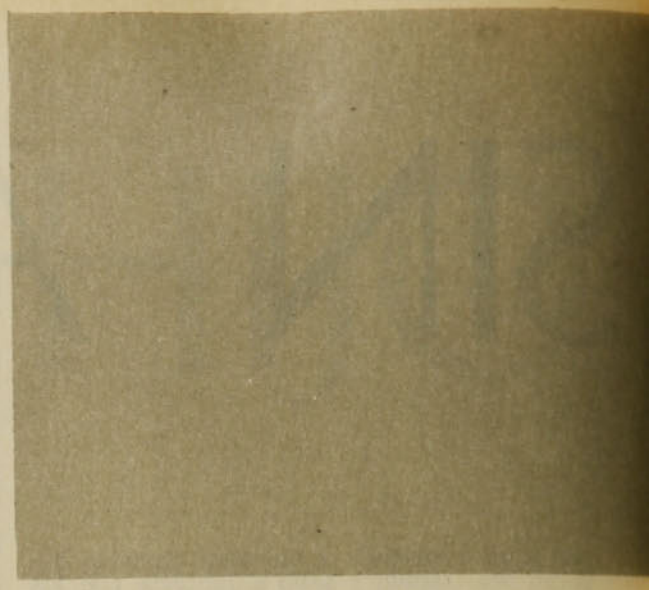
El primer tiempo lo pasé casi exclusivamente amononando mi hogar. En seguida comencé a conocer a las chicas vecinas, y para cuando nació Panchito yo tomaba parte en todas las actividades del barrio. Al principio creí que la guagua me quitaría mucha libertad, pero en seguida urdí millones de formas para ahorrar tiempo. Darle la mamadera fría era uno de los trucos que más me ayudaban. Y fue Patricia quien me lo enseñó.

—No debes malcriarlo con demasiados arrumacos —dijo y yo estuve de acuerdo.

Cuando Panchito comenzó a tomar alimentos más sólidos le hice un portillo más grande a su mamadera y con eso ahorré tener que darle con cuchara. Gradualmente fui descubriendo otros trucos que me dejaban tiempo para cuidar de mi hogar y tener actividades interesantes fuera de él. Y sumado a todo esto, estaba orgullosa porque ya éramos una familia.

Habría seguido pensando que yo era el prototipo de la perfecta madre moderna con un marido perfecto y una guagua feliz si no hubiera sido por Josefina. Ella fue a verme el viernes, justo luego que partió en su viaje Eugenio. ▶

HIJO SIN AMOR



—Bernardo dijo que vigilaría a los niños para que yo saliera un rato. ¿Te importa que te haga compañía? —preguntó entrando al living.

—En realidad te iba a telefonear —contesté—. Ayer me compré un vestido y quiero mostrártelo. Es para la fiesta en el club.

—¿Dónde está Panchito?

—En su corral en el comedor —dije un poco irritada, porque no parecía muy ansiosa de ver el vestido.

Josefina fue al comedor y yo subí a buscar el vestido, y cuando bajé la encontré en el umbral del comedor con Panchito en sus brazos y mirándole intensamente la cara. Se dio vuelta en cuanto entré y vi en sus ojos una especie de acusación.

—¡Leonor, esta guagua está enferma! —exclamó.

—No está enfermo, Josefina. Lo que pasa es que últimamente no ha estado comiendo tan bien como de costumbre.

—Está enfermo —insistió—. ¿No notas que ha cambiado? Parece desfallecido.

Eso me dio una furia atroz.

—Josefina, ¿has venido aquí a visitarme o a enseñarme cómo criar a mi hijo? —repuse y me hubiera mordido la lengua por mis palabras.

—Perdón. Pensé que éramos lo bastante amigas como para decirte lo que pienso.

—Yo también te pido perdón, pero él es mi hijo y yo sabría si le sucediera algo malo.

—En ese caso creo que es mejor que me vaya a mi casa y me meta en mis propios asuntos. —Caminó hasta la puerta, la abrió y después se dio vuelta—. Puede no gustarte esto, Leonor, y no te lo volveré a repetir, pero algo malo le sucede a Panchito y es mejor que abras los ojos antes que sea demasiado tarde. Y te diré otra cosa, aunque lo paguemos rompiendo nuestra amistad: esta guagua tiene de todo en esta casa, menos lo que más necesita.

Sentí tensarse los músculos de mi cara. Estaba por contestarle, pero Josefina cerró la puerta tras su espalda. Me sentí enferma por dentro. Mi odio se había trocado en arrepentimiento. Habíamos sido muy buenas amigas y casi siempre no podía creer que hubiera sucedido esto. Lancé el vestido sobre una silla, ya no significaba nada para mí. ¿Qué había insinuado cuando dijo que yo le daba todo a Panchito menos lo que él necesitaba? Eugenio y yo éramos buenos padres. Le comprábamos lo mejor a nuestro hijo. Lo atendía el mejor de los médicos, tenía las ropas más finas y los más lindos juguetes. ¿Qué más podía necesitar?

Justo en ese momento Panchito se puso a llorar y fui hasta el corralito y lo tomé en brazos.

—No llores, mi guagua —le susurré—. La señora mala ya se fue. —Y me puse a llorar con mi hijo.

Lo mantuve apretado contra mi pecho y me di tiempo para calentarle la mamadera. Cuando estuvo finalmente lista fui hasta el living y me senté con el niño en mi regazo. Le puse el chupete en la boca, pero no pudo chupar. Lo arrullé un poco, pero no reaccionó. Finalmente, exasperada, lo llevé a los altos y lo acosté en su cuna.

—Estará helada para cuando quieras tomarla —le dije y se la puse en el conejito.

Regresé al living y encendí el televisor, pero segundos más tarde sentí vergüenza por haberme enojado con Panchito. Decidí que su próxima mamadera se la daría tibia y lo acunaría hasta que la bebiera.

● Me adormecí y cuando desperté era muy tarde y el televisor sólo lanzaba ruidos. Lo apagué y fui a ver a Panchito. Estaba profundamente dormido. Me quedé mirándolo largo rato y de pronto tuve una gran urgencia de pesarlo.

Fui al closet y saqué la pesa para guaguas y la puse sobre la cómoda, en seguida saqué con cuidado al niño de su cuna, lo puse sobre la bandeja de metal cóncava y el pequeño se estiró. Cuando miré la escala sentí que el pánico lentamente se apoderaba de mí. Si esa pesa estaba buena, Panchito había perdido cerca de tres kilos. Pero, ¿cómo podía ser? Lo había pesado sólo dos semanas antes. Miré de nuevo su carita y pude notarla cambiada. Temblando lo volví a su cuna.

Fui a mi dormitorio, me desvestí y me acosté. Yací largo rato tendida, preguntándome qué podría hacer. Quería hacer algo inmediatamente, pero era demasiado tarde para llamar al médico..., para eso debía esperar hasta el día siguiente. Entonces decidí telefonear a Eugenio.

La campanilla sonó largo rato antes de que oyera la adormilada voz de Eugenio contestando.

—Eugenio, tienes que volver a casa. A la guagua le sucede algo. —Me puse a llorar.

—¿Qué? ¿Qué le pasa? —gritó mi marido.

—¡No sé! —En seguida le conté lo que me había dicho Josefina y su pérdida de peso.

—No te alarmes tanto, tesoro. Josefina te



●● Cuando miré la escala de la pesa sentí que el pánico se apoderaba lentamente de mí, y temblando lo volví a la cuna.

ha puesto muy nerviosa. Tal vez viste mal lo que marcaba la pesa.

—Por favor, vente a casa.

—Tú sabes que en este momento no puedo hacerlo. Tengo una reunión sumamente importante aquí mañana.

—Por favor, Eugenio.

—Acuéstate, Leonor. Y tómate algo para dormir. En la mañana verás las cosas en su dimensión exacta.

—¡Si no vuelves a casa inmediatamente, no vuelvas nunca más! —grité en el fono, y en seguida oí que se cortaba la comunicación.

Lloré hasta dormirme, y en cuanto desperté a la mañana siguiente fui a ver a Panchito. Estaba despierto, mirando inmóvil el cascabel que colgaba de su cuna. Su mirada era vaga, y temblé de miedo. Lo llevé a los bajos y le preparé su desayuno. Pasé casi una hora tratando de que comiera, pero no lo conseguí.

Perdí la paciencia y le eché a la fuerza algunas cucharadas de alimento en su boca y lo vomitó. Me puse a llorar histéricamente. Eugenio no me había vuelto a llamar y no podía pedirle ayuda a Josefina después del modo como la traté. Debía llamar al médico, pero me sentía tan débil emocionalmente que no sabía si podría llegar hasta su consultorio. Marqué su número y la enfermera me dijo que estaba fuera y que debía dirigirme al doctor Pedro Estévez, quien lo reemplazaba. Colgué el fono, miré a Panchito, quien yacía en su cuna, inmóvil junto a mí, y marqué el número del doctor Estévez.

—El doctor no está aquí en este momento —contestó una voz al otro lado del hilo—. ¿Puede decirme quién lo llama?

—Mi guagua está enferma..., debo ver al doctor inmediatamente.

En seguida le expliqué lo de Panchito, y dándose cuenta de cuán aterrorizada estaba, la mujer me aconsejó que lo llevara al hospital donde trabajaba el doctor Estévez y que ella se encargaría de avisarle al médico mi situación. Le di las gracias y comencé a vestir al niño. Estaba tan nerviosa que demoré el doble de tiempo de lo normal en hacerlo. Todo se me caía de las manos y por último me costó un triunfo encontrar un taxi.

● En cuanto llegamos al hospital fui directo a la sala de emergencia y les dije que el doctor Estévez me esperaba. Cuando él apareció me sorprendió ver que era mucho mayor que mi médico. Hubo un momento que sentí ganas de irme. No les tenía confianza a los doctores de edad, porque Eugenio y yo pensábamos que los jóvenes tenían estudios más recientes y estaban más al día en los adelantos de la medicina.

—¿Cuál parece ser el problema? —preguntó el doctor Estévez con voz muy profesional.

Mientras examinaba a Panchito le hablé de su pérdida de peso y su resistencia a alimentarse. Me escuchó y en seguida llamó a una enfermera.

—Dejaré a la guagua aquí durante algunos días. La enfermera lo llevará a pediatría. Por favor, espéreme mientras le doy algunas instrucciones.

Me quedé sentada, inmóvil junto a la mesa de exámenes No lograba serenarme. Lloraba cuando regresó el médico.

—Por favor, no se alarme, señora. Su guagua debe quedarse aquí para hacerle exámenes más prolijos. —Sonrió—. Pero se lo cuidaremos bien.

Se quedó como pensando y después prosiguió:

—Ahora necesito hacerle algunas preguntas y en seguida le sugiero que se vaya para su casa y descanse. Puede volver esta tarde y ver al niño durante las horas de visita.

Me hizo docenas y docenas de preguntas respecto a Panchito y traté de contestarlas lo más honradamente que pude, incluso las que fueron sobre mis costumbres en cuanto a educar a la guagua. Levantó las cejas más de una vez mientras conversábamos, pero no hizo comentarios.

En cuanto volví a casa telefoneé de nuevo a Eugenio. No estaba en su pieza y de pronto sentí una rabia horrible porque no había vuelto luego de mi llamado la noche anterior. Seguí telefoneándolo hasta que lo ubiqué, pero para ese entonces estaba tan frenética que me limité a gritonearlo. Cuando me colgó el fono por segunda vez me di cuenta de que no le había hablado nada de Panchito. Lo llamé de nuevo y traté de que mi voz sonara serena, pero sin dejar de culparlo de ser él la causa de que el niño estuviese en el hospital.

—Si hubieras llegado anoche...

—Iré ahora. —Y volvió a cortarme la comunicación.

Luego que telefoneé a mi madre y a la mamá de Eugenio para hablarles de Panchito, llamé a Patricia. Llorando le vacié mi corazón, pero ella tenía demasiado quehacer como para escucharme mucho rato. En seguida me preparé un café y subí a mi dormitorio a descansar. Unos minutos después oí abrirse la puerta de calle. Pensando que era Eugenio,

entre nosotras







●● Septiembre es siempre un mes alegre; comienza la primavera, se ven banderitas chilenas por todas partes y se empieza a oír montones de música folklórica. Hay ramadas con abundante vino tinto, empezamos a practicar las olvidadas cuecas desde mucho antes del 18 y casi no nos acordamos de que se cumplen 161 años desde que se declaró la Independencia de Chile.

El Aniversario de la Independencia llega poco después del primer aniversario de la elección del gobierno popular. Y seguramente muchos chilenos podrán celebrar este Dieciocho más tranquilos, porque saben que estamos dando un primer paso en la construcción del socialismo, y porque se sienten participando en un proceso que hará que todos los chilenos sean iguales.

Todos tenemos conciencia de que se han cometido errores en este primer año de gobierno, pero también sabemos que depende de cada uno de nosotros, de nuestra participación y de nuestro trabajo, el que estos errores vayan en disminución, mientras las realizaciones van en aumento y se construya cada vez más rápido con el aporte de todos un Chile nuevo.

También depende de nosotros el que los Dieciochos que festejemos en el futuro sean cada vez más felices y que todos tengamos la conciencia tranquila por estar haciendo por nuestro país todo lo que él se merece.





●● El coronel Hugo Banzer es el nuevo presidente de la República de Bolivia, uno más en la innumerable lista de militares que han ascendido al gobierno mediante un golpe de Estado. En el vecino país ha habido más gobiernos que años de vida "independiente".

Generalmente los frecuentes cambios de gobierno no significan mucho para la vida cotidiana de los bolivianos; la mayoría de las veces, sólo son un cambio de nombres, pero no un cambio de políticas o un mejoramiento en la vida del país.

Pero esta vez el golpe significó mucho más, el ex presidente Torres no aceptó dejar el gobierno sólo porque un grupo de militares así lo quería y el pueblo boliviano tampoco se resignó a renunciar a un gobernante que por primera vez estaba tomando medidas que beneficiaban a todo el país, como la Asamblea Popular y el proyecto de formación de las Milicias Populares. Ante el apoyo que dio el Ejército a los golpistas rebeldes, el pueblo salió a las calles a defender a su gobierno, claro que era poco lo que se podía hacer con bombas incendiarias caseras y algunos rifles aprendidos a manejar en pocos minutos, contra todo un ejército organizado. Quienes más resistieron fueron los estudiantes que, atrincherados en la Universidad de San Andrés, rechazaron al ejército aun después de haber sido declarado Banzer nuevo presidente. Los militares bombardearon la Universidad por aire y tierra para aplastar la resistencia de los estudiantes.

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.

HIJO SIN AMOR

con quien aún estaba furiosa, no bajé a recibirlo. Sólo abrí los ojos cuando oí pasos subiendo la escalera. En cuanto Josefina apareció en el umbral, algo estalló dentro de mí para en seguida sentir una gran calma interior. Ella era para mí una amiga de verdad. Patricia la había llamado para contarle lo de mi hijo e inmediatamente, olvidando nuestra pequeña pelea, había venido a ofrecerme su ayuda.

Conversamos hasta la hora de volver al hospital. Eugenio aún no había llegado, así es que Josefina me acompañó a ver a Panchito. Lo alimentaban intravenosamente y se veía peor que en la mañana. A pesar de mis deseos, no me permitieron acercarme a mi hijo.

• Eugenio llegó

unos minutos más tarde, y cuando vio a Panchito creí que se iba a desmayar. Volvimos en silencio a nuestro hogar. Nuestra furia mutua se había desvanecido y sólo compartíamos la agonía de la enfermedad de la guagua.

Al día siguiente, cuando encontramos al doctor Estévez, Eugenio y yo recibimos la más grande impresión de nuestras vidas.

Nos sentamos frente al escritorio del médico en una de las oficinas del hospital, y él comenzó a hablar sin dejar de observarnos.

—El niño está muy enfermo. Le hemos hecho todos los exámenes posibles sin obtener resultados. Debido a esto he llegado a la conclusión de que sufre de una enfermedad que la medicina sola no la puede curar. Creo que su hijo está aquejado de un mal conocido como marasmo.

—¿Qué es eso? —preguntó Eugenio con voz ronca.

El médico lo miró directamente a los ojos y luego a los míos.

—Marasmo es una curiosa enfermedad que puede producirse por falta de amor.

—¿Qué diablos trata de decirnos?..., ¿que nosotros no queremos a nuestro hijo? —gritó Eugenio y yo esperé, recordando las palabras de Josefina: que Panchito tenía todo, menos lo que más necesitaba.

—El marasmo generalmente ataca a los niños entre los seis meses y el año —siguió el médico, ignorando el exabrupto de Eugenio—. La palabra viene del griego y significa debilidad física y moral, apatía, y de eso sufre su hijo. Ha dejado de comer, ha perdido peso y esto lo ha hecho de modo tan rápido que si su mujer no lo trae a tiempo habría continuado haciéndolo. Antes este mal atacaba a los niños de instituciones, donde eran descuidados; pero ahora los casos provienen de pequeños de hogares donde la madre moderna cree cuidar bien a sus hijos. Sin comprensión y los cuidados necesarios estos pequeños pueden morir.

—¡Dios mío! —susurró Eugenio y me lanzó una mirada como para matarme.

—Quiero que sepan esto, porque le quitaré a Panchito la alimentación intravenosa y le prescribiré una alimentación simple. Las enfermeras lo tomarán en brazos cada quince minutos, y espero que esta muestra de afecto lo ayude a que responda.

Se detuvo un momento y me miró a los ojos. Mi corazón pareció perder un latido.

—Estoy seguro, señora, de que usted es una mujer inteligente y eficiente, y me aventuro a creer que es una magnífica dueña de casa. Es por esto que debo decirle que la segunda parte del tratamiento de Panchito es mucho más importante que la primera. Si el niño responde..., si el niño se recupera..., cuando vuelva a su casa usted debe olvidar los quehaceres de su hogar y sus actividades sociales, no todas, sino las necesarias como para darse tiempo y proporcionar a su hijo el amor y la atención que él necesita. Espero haber hablado claro.

Sólo pude asentir con la cabeza. Tenía mucha vergüenza. Le había dado a Panchito todo lo que una buena madre no le debía dar. Todos mis inteligentes trucos para ganar tiempo casi me habían arrebatado a mi hijo y si continuaba con esa falta de compañerismo también me arrebataría a mi marido.

De nuevo con Eugenio volvimos a casa en silencio. Casi no comimos, y mientras mi marido permanecía tendido en el sofá mirando el techo, yo yací en mi cama preguntándome qué nos depararía el futuro.

Más tarde oí a Eugenio contarle a Josefina lo que el médico había dicho, y pensé que ella subiría a consolarme, pero no lo hizo. Horas más tarde bajé dispuesta a conversar francamente con mi marido.

Al principio creí que estaba dormido sobre el sofá, pero de pronto abrió los ojos y me miró.

—Jamás creí haber estado descuidando al niño. Lo quiero por sobre todas las cosas del mundo —susurré.

Me miró durante un instante que me pareció eterno y en seguida se puso de pie. Cuando dio un paso hacia mí, retrocedí, pero en seguida me lancé a sus brazos.

Largo rato permanecimos abrazados, prometiéndonos en silencio que jamás le sucedería algo igual a Panchito ni a ninguno de nuestros hijos.

EL CUENTO de la semana.

la MON

MARTA JARA chilena

● SIN DEJAR más huella tras de sí que la estela susurrante de su hábito, la monja se paseaba a lo largo de la sala, yendo y viniendo de un extremo a otro con su andar erguido, silencioso, apenas balanceado, semejante al de una ligera barca que cortase airosa las aguas calmas de un lago. Sostenía en una de sus manos un rosario burdo de grandes cuentas de madera oscura y bruñida que repasaba con lentitud; en la otra, un breviario abierto. Sus labios se entreabrían sin emitir sonido alguno. Pero, a pesar del breviario y de las cuentas que resbalaban lentas entre sus dedos, de los ojos semientornados que le conferían una apariencia absorta, reconcentrada, estaba atenta a cada una de las enfermas, y de pronto, como si algún timón invisible la gobernase, giraba para desaparecer un instante entre dos biombos de tela blanca, ya fuese para mullir alguna almohada, alcanzar un vaso de agua, acomodar cobertores o suministrar la medicina prescrita. Permanecía el tiempo justo, eficaz, precisa; luego, un ligero impulso y el vaivén suave y rumoroso se desplazaba, ininterrumpido, adormilando a las enfermas, ya habituadas al murmullo casi eufónico, soporífico y sedante de su hábito.

Mediaba la hora de la siesta. A través de las persianas bajas, que ponían una nota de penumbra y frescor en el ambiente saturado de olor a yodo y ácido fénico, llegaban desde fuera el ruido bullicioso de los gorriones y, desde la punta terminal de la sala, otro más quedo y blando, el que producía el entrechocar de las hojas en el viejo, alto y solitario álamo, cuya copa, rebasando el octavo piso, oponía a la brisa su fronda nueva y reluciente. Quién sabe si debido a este mar verde y fluctuante, a su constante y manso oleaje, jamás nadie pretendió bajar las persianas de los ventanales del muro sur.

La monja evitaba mirar la ondulante masa verde. La distraía de sus oraciones, atrapaba su voluntad. Tenía perfecta conciencia de ello. Aunque cerrase los ojos —ofreciendo esta pequeña renuncia como un acto de amor a Dios— no lograba sustraerse a la sujeción que ejercía sobre su pensamiento. Subsistía como un sedal tenso que tirase de ella aprisionándola a la enmarañada copa del árbol. Lo sentía igual si caminaba de espaldas a la ventana. Perdía la cuenta de las Avemarías, equivocaba los Misterios, y, confundida, volvía a recomenzar.

"Me distraigo, eso es lo que me sucede", se reconvino afligida. Recordó el consejo del padre confesor: "¿Desde cuándo, hija? ¿En qué preciso momento comenzó a ocurrirle? Busque la causa en su conciencia. Con seguridad, algo motiva esa distracción. El factor puede ser interno o externo. Búsquelo dentro y fuera de usted". "Dios mío —rogó—, ayúdame. Concede la luz a mi espíritu." Y si bien continuó paseándose, las pulidas cuentas colgaron inertes entre sus dedos. "El árbol, su copa, han estado siempre ahí. Año tras año lo he visto mudar sus hojas. No. El motivo debe ser otro." Acercábase al término del pasillo. No giró. Movida por súbita inspiración caminó hasta la ventana. Se detuvo frente a ella. Ahí, la Hermana María del Pilar permaneció ensimismada. Al nivel de sus ojos, una marea oscura, cambiante, hija de la luz y el aura, de sinuosas ondas, largas, perezosas, rompía y recreaba volúmenes bajo el hechizado prisma temblón de las hojas. Veía cabrillear el sol sobre las superficies huidizas o en sus cantos y se le ocurrió que —"de quererlo Dios"— bien podría divisar un pez vivo, "coleteando" entre dos aguas. No hubiese sabido responder por qué sentíase, ahora, más tranquila; quién sabe si, junto con el verde y la luz, bebiera también reposo. De algo hallábase cierta; el origen de su desazón no anidaba en la copa de aquel árbol. "Entonces, ¿estará en mí?", se preguntó azorada. Sintió como le subía el rubor al rostro. "Los caminos de la tentación son múltiples —sentenció—, y el demonio acecha en todas partes." Se persignó con la cruz del rosario. Decidió redoblar sus oraciones.

Entrecerró los ojos y musitó:

—Primer Misterio Doloroso...

"Ahora lo sabía. Sí. ¿Martes o viernes?" Volvióse a mirarla. Yacía de espaldas, reclinada en los almohadones, la cabeza ladeada hacia el ventanal. Los brazos, dos péndulos rotos, colgaban lacios a ambos costados de la cama. Su rostro grisáceo,

JA y el álamo

sudoroso, crispado por el sufrimiento, torcíase obstinadamente en busca de la luz.

"...Clínicamente muerta. No me explico cómo ni por qué sobrevive..." Sor María del Pilar repitió para sí las palabras del médico. "Pero no moría —pensó—. Quince días y no moría. Sin embargo..."

Los párpados de la enferma parecieron temblar. Fue una impresión fugaz, quizá si un juego de luz y sombra sobre el rostro. Nada más que eso. Cogió la muñeca frágil y buscó el pulso sin encontrarlo. Tocó su frente: "Fría y húmeda como sus manos". Inquisitivamente examinó la cara blanca, exangüe, estirada hacia la claridad de la ventana en una mueca tensa, invariable. "Debiera orar —resolvió—. Acompañarla en su agonía." Aproximó el crucifijo del rosario hasta rozar con él los labios descoloridos. Inició de prisa, en un balbuceo confuso, atropellado e inaudible, la "oración por los agonizantes".

Sabía que obraba contraviniendo las normas, los estatutos del hospital. Vagamente lo estimó como un pecado a sabiendas y de antemano aceptó el castigo que le impondría el confesor.

"...Por aquella vuestra santísima agonía...". Rezó con premura, llena de unción. No obstante, vigilaba alerta y sus mejillas frescas se encendían enfervorizadas dentro del marco blanco y tieso de la cofia. "...Libradla en esta hora de su muerte de todas las penas que teme..." Se detuvo perpleja: fugitivas luces corrían simulando batir los párpados de la mujer en un temblor tan débil como el que recorre las alas de una mariposa. Una vena cárdena y delgada, casi imperceptible latía apenas en su sien. "¡Vivía!, o ¿revivía?" Olvidadas las preces tentó su pulso. Mientras oprimía la mano lacia tuvo la sensación de que, poco a poco, se tornaba más tibia dentro de la suya. Una frase se le vino a la mente: "Los inescrutables designios del Creador, ¿quién los conoce?" Rogó: "Dame luz y entendimiento, mi Dios. ¡Hágase tu voluntad! Amén", murmuró.

"Carroña y vive. Materia ya putrefacta. Es científicamente inexplicable. ¿Se lo había oído decir al médico?" Contemplaba absorta, no exenta de fascinación, el extraño luminiscer del rostro. No pensaba en el fenómeno, asistía sin siquiera osar moverse, henchida de respeto, piedad, asombro y reverencia, al espectáculo insólito que presenciaba. "Resplandece como si la luminosidad aflorase desde adentro —consideró y no supo qué la condujo a repetir—: Libradla en esta hora de su muerte de todas las penas que teme..."

Repentinamente la mujer abrió los ojos. Desmesurados. Parecían no fijarse en punto alguno. Más bien fue la monja, quien, al mirarlos, descendió, hundiéndose en el abismo. Todos los símbolos del averno —por ella conocidos— se revolvían allá abajo. Creyó escuchar siniestros ruidos: entrechocar de anillos, silbar de sierpes, el vuelo sordo y rasante de alocados murciélagos. Se santiguó.

Deseó ofrecerle: "¿Necesita confesor, hija?", pero le estaba vedado. Inquirió, en cambio:

—¿La puedo ayudar en algo, hija?

Sor María del Pilar, inclinada sobre la enferma, atenta a cualquier signo de aquiescencia, oró confiada y esperó. Mantenía la vista fija en las pupilas opacas de la otra. Adentro, sólo fucilazos de tortura y dolor, bailoteantes puntitos, fuegos fatuos, rutilaban efímeros, chispeaban y desaparecían.

—Pepito...

Más que la palabra, emitió un soplo sibilante, el quejido de un nombre, que, por lo inesperado, desconcertó a la monja.

—¿Pepito?... —interrogó, y en el tono denunció extrañeza. Se preguntó si habría oído bien—. ¿Sí?... Dígame, hija.

—...quedó encerrado. —Pronunciaba sílaba a sílaba. Unciendo y arrastrando tras sí los sonidos con el mismo traqueteo sordo y penoso de una desgastada locomotora que, uno a uno, va reuniendo los vagones dispersos—. Se morirá de hambre..., de sed. Alguien tiene que ir... a abrirle..., a sacarlo. La llave y la dirección están ahí, en el velador... —La voz se extinguió y, finalmente, el movimiento de los labios cesó. Los párpados se abatieron. Sor María del Pilar la contempló aterrada.

—¡No puede ser, Dios mío, no lo permitas! —exclamó. Tenía un aire bobo con la boca abier-

la MONJA y el álamo

ta y la expresión estática. Imaginó a un niño pequeño con la carita sucia de lágrimas; lo oía llamar y sollozar mientras corría golpeando frenético con sus puñitos en la puerta cerrada y en las paredes. En seguida lo vio trepar y apeñuscarse encima de un lecho revuelto, amedrentado, solo dentro de la habitación oscura—. No es posible —musitó—, no lo ha de permitir Dios. —En un acto casi sonambúlico abrió el velador, tomó la llave y la cédula de identidad. Leyó la dirección: "Valenzuela Llanos 2640" —repitió, memorizando. Se preguntó en dónde quedaría esa calle. Alguien, quizá si alguno de los jardineros supiese. Devolvió la cédula al cajón, lo cerró y guardó, después, la llave en su bolsillo—. Valenzuela Llanos 2640 —repitió, temerosa de olvidarlo. Sus dedos, en lo profundo del bolsillo, recorrían, en un tactar puramente maquinal, los contornos suaves y lisos de la llave. Meditaba. No debía apresurarse, seguir sus impulsos. Su conciencia servíale en ese momento de fiel justo, preciso, matemático: de un lado el niño, del otro los estatutos que ella y la congregación juraran respetar. Recapacitó un instante: "Sabía que no le permitirían ir".

—Irá, ¿verdad? —exhaló apenas.

—Sí —respondió despacio—. Iré, sí.

Creyendo contestarse a sí misma, se admiró al darse cuento de que había reflexionado en voz alta.

—Prometa, prométalo... —Y la súplica, su insistencia dramática, radicaba no tanto en las palabras mismas como en el sonido trémulo, sostenido y, sin embargo, entrecortado y anhelante—. Vaya. Tráigalo..., prométame... —La voz surgía y desaparecía, igual a la luz insegura de una vela ya consumida entre cuyos restos de esperma licuada y derramada perdurara todavía el aliento de una débil, mortecina llama—. El gato no importa. Hay ratones en el entretecho. Es Pepito, Pepito —repitió con urgencia—, ...hay que abrirle, echarlo a volar..., prométame...

"Delira. Ya no discierne lo que dice." Sentíase dominada por la compasión. Calculó si convendría más dejarla y correr a salvar al niño. Recordó que antes debería informar de ello a la congregación. Conocía la respuesta, se dijo consternada: "Quedaba fuera de la atribución religiosa".

La mujer pestañeó. Luego, dos dardos traspasaron pinchando a la monja. Con la idéntica percepción del insecto que es clavado por un alfiler, ésta se estremeció en forma instintiva.

—Prometa, júreme que irá.

Mantenía la vista inmóvil, desesperada, y su aguijón, punzándola, la obligó:

—Se lo prometo. Juro que iré.

Ladeó el rostro hacia la ventana, farfulló algo ininteligible y seguidamente recayó en el sopor habitual.

Sor María del Pilar perseveró junto al lecho. Abrigaba la vana esperanza de anular su promesa. Conoció de un modo vago, pero cierto, que la enferma no moriría en tanto ella no la cumpliese. Al alejarse a lo largo del pasillo, su paso flojo, desmañado, titubeante, ya no sugería el andar airoso, acompasado y liviano de una barca.

● AL CONJURO de la campana que repicaba llamando a la bendición, Sor María del Pilar cruzó apresurada el jardín. A su paso, bandadas de gorriones que se revolcaban en el césped bajo la fina llovizna de las rosetas giratorias echaban a volar produciendo un ruido seco, similar al restallido brusco del viento al agitar de improviso una lona.

Exceptuando la lámpara de aceite que ardía ante el Santísimo y el bordoneo insistente y monótono de un mosco, la capilla se le ofreció como un solitario, fresco y no obstante cálido refugio cuya penumbra invitaba al recogimiento y la devoción. Arrodillada y al amparo del embozo de densa sombra que proyectaba el confesionario, se le ocurrió que todo no había sido sino una alucinación de sus sentidos. Pero la llave —la palpó— continuaba ahí, en la hondura del bolsillo, como un testimonio, suave, metálica, misteriosa y fría.

El padre Anselmo carraspeó levemente tras la rejilla.

En un murmullo tenue, la frente reclinada sobre las manos juntas —recordaban dos palomas—, la contrita monja inició su relato. Objetivo. Desapasionado. Humilde. Nada omitió. Al enmudecer, el sacerdote guardó reflexivo silencio. La compadeció. El mismo sentíase abrumado.

Y mientras un coro de voces sordas, dulces y apasionadas llenaban el ámbito y el olor a incienso extendíase igual a una bruma de ensueño, el clérigo ha-



bló, la reconvino y aconsejó, grave y pausadamente. En tono no duro sino firme recalcó la labor asignada a la congregación dentro del establecimiento. "Nuestras atribuciones —dijo y la voz pesaba como conmiserándose a sí misma— nada tienen que ver con las almas. Expresamente lo indican estrictas cláusulas que se atienen al mantenimiento y aseo del edificio y jardín, repostería y lavandería, vigilancia de las salas." Su acento pareció fusionarse al del oficiante y se arrastró en un murmullo desolado y sin esperanzas, el que ya desposeídas, inmoladas penitentes, repetían en un clamoreo oscuro, en un rapto de ofrenda y renuncia. "Vivimos tiempos difíciles, hija, y el transgredir pondría en peligro a la comunidad. No nos están permitidas ni la intervención ni la influencia religiosa en el ánimo de los pacientes", concluyó en un suspiro.

—Juré. Juré ir —dijo con voz remota, desmayada. Tocó la llave.

Una campanilla repiqueteó aguda, reiterada como un lamento. Y asordinadas voces reptaron como un eco. La nube de incienso ascendía espesa, impoluta, irreal como un sueño.

—Lo sé, hija.

Por un momento reinó el silencio. Bajo la nave, la niebla gris y acre flotaba compacta, deshacía y recreaba volúmenes, densas volutas de hechicería subían hacia lo alto sin rasgarse y sin develar su misterio.

La campanilla —como si la tensión llegara a su máximo, trizándose— rompió el sortilegio y su repiqueteo resonó destemplado, histérico, liberador.

Un lapso más tarde, las voces irrumpieron serenas, melodiosas, elevándose. Entonces, junto con ellas, el sacerdote expresó con solemne sosiego la inspiración recién concebida.

—La llave —dijo— deberá ser delegada a la jurisdicción del hospital. Será como colocarla de nuevo al arbitrio de Dios mismo. —Pensativo se rascó la cabellera cana—. Confía y ora. Dios sabe lo que hace. A veces —consoló— somos instrumentos ciegos en las manos del Creador. En su nombre, yo te absuelvo.

Dócil y mansa, depositó la llave en la oficina. Relató en forma escueta lo sucedido. Los ojos miopes de la secretaria la escrutaron incrédulos, y con un "parece imposible, inverosímil", prometió investigar. Acto seguido buscó la ficha de la enferma, confirmó los datos y anotó el "posible" nombre del "improbable niño". Al día siguiente nadie ignoraba que Pepito era sólo una creación del delirio.

Sor María del Pilar comenzó a desmejorar. Veíase pálida y demacrada. Grandes ojeras sombreaban su rostro, y hasta el roce de sus pies arrastrábase pesado. No podía ahora, cuando le tocaba turno en la sala, evitar que sus pensamientos recayesen en la mujer. Le resultaba absolutamente inútil siquiera pensar en iniciar el rosario. Tampoco conseguía centrar su atención. Por temor a que la llamase, no se atrevía a llegar al final del pasillo. Si se arriesgaba a hacerlo no iba más allá de un atisbar rápido y subrepticio, suficiente sólo para asegurarse de que aún vivía. Y vivía, aunque le costase creerlo. Lo confirmaba el rostro albo, tenazmente torcido hacia el claror de la ventana.

Desde hacía ya cuatro días a la monja antojábasele el tiempo, especialmente por la noche, semejante a una enorme rueda inmóvil. Tenía la impresión de que si se ponía en movimiento algo ocurriría.

Ahora, velando en la nocturna oscuridad callada y tranquila de la sala, viendo la quieta mansedumbre del álamo, sospechó que el árbol no era tan inocente.

Campanadas lejanas devanaban las horas cual insensibles lanzaderas rotas y muertas. La luna inmemorial rodaba sin tiempo, inasible cual una quimera, en rápida fuga hacia el poniente. Un halo blanco, póstumo, impalpable, como un velo de gasa rodeó la copa del árbol, que agitó con levedad sus sonajas de plata. La mujer se revolvió inquieta en el lecho y su quejido sobresaltó a la monja.

La noche se oscureció de pronto, y sólo la fronda tintineante, circuida y nívea, parecía celar en secreto arrobo con revuelo de argentinas esquilas el arcano, místico florecer de la madrugada.

De improviso la mujer la llamó. Sor María del Pilar acudió presurosa. Posado en la rama más alta, un zorzal entonaba su éxtasis, devanando un misticismo puro e incorrupto, inaugural del día naciente.

—¡Está ahí!... ¡Gracias, gracias, madre!... —murmuró.

Y mientras el salmista, desapasionado, triste y dulce a la vez, proseguía su íntimo, poético ritual, la monja se alejó.



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

E° 3,50

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

confidencias

Año 1945



FUROR ASESINO

Fortuitamente fue víctima de una ira desencadenada.

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

Resumen de lo Publicado:

Cuando JUDITH MARLOWE conoció a DAVID GODARD, lo creyó un periodista interesado en detalles biográficos de su tía abuela VERA HALVORSEN DE MARLOWE recién fallecida, quien perteneciera en su juventud al Real Ballet Danés. Enseguida se dio cuenta de que su interés estaba en la nieta de la tía Vera, GISELLE, prima de Judith, la que había muerto cinco años antes en un accidente ferroviario, cuando se dirigía al aeropuerto de Londres para tomar un avión a Dinamarca.

Giselle iba huyendo a reunirse con el hombre que amaba, un piloto de aviación danés, NIKKI. Judith la había alentado, incluso prestándole el dinero para el viaje sólo porque su propio enamorado, ALAIN, parecía sentirse atraído hacia Giselle. Pero después del accidente, la pasión de Judith se desvaneció y ahora Alain no le importaba en absoluto, lo cual aumentaba su sentimiento de culpa hacia Giselle.

Al morir tía Vera, legó todos sus bienes a Judith. Cuando hacía el inventario de las pertenencias de la anciana, Judith descubrió el maletín que Giselle había preparado para su viaje fatal, y que contenía su cámara fotográfica y su pasaporte. El pasaporte llevaba la visa de entrada en Dinamarca, pero no el timbre de salida. Sin embargo, Giselle había muerto antes de poder llegar a Dinamarca. David persuadió a Judith a que fuera a Copenhague y buscara a INGE SCHALL, joven danesa que alojó la tía Vera en su casa un tiempo y por medio de la cual Giselle solía escribirse con Nikki. Durante el viaje, Judith encontró a David en el mismo avión.

Ya en Copenhague, Judith descubrió que Inge se había mudado hacia tiempo de su antiguo domicilio, el único conocido. Ahora, la única pista de que disponía Judith para encontrarla era que Inge había trabajado en una farmacia.

CAPITULO III

EN su habitación del Hotel Amalie en Copenhague, Judith se sentía desanimada ante la idea de tener que buscar a Inge Schall en todas las farmacias de la ciudad. Estaba cansada y tenía hambre. Recordó que los escandinavos comían temprano y se cambió rápidamente de ropa, sin molestarse en desempacar sino lo que necesitaba.

Al abandonar su habitación encontró el ascensor silenciosamente esperando tras de su reja.

Las ventanas del comedor miraban hacia el patio. La comida le pareció desabrida, porque estaba fatigada. Y repentinamente David entró al comedor.

Vino directamente hacia ella, diciendo:

—Perdón, no creí que usted pensara en comer tan temprano. Le estaba dando tiempo para que descansara un poco de su viaje antes de llamarla por teléfono para sugerirle que comiéramos juntos en algún sitio.

—Ya terminé de comer, gracias. ¿Y usted?

—No se ha servido el café. Vayamos a los Jardines Tivoli y tomaremos allá el café. Yo me serviré un sandwich con el mío.

David había retenido el taxi que los trajo desde el aeropuerto, y lo ocuparon dirigiéndose al centro de la ciudad. El ambiente había refrescado ligeramente ahora que el sol se había ocultado. El arco que habían atravesado para ir a Tivoli brillaba con reflejos coloreados, como un brazalete enjoyado de piedras preciosas.

Se detuvieron junto al lago. Las aguas quietas y oscuras reflejaban la torre chinesca iluminada con faroles de colores en la margen opuesta.

—De modo que no encontró a Inge Schall en la guía telefónica —dijo David.

Asombrada, Judith preguntó:

—¿Cómo lo supo?

—Soy a medias galés. Celta. Tengo el don de la adivinación y ese tipo de cosas —respondió David en tono de broma.

—Bueno, era absurdo esperarlo —explicó Judith—. Ella podría estar casada ahora y llevar otro apellido desde hace tiempo. O pudo haber abandonado Copenhague para irse a vivir a otra parte. No voy a preocuparme más de Inge Schall.

—¿Y dejar las cosas como están? Como periodista, eso me preocupa. Teniendo una imaginación bastante buena, podría encontrar una solución. Sólo que pudiera no ser la correcta.

—Creo que me gustaría tomar mi café —respondió Judith.

David no comentó nada hasta que encontraron un pequeño café y se instalaron alrededor de una mesa. Entonces volvió sobre el tema, diciendo con suavidad:

—Pero usted está preocupada por Inge Schall.

El tenía la extraña cualidad de poder leer los pensamientos de los demás, pensó Judith, especialmente los pensamientos de ella. Sólo por un instante, porque se encontraba en ese mundo encantado, mágico, porque se sentía cansada después de la súbita decisión de venir y la fatiga de realizar apresuradamente los arreglos para el viaje, tuvo el temor de haberse vuelto transparente a los ojos de David.

—El pasaporte —dijo rápidamente, casi sin aliento—. La visa de salida..., tal vez el timbre del oficial de aduanas no tenía suficiente tinta y por eso no lo vimos.

En el acto sintió vergüenza por su invención infantil. Supuso que él señalaría en el acto lo absurdo de su idea. Pero David no se molestó en hacerlo, por lo cual se indignó más aún consigo misma.

—Tal vez —dijo él. Y luego, después de una pausa, añadió—: ¿Está segura de que el maletín donde encontró el pasaporte era el de su prima?

Judith asintió.

—Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo cuando Giselle lo compró para su viaje.

—¿Y no se veía estropeado?

—No. Parecía apenas usado. Debe haber saltado lejos, sin dañarse. Por eso fue que no lo alcanzó el fuego.

En cuyo caso seguramente se habría abollado en la caída, pensó en el acto y esperó a que él se lo dijera así, pero nuevamente David la defraudó.

—Nunca me preguntó si yo había encontrado la dirección actual de Inge en la agenda de mi tía abuela. Porque en tal caso puedo escribirle para comunicarme con ella, ¿no es cierto? —dijo Judith.

—Sé que no la encontró. Si así hubiera sido me lo habría dicho en el hotel. No habría tenido una expresión tan desalentada.

Muy pronto, y porque en realidad estaba cansada, Judith pidió a David que regresaran al hotel. Esta vez dejó el taxi estacionado en la calle y la acompañó a través del oscuro patio hasta la entrada del hotel. Allí ella se volvió a mirarlo.

—¿Por qué se interesa usted tanto en mi prima Giselle? ¿Me dijo la verdad cuando aseguró que no quería desenterrar una historia sensacional para su periódico?

—Estaba diciendo la verdad —repuso David.

En su voz vibraba tal acento de sinceridad que por el momento Judith dejó de dudar. Pero cuando abrió la puerta del hotel, le dijo:

—Usted debe tener alguna buena razón. Buenas noches.

Una vez arriba, en su dormitorio, comenzó a desempacar sus cosas ordenadamente. El maletín que traía en el avión estaba en el suelo, al lado de la cama, lleno con las mil y una cosas de última hora que siempre se quedan afuera en un viaje apresuradamente organizado.

Fue entonces cuando recordó por primera vez haber entrado de pasada en su trayecto para tomar el tren al negocio de artículos fotográficos para retirar las películas desarrolladas de la cámara de Giselle.

Cogió el pequeño sobre, desparramando las fotografías en el velador, bajo la lámpara y las miró cuidadosamente una por una.

El indicador se había detenido en el número cinco, recordó. El resto del rollo de película se había perdido, por supuesto. Dos de las fotografías estaban veladas. La tercera mostraba a la tía Vera sentada con aire de satisfacción en una banca en algún parque, al lado de la estatua de estilo victoriano de un hombre con sombrero de copa, con el brazo extendido y levantando el dedo índice, como reconviniendo a una invisible audiencia.

Judith tomó la última fotografía y se encontró ante la mirada de Giselle. Giselle, de pie, cogida del brazo con otra muchacha que usaba un delantal blanco. Estaban de pie en una vereda, al lado exterior de una farmacia.

Sí, la otra mujer era Inge. Judith la recordó ahora claramente, reconociendo el rostro alegre, la expresión amistosa que en forma tan efectiva había camuflado su egoísmo y despiadada determinación. La fotografía era muy clara, había sido tomada a pleno sol. La sombra de aquel o aquella que la había tomado se proyectaba con toda claridad sobre las piedras blancas de la vereda, como recortada sobre papel carbón.

Era la sombra de una mujer que usaba una falda anormalmente larga para la moda de la época, pero lo bastante corta como para enseñar los tobillos delgados y firmes, como los de una bailarina en posición de iniciar la danza en puntas de pies. ¿La sombra de tía Vera?

Judith leyó el nombre que aparecía sobre la farmacia: SWANE APOTHEKE. La fotografía fue tomada ahí, en Copenhague. Aquí era donde debía haber trabajado Inge, donde Giselle había ido a visitarla y haciéndola salir un momento, se habría hecho tomar una instantánea a su lado, ¿por quién?

La fotografía debió ser tomada muy poco antes de la muerte de Giselle. Porque ella llevaba puesto su nuevo vestido a cuadros, aquel con el cinturón de cuero brillante que Judith había visto recientemente en el maletín de viaje, con el pasaporte debajo de él.

UN bus madrugador pasaba traqueteando por la calle Bredgade, llevando obreros a su trabajo a las siete de la mañana. El ruido despertó a Judith a la mañana siguiente. Se enderezó apoyándose en un codo para mirar el reloj. Había dejado las cortinas corridas por lo cual entraba muy poca claridad.

Había la luz suficiente para poder ver la guía telefónica, vuelta a abrir y rebuscada antes de que se acostara la noche anterior: SWANE APOTHEKE, Kogensgade 33. Había copiado la dirección en una hoja de papel que guardó en su cartera. También había consultado el plano de la ciudad que le habían dado junto con su pasaje. Kogensgade estaba a corta distancia del hotel.

Se levantó, vistiéndose rápidamente y bajó. Era más seguro salir del hotel antes de que David Godard le telefoneara para preguntarle cuál iba a ser su próximo paso a dar.

Había un pequeño café abierto al otro lado de la calle Bredgade. Los otros negocios de la vecindad parecían estar todavía cerrados. Eran apenas las ocho de la mañana.

Terminó de beber su café con tostadas y se puso en camino. Las veredas vacías comenzaban a llenarse de gente, figuras apresuradas de muchachas vendedoras de tiendas y empleados que corrían a sus trabajos.

Número 33. Aquí estaba, con el letrero donde se veía un gran cisne plateado destacándose sobre la puerta. La puerta todavía estaba cerrada. Los postigos de estilo anticuado aún estaban enclavados sobre las vitrinas.

Bueno, tendría que esperar. No aquí, en la vereda, sino en el tranquilo parque llamado Jardines Rosenburg que su plano señalaba solamente a dos cuadras del lugar. Sin duda que la farmacia no se abriría antes de las nueve.

MISIÓN DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
20 SET. 1971
DEPOSITO LEGAL

EL cielo se había tornado luminoso ahora sobre los jardines. Una paloma arrullando suavemente pasó sobre su cabeza para ir a posarse sobre la mano de una estatua cercana. La estatua de un hombre vestido a la moda victoriana: ¡Hans Christian Andersen!

Aquí estaba la banca donde debió estar sentada la tía Vera cuando Giselle tomó aquella fotografía. ¡Entonces, ellas habían venido juntas a Copenhague! Extraño, porque la tía Vera nunca mencionó haber visitado allí a nadie.

¿Cuándo había ocurrido eso? Obviamente, aquel mes de mayo de cinco años antes, cuando Matty se fue de vacaciones y Judith tenía su ataque de influenza. No había ni señales de pasaporte entre los papeles de la tía Vera. Debió haberlo destruido, cuando quedó nulo al terminarse su plazo de validez.

Pero había pasado por alto el pasaporte de Giselle. Con toda seguridad no pudo decidirse nunca a vaciar el patético maletín, tan cuidosamente empacado, sino que prefirió dejarlo sin tocar, en el cuartito de las maletas. Y más adelante lo olvidó.

Habían viajado juntas como un par de buenas amigas. Eso era evidente. No se habrían detenido a tomarse mutuamente fotografías si hubiesen estado aún en un plano de enemistad respecto a Nikki. Tía Vera debió decidirse a acompañar a Giselle, en vista de que la chica parecía tan determinada a hacer el viaje. ¿Tal vez con la intención de juzgar a Nikki por sí misma?

Y después, habiendo regresado nuevamente a Inglaterra, Giselle había dado media vuelta comenzando una vez más el viaje a Dinamarca, pero sola esta vez. **A no ser que tía Vera hubiera hecho equivocadamente la identificación y Giselle no hubiera regresado jamás. Si así fue, ¿quién era la muchacha que perdió su vida en el accidente del tren?**

Judith se puso bruscamente de pie. Con seguridad que a estas horas ya debía estar abierta la farmacia.

Estaba abierta. Habían retirado los postigos y un cliente venía saliendo del interior de la tienda. Judith entró, acercándose al mostrador. Una niña rubia con delantal blanco como el que llevaba puesto Inge en la fotografía le sonrió, dirigiéndole algunas palabras en danés. Judith dijo, en inglés:

—¿Puedo hablar con el propietario?

El propietario alcanzó a oírla desde la trastienda donde se encontraba preparando una receta. Salió en el acto.

—¿Puedo servirla en algo, señorita?

Su inglés era algo rebuscado, pero bastante fluido.

—Deseaba saber si podría usted dar-

me la dirección de alguien que trabajó aquí hace algunos años. Su nombre era Inge Schall.

Contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta, pero el hombre sacudió la cabeza negativamente.

—No, no recuerdo a nadie de ese nombre, por el momento. ¿Cuántos años hace que ella trabajó aquí?

—Alrededor de cinco años —dijo Judith.

—Ah, entonces es comprensible. Yo solamente compré este negocio a **Herr** Rasmussen cuando él se retiró y eso fue justamente hace cinco años.

—¿Era él el dueño del negocio antes de usted? —preguntó Judith.

—¿**Herr** Rasmussen? El trabajó aquí toda su vida. Esta es una de las más antiguas droguerías establecidas en Copenhague.

—Tal vez **Herr** Rasmussen conozca el paradero de Inge Schall. ¿Podría darme su dirección? —rogó Judith.

El farmacéutico ya estaba abriendo la puerta para que Judith saliera.

—Entiendo que pensaba retirarse a Dragor —dijo—. Un lugar ubicado sólo a corta distancia, en la costa. Es una pequeña aldea de pescadores. Ahí puede preguntarle a cualquiera dónde vive él.

No le quedó a Judith otra alternativa sino salir de la farmacia. La puerta se cerró tras ella con suavidad, cortésmente.

¡Dragor!

Se repitió el nombre mentalmente varias veces seguidas, para no olvidarlo. Al final de la calle había una agencia de turismo. No parecían estar muy atareados allí, porque la temporada recién comenzaba. El joven que atendía el mostrador y que respondió a su consulta usaba una camisa tan deslumbrantemente blanca que la hizo recordar los avisos de propaganda para detergentes que había en las murallas de todos los caminos.

—¿Dragor? Es muy fácil llegar allá. Lo único que tiene que hacer es coger el bus en el centro de la ciudad y sentarse en él hasta llegar allá. Demorará unos cuarenta minutos.

Judith vaciló, mirando su reloj, y preguntó:

—¿Hay allá algún lugar donde se pueda almorzar?

—Naturalmente. Hay un excelente hotel pequeño al lado del puerto.

Se apresuró en llegar al sitio donde el empleado le aseguró que hallaría el bus. De pronto se encontró instalada en éste, conducida a las afueras de la ciudad.

Los terrenos planos y cultivados se extendían bajo un cielo algo nuboso. Cuando llegó al final de su trayecto y descendió del bus, soplaba el viento y levantaba olas de arena que corrían por la calle principal de Dragor. A sus oídos llegó el rumor del mar.

El hotel, una construcción pintada de amarillo, con un amplio porche de madera, enfrentaba la bahía. Judith escogió una mesa al lado de una ventana y pidió su almuerzo. El camarero era entrado en años y probablemente conocería a todo el mundo en la aldea. Cuando terminó de almorzar, Judith le preguntó si sabía dónde podía encontrar a **Herr** Rasmussen, aquel que había sido un tiempo el dueño de una droguería en Copenhague.

El camarero le escribió en un papel la dirección porque cuando la pronunció guturalmente, Judith no pudo comprenderle. Incluso bajó con ella los peldaños de madera a la entrada del hotel para indicarle el camino que debía tomar.

ESTA era una auténtica aldea de pescadores, detrás de la fachada de calles y villas. Las casitas apretujadas con sus tejados rojos afirmándose unos sobre los otros tenían las verjas de sus jardines confusamente enredadas sin que se distinguieran los límites de sus murallas, que habían sido todas invadidas por la hiedra y las enredaderas en flor.

En este escondido villorrio no había calles, solamente huellas zigzagueantes, sin nombres; las casitas y cabañas no llevaban números. Era la hora somnolienta de la siesta después de almuerzo y a Judith le pareció que todo el lugar le pertenecía a ella sola.

Sobre algunas de las cercas habían tendido redes a secar. Más al interior se levantaba un matorral de zarzamoras y enredaderas floridas que cubrían alguna invisible muralla. Al aproximarse Judith, las ramas fueron apartadas súbitamente por un par de brazos delgados y nudosos. El rostro de un hombre anciano la miró.

—Por favor —gritó Judith, aproximándose—. ¿Me encuentro cerca de la casa de **Herr** Rasmussen, el farmacéutico de Copenhague?

—Si está hablando inglés —respondió el viejo—, hable en voz más alta y con más claridad. Soy sordo.

Le abrió una puertecita practicada en la valla del jardín. Ahí estaba el anciano, su figura ocultando en parte el cuadrado de tierra y yerbas entreveradas con maleza que constituían su jardín. Con un ademán le indicó que entrara, diciendo:

—Yo soy Jakob Rasmussen.

La puerta para entrar a la casa estaba abierta. Judith tuvo que agachar la cabeza para no tropezar con el anticuado dintel bajo. Se dio cuenta que era la puerta de servicio, porque se entraba directamente a la cocina, que estaba tan descuidada como el jardín. En el fregadero de piedra se apilaban los platos sucios.

—¿Por qué motivo me busca? —preguntó **Herr** Rasmussen.

—Vine a preguntarle la dirección de alguien que trabajaba antes para usted..., a quien usted conocía. Su nombre es Inge Schall.

—La mujer que hace la limpieza en mi casa no ha venido, porque dice que está enferma. Soy un hombre ordenado, pero estoy viejo. Y no me gusta el aspecto de esos platos sucios en el fregadero.

Al principio Judith creyó que su sordera le había impedido escuchar su pregunta. Luego, al pronunciar él sus últimas palabras sobre los platos, le dirigió una mirada a medias astuta, a medias patética y ella comprendió entonces que estaba ofreciéndole vender su información, no regalarla.

—Si tiene agua caliente, yo puedo lavarlos en un minuto —le ofreció.

Una tetera silbaba sobre la estufa. Con una rapidez asombrosa para un hombre tan viejo, él tomó la tetera, la llevó hasta el fregadero y vació el agua caliente. Después volvió a su silla y se sentó dándole la espalda mientras ella lavaba. Judith encontró un paño limpio para secar los platos.

—Y ahora, ¿quiere decirme dónde vive Inge Schall?

El viejo abrió la boca para responder. Pero enseguida su mirada se detuvo sobre el piso sin barrer y la misma expresión astuta se reflejó en sus ojos. Una vez más **Herr** Rasmussen se había vuelto sordo.

—¿El piso, decía usted? Ah, sí, si quiere ser tan amable. Yo no puedo barrer en estos días, pero encontrará la escoba al lado de la alacena.

Judith casi estalló en una carcajada, pero enseguida recordó que el tiempo pasaba rápidamente. Ya estaban a media tarde. Sin hacer ningún movimiento para acercarse a la escoba dijo:

—No creo que usted conozca a la persona a quien busco. Será mejor que pregunte en otra parte.

—¡Sí, por supuesto que la conozco! —respondió el anciano rápidamente—. Era mi ayudante y vendedora en la droguería. Después se casó y ahora vive lujosamente. Su marido tiene mucho dinero.

—¿Dónde viven ellos?

El anciano trató de enderezarse con mucha dificultad. Tenía un aspecto muy desamparado y patético.

—Soy un hombre ordenado. Me gusta vivir en una casa limpia. Pero el doctor me advirtió que no debía hacer ejercicio y la mujer que cuida mi casa no ha venido...

Era verdad, se veía muy débil y frágil y muy viejo.

—¿Cree usted —dijo Judith con dulzura— que si barro el piso de su casa podrá recordar dónde vive Inge Schall?

La mirada de alivio del anciano fue enternecedora. Con gratitud dijo:

—El apellido de ella ahora es Aksell.

Judith barrió, sacudió y con verdadero placer se entretuvo en poner todo en orden, como el anciano señor anhelaba. Después, viendo la estrecha escalerilla de madera que evidentemente conducía a una habitación del segundo piso, le preguntó:

—¿Le gustaría que yo limpiara también su dormitorio?

Nuevamente esa expresión de alivio y reconocimiento. Si había en ella un leve matiz de placer infantil en atormentar a Judith, ella simuló no darse cuenta y trepó por la escalera. La ventanilla estrecha que se abría sobre el tejado en declive estaba atascada por la herrumbre y el aire salino del mar. Judith no pudo abrirla, pero frotó los vidrios interiores y se volvió hacia la cama. El pobre viejo había tratado de tender sobre ella sábanas limpias, pero le habían fallado las fuerzas y las sábanas se arrastraban por un costado de la cama hasta el suelo.

Una vez realizado todo lo que pudo hacer, volvió a bajar la escalera. El anciano parecía estar dormitando, pero al sentir que descendía su ojos se abrieron en una mirada satisfecha y feliz. Tenía unos ojos muy azules, claros y de expresión infantil, a pesar de sus años.

—Ahora —dijo Judith, de pie frente a él y pronunciando las palabras como si estuviera tomando parte en el juego que él quería jugar—. ¿Quiere usted darme la dirección de la señora Aksell?

—El marido de Inge es un importante hombre de negocios —dijo él—. Director de esto, director de aquello y lo de más allá... Viven en un elegante departamento que tiene ventanales sobre el Sound. Con todas las comodidades modernas y debe ser muy caro.

—¿Ha estado usted allá?

El asintió orgullosamente.

—Inge me mandó buscar aquí en su automóvil. Me trataron maravillosamente ambos. Sí, Inge no me olvida.

Judith pensó que por lo menos alguien podía hablar algo bueno en favor de Inge.

—Creo —estaba diciendo ahora **Herr** Rasmussen quejumbrosamente— que



—Usted está preocupada por Inge Schall —dijo David con suavidad.

me gustaría comer una galletita dulce. La lata está ahí, sobre la repisa.

Judith dio una mirada a su reloj cuando se levantó a alcanzar la caja de galletas. La tarde había avanzado mucho. La exasperación que se había esforzado en mantener a raya hizo presa de ella. Abrió la lata y la colocó frente al anciano, diciendo con firmeza:

—Ahora debo irme. Entonces, por favor, le ruego...

El habló, mientras parecía examinar cuidadosamente las galletas.

—Son un regalo de Inge. De la mejor pastelería de Copenhague. Ella me manda a menudo estos pequeños obsequios...

De repente torció la cabeza sobre el cuello lleno de pliegues como los de una tortuga y la miró con una mueca maliciosa, añadiendo:

—...y nunca deja de colocar su tarjeta en la caja para que yo le escriba dándole las gracias.

La tarjeta con la dirección estaba insertada bajo la tapa. Judith tuvo que controlarse para no agarrarla demasiado ansiosamente. Sabía que el anciano estaba observándola, saboreando esta última broma secreta. Pudo oírlo riéndose cuando la acompañó, rengueando, hasta el camino.

ERAN casi las cuatro de la tarde. El mesón de recepción del Hotel Amalie estaba desierto. El hotel parecía silencioso y vacío. No había nadie a quien Judith pudiera preguntarle si algún amigo había venido a verla o si le habían dejado algún mensaje. Tal vez encontraría alguna nota en su dormitorio.

No había ningún mensaje.

Bueno, se dijo a sí misma, ¿no era esto lo que ella deseaba? ¿No se había levantado temprano esa mañana para evitar que él quisiera acompañarla en su búsqueda de Inge Schall? ¿No estaba David interfiriendo demasiado en sus propios asuntos?

El portero había reanudado sus labores cuando Judith volvió a bajar. Ella le mostró la tarjeta con la dirección de Inge y el portero le indicó la manera de llegar allá. Estaba más o menos a media ruta hacia Elsinore, yendo por la costanera. Uno de los buses que pasaban frente al hotel podría dejarla allá.

El camino corría al lado del agua y cuando el conductor del bus indicó a Judith que habían llegado, ella creyó que se había equivocado.

Porque al bajarse solamente pudo ver las azules aguas del Sound por un costado y en el otro parecía haber sólo un empinado acantilado de verde vegetación. Después observó que había peldaños de piedra practicados en el acantilado desde el camino formando una escalinata con una elegante barandilla de hierro forjado. A intervalos había faroles con pantallas de hierro muy elaboradas, para iluminar la escalinata cuando se oscurecía. Comenzó a trepar los peldaños.

Al llegar arriba se encontró sobre un extendido prado de suave césped recortado. A cierta distancia estaba el bloque de departamentos rodeado de preciosos jardines. De un diseño sumamente moderno, los departamentos se extendían en líneas de concreto y vidrio, con sus jardines al centro y alrededor.

Atravesó el prado de césped y se encontró en el hall principal, de marmol gris. Ahí había una placa de bronce con los nombres de los residentes.

El ladrido de un perrito la distrajo mientras leía los nombres, pero no se volvió a mirar. La mujer que llevaba a su poodle en miniatura a dar un paseo dio una rápida mirada al perfil de Judith al pasar velozmente junto a ella.

Aquí estaba: **Aksell.** Solamente un piso más arriba.

La barandilla de la escalera era de acero cromado muy brillante. El timbre, un botón de concheperla en un anillo de acero. Judith presionó el botón y escuchó el rumor del timbre en el interior.

Después de un rato, volvió a presionar. No recibió respuesta. Obviamente, el departamento estaba vacío. No había otra cosa que pudiera hacer Judith sino salir otra vez al camino y esperar un bus de regreso.

Cuando llegó al hotel preguntó si alguien la había llamado o había ido a visitarla. El empleado de la recepción contestó:

—No, señorita.

Entonces Judith subió a su dormitorio, enojada consigo misma por haber preguntado.

Más tarde, en el comedor, mientras comía, Judith se sentía tan serena y equilibrada como de costumbre, pero en su interior se sentía curiosamente sola. La noche anterior habían estado en los Jardines Tivoli...

ESTA noche telefonearía a Inge, que a estas horas se encontraría seguramente en su casa. Aparte de las preguntas que deseaba hacerle, sentía la necesidad de compañía, de poder conversar con alguien.

Rehusó el café y volvió a subir. El número del teléfono fue fácil de encontrar. Pidió la comunicación a la operadora y esperó. Pudo escuchar el sonido del aparato marcando la señal de llamada al otro lado del alambre, pero no hubo respuesta.

A las once de la noche ensayó nuevamente. El teléfono marcaba, pero nadie contestaba. Estaban en el fin de semana y lo más probable, pensó Judith, era que Inge y su marido hubieran salido fuera de la ciudad. Era in-

la danza del espejo

cluso posible que ellos no volvieran antes de la fecha en que Judith tenía que regresar a su trabajo en Londres. También existía la posibilidad de que sólo hubieran salido a cenar con amigos y en tal caso, era muy temprano para suponer que regresaran.

Judith se desvistió, se dio una ducha y se deslizó en su cama con un libro, pensando en que tal vez trataría nuevamente de llamar dentro de una hora. Pero mucho antes de que transcurriera esa hora se quedó dormida.

INGE, sentada a solas en el lujoso departamento, estaba bordando. Encontraba que esa ocupación la tranquilizaba, la ayudaba a concentrarse en algo y apartaba de su mente el sonido de ese teléfono que no pensaba contestar.

—Quédate tranquilo, Oggi —dijo al perrito, con dureza.

Los ladridos chillones le alteraban los nervios. La última vez que sonó el teléfono eran más o menos las once. Después permaneció silencioso.

Media hora más tarde hizo ella misma una llamada a su marido.

—Sí, sí —dijo en el teléfono—. Soy yo. No, no he estado en la casa en toda la tarde..., no, no pude evitarlo. ¿Cómo iba a saber que eras tú el que llamaba? Había otro llamado telefónico que no deseaba responder... Escucha, no me interrumpas. Oh, Dios, ¿crees que me importa el estado del tiempo en Suecia? Iré a reunirme contigo mañana. ¡Dije que voy a reunirme contigo mañana! ¿Por qué? Porque Judith Marlow está aquí, en Copenhague. Sí, sí, la prima. ¡Y conoce nuestra dirección!

JUDITH había estado demasiado fatigada para pensar con claridad. Incluso demasiado cansada para dormir bien.

Despertó temprano, vistiéndose rápidamente y llamó para pedir el café. Deseaba ver a Inge frente a frente.

El bus que hacía el trayecto por la costanera demoraría mucho en llevarla allá. Con una curiosa y súbita sensación de urgencia que parecía haberse apoderado de ella durante el sueño, pidió al portero del hotel que le hiciera llamar un taxi.

Cuando el taxi llegó frente a la escalinata de piedra con su graciosa y elegante barandilla, Judith bajó pidiendo al conductor que la esperara en ese lugar.

Esta vez el departamento de los Aksell tenía su puerta abierta. Una mujer de cara redonda y colorada se encontraba de rodillas frotando el piso del hall.

—¿La señora Aksell? —preguntó Judith.

La mujer respondió algo en danés y enseguida, dándose cuenta de que evidentemente Judith no la comprendía, se levantó y con un gesto la invitó a entrar. Judith la siguió por el hall. En un rincón había una maleta encima de la cual estaban un abrigo de viaje y algunos adminículos. Alguien, probablemente Inge, se preparaba para viajar enseguida. Había llegado a tiempo.

La mujer había abierto las puertas corredizas en el hall, haciéndola entrar en un gran salón. Aunque el departamento no estaba ubicado a mucha altura en el edificio, el declive de la terraza frente a éste, la repentina y abrupta bajada del acantilado hacia el camino, daban la impresión de que la habitación estaba prácticamente suspendida sobre el mar.

Escuchó que la mujer cerraba las puertas tras ella. Judith se acercó a mirar por la ventana. Las aguas del Sound eran tan azules como siempre. Se apartó de la ventana para examinar el salón.

Estaba amoblado en el más moderno estilo escandinavo. Los sillones blancos cubiertos con pieles negras. Un enorme cuadro tan grande como la ventana ocupaba uno de los muros, junto al cual había una mesita para el café, de cristal y hierro forjado. Recordando la absoluta indiferencia de Inge hacia las artes Judith sonrió ante esta exhibición y símbolo de prestigio. Luego se acercó a la única pieza de amoblado antiguo que había en el salón, una vitrina pintada al estilo sueco tradicional. Examinó lo que había dentro. Lo primero que vio allí fue el regalo que tía Vera había recibido de la emperatriz, la cajita enjoyada en forma de huevo.

Al principio no pudo creer a sus ojos. Ensayó abrir la puerta de la vitrina, pero estaba con llave. Desde luego que no necesitaba tener en sus manos el pequeño objeto para reconocerlo. Ahí estaban las violetas esmaltadas en la cubierta, que tanto la habían fascinado cuando era niña, las amatistas incrustadas haciendo juego con las violetas, la cubierta curvada de la preciosa cajita pintada.

En ese momento oyó la voz de Inge y un perrito blanco entró trotando sobre el piso pulido hasta llegar frente a ella.

Sí, era Inge, vestida con cuidadosa elegancia, llevando un traje sastre que evidentemente era muy costoso, pero no conseguía disimular el exceso de peso ganado por Inge gracias a la buena vida. El rostro, de contornos angulares, abierto y franco aunque de expresión algo despiadada según recordaba Judith, estaba ahora tan hábilmente maquillado que hasta parecía tener un artificial aspecto delicado. En un dedo de su mano brillaba un enorme solitario.

Inge se quedó inmóvil, mirando a Judith con la boca abierta. Enseguida se recuperó y adelantándose con una amplia sonrisa, dijo:

—Pero .. ¡Vaya! ¡Si es Judith Marlowe, en persona! ¡Después de tantos años!

¿Había algo de forzada tensión en la sonrisa? Judith no pudo estar segura.

Inge hizo un ademán hacia un grupo de sillones junto a la ventana que miraba hacia el Sound.

—En este momento iba a partir para tomar el ferry y viajar a Suecia. Si hubieses llegado media hora más tarde, no me encuentras. ¿Quieres disculparme un momento? Diré a mi criada que nos traiga café.

Estuvo fuera sólo unos segundos. Cuando regresó, preguntó con curiosidad:

—¿Cómo encontraste mi dirección?

—En una lata de galletas —respondió Judith, sonriendo.

—¿En una .. qué?

Judith comenzó a relatarle su visita a Dragor. Mientras hablaba observó que Inge parecía más y más relajada.

—Ese astuto viejo Rasmussen .., ¿sabes por qué razón está su casa hecha un revoltijo? Yo encontré a una excelente mujer para que le mantuviese la casa limpia pero se aburrió de pagarle y la despidió.

—Tal vez pensó que no podía permitirse el gasto —señaló Judith.

—Me lo habría dicho y yo me habría encargado de pagarle, por supuesto.

Este era un buen pretexto para entrar en materia, pensó Judith y dijo:

—¿Cuánto tiempo trabajaste para él? Tú recibiste tu diploma de asistente farmacéutica, ¿no es cierto? Lo sé, porque tía Vera me lo dijo. Estudiaste y diste un examen después que te marchaste de su casa, ¿no?

—Sí. ¿Cómo lo supieron? Ah, ya recuerdo, le escribí a ella contándoselo, en la época. Nunca nos llevamos muy bien, Madame **Marlowe** y yo. Nunca mantuvimos una correspondencia regular, pero estimé una cortesía avisarle. ¿Cómo está ella?

—¿Tía Vera? Ella murió, hace más o menos un par de semanas.

La noticia no pareció afectar a Inge de ningún modo especial. Encogió sus redondeados hombros, diciendo:

—Ah, bueno, debe haber tenido bastantes años.

La criada trajo el café. Inge lo sirvió.

—¿Fue el de **Herr** Rasmussen tu primer trabajo? —preguntó Judith.

Inge asintió.

—El primero y el último. Me casé al poco tiempo de haber comenzado a trabajar con él, pero seguí trabajando un tiempo. Entonces necesitábamos el dinero.

Judith no respondió. Dejó vagar la mirada pensativamente en torno a la opulenta habitación y terminó contemplando la piedra que lucía en su mano.

Inge observó la mirada, interpretándola correctamente. Su expresión cambió y dijo con voz tensa:

—Verás. Recibí una pequeña herencia, pero fue suficiente para que mi marido comprara una parte en el negocio de..., ah, pero no hablemos de negocios, ¡es tan aburrido!

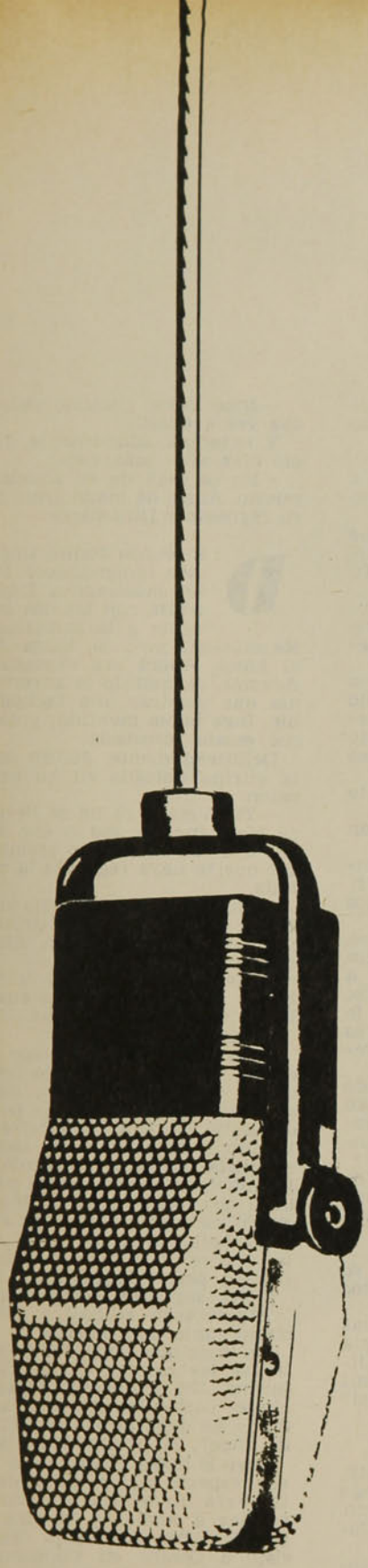
Miraba envidiosamente la figura esbelta de Judith, su fina piel que necesitaba tan poco maquillaje, las largas pestañas que velaban sus ojos.

—Te conservas siempre tan esbelta y elegante —dijo Inge, con un matiz de renuente admiración—. Yo fui siempre una gordinflona.

—¡Nada de eso, Inge! ¡Qué me dices de tu peinado..., tus ropas!

—Son cosas que pueden comprarse. Y desde luego, tengo un par de años más que tú.

Este era el tipo de honestidad que



21 DE SEPTIEMBRE

día del trabajador radial

Radio Corporación saluda a todos los trabajadores de la Radio Telefonía y hace votos porque nuestro trabajo y preocupación esté cada día más cerca del pueblo, sus intereses y sus luchas.

Radio Corporación,
una radio popular para Chile y América.



—Me temo que este vestido no me va servir para el baile del estudio, no se cae...



—Levántate y tómate una de estas tabletas de clorofila o tu mujer sabrá que estuviste bebiendo.



—Antes ella iba con el dueño de casa, pero ahora está incluida en el arriendo...

había barrido con los prejuicios que Judith tenía de vez en cuando, cinco años antes.

INGE daba miradas ansiosas a su reloj y Judith comprendió que tenía que apresurarse.

—Fue probablemente porque eras un poco mayor que fascinabas a la pobre Giselle —dijo—. Tú supiste lo de su muerte, ¿no?

—Sí. La sirvienta de la casa de tu tía..., olvidé su nombre..., me escribió informándome poco después. ¡Quedé horrorizada!

Inge miró de nuevo su reloj, esta vez sin disimulo. Judith había dejado su café casi sin tocarlo, en forma deliberada. Su anfitriona difícilmente podría levantarse para despedirla antes de que lo terminara.

—Ella solía escribirte después que te marchaste, ¿no?

—Solamente lo hizo en esa ocasión —dijo Inge.

—No me refería a Matty, la sirvienta, sino a Giselle —puntualizó Judith.

—Ah, sí, Giselle..., nos escribimos un poco, sí.

Inge tenía que reconocer este hecho, para el caso de que Giselle hubiera confiado a Judith lo de las cartas a Nikki. Pero ahora estaba en guardia. Judith estimó que si la presionaba lo bastante, comenzaría a decir mentiras y las mentiras son frecuentemente reveladoras.

Judith siempre había sabido cuando Inge estaba mintiendo. ¡Lo hacía tan mal! Bebió un sorbo de su café y luego dejó la taza en el platillo diciendo:

—Giselle estaba muy enamorada de aquel piloto de aviación. Me hizo confidencias. Estoy segura de que también te habló a ti sobre él.

Inge habló ásperamente:

—¿Cómo puedes imaginarte que yo supiera algo respecto a sus asuntos sentimentales?

—¡Oh, vamos, Inge! No necesitas molestarte en seguir siendo leal hacia ella ahora que todo pasó. Además, Giselle le escribía a él mandando sus cartas por tu intermedío, ¿no fue así?

—Bueno..., ya que lo sabes..

—Ella murió tan joven..

Inge la interrumpió bruscamente.

—Odio tener que apurarte, Judith, pero he perdido ya un ferry y tengo que alcanzar sin falta el próximo. ¿Cuánto tiempo piensas estar en Copenhague?

De mala gana, Judith la informó sobre la fecha en que debería estar de vuelta en su trabajo de Londres.

—¡Qué lástima! No estaremos de regreso antes de esa fecha. Mi marido ya se encuentra en Suecia. ¡Me habría gustado tanto presentártelo!

Judith se levantó.

—Siempre supusimos que Giselle venía a Dinamarca por primera vez, para reunirse con su piloto... ¿Pudimos habernos equivocado?

—¿Por qué equivocarse? ¿No era eso exactamente lo que ella estaba haciendo?

Inge habló con cierta rapidez, evitando la mirada de Judith. Pero Judith había visto lo que revelaban sus ojos: temor.

—Inge, dime, ¿cuándo viste por última vez a Giselle?

Y entonces, súbitamente, Inge pareció diez años más vieja.

—En la casa de su abuela, por supuesto. Antes de marcharme de allí para regresar a Dinamarca.

DE pronto Judith sintió que estaba indignándose. Podría haber mostrado a Inge la fotografía con las dos muchachas frente a la farmacia de Herr Rasmussen, pero la había dejado en el hotel. Ahora era demasiado tarde. Además, el instinto le advertía que tenía que mostrar una fachada amigable. Inge había mentido; y mentía porque estaba asustada.

Deliberadamente, Judith se acercó a la vitrina ubicada en un extremo del salón.

—Tía Vera y tú no se llevaron nunca bien, ¿no fue eso lo que dijiste, Inge? Por eso es que me asombra mucho ver que te haya regalado la cajita pintada.

Instintivamente, Inge dio media vuelta en dirección a la vitrina y luego miró de frente a Judith, diciendo desafiante:

—Me lo dio en vez de salario. Estaba en deuda conmigo en cuanto a salarios cuando me marché.

—Comprendo.

Nuevamente Judith supo que Inge estaba mintiendo. No sólo por sus maneras, que la delataban, sino porque nada en el mundo habría podido decidir a tía Vera a deshacerse de aquel tributo a su arte. Y en todo caso, la exquisita bagatela representaba un valor mucho más alto que el pequeño salario que pudo deber a Inge, alojada en su casa en calidad de **au pair**.

—Siento no poder invitarte a que te quedes a almorzar, Judith —dijo Inge—, pero comprenderás...

—Por supuesto, comprendo.

Atravesaron el hall y se dieron la mano junto a la puerta.

La brisa que venía del mar hacía doblarse las corolas de las flores en el jardín. Un automóvil guiado por un chofer particular se acercó a la entrada de los departamentos. ¿El automóvil de Inge?, se preguntó Judith.

Inge le había mentido dos veces. Una vez respecto a la cajita pintada, que la tía Vera no habría pensado jamás en regalar a nadie; y la otra vez sobre Giselle. ¿Por qué había negado haber visto a Giselle en Copenhague?

Además, la tía Vera también había estado allí. Ciertamente estuvo sentada en aquella banca de los Jardines Rosenburg. Y, a menos que la sombra sobre la vereda fuese engañosa, no había llegado a Dinamarca en una airada persecución de Giselle. Había estado en términos lo suficientemente amistosos con ambas muchachas como para tomar personalmente aquella otra fotografía de ellas, de pie frente a la droguería de *Herr* Rasmussen.

(CONTINUARA)

PROXIMA SEMANA: DAVID REVELA SU VERDADERA IDENTIDAD

Los puntos claves de su atractivo.

Su rostro:
elimine las pecas que aparecen
con el sol.
En la noche, al acostarse,
aplique Crema Bella Aurora.

Sus manos:
siempre suaves y tersas.
Protéjalas de las labores diarias
con la suave película que forma
en ellas Crema Lanolina.

Sus piernas:
libres de vellos, desafiando las
miradas más exigentes.
Aplíquese usted mism
sin sufrimientos ni peli
quemaduras, Devell



Crema Bella Aurora para su rostro,
Crema Lanolina para sus manos y Devellol para sus pierna

s productos claves
u atractivo.

AÑO XXXIX - N.º 1945
21 de septiembre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell C.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO - Cap. III ... 2-8

CUENTOS:

¡Y ERAN PERSONAS NORMALES!
Cuando hice el descubrimiento, casi me morí de impresión y de sorpresa 10-14

FOTONOVELA 15-24

EL CUENTO DE LA SEMANA: JUAN DE DIOS
Ramón Ferreira-cubano 25-27

ENTRE NOSOTRAS 28

FUROR ASESINO
Fortuitamente fui víctima de una ira desencadenada 29-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

• Mi madre

me oyó suspirar y medio me miró desde su revista.

—¿Te acordaste de limpiar tu pieza, tesoro?

Asentí y suspiré de nuevo. Me había hecho la misma pregunta dos veces esa tarde. Papá, levantando la vista del diario dijo:

—¿Cuál es la broma?

Apreté los dientes. ¿Qué suponía era "la broma"?

—Ninguna —murmuré.

—¿Vas a salir con Pancho? —inquirió antes de sumir la nariz en el diario.

¿Es que papá jamás sabía nada? Yo hacía semanas que salía todos los días con Pancho. Estaba sentada sobre la alfombra ese domingo en la tarde, pensando para mí misma lo mismo que me había preocupado durante todo el verano. Si los padres fueran más listos, más vividos, más humanos, la vida sería mucho más divertida. Yo ansiaba conversar de muchas cosas con ellos, pero, ¿cómo comunicarse con ese par de palos de escoba? Porque ellos eran muy distintos a mí. Estaba segura de que no veían las cosas igual que yo, ni oían la música como lo hacía yo, ni sentían las emociones igual que yo o que Pancho.

Sonreí al tratar de imaginar que mis padres pudieran ser parecidos a Pancho y a mí. Sin embargo, los amaba y ansiaba contarles aunque fuera un poquito de mis sentimientos por Pancho, pero sabía que no podría hacerlo, se debía sin duda a la barrera entre las generaciones. Además, no estaba segura de querer hablarles de Pancho. Quizás porque yo suponía que algún día me casaría con él, aunque aún no me lo había propuesto. De tal modo estaba yo segura de que estaba decidido a dar un paso como ése. Imaginaba lo que papá comentaría al oír la palabra "matrimonio". "Tonterías, Eugenia. ¿Tomar una decisión así a los dieciocho años?" Bueno, mi criterio me aseguraba que Pancho, a pesar de tener sólo veintidós años, era equilibrado no obstante dudar en querer casarse. Pero mi corazón me decía que él me amaba, que pronto me pediría que me casara con él, y que yo le contestaría sí antes de reflexionarlo. Mi padre entonces diría: "Este es el momento en que debes pensar, Eugenia".

Pero yo concordaba con Pancho, quien una vez me dijo:

—El amor, ese que inspira a los poetas, es casi lo único que nos salva de transformarnos en máquinas. Es lo único que nos queda para sentir, no para pensar.

Pancho a menudo hablaba de cosas como la guerra y la contaminación. Había estado en la universidad hasta que escaseó el dinero y tuvo que salirse para ayudar a sus padres a correr con su almacén.

Bueno ciertamente yo no me podía imaginar a mi padre preocupado de nada más que de su empleo, o de mirar televisión y de cosas por el estilo.

• Papá era

capataz en una fábrica de refrigeradores ubicada en las afueras de la ciudad. El se creía a sí mismo sólo un hombre tuerca y perno. Yo sabía que jamás le podría hablar de cosas como la moralidad de la guerra, o del número de gente que moría de hambre en el mundo. Sólo parecía interesarle su trabajo y arreglar la casa.

Eran un poco mayores que los padres de mis amigas, a pesar de que se habían casado jóvenes. Mamá demoró diez años en embarazarse conmigo y yo fui su primer y último hijo. En realidad para ellos yo era "su pequeño milagro".

Ahora, esperando la llegada de Pancho, me parecía raro que esos dos seres —mis padres— me hubieran dado la vida, ya que eran un par de extraños para mí. Bueno, ahí estaba yo, "su pequeño milagro" ya crecidito, sentada prácticamente a los pies de ellos, pero con la mente a kilómetros de distancia de las suyas.

¡Y ERAN PERSONAS NORMALES!

• • •

Cuando hice el descubrimiento, casi me morí de impresión y de sorpresa.

• • •



Mi padre de pronto bajó el diario.

—Pancho Paredes es un buen chico —anunció—. Pero, ¿de qué otro modo podría ser un hijo de Leonel Paredes?

No podía imaginar que le impresionaba a mi padre el señor Paredes. A mí el papá de Pancho no me impresionaba. Era bajo y de hombros redondos y sus anteojos sin marcos lo hacían parecer un viejo despachero. Y trabajaba como un burro. Y su mujer vivía pidiéndole que descansara.

Una vez le pregunté a Pancho por qué su papá trabajaba tanto.

—Creo que tiene una especie de compulsión por el trabajo. No te olvides que él nació durante años difíciles.

Creo que Pancho también tenía esa compulsión. Una vez que estábamos conversando de esas cosas que me gustaban casi tanto como besarme con mi pololo, él dijo:

—A veces, Eugenia, deseo estar contento de sólo existir. Pero creo soy una de esas personas que tienen que hacer cosas, mantenerse activas.

—¿Activo? ¿Cómo?

Sonrió con su gesto inteligente que lo hacía aún más atractivo.

—Ese es el problema, Eugenia. Ojalá lo supiera. —Se dio vuelta y me enfrentó—. Creo que cuando pueda estudiar de nuevo lo haré para ser profesor. Pero en seguida me pregunto a mí mismo si seré capaz de enseñar a la juventud. Y decido ser científico. Pero opino que la humanidad tiene más científicos de los que necesita. —Su sonrisa se hizo tierna y apretó su mano sobre mi cintura—. Debe ser duro para ti pololear con un chico que piensa que sólo por el hecho de existir debe hacer algo por el mundo.

—Sí, realmente duro.

Pancho entonces me besó y me sentí temblar de amor por él. En seguida nos quedamos en silencio y empecé a recordar el modo loco y maravilloso en que nos conocimos en esa tarde de primavera.

Sonó el timbre de mi casa y fui a abrir la puerta. El chico que había en el umbral se aclaró la garganta y dijo:

—Desperté esta mañana pensando que ya era hora de que viniera a conocer a la linda Eugenia Bravo.

Lo miré y continuó:

—Mis padres me contaron de que cuando recién te vi en tu cochecito de guagua pregunté: "¿Es ésa una niña o una muñeca?" —En ese momento me dio la mano—. Hola —dijo sonriendo—. Soy Francisco Paredes y vivo unas pocas casas más allá. ¿Qué tal si salimos juntos?

Salimos y cuando Pancho me besó la primera vez, murmuró después en mi oído:

—Eugenia, eres una muñeca.

Ahora, estaba muy segura de que yo sería una parte de su vida para siempre y no podía encontrar las palabras apropiadas para comunicarles esa idea a mis padres.

Tal vez, pensé, podría intimar con ellos pidiéndoles que hablaran de cuando eran jóvenes. Mi tía Paulina a menudo les averiguaba a las parejas cómo se habían conocido, pensando que recordándoles la época en que se enamoraron, el romanticismo los pondría comunicativos.

—Papá, ¿hacía mucho tiempo que conocías a mamá cuando le pediste se casara contigo?

—Bueno, sí y no —replicó papá dejando de lado su diario.

—Luis, tú sabes muy bien que fuimos juntos al kindergarten —terció mamá.

"¡Santo cielo!", pensé. Luego de años y años de matrimonio mamá aún le decía Luis a papá. No me imaginaba diciéndole Francisco a Pancho, luego de años de matrimonio. Pero tampoco podía imaginar que nadie le pudiera decir Lucho a mi padre.

De pronto perdí interés en ponerlos nostálgicos. No me pareció tuviera ningún objeto. Por eso, dando un salto, dije:

—Hasta luego, papá y mamá. Creo iré al almacén a buscar a Pancho. —Y salí de la pieza antes de que

pudieran protestar. Pensaba que si me quedaba un minuto más en el living con ese par de extraños tiesos reventaría.

• Caminé

las cinco cuadras hasta el almacén y llegué justo en el momento en que Pancho salía por la puerta que comunicaba el negocio con su hogar.

—Hola, ¿es que estoy atrasado? ¿Es por eso que has venido hasta aquí?

—No, yo soy la tempranera —le contesté sonriendo.

El señor Paredes estaba arreglando unas mercaderías en los estantes. Me miró por sobre sus cómicos anteojos y dijo:

—Buenas tardes, Eugenia.

La señora Paredes estaba trepada en un piso alto, leyendo el diario.

—Gusto de verte, Eugenia —murmuró—. ¿No encuentras que hace mucho calor? —antes de que pudiera contestarle dijo—: ¡Cerremos, Leonel! Puedes terminar con eso mañana. Además, tenemos visitas.

—Eugenia ha venido a ver a Pancho —puntualizó el señor Paredes—. Y él se la llevará dentro de un par de minutos. Además, mañana tengo que hacer otras cosas.

La señora se mordió los labios, pero no replicó nada.

—Iré por el auto —anunció Pancho y me pareció se sentía incómodo. Demostraba no estar seguro si debía conversar un rato con sus padres o si marcharse conmigo. Me sentí contenta de poder adivinar hasta los pensamientos de mi pololo.

Cuando salió Pancho, me volví a la señora Paredes.

—No tiene que hacerme tertulia, señora. Me pareció que cuando entré usted leía el diario.

—No en realidad. —Su rostro redondo pareció triste—. Ojalá los diarios no usaran términos como "explosión demográfica". Suena tan impersonal, tan frío.

—Bueno, ése no es uno de los problemas mundiales a los cuales nosotros hayamos contribuido —comentó el señor Paredes—. Tampoco los papás de Eugenia. —Me miró de nuevo por sobre sus anteojos—. Recuerdo que durante meses, después que tú naciste, Lucho sólo hablaba de ti. Te llamaba...

—Nuestro pequeño milagro —terminé haciendo un mohín.

—No imagino te guste oír eso —dijo la señora Paredes—. Pero se pusieron muy felices cuando tú naciste. Sin embargo, los padres a veces suelen avergonzar a sus hijos. Recuerdo cuando nació mi sobrina en 1944, la llamaban "guagua de guerra". Ella odiaba eso.

Todos nos quedamos en silencio. Supo que todos pensábamos en la guerra. Pancho aún no había sido enganchado y él había decidido alistarse si era llamado. Una vez me comentó:

—Eugenia, hay expertos que dicen que la guerra está bien y otros que está mal. Yo no soy un experto. Se necesita mucho coraje tanto para ir a la guerra como para abstenerse.

La señora Paredes rompió el silencio.

—Bueno, nuestro Pancho ciertamente no fue un milagro. Nació justo nueve meses después que nos casamos. Claro que lo esperábamos con ansias, puesto que nos casamos un poco tarde.

Pancho entró y dijo:

—Vámonos, Eugenia.

Sólo cuando salimos de la ciudad noté que había tomado la carretera del norte.

—¿Dónde vamos, Pancho? —pregunté.

—A bailar.

—Pero la discoteca está en la carretera sur.

—No iremos allá. —Pancho sonrió—. Iremos al "Palacio de Cristal", a aprender un nuevo estilo de baile, donde las parejas lo hacen abrazadas.

—¡Eso es tan viejo como el sombrero!

—No tanto como el asunto de las discotecas. Cualquier salvaje de la Edad de Piedra se habría sentido como en su hogar en una discoteca. Es sólo hace poco que la gente ha vuelto a bailar bailes con las parejas enlazadas.

Cambié de tema para no seguir discutiendo.

—No sé si podré bailar eso. Sólo sé los bailes de ahora.

Sonrió.

—Bueno, yo tampoco los he practicado mucho. Pero me gustaría hacerlo contigo. Me parecen más románticos. —Hizo girar el auto y entró por un camino de gravilla.

Dentro del "Palacio de Cristal" había hileras de mesas y de sillas a tres lados de la pista de baile. En el cuarto del costado había un pequeño escenario y en él una orquesta de diez músicos. Todos llevaban chaquetas negras, usaban el pelo corto y ninguno de ellos tenía menos de cuarenta años. Ni tampoco era menor la gente que bailaba.

—Pancho, esto no es para nosotros.

—¿Por qué no?

—Esto no es para nosotros como tampoco es para esa gente una discoteca.

—No, no es para ellos —contestó con seriedad Pancho. En seguida sonrió levemente—. Este es uno de los privilegios de ser joven, Eugenia. Se puede ir a cualquier parte.

Nos quedamos un rato mirando bailar las parejas a un compás que yo no conocía. En seguida Pancho dijo:

—Vamos a bailar, chiquilla.

—Fui con Pancho hasta la pista de baile y para mi sorpresa vi que lo podía seguir en el ritmo. Mi pololo era un buen bailarín. Aquí lo aquilataba mejor, ya que en la discoteca cada uno bailaba por su cuenta, sin preocuparse de los pasos que hacía su pareja.

Terminó la música y comenzó otra pieza que reconocí era de una vieja película que había visto en la televisión: "Comienza el Beguine". Y me gustaba. Creo que también a Pancho por el modo como apretó mi cintura al bailar.

En seguida un hombre tomó el micrófono. Las palabras de la canción me resultaron familiares y muy tiernas. Al poco rato las parejas que bailaban comenzaron a cantar con él.

—Se están divirtiendo en grande —comentó Pancho y entonces se me ocurrió que tal vez mis padres

• • •

Dieron primero unos pasos torpes y en seguida la música y los recuerdos hicieron que se olvidaran de mí.

• • •



habían bailado al compás de esa música romántica. A pesar de eso no imaginaba a papá bailando.

—A veces creo que mi padre nació viejo —murmuré en el oído de mi pololo.

—A veces pienso que yo también —replicó—. Pero no estés tan segura de que tu papá alguna vez..., ¿cómo es la expresión?, hizo de las suyas.

—¡Jamás! —reí alegremente—. ¡No ni en un millón de años!

La canción terminó y entonces la orquesta la repitió en tiempo de jazz y la mayoría de las parejas siguieron bailando.

—Esto es demasiado violento para mí —comentó Pancho, llevándome lejos de la pista de baile.

Nos sentamos ante una mesa y observamos a las parejas. El verlas me producía una especie de tibieza interior, puesto que, la mayoría era más o menos de la edad de mis padres.

Como sucedía a menudo, Pancho leyó mi mente.

—Se ven contentos, ¿no te parece?

• Cuando comenzó

otra pieza más lenta seguí de nuevo a Pancho a la pista, y disfruté de sentir su brazo alrededor de mi cintura. Bailábamos suavemente "Blue Moon", otra canción que reconocí de una película. Justo antes de terminar el baile, Pancho apretó tan levemente mi cintura que sólo lo pude notar porque lo amaba.

—Tengo la tincá que uno de estos días te pediré te cases conmigo —susurró tiernamente—. ¿Qué crees me vas a contestar?

—Tengo la tincá que te contestaré sí.

Pancho me besó la oreja.

—Oh Eugenia...

Esta será "nuestra" canción, pensé. "Blue Moon". No es muy moderna, pero será la nuestra, porque la tocaron cuando Pancho a medias me propuso matrimonio.

—¿Podemos ahora irnos? —pregunté. Me sentía tan llena de amor por él que no podía contenerme. Ansiaba gritar mi felicidad.

De nuevo Pancho debió entender lo que sentía, porque dijo:

—Por supuesto.

Salimos del "Palacio de Cristal" y Pancho manejó directo a mi casa. Caminamos hasta la puerta de calle, me besó rápidamente, en seguida volvió al auto y partió sin volver a mirarme. Probablemente imaginaba que yo reventaba de ganas de contarles a mis padres la noticia.

Y así era. Pero esa vez fueron ellos quienes me dieron la gran sorpresa.

Al principio, al entrar a la casa, creí estar oyendo cosas imaginarias. Del living venían los acordes de la versión en jazz de "Comienza el Beguine" que escuchamos poco rato antes con Pancho.

Y no iba preparada para ver lo que sucedía en el living de mi propia casa.

¡Mis padres bailaban! Bailaban y se movían como un par de bailarines expertos, igual que si fueran Fred Astaire y Ginger Rogers en una vieja película.

Me vieron y se detuvieron.

—¡Te hemos impresionado! —exclamó mamá.

—Sí —murmuré sonriendo y un poco escandalizada—. Pero me gusta. No sabía que ustedes supieran bailar, papá —agregué volviéndome a mi padre.

—En sus tiempos tu padre era capaz de todo, Eugenia —alardeó mamá.

—Sí, pero estoy fuera de práctica —murmuró papá jadeando. El disco terminó y la aguja siguió girando en banda. Papá caminó hacia el tocadiscos y lo apagó—. Ha sido por culpa suya, señorita —bromeó—. Bueno, preguntaste que cómo tu madre, bueno, llegó a ser tu madre. Y eso nos hizo recordar. —Mostró los discos—. Yo sabía que había discos en alguna parte. Y así era, estaban en la despensa.

Mamá dijo:

—Esta era nuestra canción. —Su voz se hizo muy suave—. 'Comienza el Beguine", tocada por Artie Shaw. Aun en esos años era vieja, creo. Pero por lo que sucedió la transformamos en "nuestra" canción.

• Las palabras

de mamá eran similares a lo que rato antes pensé bailando con Pancho respecto a que "Blue Moon" era "nuestra" canción. Mi corazón comenzó a brincar de modo raro.

—¿Qué sucedió? —inquirí.

—Bueno, tu papá me pidió que me casara con él cuando tocaban esa canción y...

—¡Qué momentos tan hermosos! —interrumpió papá—. Muchos de nosotros, los muchachos, estábamos contra la guerra de ese tiempo y comenzamos a formar grupos que nos denominábamos "veteranos de guerras futuras".

Lo miré con la boca abierta.

Papá rió ante mi asombro.

—Incluso redacté un documento falso pidiendo que el Gobierno nos pagara nuestros beneficios de soldados mucho antes de ser enganchados. De ese modo podríamos gozar del dinero mientras pudiéramos. Fue nuestro modo de reírnos de la guerra.

No podía creer a mis oídos. ¡Papá riéndose de la guerra!

—Y el padre de tu pololo era el jefe de ese grupo.

—Pero..., los dos estuvieron después en el ejército —tartamudeé pensando en el señor Paredes y sus cómicos anteojos. ¡Guau!

—Así fue —confesó papá—. Cambiamos de opinión o, mejor dicho, la historia nos cambió de mentalidad.

—Pero..., ¿cuándo le propusiste matrimonio a mamá? —pregunté, puesto que eso era lo que me tenía más curiosa.

Fue mi madre quien contestó:

—Fue un par de días después del ataque a Pearl Harbor. Nuestro grupo estaba reunido en el "Palacio de Cristal" y todos nos sentíamos terriblemente tristes y valientes y era una sensación terrible y maravillosa. Sabíamos que nuestros muchachos se irían y tal vez no regresarían jamás. Y todas estábamos enamoradas de algún chico. —Los ojos de mamá tomaron un aspecto lejano y romántico—. Y echaban continuamente monedas en el tragamonedas para que tocara el "Comienza el Beguine" y el disco giraba y giraba sin cesar. —Sonrió ante la añoranza—. No sabíamos a dónde llegaríamos. Sólo sabíamos que todos teníamos sitios donde ir y cosas que hacer. —Se le humedecieron los ojos—. Y tu padre se acercó a donde yo bebía un refresco, me tomó de la mano y me llevó hasta el pequeño espacio en donde solíamos bailar. Habíamos salido juntos algunas veces, pero no éramos ni siquiera pololos. En todo caso bailamos durante unos minutos y entonces tu padre dijo: "¿Por qué no nos casamos, María, para poder tener un poco de tiempo juntos antes de que el mundo se desintegre?"

—¿Sentías realmente así, papá? ¿Que tu mundo se estaba desintegrando?

Mi padre asintió.

—Y tú tratabas de recuperar su antigua paz.

—En cierto modo sí.

Me aclaré la garganta y dije:

—Bailen juntos un poco más, por favor.

—No podemos... —comenzó a decir mi padre, pero mamá ya había puesto el disco y se lanzaba en los brazos de papá. Dieron primero unos pasos torpes y, en seguida la música y los recuerdos hicieron que se olvidaran de mí.

Los miré y de pronto me di cuenta de que ya no eran un par de extraños para mí. Ellos también se habían visto envueltos en cosas como el amor, la paz y la guerra. Ahora por algún motivo se veían más jóvenes. Con esa gente yo podía incluso ser amiga, decidí, mientras me sentaba en el sofá para observarlos. ¡Y pensé que tenía muchas cosas que contarles!

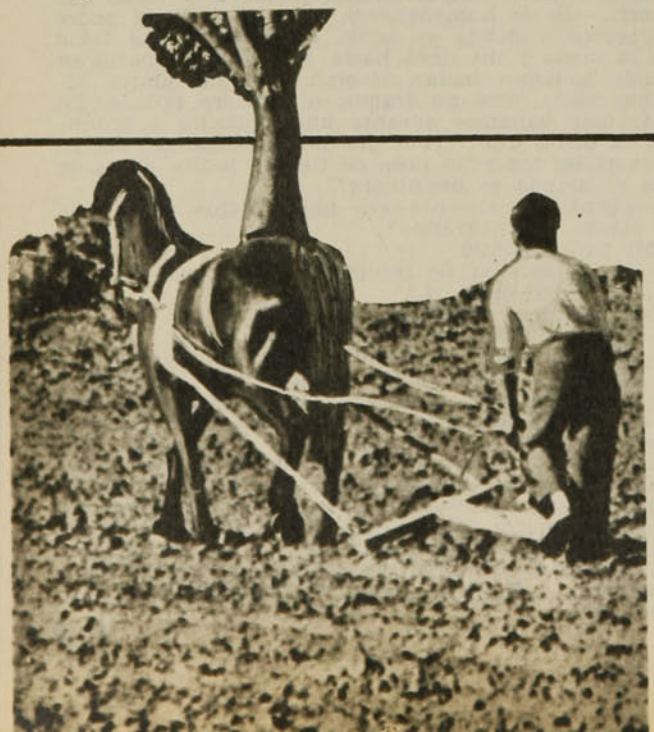
♥♥

La alegría de trabajar para Chile!

Ahora, que día a día se acelera la Reforma Agraria que permitirá, por fin, alimentar a todo Chile, miles de campesinos trabajan con orgullo y alegría.
Qué satisfacción es saber que todos contribuímos a ello con nuestras Boletas de Compraventas y Servicios, las que proporcionan recursos para hacer realidad los planes de desarrollo agrícola del Gobierno Popular.

¡CON EL APORTE DE TODOS
SE CONSTRUYE EL CHILE NUEVO!

Sorteo Nacional de Boletas de Compraventas y Servicios





●● Antes de pintar las ventanas no olvides pegar sobre los vidrios largas tiras de papel, como muestra el dibujo, para evitar las manchas de pintura, tan difíciles de hacer desaparecer.



●● Ahora que la primavera está brotando, cuidado con los accidentes. Piensa que eres responsable si un macetero cae de tu ventana hiriendo a un peatón. Si quieres poner tus flores y plantas en el exterior de tu balcón coloca una barra fija de todo el largo de la ventana de manera que los maceteros queden completamente firmes.

●● PARA CONTAR A TUS AMIGOS:

Para su cumpleaños, una mujer le regala a su marido un hermoso paquetito. Cuando él lo abre descubre en una cajita seis corbatas completamente iguales.

—¡Pero chicoca..., son todas idénticas! —dice él muy asombrado.

—Sí, he pensado que así se te solucionarán todos tus problemas. Cada mañana al levantarte no perderás más de una hora eligiendo cuál corbata es la que te queda mejor.

VOLVER A EMPEZAR

produce sexta experiencia









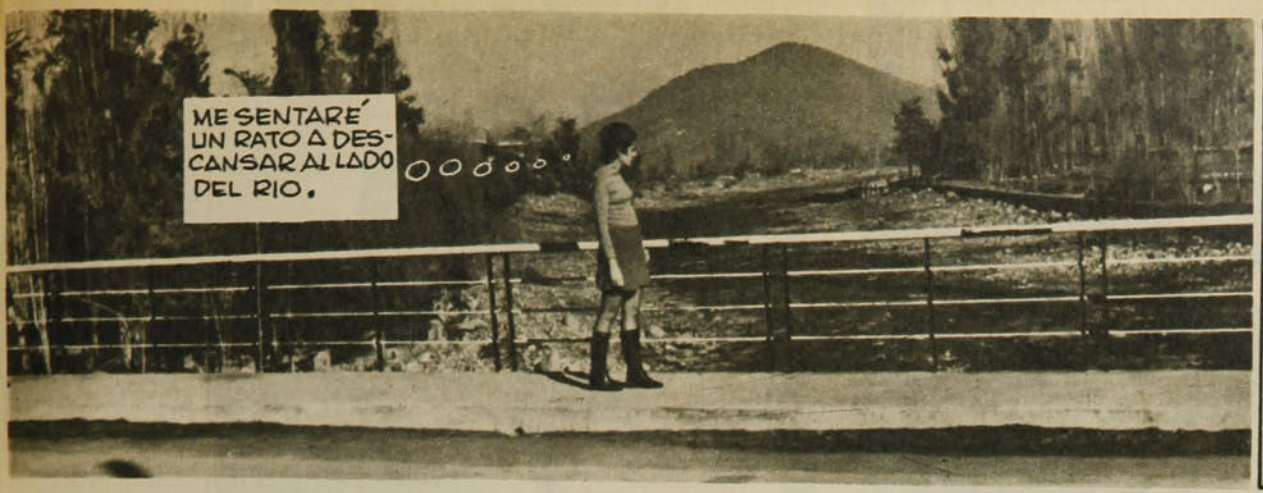


SIEMPRE LO MISMO. AUNQUE NUNCA PELEÁBAMOS, ME DABA CUENTA DE QUE EN EL ÚLTIMO TIEMPO NOS HABÍAMOS DISTANCIADO MUCHO, A TAL PUNTO QUE YA CASI NO CONVERSÁBAMOS...



NO SABÍA CÓMO EXPLICAR LO QUE NOS SUCEDÍA. APROVECHANDO EL HERMOSO DÍA DE SOL, DECIDÍ SALIR A DAR UNA VUELTA PARA DISTRAERME. VIVÍAMOS EN UNA PEQUEÑA Y HERMOSA COMUNA EN LOS ALREDEDORES DE SANTIAGO, CERCADOS POR UN RÍO QUE NOS SEPARABA DEL RESTO DEL MUNDO...





CUÁNDO YA HABÍA BAJADO AL RÍO, UN JOVEN, A QUIEN NO CONOCÍA, SE DIRIGIÓ HACIA MÍ...





AL POCO RATO NOS HALLÁBAMOS CONVERSANDO COMO DOS VIEJOS AMIGOS...













ENTONCES VOLVIÓ A INSISTIR EN QUE NOS VIÉRAMOS NUEVAMENTE. NO SÉ POR QUÉ, PERO ACCEDÍ, TAL VEZ POR TERMINAR PRONTO AQUELLA CONVERSACIÓN...



MUY CONFUNDIDA, REGRESÉ A MI CASA. QUERÍA CONTÁRSELO A ALBERTO, EXPLICARLE LO RIDÍCULO DE LA SITUACIÓN, PERO...



A LA HORA DE ALMUERZO...





CLARO, MUY BONITA Y NADA MÁS. EN EL FONDO NO LE INTERESABA LO QUE A MI ME SUCEDIERA. PROMETIÉNDOME A MI MISMA NO SER MÁS TAN TONTA, TOMÉ UNA DECISIÓN...



Y EL DÍA LLEGÓ. MUY NERVIOSA, ME ARREGLÉ Y ME DIRIGÍ HACIA EL LUGAR DE LA CITA. JAIME YA HABÍA LLEGADO. DECIDIMOS ENTRAR A UN CINE...



A LA SALIDA...



AUNQUE NO HABÍA PASADO NADA ENTRE LOS DOS, REGRESÉ A CASA CON UN SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD. ALBERTO YA HABÍA LLEGADO...





ESE FUÉ TODO SU SALUDO, NI SIQUIERA ME PREGUNTÓ DONDE HABÍA ESTADO, PESE A QUE YO NO TENÍA COSTUMBRE DE LLEGAR TAN TARDE...



PASARON LOS DÍAS Y MIS CITAS CON JAIME ERAN CADA VEZ MÁS FRECUENTES. UNA TARDE...

¡VAMOS A BAILAR! CERCA DE AQUÍ HAY UN LUGAR MUY AGRADABLE.

AL POCO RATO ENTRÁBAMOS A UNA DISCOTECA...

VAMOS A BAILAR.

VAMOS.

SENTÍ LA MEJILLA DE JAIME APRETADA CONTRA LA MÍA. AUNQUE AQUELLO ME AGRADABA, INTENTÉ UNA DÉBIL PROTESTA...

NO, JAIME. NO BAILEMOS ASÍ.

¿POR QUÉ? ¿ACASO ME TEMES?

LAS PALABRAS NO SERVÍAN DE NADA, JAIME ME BESABA APASIONADAMENTE...

TE QUIERO, VERÓNICA.

INCAPAZ DE EXPLICARME LO SUCEDIDO, REGRESÉ A CASA. ALBERTO DORMÍA...

SEPÁRATE DE TU MARIDO Y VENTE CONMIGO.

NO SÉ, NO ESTOY SEGURA DE MIS SENTIMIENTOS.

NO TENDRÉ VALOR DE DECÍRSELO.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, CUANDO ALBERTO SE HABÍA MARCHADO.

ESTA SITUACIÓN NO PUEDE SEGUIR ASÍ. ALBERTO DEBE SABERLO.

IRÉ A BUSCARLO A LA SALIDA DE SU OFICINA Y LE CONTARÉ TODO.

ESA TARDE...

AHÍ VIENE SALIENDO.

ENTONCES FUÉ CUANDO COMPRENDÍ LOS MOTIVOS DE LA ACTITUD DE ALBERTO HACIA MÍ...

TIENE OTRA MUJER.

SEGURA DE QUE NO ME HABÍA VISTO, REGRESÉ A LA CASA. ESA NOCHE.

ALBERTO, DEBEMOS HABLAR MUY SERIAMENTE. ESTA TARDE FUÍ A BUSCARTE A TU OFICINA Y...

COMPRENDO. TE LO DIRÉ TODO. HACE TIEMPO QUE QUERÍA HABLARTE, PERO NO ME ATREVÍA.

ALBERTO ME CONTÓ LOS AMORES QUE MANTENÍA DESDE HACÍA ALGÚN TIEMPO CON SU SECRETARIA, Y YO, LO QUE ME SUCEDÍA CON JAIME...

NO COMPRENDO POR QUE FRACASAMOS. JAMÁS TUVIMOS UNA RIÑA.

¿QUE HAREMOS AHORA?



DECIDIMOS DARNOS UN PLAZO DE UN MES PARA RESOLVER LA SITUACIÓN. DURANTE TODO ESE TIEMPO CADA UNO HARÍA SU VIDA EN FORMA INDEPENDIENTE, AUNQUE VIVIENDO EN LA MISMA CASA...

PASARON LAS SEMANAS Y POCO ANTES DE QUE VENCIERA EL PLAZO CONVENIDO CON ALBERTO RECIBÍ UNA LLAMADA URGENTE DE JAIME...



INTUÍA QUE ALGO MALO PASABA, RAPIDAMENTE ACUDÍ AL LUGAR DE LA CITA...











ME ALEJÉ RAPIDAMENTE DE AQUEL LUGAR. EMPEZABA A LLOVER...

AL ENTRAR VÍ A ALBERTO QUE FUMABA, CONTEMPLANDO LA LLUVIA QUE CADA VEZ CAÍA CON MÁS FUERZA...

NO SÉ SI ME ALEGRO DE VERLO EN ESTOS MOMENTOS.

COMPRENDÍ QUE ALGO LE SUCEDIA A EL TAMBIEN. NOS MIRAMOS LARGAMENTE, COMO TRATANDO DE ENCONTRAR LAS PALABRAS PARA HABLARNOS...

FINALMENTE FUÍ YO QUIEN ROMPIÓ EL SILENCIO...

¿TE SUCEDE ALGO, ALBERTO?

SÍ, Y CREO QUE A TI TAMBIÉN.

FUÉ COMO UNA CONFESIÓN. ALBERTO ME CONTÓ QUE HABÍA TERMINADO CON SU SECRETARIA, QUE LO HABIA DEJADO PARA CASARSE CON UN GERENTE. YO EMPEZABA A CONTARLE LO MÍO, CUANDO UN GRAN ESTRÉPITO CORTÓ NUESTRA CONVERSACIÓN...

¿QUÉ PASA?

CREO QUE SE HA DERRUMBADO EL PUENTE

MUY PRONTO TOCARON LA PUERTA. ERA EL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE VECINOS...

SE HA DERRUMBADO EL PUENTE Y NECESITAMOS LA COOPERACION DE USTEDES...

...PRONTO OSCURECERÁ Y ES NECESARIO ADVERTIR DEL PELIGRO A LOS AUTOMOVILISTAS.

HAREMOS TURNOS PARA LIMPIAR EL CAMINO, YA QUE HA QUEDADO BLOQUEADO CON PIEDRAS Y BARRO. ¿PODRÍA IR ALGUNO DE USTEDES?

YO ME OFREZCO.

YO TAMBIÉN IRÉ.

HABÍA CESADO DE LLOVER. ERA LA PRIMERA VEZ QUE ALBERTO Y YO COMPARTÍAMOS ALGUNA ACTIVIDAD, Y CREO QUE ÉRAMOS EXCELENTES COMPAÑEROS...

AVÍSALE A ESOS AUTOS QUE SE DETENGAN, EL PUENTE NO SE ALCANZA A VER DESDE ESA CURVA.

NO NOS DIMOS CUENTA COMO HABÍA TRANSCURRIDO EL TIEMPO HASTA QUE NOS RELEVARON. JUNTOS REGRESAMOS A LA CASA, COMENTANDO LAS INCIDENCIAS DE NUESTRA LABOR...

EL TRABAJO ME HA ABIERTO EL APETITO.

YO PREPARARÉ ALGO DE COMER.

¿TIENES ALGO QUE HACER EL PRÓXIMO SÁBADO?

NO, NADA... ¿POR QUÉ?

ENTONCES TE INVITO A COLABORAR EN LA ORGANIZACIÓN DEL PASEO ANUAL DE LA OFICINA. ¿ACEPTAS?

¡CLARO QUE SÍ! SIEMPRE QUE ADEMÁS ME INVITES AL PASEO.

ESA NOCHE HABÍAMOS COMPRENDIDO MUCHAS COSAS. GRACIAS A ESE PUENTE, TENÍAMOS LA OPORTUNIDAD DE EMPEZAR OTRA VEZ... JAIME HABÍA PASADO A SER UNA ESTRELLA LEJANA.

EL CUENTO de la semana.

JUAN DE DIOS

RAMON FERREIRA
(cubano)

JUAN DE DIOS es el nombre de mi hermano, pero yo le digo Juan porque Dios está en la iglesia y la vieja no quiere a Dios y yo sí quiero a Juan. Juan trabaja en una goleta. No en la que tienen las velas recogidas ni en la que las están izando para irse, sino en la que se puede ver desde aquí anclada al espigón esperando a que sea mañana. Esta noche hay fiesta en el desembarcadero y en cuanto oscurezca encenderán los faroles y cuando suene el cañonazo de las nueve, soltarán los voladores.

Juan me conseguirá un volador sin explotar, y con el cabo de un cigarro lo encenderá desde aquí arriba. Juan pronto vendrá a bañarse y a ponerse ropa limpia. Luego bajará a la fiesta a tomar cerveza y se fajará con Tino por seguir diciendo que fue él quien salvó a Juan cuando la goleta embarrancó en el cayo.

Cuando eso pasó salieron varios días en el periódico y los viejos lloraban cada vez que lo leían, y cuando dejaron de llorar se aparecieron en la goleta y volvieron a salir en el periódico.

Ese día hubo fiesta en el billar y estuvieron celebrando hasta que fue de día. Pero eso fue cuando todavía yo era chiquitito y no podía salir de la cama. La vieja me metía en la cama y me abría la ventana que da al mar para que le avisara si llegaba la goleta, y la cerraba con el pestillo cuando quería castigarme por arrastrame por el suelo. Ahora ya soy grande para valerme solo y ya me sirven las camisas viejas de mi hermano. Los pantalones todavía no me sirven porque para eso antes me tienen que crecer también las piernas. La vieja me dijo que las piernas no me van a crecer porque lo que yo tengo no se va a quitar con nada y el viejo amenazó con pegarle si ella no se callaba y Juan los dejó pelear y tiró la puerta y se fue sin decir nada. Ese día me quedé esperando hasta que Juan volvió, y cuando estuvimos solos le pregunté si era verdad lo que la vieja decía y él me dijo que no y me pasó la mano por el pelo.

Luego le volvía a preguntar lo que iban a demorar las piernas en crecer y me dijo que no hablara de eso porque para ser buen marinero sólo se necesitan buenas manos. Juan me enseñó a tirar piedras y desde aquí ya puedo alcanzar las campanas de la iglesia. Y eso que antes sólo llegaba hasta el muro que hay delante y si sigo practicando llegaré a donde llega Juan por encima de los tejados hasta el agua que hace aros alrededor de la goleta. A mí no me gustan los aros ni las carriolas ni los patines ni nada que tenga ruedas y en cuanto pueda caminar dejaré la silla que me trajo el viejo para que no ande por el suelo. Eso estaba bien cuando yo era chiquito y tenía que pasarme el tiempo en la cama. Entonces dormía con Juan y a veces me despertaba y le veía las piernas alumbradas por la luna y me ponía a pensar en el tiempo que les faltaba a las mías para ser iguales. Un día se despertó y me preguntó por qué lloraba, y como yo no pude decir nada me arrinconé donde la luna no llegaba para que no me volviera a preguntar, pero yo lloraba por no tener las piernas como él y no saber decirlo. Al otro día Juan me dijo que yo era grande y el viejo me trajo la silla con ruedas donde quieren que esté sentado.

La vieja protestó del gasto y dijo que no me hicieran cuentos porque iba a ser peor cuando no hubiera remedio y que no estaba bien hablarle del mar a un lisiado. Y Juan se encaró a ella y le dijo que me llevaría en la goleta aunque ella no quisiera y la vieja se echó a reír y le dijo que donde yo debía estar era en otro lado y el nombre que le dio al lugar los hizo callarse y se pusieron a mirarme. El viejo se levantó para irse y al llegar a la puerta se volvió gritando y dijo que peor era hablar de

EL CUENTO de la semana.

JUAN DE DIOS

lo que sólo Dios sabía. Pero la vieja escupió y sólo pude entender que no le gustaba Dios ni le gustaba nada y que lo que quería era que se acabaran los cuentos y que la dejaran sola. Por eso a mi hermano yo le digo Juan y nunca lo de Dios. Ni cuando me lo preguntó la hija del hombre que hizo una casa más arriba de la nuestra el día que bajó a pedirle azúcar a la vieja y se quedó a mi lado viendo cómo Juan se iba por el trillo. Yo sabía que lo estaba mirando por que se hizo una visera con las manos para quitarse el sol de encima. Yo le contesté que se llamaba Juan y nada más para que no lo siguiera mirando como si pensara hacerle algo. Ella dijo Juan qué y se echó a reír, y cuando se alejó corriendo por el trillo quise que se muriera porque tenía los pies sanos y levantaba el polvo igual que yo cuando camino con los palos y mis pies van dejando dos rayas en la tierra. Cuando yo tenga los pies como los tiene Juan me pondré zapatos de dos tonos y bajaré al pueblo y me sentaré en el muro con Juan a hablar mal de las mujeres que andan descalzas para que no las oigan cuando vienen a echarte brujería. Ella cree que no la vi ponerse flores en el pelo y hacerse la que tenía que bajar al pueblo para tropezar con Juan cuando pasaba por su lado. Un día Juan se paró y se volvió para mirar cómo ella estaba dejando que el aire le levantara la ropa y el sol le anduviera entre las piernas. Juan encendió un cigarro y volvió a mirar antes de irse y luego se volvió a parar para mirar de nuevo. Ella pasó por delante de mi ventana y siguió a Juan por el trillo y yo cogí los palos y fui hasta donde empiezan los escalones de tierra que bajan hasta la bahía. Allí me caí porque uno de los palos resbaló, y como no me dolía nada me quedé callado esperando a que alguien pasara y me ayudara. En eso vinieron los muchachos que no quieren jugar conmigo aunque a veces me miran como si fueran a jugar y luego nunca juegan. Uno de ellos se acercó y me preguntó lo que buscaba y yo le dije que un dinero para que luego volvieran a buscar lo que no había. Entonces se acercaron los otros y se pusieron a escarbar hasta que se cansaron y se fueron corriendo y dando gritos. Ahora ella regresó loma arriba y yo miré para otro lado para que no me fuera a preguntar lo que pasaba. Pero a ella no podía engañarla y siempre me ayudaba aunque no quisiera. Se acercó y me tendió las manos y yo me dejé alzar y que me apretara contra las flores que traía en el pelo. Cuando llegábamos a la casa la vieja salió secándose las manos y maldiciendo la hora en que había nacido. Yo empecé a llorar porque ella siempre decía lo mismo cuando me quería meter en la cama y cerrar la ventana que da al mar. Y aunque grité más que otras veces me tiró en la cama y cerró la ventana y le puso el pestillo y se marchó. Me quedé llorando hasta que me cansé porque no importaba lo mucho que llorara, siempre me cansaba sin que la vieja volviera. Y cuando sólo suspiraba oí los pasos que se acercaban hasta el pie de mi ventana. Allí se pararon y yo me incorporé en busca de la hendija entre las tablas, que me dejaba ver aunque la vieja no quisiera. Pero cuando quise ver sólo encontré una estrella donde buscaba. Era tan de noche que no se veía y las voces parecían llegar de tan lejos que no se podía entender lo que decían. Sólo podía entender que Juan le pedía algo a ella y que ella decía que no y Juan decía que sí. Luego se callaron y sólo podía oír cómo respiraban y que ella trataba de que la dejara ir y de que Juan no la dejaba. Entonces Juan la dejó y le dijo que se fuera y ella contestó que ahora no quería. De tanto que quería oír me dolía la cara contra las tablas, y de tanto que estuve así acabé por cansarme y me rendí y me estaba durmiendo cuando las voces empezaron a gritar. Ahora ella lloraba como si Juan le hubiera pegado y yo me estaba alegrando cuando Juan le prometió algo que la calló en seguida. Ni uno más dijo ella y Juan contestó ni uno más. Júralo por Santa Bárbara, que está en el cielo, dijo ella, y Juan le preguntó por qué. Para saber que es verdad, dijo ella, y Juan juró por Santa Bárbara que no lo haría. Entonces ella habló de un camión y del dinero que su padre ganaba, y Juan le contestó que un camión no era una goleta y que una carretera no era el mar. Pero ella dijo que más valía una caja de cerveza que cien pescados en una red y riéndose le empezó a dar besos que sonaban. Por eso no oí cómo la vieja llegó y me dio un empujón y abrió la ventana y se asomó. ¿Qué es lo que pensabas ver?, me preguntó, y yo le dije que nada, y luego de cerrar la ventana otra vez se sen-

tó a mi lado y me dijo que me tenía que dormir, y que tenía que dormirme en seguida para que llegara mañana. Traté de hacerlo y no podía. Por más que quería dormir, la hendija de luz debajo de la puerta no me dejaba. Ni el canturreo de la vieja, que se había sentado en el quicio y esperaba. Hacía rato que el cañonazo de las nueve había sonado y que los fuegos artificiales habían iluminado la bahía, y cuando se caía el viento todavía llegaba el ruido de los que fiestaban en la plaza. Apreté más los ojos para imaginar la goleta en que me iría con Juan y para ver los peces volando delante de la proa. Pero lo único que podía ver era la raya de luz y cómo la sombra de la vieja iba de un lado al otro y luego volvía y se paraba. Cerré bien los ojos porque la sentí descalza y cómo abría la puerta poco a poco y se quedaba allí vigilando y diciendo shhhhh, a la voz de un hombre a sus espaldas. Era una voz extraña que nunca había oído y que por más que traté no pude ponerle cara. Y al igual que Juan y la otra, ellos también hablaron del mar y de que no podía ser, y cuando él le preguntó lo que podía hacer, la vieja le dijo: Tú sabes. Hablaban cada vez más bajito hasta que no se podía entender nada. Y por más que quise ya sólo podía saber que estaban allí por la forma de respirar y por los pasos que se movían sin ir a ningún lado. Traté de encontrar los palos y no los encontré. Y ahora me acordé que se quedaron en el trillo cuando ella me cargó y no me dejó que los cogiera. Por eso me bajé de la cama como hacía cuando no quería que la vieja se enterara. Primero dejé caer una mano y luego la otra, y cuando me pude aguantar al piso dejé que el cuerpo resbalara. Poco a poco me arrastré hasta la puerta y cuando llegué la empujé y la abrí hasta que los vi donde se estaban entendiendo a oscuras. El hombre se enderezó mientras la vieja quedó en el suelo, y cuando se quitó el cinto y se volvió hacia la puerta yo di un grito para que no me pegara. La puerta me dio en la cara y me tumbó, y cuando me pude enderezar me arrastré hacia la cama y me agarré para subir antes de que la vieja llegara. Pero por más que traté no pude y por más que cerré los ojos la sentí llegar maldiciendo como hacía siempre que me iba a pegar sin saber por qué lo hacía. No me pegues, le grité, porque me caí de la cama. No me pegues y no diré nada, le volví a gritar cuando vi la mueca que hacía con la boca y cómo alzaba la mano para darme. Pero no me pegó. Dejó caer la mano y hasta trató de entender lo que yo decía. Y cuando se inclinó a mi lado hasta me pasó la mano por el pelo y me volvió a preguntar como si nada hubiera pasado. Me caí de la cama, le volví a decir, y esta vez se arregló la blusa y sonrió y me dijo que le diera los brazos para alzarme. Luego me acostó y se sentó a mi lado y me dijo que era malo imaginar que eran verdad las cosas que se soñaban y que si me portaba bien hasta podía ir a pescar y nunca más cerraría la ventana. ¿De veras?, le pregunté, y ella contestó: de veras. ¿Y podré ir con Juan?, le volví a preguntar, y ella dijo: veremos. Y cuando se inclinó para arroparme yo cogí la mano, pero ella la soltó y me dijo que era hora de dormir y de olvidar porque mañana sería otro día. Cuando llegaba a la puerta fue que le pregunté, y cuando le pregunté sabía que no debía. Pero sin saber por qué le pregunté por el hombre y que si era alguien conocido o alguien que nunca había estado. Y en vez de irse se quedó parada, y en vez de contestar no contestó. Pero poco a poco volvió hacia la cama y yo empecé a gritar antes de que llegara. A gritar más alto que nunca había gritado para que llegara el viejo o llegara Juan, porque esta vez me iba a pegar hasta que yo olvidara lo que no podía olvidar. Me cogió por los pelos y me alzó y con la otra mano me dio al derecho y al revés llamándome cochino y jurando que nunca me dejaría ir al mar ni a ningún sitio, sino a donde todos sabían que era donde debía. En eso llegó el viejo y me la quitó de encima y de un golpe la tiró por el suelo y le empezó a gritar cosas que no se pueden repetir. Le gritaba y apretaba los puños y cerraba los ojos y escupía. Y parecía como si lo hubieran clavado en el lugar para que no la matara y que todo el tiempo estaba tratando de zafarse. Desde el suelo la vieja lo miraba con la cara que ponía cuando el viejo bebía tanto que al otro día juraba que no sabía lo que hacía. Y aunque ella le enseñaba los golpes y Juan lo amenazaba con matarlo el viejo lloraba igual que lloro yo y pedía perdón y se ponía de rodillas. Juan llegó corriendo a tiempo de aguantarlo y los dos se abrazaron como si fueran a quererse, pero en vez de quererse Juan cogió al viejo por el cuello y lo zarandeó dando tumbos por el cuarto. Entonces fue la vieja la que se levantó y se metió entre los dos y con una mano agarró a Juan y con la otra agarró al viejo y gritando más que todos maldecía y maldecía hasta que no pudo más y se agarró las manos y con los puños cerrados se empezó a golpear en la barriga. Eso fue lo que los apartó, y en vez de mirarme a mí miraban a la vieja, y en vez de llorar empezaron a asustarse y los dos fueron junto a la vieja y la alzaron y primero la abrazó uno y luego la abrazó el otro sin dejar de llorar y sin soltarla. Y así se fueron los tres hablando todos a la vez y prometiendo todos que ella tenía razón y que era la que sabía y que no había más que hablar ni prometer porque la vida es como es y nadie puede cambiarla. Y cuando ella dijo: mañana, los dos dijeron: mañana.

Y otra vez dijo el nombre que antes los hacía callarse y mirarme de un modo especial. Pero esta vez repetí el nombre y lo repetí prometiendo no dormirme hasta no saber qué lugar podía llamarse tan raro. Lo estaba repitiendo cuando Juan regresó y se empezó a desnudar a oscuras. Luego se acostó y yo podía ver su sombra contra las tablas con una mano detrás de la cabeza y con la otra moviendo un cigarro. Estuvo un rato así. El cigarro yendo y viniendo y yo esperando a que dejara de moverse. Al fin la luz roja se quedó quieta, y luego de encenderse y apagarse varias veces dio un salto y salió por la ventana. Y Juan tosió bajito y se movió y dio la vuelta hacia la pared y en seguida el suspiro que uno da antes de dormirse. Pero yo no iba a dejar que se durmiera sin saber. Y le pregunté:

—Juan.

No me contestó y volvió a suspirar. Yo sabía que estaba despierto, porque cuando te duermes de verdad sólo suspiras una vez. Y le volví a preguntar:

—Juan.

—Déjame dormir.

—¿Qué es un asilo?

—¡Duérmete!

—Es algo malo, ¿verdad?

—No.

—¡Dime lo que es!

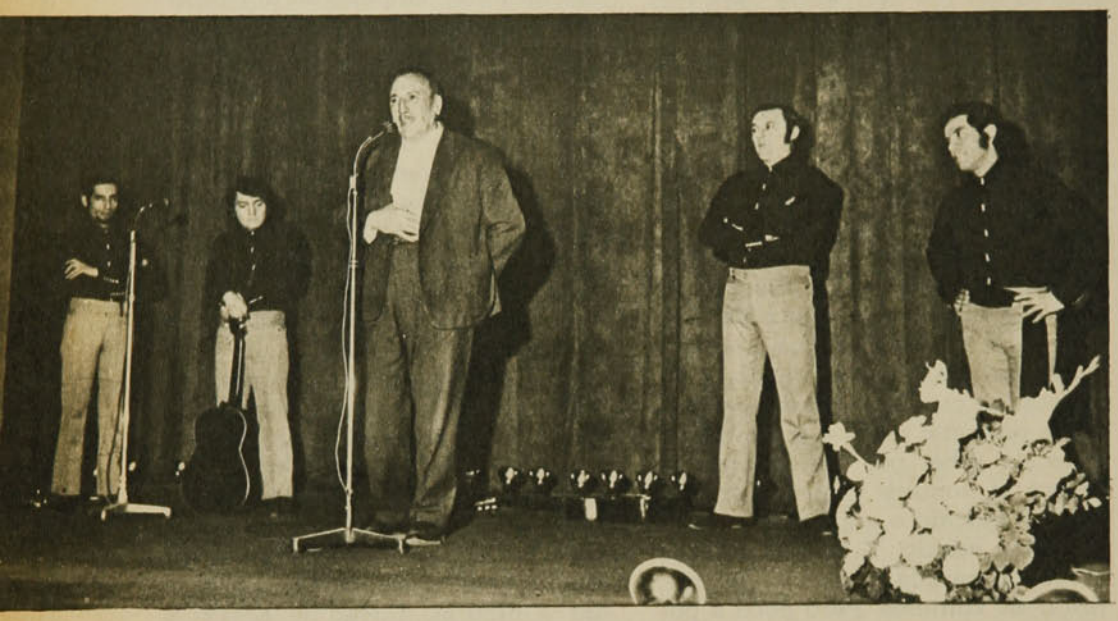
—¿Asilo?

—¡Sí! ¡Dime lo que es!

—Asilo es el nombre de la goleta en que irás a pescar conmigo. ♥



entre nosotras



● HACE algunos años en las radios se reconocía el mes de septiembre por la música folklórica; en los demás meses la verdad es que no era muy frecuente oír canciones chilenas. Por supuesto que había períodos de excepción, como fue el surgimiento de Los Cuatro Cuartos, y de todos los neofolkloristas, pero eso no duró mucho e impactó más que nada por la novedad. Pero ahora la cosa ha cambiado y la música chilena no sólo ocupa primeros lugares en los rankings de popularidad, sino también en los de ventas.

Puede que el fenómeno se deba a la ley que obliga a las radioemisoras a tocar por lo menos un 25% de música chilena (15% de folklore), pero también se debe a la calidad de los conjuntos y a un nuevo estilo de canción chilena.

En este nuevo estilo los que más se destacan son Los Cuatro de Chile y Los Moros, que han llevado a la música —y a los primeros lugares de popularidad— a dos poetas chilenos. Los primeros, junto a Héctor y Humberto Duvauchelle, cantan la poesía de Oscar Castro, mientras Los Moros, con Jorge Yáñez, han musicalizado la obra de Andrés Rivanera, un poeta poco conocido hasta ahora, que canta a la vida del campo.



La idea de cantar a poetas cundió rápido y fuerte porque en realidad dio excelentes resultados, ya que ofrece la posibilidad de tener las mejores letras para las canciones, que ahora ya no gustan sólo por su ritmo o por los arreglos de la interpretación, y, además, de popularizar alguna poesía chilena poco difundida.

FOTO: Los Moros en el primero de una serie de recitales en el teatro Luxor de Santiago, junto a Andrés Rivanera, el autor de los poemas.

EL hombre ya no se limita sólo a llegar a la Luna o a caminar algunos metros sobre su superficie; en la última expedición lunar estadounidense dos astronautas viajaron por la Luna en un vehículo motorizado y recorrieron una extensión mucho mayor a la que habían visitado las expediciones anteriores.

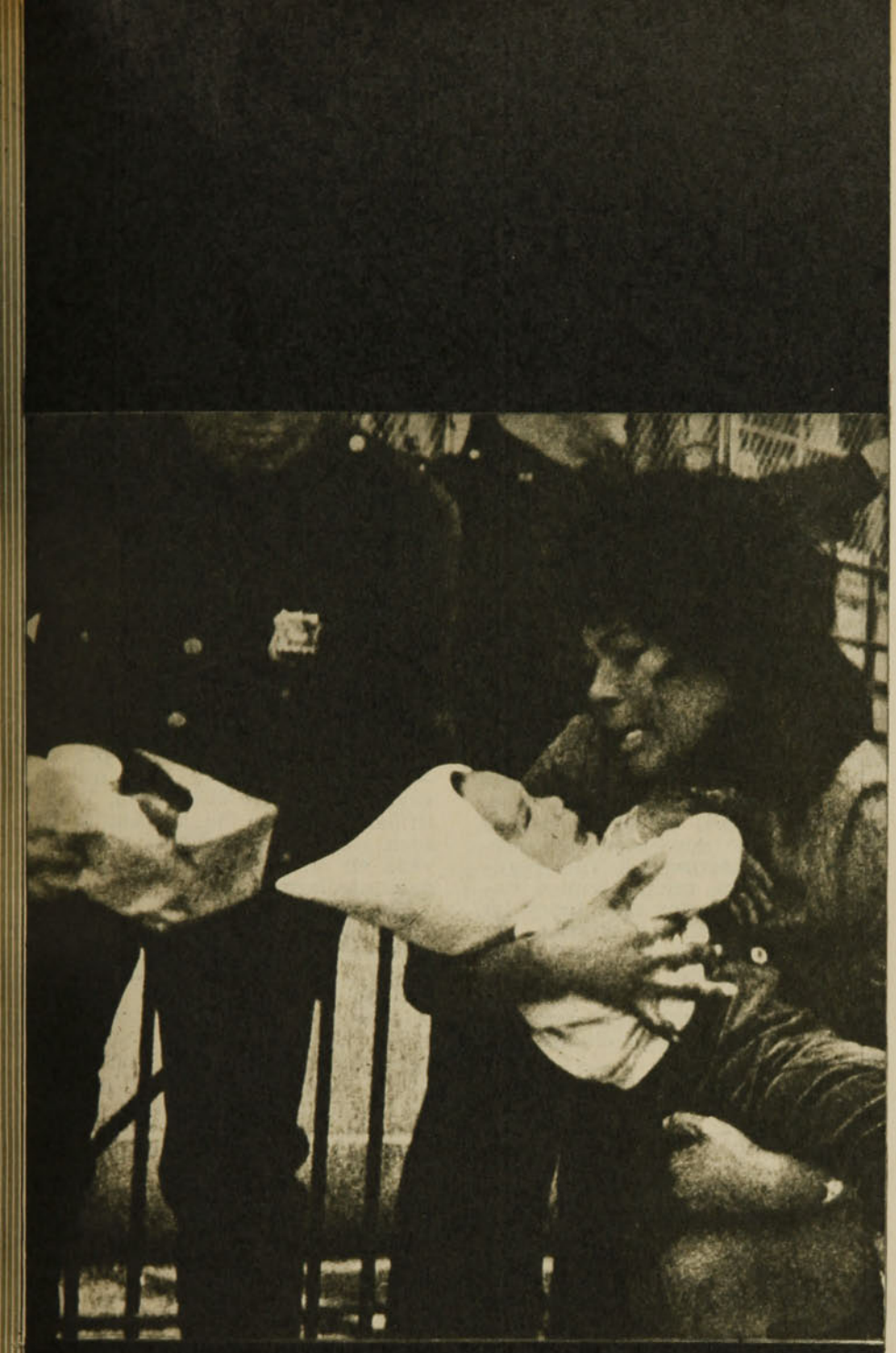
Aventura digna de Julio Verne que a nosotros mismos nos hubiera sorprendido de saberlo hace 10 años, así como nos parece imposible hoy día la instalación de una



estación lunar de aquí a una o dos décadas más.

Los acontecimientos se hacen cada vez más rápidos; después de sueños milenarios de llegar a la Luna, pocos años después del primer viaje espacial, el hombre ya posee un jeep lunar y comienza a hablar de estaciones espaciales y viajes interplanetarios.

Y mientras tanto, aquí abajo, la vida sigue igual, las guerras no se resuelven, las epidemias no se dominan, el hambre aumenta y uno no puede menos que pensar en los 84 millones de dólares que costó sólo el jeep lunar.



furor asesino

Fortuitamente fui víctima de una ira desencadenada.

■ **Cuando algo malo** me sucede, reviso en mi mente todo los detalles una y otra vez. Trató de imaginar por qué pasó y cómo pude haberlo evitado. Generalmente existió una pequeñez que pudo cambiar todo. Si hubiera urgido a Josh para que se quedara en casa el día que murió..., si no hubiera sacado a pasear a Tony..., si... "Si" es una palabra diminuta, pero en estos casos es trascendental.

En el día de su muerte, mi marido se levantó un cuarto para las seis, igual que cualquier día de la semana. Yo ya estaba vestida. Me gustaba prepararle la lonchera con su almuerzo y darle un buen desayuno, a pesar de que él siempre decía que no debía hacerlo. Por ese entonces yo esperaba a Tony, pero no lo sabía.

—Josie, me siento hoy inapetente —dijo mi fornido marido. Suspiró haciendo a un lado su desayuno—. No tomaré más que el jugo de naranjas.

—¿Qué te pasa? —pregunté inquieta, mirando su cara.

—No sé. Tengo una gran pesadez en el pecho. Durante la noche tuve pesadillas. —Sonrió—. Tal vez mi nuevo nombramiento en el sindicato me está produciendo una úlcera. Me siento tan mal que avisaría al trabajo que estoy enfermo.

—Y tienes derecho a hacerlo —contesté—. Llevas seis años en la fábrica y jamás has faltado ni llegado tarde.

—Es cierto. Eso es porque me casé con una mujer esclavizadora, que me saca todos los días de la cama al amanecer..., aunque yo tenga malos pensamientos. —Sonrió maliciosamente.

—Si tienes el sexo en la mente no puedes estar enfermo, Josh Williams —dije retirando lo que rechazó del desayuno—. Le guardaré esto a Jo-Jo. A ella le encanta la comida fría.

Personalmente yo no necesitaba de un desayuno contundente. No tenía que soportar ocho horas de trabajo pesado en una planta de acero como lo hacía Josh, ni tampoco estaba en la edad del crecimiento como Jo-Jo. En realidad mi crecimiento se había detenido en mi temprana edad y medía poco más de un metro cincuenta.

—Mi pequeña avara —dijo Josh con una sonrisa y se inclinó a besarme—. Del modo como ahorras dinero seré millonario a los cuarenta años. —Terminó su café y se puso de pie—. Creo debo irme. Me sentiré tan mal sentado aquí pen-



● Gritando, lo mordí y le apreté el cuello... sin importarme matarlo.

● No quiero dinero, quiero que me devuelvan a Josh, a mi Josh.

sando en mi enfermedad como trabajando.

—Si realmente te sientes mal, Josh, debes quedarte en casa. Puedes ir donde el doctor Gerrick esta tarde para que te examine.

—No me siento tan mal como para molestarlo —dijo y se puso su chaqueta y su gorra—. Es más bien una sensación rara más que otra cosa. Es como si presintiera que algo malo me va a suceder. Tal vez todo se deba solamente a la pizza que comí anoche.

—Esa pizza era muy pesada y muy cara —lancé—. No la volveremos a comprar. Yo la puedo preparar mejor y más barata. Creo que esos comerciantes deben ganar mucho dinero. Son unos ladrones.

—Después seguí a mi marido hasta la puerta, llevando su lonchera con el almuerzo.

En la puerta me abrazó. Simulé corretearlo con la lonchera.

—Sé por qué no me dejas quedarme en casa, mujer —susurró sonriendo—. Porque sabes que pasaría toda la mañana haciéndote el amor.

Nos besamos y por un instante deseé pedirle se quedara en casa, enfermo o no. Otros operarios aprovechaban muy bien sus permisos por enfermedad. Tan regulares como un reloj, algunos padecían males varios días todos los meses. Pero Josh no mentía, era un hombre honesto. Tal vez por eso yo lo amaba tanto..., lo suficiente como para abandonar a toda mi familia siendo muy joven y seguir a mi soldado hasta su ciudad ubicada en el norte.

Terminamos de despedirnos y él salió. Cerré la puerta tras mi marido.

Unos minutos más tarde volvió a entrar.

—¿Decidiste quedarte en casa? —grité desde la cocina—. ¿O se te olvidó algo?

—No, tesoro. —Me miró de modo extraño—. Por favor, no te rías de mí, pero tengo ganas de darte otro beso.

—¡Josh Williams! —lancé enojada en broma—. Vas a tu trabajo no a Sudamérica. Y sabes que yo estaré aquí esperándote cuando vuelvas.

—Te amo, Josie —susurró con voz ronca, apretándome contra su pecho—. Sabes eso, ¿verdad? Tú y mis hijos son todo para mí en el mundo.

—Yo también te amo, mi tontito grandote. Pero ahora ándate, pues si no llegarás tarde a tu trabajo.

■ Llegaron a las diez

a anunciarme que había muerto. Jo-Jo estaba en el colegio, pero Zachary iba al kindergarten sólo por las tardes. Estaba en casa cuando llegaron el jefe de Josh, el señor Stegmeyer, y algunos de sus compañeros. Eran todos hombres blancos, pero se demostraron considerados conmigo. Cuando abrí la puerta y los vi en el umbral, lo supe. El señor Stegmeyer no cesó de repetir lo buen operario que había sido siempre Josh.

Me explicaron el accidente, pero casi no les escuché. Sólo pensaba que Josh estaba muerto y que jamás volvería a casa para besarme de nuevo.

Me entregaron su lonchera de metal negro con su almuerzo intacto. También me pasaron su chaqueta y su gorra y las cosas que guardaba en su casillero. Entre ellas venía un pedazo de tabaco para mascar, el único mal hábito de Josh.

No me permití llorar delante de los hombres. Eran blancos y no quería que me vieran flaquear. Luego de un rato el señor Stegmeyer me preguntó si podía hacer algo más por mí. ¿Contratar el entierro? ¿Llamar a algún familiar hombre? Me aseguraron que no debía preocuparme por dinero. La compañía cubría con el seguro todos los gastos.

"No quiero dinero —les gritó mi corazón—. Quiero que me devuelvan a Josh. A mi Josh."

—No pueden hacer nada por mí —dije en voz alta—. Luego que se vayan contrataré el entierro. Y notificaré al resto de la familia de Josh —mientras hablaba me apoyaba en mi pequeño Zack para no descontrolarme.

En realidad no me derrumbé hasta pasado el entierro y luego que mi madre se fue con mi hermana y su familia. Y cuando mi período menstrual no se produjo, le eché la culpa a mi estado nervioso, pero luego otros síntomas aguzaron mis sospechas. Cuando el doctor Garrick me anunció que estaba embarazada, afloraron a mis ojos las lágrimas tan largamente contenidas. Me tuvo que dar un calmante.

Creo que mucho de eso se debió a autocompasión, porque Josh y yo deseábamos tener más de dos hijos. Durante mis otros dos embarazos Josh me había tratado como a una reina, pero esta vez estaba sola. Mi familia vivía lejos y no podía venir a verme ni yo tampoco ir donde ellos. Tenía aún que corretear muchos papeles y tampoco deseaba retirar a Jo-Jo y a Zack de su colegio ya que les iba bien y necesitaba que los niños se educaran lo mejor posible.

Y alguien tenía que velar por los padres de Josh. Estaban envejeciendo y no tenían a nadie más que a mí. Trataron de ayudarme, pero eran ellos los que necesitaban ayuda. Josh era hasta hacía poco el único hijo que les quedaba, puesto que los otros dos habían muerto en Vietnam.

Es por eso que tuve que recobrarme. Mi madre había criado diez hijos, mi abuela trece y yo bien podía criar a tres.

Todo esto sucedió hace dos años. El cuatro de septiembre llamé al doctor Garrick y le avisé que estaba pronta. Cuando bajé la escalera con mi maleta llena de ropa para la guagua, golpeé la puerta de nuestra arrendadora y le dije que me había llegado el momento.

Prometió cuidar a Jo-Jo y a Zack mientras estuviera fuera. Ambos niños dormían en los altos.

Sentí que Josh me acompañaba en la sala de partos. Me dio coraje para mantener la boca cerrada y soportar mis dolores. A las siete de la mañana di a luz un niño que pesó casi cuatro kilos. Pero no le pude poner el nombre de su padre. Lo llamé Tony en recuerdo de un hermano mío muerto. Pensé que sería muy duro para mí decir el nombre de Josh muchas veces todos los días.

Curioso como son de diferentes los niños. Zack jamás mencionaba a su padre. No parecía importarle o darse cuenta de que Josh se había ido. Jo-Jo, en cambio, siempre hablaba de morir y de la muerte.

—¿Morirá también Tony? —me preguntó el primer día que lo llevé a casa y mientras yo lo mudaba.

—Cariñito, todos tenemos que morir algún día, incluso Tony —contesté—. Pero eso no le sucederá hasta dentro de mucho, mucho tiempo. ¿Por qué preocuparte ahora de eso?

—¿Qué edad tenía el papá cuando murió?

—Veintiocho años.

—¿Te morirás tú también cuando tengas veintiocho años?

Suspiré. Esa niña era capaz de hacer las preguntas más extrañas.

—El buen Dios no nos dice con anticipación cuándo vamos a morir. —Deseé saber un modo mejor de contestar al tema favorito de mi hija. Siempre trataba de contestarle lo mejor posible, pero me costaba contener las lágrimas si inquiría respecto a la muerte—. Miren aquí los dos —pedí a mis dos hijos—, ¿ven esta cosita sobresaliente? Es el cordón umbilical de Tony.

—¿Cordón? —preguntó Jo-Jo.

—De allí se unía a mí cuando estaba en mi vientre. Por él se alimentaba y respiraba. Lo cortaron cuando Tony nació, porque ahora puede comer y respirar por sí mismo. Antes era igual que una línea de vida para un astronauta. —Leía bastante y había completado mis estudios secundarios después de casada. Y siempre iba a la biblioteca a sacar libros y leía todo lo que caía en mis manos.

—¿Y qué pasa si Dios decide llevarse luego a Tony? —persistió Jo Jo—. ¿Tendrá una tumba junto a papá en el cementerio?

Impulsivamente cogí a la guagua y la apreté contra mi pecho. No, Dios no se la llevaría, porque Dios es bueno. Se había llevado a Josh, pero no me había dejado con los brazos vacíos. Me había enviado a Tony. Yo había visto a mi madre enterrar a cuatro de sus hijos. "No me los lleves, Dios mío —oré en silencio—. No hagas que tenga que rezar ante la tumba de ninguno de mis niños."

—¿La tendrá, mamá? ¿Tendrá también un ataúd chiquitito?

Se me apretó la garganta.

—Lo que haga Dios debemos aceptarlo, Jo-Jo. Y ahora, ¿quieren ver cómo alimento a su hermanito?

—¿De tus botellas? —dijo riendo Jo-Jo.

Yo le había explicado lo de mis "botellas" y otras cosas así antes de que Tony naciera y los había dejado poner sus manos en mi estómago para que sintieran los movimientos de la guagua. Zack nunca demostró interés en ninguno de esos hechos.

—Así es —dije, desabotonándome la blusa—. Nada de molestias ni ajetreos. Leche instantánea.

—¿Yo también tendré cuando crezca botellas para alimentar a mis guaguas? —inquirió Jo-Jo.

—Claro que sí —afirmé—. El buen Dios te las dará.

—Los hombres no tienen botellas —anunció Zachary.

—No las necesitan, tonto —lanzó Jo-Jo—. Ellos son padres.

Observaron fascinados mientras yo ponía mi pezón en la sonrosada boquita de Tony. De inmediato se cogió a él con ansias. Rodeé a Zack con mi brazo libre.

—¿Ves cómo es Dios? El arregla las cosas para que ninguna guagua sienta hambre. Esto mismo hacías tú también a esta edad.

Zack me sonrió y lo vi tan parecido a su padre y las lágrimas inundaron mis ojos y luego cayeron sobre la carita de la guagua. Y mi bondadosa Jo-Jo las enjugó con un pañuelo sin que yo se lo pidiera.

■ El día que

le sucedió eso horrible a Tony, no le habría pasado nada si él hubiera dormido su siesta. Si yo hubiera insistido. Así él y yo habríamos estado a salvo en nuestra casa y tal vez ni siquiera hubiera leído al día siguiente en el diario la descripción de lo sucedido.

No me gusta leer cosas de violencia, especialmente de violencia racial. Claro que sabía que existían a mi alrededor, pero jamás pude imaginar cómo sería estar en medio de ella. ¿O es que no somos realmente todos iguales? ¿No ansiamos todos las mismas cosas de la vida? Tener un empleo decente, educar a nuestros hijos, un sitio donde vivir en paz.

Y nunca creí que ninguna violencia me iba a tomar a mí en especial. Vivía dentro de una gran privación, había vendido el auto de Josh y rara vez salía con los niños, excepto para visitar a mis suegros. Si dejaba la casa era únicamente por un rato, para hacer las compras y devolver los libros a la biblioteca. Y cuando el tiempo estaba bueno iba con los chicos a dar un paseo. Pero jamás me inmiscuía en peleas. Durante los disturbios nos encerrábamos siempre con Josh en nuestro hogar. No éramos personas curiosas. "Si uno no se mete en los asuntos ajenos, jamás será lastimado", era el lema de mi marido.

Pero ese día Tony estaba muy travieso. Por lo general se acostaba a dormir su siesta acabando de almorzar y no despertaba hasta que sus hermanos regresaban del colegio. Tenía casi veinte meses de edad y comenzaba a caminar y a dejarse caer de su cuna. Y también hablaba algunas palabras y sabía llamar a media lengua a sus hermanos.

No sé cuántas veces lo tomé en brazos y lo puse de nuevo en su cuna esa tarde. Le dije que debía dormir si quería crecer fuerte como lo era su hermano Zack.

—Zaac... —dijo con los ojos brillantes. Y se tendió de estómago en su cuna y simuló que esta vez iba en realidad a dormir.

Pero a los cinco minutos se hallaba de vuelta en la cocina, donde yo trataba de oír radio mientras planchaba.

—Zo-Zo —gritó pasando una foto de Jo-Jo. Tony parecía muy orgulloso de su travesura.

A pesar de que era disciplinarlo mal, le sonreí. Era un niño mimado, porque era encantador y él lo sabía.

—Está bien, ganaste —dije. Dejé a un lado mi planchado—. Parece que hoy no quieres dormir. ¿Prefieres ir a dar un paseo? Podemos llegar hasta el colegio y traer a casa a Zack y a Jo-Jo.

—Zaac —dijo y corrió al closet donde se guardaban los abrigos.

—Zapatos y calcetines primero, amiguito —comenté alzándolo—. Y dos pañales.

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.



SECRETO

"Todos los documentos sobre Viet-Nam, prohibidos por el Pentágono"

en revista

HECHOS MUNDIALES

de Septiembre

producida por una Empresa de los trabajadores

Lo vestí y decidí ponerle su parka para la nieve a pesar de que era un día de primavera, pero no quería que Tony se resfriara.

Y así fue como Tony y yo estábamos de pie en la parte de afuera del colegio ese día a las dos y media de la tarde. Pura casualidad. Pura casualidad ciega y desdichada. Estaba tan inquieto que tuve que mantenerlo de la mano para que no se bajara de la vereda.

Entonces comenzó el terror. Un bus se detuvo en la esquina, a una media cuadra de donde estábamos yo y Tony. Venía repleto de ruidosos muchachos blancos que parecían rebasar por sus ventanillas. De pronto un gran número de ellos se bajó y comenzó a correr hacia nosotros.

Todo sucedió muy rápido. Gritaban y gesticulaban, contorsionando sus caras. Había entre ellos chicas y muchachos.

—¡Este es un colegio de negros! —los oí chillar—. Agarremos algunos negros. —Mi corazón amenazó con salírseme por la boca. Yo era negra y también mi guagua. Lo cogí en brazos y comencé a correr.

Un muchacho obeso y con su cara blanca marcada por la acné me alcanzó y arrebató a Tony de mis brazos. Los demás entraron al colegio. Cogiendo a mi guagua de los tobillos, la comenzó a hacer girar en círculos.

Grité a todo pulmón pidiendo ayuda. Tony también gritó, pero nadie nos socorrió. Los autos siguieron pasando por la calle.

—¡Manden al diablo a todos los negros! —chilló alguien. Y sentí que me golpearon la cara con un ladrillo. Noté que algo caliente corría por mis mejillas, pero ningún dolor. Lo peor fue que durante unos segundos perdí la pista de mi guagua. Era el niño lo único que me importaba. Pero pronto lo vi de nuevo. El muchachote seguía balanceando a Tony y su cabeza se pegaba contra el edificio del colegio. ¡Un edificio de ladrillos! Ante tanta crueldad yo también me volví loca.

Me lancé sobre la espalda del muchacho. Otros de ellos lanzaban cosas, pero no me preocupé. Traté de patearle las piernas. Gritando, lo mordí y pateé y le apreté el cuello..., sin importarme matarlo. En seguida le escupí la cara.

—¡Suelta a mi guagua! —Si hubiera tenido un arma habría cometido un crimen.

—Aquí está..., si lo quieres, ¡ahí lo tienes! —dijo el muchacho. Me arrancó de su espalda y en seguida me tiró al ensangrentado niño como si hubiera sido un saco de harina. Oí las sirenas de los autos policiales. Me desmayé con Tony en mis brazos mientras los muchachos y las chicas empezaban a huir.

■ Un policía negro

nos llevó a Tony y a mí al hospital de niños. Mi hijo estaba inconsciente y yo estaba segura de que moriría..., igual que Josh. Lo entraron al establecimiento y el policía me quiso llevar a otro hospital para que me curaran la cara. Me negué; no quería separarme de mi hijo. Finalmente un médico me puso unos puntos en la frente y una inyección de penicilina.

Yo temblaba como una hoja. Los puntos no me dolían, pero no podía controlar mis nervios. Y también quería saber de mis otros dos hijos. ¿Qué les había sucedido si habían sido cogidos en el colegio por esa horda de salvajes? ¿Los habrían golpeado con sus palos y botellas igual como a Tony?

En alguna parte había perdido mi cartera. Un policía me la había encontrado: el dinero de dentro había desaparecido, pero estaban las llaves de mi departamento. Llamé a mi arrendadora y, gracias a Dios, Jo-Jo y Zack estaban con ella. Le expliqué lo sucedido y le rogué cuidara de los niños hasta que yo volviera.

Luego de un rato me pidieron subiera al quinto piso. Un hombre de pelo blanco y muy poco más alto que yo, se presentó como el doctor Applebaum. Después supe que era el cirujano jefe. Me explicó que necesitaba mi permiso para practicarle una operación cerebral a Tony ya que, debido al golpe, tenía un coágulo en su cerebro. También me dijo que la parka había librado al niño de una muerte segura. Pero que había que extirpar de inmediato el coágulo. Si no se hacía esto mi hijo moriría. Aunque la operación involucraba muchos riesgos, el médico lo confesó, era su única esperanza para salvar la vida.

Miré los ojos del médico. Eran francos. Decidí confiar en él a pesar de que su piel era blanca. ¿Tenía otra elección? Firmé los papeles.

Otro médico, el doctor Rogers, también blanco, me explicó la operación de Tony. No le entendí su perorata, pero debía confiar en que harían todo por Tony. Se supone que los médicos hacen lo imposible por salvar las vidas humanas y tenía la esperanza de que incluso manos blancas podrían salvar la vida de un pequeño negro.

Cuando finalmente llevaron a Tony a la pieza estaba aún inconsciente. En mi hijo sólo había tubos y vendajes. Me permitieron quedarme con él y observé cada movimiento, escuchando todos los comentarios que hacían. Entre toda esa gente no había ni un negro, eran todos blancos.

Un enfermero trajo una pequeña cama y una enfermera me la arregló con sábanas limpias.

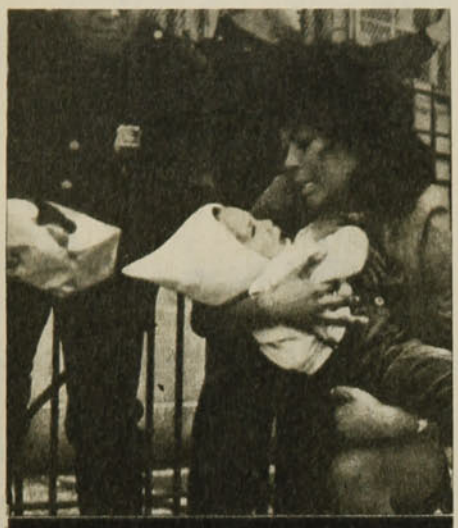
—Es para usted, señora Williams —anunció—. ¿Por qué no se tiende y trata de descansar un rato? Yo me quedaré con el niño y al primer signo de recuperación de conciencia la despertaré.

Sentí tensarse mis nervios.

—¿Por qué me miente, mujer blanca? ¿Cree que porque soy negra soy tan estúpida como para no darme cuenta si un niño se está muriendo? Jamás recuperará la conciencia y eso me consta al igual



—¡Suelta a mi guagua! —grité, y en seguida me tiró al ensangrentado niño como si hubiera sido un saco de harina.



furor asesino

que a usted y a los médicos. —Gesticulé hacia la cuna rodeada de máquinas y equipos—. Lo que desea es atormentarnos un poco más, ¿no es así?

—No puedo culparla por su amargura, señora Williams. Supe lo que le sucedió. Pero por ello no debe condenar a todos los blancos. En ambas razas existen seres buenos y malos. Su guagua sufrió un trauma serio, pero el mejor médico de esta ciudad, tal vez el mejor del país, la operó. Y hay muchas esperanzas de que se salve.

—¿Y qué si es así? —pregunté con voz muerta—. ¿Seguirá siendo un ser vivo o sólo un vegetal? ¿Cuanto tiempo puede estar un niño pequeño inconsciente sin que se le dañe el cerebro?

Mi voz se quebró y me mordí el labio para no llorar frente a esa mujer. ¿Qué sería peor para Tony? Un pequeño ataúd junto al de su padre..., o una vida vegetativa debido a su cerebro dañado, sin poder jamás pensar ni aprender?

La enfermera se sacó una cadena de debajo de su uniforme y quitó algo de ella. Me la pasó en la palma de su mano.

—La llaman Medalla Milagrosa, señora Williams —anunció—. Yo cuando estuve a las puertas de la muerte en una epidemia de escarlatina, una enfermera insistió en prenderla a mi camisa y..., bueno, aquí estoy viva. Y yo ni siquiera soy católica. ¿Me deja ponérsela a su guagua?

La chica trataba de ser buena conmigo. Eso era obvio. No era culpa suya que nosotros estuviésemos aquí. Y tampoco me imaginaba que ella pudiera jamás formar parte de una horda ululante. Sentí mi garganta apretada. No, todos los blancos no eran demonios ni todos los negros ángeles.

Pero con la medalla o sin la medalla, a las ocho de la mañana siguiente Tony aún no había recuperado el conocimiento.

■ En el casino

del hospital compré el diario y pedí una taza de café. Eso era lo único que yo necesitaba. Quería saber qué decían del motín en donde caímos como víctimas Tony y yo. Pero en la primera página no había nada. Tuve que hojear muchas páginas para encontrar la respuesta que roía mi mente. ¿Por qué habían hecho eso? ¿Con quién habían querido vengarse? ¿Por qué habían atacado a Tony y a mí?

"Disputa entre blancos y negros en un colegio —decía el titular—. Un encuentro entre quinientos estudiantes blancos y negros se produjo frente al colegio John Jay ayer, quedando como saldo cuatro policías heridos y arrestadas unas veinte personas, en su mayoría estudiantes. Por orden de la administración del colegio éste se cerró durante el resto del día y permanecerá también hoy clausurado. Otros cincuenta estudiantes blancos emergieron de un bus y atacaron una escuela primaria. Quedaron heridos una mujer negra y su pequeño hijo. Escenas similares se han estado produciendo a menudo en los dos últimos años."

Cerré el diario. Tony y yo resultábamos sólo una pequeña noticia sin importancia. Me bebí el café como una zombie. Estaba más allá de sentir nada..., ni siquiera rencor. ¿Por qué había que vivir en un mundo donde la juventud atacaba como animales furiosos a sus semejantes por asuntos raciales? ¿Por qué casi había muerto Tony sólo por tener su piel negra? ¿Valía la pena vivir en este mundo?

"No yo —pensé—. Preferiría morir. Si quieren matarme y matar a los míos, tal vez pueda ayudarlos. Puedo subir al quinto piso donde agoniza mi hijo, abrir la ventana y lanzarme al vacío. Y ese sería el final de otro miembro de la raza negra."

Pero entonces recordé a Jo-Jo y a Zack. Tony estaba casi muerto, pero, ¿qué de ellos? Si cometía un suicidio, ¿qué les sucedería a mi otro hijo y a mi atemorizada niñita? Mi lucha terminaría, pero, ¿y la de los otros? ¿Quién cuidaría de ellos? No, decididamente, suicidarme no era ninguna solución.

Tomé el ascensor y subí al quinto piso. Había un nuevo grupo de enfermeras de turno. La de la Medalla Milagrosa se había marchado a su casa. Por las ventanas se filtraba el sol de primavera. Dos niños como de la edad de Zack se correteaban en el pasillo en sus sillas de ruedas. Había un grupo de médicos escuchando la disertación que daba uno de ellos. Al acercarme reconocí al doctor Applebaum. El también me vio y dejó de hablar y me sonrió.

—La guagua abrió los ojos, señora —me dijo.

No fui andando hasta la pieza de Tony, lo hice corriendo. Dos enfermeras le inyectaban algo en su pierna. Me miraron inquisitivamente.

—Está despierto —anunció una rubia—. Usted debe ser su madre. Los médicos acaban de estar con él.

Los ojos de mi guagua estaban abiertos, pero él yacía inmóvil. Parecía una muñeca de trapo con los ojos abiertos.

—Soy tu mami, mi amor. —Por entre los barrotes de su cunita le cogí la mano—. ¿Me reconoces? ¿Sabes que soy tu mami?

No movió su vendada cabeza, pero esbozó una pálida sonrisa.

—¿Zo-Zo? —susurró—. ¿Zaac?

Entonces me puse a llorar. Tony estaba vivo. Y no sería un vegetal. Aún tenía inteligencia como para recordar el nombre de sus hermanos. Me hinqué junto a la cuna sin importarme lo que esas enfermeras blancas pensaran de mí. Tenía que dar gracias a Dios por su misericordia por mi hijo y también por enseñarme fehacientemente que en todas las razas y en todos los credos existe gente buena y capaz de salvar la vida de un ser humano sin fijarse en el color de su piel.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 21 AL 27 DE SEPTIEMBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color plata.
Número 2.

TU CORAZON — Días llenos de agrado. Salidas y paseos en grupo donde reinarán la alegría y la despreocupación. Aprovecha esta circunstancia.

TU TRABAJO — Los asuntos legales tendrán un avance considerable en esta semana. Pon al día tus papeles y haz los trámites pendientes.

TU SALUD — Tu organismo necesita un mayor orden y organización en tu sistema de vida. Preocúpate, tu salud está en juego.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color azabache.
Número 1.

TU CORAZON — Tu afán de ir tras un ideal siempre lejano te impide apreciar a quienes tienes a tu lado. Ten cuidado que puedes perder tu oportunidad.

TU TRABAJO — Debes estar pronta a esperar cambios fundamentales en tus actividades. Adáptate a las circunstancias y a lo que venga.

TU SALUD — Procura a tu organismo todas las horas de descanso que requiere. Las horas exactas de sueño dependen de cada persona.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color púrpura.
Número 5.

TU CORAZON — Tu generosidad te valdrá la admiración y simpatía de los que te rodean. Que tu éxito no te lleve a la vanidad sino a la sencillez.

TU TRABAJO — Es el momento indicado para efectuar ventas o compras. En general, todas las transacciones comerciales tendrán éxito.

TU SALUD — Trata de pasar más tiempo al aire libre. El ambiente del centro de la ciudad ha acumulado toxinas en tu organismo.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color petróleo.
Número 8.

TU CORAZON — Semana de gran armonía y entendimiento entre las parejas de enamorados. Excelentes las relaciones entre padres e hijos.

TU TRABAJO — Ambiente cordial en el trabajo. La amistad y el compañerismo jugarán importante papel en estos días.

TU SALUD — Tendencia a la depresión y a la melancolía. Busca la compañía de personas optimistas que te infundan nuevos planes y proyectos.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color marfil.
Número 5.

TU CORAZON — Una situación dudosa se aclarará al fin dejando al descubierto las verdaderas intenciones de esa persona.

TU TRABAJO — Tu inactividad puede retrasar todos los proyectos que tenías en mente. Trata de cambiar de actitud si quieres progresar.

TU SALUD — Posibles jaquecas o dolores de cabeza. Busca el origen; seguramente se debe a falta de descanso. Cambia de actividad.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color verdeagua.
Número 0.

TU CORAZON — Olvídate un poco más del problema sentimental y busca otros intereses intelectuales y deportivos que pueden llenar tu vida.

TU TRABAJO — Los trabajos hogareños requerirán toda tu atención. Es un buen momento para iniciar transformaciones en tu casa.

TU SALUD — No te fatigues en exceso. Aprovecha los comiezos de la primavera para purificar tu organismo y tomar nuevas energías.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color marrón.
Número 4.

TU CORAZON — El fin de semana te aportará un clima de armonía después del clima de tensión que has vivido últimamente. Aprovéchalo.

TU TRABAJO — Deja tu orgullo a un lado y busca el apoyo y el consejo de tus amigos y familiares. Sola no lograrás nada.

TU SALUD — Buen estado general. Sólo tu apariencia requerirá más dedicación; especialmente trata de bajar esos kilos que te sobran.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día miércoles.
Color oro.
Número 2.

TU CORAZON — Sé más espontánea y natural en tus reacciones. No temas demostrar lo que sientes ante la persona a quien quieres.

TU TRABAJO — Da más amplitud a tus conocimientos estando más al día de lo que sucede en el mundo. La cultura es la llave del éxito.

TU SALUD — Trastornos en el sistema circulatorio pueden provocarte molestias como adormecimiento en las piernas. Haz ejercicio y camina.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color beige.
Número 3.

TU CORAZON — Es el momento que prestes a tu familia todo el apoyo posible. Necesitarán de tu fortaleza y buen criterio.

TU TRABAJO — Evita que los problemas de tu vida privada trasciendan en tu trabajo haciéndote rendir menos de lo que acostumbras.

TU SALUD — Cuida de tu sistema nervioso, que por el momento es el peor enemigo de tu salud y la causa de tus largas horas de insomnio.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color violeta.
Número 8.

TU CORAZON — Deberás ser menos egoísta si tienes interés en mantener la felicidad de que ahora gozas.

TU TRABAJO — No permitas que se apague tu espíritu de lucha. No siempre se ven los triunfos inmediatamente, pero hay que seguir adelante.

TU SALUD — Trastornos intestinales molestos aunque no serios que se pueden mejorar si vigilas con más cuidado tu alimentación.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color fucsia.
Número 3.

TU CORAZON — Pon más atención y efusividad en tu comportamiento. Tu apatía corre el peligro de ser interpretada como desinterés.

TU TRABAJO — Decisiones rápidas caracterizarán esta semana de gran movimiento y de resultados muy positivos en lo que emprendas.

TU SALUD — Debes practicar más ejercicio y activar tu ritmo de vida. Unos días en contacto con la naturaleza te serían de gran valor.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color aguamarina.
Número 5

TU CORAZON — Decisiones importantes. Deberás enfrentar los hechos sin dudas ni vacilaciones y seguir fielmente tu linea de conducta.

TU TRABAJO — Deberás poner más constancia y dedicación, no sólo en tu trabajo sino que en tus actividades en general.

TU SALUD — Tendencia al aumento de peso. La despreocupación ha sido la causa, por lo que tendrás que controlar tu alimentación.

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista

vivir mejor

es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

Eº 5 . Nº 1946



ODIO A MI MUJER

Doblegué mi machismo por vivir en paz.

quimantu

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

JUDITH MARLOWE siempre se sentia culpable respecto a su prima GISELLE, muerta cinco años antes. Giselle, ingenua y bonita, se habia enamorado de un piloto de aviación danés, NIKKI, y Judith, habiendo sorprendido el interés que su propio galán sentia hacia Giselle, alentó a su prima a fugarse a Dinamarca para reunirse con Nikki. Pero Giselle encontró la muerte en el trayecto al aeropuerto de Londres, en un choque de trenes. Ahora, aquel galán de Judith de cinco años atrás se habia casado con otra y a ella habia dejado de interesarle.

Giselle habia vivido con su abuela, que era tia abuela de Judith, VERA HALVORSEN DE MARLOWE, que en su juventud fuera bailarina del Real Ballet Danés. Al morir, tía Vera dejó todos sus bienes a Judith. Revisando las pertenencias de la anciana, Judith descubrió el maletín que Giselle habia llevado en su viaje conteniendo sus cosas personales, una cámara fotográfica y su pasaporte. El pasaporte tenia la visa de entrada en Dinamarca, fechada el 5 de mayo de hacia cinco años, pero no habia visa de salida.

DAVID GODARD, aparentemente un reportero en busca de detalles sobre la vida artística de tía Vera, señaló que el choque de trenes ocurrió el 12 de mayo de aquel año por lo cual Giselle no pudo encontrarse en ese tren. Debió viajar a Dinamarca con anterioridad y nunca regresó.

INGE SCHALL, joven danesa que estuvo un tiempo viviendo en casa de tia Vera como AU PAIR, habia alentado los amores de Giselle con Nikki aun cuando la tía Vera los desaprobaba abiertamente y lo más probable era que ella supiera donde encontrar a Giselle. Judith decidió viajar a Copenhague para averiguarlo, sorprendiéndose al encontrar a David Godard en el mismo avión. Al desarrollar la película encontrada en la cámara fotográfica de Giselle, reveló una instantánea de tía Vera en Copenhague y otra de Inge y Giselle tomada en la vereda exterior de una droguería. En esta última se observaba la sombra de tía Vera proyectada en el pavimento, lo que significaba que ella tomó la fotografía. Judith consiguió ubicar a Inge a través del dueño de la farmacia para quien la muchacha habia trabajado un tiempo. Pero Inge, convertida ahora en la SEÑORA AKSELL, negó haber visto nunca a Giselle en Dinamarca.

MINISTERIO DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
27 SET 1971
DEPOSITO LEGAL

CAPITULO IV

JUDITH regresó a Copenhague desde el departamento de Inge en un taxi. Lo despidió al llegar al centro de la ciudad, en un sitio donde comenzaba una agradable avenida con un parque que corría paralelo a la costa. Allí había también un restaurante. El sol de la primavera era bastante tibio y la mayor parte de las mesitas de la terraza estaban ocupadas. Los camareros estaban, al parecer, demasiado atareados para poder atenderla de inmediato y Judith encontró finalmente una mesa pequeña donde se instaló a esperar mientras contemplaba el mar.

De pronto una sombra se proyectó sobre su mesa. Sin levantar la vista y pensando que se trataba del camarero, Judith pidió:

—Una tortilla, por favor..., y una taza de café.

—Como no. Con mucho gusto...

Al sonido de esta voz, Judith volvió la cabeza y vio a David Godard. El estaba diciendo ahora con voz burlona:

—¿No ha hecho a nadie su pedido, sino a mí?

—No —respondió Judith con cierta frialdad—. No he podido disponer de un camarero, ¿cree que pueda conseguirme uno?

—Es absolutamente innecesario. Mi hermana y su marido me han pedido que viniera a invitarla a reunirse con nosotros.

Los parientes de David la miraban sonriendo desde otra mesa. La mujer hizo un ademán de saludo. Era morena y muy bonita. Su esposo parecía bastante mayor que ella, y exhibía el inequívoco aspecto de un hombre de negocios británico.

—Venga conmigo y permítame que se los presente —dijo David—. Ellos también decidieron venir de vacaciones. ¡La manía de veranear en Dinamarca parece ser contagiosa!

Se habría puesto en ridículo rehusando, pensó Judith, por lo cual se levantó y lo siguió. La saludaron con amistosa efusión y el cuñado de David, Keith Tresham, hizo que tomaran su pedido en el acto.

ROSE Tresham examinó a Judith con interés.

—¿No fue una locura de David partir hacia acá de repente, olvidándose de nuestra reunión de ayer en Londres? —dijo.

Evidentemente, suponía que Judith estaba al corriente de todo.

—¡Pudo fácilmente haber esperado hasta después, en lugar de tener que regresar de nuevo! Nosotros decidimos venir a Dinamarca porque David estaba tan ansioso...

David miró a Judith.

—Había pensado telefonearles —dijo a su hermana—, pero luego recordé la reunión y pesqué el avión casi a última hora.

Judith, volviéndose a Keith Tresham, preguntó con ligereza:

—¿Era una reunión muy importante?

—Era una de aquellas reuniones que celebramos los accionistas de la Empresa Periodística Godard, es decir, la familia. Para nosotros, era muy importante —respondió Tresham.

¡La Empresa Periodística Godard! ¿Qué era lo que había leído recientemente Judith al respecto, cuando revisaba las noticias sobre la defunción de tía Vera? Algo relacionado con la muerte de Sir John Godard y el problema de la división de su empresa periodística.

—Y David no sólo se desentendió de la reunión —continuó diciendo Keith Tresham—, ¡sino que insistió en colocarnos a todos nosotros, los directores, frente a un problema que no es sino un montón de tonterías!

Directores. De modo que David era uno de los directores de la Empresa Periodística Godard, y deliberadamente la había engañado haciéndole creer que era solamente un reportero. ¿Por qué?

—Insisto en que no es una tontería —protestó David.

Se volvió hacia Judith, como pidiéndole su apoyo, con las mejillas muy encendidas.

—Y si la es... Bueno, sólo estoy pidiendo que me den un poco de tiempo para probárselos. Eso es todo.

Habían servido a Judith la tortilla que pidiera y ahora se le hacía difícil siquiera probarla porque todos los demás habían terminado su almuerzo y parecían ansiosos por irse.

—Keith y yo queremos ir a Elsinore mientras tenemos sol —dijo Rose Tresham—. ¿Vendrían ustedes con nosotros?

David intervino rápidamente:

—Judith no ha terminado aún de almorzar. Nos quedaremos aquí.

—Está bien. Entonces, no olvides mostrarle la sirenita sentada en su roca, justamente debajo de donde estamos ahora nosotros. ¡Con tu famosa imaginación, David, deberías poder inventarle alguna historia fabulosa al respecto!

Keith Tresham hablaba con el pesado sarcasmo de un hombre que no es dado fácilmente a bromear. Por un momento su mirada fue airada y dura.

—Hans Andersen ya la ha contado. ¿Acaso no lo sabías? —replicó David.

Rose se volvió a Judith sonriendo y dijo:

—Lo cual no impediría que David inventara otra. Tiene una facilidad extraordinaria para idear historias misteriosas. ¡Dígale que le cuente la que trató de hacernos tragar ayer!

Con otra sonrisa y un ademán de despedida se marcharon.

Judith esperó a que se perdieran de vista. Entonces se levantó y sin una palabra se dispuso a marcharse a su vez.

—¡No! —protestó David—. ¿Adónde va? ¿Por qué me juzga sin escuchar mi parte en la historia?

—Es bueno para inventar cuentos, ¿no es verdad? Me contó uno bastante bueno cuando visitó la casa de tía Vera.

—¿Respecto a que era periodista?

Judith asintió.

—Por favor, recuerde que no dije nunca eso. Fueron usted misma y la sirvienta quienes llegaron a esa conclusión.

—¡Pero dijo que su periódico era el **Sun-Express!** —exclamó Judith.

—Y en cierto modo lo es. Resulta que ese periódico pertenece a la empresa de nuestra familia.

Judith se volvió a sentar y David se inclinó ansiosamente hacia ella.

—Permítame contarle la historia...

—¿La misma que les contó en la reunión de ayer?

—Exactamente, la misma historia —dijo David—. Desde luego que ellos conocían ya la primera parte y son unos necios tan faltos de imaginación que se niegan a aceptar nada más.

—Está bien —aceptó Judith—. Le escucho.

—Mi abuelo fue Sir John Godard. ¿Tal vez leyó usted sobre su muerte en los periódicos? Bueno, él dejó todos sus bienes a sus hijos y nietos. Uno de sus hijos, hermano



● ● Judith se detuvo bruscamente ante el cartel iluminado, viendo en su lugar el retrato de tía Vera frente al marco del espejo.

de mi padre, era la oveja negra de la familia. Yo nunca lo conocí. Hace largo tiempo que desapareció en Canadá.

—Supongo —dijo Judith— que ahora regresará para reclamar su parte en la herencia.

—No podrá hacerlo. Ha muerto. Pero allá se casó y dejó una hija. Nunca supimos de su existencia hasta que se revisaron los papeles del viejo, después de su muerte.

—Entonces, ¿tal vez su abuelo la conocía mejor?

—Encontramos dos o tres cartas de mi tío. Cartas que suplicaban ayuda. Mencionaba su matrimonio y el nacimiento de la hija y no sé si mi abuelo les envió o no dinero. Era un hombre muy terco mi abuelo y es probable que no los ayudara.

—¿Y..., entonces? —lo urgió Judith a continuar.

—Estimando que se acercaba la hora de su muerte, él trató evidentemente de ponerse en contacto con ellos. Había informes archivados, de las autoridades del pueblecito desde el cual su hijo había enviado sus últimas cartas; copias del certificado de defunción del tío, de mi tía, y un informe diciendo que la hija había abandonado aquel lugar. Y también una carta de ella misma...

—¿De la niña?

—Sí. La carta de ella estaba archivada con las demás. Se firmaba Mary Godard. Le escribía dando las gracias por el cheque que le había enviado para pagar los gastos de su viaje a Inglaterra y decía que ya tenía reservado su pasaje en el avión. Una carta de fecha muy antigua, desde luego.

Judith preguntó:

—¿Cuándo fue eso? Quiero decir, ¿hace cuánto tiempo?

David respondió significativamente:

—La carta venía fechada el 10 de mayo de 1965.

La fecha parecía tener alguna especial importancia, pero por el momento ella no la captó y preguntó:

—¿Y supongo que la familia no está dispuesta a compartir con ella la herencia?

—No es eso. No hemos podido encontrarla y la familia desea solicitar de las Cortes la declaración de su muerte presunta, a fin de poder proceder a la posesión efectiva de los bienes. Pero yo quiero antes estar bien seguro de lo que le sucedió.

—¿No pueden encontrarla? —preguntó Judith, asombrada—. ¡Con toda seguridad, sabiendo que la esperaba una fortuna en Inglaterra, esa chica debió emprender el viaje!

—Efectivamente, hizo el viaje. Existe una Mary Godard registrada en la lista de pasajeros que volaban desde Toronto a Londres en esa fecha. Pero ella no llegó jamás a presentarse. El no nos habló nunca una palabra sobre ella. ¡Diría que él tal vez pensó que la chica le había sacado el dinero sólo para venir a Inglaterra!

—No lo creo probable —comentó Judith, lentamente—. ¿Cree usted que...?

—Tampoco lo creo yo probable. Desde luego que ninguno de nosotros conocía su existencia. Hemos publicado avisos requiriendo su presencia, pero no se ha presentado. La verdad es que lo último que supimos de ella fue lo de su vuelo de Toronto a Londres, hace cinco años.

Cinco años antes. Ahora comprendió por qué la había mirado significativamente al mencionar la fecha.

—¿Y usted? —preguntó Judith—. ¿Qué es lo que cree?

—Puede ser que esté loco. Tal vez, como dice Rose, me dejo llevar por mi imaginación mucho más de lo que conviene. Pero lo que le he contado fue la verdad. Trabajé como reportero para uno de los periódicos de la familia. Sé que las personas **pueden** desaparecer y luego volver a presentarse...

Parecía desdichado, preocupado.

—Si supiera que ella está muerta y sepultada, o que estaba viviendo bajo otro nombre y no quería tocar el dinero, no me importaría. Pero ¡cuántas otras cosas podrían haber pasado! Pudo perder la memoria y estar ahora recluida en una de esas instituciones donde colocan a aquellos que no tienen dinero para pagar mejor por una buena atención. Podría...

Judith se sintió de repente con-

movida. David era como un niño pequeño que se había estado inventando para sí mismo una historia hasta aterrorizarse solo. Entonces deseó cambiar el final de la historia.

—David —dijo con dulzura—, ¿quiere decirme, por favor, la verdadera razón por la cual visitó la casa de mi tía Vera?

—Oh, está bien. La familia se rió de mí, pero dijeron estar dispuestos a esperar un poco hasta que yo hiciera indagaciones por mi cuenta, que me dejaran satisfecho. Lo primero que pensé es que a su llegada ella debió pasar la noche en alguna parte, entre el aeropuerto y Londres.

—¿Por qué? ¿No debería haber ido directamente a visitar a su abuelo?

—No. Evidentemente él le había dicho que se presentara en su oficina de Londres, el 12 de mayo de 1965. Ese día mi abuelo iba a venir a Londres. En su carta, ella confirmaba haber recibido esas instrucciones. Decía que en Canadá le habían dado la dirección de ciertas personas que dirigían una casa de huéspedes en Monkswood. Pudo ir allá a su llegada, y viajar a Londres el 12.

JUDITH se puso de pronto alerta. Monkswood era la más próxima estación desde Paxton en el tren subterráneo. Paxton, donde ella, Giselle y tía Vera habían vivido. Se podía ir y venir de Londres fácilmente desde ambos puntos.

—Entonces contraté detectives —continuó David— para que investigaran en Monkswood.

—¿Encontraron a alguien que la recordara? —preguntó ávidamente Judith.

—El detective hizo una lista de todos los hoteles pequeños y casas de huéspedes del distrito que funcionaban desde 1965. Su intención era localizar a alguien allí que tuviera conexiones con Canadá.

—Sí, comprendo.

—Ubicó a un matrimonio de edad que habían tenido una casa de huéspedes, pero la habían liquidado hacía algunos años. Los vecinos le informaron que la esposa hablaba con acento canadiense o americano, no estaban seguros. Ahora vivían en otra parte, con una hija casada. El detective los encontró, pero al principio la mujer no recordó. Luego dijo: "Ah, sí, aquella chica que se portó en forma tan ingrata".

—¿Ingrata?

—Mary Godard había llegado sin reservar previamente una pieza. Sin embargo, y a pesar de que la casa estaba llena, prepararon una habitación para ella y la recibieron amablemente porque venía de Canadá y era del mismo pueblo del cual ellos procedían. Evidentemente un amigo mutuo le había indicado a Mary la dirección.

—¿Estaban totalmente seguros de que se trataba de Mary Godard? ¿Recordaron su nombre?

David sonrió.

—Sí, porque ella les contó que había venido a recoger su tajada de la fortuna de su abuelo y supongo que la chica estuvo fantaseando un poco o vanagloriándose de su buena suerte. Además les prometió escribirles y contarles cómo habían resultado las cosas. Esperaron una carta pero nunca llegó. La anciana estuvo refunfuñando respecto a que no recibieron de ella ni una migaja, después de haberse sacrificado tanto. Su marido trataba de apaciguarla. El recordó que hubo un choque de trenes ese día y que no era imposible que la muchacha se encontrara en ese tren.

—¿Qué día? —interrumpió Judith.

—El doce de mayo.

Se miraron en silencio. ¿Había estado Mary Godard en el mismo tren de Giselle Marlowe? David leyó la pregunta en los ojos de Judith y le respondió lo mejor que pudo.

—Nunca lo sabremos con seguridad, pero el tren era uno de las primeras horas y la habría traído a Londres a tiempo para su cita con mi abuelo.

LAS demás mesas estaban ahora desocupadas. El camarero rondaba intranquilo, demostrando impaciencia. David lo llamó y pagó la cuenta. Luego se levantó, diciendo al apartar su silla:

—Parece que quieren deshacerse de nosotros. Bajemos a la playa.

Caminaron por la arena pedregosa. Un poco más lejos las olas reventaban en la playa. A cierta distancia, a la derecha, cerca del puerto, había un barco anclado, con el casco pintado de un rojo oscuro, casi café.

Haciendo visera con la mano sobre sus ojos David lo miró.

—Ese barco viene de Groenlandia —dijo—. Todos los barcos de Groenlandia están pintados así. Es un color que se destaca mejor contra la nieve y los hielos.

—¿Por qué cambia de tema? —preguntó Judith.

—Estoy tratando de ver las cosas objetivamente. ¿No ha observado que a veces se obtiene una impresión más clara de las cosas al mirar elementos ajenos al problema?

Luego de una pausa, David continuó con vehemencia:

—Escuche, querida Judith. Durante cinco años ha estado creyendo que su prima Giselle murió carbonizada en aquel accidente. Tal vez así fue, pero... ¿qué pruebas tuvo sobre ello?

Judith lo miró, asombrada.

—¡Tía Vera la identificó!

—Pudo equivocarse. Yo revisé los registros de la investigación, incluso entrevisté a uno del personal de la Morgue, que había visto los restos. Me dijo que estaba tan atrozmente quemada que, en su opinión, era irreconocible.

Al escuchar estas palabras Judith se estremeció, pareciéndole que el terreno cedía bajo sus pies. Se sintió débil y a punto de descomponerse y David la abrazó para apoyarla. Como desde muy lejos, le llegaron sus palabras:

—Pudieron establecer la edad aproximada y ese tipo de cosas. Interrogaron a todos los que reportaban la desaparición de una joven que correspondiera a la descripción y fue su tía la que mejor respondió al llamado. Ella afirmó que su nieta viajaba en ese tren y la identificó positivamente como Giselle Marlowe.

—Pero la otra chica, Mary Godard... —murmuró débilmente Judith.

—Ya le he dicho que nosotros ni siquiera sabíamos de su existencia, ¿cómo podíamos denunciar su desaparición? Además, ella no había tenido tiempo de hacerse de amigos aquí. Probablemente mi abuelo se enojó cuando no la vio aparecer esa mañana y pudo perfectamente pensar que la chica había cambiado de opinión y no quería verlo. Entonces, ya lo ve, apenas la señora Marlowe hizo la identificación, nadie más se preocupó por encontrar a ninguna otra.

Judith dijo lentamente:

—Pero usted no cree que la chica que iba en el tren era Giselle Marlowe, ¿verdad?

El barco de Groenlandia estaba saliendo lentamente del puerto.

—No —respondió David—. No, después de haber visto su pasaporte no lo creo. Creo que la chica que iba en ese tren era mi prima, Mary Godard.

LAS nubes oscuras estaban ya arremolinándose en el cielo. En las últimas horas de la tarde comenzó a caer la lluvia.

En la enorme plaza que había frente al Teatro Real, las veredas estaban húmedas y brillantes. La lluvia fina caía a través de las hojas de los árboles que rodeaban la plaza.

La terraza cubierta y encristalada del Hotel **Angleterre** estaba casi repleta de gente. David y Judith encontraron una mesa y se instalaron, haciendo traer aperitivos. Sobre la mesa estaba la instantánea de las dos muchachas, tomada en la vereda exterior de una farmacia en Copenhague.

—Esta mañana fui a visitar a Inge Schall —confió Judith a David—. Conseguí su dirección.

David no perdió tiempo en preguntárle cómo lo hizo.

—¿Y obtuvo de ella alguna información?

Judith vaciló.

—No lo sé con seguridad. Negó haber visto a Giselle desde que saliera de Inglaterra. En el salón de su casa había un objeto que perteneció a la tía Vera. Lo reconocí en el acto. Inge me dijo que ella se lo había dado, pero no lo creo posible.

David recogió la fotografía, la miró nuevamente con atención y volvió a dejarla.

—Dígame —preguntó bruscamente—. ¿Hasta qué punto estimaba usted verdaderamente a la anciana señora?

—¿A tía Vera?

La pregunta la asombró. Parecía tan alejada del punto que los preocupaba. La consideró mentalmente, antes de responder.

—Mantenía contacto con ella en parte porque cuando envejeció sentí lástima por ella... y en parte, supongo, porque ella era casi la única pariente que tenía.

—Pero... ¿sentía por ella un afecto especial?

Hizo un gesto negativo.

—Temo que nadie pudo quererla demasiado. Era... demasiado egocéntrica. Sin embargo a veces solía ser entretenido conversar con ella, especialmente cuando alguien le preguntaba sobre su carrera artística.

—Esa carrera no duró muy largo tiempo, ¿no?

—Recibió entrenamiento desde que era niña, en la Escuela de Ballet Real Danés. Nunca hablaba de su familia o de parientes que tuviera en Dinamarca. Al punto de que teníamos la impresión de que carecía de ellos. Y por cierto que jamás manifestó el deseo de regresar a su país natal. Por eso es que...

—¿...el hecho de que haya regresado le pareció tan extraño? —terminó David por ella.

Judith asintió.

—Todas sus historias comenzaban en la Escuela de Ballet. Después formó parte del **corps de ballet** del Teatro y tuvo oportunidad de representar uno o dos papeles pequeños. Mi tío abuelo la vio en una de estas representaciones, encontrándose de visita en Dinamarca. Al parecer, se enamoraron, se casó con ella y se la llevó a Inglaterra.

David habló entonces en tono vacilante.

—De modo que... ¿no se ofendería si le preguntara si su tía abuela resultaba en alguna forma beneficiada con la muerte de su nieta?

—Por supuesto que no.

Judith lo miraba perpleja.

—¿No tenía Giselle alguna fortuna propia, que usted supiera?

—Bueno, sí. Poseía todo lo que sus padres le habían dejado. Pero no era gran cosa. Creo que existía un capital que ella no podía tocar hasta cumplir los veintiún años. Solía quejarse de eso.

—Pero es de suponer que ese capital haya servido para la mantención de Giselle.

—Ah, sí, la tía Vera no habría podido afrontar los gastos, sobre todo en los últimos tiempos.

—¿Por qué dice esto?

—Pues bien, ella... se había vuelto muy, ¿cómo diría?..., parsimoniosa en los gastos.

DAVID jugueteaba con su vaso, su cabeza oscura inclinada sobre la mesa. Luego preguntó:

—¿Qué ocurrió con el dinero de Giselle después que la señora Marlowe identificó los restos?

—El dinero fue a parar a...

Se interrumpió bruscamente, mirándole con ojos llenos de aprensión y asombro. El devolvió la mirada con honesta sinceridad.

—Es una posibilidad, Judith. Dijo que la señora Marlowe parecía urgida de dinero. No estoy afirmando ni por un momento que ella fuese deliberadamente a reconocer los restos con esa idea, sólo que algún deseo o interés subconsciente pudiera haberla persuadido a hacer el reconocimiento. Quizás no estaba, en realidad, tan segura como deseaba estarlo.

—¡No, espere!

Se esforzaba por recordar algo, algunas palabras recientemente dichas, que pudieran alejar la horrible sospecha. El recuerdo llegó de pronto, junto con la imagen del abogado en su oficina, aquel hombre de pelo gris sentado detrás de su escritorio.

—El abogado de tía Vera me dijo que ella se había resistido a recibir el dinero. Al menos, aseguró, que parecía mal dispuesta a hacerlo... —casi gritó Judith.

—Pero lo recibió, ¿no es cierto? Tuvo que hacerlo, ya que se lo habían dejado. Aunque después...

—Al parecer después liquidó todo el capital. El abogado tenía la impresión de que pudo perderlo en algún negocio arriesgado. No pudieron ubicar en qué forma lo hizo ni dónde fue a parar. El opinaba que tal vez pudo donarlo para obras de caridad, ya que se oponía..., sí, ésas fueron sus palabras, se oponía a recibirlo. Pero temo que una cosa así no entraba en su característica manera de ser.

—Lo sabía —comentó sombríamente David.

—¿Qué cosa sabía?

—Que probablemente la anciana era la clave de todo. Tan pronto como la muerte de Mary Godard me llevó a examinar los registros del choque de trenes me di cuenta de que la señora Marlowe pudo haber hecho una identificación errónea. Pensé que podría obtener de ella la verdad, pero era demasiado tarde.

—Sabía que había muerto antes de venir a la casa, ¿no?

David asintió.

—Tuve la loca esperanza de que ella le hubiera confiando a alguien de la casa sus dudas. Pero parece que no lo hizo. Y de lo que

la danza del espejo

usted me cuenta deduzco que cualquiera conexión con amigos de Dinamarca debe haber desaparecido mucho tiempo.

Ya se habían encendido las luces de la calle, pálidos globos redondos que se reflejaban en la vereda. Los rostros de la gente que pasaba apresurada se veían blanquecinos bajo la pálida luz. Para Judith, obsesionada por los pensamientos que se perseguían en su mente, esta imagen exterior le parecía una pesadilla. Al ver su expresión, David preguntó:

—¡Judith! ¿Qué le pasa?

—¿No lo comprende? Si la chica que iba en el tren era realmente su prima Mary Godard, ¿dónde está entonces Giselle?

—Podría estar perfectamente y ser muy feliz —dijo David—. Casada y viviendo en algún apacible rincón de Dinamarca.

Judith se levantó, recogiendo la cartera y los guantes.

—Usted no cree lo que está diciendo. Tampoco yo. Si fuera verdad, ella se había comunicado con los suyos en Londres hace mucho tiempo.

La lluvia había cesado. David le contó que había prometido cenar con su hermana y su cuñado esa noche. Judith dijo que no importaba. El ofreció llamar un taxi y llevarla al hotel, pero Judith rehusó diciendo que prefería volver caminando.

DAVID trató de ajustar su paso al de Judith y cruzaron en silencio la plaza que estaba frente al teatro. El cartel que avisaba el estreno de esa noche estaba iluminado: "LA VENTANA".

Judith se detuvo bruscamente ante el cartel, pareciéndole que veía en él el retrato de su tía Vera iniciando un paso de danza en la punta de los pies, frente al gran marco del espejo.

David también se detuvo, tratando de leer lo que decía en el cartel.

—Es un viejo ballet que vuelven a reponer —explicó.

—Sí, lo sé —dijo en voz baja Judith—. Una vez la tía Vera hizo el papel principal en esa obra. Siempre estaba hablando de ello y de la ovación que recibió.

—Es para esta noche —continuó David y luego, impulsado por una idea súbita, agregó—: ¿Le gustaría venir a verlo?

Judith comenzó a rehusar, pero él insistió.

—Nos haría bien a ambos, ¿sabe? Alejaría nuestros pensamientos de otras cosas.

—¿Quiere decir que vendríamos juntos? Creí que iba a cenar con su hermana y su cuñado.

—Habrá tiempo de sobra, más adelante. ¿Aceptado? Pasaré a buscarla al Hotel Amalie. Espéreme aquí mientras compro las entradas.

Y desapareció en seguida corriendo hacia la gran escalinata para ir a la boletería antes que ella pudiera decir nada para impedírselo. Judith permaneció junto al cartel iluminado hasta que David regresó. Sería un modo tan bueno como cualquier otro de pasar el resto de la noche, pensó.

David volvió rápidamente, guardando las entradas en su billetera y después siguieron caminando juntos, cruzando diagonalmente la gran plaza para acortar el trayecto. David la acompañó hasta el arco del portal que daba entrada al patio del hotelito.

Esta vez Judith tomó el ascensor para ir directamente a su pieza porque el día había sido largo y cansador. Sin embargo, se sentía contenta y llena de ánimos. Se cambió de ropa, vistiendo la tenida más elegante que había traído y su mano temblaba ligeramente cuando arreglaba su maquillaje.

Más tarde bajó a comer, sentándose en una de las mesas ubicadas cerca de las ventanas que daban hacia el patio. Mientras comía no dejaba de mirar el arco del portal y el pedazo de calle que se divisaba más allá.

De pronto escuchó que el anciano camarero le decía algo:

—¿Le sirvo el café, señorita?

—No, gracias, esta noche no. Iré al teatro.

—Deseo que disfrute del espectáculo.

—Gracias.

Judith continuaba mirando el cuadrado de calle iluminada al final del oscuro túnel, a la entrada del patio. ¡Ahí estaba David, por fin! Reconoció su silueta en el acto, a pesar de la oscuridad del portal.

Junto con divisarlo y comprobar la súbita agitación de los latidos de su corazón ante la idea de su proximidad, Judith experimentó una sensación de alarma, al admitir un reconocimiento más franco del peligro que presentía, cada vez más claramente. Lo mismo que ahora, con la misma emocionada agitación, había esperado en otro tiempo la llegada de Alain Brett.

Nunca más, desde entonces, se había permitido a sí misma dejarse coger por la emoción de un sentimiento sin estar prevenida. Siempre había aceptado cualquier eventual cortejo como una especie de juego que podía terminar cuando ella lo decidiera y mucho antes de llegar al punto peligroso.

¿Y ahora? Tal vez era David quien estaba jugando con ella. Su desenvuelta familiaridad que la había encantado desde el principio, ahora la ponía nerviosa. El había tenido un motivo particular todo el tiempo para mantener el contacto con ella, para conocerla mejor. E incluso se encargaba de entretenerla, como lo estaba haciendo esta noche.

Giselle era el lazo entre ellos. Tal vez fuese sólo Giselle la que en realidad le interesaba.

—Perdón, señorita —dijo el camarero a su espalda—. Un caballero la espera en el hall.

—Dígale que voy en seguida.

Pero siguió sentada donde estaba duramente casi diez minutos, tratando de recuperarse, de decidir en qué forma lo trataría, ahora que había descubierto la verdad acerca de sus propios sentimientos. Sólo un poco más de tiempo y podría haber caído en la misma trampa en que una vez se dejó coger, la infatuación que creyó sentir por Alain Brett...

Se levantó y salió al hall.

—Tengo nuestro taxi esperándonos en la calle —dijo David, sosteniendo abierta la puerta para que ella saliera del hotel.

—Gracias —dijo Judith.

Su voz sonó fría y poco cordial. Cuando cruzaban el patio para salir, percibió que David la miraba asombrado.

—¿Tal vez, después de todo, es-

tará demasiado cansada para salir esta noche? —preguntó.

Judith decidió que la velada serviría para distraer sus pensamientos del reciente descubrimiento que había hecho y respondió con ligereza:

—No estoy en lo más mínimo fatigada.

Evidentemente David seguía creyendo que esa nueva reserva que exhibía Judith se debía al cansancio y esto mismo provocó en ella un pequeño arranque de ira. ¿Es que él estaba considerándola ya conquistada?

Lamentablemente sus palabras siguientes no hicieron sino acentuar esa impresión, además de lastimarla dolorosamente.

—Entonces, dejaremos a su primita en paz esta noche.

Al hablar, David la había cogido del brazo. Ahora estaban en la vereda y fue fácil para Judith desprenderse de su mano cuando subieron al taxi. Agradeció mentalmente la oscuridad dentro del vehículo, porque sintió las mejillas encendidas de vergüenza.

¿Qué pensaría él si supiera lo de su antigua ofuscación amorosa o más bien aquello que confundió tan lamentablemente con el amor y hasta qué extremos la había conducido? ¡Al extremo de alentar, por unos ridículos celos injustificados, a Giselle para que hiciera aquel viaje desdichado!

EL público estaba llegando al teatro Real. Era una noche de gran gala y el programa anunciaba tres ballets originales de Auguste Bornonville, el famoso **maître de ballet** de Copenhague que a comienzos del siglo XIX había traído de París las danzas tradicionales de la Corte. Otras tradiciones las habían hecho desaparecer de los escenarios hacía largo tiempo. Pero aquí aún subsistían.

Un funcionario uniformado los hizo entrar a la vasta platea del teatro decorado en radiantes escarlatas y dorados.

Judith tomó el programa, simulando leerlo. "Estoy huyendo", se dijo a sí misma. "Es mejor no caer en el mismo error que cometí con Alain Brett y sufrir el mismo despertar. ¡Es tan fácil engañarse una misma!"

(Continuará)

PROXIMA SEMANA: David..., ¿adiós para siempre?

AÑO XXXIX - N.º 1946
28 de septiembre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.





EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO — Cap. IV . 2-8

HISTORIA VIVIDA

La máquina de escribir 10-13

MI AMIGO EL HOROSCOPO
Si se lee y se interpreta bien, ayuda mucho a vivir 14-16

FOTONOVELA 17-26

EL CUENTO DE LA SEMANA:

Los caballitos de Platiplanto
José J. Veiga — Brasileño 27-29

ODIO A MI MUJER
Doblegué mi machismo por vivir en (paz 30-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35

VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc.
Cabeceras Central (B)

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585



SECRETO

"Todos los documentos sobre Viet-Nam, prohibidos por el Pentágono"

en revista

HECHOS MUNDIALES

de Septiembre

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestros lectores.

la máquina de escribir

HISTORIA VIVIDA

por Alejandra (Castro)

● Volví a leerlo y, a pesar de saberlo de memoria, le encontré de nuevo cosas bellas. (La protagonista —una mujer de la calle—, golpeada en su lucha por subsistir, se olvida del mundo con sus ovnis, sus terremotos; se olvida de la maxifalda y de los ruidos. Rasguña, sufre, pero al final coge, maravillada, un poco de alegría). Las palabras caían exactas, simples, sin rebuscamientos..., asombrosamente reales.

Era un cuento inédito, mío, que comenzó a bullir efervescentemente desde esa tarde en que una voz radial dijo:

"Pueden participar todas las personas mayores de veintiún años, residentes en la provincia. Escrito a máquina, máximo cinco carillas. Seudónimo y nombre del autor. Plazo: lunes 2 de agosto. Primer premio: mil escudos, segundo..."

Había escrito el cuento. Lo pasé en limpio en unas hojas de carta, con mi mejor letra: redonda, clarita, como si tuviese que leerlo un niño de la enseñanza básica. Todo listo, sólo que no tenía máquina para cumplir con uno de los requisitos esenciales.

Era martes. Me levanté temprano, pensando que tenía que conseguir una máquina, pero algo se resistía en mi interior..., ¡era tan humillante andar pidiendo cosas! No. Tenía quinientos escudos que salvé apenas del mes con el fin de comprarme un vestido bueno... ¿Cómo no me di cuenta antes? Me compraría una máquina con facilidades.

Eran las dos de la tarde. Atolondradamente me maquillé los ojos..., dejando uno más grande que el otro con el apuro. Estaba por salir cuando llegaron dos amigos de Raúl a pedir unos discos prestados.

—Lleven los que quieran..., estoy apurada. Quiero comprarme una máquina de escribir. Tengo un poco de dinero y...

—¡Uf! —exclamó uno de ellos—. Están escasas.

—No importa. Estoy segura de encontrar una.

Por fin se fueron. No supe cuántos discos se llevaron.

En la esquina tomé un bus y pasé a buscar a Carlos, un primo que era entendido en marcas de máquinas y que conocía a los comerciantes. Después de recorrer las principales casas del ramo me dejó plantada.

—Busca sola y si encuentras una me llamas. Yo te facilitaré los cheques, pero te repito que están escasas y caras.

Ahora a lo de "escasas" se agregaba lo de "caras". En realidad Carlos no tenía tiempo para acompañar a una tonta, quien con un montón de problemas y dos hijos a medio vestir aspiraba a comprar una máquina. Sin embargo, el sol de esa tarde me entibiaba el corazón y todavía quedaban algunas importadoras que no había visitado. Seguí en mi búsqueda, apretando en el bolsillo los cinco billetes de cien escudos.

—Sí, queda una —dijo la dependiente—. Pero vale cuatro mil escudos y se vende al contado. —Me miró de arriba abajo y con burla agregó—: Vuelva más tarde, a lo mejor le da facilidades...

Seguí adelante. En una calle alejada, como dos milagros, con unas teclas lustrosas, se exhibían en una vitrina dos máquinas a tres mil ochocientos cada una. Me alisé el cabello, preparé mi mejor sonrisa y volví al ataque.

—¿Es ese el último precio? —pregunté despreocupadamente, como si hubiera tenido todo ese dinero, para que el dueño, un viejo gordo y de gestos exactos, me tomara un poco en cuenta.

—Sí, señora, sólo me quedan esas dos. La gente del norte se las lleva sin siquiera preguntar los precios.

—¡Ah! Pero yo soy de acá. Mi esposo trabaja en... Si me da facilidades de pago le firmaría letras o cheques a plazo.

—Está bien. Déme dos mil escudos de pie y un cheque a treinta días por el resto. Eso por ser usted. ¿Trae carnet?

Lo miré de nuevo: lo encontré aún más feo. El acento español que desgranaba su voz me pareció un insulto. Apreté hasta amuñar los míseros escudos en mi bolsillo y salí son-



riendo tontamente como si aquello no tuviera importancia.

Me dieron ansias de reír y de llorar, todo a la vez; pero no hice nada de eso. ¿Para qué?

● En una confitería

compré dos chocolates grandes para los niños y una bolsa de caramelos; más allá, en una carnicería, tres kilos de carne para un asado. Se me fueron ciento cincuenta escudos. ¡Al diablo la compra de la máquina!

Caminé rápido enguyendo a puñados los caramelos, a pesar de que mi estómago seguía azotándose vacío, con un hambre atroz. "Deseo insastifecho, hambre patológica", pensé. ¿Qué otra cosa podía ser si había almorzado abundantemente?

Decidí ir a pedirle su máquina al tío Arturo, aunque me la prestara como una limosna. El cuento era demasiado hermoso como para perderlo ante las primeras dificultades.

Llegué donde mamá, quien sabía de mis afanes. En un rincón, fumando su pipa, estaba el tío Arturo.

—Toma té, hijita —ofreció mamá—. ¿Cómo te fue?

Tragué saliva. Mi mente, rápida, comenzó a hilvanar un nuevo acto, aprovechando la presencia del tío.

—Pésimo. Están en las nubes. No sé dónde me podré conseguir una antes del fin de semana. Encontré muchas usadas, pero todas muy caras.

—¿Qué cosa? —preguntó el tío como al descuido.

"Si supieras que podrías ser Aladino y su lámpara maravillosa en este instante", gimió mi mente.

—Una máquina de escribir —contesté, mirándolo con ojos cariñosos.

—La pobre está empecinada con un cuento para ese concurso provincial —agregó mamá sonriéndole como si no fuera su cuñado.

—Mira, chiquita, te ofrecería la mía, pero no tiene cinta. —Y como adivinando que yo le pediría me la vendiera, agregó—: Además, está mala.

—No se preocupe, tío, Raúl quedó de conseguirme una.

Volví a casa. Anita y Mario salieron a recibirme. ¡Qué alegría demostraron al recibir los chocolates! Pero la risa de sus boquitas me pareció un reproche: con el dinero de los chocolates les habría podido comprar zapatos nuevos; baratos, claro, pero nuevos.

Cuando llegó Raúl, pegada al beso, le salió la pregunta:

—¿Cómo le fue a mi "gran escritora"?

—Mal. En el horno está la sorpresa.

—¡Hum! Buen olor..., pero una máquina de escribir no huele a asado.

—Claro que no..., pero, tú sabes, "busqué la primavera de las cosas". ¿Qué gano con amargarme? Gasté casi la mitad del dinero; ahora no habrá ni vestido ni máquina de escribir.

—¿Te acompañó Carlos?

—Claro, pero se cansó. ¡Están caras y dan pocas facilidades!

—¡No tienen vergüenza! ¡Importadoras! ¡Puerto libre para que se beneficien todos los habitantes! Hasta se atreven a publicarlo... ¿Qué ganamos los pobres con el puerto libre?

—No te enojes y cuéntame cómo te fue a ti.

—¡Hum! Ernesto la tiene prestada. Tito me dará una respuesta mañana.

Tito y Ernesto son dos amigos que nos visitan a diario. Vienen a escuchar discos y se toman alguna botella. Somos sus confidentes en todo. Cada vez que nos visitan, la casa se llena de música y de risa.

—Algo es algo. Además, mañana se podrá ir donde la señora Juana.

Llegó el miércoles. De nuevo sol y ansias de seguir adelante. Faltaban menos días para el cierre del concurso. El cuento seguía allí, como llenando las paredes, el patio, la calle..., ¡todo! Gritándome: "¡Soy grandioso, seré el mejor, no te desanimes!".

Después de almuerzo, Raúl fue donde Luis, pero no estaba en la ciudad. Tito y Ernesto ▶

la máquina de escribir



no vinieron a dar respuestas, ni se les ha visto en parte alguna.

• Esa noche

dormí poco. En ese lapso soñé cosas extrañas... "Era Navidad y nevaba, como en las tarjetas de otros países. Anita y Mario, empapados de copos blancos, bailaban alrededor de un chocolate enorme, envuelto en billetes. Raúl me regalaba una máquina de escribir con un abecedario desconocido. Busqué el cuento para copiarlo, pero las hojas iban volando por el patio..., mezclándose con la nieve. Llamé a Anita para que las cogiera, pero se cayó..., al ir a levantarla, la nieve se transformó en lluvia gruesa y caliente".

Cuando desperté, tenía la cara llena de lágrimas. Eran las cinco de la mañana. Me volví a dormir.

Martes, miércoles, jueves... "Hoy es el día, el tercero siempre vence", pensé esa mañana, mientras encendía la cocina a leña.

Quedaba una posibilidad: la señora Juana.

Después de comer, como a las nueve de esa noche lluviosa, salimos a dar un paseo. Después de discutir los pro y los contra, mientras nuestros zapatos se zambullían en las lagunas de las calles asfaltadas, decidimos ir a verla.

Estudiamos bien las palabras de condolencias que le diríamos al comienzo y, para terminar, le pediríamos la máquina.

Doña Juana, como le decían sus amistades, era una mujer cariñosa y bonachona. Vivía con una hija de dieciocho años. Hacía cerca de un mes que había muerto su madre en Punta Arenas.

Su alegría de vernos fue desbordante. Anita y Mario llenaron de besos a la buena señora. Pasamos directo a la cocina. Un espejo, un trinche antiguo, una bicicleta y varias piezas de fierro desparramadas por el suelo.

Empezó la conversación de la "finada" y del novenario, mientras un plato de picarones se cuadraba sobre la mesa, como un general, en nuestro honor.

Una taza de café, dos, tres..., y el momento de encajar la conversación de la máquina no lo encontraba; menos Raúl, absorto escuchando a Tere, que hablaba como un mozalbete, ignorando sus caderas redondeadas, sus labios frescos y el apuro de "nuestra diligencia".

—Esta bicicleta la compré usada..., sólo quinientas lucas, pero el arreglo más de dos melones. Tiene siete luces. Las ruedas y el asiento son nuevos. ¡Ah, pero la moto resultó un fracaso! Cuatro melones, un choque y tres melones más para pagar el arreglo y el parte.

Miró a su madre que la observaba embelesada.

—Pero la Juana no quiere comprarme un casco, siendo que es más barato que la chaqueta de cuero que saqué en la cuenta.

Por fin, punto final. Traté de meter mi cuchara. Ya me mareaban los picarones y la cháchara de Tere.

—¿Cuántos años tienes, Tere, que en vez de andar en bicicleta, no buscas un chico que te pasee de la mano?

—¡Uf! Me tienen sin cuidado esos tontos de mechas largas. Creo que me tienen miedo. Hace un mes, ¿te acuerdas, Juana?, venía Alejandro y me miraba y nada de declarárseme. Al final salió pidiéndome la bicicleta. ¡Plop! Pasó una semana, de nuevo Alejandro. Mirándome poco, contó que era secretario del partido no se cuánto, hasta me invitó al teatro. Bueno, fuimos al teatro, me tomó la mano..., y, al final, el muy perla salió con: "Préstame tú máquina de escribir", como si las cosas fueran para prestarlas.

Todos soltaron una carcajada sonora, excepto yo. La mía fue un gemido mudo. Raúl comprendió mi derrota antes de emprender la batalla, y como pudo se encargó de la despedida.

—Estaban muy ricos los picarones. Chao, Teresa.

Nuevamente los charcos de agua y el frío de la noche. Decididamente no obtendría una máquina para escribir el cuento.

—Queda otra solución —dijo Raúl poniendo un brazo en mis hombros. Mira: "Se hacen copias a máquina".

El aviso estaba en una ventana cualquiera. ¡No, no lo mandaría copiar porque, "pueblo chico, infierno grande". En dos días todos lo sabrían y sería terrible. ¿Una mujer de la clase media, casi sin instrucción, escribiendo



• Busca siempre la primavera de las cosas . . .

cuentos? No, no lo haría copiar ni lo mandaría al concurso.

Otra noche sin dormir, mordiendo mi ilusión frustrada. ¿Quién, Dios mío, era capaz de hacer un favor? ¿Cómo dicen que la vocación basta para realizarse..., que hay posibilidades para todos? ¡Mentira! Si no hay dinero o influencias..., ¿de qué sirven la inteligencia o las aptitudes?

• Llegó el viernes

Hastiada, pasé la mañana releyendo el cuento. Lo encontré horrible, sin contenido ni forma. Estaba en eso cuando llegó Patricia.

Paty es una amiga sincera. Maquillada, con su minifalda y su sonrisa de gata, triunfa en todo lo que se propone.

—Ajá, ¿conque de mal humor? ¿Qué te pasa? ¿Cómo va tu cuento?

—¡Como un desastre! Estoy harta. ¿Sabes lo que voy a hacer con este cuento horrible? ¡Mil pedazos! ¡Que se lo lleve el diablo!

—Calma, calma, no creo sea tan horrible como supones.

—Claro, ¡tú siempre tan razonable! Pero, ¿sabes una cosa, querida amiga? No tengo máquina para escribirlo.

—¡Ajá! ¿Conque ese es el problema? Yo no me desanimaría. Por las buenas o por las malas conseguiría una máquina.

Claro, ella sí. Pero yo había hecho mi decisión y no por hacer tragedia delante de Patricia. Cogí las hojas de sus extremos y... ¡RACH!..., dos pedazos... El ruido del papel rompiéndose me llegó hasta el alma.

Pero el destino lo había querido así. Allí quedó todo. Paty me arrebató las hojas y si no se las doy es capaz de pegarme. Para desahogarme, entre hipos y lágrimas, le conté todo.

• Todo eso

pasó hace tiempo. Y si las lágrimas resbalaron por mis mejillas durante los días que no conseguí la máquina..., ahora resbalan por mis entrañas.

Lo supe hoy; me lo dijo suavemente Raúl, ofreciéndome un cigarrillo:

—¿Sabes, tontita, que de ningún modo habrías ganado el concurso? El premio lo obtuvo una tal María Ester...

—¿María Ester? —El corazón se me subió a la boca atorándome. María Ester... María Ester... Patricia Ester... "¿No se llamaba así la Paty? ¿No es su segundo nombre, Ester?", pensé desmayadamente—. ¿Cómo se llama el cuento?

—No recuerdo bien, pero algo de la calle. Sí, ¡eso es! "La mujer de la calle". Parece que...

Claro, él como todo hombre despreocupado no sabía qué título tenía.

Nada más, ¿para qué? Era MI cuento, MI protagonista golpeada por la vida, que al final coge un poco de dicha.

Como sonámbula miré a Raúl. ¿Para qué contarle?

—No te apenes, amor. En la tarde iremos al cine..., "a buscar primavera", como dices. Quiero verte bonita cuando regrese.

Caminé por la casa, por el patio. Después, impulsivamente, salí a la calle. En la plaza divisé a Patricia con su novio.

—¡Ajá! —me gritó, levantando una mano—. En la tarde iré a tu casa, te tengo un regalo. —Y soltando la mano de su novio se acercó apurada, y dijo en mi oído—: Inventé un seudónimo, ¿sabes? El me hizo las copias..., y las mandé a tiempo. Recibí un cheque por mil escudos. Ahora lo andamos celebrando. El cree que el cuento lo escribí yo. Pero te tengo un lindo regalo, Alejandra. ¡Chao, corazón!

Nada más. ¿Cómo traicionarla si le pasé el cuento para no verlo destruido en mis manos? Si ella no lo hubiese enviado, nadie habría aprovechado nada. Además, toda la culpa la había tenido la máquina de escribir.

Volví a casa. Tomé un tranquilizante y comencé a peinarme con cuidado, iré al cine con mi marido. Vacíamente volvió a mi mente lo que alguna vez leí por ahí:

"BUSCA SIEMPRE LA PRIMAVERA DE LAS COSAS...
EL PRINCIPIO DE ALGO,
EL INVIERNO ES EL FINAL DE TODO"

♥♥

MI AMIGO EL HOROSCOPO

● LAS ESTRELLAS y yo somos muy buenas amigas, a pesar de que ellas están allá arriba y yo aquí abajo. Ellas saben que yo no efectúo nada sin consultar mi horóscopo. Y yo sé que las estrellas —y también los planetas— siempre se mueven a posiciones que me son favorables. Por eso, gracias Leo, Sagitario, Venus, Marte..., y el resto de ustedes. Es tan consolador saber que todo lo que me sucede está dispuesto de antemano y aparecerá en mi horóscopo diario.

Me sentiría perdida sin tal guía zodíaca. No sólo leo todos los días mi horóscopo para saber más respecto a la naturaleza generosa y amante de los nacidos bajo mi signo, Leo — mi cumpleaños es el 4 de agosto—, sino también miro el de mi marido, esperando comprender mejor su libido de Libra — Felipe nació a mediados de octubre. Incluso estudio el horóscopo de mis amigas para comprender sus comportamientos a veces muy peculiares. ¡Y es en realidad una ayuda!

La veracidad del horóscopo diario es sorprendente. En uno de la semana pasada correspondiente a mi marido, decía: "Cosas que se suponen terminadas en el hogar habrá que rehacerlas", y Felipe llegó a casa y notó que de nuevo se había desprendido la cortina del living. Y el suyo de ayer decía: "Agrega algo de dinero a tus ahorros", y me quedé sorprendida al ver que, sin saber esto, hizo un pequeño depósito en la cuenta de nuestras economías.

Para probar la veracidad constante de las estrellas he copiado mi horóscopo diario durante el mes de noviembre, y todo ha resultado exacto. Este es el resultado: 1.º de noviembre. Aspectos que antes han pasado inadvertidos en tu compañero se han hecho aparentes. (Felipe ha subido cinco kilos de peso.)

2 de noviembre. Este domingo habrá desagradable intercambio de palabras entre los miembros de tu familia a causa de dinero. (Susana se gastó la mesada entera en chicles de globitos.)

3 de noviembre. El deseo de ser consolado y aceptado puede ser fuerte y cualquier comportamiento inusitado en un miembro de la familia puede producir un gran desagrado. (Le ordené a mi hijo Felipe que se cortara las patillas y..., ¡pronto!)

4 de noviembre. Hay tendencia a que salgan a luz cosas ignoradas. (Vi que las termitas se estaban devorando un mueble de la cocina.)

5 de noviembre. Algo perdido hace mucho tiempo puede ser encontrado. (Saqué un corazón de manzana entre los cojines del sofá del living.)

6 de noviembre. La gente con que trates se mostrará fría e indiferente. (Llevé el auto al garaje para que le cambiaran el aceite.)

7 de noviembre. Recuerdos se presentarán de pronto claros y hechos olvidados hace mucho tiempo volverán con intenciones de molestar. (Felipe se encontró en una reunión con una antigua polola suya.)

8 de noviembre. Dedica un tiempo en deshacerte de cosas que no te sirven. (Llevé a la Protectora de Animales cuatro gatitos.)

9 de noviembre. Gente que te rodea gasta tiempo en charlas inútiles y en discusiones interminables. (Tuvimos una enorme comida familiar.)

10 de noviembre. Desestima resultados superficiales y esfuér-



A medida que el tiempo transcurría fui transformándome casi en una esclava.

MI AMIGO EL HOROSCOPO

● Si se lee y se interpreta bien, ayuda mucho a vivir.

zate en conseguir una mejora real. (Cancelé mi hora en la peluquería y me compré una peluca.)

11 de noviembre. Sé moderada hoy en tus gastos. (Decidí no comer carne al almuerzo.)

12 de noviembre. Un negocio que se realizará hoy será una inversión positiva en el futuro. (Firmamos los papeles para comprar un auto nuevo.)

13 de noviembre. Cosas y gente miradas a la distancia se ven más atractivas que las que están a la mano. (Mi cuñada me mandó una foto suya en la playa mientras yo limpiaba el horno.)

14 de noviembre. Asuntos financieros continuarán tal como se produjeron el mes anterior. (De nuevo se me acabó el dinero el día 26.)

15 de noviembre. Hasta el fin del mes puedes esperar una relativa calma. (Supe que mi suegra nos visitaría el 1.º de diciembre.)

16 de noviembre. Asuntos amorosos pueden ser muy imprevistos para ti este mes. (Felipe se puso muy contento con eso.)

17 de noviembre. Cíñete a la rutina y no empieces proyectos nuevos. (Decidí no probar una nueva receta de un guiso de pescado.)

18 de noviembre. La tarde será buena para proyectar un viaje. (Felipe trató de explicarme cómo llegar a Rancagua sin pagar peajes.)

19 de noviembre. Cualquier cosa que requiera tu firma hoy te molestará. (Tuve que hacer un cheque para pagar la luz.)

20 de noviembre. Un trabajo creativo, la dirección de un asunto social y correspondencia serán favorecidas en este día de primavera. (Hice una torta de coco, hablé por teléfono con mi mejor amiga durante una hora y escribí una carta explicando por qué no podría participar en la fiesta del colegio de mi hija.)

21 de noviembre. La gente con influencias no es fácil de alcanzar y pueden demostrarse poco congeniadoras. (Llamé para que vinieran a arreglarme el televisor.)

22 de noviembre. Puedes tener un desacuerdo con tu pareja respecto a un bien en común. (Felipe se puso furioso porque dejé destapada la pasta de dientes.)

23 de noviembre. Un asunto en grupo se verá estropeado violentamente. (Llovía durante la fiesta de cumpleaños organizada en el jardín por Susana.)

24 de noviembre. Hoy se producirá una discordia debido a dinero. (Llegó la cuenta de la peluca.)

25 de noviembre. Descansa durante las últimas horas de la tarde. (Me dormí durante la película de largometraje de la televisión.)

26 de noviembre. Preocúpate hoy de los problemas de salud. (Convencí a Felipe de que se pusiera a régimen.)

27 de noviembre. Buen día para cualquier tipo de actividad. (Me volví a la cama luego de servir el desayuno.)

28 de noviembre. Trabajar hoy sobre un papel en un problema financiero dará espléndido resultado. (Revisé mi libreto de cheques y descubrí que no estaba sobregirada.)

29 de noviembre. Si revisas tu presupuesto podrás esta tarde economizar una suma considerable de dinero. (Ocupé el dinero que había estado guardando para comprarme una maxifalda y compré dos hot pants en una realización.)

30 de noviembre. Revisa tu hogar para ver si todo está correcto. (No pude encontrar a dos de mis hijos.)

Es increíble lo que ayudan estos pronósticos. Justo el otro día el horóscopo de Felipe decía que la impaciencia con las condiciones de la existencia lo inducían a hacer algo, y el mío aseguraba que mi concentración sería inusitadamente buena. Mi marido cortó el pasto del jardín, y yo encontré tiempo para terminar un crucigrama que tenía empezado la semana anterior.

Y ahora debo apurarme. Mi horóscopo dice que las horas de la tarde, me serán favorables para el amor, y ya es casi hora de que Felipe llegue de una reunión en su oficina.

A medida que el tiempo transcurría cada vez me guiaba más por nuestro horóscopo del día, transformándome casi en una esclava. Mi obsesión fue haciéndose un obstáculo que fue separándome día a día más de mi familia hasta llegar casi a estropear la felicidad de mi hogar. Menos mal que reaccioné a tiempo gracias a los consejos de mis amigas, que me convencieron de que si uno quiere creer y ceñirse por el horóscopo sólo basta con acomodar lo que dicen los astros con cualquier cosa que nos suceda en el diario vivir, y por algún lado indudablemente tiene que coincidir.

SEGUIREMOS HASTA EL FIN

produce sexta experiencia

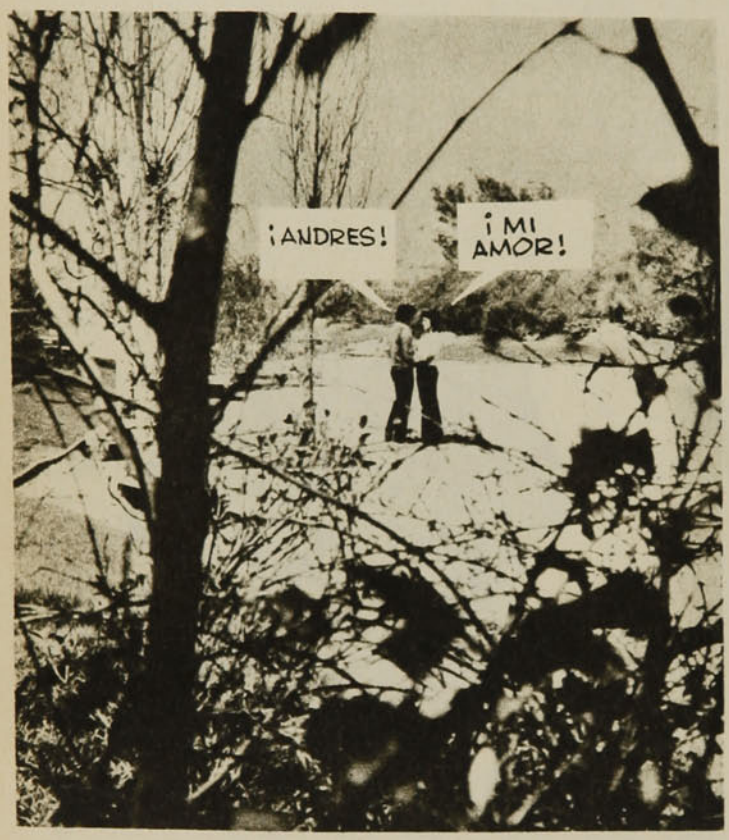
ACTORES INVITADOS: ELIANA VIDAL Y MARIO MONTILLES.







ANTES QUE ANDRÉS CAYERA PRESO, MIS PADRES Y MIS HERMANOS LO ESTIMABAN MUCHO PERO CUANDO SALIÓ DE LA CÁRCEL ME IMPEDIAN QUE SIQUIERA VIÉNDOLO.









¡NO PODEMOS RENDIRNOS SIN LUCHAR, MI AMOR! ¡PROMÉTEME QUE NO ME DEJARÁS!

CON MALOS ANTECEDENTES ES TAN DIFÍCIL CONSEGUIR ALGÚN TRABAJO... PERO MIENTRAS TANTO TRABAJARÉ EN EL TALLER DE MI PAPÁ, EL ME AYUDARÁ.

ENTONCES ¿POR QUÉ NO SEGUIR? YO TAMBIEN DEJARÍA DE IR A LA UNIVERSIDAD PARA TRABAJAR.

SÍ, AMORCITO, DEBEMOS SEGUIR HASTA EL ÚLTIMO, NUNCA PIENSES QUE TE DEJARÉ.

NO CONVERSAMOS MAS. LA TARDE PASABA RAPIDAMENTE Y SOLO PODIAMOS ESTAR JUNTOS UNOS MINUTOS, DESPUES HABÍA QUE SEPARARSE...

MAÑANA VEN COMO A LAS SIETE, ENTONCES, PARA PREPARAR A MI PAPÁ.

SI, MI AMOR, MAÑANA SIN FALTA. AHORA ÁNDATE RÁPIDO.

SABÍA QUE LA VISITA DE ANDRÉS NO LES PARECÍA BIEN, ASÍ QUE LES AVISÉ TARDE PARA NO DARLES LUGAR A AUSENTARSE.

SABIENDO QUE TE PROHIBÍ JUNTARTE CON ESE JOVEN, TE ATREVES A INVITARLO A LA CASA TODAVÍA, HIJA!

¡YO LO SACO A PATADAS DE AQUÍ! ¡A ESTA CASA NO ENTRAN DELINCUENTES!

¡ERA EL NOVIO DE TU HERMANA, LUCHO! ¡NO TIENES POR QUÉ PORTARTE GROSERO!













ANDRÉS ESTABA MUY NERVIOSO Y NO SE ATREVÍA A HABLAR. A MÍ SE ME PUSO UN NUDO EN LA GARGANTA Y LOS SEGUNDOS ME PARECIERON LARGOS...




CREÍ QUE PODRÍA HACER UN BUEN NEGOCIO CUANDO ME GANÉ LA PROPUESTA, ENTONCES LE PEDÍ MATERIA PRIMA A 30 DIAS AL DISTRIBUIDOR.


PERO CUANDO YA IBA A ENTREGAR LA MERCADERÍA, APARECIERON OTROS COMPETIDORES CON PRECIOS MÁS BAJOS Y EL COMPRADOR NO ME RESPETÓ EL CONTRATO. ASÍ QUE PARA CUBRIR EL CHEQUE CASI TUVE QUE REGALARLE LA MERCADERÍA, PERO FUE IMPOSIBLE, NO ALCANCÉ A JUNTAR EL DINERO.


¿Y NO PUDO CONSEGUIR MÁS PLAZO PARA CUBRIRLO?
CLARO QUE PEDÍ MÁS PLAZO, DON LUIS, PERO NO HUBO CAZO, TODOS LOS EMPLEADOS SE DISCULPABAN DE NO PODER AYUDARME Y ME DIJERON QUE TENÍAN QUE CUMPLIR ÓRDENES SUPERIORES.


¿Y NO LE PIDIÓ A SU PADRE O A ALGÚN AMIGO SUYO QUE LE PRESTARA DINERO?
MI PADRE VENDIÓ UNOS MOTORES, PERO LE DIERON MUY POCO AL CONTADO.
PERO EL PROBLEMA ES OTRO, MAMÁ, LO DEL CHEQUE YA TE LO CONTÉ TO.


BUENO... DON LUIS, ANTES DE ESTAR PRESO, YO Y PATY ESTÁBAMOS DE NOVIOS. YO SÉ QUE EL HABER ESTADO PRESO ME PERJUDICA BASTANTE.
NO TANTO ESO, ANDRÉS. LO QUE PASA ES QUE USTED QUEDÓ SIN UN PESO PARA CASARSE Y CON SUS ANTECEDENTES PÉSIMOS.


ES CIERTO, PERO VOY A TRABAJAR EN EL TALLER DE MI PADRE MIENTRAS LOGRO ARREGLAR MI SITUACIÓN.
Y YO TAMBIÉN ESTOY DISPUESTA A TRABAJAR, PAPÁ.

¡PERO, HIJA! ¡CÓMO VAS A DEJAR LA UNIVERSIDAD!

¡NO DIGAS TONTERÍAS, HIJA! TODA UNA VIDA TRABAJANDO PARA QUE USTEDES ESTUDIEN Y AHORA ME SALE CON ESTO.

¡ADÓNDE SALIERON LOS ROMÁNTICOS!

SÍ, PAPÁ, ESTAMOS DISPUESTOS A TODO. USTEDES CONOCÍAN A ANDRÉS ANTES Y SABEN QUE A CUALQUIERA LE PUEDE PASAR LO QUE LE PASÓ A ÉL.

¡PATY, NO ME VENGAS CON ESAS COSAS, POR FAVOR!

LOS ÁNIMOS SE FUERON EXCITANDO, CADA VEZ MÁS Y COMENZAMOS A PERDER LA DISCUSION MIENTRAS NUESTRAS ESPERANZAS SE ESFUMABAN...

MIRE, JOVEN, YO SOY QUIEN TIENE QUE DECIDIR POR MI HIJA Y NADIE MÁS. ¿ME OYE? Y TENDRÁ QUE PENSARLO MUY BIEN PRIMERO!

NO NOS FALTARÍA CÓMO VIVIR DON LUIS. ADEMÁS YA ESTAMOS DECIDIDOS Y SOLO QUERÍAMOS QUE USTEDES LO SUPIERAN.

¿A QUIEN LE VIENES A HACER ADVERTENCIAS, SINVERGUENZA?

¡NO SEAS ATREVIDO, HIJO!

¿PERO QUÉ SE HA CREIDO ESE DELINCUENTE, MAMÁ?

¡YO SOY QUIEN TIENE QUE RESOLVER ESTAS COSAS, LUCHO, NADIE MÁS!

TUVIMOS QUE SALIR RAPIDAMENTE. LA SITUACIÓN HABÍA LLEGADO A SU LÍMITE...

SEGUIREMOS ADELANTE, ANDRÉS, MAÑANA NOS VEREMOS A LAS OCHO, COMO SIEMPRE.

SÍ, MI AMOR, HASTA MAÑANA.

APENAS ME DESPEDÍ DE ANDRÉS, SEGUÍ DISCUTIENDO CON PAPÁ Y LUCHO.

COMPRENDE, HIJA, EL ERROR QUE COMETERAS PARA TODA LA VIDA. ¿QUÉ PENSARAN TUS TÍOS? ESTO SIGNIFICA ENEMISTARSE CON TODA LA FAMILIA.

NO ME IMPORTA ESO, PAPÁ. NO VAMOS A VIVIR CON EL CARIÑO DE LA FAMILIA.

¡PERO POR CULPA DE UN POBRE DIABLO NOS VAMOS A DESPRESTIGIAR TODOS!

¿QUÉ PRESTIGIO VAS A PERDER TÚ?

¡YA, POR FAVOR, DEJA TRANQUILA A LA NIÑA!

YO SABÍA QUE A PAPÁ Y MAMÁ LES PREOCUPABA MI FUTURO, Y DISCUTÍAN A MENUDO, PERO NO DECIDÍAN NUNCA...

¡IMAGÍNATE, PUES, MUJER! ELLOS HAN ESTADO TODA LA VIDA CON LOS OJOS PUESTOS SOBRE NUESTRA HIJA.

SIMPLEMENTE NO NOS METEMOS MÁS CON NADIE, VIEJO, PERO NO SE PUEDE DEJAR QUE NUESTRA HIJA SIGA SUFRIENDO POR HACERLE EL GUSTO A LOS PARIENTES.

¡SÍ, MUJER, ESTÁ BIEN! PERO ADEMÁS EL MUCHACHO NO TIENE DINERO, DE QUÉ VAN A VIVIR...

YO HARÍA CUALQUIER COSA POR MI HIJA! PERO TODA LA VIDA NO PODEMOS AYUDARLOS! CON ESTO AL MUCHACHO SE LE HAN CERRADO LAS PUERTAS EN TODAS PARTES.

PERO ANDRÉS ES MUY BUENO, VIEJO. EL TRABAJARÍA Y HARÍA CUALQUIER COSA POR NUESTRA HIJA.

¡EN LOS APRIETOS QUE NOS PONE ESTA HIJA! COMO QUISIERA QUE SE OLVIDARA DE SU NOVIAZGO! PERO PARECE QUE MÁS DESEOS TIENE DE CONTINUAR.

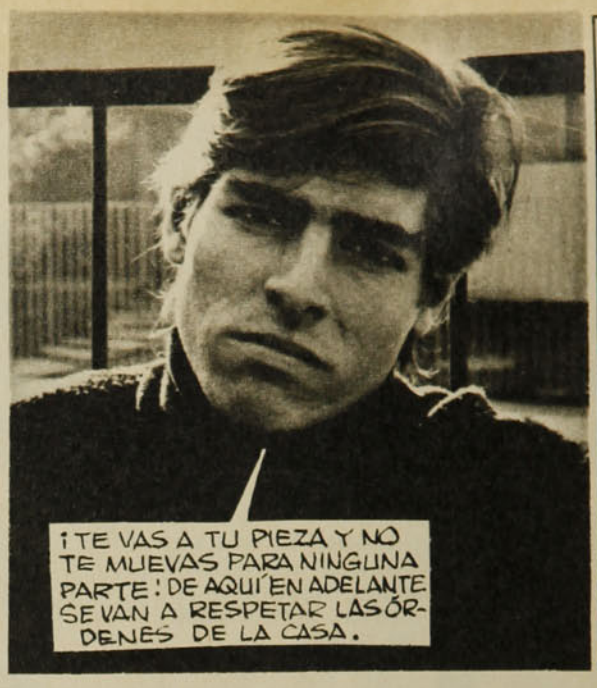
HAY QUE PENSARLO BIEN ESTO, VIEJA. A LO MEJOR SI LA MANDÁRAMOS A VALPARAÍSO, SE LE PODRÍA PASAR ESTA TONTERÍA.

EL TIEMPO PASABA Y NO SE HABLABA DE MI PROBLEMA, PERO SÍ ME VIGILABAN CON MÁS INSISTENCIA PARA QUE NO ME ENCONTRARA CON ANDRÉS...

¡DIME PARA DÓNDE VAS!

¡SUÉLTAME, YO VOY ADONDE QUIERO Y TÚ NO TE METAS EN MIS ASUNTOS!

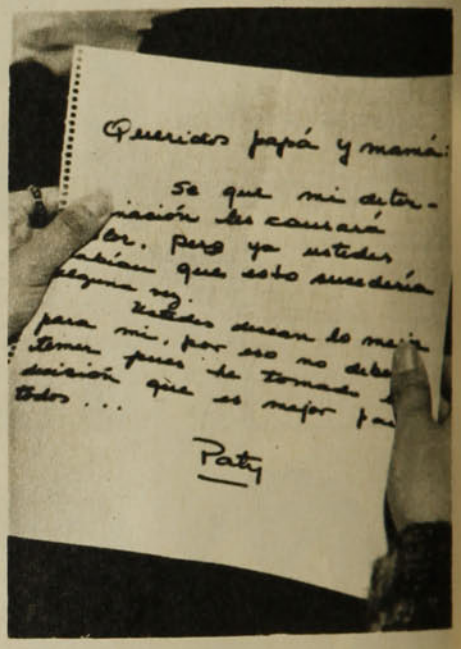


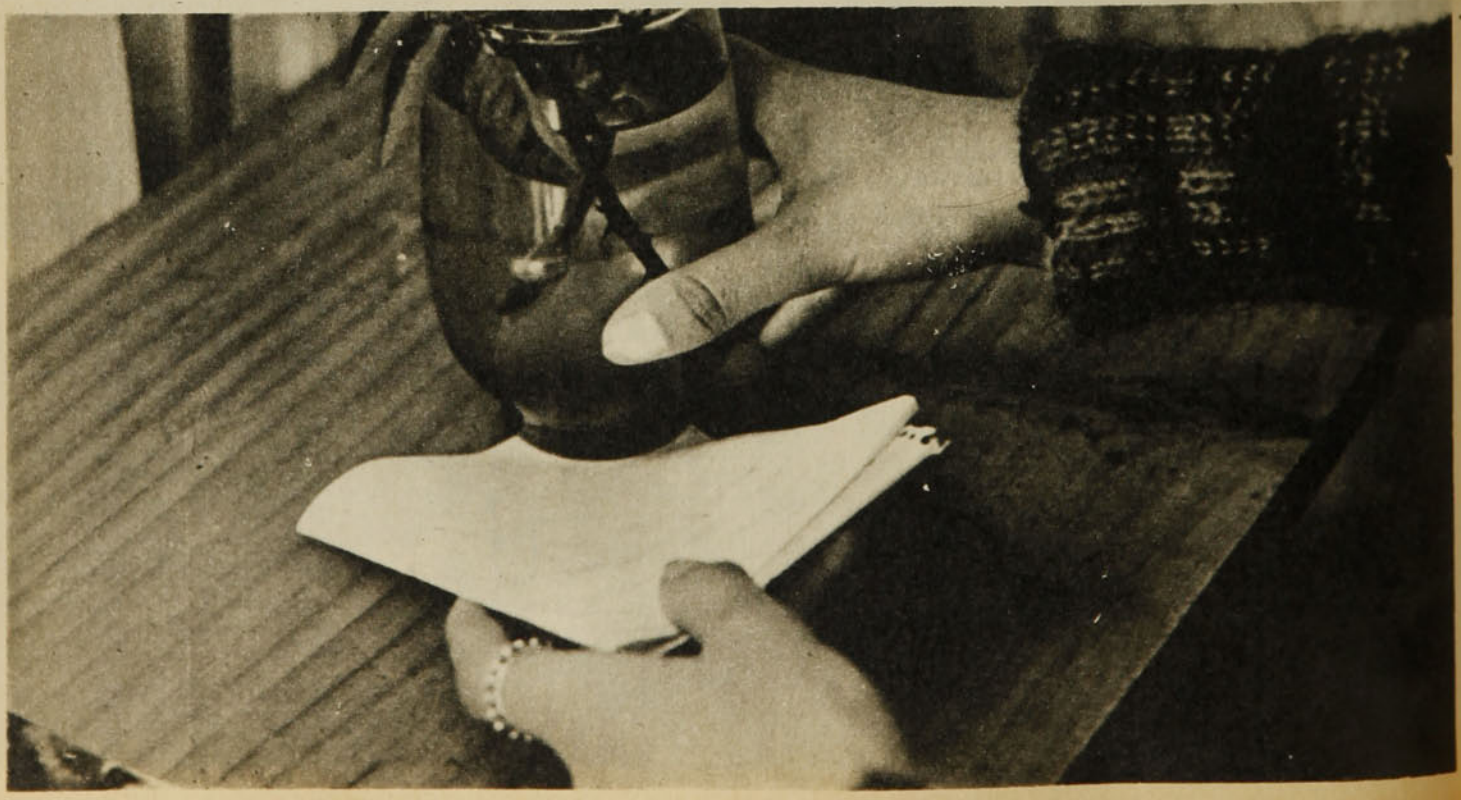


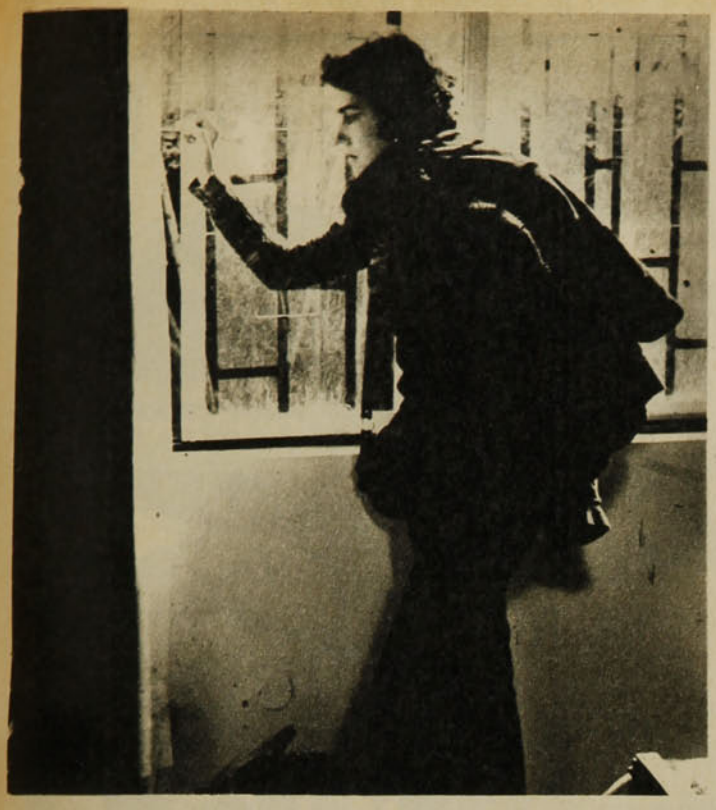
MI DECISIÓN YA ESTABA TOMADA HACÍA MUCHO TIEMPO. LA ACTITUD DE LUCHO SOLO ME OBLIGABA A TRANSFORMARLA EN REALIDAD...














¡ANDRÉS!
¡POR FIN, MI AMOR!


¡VÁMONOS RÁPIDO DE AQUÍ!

EN LA CASA...

¿DÓNDE ESTÁ LA PATY, LUCHO?

AHÍ EN SU PIEZA, TUVE QUE ENCERRARLA PARA QUE NO SALIERA.

¡PERO, HIJO, HASTA CUÁNDO MOLESTAS A LA NIÑA!

CUANDO ENTRARON A MI PIEZA...

AQUÍ DEJÓ UNA CARTA.

¡OH! ¡DIOS MIO!

fin

EL CUENTO de la semana.

Los caballitos de platiplanto

José J. Veiga
(Brasileño)

Mi primer contacto con estas pequeñas y simpáticas criaturas tuvo lugar cuando yo era muy pequeño.

Mi abuelo me prometió un caballito de su hacienda de Chove-Chuva si accedía a dejarme abrir el pie con un bisturí, por habérmelo dañado contra una mata de espino jugando al pique. Dos veces había acudido el farmacéutico Osmusio a casa provisto de todos sus trebejos de cura, pero yo había armado tamaño alboroto que el hombre no pudo pasar jamás de la puerta de la habitación. La segunda vez mi padre pidió al señor Osmusio que aguardara en el porche, mientras él hablaba conmigo. Yo, que sabía perfectamente la clase de conversación que sería, aproveché la ventaja de la dolencia y dirigiéndome cojeando a la cama redoble mis gritos y llantos, esperando atraer la conmiseración de mi madre y a ser posible de algún vecino que acudiera en mi auxilio. Afortunadamente el abuelo Rubén solía llegar a aquella hora. Cuando percibí su barba asomando por la puerta, comprendí que al menos por aquella vez me había salvado. Era una regla observada rigurosamente en mi casa que nadie debía disgustar al abuelo. Sin embargo seguí llorando un poquito más para consolidar mi victoria y sólo me calmé cuando el abuelo intimó a mi padre a que saliera de la habitación.

El abuelo se sentó en el borde de la cama y depositando a mi lado su sombrero y el bastón me preguntó la causa de que mi padre estuviera discutiendo conmigo. Para impresionarlo respondí que porque yo no quería que el señor Osmusio me cortara el pie.

—¿Cortarte el pie?

No era exactamente aquello lo que había querido decir, pero consideré mucho más eficaz confirmar la aserción, aunque me limité a esbozar un movimiento afirmativo con la cabeza, sin decir palabra.

—¡Qué malvados! ¿Semejante atrocidad pretendían hacerte? Déjame ver...

Mi abuelo extrajo sus anteojos del bolsillo, se los caló sobre la nariz y procedió a efectuar un detenido examen de mi pie. Lo remiró por todos lados, e incluso lo tanteó, preguntándome si me dolía. Yo, naturalmente, no lo desmentí, e incluso emití unos calculados gemidos. Se quitó las gafas, adoptó una expresión muy seria, y me dijo:

—Han exagerado. No es preciso cortar nada. Basta con abrir. —Debió advertir mi desengaño, porque añadió a toda prisa, y haciéndome cosquillas en la planta—: Pero en tales casos no puede hacerse más que de acuerdo con el dolor que produzca la herida. Si dices que no puedes, no permito que te toque ni el rey. Tú ya no eres como esos niñitos de pañales que no saben lo que quieren. Ya tienes edad para vestir un calzón de montar que te compraré para la fiesta del Señor, así como un caballito para llevarte a la feria.

—¿Con arreos mexicanos?

—Con arreos mexicanos. Ya se lo encargué a Felipe. Pero ocurre una cosa: si no sanas de ese pie, no podrás montar. Mi opinión es que deberías dejar que te abrieran el mal.

—¿Y si me duele?

—¿Doler? Quizá te duela un poco, pero no será, ni con mucho, el que sufrirías si te lo cortaran. Aquello si es dolor de veras. Una vez en Chove-Chuva tuvimos que cortar el dedo, sólo un dedo, a un vaquero que tenía un panadizo, y se orinó de dolor, a pesar de tratarse de un hombre muy forzudo que derribaba un toro asiéndolo por el rabo.

Mi abuelo era un hombre que sabía explicar las cosas con llaneza, sin reñir y sin sacar de quicio a la gente. Fue él mismo a buscar al señor Osmusio, pero permitió que yo diera la orden de llevar a cabo la operación. Naturalmente lloré un poco, aunque no de dolor, ya que me pintó la parte afectada con una buena cantidad de anestésico, sino por conveniencia, ya que si no lo hacía así podían pensar que no estaba sintiendo nada y luego se burlarían de mí.

Mientras mamá me curaba, no tenía otro pensamiento que el caballito que iba a ganar. Todos los días, cuando me despertaba, lo primero que hacía era mirar el pie, para ver si se había deshinchado, temeroso de que el abuelo llegara con el caballito y no pudiera mon-

Los caballitos de platiplanto

tarlo. Mamá objetaba que no debía mostrarme impaciente, que la feria aún estaba lejos, y que me sobraba tiempo para reponerme, pero yo lo quería todo inmediatamente.

Pero cuando uno es niño parece que las cosas nunca se desarrollan como a uno le gustan. Por ello considero que la gente jamás debe desear algo por encima de todo, sino que quererlo relativamente. Por ambicionar tanto y con tanta fuerza el caballito jamás llegué a poseerlo.

Mi abuelo enfermó y tuvo que partir lejos con tío Amancio a someterse a un tratamiento, y Chove-Chuva quedó a cargo de tío Torin, el más antipático de todos. Afirmaba que mientras él dirigiera la hacienda nunca habría un caballo para mí. Quise escribir una carta al abuelo contándoselo todo, e incluso pergeñé un borrador en un cuaderno, pero mamá impidió que la enviara, objetando que el abuelo estaba muy enfermo y empeoraría con la noticia. Cuando volviera me daría el caballo prometido, sin necesidad de contarle nada.

Cuando volvía de la escuela, y mamá no me necesitaba, me sentaba debajo de un mango, en la quinta, y me ponía a pensar en el caballito y en los paseos que daría en él, y era tan feliz imaginándolo como si ya lo tuviera en carne y hueso. Sólo me faltaba un nombre acertado, y me pasaba el día recordando todos los nombres más populares: Rex, Cortaviento, Penacho... El padre Horacio quiso ayudarme, pero me abrumó con una serie de nombres sacados de sus libros, de los que sólo recuerdo el de Pegaso.

Un día en que fui al Jurupensem con papá vi a un niñito muy alegre, con el cabello caído sobre la frente y tieso como el de un potrillo. Pregunté cómo se llamaba, y me respondieron que Zibisco. Más tarde decidí que mi caballito se llamaría Zibisco.

El tiempo pasaba y el abuelo Rubén no volvía. De vez en cuando llegaba una carta de tío Amancio que papá y mamá leían con expresión triste. Hablaban de enfermedades que yo no comprendía, y mamá pasaba el día entero suspirando afligida. Un día, tío Torim fue a la ciudad a visitar al abuelo, y al volver nos comunicó que había comprado Chove-Chuva. Papá se indignó y discutió con él, diciendo que el abuelo no se hallaba en condiciones de firmar, y que presentaría el caso ante un juez. Desde aquel día tío Torim no volvió a casa, y cuando venía a la ciudad pasaba de largo.

Un tiempo después llegó otra carta, y vi a mamá llorando en su habitación. Cuando entré con la disculpa de buscar un juguete, mamá me llamó y me dijo que no me entristeciera, pero que el abuelo no volvería más. Le pregunté si había muerto, me respondió que no, pero que era lo mismo. Entonces pregunté si no podríamos verlo nunca más, y mamá me respondió que sí, pero que no convenía.

—Tu abuelo ha cambiado mucho, hijo mío. No parece el mismo hombre...

Y se echó a llorar de nuevo.

Yo no comprendía cómo una persona como mi abuelo pudiera cambiar, pero me dio miedo preguntar más. Sólo una cosa quedó enteramente clara: ya no tendría mi caballito. Fue la única vez que lloré por él, y no lograron consolarme con nada. No recuerdo si fue aquel mismo día, o algunos después, cuando me dirigí solo a una hacienda nueva y muy importante, propiedad de un hombre al que llamaban Mayor, y a la que se llegaba a través de un puente, pero que no era de atravesar, sino que de subir. Allí había unos hombres desnudos de medio cuerpo, que trabajaban en un claro, en medio de una porción de vigas y tablas. Subí hasta cierta altura y me desanimé cuando vi la cima y lo que faltaba. Empecé a descender despacito para no perder pie, cuando uno de los hombres me vio y me pidió que le ayudara. Era una tarea que tenían que terminar antes de la puesta de sol, ya que si los hoyos quedaban abiertos de noche, mucha gente iba a llorar lágrimas de sangre. No comprendí el motivo de tanto desastre, pero hice lo que me pidió.

Me quedé por temor a que ocurriera, pero no acertaba a comprender el modo de ayudar. Era muy pequeño y sólo de contemplar la cima perdía el aliento. Se lo comuniqué al hombre, pero él se echó a reír, y respondió que no tenía nada que temer, y que me limitara a imitar a los demás. Sin darme tiempo a replicar aferró un balde lleno de piedrecitas y me lo alargó.

—Ve colocando las piedrecitas en los lugares precisos, sin mirar arriba ni abajo y acabaras sin darte cuenta.

Hice lo que me ordenaba, sólo para demostrarle que no era tan fácil como afirmaba, pero ¡fue cierto! Antes de que empezara a sentirme fatigado ya había terminado.

Cuando descendí por el otro lado, y contemplé la punta enorme y firme, resistiendo al viento y a la lluvia, sentí una alegría que me produjo escalofríos, y un deseo enorme de correr a la casa y contarlo a todos, y traérmelos conmigo para que contemplaran lo que había hecho. Pero decidí que sería inútil. Tarde o temprano se enterarían de ello. Contemplé el puente una vez más y seguí mi camino, sintiéndome capaz de hacer todo cuanto ambicionara.

Al parecer aquel era mi día de suerte, de lo contrario no me hubiera tropezado con el muchacho que tenía miedo de tocar el bandolín. Estaba muy triste, recostado en una lobera, mirando el instrumento, deseoso de tocarlo, pero sin atreverse.

—¿Por qué no tocas? —le pregunté.

—Me gustaría, pero tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De los bichos-fieras.

—¿De los bichos-fieras?

—Los que se aparecen a la gente cuando toca. Acuden de repente, soplan sobre el tocador su hálito caliente, y no puede soportarlo nadie.

—¿Y si tocaras con los ojos cerrados? ¿También ocurriría?

Prometió intentarlo, pero con la condición de que me quedara a vigilar. Prometí hacerlo, pero me exigió que lo jurara. No viendo mal alguno en hacerlo, juré. Cerró los ojos y empezó a tocar una melodía preciosa que parecía un chorro de estrellas que cayendo sobre el agua la tiñera de colores.

Gustosamente, hubiera permanecido oyéndola la vida entera, pero se me estaba haciendo tarde y tenía que marcharme. Se lo expliqué, me despedí y eché a andar.

—No vayas a pie —dijo—. Voy a tocar una melodía que te llevará.

Colocó de nuevo el bandolín en posición, ahora sin miedo alguno, tocó una música distinta, vivaz, que me levantó

EL CUENTO de la semana.

del suelo, y en un instante me trasladó al otro lado de la colina. Cuando la música cesó, bajé ante una cancela nuevecita que todavía olía a taller de carpintero.

—Le está esperando —exclamó un mozo uniformado que abrió la cancela—. El Mayor se halla impaciente.

El Mayor, un señor colorado, con botas y un enorme sombrero, recorría a grandes trancos el porche. Cuando me vio llegar lanzó el cigarro a lo lejos y corrió a recibirme.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¿Cómo pudo escapar de ellos? Entre en la casa.

—Nadie me busca —objeté.

—Eso es lo que usted cree. ¿De modo que no sabe que los hombres de Néstor Gurgel tienen orden de dar con usted, vivo o muerto?

—¿Mi tío Torim? ¿Y que quiere de mí?

—Es por causa de los caballos que su abuelo encargó para usted. Son animales raros, únicos en su género. Su tío desea apoderarse de ellos.

Si mi tío deseaba apoderarse de los caballos, era capaz de intentar cualquier atrocidad. Mi padre afirmaba que tío Torim era traidor desde pequeño. Sin poder contenerme, me eché a llorar.

El Mayor se puso a reír diciendo que no había motivo para que llorara. Los caballos estaban allí y nadie tenía poder para llevárselos. Si alguien algún día consiguiera apoderarse de uno se convertían en mosquitos, y volvían volando.

Después de oír todo esto quise ver a los caballos y comprobar si eran buenos animales de silla. El Mayor adujo que no me preocupara, que hacían todo cuanto su dueño deseaba.

—Precisamente en este instante —añadió mirando el reloj— es la hora de su baño. Venga conmigo.

Descendimos por una vertiente de piedra lisa, muy resbaladiza y llegamos a una puertecilla cubierta por enredaderas. El Mayor abrió el cerrojo y se inclinó para pasar. Pensé que deberían hacer la puerta más alta, pero no dije nada, tanta era mi impaciencia por ver a los caballos.

Al pasar la puerta nos hallamos en un patio parecido a un establo, provisto hasta de porches, pero en el centro, en lugar de un espacio de hierba, se veía una piscina de azulejos de agua limpísima. Cuando llegamos al patio, éste se hallaba desierto. No se veían ni caballos ni gente. Nos acercamos a los porches, el Mayor miró el reloj nuevamente y dijo:

—Escuche la señal.

Procedente de un lugar desconocido sonó un clarín y empezó a aparecer gente de detrás de unos árboles bajitos que rodeaban el patio. En un instante los porches estuvieron repletos de mujeres cargadas de niños, señoras con sombreros de plumas, caballeros con chistera y abrigo de cuello de pieles, y niños de cuellos almidonados, y niñas con cintas en el pelo y vestidos acartonados.

Cuando cesaron los empujones, gritos, y llantos de los bebés, y todo el mundo se hubo colocado en su lugar respectivo se oyó de nuevo el toque del clarín. Al principio no ocurrió nada, y todo el mundo miraba azorado hacia todos lados, con expresión de curiosidad y empinándose para ver mejor.

De repente, y como si hubiera sido ensayada, la asistencia entera emitió un grito unánime de sorpresa. Los niños se agitaban gritando y trepando a los brazos de quien se hallara cerca, y las niñas se levantaban y sentaban batiendo palmas. De entre los árboles aparecía un río de caballitos de todos los colores, poco mayores que un becerrito. Corrían majestuosos y de vez en cuando se miraban entre sí, como si contemplaran la buena figura que tenían. Al llegar al borde de la piscina se detuvieron secamente, todos a la vez, como soldados en una parada. A los pocos instantes, uno de ellos, de tono rojizo, se irguió emitió un relincho, y seguido de los demás inició un trote de danza, parando de vez en cuando para saludar a la asistencia. Lentamente el trote fue aumentando de velocidad, cada vez con mayor intensidad, hasta que no se vio más que una cinta de color que se movía entre un zumbido como el aullido de la zorra. El espectáculo se prolongó tanto, que yo pensé que los caballitos se habrían diluido en el aire para siempre, cuando el zumbido empezó a menguar, los colores se fueron separando, y los animalitos aparecieron nuevamente, uno a uno.

El baño fue otro espectáculo del agrado de todo el mundo. Los caballitos nadaban de extremo a extremo de la piscina, separada de la gente por cristales, efectuaban cabrioles, se zambullían, se tendían de costado y salpicaban los vidrios llenándolos de burbujas.

Todo el mundo se entristeció cuando el clarín sonó de nuevo y los caballitos cesaron de retozar. El rojizo de nuevo tomó la dirección, y subió por un costado de la piscina, seguido por los demás, que sacudían el cuerpo para que escurriera el agua, y al llegar arriba efectuaron unos brinquitos adicionales a fin de acabar de secarse.

Después de lo que acababa de presenciar me pareció una muestra de egoísmo escoger uno de ellos sólo para mí. ¿Cómo podría vivir separado de los demás? ¿Con quién iba a retozar? Comuniqué al Mayor lo que pensaba, y éste respondió que no tenía que elegir ninguno, porque todos eran míos.

—¿Todos? —repetí incrédulo.

—Todos. Son órdenes de su abuelo.

—¡Mi abuelo Rubén, siempre bueno, y siempre mi amigo! A pesar de hallarse enfermo, procuraba mi contento.

Pero de repente me entristecí, porque recordé que el Mayor me había dicho que nadie podía llevárselos de allí.

—Es cierto —confirmó él, como si hubiera leído mi pensamiento—. No puede llevárselos. Sólo existen en Platiplanto.

Debí haberme dormido en algún lugar, y no me di cuenta cuando me llevaron a casa. Sólo sé que a la mañana siguiente me desperté en mi cama, con el espíritu todavía alejado, pero lentamente fui adquiriendo de nuevo la noción de la realidad. Me hallaba en mi habitación. Detrás de la puerta colgaban mis ropas de colegio, en la pared seguía la estampa de la santa, y mis libros se hallaban en el mismo cajón de siempre, falto de una mano de pintura.

Estuve reflexionando acerca de si debía contar a los demás todo lo que había visto, y finalmente decidí no hacerlo. Probablemente no me creerían y se reirían de mí. Preferí conservar aquel lugar perfecto, tal y como lo hallé, para poder volar allá cuando lo deseara, aunque sólo fuera con el pensamiento.

Se dice



que los polos opuestos se atraen y no me cabe ninguna duda de que eso fue lo que nos pasó con Lucía, ya que pocas veces se han encontrado dos personas que miren la vida de manera tan diferente. Muchas veces me pregunté por qué nos enamoramos.

Empecé a trabajar en una curtiembre ubicada al lado de un colegio, del mismo modo que lo hizo mi padre. Era un trabajo pesado y cansador. Después de trabajar los cueros al calor, mis ojos terminaban totalmente rojos por el humo. Eso no significa que mis horas de labor fueran solamente pesadumbres. Por el contrario, me gustaba mi oficio e incluso disfrutaba con él.

En esa vida crecí desde chico. Las chicas eran únicamente para pasarlo bien. Eso no significa que con ellas hiciera lo que quería, pero si yo me encontraba de humor y me topaba con una chica dispuesta a divertirse lo pasábamos en forma.

Mi padre tenía un carácter muy liviano. Hombre de gran corazón y tan lleno de vida, que donde llegaba alegraba inmediatamente el lugar. Le gustaba beber como también jugar a las cartas y su único defecto era que plata que le llegaba era plata que derrochaba. Pero era un hombre muy bondadoso, y siempre en mi hogar vi amor, comprensión y felicidad.

Pero cuando papá murió, todas las deudas recayeron sobre nosotros. Para mí fue un golpe terrible cuando capté que ese hombre que había trabajado tan duramente su vida entera se alejaba de este mundo debiendo tanto dinero. Muchas veces pensé si ese hombre no habría perdido su vida trabajando en ese oficio, y empecé a cavilar si no estaría también yo perdiendo mi tiempo en eso mismo. Me encontraba en ese estado de ánimo, a los pocos días después de su muerte, cuando conocí a Lucía.

Esa chica no tenía mucho sentido del humor, siempre acostumbrada a vivir con sus tíos Miguel y Alicia Salas, personas mucho mayores. Estos parientes se la llevaron a vivir con ellos porque la mamá de Lucía murió cuando ella tenía sólo trece años. Eran dueños de una pensión y su espíritu de lucha se lo inculcaron a Lucía desde un comienzo. No quiero decir que hayan sido crueles con ella, pero sí que eran seres tenaces y exigentes con ellos mismos. El trabajo era todo para ellos, y cualquier cosa que fuera distracción o descanso era una pérdida de tiempo.

Lucía tenía un concepto muy serio de la vida. Cuando terminó el colegio, inmediatamente empezó a ayudar a sus tíos. Su vida era el trabajo, aunque muy dentro de ella cada vez crecía más su necesidad de afecto y cariño, que los Salas no le podían prodigar.

Nunca dudé de que hubo muchos chicos que cortejaban a Lucía, porque era una persona muy segura de sí misma y atrayente. Pero la mayoría de ellos huían de su compañía a las pocas salidas. Quizás fue eso lo que me impulsó a seguir invitándola. Para mí el salir con Lucía era un verdadero desafío, y sin saber cómo, cada tarde después de mi trabajo me encontraba tocando el timbre de la pensión.

Me dio a entender claramente que yo no era la clase de hombre que a ella le interesaba, pero a pesar de todo no me di por vencido. En ese entonces no la visitaba por amor, ni mucho menos se me ocurrió proponerle matrimonio. Para mí era una chica atractiva con la que pasaba un rato agradable y con la que me había puesto como objetivo único estar una noche a solas con ella.

La noche que la llevé a bailar fue inolvidable. Mi deseo por ella se me hacía incontrolable, y por sus caricias adiviné que me correspondía. Después estacioné el auto en un lugar solitario y oscuro.

Cuando paré el contacto y traté de besarla me dio un empujón y me pidió que no la tocara.

—¿Qué te pasa? —pregunté extrañado.

—No soy la clase de chica que crees, eso es todo.

Todavía la tenía abrazada y pude sentir que su cuerpo entero temblaba. Me reí y la atraje cada vez más hacia mí.

Me dio una palmada bastante fuerte en la cara, después se enderezó y me exigió que la llevara a su casa. En ese entonces me enojé y aceleré el auto a fondo.

—Te llevaré a tu casa y no te preocupes, que nunca más te molestaré.

No cruzamos palabra en todo el trayecto, y cuando detuve el coche frente a su casa habló:

—Gustavo, si eso era todo lo que deseabas de mí, y porque me he negado no me quieres ver más te lo agradezco por decírmelo. Sólo habrá un hombre al que me entregue, y ése será el que me quiera como su mujer y no por un rato.

—Le deseo suerte a ese hombre.

—Quiero a un hombre que añore un hogar y niños y todo lo que una mujer le puede dar y desee entregarse por amor...

—Espero que algún día lo encuentres. —Y la acompañé hasta la puerta—. Y aunque nada me diste te lo agradezco.

—Lo siento, Gustavo, pero yo soy así. Pero me gustaría que me besaras antes de irte. —Y se acercó y me dejó que la besara. Traté

odio a mi mujer



Doblegué mi machismo por vivir en paz.

de apretarla, pero se me escapó y se perdió detrás de la puerta.

Durante una semana

no la llamé. Cada día salía con una chica distinta, y en un principio pensé que me seguía divirtiendo. Pero a medida que pasaban las noches y en mis brazos tenía a una chica, en mi mente sólo ansiaba que fuera Lucía. Seguramente si tenía paciencia e insistía saldría con la mía.

Lucía siguió la misma, y fui yo el que tuve que cambiar, indudablemente influenciado por ella. Junto a su personalidad, que cada día me gustaba más, estaba la gran atracción física que sentíamos el uno por el otro.

La idea de matrimonio ni siquiera se me pasaba por la mente. Pero tampoco puedo confesar cuándo me di cuenta de que estaba enamorado de Lucía. Por supuesto que no fueron las primeras salidas en que ella seguía rechazándome. Lentamente nuestros besos se hicieron más intensos y mi apasionado deseo por ella se fue haciendo recíproco hasta que llegó la noche en que no me cupo duda de que todo pasaría, pero mi ilusión fue en vano. Finalmente, cuando la situación se me hizo intolerable, le pedí que se casara conmigo.

—¿Con que nos vamos a casar? Ni siquiera has ahorrado un poco de dinero, Gustavo. ¿Dónde crees que podemos vivir? ¿Cómo pretendes que compremos muebles?

—Gano bastante con mi trabajo. Además, podemos arrendar un par de piezas o un departamento amoblado.

—No —dijo—. Quiero tener un matrimonio como se debe, tener nuestro propio hogar. Te quiero, Gustavo, pero nuestro matrimonio tiene que ser como se debe...

Era eso o nada, por lo que decidí tratar. En esa época tuve mucho trabajo en la curtiembre, lo que me ayudó para sacar unos pesos de más. Y cuando le mostré a Lucía mi libreta de ahorros, la primera que tenía en mi vida, se sintió tan dichosa y se demostró tan cariñosa, que no me importó privarme de algunas cosas con tal de darle gusto.

No sé si fue porque estaba tan enamorado de Lucía, porque a pesar de que le demostraba mi cariño me seguía rechazando, o porque yo estaba acostumbrado a satisfacer mis deseos con las chicas fácilmente, que una noche me vi enredado con Rosa Canales.

Ella era la que llevaba los libros de cuentas en la curtiembre, y antes de salir con Lucía salí con Rosa muchas veces. Generalmente nos volvíamos juntos del trabajo, y aquella tarde que me vio cabizbajo me pidió que la acompañara a su casa. Vivía con dos amigas en una pensión y me invitó a tomar un trago. Las otras amigas no estaban ahí, y lo que muchas otras veces me sucedió con Rosa, volvió a pasar sin encontrar ningún obstáculo.

Esa fue la única vez que engañé a Lucía antes de casarnos y ni siquiera sentí remordimientos, ya que lo que sentía por Rosa era sólo atracción física.

Mi amor por Lucía lo sentía muy sincero, y creo que después que nos casamos me sentí cada vez más atraído por ella. Todo lo quería compartir con ella, y lo único que deseaba era complacerla.

Al año siguiente había ahorrado en el banco gracias a ella el dinero suficiente como para comprarnos una casa. Desde un principio Lucía fue la que corrió con mi dinero, porque yo estaba totalmente consciente de que lo haría mejor que yo.

Empezamos a buscar casas. Yo quería algo moderno y acogedor, algo que fuera fácil de mantener. Pero Lucía encontró una casa antigua lejos del centro que pertenecía a una pareja bastante mayor. Era una casona con muchas piezas y muy grandes.

—Gustavo, ésta sí que es una buena casa. En este lugar tan amplio no tendremos ningún problema para que nuestros hijos jueguen.

—Es demasiado grande, Lucía. No necesitamos una casa así.

—Podemos arrendar las piezas que nos sobren y así hacernos de dinero extra a fin de mes. Además, cuando la familia crezca no tendremos que estar cambiándonos.

Me reí y la atraje hacia mí.

—No quiero tener extraños metidos en mi propia casa. Además, necesita que se la pinte y arregle. Nos tomará mucho tiempo repararla.

—No te hará ningún daño trabajar un poco en ella.

—Ya sé que no, pero ¿para qué amarrarnos a algo así?

—El matrimonio significa asumir responsabilidades, y me parece muy bien que te sientas amarrado a la casa.

Fue tanto lo que Lucía habló, que finalmente cedí. Una casa era una casa, y si ella estaba contenta, bastaba para mí. Además, tratar de convencerla era una batalla perdida.

La otra gran discusión que tuvimos fue que ella insistió en que quería seguir trabajando en la pensión con sus tíos durante los fines de semana.

—Lo siento, Lucía, pero tendrás que decirles que no.

—No seas tonto, Gustavo. El sueldo que me pagan es muy bueno y no podemos dar-



•• "Me gustaría saber qué es lo que pasa en esta casa mientras yo estoy trabajando".

nos el lujo de despreciarlo sin que tengamos una buena razón.

—Pero estarás trabajando ahí en vez de estar en tu propio hogar con tu marido.

—Sólo serán unas pocas horas. En todo caso puedo probar y si no resulta sencillamente me salgo. —Se paró y me besó hasta convencerme de que mis argumentos eran absurdos.

Lo mismo pasó con nuestra luna de miel. Yo quería llevarla a algún lugar por unos días, pero ella no quiso.

—Quiero que nos mudemos inmediatamente a nuestro propio hogar. Es absurdo empezar el matrimonio en un lugar desconocido.

Nuestra boda

fue en la capillita donde sus tíos la llevaban cada domingo. Era la primera vez que yo iba a la iglesia desde que mi viejo murió. Esa era otra de las diferencias que tenía con Lucía. Ella parecía encontrar algo en la iglesia, en cambio yo no. Incluso el día del matrimonio me sentí como un extraño en ese lugar; todo me pareció demasiado solemne y tranquilo. Pero cuando el sacerdote empezó a hablarnos no pude dejar de sentir hondamente lo que nos decía. Ahí supe claramente que quería hacer muy feliz a Lucía como mi mujer. Y me sentí muy contento de que Lucía nunca antes se hubiera entregado a otro hombre.

Después de la ceremonia nos fuimos a la pensión de los Salas, donde nos dieron una recepción. También invitamos a unos amigos míos, que me embromaban, ya que nunca pensaron me entregaría a una sola mujer.

Nos fuimos a nuestra casa tratando de arrancar de las bromas de nuestros amigos.

—Gustavo, ya nos encontramos casados y tendremos toda una vida para estar juntos, así que es mejor que arreglemos las cosas y ordenemos la casa.

Me había controlado durante todo nuestro noviazgo y ahora seguía rechazándome. Pero no quería que creyera que la forzaba, así es que esperé.

—Me cambiaré de tenida para estar más cómoda. —Y volvió con un suéter y un jeans.

Movimos muebles y los colocamos en el lugar preciso que decía Lucía.

—Me siento tan feliz Gustavo. ¿No encuentras que esta casa es maravillosa?

Después de agotarnos durante unas horas nos fuimos al dormitorio, el que estaba completamente oscuro porque no teníamos ampolletas.

Lucía se mostró muy apasionada, abandonándose al amor. Parecía una mujer sedienta de amar y como si aquella noche la hubiera esperado con ansias.

—Nunca quise a nadie más —le dije sinceramente—; lo que siento por ti no lo había experimentado antes por nadie.

Las primeras semanas se nos volaron reparando y pintando la casa. Lucía me convenció que yo tenía aptitudes manuales y me hizo sentirme muy orgulloso de eso. Pero después de un tiempo volvió la discusión de tener unos pensionistas en las piezas sobrantes y nuevamente cedí.

A pesar de que Lucía me convenció de que el tomar pensionistas no nos traería problemas, las cosas fueron muy distintas. Cada vez que llegaba alguien había que preocuparse, y cada dos minutos estaba Lucía diciéndome que hiciera esto o lo otro.

No podía relajarme cuando volvía del trabajo ni oír radio fuerte, ni darme un buen baño de tina porque siempre tenía a mi sombra los pensionistas que no había que molestar. Si queríamos ir al cine tampoco podíamos, porque uno de los dos tenía que estar en casa. Indudablemente todo esto me empezó a tomar los nervios, y cada vez que trataba de hablar sobre el asunto con Lucía, terminábamos peleando.

—¿Por qué no vendemos esta casona y nos dedicamos a vivir el uno para el otro?

—Sé muy bien lo que has hecho por mí, pero ten un poco de paciencia. —Se paró y me besó tiernamente.

En cada discusión que teníamos era siempre yo el que perdía el genio y siempre Lucía salía con la suya. Muchas veces le encontraba la razón, pero había otras que estaba seguro que tenía yo, pero era inútil.

Poco a poco Lucía empezó a preocuparme. Se resfrió y se sentía muy afiebrada, pero insistió en que tenía que ir a trabajar donde sus tíos. Sólo debía esperarla en la fría casona, que cada día odiaba más. Más de una vez me sentí muy tentado de llamar a algunos de mis amigos para ir a tomarnos unos tragos y reírnos en algún bar cercano. Pero no lo hacía pensando que Lucía se enojaría mucho si lo sabía. Incluso nuestras relaciones amorosas se enfriaban cada día más.

Sabía muy bien que ella necesitaba mi cariño y que en las noches lo único que ansiaba era dormirse entre mis brazos. Pero muchas noches no podía dormirme porque me quedaba la sensación de que sólo yo me olvidaba del mundo, mientras ella se hacía más fría y calculadora.



•• Aprendí a mentir para hacer feliz a Lucía.

Fue en una

de aquellas noches que Lucía estaba trabajando donde sus tíos, un sábado en que yo estaba completamente solo, cuando mi viejo amigo Juan llegó con dos amigas, una se llamaba Gaby y la otra era Rosa Canales. Lo que Juan quería era que le prestara dinero. Le dije que no disponía de mi plata, porque era Lucía la que la manejaba, y que llegaría muy tarde en la noche.

Rosa no demoró en acercarse a mí, y sin rodeos me pidió les sirviera un trago. Después me siguió a la cocina para ayudarme a traer unos vasos y no pude dejar de apreciar sus atractivos.

—No te preocupes, Gustavo.

—¿Sobre qué? —pregunté sorprendido al no entenderla.

—Por haber irrumpido en tu casa de esta manera. No fue mi idea, pero nos iremos en cuanto nos tomemos el trago.

—Cuando uno se casa ya no puede seguir viviendo como antes, pero tengo que reconocer que lo pasábamos muy bien.

La miré e inmediatamente percibí que su soledad era como la mía. En ese momento lo único que ansiaba era que alguien me quisiera. Esas noches en que tenía que esperar a Lucía completamente solo y en un lugar que me desagradaba, me hacían sentir más aún mis deseos. Podía prestarle a mi amigo lo que deseaba y liberarme de ellos para quedarme a solas con Rosa. No era correcto, pero no era menos correcto que la noche que engañé a Lucía antes de casarnos.

En ese momento entró a la cocina Juan a preguntarme nuevamente si le podía prestar el dinero.

—Lo siento, pero la plata no es únicamente mía.

—Andate al diablo. —Y dando un portazo se fueron todos.

Me quedé paralogizado en la cocina al ver que se marchaban. Había algo dentro de mí que hacía desear locamente a Rosa, pero también necesitaba el amor de Lucía. No quería meterme en problemas.

Cuando Lucía llegó en la noche le conté que Juan me había visitado para pedirme dinero prestado. Pensé que se sentiría orgullosa por haberlo mandado a cambiar, pero, por el contrario, no le pareció nada de bien esa venida. Quería saber por qué se había aparecido en nuestra casa después de tanto tiempo.

—No me gusta para nada ese amigo tuyo, y te pido que no se aparezca por aquí nunca más.

Se fue al baño, y al minuto, cuando salió, venía pálida como una enferma.

—¿De dónde apareció esto? —Traía en su mano la colilla de un cigarrillo con rouge—. ¿Quién más vino con Juan?

—Venía con otra pareja, y es por eso que querían dinero para seguir la farra.

—Me gustaría saber qué es lo que pasa en esta casa mientras yo estoy trabajando. ¿Cuántas otras veces han entrado aquí sin yo saberlo?

—Lucía, ¿crees que yo te ando engañando? Los que vinieron fueron una tal Gaby, Rosa Canales y otro amigo de Juan.

—¿Rosa Canales? ¿La chica que antes salía contigo?

—Eramos amigos.

—Mucho más que amigos, Gustavo, y no lo niegues. No sé cómo tienes cara para mirarme después de haber recibido a esa mujer en tu propia casa.

—¡Basta, Lucía!

Mucho me dolió que dudara de mi amor por ella, y que no la había engañado. Me sentí deprimido por haber ahorrado dinero para que después ni siquiera me lo agradecieran. Lucía no entendía que cedí en muchas cosas por darle gusto. Y, sin embargo, la quería.

—Lucía, quiero que sepas que hoy ha sido la primera vez que he visto a Rosa en un año, y yo no hice nada para que viniera, fue Juan el que la trajo. Comprende que no le podía tirar la puerta encima.

—¿Entonces quiere decir que la viste poco antes que nos casáramos?

—Bueno, tal vez hace más de un año, ¿cómo quieres que me acuerde exactamente?

—No me mientas. No me cabe ninguna duda de que siempre me has engañado.

—No, Lucía, no interpretes mal lo que te digo. Además, esta noche no ha pasado nada con Rosa.

Decidí que la única manera de hacerla entender la verdad acerca de la noche que pasé en la pensión de Rosa era explicarle los hechos detalladamente. Me senté junto a ella y le puse una mano sobre su hombro y sentí que ella se acurrucaba a mi lado.

—¿Quieres que te cuente exactamente lo que pasó?

—No, es mejor que no.

Pero le debí haber mentido porque Lucía no quería saber la verdad. Prefería las mentiras que hicieran de mi persona al hombre que ella deseaba. Nunca me aceptaría como era, cualesquiera que fueran mis faltas. En ese entonces no comprendía eso, pero rápidamente lo fui aprendiendo.

Me sentí feliz

de haberle hablado de Rosa. Pensé que con eso bastaba, pero al cabo de unas noches, uno de los pensionistas que llegó a nuestra casona era una chica realmente atractiva. Era muy conversadora y se veía tan sola como yo y deseosa de compañía. Se sentó en el living mientras yo alimentaba la chimenea. Era casada y se iba a juntar al día siguiente con su marido, que venía del sur, y sin duda alguna ni siquiera se interesó en mí.

Pero cuando Lucía la vio irse al día siguiente empezó con las preguntas.

—Parece que mucho te entretuviste con esa chica anoche.

—Sí, y conversamos durante un rato de cosas muy interesantes. Además era una chica muy atractiva.

Lucía se quedó callada con la misma cara de duda que me puso el miércoles cuando llegué tarde de la oficina. No me creyó cuando le dije la verdad. En realidad, le debí haber inventado que fue ese día que conocí a esa morenita, y aunque no tenía razón alguna para mentir, sentí deseos de hacerlo.

Así fue pasando el tiempo hasta el día en que tuvimos la gran pelea por otra venida de Juan. Aunque él estaba enojado conmigo, volvió a pedirme plata prestada. Necesitaba apostar en las carreras, y como de costumbre no tenía un peso.

—Gustavo, esto es algo sumamente importante. Préstame cien escudos para apostarle a un caballo que es favorito, y si gana nos dividiremos la ganancia.

Yo tenía dinero para bencina y pagar los almuerzos, pero ¿y si perdía?...

—Te la devolveré de todas maneras mañana, Gustavo. Te doy mi palabra y no necesitas contárselo a Lucía.

Decidí que no importaba que le contara a Lucía, ya que era mi dinero el que prestaba; pero no le dije que era para jugar en las carreras. Me aseguró que nunca volvería a ver ese dinero.

No pude razonar con ella y salí de su pieza. Ya estaba cansado de que me anduviera corriendo a mis amigos. Quizás tenía razón en que no le gustara Juan, pero no tenía por qué expresarse de esa manera.

Lo que pasó después fue increíble, porque el caballo de Juan ganó y pagó treinta veces uno, y de la noche a la mañana me vi los bolsillos llenos de plata.

—¿Por qué no salimos a celebrarlo, Gustavo? ¿No te parece que tienes todo el derecho para divertirte alguna vez en tu vida?

Al final se fue y lo vi cómo se perdía por la calle camino al bar y supe muy bien lo que me perdía. ¡Cómo se divertirían!

Pero yo tenía que llegar a casa como cualquiera otra noche, porque Lucía me esperaba. Tenía que llevarle ese dinero y entregárselo para que lo depositara en nuestra cuenta. Estaba seguro de que se alegraría en un comienzo, pero después todo se olvidaría. No, era mejor no decirle nada de la plata, ya que no nos haría ni más ni menos felices y sólo serviría para despertarle sospechas.

Cuando llegué a casa Lucía me recibió fríamente y no me ayudó para nada en lo que le iba a decir.

—Estabas equivocada respecto a Juan, porque me devolvió el dinero.

Se quedó mirándome.

Sabía muy bien que dentro de mis bolsillos tenía mucha plata y que no podía compartir mi dicha con Lucía. Al mismo tiempo quería gastar ese dinero divirtiéndome, no importaba que no fuera con ella. No, no le iba a contar la verdad. En mi mente daban vueltas las palabras de Juan cuando me dijo que todo lo que ella ignorara no la heriría.

—Tengo que volver a la curtiembre en cuanto coma. —Mientras le hablaba no levanté la vista—. Nos llegaron unas máquinas nuevas y tenemos que probarlas esta noche.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Inmediatamente te traeré la comida.

—¿No te importa, Lucía? En todo caso nos pagarán extra estas horas.

—Quédate todo lo necesario para que vean que eres trabajador.

Tuve mucho cuidado de no volver a casa muy tarde, y me sentía preocupado porque no me pillara que había bebido. Pero cuando llegué dormía profundamente y a la mañana siguiente ni siquiera me preguntó a la hora que había regresado. Al final de la semana puse unos pocos billetes más para que me creyera lo de las horas extraordinarias y me quedó mucho dinero para mí, para mis gastos, sin tener que darle cuentas a nadie.

Esa fue la primera gran mentira, y después siguieron otras. Pero lo que más aprendí fue a no hablar de más. Muchas veces tuve que ir a conversar con Rosa por las cuentas de la oficina, pero nunca pasó nada entre nosotros. Lucía no lo supo, porque me di cuenta de que no era necesario.

Aprendí a mentir para hacer feliz a Lucía. Le cuento únicamente lo que a ella le gusta oír, y de esa manera podemos vivir en paz. Mi mujer piensa que nuestro matrimonio anda bien. Yo sé que nunca seremos verdaderos compañeros, porque somos dos personas demasiado distintas. ♥♥

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 28 DE SEPTIEMBRE AL 4 DE OCTUBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color carbón.
Número 9.

TU CORAZON — Peligro de ceder a tentaciones que podrían traerte sólo desilusión en el futuro. Buen entendimiento y posibles lazos con los Libra.

TU TRABAJO — Excelentes oportunidades para los que se dedican a actividades artísticas o intelectuales. Aprovecha este período para usar tu imaginación.

TU SALUD — Trastornos en el sistema circulatorio pueden provocarte pesadez en las piernas, por lo que haz ejercicio y coloca los pies en alto.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color rubí.
Número 8.

TU CORAZON — Decisiones importantes. Deberás enfrentar los hechos sin dudas ni vacilaciones y siguiendo fielmente tu línea de conducta.

TU TRABAJO — Situaciones delicadas en tu trabajo. Cambios fundamentales que pueden hacer variar totalmente el enfoque de tus actividades.

TU SALUD — Salvo pequeños trastornos digestivos causados por imprudencias, el estado de tu salud es bastante satisfactorio.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color zafiro.
Número 2.

TU CORAZON — Tu intervención será decisiva en un problema familiar bastante delicado. Confía en tu criterio y sigue la inspiración del momento.

TU TRABAJO — Será preciso aplicar un nuevo impulso a tu trabajo. La rutina afecta la calidad de los resultados.

TU SALUD — Preocúpate más de tu apariencia para que toda tu persona presente un aspecto realmente saludable; no olvides de comer con menos calorías.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color topacio.
Número 5.

TU CORAZON — Tu exceso de susceptibilidad puede ser obstáculo que amenaza tus relaciones sentimentales. Trata de reaccionar.

TU TRABAJO — Semana tranquila, sin mayores acontecimientos. Aprovecha de poner al día una serie de detalles que habían ido quedando atrás.

TU SALUD — Debes practicar más ejercicio y activar tu ritmo de vida. Unos días en contacto con la naturaleza te serían de gran valor.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color esmeralda.
Número 2.

TU CORAZON — De tu diplomacia y tacto puede depender la felicidad de una persona que te es muy querida. Deja a un lado todo egoísmo.

TU TRABAJO — Semana de poca actividad. Aprovecha para terminar pequeños detalles que habías ido dejando atrás por falta de tiempo.

TU SALUD — Reduce tu actividad, recuerda que tu resistencia física tiene límites, y aumenta tus horas de sueño y descanso.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color marengo.
Número 7.

TU CORAZON — Puede decidirse en estos días un asunto vital para tu felicidad conyugal. No desoigas los consejos de los mayores.

TU TRABAJO — No dejes las cosas para después. Aprende a enfrentar los hechos y los problemas en el momento que se van presentando.

TU SALUD — Una excelente disposición de ánimo influirá directamente en el estado de tu salud como el mejor de los tónicos.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día miércoles.
Color bronce.
Número 1.

TU CORAZON — Piensa en tus propias debilidades antes de juzgar a los demás. Un deseo por largo tiempo oculto puede llegar a realizarse.

TU TRABAJO — No permitas que tu vida sentimental interfiera en la marcha normal de tu trabajo. En períodos de tranquilidad tu rendimiento es mucho mejor.

TU SALUD — Trastornos digestivos bastante molestos. Cuida especialmente tu alimentación y no cometas imprudencias.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color plomo.
Número 9.

TU CORAZON — Un capricho infantil puede arruinar la mejor oportunidad de tu vida sentimental. Sé muy cuidadosa y reflexiona antes de actuar.

TU TRABAJO — Una serie de cambios en tu trabajo creará al principio un ambiente de desorientación, pero podrás adaptarte con facilidad.

TU SALUD — Preocúpate de tu figura y de tu apariencia; es un factor importante incluso para mantener alta tu propia moral.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color granate.
Número 0.

TU CORAZON — Domina tu carácter impulsivo y apasionado. En materia sentimental no son aconsejables las decisiones precipitadas. Recapacita.

TU TRABAJO — Alguien envidia tu situación profesional Observa cuidadosamente a las personas que te rodean y no confíes en cualquiera.

TU SALUD — Falta de energía. Tendencia a la melancolía y al aislamiento. Todos estos trastornos derivan de un estado síquico depresivo.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color magenta.
Número 5.

TU CORAZON — Todos los días de esta semana te aportarán algo nuevo y emocionante. No comprometas tu corazón y goza de tu juventud.

TU TRABAJO — Descontrol en tu presupuesto debido a una serie de gastos imprevistos inevitables. Deberás aumentar tus ingresos haciendo trabajitos extras.

TU SALUD — Los días más calurosos te ayudan a llevar una vida más natural. Da largas caminatas al aire libre y practica ejercicios respiratorios.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color turquesa.
Número 0.

TU CORAZON — No te dejes llevar por el desaliento. Es inevitable que entre parejas surjan discusiones y malentendidos.

TU TRABAJO — Recibirás grandes satisfacciones por pequeños trabajos artesanales relacionados con tu hogar. Aprovecha tu imaginación.

TU SALUD — No recargues tu estómago, sobre todo de noche. Será preferible evitar los alimentos demasiado pesados y de difícil digestión.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color diamante.
Número 2.

TU CORAZON — Comienzo de una etapa importante y decisiva en tus asuntos sentimentales y familiares. Realza los verdaderos valores.

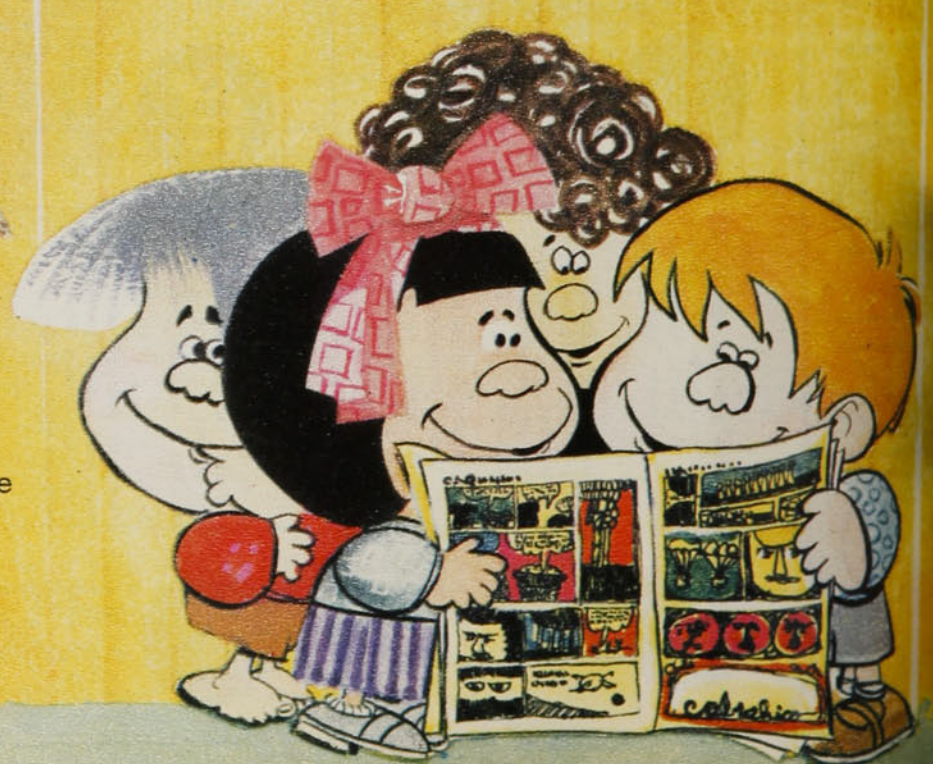
TU TRABAJO — Un nuevo proyecto familiar requerirá de un sacrificio económico general. Sin embargo, todo ese esfuerzo será ampliamente recompensado.

TU SALUD — Sigue vigilando tu sistema nervioso, que por el momento es el causante de tus insomnios y en general es el peor enemigo de tu salud.

A MI TAMBIEN ME GUSTA LEER LA REVISTA

cabrochico

A TODO COLOR
sus historietas de acción... sus cuentos infantiles dibujados...
Y ME ENTRETENGO
recortando y pegando y por supuesto armando el rompecabezas
MI PAPA LEE
El suplemento dedicado a los adultos.



revista
cabrochico
Por fin una revista infantil que de verdad es para los niños.
aparece los viernes cada 15 días Eª 3.50
producida por quimantú
una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

Eº 5 N.º 1947



¡NO PUEDES OBLIGARME A AMARTE!

Tuve que oír esas palabras duras y amargas.

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

Cuando conoció a DAVID GODARD, JUDITH MARLOWE creyó que era un periodista deseoso de obtener detalles biográficos de su recién fallecida tía abuela, VERA MARLOWE, de soltera Vera HALVORSEN y ex danzarina del Ballet Real de Dinamarca. Pero en realidad David se interesaba más en la nieta de la dama, prima de Judith, GISELLE, muerta hacia cinco años en un accidente ferroviario.

Giselle viajaba en ese tren para ir a Dinamarca a buscar al hombre que amaba, un piloto de la línea comercial danesa llamado NIKKI. Judith le había prestado el dinero del pasaje, ansiosa por verla marcharse porque creía que su propio galán en esa época, se sentía atraído hacia Giselle. Y ahora que aquel hombre había dejado de interesarle, abrigaba sentimientos de culpabilidad hacia su prima muerta.

Al revisar las pertenencias de su tía Vera, Judith se asombró de descubrir la maleta que Giselle llevaba en su viaje fatal, al parecer sin daño alguno. Todavía contenía lo que ella llevaba, incluso una cámara fotográfica y su pasaporte. Este documento llevaba la visa de entrada a Dinamarca, pero no la salida. Y al revelar el rollo de la cámara, mostró una instantánea de Giselle junto a INGE SCHALL, una joven danesa que vivió un tiempo en casa de la tía Vera intercambiando servicios por el aprendizaje del idioma. Ambas aparecían frente a una farmacia en Copenhague, lo cual demostraba que Giselle había estado allí. También aparecía en la foto la sombra de la tía Vera, indicando que fue probablemente ella quien tomó la fotografía.

David persuadió a Judith de ir a Copenhague para ubicar a Inge y aclarar el misterio de Giselle. En el avión Judith encontró a David, también en viaje a Copenhague, aparentemente a pasar unas vacaciones.

Cuando fue ubicada, a través del farmacéutico retirado, HERR RASMUSSEN, Inge, ahora convertida en la SEÑORA AKSELL, simuló no haber visto jamás a Giselle en Dinamarca.

Más adelante, mientras almorzaba con David, Judith conoció a la hermana de éste, ROSE, y a su marido, KEITH TRESHAM, quien mencionó que David era nieto del fallecido Sir JOHN GODARD, dueño de una importante empresa periodística. Los directores de esa empresa estaban ansiosos por encontrar a la prima de David, MARY GODARD, para la repartición de la herencia. David creía que era Mary y no Giselle, la que había muerto en el choque de trenes hacia cinco años.

David invitó a Judith a ir con él a ver el ballet "LA VENTANA" en el cual la tía Vera había bailado una vez la "Danza del Espejo". Ella aceptó y comenzó a darse cuenta de que él la atraía mucho; pero estaba decidida a no volver a enamorarse jamás.

CAPITULO V

JUDITH y David habían ido al Teatro Real a ver un programa de ballet del siglo XIX, cuyo autor fuera Auguste Bournonville. El telón estaba corrido sobre el escenario y también parecía pertenecer al período Bournonville, con sus gordezuelos cupidos sosteniendo los pliegues carmesíes de la cortina pintada. Un hombre corpulento pasó frente a ellos disculpándose en voz alta, seguido de una mujercita menuda y dos niñas. Tomaron asiento y el hombre ocupó la butaca vecina a la de Judith.

Las luces comenzaron a apagarse. El director de orquesta levantó su batuta y dio comienzo a la obertura.

El ballet era como si volviera a la vida una antigua litografía de principios del siglo XIX y el acompañamiento orquestal tenía un tintineo acompasado que evocaba la pretérita musicalidad de una cajita de música.

En el escenario las bailarinas se agitaban etéreas como mariposillas nocturnas. Cuando terminó el acto la cortina volvió a bajar y se encendieron las luces. David se volvió a decirle algo, preguntándole si le había gustado el espectáculo. Respondió con monosílabos, consciente de que el hombre grueso sentado a su izquierda había vuelto la cabeza interesado y atento al oír que hablaban inglés. Judith dejó caer el programa y aquel hombre se inclinó en el acto a recogerlo.

—¿Es tal vez ésta la primera vez que asiste al Ballet Real? —preguntó.

Judith pensó que un cambio de amables palabras con su vecino le evitaría tener que conversar con David. Hasta entonces, hablar con David había sido lo más fácil del mundo. Pero ya no.

Sonrió al desconocido danés con deliberada amabilidad, diciendo:

—¡Qué suerte encontrarse al lado de alguien que habla inglés!

—Oh, eso no es nada. Todos lo hablamos. ¿Le ha gustado el ballet?

—Fue precioso.

—Ah, sí, ya lo creo...

Judith escuchaba cortésmente mientras él se lanzaba en un discurso sobre el ballet, consciente de la irritación de David al verse excluido de la charla.

VISITACIÓN DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
- 4 OCT. 1971
DEPÓSITO LEGAL

La mirada de Judith vagó por el ámbito del teatro deteniéndose en el palco real, esta noche vacío. Pero no lo había estado aquella otra noche, cuando la tía Vera había tenido su gran triunfo.

Allí, sobre esa barandilla de terciopelo habían reposado las manos enguantadas de dos hermanas danesas, una de ellas emperatriz y la otra reina. Judith alcanzaba a ver la puertecilla, al fondo del palco. ¿Había tenido que atravesar esa puerta la tía Vera, o había esperado en alguna antesala para realizar su reverencia y recibir el obsequio que tanto la había asombrado encontrar en el salón de Inge Aksell esa misma mañana?

El público estaba abandonando los asientos, para salir al foyer. David se puso de pie...

—¿No le gustaría circular un rato? —propuso—. ¿O prefiere tal vez seguir conversando con su vecino?

No le hizo falta percibir el tono impaciente de la voz de David para comprender que se estaba conduciendo en forma descortés.

—Sí —aceptó levantándose—. Sería agradable.

En el foyer había tanta gente que hubo escasa oportunidad de conversar, hasta que subieron al segundo piso donde las puertas de cristal se abrían sobre balcones desde los cuales se dominaba la ciudad.

La lluvia había recomenzado y el asfalto de las calles brillaba con reflejos amarillos y negros bajo los faroles.

—¿Qué es lo que sucede, Judith? —preguntó David.

—Oh, no es nada. Creo que solamente estoy algo fatigada.

—¿Quiere que nos retiremos antes de ver el último ballet?

¿Perderse el último ballet? Podría haber dicho "sí" si no hubiera sido precisamente aquel en que tía Vera había bailado. Ahora, aunque se sentía efectivamente cansada, comprendía que tenía que ver aquella postrera ilusión de la tía Vera, con la cual había vivido hasta el último día de su vida.

—No, gracias —respondió—. No estoy tan cansada como para eso.

Trató de hablar en tono ligero y jovial. David se reanimó de inmediato.

—Rose y Keith quieren que vayamos con ellos mañana a Odense. Les dije que vería qué tal le parecía a usted la idea. Tal vez, después de una buena noche de descanso...

Se interrumpió bruscamente, desilusionado, al ver que Judith negaba, sacudiendo la cabeza.

—No le molesta si le digo que no, ¿verdad?, y los dejo a ustedes pasear solos. Por favor, agradezca a su hermana en mi nombre por incluirme en su invitación, pero creo que no iré.

—Entonces, yo...

—Usted irá con ellos, por supuesto. La razón de que haya hecho una visita de negocios a la casa de mi tía y luego nos hayamos vuelto a encontrar viajando en un mismo avión no quiere decir que sus parientes se sientan obligados a incluirme en todas sus visitas de vacaciones.

Con esta respuesta tan cortante David quedó reducido al silencio. Judith sintió que lo había ofendido profundamente, pero de todos modos se volvió alejándose y comenzó a descender la escalinata. Ya sonaba el timbre anunciando que la función iba a recomenzar.

Cuando volvieron a sus asientos, David ya no hizo ningún esfuerzo por hablarle, pareciendo dedicado a leer atentamente el programa.

A Judith no le quedó otra alternativa que mirar también su programa. "La Ventana". Descubrió que la página que describía la acción del ballet traía una traducción al inglés, indudablemente incluida a beneficio de los turistas ingleses y americanos. Comenzó a leer con interés.

"La Ventana", aunque compuesta por Auguste Bournonville hace tanto tiempo, en 1854, sigue representándose frecuentemente. La mayoría de nuestras famosas bailarinas del pasado han realizado el rol de la "señorita" que danza con su reflejo en el gran espejo. La "Danza del Espejo" es, en efecto, la parte más descollante de todo el ballet. Tiene lugar en el primer acto. Quedan todavía algunos habitantes en Copenhague que pueden recordar la brillante y vehemente actuación, en los primeros años de este siglo, de su más talentosa intérprete: Margarethe Ralov."

¡Margarethe Ralov! Le pareció estar escuchando la voz de la tía Vera pronunciando ese nombre. Habían bailado una frente a la otra. Margarethe más joven, algo menos experimentada, según tía Vera, motivo por el cual había sido solamente el reflejo, al otro lado del marco del espejo. ¿Viviría aún?

Si estaba viva, seguramente debería saber algo sobre la visita de tía Vera a Copenhague cinco años antes. Judith se había equivocado al creer que su tía abuela no estaba en contacto con nadie. Más bien había olvidado a Margarethe Ralov, a pesar de que habían intercambiado tarjetas de navidad cada año. Ahora le parecía volver a ver las tarjetas, con su mensaje navideño escrito en danés en su interior.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que viera la última de esas tarjetas sobre la chimenea de la tía Vera? Aparentemente hacía muchos años que su contacto con el extranjero había dejado de interesarle a la anciana. ¿Cuántos años? ¿Cinco o más?

Se volvió a su vecino de la izquierda, diciendo:

—Usted que es tan entendido en ballet y dijo que podía responder a cualquiera pregunta sobre sus más famosas danzarinas, ¿no es eso?, tal vez sabría decirme...

El hombre se apresuró a interrumpirla:

—No creo que mucho más que cualquier ciudadano de Copenhague. No debe sobreestimarme demasiado.

Pero por supuesto que no protestaba en serio. Su máscara de modestia no resultaba muy convincente. Y luego añadió:

—Pregunte, por favor, lo que desea saber.

Judith señaló el programa.

—Me interesó esta nota escrita en inglés. Dice aquí que Margarethe Ralov fue la mejor danzarina que haya interpretado el rol principal del próximo ballet.

—¡Ah, la divina Margarethe!

Los dedos gordezuelos enviaron un beso en dirección al oculto escenario.

—¡Cuántas veces escuché a mis padres describir el furor de entusiasmo con que saludaban su aparición en escena y aplaudían su "Danza del Espejo"!

—Entonces tal vez pudiera decirme...

Nuevamente la interrumpió:

—Como usted comprenderá y va a verlo ahora, no se trata de un espejo verdadero, no hay cristal alguno. El cristal no puede figurar adecuadamente en un escenario.



● **Señaló vagamente con el periódico y luego sonrió con picardía.**

Capta demasiados reflejos.

—Sí, naturalmente, pero...

—Pero para simular un reflejo otra bailarina de menor importancia, porque nunca se destaca, repite los movimientos de la prima ballerina en sentido inverso, al otro lado de un marco vacío... .

El director de orquesta estaba ya en su lugar y las luces se apagaban. De un momento a otro daría comienzo a la obertura. Judith lo interrumpió esta vez con desesperación, preguntando:

—¿Vive todavía Margarethe Ralov?

Le pareció que su vecino estaba desconcertado, pero había demasiada oscuridad para poder asegurarlo. En seguida respondió con gran precisión:

—No. Ya no vive.

Judith comenzó a mirar, sin gran entusiasmo. Con demasiada frecuencia era posible alimentar esperanzas inútiles, pensó. Se alegró de no haber mencionado a David el nombre de Margarethe Ralov, pero en todo caso, ¿qué podía importar eso ahora si la bailarina había muerto?

Dedicó su atención al ballet. La "Danza del Espejo" llegaba a su fin. La "señorita" había descorrido una cortina a través del espacio vacío y se acercó a la ventana a escuchar la serenata de su enamorado. Por eso el ballet se llamaba "La Ventana", según decía el programa.

El galán se había deslizado por la ventana; otras bailarinas habían entrado y el ballet finalizaba en medio de una danza impetuosa. La prima ballerina avanzaba y retrocedía frente a un hombre con una guitarra. Después cayó el telón. Los intérpretes del reparto se inclinaban saludando al público. Varias veces se levantó el telón y volvió a caer. El público se levantó de sus asientos, todavía aplaudiendo.

El caballero danés se detuvo al pasar por su lado para decirle:

—Buenas noches, señorita. Espero que se lleve un buen recuerdo de esta velada.

David observaba, impaciente.

—Oh, sí, con seguridad. Gracias por informarme tanto. Ha hecho la representación mucho más interesante.

El danés sonrió, satisfecho.

—De nada. Le sugiero que visite nuestro Museo del Teatro, que contiene reliquias e información sobre las grandes estrellas del pasado. Queda a un costado de nuestro Palacio Christianborg.

DAVID esperaba a Judith junto a la puerta.

—¿Cómo pudo encontrar tanto tema para conversar con ese hombre? —preguntó.

—El era muy comunicativo.

Salieron del teatro y bajaron las gradas en silencio. Las luces de los restaurantes y cafés frente al teatro brillaban invitadoras. David vaciló y luego colocó su mano sobre el brazo de ella, inseguro respecto a lo que podía significar el cambio evidente que demostraban sus maneras para con él.

—¿Supongo que sería inútil sugerir que fuésemos a uno de esos lugares a servirnos alguna cosa? ¿Está demasiado cansada?

Por un momento la sobrecogió un insoportable abatimiento. Hubiera dado cualquier cosa por aceptar. Pero en cambio dijo:

—En realidad, sí, estoy demasiado cansada. Prefiero volver caminando, para tomar aire fresco.

—¿Caminando hasta el hotel? Pero... ¡si está lloviendo!

—No, ya ha dejado de llover —dijo Judith.

David ajustó su paso al de ella.

—Esa amiga de su prima, la señora Aksell..., ¿cuándo vuelve de Suecia?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? .....

Su comprensiva simpatía se convirtió de repente en indignación.

—¿No sabía lo importante que era averiguarlo?

—No. ¿Por qué?

David se detuvo bajo uno de los faroles y observó su cara con atención.

—Judith, ¿qué le sucede? Al principio creí que estaba excesivamente fatigada. O que yo la estaba fastidiando con alguna bagatela. Pero ahora...

Judith siguió caminando de prisa. Por supuesto que lo único que David deseaba era utilizarla como

medio de información, como una conexión con Inge Schall. De nuevo estaba hablándole de eso, ahora mismo.

—Lo que tiene que hacer es quedarse aquí hasta que Inge regrese —dijo—. No la llame, vaya a verla personalmente, como lo hizo hoy. De ese modo tendrá mucho más posibilidad de conseguir sacarle algo a ella.

Parecía una orden. Lo miró con furia.

—No haré nada parecido. ¿Por qué habría de hacerlo?

Habían llegado a la bahía. Un barco pequeño se mecía al pie de las gradas que bajaban desde el muelle. Judith se detuvo, volviéndose a mirarlo.

—¿Por qué tengo que seguir siendo para usted la que saca las castañas del fuego? Lo único que usted quiere averiguar es si su prima Mary está o no muerta. Entonces usted y su familia podrán dividirse lo que les dejó en herencia el abuelo. ¿Por qué voy a perder mi tiempo ayudándolo?

—Judith..., ¿qué es lo que la hizo cambiar?

—Nada. Siempre supe que perseguía un propósito al mantenerse en contacto conmigo. No es eso lo que me molesta, en realidad, sino que usted no haya sido sincero al respecto.

—¿Yo?

JUDITH no quiso prestar oído al auténtico asombro que revelaba la voz de David. Mejor era terminar las cosas ahí mismo. Mejor, en el punto en que estaban, antes de poder llegar tan lejos que se tornara peligroso volver atrás.

—Usted vino dos veces a la casa de mi tía, en ambas ocasiones fingiendo ser lo que no era. No vuelva a decirme que aquello fue culpa nuestra, de Matty y mía, al confundirlo con un reportero. **Usted** quiso que lo creyéramos así, por convenir a sus propósitos. ¿Cree que esto fue honesto?

—Tal vez no —repuso en voz baja David—. Pero esto es algo que hasta ahora usted había aceptado sin objeciones.

Estaban de pie bajo los árboles. El agua llegaba casi a lamerles los pies.

—¡Y ha mantenido el fingimiento hasta poder averiguar lo que pudiera sobre Inge Schall a través de mí! Sólo porque lo encontré junto a su familia fue que no pudo seguir simulando. Y ahora quiere que yo encuentre a Inge para usted. Del mismo modo como consiguió con el empleado de la oficina de turismo que le dijera qué vuelo había reservado yo...

—Escuche...

Por el tono de su voz, comprendió que David repentinamente se había encolerizado. Ambos debieron haber alzado la voz porque algunos de los que pasaban junto a ellos se volvieron a mirarles.

—¡No **quiero** escuchar! —exclamó.

—Pero sí lo hará. Si he hecho uso de lo que usted sabe, ¿no ha tratado usted también de utilizar lo que yo sé? ¿Me cree tan tonto como para no haber sabido desde el principio que usted también tenía una poderosa razón para desear averiguar algo sobre Giselle?

Por un momento Judith fue incapaz de hablar y responderle. Allí, de pie en la penumbra, casi llegó a creer que él había descubierto su razón. Y se le encendieron de vergüenza las mejillas al pensarlo. Cuando pudo hablar fue para decir con voz temblorosa:

—Quédese donde está. Seguiré sola.

David no hizo ningún movimiento para seguirla cuando se alejó caminando con rapidez.

DENTRO del hotel todo estaba oscuro y silencioso. Tragó una aspirina antes de desvestirse porque temía tener pesadillas. No quería soñar con David, de pie bajo los árboles, mirándola mientras ella se alejaba.

Pero de todos modos soñó vívidamente esa noche. Soñó que veía a Giselle bailando frente a un espejo, o más bien frente a un marco vacío. Otra joven bailaba al lado opuesto copiando cada movimiento en sentido inverso, igual como lo había hecho la segunda bailarina aquella noche en el ballet.

En el sueño Judith sabía que era desesperadamente importante visualizar a aquella segunda muchacha, pero por más que se esforzó, la danzarina permaneció sólo como una sombra.

A la mañana siguiente la despertó la campanilla del teléfono. Judith siguió tendida en su cama sin molestarse en responder. La campanilla hizo un último llamado y quedó muda.

Sabía que era David. No podía ser otra persona porque ¿quién, en Copenhague sino David, podía saber dónde se encontraba ella?

Volvió a sonar el teléfono antes que abandonara la habitación para bajar a desayunar y esta vez tuvo que poner en juego toda su fuerza de voluntad para no levantar el receptor.

Después de beber una taza de café y mordisquear una tostada, se colocó el abrigo y salió del hotel.

Afuera había un sol claro y brillante, pero desde la bahía soplaba un viento frío. Caminó siguiendo la orilla del canal, cruzó un puente y se encontró de pronto frente al Christianborg Palace. Hombres apresurados llevando portadocumentos bajo el brazo cruzaban sus umbrales.

El palacio original se había incendiado hacía tiempo y el que construyeron en su lugar servía ahora de oficinas administrativas del gobierno. Como el patio interior al otro lado del pórtico estaba aparentemente abierto a cualquiera que quisiera entrar, Judith entró y volviéndose a la izquierda se encontró frente a otro arco el cual, después de atravesarlo, la condujo a un jardín pequeño frente a la construcción que era ahora la Biblioteca Nacional.

Era un rincón asoleado y agradable. "Me sentaré al sol un momento y trataré de organizar mis pensamientos", se dijo Judith. Después de eso tendría que ocuparse de reservar su vuelo a Inglaterra para el día siguiente.

Era un jardincito cuadrado, con algunas glorietas que servían de refugio a las personas que deseaban sentarse resguardadas del viento. En la más próxima a ella se encontraba solamente una persona, un anciano que leía un periódico. Judith caminó hasta allí y se sentó también. El anciano bajó su diario para mirarla.

Era *Herr* Rasmussen, el farmacéutico de Dragor.

—Buenos días, señorita —dijo—. Realmente..., ¡muy buenos días!

Judith se sintió a medias divertida y a medias irritada por su presencia.

la danza del espejo

—¿Viene con frecuencia a Copenhague? —le preguntó.

—Vengo a visitar a mi doctor a veces, o también a visitar a viejos amigos. Ahora que recuerdo, usted quería encontrar a Inge Aksell, ¿no?

Judith asintió.

—¿Se encuentra ella en casa ahora? —preguntó el anciano.

—Ahora no. La vi justamente antes de que saliera para Suecia. Me dijo que iba allá a reunirse con su marido.

—¿Eh..., qué dice?

Pensando que se había vuelto repentinamente sordo, Judith estaba a punto de repetir sus palabras, pero observó enseguida que él reía socarronamente. Su cuerpo delgado y envejecido se sacudía regocijado. Cuando terminó su paroxismo de júbilo, la miró guiñando los ojos.

—¡Vaya, a reunirse con su marido! Esa sí que es una buena broma, diría yo. Tal vez a perseguirlo, ¿no? Bah, mejor se hubiera quedado aquí mismo, en Copenhague. Sí, sí, mejor se hubiera quedado donde estaba.

—¿A perseguirlo? —preguntó Judith, asombrada.

—Mientras él persigue a las otras. Ese tal Aksell es un tenorio veleidoso. Casi desde que estaban recién casados ella ha tenido problemas con él.

—Entonces..., ¿por qué no se divorcian?

—Todavía lo ama, supongo, es tan tonta como para eso. Y ella se lo arrebató antes a otra, así es que ahora está sufriendo su castigo.

—Yo pienso que ella lo tolera porque él es un hombre de posición acomodada —comentó Judith.

El anciano movió la cabeza, rechazando la idea.

—Para hacer justicia a la pequeña Inge, cuando ella se casó con él, Aksell no tenía un centavo. Fue sólo posteriormente cuando llegó la fortuna que les permitió levantarse. El dinero atrae al dinero, usted ya sabe.

—¿De dónde obtuvo la fortuna inicial? —preguntó Judith.

—No lo sé. Hace años que él puso los pies en el primer peldaño de la fortuna. Tal vez alguien le dejó a ella una herencia. Inge nunca ha dicho que fuese ella quien puso el dinero, pero yo lo supe igual, por la forma en que lo mira. Ah, sí. Cuando los visité después, ¡quedó perfectamente en claro para mí que era ella la que sujetaba los cordones de la bolsa!

Luego el anciano añadió:

—Este es un sitio privado, muy privado. Por eso es que Aksell viene aquí con su amiga.

Judith lo miró.

—¿El tiene relaciones ilícitas con alguien? ¿A eso se refería cuando dijo que más le valía a Inge quedarse en Copenhague?

—El siempre tiene pequeñas aventuras, de vez en cuando. Después, cuando Inge lo descubre, ella arma un gran escándalo y él se siente desdichado y promete terminarlo todo y enmendarse. Yo sé todas estas cosas porque un día tuvieron una de estas escenas estando yo presente. A veces me he encontrado con Aksell en un café y él está con alguna muchacha, pero no digo nada. El tampoco dice nada y yo no se lo digo a Inge. ¿Para qué decirlo?

—Creo que tiene razón —convino Judith—. Sobre todo si como usted dice se trata sólo de aventuras pasajeras.

—Por eso es que ahora, hace sólo unos minutos, cuando él se paseaba por este jardín cogido del brazo con su última conquista, me vio perfectamente, pero simuló no verme. Soy solamente el viejo Rasmussen. Inofensivo. Levanto mi diario y leo mientras ellos se sientan un poco más allá.

Judith estaba demasiado sorprendida para decir nada. ¡De modo que el marido de Inge estaba allí, probablemente cerca de ellos, medio oculto en alguna de esas glorietas!

—¿Dónde están sentados? —preguntó.

—Por ahí, hacia la izquierda.

Señaló vagamente con el periódico y luego sonrió con picardía.

—A usted le gustaría darle una mirada, ¿no? ¿Al marido de Inge? Antes era un hombre muy apuesto, pero creo que ahora está comiendo demasiado y viviendo en forma muy agitada..., pero..., ¿ya va a dejarme?...

Judith se levantó del asiento y lo miró.

—Sí, creo que sí. Además, quiero ver cómo es él. ¿Quién es la muchacha, la conoce?

Negó con un gesto.

—Como todas. Delgada, de regular estatura. Todas se parecen. El se cansará también de ésta, la abandonará y volverá donde Inge. Ella lo regañará para terminar perdonándolo después, como siempre. Usted..., ¿no irá a visitarme nuevamente en Dragor?

A pesar de su ansiedad por no perder la ocasión de conocer al marido de Inge, Judith tuvo que sonreír, sabiendo perfectamente por qué la estaba invitando.

—¿Para que lave sus platos?

—Vamos, señorita, recordará que después le di unas deliciosas galletitas, ¿no fue así?

—Sí, en efecto. Pero temo que no tendré tiempo para volver a visitarlo. Adiós.

Trató de no apresurarse haciendo como que paseaba lentamente al acercarse al sitio que el anciano le había indicado. Y de pronto, al contornear un grupo de arbustos, los vio. Era casi tan corpulento y rubicundo como el hombre que le había tocado de vecino la noche anterior, en el teatro. Pero cuando volvió un poco la cabeza para mordisquear la oreja de la muchacha que estaba con él, pudo ver borrosamente la línea de un hermoso perfil.

Al minuto siguiente la pareja se puso de pie. El era muy alto, de modo que el exceso de peso que indudablemente tenía, no se notaba demasiado. El y la chica caminaban hacia la salida del jardín y Judith los siguió.

Habían entrado al gran espacio abierto en medio de los edificios, donde funcionaban las oficinas de gobierno. Aksell se detuvo ahí, pero la muchacha corrió atravesando la placita y entrando a uno de los ministerios. Seguramente trabajaba allí, pensó Judith. Por eso el jardincito, tan a la mano, era el sitio ideal para sus citas clandestinas. Siguió un momento a la chica con la vista y cuando volvió la cabeza para mirar lo que hacía Aksell, éste había desaparecido.

Decepcionada, Judith siguió su paseo entrando a un largo corre-

dor que la condujo a un jardín más grande y formal. Al otro lado de éste había un arco de piedra y sobre el dintel la placa que anunciaba que allí estaba el "Museo del Teatro".

Ahora se encontraba en un ala del palacio antiguo. Un rumor de música llegó débilmente a sus oídos mientras subía los peldaños hasta el nivel del teatro mismo. Pero no era música de orquesta, sino una grabación y enseguida reconoció los compases del ballet "La Ventana", trayéndole inmediatamente a la memoria la noche anterior. Y volvió a ver a David, sentado a su lado en el Teatro Real.

Ascendió algunos peldaños más y se encontró en el pasadizo que contorneaba el teatro y cuyas puertas conducían a los palcos privados. Las murallas del pasadizo estaban literalmente empapeladas con retratos de actores, carteles de estrenos memorables y diseños de escenificación de producciones famosas. En el extremo más distante estaba el baúl de cuero de Auguste Bournonville, el mismo que había traído a Copenhague desde París en los primeros años del siglo diecinueve.

Leyó la inscripción que había sobre el baúl y luego regresó lentamente por el pasillo y entrando a uno de los palcos se sentó en una de las sillas tapizadas de felpa escarlata, observando a su alrededor. Se había procurado conservar el ambiente de antaño en todos sus detalles y pudo ver, en el palco vecino, que alguien había dejado sobre una silla su bastón y un sombrero de copa. Judith pensó que era una excelente reproducción, pensando con nostalgia en el fantasma que había dejado tras él esos objetos personales; el fantasma de algún alegre joven que perteneció a los tiempos de Hans Andersen.

Volviendo a bajar, Judith se encontró en otro pasadizo, pero éste se extendía detrás del escenario. Aquí las murallas estaban llenas de recuerdos más cercanos a su propia época o, más bien, a los de tía Vera. La sombrilla japonesa que perteneciera a una famosa actriz de la época Victoriana se balanceaba sobre un sonriente e inmaculado retrato de Carl Brisson.

Pero algunos pasos más la llevaron a una generación más distante. Allí había una pintura tosca, el paisaje pintado por un escenógrafo, pero latiendo de vida: el retrato de una danzarina frente al marco plateado de un espejo. Bajo el cuadro había referencia escrita en danés que Judith no comprendió, pero las palabras principales se destacaron súbitamente haciéndola aproximarse a mirar más de cerca:

Margarethe Ralov. La Ventana.

Tal vez sin darse cuenta llegó a lanzar una breve exclamación, porque un joven que acomodaba los ítem exhibidos en una vitrina cercana volvió la cabeza y le habló cortésmente en inglés, diciéndole:

—¿Le interesa ella especialmente?

—¿Margarethe Ralov? Sí. Solía escuchar a una parienta mía hablar de ella. A mi tía Vera Halvorsen, que también bailó en el ballet.

El joven parecía intrigado.

—Aunque es un nombre danés, no lo conozco. Tal vez ella no llegó a ser miembro del Ballet Real.

Judith no se molestó en contradecirlo. El comentario del joven sólo venía a afirmar su creencia de que la tía Vera, aunque fue, sin duda, una excelente danzarina del **corps de ballet**, no había actuado en papeles principales a excepción de una sola vez. Quizás era más caritativo recordar que se había casado a temprana edad abandonando su carrera por el amor.

Margarethe Ralov fue una de nuestras más destacadas *prima ballerinas* —estaba diciendo el joven — y disfrutó de una carrera más larga que la mayoría. Se casó con un hombre rico y pudo haberse retirado. Pero amaba demasiado la danza para hacer tal cosa.

—¿Cuánto tiempo hace que murió? —preguntó Judith.

—¿Perdón?...

El joven la miraba, perplejo.

—Estoy seguro de que si hubiese muerto recientemente, los periódicos hubieran difundido ampliamente la noticia.

—¿Quiere decir entonces..., que aún vive?

—Por supuesto. Ahora es muy anciana y según dicen se ha vuelto algo excéntrica. Yo mismo he podido verla recientemente paseando por la ciudad en ese alto y anticuado coche inglés que tiene, con su dama de compañía.

—¿Cuánto tiempo hace que la vio?

—Oh..., no hace mucho. No puede haber muerto después de eso, le aseguro, si eso es lo que la preocupa. La prensa hubiera hecho todo un alboroto con la noticia.

Ese hombre del teatro... Ahora recordaba su expresión desconcertada cuando le preguntó si conocía a Margarethe Ralov. Se sentía comprometido después de haberse jactado de conocedor, pero en realidad ignoraba si ella vivía o no.

El joven ya se retiraba a una pequeña oficina detrás del escenario. Judith corrió tras él.

—¡Un momento, por favor! ¿Podría decirme dónde vive ella?

El joven vaciló.

—Por supuesto, puedo buscar su dirección en mi oficina. A propósito, ella se llama ahora *Fru* Flindt. Vive en una de esas enormes mansiones que hay en la Avenida Costanera, pero...

Seguía vacilando. Judith insistió.

—Comprendo que si es muy anciana debe molestarle recibir visitantes. Pero sólo quiero hablarle un par de minutos. Ella... fue en un tiempo amiga de mi tía abuela.

Sin el menor entusiasmo el joven propuso:

—¿No sería mejor que le escribiera primero? Puede ser que los informes sobre ella estén errados, ya sabe que las habladurías son siempre malintencionadas, pero dicen que su cabeza no anda bien, ¿comprende? Los años... la dama de compañía está siempre con ella y rara vez permite que los extraños la vean. ¡Es preciso mantener el hechizo de su personalidad en la memoria de la gente, preservar el encanto!

—Bueno, en ese caso le escribiré. ¿Puede darme su dirección, por favor?

Desapareció un momento y regresó con un trozo de papel.

—El nombre de la residencia es *Sorgen Frei*. Es una de las más hermosas villas que dan hacia el Sound.

Judith hizo desaparecer el papel en su cartera y le agradeció al joven. Se despidieron. La música grabada la siguió cuando descendía la escalera hacia el corredor abovedado que rodeaba al jardín.

(CONTINUARA)

PROXIMA SEMANA: ¿HABIA PRETENDIDO EFECTIVAMEN T E INGE DESHACERSE DE ELLA?

AÑO XXXIX - N.º 1947
5 de octubre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.







EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO
Cap. V 2-8

CUIDA DE MI AMOR
Cumplí su pedido y él volvió para destrozar mi mundo 10-14

FOTONOVELA 15-24

EL CUENTO DE LA SEMANA
"Pero la vida", Poli Délano, chileno. 25-27

NO PUEDES OBLIGARME A AMARTE
Tuve que oír esas palabras duras y amargas 28-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35

VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

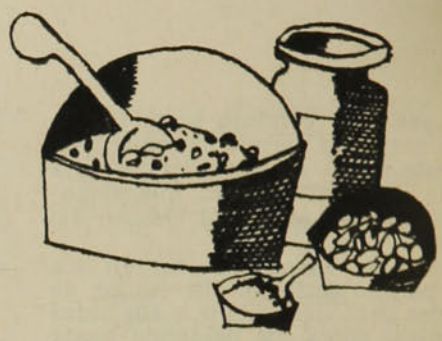
Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. Cabeceras Central (B)

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

Para la hora del té:

EL VERDADERO QUEQUE:



Ingredientes para ocho personas: 3 huevos, 125 grs. de azúcar flor, ½ cucharadita de café de sal fina, 250 grs. de harina, 175 grs. de mantequilla, 100 grs. de pasas, 100 grs. de frutas confitadas (optativo), un vasito de ron y una cucharada de postre de polvos de hornear.

PREPARACION: Lava las pasas y macéralas con las frutas confitadas cortadas en pedacitos y remojadas en el ron. En un bol trabaja la mantequilla previamente blanda hasta que te quede con la consistencia de una pomada. Agrega progresivamente el azúcar y la sal. Bate vigorosamente esta mezcla hasta que quede bien cremosa. Incorpora los huevos enteros uno después del otro, vacia la harina de una sola vez, luego las frutas y el ron. Termina poniendo los polvos de hornear y mezcla bien. Vacia la mezcla a un molde de queque previamente enmantequillado y cuécelo a horno caliente. Transcurridos diez minutos reduce la temperatura para terminar su cocimiento a fuego lento alrededor de unos 35 minutos más.

LOS GRANDES REVOLUCIONARIOS

en revista

HECHOS MUNDIALES



producida por una Empresa de los trabajadores

¡CUIDA de mi AMOR!

• • •

Cumplí su pedido y él volvió para destrozar mi mundo.

• • •

• El peor día

de mi vida resultó ser un martes. Había hecho mucho calor y abandoné mi trabajo temprano. Recuerdo que entré silbando al correo a recoger la correspondencia. Tenía allí una casilla.

El empleado estaba ocupado, entré, pero en seguida me sonrió.

—Tan temprano, Benjamín —comentó mirando el viejo reloj de pared.

—Hace demasiado calor para trabajar. ¿Tenemos cartas?

Miró el montón de sobres que estaba ordenando y dijo como para hacer conversación:

—¿Cómo se siente con la vuelta del muchacho?

Se me juntó el corazón con el estómago y sentí que la sangre huía de mi rostro. A pesar del calor sentí frío.

El "muchacho" no podía ser otro que mi hermano Gastón y él era la última persona del mundo a quien yo quería ver. Era cinco años menor que yo y hasta ese momento estaba en la cárcel por intento de robo. Jamás creí que podría salir antes de tiempo por buena conducta. ¡No Gastón!

—Gastón no puede estar de vuelta —dije con voz ronca—. ¿Dónde supo eso?

—No lo supe, Benjamín. Yo mismo vi a Gastón esta mañana cuando venía para acá. Estaba parado en la puerta de la peluquería; tenía una maleta en su mano y usaba cuello y corbata. Se veía muy correcto y floreciente. Supe que era él por su parecido con Carlos.

Carlos era mi padre, pero aunque yo me parezco más a él que Gastón no me di la molestia de comentárselo.

—¿Habló con él? ¿Hacia dónde se encaminó? —pregunté con voz lo más normal posible.

—No tuve tiempo de hablarle. Venía atrasado. Pero debe haber ido a tu casa o a la de Carlos. ¿A qué otra parte podría ir?

No deseaba una pregunta como respuesta. Cogí mis cartas y me marché.

No podía ir a casa en mi estado de nervios. Debía antes serenarme y ser fuerte como una roca para enfrentarme de nuevo con Gastón. Gastón, el único hombre que Mariana, mi esposa, había amado. Y él había vuelto para reclamarla, para arrebatármela después de tres años de matrimonio.

Decidí ir al bar y tomarme un par de cervezas. Tenía que pensar. Miré mi reloj, deseando que el local estuviera vacío. Tomás, su dueño, no era un hombre conversador, lo cual era bueno, pues lo que yo necesitaba era quietud.

Luisa, la esposa de Tomás, me comentó sonriendo:

—¿Tiene mucho calor, Benjamín? —Asentí y ella me pasó un schop helado—. Supe que Gastón había vuelto. ¿Lo ha visto ya?

Ese es el problema con las ciudades chicas: nada queda en secreto.

—¡Aún no! —murmuré tragando un buen sorbo de cerveza.

—Tomás lo vio esta mañana. Comentó que el muchacho se ve maravillosamente. —Sonrió—. Claro que yo no lo comparo con su hermano mayor. Es difícil encontrar a un hombre como usted, Benjamín.

Lancé un bufido, deseando que se callara. Tenía que pensar qué debía hacer. Tal vez, si tenía suerte, podría seguir viviendo ahora que había vuelto Gastón a reclamar todo lo que en derecho era suyo: mi esposa, mi hijo, mi mundo entero.

Sí, sabía que este día tenía que llegar y debí estar preparado. Sólo que en medio de mi felicidad pocas veces me detuve a pensar en eso. Es curioso cómo se desliza el tiempo. Pero ahora que debía enfrentar las cosas, el pasado volvió a mí tan vívido como si fuera sólo ayer...

Recordaba perfectamente el día que Mariana llegó a vivir con los Camus, unos vecinos nuestros. Los Camus eran sus abuelos. Emilia, la madre de Mariana, había muerto un mes antes en un accidente y su padre se sintió tan enfermo de dolor que enloqueció y tuvo que ser internado en una clínica para enfermos mentales. Emilia había sido la mujer más hermosa que jamás vivió en nuestro pueblo. Y aunque Mariana tenía sólo ocho años cuando se mudó a la casa junto a la nuestra, era el vivo retrato de su madre, aunque su mirada era triste y como desorientada. Parecía tan delgada y frágil y solitaria ese día con su vestido azul que mi corazón voló a ella. Ansié de inmediato poner un poco de alegría en sus ojos pardos.

• Yo entonces

tenía catorce años y Gastón nueve, por eso mi hermano se convirtió en su compañero de juegos y yo en su héroe. Gastón era quien sacaba sangre de narices a los niños que la molestaban, quien le enseñó a subirse a los árboles y a jugar a las bolitas. A veces creo que lo único bueno que hizo en su vida Gastón fue cuidar a Mariana. Yo le enseñé a andar en su bicicleta, le arreglé sus patines, le tomé entradas para los circos y le vendé las heridas conseguidas con las jugarretas con mi hermano. Siempre ella compartía sus



risas y alegrías con Gastón, pero a mí me traía sus problemas y tristezas. Y todo anduvo bien así por un tiempo.

Después se produjo un gran cambio en nuestras vidas. Fue el año que a Gastón le compraron un caballo, "Lucifer", y estaba enseñándole a montar a Mariana cuando mamá decidió separarse de mi padre e irse a Santiago, llevándose a Gastón. Yo me quedé con papá. Yo era lo suficientemente grande como para hacer uso de mis derechos y mi padre y yo hablábamos el mismo lenguaje. Siempre nos habíamos llevado muy bien.

Tuve una conversación con mi padre y lo traté de convencer de que sujetara a mamá; pero él dijo que si ella quería vivir en Santiago, él no podía prohibírselo y que ojalá allá encontrara la dicha que él nunca le pudo dar.

Traté de entender la razón que tuvo mamá para irse. Sabía que se había casado a temprana edad con papá y aún era una mujer joven y hermosa. Pero seguía opinando que si nos hubiese amado, se habría quedado. Papá aseguró que había permanecido junto a nosotros durante las épocas duras y se marchaba cuando todo andaba bien, y había que reconocerle eso. Pero sentía un vacío en el estómago cada vez que recordaba a mi madre.

Solía preguntarme qué sentiría Gastón, pero él era muy diferente a mí y a papá. Era parecido a mi madre. Alegre y de conversación fácil. No del tipo que se detuviera a pensar nada. Siempre hablaba y hacía todo bajo un impulso.

La gente pregonaba que su impulsividad era parte de su encanto y mi hermano explotaba eso. Pero para mí era la raíz de todos sus problemas. Siempre se estaba metiendo en líos por ello. Como la vez que, de niño, fue a una pastelería y se robó un dulce, simplemente porque quería comérselo. Fue sorprendido y papá tuvo que ir a pagarlo y pasar la vergüenza con su dueño. Gastón jamás pensaba ni medía las consecuencias: si quería algo lo tomaba y punto final.

La tarde en que se marcharon, mamá y Gastón, papá fue a ahogar sus penas al bar. Yo me senté en los escalones de la entrada y encendí un cigarrillo, el primero que fumaba, pero me pareció el momento oportuno para hacerlo. De pronto se abrió la puerta de los Camus y vi que Mariana venía a nuestro hogar. Se sentó a mi lado y puso su cabeza sobre mis rodillas. Le acaricié el pelo, sintiéndome que la protegía a pesar de mis dieciséis años. Durante un rato ninguno de los dos hablamos. En seguida, ella suspiró hondamente y sentí que sus hombros temblaban cuando susurró:

—¿Por qué hizo ella eso, Benjamín? ¿Qué hizo que tu madre se marchara de ese modo?

—Creo que estaba aburrida en este pueblo —dije tratando de hacer bien mi papel de hermano mayor—. Se aburrió de no tener jamás donde divertirse y se fue. Eso es todo.

—Pero si tú eres su hijo, Benjamín. La gente no se marcha y deja así como así a su familia, ¿no es cierto?

—Algunas personas lo hacen, Mariana, y creo que mamá es una de ellas.

—¿Pero es que tú ya no le importas? ¿Es que no te quiere?

Iba a contestarle, pero las palabras se atoraron en mi garganta y me puse a llorar como una guagua.

Mariana me rodeó con sus brazos.

—No llores, Benjamín. Odio a tu madre por hacerte llorar. La odio a ella y te quiero a ti. No llores. —Puso su mejilla contra la mía hasta que me tranquilicé.

—No odies a mamá —dije luego de un rato—. Sólo trata de ser buena consigo misma, Mariana. No hay nada malo en eso. —La sentí apretarse a mí y eso me hizo reponerme.

—Estoy segura de que echaré de menos a Gastón —murmuró con un hilo de voz—. Me pidió que cuidara a "Lucifer" y lo tratara como si fuera mi caballo y que pronto vendría a vernos. Estoy segura de que lo echaré de menos.

—Yo también lo echaré de menos, pero aún nos tenemos nosotros el uno al otro.

Se apretó más a mí.

—Tú nunca me dejarás, ¿verdad, Benjamín? Parece como si todo ser que yo amo me deja y te quiero a ti sobre todos. —Se apartó algo y vi que había lágrimas en sus ojos—. Prométeme que pase lo que pase no me dejarás nunca. Por favor, promételo. No podría vivir si me dejaras.

—Jamás te dejaré —prometí solemnemente—. Puedes contar conmigo siempre que me necesites. Siempre estaremos juntos los dos. —Le di un empujón por juego—. Ahora, a tu casa. Es tarde y mañana hay colegio.

Me echó los brazos al cuello, apretándome con fiereza.

—Oh Benjamín, te quiero tanto —dijo y se fue.

Bueno, el mundo después de todo no se derrumbó como pensé sería cuando se marchó mamá. Papá volvió bien luego de haber ahogado las penas y las cosas volvieron a su normalidad. Incluso a veces eran mejor de lo de antes. Mariana cuidaba muy bien el caballo de Gastón y todas las tardes la acompañaba para que fuera a pei-



●● Jamás me has dicho que me querías como mujer, pues siempre me has tratado como si fueras mi hermano mayor.

nar su lustroso pelaje. Y día a día Mariana y yo nos sentíamos más unidos.

Nunca fui un buen escolar, así es que cuando terminé las humanidades me fui a trabajar con mi padre, que tenía una empresa constructora. Comenzó por hacerme manejar un bulldozer medio día y trabajar el otro medio en la oficina. Pero pronto descubrimos que mi vena era quitar los clientes a los competidores. Y en eso terminé. Y como tenía cabeza para las matemáticas, incluso hice progresar el negocio.

Mamá se mantenía en contacto y papá le mandaba dinero para la mantención de Gastón tan regularmente como un reloj. Vivía en Santiago y estaba trabajando. Yo la visitaba ocasionalmente y ella y mi hermano parecían muy felices. Nunca mencionó haberse arrepentido por irse, pero una y otra vez insistía en que me echaba de menos. Tenía vestidos muy lindos y vivían con Daniel en un estupendo departamento.

Sin embargo, Gastón comenzó a cambiar. Yo no lo notaba en mis visitas a Santiago, pues todos le dábamos gusto siempre. Pero luego de algunos veranos, cuando venía a pasar un par de semanas con nosotros, esos cambios se hicieron notorios. Se había puesto muy buen mozo, pero era excéntrico y deschavetado. Mamá le había comprado una moto y llegaba a nuestro pueblo levantando una nube de polvo. Y papá tenía que regañarlo.

Pero lo que más me enfurecía de Gastón, más que sus locuras, era su atracción hacia Mariana. Tan pronto llegaba cada verano, se quitaba su terno santiaguino y corría a la casa del lado. Siempre había una alegre y bulliciosa reunión entre ellos. Mariana parecía revivir cuando Gastón estaba con ella. Y yo me consolaba pensando que esa chica era la única que lo hacía entrar en vereda y en ningún momento me permitía ponerme celoso.

● Al llegar a la adolescencia, Mariana se puso realmente hermosa. Tenía el pelo rubio, que siempre me amenazaba con cortárselo y la amenazaba con pegarle si lo hacía, y enormes ojos pardos, que mostraban todos sus sentimientos. Su rostro era dulce y se le hacían hoyuelos en las mejillas cuando reía. Tenía un encanto que atraía a todas las personas. Sin embargo, no parecía notar cuán especial era. Pero sí lo notaba todo el mundo y muy en especial Gastón.

El verano que Mariana tenía dieciocho años, Gastón llegó levantando polvo un sábado en su moto, mientras Mariana y yo pintábamos la caballeriza de "Lucifer". Recuerdo cómo Mariana dejó todo de lado para correr y recibirlo. Gastón la abrazó y en seguida la besó como lo había hecho cientos de veces antes. Sólo que esta vez el beso fue diferente. Fue un beso pleno y ardiente y sentí una punzada de celos. Pero también me sentí desorientado. Siempre había pensado de Mariana como una hermana menor y en ese momento me pregunté cómo pude ser tan ciego porque de pronto comprendí que la amaba. Deseé abofetear a mi hermano por ser tan posesivo con ella. Mi ira se desvaneció pronto, pero seguí preocupado el resto del día y la noche. Supe que mi amor por ella era lo que me mantenía soltero a pesar de tener veinticuatro años.

Había salido con chicas y en el pueblo me suponían era un buen partido. No era tan buen mozo como Gastón, pero las mujeres me encontraban muy masculino. Pero ninguna chica me había entusiasmado como para cogerme y que sonaran campanas de boda. Si pensaba en matrimonio, lo relacionaba con Mariana. Y ahora ella estaba con Gastón y se veían tan bien juntos que me enfermaban.

Ese verano Gastón se quedó durante un mes. No trabajó en nada y pasaba su tiempo con Mariana. Y durante ese mes mi trabajo también decayó. Siempre buscaba una excusa para irme a casa, y eso era para vigilarlos. Ellos pasaban la mayor parte del tiempo como en la luna, embebidos el uno en el otro. Hubiera dado cualquier cosa porque Mariana me mirara como miraba a Gastón. Pero mi hermano era muy distinto a mí. El sabía cómo hablarle cosas bonitas a una chica hasta hacerla sentirse la reina del mundo. Le murmuraba palabras que en otro hombre habrían sido ridículas, pero no en Gastón: "Tesoro, tu pelo huele a miel y limoneros en flor". Las frases parecían dichas por un actor de cine y yo ansiaba tener el coraje para decir cosas así, pero era imposible. Y tenía a Mariana comiendo en la palma de su mano.

Tomé la costumbre de esperarlos cuando salían de noche y cada vez lo hacían más y más tarde. Finalmente, una noche no llegaron hasta el amanecer, y supe que algo había sucedido. Mariana parecía turbada y al día siguiente esquivó mis ojos, y de pronto estuve seguro de que Gastón le había hecho el amor. Quise matarlo. Sentí como si me hubiera robado algo precioso que debería ser mío.

Gastón se quedó otra semana y tuvo que volver a Santiago "por unos negocios", nos dijo. Ese día Mariana vino a hablar conmigo. Nos sentamos en las gradas en el crepúsculo y ella se llevó las rodillas hasta su pecho.

—Gastón me pidió que me casara con él —murmuró jadeante.

Mi corazón se estrelló contra mi pecho.

—Son demasiado jóvenes para hablar de matrimonio —dije con voz ronca.

—No somos tan jóvenes, Benjamín. Ya tengo dieciocho años. Soy prácticamente una mujer adulta, ¿no has notado eso?

—Sí, lo he notado. Especialmente ahora último.

Había suficiente luz como para ver que su rostro se puso pálido y después rojo, y me sentí bien por causar aún algún efecto en ella.

—Bueno, tal vez tú siempre me considerarás una niña. Aun cuando tenga noventa años, pero no así Gastón. El me considera una mujer. La mujer más deseable del mundo.

—Por el momento lo piensa así —lancé y me sentí un canalla por decir eso.

—¿Qué insinúas?

Me encogí de hombros.

—¿No crees que Gastón le pueda ser fiel a una mujer? —persistió.

Miré cómo parpadeaban las estrellas y me mantuve en silencio.

—¡Maldición, Benjamín, di algo! Me enfureces cuando te pones tan misterioso.

—Ese asunto no me concierne.

—Bueno, ¿qué quisiste entonces insinuar?

—Nada, absolutamente nada. Simplemente pensaba en voz alta.

—Sí, lo sé —se levantó de un salto y se paró frente a mí con las manos en las caderas—. Y piensas que cometería un craso error casándome con Gastón, pero no tienes el coraje de confesarlo porque no quieres equivocarte en tu sabiduría. Bueno, para tu información, señor fuerte y silencioso, opino que Gastón es el hombre más encantador que haya conocido y pasar un rato con él compensa cualquier error que yo pueda cometer.

Se dio media vuelta y se alejó, pero le costó dormir aquella noche: lo supe porque cada vez que miraba hacia su dormitorio tenía la luz encendida. Y aún lo estaba cuando finalmente me dormí.

• Al día siguiente

Gastón fue apresado por intento de robo. Había entrado a una joyería y tratado de arrebatarle al dependiente un anillo con un brillante enorme. Más tarde, mi hermano dijo que lo quería para Mariana. Pero yo pensé que no podía desear tanto, puesto que no había trabajado para lograrlo.

Fuimos al juicio con papá y Mariana. Mamá también asistió. Pero nuestra presencia no ayudó en nada. Este no era el primer delito de Gastón. Había estado preso por andar con exceso de velocidad en su moto y por otras cosas, lo cual hacía que sus antecedentes fueran malos. Le dieron cinco años como sentencia. Mamá lanzó un gemido y Mariana se puso a llorar. Papá abrazó a Gastón y yo le di la mano, sintiéndonos todos incómodos.

—¡Cuida de mi amor, Benjamín, hasta que yo vuelva! Trata de convencerla de que si hice eso fue porque quería darle a ella lo mejor.

Asentí mientras ardía en mi interior. ¿Quería lo mejor para ella? ¿Era eso lo que mi hermano consideraba lo mejor?

Mariana se abrazó a Gastón y lloraron juntos.

—Te quiero, Mariana —dijo Gastón—. Te quiero más que mi propia vida, no olvides eso.

Fue demasiado para mí. Me di media vuelta y me alejé.

Mariana decidió quedarse con mamá por un tiempo para estar cerca de Gastón, y papá y yo volvimos a casa solos. Fue un viaje silencioso.

—Tu mamá se ve bien, considerando... —dijo de pronto papá.

—Sí —contesté.

—No sé qué tiene en la cabeza ese muchacho, pero si la cárcel le enseña su lección, ella será una bendición enmascarada.

Lancé un gruñido y papá continuó:

—Es curioso cómo resultan las cosas. Siempre imaginé que serías tú y Mariana, pero no hay que adivinar nada cuando está en juego el corazón humano.

Di vuelta la cabeza y hasta llegar a casa me mantuve mirando por la ventanilla. Mi vista se nublaba y a cada rato debía tragar saliva.

Un mes más tarde recibí un llamado de Mariana.

—Benjamín, tengo que verte. Por favor, ven. Si no, voy a enloquecer.

No conseguí que me adelantara nada más en el fono, sólo que tenía que verme inmediatamente. Al día siguiente viajé a Santiago.

Mariana usaba un vestido amarillo y su pelo parecía formado por hebras de oro. Mamá se había ido a trabajar y se hallaba sola. Al verme exclamó:

—¡Benjamín, gracias por haber llegado! Vamos a dar una vuelta. Estoy tan nerviosa como un gato.

La segunda cosa que noté (la primera fue su belleza) fue que Mariana fumaba. No había demorado mucho Santiago en convertirla. Al salir mi mano tocó la suya y la retiró como si se hubiera quemado. Y sus ojos tenían la mirada de diez años antes cuando se mudó a la casa al lado de la nuestra: esa expresión de niña triste y perdida. Ansié tomarla en mis brazos y besarla hasta que fuera toda mía.

En vez de eso me coloqué tras el volante y pregunté:

—¿A dónde quieres ir?

—A cualquier parte fuera de Santiago.

Di el motor y partimos. Esperaba dijera algo, pero le di tiempo para decidirse. La conocía muy bien. Jamás callaba mucho rato si no la preocupaba realmente una cosa.

Íbamos en las afueras, hacia ninguna parte, cuando Mariana por fin dijo:

—Creo que un poco más allá hay un bosque. Vamos hasta él.

Seguí la dirección que me dio y pronto encontramos un claro entre los árboles. Tan pronto corté el motor, Mariana gimoteó:

—¡Benjamín! —y se lanzó a mis brazos sollozando. Me sentí desorientado y a la vez feliz. Me sentí tan dichoso de tenerla abrazada, que deseé no se separara nunca. El mundo se podía caer en pedazos para que yo muriera como un hombre feliz.

Acaricié suavemente su pelo.

—Vamos, niñita, nada puede ser tan malo como para esto. Yo estoy ahora aquí y sea lo que sea te lo solucionaré. Nada puede ser tan difícil como para no poder arreglarlo juntos. ¿Lo recuerdas?

Gimoteando, asintió.

—Bueno, sécate ahora los ojos y cuéntame qué te pasa. Yo te solucionaré lo que sea.

Se incorporó secándose los ojos. En seguida suspiró profundo. Cuando recuperó la serenidad se volvió a mí y me miró intensamente.

—Benjamín, estoy... —se detuvo, suspiró de nuevo y empezó otra vez—. Odio tener que contarte esto, pero tú eres lo único que tengo, y... y sé que te voy a lastimar y a perder tu respeto, y... ¡Benjamín, voy a tener una guagua! Una guagua de Gastón. Y no sé qué hacer. —Tragó fuerte—. No me odies, por favor. Tengo tanto miedo. No puedo enfrentar mi embarazo sola. Con Gastón en la cárcel, aunque pudiera casarse conmigo no estaría a mi lado..., ni con mi hijo. —Se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar.

La abracé lo más suavemente que pude y la dejé llorar. ¿Odiarla? ¿Cómo podría odiarla? La tontita no sabía nada del amor si suponía que podía odiarla tan de pronto.

Se sentó de nuevo y dijo:

—¿Me odias, Benjamín?

—No, no te odio, Mariana. ¿No sabes que es imposible odiarte, tontita? —Di contacto al motor y partí.

—¿A dónde vamos? —preguntó sorprendida.

—A hacer unos papeleos.

—¿Para qué?

—Para casarnos.

—¡Benjamín, no tienes para qué hacer eso! No es tu guagua.

—Es lo único que podemos hacer —dije y mi corazón latió como loco—. No será mi hijo, pero es de mi sangre y carne. Le prometí a Gastón cuidarte y soy hombre de palabra. Y no quiero que me discutas.

Nos casamos una semana después. Ella perteneció a mí legalmente, pero no fue mía. Vivíamos juntos, pero nunca la toqué. No quería desorientarla, o abusar de su amor por Gastón. Pero Dios sabía que no me era fácil. A veces pensaba que me moriría de tanto desearla. Pero de algún modo me las arreglé para mantener la situación fácil entre nosotros, sin dejar que jamás nuestras conversaciones se hicieran íntimas. Nuestro hijo —en realidad el hijo de Gastón— nació ocho meses después que nos casamos, y Mariana le puso Carlos Benjamín por mi padre y por mí. Se parecía mucho a Mariana, pero tenía el mentón de Gastón. Era un niño tranquilo. No habría podido quererlo más si hubiera sido mío y en lo concerniente a mi corazón, lo era.

● Unos pocos meses

después que nació la guagua compramos una casita y Mariana la transformó en un hogar cálido y acogedor. Después nuestra vida se cimentó en una satisfactoria rutina. Sólo que yo estaba siempre consciente de que mi esposa e hijo me serían algún día arrebatados. Y por eso mismo quería hacer de nuestro tiempo juntos una época muy preciosa. Estaba atesorando recuerdos y ésos nadie me los podría nunca quitar.

Pero ahora..., ahora había llegado el día en que tendría que entregar a mi familia. No prolongaría la agonía. Era mejor irme a casa y terminar de una vez. "Sí, Benjamín, debes irte a tu hogar..., dar un beso de adiós a Carlitos y entregar a Mariana a Gastón... y con ello renunciar a la vida", me dije. Me extrañó que el sol siguiera brillando cuando nubes negras amenazaban mi universo.

Manejé lentamente, como en un entierro, y creo que en cierto modo era así. Todo se veía igual cuando llegué, aunque un poco fuera de foco, como si la luz titilara. Generalmente corría a la cocina y gritaba: "Mariana, llegué a casa". Pero no hice hoy eso. Hoy ella no estaría en la casa, me dije con un escalofrío.

Entré lentamente. La casa estaba silenciosa. Pude oler el perfume del café, pero nada a comida. Arrastré mis pies por el living y entré al dormitorio. Me asusté al ver a Mariana tendida sobre mi cama. Nunca la había visto allí antes. Pensé que estaba dormida, pero de pronto se incorporó sobre un codo y me miró.

—Gastón volvió —dijo simplemente, sin que sus ojos agregaran nada.

—Así supe. ¿Lo has visto?

Puso un dedo sobre mis labios y fue a cerrar la puerta. Cuando volvió, dijo:

—Carlitos está durmiendo. Anda a lavarte las manos y te serviré café. Ni siquiera he pensado en la comida.

Sus ojos se negaron a decirme nada más. Eso me pareció que no tenía sentido. Debían expresar algo. Felicidad, alivio, pena..., algo. Pero se veían vacíos.

Me lavé las manos y entré al comedor. El café estaba servido y Mariana miraba por la ventana. Se dio vuelta mientras me sentaba.

—¿Cómo está Gastón? —pregunté, esperando oír lo peor.

—Está bien. No ha cambiado mucho. Ha ganado unos kilos. Yo pensé que la gente en la cárcel adelgazaba. La gente tal vez, pero no Gastón. Siempre ha sabido cuidarse a sí mismo.

Sonrió desmayadamente.

—¿Qué dijo de Carlitos? —persistí.

Mariana se volvió durante un instante a la ventana.

—Lo encontró grandioso.

Contemplé un rato mi taza. El silencio era tan pesado que se podía cortar con un cuchillo.

—Creo que ya es tiempo —suspiré profundo.

—¿Tiempo de qué?

—Tiempo de devolverle a Gastón lo que le pertenece.

Vi que la nuca de Mariana se movía ligeramente, y sus hombros temblaron.

—Mariana, no debes preocuparte por mí —dije con rapidez—. Estaré bien. Sabía que tendría que llegar este día. —No estaba en absoluto preparado para lo que vino después.

Mariana giró sobre sus talones y me miró.

—¿Preocuparme por ti? ¿Por qué debo preocuparme por ti, Benjamín? Este es el día que has estado esperando. El día en que te puedes zafar de tus responsabilidades, desprenderte del deber hacia tu querido hermano. ¿Por qué? ¿Porque ya no me quieres? —Corrió y se arrodilló en el suelo, a mi lado—. ¡Prefiero morir antes de separarme de ti!

No pude creer a mis oídos. Tal vez la emoción de tener de vuelta a Gastón la había hecho decir lo que no sentía. Puse mi pulgar bajo su mentón y la hice mirarme. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Te quiero, Benjamín. Siempre te he querido. No me dejes. Tú me prometiste no dejarme nunca, ¿lo recuerdas? Tú aseguraste que, pasara lo que pasara, estaríamos siempre juntos.

La tomé en mis brazos, sintiéndome el hombre más feliz del mundo.

—Mariana, me sentí loco de dolor cuando supe que Gastón había vuelto. Traté de imaginarme cómo sería vivir sin ti y sin Carlitos y no lo conseguí. —Apreté contra mí su cuerpo tibio—. Tesoro, ¿es que no sabes cuánto te amo? ¿Ni siquiera lo sospechas? Tú eres mi vida, Mariana. Te amo tanto que estoy dispuesto a devolverte a Gastón por verte feliz.

—Pero, Benjamín, jamás me habías dicho eso. Jamás me has dicho que me querías como esposa, como mujer. Siempre me has tratado como si fueras mi hermano mayor. ¿Cómo podía sospecharlo?

—No ha sido fácil mantenerme alejado amándote tanto y viviendo contigo. Creí que amabas a Gastón y no quise aprovecharme de tu soledad. Pero te deseo Mariana. Mi amor, a veces te deseo con tal ansia, que creo no podré resistirme más.

—Benjamín querido...

Nos abrazamos durante un rato. Era mi esposa. Había sido mi esposa durante tres años y ahora me besaba como soñaba lo hiciera: como una mujer.

Cuando nos separamos, pregunté:

—¿Por qué Gastón no te ha reclamado a ti y a Carlitos?

—Bueno, cuando vio al niño dijo que era un chico encantador. Que llegaría a crecer para convertirse en un conquistador de mujeres, igual a su tío Gastón.

—¿Su tío Gastón? ¿Insinúas que no le dijiste que era suyo? ¿Que no lo sabe?

—¿Que no sabe qué?

—¿Que no sabe quién es el padre de Carlitos?

Sonrió.

—Por cierto que lo sabe. Lo sabe igual que todo el mundo. Tú eres el padre de Carlitos. Tú te casaste con su madre, ¿no es así? Tú te paseaste por el corredor del hospital cuando él estaba naciendo, ¿no es así? Tú has sido quien lo has mecido en las noches cuando ha estado enfermo y has pagado las cuentas de los médicos que lo han atendido, ¿no es así? Eres su padre y no debes jamás olvidarlo.

"Ningún hombre tiene derecho a tanta felicidad", pensé, entumecido. "Pero, puesto que soy yo el mortal con tanta suerte, gozaré de ella mientras viva y la haré durar hasta que la muerte nos separe."

♥♥

la fiesta

produce
sexta
experiencia



CUANDO SE SUPO QUE NUESTRO MATRIMONIO ESTABA CERCANO, TODAS NUESTRAS AMISTADES NOS HACIAN FESTEJOS. ESA NOCHE LES CORRESPONDÍA A ROBERTO Y MARUJA...













MARUJA TRATABA DE MOSTRARSE ALEGRE, PERO LAS PALABRAS LE SALIAN CON DESGANO, CASI CON DESINTERÉS: SE VEÍA PÁLIDA, LOS OJOS HUNDIDOS, LA MIRADA CANSADA Y TRISTE...















LA COMIDA YA HABÍA EMPEZADO HACÍA BASTANTE RATO...





¡TIENE QUE ESTAR LA DUEÑA DE CASA CON NOSOTROS TAMBIEN, PUES, ROBERTO!

¡CLARO, MARUJA! ¡PARECE QUE YA NO FUÉRAMOS AMIGOS!

¿POR QUÉ TE PINTASTE? ¡QUE PARECES ASÍ!

FUÉ ADRIANA LA QUE QUISO PINTARME, ROBERTO, TÚ TE ANDAS METIENDO EN TODO.

¡PROPONGO UN BRINDIS POR LOS NOVIOS!

¡PERO CLARO, BRINDEMOS!

POR NUESTRO QUERIDO AMIGO Y, FUTURO...

¡NO, PUES, SERGIO, NADA DE DISCURSOS!

¡SALUD, SALUD, POR LOS NOVIOS!

DESPUÉS DE UNA LARGA COMIDA, NOS LEVANTAMOS Y ME FUÍ A AYUDARLE A MARUJA, PERO...

¡NO TE MOLESTES ADRIANA, PARA ESO ESTÁ LA MARUJA!

NO IMPORTA, ROBERTO, ES PARA QUE NOS DESOCUPEMOS LUEGO.

BUENO... AQUÍ NO HAY MÚSICA, ESTO PARECE VELORIO.

¡MOMENTO, MUCHACHOS! VAMOS DESPEJANDO LA PISTA.

¡EMPECEMOS CON ALGO MOVIDO, MUCHACHOS, UNA CUMBIA!

TODAVÍA NO CON LAS CUMBIAS, ROBERTO. DÉJAME BAJAR LA COMIDA.

SIRVÁMONOS UN TRAGO MIENTRAS.

ESTAN DURMIENDO LOS POBRES, A PESAR DE LA BULLA.

SÍ, CONVERSAREMOS BAJITO.

CONVERSAMOS LARGO RATO. AL PRINCIPIO, MARUJA ME HABLABA SOLO DE LAS SATISFACCIONES DE LA VIDA CONYUGAL, PERO DESPUÉS FUÉ REVELANDOME LA OTRA REALIDAD. ME CONTÓ SU PROPIA EXPERIENCIA...

NO ME CREAS TODO, ADRIANA, A LO MEJOR ESTOY EXAGERANDO. ADEMÁS TITO TE QUIERE MUCHO Y PUEDEN COMPRENDERSE MAS.

¡NO, MARUJA! TAMBIEN ÉL, DESDE QUE DECIDIMOS CASARNOS SE HA PUESTO IGUAL. VIGILA MIS PASOS, ME DÁ ÓRDENES...

PERO TU ESTÁS A TIEMPO DE MOSTRARLE ESAS COSAS, ADRIANA, DESPUÉS ES MUY DIFÍCIL, EL HOMBRE SE ACOSTUMBRA A QUE DEPENDAS TOTALMENTE DE ÉL.

LE HE DICHO QUE DESPUES DE CASARNOS NO QUIERO DEJAR EL TRABAJO. SE OPUSO AL PRINCIPIO, AHORA CUANDO HABLAMOS DE ESO, ELUDE EL TEMA.

¡DEBES INSISTIR MAS! AQUÍ ME TIENES A MI POR HABER ACEPTADO TODO. LO QUE ELLOS QUIEREN ES TENERTE LLENA DE CHIQUILLOS Y ENCERRADA EN LA CASA.

MIENTRAS UNA SE PASA FREGANDO PLATOS, ELLOS LLEGAN TARDE, SE DIVIERTEN Y EL DIA DOMINGO SE VAN AL FÚTBOL

ESO ES LO QUE TEMO QUE ME PASE A MÍ TAMBIÉN.

¡NO, QUERIDA! TIENEN QUE HABLAR SOBRE ESO. VERÁS QUE TODO SALDRÁ BIEN. TITO PARECE SER MÁS COMPRENSIVO.

¡MARUJA! ¡ADRIANA!

¡VAMOS, NIÑA, ANÍMATE! TIENES QUE LUCHAR NO PUEDES DARTE POR VENCIDA DE ANTEMANO





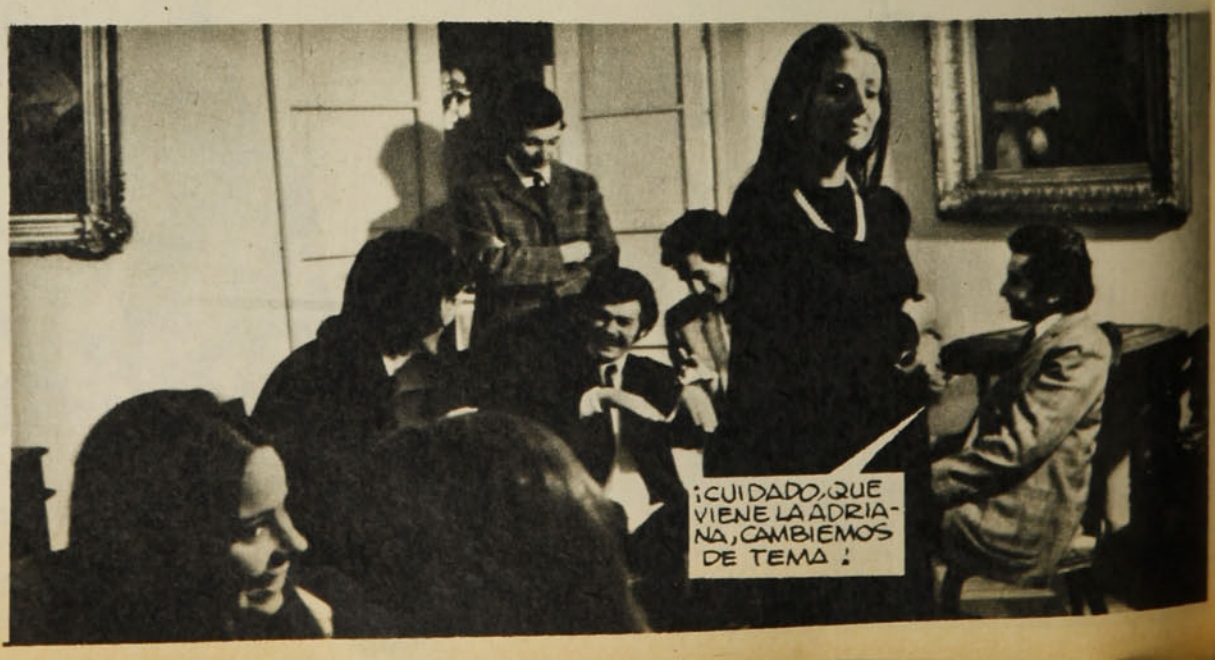








EN VISTA DE ESO, TUVE QUE IR A REUNIRME AL GRUPO DE MIS AMIGAS...




ROSALBA ESTÁ EMBARAZADA DE NUEVO. ¡ES EL CUARTO CHIQUILLO QUE VÁ A TENER!
¡QUE BARBARIDAD! ¡SI ESTAN RECIEN CASADOS!

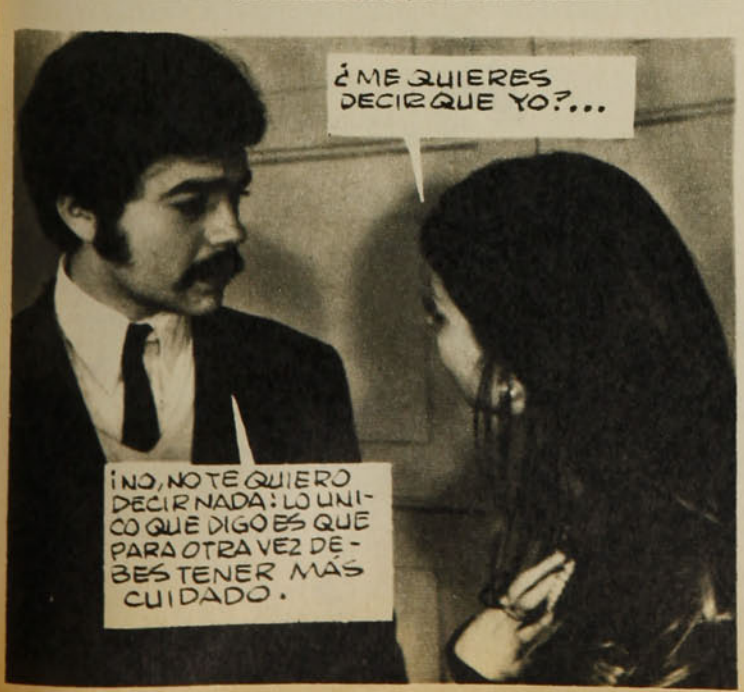

MIRA, YO PREFIERO PAGAR UN POCO MÁS, PERO NO ENTREGARLE MI CABEZA A CUALQUIER PELUQUIERO.
¿BAILAMOS, ADRIANA?


ESE HERMANO DE ROBERTO ES UN FRESCO. NO DEJA TRANQUILAS NI A LAS CASADAS.
YO NO CRITICO A LOS HOMBRES, ANA. SON LAS MUJERES LAS QUE DEBEN PONERSE MÁS SERIAS EN ESOS CASOS.


MINUTOS MAS TARDE...
VAMOS PARA AFUERA, ADRIANA, TENGO QUE HABLAR CONTIGO.


¿QUÉ TE DECÍA EL FULANO ESE?
¡TITO, NO SEAS TONTO! ¡NO ME DIGAS QUE ESTAS CELOSO!


NO SON CELOS, ADRIANA, ESQUE HAY QUE TENER RESPETO. SI EL MUCHACHO FUERA UN FRESCO, YO LE PEGO UN PAR DE BOFETADAS, PERO SI LAS MUJERES DAN LA ENTRADA...

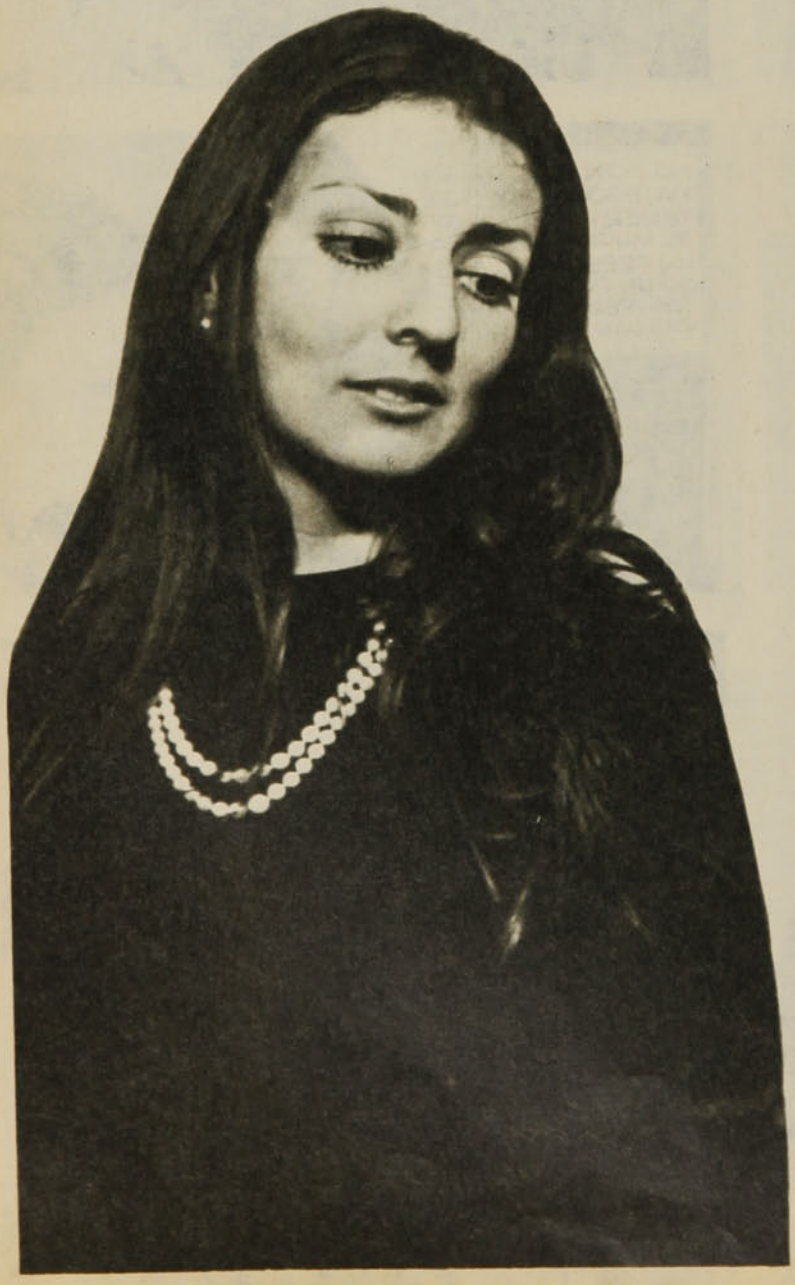

¿ME QUIERES DECIR QUE YO?...
¡NO, NO TE QUIERO DECIR NADA! LO UNICO QUE DIGO ES QUE PARA OTRA VEZ DEBES TENER MÁS CUIDADO.


BUENO, QUERIDA, NO NOS ENOJEMOS. AHORA VAMOS PARA ADENTRO Y TE PREPARAS UN TRAGO PARA NOSOTROS DOS.
LUEGO VOY, TITO, DÉJAME ESTAR SOLA UN RATO

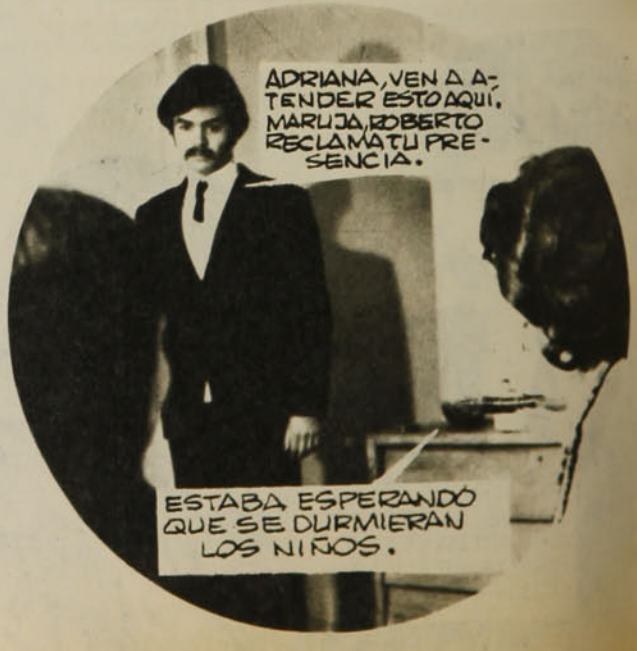
DESDE ESE MOMENTO ME PARECIÓ TODO DISTINTO, NEGATIVO: YA NO VÍ EN TITO MÁS QUE UN HOMBRE CUALQUIERA, IGUAL A ROBERTO...











¡NO PUEDE SER! TENGO QUE DETENER ESTA SITUACIÓN.

TENÍA QUE HABLAR CON TITO, EXPLICARLE TODO NUEVAMENTE, HACERLE COMPRENDER DE ALGUNA FORMA LO QUE ANTES, TRATÉ INFRUCTUOSAMENTE...

TITO, VAMOS A LA TERRAZA, TENGO QUE HABLAR CONTIGO.

¡PERO, MI AMOR, CÓMO VOY A SALIR SI ESTOY AQUÍ CONVERSANDO CON LOS CABROS! ¿POR QUÉ NO VA USTED A CONVERSAR CON SUS AMIGAS?

NO, TITO, QUIERO IRME... NO SOPORTO MÁS ESTO, QUIERO HABLAR TANTAS COSAS CONTIGO. ¡VAMOS, POR FAVOR!

¿PERO COMO SE TE OCURRE QUE NOS VAMOS A IR? NO LE PUEDO HACER ESO A ROBERTO, COMPRENDE! ¿COMO SE TE VIÑO ESA IDEA A LA CABEZA?...

ME VOY SOLA ENTONCES, ES EN SERIO LO QUE DIGO...

¡USTED NO SE MUEVE DE AQUÍ!


¡ADIOS, TITO!
¿QUÉ PASA, ADRIANA?


HOY DÍA SE ME HAN ACLARADO MUCHAS COSAS.
¡ADIOS, ADRIANA! ¡BUENA SUERTE!
fin

EL CUENTO de la semana.

PERO LA VIDA

Poli Déiano, chileno.

POR LA VENTANA entreabierta le llegan los compases del organillero, el viejo que se detiene a veces en la esquinita del callejón. Hay algo especial en la melodía, algo dulce y tierno, algo con un profundo sabor a infancia, algo que quisiera apresar, definir, retener... Pero no lo logra. Existe la distancia de un abismo, existe el tiempo, tal vez, además, exista eso que llaman destino. También en la ciudad donde nació había un organillero que se paraba frente a su casa cerca del río con olor a aceite de muelles por el que surcaban remolcadores y chalanas pescadoras, con su caja de música y que repartía cancioneros y unas pelotitas rojas y moradas de papel con un elástico que después de jugar un rato con ellas reventaban y regaban aserrín... Desde los interiores de su casa junto al río escuchaba los primeros compases y salía corriendo. Allí estaba Alicia, llegaba René, se juntaban todos los niños de la cuadra y contemplaban extasiados al viejo moreno, de cara arrugada y abrigo casi hasta los pies, haciendo girar la manivela. Cuando terminaba se echaba el cajón al hombro, sujetándoselo con las correas de cuero. Luego partía y todos lo seguían hasta la otra esquina, desde donde lo veían alejarse junto a las casas de madera entre el murmullo del viento. ¿Qué estará haciendo su madre en la vieja casa? ¡Cuánto ya que no la ve! Quisiera ir, recorrer todas las calles de su niñez, desentrañar los misterios del río sucio, caminar por los pavimentos de piedra bajo la lluvia, detenerse frente al portón, hacerlo crujir al entrar, cruzar el patio frío, lleno de astillas, y llegar a la habitación donde la vieja planchaba, abrazarla y llorar junto con ella por los años que han pasado. Pero la vida...

Termina la música, se escuchan gritos de niños y le parece ver alejarse al viejo seguido de su séquito descalzo. Con él se va algo muy íntimo, pero queda su cabeza nublada de recuerdos. Se levanta de la cama, va hasta el ropero y saca una caja de madera como un cofre, oscura, con chapa de metal que parece plata. Sobre la colcha empieza a vaciar evocaciones. Ahí está la foto de todos. A la izquierda el padre con sus gruesos bigotes, su mirada cariñosa y severa, la corbata a rayas que se ponía para ir a misa los domingos, la misma que llevaba con el traje azul la tarde de Navidad, cuando la esperó sentado en el comedor hasta que ella quiso escurrirse sigilosamente para que no la sintieran. Las dos de la mañana. Eulogio la había dejado en la puerta. ¡Qué paseo! ¡Qué noche!... "¡Raquel!". Se pone roja, la invade un temor incontenible. No pasará nada, pero lo que ha hecho... Cierra los ojos y los

PERO LA VIDA

aprieta muy fuerte, como para cambiar de estado, como para borrar a Eulogio de su mente, como para trasladarse de la casa de la fiesta a la propia. De pronto los vuelve a abrir y está frente a su padre, que saca del chaleco su reloj, aprieta un botoncito para abrir la tapa, la cierra, produciendo un ruido metálico, seco, y lo coloca sobre la mesa. "¿Papá?"... "¡Acércate!" Vacilante, da dos pasos. En los ojos de su padre lee que ya lo sabe todo. "Dame un beso." "No, papá." "¡Dame un beso!... ¡Has estado bebiendo!..." "No, no, sólo unas copitas, en la fiesta; ya no soy una niña, papá." "¿Has estado con ese señor?" "¿Con Eulogio?" "¡Sí, con Eulogio! ¡No te hagas la lesa, no sé cuántas veces te he dicho que no quiero que salgas con hombres mayores!" "El es serio, papá." "Claro, sí claro, todos son serios, pero ahí tienes a tu prima Gaby esperando crío. ¿Quieres que te pase lo mismo?" "No, papá, Eulogio quiere casarse conmigo." "¡No te casarás con nadie que no sea claro para sus cosas y correcto, y joven además!" "Lo quiero..." "¡No te casarás!" Junto al padre está Joaquín, delgado, sonriente, antes de casarse, veintitrés o veinticuatro años bien llevados. Le sientan mal el traje y la corbata. Cuánto mejor se ve con la casaca de cuero y la boina, como cuando maneja el camión. Apoya las dos manos sobre los hombros de su madre, sentada en el banco largo, sabia sonrisa, enlazados sus brazos con el de María Eugenia a la derecha y con el de ella, Raquel, al otro lado, bajo su padre. María Eugenia tiene una mirada triste. Hermana, yo nunca quise, yo nunca supe... Y ella, ella misma, con toda esa gracia juvenil de los dieciocho años, con esa seguridad pasmosa, superior, haciéndole un sugestivo guiño al fotógrafo, joven oscuro de bocamangas negras, tras el lente de la vieja cámara. Ahí el grupo, ahí todos, en la sala de estar, la tarde otoñal de las bodas de plata de los viejos.

UN ANILLO, una argolla dorada. Lo aprieta en su mano. Tras el exterior reluciente dice *"Eulogio Alvarez P. 27-IX-52"*. Caminan cerca de la estación, en primavera. El le asegura que lo dejará todo por ella, su casa, sus familiares, todo, todo por irse con ella. El padre ha dado la útima negativa. No hay nada que hacer. Tendrán que marcharse, escapar, marcharse lejos, a Santiago, a la capital, para poder construir su vida tranquilos. Eulogio la lleva del brazo; de su mano se desprende un calor tierno. La madurez, sus cuarenta años, le da una seguridad infinita. Lo quiere por sobre todas las cosas. No importa que sea veinte años mayor. No le importan las decisiones familiares, ni los consejos de María Eugenia, ni las miradas suplicantes de Fernando, el príncipe azul, joven y apuesto, de su hermana. Más allá del amor no puede haber nada sino el amor. Ella ha soñado siempre desde pequeña con amar apasionadamente y siempre, al imaginarse, al ver en sus sueños al ser que espera, ha aparecido un hombre maduro, sereno y cariñoso, decidido y seguro... Eulogio. Han dejado atrás la estación y están cerca de la Impregnadora. Ya quedan pocas casas. Se echan sobre el césped a besarse como niños. Ella se irá con él, hará lo que él diga, lo seguirá donde vaya. Eulogio saca de su bolsillo un estuchito negro de terciopelo y aparecen las dos argollas. Tomándole suavemente la mano, pone una en su dedo y le dice que dentro de cuatro días partirán, que se casarán en Santiago el veintisiete.

Se pone el anillo, mira su mano y, luego de sacárselo, lo deja encima de la fotografía familiar. Uno a uno va sacando del cofre sus tesoros, su vida. Sin darse cuenta está llorando. Ella quisiera... Quisiera tanto... Un pañuelo rojo-naranja con sus labios estampados en el centro y un vago perfume lejano. Va caminando con Eulogio por el centro de Santiago, por ese mundo reluciente de tantas cosas nuevas. Hace dos días que han llegado. Alojan en el Hotel "El Angelito", en la calle Santo Domingo. Es un lugar pequeño y oscuro, pero tal vez acogedor. Después que Eulogio arregle unos papeles se casarán y buscarán casa. Caminan por el centro. Ella busca el pañuelo dentro de su bolso, pero no lo encuentra. Eulogio la toma del brazo y la obliga a entrar en una tienda. Se acerca una joven rubia y muy pintada. Eulogio dice: "Un pañuelo". La señorita le trae cien y él elige uno rojo-naranja. Pero ella no lo usa. Al llegar al cuarto, en un momento de soledad vacía en él un poco de esencia y lo besa con sus labios morados. Ahí están todavía la marca y la fragancia, invulnerables al paso de los días, semanas, meses, años... Años... Cinco años. Cómo quisiera. Pero la vida... Van pasando por sus manos los objetos, los recuerdos, los regalos, pequeñas acciones relacionadas con el cariño. Ahí está el llavero de hueso que le regaló el estudiante; ni siquiera supo su nombre; lo vio una vez, sólo una vez, nunca más; mejor no haberlo visto, mejor no recordarlo, porque el recuerdo, porque el llavero de hueso la hacen llorar. Llorar... De nada sirven las lágrimas ni las añoranzas. Para vivir hace falta frialdad;



para vivir hay que ser como Eulogio, como ella no es. El pequeño llavero... Poco después que Eulogio desapareció. ¿Dónde fue? Tal vez volvió al sur, quizá se fue al norte; imposible saberlo, era un hombre tan raro. La quería tanto... Y se fue. Frialdad, dureza, para vivir... Echa desordenadamente en el cofre toda su vida, lo cierra de un golpe y lo relega a la oscuridad bajo la cama. Vuelve a tenderse. Ya no se escucha el lamento del organillo ni el grito de los niños. Ladra un perro y retumba el taconear de los zapatos en la acera. Ha pasado la tarde. Del velador toma los cigarrillos y fuma. Pensar, ¿a dónde lleva? ¿Acaso pensando se puede resolver algún problema? Estaba sola en Santiago, una ciudad desconocida, un mundo indiferente. Eulogio se había ido. ¿Qué hacer? Pensar y pensar; ¿y qué? ¿Esto?... Una joven sola, sin otro don que su juventud, su inexperiencia. ¿Volver? ¡Nunca! Pensar. Pensar. Pero para comer hay que hacer algo más que pensar y para vivir hay que comer y no pensar... Entonces, ahora, ¿por qué piensa y piensa y piensa? ¿Qué pretende, a dónde quiere llegar?

Doña Marta se acerca con sus noventa kilos, entreabre la puerta y carraspea como para despertarla de su ensueño.

—Raquel... Raquelita, un cliente en el salón; se lo ha llevado toda la tarde durmiendo, no duerma tanto, que es malo.

—Al tiro, señora Marta.

Enciende la luz, estira su falda, peina lentamente sus cabellos y se pone un poco de color sobre los labios. Sale y se dirige al salón. Un hombre se levanta del sofá.

—Buenas tardes —dice.

—Buenas tardes... ¿Se sirve un poco de ponche?

—Claro, un jarrito.

Doña Marta pone el gramófono y empiezan a emerger evocadores compases tropicales. Luego, arrastrando sus pies cansadamente por el encerado, desaparece. El señor enciende una lamparita de mesa y apaga la luz del techo.

—Así es mejor.

Sí, piensa Raquel, Raquelita; así es mejor, mucho mejor. ¿Quién será? No es viejo, viste más o menos bien. Puede ser un empleado. No parece que tenga mucho dinero: las bastillas de sus pantalones están algo gastadas. No usa argolla, pero eso no quiere decir que no sea casado. ¿Podrá ser? En todos estos años ha esperado siempre. Porque tiene que haber hombres honrados, capaces de querer y de sentir como ella siente. Tiene que haber hombres como aquel estudiante que le regaló un llaverito de hueso. Ha esperado siempre, pero el hombre no ha llegado nunca. ¿Podría ser éste? Y si no es, ¿seguir esperando?... Se pasará la vida durmiendo cada mañana cuando sale el sol y cantan los pájaros. No; es mejor, mucho mejor, despertar con el día. En el día está la vida, su madre plancha, Joaquín maneja el camión. En el día está el mundo, están los hombres con su verdadera cara...

Doña Marta llega con el ponche. Sale. Otra vez, otra vez será lo mismo, lo mismo, igual que siempre.

—Sírvase.

—Gracias.

—Salud.

—Salud...

—Bailemos.

EL HOMBRE la aprieta, posa la mano izquierda sobre su pecho, desliza la derecha más abajo de la cintura. Al dar los pasos le entreabre las piernas con la suya. La besa en la oreja. No le dice nada. El disco termina y vuelven a sentarse. Beben un poco de ponche y finalmente el hombre se levanta y le dice: "¿Vamos?" Caminan hasta la habitación. Nuevamente le parece a Raquel, Raquelita, escuchar el organillo, pero éste no suena. Nuevamente ve su casa cerca del río cubierto de aceite y surcado por remolcadores y chalanas pescadoras. La mirada cariñosa y severa de su padre. "¡No te casas!" El portón y el patio frío, la pieza donde la madre plancha. El hombre se quita la chaqueta. Las calles de piedras y las caminatas descalza bajo la lluvia. El hombre se ha desanudado la corbata y desabotona la camisa. Nunca quiso, nunca quiso volver debido al temor y la vergüenza. Han pasado cinco años. ¿A qué temerle, de qué avergonzarse? No es culpa de ella; hay algo que no marcha bien, lo sabe, está segura de que es así. El hombre hace una flexión de brazos.

—Ya pues, mijita —le dice.

—Espéreme un momentito —le responde Raquel, Raquelita. Sale de la habitación. Pensar... Siempre pensó, siempre pensó... Pero la vida... El hombre se ha metido bajo las sábanas y quién sabe por qué parece tener un mal presentimiento. Siempre pensó, pero la vida, pero la vida... Pero la vida está allá afuera, lejos de aquí. Raquel respira profundo, abre las dos hojas de la puerta y sale al aire, a la noche. Raquel, Raquelita, la vida está fuera, lejos de aquí. Sonríe y mira más arriba de los tejados que se alinean a lo largo del destartalado callejón. Su corazón late con fuerzas, con demasiadas fuerzas. No puede reprimir el impulso de echar a correr hacia la esquina, más allá, lejos de aquí, tras el organillero.

♠



¡NO PUEDES OBLIGARME A AMARTE!

• • •

Tuve que oír esas palabras duras y amargas.

• • •

● En cuanto recuperé totalmente el conocimiento me sobresalté de miedo. ¿Dónde estaba? ¿Qué me había sucedido? Abrí los ojos y vi las albas murallas, las cortinas, la cama donde yo yacía. Lentamente levanté una mano y toqué mi cara, pero no pude tocar mi piel suave, mis pómulos sobresalientes, mi nariz recta. Sólo había vendas. De nuevo sentí el golpe, oí el rechinar de los neumáticos, vi cómo se abalanzaba hacia mí el cristal delantero.

—¡Oh Dios! —sollocé.

—Tranquila, mi linda. Tu madre está contigo.

Oí su voz, sentí la suave presión de su mano en la mía. Torpemente moví la cabeza para mirarla. Me sonreía, pero sus ojos estaban brillantes de lágrimas.

—¡Oh mamá! —Entonces recordé—. ¿Cómo está... Eugenio?

Eugenio... La lluvia sobre el parabrisas hacía brillar las luces artificiales sobre el rostro de Eugenio, haciéndolo lucir muy buen mozo con su terno de etiqueta, mientras sonreía y trataba de coger mi mano...

—Eugenio quedará bien, Wendy. Tiene unas costillas quebradas, pero nada más. —Su voz, de pronto, se quebró—. Pero tú... —se detuvo abruptamente.

—¿Qué, mamá?

—¡Oh mi linda! —exclamó—. ¿Por qué tuvo que sucederte esto a ti?

El miedo pareció helar mi sangre.

—¿Qué es, mamá?

Esquivó mis ojos.

—Tienes una pierna quebrada, mi linda. Y algunas contusiones internas... no muy graves. Y algunas...

Me toqué de nuevo la cabeza. Estaba totalmente vendada. Sólo mis ojos estaban descubiertos, mi boca y parte de mi mentón. Heridas..., el parabrisas.

—Mamá, dímelo —pedí roncamente—. ¡Dime todo tal cual es!

Se inclinó hacia mí y me abrazó.

—Wendy, mi linda, tendrás que ser valiente. Vas a necesitar de cirugía plástica.

—¿Para borrar las cicatrices?

No me contestó. Caminó hasta la ventana con un pañuelo sobre su boca.

—Wendy, tendrán que corregirte algunos huesos...

—¿Huesos?

Tragó fuerte y me miró.

—Fue un accidente terrible, Wendy. Un camión los atropelló. ¿Lo recuerdas? Eugenio perdió el control del auto y patinó. Tú saliste por el parabrisas y... — Su voz se transformó en un sollozo.

Todo dentro de mí se contrajo lentamente, deteniendo mi sangre. No podía moverme. Tendrían que arreglarme los huesos. Mi rostro estaba deshecho. No solamente herido: deshecho.

—¿Dónde está papá?

Con un movimiento casi de alivio caminó hasta la puerta.

—Lo iré a buscar. Creo que está con el doctor.

La puerta se cerró tras ella y mientras la miraba, de pronto me pareció ver mi propia imagen en el espejo esa última vez mientras esperaba a Eugenio para ir al baile de graduación. Todo el mundo dijo que me veía muy linda con mi pelo negro partido al medio y suelto hasta los hombros, que mis ojos lucían muy azules y mi cutis muy terso. Jamás había pensado mucho en mi aspecto. Estaba demasiado ocupada con mis actividades escolares, además de trabajar por conseguir buenas notas. Mamá me abrazó antes de irme. Ella y yo nos parecíamos mucho y muchas personas nos creían hermanas. Y papá estaba orgulloso de las dos y nos llamaba "mis dos preciosas niñas".

Cerré los ojos. Pero ahora ¿cuántas veces comenzaría a decir eso para luego enrojecer cohibido? ¡Mi rostro estaba deshecho! Las lágrimas quemaron mis ojos y luché por reprimirlas.

La puerta se abrió y entró una enfermera.

—Bien venida al mundo de la conciencia —dijo alegremente—. Mi nombre es Chela y durante los cuatro días que lleva aquí ni siquiera me ha saludado. —Sonriendo me tomó el pulso y me puso el termómetro—. No hable ahora —me interrumpió cuando quise saludarla.

Me quitó el termómetro, lo miró y me sonrió.

—Soy Wendy Hiller.

—Sí, lo sé. Pronto estará bien. ¿Me cree?

Asentí.

—Su papá y el doctor Pereda están afuera. —Abrió la puerta y les hizo un gesto para que entraran.

—Hola, guagua —dijo papá y se inclinó para besarme. Pero, a medio camino, se incorporó y tosió—. Este es el doctor Pereda. —Fue entonces a ponerse junto a mi madre y le cogió la mano.

El doctor Pereda era alto y su sonrisa era casi de niño.

—Tendrá que estar con nosotros durante un tiempo. Tendremos que hacerle algunas operaciones.

—¿Con alambres de embalajes y huincha aisladora?

Chela rió.

El doctor Pereda se acercó a mi cama.

—Su madre supongo que le ha contado lo sucedido. Y yo quiero ser franco con usted. No quedará igual que antes del accidente. —Se detuvo—. ¿Quiere saber algo más?

—Quiero saberlo todo.

—Cuando esté lo bastante bien como para usar muletas, la dejaremos irse de aquí por un tiempo. Pero tendrá que volver para una operación de cirugía plástica. Las probabilidades son... —vaciló—. Las probabilidades son que necesite varias operaciones. No podemos garantizarle nada. Pero quedará presentable.

—¡Presentable! —gimió mamá.

Papá la hizo callar y el doctor Pereda dijo algo más, pero apenas le puse atención. En mi mente sólo resonaba la palabra: presentable. Lo que quería insinuar era que quedaría desfigurada.

Cuando finalmente se fueron miré hacia la ventana, tratando de no pensar. Lo principal, según el médico, era que recuperara mis fuerzas para así controlar mis emociones que en ese momento me estaban asediando. ¡Todo había sucedido tan rápido! Si Eugenio no hubiera decidido que nos fuéramos temprano del baile para estar solos..., si el conductor del camión nos hubiera visto..., si no hubiera estado lloviendo..., si no...

● Se me escapó

un pequeño sollozo. De pronto, en poco tiempo, mi vida entera había cambiado. Tenía ofrecido un empleo, pero ¿cómo enfrentarme con la gente? Y mi gran sueño, por supuesto, era casarme pronto y tener guaguas. El matrimonio es lo más importante en la vida de una mujer. Mamá lo repetía eso siempre. Tener amor, un marido e hijos era la verdadera plenitud para una mujer, era para lo que la había hecho la naturaleza. Pero ahora, ¿qué hombre podía, luego de mirarme, experimentar algún deseo por mí? Me apreté los ojos con las manos.

La puerta se abrió y Chela dijo:

—Tiene una visita. Pero sólo por cinco minutos.

Di vuelta la cabeza en la almohada y miré.

—Hola..., Wendy. —Era Eugenio. Usaba una bata azul que no ocultaba el vendaje de su pecho.

—Hola, Eugenio —contesté. Oí el sonido tenso y seco de mi voz—. Siéntate.

—Gracias. —Acercó una silla y de pronto dijo—: Oh Wendy, me siento terriblemente mal por todo esto.

Lancé una carcajada seca.

—¡Yo también!

—Fue culpa mía. Si hubiera visto el camión..., si hubiera podido hacer algo...

Cerré los ojos.

—No sacas nada con pensar eso.

—Lo sé. —Se quedó largo rato en silencio y cuando lo miré vi lágrimas en sus ojos—. Oh Wendy... —Se pasó la mano por el pelo—. Mis padres y yo pagaremos todos los gastos..., todas las operaciones que necesites...

Apreté los dientes y sentí un gran dolor en mi mejilla. Al menos mis padres no tendrían que endeudarse por el resto de sus vidas.

—Sé que me culpas y tienes todo el derecho para hacerlo. Si hubiera algo que pudiera hacer, Wendy. Cualquier cosa, por favor, dímelo.

—¿Qué puedes hacer ahora?

Se levantó tembloroso.

—Quiero que sepas que me hago responsable de todo lo sucedido..., que lo siento mucho..., que haría cualquier cosa porque el tiempo retrocediera...

Sentí casi pena por Eugenio, de pie ahí, con los ojos brillantes de lágrimas. El que siempre había sido un chico tan alegre, feliz y voluble. Sabía que en realidad estaba apenado. Pero su pena no cambiaba en nada mi situación.

—Bueno, creo que debo irme —tartamudeó—. Te veré más tarde.

Me miró un momento, se dio media vuelta y se marchó.

Mientras se cerraba la puerta tras de él las lágrimas cayeron sobre mis vendas. Y con ellas llegó el sabor amargo de la realidad. ¿Cómo era posible que en un momento el mundo pudiera ser enteramente mío y al siguiente no tener nada?

Mi vida no había sido sólo rosas. Creo que mi familia pasó por las vicisitudes de todas las familias. Pero, básicamente, papá y mamá eran muy unidos. Quisieron más hijos pero no los pudieron tener. Por eso yo fui como su gran esperanza. Sus vidas y sus almas se prolongaban en mí y en los hijos que yo tendría algún día.

El primer chico con quien pololeé se llamaba Samuel. Sabía que a mis padres él no les gustaba mucho, sin embargo jamás me prohibieron que saliéramos juntos. Pero de cuando en cuando mamá me enumeraba las cualidades que le faltaban.

—Cuando te cases, mi linda, quiero que lo hagas con un hombre que sea serio, que te admire. Samuel, me temo, tiene un poco de desprecio por la vida.

En otra ocasión dijo:

—Cuando te cases, querrás hacerlo con un hombre no tan flojo... como Samuel.

No creo que los comentarios de mamá me influenciaran mucho, pero de todos modos corté con Samuel. Salí después con algunos chicos y sabía que si mamá decía: "Cuando te cases, Wendy", era porque no aprobaba a mi nuevo amigo.

Pero jamás dijo una opinión así de Eugenio. Parecía gustarle y yo trataba de catalogar sus impresiones. Eugenio era serio, sensible, respetuoso, no le tenía miedo al trabajo y de cuando en cuando contaba historias graciosas. Al menos era así como se comportaba frente a mis padres. Yo veía otras facetas de su personalidad.

Como la última vez que estuvimos solos en su auto estacionado.

—Te ves especialmente bonita hoy, Wendy. Bonita y tentadora —comentó.

—¿Qué te sucede? —pregunté, bromeando.

—Debe ser la primavera. La naturaleza..., las apasionadas rosas rojas..., la plateada luz de la luna.

—¿Y el suave aroma de los azahares?

—Espera un momento. —Sonrió—. Yo no puedo oler azahares hasta dentro de mucho tiempo. Primero necesito estudiar y recibirme.

—Entonces, ¿todo lo que deseas es un beso?

—Entendiste bien. —Me acercó a él e inclinó la cabeza. Su beso fue largo y me dejó temblorosa y sin aliento.

—Basta, Eugenio —pedí, asustada ante mi reacción. Traté de soltarme, pero me abrazó con más fuerzas.

—Wendy, Wendy... —susurró.

—Creo que es mejor que me lleves a casa. —De súbito sentí miedo de mí misma—. Por favor.

Guardó silencio y pronto se acompasaron los latidos de su corazón.

—Sí, creo que tienes razón.

Después de eso jamás volvimos a estacionarnos solos en su auto. Pero debí comprender que nuestra pasión también podía encenderse en otros sitios, en otras ocasiones.

Había ido a la playa una noche a nadar. El aire estaba tibio y faltaban sólo dos semanas para que nos graduáramos. Yo usaba un bikini blanco nuevo. Eugenio, al verme, lanzó un silbido. En realidad, sabía que el bikini destacaba mi piel bronceada y mi pelo negro.

Estiramos nuestras toallas sobre la arena, nos quitamos las poleras y las sandalias.

—¡Te echo carrera al mar! —gritó Eugenio y se lanzó hacia el agua. La luna brillaba sobre las olas. Lo seguí y nos sumergimos en el mar. Emergimos escupiendo y riendo.

—¿No te parece fabuloso? —preguntó Eugenio.

● Nadamos un rato

y después nos dejamos deslizar sobre nuestras espaldas. Eugenio tenía un brazo debajo de mí. Era maravilloso mirar desde allí las estrellas. De pronto lanzó una carcajada, se dio media vuelta y se hundió, llevándome consigo. Apenas tuve tiempo de aspirar un poco de aire antes de sumergirnos. Abajo estaba tibio y oscuro y el agua bramaba en mis oídos. Sentí que Eugenio me tomaba en sus brazos y apretaba sus labios contra los míos. Y lentamente salimos a la superficie. Nos separamos para respirar y Eugenio me besó de nuevo. La presión de sus labios, el contacto de su cuerpo húmedo... De pronto, el deseo que había tratado de ignorar pareció estallar dentro de mí. Devolví con pasión sus besos. En seguida me guió por la playa, deteniéndose de cuando en cuando para volver a besarme. Sentía el loco latir de nuestros corazones.

—Eugenio —murmuré—. Debemos detener esto.

Luego de algunos pasos, Eugenio me tomó en brazos y me llevó hasta donde habíamos dejado las toallas.

Nos perdimos de todos, sumidos en nuestra propia pasión y sólo diez minutos después mi mundo se destrozó.

Pensé que me había preparado a mí misma, pero no pude dejar de contener el aliento con horror ante lo que vi.

—Sécate —dijo con voz ronca—. Yo iré a hacer partir el auto.

Se arrodilló y me dejó sobre la toalla. Pero no pudo volver a incorporarse. Nos miramos a los ojos, y con un gemido me tomó entre sus brazos. Nos perdimos de todo, sumidos en nuestra propia pasión. No existió el pasado ni el futuro y no pudimos cambiar el presente.

Después me puse a llorar, pensando en mis padres y cómo los había engañado. Cuando Eugenio me fue a dejar a mi puerta parecía como desorientado.

—No sé cómo pudo suceder —murmuró—. Pero te prometo que no sucederá de nuevo.

Pasaron muchos días antes de que pudiéramos sentirnos cómodos el uno con el otro de nuevo. Y cuando en el baile de graduación Eugenio me besó, decidimos irnos a dar un paseo solos. De pronto teníamos necesidad de soledad, pero al abrigo de las luces de un café.

Corrimos por la lluvia y nos subimos a su auto y sólo diez minutos después mi mundo se destrozó.

¿Qué hombre podía encontrarme ahora deseable? ¿Podría alguno volverse loco por mi pelo negro y mi rostro... deformado?

Estaba sollozando y me odié por eso, pero no pude detenerme. Cuando Chela entró a darme el sedante para la noche, me encontró aún llorando.

—Llore para que luego se tranquilice y pueda planear su futuro.

—¡Futuro! —repetí con amargura.

—¿Qué le pasa a la chica de los alambres para embalar y la huincha aisladora?

Traté de sonreír.

—¡Eso está mejor!

Los días en el hospital pasaron lentamente. Trataba de leer, pero no podía concentrarme, y la radio me aburría. Mis padres me visitaban dos veces al día, pero Eugenio, luego de la primera vez, no volvió a verme. Yo prefería eso porque necesitaba olvidarlo.

Pero mamá tenía otras ideas.

Un día se sentó junto a mi cama con mirada anhelante y supe que era por algo.

—No veo por qué este accidente pueda afectar en nada tu vida —dijo al cabo de un rato.

—Mamá, tú no pareces darte cuenta que mi cara...

Me hizo callar.

—Puedes casarte y tener guaguas tal como siempre lo soñamos.

—No estás siendo realista, mamá.

—Lo soy, mi linda. Lo que cuenta en el amor es lo que hay dentro de la persona, no su apariencia exterior.

Impaciente me recliné sobre la almohada.

—Te gusta mucho Eugenio, ¿no es así? —dijo de pronto—. Me refiero a que pololeaban... y se sentían muy atraídos el uno por el otro, ¿verdad?

Sentí un aguijonazo de remordimiento, pero mamá continuó hablando.

—Lo que sugiero es que tal vez Eugenio se casará contigo.

—¿Casarse conmigo? —pregunté sorprendida—. ¿Por qué va a hacer eso?

—Mi linda, seamos honestas —cogió mi mano—. Como tú lo has dicho, no te será ahora fácil conquistar a un hombre. Pero te gusta Eugenio, y él es moralmente responsable...

—¿Qué...?

—...Moralmente obligado, debería decir. —Desvió los ojos y se tocó el pelo.

La miré con la boca abierta mientras sus palabras penetraban en mí.

—¿Insinúas que como nadie querrá

casarse conmigo, Eugenio deberá hacerlo?

—Es lo menos que puede hacer.

—¡Oh mamá! —Estaba tan sorprendida que no podía pensar en ningún argumento. Mamá se marchó unos minutos después, diciéndome que lo pensara. Y por mucho que trataba de sacar esa idea absurda de mi mente, más me acosaba.

● No podía

imaginar una vida más trágicamente vacía que el ser soltera hasta el día de mi muerte. Sin amor, ni hijos ni felices reuniones familiares. Nadie de quien preocuparme, arrinconada en algún sitio oscuro. El solo pensamiento me produjo una agonía de pavor. ¿Cómo vivir de ese modo?

Y ahora mamá decía que no tenía por qué sucederme eso, porque él estaba moralmente obligado. Eugenio manejaba el auto. Eugenio había tenido el accidente que había malogrado todo mi futuro. Además me había hecho el amor. ¿No era el matrimonio lo que arreglaría todo?

Mamá no habló más del asunto. Pensé que tal vez había renunciado a la idea, a pesar de haberse enraizado en mí. Pero me equivoqué. Un día vi a Eugenio de pie junto a mi cama..., totalmente vestido, puesto que había sido dado de alta en el hospital.

—Creía que me habías descartado —dije.

—Por cierto que no, Wendy. —Se aclaró la garganta—. En realidad, estoy aquí para preguntarte si quieres... casarte conmigo.

Lo miré y de pronto herví de furia. Por su entusiasmo parecía estar firmando su sentencia de muerte. Ahí estaba decaído y sólo autocompadeciéndose.

—¡No hace mucho parecías no poder quitar tus manos de mí!

—Aún siento lo mismo —murmuró tenso.

"Pero en la oscuridad, donde no puedas verme", pensé. De pronto me sentí cansada, sin siquiera fuerzas para enojarme.

—¿Ha estado mamá conversando contigo?

—Sí —replicó con honradez.

—Bueno, Eugenio —murmuré lentamente, retorciendo la sábana entre mis dedos—. En cierto modo ya estamos casados. Sólo nos queda legalizar nuestra situación.

Se sentó, lanzando un suspiro, como cuando el aire sale de un neumático.

—Está bien, Wendy. Conseguiré algún empleo. Creo que el estudiar está ahora fuera de consideración.

Por un momento sentí pena por él, pero no podía hacerlo. Mi única salvación era casarme con Eugenio, pues poseía el suficiente honor como para cumplir con su deber.

Apareció al día siguiente trayéndome un precioso anillo, y luego de ponerlo en mi dedo se inclinó y me besó torpemente los labios por entre los vendajes.

Pasaron algunas semanas más y volví a mi casa y ocho días después de eso regresé al hospital para mi primera operación. El médico debía arreglar mi nariz, parte de mi frente y mi mejilla derecha. Jamás me miré al espejo. Tal vez debía haber visto lo peor para que el resultado final no hubiera sido tan malo. Pero no me resigné a hacerlo. Quería vivir con la antigua imagen de mí misma lo más que pudiera... para mantener en alto mi moral.

Los primeros días después de la operación mi rostro parecía ser de fuego, pero apretaba los puños y me negaba a llorar. Mamá y papá me visitaban regularmente y Eugenio fue varias veces llevándome flores. Pero jamás teníamos mucho que decirnos el uno al otro. Por fin, un día, me contó que tenía un empleo.

—Voy a vender zapatos —anunció—. Tal vez algún día pueda adquirir la tienda. —No pareció en absoluto entusiasmado.

Chela era la única que lograba sacarme de cuando en cuando de mi ensimismamiento.

—Tengo media hora libre —dijo un día—. ¿Qué tal si jugamos a las cartas? —Sacó un naipe y nos pusimos a jugar—. ¡Qué lindo anillo! —Tomó mi mano para admirarlo—. ¿Quién es el feliz mortal?

—Eugenio.

—¿El que tuvo con usted el accidente? —Cuando asentí, dijo—: ¡Oh! —y soltó mi mano.

—Usted no usa ningún anillo, Chela. ¿Es casada?

Sonrió.

—Tengo veintisiete años y aún soy libre.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—Ah, espere un minuto. Lo dice como si yo acabara de perder a mi madre.

Me sentí enrojecer.

—Perdón. No quise...

Lanzó una carcajada.

—No todo el mundo se casa, usted sabe eso.

Le sonreí, pero no dejé de tenerle pena. Era muy bonita.

—El ser enfermera, ¿realmente le gusta?

—¡Es mi vida íntegra! —Puso una carta sobre la cama—. Al principio quise ser técnico laborante, pero decidí mejor dedicarme a los enfermos que sacar muestras de sangre y biopsias.

—A mí también siempre me ha fascinado todo lo relacionado con la medicina, pero siempre me ha sido muy remoto —dije vacilante.

Sus ojos brillaron de entusiasmo.

De inmediato se puso a contarme respecto a la tecnología médica, al entrenamiento y los estudios e incluso me dijo los sueldos que se ganaban luego de seis meses, del trabajo en los hospitales y me describió a mucha gente interesante que tuvo la suerte de conocer.

A las pocas semanas salí del hospital. Me encerré en mi casa y veía a Eugenio sólo de cuando en cuando. Y el tiempo se arrastraba.

Tres meses después volví otra vez al hospital. Salí y regresé otras dos veces y durante ese tiempo las visitas de Eugenio fueron nulas. Sin embargo, antes me había mostrado el departamento que arrendó para nosotros.

—Es adorable, Eugenio. En realidad, me encanta.

Murmuró algo y me pasó la llave.

—Toma, por si quieres venir y traer algo. Yo me mudaré aquí mañana y comenzaré a arreglar mis cosas.

Cuando cogí la llave retuve su mano.

—Todo saldrá bien, Eugenio...

Sin contestar retiró su mano.

—Eugenio...

—¡Mira! —lanzó con violencia. En seguida se pasó la mano por el pelo y suspiró profundo—. Me casaré contigo porque te debo eso. Pero no tiene por qué gustarme. Y no me agrada que me regañes. Soy muy joven y ya estoy atrapado. Es sofocante.

—Antes nos amábamos, Eugenio —dije suavemente—. Tal vez lo hagamos de nuevo.

Finalmente me practicaron la última operación. Cuando me quitaron los vendajes, demoré dos días en reunir coraje para mirarme en el espejo que Chela continuamente me ofrecía.

● Pensé que me

había preparado a mí misma, pero no pude dejar de contener el aliento con horror ante lo que vi. Mi nariz estaba bien, mi frente tenía una hendidura y algunas cicatrices pálidas, pero... ¡mi mejilla derecha! Estaba más abajo que la izquierda y una enorme cicatriz roja la cruzaba desde la sien hasta la mandíbula inferior. Las lágrimas se agolparon a mis ojos.

—La cicatriz se desvanecerá con el tiempo —aseguró Chela—. Alégrese de ser mujer y poder usar maquillaje.

—Sí, naturalmente.

—Y lo más importante son sus ojos. No han sido tocados. Están perfectamente bien y tan azules como siempre.

Me miré de nuevo. ¿Me acostumbraría alguna vez a mi nueva cara?

—Y hay algo más —continuó Chela. Sacó una peineta y un par de tijeras de su bolsillo—. ¿Puedo?

Me encogí de hombros.

—No creo que nada puede hacer daño a mi inmortal belleza.

Hizo un mohín, levantó mi cabeza y se puso a trabajar. Con cortes rápidos me fabricó una chasquilla que tocaba mis cejas, me partió el pelo a un lado y lo peinó de modo que cayera como en cascada sobre mi mejilla derecha.

—Ahora, mírese —pidió, pasándome el espejo.

—¡Oh Chela, es un usted un genio! Me miré y reí.

—¡Me veo positivamente glamorosa! —Naturalmente que no estaba oculto todo el daño, pero el peinado me ayudaba mucho. De pronto me sentí optimista. Deseé que me viera Eugenio. Tal vez no me encontraría tan mal. Quizás hasta nos sonreiríamos el uno al otro y de nuevo nos cogeríamos de la mano. Y hasta podría enamorarse de verdad de mí..., no con el entusiasmo fugaz de antes, sino que experimentar un amor real y con ello ser felices en nuestro matrimonio.

Y el sueño de Eugenio: podría no tener que renunciar a sus estudios. Yo podría tomar algún trabajo y él seguir cursos nocturnos. Resultaría. De algún modo lo tendríamos que hacer resultar.

Abracé a Chela.

—Eugenio no me espera hasta dentro de un par de días. Pero los domingos por lo general se queda en nuestro departamento. ¡Le voy a dar una sorpresa!

Llamé a papá para que viniera a buscarme. En seguida me vestí y empaqué mi maleta. Le di otro abrazo a Chela.

—No sé cómo darle las gracias... por todo —murmuré.

—Y no se pierda de aquí ahora que no nos necesita.

—No se preocupe por eso.

Dejé mis cosas en casa, me puse un par de anteojos negros y caminé las seis cuadras hasta el departamento. No me sentía tan feliz desde la noche de mi graduación, o sea, desde dieciocho largos y pavorosos meses.

Llegué al edificio y subí la escalera hasta nuestro departamento. Pensaba simplemente entrar, golpearle el hombro para que cuando se diera vuelta tuviera la gran sorpresa.

Saqué mi llave y lentamente abrí la puerta. Eugenio no estaba en el living ni en la cocina. Caminé en puntillas por el pasillo alfombrado... Nada en el baño ni en el escritorio, el cual sería algún día el dormitorio de la guagua... Llegué entonces al dormitorio principal y suavemente abrí la puerta.

Me quedé tan sorprendida que enmudecí y luego lancé un grito.

—Eugenio...

Estaba allí. Pero no estaba solo.

—¿Quién diablos es ésa? —preguntó la chica que lo acompañaba.

Tropezando volví al living. Por un breve momento me vi con Eugenio en la playa y después oí el chirriar de los neumáticos... Mis rodillas se debilitaron y caí al suelo. "No puede hacerme esto", lloró mi corazón. "¡Jamás lo dejaré irse! ¡Lo odio! ¡Jamás lo dejaré irse!"



● Lo miré y de pronto herví de furia. Por su entusiasmo parecía estar firmando su sentencia de muerte.

Eugenio de pronto estuvo frente a mí. Cogiéndome de un brazo me levantó.

—¡No me toques! —chillé.

—Wendy, tenemos que conversar.

—¿Con ella allí?

Hice un ruido y se pasó la mano por el pelo. En seguida dijo:

—Espera un momento —y volvió al dormitorio. Salió a los cinco minutos trayendo cogida del codo a una chica. Cuando ella vio mi cara hizo un gesto—. Tal vez ustedes dos deban conocerse —anunció Eugenio. Indicó hacia mí—. Esta es Wendy, la chica con quien me voy a casar. —En seguida se volvió a ella—: Esta es Diana, la chica que amo.

Diana se desprendió y le abofeteó con violencia la cara, en seguida salió por la puerta y la cerró tras de ella. Eso me dio una satisfacción pequeña. Fue lo que debí hacer yo.

—Veo que ella no sabía nada de mí —dije pesadamente.

Eugenio se sentó, puso los codos sobre sus rodillas y apretó su cabeza con ambas manos. Luego de un momento levantó la vista.

—Luego que nos comenzamos a hacer el amor no supe qué decirle.

—¿Y qué me vas a decir a mí?

—Nada. —Se puso de pie y se comenzó a pasear, furioso—. Me casaré contigo. Te lo prometí y no quebrantaré mi palabra.

—¿Qué te hace suponer que yo aún quiera casarme contigo? —pregunté pestañeando contra las lágrimas.

—¿No quieres hacerlo? ¡Grandioso!

—Oh, sí, claro que quiero. —Me puse de pie, enceguecida por la ira—. Primero me destrozaste la cara, después me engañaste y ahora piensas abandonarme. Bueno, esto último no lo harás.

Me miró.

—¡Te sientes muy poderosa! ¡Me tienen atrapado de pies y manos! ¡Basta con que chasquees los dedos y yo salto! —Hizo ese ruido con sus dedos frente a mi cara—. Me casaré contigo. Pero no puedo prometerte fidelidad ni prescindir de los demás. Pagaré el arriendo, te daré hijos. ¡Pero no tendrás nada más de mí! —Se llevó el pulgar hacia su pecho.

Comencé a sollozar incontroladamente.

—¿Qué clase de matrimonio será ése?

—¡Uno espantoso! —gritó—. ¿Aun así lo quieres?

Me derrumbé en el sofá y me apreté los ojos con las manos. Otro accidente, eso era esto. ¡Otro accidente! Un momento antes todo me pareció posible, y ahora todo estaba destrozado. Me sentía al borde de la histeria.

—No, no lo quiero. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Se sentó en silencio a mi lado, esperando que se aplacaran mis sollozos. Finalmente quitó el pelo de mi mejilla. Pestañeé pero me cogió el mentón.

—Es sólo una cicatriz, Wendy. No es algo horrible. Sólo una cicatriz.

Dejó caer mi pelo y suspiró.

—Perdón por todo esto. Parece que no puedo dejar de dañarte. Pero me siento tan... acorralado. No sé lo que será nuestro matrimonio.

● No me amaría

ni me sería fiel, ni prescindiría de otra gente, y así sería nuestro matrimonio. Saqué un pañuelo de mi cartera y me

soné. Yo no podía amarle bajo esas condiciones. Y, ¿de qué valía un matrimonio sin amor? Sólo me tenía piedad y eso se transformaría en resentimiento. Viviría su propia vida y dejaría que yo viviera la mía. Nunca tendríamos nada de qué conversar. Me estaba engañando a mí misma al creer que forzando a Eugenio a casarse conmigo se solucionaría todo.

—Bueno, entonces podríamos fijar la fecha —propuso Eugenio.

Me levanté temblando y guardé mi pañuelo.

—No, gracias. No acepto tu proposición de matrimonio. —Giré el anillo en mi dedo—. Puedes guardarte tu piedad. Y conservar a Diana. Y también tu anillo...

Me lo quité del dedo y lo lancé a sus rodillas.

—Por un momento tuve un lindo sueño. Que tú y yo podríamos ser felices juntos. Pero ahora comprendo cuán equivocada estuve. ¡Es imposible forzar al amor!

Se puso de pie y el anillo cayó al suelo. Sus ojos tenían una expresión mezcla de esperanza y de pena.

—¿Lo dices sinceramente, Wendy?

Lo miré con una última chispa de afecto.

—Tal vez si nada hubiera pasado en la playa esa noche, quizás yo nunca hubiera pensado que tú y yo...

Me volví rápidamente. En la puerta me detuve y saqué la llave de mi cartera. La lancé a la alfombra, junto al anillo. La llave y el anillo... y todo lo que significaban. Pestañeando contra lágrimas frescas corrí escalera abajo.

De pronto necesité a Chela. Ella había sido la única que me dio fuerzas durante todos mis horribles sufrimientos.

Me puse los anteojos negros, eché el pelo sobre mi mejilla y tomé un micro. A los veinte minutos estaba en el hospital preguntando por Chela. Me dijeron que estaba tomando café. La encontré sola, trabajando con algunos papeles. Me miró sonriendo.

—¡Wendy, no esperaba tan pronto su visita! ¿Qué ha pasado?

—Háblame —pedí, tratándola por primera vez como a una amiga. En seguida le mostré mi dedo sin anillo.

—Oh —susurró suavemente. Me cogió de la mano y me sentó a su lado—. Wendy, me alegro tanto de que no se haga ese matrimonio. El sentía mucho remordimiento, pero el remordimiento no es base para un buen matrimonio.

—Lo sé. Lo estuve castigando y castigando y creo que también castigándome a mí misma. Ahora sé que no fue su culpa. Fue la lluvia, el camión que apareció demasiado pronto, el hecho que nuestro auto patinó. Eugenio no pudo hacer nada. Fue simplemente un accidente.

—Espero que le hayas dicho a él eso. Lo hayas perdonado, pues de otro modo jamás podrá perdonarse a sí mismo.

Asentí.

—Pero yo tenía tanto miedo.

—¿Miedo a qué?

—A no casarme.

Lanzó un suspiro de impaciencia.

—¿Qué te hace pensar que cualquier matrimonio sea mejor que no casarse? La gente debería casarse sólo cuando se aman y son compatibles. Algún día puedes conocer al hombre para ti.

Lancé una risa seca.

—¿Y qué hay de tan malo en no casarse? —Cogió mi mentón y me obligó a mirarla—. Yo no soy casada y soy feliz. ¿Y soy una fracasada? En absoluto.

Me encogí de hombros.

—Mamá asegura que el matrimonio es lo único natural...

—Sucede que hay más mujeres que hombres en este mundo y por eso hay tantas solteras —me interrumpió—. Pero viven una existencia feliz, productiva y útil. Poseen gran libertad y maravillosas oportunidades de hacer cosas interesantes. —Siguió hablando y hablando y yo con cada una de sus palabras sentía más esperanza y coraje. Ser soltera no era una tragedia, en cambio era trágico tener un matrimonio desdichado y un hogar deshecho.

Pensé un momento y Chela preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensas para el futuro?

—No sé —susurré con voz muy delgada.

Sus ojos se iluminaron.

—Estudiarás tecnología médica.

Cuando por fin llegué a casa le conté a mis padres que había roto mi noviazgo. A mamá le costó tragarse su desilusión y sus lágrimas. En seguida les anuncié que estudiaría tecnología médica.

—¿Estudiar qué? —inquirió mamá.

—Me siento orgulloso de ti —aseguró mi padre.

Fue difícil alternar con la gente y soportar sus miradas. Pero de pronto me vi tan interesada en mi trabajo que casi olvidé mi tragedia. Ahora estoy conforme conmigo misma porque mi vida es útil y provechosa. Eugenio está de novio con Diana y estudia; Chela y yo somos muy amigas y veo ante mí un futuro lleno de desafíos y de emociones.

Si Eugenio no hubiera decidido que nos fuéramos temprano del baile para estar solos... Si el conductor del camión nos hubiera visto... Si no hubiera estado lloviendo... Si no...

Era maravilloso mirar desde allí las estrellas.

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

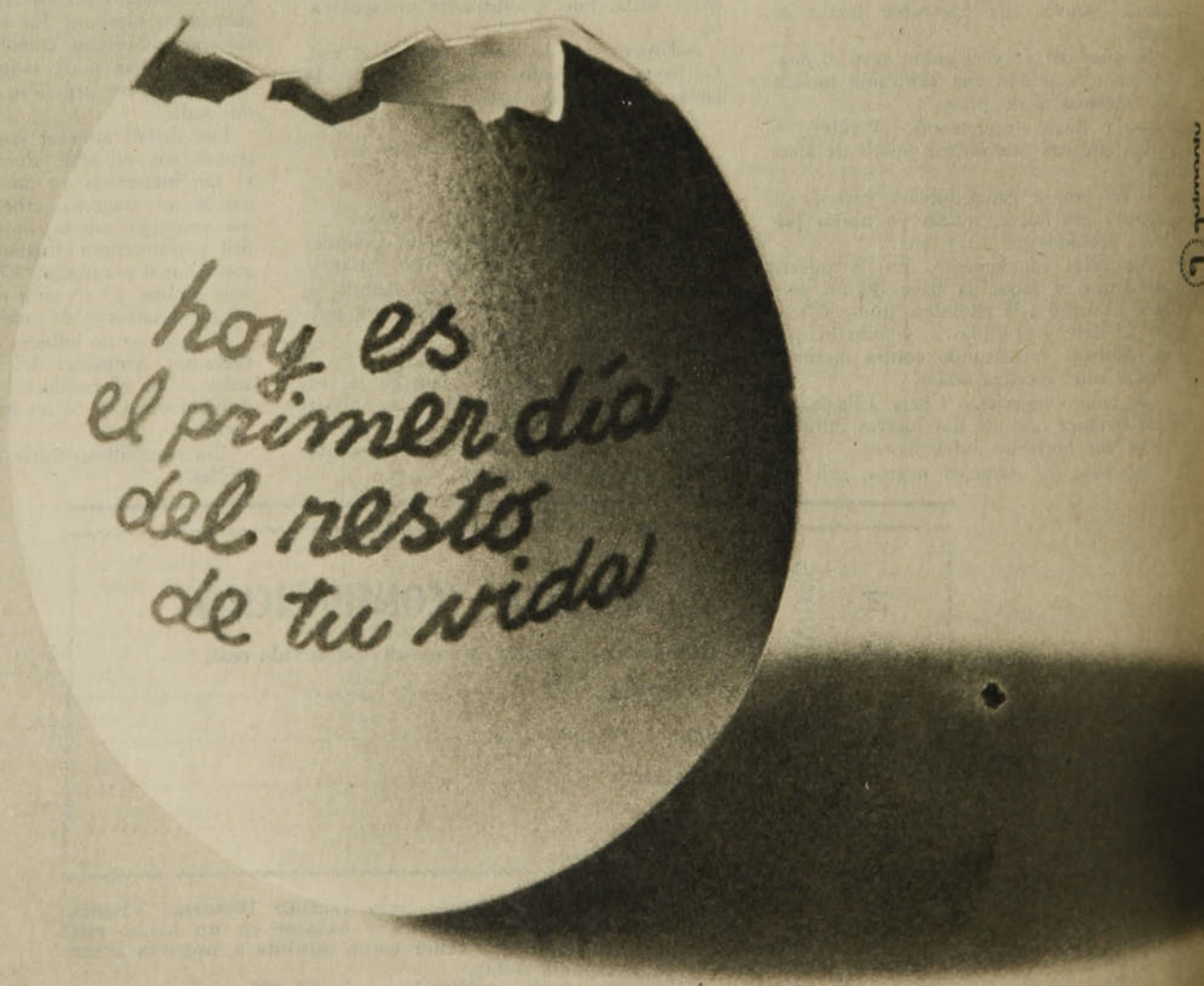
Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

ONDA

La revista juvenil
que toma en serio
a los jóvenes



CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 5 AL 11 DE OCTUBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color rojo.
Número 7.

TU CORAZON
Semana muy favorable para quienes aún no han encontrado a la persona con quien compartirán su vida. Las parejas estarán muy unidas.

TU TRABAJO
Tendrás algunos problemas con tus compañeros debido a las envidias. Sigue adelante en tu labor y al final te ganarás la simpatía de todos.

TU SALUD
La incertidumbre por la suerte de un familiar te tiene muy nerviosa, produciéndote insomnios y trastornos digestivos. Trata de liberarte.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día miércoles.
Color azul.
Número 6.

TU CORAZON
Ese antiguo amigo que te ha sido fiel por tantos años finalmente ha logrado conquistar tu corazón. Sigue adelante y no te arrepientas.

TU TRABAJO
Te verás frente a varios ofrecimientos de los cuales tendrás que decidirte por uno. Pide consejo a quienes te merezcan tu total confianza.

TU SALUD
No fuerces mucho tu vista, pues la tienes un poco cansada y se irrita fácilmente. A la menor molestia cierra tus ojos y hazlos reposar.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color amarillo.
Número 0.

TU CORAZON
Te verás presionada por la opinión de tus familiares, quienes te harán dudar de tus sentimientos. No te precipites en tomar ninguna decisión.

TU TRABAJO
Cada día te sientes más atraida por tu trabajo, ya que tienes la sensación de estar realizándote y haciendo una labor que realmente te gusta.

TU SALUD
Tus frecuentes dolores de cabeza se deben principalmente a tu recargo de trabajo y responsabilidad. Descansa un rato cada vez que puedas.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color verde.
Número 3.

TU CORAZON
Te sentirás un poco deprimida porque las cosas no resultan como deseas, pero no desesperes, ya que a fines de la semana todo se solucionará.

TU TRABAJO
Sé más constante con lo que emprendas y con las cosas que te comprometas a hacer, pues si no todos tus clientes te abandonarán por no cumplirles.

TU SALUD
Tu cuerpo se siente pesado debido al poco ejercicio físico que haces. Cada vez que tengas oportunidad camina aunque sea un rato.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color café.
Número 0.

TU CORAZON
Recibirás noticias de una persona que hacía tiempo no sabías de ella. Contéstalas inmediatamente para que no se rompan esos lazos de amistad.

TU TRABAJO
Período difícil en el que la adaptación a nuevos sistemas puede resultarte demasiado complicada. Ten un poco de paciencia y no desesperes.

TU SALUD
No dejes de vigilar el comportamiento de tus nervios. En ti ellos son tu peor enemigo, ya que son los causantes de todos tus otros males.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color naranja.
Número 5.

TU CORAZON
Sé más abierta y comprensiva hacia los demás. Muchas veces tu silencio puede ser intepretado como falta de confianza.

TU TRABAJO
Ciertas dificultades de entendimiento con tus colegas. Sé condescendiente y no los juzgues con demasiada severidad, pues todos cometen errores.

TU SALUD
Una serie de pequeñas molestias, impiden que te sientas en condiciones de trabajar como desearías. Consulta un médico que será de gran ayuda.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color gris.
Número 9.

TU CORAZON
Acepta todas las invitaciones que surjan en el curso de la semana. A raíz de ellas pueden acontecer sucesos importantes para ti.

TU TRABAJO
Disminución de las actividades y del ritmo de trabajo en general. Aprovecha este pequeño descanso para distraerte.

TU SALUD
Trata de llevar una vida menos sedentaria, aunque sin disminuir por eso las horas de sueño a que estás acostumbrada.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color morado.
Número 7.

TU CORAZON
La semana se presenta llena de imprevistos. Deberás estar preparada para desenvolverte en las situaciones más variadas, sin vacilar nunca.

TU TRABAJO
No te confíes demasiado en las promesas. Controla por ti misma todos los detalles si te interesa salir adelante y triunfar.

TU SALUD
Fatiga física y mental. Sensación de sueño y falta de energías. Es necesario que refuerces tu alimentación y que descanses unos días.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color rosado.
Número 8.

TU CORAZON
Período muy inseguro y poco indicado para tomar decisiones importantes. Te conviene esperar a la próxima semana.

TU TRABAJO
No hagas compromisos a largo plazo sin tomar primero todas las precauciones y asegurarte bien que tendrás cómo responder.

TU SALUD
Ciertas molestias renales pueden presentarse en estos días. Observa con detención tu organismo y si no tendrás que consultar un especialista.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color celeste.
Número 3.

TU CORAZON
Actúa con prudencia sin tratar de apurar los acontecimientos. La paciencia es totalmente fundamental si quieres lograr el triunfo.

TU TRABAJO
No te desanimes si tu labor no es reconocida como merece. A veces resulta difícil que se reconozcan los esfuerzos en la justa medida.

TU SALUD
Posibles trastornos digestivos a consecuencias de tu glotonería. Come con moderación no sólo en tu casa, sino cuando te invitan a comer fuera.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color blanco.
Número 8.

TU CORAZON
Es posible que no puedas reprimir tus celos, pero al menos esfuérzate por disimularlos. Recibirás una carta muy agradable, que te hará feliz.

TU TRABAJO
Organízate mejor para poder rendir al máximo. No niegues tu conocimiento y experiencia a quienes te lo soliciten.

TU SALUD
No te dejes llevar por la pereza. Todas las mañanas dispone de unos diez minutos para practicar tus ejercicios de gimnasia.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color negro.
Número 0.

TU CORAZON
Evita hacer confidencias íntimas a ciertas amigas que no estás segura cómo te responderán. Es preferible probar primero su lealtad.

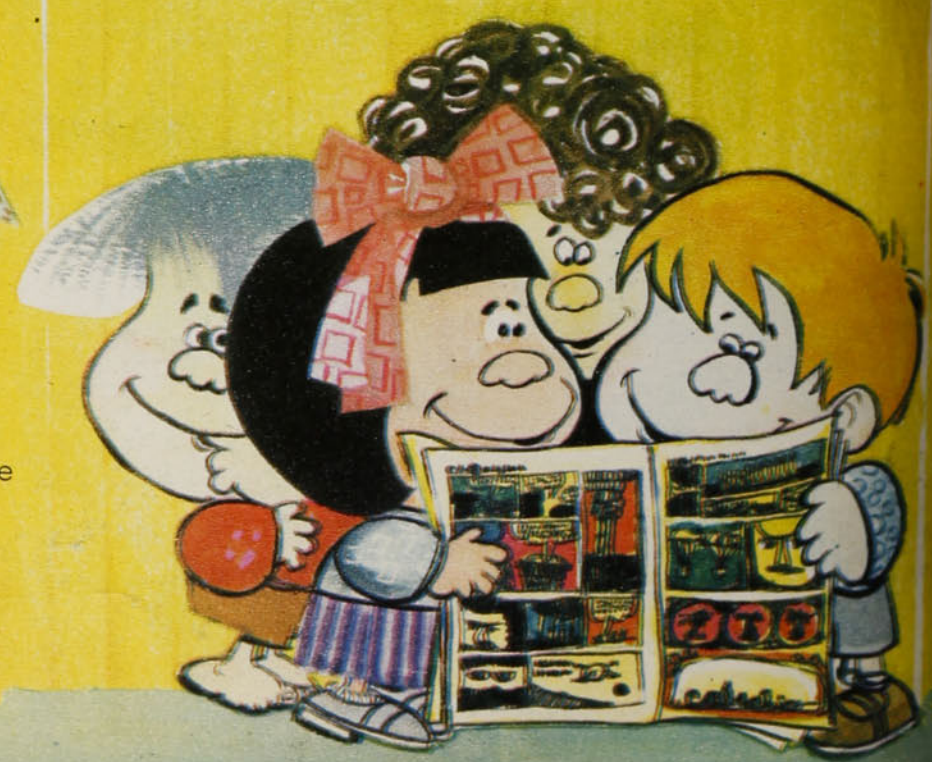
TU TRABAJO
No temas lanzarte a la realización de esos proyectos largamente ansiados. Eres bastante inteligente y capaz para salir adelante.

TU SALUD
Aprovecha todos tus momentos libres para ponerte en contacto con la naturaleza. Necesitas desintoxicarte del ambiente de la ciudad.

A MI TAMBIEN ME GUSTA LEER LA REVISTA

cabrochico

A TODO COLOR
sus historietas de acción... sus cuentos infantiles dibujados...
Y ME ENTRETENGO
recortando y pegando y por supuesto armando el rompecabezas
MI PAPA LEE
El suplemento dedicado a los adultos.



revista
cabrochico
Por fin una revista infantil que de verdad es para los niños.
aparece los viernes cada 15 días Eº 3.50
producida por quimantú
una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

quimantu



LA NOCHE DEL RAPTO

Eº 5 N.º 1948

Me entregué a ellos sin gritar por miedo a que mataran a mi amante.

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

Cuando JUDITH MARLOWE conoció a DAVID GODARD lo creyó un reportero en busca de datos biográficos sobre su recién fallecida tía abuela, VERA HALVORSEN DE MARLOWE, quien fuera antes bailarina del Ballet Real Danés. Pero David se interesaba realmente en GISELLE, nieta de tía Vera y prima de Judith, muerta en un choque de trenes cinco años antes.

Giselle viajaba camino a Dinamarca para reunirse con el hombre que amaba, NIKKI, piloto de aviación danés, y Judith le prestó el dinero para el viaje deseosa de que se marchara, creyendo que su propio enamorado de entonces se sentía atraído hacia Giselle. Ahora que aquel antiguo galán ya no le importaba, se sentía culpable hacia su prima.

Al revisar las pertenencias de tía Vera, Judith se sorprendió de encontrar la valija de Giselle intacta, conteniendo lo que llevaba para su viaje, incluso su pasaporte y una cámara fotográfica. El pasaporte tenía la visa de entrada a Dinamarca, pero no la de salida y al desarrollar la película de la cámara reveló la foto de Giselle junto a INGE SCHALL, muchacha danesa que estuvo un tiempo alojada en casa de tía Vera intercambiando servicios por el aprendizaje del idioma inglés. Ambas aparecían frente a una farmacia en Copenhague, demostrando que Giselle había estado efectivamente en Dinamarca. La sombra de tía Vera en la foto indicaba que también ella estaba allí. Sin embargo, el accidente ferroviario tuvo lugar antes de que Giselle pudiera abandonar Inglaterra.

David convenció a Judith de que fuera a Copenhague para ubicar a Inge y aclarar el misterio sobre Giselle. En el avión ella encontró a David, también en viaje a Copenhague, aparentemente en vacaciones.

Ubicada Inge, ahora convertida en la SEÑORA AKSELL, a través del farmacéutico en retiro HERR RASMUSSEN, simuló no haber visto jamás a Giselle en Copenhague. Para entonces, Judith había comprendido que estaba enamorándose de David; pero se ofendió al saber que el joven era en realidad nieto del fallecido SIR JOHN GODARD, dueño de una importante empresa periodística. Consideró que David la había estado utilizando para encontrar a su prima MARY GODARD, desaparecida, a quien correspondía parte en la herencia de Sir John. David creía que era su prima Mary y no Giselle la chica que murió carbonizada en el tren y a la que tía Vera reconoció como Giselle.

Por casualidad, Judith supo que MARGARETHE RALOV, conocida ahora como FRU FLINDT, bailarina que según la tía Vera había bailado con ella en "La Danza del Espejo", aún vivía, y pensó que tal vez ella pudiera darle alguna clave sobre la suerte que había corrido Giselle.

CAPITULO VI

HABIA pocas personas almorzando en el hotel. Judith, decidida a escribir a la que fuera famosa bailarina Margarethe Ralov, redactaba mentalmente su carta mientras comía. Pero era difícil.

En la mitad de su almuerzo recordó que no había reservado su vuelo a Inglaterra, pero aquello tendría que esperar. ¿Cómo escribir una carta a una anciana desconocida que fuera en un tiempo tan famosa y que tenía que vivir recluida con sus facultades mentales perturbadas? ¿Cómo preguntarle si recordaba haber visto a una antigua amiga cinco años antes en Copenhague? ¿Cómo explicar la importancia que tenía ese detalle?

Subió a su habitación después del almuerzo sentándose frente al escritorio, junto a la ventana. Comenzó varias cartas, terminando por romperlas todas. Algunas eran demasiado largas, otras resultaron poco claras o muy lacónicas. Finalmente consiguió redactar ésta:

"Estimada señora Flindt:

"Mi tía abuela, Vera Halvorsen (casada con Guy Marlowe), me habló de usted con frecuencia. Tal vez usted la recuerda. ¿Puedo visitarla para preguntarle algo sobre ella? La saluda cordialmente,

Judith Marlowe".

Judith decidió que iría ella misma a esa casa, **Sorgen Frei.** Si la cogía desprevenida, tal vez accedería a recibirla. Y en el peor de los casos, entregaría personalmente la carta.

La tía Vera siempre dormía una siesta después de almuerzo, y probablemente la señora Flindt haría lo mismo, y lo mejor sería llegar a visitarla después de su taza de té o de café de las cinco. Habiéndolo decidido, Judith se recostó quedándose inmediatamente dormida. Cuando despertó ya no se veía el sol en la calle desde su ventana y los buses pasaban atestados de pasajeros, trabajadores ansiosos por regresar a sus hogares. Abandonó rápidamente su pieza y bajó corriendo. El portero del hotel le indicó cuáles buses debía tomar y consiguió subir a uno, a poca distancia del hotel.

Un sol declinante moría al otro lado de la costa haciendo brillar las ventanas de las casas como si despidieran fuego. La atmósfera era tan diáfana que Judith podía distinguirlas claramente. Aquélla era la costa de Suecia ¿Qué habría he-

VISTACIÓN DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
11 OCT 1971
DEPOSITO LEGAL

cho Inge cuando llegó allá y descubrió que su marido no estaba?

EL bus se detuvo en el paradero y Judith bajó. Vio frente a ella una gran casa blanca con una franja de césped cuidado que la separaba del camino. Los amplios peldaños de piedra de una escalinata la llevaron hasta una puerta de roble macizo de paneles muy ornamentados. Sobre esta puerta estaba grabado en la piedra el nombre de la mansión: **Sorgen Frei.** Judith golpeó el aldabón de fierro forjado y esperó.

Al poco rato se abrió la puerta y una criada la miró interrogativamente.

—¿Podría ver a la señora Flindt, por favor? —preguntó Judith.

La criada no parecía entender una palabra de inglés. Se mostró perpleja, pero haciéndose a un lado invitó a Judith a entrar con un gesto. Las murallas del hall eran paneles de madera clara con grandes cuadros en pesados marcos dorados. Una amplia escalinata de la misma madera ascendía hacia el segundo piso.

Se abrió otra puerta en la planta baja y alguien avanzó rápidamente por un corredor, diciendo unas palabras en danés a la muchacha. Judith encontró su camino cortésmente bloqueado.

—¿Puedo servirla en algo?

Las palabras fueron pronunciadas en excelente inglés. La mujer que hablaba no podía ser Margarethe Ralov, porque era demasiado joven. De todos modos, decidió Judith, debía tener a lo menos cuarenta años y sus maneras autoritarias y rudas la hacían aparentar más

—¿Puedo ver a la señora Flindt? —repitió Judith.

Apenas pudo oír su respuesta, porque a espaldas de la mujer alcanzó a ver, apareciendo súbitamente entre las balaustradas que rodeaban el pasillo del segundo piso, un par de pies enfundados en zapatillas de terciopelo adornadas con plumas de avestruz.

—Eso es absolutamente imposible —decía aquella mujer—; **Fru** Flindt jamás recibe a desconocidos.

A una señal de la dama de compañía la camarera desapareció. Judith alzó la voz, en la esperanza de ser escuchada por la poseedora de las zapatillas emplumadas, en el segundo piso, diciendo:

—Ella conoció a mi tía abuela, Vera Halvorsen. Bailaron juntas en el **corps de ballet.** Pensé que...

—¡Oh, qué lástima!

Ahora, la dama de compañía había hecho retroceder a Judith hacia la puerta Ya afuera del hall y a pesar de que no podía ser oída, bajó la voz para decirle:

—Debe comprender, señorita, que ella está muy vieja. Vieja y difícil, si me permite hablar francamente. El médico recomienda evitarle emociones, y cualquiera mención al pasado la excita enormemente. Espero que no me considere descortés, pero tengo, de todas maneras, que protegerla del mundo exterior.

—¿No me permitirá hablarle ni siquiera un momento? Es tan importante —insistió Judith.

—Yo estoy aquí para tratar los asuntos de importancia. Ese es mi trabajo.

—Temo no poder discutir esto con ninguna otra persona. Además de importante, es privado.

—En ese caso, lo siento.

Judith escuchó cerrarse la puerta principal tras ella, suave pero firmemente.

En el interior de esa casa vivía todo lo que quedaba de la mujer que un día fuera la niña mimada de Copenhague. Cuidadosamente guardada, mantenida oculta para que la leyenda pudiera sobrevivir y nunca ser suplantada por la realidad de una mujer anciana y con la mente vacía que deambulaba en zapatillas de entrecasa.

Se había levantado una ligera brisa que hacía silbar las ramas de los árboles. Judith escuchó el rumor de un bus que se acercaba y abrió la cartera para tener a mano el dinero del pasaje; sus dedos tropezaron con la carta que no había entregado.

Tuvo justo el tiempo suficiente para volver a cruzar la calle y empujar el sobre por la ranura del buzón practicada en la puerta, antes de que el bus apareciera y ella pudiera abordarlo. Se ubicó junto a una ventanilla desde la cual podía contemplar el Sound, sintiéndose derrotada, invadida por la frustración. Solamente ahora venía a darse cuenta de lo mucho que había contado con la visita a Margarethe Ralov. Sin duda alguna la dama de compañía abriría su carta y ella recibiría en su hotel, como respuesta, una cortés repetición de las mismas excusas que ya le habían dado.

Ya había dejado lejos tras ella la casa llamada **Sorgen Frei.** Allá la dama de compañía regresaba a su oficina para revisar las cuentas de la casa. El hall estaba desierto y el sobre de Judith blanqueaba sobre el felpudo, junto a la puerta.

La cabeza y los hombros de una mujer anciana y enormemente corpulenta aparecieron sobre la balaustrada del segundo piso y miraron. Luego comenzó a bajar. Iba vestida con una bata de levantarse suelta, una de cuyas mangas cayó hacia atrás cuando el brazo tuvo y deformado se extendió para aferrarse de la barandilla. Solamente sus pies conservaban todavía su forma. Dentro de las zapatillas adornadas de plumas parecían los pies vendados de las mujeres chinas de alto rango. Demasiado pequeños y delicados para sostener todo ese peso sobre ellos. Pero todavía podían moverse con bastante agilidad.

Apenas alcanzó a recoger la carta y esconderla en el bolsillo de la bata, cuando la dama de compañía salió de su pieza y la sorprendió.

—¡Oh, **Madame,** me prometió que no bajaría sin estar correctamente vestida! ¿Qué van a pensar los sirvientes?

Y el brazo de la señorita de compañía rodeó la cintura de la anciana guiándola con suavidad, pero con firmeza hacia la escalera.

—¿Qué quería hacer? —preguntó—. Ya sabe que sólo tiene que llamar para ser servida, no tiene para qué bajar usted misma.

—Me pareció oír que caía la tapa del buzón. Pero no encontré nada...

—Supongo que habrá sido el viento. Cuando lleguen los periódicos se los subiremos.

LA decepción abrumaba de tal modo a Judith, que la entrada del bus a Copenhague la sorprendió distraída, y sólo cuando se detuvo frente al teatro recordó dónde se encontraba. Comenzó a caminar a pie hacia Bredgade.

Todavía no estaba la estación tan avanzada como para que se oscureciera temprano. Bajo la poca luz que quedaba, veía avanzar hacia ella las figuras desdibujadas de los transeúntes. Se encontraba en la zona de los muelles.

La hilera de bares y cantinas en la otra orilla del muelle estaba brillantemente iluminada, más aún que el centro mismo de la ciudad. De sus puertas y ventanas salían haces de luz como si trataran de llegar hasta el agua que corría ve-



● ● Tenía la curiosa impresión de que, a pesar de todo, Inge se alegraba, en cierto modo, de verla.

loz en la bahía. Los cantos roncos del interior de las cantinas llegaban a sus oídos, el muelle parecía vivo y movible con los grupos de figuras entrando y saliendo de los bares, atravesando las haces de luz para desvanecerse nuevamente en las sombras.

La doble fila de árboles que bordeaba el camino al extremo del muelle le pareció a Judith un refugio de seguridad. Ninguna mujer se atrevería a explorar sola por los muelles durante la noche. Ninguna de las respetables siluetas que venían hacia ella entre los árboles iba en esa dirección. Con sus impermeables pasaban rápidamente por su lado.

A la distancia Judith distinguió la silueta de una mujer. Iba sola. Su rostro permanecía entre las sombras y además estaba demasiado lejos para poder reconocerla, excepto por su manera de caminar. Tenía el andar y el porte de Inge Schall.

Asombrada, Judith se apresuró para alcanzarla. La mujer llegó al final de la avenida de árboles y atravesó en dirección a los muelles.

¿Sería realmente Inge? De ser así, ¿qué la había hecho regresar de Suecia? Ahora la mujer llegó al final del camino y el semáforo indicaba paso libre para cruzar la ruta principal hacia Bredgade.

Judith la siguió caminando de prisa, bajo los avisos luminosos que parpadeaban sobre su cabeza, tropezando varias veces en las losas desiguales del pavimento, en su apuro por acercarse más y estar segura.

Pero estaba segura aun antes de alcanzarla. Los rostros vistos desde lejos pueden parecerse unos a otros, pero un porte y modo de caminar conocidos son inequívocos.

Dos marineros ebrios se aproximaban desde el otro extremo del muelle, afirmándose mutuamente cogidos del brazo, cantando. La mujer vaciló un momento y después se hizo a un lado protegiéndose a la sombra de las casas antiguas. Judith pudo llegar a su lado y la llamó:

—¿Inge?...

Nada se movió. Nadie respondió a su llamado. En seguida escuchó que alguien taconeaba bajando los sombríos peldaños de una casa vecina. Desde su sitio en la oscuridad vio el rayo de luz que brilló de repente al abrirse la puerta de la taberna para que alguien saliera. Se percibieron el cálido olor de la cerveza y una babel de voces. La puerta volvió a cerrarse, desapareciendo el aroma y el ruido. La mujer ya no estaba y Judith presumió que había entrado.

Sin vacilación descendió los gastados peldaños y empujó la puerta. La cerveza y el humo del tabaco le dieron en la cara con violencia, casi mareándola. La música del tocadiscos automático retumbaba en sus oídos. El mesón estaba justo frente a la puerta y el mesonero levantó la vista al verla entrar.

La mujer sentada a solas en un rincón discreto desde el cual podía observar a todos los que entraban pareció asustarse al reconocerla.

Judith se abrió camino hacia el rincón, diciendo:

—¡Hola, Inge!

Inge llevaba un vestido corriente de confección barata y no usaba otra joya, sino su anillo de bodas. Hizo un movimiento para escapar, pero en seguida lo pensó mejor y volvió a acomodarse en su asiento con gesto desafiante.

—El mozo va a traerme una cerveza —dijo—. Será mejor que pidas una para ti.

El hombre trajo dos vasos, deteniéndose un momento para limpiar algunas manchas sobre la mesa antes de retirarse. Varias cabezas se volvieron, algunos parroquianos observaban a las dos mujeres.

—¡Siéntate, por el amor de Dios! —exclamó Inge impaciente—. ¿O quieres que nos hagamos notar?

Judith se sentó en la banca de madera frente a Inge. Tenía la curiosa impresión de que, a pesar de todo, a pesar de su primer impulso por abandonar el lugar, Inge se alegraba, en cierto modo, de verla.

—Te creía en Suecia —empezó Judith.

—Estuve allá, pero regresé para encontrar a Clas.

—¿No estaba en el hotel cuando llegaste allá?

Inge apretó los labios.

—¡No esperaba que lo siguiera, por supuesto! En el hotel me dijeron que había estado, pero que regresó a Copenhague en el ferry. Entonces comprendí...

Inge tenía razón en sus presunciones, pensó Judith. Pero no le correspondía a ella decírselo, aunque recordó en el acto vívidamente al hombre corpulento y buen mozo paseando en los jardines con la bonita chiquilla oficinista.

Inge extendió sus manos, aferrando el pie de su copa y habló en seguida con una voz tan inexpresiva, tan mecánica, como la música del tocadiscos.

—El prefiere escogerlas entre las muchachas que viven aquí, en Copenhague, porque así puede verlas y al mismo tiempo atender sus negocios.

—¿Por qué no se divorcian?

—Porque él es mío. No quiero perderlo —respondió Inge.

Un hombre entró acompañado de una mujer. El hombre parecía próspero, iba muy bien vestido, era de mediana edad y parecía levemente avergonzado de sí mismo y de su compañera. Lanzaba miradas furtivas a su alrededor, en la esperanza de no ser reconocido.

Inge presionó la rodilla de Judith bajo la mesa.

—El conoce a Clas —dijo—. ¿Quieres que cambiemos de asiento? No deseo que me vea aquí.

Cambiaron de asiento, quedando Judith frente a la pareja que acababa de entrar. El brazo del hombre rodeaba los hombros de la mujer y sus cabezas estaban muy juntas.

—Salgamos de aquí —rogó Judith—. Detesto este lugar.

—Entonces, ¿qué esperas? ¡Vete!

Aun sintiendo que volvía todo su antagonismo hacia Inge, no le agradaba la idea de dejarla sola ahí.

—¿Qué puedes hacer si llega tu marido? ¿Una escena? —preguntó.

—No me importaría. Ha agotado mi paciencia. Estoy absolutamente furiosa.

Como en una pesadilla Judith supo positivamente que pronto se abriría esa puerta y que por ella entraría el marido de Inge. Estaba tan segura que cuando finalmente sucedió, lo único que experimentó fue una curiosa sensación de alivio.

Sí, era el mismo hombre que **Herr** Rasmussen le había señalado esa mañana en los jardines, pero no venía con la misma muchacha. Esta tenía más edad, llevaba un vestido vistosamente estampado en negro y anaranjado y los ojos excesivamente maquillados.

Se detuvieron un momento en el umbral, mirando a su alrededor en busca de una mesa. El otro hombre, aquel que Inge había dicho que lo conocía, los miró sonriendo.

—¡Hola, Nikki! —lo llamó.

Inge se puso repentinamente de pie haciéndose ver ahora por los recién llegados. Aksell titubeó al verla, encogiéndose como alguien que recibe un golpe inesperado. Judith lo vio hacer una señal a la mujer que lo acompañaba, y ésta desapareció por la puerta en el acto. En ese momento cesó la música del tocadiscos y una o dos personas se volvieron a mirar.

Aksell dio uno o dos pasos hacia su esposa, murmurando en danés algunas palabras conciliadoras.

—Ahora debes hablar en inglés —dijo Inge en voz alta—. Mi amiga aquí presente es inglesa y me gustaría que ella escuchara tus excusas.

—Inge, querida, éste no es lugar apropiado para ti, ni para la señorita...

—¡Pero sí es el lugar preciso para traer a la mujer que acaba de irse ahora! ¡Ah, pero llegará el día en que estaré harta de ti, Niclas Aksell! ¡Y ya sabes lo que puedo hacer entonces!

—Baja la voz, te lo ruego.

Pero temía lo suficiente a su mujer para obedecerla y continuar hablando en inglés, con una mirada de soslayo como pidiendo mudas excusas, hacia la silenciosa Judith.

—¡Bah! ¿Qué puede importarme en un lugar como éste?

La voz de Inge se alzó aún más. Era evidente que estaba perdiendo completamente el control.

—Fui yo la que te ayudó a hacer tu fortuna, ¿no? ¡Y mira cómo la derrochas, gastando en mujeres de esa clase!

—Inge...

—¡Cállate!

Ella hizo sonar su mano empuñada sobre la mesa.

—¡Y ya sabes lo que soy capaz de hacer si sigues insultándome en esa forma!

El levantó la cabeza y la miró. Judith lo escuchó decir con deliberada calma:

—Estamos igualmente atados los dos, ¿lo has olvidado? ¡No me amenaces!

Pero Inge no escuchó la advertencia. Sus ojos destellaban. Estaba pálida de ira. Señaló a Judith, diciendo:

—¿Sabes quién es ella, Clas? Es la prima de Giselle. Giselle debe haberle hablado de ti. ¡Ah, nunca permitiré que me trates en la forma que trataste a Giselle!

El hombre la miró fijamente.

—Deberías aprender a tener la boca cerrada. ¿No fuiste tú la que me pidió quedarme en Suecia a causa de esta prima?

Judith intervino:

—Ahora sé quién es usted. Es Nikki. El hombre a quien Giselle amaba.

Por un momento ellos no respondieron. Estaban ahí sentados uno al lado del otro mirándose con la misma expresión atemorizada en los ojos. La violencia de Inge pareció ceder instantáneamente.

—Alguien lo llamó Nikki cuando entró —dijo Judith—. ¿Y qué fue eso que dijeron sobre Giselle?

Vio que Inge trataba gradualmente de recuperar la compostura. Captó la rápida mirada que intercambiaron marido y mujer. Después Inge se inclinó hacia ella sonriéndole con la misma fingida amabilidad del otro día en su propio departamento.

—Judith, tienes que perdonarnos. Sé cómo odian los ingleses estas escenas. Tenías razón cuando me recomendabas que no la hiciera...

Judith la interrumpió:

—Giselle estaba comprometida con... tu marido. Yo deseo saber lo que sucedió.

—Pero... es que me avergüenza un poco decírtelo. Fue la misma Giselle la que nos puso en contacto a Clas y a mí. Ella mandaba sus cartas dentro de un sobre dirigido a mí, y naturalmente él tenía que venir a recogerlas. Por eso fue que, finalmente...

—Finalmente se lo arrebataste a ella.

Entonces habló Clas en tono de disculpa, con un matiz de ofendida modestia:

—No debe creer tal cosa. Después de todo yo no soy un paquete. Inge y yo nos enamoramos. Fui demasiado cobarde, lo admito, para escribirle a Giselle diciéndoselo.

El desprecio que Judith sentía por ambos la hizo interrumpir de nuevo:

—¿Por qué debía usted quedarse en Suecia hasta que yo me marchara? ¿Para el caso que lo reconociera como el galán de Giselle? ¡Pero si no lo había visto nunca antes!

—Pero podrías haber visto su retrato —dijo Inge—. Eso es lo que yo temía. Giselle tenía una fotografía de él en su uniforme de pi-

loto y podrías haberlo reconocido. Y además...

—¿Además... qué?

—Clas es indiscreto. Suele hablar desatinadamente. No sabíamos que desconocías su nombre completo. Tal vez nos portamos mal con la pobre Giselle, y ella ha muerto..., estábamos avergonzados. Al principio, cuando fuiste a verme, pensé que habías venido a hacernos reproches. Sí..., ¡después de tantos años!

—¿Están ustedes... **absolutamente seguros de que ella ha muerto?** —preguntó Judith.

A pesar del bullicio en la taberna, del griterío y la música, Judith tuvo la impresión de un súbito silencio.

Nikki se inclinó sobre la mesa hacia ella, diciendo con voz inexpresiva:

—¿Qué quiere decir?

Pero algo en sus ojos había cambiado.

—Encontré su pasaporte cuando ordenaba las cosas de tía Vera después que murió.

—¿Sí?...

—Y había sido utilizado. Tenía el timbre de entrada en Dinamarca.

Nikki e Inge intercambiaron rápidas miradas. ¿No había hecho Nikki a su esposa una pequeña señal antes de que Inge hablara a Judith como si estuviera dispuesta a confiar en ella? Judith no podía asegurarlo.

—Fui una tonta al mentirte, Judith. Ella estuvo efectivamente en Dinamarca... Ambas se alojaron en mi casa, ella y **Madame** Vera Marlowe. Les cedí mi dormitorio y dormí en el living.

Judith la interrumpió fríamente.

—¿Por qué mentiste?

—Porque... estaba avergonzada, ya te lo dije antes, por lo que había pasado con Nikki. Supongo que se puede decir que se lo quité a Giselle. Cuando ella llegó a Copenhague no tuve valor para decírselo. Nikki no estaba, se encontraba trabajando en otra ruta. Yo... lo único que esperaba era que Giselle volviera a marcharse antes de que lo descubriera.

—¿Y lo hizo? —interrumpió Judith.

—¿Quieres saber si lo averiguó?

Inge la miró extrañamente, sólo por un instante. En seguida se amparó en un torrente de palabras.

—Sí, lo descubrió. Nikki, ¡por supuesto!, tuvo que aparecer con un permiso inesperado, el grandísimo tonto.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Tuvimos una terrible escena.

Ninguno de los dos la miraba en especial, pero Judith tenía conciencia de que ambos observaban ansiosamente sus reacciones. Ahora sabía que Inge estaba diciendo la verdad.

Judith bebió un sorbo de su copa y luego dijo lentamente:

—También encontré unas fotografías. Se veía a tía Vera en Copenhague con Giselle. Yo sabía de los planes de Giselle de viajar acá, pero no con tía Vera y me sorprendió.

—Ah, pero tu tía abuela había descubierto sus planes. ¿Y sabes cómo? Por la famosa cajita ovalada. Fue Giselle quien la robó y no yo. Creíste que yo la había tomado, ¿no es cierto? No, fue ella, Giselle, la que la empacó con todas sus cosas, pensando en venderla aquí, supongo, si se quedaba sin dinero.

—¿Y tía Vera lo descubrió?

—Dentro de la maleta que escondía bajo la cama. Bueno. **Madame** Marlowe fue siempre una mujer avispada, ¿no? Fingió ceder momentáneamente, pero quiso acompañar a Giselle como chaperona. Cuando llegaron, ambas estaban en términos totalmente amistosos. Solamente cuando Giselle supo lo que estaba pasando y fue tan ruda..., tan áspera conmigo, **madame,** me regaló el joyero valado, a modo de compensación.

Ahí, por primera vez, sonó la nota falsa. **Ahora está mintiendo,** se dijo Judith. Miró directamente a Inge. Los fríos ojos azules parpadearon un poco.

—¿Por qué iba a hacerte un regalo tan valioso cuando, después de todo, tú habías traicionado a su nieta?

—Ella..., ambas habían llegado sin el dinero suficiente. Yo les di alojamiento y comida..., y les presté dinero que necesitaban —explicó Inge.

Pero sus ojos no quisieron mirar de frente a Judith mientras hablaba.

—Entonces, después de eso... —insistió Judith— ¿se supone que ambas regresaron a Inglaterra?

—Naturalmente.

—En tal caso, ¿cómo es que no había visa de salida en el pasaporte de Giselle?

El hombre y la mujer se miraron, pero no antes de que Judith pudiera leer la expresión de sus rostros. Un gran miedo. Inge reaccionó primero.

—¡Qué extraño que el funcionario haya omitido colocarlo! Pero cosas como ésa pueden ocurrir ocasionalmente, cuando hay demasiada afluencia de gente, por ejemplo.

—Y por otra parte, puede que Giselle jamás haya regresado —dijo Judith deliberadamente.

Vio que Inge contenía la respiración.

—¡Qué absurdo! —exclamó Inge en un tono chillón y extraño—. La pobre chiquilla murió carbonizada. Matty me escribió contándome todo. Me dijo que **Madame** había identificado los restos.

—Tal vez se equivocó.

—¿Equivocarse en algo como eso? —dijo Inge tratando de reír.

Judith asintió.

—Sí, pudo hacerlo. Siempre supusimos que Giselle venía camino de Londres para tomar un avión. Aun después de lo que me has dicho, admito que ella pudo decidir regresar a Dinamarca para tratar de recuperar a Nikki. Excepto por una cosa...

—¡Pero, naturalmente, eso era lo que ella trataba de hacer! —interrumpió Inge, cogiendo al vuelo la oportunidad de explicar—. ¡La pobre chiquilla! Después de algunos días en su casa tuvo tiempo suficiente para engañarse a sí misma pensando que lo único que tenía que hacer era suplicar a Nikki para hacerlo cambiar de parecer.

—Excepto por una cosa... —repitió Judith, al parecer sin escuchar las palabras de Inge—. Había otra joven no reclamada en ese tren. Tal vez fue ella la que murió carbonizada. Estoy comenzando a creer..., a estar segura..., que tía Vera cometió una equivocación.

En los sueños, a veces, las personas mantienen entre ellas largas conversaciones, aunque no se escucha un sonido. Judith supo que Inge y el hombre a quien Giselle había llamado Nikki estaban comunicándose ahora en esa forma, sin hablar. De pronto Inge dijo:

—Este lugar está demasiado sofocante. Creo que voy a desmayarme.

Se había puesto muy pálida. El brazo de su marido la rodeó apoyándola, cuando se levantó de su banca. La reyerta particular entre ellos había terminado repentinamente.

Los tres se encaminaron a la sa-



lida y subieron las gradas que llevaban a la calle y al aire frío de la noche. El muelle estaba temporalmente silencioso y desierto; ninguna pisada hacía eco a las suyas. Aunque la calle frente a ellos estaba iluminada, el contraste entre las luces de los faroles esparcidos aquí y allá y la niebla en el interior de la taberna habían enceguecido pasajeramente a Judith.

—Permítame cogerla del brazo —ofreció Nikki, al verla trastabillar.

Ahora parecía que ambos la remolcaban. La llevaban derecho por ese camino y Judith pensó asombrada que deberían haber girado hacia la derecha para llegar al extremo del muelle.

—¡Cuidado! —gritó, asustada—. El agua...

A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad se dio cuenta de que la estaban llevando hacia un grupo de bultos más oscuros, la parte trasera de los automóviles estacionados en línea recta al final del muelle. Entre cada coche y el agua había solamente una vereda de piedra de menos de un metro de ancho. En su garganta se atascó un grito. Entre los dos casi la llevaban en vilo. La conducían hacia una brecha entre dos automóviles. Casi podía oír el rumor del agua oscura corriendo abajo, lamiendo los pilones de piedra del muelle.

—¡No! ¡No!

Súbitamente, justamente cuando ya llegaban allí, se iluminó el interior de uno de los coches. Judith estaba lo bastante cerca como para haber tocado con sus dedos la cara del joven que había bajado los vidrios de la ventanilla y miraba hacia afuera. Dijo unas palabras en danés.

Había una muchacha dentro del auto y atisbaba por encima del hombro de su compañero. Los brazos que aferraban a Judith aflojaron. Sintiéndose finalmente libre, corrió hacia la seguridad de las casas que bordeaban los muelles.

A la distancia escuchó voces. ¿Se habían quedado hablando con el muchacho del auto? ¿O la llamaban a ella? Algunas personas salían de las casas, deseándose las buenas noches. Ya no les temía. Le servirían de protección si aquellos dos venían en su persecución.

Pero nadie la perseguía ahora. Y por último pudo llegar a su hotel. Aunque el patio de la entrada estaba a oscuras, se sintió a salvo. El portero de noche la saludó cuando pasó frente a su escritorio. Tomó el ascensor para subir a su dormitorio. Le temblaban las rodillas.

David, pensó. **Debo llamar a David. Tengo que hablarle.** Todo el recuerdo de su malentendido con David había desaparecido. Lo necesitaba; y sabía que iba a necesitarlo a su lado por el resto de su vida. Apresuradamente cogió la guía telefónica para buscar su número. Las cifras bailaban ante sus ojos y tuvo que hacer un esfuerzo por tranquilizarse y repetir correctamente el número a la operadora.

Por fin respondieron de su hotel. Dijeron que pasarían el llamado a su dormitorio, y como no respondía, aseguraron que mandarían a un botones con el recado a **Herr** Godard. Pero no fue posible encontrar a **Herr** Godard en el hotel.

—¿Puede decirme, por favor, si se ha retirado definitivamente del hotel?

Contuvo el aliento, esperando la respuesta de la telefonista. Pero **Herr** Godard no se había marchado aún del hotel. Sin duda había salido con amigos y volvería más tarde. '¿Deseaba la señorita dejar un mensaje?". Judith reflexionó un momento y luego respondió que no.

Se acercó a la ventana para abrirla antes de acostarse. Había un leve soplo helado en la noche aunque estaban en mayo. Las estrellas parpadeaban en el cielo sobre los tejados y el aire estaba tan inmóvil y silencioso que Judith pudo oír claramente las campanas del reloj de la municipalidad cuando daba las doce.

AL despertar al día siguiente y abrir sus ojos a un nuevo día, Judith vio el sol que entraba por la ventana abierta iluminando el rincón del escritorio donde estaba el teléfono silencioso. Al verlo, recordó repentinamente la urgencia con que había cogido el receptor la noche anterior tratando de ubicar a David, llena de temores.

Abajo, en Bredgade, un bus madrugador pasó rezongando. Poco a poco se desvanecía la sensación de frío que la invadió al mirar el teléfono. Justamente en ese momento comenzó a llamar la campanilla en forma estridente. Se deslizó fuera de la cama aferrando el receptor. Seguramente era David. Pero en

AÑO XXXIX - N.º 1948
12 de octubre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO
Cap. VI 2-8

LA NOCHE DEL RAPTO
Me entregué a ellos sin gritar por miedo a que mataran a mi amante 10-14

FOTONOVELA 15-24

EL CUENTO DE LA SEMANA
Volodya —Anton P. Chejov— ruso .. 25-30

CONFIDENCIAS DEL CIELO 31

HISTORIA VIVIDA:
Grito de Soledad 32-35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. (B) Central Cabeceras

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

seguida sintió la amarga decepción porque la que hablaba era la voz gastada, trémula, de una mujer anciana.

—¿Hablo con la señorita Judith Marlowe? —dijo la voz.

—Sí. Soy Judith Marlowe.

—Tal vez la he despertado temprano. Yo tengo muchos años y necesito dormir poco. Desde mi ventana he visto clarear el día esta mañana.

—¿Quién es usted, por favor? —preguntó Judith.

—Soy Margarethe Ralov, la amiga de su tía abuela Vera.

La sorpresa dejó a Judith sin habla un momento.

—Mimí le rehusó la entrada cuando vino ayer. Mimí Jorgensen, mi carcelera. Oh, es una buena mujer y trata de hacer lo más que puede. No debo fatigarme hablando con extraños. No debo ser indiscreta, sino que recordar lo que fui una vez. Pero sucede que... escuché el chasquido de la tapa del buzón en la puerta, y supe que no era el viento. Había una carta...

Judith dijo:

—Quiero hacerle una pregunta, señora Ralov.

—Por favor, no la haga ahora. Es temprano, por eso bajé a telefonearle. Pero ella puede oír y venir por mí. Esta tarde, Mimí sale. ¿Podría usted tal vez venir a visitar a una anciana?

—¡Por supuesto! —respondió Judith.

—Alrededor de las tres. Estaré observando su llegada. Hasta entonces, **au revoir!**

¿Había algo que ganar haciendo otra visita a **Sorgen Frei**? Judith casi estaba deseando desentenderse de todo el asunto ahora. Sería más seguro.

Pero luego el pensamiento de la patética criatura anciana y decrépita que ansiaba tanto recibir una visita del mundo exterior la hizo sentir que debía ir.

Pero todavía se agitaban en su interior las sombras de la última noche de temor, y esto la hizo vestirse rápidamente para bajar por su café en vez de hacérselo llevar a la cama. Tenía que escapar de esa pieza vacía.

(CONTINUARA)

●● **PROXIMA SEMANA:**

¿Era una ilusión..., o había recordado la anciana algo que realmente sucedió?

Los puntos claves de su atractivo.

Su rostro:
elimine las pecas que aparecen
con el sol.
En la noche, al acostarse,
aplique Crema Bella Aurora.

Sus manos:
siempre suaves y tersas.
Protéjalas de las labores diarias
con la suave película que forma
en ellas Crema Lanolina.

Sus piernas:
libres de vellos, desafiando las
miradas más exigentes.
Aplíquese usted mism
sin sufrimientos al
quemaduras, Devell



Crema Bella Aurora para su rostro,
Crema Lanolina para sus manos y Devellol para sus pierna

Los productos claves
de su atractivo.

LA NOCHE DEL RAPTO



• *La alarma del despertador*

penetró en mi cabeza como un taladro. Con un quejido lo alcancé con la mano y apagué. En realidad no me había despertado. Había permanecido despierta toda la noche, mientras mi mente agotada temblaba por la angustia cada vez que revivía la espantosa pesadilla. Una y otra vez sentí mis débiles gritos, vi cómo me quitaban el vestido, cómo esas manos ásperas maltrataban mi cuerpo. Y lo peor de todo era que no podía dejar de ver la cara de Carlos, rígida, pálida, contorsionada por el horror y la impotencia. En un momento lo único que deseé fue morir, pero luego pensé que mi vida no estaba del todo arruinada.

Quizá debía haber hecho que Carlos me llevara donde el doctor, pero temía que el asunto cayera en manos de la policía.

—La policía no lo puede saber porque te crucificarán a preguntas, María.

"Pero ¿por qué me van a torturar si no fue mi culpa?", pensé en silencio. Mas en realidad las preguntas y la publicidad serían interminables. Por mucho que se ocultara mi nombre a la larga se sabría y eso perjudicaría el trabajo tanto de Carlos como mío.

Arrastrándome por el suelo como inválida logré llegar al baño, donde me di una ducha lo más caliente posible. Tenía la sensación de que nunca podría volver a ser limpia.

Pero había algo que no comprendía de Carlos. ¿Por qué ese apuro de irse inmediatamente después que me dejó en mi casa cuando más que nunca necesitaba de él? ¿Sería que no me quería ver nunca más?

Mientras me vestía casi con dificultad, me convencí de que todas habían sido divagaciones tontas. Carlos tenía que haber quedado demasiado choqueado y avergonzado porque no me había defendido de esos tres chicos. Sin embargo me sentía contenta de que no me hubiera defendido, porque los extraños venían armados con cuchillos y seguramente lo habrían matado. Había que seguir viviendo, y para eso había que olvidar esa pesadilla. Pero ¿qué pasaría si hubiera quedado embarazada?

Carlos fue el primer chiquillo que realmente quise.

Desde chica tuve una vida dura viendo cómo mis padres luchaban por salir adelante y educar a mis hermanos. Mis tres hermanas mayores ya estaban casadas, y las dos menores aún eran demasiado pequeñas para ayudar con los gastos.

Mi único anhelo era estudiar alguna carrera,



● Me entregué a ellos sin gritar, por miedo a que mataran a mi amante.

pero cuando terminé el colegio mi familia pasaba por los peores problemas económicos. Por las circunstancias del momento me vi obligada a trabajar en la primera cosa que se me presentó. Ir al banco cada día no presentaba para mí ningún atractivo, más bien dicho lo hacía como una obligación. En esas condiciones me encontraba cuando un día conocí en una fiesta a Carlos. Inmediatamente llenó en mi vida el abismo que sentía y para mis jóvenes dieciocho años pensé que eso que sentía por Carlos era amor.

Dos días seguidos me vino a buscar al banco y pasábamos juntos horas maravillosas. Me contó que era el único hijo de padres bastante mayores. Que los cursos de comerciante que seguía los odiaba y sólo lo hacía por mandato de sus padres, pues lo único que anhelaba era estudiar música.

Al tercer día me llevó a bailar, y no sé en qué momento me perdí entre sus brazos y caricias.

—He querido tenerte así desde el día que te conocí, María. Y si hubiera sabido que eras tan tierna no hubiera esperado tantos días en besarte.

Le pedí que nos sentaramos mientras sentía que mis mejillas ardían de vergüenza.

—Eres bastante inocente, chiquita, pero no te asustes. Nuestro amor irá creciendo lentamente hasta que llegues a ser completamente mía.

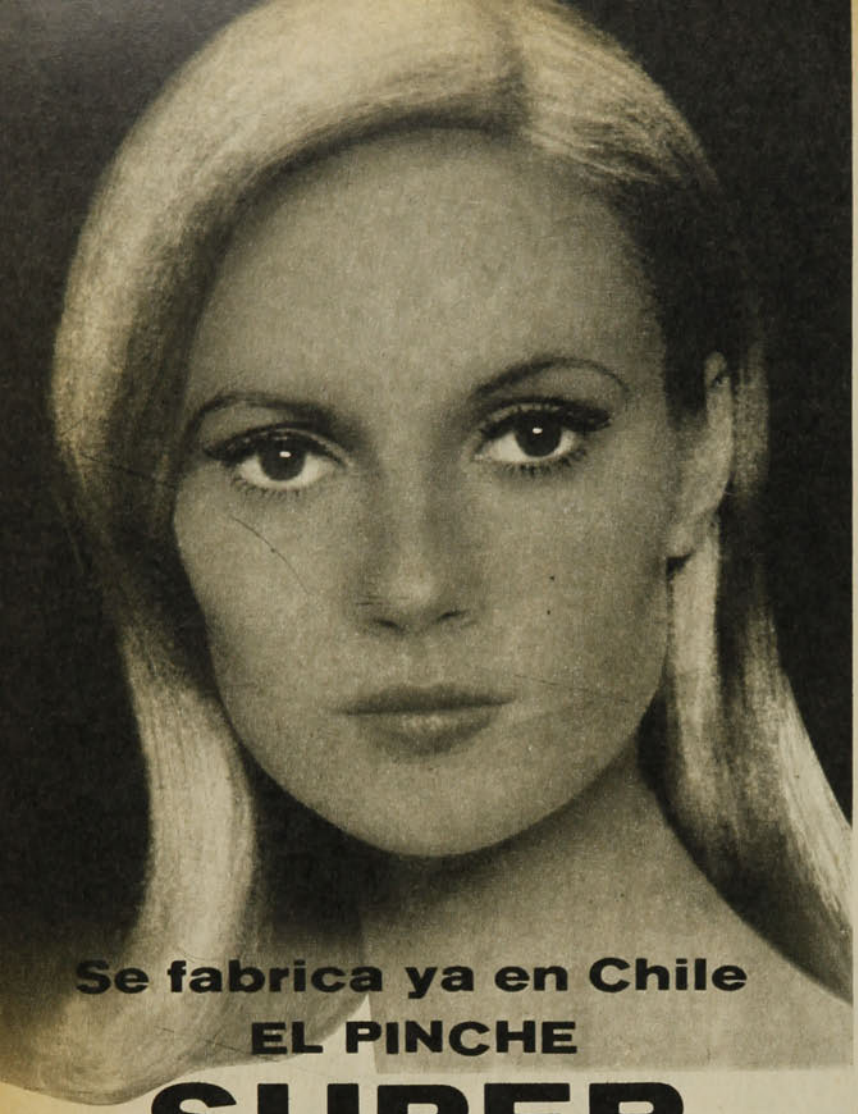
La tercera vez que salimos a bailar me entregué completamente a él. Me llevó al cerro San Cristóbal y estacionamos en un rincón bastante apartado del resto del mundo. Al principio me sentí asustada y avergonzada, pero al palpar sus caricias no me pude resistir. Fue demasiada mi alegría al saberme querida por Carlos.

Mi amor por él era completamente ciego y prácticamente yo no le exigía nada. Lo único que ansiaba era tenerlo a mi lado, que me comprendiera y me amara.

Sabía muy bien que mi familia era sumamente honrada, y que yo no era una mujer que se entregaba al primer hombre que se le presentaba. Nunca dudé que yo fuera su única mujer, pero comprendía muy bien que no podíamos casarnos todavía, porque a Carlos le quedaban dos años de estudios. Aunque yo ganaba dinero no podíamos contar con él, porque la mayor parte la entregaba a mis padres y con el resto no podíamos hacer nada.

Aunque me sentía muy dichosa, había algo de Carlos que me entristecía cada vez que estaba con él, y nunca me dejaba contenta con su explicación. ¿Por qué no le gustaba ir a mi casa? ¿Por qué sólo le gustaba llevarme a lugares oscuros donde nadie nos viera? Mis padres nunca me preguntaron nada, ya que confiaban demasiado en mí, pero me daba cuenta muy bien de que estaban preocupados conmigo. Lo único que mamá me decía en repetidas ocasiones era que con ese ritmo de vida me iba a enfermar. Prácticamente me acostaba todos los días muy tarde y al día siguiente tenía que estar a las ocho y media en el banco.

● *Al cabo de* algunas semanas sentí que Carlos se comportaba conmigo de manera diferente. Lo encontré muy distante y frío y hacía varios días que no lo veía. Pero me convenció de que estaba muy cansado con ese trabajo extra que había tomado para juntar plata para casarnos. Cuando me sentí de nuevo en sus brazos me olvidé de mis preocupaciones y fui nuevamente feliz. Cuando vi que íbamos rumbo al cerro San Cristóbal mi corazón latía aceleradamen-

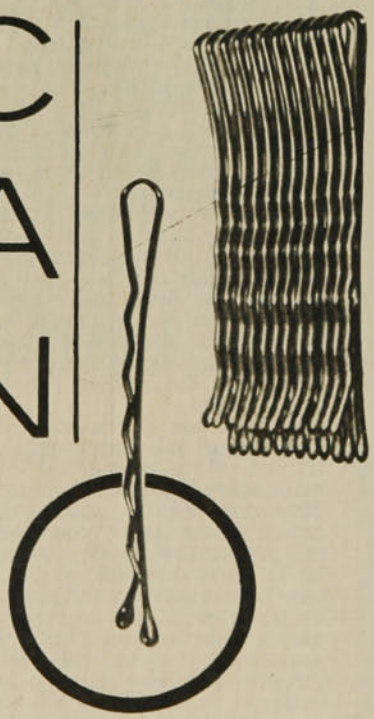


Se fabrica ya en Chile

EL PINCHE

SUPER

CCAANN



el nuevo pinche americano, que tiene en la punta una protección de plástico para su cuero cabelludo.

SUPER CAN CAN, un pinche que proteje su cabello y que ya está en venta en todas las casas del ramo.

Eyquem y Benoit Ltda.

Tenderini 85 - Of. 21 - Fono 36069

te. No me gustaba ir a ese lugar, porque sabía que engañaba a mis padres. Además me daba la sensación de que únicamente las parejas que andaban en malos pasos iban allí.

—Carlos, no quiero que vayamos al cerro. Acuérdate de la pareja que asaltaron la semana pasada y que salió en todos los diarios.

—Para qué crees que estoy yo si no es para defenderte, María.

Carlos tenía una personalidad tan dominante, que aunque yo tenía susto de ir al cerro no me atreví a insistirle por miedo a que se enojara.

Tenía la esperanza de que hubieran otros autos estacionados, pero esa noche me dio la impresión de que prácticamente no había nadie. Subimos bastante y en un recodo del camino, junto a unos pinos muy tupidos donde la oscuridad y el silencio de la noche se dejaban sentir, Carlos paró el auto. Después de un rato apagó las luces, y en ese mismo instante una corriente de susto me invadió.

—¿Tienes frío, preciosa? Tu Carlos te entibiará rápidamente —y mientras me hablaba al oído me sentí completamente protegida por sus caricias.

Traté de relajarme y responder a sus besos, pero mi cuerpo seguía asustado y torpe.

—Suéltate, María —lanzó con una voz algo enojada—, pareces una vieja neurótica.

—Por favor, no me hables así —le supliqué, y en ese momento me aterré al oír el ruido de un auto que se nos acercaba.

—¿Qué te importa que se pare a nuestro lado otro auto? ¿No querías hace un rato que hubiera más gente en el cerro? Francamente, María, no te entiendo.

—Tienes razón, Carlos, y olvidémonos de ellos—. El auto se detuvo detrás del nuestro. Estuvieron un rato con las luces encendidas y luego las apagaron. Cuando nuevamente sentí la oscuridad el pánico volvió a apoderarse de mí.

—Ves, María, ellos también quieren privacidad —y mientras me besaba sus manos acariciaban mi cuerpo.

A medida que me iba relajando empecé a olvidarme del resto del mundo y a gozar de sus caricias, pero de repente la puerta de mi lado se abrió. Grité. Junto a mí había tres chicos. Antes de tener la oportunidad de defenderme, de un tirón me sacó uno de los extraños fuera del auto. Los otros dos hombres se apoderaron de Carlos. Sus súplicas se detuvieron cuando abofetearon su cara.

—Suéltenme, chicos. Si quieren todo mi dinero, sáquenlo de mi billetera —gritó Carlos.

Uno de los chicos sacó la billetera de la chaqueta que estaba en el asiento del auto.

—Nos llevaremos tu dinero que amablemente nos ofreces, pero también hay algo más que te queremos pedir prestado. —Mientras la voz de ese chico hacía eco en mis oídos, sentí una mano que levantaba mi vestido.

Mis gritos de auxilio se opacaron mientras me tapaban la boca, y yo medio inconsciente vi con horror como a Carlos lo tenían con un cuchillo en la garganta y cómo gotas de sangre corrían por su cara. Empecé a gritar con desesperación.

—Mejor es que te calles, si no quieres que matemos a tu novio.

Decidí no quejarme y entregarme a esos hombres sin defenderme por miedo a que le hicieran algo a Carlos. Aunque no me mataron, lo único que deseé después que se terminó esa angustiosa pesadilla fue morir. Ni siquiera sospechaba que existiera tanta vergüenza y humillación en el mundo entero. No grité ni siquiera un segundo, solamente me mordí los labios hasta que sangraron, y cuando hubieron terminado de hacer conmigo lo que quisieron, yo estaba casi inconsciente, pero a Carlos no le habían hecho daño. Agradecí a Dios que no lo hubieran matado.



●● "Por favor, no te culpes por lo que me pasó".

• *Me pareció*

una eternidad antes que esos tres monstruos se fueran, dejándome tirada en el pasto como una criatura indefensa y terriblemente golpeada, tanto moral como físicamente. Medio aturdida sentí cuando se subían a su auto y partían. No sé cómo logré sentarme temblando de vergüenza y me acomodé mi vestido lo mejor que pude, aunque estaba todo rasgado. Carlos estaba apoyado en el auto, cubriéndose con ambas manos su cara. Tiritaba.

Muy lentamente me las arreglé para pararme. Con esfuerzo logré llegar donde él y lo rodée con mis brazos, pero Carlos se hizo a un lado.

—No me toques, no quiero que nunca más me vuelvas a tocar —luego lentamente se sacó las manos de su cara y me miró con ojos medio perdidos—. No te pude defender, María. Me amenazaron de matarme con un cuchillo si me movía. ¿Te hicieron mucho daño? ¿Quedaste muy herida?

En realidad no me hirieron físicamente de manera muy cruel. Sentí mi cuerpo machucado y apaleado de dolor, pero estaba segura de que no había grandes heridas. Pero mental y emocionalmente la herida que abrieron en mí fue inmensurable. Me encontraba bajo una tormenta. Lo único que quería era morir. Sólo quería tirarme en los brazos de Carlos y desahogar en él mi agonía. Cuando miré su cara pálida y contorsionada por el dolor me di cuenta de que estaba mucho más herido que yo.

Al ver que Carlos no se movía, me subí al auto y me quedé ahí sin decir palabra. Después de un rato subió él y dio el contacto. Sus manos aún temblaban, pero no sé cómo se las arregló para manejar y descender del cerro. En el trayecto no cruzamos palabra y sólo sentía de vez en cuando hondos suspiros. Estacionó el auto en la esquina de mi casa y me abrazó nuevamente.

—¿Estás segura, María, de que no estás herida?

—Creo..., creo que no —tartamudeé.

—Date un baño caliente y acuéstate —me ordenó fríamente—. Pienso que no sacamos nada con ir donde un médico. Además notificaría inmediatamente el caso a la policía y saldría en todos los diarios.

—Sí, Carlos, es mejor que esto no lo sepa nadie, pues todo el mundo se preguntará qué estábamos haciendo en el cerro a esa hora.

Sentí que las lágrimas corrían por mis mejillas, pero hice lo posible por dominar toda tragedia. Preferí bajarme del auto y entrar a mi casa donde me podía desahogar llorando sin que nadie me viera y sin tener que mostrarme valiente frente a nadie. Pero fue una noche interminable que tuve que pasar completamente sola.

No sé cómo me las arreglé para levantarme al día siguiente y asistir al banco. Lo único que ansiaba era recibir alguna llamada de Carlos para preguntar por mí, pero mis esperanzas fueron en vano. Como a las cuatro de la tarde dije en el banco que no me sentía bien y me fui a la casa. Estoy segura de que la tragedia que llevaba por dentro se me traslucía pues mamá entró varias veces a mi pieza a ver cómo me sentía. No comí nada, y como a las ocho apagué la luz quedándome completamente dormida. Dormí todo el día siguiente, y en los ratos que despertaba me parecía que lo que había vivido era una pesadilla. Como la mañana subsiguiente era sábado no me apuré en levantarme. Ya me sentía físicamente mucho mejor por lo que decidí vestirme y esperar que Carlos me llamara o me viniera a visitar.

Esperé y esperé, pero Carlos no dio señales de vida. Pensé que quizá no se sentía bien y tampoco se atrevía a telefonearme. Me quedé en pie hasta casi medianoche aprovechando que mis padres habían salido a comer fuera, pero cuando me convencí de que no llegaría subí a acostarme. Tal vez vendría mañana, y con ese pensamiento me quedé dormida.

Pero tampoco apareció ese domingo y sentí que me iba destrozando por dentro. Me encerré en mi pieza y lloré desconsoladamente. Ya ni siquiera me importaba que mi familia supiera que estaba llorando. Cuando sentí que mis padres salían al teatro, me armé de valor e hice algo que nunca antes había hecho: llamé a la casa de Carlos. Una voz suave me contestó. No, su hijo Carlos no estaba en la casa. Sí estaba en Santiago, pero había ido a visitar a algunos amigos. Me preguntó si quería dejar mi nombre.

Colgué el fono y empecé a sollozar. ¿Qué había hecho yo para que se arrancara Carlos de mi lado? ¿Era que él no se daba cuenta de cómo yo lo necesitaba en ese momento?

No me llamó de vuelta y prácticamente esa semana apenas me sentí con fuerzas para trabajar. Finalmente mi jefe me llamó la atención porque no estaba haciendo las cosas bien. Lo único que faltaba era que ahora me echaran de mi empleo. Le prometí concentrarme en lo que hacía y que me diera otra oportunidad.

Otro viernes se acercaba en el calendario, y cuando iba de vuelta a casa me preguntaba si Carlos aparecería ese fin de semana. Estaba tirada en mi cama cuando una de mis hermanas subió a decirme que Carlos me esperaba. Me precipité escaleras abajo y me lancé a sus brazos.

—Por Dios que te he echado de menos, ¿por qué no habías venido antes?

—Tómalo con calma, María —y se soltó de mis brazos—. Pensé que preferías no verme.

—¿Es eso lo que pensaste, Carlos? Por favor no te culpes por lo que me pasó. Te quiero igual o más que antes.

—Es mejor que no hablemos más del asunto y tratemos de olvidarnos.

Esas palabras me dejaron helada, ya que en realidad a Carlos no le importaba nada de lo que me había pasado. Nos sentamos en el sillón. Automáticamente me acurruqué en su hombro y quise que me besara, pero capté que él ya no quería nada conmigo.

Esa noche Carlos se fue muy temprano y en cierto modo sentí una especie de alivio, pero cuando lo vi caminando hacia la puerta un dolor helado y una soledad terrible se apoderaron de mí.

—¿Te veré mañana en la tarde, Carlos?

—Sí, María, y te ruego que me entiendas —fue todo lo que me dijo y partió sin siquiera besarme.

En realidad no sabía de qué tenía que entenderlo. Si hubiera sido su culpa todo lo que nos pasó, era el momento de demostrarle más aún que lo quería. Pero, ¿cómo lo podía hacer si ni siquiera me daba una oportunidad?



●● Pero mental y emocionalmente la herida que abrieron en mí fue inmensurable.

• *A la tarde siguiente*

Carlos ni siquiera trató de besarme. Me llevó de vuelta a casa y no quiso entrar. Prácticamente no cruzamos palabra en el rato que estuvimos juntos, y me sentí totalmente inhibida como para decirle que lo quería más que nunca.

Al viernes siguiente volvió a venir Carlos, y en el instante que lo vi me di cuenta de que lo que sentía por él ya no era amor. ¿Habré sentido alguna vez amor por un hombre tan egoísta y dominante como Carlos?

—Carlos, no entiendo tu actitud. No puedo comprender por qué te ha bajado ese odio conmigo.

—No te odio, María. Pero cada vez que te miro se me viene a la mente la terrible escena que vivimos juntos, y eso no lo puedo soportar. Pienso que es mejor que no salgamos por un tiempo y ver qué nos pasa.

Quizás Carlos tenía razón, pero cada día que pasaba me daba más cuenta de que no estaba enamorada de él, y en cierta manera fue mejor no verlo. Pasé momentos de gran soledad, ya que no encontré ningún apoyo en mi casa ni en el banco. Así transcurrieron los días hasta que un nuevo temor se apoderó de mí. Mi período se había atrasado, una semana, dos semanas, tres semanas.

Si estuviera embarazada, ¿quién sería el padre de mi hijo? ¿Carlos o uno de esos monstruos? Pensé que quizás un aborto era permitido en caso de violación, pero no estaba segura. Además, ¿cómo iba a revelar la noche del rapto cuando habían transcurrido tantas semanas? Después de mucho cavilar tomé la guía telefónica y pedí hora donde un doctor especialista dando un nombre inventado: "Señora Toro".

El doctor Montes era un hombre más bien joven y muy agradable. Me examinó y me sacó unas muestras de sangre.

—Vuelva para los resultados a fines de la semana, señora Toro.

—Pero ¿cree, doctor, que estoy embarazada? —le pregunté asustada.

—No le puedo adelantar nada hasta no tener los resultados. Tenga un poco de paciencia.

En cierta manera esos días de suspenso me parecieron más difíciles de soportar que los que viví después de la tragedia. Cuando volví a la consulta del doctor me encontraba completamente destruida por los nervios. Me ofreció asiento y me miró con un dejo de tristeza en sus ojos.

—No está embarazada —dijo suavemente—. Pero usted tiene un problema.

Luego con mucho tino me dijo que tenía una enfermedad venérea.

—No puede ser —grité, y no supe más de mí porque me desmayé. Cuando recobré el conocimiento el doctor Montes estaba sentado junto a la camilla.

—Usted no está casada, ¿no es cierto?

—No, doctor, pero mi caso no es lo que usted cree. No se le puede echar la culpa a mi pololo.

Poco a poco me las arreglé para contarle al doctor lo que me había sucedido aquella noche, pero le supliqué que no informara a la policía.

—Me temo que debo hacerlo. Pero no se preocupe por su pololo, ya que me encargaré de que no se le dé ninguna publicidad. Usted no correrá peligro de ninguna especie y tampoco su amigo. Pero antes debo hacerle unas preguntas bastante personales. ¿Ha tenido relaciones íntimas con su pololo?

Me puse las manos en la cara y asentí. Cuando el doctor me preguntó el nombre de Carlos se lo dije y después me arrepentí.

—Por favor no lo llame, doctor. Después de lo ocurrido no he estado con él, se lo prometo. Ni siquiera me ha tocado, por favor, créame.

—Le creo, pero la ley es muy estricta. No se preocupe, porque todo el asunto se tratará de manera muy delicada.

El doctor Montes insistió en que me internara unos días en el hospital, no por lo que pasaba, sino porque estaba bajo una crisis nerviosa muy aguda.

—Tome las cosas con calma, María; lo que usted tiene es muy curable, y menos mal que no está embarazada. Su atraso en la menstruación se ha debido a sus nervios, pero todo se solucionará rápidamente.

Los policías se portaron muy comprensivos conmigo, aunque uno de ellos estaba bastante molesto, pues dijo que si no se denunciaba a los violadores y no se les castigaba se podrían aprovechar de muchas otras chicas. Me dijo que era un deber mío hacia la sociedad.

Me obligaron a llamar a mis padres, quienes inmediatamente llegaron junto a mí. El doctor Montes me dijo que mis padres no tenían por qué saber de mis relaciones amorosas con Carlos. Sólo se les informó de la violación.

Mamá se portó muy comprensiva y no me hizo ninguna pregunta. Insistió en que me quedara unos días en el hospital, donde estaría mejor cuidada. Sentí que mi corazón se encogía al ver la confianza que ellos sentían por mí y que ni siquiera sospechaban que ese día de la tragedia yo andaba haciendo algo que ellos habrían reprobado.

A la mañana siguiente apareció en mi pieza Carlos, y por su mirada adiviné la rabia que tenía contra mí.

—No es culpa mía lo que ha pasado, Carlos; y tampoco ha sido mi culpa el que me haya pescado una enfermedad contagiosa.

—Pero ¿le contaste al doctor de nuestras relaciones durante todo ese tiempo? ¿Pensaste que si mis padres lo saben me echarán de mi casa?

Cuando se hubo calmado un poco me contó que le habían sacado unas muestras de sangre. No sé por qué, pero me di cuenta de que el chico que tenía a mi lado no era el Carlos que conocía. No era el antiguo hombre seguro y dominante, sino un niño aterrorizado.

—Es mejor que te vayas, Carlos, y vuelvas cuando el doctor te lo pida.

Lo único que yo quería era estar sola. En cierto modo tenía rabia contra Carlos, y cada vez que pensaba en él me daba cuenta de que en cierta medida él había sido culpable de todo lo que me había pasado.

Me sentía mucho mejor de los nervios después de unos pocos días, cuando vino a visitarme el doctor Montes.

—¿Por qué me engañaste, María, y me dijiste que no habías estado con Carlos después del rapto? Este chico también se pescó la infección.

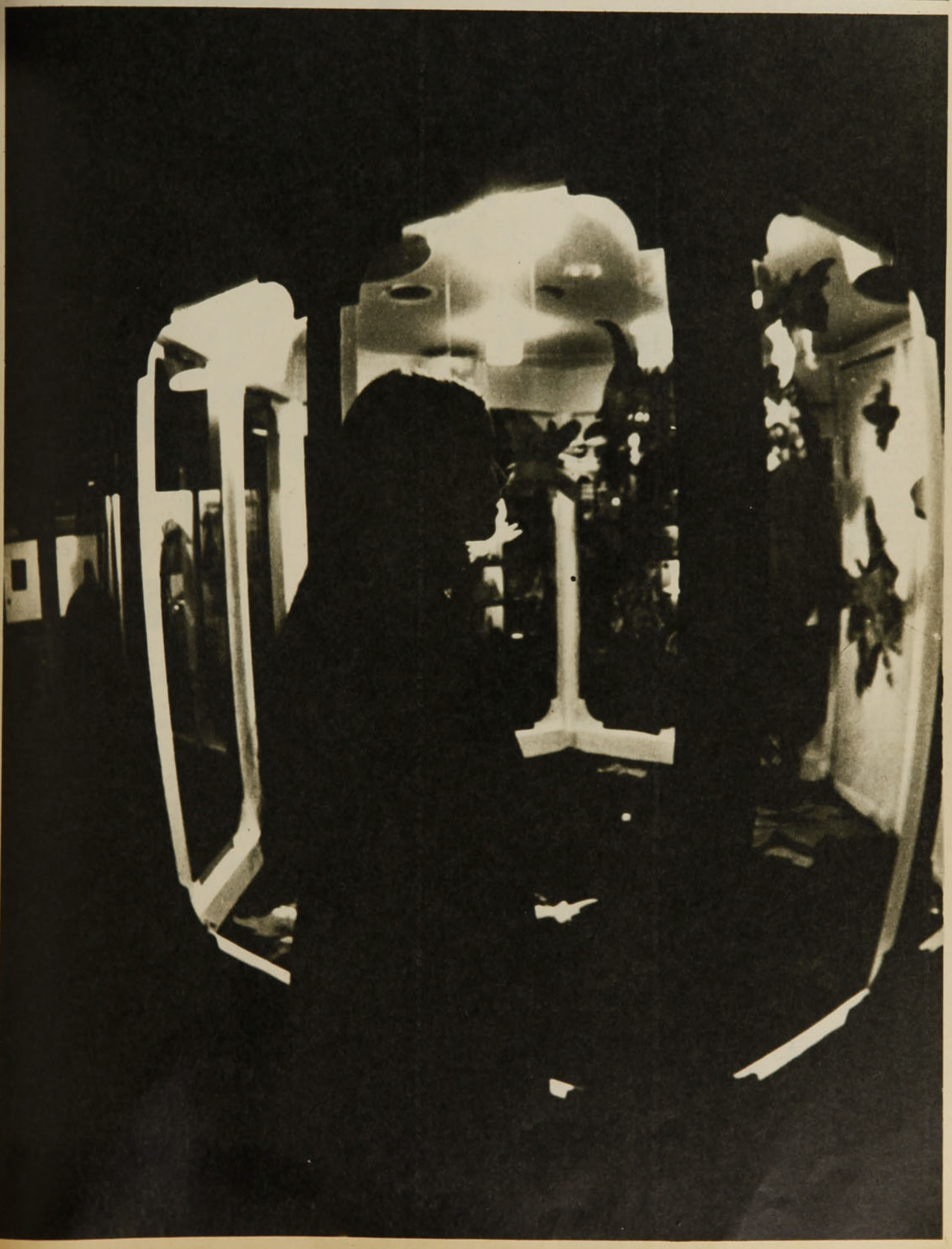
Quedé demudada por un momento. Sabía muy bien que lo que le había dicho al doctor era verdad. Carlos ni siquiera me había besado.

En silencio capté que Carlos me había engañado y se había aprovechado de mí, y que yo había sido una de las tantas mujeres que habían pasado por su vida. El doctor Montes cuando comprendió que mi infección venía de Carlos no me hizo ningún otro comentario, solamente me pidió que volviera en unos pocos días para seguir un tratamiento.

Me fui caminando hasta mi casa lentamente por el parque. Lo único que ansiaba era olvidar ese capítulo tan amargo de mi vida, pero que al mismo tiempo me hizo madurar en varios años y comprender que lo que sentí por Carlos nunca fue amor. ♥♥

UN ENVASE DE FELICIDAD

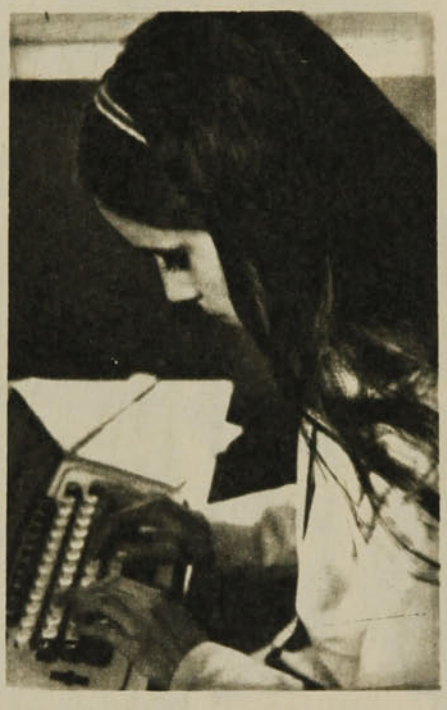
produce sexta experiencia



ELISA TRABAJABA COMO SECRETARIA DE UNA OFICINA CÉNTRICA...



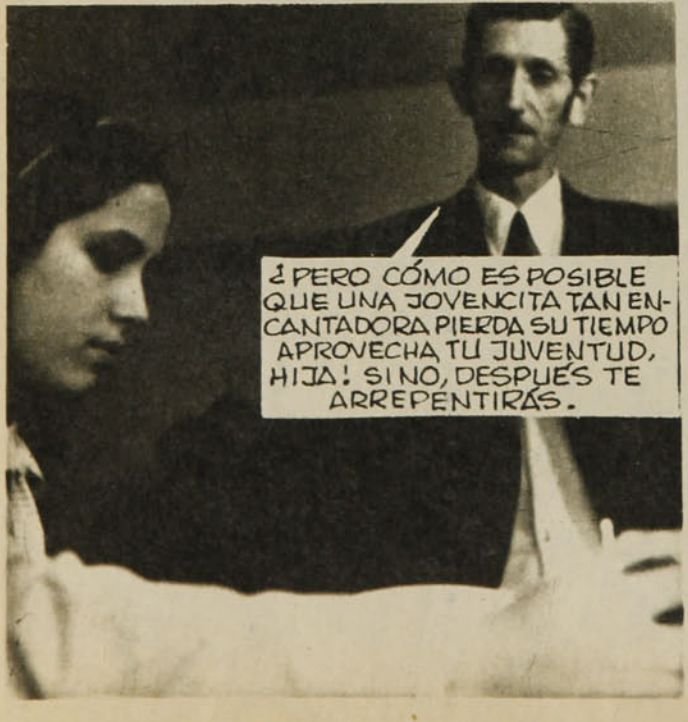
SU LABOR NO ERA ABURRIDA, PERO TAMPOCO DEMASIADO INTERESANTE, Y MUCHO MENOS EMOCIONANTE...



COMO TAMPOCO ERA EMOCIONANTE SU JEFE, AQUEL HOMBRE YA MADURO QUE LA TRATABA COMO UNA VERDADERA HIJA...



Y NO ERA PRECISAMENTE DE SU AGRADO...



DECIRLO ERA MUY FÁCIL, PERO RESULTA QUE EL ÚNICO HOMBRE QUE ELLA HABÍA CONOCIDO DESDE QUE TRABAJABA EN ESA OFICINA ERA MARIO, EL OTRO EMPLEADO...

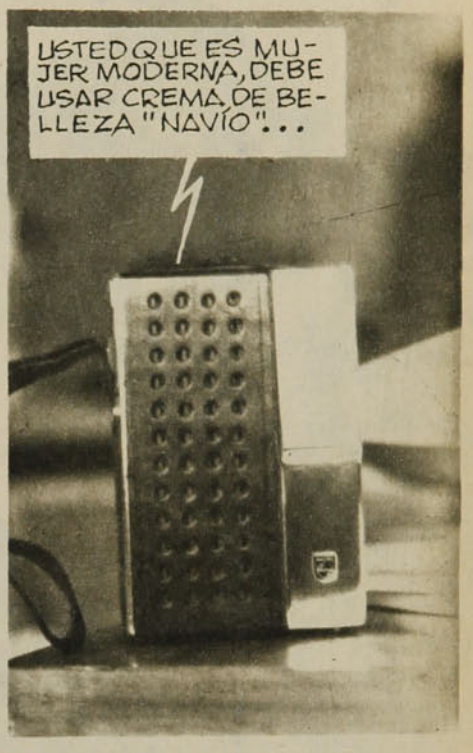


Y ÉSE ERA SU MUNDO POR LARGAS HORAS DEL DÍA...
















¡QUE ELEGANTE ESE ABRIGO MAXI!
SIEMPRE QUE ELISA SALIÁ A DAR UNA VUELTA POR EL CENTRO, ECHABA A VOLAR SU IMAGINACIÓN Y SE SENTÍA OTRA... DISTINTA... NUEVA...
¡ESAS BOTAS SON UN SUEÑO!

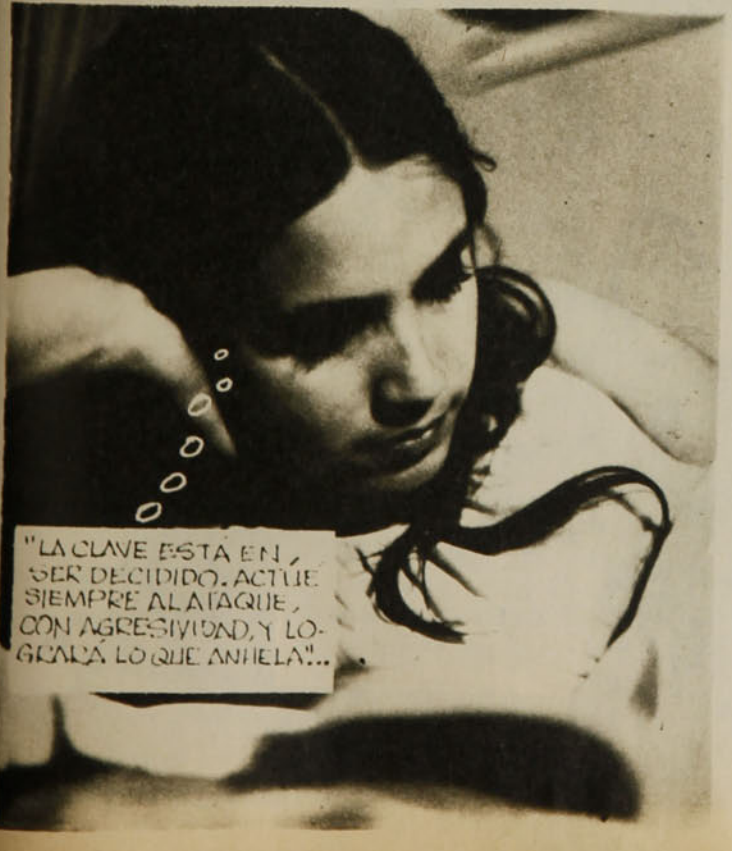


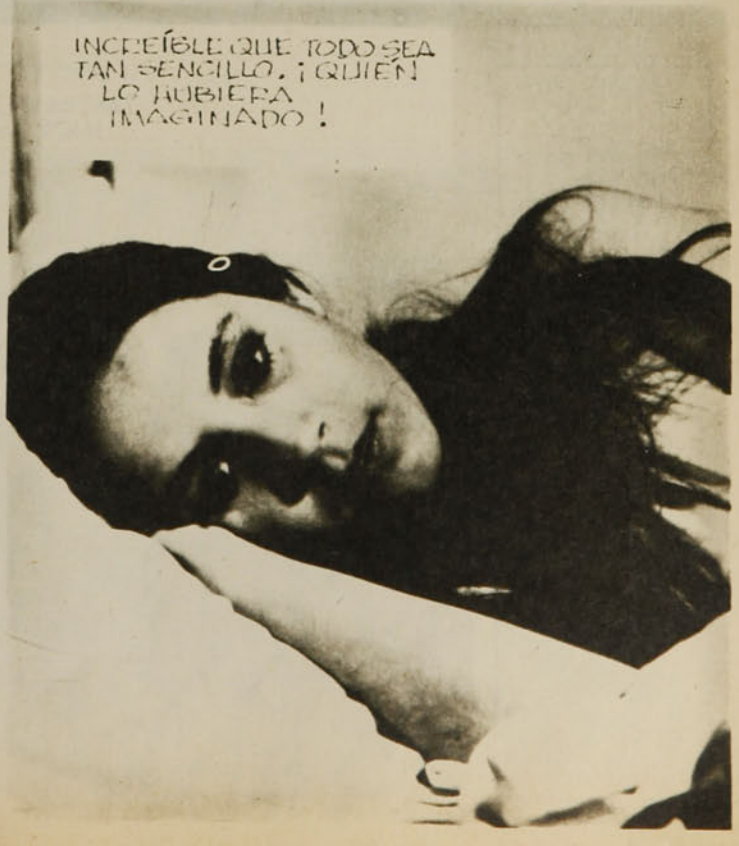




Y AQUELLA NOCHE...







UN MUNDO NUEVO SE HABRÍA ANTE SUS OJOS...



PERO HABÍA QUE SER PRÁCTICA, Y AL DÍA SIGUIENTE, DESPUÉS DEL TRABAJO...





Y LOS RESULTADOS ESPERADOS SE PRODUJERON...



¡ADELANTE, MI REINA!

¡GRACIAS, REY FEO!

UN DÍA A LA SALIDA DE LA OFICINA...

¡SEÑORITA, USTED ES LA MUJER A QUIEN ESPERABA!

CREO QUE ME CONFUNDE, SEÑOR. NO NOS CONOCEMOS.

¡DE NINGUNA MANERA! QUIERO DECIR QUE ESPERABA A UNA MUJER TAN HERMOSA COMO USTED.

GRACIAS, ES USTED MUY AMABLE.

PERMÍTAME PRESENTARME, SOY IVÁN SALAS.

MI NOMBRE ES ELISA.

LA DESENVOLTURA Y SIMPATÍA DEL ELEGANTE JOVEN AGRADÓ A ELISA...

SOY EJECUTIVO DE UNA IMPORTANTE FIRMA COMERCIAL. ¿USTED A QUÉ SE DEDICA?





ELISA ESTABA RADIANTE DE FELICIDAD. EL SÁBADO SIGUIENTE...







DESPUÉS...



HE VIAJADO POR MUCHOS PAÍSES. LA ÚLTIMA VEZ QUE ESTUVE EN EUROPA...

¡QUÉ INTERESANTE!

LA CENA TRANSCURRIÓ AGRADABLEMENTE. ELISA ESCUCHABA FASCINADA A IVÁN, HASTA QUE...

EXCÚSAME POR ALGUNOS MINUTOS, ELISA, HE DIVISADO A UN VIEJO AMIGO. VUELVO ENSEGUIDA.

NO TE PREOCUPES.

IVÁN SE DIRIGIÓ AL BAR. ELISA ENCENDIÓ UN CIGARRILLO...

PASARON LOS MINUTOS E IVÁN NO REGRESABA...

TRANSCURRIÓ CERCA DE MEDIA HORA E IVÁN NO VOLVÍA. ELISA SE PUSO INTRANQUILA...

ME GUSTA ESTE HOMBRE Y CREO QUE TO A ÉL. EL LIBRO TENÍA RAZÓN.

PARECE QUE SU AMIGO ES CONVERSADOR.

¡QUÉ RARO! NO ESTÁ POR NINGUNA PARTE.

¿BUSCA AL SEÑOR QUE LA ACOMPAÑABA, SEÑORITA?

SÍ, ¿LO HA VISTO USTED?

SE MARCHÓ HACE YA UN BUEN RATO.

¿Y DÓNDE ESTÁ LA PERSONA CON QUIEN ESTABA?

NO HABÍA NADIE MÁS CON ÉL. COMPRÓ CIGARRILLOS Y SALIÓ SIN HABLAR CON NADIE.

¡NO PUEDE SER! ¡ESO NO TIENE SENTIDO!

¿QUÉ CLASE DE BROMA LE ESTABAN JUGANDO? ¿QUÉ LE HABRÍA SUCEDIDO A IVÁN? ¿POR QUÉ LE HABÍA MENTIDO? LA VOZ DEL MOZO LA SACÓ DE SUS CAVILACIONES...



SIN ATINAR A DECIR NADA MÁS, ELISA BUSCÓ SU CARTERA, PERO...







ELISA APRETÓ LOS LABIOS Y SALIÓ RAPIDAMENTE DE AQUEL SITIO. AFUERA EL MUNDO CONTINUABA SU MARCHA Y SUS LÁGRIMAS NO FUERON COMPRENDIDAS...



VOLODYA

EL CUENTO de la semana.

ANTON P. CHEJOV
(ruso)

● UN DOMINGO DE VERANO, a las cinco de la tarde, Volodya, un muchacho de diecisiete años, de aspecto enfermizo y tímido, estaba sentado con aire sombrío en el emparrado de la casa de campo de los Shumihins.

Sus desesperados pensamientos volaban en tres direcciones distintas. En primer lugar, al día siguiente, lunes, tenía que examinarse de matemáticas, y sabía que si por la mañana no aprobaba el ejercicio escrito, le iban a expulsar porque llevaba ya dos años estudiando la fórmula sexta y siempre tenía muy malas notas en álgebra durante el curso. En segundo lugar, su presencia en la "villa" de los Shumihins, familia adinerada y con pretensiones aristocráticas, constituía un motivo de mortificación para su amor propio. Le parecía haber notado que madame Shumihins les miraba a él y a su mamá con desprecio y como si fueran de clase inferior, que se reían de ella y no la respetaban. En una ocasión oyó casualmente una conversación que sostenían en la terraza madame Shumihins y su prima Ana Fyodorovna: hablaban de su mamá, diciendo que tenía pretensiones de parecer joven, que nunca pagaba cuando perdía jugando a las cartas y que usaba sin escrúpulo ninguno el calzado y el tabaco de los demás. Todos los días, Volodya suplicaba a su mamá que no fuese a casa de los Shumihins, pintándole a lo vivo el papel humillante que hacían entre aquella gente. Trataba de persuadirla por todos los medios posibles y hasta a veces le decía cosas un poco fuertes. Pero ella, mujer frívola y sin seso, que había tirado su fortuna y la de su marido y le gustaba estar siempre convidada por gente de alto rango, no le hacía caso, y Volodya tenía que acompañarla dos veces por semana a aquella dichosa "villa" tan odiada.

En tercer lugar, un sentimiento para él desconocido, y no desagradable, del que la juventud no puede pasarse, se había apoderado de su ánimo. Creía estar enamorado de Ana Fyodorovna, prima de los Shumihins y que por entonces pasaba una temporada con ellos. Ana Fyodorovna era una señora de unos treinta años, sonriente y vivaracha, fuerte y sana, de sonrosadas mejillas y hombros regordetes; hablaba en voz muy alta y sobre sus finos labios vagaba siempre una sonrisa. No era ni hermosa ni joven. Volodya sabía esto perfectamente, pero por una razón desconocida para él no podía evitar el pensar en esta mujer. La miraba mientras ella jugaba el croquet moviendo los hombros y la espalda, o cuando después de reírse a carcajadas subía corriendo las escaleras y se tiraba en una butaca entornando los ojos y respirando con fuerza. Estaba casada. Su marido, grave y digno arquitecto, venía una vez por semana a verla; se pasaba todo el tiempo durmiendo profundamente y volvía a marcharse a la ciudad. Empezó aquel sentimiento extraño en Volodya por el odio que sentía hacia el arquitecto y el descanso que experimentaba al verle desaparecer.

Ahora, sentado en el emparrado, pensando en su examen del día siguiente y en su mamá, de la que tanto se reían, sintió un deseo intenso de ver a Nyuta (así llamaban los Shumihins a Ana Fyodorovna), de oír su risa y el roce de su vestido... Este deseo no era precisamente el amor puro y poético que Volodya leía en las novelas y con ▶

VOLODYA

el que soñaba todas las noches al acostarse; era un sentimiento extraño e incomprensible; se avergonzaba de él como de algo malo e impuro, desagradable hasta de confesar a sí mismo.

"Esto no es amor", se decía. "No se puede uno enamorar de mujeres de treinta años y casadas. Esto es sólo una pequeña aventura... Sí, eso es; una especie de aventura"...

Y pensando en aventura, recordó su invencible timidez, su falta de bigote, sus pecas, sus ojos tan pequeños, y comparándose con Nyuta le pareció la cosa ridícula e imposible. Entonces imaginóse que era calvo, guapo, ingenioso y vestido a la última moda. De este modo podía acercarse a ella; sin duda alguna.

De repente, cuando estaba en lo más delicioso de su sueño, oyó un ligero ruido de pasos. Alguien venía andando despacio por la avenida. Pronto los pasos cesaron de oírse y una figura blanca apareció en la entrada.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó una voz de mujer.

Volodya reconoció la voz y levantó la cabeza asustado.

—¿Quién está ahí? —preguntó Nyuta entrando en el emparrado—. ¡Ah!, ¿eres tú, Volodya? ¿Qué haces aquí solo? ¿Meditar? No sé cómo puedes arreglártelas para estar siempre pensando, pensando... Es el único procedimiento para volverse loco.

Volodya se levantó y miró a Nyuta como deslumbrado. Acababa de venir del baño. Sobre el hombro llevaba una sábana y una toalla, y por debajo del pañuelo de seda que le cubría la cabeza salía el pelo mojado cayendo sobre la frente. Olía a la fresca humedad de la sala de baño y a jabón de almendras. Venía sin respiración de tanto correr; el primer botón de la blusa desabrochado permitió a Volodya verle la garganta y el seno...

—¿Por qué no dices algo? —dijo Nyuta, mirándole de arriba abajo—. No es muy fino el quedarse callado cuando le habla a uno una señora. ¡Cuidado que eres tonto, Volodya! Siempre estás sentado por algún rincón, sin decir una palabra y meditando como un filósofo. No tienes fuego ni vida. ¡Eres horrible, sencillamente!... A tu edad debías estar saltando y brincando, charlando con unos y con otros, coqueteando, enamorándote.

Volodya miró a la sábana y a la mano blanca y regordeta que la sujetaba, y siguió pensando...

—Es mudo —dijo Nyuta con asombro—; es raro, verdaderamente... ¡Escucha! ¡Sé un hombre! ¡Vamos, ríete de una vez! ¡Uf! ¡Qué filósofo más cargante! —y se echó a reír estrepitosamente—. Pero, ¿tú sabes, Volodya, por qué eres tan tonto? Pues sencillamente porque no te has dedicado a las señoras. ¿Por qué no ensayas? Verdad es que aquí no hay muchachas; pero eso no importa, puedes coquetear con señoras casadas. ¿Por qué no coqueteas conmigo, por ejemplo?

Volodya la escuchó con atención y rascóse la frente perplejo.

—Sólo las personas orgullosas permanecen silenciosas y aman la soledad —continuó Nyuta quitándole la mano de la frente—. Eres muy orgulloso, Volodya. ¿Se puede saber por qué me miras frunciendo las cejas de ese modo? Haz el favor de mirar cara a cara y como Dios manda. Así, vamos, tonto.

Volodya hizo un esfuerzo para hablar. Quiso sonreír, contrajo el labio inferior, guiñó los ojos y volvió a llevarse la mano a la frente.

—La..., la amo —dijo.

Nyuta levantó las cejas sorprendida y se echó a reír.

—¿Qué es lo que oigo? —exclamó como cantan las prima donnas en las óperas cuando escuchan algo terrible—. ¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho? Repítelo, anda, repítelo...

—La..., ¡la amo! —repitió Volodya.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, avanzó un paso hacia Nyuta y la agarró por el brazo. Lo veía todo oscuro delante de sus ojos que se llenaron de lágrimas. El mundo entero le pareció que se convertía en una enorme toalla oliendo a sala de baño.

—¡Bravo, bravo! —oyó que Nyuta le gritaba riéndose—. Pero ¿por qué no hablas? Vamos, di algo.

Viendo que Nyuta no retiraba el brazo, Volodya la miró tímidamente, y poco a poco rodeó su cintura con los suyos, juntando las manos detrás. Así cogida, Nyuta levantó las manos enseñando los codos oscuros y ocultó los mechones de pelo mojado debajo del pañuelo diciendo con voz tranquila:

—Es preciso que seas delicado, fino, y sólo de este modo caerás bajo la influencia femenina. Pero ¡qué cara más apurada pones! Debes reírte, hablar... Sí, Volodya, no seas de ese modo; eres joven y te queda tiempo de sobra para filosofar. Ahora suéltame que tengo que irme. Suéltame, vamos.

Sin esfuerzo ninguno se vio libre, y tarareando una canción salió del emparrado. Volodya se quedó solo. Se atusó el pelo, sonrió, y paseó varias veces de un lado para otro; luego se sentó en un banco y volvió a sonreír. Estaba avergonzado, tanto que se preguntaba con asombro si era posible

EL CUENTO de la semana.

que la vergüenza humana pudiera alcanzar tal grado de intensidad. Esta vergüenza le hacía sonreír, gesticular y murmurar palabras sin sentido.

Estaba avergonzado de haber sido tratado como un niño pequeño, avergonzado de su timidez, y sobre todo de haber tenido la audacia de rodear con sus brazos el talle de una respetable señora casada. Mucho más cuando le parecía a él no tener ni edad ni cualidad exterior alguna, sin posición social ni derecho de ninguna clase para permitirse esa libertad...

Se levantó de un brinco y salió fuera del emparrado; luego, sin mirar a su alrededor, corrió sin parar hasta encontrarse a bastante distancia de la casa.

—¡Ah!, ¡marcharse, marcharse de allí lo antes posible! —repetía sacudiendo la cabeza—. ¡Dios santo!, lo antes posible.

●EL TREN en el cual debía partir Volodya con su mamá salía a las ocho y cuarenta. Faltaban aún tres horas, pero de buena gana se hubiera ido en aquel momento a la estación sin esperar a mamá.

A las ocho entró en la casa. Había tomado una determinación: arrostrar el todo por el todo.

Resolvió que entraría mirando a todos, hablando en alta voz y sin miedo ninguno. Atravesó la terraza, el gran hall y el salón y allí se paró para tomar aliento.

En el comedor, madame Shumihins, mamá y Nyuta tomaban el té charlando y riéndose de alguna cosa.

Volodya escuchó con atención.

—¡Te lo aseguro! —decía Nyuta—. Yo no lo creería si no lo hubiera visto. Cuando empezó a declararme su amor, ¡imagínate!, me cogió por la cintura; estaba desconocido. ¡Parece mentira, siendo como es! Al decirme que estaba enamorado de mí, tenía un aire feroz, parecía un circasiano.

—¿De veras? —gritaba mamá en medio de carcajadas—. ¿De veras? ¡Cómo me recuerda a su padre!

Volodya al oír esto echó a correr y salió al aire libre.

"¿Cómo podrán hablar así de esto en alta voz?", se preguntaba angustiado, juntando las manos y mirando horrorizado al cielo. "¡Y hablan con esa tranquilidad, a sangre fría!... ¡Y mamá riéndose!... ¡Mamá! ¡Dios mío! ¿Por qué me diste una madre como ésta? ¿Por qué?"

Pero tenía que volver a la casa, pasara lo que pasara. Dio unos cuantos paseos por la avenida y ya un poco más tranquilo entró.

—¿Por qué no has venido a tomar el té? —preguntó de mal humor madame Shumihins.

—Lo siento mucho, pero... es hora de marcharme —murmuró sin levantar la vista—. Mamá, ¡son las ocho!

—Te marchas solo, hijo —contestó mamá lánguidamente—. Me quedo con Lili esta noche. Adiós, hijo mío... Déjame que te bendiga.

Hizo la señal de la cruz sobre él y volviéndose a Nyuta le dijo en francés:

—Se parece a Lermontof..., ¿verdad?

Después de decir adiós a todos sin mirar a ninguno la cara, Volodya salió del comedor. Diez minutos más tarde iba contento camino de la estación. La vergüenza y el miedo se le habían acabado y sentíase libre y a sus anchas.

A media legua de distancia de la estación sentóse en una piedra al lado del camino mirando al sol ocultarse tras las montañas. En la estación había encendidas algunas luces; una de ellas, de color verde, brillaba débilmente; pero el tren no había llegado aún. A Volodya le agradaba estar allí sentado, quieto y observando cómo la noche llegaba poco a poco. La oscuridad del emparrado, los pasos, el olor de la sala de baño, la risa y el talle de Nyuta, todo aquello se le vino a la imaginación, y ya no le parecía tan terrible y de tanta importancia como antes.

"Ella no retiró la mano y además se echó a reír cuando la cogí por la cintura", pensó. "De manera que no debe de haberle sido desagradable. Si no, se habría enfadado".

Y Volodya sintió no haber sido algo más atrevido cuando estaba en el emparrado. Sintió el marcharse de aquella manera tan estúpida, ahora precisamente que estaba persuadido de su audacia si encontraba otra ocasión como aquélla.

Seguramente no sería difícil encontrar otra oportunidad. Los Shumihins tenían costumbre de dar un paseo después de cenar. Si él conseguía pasearse solo con Nyuta en la oscuridad del jardín, ya estaba.

"Voy a volverme", pensó, "y mañana por la mañana me iré... Diré que he perdido el tren."

Y se volvió... Madame Shumihins, mamá, Nyuta y una de las sobrinas, sentadas en la terraza jugaban a los naipes. Cuando Volodya les contó la mentira de que había perdido el tren, le dijeron que se acostara pronto, no fuera a llegar tarde al examen el día siguiente. Mientras jugaban, se sentó a un lado mirando malhumorado a Nyuta y esperando.

Ya tenía formado su plan; se acercaría a Nyuta, en la obscuridad la cogería por la mano y luego la abrazaría; no había necesidad de hablar nada, puesto que

VOLODYA

ambos se entenderían divinamente sin palabras.

Pero después de comer, las señoras no fueron a pasear al jardín, sino que siguieron jugando a las cartas. Jugaron hasta la una de la noche y luego se marcharon a la cama.

"¡Qué estupidez!", pensó Volodya, fastidiado, al dirigirse a su cuarto. "Pero, bueno, no importa, esperaré mañana..., mañana en el emparrado. Lo mismo da"...

No se acostó sino que se sentó en la cama encogiendo las rodillas y pensando. La idea del examen le era odiosa; ya sabía que le iban a suspender, y después de todo la cosa no tenía nada de terrible. Al contrario, le parecía muy bien. Al día siguiente sería tan libre como un pájaro; se pondría trajes corrientes, en vez de uniforme del colegio; fumaría a su antojo; iría allí de cuando en cuando y haría el amor a Nyuta cuando le diera la gana. Ya no sería colegial sino un hombre.

En cuanto a lo que llamaban carrera, porvenir, etcétera, ya lo tenía decidido: entraría en el ejército, o si no en telégrafos, o bien, de mancebo en una botica, hasta que, a fuerza de trabajo y paciencia, consiguiera llegar a ser el dueño... Había mucho en qué escoger. Pasaron una o dos horas y todavía estaba sentado en la cama...

Hacia las tres de la mañana, cuando ya empezaba a haber claridad, se abrió cautelosamente la puerta del cuarto y mamá entró en la habitación.

—¿Todavía no estás dormido? —preguntó bostezando—. Duérmete; no he venido más que un momento a buscar una medicina...

—¿Para qué?

—Para Lili; a la pobre le han vuelto a dar los espasmos. Pero duérmete, hijo, que mañana tienes que examinarte...

Sacó una botella de un armario, fue a la ventana, miró la etiqueta y se marchó.

—María Leontyevna, ¡ésta no es la medicina! —oyó Volodya que decía una voz de mujer—. Esto es valerianato y Lili lo que necesita es morfina.

Era la voz de Nyuta. Volodya se quedó frío. Se puso corriendo los pantalones y la chaqueta y se dirigió a la puerta.

—¿Entiendes?, morfina —explicaba Nyuta en voz baja—. La etiqueta debe estar en latín. Despierta a Volodya, él la encontrará.

Mamá abrió la puerta y Volodya pudo ver a Nyuta. Llevaba la misma blusa floja que por la mañana al ir al baño. Los cabellos le caían en desorden sobre los hombros y tenía cara de sueño.

—¡Cómo! ¿Volodya no está dormido? —dijo—. Entonces haz el favor de buscar la morfina en el armario; debe estar ahí. ¡Esta Lili siempre tiene que tener alguna cosa!

Mamá murmuró algo, bostezó y se fue.

—Búscalo —dijo Nyuta—. ¿Qué haces ahí de pie todavía?

Volodya fue al armario, abrió la parte de abajo, se arrodilló y empezó a rebuscar entre los frascos y cajas de medicinas. Le temblaban las manos y sentía en el estómago una sensación extraña, como si olas frías se le movieran dentro. Levantaba sin saber por qué los frascos derramando algunos de ellos, y el olor del éter y de las drogas le sofocaba.

"Creo que mamá se ha ido", pensó. "Me parece muy bien... Muy bien."

—¿Quieres andar de prisa? —balbuceó Nyuta.

—En seguida... Aquí me parece que está —dijo Volodya leyendo la palabra mor... en una de las etiquetas—. Sí, esto es.

Nyuta estaba en la puerta con un pie dentro de la habitación y otro fuera, recogiéndose el pelo, cosa un poco difícil porque lo tenía muy largo y espeso. Desde allí miraba vagamente a Volodya.

Y de aquel modo, iluminada por la luz del amanecer, con la faz somnolenta y el pelo suelto, Volodya la encontró cautivadora, magnífica...

Fascinado, temblando al recordar el abrazo en el emparrado, le alargó la botella, diciendo:

—¡Qué hermosa es usted!

—¿Qué?

Entonces entró en el cuarto y volvió a repetir la pregunta sonriendo.

Volodya la miraba en silencio; luego, exactamente lo mismo que la otra vez, le cogió una mano.

Nyuta, riéndose, esperaba los acontecimientos.

—La amo —susurró.

Ella dejó de sonreír y después de pensar un momento le dijo:

—Espérate un poco; me parece que viene alguien. ¡Estos colegiales! —exclamó, yendo hacia la puerta y mirando al pasillo—. No, no viene nadie.

Volvió entonces donde estaba Volodya y a éste le pareció que la habitación, Nyuta, el sol naciente y él mismo, todo, se reunía en una sensación de extraordinaria e increíble felicidad por lo que merecía darse la vida entera y soportar eternos tormentos. Pero pasado un momento, todo había desaparecido y Volodya vio delante de sí una cara gorda, vulgar, contraída por una expresión de asco, y él mismo sintió repentino disgusto por lo que había sucedido.

—Ahora mismo me voy —dijo Nyuta, mirando a Volodya con

EL CUENTO de la semana.

enfado—. ¡Miren el ganso feo este!

¡Qué indecente encontraba Volodya ahora los pasos de Nyuta, el pelo tan largo, la blusa tan floja y hasta la voz!

"¡Feo y ganso"..., pensó después que ella se hubo marchado. "Verdaderamente que soy feo..., todo es feo"...

El sol estaba saliendo, cantaban los pájaros y en el jardín se oía el ruido de la carretilla del jardinero..., poco después llegaron hasta él el mugido de las vacas y la canción de un pastor. Los rayos del sol y los sonidos aquellos le indicaron que existía en este mundo otra vida pura, poética. Pero ¿dónde encontrar aquella vida? Volodya nunca oyó hablar de ello ni a su mamá ni a nadie de los que le rodeaban.

Cuando el criado vino a despertarlo se hizo el dormido...

"¡Vayan todos al diablo!", pensó.

A las once se levantó de la cama.

Empezó a peinarse delante del espejo y al contemplar su pálido rostro, aun más feo por la mala noche, pensó:

"Tenía razón...; soy bastante feo".

Cuando la mamá lo vio se quedó horrorizada de que no hubiera ido al examen. Volodya explicó que se había quedado dormido y que se presentaría otro día con un certificado del médico.

● MADAME SHUMIHINS y Nyuta se despertaron a la una. Volody oyó cómo madame Shumihins abría la ventana de un golpe, y a Nyuta que contestaba con carcajadas a algo que ella gritaba. Vio cómo se abría la puerta y una fila de sobrinas y otros estafermos por el estilo (entre los últimos su mamá) desfilaban hacia el comedor. Allí contempló la sonriente y fresca cara de Nyuta al lado de la ceñuda de su marido, el arquitecto, que acababa de llegar. Nyuta llevaba un vestido ruso que le sentaba muy mal y le daba un aspecto ordinario; el arquitecto hacía chistes malos.

El guisado que sirvieron le pareció a Volodya que tenía demasiada cebolla, y también le parecía que Nyuta se reía muy alto a intento y le miraba como para darle a entender que le importaba muy poco lo sucedido la noche anterior y la presencia en la mesa del ganso feo. A las cuatro, Volodya se marchó en coche a la estación con su mamá. Recuerdos antipáticos que se le venían a la memoria, la noche en vela que había pasado y la perspectiva de la expulsión del colegio le habían puesto de un humor insoportable. Miró el afilado perfil de mamá, su naricilla y el impermeable que llevaba, regalo de Nyuta, y murmuró:

—¡Parece mentira, a tu edad! Estás haciendo que todo el mundo hable de ti; no pagas lo que debes en el juego, fumas el tabaco de los demás... ¡Es una cosa feísima! ¡No te quiero nada! ¡Nada, absolutamente!

La estaba insultando, y María Leontyevna abrió los ojillos alarmadísima, levantando las manos, y gritó horrorizada:

—¡Qué estás diciendo, hijo! ¡Dios santo, que te va a oír el cochero! ¡Cállate, que lo oye!

—¡No te quiero nada!... ¡No te quiero! —siguió diciendo casi sin aliento—. No tienes alma ni sabes lo que es tener moral de ninguna clase... ¡Quítate ahora mismo ese impermeable! ¿Oyes? ¡Si no te lo haré pedazos!...

—Conténte, hijo, conténte —decía mamá llorando—, ¡que te va a oír el cochero!...

—Y la fortuna de mi padre, ¿dónde ha ido a parar? ¿Y la tuya? Todo lo has tirado. No me avergüenzo de ser pobre, no; sino de tener una madre como tú... Cuando mis compañeros de colegio me preguntan por ti, siempre tengo que sonrojarme.

● EN EL TREN tenían que pasar dos estaciones antes de llegar a la ciudad. Volodya se pasó todo el tiempo en la plataforma tiritando de frío, pero no quería entrar porque allí estaba la madre tan odiada. Se odiaba a sí mismo, al revisor de los billetes, al humo de la máquina y a aquel frío que le hacía temblar, y lo que más sentía era que en otro sitio había personas gozando de aquella vida pura, honrada, llena de amor, de alegría y de serena tranquilidad... La felicidad existía, y él, en cambio, era tan desgraciado. Estos pensamientos tan tristes le pusieron en tal estado que uno de los viajeros, después de mirarle atentamente, se acercó a preguntarle si le dolían las muelas.

En la ciudad, mamá y Volodya vivían con María Petrovia, señora de alto rango que cedía habitaciones a algunas personas. Mamá tenía dos cuartos, uno con ventanas, adornado con cuadros de marco dorado, en el que dormía ella, y otro oscuro y pequeño, contiguo al suyo, perteneciente a Volodya. En este último había por todo adorno un sofá que servía de cama al muchacho; el resto de la habitación estaba materialmente atestado de baúles llenos de trajes, sombreros, cajas y toda clase de trastos que mamá guardaba no se sabe para qué. Volodya estudiaba las lecciones en el cuarto de su madre o en el cuarto general, co-

mo llamaban los huéspedes de la casa a la habitación en que se reunían todos a la hora de comer y por la noche.

Al llegar a su casa, Volodya se echó en el sofá tapándose con la colcha para entrar en calor. Las cajas, las sombrereras y los baúles le recordaron que no tenía habitación propia ni refugio alguno donde irse lejos de su madre y de toda aquella gente cuyas voces sonaban en el cuarto general.

Los libros amontonados en un rincón, el examen perdido... Sin saber por qué empezó a acordarse de Menton, donde vivió con su padre cuando tenía siete años, de Biarritz y de dos niñas inglesas que jugaban con él en la playa... Esforzábase en representarse el color del cielo, el mar, la altura de las olas y su modo de ser en aquellos tiempos, pero por mucho que hizo no lo consiguió. Las niñas inglesas las veía en su imaginación como si estuvieran delante de él; el resto era una mezcla de imágenes extrañas que flotaban confusamente...

"¡Qué frío hace aquí!", pensó, y se levantó; se puso un abrigo y entró en el cuarto general. Estaban tomando el té. Mamá, una señora vieja con gafas de carey, que daba lecciones de música, y Agustín Mihalitch, un francés alto y robusto, de edad ya madura, que estaba empleado en las oficinas de una perfumería.

—No he comido hoy —decía mamá—. Voy a mandar a la criada por pan.

—¡Dunyasha! —gritó el francés. Pero la muchacha había salido sin duda a algún recado de la dueña—. No importa —dijo Mihalitch sonriendo estúpidamente—. Es lo mismo. Ahora voy yo a comprarlo.

Dejó a un lado el cigarro que estaba fumando, se puso el sombrero y se marchó a la calle. Después que se hubo marchado, mamá explicó a la profesora de música su estancia en casa de los Shumihins y lo bien acogida que era siempre que iba.

—Lili Shumihins es parienta mía, ¿sabe usted? —decía—. Su difunto marido, el general Shumihins, era primo de mi esposo. Ella es baronesa de Kolb...

—¡Mamá, eso es mentira! —exclamó Volodya con tono irritado—. ¿Por qué dices embustes?

Sabía perfectamente que lo que hablaba su madre era verdad, y, sin embargo, había tanta falsedad en su manera de hablar, en la expresión de la cara y los ojos, que pareció que estaba mintiendo.

—¡Eso es mentira! —repetía Volodya furioso, y dio un puñetazo en la mesa con tal fuerza que derramó el té y cuanto había en ella—. ¿Por qué hablas de generales y baronesas? ¡Todos son embustes!

La maestra de música, desconcertada, tosía con el pañuelo en la boca fingiendo estornudar. Mamá lloraba afligidísima.

"¡Señor! ¿Adónde me voy?", pensó Volodya. Ya antes había estado en la calle y con sus compañeros de colegio le daba vergüenza ir. Por segunda vez se volvió a acordar de las niñas inglesas... Dio unos cuantos paseos por el cuarto general y luego entró en la habitación de Agustín Mihalitch. Olía a perfume y a jabón de glicerina. Sobre la mesa, en la ventana y hasta en las sillas se acumulaban frascos, botellas y vasos conteniendo líquidos de distintos colores. Volodya cogió un periódico, lo abrió y leyó: "Figaro"...; olía desagradablemente a la tinta de imprenta. Sus ojos cayeron sobre un revólver que había sobre la mesa y puso la mano sobre él...

—¡Vamos, vamos! No haga usted caso —decía la maestra de música en el cuarto de al lado consolando a mamá—. ¿No ve usted que es muy jovencillo? Los jóvenes de su edad no saben contenerse.

—Hay que hacerse cargo. No, Yevgenya Andreyevna, está demasiado mimado —contestaba mamá con voz plañidera—. No hay ninguna persona que ejerza autoridad sobre él y a mí no me hace caso ninguno. ¡Oh, qué desgraciada soy!

Volodya se metió el cañón del revólver en la boca, sintió algo así como un gatillo o un muelle que rozaban sus dedos y lo apretó...

Notó que sobresalía aún y volvió a apretar. Luego se sacó el cañón de la boca y lo limpió con la chaqueta y examinó la llave con atención.

Era la primera vez en su vida que cogía un revólver...

"Me parece que hay que levantar esto...", reflexionó. "Sí, así debe ser."

Agustín Mihalitch entró en el cuarto general contando entre risotadas algo muy gracioso. Volodya volvió a meterse el cañón en la boca, lo sujetó con los dientes y apretó fuerte el muelle con los dedos...

Sonó un tiro... Sintió un golpe terrible en la cabeza y cayó boca abajo sobre la mesa entre los frascos y las botellas. En aquel momento vio ante sí la imagen de su padre, igual que como estaba en Menton, con un sombrero y una gasa negra alrededor, llevaba luto por una señora desconocida; le agarró por las manos y los dos cayeron de cabeza en un foso oscuro y profundo...

Luego todo se borró confusamente ante sus ojos. ♥

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 12 AL 18 DE OCTUBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color azulino.
Número 8.

TU CORAZON
No puedes pretender buscar la solución a tus problemas fuera de ti. Ha llegado el momento de enfrentarte a ti misma.

TU TRABAJO
Ocúpate sólo de los asuntos que te conciernen, y no te entrometas en los ajenos si no quieres arrepentirte.

TU SALUD
Tu pesimismo te hace pensar en toda clase de males imaginarios. Tienes que ser más activa y tener la mente lo más ocupada posible en otras cosas.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día jueves.
Color ámbar.
Número 7.

Tendencia a la depresión y a la soledad. Procura la compañía de buenos amigos que te depararán momentos agradables. Esto pasará.

Todo sucede para mejor. Rinde con el máximo de tus fuerzas y dentro de poco verás los frutos. Buenas noticias dentro de poco en tu oficina.

Debes cuidar tu hígado evitando sobre todo las grasas y comidas de difícil digestión, si no quieres lamentar más tarde funestas consecuencias.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color lacre.
Número 1.

La persona amada demostrará una cierta indiferencia afectiva en este período, pero eso no significa que ya no te quiere.

Una extraordinaria satisfacción de tipo material te espera a fines de semana. Tienes que saber aprovecharla.

La mejor manera de combatir el nerviosismo y la intranquilidad no son los sedantes, sino que un buen sueño y el contacto con la naturaleza.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color jade.
Número 4.

Un encuentro inesperado hará cambiar el giro de tu vida. No te precipites en tomar ninguna decisión que más tarde puedes lamentar.

No puedes pretender que cada acción tuya produzca frutos instantáneos. Hay veces que la impaciencia es contraproducente.

Te hace falta ejercicio si deseas mantenerte joven y ágil. No sólo basta una dieta alimenticia para lograr un buen físico.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color castaño.
Número 1.

TU CORAZON
No tienes para qué hacer esfuerzos extraordinarios en el aspecto afectivo, porque las cosas caminarán solas de igual manera.

TU TRABAJO
Tu modo franco de actuar será particularmente apreciado por tus compañeros de trabajo; sin embargo, tu tino te impide cometer errores.

TU SALUD
Disturbios digestivos pasajeros que no te darán malestares de consideración, no obstante, es preferible que sigas una dieta por unos dos días.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color tiziano.
Número 6.

Un encuentro muy interesante y prometedor que se llevará a efecto a fines de semana te producirá molestias por un malentendido.

Te encomendarán una labor de mucha responsabilidad que puede llegar a provocar un cambio en tu situación económica general.

Buena salud física en general como también tus nervios habrán recuperado por completo su calma.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día martes.
Color perla.
Número 0.

No debes guardar para ti todas las preocupaciones de tipo afectivo. Un amigo te será de mucha utilidad si sabes confiarte a él.

Ese problema material que te preocupa no durará demasiado. Sólo se trata de una crisis pasajera en la que hay que tener paciencia.

Es necesario que te pongas a dieta. Si no lo has hecho hasta ahora, nunca es tarde para comenzar, pero debes ser constante.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día lunes.
Color fila.
Número 8.

La persona amada te rodeará de tiernas atenciones. Tienes que saber apreciar todo eso, pues con detalles se alimenta el amor.

Un compañero de trabajo te producirá grandes problemas, los que tendrás que enfrentar con calma, pues no tendrán ninguna mayor consecuencia.

Leves malestares que sólo podrán ser eliminados suprimiendo un poco el cigarrillo y ordenando tu alimentación y sueño.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día viernes.
Color palorrosa.
Número 9.

TU CORAZON
Trata de no echar a perder con tu irritabilidad la armonía y tranquilidad que habías logrado en tu hogar. Domina tus impulsos.

TU TRABAJO
Evita iniciar empresas o negocios con personas que poco conoces. Desconfía de las ofertas demasiado tentadoras.

TU SALUD
Estado de inquietud y sensación de angustia posiblemente debido a una alteración nerviosa. Pérdida de apetito.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día miércoles.
Color calipso.
Número 4.

Acepta la posibilidad de frecuentar nuevas amistades. No te encierres en tu mundo eludiendo la realidad.

Gran sorpresa para fines de semana, que posiblemente será aumento de sueldo o ascenso en el trabajo.

La agitación en que has estado viviendo este último tiempo se está reflejando en tu físico. Trata de salir al campo o a la costa.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día sábado.
Color armiño.
Número 9.

Trata de aclarar ese asunto que te aflige con la persona que amas. La sinceridad es la base de todo amor.

Uno de tus planes está siendo tomado en cuenta y existen muchas posibilidades que logres estabilidad económica por un tiempo.

Frecuentemente pierdes la calma por asuntos sin importancia. Controla tu carácter, pues puedes terminar por destrozar tus nervios.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día domingo.
Color ébano.
Número 1.

Pequeñas alegrías sentimentales contribuyen a procurarte un período feliz. Unión y armonía en el plano de la amistad.

Trabajo interesante que absorbe la mayoría de tu tiempo. No te desanimes si no ves inmediatamente los frutos que ya pronto se verán.

Te sientes un poco desanimada últimamente, lo que se puede deber a la falta de líquido que bebes por temor a no engordar. Es un error.



Querido mío:

No sabiendo cómo poder expresarte ni cómo explicarte todo lo que siento, me he decidido por escribir estas líneas, las que espero te demuestren lo sincero y profundo de mi afecto por ti, y lo dolida que me siento, ya que como tú bien sabes, a mí me cuesta mucho menos expresarme en forma escrita que verbal. Soy más bien demostrativa que explicativa.

Mi deseo es escribir algo para cada uno de los que más quiero, pero he decidido empezar por ti, ya que formas y significas el eje de mi vida, ¡pobre vida!, en mi concepto personal. Posiblemente te sientas herido o decepcionado de mí por algunas de las cosas que aquí exprese, pero mi mayor anhelo es ser total y absolutamente sincera y real en mis apreciaciones, lo que implica que yo no me excluiré de las culpas que me atañen.

Empezaré haciendo un resumen de recuerdos de nuestros tiempos juveniles, ya que creo que ha sido el período más hermoso de nuestra existencia. ¡Qué compenetrados estábamos y cuánta confianza teníamos el uno en el otro!... ¿Recuerdas nuestras caminatas en las que conversando solucionábamos todos nuestros problemas?... ¿O esas tardes en las que en el escritorio de mi casa me ayudabas con mis deberes escolares con el acuerdo de que no empezaríamos a pololear mientras no los terminara?... Creo que jamás en mi vida he estudiado con tanto ahínco y dedicación como entonces, porque para mí, ayer como hoy, y creo que toda mi vida, lo más maravilloso de mi vida es sentir y recibir tus demostraciones de amor y cariño, lo mismo que tu comprensión.

Tú sabes que mi mayor defecto es que analizo y desmenuzo demasiado las cosas, y cualquier gesto o tan siquiera una mirada indiferente de tu parte me hiere terriblemente. Reconozco que soy demasiado posesiva, y trato de disimularlo continuamente, pero para ello tengo que doblegar mi modo de ser natural, y eso es lo que me hace sentirme continuamente insatisfecha conmigo misma y con la sociedad en general. No es que yo esté contra ella, no soy una hippie, de ninguna manera, pero me da si mucha envidia ver a los matrimonios o parejas en general con la dedicación y cariño que se dan el uno al otro, la paz y felicidad que reflejan sus semblantes, la confianza en sí mismos y en su pareja que denotan sus expresiones. Porque te confieso, cariño, que yo hace muchísimo tiempo que no siento tu apoyo ni tu protección, y eso me ha anulado totalmente; se puede decir que ha dañado profundamente mi siquis, y me impide por lo tanto poder realizarme a mí misma o cumplir como yo quisiera con mis obligaciones.

Me aterra pensar que tú, día a día, vas quemando etapas en la destrucción de ti mismo, porque tú vales mucho, tesoro, pero estás empeñado en levantar una imagen de ti mismo que desmerece a los ojos de todos, incluso de ti, y como que te has convencido de que ya no te puedes superar. ¿A qué se debe esta situación?... ¿Tanto te he fallado, que ya no te sirvo como apoyo ni me estimas como tu com-

GRITO de SOLEDAD

Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestros lectores.

HISTORIA VIVIDA
por MAITE (Santiago)

pañera? ¿Es que soy muy insignificante para tus aspiraciones? ¿O es mi modo de ser y de ver las cosas lo que te hace comportarte de esa manera?... Te diré, cariño, que ya no sé qué pensar al respecto, porque creo que tú no pones nada de tu parte para vencerte a ti mismo. No creo que te hayas formado complejo de inadaptabilidad, eres demasiado hombre para éso, pero tu comportamiento me tiene totalmente desconcertada.

¿Recuerdas cuando forjábamos planes para nuestro futuro?..., imaginábamos nuestro hogar, nuestra vida en común, nuestros triunfos... ¡Qué lejos quedó todo aquello, y cuánta pobreza moral nos rodea actualmente!..., porque de lo que sí me doy perfecta cuenta es de que nuestra vida día a día se empobrece más moralmente, ya no tenemos una vida en común, sino que simplemente vivimos juntos y nos relacionamos incluso cuando tú sientes la necesidad de hacerlo, pero de ilusión y de seguridad para el futuro en nosotros no queda nada. Somos dos seres prematura, y moralmente terminados, los que en vez de enriquecer nuestra existencia y nuestra unión cada día las despojan un poco más de los pobres valores que aún conservan.

Tú vives y convives con tus amigos, con el pretexto de que con ellos te sientes totalmente liberado de problemas y preocupaciones, entonces ¿qué significo yo para ti?...

Días atrás he tenido una pena horrible, ya que tú, estando con unos amigos y en condiciones en las que no me podías atender en la forma debida, me has llamado por teléfono a mi trabajo sólo para demostrarles a ellos que yo hacía lo que tú ordenabas, que según tu modo de pensar estábamos tan unidos, que yo en cualquier momento corría a tu lado cuando tú lo disponías o lo estimabas necesario, abandonando obligaciones y deberes por darte en el gusto y satisfacer tu ego. ¡Qué poca cosa me hiciste sentir!..., porque si bien es cierto que yo estoy dispuesta a ayudarte y apoyarte cuando lo necesites, no soy un trapo viejo ni un monigote que se mueve según el hilo que tú tires, también tengo mi dignidad y mi orgullo personales y esas vejaciones las considero inapropiadas, porque yo no soy tu amante, sino tu esposa, la madre de tus hijos, y aunque fuera tan sólo por eso, deberías respetarme, ya que no lo haces por mí misma.

Cierto es que yo misma he alentado y contribuido a tu falta de consideración para conmigo, ya que con el objeto de no contrariarte me he dejado pasar a llevar y he mordido mi humillación miles de veces por no dejarte en mal lugar. Ahora he comprendido que una mujer jamás debe desvalorizarse a sí misma por tratar de mantener la paz en su hogar, ya que sólo es una paz aparente, porque el esposo se forma un pobre concepto de ella y se toma atribuciones que van mucho más allá de lo correcto. Quizás si yo hubiera sido una mujer que hubiese sabido imponer su voluntad y sus derechos, tú me tendrías en un alto concepto, pero yo creí que te darías cuenta de tu equivocación sin necesidad de llegar a extremos. Me equivoqué rotundamente en eso, como en muchas

GRITO de SOLEDAD

No quiero pensar que nuestro caso no tiene solución, porque sería como terminar o, mejor dicho, concretar mi destrucción moral.

cosas más, y creo que de no suceder algo que haga dar un giro rotundo a nuestra vida, ya no tiene solución, y deberemos conformarnos con nuestra pobre vida, o tomar una decisión terriblemente drástica y dolorosa, ya que tendríamos que separarnos definitivamente, y con eso seríamos una pareja más que ha fracasado en sus ilusiones y le ha fallado a sus hijos en lo más sagrado, como es la destrucción de su hogar y su seguridad. A mi modo de pensar y de ver las cosas, eso es totalmente absurdo en una pareja joven, más aún si han vivido lo mejor de su juventud unidos en matrimonio, y con muy poco que pongas de tu parte se solucionaría totalmente el problema, porque yo sola no puedo hacer nada. Como dice ese viejo refrán popular, voluntad me sobra, pero me flaquean las piernas.

¿Recuerdas con qué ilusión esperamos nuestros hijos?... La de proyectos que forjamos para ellos y su futuro, y dime, ¿qué les hemos dado?... Si bien yo tuve la ventura de gestar y dar a luz a dos hijos, no he podido ser madre, ya que no los he criado yo, lo han hecho manos extrañas, porque muy abuela y tía serán las personas que los tienen, pero no soy yo, y eso me hace sentirme fracasada como mujer y más aún como madre. ¿No crees que ya es tiempo de que maduremos totalmente y asumamos nuestras responsabilidades? Piensa, mi amor, en lo que para mí ha significado el que otras personas fueran las primeras que disfrutaron de sus primeras letras, de sus primeras reacciones como seres conscientes, de sus primeras frases descifradas por ellos en su silabario...

Dicen que los triunfos monetarios reafirman las bases de una familia... ¡Qué gran mentira!... Aún recuerdo nuestros primeros tiempos, aquellos en que tú te matabas trabajando para ganar un miserable sueldo, incluso aquellos en que tú estuviste sin trabajo, y como no encontrabas nada en qué desempeñarte, tuve que empezar a trabajar yo. En ese tiempo estábamos totalmente unidos y no nos importaba compartir un solo pan diario. ¡Cuántas veces insistíamos en que no teníamos hambre para que el otro satisfaciera su apetito, y cuántas cuadras y cuadras andábamos a pie para poder comernos una humilde sopa con lo que ahorrábamos de los pasajes!... Para nosotros, la seguridad material ha sido la que ha ido minando nuestro espíritu, porque para ti el poder disponer de dinero fue lo que te hizo olvidarte de nuestra compenetración; es mucho más importante para ti demostrarle a tus amigos y relaciones que ahora no eres una persona que se preocupe por unos cuantos escudos, que dar el apoyo moral que infundes con tu sola presencia en tu hogar. Queda satisfecho tu egoísmo con decir "En mi casa mando yo, y se hace lo que yo quiero", y no te importan la soledad y la frustración que me produces con la postergación a la que me tienes sometida. Total, con llevarme al cine unas dos veces a la semana estás cumplido. ¡Qué importa que no conversemos!... Para ti no tiene importancia ninguna la falta de comunicación entre nosotros, y muchas veces, cuando yo te suplico un poco de compañía para calmar mi ánimo, lo único que sabes contestarme es que tienes compromisos y obligaciones que cumplir, que no te amarre. ¿Es que desear la compañía del esposo es querer amarrarlo? ¿Tú nunca te sientes solo?... Y para qué decir tu reacción cuando yo he tomado decisiones por mí misma. ¡Qué gresca has armado!... Lo primero que me dices es, ¿por qué no me preguntaste qué pensaba yo?, y bien, mi amor, dime con toda franqueza, ¿cuándo te lo voy a preguntar si cuando llegas a casa sólo deseas descansar o leer tranquilo?...

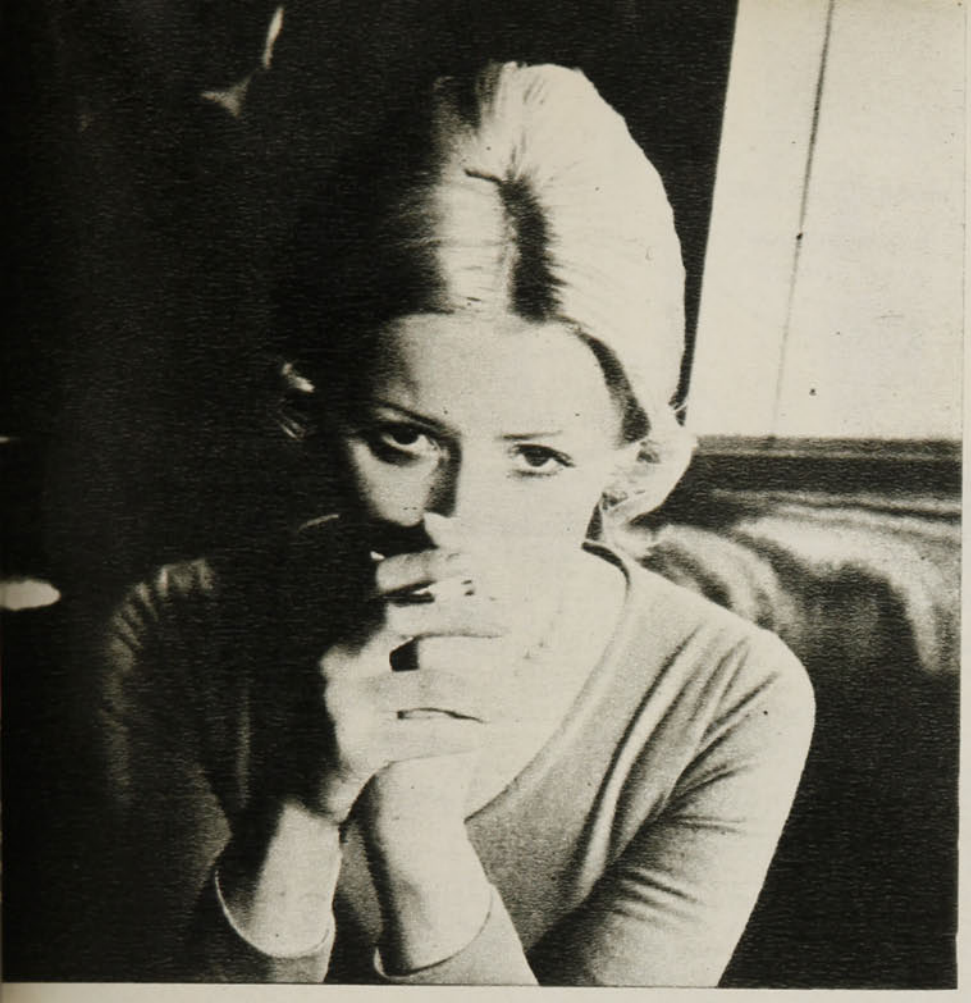
¿Te has detenido a pensar en las consecuencias que puede tener la soledad a que me sometes?... Yo no soy una niña, pero tampoco soy una anciana, tengo veintisiete años, y no me basta el hecho de acostarme contigo y mantener una vida sexual normal, ni tener mi plato lleno a la hora de las comidas. Francamente te confieso que prefiero el estómago vacío y una vida matrimonial completa, que el apetito sexual y material satisfecho y una vida vacía.

Tú me dices continuamente: "Te quiero, vieja; si me faltaras, no sé qué haría"... y ¿qué hago yo?..., porque vivir contigo no es tenerte. Siempre he ambicionado ser algo en tu vida, ser, mejor dicho, la mujer de tu vida, y ¿qué soy?... ¿Crees tú que me basta con ser tu esposa?... ¿Y más aún una esposa representativa?... No, tesoro, preferiría ser tu amante, porque estoy segura de que te preocuparías más por mí.

¿Qué futuro me espera a tu lado?... ¿Debo familiarizarme con la soledad y mi vacío y pobreza moral?... O puedo esperar a tener un día un hogar como lo he soñado, contigo y mis hijos a mi lado como corresponde...

Yo no sé qué pensar ni qué decisión tomar. Si yo te he fallado, lo he pagado con creces, porque si no soy una buena dueña de casa, he tratado de ser una buena mujer... ¡Qué poca cosa es ser sólo una buena mujer!... Y ni siquiera así he conseguido ser absolutamente algo.

Ahora yo tenía un poco más de confianza en el futuro, porque con el tratamiento al que te sometiste, creí que iban a cambiar las cosas, pero veo que ya no sólo abandonaste el tratamiento, sino que seguiste abandonando tu hogar. No me conformo con tener sólo unas horas a tu lado, en las que debo



escuchar tus proyectos y decisiones para el futuro, sino que aspiro a tener una vida a tu lado, en la que compartamos responsabilidades, deberes, alegrías y pesares, porque, ¿te has fijado, tesoro, que cuando hablas de tu futuro lo haces en forma tal, que lo forjas de acuerdo a tu comodidad, sin considerarnos en absoluto?... Y aun así, todo no ha pasado nunca más allá de proyectos, porque nada has realizado, pues para hacerlo tendrías que abandonar a tus amigos, y eso para ti es pedir demasiado.

Recuerdo aquella poesía que creaste para mí, y que en su primera estrofa decía... "Son ellos tan expresivos, tan bellos y escrutadores, unas veces reidores, otras veces pensativos..." Se titulaba "A unos ojos"... A mis ojos... Tú los encontrabas preciosos, y ¿en qué quedó esa ilusión?... Entonces te parecía poco todo el tiempo que estabas a mi lado, te atraía totalmente. ¿Qué sucedió para que todo eso terminara en forma tan rotunda?...

Teníamos nuestro diario de vida en común, lo llamábamos "la libreta de la carne", porque tenía las tapas rojas, ¿recuerdas?... ¡Cuánto nos dijimos y nos prometimos en ese diario!... y en lo que quedaron nuestras promesas..., en un terrible vacío. No es que pretenda hacer de nuestra vida una novela rosa, pero tampoco puedo resistir más este espantoso vacío.

Ahora me he decidido a estudiar... ¡A mi edad!..., pero trato de llenar mi vida de alguna emoción, para eliminar de ella la inseguridad y el desconcierto. Por lo menos, al dedicarme al estudio, no tendré tiempo para pensar.

No sé, tesoro, si tendré el valor de darte a leer lo que he escrito, pero por lo menos me he desahogado en estas cuartillas.

No quiero pensar que nuestro caso no tiene solución, porque sería como terminar o, mejor dicho, concretar mi destrucción, moral, porque para mí eres demasiado importante. Desgraciadamente no puedo seguir el consejo que me dio la sicóloga que nos estaba tratando en conjunto, que tratara de mantener mi personalidad y no me aferrara tanto a ti, pero como te dije al principio de estas líneas, tú eres el eje de mi vida, y se me hace imposible el solo pensar en tener que organizar mi vida a mi manera, sin contar contigo. Te confieso con franqueza que envidio tu egoísmo, que te permite pensar sólo en tu comodidad y conveniencia.

¿Recuerdas nuestro disco?... Era ese que se titula "Eres todo para mí"... Y en esos tiempos efectivamente yo lo era todo para ti... Quizás lo que más influye en mí como para no poderme adaptar a este sistema de vida es el haberte tenido totalmente en un tiempo, por eso ahora puedo notar tu falta y tu alejamiento.

Días atrás, en una de las conversaciones que a menudo tenemos en nuestra oficina, porque como tú sabes reina en ella una total camaradería entre todos los compañeros que trabajamos en ella, nuestro jefe nos comentaba una frase dicha por su novia de entonces y esposa de hoy, y que a él le había impresionado o, mejor dicho, se le había grabado a fuego en su mente, "que nunca se ponga el sol en nuestra unión", ¿te das cuenta del profundo significado que tiene?... Para mí ha resultado grandiosa, ya que yo la defino de manera tal, que siguiéndola, nunca habrá alejamiento entre ellos. ¡Cómo los envidio!... Y pensar que desgraciadamente para nosotros el sol ya está casi en su ocaso... ¡Queda tan poca unión entre nosotros!... Dios quiera que con el correr del tiempo logre cristalizar mis ideales, y pueda así dar rienda suelta a mi optimismo natural. Que pueda conseguir tu resurgimiento moral y tus ansias de superación, hasta que des todo lo que tú eres capaz de dar de ti mismo, que yo te aseguro que es mucho, tesoro; no creo estar equivocada en eso ni que yo te valore demasiado. Cada vez que te has propuesto realizar o conseguir algo lo has logrado, ¿por qué no podrás lograr esto, que tan importante tanto significa para nosotros y nuestros niños?...

Eres una persona sumamente inteligente y con muy buenos sentimientos, los que pretendes acallar embruteciéndote cada día un poco más, y como no lo logras, te haces sentir insatisfecho por no poder acallar tu subconsciente, lo que demuestras en tu comportamiento inadecuado.

Dejo por ahora estas cuartillas, esperando poder continuarlas en otra oportunidad, pero en un tono lleno de optimismo, en momentos que me encuentre repleta de ilusión y confianza hacia el futuro, del que aún espero tanto.

Tu vieja que te adora.



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por quimantu una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

E° 5 N.° 1949



CRUEL ENGAÑO

el día de la boda me obligaron a abandonarte

quimantú

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

Al revisar las pertenencias de la recién fallecida tía Vera, Judith se asombró al encontrar la valija de Giselle, intacta, con todo lo que llevaba en su viaje, incluyendo una cámara fotográfica y su pasaporte. El pasaporte tenía visa de entrada a Dinamarca, pero no la de salida; y al desarrollar la película de la cámara reveló la foto de Giselle junto a INGE SCHALL, joven danesa que estuvo un tiempo alojada en casa de tía Vera en Londres intercambiando servicios por el aprendizaje del idioma. Ambas aparecían frente a una farmacia en Copenhague, demostrando que Giselle había estado en Dinamarca. La sombra de tía Vera en la foto indicaba que ella también se encontraba allí. Sin embargo, el accidente ferroviario tuvo lugar antes de que Giselle pudiera abandonar Inglaterra.

David convenció a Judith de que fuera a Copenhague para ubicar a Inge y aclarar el misterio sobre Giselle. En el avión ella encontró a David, también viajando a Copenhague, aparentemente en vacaciones.

Ubicada Inge, ahora convertida en la SEÑORA AKSELL, a través del farmacéutico en retiro HERR RASMUSSEN, simuló no haber visto jamás a Giselle en Copenhague.

Para entonces, Judith había comprendido que estaba enamorándose de David; pero se ofendió al saber que el joven era en realidad nieto del fallecido SIR JOHN GODARD, dueño de una importante empresa periodística. Consideró que David la había estado utilizando para encontrar a una prima suya, MARY GODARD, desaparecida, a la que correspondía parte en la herencia de Sir John. David creía que era su prima Mary y no Giselle la chica que murió carbonizada en el tren y a la que tía Vera reconoció como Giselle.

Por casualidad Judith supo que MARGARETHE RALOV, ahora llamada FRU FLINDT, bailarina que según tía Vera había bailado con ella la "Danza del Espejo", aún vivía. Pensando que podría dilucidar en algo el misterio de Giselle, Judith fue a visitarla a su residencia, Sorgen Frei; pero la dama de compañía de la anciana le impidió verla. Judith dejó una carta para ella en el buzón de la casa.

De regreso en Copenhague Judith divisó esa noche a Inge caminando sola en los muelles y la siguió hasta que la vio entrar en una taberna. Se sentó con ella e Inge le confió que esperaba ver llegar a su esposo con otra mujer, ya que la engañaba frecuentemente. Los esposos tuvieron una escena y de lo que hablaron Judith descubrió que Clas Aksell era el mismo Nikki, el hombre a quien Giselle amaba y vino a buscar. Inge admitió entonces que Giselle había estado en Copenhague y cuando Judith quiso aclarar la suerte que había corrido su prima, marido y mujer se asustaron.

Cuando salieron los tres de la taberna, Judith vio que querían conducirla hacia el mar imaginándose que pretendían ahogarla para deshacerse de ella y consiguió huir llegando despavorida al hotel. Llamó a David, sin encontrarlo. Asustada y sintiéndose demasiado sola para luchar, sin David, llegó a pensar en abandonar del todo la empresa. Pero a la mañana siguiente la telefoneó Fru Flindt, que había recibido su carta y la invitaba a visitarla.

CAPITULO VII

ERA un poco más de las siete de la mañana cuando Judith entró al comedor, habiendo estirado el tiempo lo más que pudo. Uno o dos hombres de negocios que pretendían llegar a sus oficinas antes de las ocho estaban sentados esperando que les trajeran el café.

Judith sorbió el de ella, casi hirviendo como estaba, sintiendo que la reanimaba. Ocupaba su sitio de costumbre, al lado de la ventana que daba al patio. Los buses pasaban ahora por la calle con mayor frecuencia.

A través del arco de entrada al patio alcanzaba a ver a un joven levantando la cortina metálica de la joyería que estaba al frente. Luego su visión quedó bloqueada por la figura de un hombre que cruzaba la calle y entraba al patio del hotel.

Era David. Judith lanzó una exclamación ahogada y se levantó a medias al verlo entrar al comedor.

—¿De qué se trata, Judith? ¿Que ha sucedido?

Mientras hablaba, se sentó junto a ella mirándola ansiosamente. Judith dijo en voz baja:

—¿Cómo lo supo?

—Porque no pude dormir anoche. Fui a Tivoli con mi hermana y regresé tarde al hotel. El empleado me dijo que una señorita había llamado a medianoche. No podía ser nadie sino usted.

—¿Por qué no me llamó?

David vaciló.

—No sabía qué hacer. Era ya muy tarde. O mejor dicho, muy temprano. Usted se había mostrado enojada conmigo antes. Si me equivocaba y la despertaba sin motivos, se habría enojado todavía más.

David pidió al camarero más café y tostadas.

—Entonces pensé que lo mejor era venir sólo para ver de qué humor la encontraba. Pensaba desayunar aquí y esperar que bajara. Judith..., ¿qué ha pasado?

Judith se preguntó si efectivamente su gran temor de la noche anterior y la necesidad que había experimentado de su apoyo habían llegado, de algún modo misteriosamente telepático, a inquietarlo. Sin embargo, trató de hablar con ligereza, sonriendo, como si nada tuviera importancia.

* 18 OCT. 1971 *
DEPOSITO LEGAL

—¡Qué imaginación tiene usted, David!

El respondió casi con rudeza:

—No trate de disimular. Yo lo sé.

—David..., ¡creo que alguien trató de matarme anoche!

—¡Cielo Santo! ¿Y por qué?

—Por decir que no creía que Giselle había muerto.

—¿A quién se lo dijo?

—A Inge. La encontré anoche en los muelles.

—¿En esos lugares, de noche? Espero que usted no la siguió...

—Sí, lo hice. Quería hablarle. Entró en una taberna y yo hablaba con ella cuando llegó su marido. David..., ¡su marido es Nikki! El piloto de aviación con quien quería casarse Giselle.

David no perdió tiempo en preguntar cómo había descubierto eso. Su mente trataba de hacer encajar todas las piezas de ese rompecabezas.

—Entonces esta mujer, Inge, se lo había quitado a Giselle, ¿no? Si Giselle vino a Copenhague y lo descubrió y ellos fueron lo bastante despiadados con ella, pudo significar que...

La mano que jugaba con la cucharilla de café tembló ligeramente.

—¿Quiere decir que ellos trataron de matarla? —preguntó David.

Judith trataba de pensar con claridad.

—No lo sé —respondió—. Estaba muy oscuro cuando salimos de la taberna. Yo tropecé y estuve a punto de caer, entonces ellos me cogieron cada uno de un brazo. Tal vez, después de todo, fue una equivocación creer que trataban de llevarme hacia el agua.

—¡Judith!

—Pasamos junto a un coche estacionado a la orilla. Alguien estaba adentro, un joven con una chica, y creo que grité. El muchacho encendió las luces del auto y dijeron algo. Entonces Inge y Nikki me soltaron y yo huí.

—¿Esto sucedió justo después que hablaron de Giselle?

Judith asintió.

—Trate de recordar exactamente lo que dijo —la urgió él.

—Creo que Inge dijo algo respecto a creer que yo había venido a hacerles reproches. Añadió que a menudo se sentía mal cuando pensaba en la pobre Giselle, que había muerto. Y entonces yo pregunté: "¿Están seguros de que ha muerto?"

—Y eso los atemorizó...

—Sí, especialmente cuando mencioné la visa del pasaporte. Se miraron el uno al otro. Y yo sentí... miedo.

Su cara había palidecido mientras hablaba. David tragó de un sorbo el resto de su café y luego habló:

—Debemos salir a tomar un poco de aire fresco y hablaremos a la luz del sol. Las cosas parecen más razonables bajo un sol tibio.

Pero Judith se quedó sentada, sin moverse.

—David —dijo—. Si Giselle aún vive, **¿qué le han hecho ellos?**

—Suba a traer su abrigo —ordenó David bruscamente—. A pesar del sol hace algo de frío en la calle.

Por Bredgade soplaba una brisa fría en la que se mezclaba el aroma salado del mar. La Guardia Real estaba frente al Amalienborg Palace. David y Judith cruzaron la plaza frente al palacio dirigiéndose hacia la avenida de árboles al final de la calle. Lejos del tumulto de los transeúntes y el bullicio del tráfico se sintieron capaces de conversar una vez más.

—Dígame, David —dijo Judith—. Si pudiéramos estar seguros, al menos, de que Giselle estaba en Dinamarca en el momento del accidente ferroviario, ¿aceptaría usted que la muchacha que murió en el choque de trenes era su prima Mary?

—Sí, me conformaría con eso, si pudiéramos estar seguros —dijo él.

—Hasta estar seguro, ¿no quiere usted darla por muerta presunta?

David vaciló.

—Los demás en la familia pensaron que era un loco. Pero... yo no pude dejar de preguntarme si ella no habría perdido la razón en otro accidente tal vez, o algo así. O la memoria. Se sabe de personas a las que les ocurre este tipo de cosas... Por supuesto, nosotros habíamos publicado avisos en los diarios e hicimos todo lo que pudimos para encontrarla. Pero yo todavía quería que me dieran más tiempo para darme por satisfecho.

Habían llegado a la gradería de piedra que bajaba hasta una lonja de playa. La Sirenita se veía pequeña e insignificante cuando la contemplaron desde abajo.

—¿Recuerda haberme dicho que yo también tenía una razón personal para averiguar lo que le había sucedido a Giselle?

—¿Eso dije?

—Sí. Hubo un tiempo en que yo quería quitarla de mi camino...

Se sentaron en la arena. La voz de Judith sonó baja y avergonzada.

—Yo la alenté a que huyera... por mis razones personales. Incluso le di el dinero para que viajara a Dinamarca. De modo que, ya ve...

—¿Y ha venido sintiéndose responsable por su muerte desde entonces?

—Sí, en cierto modo. Pero si después de todo ella no hubiera estado en ese tren, entonces yo no tendría nada que ver. Estuve enferma con influenza casi todo el mes de mayo, de modo que no la vi ni estuve en la casa en todo ese tiempo.

David escuchaba atentamente, sin decir nada. Ella continuó:

—Pero después encontré su pasaporte con ese timbre de la visa de entrada el 5 de mayo. Una semana antes del choque de trenes. Entonces mi dinero, el que le había dado para el viaje, no tenía nada que ver con que ella muriera allí.

—¿Y qué tiene que decir la criada de su tía, aquella con quien hablé la primera vez que fui allá? ¿No recordaba ella nada en absoluto?

—¿Matty? Ella regresó de sus vacaciones sólo el mismo día del accidente.

—¿De modo que pudieron ambas haber salido de la casa, abuela y nieta, al menos una semana antes del 12, cuando chocaron los trenes, sin que nadie lo supiera?

—Sí, creo que sí..., nunca había pensado en ello —dijo Judith cavilosa.

—Usted misma ha dicho que no pudo visitar a su tía Vera y a Giselle, porque estaba enferma. ¿Iba mucha gente a visitarlas? Los vecinos... ¿pudieron enterarse del viaje a Dinamarca?

Judith hizo un gesto negativo.

—Tía Vera no era mujer amistosa. Estaba todo el tiempo exigiendo el homenaje de la gente y eso terminaba por fastidiarlos. Giselle se quejaba a menudo de lo aburrida que era la casa.

—Entonces es posible que nadie lo supiera —repitió David como pa-

ra sí mismo, y ambos se quedaron silenciosos un momento.

De pronto Judith recordó el llamado telefónico de esa mañana y dijo:

—Margarethe Ralov podría saberlo.

—¿Quién?

La súbita excitación en el tono de ella parecía sorprenderlo.

—La bailarina que aparecía al lado opuesto del marco, en "La Danza del Espejo" —explicó Judith.

—Pero ése no es el nombre. Todavía tengo el programa.

—Me refería a otros tiempos. Cuando tía Vera ejecutaba el papel y le regalaron el estuche enjoyado en forma de huevo.

—¿Todavía cree que su tía abuela vino con Giselle a Copenhague?

—Sé positivamente que lo hizo. Inge Aksell lo admitió. Y es muy posible que estando aquí haya querido visitar a su antigua amiga Margarethe Ralov, que haya llevado a Giselle cuando hizo la visita o al menos que le haya hablado de ella. Si le hubiera contado algo...

David la interrumpió.

—¿Cómo podemos averiguarlo? Puede ser demasiado tarde.

—Sé donde vive Margarethe Ralov. Iré a visitarla esta tarde.

Judith comenzó a caminar alejándose de la playa y David la alcanzó con rapidez.

—No va a hacer nada más por su propia cuenta —dijo—. Yo también iré.

Tras ellos una gaviota extendió sus alas y emprendió el vuelo. La Sirenita de bronce sobre la roca seguía contemplando indiferente el mar.

DAVID tomó un taxi para que los condujera a la casa de Margarethe Ralov. Eran casi las tres de la tarde cuando se encontraron al pie de las gradas que conducían a **Sorgen Frei.** Golpearon el eslabón de bronce de la puerta y al poco rato se abrió, apareciendo una anciana en el umbral.

Se veía más corpulenta que nunca, pero había hecho un esfuerzo por vestirse en la forma que consideraba adecuada. Llevaba una bata de terciopelo negro, oculta a medias por una capa de armiño amarillento. Los cabellos escasos aparecían ahora ocultos por una peluca que tenía el mismo tono amarillento de la piel de la capa. Al verlos, su cara resplandeció con la expresión de un niño que hace una travesura.

—Disculpen que venga yo misma a abrirles la puerta, pero cuando sale Mimí, los sirvientes aprovechan para desaparecer, contando con que me paso toda la tarde durmiendo.

Miró a David y sonrió aun más ampliamente.

—¿Es su enamorado el que la acompaña? —preguntó a Judith.

—Sí —respondió David por ella, entrando al hall tras Judith.

La anciana parecía complacida y halagada ante la presencia de un hombre joven. Los guió hacia la escalinata.

—Los llevaré a la pieza favorita de mi marido —anunció—. Está llena de libros y a mí no me gustan los libros, pero es la habitación apropiada para recibir a un caballero.

Fru Flindt abrió de par en par una puerta, diciendo:

—Esta es la biblioteca.

Era una habitación muy bonita y desde todo punto de vista una habitación masculina. Los libros se alineaban en sus estantes desde el suelo hasta el techo. Los llevó hacia la ventana.

—Aquí mi marido dispuso un rincón para mí. Lo llamábamos el **coin d'élégance.** Cuando yo venía a reunirme con él, nos sentábamos aquí. El decía que el resto de la pieza era demasiado austero para mí.

Había dos sillones de madera dorada en esa especie de mirador de cristal, con una mesita de mármol entre ellos. Judith no pudo contener una exclamación admirada ante la vista que se proyectaba desde la ventana hacia el exterior como la proa de un barco sobre un jardincito. Más allá, una gradería de piedra en forma de medialuna bajaba hacia un embarcadero donde un bote amarrado se mecía en la playa.

—Nuestra playa privada —indicó orgullosamente **Fru** Flindt.

Todo allá abajo era tan inmaculado como en la mansión, pero había la misma evidencia de un largo desuso. David alcanzó a notar que bajo el barniz de pintura que le daba un aspecto respetable, la madera del bote estaba podrida.

En un extremo del manto de la chimenea había un jarrón de porcelana china. **Fru** Flindt dio la espalda a la ventana y extendió la mano para tomarlo. Con el jarrón entre sus brazos miró hacia atrás, con una risita maliciosa.

—Mimí esconde la ginebra, pero yo sé muy bien dónde guarda la llave. Aquí.

Volteó el jarrón y una llave cayó al suelo. David la recogió y la entregó a la anciana.

—Largo tiempo ha pasado desde la última vez que un joven caballero se sirvió aquí una copa —dijo la anciana.

Colocando una botella y vasos sobre la mesita de mármol, **Fru** Flindt se sentó. David, sin que ella lo sugiriera, había escogido para él uno de los grandes sillones de cuero, volviéndolo hacia la ventana, y estaba a punto de sentarse en él, dejando el segundo sillóncito dorado a Judith, pero su anfitriona lanzó una exclamación decepcionada que fue casi un grito.

—¡No ahí, por favor, no ahí! Tenga la amabilidad de sentarse frente a mí, se lo ruego. Me gusta tener al frente a un caballero.

David y Judith cambiaron de lugar. El se sentó en el sitio donde el desaparecido **Herr** Flindt solía sentarse a beber su ginebra después de las comidas, disfrutando de la compañía y contemplación de su mujer, que parecía surgida de un cuento de hadas. Ahora que los años habían dejado en ella su marca, apenas podía creerse que fuese la misma mujer que había tenido a todo Copenhague a sus pies. No era ni siquiera un reflejo de la hermosa criatura del cuadro del museo.

Tía Vera no había cambiado tan grotescamente, pensó Judith. En eso, al menos, había tenido ventaja sobre su rival.

—¿Y... cómo está Vera? —preguntó la anciana.

—Murió hace poco tiempo. Tal vez debí escribirle comunicándoselo, pero no encontré su dirección entre sus papeles.

—¿Ha muerto realmente?

La noticia no pareció afectarla demasiado.

—Bueno, ella conocía de memoria mi dirección. No necesitaba anotarla.

—Ella me habló a menudo de la ocasión en que bailaron juntas en "La Ventana" —dijo Judith.

—Ah, sí...

Una ligera sonrisa, casi una mue-



●●Se sentaron en la arena. La voz de Judith sonó baja y avergonzada.

ca, se dibujó en el rostro fofo y ajado.

—¿Le contó también cómo fue que la Reina Alejandra nos confundió cuando le fuimos presentadas después? Por supuesto, la pobre reina era sorda. Tomó a Vera por la prima ballerina en lugar mío al hacer la presentación.

—Pero seguramente la tía Vera...

—Vera Halvorsen era solamente mi "reflejo" en la "Danza del Espejo". Naturalmente subimos juntas para la presentación. La reina de ustedes no captó bien nuestros nombres y estábamos vestidas en forma idéntica, por supuesto. Ella regaló a Vera la cajita enjoyada y a mí... ¡un abanico de papel pintado!

La sonrisa se había desvanecido.

—Vera debió ofrecer que cambiáramos el obsequio más tarde, pero no lo hizo. El empresario del teatro que nos presentó pudo haber rectificado el error, pero no quiso desairar a la reina. Así fue...

Se puso de pie con ciertos esfuerzo, acercándose al aparador de donde había sacado antes el licor, y retiró de su interior una réplica exacta del huevo pintado y enjoyado de la tía Vera.

—Al ver que Vera se mostraba tan obstinada rehusando cambiar el obsequio, ordenaron una réplica y me la dieron a mí. Vera y yo nos peleamos por este motivo, pero con el tiempo la perdoné.

Casi temblando, Judith tomó la cajita en sus manos y la abrió. El terciopelo interior era de diferente color y estaba decorado con topacios, no amatistas. Seguramente a nadie se le habría ocurrido dar a Margarethe Ralov un regalo como ése si su historia no hubiese sido verídica.

—Mimi la mantiene guardada —dijo la anciana—, sólo de vez en cuando me deja mirarla y tenerla en mis manos.

Mientras hablaba, se le llenaron de lágrimas los ojos. Pocos minutos antes su memoria había luchado por revivir, acicateada por la mención de su gran triunfo. Ahora nuevamente estaba volviendo a la infancia.

—Yo solía jugar con la cajita de tía Vera —dijo Judith.

Fru Flindt recogió su precioso joyerito, lo guardó en su estuche y luego lo devolvió al aparador.

David y Judith escucharon cómo daba vueltas a la llave y luego volvió sus pasos hacia ellos, diciendo:

—¿Así es que Vera también murió, igual que su nieta?

Judith se sorprendió en un primer momento de que ella supiera la muerte de Giselle, pero enseguida recordó que las dos mujeres se escribían al menos una vez al año.

—Supongo que tía Vera le escribió contándole sobre la muerte de Giselle.

Fru Flindt se acomodó en su silla.

—Me lo dijo, por supuesto, cuando ocurrió. ¿Para qué iba a escribirme?

La gran habitación quedó súbitamente en silencio. David se recuperó primero, preguntando:

—¿Ella se lo dijo a usted?

La anciana asintió.

—Pobre Vera. Ahí estuvo sentada, en ese mismo sillón que ocupa usted ahora, temblando y llorando. Preguntándome qué opinaba yo que debía hacer ella.

Judith se inclinó, interesada.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—Cuando encontró muerta a su nieta, naturalmente. Fue un gran golpe para ella.

Pareció pensar un poco antes de continuar:

—Pero era la otra muchacha, por supuesto, la que temía que interviniera la policía.

Judith y David se miraron. Los labios de Judith estaban formando dós palabras. La policía. Pero fue David el que las dijo:

—¿Por qué la policía? ¿Había algunas circunstancias sospechosas en su muerte?

—Las circunstancias fueron perfectamente claras. Celos y suicidio.

—**Fru** Flindt —dijo Judith con suavidad—. ¿Quiere decirme, por favor, en qué forma murió Giselle Marlowe?

Vio un relámpago de sorpresa en la cara de la anciana. Y enseguida una expresión de ladina astucia.

—¡Ah, de modo que Vera no dijo una palabra, después de todo! Creía que ustedes lo sabían, de no ser así, también yo habría guardado silencio.

—¡Por favor! —rogó desesperadamente Judith—. Hemos venido

a verla para saber cómo murió mi prima Giselle. Por un tiempo creímos que podía estar viva aún. ¡Pero usted habló de suicidio!

La enorme peluca amarilla se agitó de un lado a otro.

—Si ustedes no lo saben, entonces no diré nada más. Se lo prometí a Vera.

Judith seguía mirándola suplicante. Ensayó de nuevo.

—Sabemos que tía Vera trajo a Giselle aquí, a Copenhague. Usted misma ha dicho que vino a verla, muy afligida.

—Sí, sí. Vera trajo a la niña a Copenhague. Al principio todo anduvo bien, pero después...

Su boca se cerró con firmeza una vez más.

—¡Pero la tía Vera ha muerto! —exclamó Judith desesperada—. Ya le dije que había muerto.

Los ojos de la anciana brillaron un poco. Fue como si algo, un hecho, estuviera luchando por salir al fin del embotado cerebro. Luego habló David:

—Usted hizo una promesa a la señora Marlowe: no decir nada. Pero ella ha muerto, de modo que la promesa...

Obstinadamente la señora Flindt dijo:

—¿Señora Marlowe? No conozco ningua señora Marlowe. No le prometí nada a ella.

—No. Usted conoció a Vera Halvorsen y ella vino a verla porque tenía miedo. Si ahora nos dice de qué tenía miedo ella no podrá hacerle ningún daño. Si quisiera confiar en nosotros...

Judith intervino entonces. No pudo evitarlo.

—Sólo queremos saber lo que tía Vera le contó sobre la muerte de su nieta. **Debemos** saberlo.

La cabeza empelucada se volvió lentamente en su dirección.

—No confío en usted. Siempre confiaré más en un hombre que en una mujer. Si él dice que no haré ningún daño hablando, le creeré. Pero no a usted.

David vio su oportunidad y se apresuró a aprovecharla.

—Le juro que no puede poner a su antigua amiga en problemas dándonos..., dándome a mí, su confianza.

Fru Flindt le clavó en la cara la mirada de porcelana azul de sus ojos. Casi podría haberse dicho que coqueteaba con él.

—Me gustaría complacerlo. Y es cierto, no puede estarse obligada por una promesa hecha a una muerta, porque ya no existe..., es una promesa a nada...; ¿dónde debo comenzar?

Su capitulación fue tan repentina que casi los asustó.

—Ella me escribió desde Londres diciendo que había descubierto la intención de su nieta de huir para venir a casarse a Dinamarca sin su consentimiento. Y se quejaba del escándalo que esto iba a significar en la localidad donde vivían. A pesar de su formación artística, debo decir que Vera tenía una mentalidad y criterio muy provincianos.

—Continúe, por favor, señora Flindt.

—Pero decía que ella trataría de salvar la situación acompañando a esa chica hasta aquí. Además, agregaba que si el joven no era demasiado inaceptable, era posible que ella retirara sus objeciones y pusiera buena cara a todo el asunto. Al parecer, la niña no era aún mayor de edad y también había una cuestión de dinero.

—Sí, lo sabemos. Siga, por favor.

—¿Qué más desea saber? —preguntó ella.

Fru Flindt pareció repentinamente fatigada y había un matiz de fastidio en sus modales.

—**Madame** Vera vino a visitarla, ¿no? Y estaba afligida..., ¿por qué?

—¿No se afligiría usted si encontrara muerto a un ser querido?

—Usted mencionó algo sobre la policía —intervinó Judith.

—Sí, sí. Se lo aconsejé a Vera. "Ve inmediatamente a la policía", le dije. Pero al parecer la chica se había suicidado ingiriendo un exceso de barbitúricos que su abuela llevaba siempre consigo y tenían miedo...

—¿Miedo de qué?

—La amiga de Giselle tenía miedo. Porque ella estaba a cargo del dispensario en una farmacia y justamente habían robado allí anteriormente la misma droga que ingirió la chica. Entonces... algunos podían sacar extrañas conclusiones. Además, ella le había arrebatado el novio a la nieta de Vera. Vera me contó que tuvieron una escena terrible. Y esa misma noche..., algunas horas más tarde, encontró muerta a su nieta.

—¿Dónde?

—En el departamento de esa amiga que trabajaba en la farmacia. Ambas se alojaban ahí.

David miró a Judith y ella hizo un gesto de asentimiento. Esa parte de la historia concordaba con la información de Inge Aksell.

—Es perfectamente posible —dijo Judith—. Giselle era apasionada..., histérica, algo desequilibrada cuando las circunstancias se ponían en su contra. Si de repente averiguó...

Fru Flindt la interrumpió:

—Le dije a Vera que acudiera a la policía..., o echaran el cadáver al mar. Una de dos.

David y Judith la miraron asombrados.

—Sí, perdió la cabeza, la pobre Vera. O tal vez esa chica amiga de Giselle, que estaba aterrorizada. De todos modos, Vera regresó a Copenhague y más tarde me telefoneó pidiéndome que por favor dejara esa noche abierta la verja de mi playa privada.

—¿Quiere decir..., la playa que vemos desde esta ventana? —preguntó David.

Fru Flindt asintió.

—Sí, se puede entrar a ella por la verja que se abre al camino principal. Como ustedes ven, allí hay un embarcadero y un bote.

Ambos miraron instintivamente por la ventana. El sol brillaba sobre el agua que lamía los costados del viejo bote amarrado al embarcadero. La señora Flindt observó su mirada y dijo rápidamente:

—Por supuesto que no era ese mismo bote viejo. Era otro, uno muy bueno, con un motor auxiliar. La noche estaba tan silenciosa que pude oír el motor cuando lo llevaban hasta medio camino hacia Suecia.

Judith sintió que se le helaba la sangre en las venas. David la miró y observando su palidez colocó afectuosamente su mano sobre el brazo de ella para tranquilizarla, antes de preguntar a la anciana.

—¿Llevaban... qué?

—Cómo puedo decirlo con seguridad? Pero estuve mirando, antes que saliera el bote. Eran sólo dos personas caminando por el jardín. Una mujer y un hombre alto, corpulento, llevando sobre sus hombros algo pesado. Lo vi claramente, a la luz de la luna.

David se levantó, muy pálido.

—Vamos ahora, Judith —dijo—. Ya hemos oído lo que queríamos saber.

(CONTINUARA)

PROXIMA SEMANA: ¿DIRIA FINALMENTE INGE LA VERDAD?

AÑO XXXIX - N.º 1.949
19 de octubre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO
Cap. VII 2-7

ENTRE NOSOTRAS 10

CRUEL ENGAÑO
El día de la boda me obligaron a abandonarte 8-14

FOTONOVELA 15-24

EL CUENTO DE LA SEMANA
"El callejón de los gansos" - Oscar Castro - chileno 25-27

ENTRE EL AMOR Y EL DEBER
¿Debe una mujer luchar eternamente por una causa perdida? 28-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. (B) Central Cabeceras

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

¡Lo justo es con Boleta!

Así como al comprar una mercadería o un servicio, Ud. exige el peso **justo** y el precio **justo**, así también Ud. debe exigir **siempre** su BOLETA. No esperar a que se la den, sino ¡exigirla!
Porque el Impuesto Legal, incluído en el precio que Ud. paga, le pertenece a todos los chilenos y sirve al progreso de Chile. Eso es lo justo.
Quien no extiende la BOLETA se apropia de un dinero que no le pertenece, o sea, comete un delito que Ud. debe evitar y denunciar.

Recuerde... por cada compra de E° 8.40 o más...
¡SU DERECHO ES RECIBIR SU BOLETA TIMBRADA...
SU DEBER ES EXIGIRLA!

Convertibles en Premios y Progreso conforme a la ley.
Guarde las suyas y participe en los sorteos mensuales.

Sorteo Nacional de Boletas de Compraventas y Servicios



CRUEL ENGAÑO

• • •

El día de la boda me obligaron a abandonarte.

• • •



• Nunca existió antes una novia que se sintiera tan nerviosa, tan asustada y culpable como yo. Estaba aterrada porque, por salir en busca de mi propia felicidad, había arruinado la vida de mi madre.

Con los ojos cerrados fui contestando las preguntas que me formulaba el juez del Registro Civil y a medida que respondía, un sudor frío corría por mi cuerpo. Me invadía un terrible terror por el paso que estaba dando.

Cuando el juez nos declaró marido y mujer salimos de la pieza abrazados con Jaime. Fuera, junto a la puerta, estaba mi padre. Me lancé a sus brazos, pero él permaneció inmóvil y frío como una estatua. ¿Por quién había sabido que Jaime y yo nos casábamos?

—¿Por qué le hiciste esto a tu madre enferma?

Sin dar tiempo a que hubiera diálogo, papá me tomó de un brazo y me obligó a subirme al auto. Jaime tuvo que sentarse en el asiento de atrás, sin comprender por quién había sabido mi padre lo de nuestro matrimonio, ya que nos habíamos hecho la promesa de no contárselo a nadie. Pero yo había quebrantado esa promesa y hablé con mi prima Sara, quien, sin ninguna duda, se lo transmitió a mi familia.

Varias veces intenté hablar con mis padres acerca de casarme con Jaime, a quien sabían perfectamente bien que adoraba desde hacía muchos años, pero siempre me contestaban con una respuesta irónica insistiendo que yo era aún una niña y que no sospechaba lo que era el amor.

Yo sabía que nuestro amor era bastante profundo, pero cuando se lo dije a mamá, le vino uno de sus ataques. Esa misma tarde lloré en brazos de Jaime.

—No sacamos nada con insistir. No nos autorizarán de ninguna manera y eso no lo podré tolerar porque te amo demasiado.

—Tus padres te quieren y se preocupan demasiado de ti. Me gustarían que de vez en cuando los míos me quisieran así. Ellos me lanzaron un rotundo "no" cuando les hablé de que nos casaríamos, sin siquiera darme una razón. Lo que pasa, Patricia, es que tus padres todavía te creen la chica enferma y flacuchen-

ta que años atrás estuvo al borde de la muerte. Su punto de vista es comprensible.

Para mí no lo era. Cierto que años antes yo fui una semiinválida, pero el médico me había asegurado que ahora era una chica completamente normal. Había llegado el momento de rebelarme contra las vitaminas, el exceso de cuidados, las acostadas temprano. Ninguna de mis amigas tenía que llevar la vida reposada a que me obligaban mis padres.

Cuando recordaba que algunas de mis amigas ya estaban casadas, lágrimas de frustración corrían por mis mejillas y Jaime con mucho cariño las enjugaba.

—No te aflijas. Estás conmigo y yo nunca te abandonaré. ¿Cuánto tiempo hace que nos amamos?

—Hace más de cien años. —Yo lo sentía así porque desde chica había amado a Jaime. Lo quise desde el primer día que entré al colegio a la primera preparatoria.

A mi prima Sara la habían encargado de cuidarme cuando entramos al colegio, pero en el instante en que empezó el recreo ella desapareció de mi lado. Fui rescatada por un niño muy tierno, quien tomándome de un hombro me demostró que se hacía responsable de velar por esa niñita asustada y de labios amoratados, cuya carita reflejaba su enfermedad al corazón.

Yo era muy pequeñita. Fue Jaime Bustos quien me protegía con su cuerpo en los recreos. Voluntariamente se ofreció para llevarme a la enfermería cuando me vinieron las fatigas que a menudo sentía. Fue Jaime Bustos el amigo que me traía los libros y las tareas que debía hacer mientras me tenían en cama esperando el veredicto del médico o de Dios acerca de mi enfermedad.

Cuando finalmente me operaron no pasó un solo día que Jaime no viniera a acompañarme. Supo darme ánimos y declaraba que yo era la mejor chica que hubiera conocido. Yo acababa de cumplir siete años, pero ya sentía por Jaime un cariño muy especial y distinto al que mis padres me daban.

Pasaron los años, pero yo seguía siendo en mi casa una niñita enferma y mamá no se podía convencer de que ahora estaba sana. Para mí era una martirio oírla todo el día decir que me cuidara, que no podía hacer la vida de mis amigas, que me abrigara.

Para Jaime yo era su niña inteligente, llena de salud y la más bonita de todas. Fue él quien siempre me dio ánimo para luchar contra cualquier obstáculo y quien me empujó a hacer cosas que mamá me tenía convencida estaban vedadas para mí.

Mamá tuvo una gran pelea con Jaime cuando me invitaron al primer baile. Ella insistió en que el ejercicio violento me haría mucho daño, pero, sin hacerle caso, me llevó de todas maneras.

—Puedes perfectamente asistir. Mira qué fácil es bailar.

● Fue en ese baile donde Jaime me besó por primera vez; pero ese primer beso tierno, propio de un adolescente, rápidamente se transformó en el beso apasionado y sediento de un adulto. Y en base a la pasión y al cariño sincero que experimentábamos el uno por el otro, planeamos casarnos. Y ahora me encontraba sentada al lado de mi padre y Jaime estaba solo en el asiento de atrás, ¡y él era mi marido!

Quise darme vuelta para decirle con los ojos que lo amaba más que nunca y que, pasara lo que pasara, siempre lo amaría, pero papá captó mi movimiento y bruscamente, con su mano, dio vuelta mi cara.

—No tienes nada que mirar para atrás y te aconsejo no digas ni una palabra hasta que no encares a tu madre.

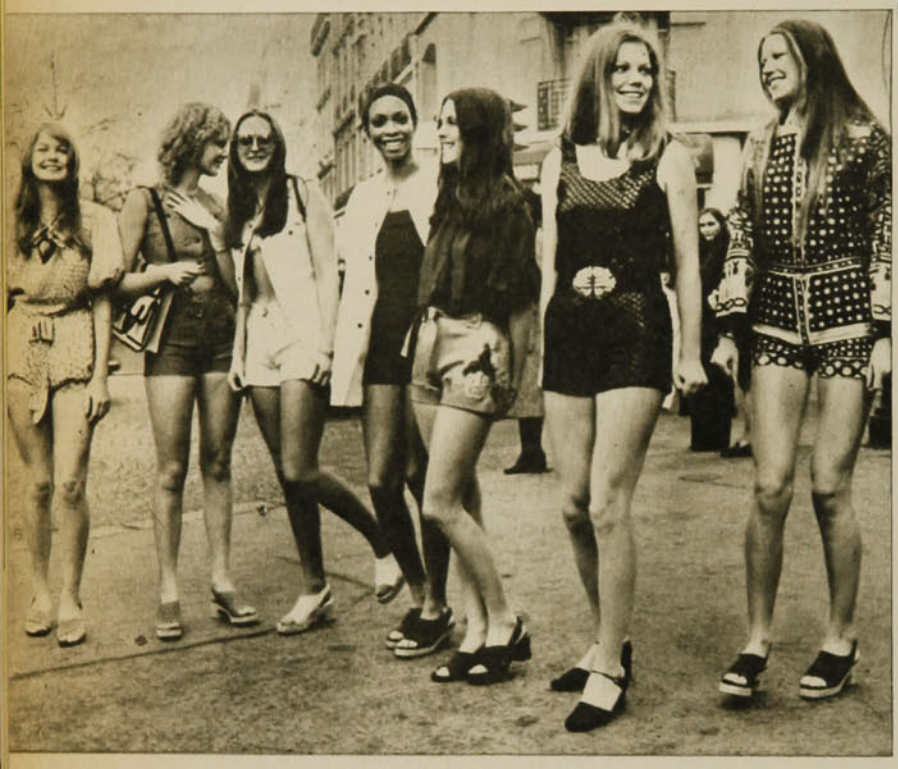
Al llegar a casa vi que las luces estaban encendidas y tuve temor de entrar. ¿Le habría venido un ataque a mamá por mi culpa? Mi corazón latía aceleradamente y creí me iba a desmayar. Detrás mío caminaba Jaime y lo único que ansiaba era decirle que no tuviera susto y darle el coraje que él siempre me dio, pero a medida que avanzábamos sentía que más me temblaban las piernas.

Cuando entramos al living vi que mamá estaba tapada con un chal y su cara estaba pálida como la de una muerta. Miré entonces a la gente que había en la pieza. Medio atontada reconocí a los padres de Sara y a la familia de Jaime. Toda esa gente nos miraba como si hubiéramos cometido un crimen espantoso.

Tenía la boca seca y quería un vaso de agua, pero el miedo me paralizaba, impidiéndome



entre nosotras



Hace pocos días llegó a nuestro país una delegación de mujeres cubanas, encabezada por Vilma Espín, cuñada de Fidel Castro y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, invitada especialmente por Tencha Bussi de Allende y el Consejo de Centros de Madres (COCEMA).

Interrogada sobre el papel de la mujer en el cambio de la sociedad, Vilma Espín afirmó que "es el mismo que le corresponde al hombre; la mujer debe dar la lucha junto al hombre, en las mismas condiciones".

Si analizamos un poco la población de América Latina, nos damos cuenta que el 50% de ella somos las mujeres, por lo tanto, no podemos marginarnos de los problemas a los que nos vemos enfrentadas diariamente. Debemos tener en cuenta que si queremos un futuro mejor para nuestros hijos precisamos ayudar a construirlo nosotras. En este momento. Y no podemos hacerlo solas, lo tenemos que hacer junto con nuestros maridos, hermanos, padres e hijos.

Nosotras, como mujeres de un país en vías de desarrollo, no podemos plantearnos en una lucha cerrada contra los hombres como lo hacen las integrantes de los movimientos de liberación femenina de los países desarrollados. No sacamos nada con gritar iracundas contra los hombres, ni con quemar públicamente nuestra ropa interior. Ese modo de protestar no nos corresponde a las latinoamericanas. Nosotras como hijas del Tercer Mundo tenemos una tarea más dura que emprender. Construir una sociedad mejor, y no podemos desperdiciar fuerzas.

Es verdad que la mujer está en desventaja, muchas



veces, respecto a los hombres, pero la lucha no debemos darla contra ellos, que también sufren los efectos del sistema. Si la casa que deseamos no la podemos tener, si la plata no alcanza para comer, si no podemos educar a nuestros hijos como queremos, no es sólo un problema de nosotras, lo es también de nuestros maridos, de nuestros hermanos y padres, de la familia en un nivel más pequeño y de la sociedad a un nivel global. Por lo tanto nuestras lanzas deben dirigirse hacia allá.

Como son problemas que a todos nos afectan debemos luchar juntos para superarlos y en la medida que los solucionemos, cuando ya hayamos cambiado toda la sociedad, la mujer dejará de ser explotada y ya no estará en desventaja respecto al hombre, ya que juntos construimos una sociedad más justa donde no se aprovecha al débil para aplastarlo.

Los "hot pants" o "pantaloncitos calientes" están llegando a Chile importados desde Europa.

Así como el verano pasado a los modistas europeos se les ocurrió que nos debíamos disfrazar de gitanas, y que lo mejor para el invierno eran los costosos e incómodos maxiabrigos, ahora quieren que usemos "hot pants", no importa que seamos altas o bajas, jóvenes o viejas, gordas o flacas.

Muchas mujeres piensan que la moda se hace para seguirla, si la moda es usar "hot pants" los usan. Sin importarles las limitaciones físicas o climáticas.

Una señora de edad en "hot pants" se ve ridícula, como también una joven muy delgada o muy gorda. Sólo los podrán usar con cierta gracia las muchachas muy jóvenes y con bonito cuerpo, pero eso no basta; las noches de primavera en nuestro país son frías y los "hot pants" no abrigan mucho que digamos, además en una micro llena pueden costar más de una molestia

Para ser mujer no se necesita estar a la moda, es mucho más mujer la que sabe elegir la ropa que le conviene de acuerdo a su gusto, a su cuerpo y al dinero con que cuenta. No porque un traje cuesta caro nos va a hacernos ver mejor.

En todo caso es de esperar que a los modistas europeos no se les ocurra pensar que la moda más apropiada para la mujer para el próximo año son los trajes de payaso, ya que nunca faltan las que piensan que la moda no incomoda, y que ser elegante es andar a la moda

---

ROGAMOS A NUESTROS LECTORES INCLUIR EN SU HISTORIA VIVIDA EL CUPON QUE SE PUBLICA EN LA REVISTA. SIN ESTE REQUISITO NO SERAN TOMADAS EN CUENTA Y, POR LO TANTO, NO PODRAN ASPIRAR AL PREMIO DE SEISCIENTOS ESCUDOS CON QUE DESTACAMOS DICHAS COLABORACIONES.

hablar o moverme. Imaginé que a Jaime le pasaba lo mismo. El primero en hablar fue mi padre.

—Los encontré, pero demasiado tarde. La ceremonia ya había terminado.

Me acuerdo haber oído a mamá gritar que anularían mi matrimonio y que si yo me iba con Jaime ella se moriría. Todos los concurrentes opinaron que lo nuestro era de un egoísmo terrible, una gran desconsideración por la salud de mi madre, que teníamos que anular nuestro matrimonio.

A medida que se me esfumaba el miedo, una gran ira se apoderó de mí. ¿Quiénes se creían ser para opinar y disponer de la vida de dos personas que se amaban? Nosotros teníamos derecho a exponer nuestros puntos de vista y a que se nos oyera. Ansié herir a esos seres que tan cruelmente nos herían a Jaime y a mí.

—No pueden anular nuestro matrimonio, pues yo estoy embarazada —lancé a la gente.

En el silencio que siguió me di vuelta y me refugié en los brazos de Jaime. Me apretó contra su pecho y aunque me sentí protegida noté que su cuerpo temblaba.

—Es mentira, no puedes haberle hecho eso a mi hija —gritó mi madre.

—No, señora, pero me gustaría que fuera cierto. Siempre respeté a su hija, porque la quiero demasiado y porque sabía que pronto sería mía. Además, con lo que gano, me alcanza muy bien para cuidar de Patricia.

—¿Has pensado en la salud de mi hija? Ella no es suficientemente fuerte como para criar una guagua. No está en condiciones de hacer una vida matrimonial normal. ¿Y has pensado siquiera por un minuto en lo que será de mí? Ella es lo único que tengo. Di mi salud por ella cuando nació y he dedicado toda mi vida a cuidar su frágil cuerpecito y mantenerla viva. Este matrimonio fue arreglado sin siquiera pedir mi permiso. —Mamá estaba blanca como papel. De pronto estalló en llanto y corrí a su lado.

—Mamá, ¿por qué no me dijiste que yo seguía enferma? Estaba convencida de que ahora podía hacer una vida normal.

—Podrás hacerla dentro de un tiempo más. Patricia, sé razonable y anula este matrimonio.

—No, mamá, no lo haré, pues soy la esposa de Jaime.

El tío Hernán que estaba de visita y era abo-

●● —Es mentira, no puedes haberle hecho eso a mi hija.



gado, dio la solución más acertada. Propuso que siguiéramos casados, pero que cada uno continuara viviendo en casa de sus padres sin consumar el matrimonio.

—De esa manera Patricia podrá cuidar su salud y Jaime asegurarse una mejor posición económica —formuló el tío.

Vivir unidos, pero aparte. Matrimonio sólo de palabra, eso querían de nosotros. Pero yo no quería eso. Ansiaba ser totalmente de Jaime. Pero como siempre mis padres habían anulado mi personalidad, me sentí incapaz de formular mi propia opinión. No demoraron mucho en convencerme de que ésa era la solución adecuada.

—Creo es una buena solución y la cumpliremos siempre que no nos anulen el matrimonio.

Jaime se quedó atónito con mi respuesta y sin decir una palabra se dio media vuelta y salió de la pieza. A los pocos minutos lo siguieron sus padres, también en silencio.

● Esa noche

me di vueltas y vueltas en la cama, imaginan-

do lo que pensaría Jaime de mi decisión. En mi casa yo no tendría problemas, pues todos se preocupaban mucho de mí ya que, por lo que parecía, continuaba bastante enferma.

Era mi noche de bodas y yo estaba sola. Ansiaba las caricias de Jaime y todo mi ser reclamaba consumar ese matrimonio que se me había prohibido.

De repente no estuve sola en la pieza. Sentí los pasos de mamá y el olor de su perfume. Silenciosamente se acercó a mi cama, igual como lo hacía cuando yo era una niñita.

—¿Cómo estás, Patricia? Te sentí moverte y encender la luz. Quiero que sepas que lo que ha pasado esta tarde ha sido únicamente por tu bien, ya que tú sabes cuánto te amamos. Espero que dentro de un tiempo estés más robusta y con fuerzas como para llevar una vida normal, pero por el momento eso para ti es imposible. Piensa también en Jaime y convéncete de que él necesita una esposa sana y no una enferma.

Sabía que mamá trataba de consolarme, pero cuando salió de la pieza empecé a temblar de miedo. Desde que me operaron, el médico me convenció de que debía hacer una vida normal, pero, al parecer, eso no incluía tener relaciones con Jaime ni ser madre. Tal vez había sido una ilusa al imaginar que era una chica como las demás. Pero ¿por qué me habían ocultado la verdad y sólo ahora me la confesaban?

Finalmente me quedé dormida. A la mañana siguiente mi almohada estaba empapada con mis lágrimas, pero el sol brillaba anunciándome una nueva jornada.

—Hemos decidido que hoy no vayas a la oficina, ya que después del día de ayer necesitas descansar —dictaminó mamá y no pude oponerme, puesto que trabajaba en la oficina de mi padre. Al decir sus palabras puso una suculenta bandeja de desayuno sobre mi velador.

Noté que mi madre había llorado y sentí haber sido yo la causante de su pena. Antes que saliera de la pieza le pregunté si había venido Jaime para irnos juntos al centro y me contestó que sí. Que estaba completamente de acuerdo con la decisión tomada y que opinaba que descansara unos días en cama.

En la tarde fue Jaime a verme, pero mamá no nos dejó un minuto solos y no pudimos

●● "No pueden anular mi matrimonio, pues estoy e m b a r a zada", grité a la gente.



hablar. Cuando se levantó para irse ansié lanzarme a sus brazos y rogarle que se quedara conmigo, pero la cara de mi madre me inhibió. ¿Tendría yo fuerzas para esperar hasta conseguir ser una chica normal? ¿Y tenía derecho de hacer aguardar a Jaime hasta mi completo restablecimiento?

Fui con mamá a ver al médico y antes de entrar a la consulta ella me advirtió que era mejor no le mencionara lo del matrimonio, porque eso no me convenía. Después que me examinó, mi madre me hizo salir de la pieza para conversar a solas con el facultativo. Después me informó, muy afligida, de lo que el doctor le había dicho.

—Volvió a confirmarme tu debilidad, tesoro. Insistió mucho en que debías llevar una vida reposada y que no debías trabajar.

Sentí ansias de morirme en ese instante. ¿Con qué objeto seguir viviendo si no podía hacer una vida normal? La única persona que me daba ánimos para seguir luchando era Jaime y me privaban de su compañía. Ansiaba que me acariciara, que me hiciera sentir que estaba viva, que me diera valor para continuar existiendo.

Cuando llegamos a casa, mamá salió con papá al cine, pero antes de irse me dejó en la cama con una bandeja llena de comida. Al poco rato que se fueron sonó el teléfono y experimenté una gran sensación de felicidad al escuchar la voz de Jaime. Al principio se demostró enojado, porque no le dejé una notita explicándole que iría al médico, pero cuando me disculpé cambió totalmente de actitud.

—¿No te das cuenta de que tu madre está explotando tu enfermedad, Patricia? Estás perfectamente bien. No te dejes engañar con eso

de que estás enferma y que no puedes hacer una vida normal.

—Mamá jamás haría semejante monstruosidad, Jaime.

—Quizá no lo hace por maldad, y está completamente convencida de sus buenas intenciones. Lo suyo es algo síquico. Pero la enfermedad mental de tu madre no puede detener nuestro amor, Patricia. Chiquita, si me quieres debes huir conmigo.

● Durante la semana siguiente fui muy feliz, porque me sentí nuevamente normal gracias a los esfuerzos de Jaime. Sin hacerle caso a los ruegos de mamá, cada tarde salía a encontrarme con él y gozábamos de nuestro amor. Pero esa dicha no duró mucho tiempo ya que a los pocos días ella comenzó nuevamente a meterse en mis asuntos y pronto experimenté la sensación de que me espiaba.

A veces ansiaba gritarles a mis padres que yo era fuerte y normal y que la neurótica y enferma era mamá, pero no me atrevía. La única manera de libertarme de la tiranía de mi madre era huyendo con Jaime y viviendo a su lado para siempre.

Planeamos juntarnos al día siguiente en el lugar de siempre y nunca más separarnos, pero Jaime y yo éramos dos chicos inocentes que vivíamos de amor e ilusiones sin considerar para nada que necesitábamos dinero para salir adelante. Lo que ganaba Jaime nos alcanzaría apenas para subsistir y si no seguía estudiando no llegaría a ser nada después en la vida. Y, ¿qué sería yo para Jaime? ¿Sería su compañera, su esposa, su amante o solamente una carga? Cuando pensé en eso sentí escalofríos y un pánico que no fui capaz de controlar. Lloré de pena, de rabia, de impotencia. Ni siquiera podía distinguir si por mi madre sentía odio o lástima. En lugar de sentirme feliz con nuestros planes experimentaba la sensación de que lo nuestro era sólo una aventura de niños, sin ningún futuro.

Pensé que quizá había sido un error casarnos como dos seres inconscientes, sin estar completamente convencidos de lo que hacíamos. Debimos darle tiempo al tiempo: aguardar a que yo me mejorara y que Jaime tuviera una situación económica mejor.

●● **Ese primer beso tierno propio de un adolescente, rápidamente se transformó en el beso apasionado y sediento de un adulto.**

Llegó la hora en que tenía que juntarme con Jaime y yo seguía tirada sobre la cama. Me había autoconvencido de que no me iría del lado de mis padres. Pero podía imaginar la angustia de Jaime el no verme llegar a la hora indicada, pero ¿cómo podía avisarle? Quizá debido a los nervios o a la tensión me quedé dormida y no supe nada del mundo hasta el día siguiente. Cuando mamá entró a mi pieza con la bandeja con el desayuno me pasó un sobre que le entregó personalmente Jaime. Me demoré un poco antes de abrirlo, de miedo a su contenido. Cuando me aseguré que mi madre no volvería a entrar a mi dormitorio lo abrí y mis ojos se llenaron de lágrimas al leer las líneas que Jaime me había escrito:

"Patricia: Para mí has dejado de existir para siempre. Te deseo que seas muy feliz al lado de tus padres a quienes has preferido a mí. Quizá sea egoísmo mío el que no comprenda tu actitud de cobardía, pero la ira que siento por tus padres es demasiado grande y me es imposible tolerar que te traten como a una enferma sólo por miedo a perderte y porque tu madre tiene terror de convencerse de que ya eres adulta y con derecho a vivir tu propia vida. Me siento incapaz de despedirme de ti, pero quiero que sepas que éste es el final para toda una vida. Jaime".

Pasaron algunos días. Para mí todo había sido una pesadilla. Ni siquiera tenía pena, porque no vería más a Jaime, ya que estaba segura de que algún día nos juntaríamos para siempre.

Una tarde llegó a verme mi prima Sara y en su cara noté que tenía algo secreto que contarme.

CRUEL ENGAÑO

—Quiero que sepas que Jaime, el hombre con quien firmaste en un registro, sale con Sonia Gómez y, según parece, andan todo el día juntos. Esa chica es muy bonita y parece que Jaime se siente bastante atraído por ella.

Me contó también que los padres de Jaime habían llamado a mamá para preguntarle si sabía qué había pasado entre él y yo, pues últimamente estaba llegando muy tarde en las noches a su casa y a veces lo hacía borracho.

No, no podía ser que Jaime anduviese en malos pasos. Y si lo hacía, ¿no sería culpa mía, porque no me había ido con él? ¿O era exclusivamente culpa de mis padres, quienes estaban engañándome de una manera cruel, haciéndome creer que yo estaba enferma?

Empecé a adelgazar, a tener dolores de cabeza y mamá comenzó a preocuparse. Me aconsejó que me quedara en cama unos días, pero los pocos días se fueron alargando. No me opuse a permanecer encerrada, porque en cierta manera era la única forma de no ver a Jaime. Me sentía incapaz de encontrarme con él y simular que todo mi amor se había terminado.

Sumida en este mundo irreal viví unos días hasta que mi prima me hizo volver a la realidad, dándome una noticia espantosa. A Jaime lo habían echado de su empleo y estaba preso por haber sido sorprendido llevando drogas. Además, se rumoreaba que Sonia Gómez estaba embarazada.

Lo último que recuerdo fue que mi prima salió de la pieza gritando angustiosamente a mamá para que subiera a verme:

—¡Apúrese, tía! ¡Patricia se ha desmayado!

Casi no recuerdo lo que pasó durante los días siguientes. Varias veces vi entrar a mi pieza al médico, por lo que imagino estuve bastante enferma.

—¿Entiendes ahora, Patricia, por qué hemos querido cuidarte?

—Sí, mamá. Dile a papá que si consigue anular mi matrimonio, que lo haga.

Supe que Sara quería verme, pero me negué excusándome con que no me sentía bien. Cada vez que la veía me contaba algo de Jaime que me hacía sufrir.

Un día que fue a verme el médico le pidió a mamá que lo dejara hablar conmigo a solas.

—¿Qué te preocupa, Patricia? Sé que tienes un problema desde algún tiempo y no quiero respuestas de tu madre, las quiero tuyas.

Cuando le pedí me explicara el verdadero estado de mi salud se demostró muy impresionado. Con mucho cariño me contestó que yo estaba completamente normal y que la mentalmente enferma era mi madre. En forma rápida había que hacerle un tratamiento y me pedía que, aunque prescindiendo de lo que ella me dijera, me mostrara cariñosa, porque si de golpe me rebelaba podía ser perjudicial para su siquis.

● En cuanto se fue el médico entró mamá a averiguar qué habíamos conversado durante tanto rato. Ya no me cabía dudas de que me hallaba en una prisión y que mi propia madre era mi carcelera. Me levanté, aunque todavía me sentía débil por la larga permanencia en cama y por el poco alimento que había comido. Abajo estaba mi prima y le pedí me acompañara a la cárcel a ver a Jaime. Salimos rápidamente de la casa, desoyendo los gritos de mamá. En la cárcel nos hicieron esperar un rato, pero después trajeron a Jaime.

Cuando me vio se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo me limité a acariciar su rostro con mis manos.

—Por favor, no llores, Jaime. He venido a verte, porque te amo y porque estoy totalmente dispuesta a irme contigo en el momento que me lo pidas. Tú y yo haremos nuestra vida y seremos capaces de luchar juntos contra cualquier obstáculo.

A los pocos días se llevaron a mi madre a una clínica para hacerle un tratamiento y en vez de entristecerme sentí una tranquilidad nunca antes experimentada. Ahora que me sabía normal y libre me daba cuenta de que era perfectamente capaz de pensar y de tomar mis propias decisiones, sin dejarme influenciar por miedo a mis padres. Irnos inmediatamente a vivir solos, Jaime y yo, era imposible por el momento: tendremos que esperar que él consiga otro empleo, se haga de una situación y esté en condiciones de arrostrar el futuro. Durante un tiempo seremos buenos amigos y nos ayudaremos, dándonos ánimos para salir adelante y ser felices en un futuro no muy lejano. ♥♥

LA TRAICION

produce sexta experiencia



ESTABA PASANDO POR LO QUE ALGUNAS PERSONAS LLAMAN UNA ETAPA DE PROSPERIDAD. GANABA UN BUEN SUELDO, ME DIVERTÍA MUCHO Y ADEMÁS CONTABA CON LA COMPAÑÍA DE MARIO, GERENTE DE LA EMPRESA...

¿QUÉ TE PARECIÓ EL RESTAURANTE?

MIRA... MUY BUENO EL LOCAL, BUENA LA COMIDA, PERO EL AMBIENTE NO ME GUSTÓ.

CON PLATA SE COMPRAN HUEVOS, MI AMOR. AHÍ LLEGAN MUCHOS COMERCIANTES, PEQUEÑOS INDUSTRIALES, CUALQUIER FULANO QUE TENGA UN PAR DE PESOS.

¿PODRÍAMOS IR A BAILAR A ALGUNA PARTE, NO TE PARECE?

AHORA NO PUEDO, PILAR. YA VAN TRES NOCHES SEGUIDAS QUE LLEGO TARDE Y MI MUJER... TU SABES.

PERO SI DICES QUE ELLA TE TRATA TAN MAL. ¿PARA QUÉ TE SIGUES PREOCUPANDO?...

SÍ, PERO COMO VE QUE LLEGO TARDE, CADA VEZ ME PIDE MÁS COSAS. QUE ESTO, QUE LO OTRO...

CUANDO LLEGAMOS AL FRENTE DEL EDIFICIO DONDE YO VIVÍA...

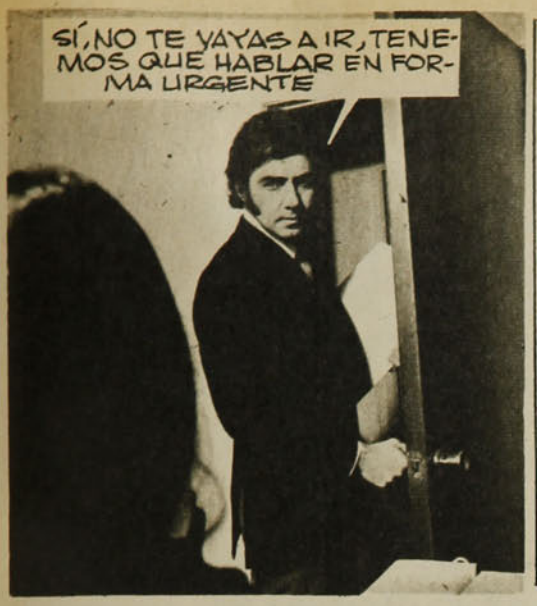
NO ENTIENDO, MARIO. TU ME HAS DICHO QUE LE DAS DE TODO.

NO LA CONOCES... VIERAS COMO SE PORTA. BUENO, MI AMOR MAÑANA NOS VEMOS.

TODO MARCHABA MUY BIEN Y NO PENSÉ JAMÁS QUE PODRÍA HABER ALGUN TROPIEZO...

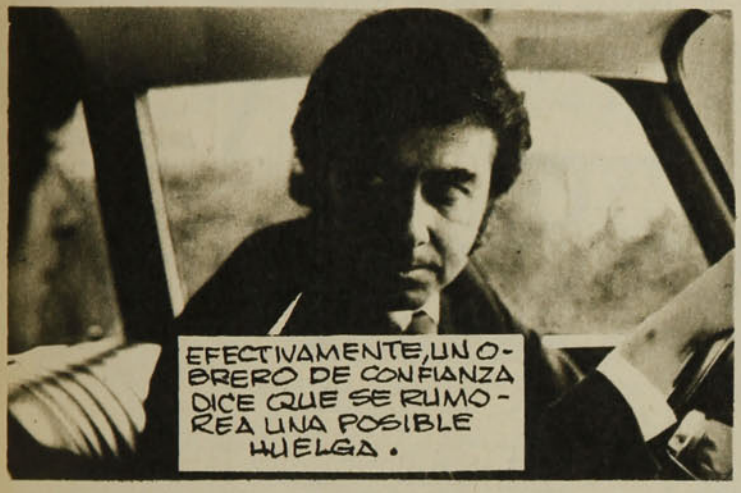
PILAR, ME VOY A ATRASAR UN POCO, PERO TU ESPÉRAME EN EL AUTO, TENGO QUE HABLAR CONTIGO.

¿QUÉ TE PASA, MARIO? TE NOTO PREOCUPADO.



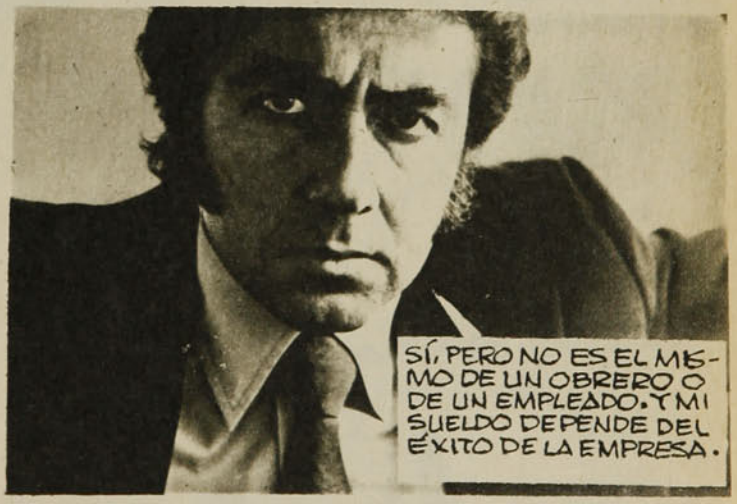
AUNQUE TRATÉ DE OLVIDARME DEL ROSTRO SOMBRÍO DE MARIO, SU PREOCUPACIÓN ME ALTERÓ...





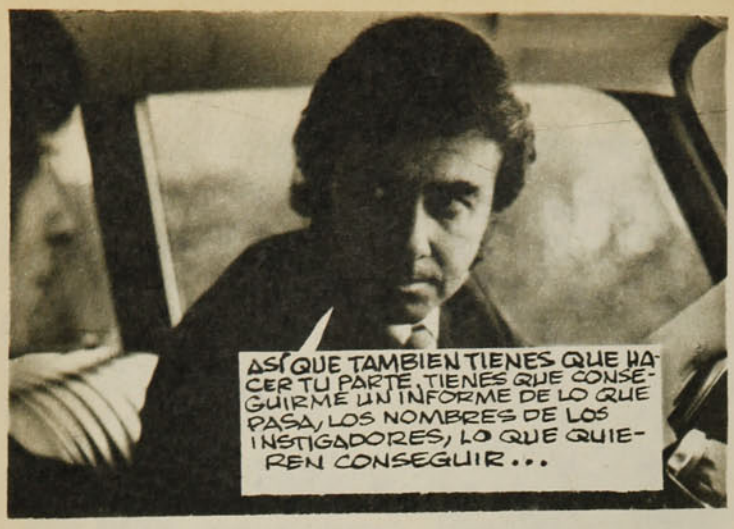










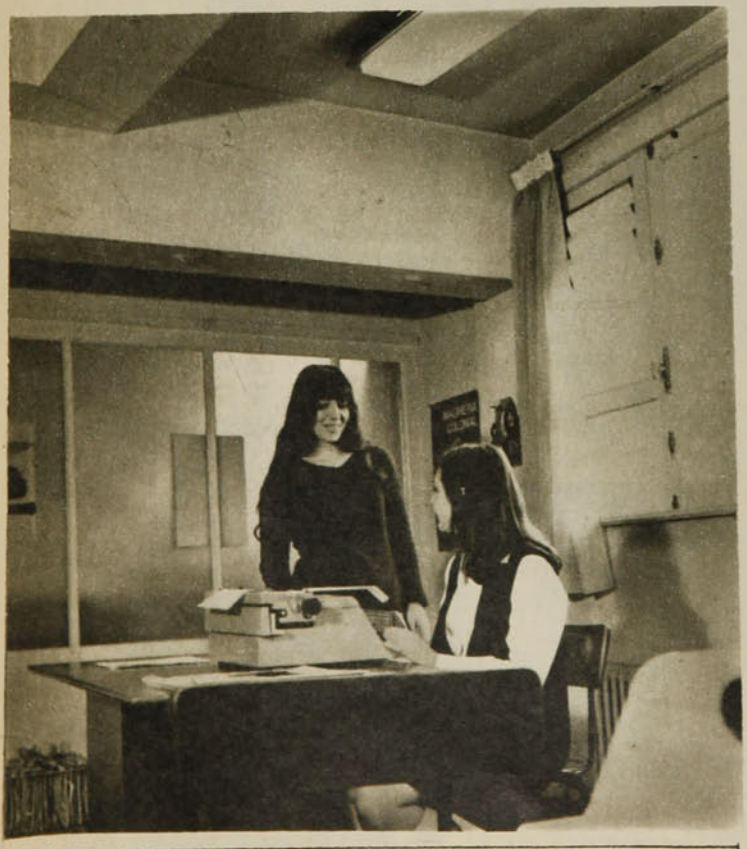






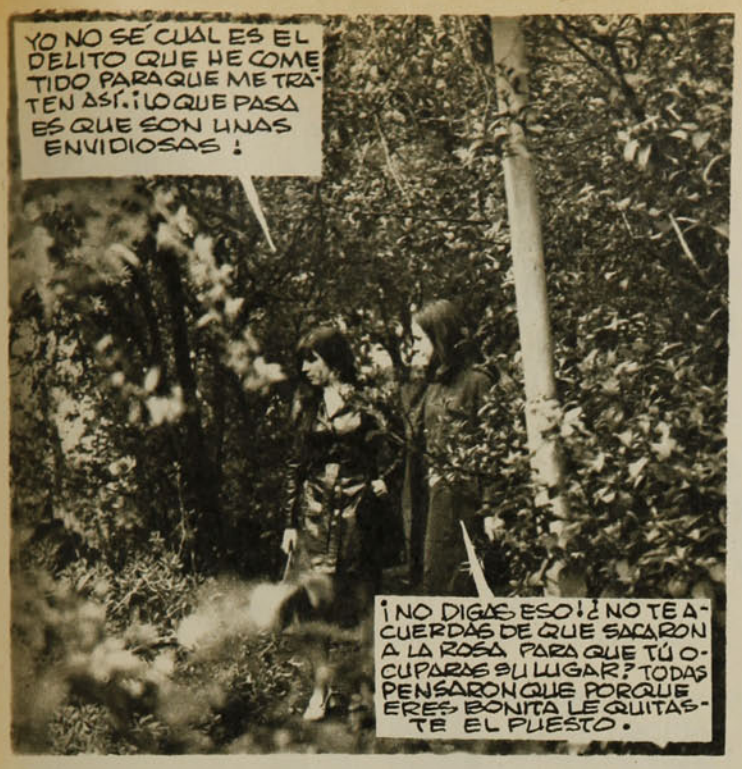


YO NO ESTABA PREPARADA PARA ESE GOLPE. MARIO NUNCA ME HABÍA MOSTRADO EN ESA FORMA. JAMÁS ME HABÍA HABLADO ASÍ...



MAQUINALMENTE EMPECÉ A DESARROLLAR EL PLAN QUE EL ME IMPUSO, AUNQUE ME DABA CUENTA DE QUE ESTABA SIENDO UTILIZADA...











ANA ERA UNA GRAN AMIGA Y SU SINCERIDAD ME DESARMABA POR ESO PENSÉ QUE NO PODRÍA TRAICIONARLA A ELLA Y A MIS COMPAÑEROS. PERO ADEMÁS ESTABAN MARIO Y MI PORVENIR...















AL DÍA SIGUIENTE...




¡NO ME VENGAS CON TONTERÍAS, PILAR, Y TOMA EN SERIO LO QUE TE DIGO! MIRA QUE PASADO MAÑANA TIENES QUE DARME LO QUE TE ESTOY PIDIENDO.


¿NO TIENES MIEDO DE PERDER TU TRABAJO?
¡ESTOS ÚLTIMOS DÍAS TE HAS MOSTRADO TAL COMO ERES, MARIO! ¡DÉJATE DE PRESIONARME!


NO TE ENOJES, QUERIDA. APÚRATE QUE TE ESPERA ANA.
¡DÉJAME, POR FAVOR!


¿QUÉ TE PASA, PILAR? TE HE NOTADO MUY NERVIOSA ESTOS DÍAS.
SÍ, ME SIENTO ALGO ALTERADA, PERO NO ES NADA.


CUALQUIER COSA QUE TE SUCEDA, YA SABES QUE CUENTAS CON TU AMIGA.
GRACIAS, ANA


EL SÁBADO TIENES QUE VENIR AL BAILE CONMIGO PARA QUE NOS CONOZCAS A TODOS. VAS A VER QUE TE HARÁS MUY AMIGA DE ELLOS.





COMO UN ROBOT, ME SENTÉ A MI MÁQUINA DE ESCRIBIR Y ME PUSE A REDACTAR EL INFORME, SIN PENSAR EN LO QUE HACÍA...





LLEGÓ EL VIERNES...



...APARENTEMENTE YO SABÍA LO QUE TENÍA QUE HACER. PERO NO ME ATREVÍA Y EL INFORME PERMANECÍA EN MI CARPETA...

LA FRIALDAD DE MIS COMPAÑEROS ME DESCONCERTÓ MÁS TODAVÍA...



PERO EL SALUDO ALEGRE DE ANA ME REANIMÓ Y PUDE AL FIN DECIDIRME...



NO PUDE AGUANTAR LA SONRISA DE ANA. ME DÍ MEDIA VUELTA, VOLVÍ RAPIDAMENTE A LA OFICINA Y ROMPÍ EN MIL PEDAZOS EL INFORME...



INMEDIATAMENTE CORRÍ A LA OFICINA DE MARIO PARA CONTARLE LO QUE HABÍA HECHO. PERO CUANDO LLEGUÉ A LA PUERTA DE SU OFICINA, SU CONVERSACIÓN TELEFÓNICA Y MIS LÁGRIMAS ME IMPIDIERON ENTRAR...

¡PIERDE CUIDADO, MI VIEJO! ME CONVENCÍ A MI SECRETARIA PARA QUE AVERIGÜE TODO LO QUE PUEDA...

fin

EL CUENTO de la semana.

EL CALLEJON DE LOS GANSOS

OSCAR CASTRO Z.
chileno

"CALLEJON DE LOS GANSOS" lo llamaron y nadie sabe todavía por qué. Será porque resulta una gansada aventurarse por él. O por el desgano de sus curvas, de sus árboles y hasta de sus piedras. Parte desde el poblacho, flanqueado por dos tapias de adobes que, al nacer, tuvieron miedo de separarse mucho. Cuando estas paredes han caminado un par de cuadras, pierden categoría y tejas. Pierden también un poco de dignidad y hacen curvas de borracho. Más adelante desaparecen, y dos corridas de zarzamora continúan el viaje interrumpido. La zarzamora se aburre, se adelgaza, ralea lamentablemente, hasta enredar una que otra guía en los alambres de púa que siguen. Aquí para el callejón empieza un vía crucis terrible. Logra conservar su nombre por milagro, equivocación u olvido. Primero, en una acequia que se desborda, formando barrizales pavorosos. En seguida, unos chanchos que se encargan de explorar el lodo, no dejando piedra por remover. Feliz de haber distanciado aquella inmundicia, el callejón se tiende a la sombra de unos sauces, antes de internarse con decisión en un estero. Sale inconocible al otro lado y titubea un rato, sin saber cuál es su rumbo. Lo descubre, por fin, y curiosea por entre un montón de casas que se apartan desganadas para darle paso. El callejón abre, sin premura, el ojo nocturno de una noria, y ve que se halla en el fundo "Los Litres". Así como antes hubo de soportar las vejaciones de los cerdos, ahora vuelve a ensuciarse con los insultos que cambian, de lado a lado, dos comadres. Aquello es tan soez que el pobre callejón enrojece en unos pedazos de ladrillo con que le han rellenado un bache. Sin embargo, como es curioso, se detiene unos trancos más allá, y escucha:

—Lo que debíay hacer vos es echate la boca al seno y encerrate en tu casa pa no asustar con tu cara 'e lechuza a la gente honrá.

—Eso 'e gente honrá no lo habís de decir por vos, seguramente, que echay a l'olla las gallinas ajenas. Ni por tu hija creo tampoco, porqu'esa, ¡psh!

—¡Deslenguá! ¿Qué le tenís que sacar a la Vitoria? Habíay de fijate primero en la cría tuya, esa lindura 'e José Manuel, que trabaja tres días y toma otros tres en la semana.

—¿Y te píe por acaso dinero a vos pa dase gusto? ¿O tiene que tomarte parecer pa gastar lo qu'es preúto e' su trabajo?

Tras las ventanas de las casas próximas, disimulándose lo mejor que pueden, hay catorce o dieciséis orejas que disfrutan con placer de aquella audición gratuita. En apariencia, las contendoras son sólo dos; pero, en realidad, cada una tiene fervorosas partidarias. Es una lucha de derecha contra izquierda. Las vecinas del lado de Domitila Lucero simpatizan con Juana Carrillo, y viceversa. Debe ser porque los patios están abiertos por detrás, y desde allí se ven las bambalinas, mientras que desde el frente puede observarse sólo el decorado.

El callejón viene presenciando parecidas escenas desde hace unas semanas. Como sabe que es peligroso terciar en tales disputas, permanece neutral en apariencia; pero de vez en cuando se gasta sus bromas disimuladas. El otro día, por ejemplo, cuando el bombardeo palabreril amenazaba llegar a las vías de hecho, soltó desde un recodo, como una caja de sorpresa, el coche del patrón. ¡Había que ver el desconcierto de las peleadoras! Haciendo un esfuerzo sobrehumano, enmudecieron. Pero sus miradas continuaron cruzándose con furor homicida. Por un minuto, los ojos fueron más elocuentes que cualquier lengua. No obstante, cuando el "jutre" les hizo una venia, ambas sacaron desde el doble fondo de su ser unas sonrisas tan beatíficas que los propios serafines habrían sentido envidia. Mas apenas el coche hubo pasado, ya estaban las miradas cruzando sus relámpagos y cada boca quería ser la primera en iniciar el tiroteo. No contaban, sin embargo, con la malicia solapada del callejón, que soltó al mayordomo detrás del amo. Ambas mujeres miraron desoladas al nuevo intruso, y se metieron echando chispas en sus respectivas viviendas. Un gato que estaba comiendo "la color", pagó las consecuencias en casa de Domitila, y un pollo que picoteaba la ensalada, en la de Juana Carrillo.

El callejón conoce perfectamente el porqué de aquella terrible rivalidad, pero se lo calla con obstinación. El presenció la escena ocurrida cuando Antonio, el marido de Domitila, trajo "de un ala" a Victoria, la hija, que conversaba con José Manuel, retoño de Juana, bajo los sauces del contorno. La batahola de aquel día fue homérica. Salieron de la casa los lloros desesperados de la muchacha y las palabras rotundas de la madre, a Victoria no se vio asomar a la puerta por espacio de dos días, y al cabo de ellos apareció con un ojo morado. Pero Domitila no había concluido su obra, y aprovechó la primera ocasión para vociferar destempladamente en contra de la vecina. Esta supo corresponder a la invitación y ahí no más comenzó la cosa. Ocasiones hubo en que las espectadoras de uno y otro bando estuvieron a punto de interceder en el pleito, no para darle fin, sino para increpar a la deslenguada que tenía a mal traer a la respectiva favorita. El callejón, en tales casos, ha oprimido con oportunidad el botón de su caja de sorpresas.

Porque el callejón tiene buenas entrañas, a pesar de su hosco aspecto. Ahora, por ejemplo, se ha detenido para tomar el pulso a la pelea. Desde las primeras palabras le ha entrado el convencimiento de que el asunto no lleva miras de alargarse. Es que las contendoras, tras habérselo dicho todo, se repiten en forma lamentable. Por eso, el callejón las abandona y continúa su trayecto, escondiéndose tras un recodo. Va distraído por entre una sonante hilera de álamos, cuando lo toman de sorpresa dos muchachos que cambian pedradas con entusiasmo enorme. Son dos rapaces que con sus edades sumadas no alcanzan a completar dieciocho años. El uno, mugriento, pelado a la de Dios es grande, con una chaqueta descomunal sobre unos pantalones que le vienen estrechos, tiene un montón de piedras a su lado, y las va lanzando con soltura y decisión. Pero el contendor —chascón, en mangas de camisa, lo cual es un decir, porque la camisa no tiene mangas— posee dos ojos excelentes, y de un salto deja sin efecto los tiros de su opositor. A su vez, amaga en forma peligrosa la posición contraria, y el otro debe darse maña para que un proyectil no se le rompa en la cabeza.

—¡Ey va esa, empelotao! —dice el de la chaqueta, disparando un pedrusco.

—¡Y ey tenís la contestación, tiñoso! —grita el rival.

—¡Eso pa tu agüela!

—¡Y esa pa tu hermano, el curao!

—¡Y esa pa la Vitoria, que tiene trato con el llavero!

—¡Y...!

La frase no alcanza a completarse, porque un impacto en plena frente ha dado en tierra con quien iba a pronunciarla.

El "hechor" aguarda un momento, con la sorpresa asomándosele por entre la mugre de la cara. Luego, al barruntar que la cosa se pone fea, echa a correr por los potreros sin volver la cabeza, tal si una "caterva" de diablos lo persiguiera.

El callejón lamenta que los hijos continúen las disputas de los padres, y luego alarga una rama de sauce al herido para que éste pueda pararse. En seguida, hace sonar las aguas de una acequia regadora, invitando al rapaz a que se lave la sangre. Mientras, la víctima, con una rabia reconcentrada en su interior, procura borrar los rastros de la agresión, masculla escalofriantes amenazas, la menor de las cuales es enterrar vivo al contendor y venir a regarlo todas las mañanas con lejía caliente.

Quisiera el callejón volverse para ver qué van a decir Juana y Domitila cuando sepan el percance; pero prefiere

EL CUENTO de la semana.

EL CALLEJON DE LOS GANSOS

confiar en que el herido, por hombría, callará el origen de aquel "cototo", atribuyéndolo a un golpe casual. Y prosigue su tortuosa trayectoria por en medio de dos potreros en que el trigo maduro mueve mansamente sus oleadas aurinas. Como es despreocupado, pronto se olvida de todo, dejando que lo arrullen los cascabeles de las espigas y que las chicharras lo adormezcan con el monótono son de su chirrido. Cuadras y cuadras se deja ir, absorto en este sueño, hasta que un rumor de conversaciones viene a sacarlo de su letargo. Cerca de allí, bajo unos nogales frondosos, varios segadores, tendidos con despreocupación, se precaven de los rayos solares que caen en lluvia cegadora sobre los campos. Han terminado de almorzar y charlan con desgano, esperando que la voz del capataz los llame de nuevo a la faena. En los nogales o sobre la hierba ponen las hoces un paréntesis. Este paréntesis separa el bochorno canicular de la frescura que bajo los árboles se goza.

Como la espera se hace larga, los circunstantes recurren a su habitual entretenimiento para dejarla pasar. Allí, separados uno de otro y dándose la espalda, están Antonio y Belisario, esposos de Domitila y Juana, respectivamente. Los segadores saben que basta apretarles un botoncito para que los dos enemigos comiencen la función.

—¿Y qu'es de Juan Manuel? —pregunta de pronto uno de los malintencionados.

—Salió esta mañana —responde el padre.

—¿Pa'l sur? —interroga maliciosamente Antonio, aludiendo al rumbo que toma el hijo de su rival cuando amanece con sed.

—¿Y qué tiene que haiga ido pa'l sur?

—Na; que la cabra siempre agarra pa'l monte.

—También el llavero pasó pa'l sur endenante. ¿No lo viste?

Los espectadores ríen en silencio. Saben a dónde va la intención de Belisario, pues las voces que corren dan como seguro que el llavero anda detrás de Victoria, afirmando los más atrevidos que por ahí los han visto muy solitos.

—Entonces, por ey se v'a trompezar con tu hijo, que ya debe tener viaje enterao y que la'starán durmiendo.

—Con plata d'él tendrá que haber sío, ¿nu'es cierto?

—O con la plata que le sacó del bolsillo a los otros con el naipe.

—¿Te ganó algún cinco a vos?

—No; yo sé muy bien con quién juego.

—¿Me vay a ecir que Juan Manuel es mañoso? —dice Belisario, incorporándose.

—No, mañoso no: habiloso.

—Y vos y tu mujer, las piores lenguas del jundo.

—Tu mujer ya tenía casa cuando nosotros llegamos.

—¡Tapaera!

—¡Hablaor!

La cosa habría concluido en bofetadas de no llegar en ese instante el capataz al tranco de su bestia.

—¡Ya, niñitos, al trabajo!

En silencio van tomando sus hoces los hombres y se desparraman por el campo, con el alma regocijada por el incidente. Los dos enemigos, fieros, reconcentrados, continúan cambiando pullas a media voz, y al cortar las primeras espigas lo hacen con fruición, tal si rebanaran la garganta del otro.

—¡Dejars'e leseras, niños! —interviene, conciliador, el capataz, interponiéndose entre ellos.

Si las miradas tuvieran el poder de las balas, el colocarse en la línea de fuego le habría costado la vida al amigable mediador.

Consternado el callejón de tanto odio como ha visto, prosigue por entre unos maizales para mirar la risa de las mazorcas y contagiarse con ella. Camina, camina, entre una música de hojas removidas, bañado por el aroma jocundo de la tierra que entrega sus frutos. La maraña verde se espesa, se vuelve más fresca y forma casi un toldo por encima del callejón. De pronto, una colilla de cigarro barato que humea en el suelo, delata la presencia de un hombre. El callejón entreabre las espadas del maíz y descubre allí, tendido en una acequia sin agua, al causante de todos los disgustos que ha pasado: a Juan Manuel. Está boca abajo y hace dibujos raros en la tierra con un palito. De vez en cuando aguza el oído hacia el norte y retorna a su entretenimiento. Con caracteres toscos y deformes, ha conseguido formar una palabra sobre la tierra: "Bitoria". La "t" se apoya lastimosamente sobre la "i", cuyo punto es un hoyo profundo por el cual corre una chinita.

De pronto suenan los maizales y el hombre se incorpora con rapidez. Una canción desganada, que una clara voz de mujer viene diciendo, presta frescor al mediodía. Juan Manuel sonríe y escucha. La voz viene apenas a unos pasos:

"Te he querido con toda mi alma, eres dueño de todo mi amor".

—¿Son pa mí los versos? —interroga, riendo, Juan Manuel.

—¡Tonto, que me asustaste! —replica la muchacha, deteniéndose de golpe.

Tendrá unos veinte años. Es morena, fresca, de ojos profundos y caderas armónicas. En el gesto se le ve que no aguardaba el encuentro. Por eso pregunta:

—¿Y qué'stay haciendo aquí vos?

—Esperándote.

—¿Cómo lo supiste?...

—Oí cuando la fiera 'e tu mamá te dijo que teníay qu'ir a las casas del jundo.

—¿Y no saliste a trabajar?

—Aunque me hubieran pagao en oro. Hace dos semanas que no te doy un beso.

Ha avanzado unos pasos, y sin aguardar mucho oprime a la muchacha por el talle.

—¡Y estay más rebonita! —dice.

—Y vos más entraor...

—Te quiero.

—Y yo. ¿Creís que a palos van a sacame del corazón el cariño?

—¡Así me gusta oírte!

Ambos personajes se internan lentamente por el maizal. El callejón curiosea en vano por entre las hojas. Al fin decide volverse, lleno de regocijo, para ver lo que ocurre allá en casa de las mujeres. Llega en el preciso instante en que Domitila, asomada a la ventana de su casa, vocifera:

—¡Prefiero ver a mi chiquilla con la peste antes de dásela a tu borracho!

Y Juana, desde el umbral de su vivienda:

—Y yo quisiera que a m'hijo me lo aplastara una carreta antes que vos jueray su suegra.

Ocultando la risa, el callejón corre hacia el trigal. Allí, desde diez pasos de distancia, los padres continúan el tiroteo:

—Antes de un mes, la Vitoria 'staría muerta de hambre si se casara con tu sinvergüenza.

—No quiero pensar lo que le pasaría a Juan Manuel. Por lo menos moría de repunancia.

El callejón levanta pícaramente un remolino de tierra y retorna al sitio en que dejó a la pareja. Aguzando el oído, alcanza a escuchar entre la espesura verde:

—Naide poirá quitarme que sea tu mujer, Juan Manuel.

Y la voz del varón:

—Y yo mejoraré la conducta pa que naide tenga que icir na de mí.

—¡Y aunque no está bien, siempre te quiero!

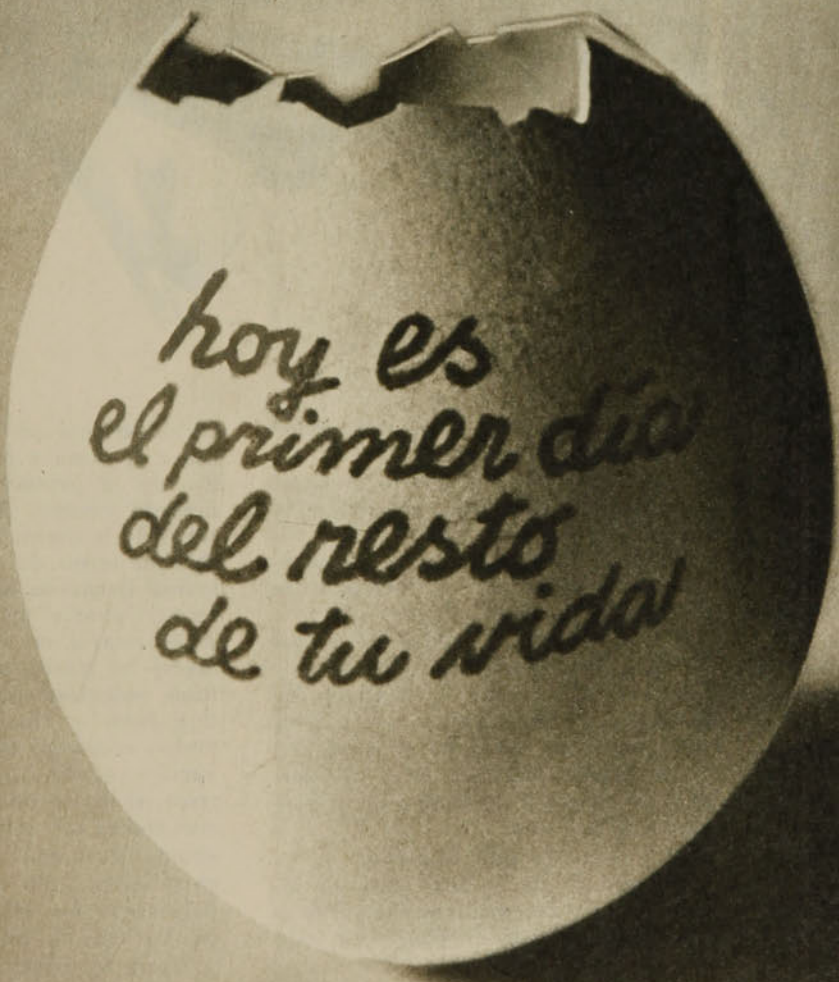
—¡Palomita!

—¡Mi hombre!

El callejón, alegre, ágil, como un arroyo, sigue y sigue por el campo. Sobre un peral, amarillo de frutos, arrúllanse dos tórtolas. La siesta canta como una guitarra sobre los potreros, las flores y los seres. El callejón, serpeando grácilmente, trepa por la dulce comba de una colina. Reaparece por última vez en un flanco del promontorio y se pierde allá lejos, como si buscara el sitio en que la tierra y el cielo se dan un beso, borrando todas las distancias.

ONDA

La revista juvenil
que toma en serio
a los jóvenes



quimantu

ENTRE EL AMOR Y EL DEBER

• • •

¿Debe una mujer luchar eternamente por una causa perdida?

• • •



• • Llegué a casa

de las compras del sábado y fui recibida por la batahola de siempre.

—¿Trajiste mi jarabe para la tos? —gritó abuela Matilde.

—¿Qué de mis medias? —chilló Mónica.

—Espero no hayas olvidado el perejil —fue la contribución de mamá Bernarda—. En lo que a mí concierne, una sopa de cebollas no es sopa sin perejil. Son esos pequeños detalles los que dan sabor a la comida.

Dejé las dos enormes bolsas en la mesa de la cocina y salí hacia la destartalada citroneta en busca del segundo lote.

Cuando volví, las dos anteriores habían sido registradas y la abuela esperaba en fila su turno.

—¡Mamá! No era este el color —gimoteó Mónica—. Te dije claramente que las quería color canela...

—Te traje lo que tenían —murmuré, poniendo las bolsas siguientes sobre la mesa para enseguida sobar mis cansados brazos.

—El perejil está marchito —dictaminó mamá Bernarda, torciendo la boca.

—Te olvidas pasar a la farmacia —cloqueó la abuela—. Siempre te olvidas de lo mío!

Me di vuelta y las miré a las cuatro: mis dos hijas, de diecisiete y quince años, la madre y la abuela de mi marido, ambas viudas..., y tuve que morderme la lengua para no gritarles: "Hay veces que deseo olvidarlas a las cuatro y subirme a un cohete rumbo a la luna".

Pero todo lo que dije fue:

—Todo lo de la lista está en las bolsas. Si no conseguí exactamente lo que querían, traté de elegir en todo caso lo mejor.

Salí de la pieza y subí a los altos a cambiarme por un vestido de casa y hacer el aseo.

Miré mi segundo mejor vestido y no pude resistir a la urgencia de sacarlo durante un minuto y ponerlo sobre la cama y dejar que el aire tibio de la primavera acariciara mi cansado cuerpo. Aún debía lavar el suelo de la cocina y los baños y planchar el terno de Claudio. Sin duda mamá Bernarda haría la comida, pero no lavaría los platos. La abuela se esfumaría en un rincón para tomarse su jarabe para la tos. Las niñitas pelearían por el baño durante una hora y finalmente saldrían... ambas con algo mío. Y Claudio volvería a casa de su pequeño taller eléctrico, se daría una ducha y se sentaría frente al televisor mientras la abuela y mamá Bernarda discutían entre ellas. Sólo el proyecto de esas peleas de los sábados me enfermeba. Eso más el aburrimiento...

Cerré los ojos, me tapé la cara con las manos y murmuré en silencio:

—¿Hasta cuándo? Oh Eugenio, te quiero tanto...

Las lágrimas mojaron mis dedos mientras recordaba su robado beso de



sólo una hora antes y el susurro de sus palabras:

—Abandónalos, Florencia. Ellos no te necesitan. Ninguno de ellos te necesita. Pero yo sí. Tú eres todo en el mundo para mí..., mi vida entera. Podemos irnos de aquí, ir donde tú quieras..., empezar de nuevo los dos solos...

Lancé un largo suspiro y traté por enésima vez de analizarme a mí misma y a mi situación. Tenía treinta y siete años, estaba casada con un hombre que no amaba y atada a una familia que no me necesitaba. Si quería culpar a alguien por todo eso, creo debía empezar por mi madre...

Ella se casó tres veces por amor y tres veces terminó anulada. Mi padre fue el primero y luego de cuatro años de amargas desavenencias, él se marchó y le pidió la nulidad para volver a casarse.

—Era un bueno para nada —lo describía mamá—. Pasaba rascando la tierra toda la semana en el campo y los wikén en algún bar. Si no hubiera sido por mi educación puritana, jamás habría confundido el sexo con el amor.

La segunda vez, cuando yo tenía seis años, mamá se casó con un vendedor viajero que más viajaba que vendía. El tenía el lema que la variedad era la sazón de la vida y cada vez que salía de la ciudad se la jugaba a mi madre.

—Sexo —clamaba mi madre—. Solamente sexo.

La tercera vez, cuando yo tenía doce años, se casó con el dueño de un restaurante. Su nombre era Spiro Poppas. Era moreno, rechoncho y le doblaba en edad. Mamá era alta, esbelta y rubia.

Respecto a él decía mi madre:

—Me prometió la luna y todo lo que me ha dado han sido comidas grasientas. Pensé que por ser extranjero me trataría con respeto y decencia. Pero tanto no fue, así que terminé por odiarlo.

Aun ahora sus consejos giraban y giraban en mi mente como ratas buscando un rincón en una pieza redonda.

—No existe eso que llaman amor, Florencia, así es que olvídalo. Amor es sólo una palabra elegante para nombrar al sexo. No te dejes engañar ni te esclavices por él. Las chicas inteligentes se casan con hombres ricos y que les brinden seguridad... y se aseguran de que tendrán ambas cosas antes de comprometerse. Olvida la luz de la luna y esas patrañas. Busca bases sólidas, alguien con quien puedas conversar, alguien que cuide de ti. Los fuegos artificiales son sólo para las navidades. Un matrimonio bueno debe fundarse en el respeto y la bondad, y también el dinero.

Ella desmenuzaba a cada chico con que yo salía. Sólo se demostró complaciente cuando empecé a hacerlo con Claudio.

El buenazo de Claudio. Aunque era sólo ocho años mayor que yo, era viejo cuando aún era niño. Su madre viuda lo hizo así con su eterno "ahora que eres el jefe del hogar". No podía hacer deportes, porque "debía gastar sus energías en cosas más serias". No fue a la universidad, porque "estudiar era una pérdida de tiempo". No podía salir con chicas porque "tenía demasiadas responsabilidades en su casa".

Claudio trabajaba como un esclavo, dirigido por su madre, y llegó a ser dueño de la pequeña tienda eléctrica cuando tenía veintisiete años y se casó conmigo cuando tenía veintiocho. Yo tenía sólo veinte.

Su madre quiso que esperara a cumplir los treinta, pero yo lo amenacé con marcharme a estudiar a otra ciudad, y Claudio tuvo miedo de perderme o algo por el estilo. Fue la primera vez en su vida que le hizo frente a su madre y lo hizo con argumentos lógicos mezclados con un desafío débil.

—¿Por qué esperar? ¿Para perder a Florencia? No soy un astro de cine por mi aspecto. Ella me quiere como soy. Nos avenimos bien. Está dispuesta a vivir aquí con nosotros...

Supongo que eso parece ridículo, que yo quisiera vivir con dos mujeres viudas. Pero recordaba mi pasado: a veces tenía un padre y en otras no lo tenía. ¿Una casa vieja como hogar? ¿Una donde la misma familia vivió durante treinta años? Pero por ese entonces, me parecía el cielo.

Pero desgraciadamente los años me probaron otra cosa.

Oh, claro que tenía seguridad. Es decir, se me decía repetidamente y casi a diario que "algún día esa vieja casa sería mía". Mía, con su tejado destrozado, sus cañerías antediluvianas, su ático mohoso, sus doce piezas de techos altísimos y ubicada en el barrio decaído de la ciudad. La abuela y la madre de Claudio recibían una pensión de montepío, pero ninguna de ellas daba nada para la mantención del hogar, y tuvimos que criar nuestra familia y alimentar a las señoras con lo poco que ganaba mi marido.

Mónica nació nueve meses y dos semanas después que nos casamos. Lucy llegó dos años después. La abuela se vino a vivir con nosotros al año siguiente. Y no se volvió a ir.

Las pocas veces que en esos primeros años le alegué a Claudio por ser perpetuamente supervisados —decir dónde íbamos, aconsejarnos respecto a qué hacer, a qué usar, a cómo cocinar, a cómo mantener la casa—, él generalmente me contestaba:

—Tienen buenas intenciones, Florencia. Sólo piensan en tu bienestar igual como en el mío. Y te hacen la vida más fácil, ¿no es así?

En seguida apuntó todo lo que ellas hacían por la casa, planeando las comidas, cocinando, siendo niñeras, y con eso darme más tiempo para mí misma y para él.

Y sentí vergüenza por mi ingratitud y recordé que antes de eso yo había vivido en departamentos en altos sobre tiendas y en casas arrendadas donde a veces nos debíamos esconder de la dueña por falta de dinero. Debería entonces conciliar y avenirme con el mandoneo de las ancianas y con el hecho de que me quitaran todo trabajo de mis manos. Sin embargo, hablando en general, des-



•• Me duele, mamá. No me dejes. Perdóname y llévame contigo.

cubrí que tanto la abuela como mamá Bernarda preferían no ejecutar las tareas pesadas. Arreglar flores era para ellas... fregar pisos para mí. Planear menús para ellas..., comprar para mí. Sacar a pasear a las guaguas era para ellas... Para mí lavar los pañales.

No obstante, eran en total las corrientes subterráneas lo que más me molestaba, las sensaciones de desdicha que yo experimentaba y de las cuales siempre me avergonzaba.

Como, por ejemplo, el amor de Claudio. Mamá sabía de lo que hablaba cuando dijo que los fuegos artificiales eran sólo para las navidades. Ciertamente no se encendían en nuestro dormitorio.

No quiero decir con eso que Claudio fuera desconsiderado. Sólo me refiero a que para él el amor era sólo una rutina igual que tomar desayuno o darse una ducha. Era parte de la vida, y había que hacerlo. Eso era todo.

A veces yo le preguntaba a mi marido cosas como esta:

—¿Eres realmente feliz? ¿Te satisfago yo? ¿En realidad me amas? ¿O te casaste conmigo porque sentiste que ya tenías edad de tener una esposa?

Sus respuestas eran siempre amables y algo paternales.

—¿Qué más puedo pedir? —replicaba sonriendo—. Eres joven, bonita y agradecida. Jamás me rechazas. Me has dado dos hijas. Tienes un cuerpo hermoso. Si me estás preguntando si preferiría estar casado con otra mujer, mi respuesta es un rotundo no.

En seguida me sentía confundida y decía:

—Pero ¿es a mí a quien amas? ¿Soy distinta a las demás mujeres? ¿Soy toda tuya?

"Jamás comprendía lo que le insinuaba. Por lo general contestaba:

—El certificado de la iglesia y del civil aseguran que eres mía. Y no te ves como las otras mujeres, ¿no es cierto? En cuanto a ser diferente hay sólo dos sexos, ¿correcto? Hombre y mujer. Todos los matrimonios son iguales en ese aspecto.

Finalmente dejé de hacerle preguntas y viví día a día. Me dije a mí misma que era una tonta, una mujer desorientada y que tenía dos hijas que educar y que no debía buscar algo que suponía me faltaba. La gente era toda la misma, ¿no era así?

•• Pero educar a mis hijas en esa casa no era tarea fácil. Mónica y Lucy aprendieron muy temprano en la vida que había tres opiniones en cada tópico y que si una opinión no les gustaba podían intentar la otra hasta conseguir la que deseaban.

Por ejemplo, si yo decía: "No coman tantos dulces", mamá Bernarda lanzaba: "Puedes comer dulces después de comida, preciosa", y la abuela les pasaría por debajo dinero susurrando: "Será nuestro secreto".

Y si pretendía arriesgarme a ser moderna y decía: "Deben usar las faldas más cortas", mamá Bernarda agregaría: "¡Las señoritas andan cubiertas!", y la abuela opinaría: "Y eso significa usar medias".

Cuando me opuse a que aprendieran a manejar porque las chicas no tenían aún edad para sacar carnet, mamá Bernarda dijo: "Creo deben aprender a manejar para el caso de una emergencia", y la abuela comentó: "Estamos en un mundo moderno y hay que saber desenvolverse dentro de él."

Y mis dos hijas eran jóvenes. No estaban de acuerdo con la opinión de los adultos y ansiaban libertad y permiso. Por eso sus respuestas favoritas eran: "Pero la abuela dijo que podíamos..." O: "La bisabuelita opinó que no había inconveniente..."

Pasaron los años y yo los viví en la difícil tarea de ser esposa, madre e hija política. Estoy segura de que frente a la gente yo parecía una mujer satisfecha y que mi casa representaba un ideal. A veces lloraba de pensar que me llegaría la muerte en medio de ese insípido vacío. Pero lloraba encerrada en mi pieza.

Conocí a Eugenio en la farmacia. Fui a buscar el jarabe para la tos de la abuela y él me atendió.

—¿Sabía que este remedio puede producir acostumbramiento? —dijo al pasarme el frasco—. Tiene un alto porcentaje de...

—Lo sé —murmuré abriendo mi cartera para sacar dinero—. Lo previno el médico. Pero a los ochenta años, ¿qué tantos hábitos se pueden adquirir?

Le pasé el dinero y lo miré. Mi mano se detuvo a medio camino y también la suya. Fue extraño lo que sucedió en ese momento entre los dos.

No sugiero que Eugenio se pareciera a Clark Gable o que fuera de un atractivo físico arrollador. Nada de eso. Sus facciones eran regulares, pero estaba lejos de semejarse a un actor de cine.

Tampoco creo en el infantil amor a primera vista. Tenía más relación con el sentimiento de pertenecer, de una comprensión total y completa, y apreciación y compatibilidad y todo eso sin haber levantado ni un dedo por conseguirlo. Fue como una especie de telepatía interior.

Lo oí murmurar sin tener por qué hacerlo:

—Mi nombre es Eugenio Haver.

Yo contesté, igual que una estudiante a su profesora:

—Yo soy Florencia Benítez. El jarabe es para la abuela de mi marido. Vive con nosotros...

Más tarde me di cuenta de que traté de prevenirlo, porque me dio miedo la sensación de intimidad que se produjo entre nosotros.

Tragó ante la mención de mi marido. En seguida dijo, sin apartar sus ojos de los míos:

—¿Vive usted aquí?

—Sí. ¿Y usted es nuevo en la ciudad?

—Sí —contestó—. Soy viudo. Mi esposa murió hace poco más de un año.

Enrojeció al darse cuenta de lo que había dicho. Yo me enternecí. Y todo mi cuerpo pareció tener una vida nueva.

Un niñito entró a comprar un chicle y yo cogí mi cartera y el jarabe y me di vuelta. Sabía que me seguían los ojos de Eugenio. Dudo que el pequeño pagara por su compra.

Me dije a mí misma que nada saldría de eso. Era sólo una de esas atracciones locas y absurdas. Como tener la sensación de que se ha estado en cierto sitio y hecho cierta cosa antes, cuando en realidad no es así.

Por eso traté de olvidar el asunto y volver a la normalidad. En el exterior lo conseguí. Pero, por dentro, no volví a ser la misma. En una ciudad tan pequeña como la nuestra era inevitable no ver a Eugenio con cierta regularidad.

La próxima vez que fui a la farmacia, Eugenio salió del mostrador para recibirme.

—Necesito jabón y pasta de dientes.

La farmacia estaba desierta. Me observó en silencio mientras sacaba las mercaderías de los estantes y al pasarme el paquete susurró suavemente:

—Florencia, ¿en qué crees?

Me sobresalté.

—En Dios. En la libertad, en la decencia. ¿Te refieres a cosas así?

Asintió.

—Más que eso. ¿Crees, por ejemplo, en la predestinación? ¿En la percepción extrasensorial?

Tragué y sentí una extraña calidez interior. Tenía miedo de mirarlo, porque sabía que después no podría apartar mis ojos de los suyos.

—¿Te refieres a que dos personas pueden ser movidas como peones sobre un tablero de ajedrez hasta encontrarse y llegar a conocerse sus pensamientos interiores y motivos?...

—Tú también lo sientes. Estoy seguro, pero quiero oírlo de tus labios. ¿No es una locura? Estuve diez años casado con Delia y fuimos siempre extraños. Te he visto a ti dos veces y nos conocemos perfectamente. El gris es tu color favorito, ¿no es así? Odias las multitudes y te gusta la comida china. La ópera te aburre. Te encantan las chirimoyas.

Lo miré con la boca abierta.

—¿Tengo razón? —preguntó y echó la cabeza hacia atrás, lanzando una carcajada.

Me pasé la lengua por el labio y dije nerviosa:

—¿Cómo sabes...?

Dejó de reír y me miró con ternura.

—Porque yo pienso lo mismo de todas esas cosas.

Permanecí mirándolo y lentamente las lágrimas se agolparon a mis ojos.

—Es increíble —susurré—. Es increíble que otro ser tenga mis mismos gustos. Siempre me ha parecido que soy diferente a los demás. Como una quinta rueda...

—Lo sé —dijo, acercándose—. Yo también. Conocí a mi mujer en la universidad. Ella quiso vivir con sus padres y me pareció lógico, porque mi familia estaba desparramada por todo el país. Pero pasé de ser un hombre sólo a transformarme en un solitario. Trabajaba, pagaba las cuentas y cuando miraba a mi alrededor me parecía que no tenía ni siquiera una silla donde sentarme...

—Comprendo muy bien eso —repliqué con angustia—. Yo lo creí autocompasión, egoísmo, ingratitud... Pero duele.

Y de pronto no hubo nada más que decir. Éramos semejantes. Nos atraíamos. Pero éramos social y moralmente prohibidos.

—Debo irme —dije forzándome por desprender mis ojos de los suyos—. Tengo mucho que hacer.

Dio un paso hacia adelante cuando pretendí alejarme. Pareció cogerme con todo, menos con sus brazos. Después se apartó.

Luego de un par de veces que deliberadamente lo evité cuando iba a la farmacia, llegó la tarde en que la abuela necesitó un remedio especial... y Eugenio estaba solo.

Le pasé la receta. En silencio se ocupó de ella. Sus ojos estudiaban los míos de cuando en cuando con comprensión y desaliento.

Cuando le pasé el dinero, cogió mi mano y yo me sentí muy débil y con un nudo en la boca del estómago.

—¿Vamos a soportar esto para ver si se esfuma? —preguntó suavemente—. ¿Nos vamos a evitar simulando que no existe nada entre nosotros? ¿O nos vamos a dar una oportunidad para averiguar si es real o ilusión?

Mis ojos miraron los suyos con tal intensidad, que me sentía perdida. Pensé frenética: "Esto es lo que significa ser mujer, ser parte de un hombre tal como lo quiere Dios..."

No gasté tiempo en mimos. Simplemente dije:

—He tratado las dos primeras cosas. ¿Cómo haremos con la tercera?

—Déjame abrazarte. Déjame besarte. Veamos qué sucede. Inmediatamente...

Tragué fuerte. Si se desvanecía —si era sólo un adorable espejismo—, mi monótona vida sería más monótona que nunca. Si florecía y el amor nuestro era real, entonces nos veríamos atrapados.

—Perdimos —razoné en voz alta.

Comprendió lo que insinuaba.

—¿Podría ser peor que la agonía en que estamos ahora? ¿Y en qué hemos estado siempre? ¿Es un pecado querer descubrir si la felicidad es sólo un mito?

Sus labios tocaron suavemente los míos y en seguida se transformaron en posesivos.

Había leído de besos así. Pero nunca experimenté ninguno. Todo mi ser dejó de existir como individual y pasó a formar parte de Eugenio. Todo lo demás se esfumó. El techo bien pudo caerse. Un ejército pudo entrar por la puerta. Nada importaba.

Cuando separó su boca de la mía, me apretó contra su pecho susurrando sólo dos palabras:

—Eres mía.

Y yo respondí sin la menor sombra de duda:

—Lo sé...

Pero me sentía asustada y confundida.

—Debo irme —anuncié—. Debo darme prisa.

—Arreglaremos esto. No puedo perderte...

Y ahí estábamos. Ahí estábamos aún. Besos robados. Promesas. Esperanzas. Sueños. Tres hermosos y desgarradores meses de verlo durante unos pocos minutos en algún sitio desierto y deslizarnos en la trastienda cuando la farmacia estaba vacía para sentir sus brazos, gustar sus besos y detenernos justo a tiempo.

—No quiero un amorío contigo —repetía una y otra vez—. Deseo que seas mi mujer. Te anhelo conmigo para siempre.

—Yo también anhelo eso. Ansío empezar de nuevo. Ojalá sufriera de amnesia, para borrar todo lo que no sean mis dos hijas y tú...

• • Mis dos hijas.

Eso me volvió a la realidad. Las amaba y no quería dejarlas y sabía que jamás me permitirían llevarlas conmigo. Ni mamá Bernarda ni la abuela soportarían eso. Harían todo tipo de escándalo, probarían que yo era una mala madre. Claudio vería lo lógico de sus argumentos, y las niñitas se volverían contra mí, porque estaban malcriadas y sacaban mejor parte de sus abuelas que conmigo. Además, ¿qué chica podría querer un padrastro? Yo jamás lo quise.

Pesé las consecuencias, las medí y sólo logré sufrir y preocuparme.

Además tenía afecto a Claudio. En muchas cosas le estaba agradecida. Pero él me necesitaba y me usaba igual como lo hacía con un sillón del living y con la cocina. No por mi individualidad, sino simplemente porque era una mujer y era cómodo tener a una mujer a su lado. Y un certificado no hace un matrimonio, como tampoco el dar a luz hace a una madre.

Eugenio y yo éramos más casados —sin sexo ni legitimidad— que Claudio y yo, aunque durante cien años viviéramos bajo el mismo techo. Ahora sabía que la afirmación que decía que los matrimonios se hacían en el cielo se refería a los matrimonios de verdad.

Aun entonces no sabía si en realidad tendría fuerzas para irme; pero sucedió el episodio del perejil de mamá Bernarda.

Cuando volvimos de la iglesia al día siguiente, la anciana estaba como un ciclón. Comencé a poner los alimentos en la mesa mientras el resto de mi familia se cambiaba ropa, y aunque mamá Bernarda me lanzó relampagueantes miradas, no dejó que se desatara la tormenta hasta que estuvimos sentados. Ella, antes de iniciar el almuerzo siempre oraba en acción de gracias.

Entonces anunció con voz trágicamente trémula:

—Pienso que después de lo que me contó Berta esta mañana, no creo pueda dirigirme a Dios. No recuerdo jamás haya habido un escándalo en esta familia y ahora, el que la palabra adulterio se susurre a mis espaldas es vergonzoso.

—¿Adulterio? —preguntó Claudio—. ¿Qué demonios significa...?

Sus ojos no se apartaron de mi cara.

—¡Estoy segura de que tú sabes a qué me refiero, Florencia! —lanzó con voz triunfante.

Sucedió algo extraño en mí: me sentí aliviada.

Contesté con voz extremadamente tranquila y distinta a la mía de siempre:

—Berta jamás comenta nada bueno de nadie. Miente, exagera, distorsiona las cosas y le encanta producir problemas. Y sé exactamente cuál es ahora su chisme.

Todos se quedaron en silencio. Fue algo extraño, pero luego de todos esos años de semimiseria y de los tres últimos meses de angustiosa indecisión, de pronto me sentí muy contenta de que por fin hubiera salido a luz la verdad. Mi hija mayor pensaría que me iba a acobardar y que me arrastraría por el resto de mi existencia pidiendo el perdón de un pecado que no había cometido. No sería así, porque sentía que Dios, desde el cielo, había echado a andar su maquinaria para darme la ansiada libertad.

—Bueno... —lanzó mamá Bernarda y dejó la palabra en suspenso—. ¡Berta no pelaría si la gente no le diera material para mover su lengua!

Pero no llegó más adelante de eso, porque me puse de pie y arrostré a todos ellos, dirigiéndome en particular a la anciana:

—Es mejor llamar las cosas por su nombre. Usted se refiere a Eugenio Haver y a mí me está condenando de un pecado de adulterio que jamás ha existido.

En seguida, dando una mirada de disculpa a mis dos hijas, les conté el asunto en la forma más sucinta que pude: que Eugenio me amaba y me necesitaba y ellas no, que yo lo amaba y quería casarme con él, que odiaba dejar a mis hijas, pero que suponía que mis parientes políticos querrían sacarme del cuadro y que para ello harían cualquier cosa. Por eso prefería dejarlas libres de vivir felices sin mí, como siempre lo habían hecho.

Salí del comedor y fui a mi pieza y comencé a empacar. Nadie dijo nada mientras yo subía la escalera. Telefoneé a Eugenio desde mi dormitorio y le pedí me fuera a buscar dentro de veinte minutos.

—Gracias a Dios —exclamó—. Hacer la decisión era la valla más infranqueable. Recoger los pedazos será fácil. Te haré feliz, Florencia. Jamás te arrepentirás...

• • Claudio entró

a la pieza diez minutos después. Venía llorando.

—No sabía que fueras tan desdichada. No puedo pedirte que lo recapacites, porque lo has estado pensando durante años, ¿no es así? Mucho antes que ese hombre llegara a esta ciudad. Y no puedo odiarte o acusarte, porque sé que eres una mujer decente. Y tampoco puedo pedirte que te quedes, porque me consta que a mi lado jamás serás dichosa. He tenido todos estos años para hacerlo y no lo he conseguido.

Me di vuelta y lo miré y se me apretó el corazón. Si su actitud hubiera sido cruel, todo me habría parecido más fácil.

—Es mejor que no prolonguemos la agonía —murmuré—. Un final definitivo me parece lo mejor. Me gustaría que las niñitas se fueran conmigo, pero sé que tu madre jamás permitiría eso. Y mis hijas dependen más de ella...

—Ellas te quieren. Te necesitan. Sólo que no sospechan hasta qué punto. Perdón por haberte hecho sentir innecesaria y no amada...

La bocina de Eugenio sonó afuera; cerré la última maleta y, pasando junto a Claudio, bajé de prisa la escalera. Las cuatro mujeres estaban en el vestíbulo. Mamá Bernarda, tensa e incrédula, pero victoriosa. La abuela asustada. Mis dos hijas, pálidas con sus bocas muy abiertas.

Lucy gimoteó:

—Mamá, ¿en verdad vas a dejarnos?

Vacilé y en seguida las miré —a mis dos hijas— y se me apretó la garganta y sentí un dolor tan grande, que creí morir en ese mismo momento. Pero me las arreglé para contestar:

—Ustedes no me necesitan. Jamás me han necesitado..., excepto para darlas a luz. Esta casa está llena con gente que hace decisiones, y ustedes estarán bien. Y —creánlo o no— a ambas las quiero mucho. Pero no me siento con fuerzas para continuar siendo para ustedes sólo su chica de los mandados.

Ambas me abrazaron, pero mamá Bernarda las separó de mí y las alejó. La abuela recuperó su serenidad y dijo:

—La comida se está enfriando.

Sonreí con amargura a Claudio y dije:

—Me pondré en contacto con un abogado. Sólo quiero mi libertad y el derecho de ver de cuando en cuando a mis hijas.

Y todo terminó.

Eugenio cogió mis maletas, me llevó al auto y lo hizo partir.

Eugenio también me prestó dinero para arrendar un departamento en una pequeña ciudad no lejana y me mudé allí esa misma tarde.

El lunes en la mañana fui a ver a un abogado. En la tarde salí en busca de un empleo y lo conseguí.

—¿Para qué vas a emplearte? —

preguntó Eugenio cuando lo vi más tarde—. Yo pagaré tus gastos y después nos iremos...

Me sentí cansada, pero me las arreglé para sonreír y contestarle:

—Tú pagarás las cuentas después que nos casemos. Y también entonces podremos irnos. Pero demorará por lo menos seis meses en salir la nulidad y, mientras tanto, no quiero que me mantengas. Además tú necesitarás tiempo para encontrar otra farmacia para comprar.

—Sería capaz de vivir en una carpa y alimentarme de comida de tarros y bañarme en el río...

Reí.

—¡Así es que con un hombre así tengo que casarme! —En seguida agregué con suavidad—: Yo también haría lo mismo para estar contigo.

• • El martes

comencé a trabajar y a los pocos días la vida tomó una rutina vacía, pero con compensaciones. Vacía porque me sentía como una sonámbula, echaba de menos a mis hijas y me preocupaba por ellas; con compensaciones, porque no debía esconderme para ver a Eugenio.

El domingo siguiente —una semana después de dejarlo—, Claudio fue a verme.

—Recibí los papeles del abogado —dijo parado al lado afuera de mi departamento—. Me prometí a mí mismo y a ti no rogar...

—No hay motivo para rogar —dije serena y decidida—. Todo ha terminado. Olvidemos lo sucedido.

Me miró y vi lágrimas en sus ojos.

—Te quiero —murmuró con voz quebrada—. Hasta hace una semana no sospechaba el fardo que cargabas. Siempre te tomé como algo mío y pensé que tus quejas eran sólo mimos y caprichos. Ahora no oigo más que quejumbres, porque hay que fregar pisos, las compras las tengo que hacer yo y las niñitas están caprichosas...

Lancé un profundo suspiro.

—Las niñitas siempre han sido caprichosas, Claudio. Lo que pasa es que antes nunca lo notaste. Y puesto que Lucy es la menor, es la que tiene menos criterio. Toda tu vida has elegido las decisiones más agradables de los demás y durante toda mi vida de casada luché por una batalla perdida. Si has venido a pedirme que vuelva para que friegue pisos, lave la ropa y haga las compras...

Me miró suplicante.

—He pensado que si nos vamos de esa maldita ciudad y llevamos con nosotros a las niñitas a un hogar nuestro...

Mi corazón pareció endurecerse en busca de protección y moví la cabeza.

—Durante dieciocho años te he rogado porque hagas esa decisión —dije lentamente—. ¿Crees que tienes derecho a pedirme que renuncie a mi felicidad, basándote en esa débil promesa? Tu madre y tu abuela han formado el criterio de las niñitas desde sus cunas y tú las dejaste. ¿Para qué arrepentirse ahora? Porque piensas en que cuando las chicas se casen, te verás en un museo, encerrado con dos veteranas sin vida tuya de ninguna clase. Bueno, eso hice yo hasta ahora, pero desde el momento que decidí otra cosa me he vuelto egoísta.

Asintió lentamente, se dio media vuelta y se marchó.

La tarde del miércoles siguiente Mónica fue a verme.

No me abrazó ni me besó y no me sorprendí. Nunca fuimos demostrativas y seguramente le ardían los oídos con los chismes respecto a mí. Se sentó en el borde del sofá y miró el departamento.

En seguida levantó los ojos y dijo:

—Lucy está más loca que nunca, mamá. Tú sabes que no tiene carnet para manejar y se supone no debe sacar el auto, pero cada vez que la abuela o la bisabuela quieren algo la mandan...

Asentí lentamente.

—No puedo hacer nada contra eso, Mónica. No lo pude hacer cuando vivía en casa, ¿qué puedo entonces hacer ahora? Me gustaría que ambas vivieran conmigo, pero ¿lo harían? ¿Lo aceptaría Lucy? No creo, porque es mucho más divertido ser mimada y hacer locuras.

Un par de lágrimas se deslizaron por sus ojos.

—Comprendo lo que insinúas. Nos hemos puesto difíciles y lo sé. Y sé también que la abuela no dejará que papá nos entregue. Y yo odiaría dejar a mi padre para vivir con un hombre extraño. —En seguida agregó con rapidez—: Sé que el señor Haver es muy bueno y que tú no has hecho nada malo, y que papá es débil en muchas cosas. Aunque yo no me quedaré en casa mucho más, me preocupa Lucy...

Se puso de pie y caminó hacia la puerta. En seguida se dio vuelta y dijo:

—Ahora comprendo algo por lo que has pasado. Hemos sido unas tontas caprichosas, ¿no es así, mamá? Hemos sido malas y egoístas...

Eso rompió mi coraza y lo próximo que supe fue que estábamos abrazadas, llorando.

—Estarás bien, hijita —susurré—.



ENTRE EL AMOR Y EL DEBER

Estás comenzando a crecer y a transformarte en una chica buena. Y te quiero mucho. Si hubiera tenido el valor de resistir un par de años más...

Contestó con una madurez sorprendente:

—No, mamá. Sigue tu camino y sé feliz. Todos hemos tenido una oportunidad y tú mereces ser dichosa como un cambio. Yo cuidaré de Lucy.

Dos semanas después Claudio me telefoneó llorando tan angustiosamente que me costaba oírle.

—Es Lucy, Florencia. La abuela necesitaba su jarabe para la tos y mamá unas hojas de laurel para unos tallarines y la mandaron a hacer las compras sola en el auto. Mónica estaba en la biblioteca. Lucy chocó, se dio vuelta y cayó a una zanja. Ahora está en el hospital.

—¡Oh Dios mío! —exclamé.

—No están seguros de si podrán salvarla...

Eso fue en la tarde de un jueves —la tarde libre de Eugenio— y estaba conmigo. Me llevó al hospital y, para decir la verdad, no recuerdo mucho del viaje, excepto que me pareció interminable y angustioso.

Claudio se puso de pie cuando me vio llegar.

—Creen poder salvarla. No ha cesado de preguntar por ti.

Fui derecho a su pieza. Dos médicos y tres enfermeras estaban junto a su cama. Cuando la vi, contuve el aliento. Por un momento creí me iba a desmayar, pero sólo me bamboleé y conseguí afirmarme. Parecía una momia. Como una momia blanca bajo una cámara de oxígeno.

Durante varios segundos se mantuvo quieta y después movió la cabeza de un lado al otro, susurrando:

—Mamá..., mamá... —Parecía una muñeca destrozada.

• • Pasé cuarenta y ocho horas

sentada ya sea junto a su cama o al lado afuera de su puerta... hasta que pasó la crisis y recobró el conocimiento. Los demás venían y se iban, pero yo me quedé. Eugenio de cuando en cuando me rodeaba con sus brazos y trataba de hacerme dormir afirmada en su hombro. El y Claudio me llevaban café. Mónica se movía a mi lado. Ella y Eugenio en momentos conversaban, conociéndose. Yo, la mayor parte del tiempo, lo pasaba en silencio.

Una vez le pregunté a Claudio con amargura:

—¿Dónde está tu madre? ¿Por qué no está aquí dirigiendo las cosas?

—Porque le dije que se quedara en casa y sacara su nariz de aquí.

—Se lo dijiste con dieciocho años de atraso...

Cuando Lucy me miró por primera vez y me conoció, dijo:

—Me duele, mamá. Todo. No me dejes. Perdóname. Llévame contigo.

Afuera de la pieza Claudio comentó:

—Ella tiene razón, Florencia. Quiero que las dos niñitas se vayan contigo y con Eugenio. Nadie te discutirá eso. Aprecio los dieciocho años de tu vida que me diste. Llévate las chicas y sé feliz.

Caminó pesadamente por el pasillo y lo observé alejarse. Eugenio permaneció a mi lado y también lo hizo Mónica. Pensé: "He ganado. Soy libre... y he ganado".

No sentí ninguna emoción. En vez de eso, al contemplar los hombros combados de Claudio y su caminar pesado, me encontré a mí misma recordando jirones de la ceremonia nupcial: "Para mejor y para peor... en salud y enfermedad..."

Me volví a Eugenio y dije:

—No puedo hacerlo. No puedo ser tan cruel. Pensé que podía, pero es imposible.

Mónica se acercó a mí y propuso:

—Cuando Lucy esté mejor, llévatela, mamá; yo me quedaré con el papi.

Entonces su voz se quebró y corrió por el pasillo tras su padre, que se hallaba de pie junto al ascensor.

Eugenio puso sus manos sobre mis hombros y mirándome con gran amor, dijo:

—No dejes que un momento de sentimentalismo arruine nuestras vidas, Florencia. Si vuelves con él dentro de poco tiempo te verás envuelta en la misma rutina de antes. Tal vez en casa distinta y sin tus parientes políticos, pero jamás has amado a tu marido y te seguirás sacrificando por una causa perdida. Claudio es lo que quiere ser. Las niñitas crecerán y se marcharán y tú te verás en un infierno.

—Lo sé. Pero no podré ser feliz sabiendo a Claudio desdichado.

—El se ha creado su propia miseria, Florencia. Es un hombre adulto, ¿no es así? Y éste es un país libre, ¿cierto?

—Pero existe un Dios y las palabras de la ceremonia...

—Jamás te casaste con él, Florencia. No realmente.

Tenía tres alternativas. Podía ser desdichada y esclavizarme por el resto de mi vida; podía pedirle a Eugenio me esperara hasta que crecieran las niñitas; o podía ser lo que ellos se proponían: libre y dichosa.

Llámenme sin corazón, llámenme desconsiderada. Seguí adelante con la nulidad. Llevé a mis dos hijas con ojos tristes y seguí a Eugenio y hemos comenzado una vida nueva en otra ciudad.

Sí, a veces siento pena y remordimientos por Claudio. Pero la prueba de que las palabras de Eugenio eran verdad yace en el hecho de que mi marido continúa en la misma casa con su madre y su abuela... prefiriendo vivir como un anciano a como un hombre joven que debe hacer decisiones.

Eugenio no elude las decisiones y luego que Lucy recibió su inyección de miedo en el sitio preciso, ambas niñas comienzan a hacer esfuerzos verdaderos para conseguir aprender a obedecer las órdenes que les damos. No pretendo negar que aún nos quedan muchos escollos por salvar y muchos ajustes por hacer y que también sufrimos algunos dolores, pero, a pesar de esos tropiezos, tratamos con ahínco de salvar lo que nos queda de vida.

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 19 AL 25 DE OCTUBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
marfil.
Número
6.

TU CORAZON
Por fin se aclarará una situación tan largamente esperada, pero tendrás que seguir luchando pues todavía no hay cimientos bien sólidos.

TU TRABAJO
Estás aburrida de lo que haces, pues has caído en la rutina y has perdido todo el interés en tu labor. Busca nuevos intereses y desarróllalos.

TU SALUD
Aunque aún no ha llegado el verano, el sol de primavera es muy penetrante y si no te cuidas te expones a grandes insolaciones.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
verdeagua.
Número
5.

TU CORAZON
Gracias a tu paciencia y buen carácter lograrás estrechar esos lazos que creías imposibles, pero cede sin perder tu personalidad.

TU TRABAJO
Existe una cierta inseguridad en tu trabajo debido a los numerosos cambios de sección, pero no te asustes que todo será para mejor.

TU SALUD
No tomes todas las cosas tan a pechos, pues tu demasiada preocupación no soluciona nada y sólo colabora a estropear tu salud.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
viernes.
Color
marrón.
Número
9.

TU CORAZON
Trata de evitar las tensiones familiares siendo más generosa con los que te rodean y pensando menos en ti si quieres lograr armonía.

TU TRABAJO
Tu futuro económico puede estar íntimamente relacionado a tu familia. Trata que la armonía sea perfecta si quieres triunfar en el trabajo.

TU SALUD
Cuida de tu apariencia en todo momento y ocasión. No olvides que a los que te rodean les agrada verte limpia y atrayente.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
oro.
Número
2.

TU CORAZON
Toma con calma tus asuntos sentimentales. Cualquier arrebato o imprudencia podría echar a perder todo ese terreno que habías ganado.

TU TRABAJO
Los que desempeñan una profesión relacionada con el comercio conocerán el éxito, especialmente en las ventas.

TU SALUD
Afección cutánea posiblemente producida por la intolerancia a algunos de tus productos de maquillaje.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
beige.
Número
9.

TU CORAZON
La simpatía, el afecto y la preocupación que demuestras por los demás pueden ser equivocadamente interpretados. Defiende tus ideales.

TU TRABAJO
Período difícil en el que deberás ser extremadamente cuidadosa en tus gastos e inversiones.

TU SALUD
Peligro de torcedura o quebradura. Los tobillos y las muñecas serán los puntos frágiles a cuidar.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
viernes.
Color
violeta.
Número
4.

TU CORAZON
Habrá cierta relación entre tus asuntos sentimentales y materiales. Da a cada cosa la importancia que tiene.

TU TRABAJO
No te dejes deslumbrar por los éxitos fáciles. Sigue el camino de la perseverancia como único medio seguro.

TU SALUD
Trastornos digestivos. Evita los platos demasiado suculentos y aliñados. Toda sustancia irritante perjudica a tu organismo.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
domingo.
Color
fucsia.
Número
8.

TU CORAZON
Si estás casada, el afecto y el sentido del deber lograrán un profundo acercamiento. Para las solteras, posibles lazos de unión.

TU TRABAJO
Tu seguridad material tiene gran importancia para tu equilibrio síquico. No lleves a extremos este sentimiento.

TU SALUD
Complicaciones a raíz de una posible infección. Sé extremadamente escrupulosa en el cuidado de las heridas.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
sábado.
Color
aguamarina.
Número
6.

TU CORAZON
Una aventura con una persona de más edad podría suscitar un serio trastorno en tu vida conyugal. Cuidado.

TU TRABAJO
Tu ansia de cambios y renovación deberá ser frenada en parte debido a los escasos medios económicos de que dispones.

TU SALUD
A pesar de que el estado general de tu salud es bueno, te aquejarán algunos resfríos de carácter asmático.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
plata.
Número
7.

TU CORAZON
No des demasiada importancia a las habladurías. Actúa según los dictados de tu conciencia y no te retractes de tus decisiones.

TU TRABAJO
No permitas que nada te desvíe del plan de acción previamente establecido. Tus negocios podrían perjudicarte.

TU SALUD
Trata de que tu alimentación sea completa y equilibrada. Tu organismo requiere de todas las sustancias.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
lunes.
Color
azabache.
Número
2.

TU CORAZON
Tu temperamento tan cerebral puede ser un obstáculo en las relaciones sentimentales; sin embargo habrá quien busque tu fuerza y equilibrio.

TU TRABAJO
Sentirás una gran inquietud por cambiar no sólo de trabajo sino que de sistema de vida en general. Aprovecha estas energías que sientes.

TU SALUD
Devuelve a tu cuerpo la juventud y elasticidad practicando diariamente ejercicios adecuados. No te descuides.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
púrpura.
Número
7.

TU CORAZON
Nuevas amistades y simpatías pondrán en crisis antiguos lazos afectivos. Puede producirse una situación delicada.

TU TRABAJO
Diferencias de opinión que tendrán que ser manejadas con prudencia y diplomacia. No te dejes llevar en ningún momento por tus impulsos.

TU SALUD
Vuelve a la naturaleza no sólo en tu sistema de alimentación sino que también en tu forma de vida. Tu salud lo necesita con urgencia.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
viernes.
Color
petróleo.
Número
9.

TU CORAZON
El orgullo será la causa principal de discusiones entre enamorados. A veces resulta difícil dar el primer paso, pero trata de hacerlo.

TU TRABAJO
Deberás soportar la compañía de un colega que no te resulta simpático. Tus superiores te están observando, así es que pon cuidado frente a él.

TU SALUD
Poca resistencia y considerable disminución de las energías. Duerme más y no trabajes más de lo que físicamente eres capaz.



REVISTA INFANTIL

cabrochico

aparece los viernes cada 15 días

Todos los cuentos, historietas, juegos, colores, han sido supervisados por sociólogos, psicólogos y expertos en literatura infantil, pertenecientes a la Universidad de Chile, Universidad Católica, Ministerio de Educación y trabajadores del Taller Editorial.

producida por Quimantú una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50

EC-5 N.º 1950



EL CUENTO DE LA SEMANA: "EL MILAGRO DE LA LLUVIA"

Manuel Cofiño López (cubano)

quimantú

la danza del espejo

ELIZABETH KYLE

Resumen de lo publicado:

Cuando JUDITH MARLOWE conoció a DAVID GODARD, lo creyó un reportero en busca de datos biográficos sobre su recién fallecida tía abuela, VERA HALVORSEN DE MARLOWE, que perteneciera un día al Real Ballet danés. Pero David se interesaba realmente en la nieta de la dama, prima de Judith, GISELLE, muerta cinco años antes en un choque de trenes.

Al morir, Giselle iba camino a Dinamarca para reunirse con el hombre que amaba, el piloto de una línea aérea comercial danesa, NIKKI, pero antes de alcanzar el aeropuerto de Londres, ocurrió el accidente.

Cuando examinaba las pertenencias de tía Vera, Judith se sorprendió al encontrar la valija de Giselle, intacta, todavía conteniendo lo que llevaba en su viaje, incluyendo su pasaporte y una cámara fotográfica. El pasaporte llevaba la visa de entrada a Dinamarca, pero no la de salida. Al desarrollar la película de la cámara, reveló una foto que demostraba que tía Vera había estado en Copenhague con Giselle y con INGE SCHALL, joven danesa que estuvo anteriormente viviendo en casa de tía Vera en Londres, intercambiando servicios por el aprendizaje del inglés.

David convenció a Judith de que fuera a Copenhague para ubicar a Inge y aclarar el misterio de la muerte de Giselle. En el avión ella y David se encontraron; él iba aparentemente en viaje de vacaciones.

Judith se sentía profundamente atraída hacia David, pero le molestaba la idea de que él estuviera solamente utilizándola para averiguar algo más sobre la prima de él, MARY GODARD, desaparecida. Finalmente supo que él no era un reportero, sino el director de una empresa periodística que poseía su abuelo, SIR JOHN GODARD, recién fallecido. Los directores trataban de encontrar a Mary Godard, porque ella debía heredar parte de la fortuna del anciano. David estaba convencido de que la joven que murió carbonizada en el tren y cuyos restos la señora Marlowe reconoció como de su nieta Giselle, no eran de ella, sino de su prima Mary.

Judith ubicó a Inge, ahora convertida en la SEÑORA AKSELL, a través de HERR RASMUSSEN, farmacéutico retirado, y quedó perpleja al descubrir que el marido de Inge era el mismo NIKKI, el amor de Giselle cinco años atrás. La llegada de Judith atemorizó obviamente a los Aksell. No solamente negó Inge haber visto a Giselle en Dinamarca, sino que Judith estaba segura de que la pareja había pretendido arrojarla a las profundas aguas de la bahía. Pero ella consiguió huir.

Durante una visita a una vieja amiga de tía Vera, la ex prima ballerina MARGARETHE RALOV, ahora llamada FRU FLINDT, Judith supo que su tía la había visitado, aterrorizada por el escándalo que provocaría el suicidio de Giselle... Giselle, al descubrir que Inge y Nikki iban a casarse, había ingerido una dosis mortal de somníferos y justamente el mismo tipo de droga había sido robada recientemente de la farmacia donde Inge trabajaba. La tía Vera pidió a Fru Flindt que cierta noche dejara abierta la entrada de su playa particular. La anciana aseguró haber visto a Inge y Nikki cargando un fardo pesado y llevarlo en el bote mar adentro.

CAPITULO VIII

En Dragor el viento soplaba fuerte y arrastraba la arena por las calles; en las esquinas y rincones se formaban remolinos. Los bazares que vendían *souvenirs* en la calle principal estaban ahora vacíos. Eran las últimas horas de la tarde y un bus cargado de turistas acababa de salir del hotel, al final de la bahía.

El viejo Herr Rasmussen, farmacéutico retirado, miraba con ojos brillantes y maliciosos a los camareros que salían a la puerta del hotel para respirar un poco de aire fresco y fumar unos cigarrillos. "¡Siempre apurados, siempre corriendo!", pensaba el anciano. Los viejos tiempos, cuando Dragor dependía exclusivamente del negocio de la pesca, eran mejores, pensó. Mucho más dignos.

Desviando la mirada divisó a dos personas que caminaban cogidos del brazo en dirección hacia la bahía, donde estaba él. Reconoció en el acto a la joven.

—Buenas tardes, Herr Rasmussen —dijo Judith—. Estábamos buscándole. Nos extraviamos en ese nudo de callejuelas y ya estábamos pensando en llegar hasta el hotel para que nos indicaran el camino.

El anciano se levantó con mirada radiante.

—Por favor, permítanme que los lleve hasta mi casa. Tal vez aceptarán acompañarme a tomar una tacita de café..., si quieren pasar por alto el desorden que encontrarán.

Judith sacudió la cabeza, sonriendo.

—Me gustaría ayudarle y limpiar un poco su casa, pero no tenemos tiempo.

Herr Rasmussen los miró socarronamente.

—¿Y qué es lo que quieren de mí? —preguntó.

—Oh, sólo un par de minutos de conversación.

No deseando mostrarse demasiado ansiosa, Judith tomó asiento al lado del viejo en la banca y contempló los barcos pesqueros como si le interesaran mucho. Fue David el que habló de repente con vehemencia, rompiendo el silencio.

—Según creo, ¿usted empleó una vez a una señorita llamada Inge Schall? —preguntó.

Herr Rasmussen lo miró un momento suspicazmente y luego respondió con otra pregunta:

VISTACION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
25 OCT 1971
DEPOSITO LEGAL

—¿Qué le sucede a ella?

—¿No le faltaron algunas drogas mientras ella trabajó con usted?

—Tenga cuidado, David —intervino de prisa Judith, en un susurro—. Ellos siguen siendo amigos y Herr Rasmussen va a verla a ella con bastante frecuencia.

Pero ante su sorpresa, Herr Rasmussen estaba asintiendo a las palabras de David.

—¿Así es que la pequeña Inge se lo contó?

Luego se dirigió a Judith.

—Entraron ladrones, ¿sabe?, y se llevaron todo el dinero de la caja y las drogas de los estantes. Fue algo muy desagradable.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió eso? —preguntó David—. ¿Avisó a la policía?

—¡Vaya pregunta! Por supuesto que avisé a la policía.

No agregó nada más, pero los observaba a ambos con una expresión de maliciosa diversión. Era como si estuviera esperando que le preguntaran otro disparate. David continuó:

—Fue hace unos cinco años, ¿no? ¿No sospecharon de Inge Schall?

No cabía la menor duda. El anciano se estaba divirtiendo con ellos.

—De modo que estuvieron prestando oídos a viejas habladurías y creyeron que se podía culpar a Inge. Y yo les digo, ¿cómo podían sospechar de ella si pescaron a los ladrones casi inmediatamente?

—Pero tal vez... en los días inmediatamente siguientes...

—Puede ser. La interrogaron y la molestaron bastante. Pero yo no la acusé en ningún momento, la conocía demasiado bien. Algunos creyeron que la despediría en el acto, pero ¿por qué iba a despedir a una excelente ayudanta sólo por complacerlos?

El grupo de camareros había entrado nuevamente al hotel. Se les veía cruzando de un lado a otro a través de las ventanas del comedor, preparando las mesas para la comida.

—En esta parte, la costa es más abrigada que en la zona que da sobre el Sound —dijo Herr Rasmussen—. Inge me cuenta que aún los cristales dobles de las ventanas de su lujoso departamento resultan insuficientes en el invierno para resguardarse del viento.

¿Trataba Herr Rasmussen de evitar seguir refiriéndose a su antigua favorita, Inge Schall?

—En invierno —siguió diciendo meditativamente— la superficie del Sound se hiela totalmente. A fines del otoño ya comienza a congelarse. Al principio son finas partículas de hielo que brillan como diamantes..., muy bonitas y muy inofensivas, sí, pero después se juntan para formar sólidos bloques que hacen un sólido sendero helado hasta la costa de Suecia.

—La gente puede caminar sobre él, ¿no es así? —preguntó Judith, pensando en la forma cómo podía colocar la próxima pregunta sobre lo que le interesaba.

—Sí, puede caminar hasta que en la primavera se quiebra el hielo. Entonces las corrientes corren nuevamente desde la costa de Suecia a la nuestra. Y los bloques de hielo vienen atropellándose unos a otros, ¡chink, chink!, hasta llegar a nuestra orilla. Con ellos llegan a veces extraños despojos del lado opuesto. Los llamamos recuerdos de Suecia...

—Herr Rasmussen —lo interrumpió Judith—, quisiera que me respondiera una pregunta. Usted me dijo que Inge le había arrebatado a otra joven el hombre con quien se casó ¿Se lo quitó tal vez a mi prima Giselle Marlowe?

El respondió con impaciencia.

—¿Cómo quiere que recuerde ahora su nombre? ¿Se refiere a la chiquilla inglesa que hizo una escena en mi tienda?

—¿Ella hizo una escena?

—Hasta entonces ambas eran puro caramelo, la una para con la otra. Incluso posaron juntas en la vereda para que les tomaran una fotografía. Como había poco movimiento a esa hora en la farmacia, permití que Inge saliera un rato para ese objeto. Y después de eso entró Niclas Aksell. Y besó a Inge como de costumbre. Yo no encontré en eso nada de extraño, ¿acaso no eran novios?

—¿Y entonces...?

—¡Entonces estalló la tormenta! Yo no pude entender bien lo que decían porque se hablaban en inglés tan rápidamente. La señora anciana que hablaba danés quiso intervenir y trataba de tranquilizarlas. Aksell...

Se interrumpió para hacer un guiño malicioso.

—El, por supuesto, había escapado de la tienda desde que empezó todo. Tuve que pedirle que se fuera porque la escena no era nada conveniente en el negocio.

Ahora fue el turno de David para hablar.

—¿Cuánto tiempo después se casó Inge?

—¡Oh, yo no soy un calendario! ¿Por qué me pregunta estas cosas?

—Porque la niña inglesa ha muerto Y aquí tiene frente a usted a su prima, que tiene curiosidad por saber los hechos que rodearon a la ruptura de su compromiso. ¿No le basta esta explicación? —preguntó David.

—Bueno, su compromiso se rompió, desde luego, ahí mismo. Creo que deben haber regresado a Inglaterra, la dama y la niña, porque no volví a verlas de nuevo. Inge se casó con su tesoro poco después. ¡Tal vez de cuando en cuando se arrepienta de haber lo hecho!

Judith se levantó del asiento. El anciano parecía desilusionado.

—¿No tienen tiempo para una taza de café, de veras? ¿Usted y su amigo?

—No, gracias, Herr Rasmussen. Y gracias por decirnos lo que queríamos saber.

—Si hubiera sucedido ayer no les habría dicho nada. Pero tantos años después, ¿qué puede importar?

Se alejaron dejándolo sentado, solitario, en un extremo de la banca.

EL taxi dejó a David y a Judith en el restaurante frente al Hotel Angleterre. Los avisos luminosos sobre las tiendas comenzaron a brillar contra el cielo oscurecido En el interior de la terraza cerrada por cristales, bajo sus pantallas color ámbar, había una ilusión de seguridad y confort.

En su refugio de cristal, que era como una fortaleza contra la realidad, Judith trataba de no pensar en la siniestra pesadilla de cinco años antes. La fatiga y la copa de licor frente a ella en la mesa la desvanecieron momentáneamente. Los cristales que circundaban la terraza, captando los reflejos de las lamparillas sobre las mesas, distorsionaban las figuras apresuradas que pasaban afuera, haciéndolas parecer irreales.

Regresando repentinamente al problema que la preocupaba, Judith exclamó:



—¡David! ¿Cree usted que Margarethe Ralov haya dicho la verdad?

Lo miraba interrogativamente a través de la mesa. El se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Evidentemente su cabeza no funciona bien y es en general algo pueril. Se podría creer que lo que hab ó era una fantasía desde el principio hasta el fin.

—¿También aquello... sobre lo que vio desde su ventana esa noche?

El deseó apasionadamente poder decirle que eso era sólo una porción de la pesadilla, a'sado, vagando en la mente nebulosa de una anciana. Pero no dijo nada.

—Giselle Marlowe murió en Copenhague, en el departamento de la otra joven —dijo David—. La policía ya estaba enterada del robo de drogas en 'a farmacia donde Inge trabajaba. Al parecer, ella no era responsable. Pero si...

—Si se hubiera informado en ese momento de la muerte de Giselle y se descubriera que murió por una dosis letal de la misma droga robada y algunas personas recordaban la escena en a farmacia...

—Exactamente. Perd'eron el control esos dos. Convencieron a la señora Marlowe de algún modo, tal vez intimidándola, para que pidiera ayuda a su antigua amiga y le solicitara la l'ave para entrar a su playa privada.

De repente Judith se estremeció, cubriéndose la cara con ambas manos.

—No te alteres tanto..., mi querida Judith. Tal vez mi imaginación me ha llevado demasiado lejos esta vez —dijo David, tuteándola por primera vez.

—No —murmuró el a con un hilo de voz—. No tengo tanta imaginación como tú, pero me parece estar viéndolo a él..., a Inge, llevando algo... hacia el mar.

David calló, esperando que se tranquilizara y luego dijo:

—Mañana tomaremos el avión para vo ver a nuestro país. Después olvidaremos todo esto. Después de todo..., ¿qué tiene que ver con nosotros, con *nuestras* vidas?

—Eras tú el que deseaba quedar satisfecho sabiendo que Mary Godard había muerto. Ella fue la que se mató en el accidente del tren. ¿ahora lo sabes?

—Sí, ahora puedo estar seguro —respondió David.

Judith parecía haber recuperado la compostura Estaba muy pálida, pero la palidez le quedaba bien y David pensó que se veía más hermosa que nunca. Luego habló tan calmadamente y en voz tan baja que en el primer momento a él se le escapó el impacto de sus palabras.

—Pero *yo* no estoy satisfecha —dijo.

—¿Qué...?

La miraba asombrado.

—¿Qué quieres decir?

—Que debo hablar con Inge antes de abandonar Dinamarca.

—Pero... dijiste que ella y su marido trataron de...

—Tal vez me equivoqué y solamente fue mi imaginación. O estaba demasiado asustada.

—No es eso lo que crees, en realidad.

—No —admitió ella—. No lo creo, realmente.

—Entonces, ¿cómo puedes ser tan loca como para querer acercarte de nuevo a ellos?

—Porque podemos estar equivocados también respecto a la muerte de Giselle. Margarethe Ralov, Fru Flindt, habló de todo de una manera tan vaga e infantil. No quiero vivir perseguida por el misterio de la muerte de Giselle el resto de mis días, siempre preguntándome lo que sucedió en realidad.

—¿Y creerás lo que Inge pueda decirte? El'a te mentiría.

Judith dijo sencillamente:

—Olvidas que hace cinco años la conocí muy bien. Siempre supe cuando Inge estaba min'iendo, lo hacía tan mal... Si me miente esta vez, bueno..., creo que conseguiré sacarle la verdad.

—¡Déjalos en paz!

Judith movió la cabeza, rechazando la idea.

—Tengo que obtener de el'os la información de lo que realmente sucedió esa noche. El'a pierde muy fácilmente el control. Igual que la pobre Giselle, pero en forma diferente.

—Está bien, entonces, si es eso lo que deseas. Pero yo te acompañaré.

Ante su sorpresa, la vio recoger sus cosas y buscar con la mirada al camarero.

—¿Quieres pagar la cuenta, por favor? Tendremos que trasladarnos allá ahora mismo, antes que sea demasiado tarde.

—¿Supongo que no estarás pensando ir a verlos esta noche?

Judith esperó que se acercara el camarero y David pagara la cuenta. Luego dijo con calma.

—Esta noche. ¿No te he dicho que se deja atolondrar fácilmente? Es astuta y temeraria, pero, en una emergencia, cuando está asustada, pierde los estribos y echa a perder las cosas. Y en cuanto a él..., se deja manejar por ella. Anoche estaban ambos asustados por lo que

yo les dije sobre Giselle. Por eso fue que...

—Judith..., ¿por qué no esperar hasta mañana por la mañana?

—Para entonces pueden haberse ido. Esta noche estarán vacilando, preguntándose lo que deben hacer, tratando de decidir si yo represento realmente o no un peligro para ellos. Lo único que no esperan es que vaya a visitarlos. Debemos ir esta noche.

MIENTRAS se dirigían al departamento de los Aksell en el automóvil que David había arrendado, Judith se dio cuenta que más tarde habría luna llena. Todavía no se había levantado, pero las casas blancas, el camino asfaltado, parecían brillar por sí mismos, aparte de la claridad que los iluminaba. Judith abrió la ventanilla del auto, pero no escuchó el ruido del mar. La luz de las estrellas en el cielo era lo suficientemente intensa como para dejar ver la línea de agua azul oscura bajo un cielo más pálido.

Hasta los capullos de las flores en las enredaderas que caían sobre las murallas de los jardines blanqueaban descoloridos. Judith aspiró su suave aroma, suspirando. De pronto tocó la manga de David, diciendo:

—Hemos llegado.

El detuvo el auto al pie de las gradas de piedra. Judith ya había comenzado a ascender y la alcanzó de prisa, en la mitad del parque de césped, frente al edificio, donde ella lo esperaba.

—Esta es la entrada —dijo, adelantándose.

Estaban frente a la puerta de madera pulida; sobre ella brillaban las letras de bronce: AKSELL.

—Quédate a mi espalda —dijo David, oprimiendo el timbre—. Que no te vean a ti primero.

La campanilla trinó en el silencio. Nadie vino a abrir. Sin embargo, había en el ambiente un aire de alerta. David volvió a oprimir el botón de nácar y no retiró el dedo Entonces pudieron oír las pisadas de un hombre atravesando el hall. La puerta se abrió de repente, envolviéndolos en la poderosa iluminación interior del departamento.

Allí estaba Nikki Aksell; sus hombros anchos y vigorosos obstruían el umbral. Murmuró unas palabras en danés, pero David las ignoró y pasó frente a él arrastrando tras de sí a Judith. El hombre fornido pudo fácilmente haberles cerrado la puerta en la cara, mas lo habían cogido desprevenido.

—La señorita Marlowe desea hablar con su esposa —dijo David.

Las puertas dobles del gran salón se abrieron y apareció Inge. Permanecía contra la luz y Judith no pudo leer su expresión. Vio cómo su figura se ponía rígida y enseguida oyó su voz diciendo con amabilidad, pero en un tono ligeramente más alto que lo habitual:

—Pero... ¡si es Judith! ¿Por qué huiste de nosotros en esa forma?

Judith avanzó hacia el salón seguida por los dos hombres. Por todos los rincones de la lujosa habitación había luces encendidas. Solamente el extremo más alejado era una franja oscura. Las cortinas que llegaban al suelo no habían sido corridas sobre el gran ventanal y desde el sitio donde se encontraban Judith alcanzaba a ver las luces del vapor que cruzaba el Sound.

—Siéntense —invitó Inge.

—¡Un momento! —interrumpió Nikki a su esposa en tono airado—. Antes de mostrarnos tan hospitalarios tal vez debiéramos hacer notar que no es habitual que las visitas entren en nuestra casa a la fuerza, ¿no te parece?

—Temíamos que nos impidiera la entrada. Y no deseamos su hospitalidad. Sencillamente queremos hacerles algunas preguntas— dijo David.

Los cuatro permanecían de pie. Inge, que había abierto la tapa de una cigarrera, volvió a cerrarla.

—Creo —dijo mirando a Judith — que tal vez debamos ser nosotros los que hagamos las preguntas. ¿Por que te pusiste a gritar anoche? Para nosotros fue de lo más engorroso, llamando la atención de aquella pareja en el auto...

—Grité porque ustedes me arrastraban demasiado cerca del agua.

—¿Cerca del agua?... —interrumpió Nikki y en su tono se reflejaba un genuino asombro—. ¡Pero si era allí donde había estacionado mi coche!

—Tenía demasiada prisa por llegar hasta él —dijo Judith.

—Naturalmente. Inge estaba casi desmayándose, pudo verlo usted misma. Necesitaba más aire, pero también necesitaba sentarse. Por eso pensé que mi coche era la solución.

Judith estaba desconcertada. La expresión de asombro en sus caras parecía auténtica. Tal vez Inge estuviera solamente apoyándose en ella y no arrastrándola. Nikki sólo trataba de que se apresurara.

Trató de recordar la presión de sus brazos, de sentir una vez más el miedo que había experimentado. Pero la habitación acogedora con su iluminación suave tenía una atmósfera de aparente normalidad que detenía su imaginación.

—¿Por qué no sentarnos y disfrutar de una copa como seres civilizados? —estaba sugiriendo Inge—. ¡Pobre Judith! Nikki no entiende nada de súbitos pánicos, ningún hombre los entiende. Pero yo sí comprendo muy bien lo pavorosa que puede parecer la bahía de noche.

Sin embargo, Judith siguió de pie. No podía sentarse como una visita en casa de Inge Schall.

—Hoy fuimos a visitar a Margarethe Ralov, la bailarina —dijo—. Ahora sabemos cómo murió Giselle.

El ambiente cambió repentinamente. Fue como si hubiera penetrado una brisa helada del mar. Luego David interrumpió el terrible silencio.

—Usted trabajaba con Rasmussen cuando le robaron las drogas, ¿no fue así? La misma droga con que Giselle Marlowe se suicidó.

Inge se había puesto tan pálida como la había visto ponerse Judith la noche anterior. Comenzó a hablar en tono chillón y poco natural en la voz.

—No la misma droga, lo juro.

—No. Giselle tomó una dosis excesiva de las píldoras para dormir de su abuela. Las drogas robadas fueron encontradas después, pero no lo bastante pronto como para relevarte de toda sospecha sobre su muerte —intervino Judith—. *¿Cuándo fue exactamente que diste cuenta oficial de su muerte?*

Silencio nuevamente. Después Nikki se adelantó unos pasos.

—¿En qué podía perjudicarla un pequeño atraso? Sólo el tiempo suficiente para que las drogas robadas se encontraran y mi mujer quedara libre de sospechas. Ella perdió la cabeza, es cierto. No de-

bió negar que Giselle había venido aquí. Eso fue un error...

—¿Por qué lo negó? —preguntó David—. ¿Qué era lo que temía?

—Se lo estoy diciendo, perdió la cabeza. Fue un gran golpe para ella encontrar muerta a su amiga. Y por su parte la anciana, aterrorizada por el escándalo, temía la demora que tendría que haber para regresar a Inglaterra con todas las formalidades.

David los miró a ambos desdeñosamente.

—Debe haberles sido fácil atemorizarla, para inducirla al silencio. Porque eso fue lo que hicieron, ¿no? Y después, cuando supieron que había heredado el dinero de Giselle...

Inge había comenzado a hablar con rapidez, con incoherencia. Se volvió hacia Judith.

—Apenas te vi... todo volvió a mi memoria. Aquella cosa terrible..., encontrar su cuerpo tendido sobre la cama..., muerta. Durante cinco años había luchado por borrar de mi memoria ese cuadro..., pero tú lo hiciste revivir todo al venir aquí y hablarme de ella.

—¿Es que no puede hacer trabajar un poco su imaginación? —dijo Nikki a David, agresivamente—. Tiene que comprender que aquél fue el período más espantoso en la vida de Inge. Para empezar, la escena con Giselle..., reconozco que me conduje como un cobarde. Ninguno de nosotros tuvo el coraje de decírselo a la pobre niña cuando llegó acá tan inesperadamente.

El desprecio se acentuó en la cara de David.

—¿Cuándo proyectaba decírselo..., romper con ella? ¿Después que regresara a Inglaterra?

—Sí, ésa era nuestra idea.

Nikki parecía no haber notado la expresión de David.

—Afortunadamente mis obligaciones me llevaron lejos de Copenhague en esa época. Inge se lo explicó así a Giselle, la que finalmente se mostró dispuesta a regresar y esperar una carta mía. Naturalmente, la carta iba a ser para romper nuestro compromiso.

—¿Y quién fue el que cometió la estupidez? —dijo amargamente Inge—. ¿Quién fue el que entendió mal la fecha en que ellas iban a volver a Londres y llegó a verme a la farmacia de Rasmussen?

David los interrumpió.

—Nos estamos apartando del asunto. Giselle Marlowe murió aquí, en Copenhague. Ustedes tuvieron sus propias razones para desear que su muerte permaneciera oculta... hasta que usted, señora Aksell, quedara libre de sospechas. Y deben haber atemorizado a su abuela también, ya que, siendo una anciana preocupada por su reputación, estaría ansiosa por regresar a Inglaterra sin verse obligada a permanecer retenida por formalidades con la policía... y no pudo ni siquiera esperar las formalidades necesarias para llevarse con ella el cadáver.

Inge abrió nuevamente la cigarrera de plata, sacó un cigarrillo y se inclinó sobre el encendedor de su marido. De pronto se había calmado. Nuevamente Judith tuvo la extraña impresión de estar observando a un par de personas comunicándose de alguna manera, pero sin pronunciar una palabra.

—¿Y qué pruebas tienen ustedes de lo que están diciendo, se puede saber? Después de tanto tiempo..., cinco años.

Era cierto, pensó Judith. Ahora no había pruebas de nada. Nunca las hubo.

Inge, observando la vacilación de David, dijo en tono triunfante:

—¿Por qué iban ustedes a poner en duda la identificación hecha por la señora Marlowe? Nadie más lo hizo.

El levantó rápidamente la cabeza, mirándola como si sus últimas palabras le hubieran dado una clave para continuar.

—¡Excepto usted!

—¿Perdón?...

Pero la mano que sostenía el cigarrillo temblaba tanto, que se apresuró a dejarlo sobre el cenicero.

—Sí, usted. Cuando la criada de la señora Marlowe le escribió diciéndole que la señora había identificado el cuerpo carbonizado en el tren como el de Giselle, usted sabía que eso era falso. ¿Cuánto obtuvo por quedarse callada? ¿No fue precisamente hace cinco años cuando usted obtuvo el capital..., el capital de Giselle Marlowe..., para que su marido iniciara sus negocios?

Nikki miró a David y le habló con furia:

—Eso es extorsión. ¿Cómo se atreve a acusar a mi esposa de chantaje?

Judith no perdía de vista el rostro de Inge. Vio como el vivo color de la ira comenzaba a manchar la palidez de su cara. Supo que había llegado el momento en que Inge perdía el control.

—¡Sí, yo obtuve el dinero de Giselle! —gritó—. ¿Por qué no?

Nikki intervino ferozmente:

—¿Quieres mantener esa boca cerrada?

—El dinero no es lo que importa —dijo Judith—. Conocía bien a la tía Vera y sé que ella no lo quería. Había dado una falsa evidencia y tenía miedo de aprovecharse de eso.

—Exactamente. A pesar de toda su astucia, la señora Marlowe perdió la cabeza —dijo Inge, ya más calmada—. Se puso a pensar en la vergüenza del suicidio, en los demás que podían culparla a ella por su oposición al idilio de Giselle, para empezar... Fue fácil persuadirla de que no enviara en el acto a buscar un médico y la policía.

—¿Por qué no?

Inge se encogió de hombros.

—Yo quería ganar tiempo. Tiempo para que la policía aclarara el otro asunto del robo, para que no pudieran culparme de haberle dado a ella la droga...

David la interrumpió.

—Y después de esta demora que pudo ponerlos a ustedes dos en grandes apuros, supongo que fue fácil conseguir que la señora Marlowe aceptara todo lo que quisieron.

Inge dijo:

—¿Sobre el dinero? Eso no ocurrió sino después que ella estuvo de regreso en Inglaterra un tiempo. Ella se llevó las cosas de Giselle, por supuesto. Debió haber destruido el pasaporte.

—Sí —dijo David—. Fue un error no hacerlo. Sin embargo, fue una suerte para ella, ¿no?, al menos un poco de suerte, cuando ocurrió ese accidente de ferrocarril, tan poco tiempo después de su regreso.

Inge se había calmado bastante. Recogió su cigarrillo.

—Si así les parece... Tal vez fue también una suerte para ella que muriera alguien a quien pudo iden-



tificar como Giselle. Aun si Giselle se hubiera casado quedándose aquí, en Dinamarca, habría sido demasiado extraño que nadie volviera a verla ni a tener noticias de ella.

Judith miró a David. Pero él seguía aparentemente calmado, seguro de sí mismo.

—Usted ha reconocido que la identificación de la señora Marlowe fue falsa. Si el cuerpo de Giselle no estaba en ese tren..., ¿qué pasó con él?

Ahí estaban ellos súbitamente rígidos, mirándolo. Después de unos minutos Nikki se recuperó y trató de hablar despreocupadamente.

—Bueno, se efectuó el funeral acostumbrado...

—¿Y los enterradores quedaron satisfechos con el certificado médico? Sin duda es posible ubicarlos a ellos, aunque hayan transcurrido cinco años.

Silencio.

DAVID había atravesado el salón y se detuvo frente al gran ventanal que se extendía como un gran manto de terciopelo negro a lo largo de la muralla. Instintivamente la pareja Aksell lo siguió, mirando por sobre su hombro. Judith se quedó donde estaba.

—Desde aquí, ustedes tienen una espléndida vista sobre el Sound —dijo David—. Cuando llega el otoño debe ser aún más hermosa. Porque entonces las aguas se hielan y brillan formando grupos de hermosos diamantes. Y después estos diamantes se unen formando bloques y se cierran sobre la superficie y...

—¿Se ha vuelto loco? —dijo Aksell, dirigiéndose a Judith—. ¿De qué habla?

—No, no estoy loco —dijo David—. Sólo que estoy pensando en las corrientes que arrastran el hielo entre esta costa y la de Suecia. Si una capa de hielo se ha cerrado sobre algún objeto y lo arrastra, algún día este objeto puede soltarse y volver hacia acá traído por las mareas de primavera. Aun después de muchos años podría ocurrir que...

Con gran esfuerzo Nikki había logrado conservar una apariencia de calma. Pero Judith vio que en su frente brillaba el sudor.

—¿Después de años? —repitió.

Hablaba con insolencia desdeñosa y continuó luego de una pausa:

—¿Es posible reconocer alguna cosa después de muchos años?

Ahora estaban encarando la situación con descaro. Era fácil adivinar lo que pensaban: "Podemos arriesgarnos a admitir cualquier cosa y negarlo después. No tienen pruebas. De las dos muchachas muertas, ¿qué ha quedado de ellas?"

—Ustedes saben, hay elementos que no se deterioran. El oro, por ejemplo —dijo David.

—¿Oro?...

David se volvió a mirar a Judith, preguntando:

—¿No me dijiste que tu prima tenía un pequeño medallón de oro grabado con el nombre de Aksell y que lo lleva siempre, secretamente?

Judith lo miró asombrada. Estaba a punto de decir algo, pero él apartó enseguida de ella la mirada para hablar ahora a Inge.

—Me imagino que no la examinaron muy detenidamente antes de echarla en un auto esa noche para transportarla a la playa privada de Fru Flindt en el Sound.

Inge se tambaleó, debiendo apoyarse en el respaldo de una silla. David señaló nuevamente la ventana.

—Este parece ser un departamento muy costoso. Me pregunto cuánto tiempo más podrán soportar seguir mirando el mar desde esta ventana. Por el momento pueden hacerlo, seguramente. El hielo se ha derretido y todo lo que tenga que encontrarse será hallado..., por este año, pero ¿y el próximo?, ¿o el que viene después?

Colocó su mano sobre el brazo de Judith.

—Vamos, Judith. Salgamos de aquí.

EL césped en el prado que circundaba el edificio ya estaba húmedo con el rocío de la noche. La luna se había levantado. David se detuvo para besar a Judith. Luego ella preguntó:

—¿Qué fue eso que mencionaste sobre el medallón de oro? Estoy segura de que Giselle no tenía nada parecido. Me lo habría mostrado.

—¿Oiste a Aksell pidiéndome que revelara un poco de imaginación?

—Pero...

—¿No lo entiendes? Mientras ellos creyeran que en Giselle no había nada que pudiera identificarla, aun en el caso que la marea trajera a esta costa sus pobres restos, ellos quedarían impunes. La

AÑO XXXIX - N.º 1.950
26 de octubre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA DANZA DEL ESPEJO - Cap. VIII .. 2-8

TENGO SOLO CATORCE AÑOS
No me atreví a confesarle mi edad 9-14

FOTONOVELA 15-24

EL MILAGRO DE LA LLUVIA
El cuento de la semana - Manuel Cofiño López - cubano 25-27

ENTRE NOSOTRAS 28

DIVERSION CON CONSECUENCIAS
El castigo vino después y fue terrible 29-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. (B) Central Cabeceras

Tarifa Reducida N.º 8.876.
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585

ley no puede alcanzarlos y ellos lo saben. Si presentáramos en su contra una acusación formal, podrían muy fácilmente sacársela de encima. La identificación de la señora Marlowe fue aceptada, no puede ser puesta en tela de juicio.

—No, supongo que no —admitió Judith de mala gana—. Pero..., y Margarethe Ralov... Fru Flindt.

—En primer lugar, la anciana señora está prácticamente senil. Yo, personalmente, creo que sabía lo que estaba diciendo, y tú también. Los viejos suelen ser a menudo muy precisos en sus recuerdos del pasado, aunque confundan los hechos del presente.

—Y no fue mucho lo que ella dijo —murmuró Judith—. Sólo que había visto a su antigua amiga y le había prestado la llave de su playa privada..., y que había visto algo desde su ventana una noche. Eso fue todo.

De repente se estremeció.

—Regresemos a Copenhague —rogó—. Tengo frío.

David y Judith caminaron hacia la escalinata de piedra. El señaló:

—Tenían que ser castigados de alguna manera. Yo he puesto en sus cabezas la aprensión. Ahora tienen miedo y vivirán con ese temor el resto de sus vidas. A menos que nos hayamos equivocado.

—No nos equivocamos —dijo Judith—. Creo que tendrán que abandonar su precioso departamento para vivir en otra parte, donde no tengan vista al mar. Ese enorme ventanal que tienen siempre les recordaría...

Ya habían llegado a los primeros peldaños y Judith comenzó a descender primero. De pronto miró hacia atrás.

—¡Mira! —exclamó.

La mayor parte de los departamentos tenían corridas sus cortinas, pero el gran ventanal de los Aksell se destacaba en la oscuridad, iluminado por las suaves luces de la habitación. Había dos figuras junto a los cristales. Aun a la distancia a que se encontraban, Judith y David alcanzaban a ver, por la dirección de sus cabezas, que miraban hacia el Sound.

Al pie de la escalinata David estrechó en sus brazos a Judith y ella lo escuchó decir en voz baja:

—¿Estás satisfecha ahora? ¿Has cumplido los propósitos que te trajeron hasta aquí?

—Sí.

Y enseguida David tuvo que inclinarse para poder oír las palabras que ella pronunció en voz casi inaudible:

—¡Fui tan tonta antes, al creer que el amor nunca podía durar! Ahora sé que no es así.

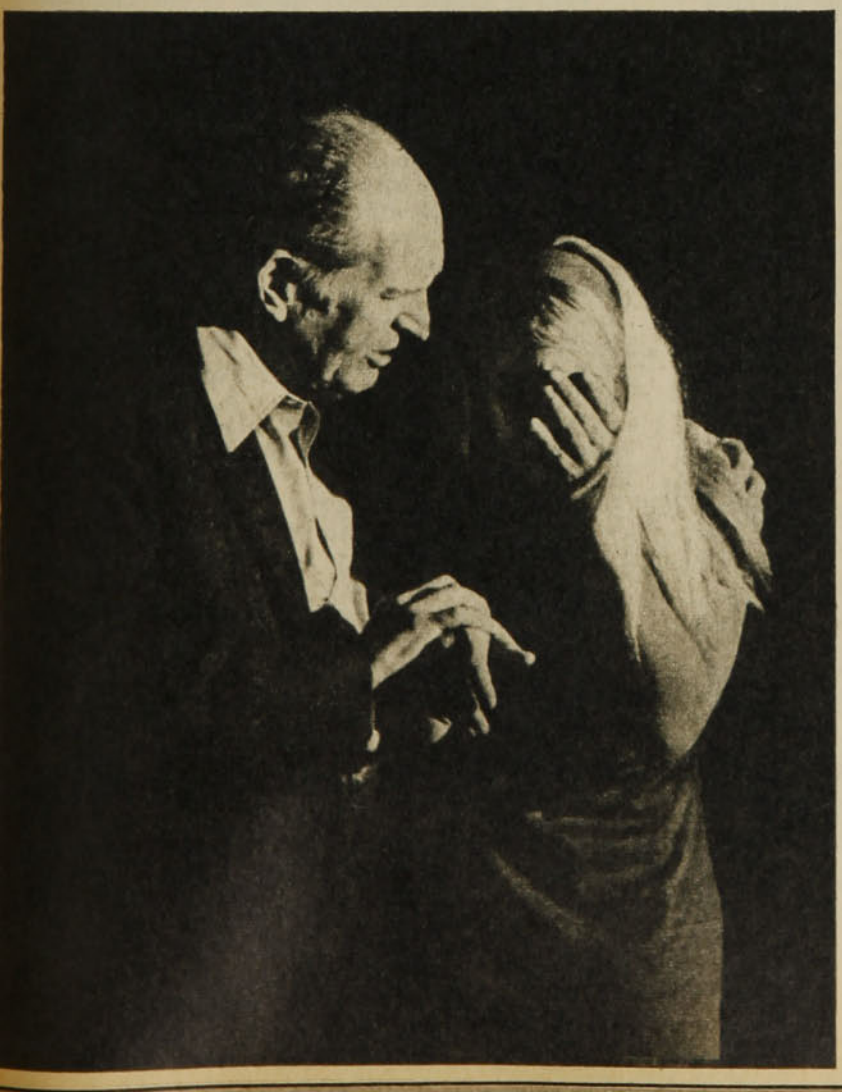
FIN.

¡TENGO SOLO CATORCE AÑOS!

• • •

No me atreví a confesarle mi edad.

• • •



• • *Si el abuelo*

Esteban no hubiera formado parte de mi vida ese verano, no sé en qué clase de chica me hubiese transformado. Tenía catorce años, era temperamental, pero según mamá todas las chiquillas en el comienzo de su adolescencia eran temperamentales y difíciles. Mi madre lo generalizaba todo.

—Es sólo una fase, Nana —decía—. La sobrepasarás, no te preocupes. —Otra de sus generalizaciones favoritas era que todos los chicos eran rudos y turbulentos, como mis hermanos Rafael y Gustavo—. Son más jóvenes que tú —pasaba recordándome—. Debes tener paciencia con ellos. Es parte de ser la hermana mayor.

Cuando me quejé de que papá era muy estricto y no me dejaba salir, ella tuvo su respuesta clásica:

—Un padre es casi siempre así con su hija. Al ser hombre, sabe cómo son los chicos, y comprende el peligro que puedes correr con ellos. Por eso es estricto.

Pero yo no creía que toda chica de catorce años debía ser temperamental ni que niños de once y nueve años debían ser rudos y turbulentos. Tampoco creía que un padre tenía que ser estricto con su hija sólo porque conocía a los chicos. Pensaba que si lo trataba, también podía conocer a las chiquillas y entonces me daría un poco más de libertad.

Pero papá no trataba de entenderme más que mamá. Creo que por eso me sentía como una isla, rodeada de otras islas que no me tocaban. Y no quería ser una isla. Ansiaba que me tocaran y me amaran.

El abuelo Esteban era también una isla y tampoco quería serlo. Ansiaba ser útil, decía abuelo, aunque no lo era en verdad. Vivía con su hijo casado en la casa del lado. Pero, según él, no tenía realmente un hogar.

—Siento que sólo estoy pastando —me contó un día en que estábamos sentados en unos sofás hamacas ubicados en la terraza de su casa. Nos veíamos casi todos los días. Nos ubicábamos frente a frente, dos islas en nuestra propia isla—. Y eso no es fácil para un hombre que ha sido su propio dueño toda su vida. La gente antes siempre dependía de mí. Pero no ahora. Nadie ni siquiera desea oír lo que yo digo. Es algo terrible sentirse viejo e inútil. Un hombre requiere más que todo en el mundo ser útil.

—Y también lo requiere una chica —contesté.

—Pero a ti te llegará tu hora, chiquita, y la mía ya pasó. —Su voz sonó triste y sentí lástima por él. Sus ojos encontraron los míos y logró sonreír—. Sí, tú tienes toda una vida de felicidad por delante, Nana.

—Ojalá se apurara en llegar.



¡Lo odio! —grité—. ¡Siempre se está metiendo en lo que no debe!

—No debes ser tan exigente. La felicidad es algo que tú no puedes apurar y cogerla así como así. Pero uno de estos días algo especial sucederá y de pronto te sentirás contenta de ser quien eres.

No le creía mucho al anciano ni tampoco siempre lo entendía, pero en cierto modo él era mi único amigo y yo el suyo.

Y tuvo razón en eso de que algo especial iba a suceder. En realidad, sucedió al día siguiente. En el supermercado vi al chico. Era alto, de hombros anchos, ojos claros y pelo castaño. No lo noté hasta que pagué mi compra. Y entonces vi que me sonreía.

Mi corazón comenzó a hacer cosas raras. De pronto no latió en forma tranquila y acompasada. Y tuve la seguridad de que mi cara estaba roja.

Cuando me pasó los paquetes, nuestras manos se tocaron y sentí como un golpe eléctrico. Creo que salté, porque su sonrisa se hizo más amplia.

—Me llamo Tomás —anunció—. ¿Vienes aquí a menudo?

—Casi todos los días —contesté. No era cierto. Hasta entonces odiaba ir al supermercado. Sólo lo hacía cuando me tocaba mi turno. Rafael y Gustavo también tenían sus turnos. Le sonreí a Tomás a través de mi mentira.

—Me va a gustar este trabajo. ¿Cómo te llamas?

—Adriana. En realidad, Nana, porque así me dicen —contesté casi sin creer lo que me estaba sucediendo.

—Te voy a gustar, Nana.

Volví a casa flotando, no caminando. ¡Un chico tan estupendo como Tomás se interesaba en mí!

Mamá canturreaba cuando entré a casa y puesto que parecía estar de buen humor casi le conté lo de Tomás. Pero dejó de canturrear y decidí guardar mi secreto.

—Veamos qué olvidaste esta vez.

Casi me puse a reír mientras revisaba las bolsas. Realmente deseaba haber olvidado algo y tener así una excusa para volver al supermercado. Pero no fue así.

Mamá movió la cabeza.

—Es increíble. Como excepción veo que no olvidaste nada.

—Si necesitas algo más no me importará volver al supermercado.

Mamá de nuevo movió la cabeza.

—Por lo general pones el grito en el cielo cuando me atrevo a sugerirte tal cosa. Ahora lo ofreces. —Lanzó un suspiro—. Que Dios me ayude a comprender a esta juventud.

Me alegré de no haberle hablado de Tomás. Sin embargo, debía contarle a alguien y por eso, cuando vi a papá Esteban en su jardín volé a su encuentro. Nos sentamos donde siempre.

—Te ves como si te hubiesen hecho un regalo, Nana.

—Conocí a un chiquillo maravilloso. Abuelo Esteban, tendrás que conocerlo.

El anciano sonrió.

—Tengo mis dudas respecto a que yo lo encuentre tan maravilloso como tú. Háblame de él, Nana.

Lo hice y me escuchó con gran atención. Mamá habría dicho: "Qué tontería. Eres demasiado niña como para pensar en muchachos".

Pero el abuelo Esteban quedó en silencio, sonriendo para sí mismo.

—Así siente una chica cuando conoce a un muchacho que le gusta —murmuró—. Pero como yo jamás he sido una chica, sólo lo supongo. Gracias, Nana, por contármelo.

Tocó mi mano.

—Te voy a echar de menos, chiquita.

—¿Echarme de menos? No me iré a ninguna parte.

—Oh, lo harás. Hoy estás dando tu primer paso. —Pareció vagamente triste.

No entendí lo que me quiso decir, pero eso no nubló mi felicidad. El me había asegurado que algún día me sentiría especialmente dichosa y hoy era ese día.

Volví al supermercado al día siguiente. Para ello tuve casi una disputa con mamá.

—Es el turno de Rafael —anunció.

—No me importa ir yo.

—Nunca te entiendo. Siempre antes te has quejado cuando te toca el turno de hacer algo.

Mamá no entendía ni yo quería que lo hiciera. Tomás era mi secreto. Lo había compartido con el abuelo Esteban, pero no lo compartiría con nadie más.

En cuanto me alejé un poco de la casa eché a correr.

● ● *Tomás estaba*

en su sitio de costumbre. Me cerró un ojo al verme. Eché en el carrito las cosas de mi lista y esperé hasta que no hubiera nadie en la cola de esa caja. Sabía que Tomás me estaba mirando. No había nadie cuando puse las bolsas sobre el mostrador.

—Iré a dejarle los paquetes al auto a la señorita —dijo Tomás a la cajera—. Volveré en seguida.

Riendo seguí a Tomás.

—Yo no tengo auto —le susurré.

—No esperé que lo tuvieras, pero era un modo de hablarte. Hey, ¿te dejan salir?

Vacilé.

—Claro que sí.

Me miró con insistencia.

—¿Estás segura de tener edad para eso?

—¿Qué edad crees es la suficiente?

—Más de dieciséis años. Yo tengo diecisiete.

—Tengo los dieciséis —mentí.

Sonrió.

—Edad suficiente. ¿Qué tal si...? —La cajera le golpeó el vidrio y Tomás tuvo que volver a su puesto.

—Te veré otro día —dijo y se fue.

Me sentía temblorosa mientras caminaba hacia mi casa. Tomás casi me había invitado a salir. Lo haría con seguridad la próxima vez que me viera. ¿Qué le contestaría? Ya le había dicho dos mentiras: que me dejan andar con chicos y que tenía dieciséis años.

Pero no podía dejarlo pensar que yo era prácticamente una guagua. Si sabía eso, no me miraría de nuevo. Además, lo que importa es lo que uno siente y lo que yo experimentaba por Tomás me probaba que yo no era una niñita. Y también deseaba probárselo a él.

Me sentía preocupada. ¡Ojalá pudiera conversar siquiera una vez con mamá y hacerla comprenderme! Pero sabía lo que diría: "Catorce años es muy poca edad para salir con un chico". Y eso sería así, sintiera lo que yo sintiera. No. Hablar con mi madre sería contraproducente. Ni siquiera el abuelo Esteban podría ayudarme. Jamás aprobaría algo que me negaran mis padres. Pero al menos me había escuchado y tratado de entender.

Cuando llegué a la casa, Marta, la nuera del abuelo Esteban, estaba en el living con mamá hablando sobre el anciano. Lo hacía con voz tensa y enojada. No me sintieron entrar. Me quedé escuchando.

—Honradamente, ya no soporto más al papá de Germán —dijo Marta—. Me vuelve loca con su intrusión; siempre me está diciendo lo que debo hacer, como si yo fuera una niña. ¡Soy una mujer adulta y casada!

—No es fácil ser viejo —contestó mamá—. Creo que no es así por molestar.

—Tal vez no, pero ¿te gustaría ser tratada como a una idiota? Hasta los niños están enfermos con sus constantes interferencias. Debería marginarse. El ya educó su familia y no tiene derecho a pretender educar a la mía.

—Ni tampoco lo pretende —murmuré entre dientes—. Sólo desea ser útil.

La voz de Marta se alzó, chillona.

—Te lo digo, si sigue así le diré a Germán que lo interne en un asilo.

¡Un asilo! ¡Oh, no! Sin pensarlo, entré en la pieza.

—¡No puede hacer eso! —grité—. No puede mandar al abuelo Esteban a un asilo. Le rompería el corazón.

Marta me miró, enrojeciendo.

Los ojos de mamá relampaguearon.

—Discúlpese, jovencita. No tienes derecho a hablarle a Marta de ese modo.

Las miré a ambas y en seguida sacudí la cabeza.

—¡No! El abuelo Esteban no debe vivir en un asilo. Lo único que él desea es que lo amen y ser útil.

—No sabes de qué estás hablando, Nana —espetó mamá.

—Lo sé. Lo sé mejor que nadie en el mundo.

—Y yo sé que eres la chica más grosera del mundo. Andate a tu pieza y quédate en ella hasta que te sientas capaz de venir a disculparte con Marta. No tienes derecho a hablar como lo hiciste.

—Ni los jóvenes ni los viejos no tienen derecho a nada —lancé, furiosa.

—¡Basta, Nana!

Sollozando corrí a mi pieza.

—Honradamente, Marta, no sé qué le pasa a esa niña —oí decir a mamá.

¡Niña! ¡Les demostraré que no soy una niña!

Me tendí en la cama y lloré parte por ira y frustración y parte por pena por el abuelo Esteban. Y para cuando me sequé las lágrimas, estaba decidida en llevar a cabo un plan.

No seguiría agobiando al abuelo Esteban con mis problemas. El de por sí ya tenía suficientes. En cambio resolvería los míos. Sí, le demostraría a mamá que yo no era ya una niña.

● ● *Volví al supermercado*

al día siguiente y cuando Tomás me invitó a salir le contesté que por ahora no podía salir en la tarde, pero que podía hacerlo temprano.

—Debes portarte muy mal para que te tengan las riendas tan cortas —comentó Tomás, riendo.

Yo también reí.

—Yo mañana tengo libre de tres a cinco. ¿Puedo ir a buscarte a tu casa?

—Prefiero encontrarme contigo en la plaza —contesté.

Se encogió de hombros.

—Está bien. Supongo tendrás tus motivos.

Salí del supermercado sonriendo. Claro que tenía mis motivos y debía mentir. Le diría a mamá que iría a la biblioteca a hacer un trabajo que me habían pedido en el colegio y me creería.

A la mañana siguiente tuve cuidado de portarme bien. No quería enfurecer a mi madre. Cuando salí para la "biblioteca" me fue a dejar a la puerta de nuestra casa.

—Aún no te has disculpado con Marta.

—Sigo pensando que no pueden mandar al abuelo a un asilo.

—No es algo que debas resolver tú, Nana. Es un problema de adultos y no de niños.

¡Niña! ¡De nuevo! Me enfurecí tanto que eso

alivió mi remordimiento de estar engañando a mamá.

Al pasar por la casa del lado el abuelo Esteban me llamó.

—¿A dónde va-, Nana?

—A la... biblioteca —tartamudeé.

—Te acompañaré.

—Por favor, no, voy muy apurada.

—Caminaré lo más rápido que pueda, Nana.

Sacudí la cabeza.

—Usted no comprende, abuelo Esteban.

El anciano me miró largamente.

—Creo que tal vez te entiendo —dijo y se dio media vuelta.

Casi lo llamé, pero no lo hice. Tenía otras cosas más importantes de qué preocuparme. De pronto supe lo que el abuelo insinuó cuando dijo: "Te voy a echar de menos, Nana".

Tomás me esperaba en la plaza en un cacharro que parecía iba a desarmarse: viejo y pintado de rojo. Me deslicé a su lado.

—¿Listo, guagua?

Asentí.

—Ahora, a volar. Ojalá no se desarme este carromato. Pero fue lo único que logré me prestaran —me acercó a él—. Sin embargo, creo nos llevará hasta donde quiero llevarte.

—¿A dónde vamos?

—Al bosque. ¿A qué otra parte?

¡El bosque! Era donde iban las parejas a pololear. Nunca había estado allí y sentí que me corría una corriente fría por la espalda. Pero no dije nada. Quería que Tomás me supusiera experimentada.

Tomás empezó a cantar.

—Tienes linda voz —dije—. Deberías cantar con alguna orquesta.

—Se está formando una en mi barrio y pienso unirme a esos chicos.

—¿Y qué del colegio?

—¿Para qué sirve el colegio?

—¿Qué opinan de eso tus padres?

—¿Quién escucha a los padres?

—Sí, ¿quién los escucha? —repetí tragando saliva, pero mi voz sonó natural.

Tomás lanzó una carcajada.

—Nana, guagua, eres una chica macanuda.

Sentí como si una luz se encendiera dentro de mí.

—Y tú eres un chico colosal —susurré, sorprendida de lo fácil que me había salido la frase.

Debí parecer convincente porque en cuanto llegamos al bosque Tomás se inclinó y me besó. Fue mi momento tan soñado. Pero sucedió una cosa terrible: mi nariz se puso en medio del camino y entorpeció la unión de nuestros labios.

—Parece que no sabes mucho de besos —comentó Tomás.

Sacudí la cabeza, próxima a las lágrimas. ¿Estaba ya aburrido conmigo?

—Tienes algunas cosillas que aprender, guagua.

—Lo sé. ¿Me las enseñarás tú?

—Oh, guagua, claro que sí. —Me apretó contra sí y levantó mi cara—. Primero esto. —Nuestros labios se unieron nuevamente—. Hey, eres muy tierna. Realmente suave. Un hombre se siente grandioso cuando descubre que es el primero que ha besado a una chica. Sé mi polola, Nana.

Asentí y nos besamos de nuevo, pero esta vez de modo diferente. Tomás entreabrió mis labios. Me zafé de sus brazos.

—Guagua, es la segunda lección. La próxima vez iremos a la tercera.

● ● *Fui con él*

al bosque dos veces más. Me dio otras lecciones y yo resulté una buena alumna. En brazos de Tomás me sucedían cosas que me dejaban débil y temblorosa. No entendía bien mis sensaciones, pero me sentía enamorada. Y era raro que mamá no lo notara.

Pero lo notó el abuelo Esteban. Y también notó otras cosas.

—No fuiste a la biblioteca cuando lo anunciaste, Nana —dijo preocupado una tarde—. Fui dos veces allí cuando tu madre me contó que estabas ahí.

Sentí que me ponía roja.

—¿Le contó a mamá que no estaba?

Sacudió la cabeza.

—Pero creo que debí hacerlo.

—Por favor, no —rogué—. No estoy haciendo nada malo. Sin embargo, mamá no entendería.

—Sigue siendo tu madre, Nana, y debe saber a dónde vas.

—Pero usted es mi amigo. —Volví la cabeza para que no viera las lágrimas que luchaban por caer de mis ojos. Si él le contaba a mamá lo arruinaría todo. Pero eso no era sólo lo que me preocupaba.

Tomás me había hecho bromas, al principio con suavidad, respecto a que debía aprender bien mis lecciones. Según él necesitaba otra si me quería graduar. Debía entregarme a él para probarle mi amor.

No pude contestarle que sí, pero Tomás no se dio por vencido.

—No es malo si nos amamos. Es natural. La mayoría de los jóvenes lo hace.

Pero mi respuesta continuó siendo "no".

Entonces me amenazó con buscarse otra chica. Traté de convencerme a mí misma de que eso estaba bien, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Y no estaba bien. No había sido antes la chica de nadie. Había sido una isla y no quería volver a serlo. Ahora que tenía a Tomás, ansiaba conservarlo. Deseaba probarle mi amor por él, pero no del modo que me lo pedía. Pero seguía insistiendo que si nos amábamos no era malo y que si no lo amaba lo estaba haciendo perder su tiempo.

Y ahí estábamos. Yo me sentía confundida y miedosa de perderlo. El cansado de salir por las tardes sin conseguir de mí más que besos.

—Tenemos que pasar toda una tarde juntos, guagua, y me volveré loco.

Debía encontrar un modo de escaparme aunque fuera por una sola vez.

La semana siguiente mamá me dio el modo de conseguir mi objetivo.

—Tu papá y yo tendremos que ir a ver a tu tía Rosa el viernes y tal vez no volvamos antes de las dos o tres de la mañana. ¿Crees que te las podrás arreglar sola con los niños?

—Por cierto que sí, mamá —dije tratando de que mi vòz sonara tranquila.

—Bueno, quiero que todos ustedes estén dormidos cuando vuelva a casa. —Vaciló—. Nunca antes nos hemos quedado hasta tan tarde y espero que no haya tropiezos. ¿Estás segura de poder manejar la situación sola?

—¿Es que no confías en nosotros?

Me miró derecho a los ojos.

—Claro que confío en ustedes, Nana.

De inmediato me puse a hacer planes. No veía las horas de ir al supermercado y contárselo a Tomás. Y cuando lo hice me fui corriendo.

Al llegar vi que no había nadie en esa caja. Le murmuré que necesitaba hablarle. En seguida salí y lo esperé en la esquina.

—Puedo salir contigo el viernes en la noche —anuncié—. Pero no antes de las diez. —A esa hora mamá quería que acostara a mis hermanos.

Sonrió.

—Eso me parece regio. ¿Hasta qué hora podrás quedarte conmigo?

—Hasta las doce. Tal vez hasta un poco más tarde.

Su sonrisa se amplió.

—¡Oh, Nana, ésa será nuestra noche! —Tocó mi mejilla—. ¿Puedo ir a buscarte a tu casa?

—No, te esperaré en la esquina.

Me dio un beso en el aire.

—Te adoro —susurró.

Tomás volvió a su trabajo y yo a mi casa.

—Has salido temprano de compras —comentó el abuelo Esteban al verme volver—. Y no traes ningún paquete.

—No tenían lo que buscaba —dije y seguí mi camino. Sabía que me observaba. Seguramente se estaba preguntando por qué no me había detenido a conversar con él.

"Pobre viejo", pensé y casi me devolví. Pero tuve miedo de que me hiciera preguntas. Seguí caminando.

● ● *Me costó esperar*

que llegara el viernes. Me sentía terriblemente nerviosa. Cuando por fin llegó la gran noche, estaba casi frenética. Si mis hermanos se resistían a irse a la cama a las diez me daría un ataque. Pero, milagrosamente, lo hicieron sin discutir.

Luego que la casa quedó en silencio, esperé, conteniendo el aliento, algunos momentos más y silenciosamente me deslicé fuera de la casa. Mi corazón latía con fuerza y sentía las rodillas de lana mientras caminaba hacia la esquina. El auto que usaba Tomás estaba estacionado allí.



Sólo unos pasos más y me encontraría en sus brazos.

Estaba por abrir la puerta del cacharro cuando Tomás apareció de entre las sombras. Antes de darme cuenta de lo que sucedía me tomó en sus brazos y me besó apasionadamente.

—Guagua, ¿por qué demoraste tanto?

No tuve ocasión de contestarle, porque en ese momento el abuelo Esteban emergió como un fantasma de detrás de un árbol. Me puse rígida en brazos de Tomás. El anciano y yo nos miramos. En seguida le pregunté:

—¿Qué está haciendo aquí?

—Yo te iba a hacer la misma pregunta, Nana. ¿No te da vergüenza de estarte besando con un chico en plena calle?

—¿Quién es ése? —inquirió Tomás y dio un paso hacia el anciano.

—No le hagas caso. Es sólo un vecino entrometido.

—Bueno, es mejor que la deje en paz, viejito —le lanzó Tomás.

—¡Eres tú quien debe dejarla en paz! —El abuelo me cogió de un brazo. Su presión fue extraordinariamente fuerte—. ¡Ella sólo tiene catorce años!

—¿Catorce? —Tomás se volvió hacia mí—. ¡Tú me dijiste que tenías dieciséis!

—Eso no tiene importancia. No, puesto que nos amamos.

—Olvídalo, guagua —la voz de Tomás sonó dura—. ¡No acostumbro robar guaguas de sus cunas! —Se subió al cacharro y partió sin más explicación.

Espantada miré hacia la oscuridad. El abuelo Esteban continuaba apretando mi brazo. Lo solté.

—¿Cómo pudo hacer esto? ¡Lo ha arruinado todo!

—No, pequeña, te he impedido que lo hagas tú. ¿No sabes que escaparse de la casa es malo? Da gracias de que Tomás te haya dejado antes que fuera demasiado tarde. —Aspiró profundo—. Sabía de tu salida de hoy porque te escuché decírselo el otro día en el supermercado.

¡Lo justo es con Boleta!

Así como al comprar una mercadería o un servicio, Ud. exige el peso **justo** y el precio **justo**, así también Ud. debe exigir **siempre** su BOLETA. No esperar a que se la den, sino ¡exigirla!
Porque el Impuesto Legal, incluído en el precio que Ud. paga, le pertenece a todos los chilenos y sirve al progreso de Chile. Eso es lo justo.
Quien no extiende la BOLETA se apropia de un dinero que no le pertenece, o sea, comete un delito que Ud. debe evitar y denunciar.

Recuerde... por cada compra de E° 8.40 o más...
¡SU DERECHO ES RECIBIR SU BOLETA TIMBRADA...
SU DEBER ES EXIGIRLA!

Convertibles en Premios y Progreso conforme a la ley.
Guarde las suyas y participe en los sorteos mensuales.

Sorteo Nacional de Boletas de Compraventas y Servicios



Me sentía poseída de un odio y de una ira profundos. Apretando los puños golpeé el pecho del anciano.

—¡Lo odio! —grité—. ¡Siempre se está metiendo en lo que no debe! ¡Con razón lo van a mandar a un asilo! ¡Ahí es donde debe estar!

—¿Un asilo? —Dio un paso atrás tan bruscamente que resbaló y cayó—. Oh, Dios mío, no a un asilo. No quiero irme a un asilo.

De pronto, al verlo en el suelo, sentí miedo y también vergüenza. Me arrodillé a su lado.

—¡Perdóneme, abuelo Esteban, no quise decirle eso!

—No te preocupes, chiquita. —Luchó por ponerse de pie.

—No trate de levantarse. Iré en busca de su hijo.

—No lo necesito a él. No necesito a nadie —hablaba con dificultad—. Además, si haces eso tus padres sabrán que saliste esta noche y no quiero meterte en dificultades.

—¿Qué le importa lo que me suceda a mí?

El anciano logró ponerse de pie y se afirmó contra el árbol.

—Cuando se ama a alguien no se desea que ese ser sufra, Nana. Y yo sé que tú no quieres hacer sufrir a tus padres.

Encorvado comenzó a caminar por la vereda. Lo cogí de un brazo.

—Traté de convencer a la señora Marta para que no lo mande a un asilo, pero no quiso escucharme. Dice que usted es un intruso y se mete en todo, pero yo le contesté que sólo lo hacía por ser útil. Mamá se enojó conmigo y dijo que era una atrevida y me mandó a mi pieza. ¿Por qué nadie nunca quiere oírme?

—Tal vez porque nadie oye más que lo que le conviene. Pero me hiciste un gran servicio, chiquita, me abriste los ojos a muchas cosas.

● ● *Al día siguiente*

fue la señora Marta a casa.

—Ha sucedido algo muy extraño —dijo a mamá. Yo estaba en la cocina y ellas en el living—. Mi suegro habló conmigo. Parece un milagro, pero admitió que se estaba poniendo un viejo intruso. También me dijo que era muy difícil ser siempre espectador, que una persona necesitaba formar parte del espectáculo. —Se detuvo un momento—. Y, ¿sabes?, creo que tiene razón.

En seguida la señora Marta fue a la cocina.

—Nana, no debes preocuparte más por el abuelo. No lo mandaremos a un asilo. —Enseguida volvió al living sin decir nada más y de pronto recordé que no le había pedido disculpas por mi insolencia. Pensé que era el momento. Corrí tras ella y lo hice.

Las cosas no fueron más iguales que antes entre el abuelo Esteban y yo. Ya no nos sentamos a mecernos y cuando lo hacemos casi no hablamos. Es como si nos sintiéramos incómodos el uno con el otro. Tal vez es porque él está muy ocupado corrigiendo los errores de su actitud y yo creciendo para, por demasiada juventud, no cometer también errores. ♥

LA PARTIDA



VAN YA DIECIOCHO DIÁS DESDE QUE SALÍ DE MI CIUDAD NATAL...





















POCO A POCO MIS ILUSIONES SE DERRUMBABAN Y AUNQUE A MIS FAMILIARES Y AMIGOS LES CONTÉ MARAVILLAS POR CARTA, A TERESA NO ME ATREVÍ A ENGAÑARLA.






¡NO TE VAYAS, SUSANA! ¡QUÉDATE, CONMIGO! PRONTO TENDRÉ UN BUEN TRABAJO Y...
NO, RUBEN. ESTOY CANSADA DE ESTE PUEBLO Y DE ESTA GENTE.


¡ASÍ QUE ERES TALQUINA! ¿Y POR QUÉ TE VINISTE A SANTIAGO?


¿Y TAN CORTOS SON LOS HUASITOS DE ALLÁ QUE TE DEJARON VENIR?
¡NO SON CORTOS Y TAMPOCO SON "HUASITOS"!


¡PERO NO SEAS TONTA, NO TE ENOJES!
ES POCO SINCERO. SIEMPRE QUIERE BURLARSE DE MÍ.

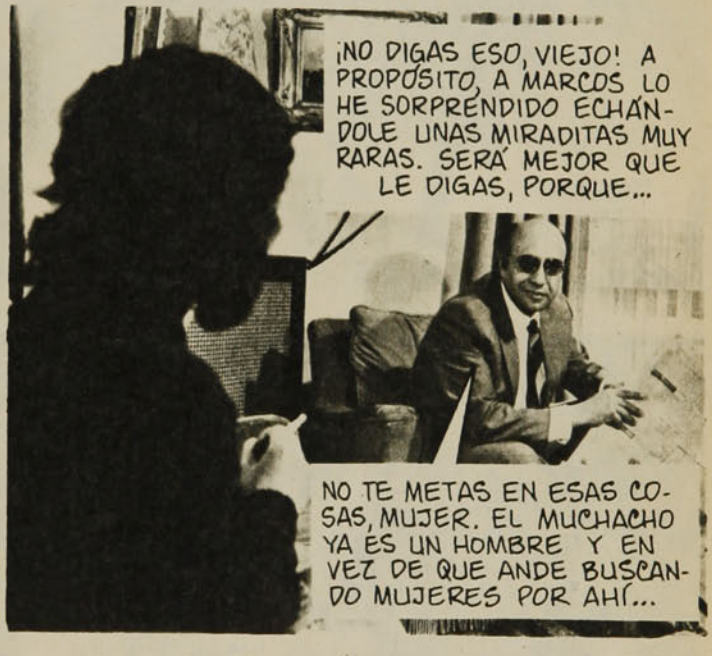

ESTÁ BIEN, RÍETE DE MÍ, PERO TE ESTARÉ ESPERANDO CUANDO VUELVAS DE SANTIAGO.


ESTÁ BASTANTE BIEN ESTA NIÑA.











CUANDO RECIÉN LLEGUÉ, ANSIABA LOS DÍAS DE SALIDA. DESPUÉS ME DABA IGUAL QUEDARME EN CASA...




¡LINDOS ZAPATOS, PERO TAN CAROS!


¡TANTA GENTE! SI AL MENOS CONOCIERA A ALGUIEN.
MEDIAS Y CALCETINES


¡BUENAS TARDES, SEÑORITAS!
¡BUENAS TARDES!


AQUÍ NO HAY DONDE IR. NOS CANSAMOS DE RECORRER LAS MISMAS CALLES Y DE TOPARNOS CON LAS MISMAS CARAS TODOS LOS DÍAS.
¿PERO QUÉ HAY DE MALO EN ESO?


ES QUE PASAN PENDIENTES DE LO QUE TÚ HACES. ME GUSTARÍA IR ADONDE HAYA MUCHA GENTE Y QUE NADIE SE PREOCUPE DE LA VIDA AJENA.


¡QUÉ LATA ENTRAR SOLA AL CINE!


ANDAS SOLA, ¿NO ES CIERTO? TENGO DOS ENTRADAS. ¿POR QUÉ NO ME ACOMPAÑAS?


¿QUIERES IR AL CINE CONMIGO ESTA TARDE, SUSANA?
NO PUEDO, TENGO UN COMPROMISO, RUBEN.



QUERÍA SENTIRME ALEGRE COMO LAS DEMÁS CHICAS QUE ENTRABAN CON SU ACOMPAÑANTE; POR ESO LE ACEPTÉ LA INVITACIÓN A UN DESCONOCIDO...







TRATÉ DE FIJARME EN TODOS LOS ROSTROS PARA VER SI DESCUBRÍA A ALGUIEN CONOCIDO. ERA TANTO EL DESEO DE ENCONTRARME CON ALGÚN AMIGO, QUE CONFUNDÍA A TODAS LAS PERSONAS. DE PRONTO VI A TERESA...









HABRÍA QUERIDO DETENER A CUALQUIER PERSONA PARA CONVERSAR ALGO, PERO LA FRIALDAD E INDIFERENCIA DE LOS ROSTROS ME DESANIMABAN...

TIENEN RAZÓN LOS QUE DICEN QUE LA PEOR SOLEDAD ES CUANDO SE ESTÁ RODEADA DE GENTE.

¿QUÉ TAL, SUSI? ¿SE DIVIRTIÓ MUCHO?

SÍ, SEÑORA.



ESA NOCHE, NO RESISTÍ LA DESESPERACIÓN Y LLORÉ DURANTE HORAS. HABRÍA QUERIDO DORMIR Y DESPERTAR EN MI PUEBLO, EN MI PROPIA CAMA, EN MI CASA, JUNTO A MIS PADRES Y AMIGOS...

ALGUNOS DÍAS DESPUÉS...

SÍRVEME TÉ, SUSI.

¿PUEDO AYUDARTE EN ALGO?

NO, PUEDO HACERLO SOLA.


¿QUÉ TE PASA QUE ESTÁS TAN ARISCA?
¡POR FAVOR, VÁYASE DE AQUÍ! MIRE QUE SU MAMÁ ESTÁ EN EL DORMITORIO.


NO HABLES TAN FUERTE ENTONCES... ¡VAYA ESTÁS TIRITANDO!
¡SUELTEME Y VÁYASE DE AQUÍ!


¡MARCOS! ¡SUSANA!


¿QUÉ SE HAN IMAGINADO, SINVERGÜENZAS?


¡CÍNICO! ESTO ES UNA FALTA DE RESPETO A TUS PADRES... ¡Y EN TU PROPIA CASA!


¡Y A USTED, MOSQUITA MUERTA, YO LA CREÍA MÁS SERIA!
PERO, SEÑORA...


PERO, SEÑORA, SI NO TENGO A DÓNDE IRME.
¡CÁLLESE, FRESCA SINVERGÜENZA! ¡PARA QUE SEPA, ESTA ES UNA CASA DECENTE, ASÍ QUE SE MANDA CAMBIAR AHORA MISMO!


ESO DEBIÓ HABERLO PENSADO ANTES. AHORA LE PAGARÉ LO QUE LE DEBO Y NO LA QUIERO VER UN MINUTO MÁS EN ESTA CASA.




ME VI NUEVAMENTE EN LA CALLE, RODEADA DE GENTE, PERO SOLA Y DESAMPARADA, SIN TENER A DÓNDE IR Y PENSANDO SOLAMENTE EN MI TIERRA, MIS PADRES Y MIS AMISTADES...

EL CUENTO de la semana.

EL MILAGRO DE LA LLUVIA

MANUEL COFIÑO LOPEZ
(cubano)

● SOLO RESPONDERE cuando te escuche decir Claaaudia... así, con la a prolongada, como suena siempre que me llaman desde lejos. Tú me llamarás así, pero bajito, cerquita de la oreja, asi como un susurro.

Te será fácil encontrarme, porqúe suelo usar blusas que dejen ver mi hombro, mis cicatrices.

Cuando nos encontremos habrá destellos que revelarán sutiles gestos olvidados, ligeros estremecimientos. Caminaremos juntos por las calles, recorreremos parques, cines de barrio, lugares oscuros, y unos días después entraremos y me acariciarás las cicatrices del hombro.

Querrás saberlo todo, y yo querré saber de ti, y tendremos que soportarnos las miradas, porque nadie puede saberlo todo de otro, ni aún quien merece saberlo.

Todo estará tranquilo, esperando la lluvia. Tus pupilas llenas de interrogaciones, tus ojos que preguntarán queriendo saber lo vivido por mí y para ti desconocido. Desviaré la vista pasearé mi mirada por el techo, por unas paredes descascaradas, por la ventana abierta, esperando la lluvia. Lloverá, y con los ojos entrecerrados escucharé el ruido de la lluvia. No dejaré que cierres la ventana. Lloverá, porque la lluvia despierta mis sensibilidades, me alucina, casi me hechiza; es mi creadora de ilusiones. Me abrirás la blusa, recorrerás mi piel con la yema de tus dedos, dibujarás líneas, laberintos, signos, tatuajes invisibles sobre las dos cicatrices redondas de mi hombro. Lo harás así, te pediré que lo hagas, sé que lo harás, porque sé con precisión lo que habrá de ocurrir, cómo y cuándo ocurrirá.

Sé que preguntarás, que escucharé tu voz mezclada con la lluvia y me acordaré de él, del olor a mar. Su mano moviendo el espejito sobre el parabrisas, apagando las luces, embistiendo los matorrales, acelerando, incrustando el carro entre gajos y hojas, quitando el periódico de sobre el asiento, agarrando la pistola, pasándomela

EL CUENTO de la semana.

por la cara, arrastrándome, empujándome hacia la costa. Lo sentí y sentí su mano en mi espalda y me volví y lo vi llorando, con la mano alzada, iniciando una caricia inoportuna, ya imposible. Me separé, me alejé de él y su mano quedó en el aire y su rostro desesperado. Pero tú tendrás tu mano sobre mi hombro y tus dedos recorrerán mis cicatrices redondas. Me pasarás la mano por la cara, acariciarás mi pelo negro y lacio, miraré el humo azul, la llamita rojiamarilla que se apagará en el preciso momento en que intente soplarla.

Mis pupilas llenas de interrogaciones querrán saber de ti; lo vivido por ti y para mi desconocido. Me contarás algunas cosas de tu vida; las que puedas contarme. Me miraré en tus ojos. Veré dos Claudias. Pensaré en mi vida en dos, quizás tu vida en dos. Nos quedaremos serios, me apretarás levemente el hombro y me atraerás hacia tu rostro. Me perderé en tus pupilas, me buscaré en tus labios, me encontraré en los besos, me haré nueva en la saliva. Besarás y acariciarás mis cicatrices, todos los lugares de mi cuerpo, nos buscaremos cada vez más fuerte. Tus manos arderán sobre mis muslos y mis pechos. Nos buscaremos siempre más. Los suspiros sustituirán a las palabras y comenzarán a preguntarse nuestros cuerpos. Caeré a tu lado muerta y nueva, desfallecida, pero capaz de amar y no sentirme sola, y eso ya será mucho para mí.

Encenderás otro cigarro y acariciarás las cicatrices de mi hombro. Abriré los ojos parpadeando. Todo estará en penumbras. Permaneceré con la mirada alta, fija en la ventana, en el cielo, en la lluvia. Me levantaré como flotando, sintiendo la novedad de mi piel, nueva por la humedad de tu lengua y tu saliva. Los senos me vibrarán mientras gire sonriendo, mordiéndome la uña del meñique, con el pelo suelto y los pies descalzos y giraré avanzando y avanzaré girando hasta llegar a la ventana, hasta quedar, de pronto, ante las azoteas sin detalles, oscurecidas, desvanecidas por la lluvia. Miraré las calles donde fui otra, la ciudad donde vivió otra Claudia. Se encenderán y apagarán ventanas. Extenderé mis manos apenas un poquito, y sentiré la lluvia en la punta de los dedos, recostaré mis brazos en el marco y la lluvia me caerá en la cara, sentiré el agua en mis labios, en mi pelo, en mi pecho, en mis cicatrices del hombro, y pensaré que cuando salgamos caminaremos juntos tomados de la mano, reiremos, cómplices sin miedo, nos buscaremos con los ojos, aún después de habernos separado. ¡Qué todavía llueva cuando salgamos! Oiré tu voz llamándome, tu voz que me acariciará como las yemas de tus dedos, como la lluvia. Me acercaré bailando al ritmo de una música que mis labios mojados intentarán recuperar, me acercaré girando, sonriendo, mordiéndome la uña del meñique, con el pelo suelto, los ojos cerrados, salpicada de lluvia, la cara mojada, los pies descalzos y giraré y avanzaré girando hasta tirarme junto a ti. Te pediré un cigarro, y me dirás:

—Siempre mojas el cigarro con los labios. No sabes fumar.

—Es que yo antes no fumaba.

—¿Qué tiempo viviste con él?

—Diez años.

—Cuéntame.

—Si ya lo sabes casi todo.

—¿Qué edad tenías cuando lo conociste?

—Diecisiete.

—Quiero saber qué hacías antes de conocerlo, ¿cómo eras?

—Era una muchacha que no sabía nada. Mi madre trabajaba en casa de los Menéndez y allí también vivía yo.

—¿Cómo aguantaste tanto? A veces pienso que lo querías. Me da rabia.

—Calla —te diré poniéndote los dedos sobre los labios. Y pensaré decirte que es que todo necesita aprendizaje: la lucidez, el ver ver, el oír oír, el sentir sentir, el andar después que uno sabe andar, que hasta el amor y el odio necesitan aprenderse, pero te diré—. A mí también. No quiero acordarme.

● PERO ME ACORDARE, pero me acordaré no sólo de ese Rogelio que conocerás, del que ya sabes algo, sino me acordaré también de un Rogelio que no conocerás, del que no podré

EL MILAGRO DE LA LLUVIA

hablarte, que casi no recuerdo, por lejano, que ha sido borrado por los propios recuerdos el de aquellos primeros meses, el de aquellos primeros días que tuvieron, que siguen teniendo en mi recuerdo ciertos deslumbramientos, porque era como inaugurar un mundo creado por el primer amor, flotar, ascender, descender suavemente al banco de un parque, a un cine de barrio, a un rinconcito oscuro. Y me acordaré también del Rogelio que quiso obligarme a irme con él, que me agarra por el pelo, que me arrastra, me levanta, me sacude por los hombros, me grita que debo ser agradecida, me pasa la pistola por la cara, y no quiere que grite y me grita: "Cállate, perra puta, cállate o te mato. Eres mierda y por eso te quieres quedar en esta mierda, criadita que eras cuando te conocí". Recordaré al Rogelio que me golpea y me sacude, a mí, a una Claudia ya yo, que le araña la cara, que llorando le desgarró la cara, que trató de taparme la boca y le mordí la mano, y vi una luz, un parpadeo en el mar cuando dispara contra mí y mi mano en el hombro cuando caí sobre la arena, que todo a mi alrededor se deshacía. Y me acordaré de Rogelio, mirando al mar, hacia la señal que vino del mar, arrastrándome por los pelos hacia la costa. Lo veo detenerse, llorar, arrodillarse ante mí, ponerse la pistola en la barbilla y no matarse, pasarme la mano por el pecho. Se levantó, se me quedó mirando, pensé que volvería a disparar, pero se echó a correr hacia la costa, y entonces sonó un disparo y una luz de bengala iluminó la noche los ojos se me cerraron con un deseo intenso incomprensible de ser feliz para siempre.

Y estaré a tu lado con los ojos cerrados, escuchando la música de la lluvia, entretejiendo sensaciones para volver a amar, y eso ya será mucho para mí. Hasta querré llorar, pero me contendré. Y abriré los ojos con el deseo intenso, comprensible, de ser feliz. Y sentiré las yemas de tus dedos recorriendo mi piel, dibujando líneas, laberintos, signos, tatuajes invisibles sobre las dos cicatrices redondas de mi hombro. Querré saber de ti, las que has querido, cómo eran, cómo eras tú antes de conocerme, cómo fuiste, qué deseos has tenido. Y mis pupilas llenas de interrogaciones, mis ojos te preguntarán queriendo saber lo vivido por ti y para mí desconocido. Y volverán nuestros ojos a preguntarse; ese querer saber lo que no puede saberse. Nuestros cuerpos se volverán a entrelazar, desesperados por saber, volverán a preguntarse nuestros cuerpos. Cada caricia una pregunta, cada roce de piel una respuesta. Saldremos a la calle agotados, doliéndonos un poco el cuerpo. Saldremos un poco tristes y un poco alegres. Caminaremos tomados de la mano por las calles vacías y tranquilas. Pensaré decirte algunas cosas, pero no te las diré, porque hay cosas de uno que los demás no entienden, no podrán comprender. Y las luces resplandecerán en los árboles mojados. Y ya no lloverá, pero el viento moverá las hojas y les arrancará gotitas de agua que caerán sobre la acera, sobre tu rostro y sobre el mío. Levantaré la cara para que me caigan en los labios. El viento me arremolinará el pelo y sentiré su caricia en las cicatrices de mi hombro. Las luces se reflejarán en el asfalto y escucharé tu voz. Tú me detendrás. Tú me mirarás larga y fijamente y acariciándome el pelo, me dirás:

—Sabes que muchas cosas que me has dicho no me convencen.

Y me pondré contenta, muy contenta. Porque cuando uno quiere de verdad necesita saber todo el otro, casi olvida que nadie puede saber todo lo del otro, ni aún quien merece saberlo. Y me pondré contenta. De nuevo comenzará a llover. Volverá a lloviznar. Me mirarás. Sonreíremos. Te apretaré la mano. Y acercando mi boca a tu oreja, bajo la lluvia, te diré bajito, pero muy contenta:

—A mí tampoco algunas de las que me has dicho. Pero en realidad el pasado no debe importarnos porque aquí todos fuimos otros.

● Y ECHAREMOS a andar, cogidos de la mano, caminando apurados, mojándonos, riéndonos, esquivando los charcos. Y sentiré como si la lluvia fuera borrando las cicatrices de mi hombro, y fuera la yema de tus dedos, tu boca, tu saliva, la llovizna. ♥♥



entre nosotras



●●. ENTRE EL 28 DE OCTUBRE Y EL 14 DE NOVIEMBRE

se abre la FISA 71 en el Parque Cerrillos. Como todos los años, se hará un exposición de animales de diferentes especies y de maquinarias chilenas y extranjeras, además del show artístico permanente.

Entre los numerosos países expositores se encuentran Ecuador, Perú, Alemania Federal y Democrática, Bulgaria y muchos otros, que en sus stands muestran las maquinarias y objetos típicos de su país.

Este año, por primera vez, se cuenta con la participación de una de las naciones más grandes del mundo, China Popular, que mostrará maquinarias y diversos productos. En este momento en que en muchos países occidentales se especula, se habla, se rumorea sobre el avance chino como potencia mundial y que muy poco se conoce acerca de ella, es importante ver lo que ellos muestran, no sólo por conocer la calidad de los productos que elaboran sino por lo que significa China. Esa China que era feudal hasta hace poco, esa China de las delicadas sedas y laboriosas obras de marfil, esa China que con millones de habitantes que vivían en condiciones miserables se levantó con el esfuerzo de todo el pueblo, con el trabajo mancomunado de obreros, campesinos y mujeres. Esa China que mostrará sus productos en una inmensa carpa inflable en un Parque de Cerrillos.



●●. TODOS LOS DIAS CIENTOS DE PERSONAS

llegan a los cementerios. Algunos a enterrar a un familiar, otros a visitar la tumba de un ser querido y otros a trabajar ya sea en las oficinas, o como sepulturero, además de los que cuidan y riegan las flores de los grandes mausoleos.

A fines de octubre, y, especialmente el 1.º de noviembre, Día de Todos los Santos, según el calendario y Día de los Muertos, según la tradición, los cementerios se ven invadidos por miles de personas. Para eso a todos alguna vez se nos ha muerto un familiar o un amigo y en esa fecha llegamos hasta su sepultura con un ramito de flores blancas y los mejores recuerdos del "finado".

Pero antes de depositar nuestra ofrenda tenemos que sufrir los empujones a la entrada, luego la estrechez de las calles cercadas por altos cipreses y mientras se avanza lentamente hay tiempo de admirar los bellos mausoleos de las familias "importantes". Construcciones inmensas con escalinatas de mármol y fuertes rejas, y algunas veces a un costado, un ángel guardián que vela por el sueño eterno de los que descansan allí dentro. Bastante más adentro el panorama es distinto: humildes cruces de madera enterradas en la tierra señalan el nombre de un esforzado trabajador. Las diferencias sociales no se acaban con la muerte, eso es lo que parecen pensar muchos y gastan sumas fabulosas tratando de hacer un funeral de primera y luego un hermoso nicho.

La misa y el velorio son la primera parte. Luego viene el entierro mismo: para ello es necesario arrendar un nicho en caso de que la familia no lo tenga; esto, por supuesto, cuesta caro. El traslado desde la iglesia al cementerio lo hace generalmente la empresa funeraria contratada para la ocasión; esto también se paga. Suma y sigue. Después vienen las tarjetas de agradecimiento de condolencia, que tampoco se regalan.

En resumen los funerales y entierros tradicionales son caros y complicados, pero se insiste en ellos. Morir es una cosa natural, tanto como el nacer. Sin embargo, la muerte se ha transformado en un excelente negocio para algunos y en una especie de masoquismo para los deudos, que además de soportar la pena que les causa la partida de un ser querido deben sufrir esta serie de trámites engorrosos.

En Chile existe hace tiempo un horno crematorio, un moderno e higiénico sistema que reemplaza al antiguo y económicamente es más conveniente. Con la cremación se soluciona otra serie de problemas, como por ejemplo, el tener que comprar un nicho. Después de la cremación las cenizas se guardan en una pequeña ánfora que puede quedar en el cementerio o bien si se prefiere se lleva a casa.

Por lo demás, Santiago es una ciudad demasiado pequeña como para tener cuatro cementerios: el General, Católico, Metropolitano, Israelita, y la Foresta, que día a día amenazan agrandarse, cuando por otro lado no hay lugar dónde construir nuevas poblaciones para que habiten los vivos, que por el momento tienen necesidades más urgentes que los muertos. Además es absurdo que mientras hay gente que no tiene dónde dormir, en el cementerio existan inmensos mausoleos para alojar una o varias urnas llenas de polvo.



diversión con consecuencias

• • •

El castigo vino después y fué terrible.

• • •

● CUANDO ME DIJERON que mi guagua había muerto, pensé que jamás sentiría una pena más profunda; pero no sospechaba cómo era realmente el dolor hasta que no supe que la había matado.

La maté yo: su madre.

Dios sabe que no tenía idea de lo que hacía cuando comencé todo eso, es decir mucho antes de que naciera la guagua. Ni que la concibiera, ni imaginar. Pero lo que hice, sin más razón que mi estúpida vanidad y ambición, la mató igual que si la hubiera asesinado con mis propias manos. Lo cual, en cierto modo, hice.

Todo comenzó por haber encontrado un empleo en una gran compañía de importaciones. Era una gran empresa que abrió una sucursal en mi ciudad, que aunque era pequeña interesaba a un negocio de ese tipo. Me sentí terriblemente afortunada de ser una de sus primeras empleadas contratadas.

Recién había terminado mis humanidades y me sentí muy importante con mi empleo. Era de porvenir y si me portaba bien, pronto tendría un ascenso. Además, nos daban grandes facilidades para comprar las mercaderías que importaban.

Un par de compañeros me invitaron a salir y me divertí mucho con ellos, pero ninguno me interesó realmente, porque tenía los ojos puestos en la ilusión que me pretendiera algún jefe. Eran amables conmigo, pero jamás me convidaron como lo hacían a Marcela. Ella era una chica muy linda y todas las mañanas llegaba a la oficina batiendo las pestañas a quien la saludaba, porque tenía gran seguridad en sí misma.

—Jamás pensé que una ciudad tan pequeña como ésta fuera tan entretenida —me confidenció un día. Marcela había sido trasladada a la nueva sucursal como un ascenso—. Imagino lo que habrás gozado durante todos los años pasados.

—Claro que sí —contesté de modo casual, porque por nada del mundo le dejaría traslucir que no sospechaba a qué se refería. Naturalmente que sabía que en nuestra ciudad algunos grupos lo pasaban mejor que otros, pero yo siempre me había sentido feliz con mi modo de vida simple y con mis amistades.

—Tendremos una fiesta con vuelo, te invito a que asistas —dijo como si me convidara a ir con ella al cine—. Una chica inteligente como tú debe dejar de lado las cosas infantiles y unirse a los adultos.

No me presionó. No dijo ni una palabra más, excepto donde sería la fiesta y que ojalá asistiera para presentarme a su grupo. El que lo hiciera o no era asunto mío.

No sería justo decir que todo fue culpa de Marcela. Lo que me ofreció fue algo que yo deseaba: la introducción a una vida más emocionante a la aburrida y serena que siempre había conocido. Ella era una chica muy popular y yo envidiaba su éxito y el modo como siempre estaba en lo mejor de las actividades.

Personalmente, la fiesta la encontré muy aburrida. Todos reían de nada y decían cosas que se suponía eran muy inteligentes. Yo me sentía torpe, porque su modo de divertirse no me atraía.

Y no me gustó el sabor de la marihuana. Su olor era enfermantemente dulce y me hacía sentir náuseas. Uno de los hombres de la



fiesta, Gerardo, de pronto me rodeó con sus brazos.

—Debes haber tenido una mala experiencia anterior, ¿no es así? —dijo, pero no a modo de pregunta—. Descansa. Esa es la idea de todo esto. Te ayudará a distenderte, pero no esperes milagros. No te elevará ni exaltará como las drogas más fuertes. Todo lo que experimentarás será una sensación placentera.

Me besó la mejilla de modo casi fraternal, en seguida rio.

—Te bajaremos del pedestal en donde estás —comentó. En seguida fue a conversar con Marcela y los vi que me miraban y sonreían. Una sonrisa indulgente, pero no me importó. Me sentía descansada y la marihuana me había dado la sensación placentera. Ahora encontraba entretenida la fiesta.

A la mañana siguiente desperté con una sensación extraña. De haber hecho algo distinto de lo habitual. ¿Qué? Y entonces recordé. Por cierto, la fiesta. Y me sentí muy bien, porque finalmente había entrado al círculo de gente sofisticada del cual ansiaba formar parte.

Me invitaron a otras fiestas. Noté que la gente que no fumaba era como la que no bebía en un coctel; se notaban incómodos por mucho que simularan divertirse. La atmósfera era también como la de un coctel, excepto que el aire estaba cargado de olor dulzaino y todo el mundo era terriblemente amable con los otros. Por lo menos eso me pareció a mí.

Y lo más importante, comencé a recibir invitaciones de hombres mayores y más sofisticados. Sabía lo que eso podía envolver, pero no deseaba que me tildaran de anticuada, a pesar de que no estaba dispuesta a irme a la cama con cualquiera.

—Eres muy rara —me dijo uno de ellos—. Pareces seguir la corriente, pero en el corazón eres muy puritana.

—Creo que lo soy —contesté—. Espero casarme algún día y creo debo conservarme virgen para mi marido.

Lanzó un bufido y me acarició el hombro, diciendo:

—Ojalá que el hombre con quien te cases aprecie lo que le das.

Cuando finalmente lo conocí a "él", al hombre que esperaba, no pensé que se fijaría en mí. Cristian era hijo de uno de los jefes. Estaba entrenándose para algún día hacerse cargo de los negocios de la compañía, y con ese fin estaba trabajando en todas las secciones. Y se suponía nadie debía saber quién en realidad era.

Yo lo supe por casualidad. Estaba trabajando en la sección ventas y yo había sido ascendida a secretaria. Había conocido a Cristian y como lo encontraba encantador decidí lograr que me notara. No fue difícil. En realidad, él trataba de notar a todo el mundo y cada departamento.

Durante su segunda semana de trabajo, Cristian muy naturalmente me invitó un día a almorzar. E igual de naturalmente le acepté. No se dio ningún aire: me llevó a un restorán que había enfrente, que era mejor que el pequeño donde yo almorzaba y muy inferior al donde iban los ejecutivos.

Nuestra conversación fue común y corriente. Le conté que ése era mi primer empleo y lo que emocionaba trabajar en una oficina grande, con tanta gente a mi alrededor. Sonrió ante eso.

—¿Qué encuentras tan divertido? Supongo que para ti ésta es sólo una ciudad provinciana. Y también eso soy yo: una provinciana.

—Ese es parte de tu encanto —susurró.

—Bueno, aprovecho de toda oportunidad para perder tal encanto —contesté molesta—. Quiero pertenecer al gran mundo, al mundo donde hay diversiones.

—¿Diversiones? ¿Como cuáles?

—Fiestas entretenidas. —Casi le expliqué cómo eran esas fiestas entretenidas, pero me contuve. No sería yo quien lo presentaría a ese grupo; otro tendría que hacerlo.

Siguiendo la conversación le pregunté si conocía a todos los empleados de la firma.

—Eso es lo que intento hacer. Para eso he venido.

—He oído decir que la gente te quiere, a pesar de ser el espía de la oficina.

—No soy ningún espía. ¿Eres buena para guardar secretos?

—Estupenda —afirmé y era cierto. Jamás creía que yo sería más importante divulgando los secretos ajenos.

—Bueno... —Sacudió la cabeza—. No, si no soy capaz de guardar mis propios secretos no le puedo pedir a otra persona que lo haga. —Puso su mano sobre la mía—. Ojalá tuviera un poco más de tiempo para conocerte.

Comenzamos a salir juntos y pronto comencé a experimentar la sensación de que Cristian estaba enamorado de mí. Una tarde, caminando por la playa, dijo:

—Dolores, ojalá pudiera..., bueno, pedirte que te casaras conmigo.

Se me apretó el corazón. ¡Era casado! Fue lo primero que pensé.

—Estaba volando, volando muy alto, pero algo me sumergía, echándome hacia abajo.

Como si leyera mis pensamientos, dijo:

—No es que no sea libre como para pedírtelo. Pero debo irme por un tiempo a trabajar en otras sucursales. Me estoy entrenando y no puedo pedirte que me sigas.

—¿Entrenándote para qué? —pregunté sorprendida. Mi mente retrocedió al asunto que se le creía un espía en la oficina.

—Bueno, te lo contaré. Ahora ya no importa, porque me voy mañana. —No podía imaginar cuál era el misterio. Sonaba algo terrible—. Tú ves, debo aprender todo lo de la firma porque mi padre es su presidente.

—Parece que tratas de impresionarme.

Sacudió la cabeza.

—Por el contrario. Sé que ser hijo del presidente no es algo bueno, porque se le tiene recelo. Cuando te conocí, una chica buena y sana, supuse que mi situación a ti ni te importaría ni te impresionaría.

—No soy sólo una chica buena y sana —lo interrumpí.

—Para mí lo eres. En todo caso, tal como te decía estoy siendo entrenado, o educado, o como quieras llamarlo, para después hacerme cargo de la empresa. Mi padre la levantó desde sus cimientos y por eso quiere que aprenda desde abajo.

—Es por eso que tienes ese empleo.

—Correcto. Y también por eso nadie sabe quién soy. Debo ser tratado como cualquier empleado y averiguar cómo van las cosas. Hay dos sucursales en donde debo ir a trabajar. En seguida volver a la oficina principal. Pero creo eso no vendrá muy luego. Y no creo que ninguna mujer pueda aceptar una vida tan llena de cambios.

—No puedes saberlo si no tratas de averiguarlo.

Me tomó en sus brazos y me dio un beso largo y apasionado.

—¡Cómo odio tener que dejarte! —exclamó.

Me fue a dejar a mi departamento y en la puerta nos volvimos a besar. No vi a Cristian después de eso. Me telefoneó al día siguiente, pero yo había salido a almorzar. No dejó mensaje. Su nombre y nada más.

Tuve que enfrentar los hechos. Yo no le importaba a Cristian. Toda esa habladuría de casarse conmigo había sido fingida. Bueno, le demostraría cómo se podía comportar una chica buena y sana. Comencé a coquetear con los hombres y asistir a fiestas, pero no logré mucho éxito. Me había equivocado en cuanto al amor de Cristian, pero eso no justificaba que hiciera una vida desbocada. Y cuando comencé a negarme a las insinuaciones de otro hombre me hice muy impopular.

Y la marihuana comenzó a desalentarme. A veces me ponía enferma, pero por lo general no sentía nada. Tampoco me fascinaba la gente que la cultivaba. Sólo servía para tratar de olvidar a Cristian. Decía que me descansaría, pero yo no quería descansar bloqueando mi mente.

Estaba prácticamente resignada a comprarme un gato y ser solterona para siempre cuando un día Marcela fue a hablar conmigo.

—Has estado muy sola últimamente, Lolita. No sé qué tienes en la mente, pero estoy segura de que necesitas de alguna diversión.

—Ya he tenido suficiente... —comencé a decir, pero ella me interrumpió:

—Nada de negarte. Anda conmigo a esa reunión y lo pasarás muy bien.

Me encogí de hombros. Después de todo, ella jamás me había forzado a nada. Tómalo o déjalo era su norma. Pero me sentía sola y en realidad necesitaba distraerme. Además tal vez podría conocer a algún chico que me interesara. No al hijo del jefe, pero a alguien interesante.

—Está bien, iré. Gracias —dije.

Ahora cuando recuerdo esa dada de gracias la encuentro irónica. Ella creía estarme haciendo un favor, y yo también lo suponía así.

Bueno, Marcela tuvo razón en una cosa. En la fiesta no vi ningún cigarrillo. Sin embargo, la gente parecía esperar algo con expectación, igual que si aguardara al Viejito Pascuero.

No puse mucha atención cuando entró David. Se veía un chico cualquiera, de rostro delgado y demacrado y facciones agudas y con aspecto de saber algo que nadie conocía.

Inmediatamente la gente lo rodeó y él retrocedió con gesto teatral, y abrió la mano: había en su palma un montón de terrones de azúcar. En menos de un minuto se los arrebataron todos.

Supe qué era. Nunca había estado cerca del LSD, pero sabía cómo se tomaba y las historias de los efectos devastadores que le producía a ciertas personas.

David se me acercó. Me sonrió y su sonrisa hizo que mi sangre se helara.

—Hola, a ti no te conozco. ¿Qué haces aquí?

—Me invitaron —lancé y me corrí de su lado.

—Estupendo. —Me miró de alto a bajo, aprobadoramente—. Espléndido. Fresca e ingenua.

—¡Cállate! —exclamé furiosa. Siempre los hombres me tomaban por una niñita inocente; estaba cansada de eso.

—Lo que necesitas es alegrarte.

—¡Estoy alegre! Si quieres darme yerba, olvídalo. Ya la he probado.

Sacudió la cabeza.

—Esas son cosas de niños. —Metió la mano al bolsillo y sacó dos terrones de azúcar—. He guardado éstos para dárselos a alguien especial. Alguien con quien yo quiera en realidad hacer el viaje.

—No puedes referirte a mí. Yo jamás probaré eso. No me interesa.

—Espléndido. Ahora veo que tengo razón en suponerte sólo una mocosita buena.

Me enfurecí. Primero se había burlado de mí Cristian y ahora era David. Qué sacaba con ser buena y tener principios si todo lo que conseguía era una terrible soledad.

Miré a mi alrededor. Una chica había tendida en un sofá y sin duda se hallaba en viaje. Debía ser uno bueno: su rostro parecía extasiado.

Bueno, no me importaba si mi viaje fuera bueno o no. Probaría el LSD. Después de todo yo no tenía pasta de adicta. No me esclavizaría con él. Estiré la mano cuando David se la metía al bolsillo, le arrebaté un terrón de azúcar y me lo eché a la boca.

—Estaba seguro de que aceptarías —dijo David—. Para allá vamos. A volar juntos.

No sé dónde fue, pero no estaba conmigo. Al principio creí que nada iba a suceder. Me sentía demasiado serena como para formar parte de ese conjunto. Estaba lejos de David, lejos de todos, de todo. Literalmente estaba con las piernas cruzadas sentada en una nube azul, muy lejos de la tierra. Recuerdo haber cogido una estrella que se deshizo entre mis dedos.

Eso me pareció raro y cogí otra. Esta vez la apreté en mi mano. Me quemó un poco, pero no me importó. Mi mano había cogido el parpadear de la estrella y entonces me di cuenta de que la quemante sensación iba de mi mano a mi cuerpo y cuando me miré a mí misma vi que todo mi ser brillaba.

Me oí a mí misma gritar:

—¡Estoy brillando, estoy brillando! —y hubo carcajadas a mi alrededor.

"Al diablo con todos ellos", pensé. Me alejaría de esa gente. Volvería al sitio a donde yo pertenecía. Al cielo y las estrellas y el brillo.

Estaba volando. Volando muy alto, pero algo me sumergía, echándome hacia abajo. El cielo me llamaba y algo se pegaba a mí, una especie de cieno.

Pateé y pateé, pero el cielo era demasiado fuerte para mí. De pronto caí con estruendo. Había bajado al departamento y estaba sentada en el suelo con las piernas estiradas ante mí. Marcela me miraba con gran preocupación. Alguien me tenía los brazos en la espalda. Otra persona me rodeaba con sus brazos la cintura, y parecía estar con una camisa de fuerza.

—Creo está volviendo —dijo alguien.

—La llevaremos a su casa inmediatamente —dictaminó Marcela—. Vamos, Lolita.

Yo seguía sorprendida.

—¿Por qué me detuvieron? —pregunté. Estaba molesta y enojada y triste por lo que había perdido—. Volaba hacia las estrellas y ustedes me lo impidieron.

—Lolita querida, tuviste un viaje malo —explicó Marcela—. Tratabas de saltar por la ventana.

De pronto volví realmente a la tierra. Temblé.

—¿En realidad traté de hacer eso?

El hombre que me sujetaba por la cintura asintió.

—Claro que sí. Para ser una chica tan delgada tienes harta fuerza. Nos costó arrancarte de la ventana.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé. No podía pensar en nada más que decir. Me sentía terriblemente agradecida de haberme salvado y espantada por lo que había hecho.

—Vamos —dijo Marcela. Me ayudó a ponerme de pie y entre ella y el hombre que me sujetaba de la cintura me llevaron a casa.

Eso me curó de la escena de drogas. No volvería a tomarlas. Con un viaje como ése había sido suficiente. Estaba agradecida de haber salido de él viva y entera.

Incluso Marcela dijo que era buena idea que me mantuviera lejos de eso.

—Puede que seas más susceptible que otras personas. He presenciado escenas horribles y no quiero que te pase algo así a ti. Demos las gracias porque saliste indemne. Estaba agradecida, pero me sentía más sola que nunca. No me sentía satisfecha con nada y no quería salir a ninguna parte y, por cierto, no frecuentaba a ese grupo de gente sofisticada.

Entonces recibí un telefonazo. Al principio me negué a creerlo. Era Cristian, realmente Cristian que había venido por dos días y quería verme.

Al principio estuve tentada de no aceptarle, porque él se había alejado de mí, pero no me sentí capaz. Por mucho que había tratado no había podido olvidarlo. Me fue a buscar a la salida de la oficina y fuimos a comer a un restorán tranquilo. Me senté ante la mesa esperando de él una explicación.

Pero lo único que dijo fue:

—Sé que me exponía a tu rechazo, pero me moría de ganas de verte. ¿Por qué no me llamaste o te pusiste en contacto conmigo? ¿Es que me odias tanto?

Me quedé de una pieza.

—¿De qué estás hablando? Yo me he preguntado por qué no te pusiste en contacto conmigo luego de ese telefonazo. Me sentí defraudada y supuse que tus palabras de amor de ese día habían sido insinceras.

Me miró, mudo, y en seguida lanzó una carcajada.

—¿Te imaginas, tontita, que no pienso casarme contigo? Lolita, eres la más ingenua de las mujeres.

—Pero ¿cómo podía ponerme en contacto contigo? —insistí—. No tenía ni idea de dónde estabas.

Bueno, finalmente nos entendi-



mos. La chica del teléfono se había olvidado de darme el recado completo. Y no se molestó en darme la dirección que él me había dejado.

Vinieron entonces el ajetreo de los preparativos para el matrimonio y la búsqueda de una casa donde vivir. Me sentí contenta de no haberme dejado arrastrar durante la ausencia de Cristian y seguir siendo para él la última de las puritanas. Eso no significaba que él no fuera un gozador de la vida y que no fuera más entretenido que todos los hombres que había conocido y, además, podía entretenerme con Cristian sin necesidad de recurrir a las drogas. Era un hombre que bebía moderadamente, pero tampoco se privaba del alcohol.

Cristian tenía ciertos principios y no se salía de ellos. Trabajaba duro, gozaba de la vida y no hacía ostentaciones. Para el dinero que tenía su familia, nosotros vivíamos de modo muy simple. Al fin y al cabo provenía de gente trabajadora y debía ganarse el sustento como cualquier trabajador. Y, en general, yo estaba de acuerdo con todas sus ideas.

Por todo eso me sentía contenta de haberme guardado para él y resistiendo las tentaciones que tuve mientras frecuenté ese grupo que interpreté como gente sofisticada. Sabía que no le podía contar mis experimentos con marihuana y LSD. No porque no me hubiera comprendido, puesto que era un hombre dúctil y no me habría echado en cara mis locuras.

Pero ése era mi secreto. Además, ¿para qué contárselo si no lo había vuelto a repetir ni pensaba hacerlo? Lo importante ahora era hacer feliz a Cristian, tenerle un hogar y ser una esposa amante para él. Todo eso era muy fácil. Es cierto que tenía que viajar a menudo a otras sucursales, pero yo lo tomaba como algo lógico. Lo echaba terriblemente de menos cuando estaba ausente, pero jamás se lo dije, porque era mi deber ayudarlo y porque sabía que me amaba y que volvería a mí. Cuando estaba sola hacía mil cosas útiles. En resumen, la vida era hermosa.

Recuerdo un día cuando no estaba Cristian, con sólo pensar en él, sentí un hormigueo en todo mi cuerpo. Pero no fue un hormigueo agradable, sino algo que me asustó. Y entonces reviví la terrible noche en que quise saltar por la ventana para ir en busca de las estrellas.

Me costó trabajo desligarme de esa horrible sensación. Salí rápido fuera de la casa y corrí al jardín que teníamos en su parte de atrás. Lo único que ansiaba era tener mis pies sobre la tierra y alejarme de la tentación de las ventanas. La atracción por ellas había sido casi irresistible.

Tal vez fue eso lo que decidió a que debíamos tener una guagua lo más pronto posible. Con todo el tiempo de que yo disponía con Cristian lejos lo mejor era tener que preocuparme de cuidar un niño. Además ansiábamos tener una gran familia y entre más luego la empezáramos, mejor.

Cristian se sintió feliz con la idea y me embaracé casi inmediatamente, pero en vez de sentir molestia parecí florecer. Mi médico aseguró que a menudo sucedía eso. Algo en mis glándulas se había activado con el embarazo y mi cuerpo se sentía vivo y vibrante.

Fue sólo en el sexto mes que comencé a sentir incomodidad. Pero eso también fue considerado normal. Después de todo, me explicó el médico, con el primer embarazo mi cuerpo tenía que hacer toda clase de ajustes.

—Lo primero es la guagua —me explicó—. La naturaleza vela porque todo cuanto ella necesita lo obtenga. La naturaleza se interesa en que la vida siga adelante. Y espero que usted se ajuste a eso.

Eso me pareció razonable. Deseé que no fuera necesario que mi cuerpo se sintiera tan pesado, tan inerte, como si llevara dentro de él un tractor. Pero otras madres me explicaron de otros trastornos que ellas sufrían y supuse que el mío era perfectamente natural.

—Tengo que hacer un viaje rápido fuera de la ciudad —me dijo un día Cristian—. Como no puedo evitarlo lo haré lo más corto posible. En todo caso estaré de vuelta antes de que nazca la guagua.

Pero no fue así. Tres días después que se marchó, comencé con los dolores del parto. Llamé al médico y me hizo ir inmediatamente al hospital. Jamás creía que se podía experimentar tanto dolor y lo único que deseaba era tener a Cristian a mi lado. Pero pronto me anestesiaron y lo próximo que supe fue que estaba en una pieza y que mi marido estaba sentado a mi lado.

Estaba adormilada, no totalmente despierta. Sentía algo como lo que experimenté con mi viaje con LSD, pero esta vez era mucho mejor. Pronto me di cuenta dónde me hallaba y quién estaba sentado a mi lado. Cuando vio moverse mis párpados, Cristian se inclinó hacia mí y me dio un beso.

—Gracias a Dios que estás bien —murmuró.

—La guagua —susurré adormilada—. La guagua..., ¿dónde está?

Cristian apretó mi mano.

—Más tarde, mi amor. Más tarde.

Aún en mi estado de sopor vi que su rostro estaba pálido. No era de pena, sino de cansancio. Y algo más, algo que no podía precisar.

—Ahora —exigí—. ¡Quiero ver a mi guagua ahora!

Se acercó una enfermera.

—Haré que se duerma de nuevo. Su marido volverá más tarde.

—Traté de protestar, pero sentí el pinchazo de una aguja y me dormí de nuevo.

Al día siguiente, Cristian estaba de nuevo a mi lado, con la misma expresión de cansancio en su rostro.

—¿Cuándo volviste? —pregunté—. ¿Y cuándo veré a mi guagua?

Me sonrió con una sonrisa muy triste.

—Me avisaron tan pronto llegaste al hospital. Me vine inmediatamente. No te preocupes, no me separaré de ti.

- Me sentía terriblemente agradecida de haberme salvado y espantada por lo que había hecho.
- "¿Y ese solo viaje puede afectar el resto de mi vida?", pregunté desesperada.

Comencé a experimentar una sensación de miedo.

—La guagua..., quiero ver a mi guagua.

Cristian y el médico se miraron y entonces este último se acercó a mí y me cogió la mano.

—Debe ser valiente. No..., no hay guagua.

—Pero... —Me detuve. ¿No había sentido los dolores del parto? ¿No había estado embarazada? Mi mente giraba en círculos sin poder comprender.

—Fue algo muy triste, pero su guagua no pudo vivir —explicó el médico.

Antes de poder entender sus palabras, Cristian me abrazó.

—Ya habrá otras. Tendremos una familia grande, mi amor.

Noté una expresión rara en la cara del médico.

Así había sido: mi guagua murió al nacer. Demoré semanas en resignarme a esa idea. Pero, tal como decía Cristian, tendríamos otras..., una familia grande.

Cristian demoró más en reponerse de la impresión que yo. La expresión triste se mantuvo en su rostro y cuando traté de averiguar qué le pasaba, dijo:

—Bueno, tengo muchos pensamientos en mi mente.

En cuanto me sentí bien fui a ver al médico. Cristian había estado particularmente ansioso porque lo visitara.

—Tu salud está ante todo —explicó mi marido—. Tenemos que averiguar cómo estás tú antes de pensar en otra guagua.

El médico me examinó y dijo que me hallaba en perfecta salud. La noticia me alegró considerablemente.

—¿Eso significa que podré tener otra guagua pronto?

Se pasó una mano por la frente y de pronto su rostro tuvo la misma palidez que vi en la cara de Cristian. Algo en él me asustó mucho.

—Antes de que hablemos de eso quiero saber algo de usted. Y debe ser honrada. ¿Ha habido, que usted sepa, alguna anormalidad en su familia?

—¡No! —exclamé—. No...

Le pareció difícil mirarme mientras hacía la siguiente pregunta:

—¿Ha tomado usted alguna droga, me refiero a esas que no prescriben los médicos? ¿Heroína? ¿Cocaína? ¿LSD?

—¿Qué relación tiene eso?... —lo interrumpí.

—Por favor, conteste mi pregunta; preciso saber.

De ese modo se lo conté. Yo no veía en qué podía eso afectar a mis guaguas, pero le conté el asunto de la marihuana y el viaje con LSD.

Vi que el médico tenía la cabeza entre sus manos y había en su rostro una gran expresión de impotencia.

—Pero ¿puedo tener más guaguas? —dije—. ¿Qué tiene que ver?...

Y me explicó el asunto de los cromosomas. El LSD produce su efecto mágico afectando los cromosomas del cuerpo. Las guaguas se forman con los mismos cromosomas. Si un solo cromosoma está afectado en el cuerpo de la madre, o en el del padre, puede afectar el desarrollo de la guagua.

—Pero yo tuve sólo un viaje —protesté. Y entonces recordé. La vez que tuve que correr al jardín para no tratar de lanzarme por el balcón para alcanzar las estrellas.

Eso, me explicó, era lo que llamaban repetición espontánea. Era un fenómeno común. Mucha gente hacía un solo viaje y, más tarde, inesperadamente, sentía de nuevo el efecto del LSD.

—¿Y ese solo viaje puede afectar el resto de mi vida? —pregunté desesperada.

—Es posible —contestó el médico—. Y por eso creo debe conversar el asunto con su marido.

Fue lo más duro que he hecho en toda mi vida, pero sabía que si no le contaba a Cristian inmediatamente tendría que vivir una eterna mentira.

—Así es que así fueron las cosas —murmuró finalmente mi marido.

—Pero, Cristian, a muchas mujeres les nace su guagua muerta. Y puede no tener ninguna relación con el LSD.

Su rostro se puso horriblemente pálido.

—Vi la guagua, Lolita. Estaba aún viva cuando la vi. Fue una misericordia de Dios que muriera.

Nunca olvidaré el horror que había en los ojos de mi marido.

—Créeme, Lolita, si la hubieras visto no habrías podido dormir nunca más. Una de las enfermeras me contó haber visto una guagua víctima del talidomide y otras malformaciones, pero jamás algo como la nuestra.

Y aunque le rogué me contara cómo era mi guagua, no lo hizo. Era algo con lo cual él viviría, jamás podría olvidar, y no quería condenarme a lo mismo a mí.

Había ocultado un secreto de Cristian por mantener la paz de su mente y ahora él me oculta uno a mí por la misma razón. Pero ¿qué paz en la mente puedo tener sabiendo que puedo producir otro monstruo? ¿Podré resignarme a renunciar a mi ilusión de tener hijos? ¿Tendré que vivir siempre con el conocimiento que puedo asesinar a mis guaguas antes de que ellas nazcan? El mío es el más horrible de los castigos. ♥♥

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 26 DE OCTUBRE AL 1.° DE NOVIEMBRE

TU CORAZON **TU TRABAJO** **TU SALUD**	**ARIES** **(21 marzo a 20 abril)** ◆ **TU SUERTE:** Día lunes. Color esmeralda. Número 6.	La incomprensión que sientes de la persona a quien quieres se debe únicamente a tu afán de pensar sólo en tu bien y no en el de él. El que cada vez te estén dando más responsabilidades significa que estás dando muestras de gran capacidad y eficiencia. Purifica tu organismo suprimiendo en parte los cigarrillos, el alcohol, los aliños demasiado fuertes y durmiendo bastante.	**TAURO** **(21 abril a 21 mayo)** ◆ **TU SUERTE:** Día domingo. Color marengo. Número 4.	Esa persona que por largo tiempo consideraste como amigo empieza a darte muestras de un cariño más profundo y comprometedor. Te desesperas porque en tu oficina no puedes desarrollar tu iniciativa y espíritu creador; aprovéchalos en tus horas libres. Te quejas de que cada día subes más de peso y no te das cuenta que el único método seguro de adelgazar es no comer en exceso.	**GEMINIS** **(22 mayo a 21 junio)** ◆ **TU SUERTE:** Día miércoles. Color bronce. Número 8.	Tendrás noticias de esa persona que por un tiempo no viste y seguramente volverás a enamorarte si no usas bien tu cabeza. Será una semana recargada de trabajo y preocupaciones, pero que te servirán para olvidarte un poco de tus problemas personales. Tus constantes dolores de cabeza se pueden deber únicamente a tu dentadura, los que seguramente se te pasarían si vas al dentista.	**CANCER** **(22 junio a 22 julio)** ◆ **TU SUERTE:** Día lunes. Color plomo. Número 1.	Tus esperanzas se realizarán si tienes más seguridad en ti misma y no te abruma pensando que nadie te quiere y estás sola. Debes poner más interés en el trabajo que realizas y no pensar siempre que estás ahí por obligación, pues así nunca surgirás. Aprovecha los días que están más calurosos para hacer paseos con tu familia al aire libre, pues será de beneficio para todos.
TU CORAZON **TU TRABAJO** **TU SALUD**	**LEO** **(23 julio a 22 agosto)** ◆ **TU SUERTE:** Día martes. Color granate. Número 8.	Tendrás discusiones y malentendidos en familia, pero que no tendrán consecuencias; por el contrario, te llevarán a una mejor comprensión. Sé más discreta en los asuntos de tu oficina, pues tu afán de andar comentando con tus compañeros da una mala impresión tuya. Cada vez que hagas trabajar tu vista, preocúpate de tener una buena iluminación pues ésa es la causa de tu irritación a los ojos.	**VIRGO** **(23 agosto a 22 septiembre)** ◆ **TU SUERTE:** Día miércoles. Color magenta. Número 8.	Agradables sorpresas en el curso de la semana. Reanudación de antiguas amistades que enriquecerán tu vida sentimental. No dudes de que éste es el momento de los cambios: acéptalos con espíritu de adaptación y no vaciles en abandonar lo retrógrado. Debes regularizar más tu sistema de vida, especialmente las horas de descanso y comida, que es lo principal para un buen equilibrio.	**LIBRA** **(23 septiembre a 22 octubre)** ◆ **TU SUERTE:** Día viernes. Color turquesa. Número 7.	Aprende a valorizar lo que posees y alcanzarás la plenitud de la vida en lugar de andar quejándote por inquietudes y depresiones. No te apartes de los asuntos esenciales perdiendo tiempo y energía en detalles sin importancia. Interesante proposición. No te dejes abatir por circunstancias que tú misma puedes manejar, pues los malos ratos y la melancolía son tus peores enemigos.	**ESCORPION** **(23 octubre a 22 noviembre)** ◆ **TU SUERTE:** Día jueves. Color diamante. Número 5.	Pese a ocasionales disentimientos, tu vida sentimental sigue un rumbo seguro y fijo por lo que no tienes por qué temer. Tendrás una semana fructífera si sigues fielmente tu intuición. Muy favorecido se verá cualquier tipo de compra o venta. Un buen equilibrio físico no es más que el resultado de una vida metódica y ordenada. No lo olvides en ningún momento.
TU CORAZON **TU TRABAJO** **TU SALUD**	**SAGITARIO** **(23 noviembre a 21 diciembre)** ◆ **TU SUERTE:** Día lunes. Color carbón. Número 6.	No desperdicies tu energía ni te desvivas por conquistar a esa persona tan indiferente. Es posible que no valga lo que estás haciendo. Saca provecho de tus cualidades de mandar y organizar, pero no olvides emplear tacto y diplomacia en tus relaciones. Busca el contacto con la naturaleza. El encierro de los largos meses de invierno dejó una fuerte huella en tu organismo.	**CAPRICORNIO** **(22 diciembre a 19 enero)** ◆ **TU SUERTE:** Día sábado. Color rubí. Número 1.	Un intercambio de opiniones será lo más propicio para la resolución de tus problemas sentimentales, pues enriquecerán tu persona. Establece nuevos contactos y no vaciles en exponer tus dificultades. La ayuda y el apoyo no tardarán en aparecer. Posibles dolores de cabeza debidos tal vez al exceso de trabajo. Trata de aliviar un poco tu mente dedicándote a la actividad física.	**ACUARIO** **(20 enero a 18 febrero)** ◆ **TU SUERTE:** Día martes. Color topacio. Número 6.	Toma con calma tus problemas sentimentales que cualquier arrebato podría tener funestas consecuencias que podrías llegar a lamentar. Puede surgir un desacuerdo entre tus compañeros llevándote a un ambiente de tensión el que sólo solucionarás con tu buen tino. Trastornos digestivos; los que evitarás comiendo con menos aliños y suprimiendo en lo posible el exceso de frituras.	**PISCIS** **(19 febrero a 20 marzo)** ◆ **TU SUERTE:** Día miércoles. Color zafiro. Número 8.	Será un error tratar de imponerse. Sigue de preferencia tu táctica conciliadora y usa tu gran poder de convicción. No precipites tus decisiones. Será preferible que te informes a fondo antes de comprometer tus posibilidades. Tus males con frecuencia tienen un origen nervioso, transformándose en verdaderas obsesiones. Distráete lo más que puedas.

una herramienta indispensable



Así como Ud. cada vez recurre a un martillo y un clavo cuando quiere colgar, arreglar, construir, sujetar, armar, apoyar algo en su casa

revista **vivir mejor** es una herramienta básica para hacer las tareas del hogar más fáciles con el material más útil, práctico, completo y entretenido para la dueña de casa.

contigas

...GO POR FLETE 6.50.

Eº 5 N.º 1951



FLOR DE ORO, una historia de amor, esclavitud y liberación

quimantú

LA HISTORIA de FLOR DE ORO

PRIMERA PARTE

SALI de la zona guerrillera de Anyang en un estado de ánimo confuso y perturbado. Muchas de las cosas que había visto y oído en aquel oscuro mundo medieval no tenían nada que ver con los conceptos usuales de la guerra occidental, con la revolución ni siquiera con la vida misma. El hecho de que una mujer pudiera reír inmediatamente después que su marido había sido asesinado en la solitaria ladera de una colina, parecía inexplicable. ¿Existía alguna relación entre la risa de esa mujer y la revolución? Pronto llegué a pensarlo así. Porque era un hecho curioso que cuando comencé a cavilar sobre todo lo que había oído acerca de la reforma agraria y la lucha del pueblo, descubrí que la escalada de los comunistas hacia el poder estaba apoyada casi en cada punto por las mujeres, por sus sentimientos, por sus relaciones con los hombres, por su condición social, por su símbolo como objeto de propiedad, religión y sexo. Debido a este descubrimiento decidí aprovechar la primera oportunidad que se me presentara para hablar con una campesina china sobre su vida, sus pensamientos más íntimos, sus sentimientos secretos.

Sabía que esto sería difícil, porque las campesinas chinas no suelen hablar corrientemente a solas con los hombres, y menos con un extranjero. Sin embargo, se me presentó una de estas oportunidades antes de lo que esperaba.

Habiéndome despedido del señor Chen y Liu Ming-chi, regresé atravesando la llanura del norte de China y después de algunos días de viaje llegué a Lichiachuang, pequeña aldea de aproximadamente trescientos habitantes en Hopei central.

Aquí encontré interrumpido mi avance por las inundaciones del Gran Canal que las tropas del Kuomintang habían provocado para bloquear el avance de los ejércitos comunistas en la zona. Deseando no arriesgarme a cruzar las aguas tormentosas ofreciéndome como blanco a los francotiradores de ambos lados, decidí quedarme en la aldea por el momento y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Durante este tiempo traté de convencer a algunas campesinas de que me hablaran de ellas mismas, pero nunca quisieron hacerlo.

Con ciertas dificultades logré ganarme la confianza de una muchacha aldeana llamada Kinhua cuyo marido estaba lejos, en la zona que controlaba Chiang Kai-shek y gradualmente conseguí que me contara la historia de su vida. La encontré tan interesante que postergué por una semana más mi salida de la aldea y conversé todos los días con ella durante ocho, nueve y diez horas diarias.

Trataré de relatar su historia tal como ella me la confió en medio de un torrente de lágrimas amargas, airadas imprecaciones y estallidos emocionales de desesperación, frustración y esperanzas. Voy a resumir sus palabras, pero de todos modos me extenderé un poco al contar su historia, porque creo que ella revela con más claridad que una docena de discursos de Mao Tse-tung lo que son algunas de las prácticas y técnicas del partido comunista de China y por qué han podido ellos ganarse a tanta gente para su causa.

Tal vez deba mencionar que pedí a un joven profesor que hablaba inglés, Yang Bio y que había llegado a Peiping, que me tradujera; no porque fuera necesario, ya que la joven, a pesar de algunas inflexiones campesinas y la timidez inicial, hablaba con la claridad suficiente para que pudiera entenderla y de un modo mejor articulado que cualquiera de las que conocí en las áreas liberadas. Sin embargo, el disponer de un intérprete me permitía ir anotando lo que la joven decía y así lo hice.

Cuando conocí a Kinhua, nombre que traducido a nuestro idioma significa Flor de Oro, ella acababa de cumplir los veintiuno. Era una niña bastante atractiva, con un rostro de campesina embellecido por una boca pequeña, nariz respingona y un par de ojos café oscuro. Delgada y musculosa, se veía más refinada que el promedio de campesinas de China del Norte. Tenía las muñecas y los tobillos delgados que tanto admiran los franceses. No llevaba los pies vendados y se peinaba hacia atrás con el pelo recogido en un moño. Conversábamos en su casa, una cabaña de barro de cuatro habitaciones distribuidas en un cuadrado alrededor de un patio. Y ésta es la historia que ella me relató.

Cuando tenía quince años, en medio de la invasión japonesa, se enamoró de un joven llamado Lipao, compañero de su hermano mayor en la escuela primaria. Era, según sus palabras, un joven bien parecido, de diecisiete años, con cuerpo esbelto y bien cuidado, un par de raros ojos de mirada apacible y una curiosa voz profunda que tenía el tono de las campanas antiguas. Fue la voz la que cautivó a Flor de Oro; era tan diferente de las vulgares tonalidades aldeanas a que estaba acostumbrada. Cada vez que él venía a ver a su hermano, Flor de Oro dejaba de lado lo que estuviera haciendo para escuchar lo que conversaban.

Cuando oía hablar a Lipao con esos ojos serios llenos de juvenil entusiasmo, hablando de cosas tan grandiosas y nunca antes oídas por ella, tales como libertad, democracia y el futuro de China, el corazón de Flor de Oro se derretía por él. ¡Era tan noble! Deseaba poder decírselo así, pero su hermano estaba siempre presente y nunca tenía la oportunidad. De modo que sólo permanecía sentada cerca de él, enviándole secretas sonrisas y siguiendo con la mirada cada uno de sus movimientos.

Muy pronto se dio cuenta él de su interés y una vez, habiendo salido su hermano de la pieza un momento, se acercó a Flor de Oro e inclinándose hacia ella le dijo:

—Tus miradas me han dicho algo. Conozco tu corazón.

Avergonzada, pero encantada, Flor de Oro estaba tan emocionada que no pudo responder una palabra. Más tarde anheló tener con él una conversación secreta, pero ¿cómo?

Para una campesina de China es necesario que ofrezca la apariencia, si no de desdén hacia los hombres, al menos de desinterés hacia ellos ya que el decoro y la dignidad se consideran en China por encima del amor como las virtudes más preciadas y las jóvenes tienen que permanecer detrás de las murallas de sus casas hasta que se casan y aun después. Aunque hay miles de auténticos casos de hombres chinos que venden a sus mujeres como esposas, concubinas

E. IMPRENTAS
1 - 2 NOV. 1971
DEPOSITO LEGAL



o para la prostitución, rara vez se ha registrado el caso de una joven sosteniendo un idilio con un muchacho con el conocimiento y el consentimiento de sus padres. Y el escándalo y la caída que sufre cualquiera niña que rompe estas reglas son muy rápidas, porque podrían acusarla de estar vendiendo su virginidad si llegan a sorprenderla a solas con un hombre joven. Tan hipócrita es la sociedad china que mientras los terratenientes pueden cometer adulterio con las esposas de sus inquilinos, sin temer al castigo y aunque en toda aldea hay y se acepta al menos una casa de tolerancia, un joven y una muchacha, por muy inocentes que sean sus intenciones, no pueden hablar a solas, ni cogerse las manos, ni mucho menos besarse.

En estas circunstancias debe considerarse como un acto de valor, o insania, lo que llegó a hacer Flor de Oro. En otra ocasión, habiendo salido su hermano un momento de la habitación, se acercó a Lipao y murmuró a su oído:

—Mi familia saldrá mañana. ¿Quieres venir?

Al día siguiente él consiguió permiso para salir de su escuela y a las nueve de la mañana estaba ante la puerta de la casa de Flor de Oro. Ella se ruborizó al verlo entrar, lanzando risitas nerviosas para disimular su turbación. Pero él, interpretando su conducta poco convencional y el pestillo echado en la puerta como una invitación de otro tipo, trató en seguida de hacerle el amor.

Al principio perpleja, luego excitada y finalmente asustada, Flor de Oro lo rechazó. Por un momento casi a punto de entregarse y al minuto siguiente enojada, le pidió que se marchara. Pero cuando Lipao se levantó para irse el corazón de la muchacha era un torbellino. Tenía miedo de no ser amada y la torturaba la idea de que Lipao quería su virginidad sólo como una medalla de conquistador. Si hubiera estado segura de su afecto o si hubiera tenido alguna vez una experiencia con otro hombre tal vez lo hubiera dejado marcharse, pero perder la amistad de un joven como ése le parecía en esos momentos el peor de los desastres.

Su pasión la llevó al extremo de caer a los pies de Lipao y abrazarse a sus rodillas. Le suplicó que no tratara de hacerle el amor..., porque sería la prometida de otro hombre..., y al mismo tiempo le rogaba no abandonarla, porque se sentía solitaria.

—¡Sé mi amigo, mi hermano mayor, mi enamorado..., no mi amante, pero ámame! —le había rogado.

Enternecido por sus palabras y su actitud de humildad, el muchacho se sobrepuso al fastidio de verse frustrado y aceptó sus condiciones.

De este modo había comenzado un idilio infantil, pero prohibido por los códigos de una aldea china. Y así continuó, porque después que su familia regresó, Flor de Oro se ingenió para encontrar los medios de reunirse con su amado. Todas las noches, cuando los demás estaban acostados, sus tres hermanos, su padre y su madre en sus literas, Flor de Oro salía en puntillas y silenciosamente descorría el cerrojo de la puerta principal. Muy pronto se escuchaba el leve crujido de la verja al abrirse y una figura cruzaba furtivamente el patio. Entonces Flor de Oro abría su puerta y volvía a cerrarla sin hacer ruido.

En estos encuentros nocturnos, la pareja desahogaba los sentimientos de su corazón en largas conversaciones en voz apenas audible, pero no hacían el amor ni se besaban jamás. Sólo se cogían de las manos mirándose profundamente uno en los ojos del otro y jurándose una eterna amistad.

Por ser su conducta tan opuesta a la moralidad aldeana, la primera vez que Flor de Oro se detuvo a reflexionar en ello la invadieron los remordimientos. Pero un día en que sus amigas se reunieron en su habitación para bordar flores en sus zapatillas, comenzó a considerar las cosas en forma diferente. Las muchachas se divertían jugando al juego de "¿con qué clase de hombre te gustaría casarte?" y Flor de Oro, con la cara ligeramente encendida, dijo: "Me gustaría casarme con uno como mi vecino Lipao..., ¡es tan hermoso y tan tierno!"

Después trató de bromear, aterrada al pensar que pudieran descubrir su secreto. Encogiéndose de hombros, añadió con un aire de mundana sabiduría:

—¿De qué sirve hablar del hombre con quién nos gustaría casar-



nos, cuando no tenemos ocasión de escoger?

—¡Sí! —respondieron sus amigas—. ¡Qué estúpido es este juego! Nuestros padres son los que deciden por nosotras en este aspecto. ¡Cómo si no nos importara tener un marido horrible!

Las muchachas hubieran querido nacer en Inglaterra, Francia o América, donde sabían que las jóvenes se casaban con los hombres que amaban. Tenían la vaga impresión de estar viviendo en una comunidad tétrica, atrasada, y como en lo íntimo de sus corazones se rebelaban contra tal sociedad, cada una de ellas consideraba correcto tener un amor secreto.

Estas conversaciones trajeron alegría a Flor de Oro porque cubrían sus relaciones con Lipao de una envoltura moral de la que había carecido hasta entonces.

Incluso llegó a disfrutar de su desafío contra esa sociedad buscando evidencias de que su aventura estaba mejorando de alguna manera su condición de mujer. A veces sacaba el espejito que guardaba bajo su almohada y contemplaba satisfecha su propia imagen. Nunca se había encontrado más hermosa. "¡Tengo un enamorado, un amor secreto!", se decía, encantada con la idea como un niño con un juguete nuevo.

Cada día que pasaba le traía nuevas dulzuras. La primera vez que Lipao le dijo que la amaba, casi cayó desvanecida en sus brazos por el éxtasis. Después, al pensar que él nada pedía a cambio de su amor, consideró que la generosidad, nobleza de alma y la humanidad sólo existían en este joven estudiante.

Lipao le enseñó a escribir unos pocos caracteres sencillos. Desde entonces, cada vez que ella deseaba verlo, escribía el signo que significaba "Ven" en un pedazo de papel y lo escondía en el hueco de un árbol, al lado de la laguna de la aldea. Lipao iba a recogerlo y respondía escribiendo otra nota: "sí" o "no", o "esta noche", o "mañana", o "en mi habitación", o "en tu habitación", porque eran más o menos éstos todos los caracteres de la escritura china que ella conocía.

Breves como eran esas notas, Flor de Oro las guardaba como un tesoro escondiéndolas en un rincón de su litera, bajo la esterilla de junco. De vez en cuando las sacaba, recorriendo con un dedo los caracteres que Lipao había escrito.

En verdad, todo el arte de escribir le parecía a Flor de Oro una prodigiosa hechicería. La palabra "ven" había tenido para ella a menudo la impresión de ser un encantamiento sagrado y poderoso, porque sólo tenía que escribirlo y..., ¡paf!..., en respuesta a su sortilegio Lipao aparecía en su pieza.

En otros sentidos también el horizonte de su vida y sus ideas se había elevado. Enteramente absorbida, antes de la llegada de Lipao, por esa montaña de trabajo que constituye la vida de una muchacha campesina china, Flor de Oro nunca había pensado en pasiones ni asuntos de amor, salvo en relación a los chismes que había escuchado en boca de las demás mujeres.

Pero ahora estas historias comenzaban a parecerle tan reales como su propia vida y empezó a aceptar para sí todos los trucos que había oído en todos los idilios. Porque era tradicional que las heroínas de las historias que recordaba haber oído cosieran alguna pieza de ropa para sus amantes, Flor de Oro comenzó a hacer una chaqueta para Lipao. Su madre la observó cosiéndola y entró en sospechas. Pero Flor de Oro la desarmó diciendo:

—Su madre no tiene tiempo para coser. Y sólo me ocuparé de hilvanar esto a la ligera para ayudarla.

Pero para sí misma dijo: "Debo demostrar mi amor con mi trabajo". Y trató de coser una chaqueta de la cual cualquier gran sastre de la ciudad se hubiera enorgullecido. En vez de las cinco presillas acostumbradas hizo trece y en torno a cada una bordó una flor. Estas trece presillas se conocen entre los jóvenes y muchachas en esta parte de China como "las trece joyas preciosas" y Flor de Oro se sintió muy satisfecha de su trabajo, creyendo estar viviendo un idilio de acuerdo a las mejores tradiciones.

Como se había vuelto muy sentimental, cuando terminó la chaqueta corrió a enseñársela a Lipao insistiendo en que se la probara. Entretanto danzaba en torno a él, diciendo:

—¿Te gusta? Oh, dímelo..., ¿te gusta?

Su entusiasmo era tan cautivador y su sentimiento tan contagioso que Lipao respondió exactamente lo que deseaba su corazón.

—Me encanta, porque fue hecha por las manos de mi propio amor verdadero.

Como era la costumbre, Lipao quiso dar a Flor de Oro dinero para comprar hilos y hacerse para ella un par de zapatillas bordadas con flores. Al principio ella rehusó, diciendo:

LA HISTORIA de FLOR DE ORO

—No quiero nada de ti, excepto tu amor.

Pero al ver que su negativa lo había entristecido, recibió el dinero, pero jamás compró nada para ella y gastó cada moneda en comprar tela, hilo y agujas para coser ropas a Lipao.

Flor de Oro pensaba que estos eran los días más felices de su vida. Los habría llamado su luna de miel si hubiera conocido la expresión o la costumbre occidental. Hubiese querido gritar su amor por Lipao por todo el pueblo y aunque esto era imposible, anhelaba tener alguna amiga en quien poder confiar. Pero no solamente esto le estaba negado, sino que tuvo que redoblar sus precauciones para impedir que el asunto se supiera. Poco a poco fue posesionándose de ella una vaga incomodidad. Ya no estaba, como antes, completamente libre de preocupaciones.

Comenzó a preguntarse si no debería entregarse a Lipao o si ya no podía satisfacer su amor completamente debería dejar de verlo. Su negativa a entregársele en un comienzo había nacido de la fuerza, pero ahora se encontraba dudando si realmente no había sido debilidad y no fuerza lo que le había impedido consumar totalmente su mutuo amor.

Luego se preguntó lo que sería de ella en el futuro. ¿La tenían sus padres prometida en matrimonio? ¿Y a quién? Pero el rostro de Lipao se alzaba siempre ante ella y no podía imaginarse otro marido. Pero constantemente revoloteaba en su mente la idea: "Si te prometieran..., si tus padres te prometieran". Y por las noches no podía dormir, revolviéndose en su cama y golpeando su almohada. Pensando que, después de todo, sería peor entregarse a alguno que no conocía que a Lipao a quien amaba, se prometió a sí misma que la próxima vez que él viniera se arrojaría en sus brazos. Pero cuando él vino no pudo hacerlo y se quedó en silencio.

En el otoño de 1942, Flor de Oro fue prometida como esposa a un hombre llamado Chang, que vivía en la aldea donde ahora estábamos y a quien ella nunca antes había visto. Casi al mismo tiempo, Lipao fue prometido también por sus padres a otra muchacha.

Como era la costumbre en muchas aldeas chinas, a Flor de Oro no la informaron de su compromiso y sólo gradualmente llegó a saberlo, por las visitas del casamentero, los desacostumbrados preparativos en la casa y las leves bromas que le hacían las vecinas.

Era un otoño desusadamente benigno y encantador, pero Flor de Oro se sentía desdichada todo el tiempo. El casamentero había dicho a sus padres que su futuro esposo era solamente dos años mayor que ella y sería un excelente marido, pero sus amigas que habían visto a Chang le dijeron que tenía quince años más que ella y era muy feo. Flor de Oro estaba deprimida.

Solamente con Lipao era feliz. En verdad su amor crecía cada día, y más cuando pensaba en su futuro esposo. Cuánto más pensaba en su verdadero amor, más aborrrecía al esposo que le habían destinado. Nunca le había parecido Lipao tan deseable ni jamás el matrimonio más odioso. Nunca antes encontró a sus padres tan desagradables ni a la sociedad más injusta ni la vida más triste. Insistía en que Lipao viniera a verla todas las noches y cuando él venía se ataviaba con sus mejores vestidos.

Pero llegó un momento en que no pudo verlo más. Las vecinas estaban constantemente en la casa, ayudando en los preparativos de la boda y ella tenía que servirlas humilde y constantemente y privarse completamente de sus reuniones con Lipao.

Se acercaba la fecha de la boda y Flor de Oro se ponía más y más tensa. Apenas escuchaba lo que le hablaban. Su madre tenía extraños accesos de ansiedad por su hija. Recordando su propio matrimonio, quiso ofrecer a Flor de Oro algunas palabras de consuelo y consejo. Pero Flor de Oro se mantuvo aislada.

Había comenzado a odiar a su madre.

DOS noches antes de su boda, Lipao vino a decirle adiós. Como las vecinas estaban en la casa ayudando en los preparativos de último minuto, Flor de Oro llevó a su amado rápidamente y en secreto hacia los campos. Recién se había levantado la luna llena y caminaron cogidos de la mano a través de los prados, hasta llegar a la laguna de la aldea, donde se sentaron bajo un árbol. Flor de Oro contempló el perfil de su amado compuesto de sombras y luz de luna y no pudo tolerar la idea de abandonarlo.

—Si estuviéramos casados —dijo—, seríamos la pareja más feliz del mundo.

El muchacho se volvió bruscamente a mirarla.

—Hagamos de ésta nuestra noche nupcial. Amame. Tómame —rogó, cogiendo entre las suyas las manos de Flor de Oro.

Ella se quedó un momento silenciosa.

—No puedo.

—Tómame —insistió él, abrazándola.

Pero ella se mantuvo rígida.

—No..., no puedo —repitió.

—¿Por qué?

—No puedo..., regresemos.

Lipao dejó caer los brazos y miró a través de los campos diciendo en voz baja, apartándose de ella:

—Pero te amo..., y te deseo tanto, aquí y ahora mismo. Tal vez no volvamos jamás a tener la oportunidad. ¿Por qué no te entregas a mí, ya que soy el que amas? ¿Por qué has de ser de un horrible hombre viejo al que nunca has visto?

Esta demostración de los celos de Lipao no fue desagradable a Flor de Oro, pero al mismo tiempo se vio confundida por sus palabras, por su repetición del hecho de que iba a entregarse a un hombre al que ni siquiera conocía. En sus ojos se agolparon las lágrimas. Miró a Lipao melancólicamente y luego, arrodillada, se arrastró hacia él diciendo en un hilo de voz:

—¿Sabes que nunca podré volver a coser una chaqueta para ti? Y ésta es la última vez que puedo hablarte. La última vez que puedo darte mis palabras y mi corazón. Por favor, sé bueno conmigo.

Sintiéndose avergonzado, se volvió a ella, pero Flor de Oro lo mantuvo a distancia con las manos y luego se levantó llorando. El trató de consolarla.

—No llores así —dijo—. Estoy desolado porque tienes que casarte con un hombre tan ordinario. Pero no renuncies a la esperanza. Pudiera ser que nuestros matrimonios no resultaran bien y entonces algún día, de alguna manera, podamos reunirnos otra vez. Pase lo que pase, yo siempre te amaré.

Bajo la influencia de sus bondadosas palabras y su voz, que siempre la había emocionado, una llamita comenzó a arder en el interior de Flor de Oro y algo despertó en su corazón. En tanto que sus súplicas la habían dejado fría, su bondad la derritió. Estaba excitada por una especie de felicidad amarga y no pudo tolerar seguir escuchando nada más. Acercándose a Lipao le echó los brazos al cuello y, por primera vez, lo besó. Cuánto tiempo duró su abrazo, ella no lo supo. Pero por un momento olvidó todo, excepto besar. Mientras su corazón latía junto al de él no sintió nada, sino el éxtasis. Pero cuando sus labios se separaron, la división recomenzó en el acto y la sociedad en que vivían se filtró otra vez arrastrándose entre ellos. Y aunque volvió a besarlo, sus besos no fueron ya gozosos, porque estaban demasiado plenos del dolor de la separación y mientras más lo besaba, más triste se sentía hasta que, con el corazón colmado de dolor, se separó bruscamente y corrió sollozando a través del campo.

LA HISTORIA de FLOR DE ORO

FLOR de Oro despertó al día siguiente sintiéndose enferma. Y su idilio de la noche anterior le pareció lejano, irreal. El día estaba frío y en la noche comenzó a soplar el viento del norte y luego a llover. Cuando la oscuridad descendió sobre la aldea, la familia de Flor de Oro salió para asistir a una fiesta que ofrecían los vecinos en honor del próximo matrimonio. Flor de Oro se quedó en la puerta siguiéndolos con la mirada hasta perderlos de vista tragados por la niebla que se levantaba rápidamente de la tierra. Poco después escuchó los rumores y el bullicio de la fiesta, el tintineo de los instrumentos musicales y el silbido de las flautas.

Regresó al interior de la casa y comenzó a recorrer su habitación de un extremo al otro lanzando de vez en cuando esperanzadas miradas hacia la puerta. Anhelaba que viniera su amado una vez más y le solicitara aquello que esta vez no iba a negarle. ¿Por qué se lo había rehusado? Había sido solamente cobardía de su parte. "Tal vez él me odia ahora", pensó con repentino temor. ¿Por qué le había fallado? ¡Ahora él no vendría!

La vergüenza ante su ruina segura, porque creía que su amado no podía respetarla si entregaba su virginidad a otro hombre, la llevó a dar un paso desesperado. Resolvió ir a ver a Lipao en el acto, buscarlo en su casa y entregarse a él.

Inclinada bajo la lluvia se encaminó hacia la casa de Lipao. Abandonando toda precaución atravesó el patio y llegó a la habitación de Lipao. La pieza estaba cerrada y entró sin golpear. Adentro todo era oscuridad y Flor de Oro llamó a su amado por su nombre, sin recibir respuesta. Acercándose al lecho lo recorrió con las manos, pero no había nadie en él. Las murallas en torno a ella parecían estrecharse, el techo parecía precipitarse sobre ella para aplastarla. Salió corriendo, hundiendo los pies descuidadamente en las charcas que había dejado la lluvia. Tambaleándose como una ebria llegó de regreso a su casa.

Apoyada contra la mampara del patio, trató de recuperar el aliento. Desde el otro lado de la muralla llegaba el silbido de las flautas y el tañido de los gongs. ¡Su música nupcial! Llevándose las manos a los oídos levantó el rostro al cielo. Estaba pesado y oscuro; caía una lluvia tupida y espesa. Perdida en una especie de estupor y sin saber lo que hacía, vagó por el patio.

Tenía quince años y era la víspera de su boda. ¡Un momento feliz! Pero ella no quería seguir viviendo. Rápidamente fue a la cocina y buscó una cuerda. Tropezando en la oscuridad se dirigió a su dormitorio y buscando un taburete lo arrastró hasta cerca de la puerta. Trepando sobre el taburete arrojó un extremo de la cuerda sobre el gancho de la cortina de bambú haciendo un lazo corredizo; luego colocó su cabeza en el lazo, dió un puntapié al taburete y se colgó.

Poco después regresaron sus padres de la fiesta, la encontraron y cortaron la cuerda. Los vecinos, llamados por sus padres, vinieron a la casa y después de dos horas de arduo trabajo consiguieron volverla a la vida. Cuando despertó, Flor de Oro vio a su madre llorando con la cabeza hundida sobre la cama.

Secándose las lágrimas, la madre se levantó y dijo solemnemente:

—Debes aceptar tu destino.

Al oír estas palabras que los padres chinos han empleado durante incontables generaciones para obligar a sus hijas a aceptar matrimonios indeseables, una sensación helada se apoderó del corazón de Flor de Oro. De modo que no había conseguido terminar con su vida, pensó, con toda esta perfidia, con esta sociedad oscura, esta esclavitud. Lo odiaba todo. Cuando su madre repitió la frase, Flor de Oro sintió en su garganta un sabor amargo.

—¿Recuerdas los días en que eras joven? —preguntó a su madre—. ¿Era conveniente para ti casarte con un hombre que te aventajaba en quince años?

Repentinamente se alzó del lecho, como un cadáver galvanizado.

—¡Tú quieres matarme! —gritó.

Su madre retrocedió estupefacta. Sintiendo que debía luchar, Flor de Oro reunió todas sus fuerzas y levantándose de la cama se acercó a su madre y le gritó en la cara:

—¡No quiero obedecer tus órdenes! ¡Vieja loca! ¡Mujer estúpida! ¡Burra!

Los vecinos, escandalizados ante este ataque, trataban de calmar a Flor de Oro, pero ella no quería quedarse quieta. Pronto comenzó a escupir como un gato rabioso. Sus labios se torcieron. Sus piernas se agitaban presa de convulsiones y todo su cuerpo estaba tenso como las cuerdas de un violín. Empezó a dar alaridos. Maldecía a su madre, insultándola, implorándole que la matara y arrojaba de su lado con brazos rígidos a todos los que se atrevían a acercársele.

Pero finalmente quedó exhausta. Llorando y agitada por sollozos que sacudían su cuerpo entero, se dejó caer sobre el lecho. Yacía tendida de espaldas, los párpados cerrados, las manos abiertas sin movimiento. Dos regueros de lágrimas corrían de sus ojos cerrados cayendo sobre la esterilla de junco bajo su cabeza. De vez en cuando movía los labios murmurando: "No..., no". Y hacía rechinar salvajemente los dientes.

Las vecinas reunidas alrededor de Flor de Oro comenzaron a ofrecer sus palabras de indeseado consuelo y coraje. Flor de Oro se sentía sofocada por el anillo de rostros inclinados hacia ella. Pero no se iban. Hora tras hora las vecinas se amontonaron alrededor de ella y sentía como si un peso enorme estuviera oprimiéndola y hundiéndola. Sin poder casarse con el hombre que amaba, sin haber conseguido siquiera suicidarse para poder seguir siendo leal a su amado, completamente agotada y despojada de toda fuerza, cayó finalmente en un profundo sopor.

Cuando despertó, era el día de su boda. La silla de manos estaba ya en la puerta. Despiadadamente, fue colocada sobre ella.

ERA pasado el mediodía cuando la silla de manos la dejó en el patio de su nuevo hogar y Flor de Oro bajó de la silla y vio a su esposo por primera vez..., El sonreía mirándola apreciativamente. Pero ella lo contemplaba con un aire de espantado aborrecimiento, comprendiendo que sus amigas se habían quedado cortas al describirlo y prevenirla contra lo que la esperaba. Parecía veinte años mayor que ella. Con la imagen de Lipao todavía fresca en su mente, su marido le pareció doblemente aborrecible y feo. Su rostro era del color de la tiza y lucía en una mejilla un lunar con largos pelos negros. Sus dientes estaban mellados y eran irregulares, como las lápidas del cementerio. Tenía la nariz chata, la boca grande, los labios colgantes. Un perfecto ogro, pensó Flor de Oro.

Arrastrando los pasos como si entrara a una prisión, Flor de Oro siguió a su esposo al interior de la casa. Su mente estaba ocupada por un sólo pensamiento: "¿Cuándo podré escapar de aquí y volver junto a Lipao?"

Su esposo la dejó sola con sus parientes políticos y los vecinos curiosos. Estos se dedicaron a hacer bromas necias a sus expensas, la manosearon, palpando los músculos de sus brazos, la hicieron dar vueltas para examinar de este lado y del otro, igual que podrían examinar una cacerola de metal en la feria, para decidir si valía la pena comprarla y llevarla a casa. Bajo este manoseo, Flor de Oro se

mantuvo rígidamente helada sintiendo que ya no era un ser humano, sino una especie de objeto curioso, medio muerto.

Llegó la noche y se quedó a solas con su esposo. Había estado pensando en este momento, tratando de imaginarse lo que sucedería y lo que ella haría. Cuando él se sentó a su lado, ella trató de sonreírle. Cuando recorrió con su mano su brazo, ella se apartó. El se despojó de casi toda su ropa y le pidió que hiciera lo mismo. No quiso hacerlo.

—¿Por qué? —dijo él—. ¿No es para esto el matrimonio?

Flor de Oro se sintió asqueada. Deslizándose a un rincón del dormitorio se deshizo en lágrimas, pero él la hizo salir de allí haciéndole cumplidos sobre su belleza y su juventud. Amargamente, ella levantó la vista y lo miró a la cara.

—Pero tú eres viejo y feo —le dijo y luego inclinó la cabeza, llorando.

Su marido la obligó a levantar la cara y la golpeó. Sin saber lo que hacía, Flor de Oro comenzó a gritar. El casi le voló la cabeza de un golpe de su puño y la sangre corrió por la cara de Flor de Oro. El volvió a pegarle una y otra vez hasta que se quedó callada. Permaneció tendida en el lecho, exhausta, lastimada y su marido, con un rápido impulso de pasión, la violó.

Con una sonrisa de satisfacción, su esposo se quedó dormido enseguida. Pero ella apenas pudo dormir. Pensaba y pensaba, moviéndose y revolviéndose de un lado a otro. Le dolía todo el cuerpo, pero más que todo era su espíritu el que había sido más lastimado. Sentía que había traicionado a su amado. Algún defecto fatal de su carácter le había impedido entregarse a Lipao y ahora era demasiado tarde. La noción de que su esposo había tomado lo que pertenecía a su amado llenaba su alma infantil de una especie de horror y murmuró como para sí misma: "¡Qué horrible lo que me han hecho..., qué horrible!"

Si hubiera sido Lipao, ¡qué feliz se habría sentido! Ya no podría jamás tenerlo a él. Eso era espantoso. Y tener que permanecer ahí para siempre..., ¡aún más espantoso!

La emoción, cuando se es joven, es áspera, clara, aterradora. Y Flor de Oro se durmió viendo ante ella el interminable camino de los años por venir. Estaba cogida en una prisión de la que no había escape. En una sola noche toda su vida había sido arruinada.

EN el noveno día de su matrimonio y siguiendo la costumbre local, Flor de Oro regresó a la casa de sus padres. Toda su sed de venganza la desahogó sobre su madre.

—Me engañaste —acusó amargamente a su madre—. ¿Recuerdas tu propio matrimonio? Mi padre era mayor que tú, tú misma me dijiste lo triste que estabas. ¿Has olvidado tu propia historia para que hayas podido entregarme tan descuidadamente a mí, tu única joya, a un hombre como ése?

Su madre trató de enseñarle paciencia, citando a los antiguos clásicos.

—La madera debe convertirse en barco —citó—. Todo está dispuesto. Debes recordar el antiguo precepto: una buena niña nunca se casa dos veces.

Flor de Oro dio pataditas en el suelo con impaciencia y se le llenaron los ojos con lágrimas de frustración. Luego volvió a apaciguarse y habló más gentilmente a su madre, comprendiendo que su matrimonio no era culpa de sus padres, sino de la sociedad en que vivían. Su madre la sorprendió al decirle:

—No eres solamente tú la que odia esta sociedad, sino yo también.

Al día siguiente, mientras sus padres habían salido, Lipao apareció ante su puerta. Casi mecánicamente ella lo invitó a entrar y sentarse. El vio lo desdichada que era.

—No quisiste escucharme cuando te pedí que me dieras tu amor —le dijo.

Una amarga réplica subió a los labios de Flor de Oro, pero sólo por un momento. Allí estaba él, como siempre, igual que tantas otras noches. La idea de que estaba a punto de salir para siempre de su vida la lastimaba. Deseaba pedir a su amado que la perdonara, pero no sabía qué decir. Le daba vergüenza mirarlo y no se habría atrevido a acercarse y pedirle que la amara. Creía estar arruinada y no merecer ya un joven tan lleno de virtudes.

—Si hubiera tenido el valor suficiente —admitió—, me habría entregado a ti. Pero ya es demasiado tarde. Lamento mi deslealtad.

Lo miró levantarse, decir adiós y marcharse. Entonces le gritó:

—¡Trabaja mucho, Lipao! ¡Has algo por la sociedad! ¡Olvídame!

Miró su espalda hasta perderlo de vista, apesadumbrada, pero no lloró. Ya estaba más allá de tales sentimentalismos.

FLOR de Oro hizo lo posible por construir una nueva vida con la familia de su marido. Pero no había nada sobre lo cual construir, sino el odio. Además de ella misma y su marido, vivían en la casa su suegro, su suegra y una joven cuñada. La suegra, revelando las consecuencias de una vida difícil, era poco más que un cadáver viviente. Por esto Flor de Oro no tuvo mucho que sufrir por ese lado, como la mayoría de las esposas chinas. Pero su esposo se encargó de compensar esto tratándola peor que una docena de suegras.

Tenía que atenderlo y servirlo día y noche. Cuando iba a acostarse, ella tenía que descalzarlo y desvestirlo; por las mañanas tenía que volver a ponerle los zapatos y la ropa. Tenía que encender sus cigarrillos, servirle el agua, levantar la taza hasta su boca con una servil sonrisa. La golpeaba a diario, como cuestión de rutina y le pegaba cruelmente si no obedecía sus órdenes en el acto.

Una noche, justo antes de acostarse, Flor de Oro trajo a su marido un tazón de caldo de arroz y un poco de éste se rebasó del tazón corriendo por su dedo pulgar. Inmediatamente se encolerizó y recogiendo una escoba la golpeó hasta hacerla caer al suelo y luego se la quebró sobre la cabeza. Ella no se atrevió ni a gritar; arrodillada en el suelo y con los ojos llenos de lágrimas le suplicó que la perdonara por su descuido. Trataba de sonreír para suavizar su corazón, pero él siguió pegándole hasta que se cansó. Después de dos horas de castigo le permitió que se arrastrara hasta la cama.

Su suegro, apenas se portaba con ella un poco mejor. La madre de Flor de Oro envió un día un mensaje diciendo que estaba enferma y quería ver a su hija. Pero el suegro no la dejó ir.

—¿Para qué nos hemos casado contigo? —dijo—. Has venido aquí a trabajar para nosotros y nos perteneces a nosotros y no a tu madre.

Flor de Oro suplicó con tanta insistencia que finalmente el suegro le dio el permiso para ir. Cuando regresó después de dos días, le ordenó arrodillarse en el patio y pedir perdón por llegar tarde. Permaneció arrodillada desde mediodía hasta el final de la tarde.

Esa noche, cuando desvestía a su marido, él le preguntó:

—Dime la verdad. ¿Realmente quieres irte?

Flor de Oro, temiendo que la castigara más, puso su mejor cara y respondió con dulzura:

—Soy una niña. Nunca estuve casada. No intento casarme de nuevo. Te serviré toda mi vida. Y cuando muera, seré enterrada en tu tumba.

Poniendo una máscara sobre su rostro, sonrió a su marido. Pero estaba pensando que la trataba como a un asno o una res, no como a una mujer. Pero para mantener tranquilo a su marido adoptaba el aire más sumiso. Incluso citaba los viejos proverbios.

—Las flores dan las semillas —le decía—. El pasto tiene raíces, el hombre tiene herederos. Algún día tendré un hijo y lo criaré para ti. Ahora ambos somos jóvenes, pero cuando tú envejezcas yo todavía seré joven. Algún día, cuando la cosecha sea escasa y tengamos que pedir, yo iré por las aldeas y pediré para ti. Soy una mujer y debo depender de ti. Luego seré yo quien te cuide. Si los bandidos te capturan, venderé todo lo que tengo, incluso mi cuerpo, para recuperarte.

Con tales palabras, a lo largo de tres duros años, Flor de Oro trató de mantener a raya la cólera de su marido y hacer más tolerable su vida atormentada.

Tenía dieciocho años cuando la hambruna de China del Norte azotó su aldea. Aunque su marido y los demás miembros de la familia todavía comían mijo de maíz, Flor de Oro sólo recibía cortezas y raíces para comer. Cuando las condi-

AÑO XXXIX - N.º 1951
2 de noviembre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

FLOR DE ORO — 1.ª parte 2-8

HISTORIA VIVIDA:
El otro tigre 9-11

ENTRE NOSOTRAS 12

EL CUENTO DE LA SEMANA:
"Zapatos para Estubigia" — Alfonso Alcalde — chileno 13-17

FOTONOVELA
Doña Berta 18-27

EN UN MUNDO IRREAL
Toda la libertad de mi vida de pronto fue para mí una prisión de pesadilla 28-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35







VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. (B) Central Cabeceras

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo a Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

ciones se hicieron aún peores, el marido de Flor de Oro decidió partir a Tientsin y hacerse comerciante. Como era su deber, Flor de Oro lo acompañó hasta la puerta para verlo partir. No siendo un sentimental, él no perdió palabras en una tierna despedida, sino que pronunció una serie de órdenes de último minuto:

—Haz que mi padre y mi hermana coman primero. Si queda algo, entonces puedes comer tú.

Después, mirándola ferozmente añadió, previniéndola:

—Y debes guardarme la espalda. Si observas mala conducta, te golpearé hasta matarte.

Al oír estas crueles palabras a Flor de Oro se le encogió el corazón; pero se obligó a sonreír, diciendo:

—No tienes que preocuparte. Te quiero sólo a ti.

Durante este período de su vida, había tenido lugar en Flor de Oro un profundo cambio. Los años así vividos no pasan sin dejar su huella; y no hay nada más trágico que la desesperanza, que hace desaparecer todo futuro. Flor de Oro, a pesar de tener sólo dieciocho años, ya estaba cansada de su existencia. Odiaba la sociedad en medio de la cual vivía, odiaba a su esposo, se odiaba ella misma. Nuevamente consideró la posibilidad del suicidio, pero la contuvo el pensamiento del pesar que causaría a su madre. Cuando su madre murió, decidió que se mataría.

De su vida de casada, Flor de Oro había llegado a comprender la verdad del antiguo dicho: "El hombre es el Cielo; la mujer es la Tierra". Además, había escuchado a las viudas lamentarse a gritos sobre los cadáveres de sus esposos, diciendo: "¡Oh, mi cielo, mi cielo!" Su mente receptiva había captado el hecho de que no era su marido sino todos los hombres los que estaban destinados desde su nacimiento a ser los amos de las mujeres.

Flor de Oro no podía dejar de aceptar estas leyes de la sociedad y torpemente se sometía a su esposo como una esclava sumisa, obediente, temerosa. Pero en los más íntimos recovecos de su corazón, sus pensamientos se rebelaban de muy diferente manera. Allí, en lo más profundo de su ser, solamente una idea la dominaba: ¡devolver insulto por insulto, golpe por golpe, todo lo que había sufrido en manos de su marido! Hasta cuando estaba diciéndole adiós en la puerta de su casa, pensaba: "Me vengaré de ti algún día. Espera y verás. ¡Ya llegará el día!"

Y como en cada granja de toda aldea del norte de China había una Flor de Oro, más o menos golpeada y lastimada, adolorida y amargada, se convirtió en un emblema. El Partido Comunista la vio y se propuso servirla a ella y por su intermedio a todas las demás que eran como ella. Flor de Oro era aquel espíritu que nada olvida y nada perdona. Allí estaba, en su puerta, dejando lentamente que madurara la venganza, esperando un mejor momento, una oportunidad.

(CONTINUARA)



Destacamos con un premio de seiscientos escudos la mejor colaboración de nuestros lectores.

el otro tigre

HISTORIA VIVIDA
por Diana (Santiago)

El atardecer tenía gasas doradas y tibias. Los árboles altos y frondosos custodiaban el camino. Y un suave murmullo se deslizaba de sus hojas.

Abrí la puerta de la verja y entré al jardín. Las flores, los arbustos y una palmera parecían tocados por algo armonioso. Subí tres gradas, caminé otros pasos y en seguida dos gradas que rozaban la puerta. El llavero tintineó gracioso, y la cerradura cedió al primer intento. La puerta de la casa resbaló hacia atrás, dándome la entrada.

Había un profundo silencio... Me anuncié, pero nadie respondió; todos habían salido. Entonces pensé ir a los altos, y me acerqué a la escalera de madera brillante. Mis pasos resonaron fuertes, a pesar que nunca eran así. Tal vez la ausencia de otros ruidos me dio esa sensación. Llegué a una sala de estar, y antes de ir a mi habitación me asomé por el ancho ventanal. Todo estaba bonito, y el cielo celeste era un inmenso trozo de seda titilando luces.

El cristalino canto de un canario llegó hasta mí. Era agradable oírle, y como estaba en una casa imaginé que su jaula era leve y sutil. Que él podría salir cuando lo quisiera; volar, recorrer el huerto y regresar a su castillo. Indudablemente era feliz, porque su música tenía un gajo de alegría y entusiasmo. Aquello era un remanso

el otro tigre

de paz, luego de unas horas llenas de movimiento y emoción.

Divisé a unos niños de una plantación jugando en un columpio, y reí contenta. Ellos se daban vueltas y seguramente pensaban que iban a tocar muy alto. Estuve un rato contemplándolos, porque me divertían esos tres pequeños que gozaban en su mundo de fantasías florecido desde un columpio.

Encantada en mi ventana, toqué con el alma algún episodio de mi infancia. Sí, siempre había asociado el columpio a una muñeca negra que me habían traído desde Africa. Esa misma mañana había volado hasta el cielo sentada en esa madera pintada de verde, sostenida por dos cables gruesos; agitada, despeinada y feliz tuve que acudir al llamado que despuntaba de la casa. Todos tenían regocijo, y algo en sus manos; de pronto encontré que las mías eran dueñas de una caja rectangular, que el señor de Haviland me entregaba al regreso de un viaje largo. Yo había aprendido a mirar los mapas, y sabía de la tierra africana. Pero no había imaginado nunca tener ese obsequio.

● El papel sonó

como la paja seca, levanté la tapita y me encontré con esa muñeca oscura, con la cabeza llena de rulitos y dos ojos pícaros que me impresionaron maravillosamente. Estaba muy contenta, y lo expresaba a mi modo, dando saltos y exclamaciones. Creo que todos se contagiaron con mi alegría, y se olvidaron de sus propios regalos por ver el mío. Había sido un éxito la idea de ese amigo de barba blanca, que le gustaba bordar distancias con los hilos de colores de sus travesías. Su residencia era un museo, y cuando nos invitaba era algo parecido a la llegada de la Pascua; nos preparábamos para conocer objetos, escuchar cosas lindas y correr por el césped tan suave. A veces íbamos al prado de tréboles y volvíamos dichosos con un trofeo verde de cuatro hojas, que significaba un anuncio de buena suerte. Las piernas y las manos se nos ponían verdosas al contacto de esos prados.

La muñeca había marcado una especie de ciclo en mi vida. Le tomé mucho cariño, y empecé a interesarme por su raza. Además el señor de Havi, como yo le llamaba, me contó que en sus noches africanas había muchas más estrellas que en las noches que nosotros veíamos. Y las estrellas eran más grandes y cercanas. Realmente estaba orgullosa de mi negrita venida de ese lugar precioso, sin imaginar que en unos pocos años más nosotros tendríamos que residir en Africa.

Recordaba este tiempo mientras oía el canario y las risas de los niños. Pero algo me arrancó de ese paraíso; sentí que alguien estaba en la habitación y me volví rápidamente. No había nadie; pensé que querían hacerme una broma, y fui a todas las habitaciones. El atardecer ascendía aprisa, bajando la claridad. Llamé y ninguna voz respondió. Bajé apurada la escalera, y en el primer piso la soledad, la misma soledad. Traté de darme ánimos a mí misma, diciéndome que no tardarían en llegar los familiares. Sin embargo, una gota de miedo había caído en mi alma; luego fueron otras y otras, hasta que una lluvia se apoderó de mí. Algo invisible flotaba cerca, y retrocedí; caminé hasta la puerta del jardín. Mis propios pasos eran diferentes al caminar al revés, pero no me atrevía a dar la espalda. Me apoyé en la puerta, y crujió como siempre, haciéndome dar un salto y botar con mi vestido la llave. Sonó tan fuerte como un trozo de hierro. Indudablemente estaba en una dimensión donde todo se cuadruplicaba, y tenía que ser fuerte y no dejarme vencer por esas cosas.

Pero tampoco quería inclinarme a recoger la llave, porque tal vez... Y apoyándome en la puerta comencé a hacer semicírculos con una pierna, hasta alcanzar la llave. La acerqué, me saqué un zapato y traté de recogerla con los dedos del pie. Era un poco difícil, pero lo logré; subí la pierna, me incliné levemente y al fin la tuve en mi mano y la coloqué en la chapa. Me iría a sentar bajo los árboles.

Escuché un instante para vencer ese sentimiento. El silencio era una seda que invitaba a sobreponerse. Sabía que afuera estaría bien, aunque la noche ya calzaba sus sandalias de terciopelo. Un murmullo vino desde el jardín, y detuve mi deseo de salir. Las hojas siempre dicen un mundo, cuando el vientecillo pasa contándolas. Sí, eso tenía que ser. Oh, iría mejor a encender las luces y tal vez pondría un disco y todo sería distinto.

Caminé unos pasos hacia adentro, cuando un rugido flameó prolongado. Volví a ser una estatua, pero con un corazón agitadísimo. Mis manos frías se humedecieron, y un miedo diferente posó su ala en mi hombro. Otro rugido arrastró la emoción, y dejé de estar inmóvil. Tuve valor de allegarme a una ventana, y tras ella vi dos luces verdes brillantes y con rayitas horizontales.

● El tigre

estaba ahí, con su furia y su llamada fantástica. Los rugidos parecían traspasarme entera. No podía salir, porque el peligro me acechaba. Y no deseaba estar sola en la casa, porque... otra vez ese sentimiento de que alguien me custodiaba era como una barrera. Caminé muy lentamente hasta el living, y sentí los arañazos en la puerta. Me detuve al pie de la escalera, y no me atreví a subir. Estaba entre dos miedos, y me sentí frágil. Ahora se agregaba el temor de que mis familiares llegaran y el animal les atacase. Hacía tiempo, una noche el tigre había rondado ese lugar, y después no había vuelto. Alguien dijo que lo habían cazado allá cerca del río, donde los cañaverales rubios tienen una maravillosa trama y hay un poema flotando en el hueco de cada caña, como si ya fuesen flautas encantadas.

Realmente no sabía qué hacer. Era la primera vez que un suceso así me sorprendía, indefensa y acorralada.

Los rasguños y gruñidos señalaban que el animal continuaba en la puerta de enfrente. Y si su fuerza hacía caer la madera como la hoja de un libro, ¿qué refugio sería el que iba a buscar yo, si arriba también había otro tigre agazapado, más agazapado con la vigencia de la noche?

De pronto volvió el silencio. Pero tenía pasos en los oídos, porque el corazón latía fuerte. En puntillas miré por la ventana del living, y solamente estaban los árboles esbeltos y finos. Fui a la puerta y golpeé con el puño cerrado; inmediatamente el



acorde ancho del rugido volvió a resonar.

Sentí pasos que corrían, voces y rugidos. Tocaron la verja, y los pasos se multiplicaron. Creí que iba a caer sobre la alfombra, pero traté de sostenerme. La campanilla sonó largamente, y no abrí; volvió a sonar... y sonar. Mas no acertaba a definir mi actitud. Mejor estaba ahí adentro, con esa gasa invisible, que ahí con zarpazos y colmillos y furia y tal vez...

Las voces eran un clamor. Sentí que algo pesado se arrastraba, y el gruñido era de otra manera. Me tapé los oídos, porque no quería oír que mataran ahí al tigre.

No sé cómo se lo llevaron, porque los gritos y las carreras eran múltiples. Solamente sé que atiné a encender una luz y a mirar la hora; todo no había pasado en más de diez minutos, pero para mí fue un siglo.

Me vi reflejada en el espejo, y estaba intensamente pálida y cansada. Me senté cerca de la puerta, porque estaba aún temerosa del tigre que no rugía, no daba zarpazos. El corazón fue cediendo hasta llegar a su ritmo normal, y las manos frías ya no estaban tan húmedas. Arreglé mis cabellos, y volví a desear la melodía de un disco. Pero las fuerzas se quedaron ahí; un auto se había detenido, aunque el motor seguía funcionando. Oí que cerraban las puertas, y luego las voces conocidas. La verja se abrió y ya ellos estaban cerca. El sonido de la llave en la cerradura fue mi salvación.

La alegría de estar a salvo de ese extraño episodio. Sólo entonces di resplandor a todas las lámparas, como si la entrada de ellos las hubiese encendido. Estaba contenta, y empecé a contarles todo. Pero simplemente no me creyeron. Y algo se apoyó en mi pecho, como una pena que trata de aquietarse y no puede.

—Seguramente tuviste un día tenso en tus actividades —dijo alguien.

Mientras subíamos la escalera, les conversaba sobre mi llegada a casa. El canario, los niños y esa suavidad dulce de la tarde que resbala tibia.

—No, no puede ser que hayas tenido dos miedos. Tú que eres detective, estás acostumbrada al peligro, y a veces tienes una inclinación por todo lo invisible. Tal vez uno de tus ángeles era el que estaba custodiándote..., pero el tigre, qué historia más extraña.

● Acabé por rendirme,

levantando la blanca bandera del silencio. Oí las cosas que me contaban de esa tarde tan agitada en compras. Sonó el teléfono, y sonreí. Me había olvidado totalmente que existía; si hubiera llamado a alguien cuando estaba sola me habría sentido mejor. ¿Por qué habría tenido miedo? ¿Me habría quedado dormida en la almohada gris de una pesadilla?

Quien contestó el llamado subió corriendo. La agitación de su voz nos alarmó a todos.

—Preguntan si ha pasado algo, porque aquí cazaron al tigre, el que se había perdido por un tiempo. Ha regresado desde sus dominios y parece más furioso, pero como no se le puede hacer daño alguno, se lo han llevado en una red. Lo atraparon en nuestro jardín; la casa estaba sola, porque nadie se asomó, no se encendió ninguna luz.

Sentí una alegría desbordante. Era realidad que el animal había estado ahí afuera, rugiendo y rasguñando la puerta. Salimos con linternas y les expliqué dónde lo había visto, dónde lo escuchaba. Ahí estaban las huellas; plantas destrozadas y también el rastro, el surco de terror abierto al haber sido arrastrado en la red.

Un tigre había sido dominado. Ahí estaban las pruebas; en la madera de la puerta las garras habían trazado extraños dibujos... Mas el otro tigre, el silencioso..., el que había paseado su cetro por toda la casa, solamente estaba atrapado en mi sentir. Eso no lo contaría a nadie; era ése un miedo diferente e insondable. Había bastado que llegaran los demás para ovillarse en la nada y dejar de rondarme.

Luego traté de dormir. Hilaba estrellas con ilusiones, pero el sueño estaba esquivo. Volvió a mi mente la muñeca negra; la sentí que se agrandaba protectora y dulce, y me dormí hundiéndome en las sedas de un tiempo color de rosa.

● Esa mañana

tenía que acudir a visitar a la señora Chang, a quien ya conocía en mi profesión de detective privado. Era la esposa de un diplomático y desconfiaba de algo y poseía un trato tan ceremonioso que a veces parecía fingido. Mas al conocerla resultaba lógico. Crecida en ese ambiente refinado y con todo el aroma oriental en su espíritu y en su mente.

Estaba aguardándome en la salita llena de cojines. Me abrazó tan levemente que imaginé que era una mariposa frágil.

Esa tarde tendría que estar con ella, pues iba a tener una pequeña recepción y escuché mi plan de trabajo.

Tuve que vestirme con prisa, porque el tiempo se me había pasado. Los colores estaban otra vez en mis mejillas, y una alegría desbordaba de mi corazón. Llegué donde la señora Chang antes que sus visitas; la ayudé a abrocharse un fantástico collar de perlas; como estábamos en su habitación miré con entusiasmo. Sobre su mesa había una muñeca con vestido oriental y la tomé. Ella dejó su suavidad y me dio una palmada en la mano. Volví a dejar la muñeca y pedí disculpas. Ella había cambiado su rostro, y sus ojos eran penetrantes. Le expliqué que yo era una apasionada de las muñecas, y que solamente deseaba admirarla. Sonrió y pasó su mano por mi barbilla. Volvió a ser suave y sumisa como un algodón. En seguida bajamos, porque empezaban a llegar las visitas. Muchas veces mientras yo conversaba con alguien, ella estaba mirándome a través de todos. Salimos al jardín, y me pidió que la acompañara a buscar una gasa para sus hombros. Fui con ella, pero me pidió que la esperase en el descanso de la escalera. Ahí tuve miedo otra vez; el tigre invisible venía a mi encuentro. Demoró unos momentos y regresó tranquila, y cuando descendíamos me dijo que esa muñeca significaba un mundo para ella. Le conté de mi negrita y se quedó feliz.

Entre música, voces y colores resbaló la velada. Regresé a casa cuando los invitados se habían retirado. Y al llegar un pensamiento golpeó mi mente antes de abrir la puerta. Y todo un misterio rodeó a la muñeca oriental. Sentí la extraña actitud de la señora Chang y me prometí buscar la verdad. Mil suposiciones pusieron las cartas sobre mi mundo interior. Era feo dudar..., pero de pronto imaginé que en ese cuerpecillo de muñeca podría haber un veneno guardando su secreto... Indudablemente el otro tigre era más inolvidable que el de los rugidos, y acepté mi nueva experiencia en mi vida de detective privado. Y pensar que en tres días más debería volver donde los Chang, porque festejarían a un amigo que regresaba a su tierra. Y yo debía estar cerca de ella.

Trataría de descubrir el misterio, ¿o ella me iba a tener asida por esos hilos de seda de su temperamento tan extraño?

Lo cierto es que de ser detective privado es todo un juego maravilloso. ♥♥



entre nosotras

AL COMENZAR la primavera empiezan a aparecer en los diarios fotos de niñas jóvenes que son reinas de algo o candidatas a reina, ya sea de un club deportivo de barrio o de un concurso internacional.

Los concursos de belleza son el mejor reflejo de esta sociedad. Allí se exhiben las mujeres más lindas semidesnudas para mostrar en la mejor forma la belleza de su cuerpo, de su cara. No importa lo que hay o no hay además de eso. La mujer con las piernas mejor torneadas y con los ojos más hermosos pasa a llamarse Señorita Universo. O sea, la mejor mujer de todo el mundo. No es necesario un análisis demasiado profundo para darse cuenta de que para ser la mejor mujer del mundo bastan un hermoso cuerpo y una sonrisa agradable. Según los concursos de belleza eso es una mujer, un objeto que se exhibe en vitrinas, la que luce mejor es la mujer del año. Si no reúne esas condiciones de belleza que imponen los concursos la mujer común y corriente, la que trabaja en una oficina, la profesional que destaca en su profesión, la mujer que trabaja en la fábrica todo el día y luego en las tareas del hogar y enseña a sus hijos, no tiene ningún mérito. No sirve; de ninguna manera puede ser la mujer del año o la Señorita Universo.



Es decir, la mujer es una cosa, un adorno más para la casa y como sólo es un objeto y sirve únicamente como tal, es preferible uno bien decorativo para que cumpla en la mejor forma el papel que se le ha encomendado: adornar. Si se entiende a la mujer como una cosa, es natural que este tipo de concursos proliferen. En la actual sociedad, donde todo se rige por el dinero, donde el valor de cada cosa lo da una moneda, es lógico que la mujer trate de exhibirse y arreglarse y ojalá ganar concursos de belleza porque así la mercancía tiene más valor y puede venderse más cara. Es como en el supermercado, los productos nuevos se compran según el color y la belleza del envase, ya que se desconoce la calidad.

El aumento de este tipo de concursos y el fomentar la belleza de la mujer como el valor más preciado sólo favorece a los auspiciadores de este tipo de eventos, que por curiosa casualidad son casi siempre los productores de artículos de belleza y fabricantes de ropa; y degrada a la mujer negando su capacidad de ser pensante y racional.

Los concursos de belleza en general menoscaban a la mujer, ya que la rebajan a la altura de una mercancía cuyo único valor está en la superficie. Pero hay un concurso que se lleva las palmas sin ninguna competencia. Es el que se realiza todos los años en la FISA, bajo el nombre de Miss Piernas Pose; este concurso es el más denigrante de todos. Allí desfilan por una pasarela bastante alta mujeres de todas las edades, portes y grosor, con un denominador común, faldas cortísimas y el deseo de darse a conocer y conseguir así la fama.

Resulta realmente grotesco este espectáculo que se realiza en un lugar abierto. Es lo más corriente ver a una gran cantidad de hombres en la primera fila, pero no están ni sentados ni parados, están casi acostados en el suelo, para así poder disfrutar mejor el espectáculo gratuito que se les brinda. Por otro lado, en la misma FISA se hace todos los años un concurso donde se premia a los mejores animales que allí se exponen. Para elegir al ganador se tienen en cuenta el peso, la edad, el pelaje, sus formas corporales y cualidades reproductoras. Al animal que saca el primer premio se le cuelga una escarapela tricolor y se le pasea y muestra en diferentes ferias. A las mujeres que ganan el concurso de Miss Piernas se las lleva a los diarios y a la televisión, donde se fotografían y enfocan sus piernas desde todos los ángulos. A los animales que ganan, las vacas por ejemplo, se les trata con más deferencia, ya que se las retrata de cuerpo entero, mostrando todos sus atributos y además se explica su capacidad reproductora y los litros de leche diarios que da, o sea, que también se les mide desde el punto de vista de la producción y no sólo de los atributos físicos. Y por último, tienen una ventaja más, siempre resulta menos chocante ver a una vaca tirada por un cordel, con sus grandes ojos de vaca asustada, desfilar entre veterinarios y agrónomos, meneando la cola, que ver a una mujer en el mismo plan.

ESTE MES DE NOVIEMBRE que recién comienza se cumple un año de gobierno del Presidente Allende. Es bueno recordar ahora lo que pasó un año atrás. Hoy nos parece muy distante ese 4 de noviembre en que el candidato de la Unidad Popular se ciñó la banda presidencial, hoy casi se nos ha olvidado esa parte de la historia, por eso es bueno regresar un poco al pasado, porque a veces la historia se repite.

Hace sólo un año, 365 días, un grupo minoritario, que fue derrotado en las urnas, desesperado ante su fracaso, trató de impedir por todos los medios que los deseos del pueblo se cumplieran; no deseaban perder los privilegios de que gozaron cientos de años. Ni el crimen los detuvo y no vacilaron en asesinar al General René Schneider con tal de impedir el ascenso de Salvador Allende al gobierno. No les importó la vida de un hombre, de un general de nuestro Ejército, de un padre de familia, lo que ellos se estaban jugando era mucho como para detenerse ante una vida humana. Se estaban jugando los años de explotación en que mantuvieron al pueblo, estaban defendiendo el dinero que habían ganado en mala forma. Pero a pesar del asesinato de René Schneider, Allende es presidente. Eso no significa que aquellos que ayer atentaron contra la vida de un hombre, pasando por sobre los deseos de un pueblo, se hayan retirado a sus cuarteles de invierno o esperen tranquilos una nueva elección. Una vez no vacilaron y ahora no tienen por qué hacerlo. Por eso la tarea más importante del gobierno es conseguir cada vez más un apoyo popular. Hay una serie de medidas que ha tomado este gobierno y que favorecen directamente al pueblo, y esto siempre se recuerda en un momento decisivo.



EL CUENTO de la semana.

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

ALFONSO ALCALDE
(chileno)

PERSONAJES:

Estubigia, canastera.
Florián, pescador, ex trapecista.
Carpinteros, dueñas de casa.

LUGAR DE LA ACCION:

Una caleta de pescadores.

•• Estubigia, canastera, descalza, rostro de mimbre, ojos de ceniza, frente de mármol, caminando por el molo de la caleta, comprando el ultecito, el luche, las machitas, su jurel, su cauque para revenderlo y tener para los cigarrillos y un plato de sopa. Grandes pies nudosos. Los tobillos, duros, como si fueran de palo, secos. La cara, de una mujer de sesenta y cinco años arruinada por el mar, tajeada por el mar. Un rostro en continuo movimiento que permitía una absurda comparación con una cebolla, plena de capas y pieles delgadísimas, superpuestas, dando vuelta, una encima de la otra, de mayor a menor.

Estubigia se sentó en una piedra. Era una tarde de junio, mes difícil y duro de los grandes vientos encontrados y las lluvias de la estación: el sol radiante preparando la próxima tormenta en medio del grito de las gaviotas, las boinas de lana tejidas a mano de los pescadores, parecidas a las que usaba el difunto Florián, ahora casi perdido en el recuerdo. ¿Cómo eran sus ojos? Y esa sensación que no obedece a ningún mandato, una ley no cumplida, una amenaza latente que no violenta ningún orden, que no discurren en el cerebro ni en músculo alguno. Un residuo del organismo no calificado, un breve segmento de la muerte, nadando vivo en el cerebro.

Posiblemente sus ojos fueron pardos, negros. Ya, además, no importaba el color, sino el uso que tuvieron, el uso que les dio el difunto.

Una botella, los dos vasos, Estubigia y ese reflejo de la luz sobre los cristales y un punto y un violento chisporroteo, luego la mano, otra vez los nudos de los dedos, el movimiento del brazo, los ojos entrando en los ojos, un lento movimiento del silencio:

—¿Mucho viento?

—Como siempre.

—¿Viene el surazo?

—A lo mejor.

Sólo sonidos, palabras sueltas, palabras idas, palabras polvorientas, palabras absurdas, palabras sin sentido. Ahora no dicen nada. Se perdieron las palabras. Jamás nadie las encontró ni las encontrará en ningún oído, en ninguna memoria. ¿Qué más? Las quejas, los celos, los reproches, las dudas, el miedo:

—¿Qué te pasa, Florián? ¡Ya no eres el mismo!

—A lo mejor.

—Algo tienes...

Un ademán como diciendo: ¡basta!, pero contestando con una pregunta:

—¿Crees tú?

—Se te nota a la legua. No "estás" aquí.

El rayo fulgurante de los vasos, el relámpago de los cristales, los círculos diamantinos, el crujido del silencio, la alteración y pulsación del mar cuando los seres escuchan y dejan de ser humanos y se renuevan con las olas, estupefactos, destrozados, calmos, feroces, piadosos.

La queja:

—¡Estás cansado de mí, Florián!

La disculpa:

EL CUENTO de la semana.

—¡De todo!

Con una mano en la frente como a un hijo:

—¿Y yo no soy tu mujer?

El miraba, cruelmente, la vejez repuntando en la boca de Estubigia. Labios mustios. Madera. Raíces. Cartón. Agua fría.

Un gesto del pescador para que le llenaran el vaso, el vaso, el vaso...

—No quiero discutir.

El reproche:

—Ya sé lo que te pasa. Lo sé todo.

La defensa:

Sólo un movimiento de hombros.

La recriminación:

—Antes no era así.

El pensamiento oculto:

—¡Antes, antes, cuando era joven!

Los cargos:

—¡Perdí la juventud por tu culpa!

Mientras se miran.

(Ella con candor, pero sin preguntar):

—Es lo que me interesaba saber para no seguir sufriendo.

—Sírveme —fue la única respuesta.

El vaso, el vaso interminable girando en su nódulo, en su núcleo, como en las películas mudas, a saltitos, desde la mesa a la boca y desde la boca a los ojos y de los ojos a la mesa. Tinto, violáceo (una asociación con un absurdo charco de sangre, unos gritos, un cuchillo).

—¡Es esa mujer! Ella te tiene así, sin habla.

Se miraron los rostros, todavía sin desafiarse. Ella en la duda, perdiendo y ganando, y él acercando el sonido del mar a tal extremo que sólo escuchaba el crujido de las olas, sus ruedas suaves como el tictac de un reloj pausado. Y además el olor del mar no tan agrio como el vino que estaba tomando, no tan ácido como el mar en la tempestad, no tan cambiante como la ira de las olas cuando se internaba en el golfo de Arauco, y era como andar adentro de la muerte, tocar sus paredes de agua y después regresar casi como un sobreviviente y escuchar las palabras, las palabras de su mujer, las mismas palabras encajando en los mismos sentimientos, en la misma silla, en la misma mesa, en la misma cama, ya sin hijos, vacíos, incompletos, y sólo el mar transmitía su grandeza en el vaso, pequeño mar agrio, pequeño mar obispo, como si raspara la garganta y hasta los zapatos, pequeño mar que se quedaba a nadar en cada ojo, y luego, de golpe, la traición, el zarpazo. Quedar entre las aguas, entre las capas de las aguas más acogedoras que puede reconocer un hombre como Florián, que perdió su madre al nacer.

—Ahora anda con tacos de alto y cartera —acusó Estubigia.

Florián por pura crueldad miró sus pies descalzos. Pies que ya no tenían sentido. Pies de nadie, planos, chatos, embarrados.

Florián hizo sonar el vaso con los dedos.

—Tú la mantienes; todo el mundo sabe eso.

—No me hagas reír. (En realidad, me voy a reír, me estoy riendo, me seguiré riendo por los siglos de los siglos. ¡Una historia de zapatos!)

La voz quejumbrosa:

—¿Qué haces la plata, entonces?

—Me la tomo. ¿Y qué?

—Pero la otra tiene zapatos y yo no. (Yo se los vi, como los que usan ahora, caros, con tacos de aluminio.)

—Bsssh.

—Para la otra, todo; para mí, nada.

—Está medio ácido este vino —pero sigue llenando el vaso, el vaso, el vaso. Y ahora sí la voz cargada con violencia:

—Contéstame. Contéstame de una vez.

El prefirió mirar el mar desde la ventana de su casa y dejar atrás a su mujer, sus gestos, sus ademanes con los dedos abiertos, el rostro contraído antes que se lavara con las lágrimas, antes que se derrumbara, antes que se quebrara, antes que se pareciera un nido, tal vez como si fuera de ceniza, antes que se apagara consumido por su venganza, antes que se desplomara con el propio peso de la ira, antes que dejara de ser bueno y humano y tomara destellos broncíneos, parecidos a una débil piedra cobriza, y por eso se tranquilizaba escuchando el ruido y el silencio del mar, mirando el elástico de sus olas, su enlace, disminuyendo su carga, su irremediable subterfugio. Hasta que olvidó del todo la voz, la borró por completo, además, los dientes, la garganta, ese cuerpo gastado por el uso de los días, por el peso del cielo recibido en la frente, por el feroz peso de la tie-

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

rra resistido con los pies, cuerpo inservible que ahora sollozaba como un montón de trigo moviéndose con el viento, como un montón de huesos agitados por el tiempo, como el resumen de todos los días que puede resistir un cuerpo. El sollozo y el mar. Florián, el pescador, el mediador de esos quejidos, de esos aullidos. Porque ahora todo era silencio otra vez. Un pez midiendo la altura mayor del agua. Así era cada lágrima de Estubigia, hasta que la luz rebotó nuevamente en los vasos con un tinte más pobre y renegrido.

—Florián, ¿por qué no vuelves al circo?

Ya se había secado los ojos rojos, los ojos sangrientos, los ojos sufridos, los ojos callados.

—¿Para qué?

—Para que te pongas contento como antes. Entonces reías.

—Hace tanto tiempo, ¿no?

—...era tan distinto. Soñábamos. Y tú eras el único que podía hacer la prueba.

Florián comenzó a dejar el mar a su espalda, sin apremio, y se acercó lo suficiente a la voz hasta escuchar lo que estaba hablando su mujer.

—No te importaba arriesgar la vida.

—La vida. ¿Cuál vida?

—Tú allá arriba en la cuerda floja, y yo rezando.

—¿Servía de algo?

—No sé. Me tranquilizaba un poco.

—¿Tuve miedo alguna vez?

—Nunca, m'hijito.

—Parece mentira. ¡Cómo pude hacer esas locuras!

—¡Cómo te aplaudían! La gente quedaba con la boca abierta, y no era para menos.

—Sí, ¿no?

Primero recobró la vida el redoble del tambor, una sensación como si golpeara un cuero seco con dedos mojados. Un golpe desafiante, más rápido que el latido humano. Luego los rostros pequeños, sólo las luces de los ojos, los agujeros mojados de las bocas de los espectadores como nido de hormigas. Los payasos preparando el momento culminante, tapándose a medias el rostro. Después el vacío, una parte de la muerte. Y después, después, los aplausos, secos, huecos, secos, y los payasos rodeándolo como si regresara del otro mundo, y él tan sereno, con la indiferencia profesional del que está en el apogeo de su gloria.

—Vuelve, vuelve al circo —porfiaba Estubigia—. Deja el mar.

—El circo necesita gente joven.

—No importa que tomes, que te emborraches, Florián. Yo misma me encargaré que siempre tengas la chuica llena. Pero súbete al trapecio y vuelve a hablarme como antes.

Ya no era la hora de la ternura. Tal vez el hecho de tomarle la mano a su mujer, que lo había querido angustiosamente, ya no significaba nada. Sólo un frío áspero. Un pellejo que ahora esperaba morir a su lado, con pocos dientes, con los hijos distantes y tan pobres como habían nacido.

Otra vez el vaso de vino de Florián adquirió una dimensión fantasmagórica, como de oro raído. Otra vez el tartamudeo del tambor, el soplido del tambor, el vértigo tentador de la altura, los rostros agudos de los espectadores.

—Voy a hacer la prueba, pero con un caballo —confesó por fin Florián.

—¿Con un caballo? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—No me voy a morir sin hacer la prueba.

—¿Pero cómo, viejo?

—Me subo, ah. Me cuelgo en el trapecio. Con una grúa levantan el caballo allá arriba, ¿ah? Bueno, no sé, pero de alguna manera tienen que subirlo.

—¿Estás loco, Florián?

—El artista vive de los aplausos.

Imitó:

—Plap, plap, plap. Eso le llena el alma. ¿Cuál sería la gracia de volver allá arriba sin el caballo?

—¿Te parece poco? Al menor descuido, te matas.

—No entiendes...

—Claro que entiendo, Florián. Pero subir un caballo para que camine por la cuerda floja...

—Me voy a comprar un matungo, cueste lo que costare.

—¡El caballo! ¿Y mis zapatos?

—¡Qué me importan sus zapatos, señora!

—Me lo prometiste. ¡No quiero irme de este mundo a pata pelada! Cómprate el caballo si quieres, pero cómprame zapatos, Florián; un modelito barato no me importa.

Se levantó el pescador para salir al encuentro del mar como era su costumbre cuando estaba borracho.

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

Sincronizó las olas con los distantes aplausos que lo incitaban a galopar en el aire con su caballo en un sueño delirante. Después, cuando se acercó Estubigia, le tomó la vieja cintura con cariño y así terminaron el resto de la noche.

• • Nunca tuvo

Florián Navarrete la oportunidad de galopar en la cuerda floja con su destartalado caballo. Sus amigos, al escuchar el absurdo proyecto, movían la cabeza sin comprender. Terminaron por dejarlo solo, y cada vez que algún circo aparecía por la caleta, él era el primero en acercarse al administrador, para regresar momentos más tarde triste y derrotado, arrastrando el animal hueco y anguloso con una soga. Cuando alguien para consolarlo le daba algún consejo, siempre escuchaba como una obsesión: "Algún día, algún día..."; imaginando la función de gala en la que iba a ser el número de fondo, mientras vaciaba las botellas, y su caballo chorreando lluvia y tristeza también lo miraba con compasión.

Entonces se decidió:

En vez de la cuerda floja, el puente ferroviario. Primero lo atravesó a pie, contando los tablones, comprobando que si el caballo pisaba en falso iría a una muerte segura. Pero le hormigueaban los aplausos, la cara expectante del público dudando de su hazaña.

Acarició al caballo, que se negaba a enfilar el peligro, hasta que lanzó un grito desgarrador, no humano. El grito de la felicidad y de la dicha póstuma. Emprendió la carrera, ciego, trémulo, iluminado por las sombras menos densas que rebotaban en la corriente del río, y garabateó, maldijo, insultó, semidiós de su pequeña audacia, ufano en su desafío, hasta que escuchó claramente el pitazo del tren que venía en sentido contrario, alegrándose cuando olfateó el olor a carbón o petróleo, azuzando al animal hasta que chocó con la locomotora dando varios barquinazos. Envuelto en las tripas del animal, fue a parar a un vagón cargado con huevos y ahí murió entre las claras y las yemas y las cáscaras tan molidas por el golpe que parecían nieve rosácea cuando apenas el polluelo deja el caparazón.

Estubigia recuerda, sentada sobre la piedra, la mañana que fue a la morgue, y ahí tuvo que lavarlo como si hubiera sido una gallina gigante hecha añicos, con el cabello ensortijado y amarillo rodeado de espuma, con un pequeño mar inerte petrificado en su imposible proeza, con breves alas, frías, casi como algas agonizando fuera del océano, mustio y duro como un pedazo de carbón haciéndose ceniza, todavía empujando su cabalgadura, como si cada ojo lo empujara, como si cada brazo lo detuviera, todo por separado, derramándose en su completa derrota. El pobre Florián descansando en una mesa de madera gastada por los otros muertos, por los otros payasos que llegaron antes que él, deslucidos, frustrados y sin nombre, olvidados, sin paradero conocido, sin familiares, sin recuerdos, también sin zapatos ultimados por la miseria.

Fue entonces cuando Estubigia agarró su canasto y empezó a vender dihueñes y empanadas fritas, siempre dándole una mirada al mar antes de acostarse, repitiendo:

—¡Me voy a morir sin haber usado zapatos!

Ahorraba, y cuando por fin reunía unos pesos, llegaban los achaques, o bien subían el precio de la merluza, el arriendo del miserable cuarto donde tiraba un rato sus huesos por la noche.

Hasta que sintió que la muerte venía a buscarla de a poco, anudándola por dentro, pegándole unos golpecitos, haciéndole unos llamados, restándole fuerzas, aquietándole el corazón, pero siempre escuchando el mar, como si también el mar envejeciera junto a ella, cada día más achacoso, encorvado, como si la espuma, en su regocijo, tardara más en romperse, en transmitir su belleza y su libertad.

Y cuando la muerte llegó por completo, no tuvo mucho trabajo en llevarse a Estubigia.

Al contrario, la anciana la estaba esperando y le abrió las puertas casi con júbilo. Una noche dejó todo en orden. Y se durmió. Y del sueño pasó a la muerte rápidamente, sabiendo de antemano que no regresaría, que se iba despidiendo de sus huesos y de su pobre saldo de piel que le había quedado como única herencia de la vida.

—Murió Estubigia —sollozó una vecina.

—Y sin zapatos —repitió el coro de los curiosos.

Se movilizaron las comadres, casa por casa, hasta que aparecieron con un par envuelto en papel de diario.

—Es lo único que pudimos con-

EL CUENTO de la semana.

seguir —se justificaron—. Ojalá le queden bien.

La pieza se llenó de extraños mirando el rostro arenoso de la anciana. Un rostro que no era vengativo ni plácido, que había sufrido y que había llorado y ahora perdonaba sin que nadie se lo pidiera.

La taparon con una sábana, mientras le calzaban los zapatos de fútbol del compadre Cocheca, que los cedió con bastante emoción. Todavía los tobillos tenían esa porfía metálica de la madera. Y la vida de Estubigia se minaba en ese par de zapatos, sin lengua, con los estoperoles sobresalientes.

Después aparecieron los dos maestros carpinteros. "Nosotros vamos a hacerle el ataúd —dijeron— con lo que nos sobre del pololito que estamos haciendo." Porque más arriba, a unos pocos metros, en el cerro El Infiernillo, esa misma tarde iban a crucificar a un sospechoso junto a dos ladrones.

Se lo pasaron haciendo viajes, porque clavo que les sobraba del otro trabajo lo traían de regalo, y con el saldo de las maderas de las cruces del cerro, empezaron a hacer el fondo de la caja. Se notaba que los dos hombrecitos —el carpintero y el ayudante— eran del oficio, porque uno sacó una huincha y empezó a medir a la finada mientras el otro le sujetaba la mano para que no se equivocara en el cálculo.

—Dos por dos son cuatro, llevo una, que no es ninguna, y me doy vuelta y sumo tres u sea cuatro y me van quedando..., y me van quedando...

—¿Qué es lo que te va quedando, cara de vidrio molido? —preguntó el ayudante.

—¡Una sed caballa! —contestó el carpintero.

—Los maestritos tienen sed —gritó una de las comadres que estaban escuchando la conversación.

Pronto apareció una jarra de chacolí y después otra de chicha con naranja.

• • El ataúd

quedó listo al amanecer. Con las cruces desocupadas después del ajusticiamiento terminaron el resto del féretro. La parte de arriba, la tapa, la complementaron con unos cajones sardineros que regaló un comerciante. Lo pintaron con unos conchos de color verde botella por un lado y yema de huevo por el otro, los únicos que consiguieron prestados, mientras los vecinos se preparaban para el velorio trayendo tritre ahumado, queso de chancho, jaibas cocidas, pan abundante y aguardiente.

Empezaron los rezos y los llantos; los maestritos recogían la virutilla despejando la habitación.

La pieza olía a madera fresca, a pino verde. Vistieron a Estubigia con su ropa negra de viuda. Con los zapatos de fútbol inspiraba más respeto.

—Y pensar que cumplió su sueño —dijo una vecina por lo bajo.

Los maestritos tomaron a la anciana como si fuera un bote. Dos de los hombros y dos de los pies, y empezaron a ubicarla en su nueva casa.

—Este es el momento cuando a uno le viene la rabia —dijo el ayudante.

—Tate callado, pailón —fue la respuesta del maestro carpintero.

Apoyaron la cabeza de Estubigia en una tosca almohada en el interior del cajón y siguieron acomodando el resto como si fuera una semilla cayendo a la tierra, una semilla blanca que no le hizo mal a nadie, que crió sus ocho hijos, que barrió, lavó, amó, que le sacó los zapatos a Florián toda vez que llegó borracho, que luchó a brazo partido para que a los niños no les faltara leche, que rió cuando caminaron sus críos o escuchó sus primeras palabras, que veló a sus enfermos, que caminó largas distancias para pedir prestado un hueso y parar la olla y que calló a la hora solemne del hambre.

Y ahora que la estaban dejando para siempre en el ataúd, los maestritos comprobaban que no les había alcanzado la madera, y por unos pocos centímetros el pequeño cuerpo no podía entrar por más que trataban de ajustarlo.

—Hay que sacarle los chuteadores —dijo el carpintero.

Una de las comadres empezó a deshacer la pulcra rosa de los cordones de los zapatos de fútbol, y de nuevo los concurrentes vieron esos antiguos pies desnudos, postrados en su terrible desolación.

Sólo el mar continuaba su agresiva parsimonia, sin que le faltara o sobrara nada, completo, íntegro en su destrucción, sin prisa y sin pausa, ordenado, caótico y solemne como si realmente fuera un ser humano que todavía estaba vivo. ♥

DOÑA BERTA

PRODUCE SEXTA EXPERIENCIA

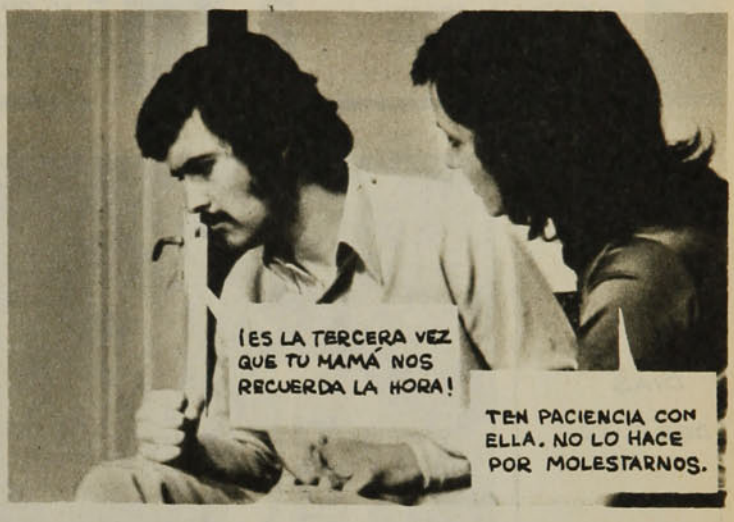


EUGENIA Y MARIO POLOLEABAN DESDE HACÍA DOS MESES...



CLARO QUE LOS MOMENTOS AGRADABLES QUE PASABAN JUNTOS NO SOLÍAN DURAR MUCHO...











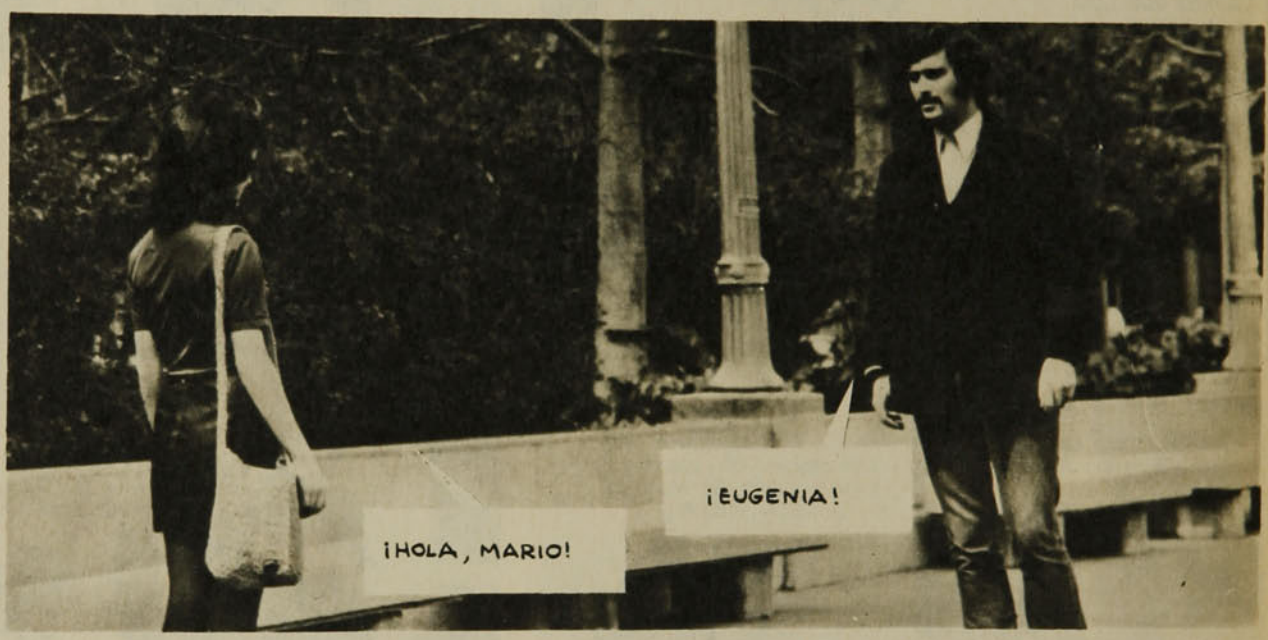








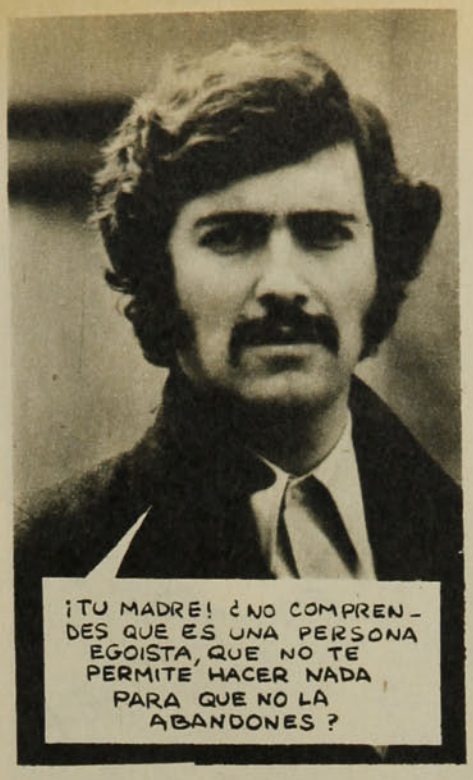
DÍAS DESPUÉS...



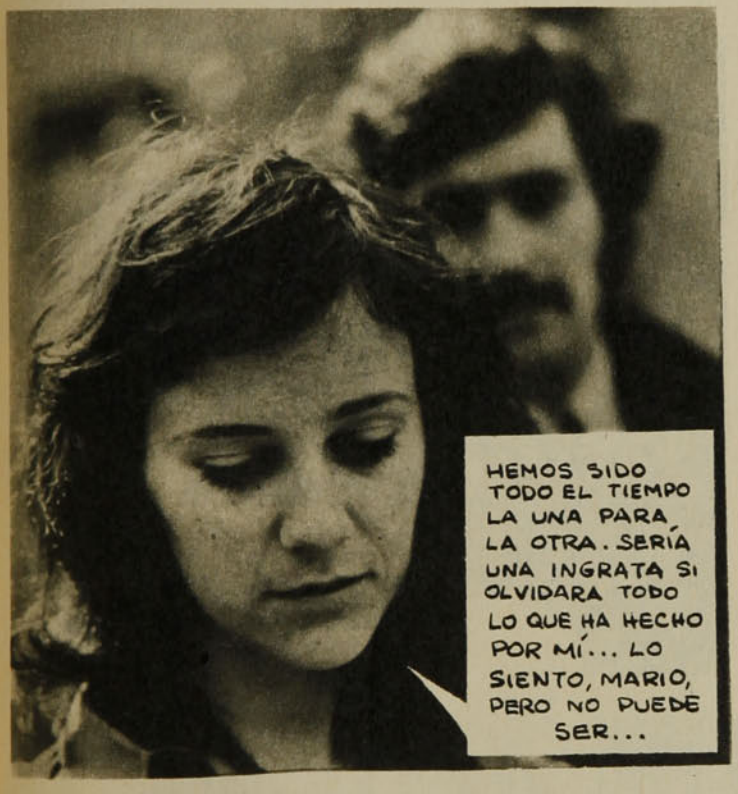














EUGENIA Y MARIO ROMPIERON DEFINITIVAMENTE. TIEMPO DESPUÉS...




POR EJEMPLO, AQUÍ HAY UNO DE VENDEDORA EN UNA TIENDA DE COSMÉTICOS.
¡ESO NO ES PARA TI, EUGENIA! PAGAN UNA MISERIA Y NO ES UN TRABAJO DE CATEGORIA.

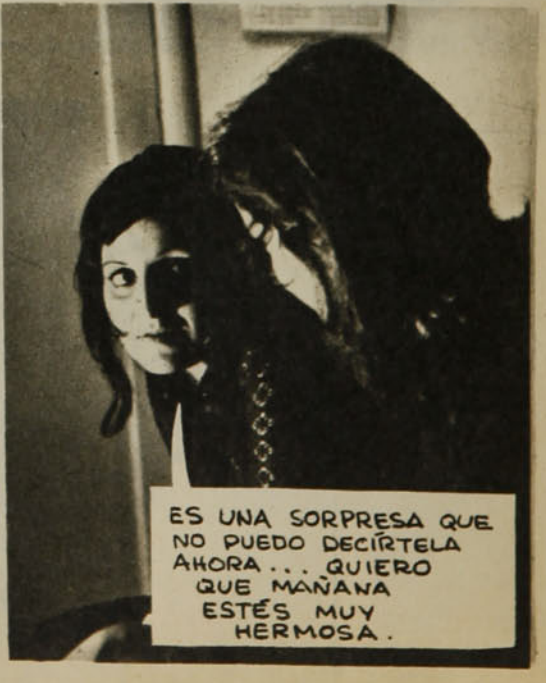

¡PERO MAMÁ, ESA PLATA NOS SERVIRÍA MUCHO! CON LA MESADA QUE NOS DA MI PAPÁ NO NOS ALCANZA.


YA VES QUE NOS HEMOS MANTENIDO LO MÁS BIEN CON ESE DINERO. NUNCA TE HA FALTADO NADA, VISTES REGIO... ¿QUÉ MÁS QUIERES?
ES QUE TAMBIÉN ME ABURRO DE PASAR EN LA CASA ENCERRADA SIN HACER NADA.


NO TENGO AMIGAS NI AMIGOS, NO HABLO CON NADIE... ¿QUIERES QUE ME PASE TODA LA VIDA METIDA EN ESTE DEPARTAMENTO?
¡POR CIERTO QUE NO, HIJA! QUIERO QUE CONOZCAS A UN JOVEN INTELIGENTE Y DE FUTURO...


QUE LLEGUEN A CASARSE... Y QUE VIVAMOS LOS TRES SIN SEPARARNOS...
¿Y DONDE VOY A CONSEGUIR A ESE MUCHACHO?... TE ESTÁS RIENDO DE MÍ, MAMÁ.


HABLO MUY EN SERIO... MAÑANA EN LA NOCHE LO CONOCERÁS.
¡QUÉ MISTERIOSA ESTÁS! ¡CUÉNTAME DE QUE SE TRATA!


ES UNA SORPRESA QUE NO PUEDO DECÍRTELA AHORA... QUIERO QUE MAÑANA ESTÉS MUY HERMOSA.

DE ESA MANERA EN LA NOCHE, DEL DIA SIGUIENTE...

















Y ASÍ TRANSCURRIÓ LA NOCHE. DURANTE LA CENA HICIERON RECUERDOS DE CUANDO ERAN NIÑOS Y JUGABAN JUNTOS TODO EL DÍA... INOCENTES...

CUANDO LA VELADA TERMINÓ...

CREO QUE SÍ.

NO NECESITAS DECIRME CÓMO ENCONTRASTE A RAFAEL. SE TE NOTA EN LOS OJOS.

DOS DÍAS DESPUÉS SE REPETÍA LA VISITA DE RAFAEL AL PASAR DEL TIEMPO, CADA VEZ ERAN MÁS FRECUENTES...

NO COMPRENDO CÓMO HAS PODIDO VOLVER. EUROPA DEBE SER MARAVILLOSA.

CIERTO, PERO ÉSTA ES MI TIERRA. CREO QUE EN ESTOS MOMENTOS SOY MÁS ÚTIL AQUÍ QUE ALLÁ.

¡QUE FOME ES LA JUVENTUD DE HOY DÍA! SE LO PASAN NADA MÁS QUE CONVERSANDO APROVECHEN DE SALIR, DE DIVERTIRSE!

¡BUENA IDEA! ESTÁN DANDO UNA PELÍCULA MUY BUENA. ¡VAMOS LOS TRES!

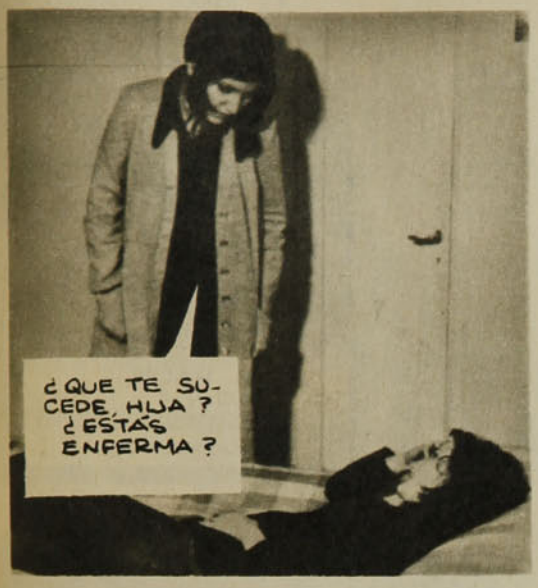
NO, VAYAN USTEDES DOS NO MÁS. NO SE PREOCUPEN POR MI... Y QUE SE DIVIERTAN.

CON EL ESTÍMULO DE DOÑA BERTA, EUGENIA Y RAFAEL COMENZARON A SALIR A TODAS PARTES JUNTOS. LA CRECIENTE ATRACCIÓN QUE SENTÍAN EL UNO HACIA EL OTRO SE FUE HACIENDO MÁS SÓLIDA HASTA QUE...

¡TE QUIERO!

¡YO TAMBIÉN, MI AMOR!

PASARON ALGUNOS MESES, HASTA QUE CIERTO DIÁ...





AL DIÁ SIGUIENTE...





DE ESA MANERA, DOÑA BERTA Y RAFAEL CONVERSARON LARGAMENTE A SOLAS...





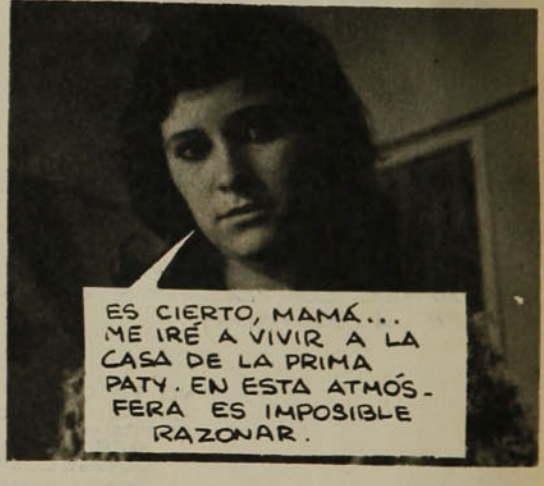














PASÓ ALGUN TIEMPO Y EUGENIA ENCONTRÓ TRABAJO EN UNA PELUQUERÍA. EN POCOS MESES MÁS IBA A SER MADRE...

UN DIA, AL SALIR DE LA PELUQUERIA DONDE TRABAJABA...











EN UN MUNDO IRREAL

• • •

Toda la libertad de mi vida de pronto fue para mí una prisión de pesadilla.

• *No hubo entierro*

Así lo quiso Alejandro. Dio su cuerpo al hospital.

Me recordó eso mientras yacía en la cama de hospital, con su cuerpo tan débil con la perdida batalla de la neumonía que apenas podía hablar.

—Al menos no tendrás que gastar en entierro, guagua. Y nadie se sentirá obligado a acompañar mis restos al cementerio.

Sus hermosos ojos dorados me miraron y me asusté de su aspecto. Su rostro con barba y con una cicatriz en una mejilla estaba afiebrado. Yo le había echado atrás su pelo largo para refrescarlo.

Alejandro tenía una idea muy enraizada en cuanto a las relaciones forzadas. Yo sabía que ese era el resultado del accidente que dejó cicatrices en su cara y en su cuerpo y su mano derecha casi inútil. Por su aspecto físico no deseó nunca atarse a nadie.

Por eso no se casó conmigo. Insistió que el matrimonio lo malograría todo. Antes de aceptar que me fuera a vivir con él dejó bien en claro sus puntos de vista.

—Nada de amarrarnos con un pedazo de papel. Quiero que seas libre de dejarme en cualquier momento, guagua. De ese modo te quedarás conmigo sólo mientras lo desees.

El arreglo me pareció bien. Había tenido antes bastantes reglas, cosas que me vi forzada a hacer, como ser encantadora con gente que me importaba un comino. Ansiaba mi libertad y también quería compañía.

Las enfermeras y los médicos del hospital sabían que Alejandro estudió durante un año medicina, y aprobaban su deseo de donar su cuerpo. Tal vez por eso mismo jamás limitaron mis visitas. A Alejandro le gustaba la idea de que su cuerpo fuera más útil muerto que lo que fue vivo. Sabía exactamente qué partes de él serían útiles: las córneas de sus ojos para una persona ciega, su piel para trasplantes, incluso sus huesos y arterias. Podía ir al banco médico y salvar vidas humanas.

Yo dejé mi empleo para poder estar con él todos los días. Alejandro sabía que no viviría. Su cuerpo estaba debilitado por años de uso de drogas, desde que las usó para matar el dolor que experimentó con su accidente.

Una de las enfermeras me telefoneó a mi pensión cuando Alejandro empeoró y corrí a la calle sin siquiera cambiarme de ropa. A pesar de mi falta de dinero, tomé un taxi. Pero llegué tarde. Había muerto y con él algo hermoso murió también en mí.

Tomé un bus de vuelta a mi barrio, demasiado atontada y dolorida como para llorar. No me sentía capaz de volver a mi pensión donde pasamos con Alejandro tantas horas maravillosas escuchando discos, discutiendo cosas realmente importantes de la vida y haciéndonos el amor.

Me bajé en el restaurante favorito de Alejandro. Aún rodeada por rostros familiares me sentía muy sola. La atmósfera estaba pesada de ese humo que antes me tentó tanto, pero le había prometido a Alejandro no volver a fumar marihuana hasta que naciera nuestra guagua. Y tal vez tampoco entonces lo haría, había abusado demasiado con mi físico.

Me acerqué a la mesa donde estaba Alfredo. Estaba sentado solo, con su rostro con barba inclinado y su largo pelo rojo sujeto con un cintillo indio. Me habló por sobre el ruido y el humo:

—Muerto, supongo.

No confiando en mi voz, asentí con la cabeza. Me senté en un banco frente a él. Yo tenía sólo veintidós años y la vida destrozada. Jamás podría volver a unir sus retazos. Y sin embargo debía seguir adelante. Desde hacía tres meses una vida nueva crecía dentro de mí.

Traté de hacer planes. Tenía que buscar de inmediato otro empleo. No tenía dinero y lo que sacaría vendiendo la ropa de Alejandro sería muy poco, puesto que ansiaba conservar sus discos y sus libros. El arriendo de mi pieza estaba pagado



hasta el final de la semana y me quedaban algunos tarros de alimentos. Nunca quisimos tener posesiones. Según Alejandro, no había que apegarse a las cosas materiales, sino que preocuparse de las verdaderamente importantes.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Alfredo.

—Tengo que pensar.

Sentí una mano en mi hombro y levanté la cabeza y vi a Miriam, una mujer de casi treinta años. Se veía desaseada y de aspecto desagradable.

—¿Cómo está mi chico, Leonor? —dijo arrastrando las palabras.

—Muerto —contestó Alfredo por mí.

Esquivé su mano. Alejandro no era el chico de nadie, era mío. Y me costó meses penetrar la muralla con que se protegía.

Miriam hizo un gesto y se alejó. Me distendí. No quería olvidar a Alejandro, entrar a un mundo donde se ven cosas hermosas que no existen. Debía alejarme de ese ambiente. Había demasiada tentación entre esa gente.

Era un grupo extraño y entre ellos me sentí una afuerina ahora que Alejandro había desaparecido. Podían ser suaves y tiernos, pero si veían a alguien desamparado no titubeaban en robarle.

—¿Por qué no te vas a tu casa? —preguntó Alfredo.

—No puedo. —Curioso, pero últimamente había pensado a menudo en mi hogar. A veces sentía la misma necesidad que la de drogas, de ver a mi madre y comer sus exquisitas comidas preparadas en su enorme cocina.

—¿Por qué no puedes volver a tu casa? ¿Olvidaste la dirección? —Alfredo sonrió y sus dientes brillaron albos contra lo rojo de su barba.

Moví la cabeza.

—Fui a casa hace un año y medio. Me dejé convencer por mi mamá, luego que ella y mi padre



De pronto sentí un vacío sabiendo lo que descubriría al encender la luz.

Mi inquietud se agigantaba mientras esperaba en vano oír pasos al otro lado de la puerta.

vinieron a buscarme. Pero luego de algunos días no pude soportarlo. Todos esos reglamentos y planes. Me moría de tedio.

Sólo lo pude soportar tres días. Cuando los telefoneé algunos meses después para decirles que estaba bien y viviendo con Alejandro, papá se puso tan furioso que casi no podía hablar. Me recordó que me había comprado ropa nueva, buscado un empleo para mí, y yo les había lanzado todo a la cara. Como insulto final me gritó que le había robado sus mejores libros.

Yo no lo tomé como robo. Necesitaba dinero y no creí lo notaran. Uno siempre puede sacar plata vendiendo libros y lo hice en una librería de libros usados.

Mis padres no volvieron a buscarme después de eso. Creo se dieron cuenta que no me convencerían. Sabían lo porfiada que fui toda mi vida, como siempre trataba de hacer las cosas según mi experiencia. Cuando era niña, recuerdo que encontraban encantador que fuera contumaz y decían que eso lo había heredado de mi abuelo.

● *Me marché de casa*

luego que corté con Miguel, mi cuasi novio. Creo lo hice para demostrarle que él no me hacía falta y que yo valoraba mucho mi libertad.

Conocí a Alejandro y me atrajo por su personalidad totalmente distinta a la de Miguel. Alejandro era inteligente pero rudo; Miguel era buen mozo y tonto.

Alejandro habría llegado a ser un médico tan bueno como su abuelo si no hubiera sufrido ese accidente.

Alfredo tocó mi brazo y por el brillo de sus ojos comprendí que ya había ingerido su cuota de drogas.

—El hogar es un sitio donde tienen que recibirte. Debes creer eso.

Quería hacerlo, pero no me convencía.

—No tienen por qué hacerlo. Soy mayor de edad.

—Ese es un tecnicismo legal, pero hay obligaciones morales.

—Me dieron una oportunidad y la rechacé. Dijeron que no merecía otra.

Alfredo levantó un dedo.

—Espera. Hay algo más. Es tu derecho de ser hija de ellos, pequeña.

Ansié creerle. Sabía que jamás volvería a ser completamente libre de nuevo, ni estaría completamente sola, puesto que esperaba una guagua. Pero recordaba cómo papá me colgó el fono, con un chasquido final: fue como cerrarme la puerta en la cara.

Alfredo se puso de pie e hizo una reverencia:

—¡Hola, Juan!

Juan el Bautista, como lo llamábamos, estaba junto a la mesa. Vestía su túnica larga, amarrada con un cordón en la cintura, y llevaba, como siempre, la Biblia en la mano. Me sonrió con sus ojos vidriosos.

—Léele a Leonor la parábola del hijo pródigo —pidió Alfredo.

Juan comenzó a leer con su voz profunda de predicador. Yo no escuchaba esa parábola desde el colegio y la encontré muy emocionante. Cuando Juan llegó a la parte en que el hijo pródigo se arrodilló y dijo: "Padre, he pecado contra el Cielo y no merezco ser llamado tu hijo; sólo te pido que me recibas como uno de tus sirvientes", se me llenaron los ojos de lágrimas.

Podía ver al padre con el rostro de papá, echando sus brazos al cuello de su hijo, besándolo, trayéndole ropas nuevas, haciendo matar un becerro y diciendo: "Comamos y estemos alegres porque mi hijo que estaba muerto vive de nuevo; estaba perdido y lo hemos hallado".

En mi anhelo visualicé a mamá y a papá abrazándome, a la oveja negra, a la hija pródiga de vuelta al hogar. Pero yo no me arrodillaba a pedir perdón. No me arrepentía por los años que

había pasado con Alejandro ni por la soledad del año anterior a ése. Había aprendido mucho de la realidad, de la gente, de mí misma.

Afuera hacía frío y un viento fuerte desordenaba mi pelo rubio y largo. Estaba empapada antes de llegar a mi pensión, donde había vivido con Alejandro.

Para mi gran sorpresa encontré abierta la puerta de mi pieza. Entonces recordé no haberla cerrado en mi prisa por llegar al hospital. De pronto sentí un vacío sabiendo lo que descubriría al encender la luz.

● *Los buitres*

habían estado allí. Todo lo de la pieza había desaparecido, excepto los muebles. El pequeño tocadiscos que tres meses antes lo compré de segunda mano a Alejandro para su vigésimo octavo cumpleaños, sus libros y sus discos se habían esfumado. En la cama no había sábanas, ni frazadas, ni almohada. La cortina que tapaba el pequeño ropero estaba desgarrada y no había nada en su interior. Débil de ira y de impotencia miré la repisa sobre la cocinilla: ni una olla, ni un tarro de conservas. Hasta el tarro de lata donde guardaba mi dinero ya no estaba.

Me senté en la destartalada silla donde tantas veces lo hice sobre las rodillas de Alejandro y lloré de angustia. Todo lo que poseía en el mundo era una billetera sin dinero y la roja vieja que usaba.

Como el hijo pródigo, estaba sin dinero y hambrienta. Como una predestinación ese robo me obligaba a dirigirme a mi hogar. No estaba segura que mis padres me quisieran de vuelta, como había asegurado Alfredo, pero tendrían que hacerlo. Volvió a mí la esperanza. Siempre tenía suerte para viajar a dedo, y si esta vez me resultaba estaría en mi casa dentro de unas cuatro horas. Me imaginaba desde ya acostada entre sábanas limpias entre las paredes de mi hogar.

Fui hasta el baño para todos, que estaba al final del pasillo, y me lavé la cara. Me peiné esperando verme lo suficientemente respetable como para hacer dedo. Luego de una larga mirada vacía a mi dormitorio, caminé hasta la calle principal e hice dedo.

Fui afortunada. Creo que la gente me tenía lástima al verme de pie bajo la lluvia. No era la medianoche cuando me subí a un camión que me llevó en el último tramo a mi hogar.

Me quedé dormida con el vaivén del camión. El chofer me despertó al llegar a mi pueblo.

—¿Dónde vive? ¡En una noche como ésta la iré a dejar hasta su casa!

Lo dirigí por las calles familiares, mientras crecía mi excitación al reconocer lo que creía perdido. Me dejó en la puerta de mi casa y le di las gracias. Luego que toqué el timbre de mi hogar en penumbras, pensé que antes debí telefonear a mi madre para prepararla. Sabía que ella me abriría la puerta, porque era la que tenía el sueño más liviano en toda mi familia. Papá y Laura no despertaban ni con las trompetas del Juicio Final.

De pronto me di cuenta que Laura tendría ya unos catorce años. Me pregunté cuánto sabría de lo que había sido mi vida durante los dos últimos años. La última vez que vine a casa, descubrí que mi madre le había contado que yo estaba visitando a la tía Enriqueta.

Tiritando toqué de nuevo el timbre. Mi inquietud se agigantaba mientras esperaba en vano oír pasos al otro lado de la puerta. ¿Qué si no me recibían? Entonces escuché un ruido y se encendió una luz y la voz suave de mamá preguntó:

—¿Quién es?

¡Al fin! Respiré tranquila.

—Soy yo, Leonor.

Pude imaginar a mamá al otro lado de la puerta, pestañeando para espantar el sueño. ¿Qué estaría pensando? Me moví incómoda mientras crecía el silencio. Entonces me recordé a mí misma que al hijo pródigo siempre se le recibía con los brazos abiertos. Se le demostraba más cariño que al hijo obediente que había permanecido en la casa. Eso yo antes nunca lo encontré justo.

Con ambas manos me eché hacia atrás el pelo.

—Soy yo, Lenor —repetí—. ¿Me recuerdas?

Traté de sonreír, pero estaba rendida. Quería sentirme abrazada, aceptada sin reparos. Pero mi madre no me estiró los brazos. Parecía como en un trance. Al final dijo:

—Estás muy delgada.

Mi siempre buena madre. Siempre se preocupaba de que Laura y yo durmiéramos bien, comiéramos lo necesario y no tuviéramos frío.

Permanecí donde estaba, ansiando entrar. "Debes recibirme", casi le grité. O hacerle una broma: "¿Puedo dormir en su cobertizo, señora?" Pero mi porfiado orgullo me mantuvo en silencio. No la rogaría.

Mamá sacudió la cabeza, como para despejarla.

—Se está enfriando la casa. Entra. —Se dio vuelta—. Te prepararé algo de comer. En seguida te acostarás. Pareces muy cansada.

Sentí que debía sacarme mis zapatos embarrados y dejarlos en el hall para no ensuciar mi hogar. Pero me limité a limpiarlos en la pequeña alfombra y entrar, aspirando el olor a cera de los pisos y de los muebles, de la ropa limpia. Era un ambiente tan distinto al pestilente de mi casa de pensión.

—Si quieres lavarte . . —mamá hizo un gesto hacia el cuarto de baño.

—¿Puedo darme una ducha? —Me sentí débil ante la idea de jabonarme y dejar que el agua caliente desentumeciera mi cuerpo. ¡De estar limpia de nuevo, realmente limpia!

—Hay una bata colgada detrás de la puerta. —Mamá caminó hacia la cocina.

● *No sé cuánto rato*

me quedé bajo la ducha, jabonando mi enflaquecido cuerpo una y otra vez, restregando mi pelo hasta dolerme el cuero cabelludo. La sábana de baño la sentí como de terciopelo contra mi piel y la bata fue suave sobre mi carne. Si mamá había conservado mi ropa podría usarla al día siguiente para ir en busca de un empleo.

Mientras me dirigía a la cocina, el olor que

venía de ella llenó mi boca de saliva. Mamá estaba junto a la cocina con un delantal floreado sobre su vestido de casa. Estaba preparando una paila de jamón con huevos.

Me sentía vacía de hambre. Me acerqué a la cocina olfateando aprobadoramente, ansiando abrazar a mi madre de gratitud. Pero era ella quien debía hacer el primer gesto de cariño. Me senté ante la pequeña mesa mirándola cocinar.

Se veía más gorda y tenía doble barba, lo noté con sorpresa. Mamá que siempre fue tan cuidadosa con su peso. Uno come mucho cuando es desgraciada... Su pelo negro tenía hilos de plata. Se veía envejecida tal vez por la falta de maquillaje.

—¿Cómo están papá y Laura?

Antes esa puerta marcada "familia" la había tenido cerrada dentro de mi mente. Ahora ansiaba abrirla, saber las cosas que de ella desconocía.

—Están bien.

Mamá sirvió el jamón con huevo en un plato. Lo comí con delicia acompañado por un pan crujiente con mantequilla. ¡Y de postre torta de limón! Casi se la arrebaté cuando la puso ante mí.

—Mucho mejor de lo que se consigue en los tarros de basuras de los restaurantes —dije comiendo con fruición—. Muchas veces, cuando estaba sin dinero, tenía que hacer eso. Todo el grupo lo hacía.

—¡Santo cielo! —la voz de mamá sonó escandalizada al imaginarme hurgando en los tarros basureros en busca de comida. Entonces pensé que muchas cosas que yo había efectuado tendrían que parecerle a ella increíbles.

Mamá se sentó frente a mí con una taza de café. Sabía que mis modales debían parecerle terribles, pero estaba demasiado ocupada comiendo como para corregirlos.

Finalmente comprendí que no me cabía ni un bocado más y me eché atrás en la silla apretando mi estómago con una mano. Qué extraña sensación era sentirme repleta. "Come, pequeñita", dije en silencio. Entonces recordé que mamá aún no sabía lo de la guagua.

Mi madre ansiaba hacerme preguntas, eso lo sabía, pero era lo bastante inteligente como para mantenerse en silencio, sabiendo que yo era porfiada si alguien trataba de hacerme decir lo que yo no quería. Pensé en lo mucho más fácil que era Laura, mucho más espontánea. Pero yo me había ganado el respeto de la gente, justamente por ser distinta.

El silencio se hizo incómodo. Pero yo no podía preguntar: "¿Puedo quedarme?" Quería que eso lo dijera mamá. Las ramas de los árboles parecían esqueletos, mecidas por el viento. De pronto dije:

—Alejandro murió.

Mamá lanzó un suspiro, pero no hizo comentarios.

Recordé el odio de sus ojos y el de papá cuando me encontraron en ese restaurante con Alejandro. Era de pensar que él era el responsable de mi alejamiento del hogar. Todo el mundo quería encontrar una razón para su mala suerte, culpar a alguien. Algunos de mis amigos hippies jugaban siempre el mismo juego, al culpar a sus padres de haber arruinado sus vidas. Yo jamás hice eso. Ellos tenían derecho a tener reglamentos en su casa, al igual que yo tenía derecho a no acatarlos.

Mi lealtad hacia Alejandro me hizo defenderlo.

—No me arrepiento ni de un minuto que pasamos juntos. El fue siempre un hombre muy especial. Y yo lo amaba.

Sabía que lo más sabio sería arrodillarme ante

EN UN MUNDO IRREAL

mamá, y especialmente ante papá, como el hijo pródigo, y solicitar su perdón a pesar de no sentir yo que había pecado. Pero no podía hacer eso. No habría sido honesto. Sin embargo, ellos necesitaban saber por qué había vuelto a casa.

Mamá siguió revolviendo su café.

—Pude quedarme donde estaba —insistí—. Pude comprarme ropa, buscar un empleo, arrendar una pieza donde dormir.

—Jamás escribiste —dijo sin mirarme—. Pudiste telefonearme. En todo un año no hemos sabido nada de ti. No sabes cuántas noches he yacido despierta, preguntando si tendrías hambre, o estabas enferma, o muerta. Cada vez que sonaba el teléfono, rezaba porque fueras tú.

—Ahora estoy aquí. —De pronto no pude seguir esperando—. Y me gustaría quedarme por un tiempo.

No me contestó de inmediato. Me helé de pánico. ¿Qué si me decía no? Tendría que devolverme a donde había venido. Pero ella no podía negarse a recibirme.

—No llevamos una vida muy emocionante. Te aburrirías, tal como te aburriste esa vez. Y tenemos nuestras normas. —Pasó por mi lado y se paró ante la ventana.

—Ya he tenido bastante emociones como para el resto de mi vida. —Lo dije con sinceridad—. He dejado las drogas.

—¿Por qué no conversamos mañana? Luego que duermas bien esta noche.

—Lo tengo que saber ahora —insistí casi frenética—. Inmediatamente.

Me sonrió con pena.

—No has cambiado. Desde niña has necesitado hacer todo inmediatamente. Pero yo no puedo decidir sola. Debe opinar tu padre y también Laura. No sospechas por el infierno que hemos pasado. Tan preocupados hemos estado por ti que peleábamos por cualquier cosa. Hemos tratado de culparnos los unos a los otros, hemos gritoneado a Laura, oh, ha sido una pesadilla. A veces he creído que tu padre no podría soportarlo. Y aún no sé si cometimos algún error contigo.

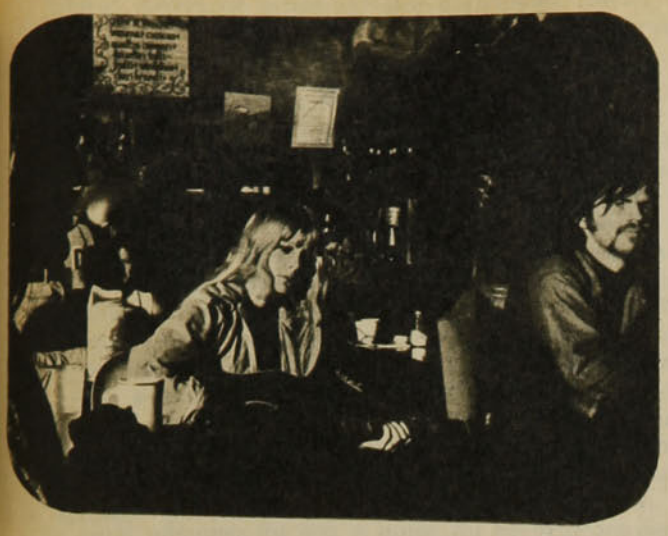
Sacudí la cabeza. Todo eso había terminado, quería olvidarlo.

—Debo preguntarle a tu padre. —Caminó hasta la puerta y entonces decidí hablar.

—Mamá, hay otra cosa que debes saber...

Se puso tensa y supe que algo en mi voz la había alertado.

—Voy a tener una guagua de Alejandro. Dentro de seis meses.



Se afirmó contra la puerta, con los ojos cerrados, la cara crispada. Tal vez no debí decírselo, pensé miedosa ante su reacción. Podía no dejarme quedar. Volvería a donde había vivido y volvería a las drogas. Debía proteger a mi guagua.

Miré el rostro de mamá, era obvio que les temía a las habladurías.

—No siento vergüenza —insistí con porfía—. Amaba a Alejandro.

—Déjame acostumbrarme a la idea —rogó en voz baja—. Debo pensar lo que es mejor para tu padre y para Laura.

¿Y qué de mí? Todos éramos de la misma sangre y carne. Tal vez debí dejar que descubriera mi secreto por sí misma. Pero eso no habría sido honesto.

—¿Se casaron? —Las palabras salieron con dificultad de sus labios y comprendí que tenía esperanzas que hubiera sido así.

—Eramos tan felices como si nos hubiéramos casado. Vivíamos juntos, nos amábamos. Y quiero conservar mi guagua. Nada de abortos.

—Podemos decir que se casaron.

—No quiero mentir.

—Lo hablaremos con tu padre.

La vi transformarse en una anciana, combarse sus hombros. Sentí realmente pena por ella, tan llena de preocupaciones por la otra gente que parecía no interesarse por mí.

● *Un ruido de voces*

me hizo salir al hall. ¿Qué haría si papá decía no? Provenían de la puerta cerrada del dormitorio de mis padres.

—¿Por qué no le cerraste la puerta en la cara? Eso fue lo que hizo ella con nosotros durante dos años.

—No pude. Está muy delgada y extenuada. Y es nuestra hija.

—Yo corté todo lazo con ella desde que se mandó cambiar.

—Darío, ella nos necesita, si no no habría vuelto al hogar.

Me afirmé contra la pared, escuchando la helada voz de mi padre.

—No me digas que no puedo rechazarla. La trajimos de vuelta una vez, y ¿qué nos hizo? Nos robó... a nosotros, sus propios padres. Y ahora, cuando recién comenzamos a ser..., bueno, no felices, pero al menos no tan desdichados, ella decide volver.

—¿Pero dónde irá si tú la rechazas?

—Debió pensar eso antes de irse la última vez. ¿Quieres volver a pasar de nuevo por toda la pesadilla? ¿Preocuparte dónde estará cuando sale de casa? ¿Y cuando está preocuparte de que no ingiera drogas?

El estómago se me hizo un nudo. Oí entonces abrirse una puerta tras de mí, la de mi antiguo dormitorio. Me di vuelta y vi a Laura, con los ojos muy abiertos y su pelo negro despeinado. Estaba esbelta, alta y bonita. Ni siquiera su pijama de franela podía ocultar sus curvas armoniosas. Me miró adormilada y luego exclamó:

—¡Loret! —Me lanzó los brazos al cuello. La abracé con ternura. Se me nublaron los ojos de lágrimas cuando me preguntó—: ¿Te quedarás aquí para siempre?

Papá contestó por mí, a mis espaldas, pronunciando una por una sus palabras.

—Todavía no lo sabe, hijita. Hablaremos de eso mañana. Ahora, anda a acostarte.

Me volví a mirarlo mientras Laura bajaba sus brazos. Se veía aún buen mozo y sus ojos fueron duros al mirarme. Su pelo también tenía hebras de plata. Deseé abrazarlo y disipar los odios, pero habría sido como abrazar a una piedra.

—Conversaremos mañana —dije a Laura, acariciando su hombro.

Sus ojos brillaron, curiosos.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no me escribiste?

Papá pasó junto a mí, cogió a Laura de los hombros y la llevó hasta la puerta de su pieza.

—A acostarse, jovencita —ordenó.

—Está bien. Pero no duermas hasta muy tarde, Loreto. Me muero porque me cuentes qué has hecho.

Papá cerró la puerta y me llevó a su dormitorio, cuya puerta también cerró.

—¿Cuánto sabe ella? —pregunté incómoda.

—Piensa que estabas trabajando allá para economizar dinero y entrar a la universidad —dijo mi madre con voz baja—. No sabes lo que hemos tenido que luchar con ella para que no tomara un bus para ir a verte. Pasaba preguntando tu dirección, lloraba porque no telefoneabas ni le mandabas una tarjeta para su cumpleaños. Y veía lo desdichado que éramos.

—¡Supieras cuántas mentiras tuvimos que decirle! —lanzó papá.

Estuve tentada de hacer el papel de la hija pródiga, caer de rodillas y simular arrepentimiento. Si humildemente pedía perdón y reconocía mis errores, papá podía conmoverse. Tenía un corazón tierno tras una fachada dura. Pero tenía demasiado orgullo y sería desleal a Alejandro al negarlo, al reconocer vergüenza por nuestro amor. Había estado frente a frente con el peligro, el demonio y la perversión y había sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a todo eso.

Miré a mamá.

—¿Hay algo de mi ropa vieja? Me vestiré y me iré inmediatamente. No quiero producir más trastornos.

Rogué porque tratara de disuadirme, pues me sentía rendida, y que papá se acostumbrara a la idea de tenerme en casa, aceptara darme otra oportunidad.

—Es mejor que ahora nos acostemos —contestó mi madre—. Mañana conversaremos. Vamos, Loreto.

La seguí hasta el dormitorio que antes era de Laura. Al llegar hizo un gesto hacia el closet.

—Todo está allí. Los pijamas en el cajón de

arriba. La cama está hecha. —Me dio un golpecito en un hombro—. Debes estar cansada. Trata de dormir. Ya solucionaremos este asunto.

Ansié abrazarla, pero no podía dejar traslucir mis deseos de quedarme. Luego que se marchó oí a papá gritar de nuevo:

—Por Dios, ¿es que no hemos sufrido lo suficiente? ¿O es que quiere seguir haciéndonos sufrir?

Me senté a la orilla de la cama, temblando. ¿Qué les había hecho a mis padres? Ellos jamás discutían de nada serio fuera de qué película irían a ver. Por primera vez visualicé lo humillados que se sentirían cuando fueron a buscarme a ese restaurante, soportando las risas y las burlas de nuestros amigos de pelo largo.

Jamás imaginé que habían sufrido y peleado por mí. Ni pensé en las mentiras que tuvieron que decir a los amigos y parientes, tan interesada estaba yo en hacer mi propia vida y vivir mi amor. En realidad nadie me importaba, excepto Alejandro.

Me tendí en la cama y escondí mi cara entre los brazos. Habría sido mucho más fácil no haberle confesado la verdad. Al parecer no había aprendido todo lo malo en mi vida pasada.

—¿Qué haré, Alejandro? —susurré contra la almohada. Y me pareció oír su contestación:

—Eres fuerte, guagua. Sabrás salir adelante.

Sentí una mano sobre mi hombro y me asusté. Era Laura con un dedo sobre sus labios.

—¿Vivías en una comunidad hippie? —susurró sentándose a la orilla de la cama. Sus ojos oscuros brillaban de curiosidad y tal vez de envidia.

—¡No seas tonta! ¿De dónde sacaste esa idea?

La miré, tan inocente, tan desconocedora de cualquier vida que no fuera la suya, simple. Era obvio que sospechaba algo. Si había la más mínima idea de que yo pudiera influenciarla a que escapara, que se tentara con la emoción y la libertad de estar fuera de casa... Pero tampoco podía contarle que yo había sido de las afortunadas. Muchas otras no salieron de eso. Algunos murieron, y fueron a la cárcel y padecieron mucho. También algunos enloquecieron y terminaron en instituciones para enfermos mentales. Ninguno de nosotros podía estar seguro si no estaba destruida su mente o su cuerpo. O, peor que eso, los genes. Si Alejandro no hubiera estado tan débil por las drogas, tal vez estaría aún vivo.

—Papá se pondrá furioso contigo —dije a Laura—. Vuelve a tu cama. Mañana conversaremos.

Se levantó sin ganas.

—Está bien. Pero prométeme que mañana me lo contarás todo.

Asentí levantando solemnemente mi mano. Salió en puntillas de la pieza.

● *Supe lo que*

tenía que hacer. Si me quedaba, Laura finalmente sabría la verdad. Y debía irme por el bien de ella y de mis padres.

Miré lo que había dentro del closet. Encontré una maleta azul de lona con cierre relámpago y unas botas de lluvia. También estaba colgado mi viejo abrigo café. Y había unos zapatos en el suelo. Llené la maleta con ropa: blusas, faldas y ropa interior. Me puse un par de pantalones de lana rojos y una boina azul. Todas las lanas olían a naftalina. Incluso encontré una billetera que yo había bordado con mis iniciales en el colegio. Y dentro había un billete de cincuenta escudos: era rica.

Arranqué una página a un cuaderno del colegio que encontré en un cajón y con un pequeño lápiz escribí: "Querido papá y mamá..."

Mordisqueé el lápiz mientras hacía planes. Tomaría un bus hasta donde me llegara el dinero y dormiría en él. Compraría un diario para ver si encontraba un empleo. En cuanto tuviera donde vivir le mandaría mi dirección a mamá. Y estaría siempre en contacto con ella para que no se preocupara por mí. Laura no tenía para qué saber lo de la guagua. Escribí rápidamente:

"Querido papá y mamá:

Ahora sé que es pedirles demasiado. Creo que realmente he madurado durante esta noche. Nunca pensé cómo había sido todo para ustedes. Creo me habrían dejado quedarme, pero ya han hecho demasiado por mí. Es mejor que siga mi camino, soy una chica fuerte. No se preocupen por mí. Los telefonearé dentro de algunos días. No volveré a donde estaba. Los quiero mucho, por eso me voy.

Loreto

P.D.: Me llevo algunas cosas del refrigerador. Sé que no les importará que haga eso".

Deslicé la nota bajo la puerta de su dormitorio, cogí la maleta y la vieja cartera y caminé a la cocina. Del refrigerador saqué tres manzanas y un pedazo de queso.

Bueno, las cosas no habían resultado como las planeé. Desde hace tres meses vivo en una pequeña ciudad y trabajo cuidando las hijas de un médico que no le importa que yo vaya a ser madre soltera dentro de poco. Me tratan casi como de la familia y soy feliz. En resumen, estoy rehaciendo mi vida porque quiero recibir a mi guagua en un mundo normal. Y eso me ha costado, puesto que es lo único que no me enseñó mi experiencia en mi existencia anterior.

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 2 AL 8 DE NOVIEMBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
café.
Número
3.

TU CORAZON
El amor tiene por cierto una gran importancia en la vida del hombre, pero piensa que no es su única meta. Reflexiona.

TU TRABAJO
Las cosas se presentan favorables por lo que llegó el momento de poner en práctica ese plan. Cuidado en la elección de tus colaboradores.

TU SALUD
Nervios algo alterados que pueden llegar a ser una amenaza para tu salud si no son atendidos a tiempo.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
lunes.
Color
naranja.
Número
2.

TU CORAZON
Sería conveniente que te mostraras más paciente y afectuosa con tus parientes, especialmente si son de edad avanzada.

TU TRABAJO
Si tienes en mente realizar un trabajo de tipo manual no vaciles en hacerlo, pues te encuentras en excelentes condiciones para que resulte.

TU SALUD
Disminuye o elimina de tu régimen las sustancias irritantes como especias, café, alcohol, y si fumas mucho, reduce el número de cigarrillos.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
gris.
Número
6.

TU CORAZON
Hay algo que falta en tu vida sentimental, y es la sinceridad contigo misma. Deja de correr tras fantasías y pon los pies en la tierra.

TU TRABAJO
El ritmo de trabajo tiende a disminuir. Aprovecha el tiempo disponible en alguna distracción de tipo intelectual que te llene esas horas.

TU SALUD
Trastornos digestivos pueden producirte serias molestias. Trata de comer más lentamente y a horas más regulares.



CANCER
(22 Junio a 22 julio)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
morado.
Número
9.

TU CORAZON
Elige con cuidado las personas que frecuentas. No olvides que una mala reputación puede perjudicarte en todo sentido.

TU TRABAJO
Establece contactos útiles e incrementa conexiones en nuevos campos. Tu futuro puede depender de ello.

TU SALUD
Cuídate, es algo que nadie puede hacer por ti. Tu salud inestable no es más que la consecuencia de tus negligencias.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
rosado.
Número
6.

TU CORAZON
En familia se creará un clima de tensión a causa de un malentendido. Alguien deberá ceder dominando su carácter.

TU TRABAJO
Semana tranquila y de poca actividad. Los días serán rutinarios y hasta posiblemente tediosos. Proyecta tu futuro.

TU SALUD
Tus defensas son buenas, pero no debes abusar. Evita todo exceso y procúrate el descanso que tu organismo requiere.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
celeste.
Número
1.

TU CORAZON
Te sorprenderás al verte totalmente dispuesta a enfrentar un nuevo rumbo en tu vida sentimental. Todo estará a tu favor.

TU TRABAJO
Desde este momento tu trabajo puede empezar a ser una fuente de satisfacciones tanto económicas como profesionales.

TU SALUD
No alientes falsos temores. Todos tus malestares son debidos a los cambios de temperatura entre el día y la noche.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
sábado.
Color
blanco.
Número
6.

TU CORAZON
Tus asuntos sentimentales marginados a veces por indecisión, tienden a actualizarse. Si te sientes segura no vaciles en actuar.

TU TRABAJO
Aunque no estes totalmente de acuerdo con las actitudes de tus compañeros, ten prudencia. No te eches encima a enemigos.

TU SALUD
Alterna trabajo con descanso y evita caer en el error de exigir a tu organismo más de lo que puede rendir.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
viernes.
Color
negro.
Número
3.

TU CORAZON
Una prueba de cariño puede contribuir en parte a disipar tus dudas y a darte una luz definitiva sobre el camino a seguir.

TU TRABAJO
Tu perseverancia unida a tu espíritu creador te llevarán por el camino del éxito. No desprecies esas cualidades.

TU SALUD
Tus problemas económicos o familiares no deben afectar tu salud. Aprende a considerarlos como inconvenientes secundarios.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ **TU SUERTE:**
Día
martes.
Color
rojo.
Número
4.

TU CORAZON
Te sentirás especialmente alegre y optimista después de superar un período de ciertas tensiones. Clima de total armonía en familia.

TU TRABAJO
Mucha prudencia y diplomacia deberás emplear en estos días, tanto con tus superiores como con las personas que dependen de ti.

TU SALUD
Por razones de salud y estética deberás controlar en forma más estricta tu alimentación. No cedas a las tentaciones.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
domingo.
Color
azul.
Número
9.

TU CORAZON
Es posible que tus dudas no sean infundadas, sin embargo, debes asegurarte perfectamente antes de tomar cualquier decisión.

TU TRABAJO
No dejes ningún detalle a la suerte. Disciplina tu actividad y tus actuaciones evitando improvisar.

TU SALUD
Ahora que empiezan los calores no te excedas al tomar baños de sol. Piensa que el gran aliado de tu belleza y salud puede ser un enemigo.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ **TU SUERTE:**
Día
miércoles.
Color
amarillo.
Número
4.

TU CORAZON
Pon de tu parte menos orgullo y más afán conciliador; lo demás vendrá como consecuencia lógica. Sé más tolerante.

TU TRABAJO
Puede desilusionarte el resultado de un proyecto en el que habías puesto tal vez demasiadas esperanzas. No te desalientes.

TU SALUD
Tu organismo necesita más actividad para mantenerse en forma. Tu vida sedentaria te está transformando en una persona poco ágil.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ **TU SUERTE:**
Día
jueves.
Color
verde.
Número
6.

TU CORAZON
Descubrirás el sistema preciso para que esa persona que tanto te interesa te revele sus sentimientos reales.

TU TRABAJO
Pide consejo y consulta tu problema, pero en ningún momento permitas que te presionen. La decisión debe ser tuya.

TU SALUD
No olvides controlar el estado de tu dentadura, pues tiene mucha importancia, tanto para tu organismo como para tu belleza.

A MI TAMBIEN ME GUSTA LEER LA REVISTA

cabrochico

A TODO COLOR
sus historietas de acción... sus cuentos infantiles dibujados...
Y ME ENTRETENGO
recortando y pegando y por supuesto armando el rompecabezas
MI PAPA LEE
El suplemento dedicado a los adultos.



revista
cabrochico
Por fin una revista infantil que de verdad es para los niños.
aparece los viernes cada 15 días.
producida por quimantú
una Empresa de los trabajadores

confidencias

RECARGO POR FLETE 0,50.

Eº 5

N.º 1952



EL MAÑANA ES SOLO HOY

Contaba nuestros besos porque pronto esa cuenta sería cero.

quimantu

LA HISTORIA de FLOR DE ORO

SEGUNDA PARTE

EN agosto de 1945 una pequeña unidad del Octavo Ejército de Infantería penetró en la aldea donde vivía Flor de Oro. Permaneció allí sólo unas horas y después se marchó, anunciando que iban a luchar contra los japoneses. Un comisario del distrito se quedó en la aldea y convocó a una reunión. Anunciando que representaba al gobierno del Octavo Ejército de Infantería, declaró:

—El pueblo y el Octavo Ejército pertenecen a una misma familia.

Flor de Oro, que escuchó estas palabras, se dijo: "Eso es imposible. Si ellos no son siquiera de nuestra aldea, ¿cómo pueden ser de nuestra familia?"

Poco después, el comisario reunió a todas las mujeres de la aldea y les pidió que organizaran una Asociación de Mujeres. Declaró que cada mujer tenía derecho de igualdad con el hombre y les rogó a aquellas que más habían sufrido que se reunieran secretamente con él. Las palabras del comisario entusiasmaron a Flor de Oro y le dieron mucho que pensar, pero no se atrevió a ir a la reunión secreta; además, no creía que fuese a resultar nada bueno de todo aquello.

—Alguien ha dicho que el Octavo Ejército ha venido a liberarnos —señaló a su cuñada—. Pero mira: los japoneses han sido rechazados y, sin embargo, las muchachas de esta aldea, como nosotras, todavía sufrimos. Creo que eso de que ayudarán a las mujeres no pasa de ser un rumor.

El comisario se marchó poco después sin que nada hubiese sucedido y Flor de Oro estimó que sus sospechas estaban completamente confirmadas. Se había formado una Asociación de Mujeres, ciertamente, pero nada había sucedido. "De modo que es eso todo lo que puede hacer por nosotras el Octavo Ejército —se dijo—. Poca cosa"...

Se sorprendió cuando una de sus amigas, una joven llamada Jade Negro, a la que habían elegido presidenta de la Asociación de Mujeres de la localidad, vino a visitarla secretamente. Como eran antiguas amigas, pudieron hablarse con entera franqueza.

—Tenemos que liberarnos de la dominación de los hombres —le dijo Jade Negro—. Pero como no podemos hacerlo individualmente, debemos permanecer juntas y liberarnos como una unidad.

Flor de Oro se mostró escéptica.

—Eso está bien para ti —contestó—. Ahora eres la jefa y estás protegida por el gobierno, pero ¿y yo?, ¿quién me protegerá a mí?

—Escucha —dijo Jade Negro—. Cuéntame la verdad sobre tus sufrimientos. Yo no te traicionaré.

Flor de Oro permaneció silenciosa.

—Abre los ojos, Flor de Oro —insistió su amiga—. Este es nuestro día. Significa el fin de nuestros padecimientos. El principio de nuestras esperanzas.

Estas palabras, por ser pronunciadas por una de sus propias amigas, encendieron una chispa en el espíritu de Flor de Oro.

—¡Ah, si fuese cierto, sería maravilloso! —exclamó—. Entonces sí que el Octavo Ejército sería realmente nuestra familia.

Jade Negro regresó al cabo de algunos días, acompañada de otra joven llamada Taowa. Flor de Oro las interrogó con infinito cuidado, tratando de descubrir lo que podría ser aquella vida nuevamente prometida. Finalmente decidió que esas dos muchachas eran capaces de obtener igualdad para las mujeres de la aldea. Súbitamente decidió hablar, comunicándoles todo lo que había sufrido. Cuando hubo pronunciado las palabras tuvo que hacer uso de todo su autocontrol, porque el relatar en voz alta lo que había estado dando vueltas y vueltas en su cabeza durante tan largo tiempo, la emocionó de un modo que no había experimentado desde aquellos días en que conociera a Lipao. Se mordió los labios para contener las lágrimas y sollozos. Luego se alegró al oír a sus amigas prometerle que harían todo lo que pudieran por aliviar su vida tan triste. Al parecer habría algunas dificultades; ella no se mostró curiosa por saber y las dos muchachas le aconsejaron quedarse tranquila en su casa, esperando el desarrollo de los acontecimientos.

Pasados algunos días, cuatro mujeres vinieron a visitar al suegro de Flor de Oro.

—Nuestro Departamento de Investigación ha averiguado que usted trata mal a su nuera —le dijo Jade Negro.

El anciano abrió la boca y dejó caer la mandíbula, sin poder creer lo que oía. Recuperado de su asombro, exclamó, enojado:

—¡No se metan ustedes con mi familia! Puedo hacer con mi nuera lo que yo quiera.

Las cuatro mujeres parecieron en un primer momento perplejas, pero enseguida Jade Negro habló con firmeza:

—Lo estamos tratando cortésmente. Hacemos esto por su propio bien. Tratamos de conseguir que su familia viva unida y sea feliz.

El suegro de Flor de Oro saltó, enfurecido:

—¡Váyanse! ¡Salgan de mi casa! —gritó, señalando con un gesto la puerta.

Una de las muchachas se marchó y las otras se quedaron en silencio. Pronto volvió la que había salido, acompañada de quince mujeres más. Traían palos y cordeles. El viejo se asustó.

—¿Verdaderamente no quiere cambiar de idea? —preguntó Jade Negro.

El viejo alzó los puños.

—¡Jamás! ¡Afuera!

—¡Amárrenlo! —ordenó Jade Negro.

Sorprendieron al viejo con los brazos en alto y entre cuatro mujeres lo cogieron envolviéndolo como un pez dentro de una red, inmovilizando sus brazos con los cordeles. Flor de Oro lo observaba todo, asombrada. Aquel hombre que era el terror de su vida estaba siendo reducido con milagrosa fa-

VISTACION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS
- 8 NOV 1971
DEPOSITO LEGAL



cilidad. Pero cuando vio que se lo llevaban, experimentó un momentáneo temor.

—¡No he sufrido demasiado! gritó—. ¡No le hagan daño a mi querido padre!

Corrió tras la procesión, diciendo:

—¡Padre mío, no te preocupes!

Pero el anciano estaba terriblemente alarmado. Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, trataba de liberarse de los cordeles que lo ataban.

—¡No lastimen a mi padre! —gritaba Flor de Oro.

Pero en su interior, la sacudían las carcajadas.

La procesión dobló en una esquina y Flor de Oro se detuvo en medio de la calle. "Así es que esto es la felicidad", pensaba. Finalmente creyó en el Octavo Ejército.

EL suegro de Flor de Oro estuvo prisionero durante dos días en el edificio de la Asociación de Mujeres. El tercer día se celebró una asamblea con todas las mujeres de la aldea para decidir lo que harían con él. Grupos de mujeres avanzaban hacia el centro de la aldea. Nunca antes habían salido por las calles y Flor de Oro se dio cuenta con asombro de que había muchas a las que ni conocía, de tal manera las habían mantenido hasta entonces encerradas detrás de sus murallas. Jade Negro y Taowa fueron a buscarla a su casa llevándola al salón de asambleas de la Asociación de Mujeres.

Cuando llegaron, la reunión estaba en pleno apogeo. Había cuarenta o cincuenta mujeres amontonadas en la habitación y en las gradas de la escalera que bajaba al patio. En el centro habían colocado una mesa detrás de la cual un grupo pequeño de mujeres parecía dispuesto a dirigir la asamblea. Jade Negro se reunió con éstas y pidió a todas que guardaran silencio.

—Hermanas —dijo—, ahora hablará una mujer que es jefe del distrito y les ruego que guarden el orden.

Una mujer joven a quien Flor de Oro no había visto antes se levantó. Desde las primeras palabras que habló las hizo a todas caer bajo el encanto de su elocuencia. Habló del feudalismo en China, que hacía de las mujeres las esclavas del hombre. Habló de los intereses comunes de esposas y solteras, de la necesidad de luchar contra suegros y parientes políticos que oprimían a sus nueras, de la urgencia de luchar contra los padres que se oponían a la libertad del matrimonio. Habló de los objetivos que se proponía el Octavo Ejército y el Partido Comunista, los cuales estaban realizando una lucha contra la vieja sociedad, en pro de la libertad de las mujeres.

—Extendemos nuestras manos fraternales a las mujeres oprimidas y esperamos que nuestra lucha contra la dictadura de Chiang Kai-shek y los terratenientes encuentre aliadas leales entre las mujeres aldeanas...

Su voz sonaba a los oídos de Flor de Oro como una trompeta celestial.

—...en el frente, los trabajadores y los campesinos y nuestro ejército democrático están derramando su sangre combatiendo contra los soldados de Chiang Kai-shek, el cual está armado por los reaccionarios norteamericanos; y en la retaguardia, aquí, en las aldeas, debemos permanecer unidos y construir una nueva sociedad..., ¡y la construiremos! Cogidas de las manos debemos ir a combatir contra aquellos que nos han esclavizado durante dos mil años. ¡Y a cualquier hombre, marido o suegro, que se oponga, lo golpearemos hasta reducirlo y lo trataremos sin misericordia!

"Eso es, así es como tiene que ser", se decía a sí misma Flor de Oro una y otra vez, a medida que escuchaba a esta mujer que pare-

LA HISTORIA de FLOR DE ORO

cía hablar directamente a su corazón.

Cuando la jefa de distrito terminó de hablar, Jade Negro, como presidenta de la asamblea, se levantó. Lo que habló estaba sobrecargado de frases rudas y repetidas, porque nunca antes había pronunciado un discurso, pero las mujeres la escucharon con gran simpatía, porque era de su propia aldea y había sido una como ellas. Raramente alguna la interrumpía y cuando lo hacía, encontraba en el acto una viva respuesta.

De repente se interrumpió y Flor de Oro sintió que se debilitaba repentinamente cuando Jade Negro la miró directamente, hablando de una manera casi íntima.

—Ahora —decía—, ha llegado el momento de hablar del caso de nuestra querida hermana Flor de Oro. Sus sufrimientos son los de todas las mujeres. Si no la liberamos, no podremos liberarnos nosotras mismas...

—¡Es cierto! —gritó una voz en el centro del salón—. ¡Liberemos a Flor de Oro!

—¡Debemos castigar a ese anciano! —chilló otra voz al oído de Flor de Oro—. ¡Hay que pegarle! ¡Pegarle!

Las demás mujeres comenzaron a corear el grito. Jade Negro golpeó sobre la mesa con la mano empuñada y el bullicio terminó.

—Hermanas, nuestra asamblea tiene que llevarse sobre una base de seriedad para que no tengamos que avergonzarnos y podamos así obtener los buenos resultados que ansiamos. Hemos sido tratadas bastante injustamente por los hombres, pero nosotras no debemos caer en el mismo error. Debemos respetar nuestra Asociación de Mujeres para que los demás nos respeten también. Primero discutamos la manera en que trataremos al anciano, antes de decidir lo que haremos.

Finalmente decidieron traer al viejo. Jade Negro abrió la puerta e hicieron entrar al suegro de Flor de Oro. Venía con los brazos atados a sus costados y lo custodiaban dos mujeres. Estaba pálido y miraba en torno suyo parpadeando, con incertidumbre.

—¡Anciano! Sé sincero. Confiesa tu maltrato —le dijo Jade Negro y el resto de las concurrentes hicieron eco, gritando:

—¡Sé sincero, di la verdad!

—¡No hice nada! Si no me creen, pueden preguntarle a mi nuera.

Sus ojos miraron por encima de las cabezas cayendo sobre Flor de Oro con una mirada que expresaba su hostilidad, pareciendo decir: "¡Ten cuidado!"

Mirándolo desde lejos, Flor de Oro sintió un estremecimiento de aprensión. Todas las miradas estaban sobre ella. Con los puños sobre el pecho caminó en puntillas hasta el centro de la pieza. Pensando que tenía que ser entonces, o nunca, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, diciendo:

—¡Me casé con tu hijo y entré a tu familia..., sí! —le gritó en la cara—. Pero no hubo arroz para que yo comiera. Ni ropas de abrigo para mí en el invierno. ¿No es cierto? Recuerda lo mal que me trataste durante los últimos cinco años... ¿Has olvidado aquella ocasión en que mi madre estuvo enferma y me tuviste arrodillada en el patio durante medio día? Me has hecho sufrir en el pasado, pero nunca volveré a sufrir. Ahora ya no. ¡Tengo el apoyo de todas mis hermanas aquí presentes y cuento además con el Octavo Ejército!

Gritaba sus palabras y la cara del viejo se ponía alternadamente encendida y pálida.

—¿Tenías el derecho de tratarme de este modo? —gritó de nuevo Flor de Oro—. ¡Y hay todavía mucho más que podría decir! ¡Si quisiera hablar, todas estas mujeres te matarían a golpes!

Cuando dijo esto, una ola de agitación corrió por la asamblea y se alzó un grito como un rugido diciendo:

—¡Habla!

Cuando se amortiguó el rumor de las voces, una delgada voz de niña gritó:

—¡Abajo aquellos que maltratan a sus nueras! ¡Viva nuestra Asociación de Mujeres!

—¡Tú comías pan de trigo y me permitías comer sólo las migajas! —gritó Flor de Oro, excitada.

Y la multitud de mujeres se agitó, empujándose unas a otras. Flor de Oro sintió que la hacían bruscamente a un lado. Una muchacha gorda estaba junto a ella y las demás se agolparon a su alrededor.

—¡Escupamos en su cara! —gritó la muchacha gorda. Y enseguida escupió entre los ojos del viejo. Las demás hicieron lo mismo. El rumor de las voces se hacía más alto. El viejo estaba inmóvil, con la cara roja y la barba húmeda de salivazos. Le temblaban las rodillas y se veía tan desvalido e insignificante que las mujeres comenzaron a reír y el rugido se aquietó un tanto. Entonces Jade Negro, apartando a las demás, gritó:

—¿Estás dispuesto a reformarte y cambiar?

—Cambiaré.

La voz del viejo era de tono bajo y sumiso.

—¿No volverás a torturar a tu hija política?

—No.

—Todas las mujeres se unirán... —comenzó a canturrear la muchacha de la voz chillona.

—Se unirán... —corearon las demás.

—Para derribar a los reaccionarios... —siguió la primera de ellas.

—...a los reaccionarios... —coreó el grupo.

Ahora que el suegro de Flor de Oro había confesado sus "pecados", la asamblea llegaba a su fin. Pero antes, una de las mujeres se alzó entre todas y prometió:

—Si el anciano Chang vuelve otra vez a maltratar a su nuera, prometo traerlo de nuevo ante ustedes.

Cuando el suegro de Flor de Oro se retiró por fin, un grupo de mujeres jóvenes se reunió alrededor de ella y la felicitaron.

—Mi victoria la debo a ustedes —les dijo Flor de Oro—. Ahora sé lo poderosas que pueden ser ustedes. Y sé también que el Octavo Ejército ha hecho algo por mí.

Esa noche, cuando volvió a su casa, su suegro estaba tan avergonzado y humillado que no pudo levantar la cabeza.

—Este... movimiento... ¿fue obra tuya? —preguntó.

—No, no fue mi obra— respondió Flor de Oro cautelosamente.

—Sé que dices la verdad —aseguró el viejo—. Pero..., ¿cómo?...

—Hay en la aldea grupos de muchachas que están investigando el maltrato de las mujeres —prosiguió Flor de Oro—. Ellas lo saben todo.

Entonces el viejo la miró con asombro y temor. Flor de Oro sonrió misteriosamente como para sí misma.

AUNQUE había pasado tan corto tiempo, la Flor de Oro que previamente se había sometido a toda clase de malos tratos en casa de su marido, era una niña muy diferente después de la "reforma" de su suegro. Ya no mantenía la cabeza baja cuando le hablaban. Ya no reconocía como cosa natural que su suegro tuviera la razón en todo lo que hacía o decía, sino que discutía con él todo asunto que no le agradaba. Comía los mismos alimentos que el resto de la familia. Y cuando su suegro sacó de una caja una pieza de tela, se la tendió, diciéndole:

—Haz alguna ropa para ti.

Entonces comenzó a ocuparse de su apariencia con una vanidad nueva, desconocida. Y porque hasta entonces siempre la mantuvieron encerrada, aprovechó todas las oportunidades para salir a todas horas del día. Y caminaba erguida, su cabeza en alto, sin mirar a nadie.

Flor de Oro, que nunca había imaginado que pudieran existir tales libertades para las mujeres, tuvo el convencimiento de que para que todas las mujeres de la aldea pudiesen ser tan libres como ella misma, era preciso que la "lucha" contra la dominación del hombre se ganara completamente, garantizando la victoria. Por lo tanto, cuando fue elegida jefe de una división de diez mujeres, puso todo su celo en investigar suegros "malvados" y maridos "reaccionarios". Todos los trucos que había aprendido para evitar las iras de su marido le sirvieron ahora para ayudarla en su batalla contra los parientes opresores. Ella preguntaba a una mujer vieja:

—¿Te trata bien tu nuera? ¿Obedece todas tus órdenes?

—Ah, ya sabes lo mal que andan las cosas desde que llegó aquí el Octavo Ejército —respondía la mujer—. Mi nuera sale ahora cuando ella quiere. Tienes ojos, puedes verlo.

Fingiendo simpatía, Flor de Oro se despedía de la mujer. Después se ocultaba bajo una ventana, con todas las antenas de sus suspicacia extendidas para coger cualquiera palabra de una querella familiar. Después, habiendo obtenido su evidencia, caía con su grupo de diez mujeres sobre la suegra de marras y la arrastraban a una asamblea "reformadora".

EN el año 1947 la ofensiva de Chiang Kai-shek presionó con fuerza sobre China del Norte y Flor de Oro temió que el Octavo Ejército fuera derrotado y su recién adquirida libertad barrida de una estocada. Las exhortaciones del Partido Comunista para aumentar la producción agrícola llegó a sus oídos como un llamado de clarín. Comenzó a recorrer los campos, urgiendo a las mujeres para que salieran a trabajar.

—Ahora se ha producido el cambio y tenemos igualdad —les decía—. Esto significa que las mujeres podemos trabajar en el campo igual que los hombres y no necesitamos depender de ellos.

No todas las mujeres de la aldea parecían convencidas.

—Si trabajamos en los campos —decían—. ¿Quién cuidará de nuestras casas y hará el trabajo doméstico? ¿Significa acaso este cambio que trabajemos hasta matarnos?

—Eso es un error —les respondía Flor de Oro—. Si no trabajamos, los campos producirán poco y no habrá cereales para nuestros soldados en el frente de batalla. Entonces nos amenazará la muerte a manos del ejército de Chiang Kai-shek y perderemos todo lo que hemos ganado y nuevamente tendremos que depender de nuestros maridos y ser sus esclavas.

Las mujeres no encontraron que más decir contra tales argumentos.

Pero hubo otras consideraciones. Los maridos no querían que sus mujeres salieran a los campos. Flor de Oro fue a visitar a la más bella de la aldea, una joven mujer llamada Blanca Pureza, la cual aceptó ir a trabajar.

—Eres demasiado hermosa para trabajar en los campos —le dijo su esposo—. ¿Qué podrás hacer si alguno pretende robarte en medio de las plantaciones?

Blanca Pureza rió.

—Sí, soy bella —admitió—. Pero ¿significa esto que debo permanecer toda una vida encerrada como un canario en una jaula? No, ahora no es como en los viejos tiempos, vivimos en una sociedad nueva. Si alguno se atreve a atacarme en los campos, no tengo sino que llamar a la Asociación de Mujeres y lo matarán a golpes.

Su marido tuvo que consentir de malas ganas, pero cuando vio que sus ingresos aumentaban con el trabajo de su mujer, se mostró muy complacido. Una noche señaló a su esposa:

—Si alguna vez tengo que ausentarme del hogar, tú podrás alimentar a toda mi familia.

Blanca Pureza había estado esperando un comentario como ése.

—Sí —respondió—. Ahora puedo alimentar a nuestra familia de modo que puedes ir a unirte al Octavo Ejército. Eres joven y deberías avergonzarte de no estar luchando contra los reaccionarios.

Dándose cuenta de que había caído en una trampa, el marido se negó a ir. Blanca Pureza rehusó dormir a su lado y él amenazó con castigarla. Entonces Blanca Pureza lo amenazó a su vez con denunciarlo a la Asociación de Mujeres y luego añadió que se mataría si él no entraba en el ejército. Derrotado, el marido finalmente montó en un asno y partió a luchar contra Chiang Kai-shek.

TRABAJANDO entre las mujeres de la aldea, Flor de Oro descubrió nuevos significados en la vida. Lo que la complacía más que nada era ayudar a los jóvenes y muchachas a casarse libremente.

En la época de la cosecha, estaba ella vagando entre los jóvenes de la aldea, tratando de relacionarlos con las muchachas que conocía.

—¿Por qué no te buscas una muchacha a quien amar? —preguntaba a un joven campesino.

—Pero ¿dónde podría encontrar una? —respondía el joven.

—Yo te la encontraré —prometía Flor de Oro.

Y ella arreglaba los encuentros, en casas de amigas. Porque todavía era imposible que los jóvenes y las niñas se juntaran abiertamente, ante sus padres. Estas reuniones eran estiradas, formales y muy serias. En ellas tenían lugar conversaciones como ésta:

Joven: —¿Qué clase de novio te gustaría tener?

Niña: —Uno como tú.

Joven: —Tengo la sensación de que haríamos una buena pareja,



LA HISTORIA de FLOR DE ORO

pero ¿y tus padres? ¿Me aceptarían?

Niña: —Vivimos en una nueva sociedad. Los tiempos antiguos ya nunca volverán. Puedo amenazarlos con acudir a la Asociación de Mujeres. Si no aceptan, puedo fingir que quiero suicidarme. Pero ¿y tú?, ¿qué puedes hacer?

Joven: —Para mí es fácil. Si mi familia no acepta que me case libremente, los amenazaré con abandonar la casa.

Gradualmente, con tales métodos, combatiendo la tradición, burlándose de las costumbres del pasado y sin considerar la voluntad de los padres, la juventud de la aldea iba ganando nuevas libertades para ellos mismos. Sin embargo, los jóvenes y las muchachas liberados de las trabas del pasado descubrieron que no podían sacudirse de encima todo de una sola vez.

La libertad sexual era prácticamente desconocida. Un período de tres o cuatro meses durante los cuales las parejas se examinaban mutuamente con cuidado, precedía generalmente a todos los matrimonios. Durante este período los jóvenes no se hacían el amor; ni siquiera se besaban o acariciaban ni caminaban juntos por las calles. No existía nada de aquella libertad sexual ni ideas tremendamente desafiantes introducidas por la Revolución Rusa y luego desechadas.

Con la libertad de matrimonio, se introdujo en las aldeas un nuevo tipo de ceremonia nupcial. Ya no tenía que ir el padre de la novia donde el usurero para alquilar la clásica silla de manos que transportaría a la novia a su nuevo hogar; en lugar de esto enviaba a su hija a la aldea donde vivía su futuro marido, montada sobre un asno. Y como la vieja prohibición contra el matrimonio dentro de la aldea había sido anulada, muchas muchachas jamás la abandonaban, casándose con los jóvenes de la vecindad.

Tales bodas generalmente tenían lugar a campo abierto, bajo un cobertizo de junco y todos los que querían podían acudir. Vestidos con ropas de algodón y sombrero de paja con cintas de colores, el novio y la novia, en vez de postrarse arrodillados ante las tablillas ancestrales como en el pasado, solamente se hacían reverencias mutuas.

En los matrimonios más modernos, un maestro de ceremonias hacía un discurso en el cual declaraba: "Ahora, la señorita Wang se casa con el señor Chou". Después, el testigo de la boda anunciaba: "Este no es un contrato de compraventa. Es una boda democrática, deseada por ambos contrayentes y reconocida por el Gobierno".

El que había presentado a los novios, que no era un mediador pagado como antes, decía entonces de qué manera había hecho que se conocieran. Finalmente, todos los asistentes gritaban pidiendo a los novios que les relataran su historia de amor. Generalmente, la mayoría eran demasiado tímidos para decir nada, excepto: "Nos casamos por nuestra propia y libre voluntad".

Para terminar la ceremonia, el novio hacía una reverencia a los tres funcionarios del matrimonio y estrechaba la mano de su esposa. Las parejas nunca se besaban en público.

Flor de Oro observaba todos estos cambios en la aldea, con una sensación de triunfo. Pero su espíritu de exaltación producido por la victoria personal y un sentido de realización de servicio público no duró más que unos pocos meses. Porque ¿de qué servían todos sus esfuerzos si seguía atada aún a un hombre al que aborrecía? Mientras no arreglara definitivamente sus asuntos con su marido, ella no se sentiría realmente libre.

De repente, decidió inducirlo a regresar.

—oOo—

La primera vez que Flor de Oro tomó parte en la Asociación de Mujeres su suegro le dijo:

—No tengo cómo entendérmelas contigo, pero espera a que mi hijo regrese a casa. ¡Ya verás cómo te castiga!

En esa oportunidad, ella había respondido:

—¡No me importa! Tenemos nuestra poderosa Asociación de Mujeres y podemos combatir cualquiera clase de enemigos.

Pero ahora decidió poner a prueba esta teoría. Sin informar a su suegro fue donde un primo y le pidió que escribiera a su esposo una carta que ella le dictaría. Con infinita astucia, compuso una carta en los términos más dulces que conocía, terminando con las palabras: "Te estoy echando de menos. Mientras más pronto regreses, mejor".

Volvió a la granja y trabajó rudamente en los campos arando, sembrando, guiando la mula por la huella, dando gritos a la bestia, agachándose y levantándose a cada instante. Y todo el tiempo estaba vacilando, reflexionando, planeando. Si su marido no se conducía mejor, decidió, lucharía en su contra en una asamblea para que reformaran su carácter. Pero en lo más íntimo de su ser, sin embargo, un apasionado deseo de venganza estaba agitándose y sólo conseguía mantenerlo sepultado entregándose al trabajo agotador.

Veinte días más tarde su esposo, Chang, apareció en el umbral de su casa. Su rostro irradiaba satisfacción.

—Apenas recibí tu carta me apresuré en volver a casa —anunció.

Flor de Oro sonrió a su esposo, pero no pudo decir que se alegraba de que hubiese vuelto. Cuando vio esos viejos rasgos odiados tan cerca de ella, supo que no lo quería para nada. Pudiera ser que hubiese cambiado, pero no lo creía. Aun cuando le sonreía, le revolvía el estómago una amarga sensación. Sentía que iba a suceder algo desesperado, más allá de todo lo que le permitía ver su imaginación.

Lo llevó a la cocina y puso a hervir una tetera en el fuego. Su suegro llegó del campo y se encuclilló al lado de su hijo, con una expresión sombría. Flor de Oro vio que su marido estaba intrigado por esta actitud de su padre y deseaba estar a solas con él. Discretamente salió dejándolos juntos y se fue a su dormitorio a hilar.

En su mente se agitaba la curiosidad. ¿De qué estarían hablando esos dos hombres? "El padre estará diciéndole a mi marido que está insatisfecho conmigo", pensó. Decidiendo que tenía que estar preparada para cualquiera eventualidad, se arrastró hasta la cocina y

colocó la oreja cerca de la puerta. No le dio en absoluto vergüenza esta actitud; sus ideas eran las de un estratega planeando la batalla. El corazón le latió violentamente al oír que los dos hombres hablaban de ella.

—Es una suerte que hayas vuelto —estaba diciendo el suegro—. Ahora podrás vengarte. Tu mujer se volvió malvada desde que llegó el Octavo Ejército. Siempre está fuera de casa, descuida nuestro hogar, no nos presta ninguna atención a mi hija ni a mí.

—Dime todo lo que sepas sobre mi mujer.

La voz de su marido llegaba a los oídos de Flor de Oro a través de la puerta, dura y fría.

—Yo tengo el poder suficiente para hacerla entender. Puedo golpearla hasta que muera y si no hasta que muera, puedo arrancarle la piel a jirones.

Flor de Oro se enderezó. Sus mejillas estaban encendidas, pero sonreía. "Ha llegado tu hora —pensaba—. Has caído en mi trampa. Trata de hacer conmigo eso que pretendes. ¡Si llegas a tocar uno solo de mis dedos, tendrás que pagarlo diez mil veces!"

Inclinándose de nuevo, siguió escuchando. El viejo hablaba.

—Son muchas las cosas que tengo que decirte. Antes que llegara el Octavo Ejército ella trabajaba duramente para nuestra familia. Ahora todo ha cambiado. Todo por causa de eso que llaman el movimiento revolucionario. ¿Sabes lo que significa eso para una mujer? Te lo diré. Significa que las mujeres se ponen rebeldes, descuidadas y hacen lo que les da la gana de hacer. ¡Asociación de Mujeres! ¿Has oído alguna vez hablar de tal cosa?

El marido de Flor de Oro dijo pensativamente:

—En realidad, ella está muy extraña. Se siente valiente. Pero eso no importa. ¡Déjemela a mí!

—Pero aún no lo sabes todo —siguió el viejo—. Ellas me ataron, escupieron mi cara, me humillaron, frente a un montón de mujeres.

"Oh, pobre anciano —pensó Flor de Oro con ira y desprecio—. Así es que se lo has contado a tu hijo...; ¡ahora tú y tus descendientes bailarán frente a nuestras mujeres!"

(CONTINUARA)

AÑO XXXIX - N.º 1952
9 de noviembre de 1971

confidencias

DIRECTORA: Alicia Romero de Benavides.
SECRETARIA TRADUCTORA: Mónica Birrell S.
DIAGRAMADORA: Rosario Torres P.
REPRESENTANTE LEGAL: Sergio Maurín.
Revista editada e impresa por Empresa Editora Nacional Quimantú Ltda.
Avda. Santa María 076, 4.º Piso, Fono 391101. Casilla 10155.
SANTIAGO, CHILE.

EN ESTE NUMERO

PAG.

SERIAL:

LA HISTORIA DE FLOR DE ORO
II.ª parte 2-7

LA QUIERO AHORA
Lo conocía muy bien, pero ¿podría una extraña como yo intervenir en su matrimonio? 9-11

ENTRE NOSOTRAS 12

EL CUENTO DE LA SEMANA:
Relato en blanco y negro - Rodrigo Quijada, chileno 13-15

FOTONOVELA: EL REGRESO 16-25

EL MAÑANA ES SOLO HOY
Contaba nuestros besos porque pronto esa cuenta sería cero 28-34

CONFIDENCIAS DEL CIELO 35



VALOR DE LA SUBSCRIPCION

CHILE:
Semestral correo ordinario ..... E° 94.—
Anual correo ordinario ..... E° 188.—

Recargo por correo certificado: E° 20,50 semestral. E° 41 anual.

DISTRIBUIDOR EN ARGENTINA:
RYELA S. A. I. C. I. F. y A.
Paraguay 340. Buenos Aires.

EXTRANJERO:

Sudamérica	Centro y Norteamérica
US$ 30	US$ 35

Estos precios en dólares incluyen fletes y certificados aéreos.

Precio del ejemplar en Perú: S/ 5.

Correo Argentino y Suc. (B) Central Cabeceras

Registro Propiedad Intelectual N.º 1.009.585
Franqueo c. Pagar Concesión N.º 574.
Tarifa Reducida N.º 8.876.

Los puntos claves de su atractivo.

Su rostro:
elimine las pecas que aparecen
con el sol.
En la noche, al acostarse,
aplique Crema Bella Aurora.

Sus manos:
siempre suaves y tersas.
Protéjalas de las labores diarias
con la suave película que forma
en ellas Crema Lanolina.

Sus piernas:
libres de vellos, desafiando las
miradas más exigentes.
Aplíquese usted mismo
sin sufrimientos
quemaduras, Devell



Crema Bella Aurora para su rostro,
Crema Lanolina para sus manos y Devellol para sus pierna

productos claves
atractivo.



¡la quiero: AHORA!

Lo conocía muy bien, pero ¿podía una extraña como yo interferir en su matrimonio?

• • •

• *Estaba segura* que Gabriela haría eso tarde o temprano. Sólo que había demorado mucho en creerme, a mí, que sabía.

Durante treinta y un años había sido dueña de una tienda de vestidos en esta pequeña ciudad y allí sabía las buenas y malas noticias. Mamá las escuchaba antes que nadie, desde el probador.

Mamá, ésa soy yo.

No tenía hijos, pero todas las chicas que iban a mi tienda me llamaban mamá. Tal vez era porque soy vieja y gorda y de estatura regular. Sea como sea, ellas son *mis* niñas y yo soy *su* mamá, siempre pronta a ayudarlas cuando me necesitan.

Por eso, créanme, sabía que Gabriela tenía lágrimas, mucho antes que ella se permitiera a sí misma llorar. Pobrecita, cada vez que venía a probarse un vestido (lo cual no era muy a menudo) veía machucones en sus brazos y piernas, donde su marido la había golpeado.

Morena y bonita, Gabriela tenía sólo diecinueve años. Sus ojos eran grandes, y por qué se había casado con Javier era algo que jamás me expliqué. Claro que él era un chico buenmozo y ganaba un buen sueldo, pero nada de eso le servía de mucho a Gabriela.

Algo que la chica no sabía, pero yo sí, era



• • *Le arrebató la cartera con tal rapidez que no tuve tiempo de impedirlo.*

que ese marido suyo gastaba hasta el último centavo que ganaba en sí mismo. Claro que una vez al año la dejaba comprarse un vestido, pero lo hacía como si le tirara un hueso a un perro. . ., excusando la comparación. Y muchas veces Javier perdía todo su sueldo en las patas de los caballos.

En esa ventosa y helada tarde cuando llegó Gabriela a mi tienda supe que había dejado a su marido. Se quedó parada en el umbral de la tienda, jadeante, tratando de controlar la respiración. Tenía una herida en el labio y un machucón en una mejilla, pero el mayor dolor yacía en su corazón.

—¡Mamá, ayúdeme! —sollozó—. ¡Por favor! ¡Usted es la única persona a quien puedo recurrir!

La abracé.

—Por cierto que mamá te ayudará. ¿A quién quiere más que a su Gabriela? ¡A una verdadera muñeca como eres tú! Vamos a mi taller.

Era tarde, casi las siete y media. Los viernes cerraba la tienda a las ocho. . . Javier sabía eso. Y tenía que sospechar que Gabriela había acudido a mí. Después de todo, ¿no hacían eso todas las chicas?

Llevé a Gabriela hasta mi taller, ubicado en la trastienda. Allí yo tenía un sofá, destinado a que, cuando fuera posible, descansaran mis huesos viejos.

—¡Me pegó por última vez, mamá! —aseguró Gabriela.

—Es blandito el sofá, Gabriela. Siéntate en él y descansa.

Podía vigilar la tienda desde donde estábamos, cosa casi sin objeto, pues ya era muy tarde para que llegara clientela. Además, en ese momento no me preocupaba el negocio. Pero, con Javier suelto, debía observar la puerta.

Gabriela se sentó en el sofá. Sus manos estaban blancas y apretaba su cartera. La sostenía como si temiera que se la arrebataran.

—Mamá, tengo quinientos escudos, todos mis ahorros, en esta cartera. —Las lágrimas casi brotaron de nuevo—. Me iré. Tengo un hermano en Santiago.

—¿Sabe él que irás para allá?

—Sí.

—Y tu marido, ¿también lo sabe?

—¡Eso no me interesa!

—¿Sabes dónde está él, Gabriela?

—Por ahí. . ., en alguna parte. . ., no sé dónde. —Las lágrimas afloraron de nuevo y luchó por contenerlas—. No tengo auto, mamá. Debo estar en la estación esta noche a las nueve. Está lejos. ¿Podría llevarme en el suyo?

—¡Qué pregunta! —exclamé—. ¡Por supuesto que te llevaré!

Como pareció aliviada, traté de hacer que se tendiera en el sofá. La hice quitarse el abrigo y lo puse en una silla. Y la cartera con el dinero la ubiqué en la mesa a mi lado, para no quitarle el ojo de encima.

Tal vez porque me decían mamá, yo a veces actuaba con ellas como una madre.

Le comenté que su falda le quedaba demasiado corta.

—¿Por qué no te la alargo mientras tú descansas, mi linda? Además, querrás llegar viéndote bien donde tu hermano.

Gabriela asintió, pero trató de disuadirme diciendo que yo ya había hecho demasiado por ella. Pero no acepté un no como respuesta.

—Si me gusta alguien, ¿no puedo hacerle un favor? Por el arreglo no te cobraré nada. Tú sabes que los arreglos aquí siempre los hago gratis.

—Mamá, ¿qué haría sin usted? —preguntó Gabriela mientras me pasaba la falda.

• *Mientras la chica* descansaba me ocupé de esa basta. La pobrecita cerró los ojos. Y entonces mi aguja comenzó a volar.

Le tenía un miedo de muerte a Javier. No quería que él la encontrara. No deseaba que usara de nuevo sus puños contra la chica. La llevaría a la estación, pero, para eso, aún faltaba bastante. Además, él la podría estar esperando allí. Nunca se podía saber qué haría un animal como ése. Debíamos llegar justo cuando fuera a partir el tren. De ese modo, entre el tumulto de la gente, no podría hacerle daño a Gabriela.

Golpearon a la puerta. Los ojos de Gabriela se abrieron y su rostro se puso pálido de nuevo Mi aguja se detuvo en el aire.

Falsa alarma. Era sólo un par de chicas que iban a hurgar..., nada menos que en una tarde tan fría como ésa. Pero uno nunca sabe qué cosas pueden hacer las adolescentes. Bueno, miraron algunos vestidos y dijeron que volverían otro día.

La puerta se cerró tras ellas.

Eran casi las ocho y yo ya estaba por cerrar. De pronto la puerta se abrió de nuevo.

"Bueno, no siempre tiene uno suerte", me dije. *El* era quien estaba allí de pie. No me di cuenta entonces, pero caminé a su encuentro con las tijeras en la mano, como protección. Sus ojos relampagueaban.

—¿Está aquí Gabriela? —gruñó.

—Es hora de cerrar —dije con voz firme.

Se encogió de hombros, furioso.

—Eso a mí no me importa. Si mi esposa está aquí dígale que ¡la quiero: ahora!

—No está aquí.

—Oh, si estoy —la voz emergió a mis espaldas. Gabriela caminó hacia nosotros, totalmente vestida. Su mano derecha apretaba su cartera y supe que, sucediera lo que sucediera, ella no cambiaría de decisión—. Me iré de tu lado, Javier —anunció con voz suave.

—¡Tú, pequeña bruja! —exclamó él.

—Debí hacerlo hace mucho tiempo —explicó la chica, desafiante—. Búscate una mujer más fuerte, Javier, una capaz de hacerte frente o que sepa judo.

No se movió por un par de segundos, pero parecía asesinarla con los ojos.

—¡Javier, no quiero escándalos en mi tienda! —dije—. Ninguno, ¿me oye?

Siempre mirando a Gabriela, contestó:

—¿Quién la necesita a usted? Cierre su tienda, ¿eso a quién le importa? Pero hay una cosa segura..., nadie me quitará lo mío. ¡Ninguna damita se arranca de mi lado, luego de explotarme.

Le arrebató la cartera a Gabriela con tal rapidez, que no tuve tiempo de impedirlo. Literalmente la arrancó de su mano y lanzó una estridente carcajada hacia nosotras. En seguida, se golpeó la puerta tras él y desapareció en la oscuridad.

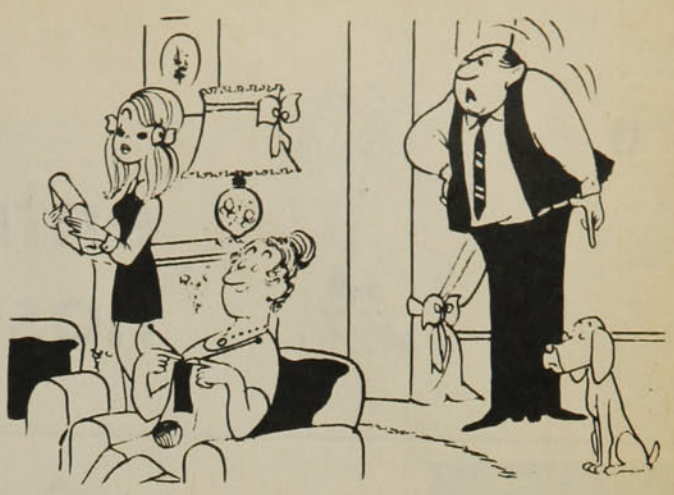
Gabriela se puso a llorar.

—Mi dinero... era todo cuanto tenía en el mundo.

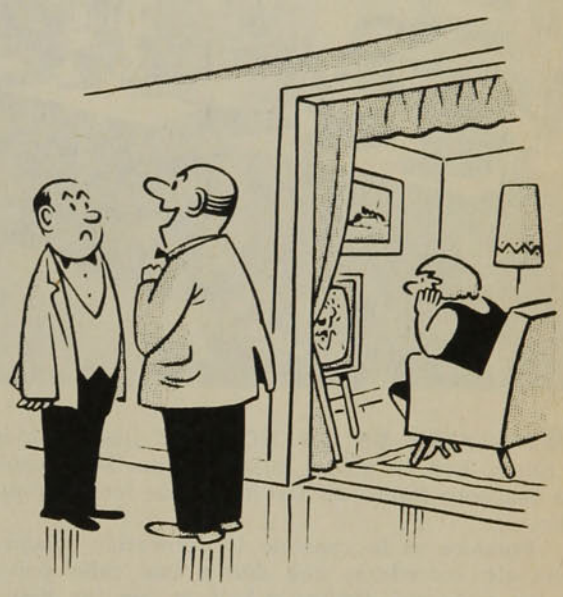
Fue entonces cuando le dije que no tenía nada de qué preocuparse. Por cierto que no entendió a qué me refería. Se quedó mirándome, con sus enormes ojos llenos de lágrimas. Entonces le expliqué todo.

Bueno, a veces uno debe usar la cabeza, ¿no es así? Un hombre que le compra un vestido a su mujer cada vez que llueve en el desierto... es capaz de arrebatarle el dinero a su esposa si tiene ocasión para ello. Tal vez no tenía derecho, pero antes le saqué la plata de su cartera mientras Gabriela tenía los ojos cerrados y la metí dentro de la basta que estaba cosiendo.

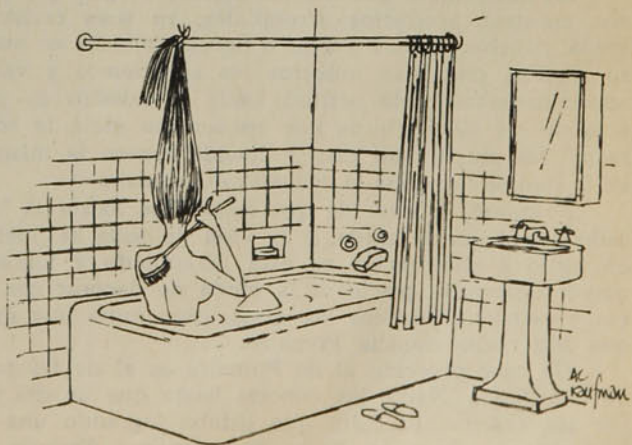
Bueno, todo resultó bien después de eso. De cuando en cuando recibo una carta de Gabriela preguntando cómo estoy yo, mamá. Y traen lágrimas a mis ojos. Me hace sentir como si fuera realmente una madre, ¿me comprenden ustedes?



¡En esta casa el único que me obedece es el perro!



"Desde que instalamos la televisión el Arte de la Conversación ha desaparecido completamente, gracias a Dios"...





entre nosotras



●● POMAIRE ES UN NOMBRE que se identifica con la tierra, con la arcilla roja que puede transformarse en una hermosa figura en las manos de los habitantes pomairinos.

Pomaire es la cuna de la decoración moderna; de sus casas con corredores que dan a una calle polvorienta salen los cacharros, figuras y la loza que tan bien se venden en las boutiques de Providencia o en negocios del centro que llevan un nombre en inglés.

Recién se está descubriendo la belleza y posibilidades de nuestra artesanía popular, no sólo como objeto de decoración, sino con una utilidad práctica bastante grande. Desgraciadamente, este redescubrir lo nuestro y darle la importancia que tiene no surgió como una necesidad de los chilenos de conservar y cultivar nuestra cultura popular, que moría lentamente ante la falta de interés nuestro; surgió como una moda que se impuso en Europa y EE. UU. y, por lo tanto, los chilenos la seguimos.

Es lamentable que los extranjeros tengan que mostrarnos nuestros productos artesanales, ya sean cacharros de greda, ponchos hechos a telar o figuras talladas en madera, y su riqueza, para que nosotros los apreciemos y valoremos adecuadamente. Esta actitud hacia lo nuestro es parecida a la de los niños chicos que encuentran mala la sopa que mamá les prepara en casa y cuando comen la misma sopa en la casa de la vecina la encuentran exquisita.

Poimaire, a pesar de que desde que existe se ha dedicado a trabajar la greda, y la vida de todo el pueblo gira en torno a ella, recién se está levantando y logrando un mayor desarrollo gracias a la moda de decorar con lámparas y cacharros rústicos las casas, pero hubo una época en que casi nadie conocía Pomaire.

Un caso parecido al de Pomaire es el de las tejedoras de Isla Negra. Nadie las conocía hasta que un día se supo por las noticias el éxito que estaba logrando una exposición de sus obras en París. Seguramente después de eso muchos chilenos se interesarán por comprar algunos tejidos de estas mujeres, aunque antes les parecieran chabacanos los colores que usaban.

●● DENTRO DE POCOS DIAS MAS alrededor de 80.000 estudiantes secundarios darán la Prueba de Aptitud Académica. Esta prueba es una de las últimas vallas que deben salvar los escolares chilenos en la maratón vertiginosa para llegar a la Universidad.

Antes se llamaba Bachillerato, hoy tiene un nombre más pomposo pero su significado es el mismo; una especie de colador donde quedan sin pasar más de la mitad de los postulantes. El futuro de los que no pasan el colador es bastante nebuloso y esto se debe a varias razones: al niño desde pequeño se le pone siempre como meta final la Universidad, se le repite constantemente que el que no es profesional no vale mucho, que sin un cartón en la mano no se hace nada, que un título universitario abre las puertas del futuro, etc.

Toda la educación media tiende a preparar al alumno para su ingreso a la Universidad; por lo tanto el que no logra entrar a ella es de partida un fracasado. Tendrá que ubicarse en algún puesto oscuro conseguido por un pariente o amigo, o bien entrar a la Administración Pública como empleado de oficina con camisa blanca y cuello duro.



Por otra parte, en nuestro país es costumbre mirar en menos al trabajo de tipo manual, sólo se valora el trabajo intelectual y para dedicarse a este último hay que llegar a la Universidad a cualquier precio. Lo importante es entrar, es lo de menos si la carrera a la que ingresa le gusta o no, o si tiene vocación o carece de ella.

La Prueba de Aptitud Académica es como un boleto de lotería que tiene el alumno, si sale premiado estudiará lo que quiere, si sólo consigue terminación estudiará cualquier carrera, lo importante es estar en la Universidad. Si el boleto no saca premio el postulante lo pierde todo, tendrá que entrar a trabajar en cualquier parte, con un sueldo bajo, ya que no estaba entrenado para trabajar; los 12 años de enseñanza primaria y media lo prepararon para ingresar a la enseñanza superior.

La P. A. A., como se ve, no es el mejor medio de selección. Hay asignaturas importantes que no son tomadas en cuenta, idiomas, habilidades físicas, etc. Además se aplica el mismo rasero a estudiantes con diferentes niveles de preparación, es evidente que el estudiante de provincias ante este tipo de pruebas queda en desventaja respecto al de la capital, ya que en muchos casos carecen de las condiciones materiales mínimas para poder estudiar, hacer ensayos en laboratorio, etc. Además en provincia hay carencia de profesores, lo que también influye en la educación de los alumnos.

EL CUENTO de la semana.

RELATO EN BLANCO Y NEGRO

RODRIGO QUIJADA
(chileno)

Cuanao la velocidad termine, estaremos allí, puntuales como siempre y bienaventuradamente innominados. Nos desprenderemos de nuestras alas, de nuestros relojes y de los mármoles de nuestras chimeneas, en los que nos apoyamos.
Miller: Trópico de Capricornio.

I

OPRIME LAS MANDIBULAS. Tan fuertemente como le es posible. Pero la imagen queda. Siempre la maldita imagen. Porque la tiene —así lo ha recordado— desde la adolescencia... No es agradable. Se encuentra muy cerca de la mayor situación del placer. Junto a ella. Y, entonces, lo que antes era luz, parpadeo dulce, se metamorfosea en una sucia imagen. "¿De dónde vienes?", podría preguntarle. Y si ésta oyera o quisiera transar, le pediría a gritos que se largara más allá de sí mismo, de sus movimientos semicirculares, sea cual sea su origen...

(El mismo desierto destrozado por un meteorito. Al parecer hay viento. Y el cactus solitario y oscilante. Piedras, piedrecillas, diminutos granos de arena, tiempo y silencio. Es todo. Puede que haya algo más. No lo sé. Quisiera volver a concentrarme en ella. En las puntas de sus senos rozando el vello de mi pecho. Demostrarle que estoy con ella. En su cuerpo... Por eso no abro los ojos. Si lo hiciera —no sin gran esfuerzo— vería su rostro crispado y jadeante. Y sus ojos desesperados en los míos. No podría soportarlo. Tendría que sonreír. Sonreír una mueca. Una mueca espasmódica. Sería trágico. A veces, en momentos como éste, pienso en cuál será la perspectiva que ella tiene de mi cara. Así. Desde abajo. Quizás sólo alcanza a distinguir mi cuello sin afeitar. Nunca me afeito... Esto ha de terminar pronto. Temporalmente, por supuesto. No pasará mucho antes de que ella torne a sus jugueteos. Y yo, a la sempiterna concentración mental: "Puedo, tengo que poder". Porque debo hacerla feliz. Como antes. Evitándole las regiones de sombras, aun cuando yo tenga que soportar la dichosa imagen. El cactus y su desierto... Un poco de placer... Bajo mí siento sus huesos, movimientos, palpitaciones y palabras de ácida ternura. Y sus uñas encorvadas en mi brazo tenso y cansado... Todo termina, finaliza, culmina. Puedo reír...)

Un beso en la mejilla. El hombre cae como un fardo. Con las sienes bullentes, activas, húmedas de fatiga. ¡Ah, si pudiera mantenerse inmóvil! Más tiempo del que se puede poseer. Lejos del pequeño cuerpo que acecha junto al suyo. Poner una muralla entrambos (tal vez de cemento o vidrio o maderamen). Huir a cualquier lugar de la soledad. Quizá, en su casa, escuchando un disco, la aguardentosa letanía de la radio, o leyendo las tiras cómicas en un periódico. En un sillón. Gozando de paz. ¡Ah, qué hermosa palabra! No obstante se encuentra aquí. Rodeado o amenazado por el papel con flores. Por las cortinas de nylon que ocultan el simulacro de baño. Por las gruesas persianas que no logran acallar los ruidos de la calle. (Cierra los ojos y que ella no hable aún. No destruyas la poesía.) Da risa. ¡La poesía! ¿Puede haberla? Teniendo el cuerpo desparramado, desnudo, derrotado. Sobre un lecho. Lecho de hotel, posada, hospital, regimiento. Con los resortes rechinantes. Avisando a todo el mundo: "¡Eh, esta habitación está ocupada!" Una o dos horas. Para el amor. Con un número y un precio fijo. "Refrescos para la catorce", gritan las camareras. Y sus pasos hacen temblar el edificio entero. (Si llega a hablar, la mato.)

Nota que la mujer se ha movido. (No abriré los ojos.) Siente sus manos oprimiendo su frente. Una caricia tierna. Tierna como en otros tiempos. Cuando había amor. Y recorrían las calles, las aceras, las carreteras, besándose, deseándose, riendo enormemente. Una caricia tierna. Ahora que carece de objeto, causa y fin. Probablemente.

Palpa buscándola. No está. Se ha levantado.

Desde una esquina alta, el parlante deja oír su voz. Discos de todas clases, variedades musicales para amar, amar, amar y amar. Cada habitación con uno. Cada habitación con las mismas melodías, los mismos ritmos, distintas nostalgias.

La luz del baño —¿es aquello un baño?— choca contra sus párpados. Luz. Imágenes en rojo, amarillo, puntos, paralelas, líneas vagabundas. Luz y música popular, popular, luz y música, música y popular luz.

"Return to me..."

"Cara mia ti amo..."

Un disco viejo. Dos años de antigüedad por lo menos. En inglés, italiano, español, cantado por alguien. Alguien famoso. Sí.

RELATO EN BLANCO Y NEGRO

Lo bailaba en las fiestas de copete. Antes de perder el copete. (Se está lavando. ¡Vaya cómo suenan las cañerías!) Hum... El copete... Lo perdió por las idiotas vísceras. Había bebido demasiado. Parecía un tonel. Repleto de punta a cabo. Hasta que la espita o lo que fuera reventó. ¡Plaf! Y el novio, un hombre pequeño, de bigotes oscuros y ojos saltones, recibió la encomienda sobre su tenida nueva. ¡Adiós, copete!...

Frío. Frío. (¿Por qué tarda esta mujer?) Las cobijas se hayan esparcidas sobre los pies. (¿Qué hora será?) El hombre se cubre con la sábana. Quizás con ello pretenda olvidar el frío. Agosto. Tanto frío como es posible esperar. Y puede que llueva. Esa lluvia parsimoniosa de los últimos días que hace acumularse el lodo frente a los umbrales. "He puesto un saco y he llenado los pisos con diarios de formato grande". Al sentarse y bajar la vista es posible encontrar una noticia muy importante: el asalto de un tren, los empresarios y sus fortunas, una mujer que señalando con el índice dice: "¡Me vengaré!" De algo se vengará. (¿Por qué tarda tanto, carajo?) Y esa somnolencia que lo invade apretada al frío. Ese frío que le va secando el cuerpo, que le va dando una apariencia —internamente hablando— de difunto. (Se ha demorado más de la cuenta. Le gritaría que viniese. Hace demasiado frío como para estar solo. En último caso me visto y sanseacabó). Media vuelta. El aire helado lo penetra La cabeza del hombre roza las paredes heladas...

De improviso, se duerme totalmente...

II

LA MUJER ES pequeña. Bien formada. Carne blanca. Piernas delgadas y flexibles. Está ante el espejo. Mirándose. Desgreñada. El peinado. Peinarse para ser despeinada. No deja de ser grato. Deposita el panecillo de jabón en el lavabo. Tableta de jabón. "Me he demorado más de lo debido. Pero es mejor así. Más vale prevenir... Mi padre se ha puesto muy preguntón", piensa.

La toalla, con olor a limpio, sobre las mejillas. Lentamente. Con fruición. "Tal vez no las laven bien". Un último retoque rejuvenecedor: renovar la belleza con oportunidad. "¿Por qué estará en silencio?... ¿Se habrá dormido? Lo merece. Estuvo maravilloso. Sabe ser maravilloso".

Tararea la canción que le llega a través del parlante. La va guardando muy dentro, atesorándola. Para los recuerdos; para un día decirse: "Esta canción me trae buenos recuerdos". Y así, cuando él no esté a su lado, enternecerse hasta las lágrimas. Aunque parezca absurdo. Aunque parezca artificial o falso. Aquél es el valor de un disco, de un miserable disco, circular, negro, con brillantes cicatrices, con voz interior, es claro. Que traerá la conciencia a esta habitación. Un disco. Que permita la circulación de su sangre tras los recuerdos. "Este es el disco. Ponte sentimental". O quizás no sea de ese modo. Tal vez sea inmediatamente. Sin necesidad de alertar a su mente. Y, además, la letra y la belleza pierden importancia. Hay más. Un estado de ánimo. Proveniente de ese hombre o de aquel calor que irradia o puede irradiar...

"Sueña así
ser libre un día,
libre como el viento..."

Gritos o lamentos, como quiera llamárselos, la están acompañando.

"Seguramente duerme... Nunca está tan silencioso... ¿Y si se hubiera ido?". El pensamiento la aterra. Asoma el rostro por las cortinas. Columbra el pecho del hombre en su danza rítmica. Y el mechón de pelos surgiendo de la almohada. Como una sombra. Como una enorme araña.

La luz indirecta presta un aspecto extraño a la habitación. Como si dentro de ella se hubiese desplomado el arco iris.

La mujer percibe el frío en sus pies desnudos. Es el trozo de latón que cubre las tablas evitando la impertinencia de las aguas. Un temblor la recorre. Piensa en la tibieza del cuerpo que dormita. "Ya casi estoy lista..." Hace frío. Es el invierno. El anciano de barbas blancas de los libros de cuentos. Esos libros de remotas remembranzas. Verdes. Algunos con las hojas sueltas o desencuadernados. Sólo queda su inocente substancia. Ahora son de su padre. Seguramente él también los leyó y piensa, a veces, en el viejecillo de las barbas blancas que llegó a casa de los tres hermanos... También él, su padre, es un viejecillo. Un viejecillo de alma. Que vela y medita en una mecedora. Todo el día. Todas las semanas. Todos los meses. Todos los años. Y que, en oportunidades, se denota curiosa: "¿Dónde vas? ¿Qué haces los jueves por la tarde?" Y vienen los pretextos, las mentiras piadosas: el médico, el dentista, la campaña de alfabetización, un curso de dactilografía y taquigrafía... ¿Qué más piedad que aquélla? No podría decirle: "Tengo un amante. Siempre lo he tenido. Desde los veintitrés años". Evitando la sospecha. Evitando el lamento interior. Por casi tres años. Mucho tiempo. Siendo precavida. Tratando de vivir sin problemas...

Se acerca de puntillas al lecho. Junto a la cama, se repite su figura en el enorme espejo. El hombre continúa su sueño. Pacífico. Ella lo mira desde lo alto. La invade la ternura. Nostalgia segura de caricias y de acariciar. Divisa un cabello blanco perdido en la cabeza potente. Le gustaría arrancarlo, observarlo a contraluz y, tal vez, apoyarlo en el pecho contra los senos desnudos.

Vacila. No quisiera interrumpir su sueño. De soslayo, alcanza a ver el pequeño reloj del hombre en el velador. Junto a la revista. Siempre trae una revista. Nunca la lee.

El frío la vuelve a la realidad.

—¿Duermes? —pregunta suavemente.

"¿Duermes?" Es tan dulce verlo así. Ovillado y apenas cubierto por la sábana. Pareciera indefenso. Como si no fuera el mismo que grita iracundo por las calles y que algunas veces abofetea sus mejillas con la palma abierta. Como si no fuera esa boca, que mira ahora a la muralla, la que desliza trágicas palabras, duras palabras que remueven inesperadas tristezas.

—¿Duermes? —repite.

El hombre se revuelve y suspira.

Ella se siente culpable. Empero, el frío, la necesidad del contacto, las viejas frases, la conversación iniciada después del acto, se hace urgente por momentos.

El hombre abre los ojos. Sonríe.

—Me he dormido —dice.

—No tiene importancia. Estabas cansado. Además, te ves bien cuando duermes.

La mujer se tiende a su lado. Lo abraza. Se entrelaza a su cuerpo como una planta extraña. Se siente feliz. Completamente feliz.

—Dame un cigarrillo —pide el hombre.

Ella se yergue. Se inclina so-

bre el velador. El hombre besa su cintura y ríe suavemente. Ella también ríe. La excitación la sacude. Sólo le faltarían las dos palabras redentoras que nunca han salido de los labios del hombre. Palabras que llevan al consuelo. Si él dijera: "Te quiero". Por una sola vez. Pero él no las conoce. Sabe ser vulgar o tímido o ardiente. Las palabras se quedan en el fuerte repliegue de su mandíbula, tal si se atascaran en la garganta. En ocasiones, ella insiste: "Dímelo, aunque mientas". El no puede. Por eso, ya no las espera. Ha olvidado el valor que poseen después de tanto tiempo sin oírlas.

El hombre vuelve a reír. Juega con sus cabellos, con sus brazos, con sus senos, acariciando a veces la recóndita miel que sus muslos guarecen. Humo y amor. Amor y humo. Humo, amor, yotú. Ella se encoge y desliza sus mejillas por el torso velludo. El hombre aplasta el cigarrillo que pende abandonado en la esquina del velador. Ella no deja de besarlo.

Se hace la oscuridad. Una especie de noche para dos...

III

EL HOMBRE SE ANUDA la corbata frente al espejo. Se siente incómodo viendo su imagen demacrada. Las facciones vencidas, aletargadas y pálidas. Una mancha roja ha aparecido en su mejilla. (Es insaciable. Me tiene harto. Sin embargo, no quiero perderla. Quedaría solo, sucio, asustado. Necesitaría muchos días para acostumbrarme... ¡Maldito nudo! Nunca me queda bien. Perfecto. Triangular... Sé que pronto estará a mis espaldas y querrá que la bese o poco menos: que le corra el cierre relámpago o le abroche el collar. Y debo simular. No ser brusco con ella, pues nada me ha hecho. Al contrario...) Se peina con desgano. Luego busca el saco que cuelga de una silla...

—No te apresures tanto —dice la mujer.

El hombre se encoge de hombros y termina de vestirse. Se pone el sobretodo. Amarillo y grueso. De viajero. (Ahora sí que se me quitará el frío. Aquí está el dinero para la propina... No es fea esta niña. Tiene el qué. Bien decía Jorge ayer. Seguramente la quiero. Algo o bastante. No sé... Demora en vestirse.)

—¿Por qué no te apuras?

—Tengo que salir tal como entré.

La mujer se sume en el espejo. Le agrada mirarse. Ver como todo sigue igual. Salvo los ojos un tanto hundidos. No tiene importancia. Lo que la preocupa es el apresuramiento de él. Siempre ha sido así. De improviso salta del lecho y se coloca rápidamente la camisa. Se ve divertido con la camisa ondeando y las largas piernas velludas. Nunca ha conseguido detenerlo. Ha tratado alguna vez, poniendo en duda su capacidad de amar. El se ofende. Aparenta ofenderse. "¿Crees tú?", dice mirándola en forma penetrante. Ella ríe. Ríe estrepitosamente. Sabe que lo dicho es en parte efectivo... Por eso ríe. Porque también puede suceder como antes que él regrese al lecho y se amen nuevamente... Antes era antes. "¡Ah si nos casáramos!", piensa. "Vivir juntos, tener todas las noches y los días para encontrarnos; en una misma casa, en un mismo salón, en una misma cama". Siempre lo ha deseado. Que las cosas dejen de ser un secreto poco limpio y, al mismo tiempo, poco real. Si algún día —lo hicieron una vez— permanecieran juntos por la noche. Desayunando juntos en algún café de la ciudad. Compartiendo los primeros instantes del día. Si se quedaran juntos para siempre. Sin pensar en la cara de su padre balanceándose en la mecedora. Sin pensar nada más que en la ecuación: una y uno. Yo y tú. Tú y yo. Perdiendo cada gramo de libertad. Toda la libertad. Continuamente piensa en ello. Aun cuando su mirada se ha detenido en otros ojos o ha sonreído para otra carcajada. Sin embargo, él —su imagen— se sobrepone. Allí surge su rostro, la manera de encender el cigarrillo, o de toser, o de reír, de silbar, de llamar a un vendedor de diarios. Y la esperanza se mantiene: "Todavía somos jóvenes. No completamos sesenta años entre los dos". Palabras que se repiten durante los insomnios.

El hombre se impacienta.

—¿Te falta mucho? —inquiere intermitentemente.

Ha terminado un nuevo cigarrillo. (Nunca aprenderá a conformarme. Parece que lo hiciera de propósito. Mañana temprano debo cobrar ese dinero. Con eso tendré para pasar un buen tiempo... Pero, ¿por qué no se moverá más rápido?... Después comenzará la fiesta en la puerta. Salgo o no salgo. ¡Que me pueden ver!... ¡Diablos! ¡Y tan malos los días! En el diario culpaban a San Isidro. Había un buen chiste al respecto. Se lo puedo contar a ella. Si lo recuerdo... Era..., ¿cómo era?... Se me olvidan los chistes. No tengo capacidad para ellos... Y ese trabajo que no sale. Me doy vueltas, giro como un demonio, me pongo

EL CUENTO de la semana.

verde, rojo, amarillo, de todos colores, y quedo idéntico. Idéntico. Apresado quizás por qué... ¡Ah diablos!)

—Estoy lista —dice la mujer. Se acerca con los ojos cerrados, frunciendo la boca.

—La despedida —susurra. (Ya, ya. No le basta con lo que ha demorado.)

—Vamos ahora —dice él.

Ella apaga la luz al salir y descorre el pestillo. Atisba hacia el exterior. Salen.

Un largo pasillo alfombrado. Discretamente. Silencio. Como si sólo ellos existieran. Silencio. Todo está lleno de silencio. Cada peldaño de la larga escalera es un largo trecho de camino. Bajan lentamente. Ella se ha cogido de su brazo. Se pega a él con la mirada sorprendida. En esos momentos tiembla. "Y si ocurriera algo. Si repentinamente encontrara a algún amigo o conocido. Si me cayera. Si se incendiara el edificio La idea la obsesiona. Ahí pierde gran parte de la felicidad conquistada. Tensión. Obsesión. Fin de amar.

El hombre se siente seguro. Más aún: orgulloso. A veces se le antoja que las camareras le tienen una oculta admiración. (Qué grande soy). Pero, en el fondo, muy profundamente quizás, se siente vacío y tan solo como cuando entró. Porque la soledad lo habita desde siempre...

Una camarera corre presurosa y hace girar la cerradura con el milagro de su manojo de llaves.

La puerta tras de sí. Cinco pasos y estarán en la calle. Ella tiembla. El se encoge de hombros —gesto habitual, definitivo, intenso— y le da ánimos.

La calle. Un transeúnte los mira con pícara curiosidad. Sus ojos parecen preguntar o adivinar...

Todavía no es noche. Se ve gris el cielo. Unas cuantas gotas —resabio tal vez de las últimas lluvias— caen suavemente sobre sus cabezas.

Ella, cuasi apoyando la mejilla contra el hombro de él, se deja transportar. Tal si fuera en el aire, navegando. Tal si estuviera sola o irreparablemente muerta. ♥♥

EL REGRESO

PRODUCE SEXTA EXPERIENCIA



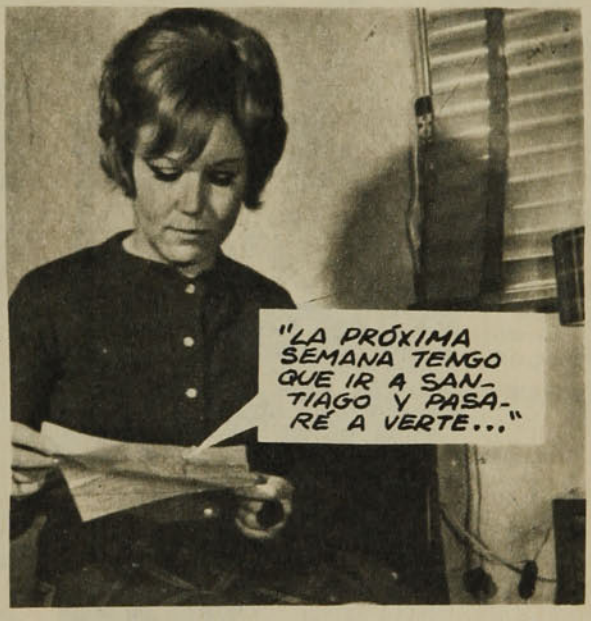


JUAN, ADEMÁS DE MI COMPAÑERO DE TRABAJO, ES MI AMIGO MÁS CERCANO...





FUE TANTO MI ASOMBRO QUE ME FUI INMEDIATAMENTE A MI DORMITORIO A LEER LA CARTA...



NUNCA PUDE OLVIDAR DEL TODO A CARLOS. HACÍA CUATRO AÑOS QUE NOS HABÍAMOS SEPARADO Y A VECES DESEÉ QUE VOLVIERA. PERO TODO FUE TAN SORPRESIVO QUE ME SENTÍA TERRIBLEMENTE INCÓMODA...





NO TE VAYAS TODAVÍA, JUAN, DÉJAME PREPARAR ALGO PARA COMER.

POR FAVOR, NO TE MOLESTES, RAQUEL. CREO QUE NECESITAS DESCANSAR.

DESDE ENTONCES MI INQUIETUD FUE EN AUMENTO. UNAS VECES SENTÍA GRANDES DESEOS DE VER NUEVAMENTE A CARLOS Y OTRAS VECES NO QUERÍA SABER NADA DE ÉL. CUANDO PENSABA QUE VOLVERÍA, ME IMAGINABA QUE MI VIDA CAMBIARÍA TOTALMENTE...

HASTA QUE LLEGÓ EL DÍA ESPERADO...



NO TE VAYAS, JUAN, ESTOY NERVIOSA, ESPERA A QUE LLEGUE ÉL, YA VAN A SER LAS OCHO.

CREO QUE MEJOR ME VOY, RAQUEL.

JUNTO A JUAN TENDRÍA MAS ANIMO PARA ENFRENTAR LA SITUACIÓN.

A LAS 8 P.M. TE IRÉ A VER

CARLOS

¡RAQUEL!

¡CARLOS!

CARLOS, TE PRESENTO A JUAN, UN AMIGO.

¿CÓMO ESTÁS, RAQUEL?

MUCHO GUSTO, CARLOS.

NUESTRO REENCUENTRO NO FUE MUY CÁLIDO, QUIZÁS SE DEBIÓ A LA PRESENCIA DE MI AMIGO...









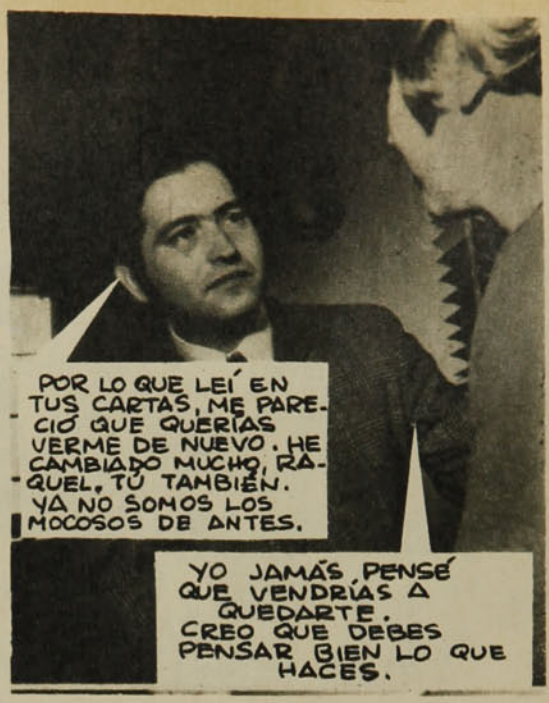
EL CARLOS DE AHORA ERA MUY DISTINTO AL DE ANTES, PERO AÚN CONSERVABA SU TONO AGRESIVO Y CIERTOS GESTOS...





LA PRESENCIA DE CARLOS ME TURBABA, PENSÉ QUE ME COSTARÍA BASTANTE RECOBRAR LA CONFIANZA...


BUENO, RAQUEL... AHORA HABLEMOS DE NOSOTROS. QUIERO DECIRTE ALGO... HE VENIDO A VERTE PARA QUEDARME CONTIGO.


POR LO QUE LEÍ EN TUS CARTAS, ME PARECIÓ QUE QUERÍAS VERME DE NUEVO. HE CAMBIADO MUCHO, RAQUEL, TÚ TAMBIÉN. YA NO SOMOS LOS MOCOSOS DE ANTES.
YO JAMÁS PENSÉ QUE VENDRÍAS A QUEDARTE. CREO QUE DEBES PENSAR BIEN LO QUE HACES.
SENTÍ TEMOR DE LA DECISIÓN DE CARLOS, DESPUÉS QUE TANTO DESEÉ SU RETORNO...


SÉ LO QUE HAGO, QUERIDA, VEN AQUÍ.
¡CARLOS!




AL DÍA SIGUIENTE...
CREO QUE ME HE TRANQUILIZADO. NECESITO UN HOGAR, NECESITO A MI ESPOSA. CUATRO AÑOS DE SEPARACIÓN HAN SIDO SUFICIENTES PARA CAMBIAR.
DEBES DARME TIEMPO PARA PENSARLO, CARLOS, ADEMÁS YA NO SOY TU ESPOSA, AHORA SOMOS DOS PERSONAS A LAS QUE NO LAS UNE NADA.


SÍ NOS UNE ALGO, RAQUEL... NUESTRA HIJA. CREO QUE A LA EDAD QUE TIENE NECESITA MÁS QUE NUNCA UN PADRE.
¡NO LO CREAS! ELLA SE HA CRIADO SOLA CONMIGO Y NO ECHA DE MENOS LA PRESENCIA DE UN PADRE.

PARECE QUE DESCONFÍAS DE MÍ. NO TEMAS, HE CAMBIADO MUCHO Y TÚ ME NECESITAS A TU LADO.

NO ESTÉS TAN SEGURO. HE VIVIDO SOLA DURANTE MUCHO TIEMPO, YA ESTOY ACOSTUMBRADA.

CARLOS SE INSTALÓ EN MI CASA Y COMENZÓ A HACER LAS COSAS A SU MANERA. TARDE ME DI CUENTA DE QUE NO SERÍA CAPAZ DE RESISTIR SU MODO DE SER...

ÁMOBLARÉ DE NUEVO LA CASA, EN FORMA MÁS MODERNA. TAL VEZ SEA MEJOR QUE NOS CAMBIEMOS A UNA CASA MÁS GRANDE.

TAMPOCO DESEO QUE SIGAS TRABAJANDO MÁS, SOBRE TODO EN ESE TRABAJO. TENGO DINERO SUFICIENTE AHORA.

ME GUSTA MI TRABAJO, CARLOS, Y POR NADA DEL MUNDO LO ABANDONARÍA.

AHORA NO DISCUTAMOS ESO. PERO QUIERO QUE SEPAS QUE NO ME AGRADA QUE MI ESPOSA TRABAJE.

NO SÉ SI SERÉ CAPAZ DE AGUANTAR SU MODO DE SER, JUAN. CARLOS FUE SIEMPRE ALGO PREPOTENTE.

DEBES TRATAR DE HACÉRSELO NOTAR ENTONCES.

¡HOLA, CARLOS! ¿CÓMO ESTÁS?

¡HOLA!


CARLOS, EL SÁBADO TENEMOS UNA COMIDA CON LA GENTE DEL HOSPITAL. SUPONGO QUE USTEDES IRÁN, ¿NO ES CIERTO?
SÍ YO CREO QUE SÍ...


BUENO, ASÍ LO ESPERO. ¡CHAO, CARLOS! ¡CHAO, RAQUEL!
¡CHAO, JUAN!
3

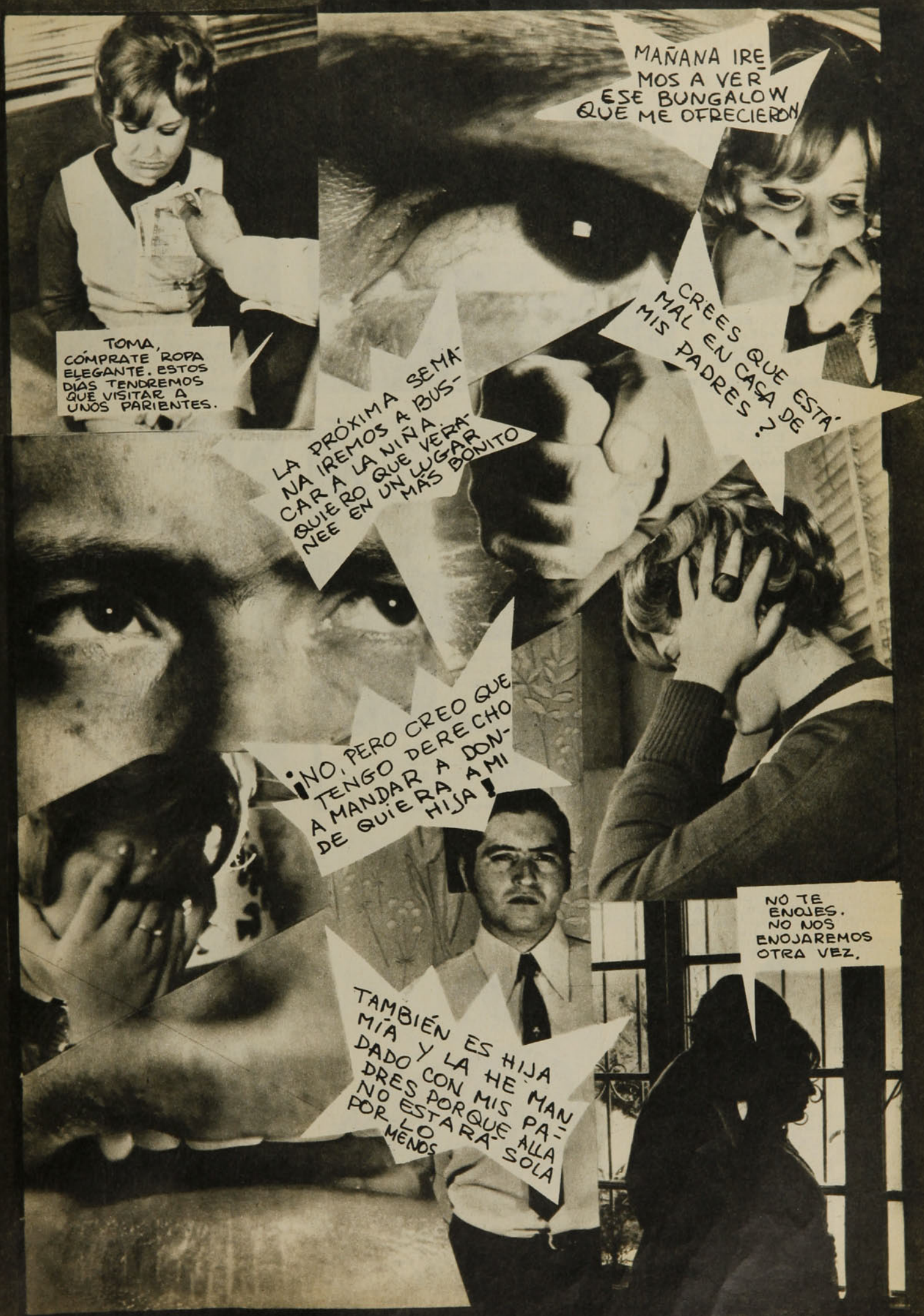

¿IREMOS A LA COMIDA ENTONCES?
MIRA, RAQUEL, NO ME AGRADA QUE ESE TIPO INTERVENGA EN NUESTRAS COSAS. ADEMÁS NO CREO QUE PUEDA CONGENIAR CON TUS COMPAÑEROS.


¿SABES? ¡ME CANSAN TUS MANERAS! NO SÉ POR QUÉ TE MOLESTA JUAN. PARECE QUE NO TE AGRADA LA GENTE SENCILLA.


¡NO ES ESO! LO QUE PASA ES QUE YO TENGO MIS PROPIAS AMISTADES, Y TÚ LAS VAS A CONOCER TAMBIÉN.

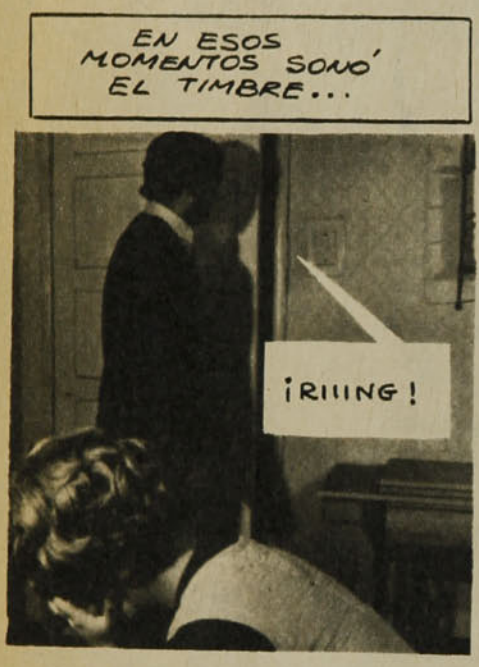

SI TÚ NO ACEPTAS A MIS AMIGOS, A MÍ TAMPOCO ME INTERESAN LOS TUYOS.
NO EMPECEMOS IGUAL QUE ANTES, NO SEAS TONTA.


ANDA A ARREGLARTE PARA QUE SALGAMOS A COMER AFUERA.
SABES QUE NO PUEDO, PORQUE TENGO QUE MADRUGAR MAÑANA.


TOMA, CÓMPRATE ROPA ELEGANTE. ESTOS DÍAS TENDREMOS QUE VISITAR A UNOS PARIENTES.
MAÑANA IREMOS A VER ESE BUNGALOW QUE ME OFRECIERON
CREES QUE ESTÁ MAL EN CASA DE MIS PADRES?
LA PRÓXIMA SEMANA IREMOS A BUSCAR A LA NIÑA. QUIERO QUE VEAS NEE EN UN LUGAR MÁS BONITO
¡NO, PERO CREO QUE TENGO DERECHO A MANDAR A DONDE QUIERA A MI HIJA!
NO TE ENOJES. NO NOS ENOJAREMOS OTRA VEZ.
TAMBIÉN ES HIJA MÍA Y LA HE MANDADO CON MIS PADRES PORQUE ALLÁ NO ESTARÁ SOLA POR LO MENOS











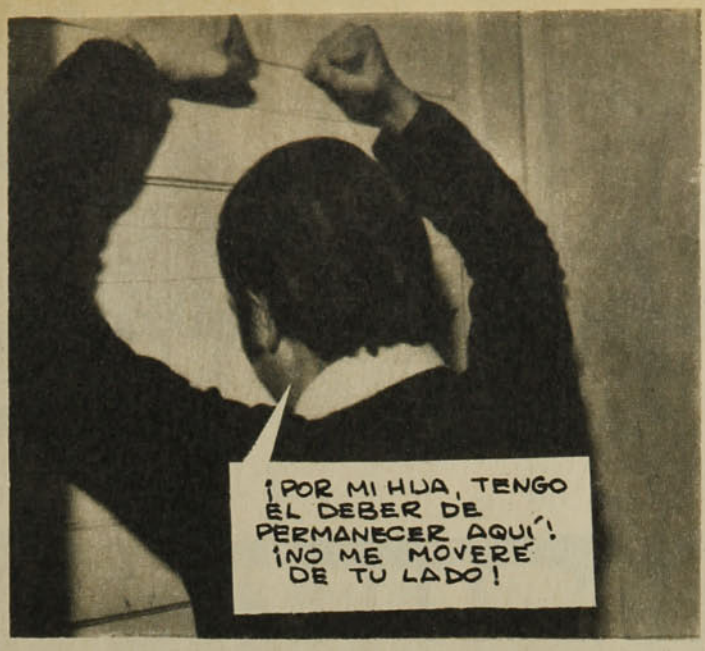






EN ESE MOMENTO VI AL CARLOS DE ANTES, AUNQUE LOS MOTIVOS DE DISCORDIA NO ERAN LOS MISMOS. ENTONCES PENSÉ QUE NO PODRÍAMOS EMPEZAR DE NUEVO...





CARLOS SE COMPORTABA COMO UN EXTRAÑO QUE SE VENÍA A APODERAR DE MI VIDA, DE MI HIJA Y MI HOGAR. SENTÍ MIEDO DE TENER QUE ENFRENTARLO...

AL DÍA SIGUIENTE...







UNA LLAVE PARA ABRIR CUALQUIER PUERTA...



EL LIBRO QUIMANTU

SU MEJOR AMIGO
SU MEJOR HERRAMIENTA DE PROGRESO
ALIMENTA SU DIARIA LUCHA POR UN FUTURO MEJOR

COLECCION **"NOSOTROS LOS CHILENOS"**

Los jueves cada 15 días,
una sorprendente colección de testimonios
acerca de qué y quiénes somos los chilenos.

COLECCION **"QUIMANTU PARA TODOS"**

Los jueves cada 15 días,
lo mejor de la literatura chilena, latinoamericana
y mundial para formar una biblioteca básica.

TODOS LOS JUEVES EN TODOS LOS QUIOSCOS Y LIBRERIAS
LIBROS QUIMANTU CON ILUSTRACIONES A TODO COLOR
Eº 12.-

SOLO PROGRESA AQUEL QUE SABE



EL MAÑANA ES SOLO HOY

Contaba nuestros besos, porque pronto esa cuenta sería cero.

Los tres fuimos a una excursión al campo ese fin de semana, el wikén en que finalmente tuve que admitir que algo malo me sucedía..., ¡a mí que durante toda mi vida he sido más fuerte que un toro! Lo había sospechado antes, pero no quise reconocerlo. Es muy difícil para un hombre que siempre se ha vanagloriado de ser físicamente fuerte y capaz de todo arrostrar el hecho de que puede estar enfermo.

Por eso continué simulando que era sólo imaginación mía, que estaba cansado, porque últimamente había trabajado horas extras. Y decidí llevar a Eva y a Rodrigo a esa excursión. Todo anduvo muy bien hasta que el niño sugirió subir un cerro. Naturalmente Eva se entusiasmó con la idea. En los trece años de matrimonio que llevábamos se había convertido en una chica aficionada al aire libre.

—¡Vamos! —gritó, y se puso de pie de un salto—. El que llegue último arriba es un tonto —agregó, bromeando.

Ella y mi hijo, Rodrigo, partieron riendo, con el pelo al viento. Yo también comencé a subir, pero de pronto me sentí mareado. Me senté y lancé un suspiro lento y largo. Eva y el niño eran sólo dos figuras en movimiento contra el cielo azul. Se veían tan iguales, esbeltos, rubios, hermosos, que un terrible dolor apretó mi corazón. Por un instante sólo los observé alejarse, luego un ave negra cruzó el cielo produciéndome una premonición de un desastre.

No, era más bien una punzada de tristeza, como un último suspiro de sensación de pérdida. Pero al minuto siguiente, mientras observaba al pájaro, una mancha negra contra el cielo azul, me reí de mí mismo. En realidad, lo que debía hacer era no trabajar tanto y dormir más.

Me puse de pie, sintiéndome bien de nuevo, y seguí adelante hasta finalmente alcanzar a mi mujer y a mi hijo. Pero era yo quien respiraba pesadamente cuando llegamos a la cima.

Eva se volvió a mí y me miró de fijo.

—Andrés, mi amor, estás muy pálido. —La preocupación hizo que su voz sonara ronca—. ¿Estás bien? ¿Te sientes...?

—Estoy perfectamente —corté—. ¡Estupendo! —Me di vuelta para que no me viera la cara y puse un brazo sobre los hombros de Rodrigo. Era mío y puesto que habíamos esperado largos cinco años para que naciera, ese niño era para mí muy especial.

—¿Cómo te sientes al estar en la cima del mundo, muchacho? —pregunté al niño. En cierto modo era así como me sentía yo: en la cima del mundo. Tenía una linda esposa, un hijo del cual cualquier padre estaría orgulloso y un empleo bueno y seguro. Ultimamente me habían ascendido y debido a eso trabajaba horas extras. El muchacho que tenía antes mi puesto había dejado la oficina hecha un caos.

Rodrigo me sonrió. Tenía una carita traviesa y su nariz llena de pecas.

—Uno se siente bien aquí, papá —afirmó—. Es como si estuviéramos en la cima del mundo, como si no se pudiera estar más alto.

Ninguno de nosotros lo sabía entonces, pero él hablaba la verdad. Jamás iríamos más alto como familia. Nunca de ese día en adelante.

De vuelta a la ciudad telefoneé a mi viejo amigo Ricardo y le pedí una hora para ir a verlo.

—¡Ya estaba bueno! —rugió en el teléfono—. ¡Si el resto de mis amigos fueran como tú, yo me moriría de hambre!

Ricardo y yo habíamos ido al colegio juntos. Habíamos crecido en la misma calle sucia, jugado con el mismo grupo de chicos y competido en el mismo equipo de fútbol. Pero después nuestras vidas tomaron senderos muy diferentes. Ricardo era inteligente. Siguió estudiando. ¿Yo? Tenía urgencia por ganar dinero y cuatro ruedas bajo mí. Conseguí un empleo en una fábrica de productos químicos y en él me quedé. ¡Ricardo ni siquiera se había casado!

—¿Cual es el problema? —la voz de Ricardo atronó mis oídos.

Vacilé y luego dije:

—No hay ningún problema. Sólo creo que es hora de que me eches una revisada. La última que me hiciste fue hace mucho tiempo.

No le conté nada a Eva. ¿Para qué preocuparla? Ella sabía lo que yo sentía respecto a los médicos (nada personal, Ricardo, si lees esto después) y sabía que no me acercaría a ninguno de ellos a menos que no estuviera bien.

¡No que supusiera que me sucedía algo grave! Toda mi vida había tenido una salud de fierro. Había vivido al aire libre, cazando, pescando, practicando todo tipo de deportes. Siempre me alimenté de modo correcto y hasta hacía poco dormía bastante. Fuera lo que fuera lo que me pasaba no podía ser



nada grave. Probablemente era sólo cansancio o un poco de anemia. Un tónico y algunas inyecciones me dejarían otra vez como nuevo.

● *Fui a ver* a Ricardo ese miércoles. Luego de un poco de conversación y de algunos palmoteos, se puso a examinarme e incluso me sacó muestras de sangre. Cuando concluyó, me golpeó la espalda sin suavidad y lanzó una carcajada.

—¡Ojalá yo estuviera en tu estado, Andrés! Estás estupendamente.

Me sentí mucho mejor.

—¿Dices que no tienes ningún problema en especial? —me miraba de fijo—. No se puede juzgar siempre por lo exterior.

Sacudí la cabeza.

—¡Nada! Absolutamnete nada.

—Está bien, viejo, todo parece en realidad bien. Pero tendremos la confirmación cuando estén listos los análisis de sangre.

Salí de su consultorio sintiéndome bien, sin la preocupación que antes me asaltaba. Ricardo era médico. Si yo tuviera algo malo, ya sea mi corazón, mis pulmones o cualquier cosa así, lo habría detectado inmediatamente. Además, yo era joven, tenía sólo treinta y tres años. ¿Qué puede tener de realmente serio un hombre de mi edad?

Era bastante tarde cuando llegué a casa, puesto que fui donde Ricardo después del trabajo. Cuando entré silbaba. Me sentía bien. Incluso me parecía que florecía un poquito. Eva me miró larga y escrutadoramente luego que la besé en la mejilla.

—Para un hombre que llega al hogar tan tarde, luces muy bien.

Me encogí de hombros.

—Tuve que trabajar. Me olvidé telefonearte.

Hubo un silencio extraño y, en seguida, Eva dijo con voz suave:

●● Besé a Eva desvaneciendo sus dudas y suplicándole que esta vez confiara en mí.

—No trabajaste hasta tarde, Andrés. Te telefoneé y me dijeron que te habías marchado a la hora de costumbre.

Me sobresalté y creo enrojecí. Sentí la cara ardiendo.

—Oh, bueno, escúchame, no me trates como un criminal —traté de parecer enojado para cubrir mi desazón—. Todo lo que hice fue ir a tomar unas cervezas con otros amigos. ¿Qué hiciste tú hoy, mi amor? —le pregunté sin mirarla.

Luego de una pausa estalló:

—¿Qué hiciste tú hoy? —parecía enojada.

Tuve que mirarla. Su rostro estaba rojo y furioso.

—¿Qué insinuas con eso de que "qué hice"? Fui a trabajar y...

—Te hablo de lo que hiciste después del trabajo, Andrés. ¡Lo sabes muy bien! ¿Dónde estuviste?

Hice a un lado mi taza con café. Tampoco sentía apetito. Además, comenzaba a notar que la jaqueca me invadía el fondo de los ojos. Las sufría a menudo últimamente.

—¡Te dije dónde fui! —simulé estar también indignado—. Bebí unas cervezas con algunos amigos. ¿Vas a hacer un escándalo por eso?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se alejó de la mesa, gritando:

—¡Mientes, Andrés! ¡Sabes que mientes! Si hubieras bebido lo habría notado en tu respiración y...

Corriendo y llorando se fue a nuestro dormitorio y yo me sentí el hombre más canalla de la tierra por hacerla sufrir. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Decirle la verdad..., que había ido a hacerme un examen, porque tenía unos síntomas raros y con ello preocuparla? Eva sabía muy bien mi opinión respecto a las enfermedades. Sabía que me costaba visitar a un amigo enfermo en el hospital. Confesarle que había ido donde un médico por mi propia voluntad habría sido asustarla de muerte.

● *Me pasé la mano* por la cara. Tenía frío y la jaqueca se me había intensificado. Cuando volví la cabeza sentí una incomodidad en el cuello, no dolor, sólo una molestia. Y mientras permanecía sentado allí me volvió la depresión que había experimentado últimamente. Porque, a pesar de lo que había dicho Ricardo; a pesar de lo que dijeran mi presión arterial y el fonendoscopio, un hombre sabe cuando no está bien. ¡Anemia! ¡Estaba casi seguro de tenerla! Por eso me sentía decaído, me sangraban las encías, estaba pálido y se me notaba a pesar de que mi piel estaba bronceada.

Cuando Ricardo obtuviera los resultados de los análisis vería que yo estaba bien. Tal vez por reírme lo llamaría y le haría una apuesta. Pero en ese momento, con mi esposa llorando en la otra pieza no tenía muchas ganas de hacer bro-

mas. ¿Qué podía decirle a Eva para tranquilizarla? Lo último que deseaba era preocuparla. Era una chica maravillosa. Había pasado por un infierno por darme un hijo y ahora sólo Dios sabía lo que estaría pensando.

Me levanté, fui al dormitorio y me senté en la oscuridad a su lado. Había cerrado las cortinas y la pieza estaba fría y tranquila.

—Mi amor, no llores —deslicé un brazo alrededor de Eva—. No hay ninguna razón en el mundo para que lo hagas. Date vuelta y dame la oportunidad de explicarme. —Pensaba rápido. Cuando mi mujer me miró con sus enormes y honrados ojos azules, me pareció muy difícil mentirle.

Antes de hablar le di un beso rápido.

—¡Jamás adivinarías dónde fui hoy después del trabajo..., a "El Faro".

Siempre habíamos soñado con Eva de vivir en las cercanías de "El Faro", en una casita nueva. Pero hasta el momento había sido pura conversación. Por una razón: dinero. Claro que teníamos algunas economías, pero no como para realizar nuestro sueño.

Los ojos de Eva se iluminaron. Muchos de nuestros amigos vivían en ese barrio y nosotros envidiábamos sus casas modernas. También habíamos visto que disponían de colegios y su centro comercial era inmenso.

—¿Crees que podríamos irnos allí? —preguntó sin poder disimular su entusiasmo—. ¿Tendremos medios para eso?

—Sí, podemos —le sonreí—. Es preciso vivir un poco.

Y pensé: es mejor hacerlo ahora..., porque nunca habrá un mañana. ¿No me había puesto Ricardo sobre alerta con su preocupación? Yo tenía algo malo..., realmente malo. Recordé haberle dicho: "Gracias por no arrastrar en esto a Eva todavía. Hay que dejarla que goce un poco más de la vida. Gracias de nuevo, mi viejo". El sonrió tensamente y dijo: "De nada".

Algo de mí, de mi contentamiento se esfumó al ver su rostro solemne, el modo como me miraba. Le di vuelta la espalda con rapidez y salí de la pieza. ¡Daba miedo mirarlo! Y antes, antes que se presentara este asunto de salud, el solo ver la cara bonachona de Ricardo me hacía reír.

Antes de irme a casa esa tarde pasé a una tienda y le compré a Eva un frasco de perfume y un avión para armar para Rodrigo. Podíamos armarlo después juntos.

● *Pero cuando llegué*

a casa no había rastros de Rodrigo. Generalmente me esperaba afuera. Eva estaba en la cocina y su recibimiento fue frío, sin exagerar. Cuando saqué el perfume de detrás de mi espalda, me miró en silencio durante un momento.

En seguida levantó los ojos hasta los míos y eran acusadores.

—¿Desde cuando me traes regalos cuando vuelves de una excursión de caza?

Su recibimiento frío y la indiferencia por mi regalo me hirieron y enfurecieron un poco.

—Desde hoy. ¿Es un crimen que un hombre le traiga un regalo a su mujer?

—El regalo en sí mismo no es un crimen, pero la razón que se oculta tras él puede serlo. —Su rostro se enrojeció—. Tú prometiste ser siempre franco conmigo, Andrés. ¡Pero me mentiste! ¡No estás siendo franco conmigo ahora!

Me sentí de nuevo débil y me afirmé contra el lavaplatos.

—¿De qué estás hablando?

—No habrías podido cazar sin un rifle, ¿no es así? Ha sido el caso este fin de semana.

Bueno, ¿qué podía decirle? Sentí ganas de abofetearme. Me había dado la molestia de empacar mi equipo de caza, había puesto todo ostentosamente en el auto y había olvidado el rifle. ¡Maldición!

—Me prestó uno Federico...

Con un gemido ahogado pasó por mi lado y salió. La puerta se golpeó tras Eva. Permanecí ahí aturdido y de pronto entró Rodrigo. Para el carácter impulsivo del niño ahora parecía tímido como una laucha. Primero asomó la cabeza y ni siquiera me saludó.

—¡Hola, muchacho! —estiré los brazos—. Veamos a qué podemos jugar.

Esperé para que, como siempre, se abalanzara a mí. No lo hizo. Me dio una mirada larga y enseguida pasó a mi lado y fue al living. Por sobre su hombro dijo:

—Hola, papá.

—Rodrigo, soy tu padre, ¿lo recuerdas? ¡Ven, muchacho! Demuestra un poco más de entusiasmo. Escucha, sé que estás resentido porque no te llevé a cazar, pero, hijito, era una excursión estrictamente entre adultos. Me comprendes, ¿no es así?

Se sentó en el sofá y lo instalé sobre mis rodillas. Rodrigo y yo teníamos la costumbre de conversar nuestros problemas. En el pasado siempre nos habíamos comprendido.

—Vamos, Rodrigo, tú sabes que no pude esta vez llevarte. No con puros viejos.

Su carita estaba pálida y resaltaban las pecas de su nariz.

—Mamá lloró el sábado —lanzó acusadoramente—. Lloró cuando encontró tu rifle.

De un saltó se levantó de mis rodillas.

—¡Hiciste llorar a la mami! ¡Por eso te odio! —gritó y en seguida corrió hacia la puerta.

No sé cuánto tiempo estuve allí dejándome envolver por las sombras. ¿Una hora? ¿Dos? Finalmente, incapaz de soportar la hostilidad de mi propio hogar, fui al bar

cercano. Me instalé en un piso junto al mostrador y pedí un trago tras el otro hasta que no pude mantener erguida la cabeza. Estaba borracho..., y así ansiaba estar.

¿Qué podía hacer? ¿Podía ir donde mi esposa y decirle: "Escucha, ya no debes depender de mí. Ya no soy el marido fuerte ni el padre que tú creías era. No estoy sano a pesar de todo el ejercicio que he hecho y de haber respirado siempre aire libre. Tú ves, mi cuerpo se niega a fabricar sangre. Y tú sabes que eso está mal. Su gravedad pronto la conoceremos. Eva, perdón, pero de nuevo comenzará para nosotros las idas al hospital. Esos cinco años de exámenes no han terminado. Soy un hombre enfermo, muy enfermo. Yo..."

¡Al diablo! ¡No podía hacerles eso a ellos! Ya habían tenido lo suficiente. Al menos lo había tenido Eva. No podía enfrentarla de nuevo con la tensión, hacerla pasar de nuevo por la agonía. No podía torturarla con el pensamiento de que yo estaba tal vez muy enfermo. Antes ya la había visto sufrir mucho.

● *Una vez que* supiera la verdad de labios de Ricardo todo sería diferente. Sabría a qué atenerme. Si significaba una larga permanencia en el hospital, Eva tendría que saberlo. ¡Pero no necesitaba saberlo todavía! Si podía ahorrarle un día de tortura lo haría. Y más tarde, cuando conociera el diagnóstico de Ricardo, trataría de consolarla. Le diría: "Tesoro, tendré que estar algunas semanas en el hospital. Tengo un problema sanguíneo. Pero tú conoces a tu viejo. No me podrán retener allá mucho tiempo. Unas pocas semanas de descanso y tratamientos y volveré a subir ese cerro de nuevo contigo y con Rodrigo"

Los dos días siguientes hubo un ambiente frío en nuestro hogar. El miércoles en la mañana Ricardo me telefoneó y me dijo que estaría en su consultorio a la hora de almuerzo. Reconozco que sentí un cierto miedo por la noticia que me quería dar. Me asustaba tener que pasar unas semanas en el hospital. Nos podría causar un gran gasto y además mucha preocupación para Eva. De ese modo, cuando me instalé en una silla frente al escritorio de mi viejo amigo, dije con la mente una pequeña plegaria. Sólo que esta vez Dios no la escuchó.

Ricardo me miró y, en seguida, bajó los ojos. No dijo ni una palabra. Y eso, créanme, fue lo que más me asustó. Nunca había visto a Ricardo carente de palabras, siendo que era un hombre comunicativo y alegre. Opacaba hasta a mi suegra en lo conversador.

Me aclaré la garganta:

—Bueno, di lo que tengas que decir. —Mi voz sonó más valiente de lo que yo me sentía.

Finalmente levantó los ojos y había lágrimas en ellos. ¡Y lo supe! Supe lo que yo me había tratado de ocultar durante largo tiempo. Tal vez todo el mundo lo hace.

—Andrés, es el gran C. Dios mío, muchacho, no sabes cuánto lo siento.

El tiempo pareció detenerse. Aturdido miré un rayo de sol que se filtraba por la ventana tras la inclinada cabeza de Ricardo. Noté que danzaban partículas de polvo en el rayo, millones de ellas. Curioso que en ese momento notara cosas como ésas.

Mi voz sonó ronca, pues me encontraba en estado de shock.

—¿Cuánto tiempo, Ricardo?

Se pasó un pañuelo muy blanco por la cara.

—Meses. —Se encogió de hombros—. Tal vez sólo semanas.

—¡Le haré pelea! —lancé, de pronto furioso contra esa maldición que invadía la salud de mi cuerpo. ¿No me había yo cuidado durante toda mi vida? Siempre hice bastante ejercicio, pasé más tiempo al aire libre que en el interior. No fumaba, bebía muy poco...

—No podrás hacerle pelea, muchacho. Tengo que decírtelo para que vayas preparándote. Es leucemia, Andrés. En su forma más aguda.

—¿Aguda?

—La crónica demora más. La aguda trabaja rápido. Te hablaré con franqueza, Andrés, porque sé que así lo querrás tú. Tú... —pareció buscar las palabras—. Tú querras arreglar bien tus asuntos.

Cuando finalmente pude pensar lancé:

—¡Que Eva no lo sepa!

Ricardo se asustó.

—¿No saberlo? Andrés, no hay modo de ocultar una cosa así. Necesitarás transfusiones, tratamientos, cuidados médicos especiales tanto dentro como fuera del hospital. Hombre, es imposible...

—Ricardo, como amigo te pido no se lo digas a Eva. —Antes de que pudiera protestar agregué—: Déjame prepararla primero, eso es todo lo que te pido. ¡Dame tiempo para prepararla!

Asintió.

—Está bien, Andrés. Pero tendrás que irte al hospital inmediatamente, no después del viernes por la mañana. No podemos perder tiempo.

—El lunes —dije—. Que sea el lunes. Dame por lo menos el derecho a pasar este fin de semana con mi familia antes de darles la noticia.

Cuando salí de su consultorio, no volví de inmediato al trabajo. Caminé por las calles, sin mirar nada, mirando sólo en mi interior, tratando de aceptar la noticia que Ricardo me dio: ¡iba a morir!

¡Imposible! Todo mi ser se rebeló ante la idea. Era joven, sólo

tenía treinta y tres años. Tenía salud o la había tenido. Era demasiado joven. Era sólo una horrible broma, tal vez únicamente una equivocación.

Pero dentro de mí sabía que trataba de engañarme a mí mismo. No había ninguna equivocación. Ricardo y los médicos conocían la leucemia. ¡El gran C! ¡Cáncer a la sangre! ¡Moriría!

Rabia, miedo, tristeza se entrechocaron dentro de mí. Pero cuando eso pasó quedó la misma helada verdad. No había ninguna escapatoria. No sabía mucho de la muerte. Cuando se es joven la muerte no significa nada. Si llega, lo toma a uno desprevenido. No es algo en que piense la juventud, ni planea nada para recibirla.

Pero tenía que hacer planes. Tenía que planear semanas de grave enfermedad, de costosos tratamientos, todo al final sin utilidad. Tendría que poner a mis seres queridos en la obligación de soportar el horror de verme sufrir, de ver cómo mi salud física y tal vez también mental se irían minando. Y en el proceso, mi mujer y mi hijo conocerían el peor de los quebrantos, al ver apagarse lentamente a un ser querido ante sus propios ojos.

Los gastos, gastos inútiles, significarían que no solamente me perderían a mí, sino también su hogar y todo lo que había en él. ¡Quedarían sin nada, excepto con recuerdos tristes! A menos...

● *Me registré*

en un hotel barato por el resto de la tarde, compré un cuaderno de colegial y un lapicero, y me encerré dentro de la pieza. Lo escribí todo, desde el primer momento que sospeché estaba enfermo. Eva tenía derecho de saberlo, y también Rodrigo, pero sólo después..., cuando ya no hubiera tiempo para preocuparse y lamentarlo.

●● Gracias por no arrastrar en esto a Eva todavía; hay que dejarla que goce un poco más de la vida.

●● ¡Hiciste llorar a la mami, por eso te odio!

Quería que mi mujer supiera que había habido sólo una chica hermosa en mi vida: ella. Quería que supiera que, aunque mi vida había sido corta en años, había sido larga en felicidad. Quería decirle a mi hijo que él había traído sol a mi existencia; que su padre confiaba en que cuidaría a su madre y crecería para llegar a ser un hombre de bien, capaz de enorgullecernos. Quería decirles que el amor de ellos me había dado plenitud y dicha. Eva y Rodrigo, mi preciosa mujer e hijo, sabían que los amaba. ¡Ni siquiera la muerte podía destruir eso!

Cuando dejé el hotel estaba oscureciendo. Compré rápidamente unas balas y las escondí en la maleta del auto. Cuando llegué a casa abracé a Eva, ignorando su murria. Le grité a Rodrigo:

—¡Sorpresa, sorpresa! Es hora de empacar. Haremos un paseo colosal.

Apareció con ojos curiosos, aunque tratando de demostrar indiferencia. Noté con pena que su rostro se estaba adelgazando. Estaba perdiendo la redondez infantil y por primera vez se perfilaba como un hombre.

—¿Dónde iremos, papá?

—Iremos lejos, muy lejos: a Rapel.

—Eso será imposible en un solo fin de semana.

Me volví a Eva, sonriendo.

—He decidido tomar un par de días de vacaciones. ¿Qué hay más importante para un hombre que pasar un tiempo con su familia si tiene una tan maravillosa como la mía?

—Andrés, yo...

Besé a Eva, desvaneciendo sus dudas.

—Confía en mí, tesoro —le susurré suavemente—. Por favor, confía en mí

Nos miramos en silencio y, en seguida, ella sonrió.

—Oh Andrés, ¿qué te pasa ahora? —Y se abrazó a mí.

Su sonrisa, su pelo, la forma como dijo mi nombre, todo eso lo bebí sediento. Me sorprendí a mí mismo observando a mi mujer y a mi hijo como nunca lo había hecho antes y con ello notando cosas antes desapercibidas. Como la costumbre de Rodrigo de tironearse la nariz cuando pensaba. Las pequeñas risas de Eva cuando estaba excitada. Sus manos, suaves y amantes cuando tocaban a su hijo. Sus ojos cuando me miraba...

Una terrible pena apretó mi corazón. ¡No quería dejarlos! "¡Dios, no me fuerces a abandonarlos! Quiero seguir contemplando la mirada de amor que hay en los ojos de Eva. No quiero renunciar a la alegría de ver crecer a mi hijo hasta alcanzar la madurez. Quiero todo lo de hoy y lo de mañana."

El viaje fue largo pero divertido. La belleza de los bosques y de

los ríos mitigó algo mi tristeza.

Acampamos junto al río; durante el primer día pescamos, más tarde comimos los peces cocinados con limón y mantequilla en una hoguera al aire libre. Subimos un cerro, exploramos un camino y tratamos de cazar sin conseguir nada. ¡Sólo cuando la muerte respira sobre nuestro hombro se tiene un real respeto por la vida!

Y esa noche, mucho después que se durmió Rodrigo, le hice el amor a Eva y le repetí una y mil veces cuánto la amaba. No traté de dormir. Para mí el sueño era un ladrón que me privaba del poco tiempo que disponía. Durante horas mi mujer y yo conversamos, abrazados. Escuché cómo ella hacía planes para el futuro. Y las horas de felicidad se deslizaron demasiado rápidamente.

● *Después que Eva*

se durmió, me encontré a mí mismo vacilando. Tal vez podía esperar, dejar de lado mi plan por otra semana, quizá prorrogarlo por un mes. ¿Por qué no? ¿Era mucho pedir querer mirar la sonrisa de mi hijo durante unos días más? ¿Tener otras horas de amor en brazos de mi esposa?

Pero sabía, aunque mientras pensaba eso, que no resultaría. ¡Tenía que ser ahora! Debía terminar mientras todo era hermoso, mientras los recuerdos eran aún buenos. A propósito compré muy pocos cartuchos y en la última mañana en Rapel mandé a Rodrigo y a Eva al pueblo en busca de más.

—No podemos volver a casa sin haber cazado nada —dije cuando Eva me miró de modo raro. Simulé tener que hacer para que se marcharan. Era duro mirarlos, decirles adiós. Las palabras no acudieron. Ansiaba apretarlos contra mí.

Desordené el pelo de Rodrigo mientras corría por mi lado hacia el auto. Mientras sacaba la cabeza por la ventanilla, sonriendo, puse una mano sobre el hombro de Eva. En seguida le di un beso rápido en la mejilla.

Volví a la carpa y terminé de escribir en el cuaderno. Y durante un momento me sentí lleno de dudas. ¿Lo había hecho todo bien? ¿O les debí contar la verdad? No creía era lógico hacerlos sufrir. Después, cuando dejara el cuaderno, tomaría el rifle, me internaría en el bosque y...

Cuando Eva y Rodrigo volvieran sin haber encontrado cartuchos y no me encontraran, irían por la policía y ellos hallarían mi cuerpo.

Eva, mi amor, debe ser de este modo. Cuando pienses en mí, recuerda sólo los momento gratos y alegres. Recuerda a tu Andrés tal como era cuando recién lo conociste..., aún fuerte, bronceado, saludable. Y no dudes que él te amó y también amó a su hijo y que amó la vida que tuvimos los tres juntos. Prométeme que no gastarás años preciosos en llorarme. Sé feliz, mi amor, hazlo por mí.

● *He demorado*

largo tiempo, seis meses, antes de atreverme a escribir en el cuaderno de Andrés. Soy, yo soy Eva. Toda mujer que haya perdido a su marido que adoraba entenderá por las que he pasado desde entonces. Pero sólo se pueden derramar muchas lágrimas. El corazón se destroza con tanto dolor.

Ricardo, el amigo soltero de Andrés, ha sido una gran ayuda y consuelo para mí. Ha tratado de resarsir a Rodrigo por la muerte de su padre. Muchas veces hemos conversado respecto a la muerte de Andrés. No sé si fue para bien o para mal. En ocasiones deseo que me hubiera dejado cuidarlo en sus últimos días. Aún experimento una horrible vergüenza por no haber confiado en él e incluso de haber sospechado que pudiera tener otro amor fuera del mío.

Andrés adorado, te amé mucho. Y por un tiempo creí imposible seguir viviendo sin ti. Un cariño como el nuestro no termina con la muerte. Vive dentro de nosotros y da fe a nuestra existencia.

Me hiciste prometer que no me amargaría. Creo te pondrás feliz al saber que hoy, por primera vez, soy capaz de sentir alegría en mi corazón. Y esto se produjo cuando miré los ojos de mi hijo en el momento que Ricardo le entregaba un pequeño perrito.

—¡Guau! —exclamó. Fue todo lo que pudo decir mientras lo apretaba entre sus brazos.

Y por sobre la cabeza del niño, Ricardo me sonrió. Felices y en silencio compartimos ese momento. Después, mirando juntos a Rodrigo jugar con el perrito ese atardecer, supe que podía ser dichosa de nuevo. Y ahora sé que tuviste razón. La belleza y el amor sobreviven y nos dan fuerzas para seguir adelante.

♥♥

CUPON HISTORIAS VIVIDAS

REVISTA "CONFIDENCIAS"

La historia que envío está basada en la vida real.

Seudónimo .....

Nombre completo .....

Dirección .....

Ciudad .....

Recordamos a nuestros lectores las bases para escribir Historias Vividas:
1.— Deben venir escritas en primera persona y basarse en un hecho real.
2.— No deben exceder de 12 páginas y tener como mínimo 8, escritas a máquina, papel tamaño carta y espacio doble.
3.— El premio a la historia vivida publicada es de E° 600.

CONFIDENCIAS del cielo

SEMANA DEL 9 AL 15 DE NOVIEMBRE



ARIES
(21 marzo a 20 abril)

◆ TU SUERTE:
Día viernes.
Color tiziano.
Número 4.

TU CORAZON: Días llenos de agrado. Salidas y paseos en grupos donde reinarán la alegría y la despreocupación. Aprovecha esta circunstancia.

TU TRABAJO: Los asuntos legales tendrán un avance considerable en esta semana. Pon al día toda tu documentación.

TU SALUD: Tu organismo necesita un mayor orden y organización en tu sistema de vida. Preocúpate pues tu salud está en juego.



TAURO
(21 abril a 21 mayo)

◆ TU SUERTE:
Día jueves.
Color perla.
Número 3.

TU CORAZON: Tu idea de correr tras un ideal siempre lejano te impide apreciar las cosas simples que pueden darte cierta felicidad.

TU TRABAJO: Debes estar pronta a esperar cambios fundamentales en tus octividades. Adáptate a las circunstancias sin alegar todo el día.

TU SALUD: Trata de que tu organismo tenga todas las horas de descanso que requiere, ya que no todos los organismos tienen la misma resistencia.



GEMINIS
(22 mayo a 21 junio)

◆ TU SUERTE:
Día domingo.
Color lila.
Número 7.

TU CORAZON: Tu generosidad te valdrá la admiración y simpatía de los que te rodean, pero cuidado que los elogios no te hagan cambiar.

TU TRABAJO: Es el momento para efectuar ventas de esas cosas que no usas, pues esta semona es favorable para toda transacción.

TU SALUD: Trata de pasar más tiempo al aire libre. El ambiente del centro de la ciudad ha acumulado toxinas en tu organismo.



CANCER
(22 junio a 22 julio)

◆ TU SUERTE:
Día viernes.
Color palorrosa.
Número 0.

TU CORAZON: Semana que se destaca por la armonía y el gran entendimiento que reinarán entre enamorados. Excelentes las relaciones entre padres e hijos.

TU TRABAJO: Ambiente cordial en el trabajo. La amistad y el compañerismo jugarán importante papel en estos días.

TU SALUD: Tendencia a la depresión y a la melancolía. Busca la compañía de personas optimistas y entusiásmate con nuevos planes y proyectos.



LEO
(23 julio a 22 agosto)

◆ TU SUERTE:
Día sábado.
Color calipso.
Número 7.

TU CORAZON: Una situación dudosa se aclarará al fin, dejando al descubierto las verdaderas intenciones de la persona.

TU TRABAJO: Una etapa de inactividad puede retrasar tus proyectos. Es preferible que aceptes la situación y esperes un mejor momento.

TU SALUD: Posibles jaquecas o dolores de cabeza. Debes buscar el origen en el agotamiento que tu organismo presenta por el recargo de actividades.



VIRGO
(23 agosto a 22 septiembre)

◆ TU SUERTE:
Día domingo.
Color armiño.
Número 2.

TU CORAZON: Desligate un poco del problema sentimental y busca otros intereses de tipo intelectual y artístico que sean capaces de llenar tu vida.

TU TRABAJO: Los trabajos hogareños requerirán toda tu atención. Es buen momento para iniciar alguna transformación y poner orden en tu casa.

TU SALUD: No te fatigues en exceso. Este tiempo de calor puede perjudicar el buen funcionamiento de tu organismo. Toma bastante líquido.



LIBRA
(23 septiembre a 22 octubre)

◆ TU SUERTE:
Día martes.
Color ébano.
Número 6.

TU CORAZON: El fin de semana aportará un descanso al clima de tensión que en estos días ha hecho difícil la convivencia entre matrimonios.

TU TRABAJO: Tu apatía en el trabajo se debe únicamente porque no le has tomado cariño a lo que haces.

TU SALUD: Buen estado general. Sólo tu apariencia requerirá de más dedicación, especialmente tu pelo, que deberá ser tonificado.



ESCORPION
(23 octubre a 22 noviembre)

◆ TU SUERTE:
Día lunes.
Color lacre.
Número 4.

TU CORAZON: Sé más espontánea y natural en tus reacciones. No temas exteriorizar lo que realmente sientes ante las personas que quieres.

TU TRABAJO: Da más amplitud a tus conocimientos leyendo cada vez que puedas. Existen cursos y charlas que se avisan en el periódico que te ayudarán.

TU SALUD: Tu excesiva imaginación es el peor enemigo de tu salud. Cualquier molestia se transforma en tragedia para ti. Reacciona.



SAGITARIO
(23 noviembre a 21 diciembre)

◆ TU SUERTE:
Día viernes.
Color azulino.
Número 5.

TU CORAZON: Es el momento que tu prestes a tu familia todo el apoyo posible. Necesitarán de tu fortaleza y buen criterio.

TU TRABAJO: Evita que los problemas de tu vida privada trasciendan, interfiriendo en tu trabajo. Momentos delicados y difíciles.

TU SALUD: Estado general bueno, pero no abuses de tu organismo exigiéndole más de lo que debe rendir.



CAPRICORNIO
(22 diciembre a 19 enero)

◆ TU SUERTE:
Día miércoles.
Color ámbar.
Número 0.

TU CORAZON: Deberás ser menos egoista si tienes interés en mantener la felicidad de que ahora gozas.

TU TRABAJO: Leve mejoramiento de tu nivel económico. Trata de distribuir tu presupuesto en forma más racional.

TU SALUD: En estos días el agua puede resultarte un elemento hostil y peligroso, por lo que debes ser muy prudente.



ACUARIO
(20 enero a 18 febrero)

◆ TU SUERTE:
Día sábado.
Color jade.
Número 5.

TU CORAZON: No des por cierto todo lo que oigas comentar. En materia sentimental la confianza es de vital importancia si quieres vivir en paz.

TU TRABAJO: No cuentes con medios de que no dispones y no gastes más de lo que tienes pidiendo prestado, porque el devolver cuesta mucho.

TU SALUD: Aprovecha el buen tiempo para dar largas caminatas al aire libre y hacer una vida de mayor contacto con la naturaleza.



PISCIS
(19 febrero a 20 marzo)

◆ TU SUERTE:
Día domingo.
Color castaño.
Número 7.

TU CORAZON: Tu situación sentimental está mejorando, pero en mucho dependerá de ti y de tu comportamiento más abierto y constante.

TU TRABAJO: Ideas originales que podrías materializar y llevar a la práctica con éxito. Confía en tu capacidad.

TU SALUD: No canses tus ojos exponiéndote al sol brillante ni le exijas demasiado esfuerzo al leer de noche o ver televisión mucho rato.

LA VERDAD DE LA MAYORIA





quimantu

revista informativa

mayoría

aparece los miércoles E° 5

REFLEJA
MUESTRA Y
DEFIENDE
los intereses de los chilenos
numerosas y exclusivas fotografías